LA ESTRELLA DE CHILE

LA

ESTRELLA DE CHILE

REVISTA LITERARIA SEMANAL

AÑO DECIMO

1877

Para obsequiar a mi amigo y apreciable señor don Juan Brochero

Santiago 6 de Noviembre de 1918.

TOMO XIII

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE "LA ESTRELLA DE CHILE"
19 J—AGUSTINAS—19 J

1877

VIDA

DE LA

SANTISIMA VIRJEN

SEGUN LAS MEDITACIONES DE

ANA CATALINA EMMERICH

Extractada de la octava edicion francesa.

(Continuacion.)

LV.

LLEGADA A EJIPTO.—VIDA DE LA SANTA FAMILIA EN HELIÓPOLIS.

Las ardientes arenas volvieron a presentarse delante de los santos viajeros. No se veia camino ni huella alguna; nada, sino el sol que reverberaba en medio de aquellas espantosas soledades. De repente, el terreno se cubrió de esas rosas llamadas de Jerichó, formando un precioso sendero que se extendia por todo el desierto. Al fin llegaron a un lugar habitado i que estaba cubierto de fosos, canales i de encumbrados diques. Habia que atravesar una corriente bastante caudalosa. Dos hombres de tez negruzca, nariz aplastada i medio desnudos gobernaban una balsa formada de gruesos troncos i grandes cubas vacías. En ella se embarcaron. El asno tambien pasó en la balsa. En la ribera opuesta encontraron algunas casas aisladas, como suburbios de una ciudad. Como los habitantes eran mui groseros i altaneros, siguieron adelante sin detenerse. Estaban en territorio ejipcio. Habian empleado diez dias en atravesar la Judea i diez el desierto. Vastísimas praderas, tapizadas de gana-

BIBLIOTECA NACIONAL
- JUN 1958
Secc. Control y Cat.

dos, cruzaban el camino que recorria ahora la Santa Familia; árboles frondosos bordaban los senderos; de algunos de ellos ví que colgaban pequeños ídolos cubiertos de figuras o caractéres a los cuales las jentes rendian homenaje.

Los santos viajeros llegaron a un miserable establo, faltos de todo. No tenian pan ni agua i nadie los queria socorrer; María apénas podia ya alimentar a su hijo. Se puede decir que entónces tuvieron que soportar todos los padecimientos humanos.

Abandonados i sin recursos, siguieron su camino. Atravesaron un bosque, a cuya salida encontraron una encumbrada palmera cubierta de frutos, que formaban como un racimo. María se acercó al árbol, hizo una corta plegaria i alzó al niño en sus brazos; al punto el árbol se inclinó hasta el suelo, de manera que pudieron cojer todos su frutos. El árbol quedó en esta posicion.

Ví que muchas jentes se habian ido reuniendo i seguian los pasos de la Santa Familia. María repartia los dátiles entre algunos niños que corrian tras ella. Como a un cuarto de legua del bosque, llegaron cerca de un gran sicomoro de una corpulencia extraordinaria; el tronco estaba hueco; allí se ocultaron para librarse de la multitud que los seguia. En ese mismo lugar pasaron la noche.

Al dia siguiente continuaron su viaje al traves de unos desiertos arenales: no habia agua; rendidos de cansancio i de fatiga, se sentaron cerca de un montecillo. La Vírjen Santísima imploró a Dios: una fuente brotó a su lado i regó todo el terreno alrededor. José ahondó un pequeño pozo, dió de beber al asno i llenó su odre, miéntras María lavaba al niño Jesus. Ví algunos enormes lagartos i tortugas que se acercaban a refrescarse en el agua que, formando un extenso circuito, iba a perderse de nuevo en la tierra.

La porcion regada quedó maravillosamente bendecida: cubrióse de verdura i el precioso árbol que produce el bálsamo brotó en gran cantidad. A su vuelta de Ejipto, la Santa Familia pudo ya recojer de aquel licor. De aquí se dirijieron a una gran ciudad, bien edificada, pero destruida en parte. Era Heliópolis, que tambien se llama On. En esta ciudad habia vivido Putiphar, a cuyo lado estuvo Asnath, la hija de Dinah i esposa del patriarca José. La ciudad habia sido devastada i despoblada por la guerra, i jentes de todas clases i condiciones habian venido a establecerse en sus arruinados edificios.

Pasaron un caudaloso rio por un puente mui alto i mui largo, i llegaron a un lugar situado delante de la puerta de la ciudad, donde habia una especie de paseo público. Allí, sobre un tronco de columna, habia un ídolo con cabeza de buei que tenia en sus brazos algo que representaba a un niño en mantillas. Estaba rodeado de piedras en forma de bancos, donde el pueblo depositaba sus ofrendas. No léjos de allí, crecia un frondoso árbol, a cu-

ya sombra la Santa Familia se sentó a descansar. Al punto la tierra se estremeció i el ídolo cayó haciéndose pedazos. Siguióse un tumulto indescriptible; la multitud acudió, precipitándose furiosa i amenazante contra la Santa Familia, a quien atribuian aquel suceso. La tierra se estremeció nuevamente con tal fuerza, que el árbol cayó arrancado de raiz i todo aquel lugar se convirtió en un pantano negro i fangoso en donde desaparecieron los restos de la estátua, cayendo tambien algunos de los mas furiosos de aquella turba. La Santa Familia entró tranquilamente en la ciudad, estableciéndose en un edificio abandonado que estaba junto a un gran templo de ídolos. Entre una muralla i algunas columnas de este edificio, José dispuso una lijera construccion de madera que dividió por medio de tabiques en varios compartimentos.

Una vez instalados, José se dedicó a su trabajo de carpintería; la Santísima Vírjen tejia alfombras, hilaba i cosia. Ví que la Santa Familia era visitada por muchas personas.

Poco despues, José edificó un oratorio a corta distancia del templo idólatra. Los judíos que, hasta entónces no tenian donde reunirse en Heliópolis, acudieron con frecuencia a este lugar. El oratorio estaba coronado de una cúpula lijera que podia abrirse, quedando entónces como al aire libre. En el centro, habia una mesa o altar, sobre el cual ponian unos rollos o pergaminos escritos. El sacerdote era un hombre mui anciano.

Ví a la Santísima Vírjen cuando fué por primera vez al oratorio con el niño Jesus. Vila sentada en el suelo; el niño estaba delante con un vestido azul celeste i con sus manitos puestas sobre el pecho; José estaba detras, con los brazos cruzados i de pié.

Ví al niño Jesus ya mas crecido i recibiendo las visitas de otros niños. Ya podia hablar i correr; casi siempre estaba al lado de José i lo acompañaba cuando salia a trabajar. Vestia un trajecito formado de una sola pieza.

Los ídolos del templo habian ido cayendo unos tras otros. El pueblo creyó que los dioses estaban irritados con estos extranjeros, motivo por el cual la Santa Familia tuvo que sufrir muchas persecuciones.

LVI.

DEGÜELLO DE LOS INOCENTES.

Jesus estaba como en el segundo año de su edad; un ánjel se apareció a la Santísima Vírjen i la hizo saber la matanza de los niños por Heródes. José i ella estuvieron mui aflijidos; el niño Jesus lloró todo el dia. Hé aquí lo que ví en esta ocasion:

Con la repentina partida de los tres reyes habíanse calmado un tanto los temores de Heródes; mas, cuando supo la vuelta de la Santa Familia a Nazareth, sintió que se despertaban de nuevo, sobre todo al saber los mil rumores que corrian sobre las predicciones hechas por Simeon i por Ana la profetisa. Bajo diversos pretextos, envió soldados a Gilgal, Belen, Hebron i a muchos otros lugares en los alrededores de Jerusalen para que levantasen un censo de los niños. Los soldados ocuparon estos distintos puntos durante nueve meses. Al fin ordenóse a todas las madres presentasen ante las autoridades sus niños menores de dos años. Vílas dirijirse a la ciudad en distintos grupos; muchas llevaban hasta dos niños. Todas fueron conducidas a un gran edificio, i despedidos los hombres que las acompañaban. Las pobres madres llegaban mui gozosas i alegres porque creian iban a recibir una gratificacion por su fecundidad.

El edificio aquel era macizo i sombrío, i estaba situado cerca del que fué despues el tribunal de Pilatos. Gruesas murallas lo circunvalaban. Las construcciones de derecha e izquierda eran de un solo piso, la del fondo, de dos; en el centro quedaba un extenso patio, donde tuvo lugar la matanza.

Las madres, a medida que llegaban, eran encerradas junto con sus hijos, en los edificios laterales. Cuando se vieron privadas de su libertad, tuvieron miedo i comenzaron a lamentarse i llorar. Así pasaron toda la noche.

Al dia siguiente ví reunidos en el piso superior a varios personajes, formando como un tribunal. Las madres fueron llamadas una por una; a medida que se presentaban, los soldados les arrebataban sus hijos i los llevaban al patio, donde una veintena de entre ellos, con espadas i con picas, les atravesaban la garganta, i, palpitantes aun, los arrojaban a un monton. Aquel era un espectáculo horrible.

Las madres, acorraladas en la gran sala del piso bajo, cuando vieron lo que hacian con sus hijos, principiaron a dar alaridos, arrancándose los cabellos i arrojándose como locas unas en brazos de otras. Al fin quedaron tan apiñadas que apénas podian moverse.

La matanza duró hasta la tarde. Mas de setecientos niños fueron sacrificados.

Al amanecer, las infelices madres fueron bárbaramente expulsadas de aquel lugar de horror. En el centro del patio cavóse una gran fosa, i luego la tierra, o mas bien un fango de sangre, cubrió los inanimados restos de tantas inocentes víctimas.

LVII.

VIAJE DE LA SANTA FAMILIA A MATARÉA.

Despues de una estadía de dieziocho meses, como les faltase el trabajo i se redoblasen las persecuciones, la Santa Familia abandonó a Heliópolis, dirijiéndose hácia Mémphis. Llegaron hasta Troya, situada en la ribera oriental del Nilo, frente a Mémphis. Quisieron establecerse en este lugar, mas, no los recibieron en ninguna parte, hasta les rehusaron algunos dátiles i un poco de agua que pidieron. Volvieron entónces hácia el norte, siguiendo el curso del rio en una extension como de dos leguas; allí se separaron del Nilo, tomando un camino sembrado de ruinas; por fin atravesaron un canal, deteniéndose en un villorrio que mas tarde se llamó Mataréa, i situado no mui léjos de Heliópolis.

LVIII.

MATARÉA.

Triste i despoblado era este lugar; las habitaciones estaban mui dispersas i eran de pésima construccion. La Santa Familia se alojó bajo una sombría bóveda, en un sitio solitario, a poca distancia de la puerta por donde habian entrado. Todos los ídolos del pueblo vinieron al suelo, como habia acontecido en casi todos los puntos por donde habian pasado.

Al principio fuéles sumamente penosa su situacion, porque carecian de todo; mas, luego José encontró trabajo, principiando a arreglar las habitaciones de los moradores, que lo trataban como a un esclavo, pagándole a veces su salario i otras no.

Pronto la Santa Familia pudo instalarse bastante bien. José dividió la bóveda en distintos compartimientos, construyendo, ademas, un pequeño edificio delante de ella. María dormia en la bóveda, en cuyo muro José habia practicado una cavidad, donde colocaba el lecho del Niño Jesus. Muchas veces, durante la noche, ví a María arrodillada i en oracion, junto al lecho de su hijo. José dormia en otro cuarto.

Aquí, como en Heliópolis, José dispuso un oratorio. Una pequeña mesa, cubierta de blanco i rojo, les servia de altar, el cual, como un cajon, podia sacarse o embutirse en el muro. Allí mismo ví tambien un relicario, en donde estaba la extremidad de la vara florida que en el templo habia servido para designar a José como esposo de la Santísima Vírjen.

José, poco a poco, logró formar una pequeña comunidad de judíos, que se reunian en el que ántes era templo idólatra i ahora se habia convertido en sinagoga: llegó a ser como el jefe de aquella comunidad o asociacion, i les enseñó a cantar salmos i otras preces.

Entre el Nilo i Heliópolis habia una aldea donde moraban muchos Israelitas que habian caido en la idolatría, practicando un culto abominable. Las mujeres de este lugar, como ya conocian a la Santísima Vírjen, le mandaban hacer toda clase de costuras, tejidos i bordados; sin embargo, ella, por mas necesidad que tuviese, nunca quiso trabajar en nada que sirviese para satisfacer la vanidad o el lujo, sino en aquello que era de uso habituál i ordinario. A causa de esto, mas de una vez tuvo que sufrir befas e injurias.

Varios años permaneció la Santa Familia en Mataréa. Lo que mas los hacia sufrir, era la escasez de agua, pues no habia otra que la revuelta i turbia del Nilo. Un dia que la Santísima Vírjen estaba en oracion, vió a un ánjel que le dijo encontraria una fuente detras de su vivienda, entre algunos escombros donde crecia un árbol mui corpulento. María, llena de gozo, fué corriendo a llamar a José, quien, cavando, descubrió que en efecto allí habia habido ántes una fuente con un reborde de albañilería, la cual solo estaba tapada i casi borrada con el hacinamiento de escombros. Pronto la limpió i la restauró perfectamente. Removiendo la tierra, encontró tambien una gran piedra, semejante a un altar.

Esta fuente se remontaba a los mas antiguos tiempos. Job, que habitó durante cierta época en este lugar, sacrificó en la gran piedra que allí estaba. Abraham tambien plantó sus tiendas cerca de esa vertiente. Mas tarde se edificó allí una iglesia, i aquella agua se empleaba como remedio contra toda clase de lepra; despues, los Turcos se apoderaron del pais; hoi dia no quedan ni rastros de habitaciones: la fuente existe siempre en la soledad i muchas plantas i árboles silvestres crecen en rededor.

La Santa Familia se reservó esta fuente para su uso exclusivo, hasta que un dia Jesus llevó a otros niños i les dió de beber en el hueco de una hoja; los niños contaron esto a sus padres, i entónces muchas personas vinieron a la fuente.

En otra ocasion, miéntras María oraba, Jesus se fué a sacar agua en un odre; María, profundamente conmovida, le suplicó no volviese a hacerlo, pues fácilmente podia caer dentro del pozo. Jesus le contestó que tendria cuidado, pero que deseaba ayudarla a sacar agua de la fuente.

Jesus prestaba a sus padres toda clase de servicios; mostrábase mui cuidadoso i atento. Cuando José trabajaba, él siempre le llevaba los útiles que podia haber olvidado. Mas de una vez lo ví ir a la aldea de los judíos a buscar el pan que daban a su madre

en cambio de su trabajo. Un dia, al llegar a su casa de vuelta de la aldea, lo ví llorar amargamente por el estado de degradacion en que habian caido los Israelitas.

LIX.

EL NIÑO JUAN BAUTISTA.

Miéntras Juan estuvo solo en el desierto, un Esenio del monte Horeb le llevaba los alimentos que necesitaba i le ayudaba en cuanto podia. Este Esenio era pariente de la profetisa Ana. Primeramente vino todos los dias, despues, cada quince, hasta que Juan ya no tuvo necesidad de su auxilio. Este instante no tardó en llegar, pues, destinado por Dios a vivir léjos del contacto de los hombres, luego se habituó a aquella vida. El Espíritu Santo lo instruia i los ánjeles lo acompañaban.

Desde que el Esenio dejó de venir, Juan solo se alimentaba con las frutas silvestres, yerbas i raices que abundaban en aquellos parajes i que, muchas veces, los mismos animales le indicaban. Su familiaridad con ellos i, sobre todo, con las aves, era extraordinaria: volaban éstas en su alrededor, posábanse sobre sus espaldas; hablábales, i ellas parecian comprenderle, sirviéndole como de mensajeros. Cuando se acercaba a los riachuelos, los peces acudian i lo acompañaban hasta que se separaba de la orilla.

Anque Juan se habia internado mucho en el desierto, de cuando en cuando venia ocultamente a casa de sus padres. Creo que unos i otros debian saber algo por revelacion, pues cada vez que Isabel o Zacarías querian verlo, Juan Bautista no tardaba en acudir, por mui léjos que se hallara.

La segunda vez que vino a Jutta tendria cuatro o cinco años. El dia que debia volverse al desierto con su madre, que lo acompañaba siempre hasta mucha distancia, Zacarías se habia ausentado, porque, como amaba con delirio a Juan, no queria verlo al partir.

Dirijiéronse primeramente hácia el norte, hasta llegar a un riachuelo que atravesaron en una balsa que dirijia Isabel. Entraron despues en un desfiladero donde, despues de haber caminado algun tiempo, Isabel dijo adios a su hijo; lo bendijo, lo estrechó contra su corazon, lo besó en la frente i en las mejillas i volvió sobre sus pasos. Varias veces se detuvo i, bañada en llanto, miraba a su hijo que se alejaba i perdia entre las rocas.

LX.

HERÓDES HACE MORIR A ZACARÍAS.—ISABEL SE RETIRA AL DESIERTO AL LADO DE SU HIJO I MUERE.

Juan habia cumplido seis años. Zacarías partió para el templo donde tenia que sacrificar. Isabel, aprovechando su ausencia, se dirijió al desierto para ver a su hijo.

Heródes, que hacia mucho tiempo buscaba a Juan, no pudiendo haberlo, habia dado órden de prender a Zacarías. Al efecto, una partida de soldados lo acechaba en los alrededores de Jerusalen, cerca de la puerta llamada de Belen. Al acercarse Zacarías, fué atacado repentinamente i conducido a una prision situada en la montaña de Sion. El pobre anciano tuvo mucho que sufrir, i, como no quisiese revelar el paradero de su hijo, fué puesto en el tormento i luego muerto, por órden de Heródes.

Isabel volvió a Jutta a esperar la vuelta de su esposo. Su dolor fué inmenso al recibir la triste nueva. No pudiendo hallar consuelo, huyó al desierto a reunirse con su hijo. Allí murió poco despues, siendo sepultada por el Esenio que asistia al niño Juan.

El Bautista, muertos sus padres, se alejó para siempre de la casa paterna, i ya no salió del desierto hasta el momento en que se presentó en medio de los hombres a anunciar la venida del Redentor.

LXI.

VUELTA DE EJIPTO.—LLEGADA A NAZARETT.

Siete años habian pasado. La permanencia de la Santa Familia en Ejipto se hacia mas i mas penosa. El trabajo de José ya casi no daba abasto a sus necesidades, pues aquellas jentes rehusaban pagarle su salario. Sus privaciones eran sin cuento. Un dia, aflijido i sin saber qué hacer, viendo que no tenia nada que llevar a su esposa, se arrodilló en medio del camino, pidiendo a Dios viniese en su auxilio. Llegada la noche, miéntras rendido por el cansancio i el sufrimiento, habia logrado conciliar un instante el sueño, un ánjel se le apareció i le dijo: "Levántate, i toma al niño i a su madre, i vete a tierra de Israel: porque muertos son los que le querian matar." José, al punto, hizo saber la órden de Dios a la Santísima Vírjen i al niño Jesus, comenzando a hacer inmediatamente sus preparativos de viaje.

Cuando, a la mañana siguiente, las jentes del pais conocieron

su proyecto, muchos, sinceramente aflijidos, vinieron a despedirse trayéndoles algunos obsequios; otros, por el contrario, celebraban su partida, pues los miraban como májicos que tenian a su servicio al mas poderoso de los espíritus malignos.

Entre los primeros, ví muchas madres con sus hijos que habian sido los compañeros de Jesus, especialmente una mujer de distincion que traia de la mano un pequeño niño a quien acostumbraba llamar el hijo de María, porque ella con sus ruegos le habia obtenido de Dios este hijo. La mujer llamábase Mira i su hijo Deodatus. Ví que le daba al niño Jesus algunas monedas de plata. Jesus, al recibirlas, miró a su madre.

Cuando José hubo cargado el asno con los efectos mas necesarios, se pusieron en camino. El asno era el mismo que habia conducido a María en su viaje a Belen. Las despedidas fueron tristes. Algunos, no pudiendo separarse de ellos, los acompañaron hasta mui léjos.

La Santa Familia siguió un camino que iba entre Heliópolis i la aldea de los judíos, torciendo despues hácia el mediodía, con direccion a la fuente del jardin del bálsamo. Lo que ántes era un arenal habíase trasformado en un precioso verjel; el arroyuelo que habia brotado a la plegaria de María, se deslizaba mansamente entre una multitud de palmeras, sicomoros i árboles frutales. Detuviéronse aquí algunas horas, i, miéntras José recojia el bálsamo necesario para el viaje i llenaba el odre de agua, María lavaba i secaba algunos efectos. Jesus, María i José llevaban en la cabeza, para guarecerse del sol, unos grandes pedazos de corteza mui delgada sujeta bajo la barba por una tira de lienzo. Jesus tenia un trajecito oscuro i un calzado de corteza que José le habia fabricado i que únicamente le cubria la mitad de los piés. María llevaba sandalias. Varias veces los ví inquietos porque el niño Jesus tenia mucho trabajo en caminar por la ardiente arena; ví que le limpiaban el calzado i que para aliviarlo lo sentaban sobre el asno.

Atravesaron muchas ciudades i pasaron cerca de algunas otras. José no queria volver a Nazareth, sino establecerse en Belen, su patria; no obstante, estaba indeciso porque habia sabido que la Judea estaba gobernada por Archelaüs, que era mui cruel.

Llegados a Gaza, detuviéronse durante tres meses. Muchos paganos habitaban esta ciudad. El ánjel volvió a aparecerse en sueños a José i le ordenó volviesen a Nazareth, lo que hicieron al punto. Santa Ana vivia todavía. Indecible fué su alegría al ver llegar la Santa Familia despues de una ausencia tan prolongada. Jesus habia cumplido ocho años ménos tres semanas.

LXII.

JESUS PERDIDO I HALLADO EN EL TEMPLO.

Hasta la edad de doce años Jesus no cesó de hacerse útil a sus padres. Fuera de su casa mostrábase siempre benévolo i atento. Todos los niños de Nazareth lo tomaban por modelo, lo amaban i temian causarle el menor disgusto. Era un dicho comun entre los padres, cuando reprendian a sus hijos indóciles o díscolos: "¿Qué dirá el hijo de José si le cuento lo que que has hecho? ¡Cuánto se aflijirá!" Otras veces le decian en presencia de sus hijos: "Decidles, pues, que no hagan tal o tal cosa." Jesus acojia con efusion i ternura a sus pequeños amigos i les suplicaba fuesen obedientes, exhortándolos al mismo tiempo a que confesasen i pidiesen perdon de sus faltas.

Poco despues de su llegada de Ejipto, Jesus fué por primera vez a Jerusalen con María i José: era la fiesta de Pascua; desde entónces volvió todos los años. Por esto, cuando, a la edad de doce años, se dirijió allá con sus padres i sus amigos, ya era conocido de muchas personas. José i María, que lo acompañaban siempre, tenian costumbre de reunirse a algunas jentes de su pais, Jesus se asociaba entónces con los niños de Nazareth. En esta ocasion, a la vuelta, habíase separado de ellos al llegar al monte de los Olivos, alojándose durante la noche en la posada de la puerta de Belen. José i María creian que iba adelante con las demas personas de Nazareth, i éstas pensaban se habria reunido con sus padres. Cuando todos los viajeros se hubieron reunido en Gophna, la mas viva inquietud se apoderó de los santos esposos al notar la ausencia de Jesus. Volvieron atras hasta Jerusalen buscándolo por todas partes con la mayor ansiedad.

Tres dias trascurrieron, durante los cuales Jesus estuvo en tres diversas escuelas donde se enseñaban la lei, las ciencias i se formaban sacerdotes i levitas en la última. El tercer dia se dirijió al templo. Hacia dos horas enseñaba, llenando a todos de asombro, de despecho, de confusion i admiracion, cuando José i María llegaron preguntando por él. Como no les era permitido entrar al lugar donde se hallaba, por ser éste un sitio reservado, suplicaron a unos levitas avisasen a Jesus que le esperaban; Jesus les hizo saber que primeramente queria terminar lo que tenia que hacer. María se aflijió por esta respuesta: era la primera vez que hacia sentir a sus padres que tenia que obedecer a otras órdenes que a las suyas. Continuó enseñando aun una hora, i despues de haber refutado a todos los doctores, los dejó i fué a reunirse con sus padres. José, lleno de turbacion, no podia hablar, pero María se acercó a Jesus i le dijo: "Hijo mio, ¿por qué

has obrado así con nosotros? Mira como tu padre i yo angustiados te buscábamos." Jesus les respondió: "¿Para qué me buscábais? ¿No sabíais que me conviene estar en las cosas que son de mi Padre?" Mas ellos no comprendieron lo que les decia, i al punto, se volvieron a Nazareth.

Ví cuando la Santa Familia salia de Jerusalen: acompañábanlos tres hombres, dos mujeres i algunos niños que no conocia. Vilos visitar los alrededores i, luego, entrar en el hermoso jardin del monte Olivete, donde oraron con las manos cruzadas sobre el pecho.

En casa de Ana los esperaban con una fiesta a la cual fueron invitados todos los niños de los parientes i amigos de María i de José. Conté hasta treinta i tres, todos futuros discípulos de Jesus. Durante la fiesta, Jesus refirió a sus jóvenes compañeros una maravillosa parábola. Hablóles de unas bodas en que el agua seria convertida en vino, i los convidados indiferentes en amigos fieles; luego, que el vino seria convertido en sangre i el pan en carne, lo cual se perpetuaria hasta el fin del mundo, consolando, fortificando i uniendo a los convidados con un vínculo vivo. Esta parábola no fué comprendida. Tambien oí que dijo a Nathanaël, su pariente: "Yo estaré en tus bodas."

Desde los doce años Jesus fué el preceptor de los niños de su edad. A menudo paseábase con ellos, o se sentaba en medio de ellos, instruyéndolos siempre. Tenia dieziocho años cuando principió a ayudar con la mayor asiduidad a José en sus trabajos.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará.)

LA ESTRELLA: SUEÑO DE UN NIÑO.

(Orijinal de Cárlos Dickens.)

En otro tiempo vivia un niñito cuya imajinacion estaba siempre vagando i ocupada en una multitud de cosas diferentes. Tenia una hermana, quien tambien era niñita, i nunca se apartaba de su lado. Todo el dia lo pasaban en contínua admiracion. Se admiraban de la belleza de las flores; se admiraban de que el cielo fuera tan alto i tan azul; llenos de admiracion observaban

la profundidad de las aguas del brillante Océano; se admiraban de la bondad i el poder de Dios al hacer un mundo tan bello.

Algunas veces se preguntaban uno a otro: Supongamos que en un dia murieran todos los niños que hai en el mundo; ¿acaso las flores, el agua i el cielo se pondrian tristes? I ellos creian que sí se pondrian tristes. Porque, decian ellos, los botones son los niños de las flores i los juguetones arroyuelos que saltan por las faldas de las colinas son los niños del agua, i los puntitos brillantes que juegan al escondite toda la noche en el cielo deben de ser seguramente los niños de las estrellas; i todos ellos tendrian pena si no vieran mas a sus compañeros de juegos, los niños de los hombres.

Habia una estrella clara i brillante que sin falta aparecia en el cielo ántes que las demas, cerca de la torre de la iglesia i encima del cementerio. Era mas grande i mas bonita, a juicio de ellos, que todas las otras; i noche a noche aguardaban su aparicion, de pié en la ventana i cojidos de las manos. Cualquiera de los dos que la veia primero, gritaba:

—¡Ya veo la estrella!

I muchas veces gritaban los dos al mismo tiempo; pues sabian tan bien el uno como el otro cuándo habia de aparecer i dónde. Al fin se hicieron tan amigos con ella que ántes de irse a sus camas no dejaban nunca de asomarse otra vez para darle las buenas noches, i cuando ya se acomodaban para dormirse tenian costumbre de repetir:

—¡Bendita sea la estrella!

Pero, sucedió que estando todavía mui niña ¡oh, mui niña! la hermanita comenzó a languidecer i su debilidad fué en aumento hasta que ya no pudo quedarse por la noche en la ventana; entónces el niño miraba tristemente él solo i cada vez que la estrella aparecia se volvia hácia la paciente i pálida carita que aguardaba en el lecho i le decia:

—¡Ya veo la estrella!

I entónces una sonrisa se dibujaba en el rostro i una vocecita débil repetia cada vez:

—¡Bendito sea mi hermano i la estrella tambien!

I así llegó un tiempo ¡demasiado pronto! en que el niño miraba solo i no aguardaba en el lecho una pálida carita, i en que entre las tumbas habia una pequeña tumba que ántes no estaba, i en que la estrella parecia alargar hácia él sus rayos cuando la miraba al traves de sus lágrimas.

I los rayos eran tan brillantes i parecian formar un camino tan resplandeciente de la tierra al cielo, que cuando el niño se acostó en su solitario lecho se puso a soñar con la estrella; i soñaba que desde donde estaba acostado veia subir muchísima jente por aquel luminoso sendero, conducida por los ánjeles. I la estrella entreabriéndose le dejó ver un gran mundo de luz don-

de muchos otros ánjeles semejantes los aguardaban para recibirlos.

Todos esos ánjeles que estaban aguardando volvian sus ojos radiantes hácia los que eran introducidos a la estrella; algunos se desprendian de las largas filas que entre sí formaban i se arrojaban al cuello de los recien llegados i los besaban tiernamente i se iban con ellos por anchas calles de luz i parecian tan felices en su compañía, que acostado en su lecho el niño lloraba de alegría.

Pero habia muchos ánjeles que no iban con ellos, i entre éstos uno que él conocia. El rostro paciente que en otro tiempo descansaba en el lecho estaba ahora glorioso i radiante; mas, su corazon distinguió a su hermana entre toda la muchedumbre.

El ánjel de su hermana se detuvo cerca de la entrada de la estrella i preguntó al jefe de los que hasta allí habian atraido a la multitud:

—¿Ha venido mi hermano?

I él le respondió:

—Nó.

Ya se volvia llena de esperanza, cuando el niño, tendiéndole los brazos, gritó:

—¡Oh, hermano, aquí estoi! ¡Llévame!

Entónces ella volvió hácia él los radiantes ojos, i era de noche; i la estrella brillaba dentro del cuarto i los rayos parecian alargarse hasta él, a traves de las lágrimas que llenaban sus ojos.

Desde esa hora para siempre el niño miraba la estrella como la habitacion a donde habria de ir cuando llegara su tiempo; i muchas veces pensaba que ya no pertenecia solo a la tierra, sino tambien a la estrella, porque allá habia ido ántes el ánjel de su hermana.

Una pequeña creatura nació: nuevo hermano del niño; la cual era todavía tan pequeña, que aun no alcanzaba a articular palabra, cuando alargó su delicado cuerpecito en el lecho i murió.

Otra vez soñó el niño con la estrella abierta i las lejiones de ánjeles i la multitud de jente i las filas de ánjeles todos con sus ojos radiantes vueltos hácia los rostros de los viajeros.

I el ánjel de su hermana dijo al jefe:

—¿Ha venido mi hermano?

I él le respondió:

—Ese nó; ha venido otro.

Luego que el niño vió entre sus brazos al ánjel de su hermano, gritó:

—¡Oh, hermana, aquí estoi! ¡Llévame!

I ella se volvió i le envió una sonrisa, i la estrella resplandecia en el cuarto.

Creció i llegó a ser un jóven; estaba atareado con sus libros cuando un antiguo criado vino a él i dijo:

—Tu madre ya no existe; traigo su bendicion para el hijo de sus afecciones.

Otra vez a la noche vió la estrella con todo el séquito primero. El ánjel de su hermana dijo al jefe:

—¿Ha venido mi hermano?

I él contestó:

—Tu madre.

Un fuerte grito de alegría repercutió en toda la estrella, porque la madre volvia a reunirse con sus dos hijos. I él extendió las manos i gritó:

—¡Oh, madre, hermana i hermano aquí estoi! ¡Llevadme!

I ellos le respondieron:

—Todavía nó, i la estrella brillaba.

Creció i fué un hombre, cuyos cabellos se tornaban grises; i estaba sentado en un sillon cerca de la chimenea, oprimido por los pesares i el rostro humedecido por las lágrimas cuando la estrella se abrió una vez mas.

Dijo el ánjel de su hermana al jefe:

—¿Ha venido mi hermano?

I él respondió:

—Aun nó; una doncella, su hija.

I el hombre que habia sido el niño, vió a la hija que recientemente le habia sido arrebatada, como una creatura celestial entre las otras tres i dijo:

—La cabeza de mi hija se apoya sobre el seno de mi hermana i su brazo al rededor del cuello de mi madre i a los piés de los dos veo la pequeña creatura del tiempo pasado i yo puedo resistir la separacion de ella. ¡Alabado sea Dios!

I la estrella brillaba.

Así el niño llegó a ser viejo i su rostro, en otro tiempo terso, se llenó de arrugas, i sus pasos eran lentos i vacilantes, i su espalda se encorvaba. I una noche, recostado sobre el lecho, miéntras lo rodeaban sus hijos, gritó, como habia gritado en otro tiempo tan lejano:

—¡Ya veo la estrella!

I ellos se dijeron en voz baja unos a otros:

—Está muriendo.

I él dijo:

—¡Sí! estoi muriendo. Los años se van desprendiendo de mi cuerpo como un vestido i yo camino hácia la estrella como un niño. I ahora ¡oh, Padre mio! te doi gracias, porque ella se ha abierto tantas veces para recibir a los séres queridos que ya me aguardan.

I la estrella estaba brillando, i brilla sobre su tumba.

Santiago, marzo de 1877.

RAIMUNDO SALAS E.

HABLADORES I PEDANTES.

—¡Gracias a Dios que se ha ido! Me tenia bien mareada, dijo la señora de la casa.

I hacia al mismo tiempo un significativo ademan con la cabeza i las manos.

—¡Si es mucho hablar! Aquello parecia un torrente de palabras....

—¿Torrente? Avalancha dirá usted: a nadie deja *meter basa*, interrumpió un caballero algo entrado en años.

—Es admirable cómo se le ocurre tanta cosa.... ¡i qué garganta tiene! observó un elegante jovencito. Pero no deja de ser *célebre*, i luego tiene una asombrosa facilidad para expresarse.

—¡Es un bárbaro! exclamó uno de los presentes, que no tuvo a la mano otro calificativo.

—¡Un hablador sempiterno!

—Es copia fiel, i podria decir autorizada, de aquel Roldan de Cervantes, salió un abogado literato; para él no habria castigo mayor que imponerle *perpétuo silencio*.

Yo, que tambien formaba parte de esa corta reunion, nada dije: sentia, aun cuando el hablador ya no estaba, un confuso ruido de palabras en mi cabeza.

La conversacion siguió sobre el mismo tema. El abogado contó que en Paris habia asistido a una representacion de la ópera bufa de Offenbach, *Les Bavards*, i refirió, como que venia al caso, el argumento. El caballero algo entrado en años recordó que allá en sus mocedades habia conocido a un individuo de la misma casta; i con aquel tono especial, con esa calma i ese cierto interes que los viejos saben dar a lo que narran, nos entretuvo gran parte de la noche. Como ya fuera algo avanzada la hora, hube de retirarme, i, naturalmente, miéntras a mi casa llegaba, fuíme pensando en los habladores: de las reflexiones que entónces me hice, nació el presente artículo.

Desde luego, es preciso separar los *charlatanes* de los *simplemente habladores*, i de estos últimos trataré primero.

Así como existen caractéres taciturnos, los hai expansivos i en alto grado sociables. Sienten éstos una cierta necesidad de comunicar a otra persona, sea cualquiera, cuanto les pasa; de manifestar en todo su opinion i las impresiones que reciben; de dar a conocer en sus menores detalles aun las cosas mas insignificantes; de exponer los conocimientos que poseen sobre cualquier

asunto a la menor oportunidad que se presente. Pero ello no lo hacen por vanidad ni por otro semejante impulso, sino en virtud de su carácter lijero i poco reflexivo, de una abundancia de sinceridad i de una gran escasez de prudencia. Son personas que a nadie ofenden, si se exceptúa la paciencia i el oido, i ni siquiera sospechan que incomodan con su locuacidad a los oyentes; por el contrario, creerán muchas veces hacerles un verdadero servicio.

A fuerza de hablar, llegan a adquirir una facilidad asombrosa para expresarse sin tropiezo, facilidad que les perjudica en gran manera, como quiera que teniendo ellos a la mano las palabras i sin que la reflexion les ayude, poquísimo o nada se cuidan de escojer las mas concisas. Con tal de no detenerse a pensar un rato, toman un puñado de términos que, con un poco de mas detencion, hábrian podido ser reemplazados por uno solo i mas claro. Esa misma precipitacion en decir todo lo que se le ocurre, impide al hablador exponer ordenadamente sus ideas, tanto mas cuanto que nunca son claras las que posee. De ahí nace esa confusion que reina siempre en cuanto dice; pronto el oyente, cansado buscar la idea en medio de tanta palabra, pierde el hilo del discurso i se ve en la necesidad de resignarse a escucharlo como quien oye llover. I no haya cuidado de que el hablador deje la palabra miéntras tenga algo que decir: se convierte en las sanguijuelas con que comparaba Horacio a los poetas adocenados.

Hija de este carácter expansivo es la alegría que en el hablador se nota. Como no tiene secretos, siempre se encuentra en situacion de hablar, i, cuando se le ve callado, algo mui grande debe de preocuparle, esto sin perjuicio de que ceda al menor esfuerzo su momentánea reserva.

Hállanse reunidos algunos amigos i se encuentran en esos momentos de silencio que siempre ocurren en la conversacion; se oye un ruido afuera i dicen los amigos:—¡Ya viene Fulano! ¡Aprontemos los oidos!—pues los habladores tienen de precursora a la palabra, de manera que siempre se sabe cuando vienen. Así vemos en las comedias que, cuando algun hablador en ellas aparece, ántes de salir al público, cuida de hablar un rato entre bastidores.

—¡Qué hai, chicos! ¿Por qué ese silencio? ¿Cómo les va?

—Bien, hombre, i tú ¿estás bueno?

—¡Oh! Mi máquina anda siempre como un cronómetro ingles; i ahora que digo cronómetro, ¿saben lo que le ha pasado a mi muestra, es decir, a mi reloj?

—Nó, hombre.

—Ya se me alcanzaba que no lo habian de saber, pues solo al llegar aquí me ha sucedido este percance. Figúrense que traia ocupada mi mente en la redaccion de una nota de aliento dirijida al

ministro de Instruccion Pública a nombre de una de esas progresistas i liberales sociedades que tenemos a cada vuelta de esquina, a guisa de faroles para alumbrar al pueblo. Habíale dado ya colocacion conveniente a lo del progreso; i la rutina, los principios retrógrados i el travieso fanatismo amigo de que la mujer ande a oscuras, ocupaban su lugarcito mui espectable; pero no encontraba yo manera de introducir algo sobre *las masas*, cosa necesaria en estos asuntos, como ustedes no lo ignoran. Preocupado por esto en alto grado, no ví una depresion considerable del asfalto, de modo que, desapareciendo el suelo bajo mi planta, perdí el equilibrio i tuve que convertirme en un "rei del aire" para no dar con mi humanidad en tierra. Ello, empero, no fué bastante a impedir que mi cronómetro saltara de la faltriquera, cortase la cadena i chocara en el duro pavimento, de cuyas resultas ha quedado, como ustedes ven, en un estado *pitoyable*, al decir de aquel frances.... ¡Hombre! ¿i han sabido de él? Yo le ví hace poco en circunstancias las mas curiosas. Voi a contarles el cuento porque es de lo mas divertido.... ¡Já, já, já! De acordarme solo me rio.

Míranse unos a otros los amigos con las caras *largas:* cuál se sonrie compasivo, cuál da muestras de fastidio i cuál, mas impaciente que los otros, toma su sombrero i hace ademan de marcharse.

—¡Qué es esto! ¿Te vas? Espera un momento....

—Hombre, siento mucho irme, porque ese cuento del frances debe de ser mui chistoso; pero quedé en ir a buscar a mi hermana.... una visita.... hace un cuarto de hora que debia estar allá. Con que....

—Chico, mui cuerdo i muestra de gran bondad es eso de sacar a las hermanas, porque hai muchos individuos, sobre todo los jóvenes recien salidos del colejio i los que están dentro de él, que ya sea por temor a las bromas de sus compañeros o por verse mas a sus anchas, andan sacándole el cuerpo a las susodichas hermanas para no llevarlas a paseo. Quéjanse las pobrecitas; pero el mozalvete, con gran sentimiento suyo, declara que no puede acompañarlas por un maldito compromiso a que no puede faltar. I tan jeneral es esto, que cuando....

—Bueno; vaya, pues, adios....

—Espera, hijo de la precipitacion.... que cuando se ve frecuentemente a un jóven en compañía de su familia, exclaman todos: "¡Qué jóven tan bueno! ¡Miren cómo saca a sus hermanas!" I aquí viene como de molde, para mostrarte cuánto en ello se gana, lo que le pasó....

—En fin.... mucho siento.... ¡adios!

—Adios, chico; i ¡vaya qué apuro tiene!.... Hombre, ese cuadro no te lo habia visto. ¿Cuándo lo compraste? Son los *Jirondinos*, si no me equivoco. Ustedes, por supuesto, habrán leido el

bro de Lamartine.... i, díganme: en punto a inventiva de la imajinacion, ¿cuál encuentran superior, Chateaubriand o Lamartine? Yo....

—¡Qué diablos! exclama repentinamente i poniéndose en pié uno de los oyentes i dirijiéndose al otro. ¡Qué diablos! ¡Nada nos habíamos acordado!

—¿Qué hai? dice el hablador.

—¡Qué ha de haber, sino que debíamos ir con este chico a casa de Zutano, i hará media hora que nos estará esperando!

—¡Cierto! exclama el otro oyente, que no habia caido en la estratajema. Vaya, pues, dispensa; si lo deseas, quedas en tu casa.

—Nó, gracias. Los acompañaré hasta donde van.

—Es que.... vamos a ir mui lijero.

—Lo cual me agrada, porque soi amigo de hacer ejercicio. Yo, todos los dias, especialmente despues de comer, me ando algunas buenas cuadras, i les manifestaré el itinerario que sigo regularmente: me voi por la calle de....

—Mejor será que nos vamos en coche.

—En ese vehículo no los acompañaré, porque.... se llega mui luego.

—Hombre, acompáñanos.

—Nó, chico; me iré a casa.

Pero no siempre se puede apelar a la fuga, i entónces no hai mas que tener paciencia i barajar. ¡Con cuánta compasion se mira en una visita a la infeliz niña o señora que se encuentra al lado del hablador! Si queda un momento solo, luego se pone en pié, pesca alguna palabra de cualquiera conversacion i ya lo tienen ustedes ensartando cuentos i revelando impresiones propias e íntimas que importan un comino a los demas. El tiene por amigos a todos los que no son sordos. Ora en tono confidencial, ora en tono de quien habla para el público, hace llegar al conocimiento de todos, aun aquello que ocultaria con gran cuidado un hombre de mediana prudencia. Imposible es que al obrar de este modo no perjudique a las veces al prójimo; éste, por lo regular, no protesta, conténtase con decir: "¡Cosas de Fulano! Si lo hace por el puro gusto de hablar!"

Suelen concertarse en alguna reunion para impedir que hable nuestro individuo. Entónces es de ver la congoja, el anhelo i la inquietud que revela su semblante. Aventura un "permítame, señor;" pero nadie suelta las palabras "con mucho gusto." Quiere descolgarse por un "yo creo a este respecto," pero nadie desea saber su opinion. Esto es para el hablador el suplicio de Tántalo: al fin, desesperado, deja el corrillo i va a buscar en otro fortuna mas propicia.

El *simplemente hablador* i el *charlatan* tienen un mismo oríjen: los niños intrusos o *metidos*, para valerme del término familiar.

¿Quién no conoce a una docena por lo ménos (tanto entre no-

sotros abundan) de esos insoportables hombrecillos-chimeneas que no alcanzan a contar doce años i ya gallean i se dan trazas como el mas pintado galan, i discurren sobre todo como un Pic de la Mirandola? ¿Quién no ha maldecido su destino por haberse visto en la necesidad de seguir una conversacion con ellos i de dirijirles la palabra? I cuidado que si álguien en esto se distrae, cuente ya con un irreconciliable enemigo, porque esos nenes son mui *sentidos*, i luego le tratan a Ud. de "orgulloso, porque es mas grande" i le aplican otras frasecitas del mismo tono.

Los entes que forman esta casta especial deben sus cualidades distintivas, como desde luego se ocurre, a la educacion que reciben de sus padres. Son éstos por lo comun jente rica, de cortos alcances i cuyos deseos son ver a su hijo brillar en los salones i asombrar a todos con sus vastos conocimientos i respuestas chistosas i oportunas. Consérvanle por eso entre algodones i le andan trayendo como si fuera el príncipe heredero. Luego el regalo en que le tienen hace que el papá i la mamá truequen enteramente los frenos. A los disparates que el chico dice, llámanlos *agudezas* i *gracias;* a las cualidades de intruso, *despejo;* al natural rubor i vergüenza del niño, *cortedad* i *huasería*, i para que todo eso se le quite, llévanse al niño a todas las visitas i le piden su opinion en todo i para todo le toman en cuenta. El niño, en vista de tantas consideraciones, se cree que efectivamente las merece i poco a poco adquiere hábitos pretenciosos, toma i deja la palabra delante de sus mayores con sin igual desenvoltura, se embroma con niñas i en punto a mujeres procura dar a entender que las conoce mas de lo que pudiera esperarse de su corta edad.

En el colejio mas le agrada discutir con sus profesores que estudiar, i si da pésimas lecciones, en cambio los dias domingos conversa con todas las visitas que van a su casa i tiene un enojo con la niñita a quien pretende, porque, segun él mismo dice, no hai como ponerse bien, despues de una pelea, dos personas que se quieren. Efecto de todo lo anterior es que se transforman poco a poco en infatuados charlatanes i pura bondad de Dios es el que se conviertan en simplemente habladores.

Entre éstos i los primeros hai, por supuesto, un gran número de matices i entre los charlatanes mismos existen algunas variedades; pero el tipo principal i mas numeroso de esta clase es el de los *pedantes*, a quienes especialmente me refiero.

Lo que desde luego se nota en el pedante es una gran satisfaccion de sí mismo, producida por la creencia en que está de que se lo sabe todo i un presuntuoso empeño de manifestar al mundo entero su saber. Consecuencia de esa presuncion es el enfado que siente cuando se le contradice i el desprecio con que mira a quien tal hace, sin perjuicio de tener siempre llena la boca con palabras de humildad finjida.

Esa ilusion de saberlo todo proviene de un injenio mui poco

perspicaz, de estudios mal dirijidos, superficiales o enteramente exclusivos, i de los aplausos de esos individuos hechos para que el mas ostentoso los domine, que ensalzan a las nubes al charlatan i pasan al lado del mérito modesto sin sospechar que existe.

Si el hablador cansa, el pedante irrita. Puédese tener resignacion para oir una granizada de palabras; pero no hai manera de soportar a una persona que habla siempre como profesor i que tiene pronta en los labios alguna compasiva sonrisa para responder a alguna objecion, i un puñado de dicterios que sustituir a la palabra contradictor.

De tal manera ciega su necio orgullo al pedante, que bien puede llamársele tal en sus barbas sin que por ello manifieste enojo; por el contrario, secretamente se regocija, porque cree ver la envidia tras el insulto i llega él mismo hasta contemplarse como mártir de la instruccion.

Como le seria imposible descollar si siguiera el modo de pensar de los demas, dirije todos sus esfuerzos a producir innovaciones: los talentos ordinarios necesitan ir contra la corriente para llamar la atencion. Aquellos en quienes la pedantería se ha hecho un mal crónico, creen que ese deseo de innovar, nacido en realidad de su presuncion i escaso talento, proviene de la profundidad de su jenio, que le permite ver cosas buenas en aquello en que la jeneralidad nada ve o ve malas cualidades. Como la jente es novelera, luego desea conocer las innovaciones i ahí tienen ustedes al pedante contento i ufano porque se ocupan en lo que ha hecho. Mas, conocidas aquéllas, encuentran todos los espíritus sanos que son otros tantos disparates i tiran piedras al inventor. Aflíjese el pedante en un principio, pero consuélase luego por las siguientes razones: nadie es profeta en su tierra; la época actual nunca me entenderá porque es ignorante; mi jenio me dice que ando bien; la posteridad me hará justicia.

En los dias serenos alcanza a ver el pedante una modesta estátua que representa a su persona en pié, con aire profundamente reflexivo i peinada a lo literato, es decir, como quien no tiene mas peine que los dedos. En la una mano lleva una pluma de ave i tiene apoyada la otra en una tabla que lleva un letrero alusivo, por ejemplo: "Rehabilitó el lenguaje." Poco despues divisa en compañía de un anciano a un jóven; uno i otro llevan bajo el brazo sendos tratados sobre el idioma compuestos por el pedante mismo. Detiénense aquellos dos individuos a contemplar la estátua.

—¡De cuántas consideraciones se veria rodeado este jenio mientras vivió! exclama el jóven.

—Te equivocas, hijo mio, le responde el anciano; pocos hombres de talento han sufrido mas. Nadie le hacia caso, i hasta le trataron de loco i de pedante; pero él, apoyado en su monstruoso injenio, no desmayó. ¡Cuánto esfuerzo hizo para purificar el

idioma, cuyo estudio es la base de todas las ciencias i las artes, de la lejislacion, de la economía política i doméstica, de la hijiene pública i privada, de la agricultura, de la jeodesia, de la numismática, en suma, de todos los ramos del saber humano! I, cuesta decirlo, hai jente zafia i mal intencionada que léjos de considerar a la gramática con respecto a las artes i ciencias, como el cimiento a las demas partes de un edificio, la consideran como el estuco, la pintura, el *blanqueo* de ese mismo edificio. ¡De cuánta paciencia necesitó echar mano este jenio para desenterrar esas palabras que ahora tanto nos admiran! ¡De cuánto valor hubo menester para presentar al público esos vocablos cubiertos de polvo i roidos por la polilla, que entónces llamábamos antigüedades i vejestorios, como si fuera susceptible de envejecer una locucion castiza! El siempre repetia: las palabras castizas deben ser como las de Jesucristo; ¡jamas deben pasar! Varon ilustre, *transeuntes te salutant*, los que pasan te saludan. Oremos por él, hijo mio.

Ambos se descubren respetuosamente, oran en silencio i pasan.

Al llegar aquí en sus ilusiones, el pedante se enternece, una lágrima se desliza furtiva por sus mejillas.—¡La posteridad es siempre agradecida! exclama; trabajaré, pues, para ella. Esa turba de necios que me rodea no es capaz de comprenderme, ¡solo merece compasion i desprecio!—Dice, i palabra en boca i pluma en mano se lanza al campo con nuevo furor, i llega, destroza, arregla i desarregla a su modo, i los bolonios que le ven moverse i hablar tanto, le contemplan extasiados i recojen sus palabras como si fuera un oráculo.

El exterior del charlatan no desmiente sus cualidades internas; nótase en su cuerpo cierta indolencia; su modo de mirar es despreocupado, como si en ninguna cosa encontrara novedad; al hablar, acciona como quien trata de hacer comprender a otro algun asunto de que tiene profundo i cabal conocimiento; menea la cabeza en ademan despreciativo i en toda su persona se advierte un cierto aplomo, un cierto aire de superioridad pretenciosa que desde luego produce antipatía.

I aquí concluyo por no ocurrírseme otra cosa sobre el particular, o en otros términos i segun la frase corriente: "porque la estrechez de estas pájinas no me permite dar mayor extension a mis ideas."

Santiago, abril 4 de 1877.

PEDRO N. CRUZ.

CONFIDENCIA.

A L....

I.

Una tarde, mi amiga, preguntabas
La causa de mi afan i mi tristeza,
I mis labios turbados pronunciaron
En confusas palabras la respuesta.

—A un pobre corazon que está vacío
No preguntes la causa de sus penas.
¿Cómo puede reir el desgraciado
Que, buscando su bien, jamas lo encuentra?

Es triste, mui triste, amiga mia,
Al alma solitaria la existencia,
Cuando siente el calor de una esperanza,
Que despues, al pasar, la deja yerta.

En inmenso festin, las ilusiones
Has visto tú jirar con faz risueña,
Miéntras de ese festin yo solo he oido
El fúnebre murmullo de las quejas.

Yo veo rebosar de extraño júbilo
Los campos, al venir la primavera;
I veo que en las frentes juveniles
Esa luz de alegría se refleja.

Yo soi jóven tambien, i sin embargo,
Un sañudo pesar mi frente vela;
Yo soi jóven tambien, mas, ya lo sabes,
No todo es luz i sol en primavera....

Mui dulce es esperar si a la esperanza
La fé del porvenir nutre i sustenta;
Pero ¡ai! la duda cruel, entre sus pliegues,
Oculta muchas veces viene envuelta.

¡Qué porfiada ansiedad mi pecho esconde!
¡Qué secreta congoja lo atormenta!
Un algo misterioso a mi sér falta,
Que la hora del placer de hastío llena.

Es que mi alma doquiera marcha en busca
De su bien, que persigue, i no lo encuentra,
De otro sér que la aliente i le dé vida,
De otra alma que la ame i la comprenda.

Por eso voi medroso en el camino
De muda soledad que me rodea,
Buscando alguna flor en el desierto,
I, en un cielo nublado, alguna estrella.

Yo marcho al porvenir, donde se guardan
Brillantes esperanzas tras la niebla
Que el paso presuroso de los años
Disipa, poco a poco, en su carrera.

I ahora ya sabrás, amiga mia,
Porqué esconde mi alma su tristeza....
No me asedia el dolor de los recuerdos,
Pero tengo el dolor de los que esperan....

II.

Era el otoño, i a tu lado un dia
Miraba revolar las hojas secas,
I mústio estaba el corazon henchido
De amargo sinsabor i de tristeza.

—¿Podré saber, me preguntaste entónces,
El oculto misterio de tus penas?
Como otras veces, hoi te he visto triste....
¿Qué sombrío pesar tu frente vela?

—¿No ves, amiga, cuál un cierzo frio
Las hojas de los árboles se lleva?
¿No ves desnuda de su pompa i triste
La espléndida i jentil naturaleza?

¿No sabes tú que la esperanza es vana,
Cuando el pecho recuerdos solo alienta
De los fugaces, venturosos dias
Que ya no han de brillar sobre la tierra?

Felices, sí, los que en la vida, ufanos,
De ilusiones doradas se alimentan,
Los que jamás dentro sus almas guardan
Memorias de otro tiempo que envenenan.

He visto en sueños (ya que el alma suele
Soñar alguna vez, aunque dispierta)
He visto en sueños una imájen pura,
Cual celeste vision sobre la tierra.

Hermoso talle, mas gallardo i bello
Que el talle jentil de la palmera,
Ojos de fuego, soñadores tiene
La graciosa beldad de tez morena.

Su voz es dulce, melodiosa i suave,
Cual debe ser la voz de las sirenas;
Una sonrisa por sus labios vaga,
Emblema de ternura i de inocencia.

Con su mirada el corazon enciende
De esperanzas i amor que le consuelan;
Su dulce voz las inquietudes calma
I borra del dolor las tristes huellas.

¿Porqué pasaron esas breves horas
En que mi alma i la suya una alma eran?
¿Porqué el rumor de sus suspiros ténues
No murmura a mi oido tiernas quejas?

¡Ah! no conoces, i ojalá lo ignores,
Lo que sufre el corazon cuando recuerda
Las horas breves de placer que huyeron
I ya no han de volver sobre la tierra!

Al que ha perdido de su puerto el rumbo
No preguntes, amiga, a dó navega;
Que por un mar inmenso cruza entónces,
Sin brújula, sin guia i sin estrella.

Como otras veces, hoi me has visto triste,
Porque solo dolor mi pecho encierra;
Mas deja, amiga, que al dolor devore....
¡Si tienes corazon, deja que sienta!....

Marzo de 1877.

ANDRES R. CAÑAS VERGARA.

EL CONGRESO DEICIDA.[1]

(Orijinal del P. E. Marquigny, S. J.)

No todos los crímenes que cuentan los anales de los gobiernos son imputables a los reyes; que tambien tienen su buena parte los congresos. Esa parte, no es posible dejar de confesarlo, pesa enormemente sobre la historia del réjimen parlamentario; pues el mayor de todos los pecados de la humanidad, el deicidio, carga la cuenta de un senado. "Entre los congresos que se han hecho responsables ante la posteridad, hai uno sobre el cual pesa una responsabilidad excepcional; cual es el que presidió los últimos dias de la vida nacional del pueblo judío; el que hizo comparecer i condenó a Jesucristo; el que en la historia tiene su nombre aparte i se llama el *Sanhedrin*."

Dos israelitas convertidos, cuyo nombre es mirado con honra en el mundo relijioso, los señores abates Lemann, del clero de Lyon, han publicado un estudio profundo i lleno de interes acerca de ese famoso congreso. Ellos se dirijen a sus antiguos correlijionarios para mostrarles lo que era i lo que hizo ese Sanhedrin hácia el cual han conservado una ciega veneracion. Pero si este libro está destinado, si puede, a abrir los ojos a los desdichados hijos de Israel, tambien contiene para los cristianos luminosas enseñanzas i lecciones de una evidente oportunidad.

Ahora cincuenta años, M. Dupin el mayor publicó un exámen del proceso de Jesucristo, que desde 1828 ha tenido varias reimpresiones. (2) En él hace una refutacion del judío Salvador, que, en su *Histoire des institutions de Moïse et du peuple hébreu*, trataba de justificar el procedimiento empleado con Jesus. Ese escrito de M. Dupin es "resplandeciente de claridad, de ciencia.... i de respeto a Jesucristo," segun lo han apreciado los mejores jueces, los referidos señores Lemann. Pero el trabajo de nuestros elocuentes abates, mas decisivo i mas completo (fuerza es decirlo en elojio de éstos) hace parecer pálido el del antiguo procurador jeneral de la Corte de Casacion. M. Dupin revisa el proceso de Jesus como jurisconsulto frances; los hermanos Lemann lo hacen como hijos de Israel. En las pájinas del célebre majistrado

(1) *Valeur de l'assemblée qui prononça la peine de mort contre Jésus-Christ*, par MM. les abbés Lemann. In 8.° de 110 p. Paris, Poussielgue, 27, rue Cassette.

(2) *Jésus devant Caïphe et Pilate*. Este trabajo se encuentra en el sexto volúmen de las *Démonstrations évangéliques*. (Migne.)

la causa se examina a grandes rasgos i de una manera rápida, sin separar con claridad la accion del pueblo judío i la de los jefes que lo dirijen; al paso que el nuevo escrito toma aparte al Sanhedrin i evidencia los manejos de ese congreso, que sigue las inspiraciones de Caifás. Los autores examinarán mas tarde la parte de responsabilidad que toca a toda la nacion judía; hoi hacen ver cómo el gran consejo fué en realidad el gran culpable.

Hacia mucho tiempo que a los dos hermanos les preocupaba la siguiente idea: ¿no habria algun medio de encontrar entre los documentos hebraicos, que duermen por siglos enteros, algunas noticias sobre el congreso por el cual fué condenado el Cristo? pues qué, mejor conocidos los jueces, la causa tambien quedaria mas aclarada. Seguramente nadie ignora lo que valian Anás i Caifás, esos dos siniestros personajes, mas perversos que Pilato; pero, ¿no podrian tambien ser producidos ante la historia los demas que con ellos se sentaron en aquella alta corte de justicia? Por otra parte, ¿no seria posible reconstituir el antiguo procedimiento hebraico seguido en los procesos criminales? porque entónces quedaria perfectamente averiguado si las reglas de justicia obligatorias i las formas legales fueron guardadas en el proceso de Jesus. Ahora bien, si se logra establecer por una parte que el Sanhedrin no era mas que un congreso radical, mirado con desprecio por los judíos mismos, i por otra que el procedimiento hebraico fué indignamente violado respecto de Jesucristo, ¿no tendríamos una prueba incontestable de que el acto del congreso judío fué un verdadero asesinato?

Guiados por este pensamiento, los señores abates Lemman han recorrido, como valientes obreros que son, los infolios inexplorados de la *Mischna* i de los *Talmudes*, libros hebreos que vienen de los primeros siglos de la era cristiana, como tambien los preciosos escritos del historiador Josefo, contemporáneo del Cristo. Sus investigaciones, comparadas con las narraciones evanjélicas, han constituido la obra que tenemos a la vista.

El valor de un congreso se revela de dos maneras: por el exámen de las personas que lo componen i por el estudio de los actos que produce. Por consiguiente, para apreciar el alto congreso judío del tiempo de Jesucristo, era indispensable tratar sucesivamente dos cuestiones: en primer lugar, qué valian personalmente los hombres que de él formaban parte, i en seguida, qué vale en presencia del derecho hebraico su procedimiento contra Jesus. *Valor de las personas* i *valor de los actos;* tales son, en efecto, las dos partes del escrito sobre el cual llamamos la atencion de nuestros lectores. La primera parte es enteramente nueva: por carecer de noticias sobre los diferentes miembros del Sanhedrin casi nada nos han dicho los historiadores sobre los jueces de Jesucristo, sobre su procedencia i sobre su carácter.

I.

La primera vez que aparece el Sanhedrin en el pueblo hebreo es despues del destierro de Babilonia, en tiempo de los Macabeos, entre los años 170 i 106 de la era cristiana. Era el tribunal supremo de los judíos, a quien estaban deferidas las dificultades mayores en materia de justicia, de doctrina o de adminisiracion. "Se invoca la resolucion del Sanhedrin, dice la *Mischna*, para los negocios que conciernen a toda una tribu o a un falso profeta o al sumo sacerdote; para decidir si debe declararse la guerra; para ensanchar a Jerusalen i sus barrios o hacerle cambios esenciales; para instituir tribunales de veintitres miembros en las provincias, o para declarar que una ciudad es impía o que queda puesta en entredicho." Por esta cita del libro hebraico se ve cuán extensas eran las atribuciones del Sanhedrin, i que era un congreso verdaderamente soberano.

Componíase dicho tribunal, en tiempo de Jesucristo, de setenta i un miembros distribuidos en tres cámaras: la cámara de los sacerdotes, la de los escribas o doctores i la de los ancianos. Cada una de estas cámaras se componia ordinariamente de veintitres miembros, lo cual unido a los presidentes daba el número de setenta i uno. La cámara de los sacerdotes, como lo indica su nombre, se componia exclusivamente de personas pertenecientes al sacerdocio; la cámara de los escribas comprendia a los levitas i a los laicos particularmente versados en el conocimiento de la lei; i la cámara de los ancianos se formaba de las personas mas considerables de la nacion. Esta composicion del congreso por los tres órdenes principales del Estado judío la afirman todos los escritores de aquel tiempo, tanto cristianos como hebreos. El Evanjelio dice formalmente que *los sacerdotes, los escribas i los ancianos se reunieron para juzgar a Jesus.* (Marc., XIV, 53;—Matt., XVI, 21.)

Un acontecimiento considerable, ocurrido veintitres años ántes del proceso de Jesus, habia limitado los poderes del Sanhedrin: Augusto habia reducido la Judea a provincia romana el año 7 de la era vulgar, i habia quitado al congreso judío, dándolo a los *procuradores*, el *jus gladii*, que era el derecho soberano de vida i muerte. (1) Un golpe del rayo fué esta medida para el Sanhedrin i para toda la posteridad judía, que ha quedado, puede decirse, aterrada con él. En efecto, con esta supresion del derecho soberano de vida i muerte se realizaba la célebre profecía de Jacob relativa a la venida del Mesías. Con este motivo el *Talmud* dice que "los miembros del Sanhedrin se cubrieron la cabeza de ceniza i se vistieron de cilicio, diciendo: ¡Ay de nosotros, pues que el

(1) Poncio Pilato fué *procurador* desde el año 18 hasta el año 37.

cetro ha sido quitado a Judá i el Mesías no ha venido!" Por tal razon, el Sanhedrin no es mas que un cuerpo mutilado, que cuando Jesus comparezca ante él podrá censurar, si quiere, la doctrina del Cristo, i aun fulminar contra él la excomunion, pues todo esto ha quedado entre las atribuciones del alto congreso; pero si pronuncia una sentencia de muerte, habrá de su parte una violacion manifiesta de la lei romana.

Determinada ya la medida de las facultades del Sanhedrin, pasan los abates Lemann a hacernos conocer los jueces de Nuestro Señor. Este capítulo es fundamental. Cuarenta miembros, de los setenta i uno, son sacados de los rincones de la historia, dedonde, despues de haber estado ocultos durante siglos, salen a luz sus nombres, sus funciones, su vida i hasta sus vicios. No son los autores los que los flajelan, sino los mismos judíos.

Así, en la cámara de los sacerdotes, se cuentan, entre los jueces del Salvador, a los llamados Simon Boethus, Anás, Simon Cantera, Ismael ben Fabi, Ananías ben Nebadai. Pues bien, veamos la idea que de estos sacerdotes nos da el mismo *Talmud*, el libro judío por excelencia:

"¡Qué plaga la familia de Simon Boethus! ¡ai de sus lanzas! ¡Qué plaga la familia de Anás! ¡ai de sus silbidos de víboras! ¡Qué plaga la familia de Cantera! ¡ai de sus plumas! ¡Qué plaga la familia de Ismael ben Fabi! ¡ai de sus puños! ¡Ellos son sumos sacerdotes, sus hijos son tesoreros, sus yernos comandantes i sus criados hieren al pueblo con sus varas!" I el *Talmud* continúa: "El parvis del santuario lanzó cuatro gritos; el primero: ¡Salid de aquí, descendientes de Helí, vosotros manchais el templo del Eterno! En seguida: ¡Salid de aquí, Issacar de Kefar Barkai, que no respetais sino a vos mismo i profanais las víctimas consagradas al cielo! El tercer grito resonaba: ¡Ensanchaos, puertas del santuario i dejad entrar a Ismael ben Fabi, el discípulo de los caprichosos, para que llene las funciones del pontificado! Otro grito mas se oye: ¡Ensanchaos, oh puertas, i dejad entrar a Ananías ben Nebadai, el discípulo de los glotones, para que se harte de víctimas!"

En presencia de semejantes costumbres, confesadas por las compilaciones mismas del judaismo, ¿podrá ponerse en duda la indignidad de los que se sentaron a pronunciarse contra Jesucristo, como miembros de la cámara de los sacerdotes?

Esta corrupcion se explica por un detestable abuso. El soberano pontificado, que durante los quince siglos anteriores habia sido hereditario en una sola familia i se conservaba de por vida, se habia convertido, en tiempo de Jesucristo, en objeto de verdadero tráfico. Desde la reduccion de la Judea a provincia romana, las destituciones arbitrarias se sucedian casi anualmente en Jerusalen; i el *Talmud* alude con dolor a estos sumos sacerdotes de un solo año. Ya se habia hecho costumbre que los miembros

mas influyentes de la cámara de los sacerdotes, en fuerza de las intrigas que ajitaban entónces al sacerdocio, hiciesen entrar con ellos a sus hijos i a sus allegados. Anás, suegro de Caifás, *socer Caiphæ qui erat pontifex anni illius*, habia conseguido conservar el pontificado en su familia por unos cincuenta años, revistiendo cinco de sus hijos sucesivamente esa dignidad. Así refiere Josefo que Anás pasaba entre los judíos por el hombre mas afortunado de su tiempo; sin embargo, el historiador tiene el cuidado de observar que en esa familia reinaba un espíritu altanero, audaz i cruel.

En resúmen, de los documentos auténticos, salta a la vista que muchos de los principales sacerdotes del gran consejo judío eran personalmente mui poco honorables, i que todos los pontífices que se sucedian anualmente en el cargo de Aaron, apesar del órden establecido por Dios, no eran mas que intrusos despreciables.

Despues de la cámara de los sacerdotes se pasa a la de los escribas, que eran los doctores de Israel i el cuerpo sabio de la nacion. Pues bien, esta segunda cámara del Sanhedrin no valia mas que la primera. A excepcion del honrado Gamaliel, todos esos *rabbis* eran hombres prendados de sí mismos, ávidos de títulos fastuosos e hinchados de suficiencia. Es preciso leer en las *Meditaciones sobre el Evanjelio* lo que dice Bossuet sobre el orgullo de esos doctos personajes, ébrios de su propia sabiduría.

La cámara de los ancianos, que se reclutaba entre los ricachos de Jerusalen, estaba infestada de *saduceismo*, es decir, de materialismo. Dos justos, Nicodemo i José de Arimatea, formaban allí contraste con la mayoría.

Tanto los escribas i ancianos del pueblo como los sacerdotes, son pasados en revista en el curiosísimo opúsculo de los abates Lemann, dándonos a conocer a mas de la mitad de los setenta i uno; con lo cual podemos juzgar de los demas. De modo que ántes que los debates comiencen, ya se echa de ver cuál ha de ser el resultado del proceso de Jesucristo.

En consecuencia, nuestros autores terminan el capítulo de esas biografías instructivas con estos acentos vigorosos de elocuencia: "¿Cuál podrá ser el éxito del proceso ante la primera cámara, compuesta de sacerdotes dejenerados, ambiciosos e intrigantes? El hombre que va a juzgar ha desenmascarado su finjida piedad. ¿No basta i sobra para hacerlo culpable a sus ojos i digno de muerte?.... ¿Cuál podrá ser el éxito del proceso ante una segunda cámara, que se compone de hombres infatuados de sí mismos? El hombre que van a juzgar tiene la audacia de beatificar a los humildes de espíritu. ¿No basta i sobra para hacerlo culpable a sus ojos i digno de muerte?.... En fin, ¿cuál podrá ser el éxito del proceso ante una tercera cámara que en su mayor parte cuenta, entre los ancianos, a saduceos corrompidos, es decir, a ver-

daderos epicúreos que no se curan del alma, ni de Dios, ni de la resurreccion? El hombre que van a juzgar, léjos de dar importancia, como ellos, a los bienes de la tierra, prescribe a sus discípulos que se desprendan de ellos. ¿No basta i sobra esto para hacerlo culpable a sus ojos i digno de muerte?.... I así, ateniéndonos al valor moral de los jueces, el éxito del proceso no admite duda; i cuando las tres cámaras que constituyen el Sanhedrin entren en sesion, no se habrá dejado la menor esperanza de benevolencia a la pobre alma de Jesus."

Esta triste suposicion la confirmará el exámen del proceso. I, pues, estamos edificados con el valor moral de los jueces, tiempo es ya de apreciar el valor jurídico de sus actos i de seguir en sus peripecias el gran drama que va a desarrollarse dentro de los muros asombrados de Jerusalen.

II.

Que el Sanhedrin tenia resuelto de antemano pronunciar la pena de muerte contra Jesus, apesar de su inocencia, es cosa en que no cabe la menor duda. Hizo el aparato de reunirse por primera vez el Juéves i el Viérnes Santos, 13 i 14 de marzo del año 782 de Roma; pero ya ántes de esta época se habia reunido secretamente tres veces para estatuir a puerta cerrada sobre la persona del Cristo. En la primera reunion, setiembre de 781, Jesus fué denunciado como falso profeta, i los ánimos se prepararon para una condenacion a muerte. En la segunda reunion, febrero de 782, Caifás propuso descubiertamente la pena de muerte, que fué ratificada por unanimidad. En la tercera reunion, febrero de 782, el arresto i el suplicio quedaron fijados para el primer momento favorable. (Cf. Joan., IX, 22; XI, 46-56;—Luc., XXII, 1, 3;—Matt., XXVI, 3, 5). I entre tanto Jesus ni siquiera ha sido citado para ante el Sanhedrin, ni ha sido interrogado ni oido; no se ha presentado ningun acusador, ni ha depuesto ningun testigo.

"Preguntamos a todo israelita de buena fé, exclaman los abates Lemann, cuando el Sanhedrin haga comparecer ante él a Jesus de Nazareth, como para discutir su vida, ¿habrá otra cosa que una sangrienta parodia i una horrible mentira? I el acusado, por mas inocente que sea su vida, ¿dejará de ser forzosamente cien veces condenado a muerte?"

Con esto quedaríamos en aptitud de penetrar de una vez en la sala de sesiones, para asistir, entre la apretura de jente, al proceso de Jesus. Mas para poder apreciar con mas imparcialidad el drama excepcional de la *pasion* (puesto que no es un verdadero *juicio)* se necesita un conocimiento previo, el de la lejislacion criminal que rejía entre los hebreos. Un capítulo viene dedicado a exponer las reglas de justicia i las formas legales obligatorias al

Sanhedrin al debatirse toda causa criminal. La importancia de este detenido estudio salta a la vista; porque era indispensable reconstituir toda la antigua lejislacion criminal de los hebreos para poder dilucidar en todos su incidentes el proceso de Jesus. A la verdad, se ve que los sabios autores han multiplicado sus investigaciones para alcanzar este objeto, i que han conseguido un éxito maravilloso; porque han podido presentar, a los ojos del lector, esa lejislacion en veinte artículos de una redaccion tan clara como una pájina de nuestros códigos.

Ahora, esas reglas de justicia i esas formas legales ¿fueron escrupulosamente guardadas en el procedimiento seguido contra Jesucristo? Tal es la cuestion que se trata de examinar friamente i sin ánimo preconcebido. ¡Pues bien! ¡está demostrado de una manera victoriosa que en ese gran proceso todas las reglas de justicia, tales como se conocen por la lei escrita i por la lei oral, fueron indignamente violadas, burladas i pisoteadas! La primera parte del trabajo de M. Dupin: *Jesus devant Caïphe*, se ve aquí sustancialmente reproducida i admirablemente completada.

"Violacion por el Sanhedrin de toda forma i de toda justicia en el proceso de Jesus: sesion nocturna i sesion matutina." Esos dos últimos capítulos de la obra son solemnes. Todos los incidentes del proceso son comparados en ellos con la lei judía, i todas las irregularidades notadas una por una, sin que quede medio de negarlas ni de explicarlas. Nada se omite en esa revision atenta, circunstanciada i minuciosa: el tiempo elejido, los interrogatorios de Jesus por Caifás, las deposiciones de los testigos, las respuestas del acusado, la condenacion pronunciada en masa por el Sanhedrin; en fin, al llegar al desenlace, no bajan de veintisiete las irregularidades que ha cometido el tribunal, siendo de notar que cada una de esas veintisiete irregularidades bastaría por sí sola para hacer casar la sentencia. El lector se queda absorto ante la indiscutible evidencia de esas enormidades judiciales, i en su asombro i su dolor se pregunta cómo es que ninguna voz protestó i ninguna palabra se hizo oir en favor de la defensa. Hasta el hecho de haber rehusado José de Arimatea i Nicodemo asistir a aquella sesion nocturna, contribuyó a que la pena de muerte fuese votada por unanimidad. Omnes *condemnaverunt eum esse reum mortis.* (Marc., XIV, 64).

Despues de esto ¿qué nombre bastará para vituperar a los jueces perversos i qué expresiones para estigmatizar la conducta del Sanhedrin?

Los hijos de Israel, sacerdotes del Cristo, dirijen a sus hermanos, segun la carne, una invocacion que hace recordar a San Pablo:

"El objeto que nos proponemos al emprender este trabajo es estudiar bajo dos aspectos el Sanhedrin, que juzgó a Jesucristo: primero en sus *miembros*, i en sus *actos* despues. ¿I qué nos han

revelado las investigaciones, no tememos decir leales i escrupulosas, que hemos hecho? En sus *miembros*, esa corte de asisas no nos ha presentado mas que un conjunto de hombres indignos en su mayor parte de sus funciones. ¡Sin rasgo de piedad, de rectitud ni de valor moral, los historiadores de nuestra propia nacion ya los tienen afrentados! Si es en sus *actos*, es decir, en su manera de proceder, hemos evidenciado enormidades sin nombre. ¡VEINTISIETE IRREGULARIDADES! Pero estas irregularidades no son mas que las que hemos contado confrontándolas con el derecho criminal hebraico entónces vijente; pues estamos ciertos de que se descubrirían mas si se revisase el proceso de Jesus conforme al derecho mas escrupuloso i mas perfeccionado de los pueblos modernos. Nulo el valor moral de los jueces i nulo el valor jurídico de su fallo: tal es, oh israelitas, la apreciacion que emitimos i que emitirá con nosotros todo espíritu sincero i toda conciencia honrada, despues de leer estas pájinas.

"¡Ahora bien! Permitidnos preguntároslo a vosotros mismos: ante semejante espectáculo ¿no hai para todo israelita una razon de honor, mejor dicho, una razon de justicia que obliga a no satisfacer la sentencia del Sanhedrin, ántes de examinar por sí mismo lo que era Jesucristo?

"Que, seguramente, no era un hombre ordinario, el extraño procedimiento seguido con él lo está probando. Cuando en un proceso cualquiera llega a descubrirse alguna irregularidad, no basta eso solo para dar por sentada la justificacion del acusado: esto es evidente, porque aquélla puede provenir de inadvertencia o de una casualidad. Mas cuando en la trama entera de un procedimiento, cuando de punta a cabo de una sesion judicial se ven desarrollarse i sucederse una a una VEINTISIÉTE IRREGULARIDADES, todas graves, todas escandalosas i todas obstinadamente consentidas, ¿no habrá una irrefragable prueba de que el acusado, víctima de tales procederes, era una persona aparte? Por consiguiente ¿qué era tan singular acusado?....

"Ya en el dia en que hizo su entrada triunfal en Jerusalen (cinco dias ántes del proceso), muchos judíos, venidos de léjos para asistir a las festividades de Pascua, venidos del pais de los Partos, de la Media, de la Persia, de la Mesopotamia, del Ponto, de la Frijia, de todas las rejiones conocidas del Asia, de los confines de la Libia, de la Cirenaica, de Creta, del Ejipto, de la Arabia, de Roma, al ver esos judíos su triunfo i el entusiasmo popular, se habian hecho ya esta pregunta, cada cual en su lengua: *¿Quién podrá ser éste? Quis est hic?* Pues esta misma pregunta, oh israelitas, el espectáculo de la injusticia, con mas razon que el de un triunfo, exije que hoi vosotros os la hagais a vosotros mismos. *¿Quién es éste*, respecto del cual el Sanhedrin ha violado toda justicia? *¿Quién es éste*, que solo mansedumbre i dulzura ha opuesto contra las violencias de los jueces? *¿Quién es éste*

que ha bebido el agua amarga del Cedron como David, i ha sido vendido como José? Esta pregunta, a diezinueve siglos de distancia, sosegado ya el tumulto i acalladas las pasiones, todo israelita leal, con la Biblia en la mano, puede fácilmente resolverla."

III.

I nosotros, que acabamos de leer con emocion esas pájinas escritas por dos hermanos nuestros en el sacerdocio, ¿no tendremos nada que decir a los cristianos que rechazan la relijion de Jesucristo, i a las asambleas que quieren condenar a muerte a su Iglesia?

Ahora pocos dias, un tribuno, demasiado escuchado del pueblo de Francia, anunciaba la *suprema batalla* contra lo que él llama la *jente clerical*. (1) Jesus, que siempre vive en su Iglesia, es, pues, arrastrado a la barra de los modernos sanhedrines, i ya resuena el *Reus est mortis*.

Ahora pocos meses, con motivo de las comisiones de investigacion contra "la presion clerical," nos acordamos del congreso de los judíos reunido en febrero de 782 (de Roma), cuando los enemigos del Cristo decian en su consejo secreto: *Si lo dejamos continuar, todos creerán en él*, i cuando tomaron la resolucion definitiva, no ya solamente de lanzar contra él el anatema, sino de entregarlo a la muerte (Joan., XI); e hicimos la observacion de que ese decreto fué pronunciado sin que se imputase a Jesus ni sedicion ni rebelion. Pues ahora la condenacion de la Iglesia no aparece fundada en otras razones. La víctima tiene la misma aureola divina de inocencia i de belleza i el mismo título al reconocimiento de los pueblos. Así como Cristo habia curado los enfermos, dado de comer a las muchedumbres, hecho mil servicios, así ha hecho la Iglesia con jenerosidad igualmente magnífica. Ella tiene el aspecto venerable de un misionero i la abnegacion de una hermana de la caridad; ella se personifica en un pontífice que hace ver toda la ternura de una madre en un corazon de héroe. Pero, apesar de tantos beneficios, su causa está ya juzgada en los consejos del radicalismo. *Ab illo ergo die cogitaverunt ut interficerent eum.* (Joan., XI, 53.)

Todos los corazones honrados admiran la tranquila actitud i el noble lenguaje de la Iglesia en presencia de sus enemigos. Ayer no mas el eminente arzobispo de Paris se expresaba lo mismo que Jesus ante el congreso judío: "¿Por cuál de las buenas obras realizadas nos amenazais?" I entretanto los jefes de la

(1) Discurso de M. Gambetta en Belleville. (RÉPUBLIQUE FRANÇAISE de 30 de octubre.)

sinagoga revolucionaria van persiguiendo con sus insolentes clamores "a la *casta clerical*, que, segun dicen, no apacienta la inteligencia popular sino con lo que puede embrutecerla."

¿I quiénes son, pues, esos hombres que se erijen en jueces de la Iglesia? ¿Cuál es su valor moral i cuál el valor de sus actos? ¡Ah! mas tarde, cuando la historia cuente sus hazañas i sus hechos íntimos causará el mismo asombro que ahora nos causa a nosotros la narracion de la vida de los fariseos i de los escribas. Talvez los tipos eran ménos horribles en la cámara hebraica; pero bien pueden los Marats darse la mano con los Caifases.

Lo que sí es preciso decir en alta voz i para "librar su alma," como se expresa la Sagrada Escritura, es que los actos de nuestros sanhedrines son en demasiadas ocasiones monstruosidades. El mismo espectáculo extraño que nos dió el congreso judío se renueva para con la Iglesia i los católicos. Todas las leyes son, por decirlo así, deshechas, a fin de hacerlas de nuevo contra ellos. Pero, con una diferencia, en cierto modo mas *odiosa*, i aun diria mas *judía*, que en el antiguo Sanhedrin; pues si para condenar a Cristo se violaron las leyes, ahora se las tuerce para volverlas contra los cristianos. ¿Habrá necesidad, pues, de contar todo lo que han hecho a la faz del mundo los parlamentos de Italia, de Suiza i de Alemania? ¿ni de repetir lo que se está preparando en Francia?

Pero la obra no está consumada, i todavía es tiempo de que los hombres de corazon se levanten para detener el curso de este horrible proceso. Es la casta Susana a quien los pueblos envejecidos pretenden infamar e inmolar; ¡que Daniel se presente! Jesucristo pudo dejarse condenar; mas no abandonará al furor de los nuevos deicidas a su virjinal e inmortal esposa.

Concepcion, marzo 28 de 1877.

CÁRLOS RISOPATRON.

LOS CUADERNOS DE SAINTE-BEUVE.

Al ver a una persona, hacerse una doble pregunta:

— ¿Qué edad tiene este hombre? ¿Qué edad tienen sus pensamientos?

***

Condorcet, Turgot, Littré, Tocqueville, espíritus que van hasta el fin de sus principios, i que no saben suficientemente lo que es el fastidio en materias literarias.

***

Entre la manera abundante, excesiva, asiática de Lamartine en sus *Jirondinos*, i la manera desnuda, seca, de Merimée en su *Don Pedro*, hai sin duda un término medio, que es el verdadero viaducto romano de la historia.

***

Hai en mí muchos sentimientos contradictorios, algo como diversos hombres que se encuentran:

Soi curioso, i el espectáculo de las cosas humanas me entretiene;

Soi artista, i las cosas hechas con viveza, aderezadas con galanura me seducen;

Soi en el fondo jirondino i republicano por instinto; tengo el humor popular, i en cada emocion pública mi antiguo fondo se remueve.

Pero tengo cuarenta i cuatro años; soi delicado de salud, de nervios; refinado en gustos literarios i en costumbres sociales; años ha que estoi sentado, i mis hábitos van en contradiccion con mis instintos.

***

Sucede a menudo que la idea triunfante es una simple locura; pero una vez que esta locura se manifiesta, el buen sentido de cada uno se le agrega insensiblemente, la organiza, la hace viable, i la locura o la utopia llega a ser una institucion que dura largos siglos.

***

Es necesario escribir en lo posible como se habla, i no hablar demasiado como se escribe.

***

Lafayette tenia la frente escapada; tenia una frente de emigrado.

***

Admirable verso del poeta Keats, que mi amigo L. no se cansa de repetir:

A thing of beauty is a joy for ever.

***

A propósito de aquel abuso de erudicion i arsenal de documentos con que se recargan hoi las biografías, cuyos autores no saben ahorrarlos al lector, M. Clement ha dicho perfectamente: "No se hace pasar por la cocina a los invitados a comer."

J. A. B.

IMITACIONES DE GŒTHE.

¡Pobre Ofelia! ... ¡desgraciada!
¡Tu alma es pura, anjelical,
Violeta por Dios plantada
En un vaso de cristal!

Mas, la mano del destino
Jigante roble plantó
En el vaso cristalino,
I el vaso.... ¡se destrozó!

1876.

¡Tanto amor por tí encierra
Mi pecho i cuánto te sabrá adorar,
Que intrépido quisiera
El árbol mas jigante de la tierra
Empaparlo en la espuma de la mar
Para escribir con él, en raudo vuelo,
Tu hermoso nombre en el azul del cielo!

1876.

JOAQUIN LEMOINE.

LA LIBERTAD

I LA IRRESPONSABILIDAD DE LA PRENSA. [1]

Señores:

Me habeis pedido que formule mi opinion sobre esas extrañas teorías, relativas a la prensa, que han sido llevadas al seno del Congreso por hombres que se llaman a sí mismos: maestros del derecho; i voi a complaceros. En la ciencia del derecho soi apénas un discípulo; pero puede mas en mí el amor a la verdad que el miedo a los maestros. El error es contajioso, se esparce i cunde, cegando las intelijencias i pervirtiendo las almas, con mas facilidad que las pestes invaden las comarcas. Desvanecerlo i combatirlo será siempre una buena obra.

Algunos señores diputados han proclamado la impecabilidad i la irresponsabilidad de la prensa, i justamente para construir sobre esos cimientos nuestras leyes constitucionales. Veamos si se trata de edificar sobre roca o sobre arena.

Ante todo, i porque siempre conviene hablar primero de aquello en que estamos de acuerdo que de aquello en que nuestras opiniones se dividen, me felicito de que, en uno de los puntos capitales de la cuestion, no haya entre nosotros diversidad de pareceres. Como esos señores, yo tambien quiero que la prensa sea libre; yo tambien sostengo que esa libertad es un derecho, una necesidad i un bien; yo tambien creo que esa libertad ha llegado a ser para nosotros un axioma de derecho público, un principio fundamental del órden social.

(1) Este discurso fué leido por don Abdon Cifuentes el 9 de julio de 1867, en la sociedad literaria de San Luis, donde se conservaba inédito. Lo publicamos por versar sobre una materia interesante para la prensa misma, como es su impecabilidad i su irresponsabilidad, falsas teorías que de cuando en cuando suelen sustentar algunos de nuestros colegas. Este discurso fué motivado por los que pronunciaron en la Cámara de Diputados los señores Domingo Arteaga Alemparte i José Victorino Lastarria, en la sesion del 6 de julio de 1867, sosteniendo la irresponsabilidad de la prensa i pidiendo la reforma del inciso 7.° del artículo 12 de la Constitucion de 1833.

Mas como quiera que me veré obligado a combatir ciertas teorías contrarias a la ciencia i contrarias al bien público, juzgo indispensable hacer aquí una manifestacion completa i categórica de mis opiniones a este respecto.

Yo creo, señores, que la libertad de la palabra hablada i de la palabra escrita, que la libertad de la tribuna i de la prensa, no solo es como otra libertad cualquiera, sino la mas vital de las libertades públicas, especialmente para gobiernos representativos, que sin ella dejarian de serlo.

I digo que la libertad de la tribuna i de la prensa es la mas vital de las libertades públicas, porque es el escudo i el guardian celoso de las otras; porque es el contrapeso que la influencia popular opone a la influencia de la autoridad; porque es un arma que contiene a los opresores por el temor i a los oprimidos por la esperanza; que refrena las violencias de los unos i las impaciencias de los otros; que vijila, denuncia i saca a la luz del dia i a la vergüenza pública: las injusticias, los abusos, los desórdenes, los manejos indebidos que se fraguan en secreto.

Que haya libertad de prensa i no tendremos miedo por las otras libertades ni por ningun derecho. Podrán sufrir ataques momentáneos, perturbaciones pasajeras, violaciones audaces; pero a la larga la influencia fiscalizadora de la opinion, influencia asegurada por la libertad de la tribuna i de la prensa, concluiria por asegurarles un triunfo definitivo i permanente. Armados con esta libertad, se puede desafiar a todos los despotismos. Que hagan un ensayo para esclavizarnos: el ruido de la cadena, ampliado inmensamente por los mil ecos de la prensa libre, no solo advertiria la presencia de la esclavitud, sino que acabaria por vencerla i destruirla.

Cada cual debe tener completa libertad de pensar, decir i hacer lo que concierna a sus negocios propios, i los asuntos públicos son negocios de todos, nos conciernen a todos, son negocios propios. Esta libertad no es una concesion; es un derecho natural, es un derecho primitivo que a las leyes humanas solo corresponde declarar i garantir. El emana del Creador que, al dar al hombre el pensamiento i la palabra, le dió tambien el libre albedrío, una completa libertad, sin mas lei, sin mas regla que la de no dañar ni ofender a nadie. Esta libertad es tanto mas preciosa para el hombre cuanto que por su doble naturaleza tiene mas necesidad del desenvolvimiento i perfeccion de sus facultades morales que físicas.

Cierto que esta libertad no está exenta de males i aun no faltaria quien sostuviese que la suma de los males que de ella se derivan es superior a la suma de sus bienes. Lepra de la sociedad han llamado algunos a la prensa, en presencia de los excesos con que ella misma se ha deshonrado muchas veces. "Debo confesar, dice Tocqueville, que no profeso a la libertad de imprenta,

el amor completo que se concede a las cosas soberanamente buenas por naturaleza. Yo la amo en consideracion a los males que impide mas que por los bienes que produce." Pero ¿acaso no podria decirse otro tanto del libre albedrío? ¿No es a su sombra donde el mal triunfa tanto i tantas veces del bien? I sin embargo, ¿quién querria reformar la obra de la Providencia, renunciar a la libertad i descender a la categoría de los autómatas?

La verdad es que contra el mal de la palabra hablada o escrita, contra el mal de la tribuna i de la prensa libres hai algun remedio; pero no hai ninguno contra el de su muerte o su silencio.

Vosotros sabeis, señores, que las fuerzas conservadoras de las sociedades, reconcentradas en los gobiernos, se han alarmado vivamente muchas veces en presencia del desenfreno de la prensa, desencadenada contra lo que hai de mas respetable i santo; vosotros sabeis que los gobiernos, irritados por los obstáculos que la prensa suscitaba a veces a su accion benéfica, pero mas frecuentemente a su amor propio i a sus designios indebidos, no trepidaron en ponerla mordaza i cadenas, maniatando una libertad preciosa que no venia de ellos, que era anterior a ellos, que no estaba en sus atribuciones suprimir ni conceder, sino solo declarar i garantir.

Al principio la prensa estuvo al servicio exclusivo de gobiernos inviolables, los cuales confiscaron en su provecho la mejor defensa de sus gobernados. Esos venerables reformadores de la obra de Dios mataban así la fiscalizacion de sus actos para no comparecer ante el tribunal de la opinion; para comprarla con los halagos o amordazarla por el miedo; para desarrollar a su sombra un sistema de venalidad o de terror: sistema inícuo que comienza por la corrupcion i acaba por la violencia.

Despues vinieron leyes que, sin constituir a la prensa en patrimonio del poder, establecieron con todo su dependencia, la hicieron su pupila inmediata, con la invencion de la censura previa, dejando así un derecho dependiente del buen o mal humor de un poder irresponsable. La prensa es una loca, se dijeron, a la cual es preciso poner la camisa de fuerza de la censura. I ¿a dónde fueron a rematar con esta invencion? Al mismo sistema de corrupcion o de violencia que la otra, a hacer a los gobiernos mas débiles i mas arbitrarios.

Esos golpes mortales dirijidos contra la prensa para suprimir toda contradiccion, para ahogar toda resistencia, para sofocar toda oposicion partian de un crímen para llegar a un abismo. El crímen consistia en la supresion o en la muerte de un derecho; el abismo en los caudales de odio i de rencores que la mordaza enjendra en el corazon de los pueblos, rencores que si callan por miedo, no es sino para estallar con mas violencia el dia tremendo de las venganzas populares. I todo nacido de un funesto

error, el error de creer que las resistencias i las oposiciones son ántes dañosas que convenientes al bien público.

Cierto que las resistencias desagradan a toda voluntad i a todo poder, pero no es ménos cierto que toda voluntad i todo poder necesitan de ellas, digo mas, ejercitan i robustecen su vigor i su fuerza; porque es preciso no olvidar que en el mundo todo vive por oposicion i por contraste. La luz no puede existir sin las sombras, el fuego solo dura cuando encuentra un combustible sólido que le resista. El placer mismo deja de serlo si no encuentra resistencia. ¿Cuál seria la gloria del vencedor sin la resistencia del vencido? ¿Cuál seria la importancia de la ciencia si para alcanzarla bastara abrir los ojos? ¿Cuál seria el interes i la veneracion que inspirase la virtud, sin sus luchas i difíciles victorias?

Así, los ministros i los ajentes de la lei reducirian a los pueblos a la esclavitud de sus caprichos, si una oposicion necesaria de parte de la opinion pública i de las instituciones mismas no hiciese contrapeso a su voluntad.

Este es un secreto de buen gobierno para las sociedades humanas: ellas prosperan en tanto que un gobierno justo, firme i prudente ofrece resistencia al delirio de las pasiones privadas i en tanto que el espíritu público opone una barrera a los errores i a las pasiones de la autoridad.

La historia abunda en estas saludables lecciones. Los lejisladores no deben olvidarlas. Toda oposicion que encuentra libertad para manifestarse, que encuentra cabida legal en las instituciones es una verdadera necesidad para todo poder, una luz que los esclarece, una advertencia que los instruye i no pocas veces una verdadera fuerza que los sostiene. La oposicion i la resistencia son para el poder i la política lo que la corriente para las aguas: una condicion de pureza i salubridad. Estancadas se corrompen e infestan.

Por todo esto reconozco i proclamo ese precioso derecho que se llama libertad de la prensa, derecho que ántes que nosotros habia reconocido ya la Constitucion de 33. I si me he detenido un momento en invocar las verdades que dejo expuestas es porque ellas han sido la fuente donde el precepto constitucional bebió su espíritu. El dice así: "La Constitucion asegura a todos los habitantes de la República.... 7.° La libertad de publicar sus opiniones por la imprenta, sin censura previa, i el derecho de no poder ser condenado por el abuso de esta libertad, sino en virtud de un juicio en que se califique previamente el abuso por jurados, i se siga i sentencie la causa con arreglo a la lei."

Tan justo como sabio, tan sabio como liberal abrió un camino legal a las resistencias de la opinion, creó este poder, estableció ese tribunal de la fiscalizacion pública i diaria, adoptando de lleno el gran principio de la libertad de la prensa. Esta libertad no será una concesion sino un derecho, dijo, i un derecho que no

estará a merced de los gobiernos. Fuera la tutela administrativa, fuera la censura: todo habitante tendrá la libertad de publicar sus opiniones por la prensa. Dijo mas. Adelantándose a nuestras costumbres, chocando con prácticas de tres siglos en materia judicial, aceptó el jurado, tribunal eminentemente popular para conocer de los abusos de aquella libertad.

He llegado, señores, al punto en que nuestros pareceres se dividen. Hasta aquí nuestro acuerdo habia sido perfecto; pero el precepto constitucional habla de abusos, i de lei que los califique, i de tribunal que los juzgue. Aquí se ha sentido alarmado el puritanismo liberal de algunos señores diputados. ¡Cómo! han exclamado. ¿Con qué hai delitos de imprenta? ¿Con qué la espada de la lei puede llegar hasta ella? I tal ha sido su temor que en su miedo han creido divisar las sombras de la Inquisicion. Por poco respetable que sea la pesadilla es humano desvanecerla.

El señorArteaga (don Domingo) exhibió a la Cámara en su discurso sobre esta materia una linterna májica, en cuya combinacion de espejos su señoría tuvo la conocida habilidad de presentar los objetos al reves de lo que son. Allí la verdad apareció como error i el error como verdad. Voi a ocuparme de sus principales argumentos, nada mas que de los principales i con la mayor brevedad posible.

La lei, decia el señor Arteaga, no puede llegar hasta la prensa ni para tomarle cuenta ni para sujetarla a reglas. Su responsabilidad i su reglamentacion matarian su libertad.

¿Qué deidad tan alta es ésta a quien las leyes no alcanzan, i al mismo tiempo qué deidad tan débil que el simple contacto de las leyes mata? La verdad es, señores, que esta doble afirmacion no es sino una doble negacion de la ciencia i del buen sentido de la humanidad.

Decir que la responsabilidad mata la libertad es echar por tierra la base misma sobre que descansan la moral i el derecho. Este no es un error cualquiera; que es un error capital. Aquí se niega una verdad que está al abrigo de toda controversia. Esta verdad consiste en que solo los seres que tienen libertad tienen responsabilidad.

¿Por qué no son responsables los autómatas? Porque no tienen libertad. ¿Por qué no es responsable una pared que se derrumba? Porque no es libre para obrar. ¿Por qué la moral impone responsabilidad a la conciencia humana? ¿Por qué los códigos penales establecen la responsabilidad de los delincuentes? Porque esa conciencia i esos delincuentes tienen libertad, i solo cuando tienen libertad; porque solo los séres libres son séres responsables; porque la responsabilidad acaba en el instante mismo en que acaba la libertad.

Léjos de ser la responsabilidad la muerte de la libertad es su compañera inseparable, constituye su esencia misma. La una

está en la otra de la misma manera con que están los efectos en sus causas, las consecuencias en sus principios. Negar esto, como lo hacen los oradores de la escuela liberal, es negar una de aquellas verdades que ni se discuten por lo claras ni se inculcan por lo evidentes.

No es la responsabilidad lo que puede atentar contra la prensa. Si su influencia perece, si su poder se acaba es o porque muere bajo la dependencia gubernativa o porque muere bajo el peso de su propia degradacion. Porque la vida de la licencia que es muerte del honor, es para la prensa como para todas las instituciones i los séres humanos, su muerte moral. La tutela gubernativa que le quitaria su responsabilidad, su desenfreno que le robaria su prestijio: hé ahí los únicos venenos que podrian anularla. En el primer caso la matan; en el segundo se mata. Lo primero constituye su muerte política; lo segundo su muerte moral.

Por eso contra la accion de estos dos venenos, la Constitucion arbitró sabiamente dos antídotos. Abajo la tutela gubernativa, abajo la censura previa, dijo; venga la libertad de la prensa no como un favor sino como un derecho: hé ahí salvada su vida política. Mas por lo mismo que te reconozco libre te declaro responsable, agregó. Tu responsabilidad será un preservativo contra tu licencia, contra tu muerte moral. I esto, señores, como dije ántes, es tan sabio como justo, tan justo como liberal.

Si la responsabilidad no mata la libertad, ¿la mata la reglamentacion? Así lo aseguran los señores Arteaga i Lastarria. Si reglamentais la prensa matais su libertad, han dicho. Esta es otra negacion de lo que todos vemos i palpamos; otro error tan grave como el anterior. I si no, yo apelo al simple buen sentido de los señores que me escuchan.

La libertad de la palabra está reglamentada en la Cámara misma. ¿Ha muerto por eso la libertad de sus tribunas? Todos reconocemos la libertad electoral, la libertad civil i sin embargo todas esas libertades están reglamentadas por las leyes i los códigos que les conciernen. Las naciones son libres, pero su libertad está reglamentada por las leyes internacionales, está reglamentada por los tratados. Digamos pues: ¡Abajo las leyes, los códigos i los tratados; guardaos de reglamentar esas libertades! ¡Libertad reglamentada es libertad muerta!

¿A dónde iríamos a parar con semejante criterio? La consecuencia es evidente: al caos, a la barbarie. En el seno de la respetable barbarie no hai libertades reglamentadas. Digo mal, que tambien las hai. Hasta en el seno de la barbarie encontrais a la libertad reglamentada i limitada, no por la lei escrita, sino por la lei de la costumbre; no por la lei de la razon, pero sí por las leyes mas arbitrarias de la fuerza bruta.

I esto, señores, porque, como dice un sabio, en el universo to-

dos los séres tienen su lei, que es su regla: todo lo que vejeta, las leyes de la vejetacion; todo lo que se mueve, las leyes del movimiento; todo lo que tiene sentido, la lei de las sensaciones; todo lo que tiene intelijencia, la lei de los entendimientos; todo lo que tiene libertad, la lei de las voluntades.

En el órden inmenso de la creacion, todo está reglamentado; todo tiene su lei, su peso i medida. Entre las limitaciones que a la libertad pone la razon ilustrada, la conciencia esclarecida de los pueblos cultos i los que le señala la licenciosa fuerza bruta de la barbarie: escojed.

I a propósito de limitaciones de la libertad, el señor Lastarria, abogando por la irresponsabilidad de la prensa, agregaba: no debe haber leyes acerca de ella; esas leyes reglamentarias vendrian a limitar un derecho que no puede limitarse, porque el mundo intelectual tiene un dominio ilimitado i absoluto. Recordaré sus propias palabras:

"El mundo intelectual no es el mundo material: en éste la lei puede limitar los derechos i tiene necesidad de hacerlo, porque de otra manera no pueden existir las relaciones civiles; por ejemplo, la propiedad. En el mundo intelectual la lei no puede hacerlo. El dominio de la intelijencia es absoluto e ilimitado, i lo es porque ha recibido de la naturaleza la facultad de desplegar sus alas a todos los vientos. I a la verdad, señor, ¿qué podriamos limitar? ¿quereis limitar al sabio? Os encontrais con la iniquidad cometida con Galileo. ¿Quereis limitar el sentimiento moral? ¿La relijion? Os encontrais con la Inquisicion. ¿Qué podeis limitar entónces? Es verdad que la libertad del pensamiento puede conducirnos a la licencia, al abuso. Pero es necesario reconocer tambien que ese abuso no es perceptible, no es tanjible, ni está bajo el dominio de la lei, como están los abusos que se cometen en el mundo material."

Estas afirmaciones sentarian bien a la ardiente e irreflexiva imajinacion de la niñez. Ella puede hablar de derechos ilimitados i absolutos, de afectos eternos, del alcance infinito de las facultades humanas. Este lenguaje hiperbólico es tambien el ideal, patrimonio de los poetas; pero no es, no debe ser patrimonio de la tribuna parlamentaria. Para la fria i serena conciencia del lejislador, para la castigada razon del hombre de Estado, tales hipérboles son un ropaje inadmisible. Los poetas están fuera de su elemento en un congreso. A los poetas, como dice Platon, quien los consideraba perjudiciales para la república, es preciso tomarlos de una mano i despues de haberlos coronado de flores, conducirlos cortesmente hasta las fronteras del reino.

¡Facultades humanas ilimitadas! Quien dice ilimitado dice infinito i yo no conozco otro sér infinito que Dios ni otros atributos infinitos que los suyos. Citadme algun otro que haya conocido la humanidad. Los mismos dioses del paganismo, con ser

dioses, no aspiraron a tanto. Ni Júpiter, ni Marte, ni Neptuno, ni Pluton, ni uno solo de toda esa canalla celeste pretendió tener cominio ilimitado ni facultades infinitas. ¿I quiénes son los que aquí abajo i en esta edad de hierro pretenden valer mas i estar mas arriba que Júpiter?

Lo cierto es que toda facultad humana tiene su límite: el de su propia impotencia desde luego; el límite del deber en seguida. Toda libertad i todo derecho propio terminan allí donde comienzan la libertad i el derecho ajenos. Teneis derecho para andar libremente, pero sin atropellar a otros; teneis derecho para obrar libremente, pero sin perjudicar a un tercero; teneis derecho para hablar i escribir libremente, pero sin ofender ni dañar a nadie. Tal es la suprema, al par que la sencilla lei de todo lo que tiene libertad.

Mas ¿para qué remontarnos al campo de las abstracciones, si en todas partes, en la Cámara misma encuentra un palmario desmentido la extraña teoría que vengo combatiendo? En la Cámara existe la libertad de la palabra, i sin embargo esa libertad está limitada a hablar dos veces sobre el mismo asunto. Segun los señores Arteaga i Lastarria el reglamento de la Cámara habria cometido un crímen, el gran crímen de matar la libertad de la palabra, en el santuario de la palabra misma, limitando la expresion del pensamiento que tiene el derecho de desplegar sus alas a los cuatro vientos, segun la expresion del diputado por la Serena (Lastarria.)

¿Querria su señoría reparar este crímen del reglamento? ¿Querria que los diputados hablasen cuando se les ocurriese i sobre lo que mejor cuadrase a su antojo? Sin duda que su señoría no quiere convertir esa asamblea en una respetable jaula de pájaros; sin duda que su señoría no cree que aquellas limitaciones reglamentrias han ultimado en el Congreso la libertad de la palabra, lo cual lo pone en contradiccion con su teoría. Si creyese en esta ultimacion, habria ya pedido la muerte del reglamento. ¿La pedirá? No lo creo. En la alternativa de optar por el desórden o de ser inconsecuente, yo hago a su buen sentido la justicia de creer que seria inconsecuente.

Todas estas paradojas que he venido analizando tienen un orijen i un cimiento digno de ellas. ¿En qué se fundan? Se fundan en que la esfera de accion de las leyes humanas debe reducirse al mundo material; no alcanza, no puede alcanzar al mundo intelectual i moral.

Hé aquí lanzadas a las sociedades humanas, con una palabra, fuera del órden moral. Esto quiere decir que las leyes agrarias de Roma, que las leyes de Esparta sobre trajes i alimentos, que nuestras leyes de abastos i de carnes muertas i otras semejantes, son las únicas lejítimas i las únicas posibles. Esto significa que las sociedades no deben ocuparse, no pueden lejislar sobre los

intereses morales del hombre. No podria imajinarse un compendio mas acabado de una civilizacion pura i esencialmente materialista, de una civilizacion que causaria la envidia del mismo Epicuro.

Teorías como esta no se refutan; se exponen simplemente para causar el asombro de las jentes, para probar hasta qué punto suelen llegar los delirios de la razon humana. Sin duda que ellas i la civilizacion que en ellas se fundase nos elevarian hasta la categoría de los orangutanes; pero yo como hombre i como ciudadano renuncio a esa ambicion. Prefiero quedarme en la modesta condicion de los séres intelijentes i libres, sometiéndome a las leyes i a las limitaciones del entendimiento i de la voluntad, las cuales no consisten en otra cosa que en buscar los medios de hallar la verdad i hacer el bien.

Bajo el imperio de aquellas creencias no extraño que los señores Arteaga i Lastarria sostengan que no se puede lejislar sobre la prensa; que si sus delitos existen ante la conciencia, no existen ni pueden existir ante el Estado. Yo reconozco, como esos señores, que el Estado no puede injerirse en las interioridades de la conciencia i que su esfera de accion no pasa del órden externo. Pero la prensa ¿es por ventura una cosa interna? Si hai alguna cosa externa i pública, que caiga de lleno bajo la esfera de accion del Estado, es precisamente la prensa, que es la publicidad por excelencia.

En todo caso i para estar de acuerdo en algo con esos señores, declaro solemnemente que estoi pronto a ser de su opinion i a militar a su lado, cuando se trate de la irresponsabilidad legal de la prensa que circule en el mundo interno de la conciencia. Pero miéntras tratemos de la prensa que circula por nuestras calles, que se introduce en nuestras casas, que vive haciendo el bien i el mal en este mundo material i visible; miéntras tratemos de la prensa que circula en el Estado, reconoceré al Estado el derecho de tomarle cuenta de sus actos.

Pero, de todas las opiniones emitidas por esos señores diputados, ninguna me ha sorprendido tanto como aquella triste idea que el señor Arteaga tiene de la prensa. ¿Para qué ocupar la grave atencion de las leyes en la prensa, cuando no es un poder si siquiera una cátedra? ¡I esto lo dice un periodista!

Aquella deidad tan alta que no alcanzaban las leyes, de diosa irresponsable pasó a ente nulo. ¡Contraste de la suerte! Su señoría hizo dar para la prensa en un instante una media vuelta entera a la rueda de la fortuna.

Pero, sepamos por qué no es un poder ni siquiera una cátedra.

No es un poder, dijo, porque no tiene unidad, porque se choca i se anula. Una prensa dice sí, otra prensa dice nó. No es una cátedra porque tampoco tiene unidad: en una parte se dice blanco, en otra negro. Tales son sus razones. Pero el señor Arteaga

no advertia que con semejante regla de criterio anulaba i negaba todos los poderes i cátedras del mundo, todos los poderes i cátedras, pasados, presentes i futuros.

Repase el señor Arteaga toda la duracion de los tiempos i verá como las cátedras de la verdad i de la mentira, que han existido i que existen, no han hecho otra cosa que decir aquí blanco i allí negro. Si por eso no son cátedras, es indispensable i rigorosamente lójico negarlas todas.

¿I qué decir de los poderes que no existen porque suelen chocar unos contra otros? Así un navío de guerra no es un poder porque suele chocar con otro; un ejército no es un poder porque combate contra otro; una nacion no es un poder porque suele chocar con otra. Confieso no comprender absolutamente este criterio de verdad.

¡La prensa no es un poder! Si no lo es, que se me responda ¿por qué la han odiado i perseguido tanto los tiranos? ¿Por qué unos la llaman la lepra de las sociedades modernas i otros el escudo de las libertades públicas? Vuélvase la vista a todas partes, i si la prensa no es un poder que se me diga ¿por qué toda asociacion política es considerada desarmada, si no cuenta con un periódico que la defienda? ¿Por qué los gobiernos sienten flaquear el terreno que pisan, si no tienen en su apoyo algunos órganos de la prensa? ¿Por qué la diplomacia ántes de disparar sus cañones, acude a la prensa para preparar i ejecutar sus combinaciones, para justificar sus miras? Si la prensa no es un poder, que se me diga ¿por qué si ella convoca a sus adeptos ellos se reunen; si ella procura que amen i aborrezcan lo que ella ama i aborrece, ellos se sienten conmover i arrebatar por iguales sentimientos? Si no es un poder ¿cómo es que hiere? Si no es un poder ¿cómo es que defiende?

Sin duda que la prensa no es un poder material, no es una espada toledana ni un cañon Parrot. Pero es algo mas que eso; inmensamente mas que eso; porque es un poder moral de primer órden, uno de los mayores que hayan conocido las sociedades modernas. "En América como en Francia, dice Tocqueville, es la prensa un poder extraordinario, tan extrañamente mezclado de bienes i de males, que sin ella no podria vivir la libertad, i que con ella apénas puede mantenerse el órden." Mas adelante agrega el mismo autor: "En los Estados Unidos cada periódico tiene individualmente poco poder; con todo, la prensa periódica es, despues del pueblo, el primer poder del Estado."

¿Sabeis por qué la prensa es un gran poder? Porque, como Fabio llevaba en los pliegues de su manto la paz o la guerra, la prensa lleva en sus columnas el inmenso poder de la opinion. Es en sus columnas donde de ordinario se deciden los triunfos i las derrotas de la verdad i del bien; es en sus columnas donde de ordinario se deciden los destinos de los pueblos. A las ensan-

grentadas lizas de otro tiempo, como dice un escritor, han sucedido las luchas de la prensa; a las lanzas las plumas; ántes era necesario batirse, ahora es de todo punto indispensable escribir.

He dicho que mi mayor sorpresa al oir esta proposicion consistia en que hubiese salido de los labios de un periodista i en tiempos en que todo el mundo reconoce i teme la poderosa influencia de esta máquina de guerra. He leido una carta impresa del señor Arteaga, dirijida al redactor en jefe de La Libertad. En esa carta dice a su hermano: "Vuelvo a la prensa despues de una larga ausencia; voi a combatir a tu lado por el triunfo de estas i de aquellas ideas." Si el instrumento de que se vale no es un elemento de poder ¿con qué esperanzas entra el señor Arteaga al combate? Su conducta por lo ménos está en abierta oposicion con su creencia.

Para probar que la prensa no es un poder alega que si hoi en Chile un periódico proclamase la insurreccion, seria impotente para producirla. Luego, decia, queda probado que no es un poder. Este raciocinio no resiste al mas lijero exámen. La base en que se apoya no tiene relacion con el asunto, i la consecuencia es ilejítima.

Reconozco la impotencia de un periódico para producir el hecho a que se alude. Pero nadie trata aquí del poder de un periódico; aquí tratamos del poder de la prensa en jeneral. Véase, pues, como la base del raciocinio no hace al caso. Habria tenido relacion con el asunto si hubiera dicho que la prensa en jeneral era impotente para producir la insurreccion. El señor Arteaga no dijo esto, que era lo único que hubiera cumplido a su propósito, talvez porque su razon le indicó que seria una proposicion mui aventurada. Si toda la prensa del pais se uniese; si las opiniones de todos los partidos que tienen en la prensa su órgano se aunasen para proclamar la insurreccion ¿podria el señor Arteaga afirmar que no se produciria? La impotencia de la prensa seria entónces mui problemática.

Pero aunque pudiera afirmarse, aunque los hechos viniesen a confirmar su prediccion, la consecuencia seria insostenible. De que un poder, por grande i formidable que sea, no alcance en circunstancias dadas a realizar sus designios, no se sigue absolutamente que deje de ser un poder. De que no hayais podido disparar vuestros cañones porque se os mojó la pólvora, ¿dejan de ser aquéllos, si lo son en verdad, las mas poderosas máquinas de guerra que existen? Puede haber circunstancias accidentales que no permitan ejercer su accion en un momento dado a un poder cualquiera; pero de allí no puede deducirse que el poder no exista en realidad i en lo absoluto.

Pedia tambien el señor Lastarria la reforma de nuestra Constitucion en este punto, la supresion de toda lei i de toda responsabilidad para la prensa, fundado en el ejemplo de los Estados

Unidos. La Constitucion federal de ese gran pueblo, dijo, prohibe dictar leyes sobre la prensa; i en efecto, jamas se ha dictado ninguna para castigar sus abusos. Verdad es que algunos, como Story, piensan que el uso del derecho, de la manifestacion del pensamiento no puede extenderse jamas al abuso; pero tales doctrinas no son legales, son simplemente consideraciones filosóficas.

Estas afirmaciones del conocido publicista no me extrañan. Siempre le he reconocido un poder de afirmacion dogmática que ya ha dejado de causarme asombro.

Ni es cierto que la Constitucion federal prohiba dictar leyes sobre la prensa; ni es cierto que no se hayan dictado en efecto leyes para reprimir o castigar sus abusos. Lo que la Constitucion federal prohibe al Congreso en el art. 1.° de sus enmiendas, es dictar leyes para *restrinjir la libertad de la prensa*, es decir, lo que prohibe son las medidas preventivas, como la censura, pero no las medidas represivas.

I tan cierto es esto, que sin ir mas léjos el inc. 8.° del art. 7.° de la Constitucion del Estado de Nueva York, promulgada el 10 de noviembre de 1821, dice así: "Todo ciudadano podrá explicar, escribir i publicar su opinion sobre cualquiera objeto, *i será responsable del abuso que haga de este derecho.* No podrá establecerse ninguna lei para cohartar la libertad de la palabra o de la prensa; pero en todas las acusaciones o persecuciones por libelo, se admitirá la prueba de hechos; i si el jurado cree que los hechos son verdaderos, que se han publicado con justos motivos i con un fin útil, el acusado será absuelto. El jurado en estas causas decidirá de derecho i de hecho."

Casi todas las constituciones de los diversos Estados contienen un precepto semejante i por eso es que en conformidad con ellas se han dictado muchas leyes que califican los abusos de la prensa i organizan el jurado que ha de juzgarlos. Es cierto que los juicios de imprenta son escasos en los Estados Unidos; pero existen como existen las leyes que los reglamentan.

Permitidme citaros todavía en apoyo de lo que os digo lo que dice a este respecto un notable escritor, Laboulaye, en sus estudios sobre la Constitucion de Estados Unidos.

"Despues de la libertad relijiosa viene la de la prensa; los americanos se habian habituado a ella desde largo tiempo atras. La querian completa; pero observad que al decir que el Congreso no tocaria esa libertad, no pretendian consagrar *la impunidad de sus abusos.* La única significacion de esta palabra es, que no se podrá tomar medidas preventivas contra la prensa. Así, pues, si un Estado o el Congreso quisiesen sancionar la fianza, la autorizacion de publicar, la censura, etc., la Corte Suprema declararia estas leyes anti-constitucionales; pero en cuanto a las medidas represivas, existen leyes para ello en los Estados particulares i el Congreso podria dictar una sin salir de sus atribuciones.

La licencia no es la libertad de la prensa. Léjos de eso es el monopolio de la injuria i de la calumnia, es un fermento de discordia; con ella no es posible fundar gobiernos estables. Permitidme hacer una observacion sobre este punto. Siempre que hablamos nosotros sobre la libertad, hai quienes gritan: ¿i el abuso? Esto no es la libertad. Pero ¿dónde está el límite? Se le ha ido a buscar mui léjos, cuando está a nuestro lado, es la *responsabilidad.* Suprimidla, i entónces la libertad consiste en el derecho de hacerlo todo a nuestro antojo; es la tiranía. La única diferencia que existe entre ésta i la libertad es, que la primera es irresponsable i la segunda supone la responsabilidad."

Como lo veis, señores, los que piden la reforma de nuestro precepto constitucional no son mas felices en los hechos que invocan que en las teorías que sustentan. Nuestro artículo constitucional que declara la libertad de la prensa, que por lo mismo establece su responsabilidad, i que crea el jurado para sus abusos, es una verdadera copia de lo que sucede en Estados Unidos, cuyas leyes a este respecto se quiere que imitemos.

¿Será, pues, conveniente la reforma de nuestro artículo constitucional? ¿Para qué lo reformaríamos? ¿Para establecer la libertad de la imprenta? No es necesario, está establecida. ¿Para proclamar su irresponsabilidad i la impunidad de sus abusos? Eso seria un absurdo para la ciencia del derecho, un contrasentido para la moral i un escándalo para la democracia i la República.

Todo poder irresponsable es un poder despótico, i los que quieren la irresponsabilidad de la prensa trabajan por el despotismo de uno de los poderes i de las fuerzas sociales mas temibles que se conocen. Yo aborrezco todos los despotismos i si ellos son condenables en el seno de los gobiernos absolutos, en una república democrática seria sencillamente una demencia.

No es este el primero, ni será el último eslabon de esa larga cadena de errores de que se alimenta cierta escuela liberal, que traen conturbadas a las sociedades i estorban el verdadero progreso de los pueblos.

ABDON CIFUENTES.

UNA DUDA HISTORICA.

Al organizar algunos apuntes que debemos agregar como necesarias ampliaciones a la cuarta edicion que preparamos de nuestros *Recuerdos de treinta años*, nos encontramos con la revolucion de Figueroa, 1811. Este hecho nos trajo a la memoria el nombre de un jóven arjentino que se encontraba accidentalmente en Santiago i que en ese dia desempeñó un notable papel por su entusiasmo i valor.

En los momentos del conflicto, fué nombrado por la Junta de Gobierno teniente de ejército.

Este jóven es don Manuel Dorrego, que poco despues volvió a su pais, donde llegó al grado de coronel; i despues de haber desempeñado altas funciones, concluyó su tempestuosa carrera en el patíbulo.

El señor don Diego Benavente dice en la pájina 6 de su *Memoria sobre las primeras campañas de la guerra de la independencia de Chile:* "Tan seguros se encontraban (los miembros de la Junta) que no trepidaron en desprenderse de trescientos veteranos escojidos con oficiales decididos por la revolucion, para auxiliar al gobierno revolucionario de Buenos Aires—que le permitieron levantar bandera de recluta, que llevó cerca de dos mil hombres al otro lado de los Andes bajo la direccion del activo teniente don Manuel Dorrego."

El señor don Manuel Antonio Tocornal, en su *Memoria sobre el primer gobierno nacional*, dice: "El encargo secreto (de Alvarez de Jonte, enviado de la Junta revolucionaria de Buenos Aires), que merece fijar nuestra atencion, tenia por objeto obtener de la Junta (revolucionaria de Chile), una vez que ésta se instalase, el permiso necesario para poner una bandera de enganche i levantar un cuerpo de dos mil hombres para enviarlos a las provincias trasandinas. Se ve por esto cuán adelantada estaba ya la revolucion i la confianza que inspiraba el pueblo chileno, buscando en él un apoyo para derribar el gobierno colonial. Hasta el siguiente año, es decir, el de 1811, no se organizó el cuerpo de voluntarios, permitiéndose al enviado de Buenos Aires el que pusiese la bandera de enganche."

Estas dos aserciones las habíamos leido ántes, sin fijar nuestra atencion en este acontecimiento, a que dan tanta importancia los dos autores citados; pero al repetir su lectura con el objeto que hemos dicho, nos asaltó la duda de su verdad, que luego se con-

virtió en certidumbre de un error histórico, apesar de afirmarlo dos hombres tan dignos de respeto como los historiadores mencionados.

Hace muchos años hemos visitado, con un corto intervalo, la República Arjentina, residiendo algun tiempo en los pueblos del camino de la capital, i allí mismo largo tiempo; hemos tratado con chilenos de edad avanzada, residentes desde épocas remotas, i, apesar de nuestro carácter preguntón, jamas hemos oido mencionar siquiera los tales dos mil hombres, que en ese tiempo podian llamarse un ejército.

El señor jeneral Godoi, de singular memoria, i mui enterado de los menores ápices de nuestra historia, que recuerda perfectamente haber visto a los trescientos penquistos que en esos dias marcharon a Buenos Aires, no solo no vió a los dos mil enganchados, sino que ni aun habia oido hablar de ellos hasta el dia en que, hace poco, le consultábamos sobre el particular. Añadiremos que en nuestra larga vida jamas hemos oido nada, absolutamente nada a este respecto hasta que leimos los escritos de los señores Benavente i Tocornal, publicados con mucha posterioridad.

Aun no nos han parecido suficientes estos datos, i hemos ocurrido, como otras veces, al señor coronel Espejo, residente en Buenos Aires, i que siempre ha tenido la bondad de aclarar nuestras dudas. El señor Espejo, que, como militar i como historiador, ha prestado importantes servicios a la República Arjentina, su patria, a Chile i al Perú; que tiene una memoria que es un verdadero archivo i que es poseedor de documentos que él mismo recojió en su juventud en estos paises, es de nuestra misma opinion en el asunto presente. Copiaremos algo de lo mucho que nos dice en carta de 10 de marzo de 1877 en contestacion a nuestra consulta.

"Como dije a Ud. en mi anterior de 14 de febrero, es punto (el de los dos mil enganchados) de que no he oido hablar a nadie, ni he visto citado en *ningun escrito histórico antiguo ni moderno.*

"En este concepto, el asunto de los dos mil chilenos enganchados por Dorrego en 1811, me parece una de tantas tradiciones fantásticas que inventaban los godos en los primeros años de la revolucion.

"El señor Barros Arana, en su *Historia de Chile*, tomo 1.°, pájina 128, dice: "De Mendoza pasó la noticia a Santiago el 6 de febrero de 1811, en una carta particular, en que se ponderaba el peligro de Buenos Aires aumentando el ejército de Elío.—La Suprema Junta se halló perpleja en vista del inminente riesgo que amenazaba la existencia de aquel gobierno; algunos miembros habrian querido levantar tropas para socorrerle, pero, temerosos de la excitacion que tal medida pudiera producir, adopta-

ron el mismo dia la idea del doctor Rosas para que se le pasara un oficio pidiendo mas ámplias noticias i ofreciendo auxiliarle con una division de tropas."

Esta division no fué otra, segun el señor Espejo, que los trescientos dragones de Concepcion que a fines del año 11 llegaron a Mendoza de paso para Buenos Aires, i que el señor Espejo, de edad de nueve años, salió a recibir, como todo el pueblo, a la alameda de Mendoza; i conserva tan frescos sus recuerdos, que por medio de sílabas i palabras nos hace *oir* en su carta la marcha que tocaban los *dos* tambores, en que consistia la *banda* de aquel rejimiento, mandado por Alcázar.

El señor Espejo se hace cargo del enorme gasto que habria ocasionado el enganche, la mantencion, el medio vestuario, que era entónces de costumbre, el pago de una numerosa escolta de caballería para *cuidar* a los enganchados, ya que, sin esta precaucion, no habrian llegado, de los dos mil, ni ciento al pié de la cordillera. ¡I todo esto a cargo de un *teniente improvisado!*

"¿I se cree que el tesoro de Buenos Aires estuviera en aptitud de desembolsar *de un golpe* esa suma, cuando no tenia ni con qué comprar pólvora para las municiones que exijia la division despachada sobre el Alto Perú?"

Despues de otras consideraciones, concluye el señor Espejo:

"Estas son las observaciones que a la lijera me han ocurrido para satisfacer la insistencia de Ud. sobre la fábula de los dos mil enganchados de Dorrego. I no terminaré la presente sin repetirle que, si en lo futuro no se descubren algunos datos mas fehacientes que anulen las verosimilitudes aducidas, en mi humilde concepto, el punto denunciado en la *Memoria* del señor Benavente, no pasará de una de tantas tradiciones vulgares que solo han existido porque ninguna persona séria la ha creido digna de una refutacion."

El señor Espejo no menciona la *Memoria* del señor Tocornal porque no le consultamos sobre ella; porque, de acuerdo con la del señor Benavente, es ménos terminante. Añadiremos, por nuestra parte, que quizá el enganche no fué mas que un *amago*, que pudo producir su efecto entre los enemigos de la revolucion.

Por lo demas, aceptamos en un todo las conclusiones de nuestro respetable consultor.

Santiago, abril 15 de 1877.

José ZAPIOLA.

VIDA

DE LA

SANTISIMA VIRJEN

SEGUN LAS MEDITACIONES DE

ANA CATALINA EMMERICH

Extractada de la octava edicion francesa.

(Continuacion.)

LXIII.

MUERTE DE SAN JOSÉ.

Desde los veinte hasta los treinta años, Jesus tuvo que sufrir la malevolencia de los judíos que le habian tomado aversion porque contradecia la doctrina de los fariseos. "Este hijo del carpintero, decian, quiere saber todas las cosas mejor que nadie."

María i José se aflijian mucho al ver las persecuciones contra su hijo. Jesus, por el contrario, soportábalas con la mas dulce caridad.

A medida que se acercaba la época de su predicacion, el Salvador principió a llevar una vida cada vez mas solitaria i meditabunda.

Santa Ana habia muerto; José iba declinando con rapidez: era preciso que muriese, pues, demasiado débil i afectuoso, no habria podido presenciar los tormentos de la Pasion.

El Salvador iba a cumplir treinta años; José, mas i mas debilitado, vióse obligado a guardar cama. Jesus i María ya no lo abandonaron; siempre a la cabecera de su lecho, endulzaban los últimos instantes de su vida. Muchas veces ví a la Santísima Vírjen sentada en el suelo o en un pequeño taburete, dándole por su mano el poco alimento que apénas si podia ya tomar. Cuando murió, María lo tenia en sus brazos, i Jesus estaba de pié a su lado. En ese instante, ví que una luz del cielo inundaba el aposento que se llenó de ánjeles.

Envuelto en un sudario blanco, con las manos cruzadas sobre el pecho, i encerrado en un estrecho féretro, fué enterrado en una sepultura que le habia donado un hombre de bien. Jesus, María i unas cuantas personas acompañaban el convoi; mas, yo tambien ví brillantes resplandores i multitud de ánjeles que seguian al ataud.

Despues de la muerte de José, Jesus i su madre se fueron a Capharnaüm o mas bien a una pequeña aldea entre Capharnaüm i Bethsaida. Un hombre, llamado Leví, habia facilitado a Jesus una casa aislada, situada en las orillas de un lago; tambien habia dejado algunos criados para el servicio, i cada dia les enviaba de la ciudad los alimentos necesarios.

Con frecuencia veia al Salvador pasearse en las orillas del lago en compañía de varios jóvenes. La vista era hermosísima pues se divisaba en lontananza un pais cortado por los mas risueños i fértiles valles. Los fariseos de Nazareth escandalizábanse por esto i le llamaban el vagamundo.

Poco tiempo despues Jesus i María se dirijieron a esta última ciudad, donde, creo, en adelante, la Santísima Vírjen iba a fijar su residencia. Estaba terminada la vida oculta de Jesus.

LXIV.

VIDA PÚBLICA DEL SALVADOR.

Miéntras Jesus recorria el pais preparando e invitando a los hombres al bautismo de Juan, María oraba en el silencio de su retiro.

Despues de muchos dias de ausencia, ví que el Salvador se dirijió a Nazareth. La Santísima Vírjen, al saber la venida de su hijo, salió apresurada a su encuentro. Llena de inquietud, ví que le suplicaba no fuese a la ciudad, porque el pueblo, instigado por los fariseos, estaba mui irritado en contra suya. Jesus se hospedó fuera de Nazareth, en casa de Eliud, un venerable anciano, hijo de un hermano de Zacarías. De aquí se dirijió hácia el mediodía, mas allá del valle de Esdrelon, pasando en seguida a Betania a casa de su amigo Lázaro. Allí fué a reunírsele la Santísima Vírjen. El Salvador, despues de saludarla mui afectuosamente, la llamó aparte i la dijo iba a principiar su mision, que de allí se dirijiria a las orillas del Jordan para ser bautizado por Juan; que a su vuelta pasaria algun tiempo con ella en los alrededores de Samaria, pero que despues iba a retirarse al desierto durante cuarenta dias. A esta palabra, contristóse sobre manera el alma de María i, con las mas vivas instancias, rogó a su hijo no fuese a aquel espantoso lugar: temia fuese a carecer de

todo, hasta del alimento. El Salvador le contestó que en adelante ya no debia tratar de retenerlo con inquietudes humanas; que haria lo que tenia que hacer; que iba a entrar en un camino penoso; que los que lo siguiesen participarian de sus sufrimientos; que ella debia ante todo hacer el sacrificio de todos sus sentimientos personales; que la amaria como siempre, pero que en adelante él pertenecia a la humanidad: era llegado el momento, concluyó, en que, como lo predijo Simeon, una espada de dolor debia atravesar su alma. María estaba sumamente conmovida, no obstante, se mostró llena de fuerza i de resignacion con la voluntad de Dios.

Miéntras Jesus estuvo en el desierto, María vivió en la casa de Capharnaüm, situada a las orillas del lago. Enteramente concentrada i recojida, exteriormente estaba separada de su hijo, mas, interiormente lo acompañaba i sufria con él.

LXV.

BODAS DE CANÁ.

Cuando Jesus volvió del desierto, celebráronse unas bodas en Caná de Galilea, a las cuales asistieron María i el Salvador con todos sus discípulos.

El padre de la novia, llamado Israel, era un hombre mui rico que dirijia una gran empresa de trasportes; poseia almacenes, posadas para los viajeros i tenia un gran número de empleados. El novio era Nathanaël, aquel niño a quien Jesus, de edad de doce años, dijo en la fiesta que tuvo lugar en casa de Santa Ana a su vuelta del templo: "Yo estaré en tus bodas."

Sucedió que faltó el vino en el festin. Entónces María, acercándose a su hijo, le dijo: "No tienen vino." Jesus le contestó: "Mujer ¿qué nos va a mí i a tí? Aun no es llegada mi hora." La Santísima Vírjen, léjos de turbarse, se dirijió a los criados i les dijo: "Haced cuanto él os dijere." En efecto, Jesus mandó llenar de agua seis vasijas vacías que allí habia, i luego ordenó que sacasen i llevasen al maestresala, quien, no tan pronto hubo probado el agua convertida en vino, llamó a Nathanaël i le dijo: "Todo hombre sirve primero el buen vino i, despues que han bebido bien, da el que vale ménos: mas tú guardaste el buen vino hasta ahora." El maestresala ignoraba el milagro obrado por Jesus, a instancias de su Madre.

Despues del festin, Nathanaël i su esposa fueron donde estaba el Salvador, que les habló del matrimonio i de la pureza que es tan agradable a Dios i que produce al céntuplo los frutos espirituales. Mencionó muchos profetas i santos personajes que habian

guardado continencia e inmolado su carne al Padre celestial. Dijo que todos ellos habian tenido por hijos espirituales una multitud de hombres extraviados, traidos al bien por ellos, i que así, al morir, habian dejado una posteridad numerosa i santa. Ambos esposos hicieron voto de continencia por tres años, prometiéndose vivir como hermanos. Arrodilláronse entónces a los piés de Jesus, que los bendijo.

LXVI.

LA SANTÍSIMA VÍRJEN VUELVE A CAPHARNAÜM.

De Caná, María se dirijió a su casa, situada cerca de Capharnaüm. Allí, miéntras el Salvador continuaba sus predicaciones i sus milagros, ella pasaba su tiempo en la oracion i en el llanto. Su corazon de madre le hacia presentir todo: veia los peligros que corria su hijo i se estremecia al oir las calumnias que se propalaban entre el pueblo.

Jesus estuvo a verla. Ví que la estrechaba entre sus brazos, como lo hacia casi siempre al llegar o al despedirse, cuando estaban solos. Si álguien estaba presente, Jesus se contentaba con estrecharle la mano e inclinarse afectuosamente.

Luego que partió su hijo, María se fué a Jerusalen a la casa de la madre de Marcos, uno de los discípulos de Jesus. Ví que los fariseos buscaban al Salvador en aquella casa: querian aprehenderlo. Como no lo encontrasen, pues se hallaba a la sazon en Betania, ordenaron a la Santísima Vírjen i a las demas mujeres que la acompañaban, abandonasen al punto la ciudad. María, llena de afliccion i de pena, se fué a casa de Lázaro. Marta salió a recibirla; al verla, María, oprimida de dolor, cayó desmayada en sus brazos.

De Betania, María volvió a Nazareth acompañada de algunas santas mujeres; mas, como los fariseos la molestaban con sus preguntas donde quiera la encontraban, amenazándola con arrojarla del pais, tuvo que volverse de nuevo a Capharnaüm.

LXVII.

DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

Estaba al terminarse el segundo año de la vida pública del Salvador. Juan Bautista, mucho tiempo hacia prisionero de Heródes, habia obtenido últimamente algun alivio en su situacion:

permitíasele comunicar con sus discípulos, i, mas de una vez, habia enseñado en presencia del rei, quien le habia prometido la libertad con tal que aprobase su matrimonio con Herodías o al ménos se abstuviese de hablar; apesar de esta promesa, Juan no cesaba de vituperar severamente esta union. No obstante, Heródes se proponia darle libertad en el aniversario de su nacimiento; pero su mujer abrigaba mui distintos pensamientos.

Llegado el dia de la fiesta, Salomé, hija de Herodías, salió danzando al encuento del rei i le ofreció una hermosísima corona. Deslumbrado Heródes la rogó le proporcionara el mismo placer al dia siguiente.

Ví que se celebraba un gran festin en el palacio de Macheronte. Concluido el banquete, presentóse Salomé mui indecentemente ataviada; sus cabellos entrelazados de perlas i piedras preciosas flotaban sobre sus espaldas. Su danza consistia en balancearse, plegarse i replegarse, doblando el cuerpo con la destreza de la serpiente; sin cesar pasaba de una actiud a otra. Heródes, encantado i fuera de sí, la dijo: "Pídeme lo que quieras, i te lo daré; te lo juro, aunque fuese la mitad de mi reino." Salomé le contestó: "Ante todo consultaré a mi madre." Herodías le ordenó pidiese la cabeza de Juan Bautista. Salomé volvió al lado del rei i le dijo: "Quiero que me hagais traer al instante en una fuente la cabeza de Juan."

Cuando el verdugo se presentó en el calabozo del Bautista, vílo en oracion i rodeado de un brillante resplandor. "Ya sé a lo que vienes, díjole al verlo; mucho tiempo ha que esperaba tu visita. Si supieras lo que haces, no querrias hacerlo. Estoi pronto." Al primer hachazo cayó la cabeza del Precursor, mas su cuerpo permaneció de rodillas. El verdugo tomó la cabeza por los cabellos i colocándola en una fuente la cubrió con un paño rojo i la llevo a Salomé. Acompañada de su criada, que la alumbraba con una antorcha, llevó la cabeza del Santo al traves de los subterráneos. Su madre, apenas la divisó, se abalanzó sobre el fúnebre presente, i arrancando el paño rojo, principió a vomitar injurias i blafemias. Tomó despues un alfiler, i mas semejante a un demonio que a una creatura humana, atravesó la lengua, los ojos i las mejillas de aquella santa cabeza, i arrojándola luego al suelo la hizo rodar con el pié hasta precipitarla en un inmundo albañal. La abominable Herodías volvió en seguida con su hija a la sala del festin, como si nada extraordinario hubiese acontecido. Las fiestas continuaron, pero, miéntras los convidados se entregaban a la mas loca alegría, Heródes, como un insensato, vagaba por los mas retirados i ocultos departamentos de su palacio.

LXVIII.

ÁNTES DE LA PASION.

Los continuos milagros obrados por Jesus habian exasperado de tal modo a los escribas i fariseos, que principiaron a buscar por todos los medios posibles como perder al Señor i a sus partidarios.

Ví todo cuanto tuvo que sufrir la Santísima Vírjen, que se hallaba entónces en Jerusalen. Ya casi no se atrevia a salir por temor de ser apedreada. Los discípulos i amigos del Salvador tampoco salian de sus retiros i solo Judas mostrábase hasta audaz, vanagloriándose en alta voz de su intimidad con Jesus; no obstante, apesar de su jactancia, varias veces lo ví renegar del Señor. La Vírjen Santísima le hablaba i lo advertia; víla llorar dándole consejos.

El Salvador, despues de haber recorrido el pais de los reyes magos i el Ejipto, volvió a la Palestina. Lo ví llegar a Ephron con tres de sus discípulos: Pedro, Juan i Andrés. La Santísima Vírjen, Magdalena i Marta salieron a su encuentro. Como dos horas ántes de ponerse el sol ví que se detuvieron en una fuente a donde el Salvador no tardó en reunírseles. Al acercarse, María, Magdalena i Marta se prosternaron i le besaron la mano. Jesus, a su vez, besó la mano de su madre.

Algunos dias despues el Señor se dirijió al templo. María lo acompañaba. Ví que comenzó a prepararla a su Pasion: díjole que se acercaba el momento anunciado por Simeon; anunciólo que seria traicionado sin misericordia, maltratado i conducido al suplicio como un malhechor i que ella lo habia de ver todo con sus propios ojos. Hablóle finalmente de la profunda corrupcion de los hombres i de todo lo que debian a la justicia divina, de tal manera que nadie podia ser justificado sin su Pasion.

La Vírjen Santísima le suplicó la dejase morir con él. Jesus le recomendó tuviese mas calma en su afliccion. Ella no lloraba mucho, mas su dolor se manifestaba de un modo que conmovia el corazon. El Señor la dió gracias por su amor i la estrechó contra su pecho. Díjola que, espiritualmente, celebraria con ella la Santa Cena, i la indicó la hora en que lo recibiria.

Al dia siguiente se verificó la entrada triunfal del Salvador en Jerusalen. Los gritos de júbilo i las aclamaciones de la multitud llegaban a los oidos de María como los perdidos ecos de la mas terrible afliccion: su corazon de madre adivinaba ya los tormentos i amarguras del sacrificio de la Cruz.

LXIX.

CAMINO DEL CALVARIO.

Varias veces ví a la Santísima Vírjen durante la dolorosa Pasion del Salvador. Víla por primera vez en la Sagrada Cena. Conforme con lo que anteriormente la habia dicho el Señor, apesar de no estar presente, me pareció verla recibir de un modo espiritual el Sacramento. No sé cómo sucedió esto, pero yo creí verla entrar sin tocar la tierra, i venir en frente del Señor para recibir la Sagrada Eucaristía.

Al levantarse Jesus de la mesa, i al llegar al vestíbulo, víla de nuevo que salia al encuentro de su hijo. Suplicóle no fuese al jardin de los Olivos. El Señor la consoló en breves palabras i pasó rápidamente. Ella, acompañada de María de Cleofas i de Magdalena, dirijióse entónces a casa de María, madre de Marcos. Allá volvíla a encontrar miéntras el Salvador oraba en la gruta de Getsemaní. Llena de tristeza i de amargura, estaba con Magdalena en el jardin de la casa, encorvada sobre una piedra i apoyada sobre sus rodillas. Víla muchas veces perder el conocimiento, pues participaba interiormente de la agonía de Jesus. Habia enviado un mensajero a saber de él; no pudiendo en su impaciencia esperar su vuelta, fuése con Magdalena i Salomé hasta el valle de Josafat. Iba cubierta con un velo, i con frecuencia extendia sus manos hácia el monte de los Olivos, como queriendo enjugar la sangre que brotaba de la frente de su hijo. Poco despues, cuando el Salvador, vendido por el traidor Judas i preso por una tropa inhumana, era bárbaramente arrastrado hácia el otro lado del Cedron, ví que la Santísima Vírjen, al oir los gritos e imprecaciones i al divisar las luces de los soldados que acudian, caia desmayada en brazos de sus amigas, que la condujeron nuevamente a casa de María, madre de Marcos.

Al pasar por Ofel, ví que la multitud se apiñaba en torno de ellas; María, muda de dolor, no habló hasta que vino Juan, el discípulo querido del Señor, quien la refirió cuanto habia sucedido desde la salida del Cenáculo. Despues ví que condujeron a la Vírjen Santísima a casa de Marta, en la parte occidental de la ciudad. Aquí la dejó Juan, que se volvió a ver si podia acercarse a su Maestro.

María estaba constantemente en comunicacion espiritual con Jesus, acompañábalo en sus tormentos i sufria con él. Traspasada de afliccion, oraba por los verdugos de su Santísimo Hijo al mismo tiempo que clamaba a Dios para que apartara de él tanto martirio i no dejara consumarse tan horrendo crímen.

Era mas de media noche cuando volvió a presentarse Juan,

quien la refirió las horribles escenas que habia presenciado en las casas de Anás i de Caifás. Ella, entónces, no pudiendo soportar por mas tiempo el estar separada de Jesus, le suplicó a Juan la llevase a donde su hijo sufria. Juan, que no habia dejado a su Maestro sino por consolar a la aflijida Madre, la condujo, en compañía de las santas mujeres, por las solitarias calles que la luna alumbraba con el mas triste resplandor.

Macilenta i pálida, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, la Santísima Vírjen ahoga i reprime sus sollozos. Toda su persona respira la mas dulce modestia i un candor imposible de expresar. Aunque, llena de terror i de angustia, ha atravesado el valle de Josafat i las calles de Jerusalen, sus vestidos, humedecidos por el rocío de la noche i por sus lágrimas, están sin embargo en el mayor órden i sin mancha alguna: no hai un solo pliegue que no respire majestad. Todo en ella es grave, puro e inocente. Admirablemente hermosa en medio de su dolor, su belleza es el reflejo sobrenatural de la mas inefable pureza i santidad.

Al llegar a la casa de Caifás, María tuvo que presenciar un espectáculo cruel. A la luz de las antorchas, varios esclavos trabajaban en la cruz del Señor. A cada golpe, a cada hachazo, las injurias de aquellos hombres iban a traspasar el corazon de la infeliz madre. Habiendo atravesado el primer patio, detuviéronse delante de la puerta que comunicaba con el interior. María anhelaba abriesen aquella puerta que la separaba de su hijo. Abrióse, en efecto, i Pedro se precipitó afuera con la cabeza cubierta, las manos alzadas al cielo i llorando amargamente. "¿I mi hijo?...." preguntóle llena de ansiedad María. Pedro, al oir aquella voz, sintió que los remordimientos despedazaban su alma; avergonzado i sin saber qué contestar, quiso evitar aquella mirada profunda i dolorida, mas, ella, arrastrada por la violencia de su dolor: "Simon, hijo de Juan, ¿no me respondes?...." volvióle a preguntar. "¡Oh madre! balbuceó entónces él: no me preguntes te pido; no me preguntes: ¡tu hijo ha sido condenado a muerte i yo le he renegado!" Diciendo esto, como un loco, huyó despavorido. María sintió que las fuerzas le faltaban i cayó en tierra casi sin aliento. Juan i las santas mujeres, medio muerta, la sacaron de aquel lugar.

Llegó el siguiente dia con todos sus horrores i su sin igual martirio. No léjos del palacio de Pilatos, oculta tras el ángulo de un edificio, la inconsolable madre aguardaba a su hijo, que sabia debia pasar por allí. En vano Juan i Magdalena habian tratado de disuadirla. "¡Quiero verlo! ¡necesito verlo! ¡vamos a casa de Pilatos!" Tal habia sido su respuesta. Al verlo aparecer atado, abofeteado i arrastrado en medio de una lluvia de injurias i de maldiciones: "¡Ah! exclamó casi sin poder reconocerlo, ¿es ése mi hijo?.... ¡Hijo mio! ¡Jesus mio!" El cortejo pasaba en aquel ins-

tante. Una tiernísima mirada del Salvador fué a herir el alma de la desdichada madre, que, de nuevo, casi moribunda, se desplomó en brazos de los suyos. Allí permaneció hasta que Jesus fué conducido a casa de Heródes; entónces, acompañada de Juan i de Magdalena, se puso a recorrer toda la via dolorosa, desde el palacio de Caifás i el de Anás hasta Getsemaní i el jardin de los Olivos. Deteníase en todos los lugares donde el Señor habia sufrido mas cruelmente i bañaba el suelo con sus lágrimas.

Muchas veces la ví postrarse en tierra i besar los sitios donde habia caido su Jesus. Magdalena entónces se retorcia las manos; Juan, ahogando sus sollozos, las consolaba i las conducia mas léjos. .

Vuelto el Salvador a casa de Pilatos, la Santísima Vírjen, acompañada de su hermana mayor, de María de Cleofas, Magdalena i como hasta de veinte mujeres mas, siguió paso a paso todas las huellas de su hijo.

Durante la flajelacion, María estuvo como en un éxtasis contínuo. Ella veia i sufria en espíritu los acerbos padecimientos de Jesus. Leves quejidos se escapaban de su amante corazon, quejidos que iban a morir en sus labios entreabiertos por una indecible angustia. Vestida de azul, envuelta en un manto blanco, cubierta con un velo de un blanco casi amarillo, caida en tierra con la cabeza apoyada sobre las faldas de su hermana i rodeada por aquellas santas mujeres, que se agrupaban temblando de temor i espanto, la Santísima Vírjen se me aparecia como el sagrado símbolo de dolor.

Vuelta en sí, la pobre madre vió pasar todo despedazado i sangriento al divino Salvador. Quiso hablar i no pudo; extendió sus manos como para estrecharlo contra su corazon, mas los feroces verdugos la rechazaron en medio de la mas infernal algazara. Apénas como un torbellino hubo desaparecido aquella desapiadada multitud, María, anhelante, precipitóse hácia la columna en donde habia sido azotado su Jesus, i, ayudada por Magdalena, enjutó i limpió la sangre divina que empapaba aquel funesto lugar.

En vano Juan i las santas mujeres trataron de llevarla léjos de allí: ella queria ver a su hijo, queria estar a su lado, i ya que le era imposible aliviarlo, al ménos queria sufrir con él. Permaneció, pues, en los alrededores del palacio de Pilatos hasta que oyó la sentencia inícua que condenaba a Jesus a la crucifixion i a la muerte. La voz del pregonero, como un dardo fué a clavarse en el pecho de María, que, sin conocimiento, cayó en brazos de sus amigas.

Entre tanto, el cortejo se habia puesto ya en marcha para el Calvario. Allí está la desventurada madre: ahogada por los sollozos, aguarda en los umbrales de un edificio que se acerque la fúnebre comitiva. Ya se oye el confuso murmullo del pueblo; ya resuena mas cerca la voz del pregonero i el vibrante eco de la

plañidera trompeta. María siente que su sangre se hiela. "¿Qué haré?.... pregunta a Juan ¿qué haré?...." Ya están allí los verdugos. ¡Ah! esos miserables, al ver a la infeliz madre, léjos de moverse a compasion i lástima, la llenan de insultos i de improperios; ¡mas aun: uno de aquellos sayones se atreve a presentarle con burlas los clavos que deben atravesar las manos i piés de su hijo! La Santísima Vírjen, temblorosa, lívida, vacilante, mira como buscando a su Jesus, a su Dios. Ya lo ha visto: allí viene encorvado bajo la cruz, coronado de espinas i bañado en sangre; lo ha visto, mas, Jesus, al fijar sus ojos en los de María, tropieza i cae de bruces bajo el pesado madero. Ella, entónces, arrastrada por su amor i la violencia del dolor, ya no ve, no oye, no siente i se precipita en medio de los soldados i verdugos hasta ir a caer de rodillas al lado de su hijo, que estrecha contra su corazon. Solo oí estas palabras: "¡Hijo mio!".... "¡Madre mia!"....

Hubo un momento de confusion. Juan i las santas mujeres tratan de llevarse a María; los verdugos la injurian i escarnecen; al fin los guardias la hacen retroceder. María, bamboleándose, se levanta, vacila, da algunos pasos i cae como muerta sobre una piedra, donde sus manos i sus rodillas quedan estampadas. Parecia que, ya que no los hombres, los séres inanimados se compadecian de su tremendo dolor.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Concluirá.)

HOJAS SUELTAS.

¡Oh! rie graciosa,
Mi niña hechicera,
Que el gozo de tu alma
La mia embelesa.
Al ver tu sonrisa
Se calman mis penas
I al cielo bendigo
Que dió a la inocencia
La paz que no engaña,
La dicha sin mezcla
De hiel ponzoñosa,
Porque algo en la tierra

Del bien que a los justos
El cielo reserva
Al alma anhelante
Le diese la idea.

1876.

Cuando a solas cruzo el valle
A cada vago rumor
De la brisa entre las hojas
Se estremece el corazon;

I es que me parece oir
Un eco del triste adios
Que del borde de la tumba
Mi santa madre me envió.

1876.

ENRIQUE DEL SOLAR.

CATH-LODA.

Poema de Ossian.—Del ingles de James Macpherson.

DUAN I. (1)

ARGUMENTO.

Fingal, jóven aun, estando de viaje hácia las islas Orkney, fué llevado por el mal tiempo a una bahia de Escandinavia, cerca de la residencia de Starno, rei de Lochlin. Starno invita a Fingal a una fiesta. Fingal, receloso de las intenciones del rei, i recordando una antigua violacion de la hospitalidad, rehusa la invitacion.—Congrega Starno sus tribus; Fingal resuelve defenderse.—Al llegar la noche, Duth-maruno propone a Fingal espiar los movimientos del enemigo.—El rei en persona se encarga de ello.—Cerca ya del enemigo, llega casualmente a la caverna de Turthor, donde Starno habia encerrado a Comban-cârgla, tomada en lides a su padre, un rei vecino.—Su historia es incompleta, por haberse perdido parte del orijinal,—Llega Fingal a un lugar sagrado, en donde Starno i su hijo Swaran consultaban el espíritu de Loda, acerca del éxito de la guerra.—Encuentro de Fingal i Swaran.—Concluye el Duan I con una descripcion del aereo palacio de Cruth-Loda, el Odin de Escandinavia.

(1) Daban los bardos el nombre de Duanes a aquellas composiciones en que la narracion es interrumpida por episodios o apóstrofes.

¡Narracion de los antiguos tiempos!

¡Oh tú, que invisible vagas i encorvas el cardo silvestre de Lora! ¡brisa del valle! ¿por qué abandonaste mis oidos? ¡Ya no escucho el lejano rujido de los torrentes! ¡No viene ya de la montaña el son del arpa! ¡Ven, cazadora de Lutha, devuelve ¡oh, Malvina! su espíritu al bardo! Miro hácia Lochlin de los lagos, hácia la bahia de U-thorno de túmidas olas, a donde Fingal desciende desde el Océano, desde el bramido de los vientos.

¡Pocos son los héroes de Morven en una tierra extraña. Envió Starno un morador de Loda a invitar a Fingal a la fiesta; mas recordó el rei el pasado e inflamóse su cólera.

—Ni a Starno, ni los musgosos torreones de Gormal verá Fingal. ¡Cuál sombras vagan las muertes en su indómito pecho! ¿He olvidado acaso a aquel rayo de luz, a la hija de reyes, la de blancas manos? (2) Vete, hijo de Loda; sus palabras son viento para Fingal; viento que juega con las hojas en la otoñal llanura. ¡Duth-maruno, brazo de muerte! ¡Cromma-glas, de férreos broqueles! ¡Struthmor, morador del ala del combate! ¡Cormar, cuyos barcos surcan los mares, indiferentes como la carrera del meteoro sobre negras nubes! ¡Levantaos en torno mio, hijos de los héroes en una tierra extraña! Atienda cada uno a su escudo, como Trenmor, árbitro de lides.

—¡Desciende, dijo Trenmor, desciende morador entre las arpas! Debes rechazar este torrente o perecer conmigo.

En torno del rei álzanse indignados: aprestan las lanzas en silencio. Cada pecho se ajita interiormente. Despierta, por fin, súbito estrépito en los sonoros escudos. Sube cada uno a su collado durante la noche; a intervalos detiénense siniestros. ¡Desigual se oye el son de los cantos, llevado por el viento!

¡Fúljida alzóse la luna sobre ellos!

Armado vino el fuerte Duth-maruno, ¡del rocalloso Croma vino el infatigable cazador del cerdo! Mecieron las olas su negro bote, cuando Crumthormo despertaba sus selvas. (3) Eclipsó a los enemigos en la caza: ¡nunca temiste, Duth-maruno!

—¡Hijo del osado Comhal! ¿avanzaré en medio de la noche? ¿Los observaré desde este amparo, en sus aduares relucientes? Están ante mí, Starno, rei de los lagos, i Swaran, el enemigo de los extranjeros. No son en vano sus amenazas, por la piedra sagrada de Loda.—Si no vuelve Duth-marino, sola en la casa quedará su esposa, allí donde mezclan sus aguas dos rujientes rios, en la llanura de Crathmo-craulo. Circúndanla montes de sonoras selvas; cerca de allí brama el Océano. Mi hijo vaga por los campos, contempla la graznadora ave marina. Dad a Can-dona la ca-

(2) Agandecca, hija de Starno, muerta por su padre, a causa de haber descubierto a Fingal un complot contra él.

(3) Crumthormoth, una de las islas de Shetland.

beza de un cerdo; contadle la alegría de su padre, cuando se desplegó la fuerza de I-thorno sobre su lanza. ¡Contadle mis hechos de armas! ¡Decidle dónde cayó su padre!

—No olvidado de mis padres, dijo Fingal, surqué los mares. De ellos fueron los tiempos de peligro en los pasados dias. Aunque jóven en mis cabellos, mi alma no se conturba ante el enemigo. Jefe de Crathmo-craulo, mio es el campo de la noche.

Armado e impetuoso, atraviesa Fingal el Turthor, que en las horas de la noche, llena el nebuloso valle de Gormal con su colérico bramido. Brillaba un rayo de luna en una roca; habia en ella una forma majestuosa; una forma de flotante cabellera, semejante a las vírjenes de Lochlin, de albo seno. Desiguales i breves son sus pasos. Entrecortado canto da a los vientos. Ajita a veces los níveos brazos; el dolor mora en su alma.

—Torcul-torno, de canos cabellos, dijo ella, ¿a dónde te encaminas, que pasas por Lulan? ¡En tus propios rios sucumbiste, padre de Comban-cârgla! Mas, yo te contemplo ¡oh, jefe de Lulan! regocijándote en la morada de Loda, cuando se extiende en los cielos la sombría noche. – A veces con tu escudo eclipsas la luna; la he visto oscurecerse en el firmamento. Conviértese en meteoros tu cabellera, i cruzas durante la noche los espacios.—¡Oh! ¿por qué vivo olvidado en mi caverna, rei de los cerdosos jabalíes? ¡Contempla desde la mansion de Loda a tu hija abandonada!

—¿Quién eres, dijo Fingal, voz de la noche?

Trémula, retrocedió.

—¿Quién eres tú, en medio de las tinieblas?

Contrájose de terror en el interior de la caverna.

Desató el rei la cuerda que oprimia las manos de la jóven. Interrogóla acerca de sus padres.

—Torcul-torno, dijo ella, vivia junto al espumoso Lulan: vivia.... mas ahora, se regocija en la mansion de Loda con la sonora concha. Encontróse con Starno de Lochlin en la lid; largo tiempo combatió con los reyes de negros ojos. ¡Cayó mi padre; en su sangre cayó Torcul-torno de azul escudo! Junto a una peña, a orillas del Lulan, habia yo herido al corzo brincador. Recojió mi blanca mano mis cabellos, por los impetuosos vientos esparcidos. Sentí un ruido. Alcé los ojos. La emocion infló mi pecho. A orillas del Lulan dirijí los pasos, para salirte al encuentro ¡oh Torcul-torno! ¡Era Starno, formidable rei! Llenos de amor fijó en mí los encendidos ojos. Sus labios sonreian; ondeaban siniestras sus ásperas cejas.—¿Dónde, exclamé, dónde está mi padre, el poderoso en la guerra?—¡Sola has quedado entre enemigos ¡oh hija de Torcul-torno!—Tomó mi mano. Dióse a la vela. Encerróme en este antro sombrío. Horrible cual espesa niebla viene a veces i alza ante mí el escudo de mi padre. Mas, suele brillar un rayo de juventud, léjos, mui léjos de esta caverna. Es el hijo de Starno. Solo él mora en mi alma.

—Doncella de Lulan, dijo Fingal, ¡hija del dolor! pesa sobre tu alma una nube con estrías de fuego. No te inquiete esa luna oscurecida; no temas a esos meteoros del cielo. Mi acero refuljente te proteje, ¡el terror de tus enemigos! No es el acero del vil, ni del cobarde! En nuestras cavernas no son encerradas las doncellas; no ajitan abandonados los blancos brazos. Inclínanse graciosamente sobre las arpas de Selma. No son sus voces para el horrible yermo. ¡Nuestros corazones se enternecen con los sonidos deliciosos!

. . . . . .

Continua Fingal su marcha, en el seno de la noche, hácia donde borrascosos vientos ajitan a los árboles de Loda. Hai allí tres piedras de musgo coronadas; i un rio de espumoso curso; i la roja nube de Loda suspendida siniestra en el espacio. Formado en parte por los tenebrosos vapores, se destaca de la nube un espíritu jigante. Habla a veces, i domina su voz el rujido de las aguas. Inclinados bajo un árbol seco, reciben dos héroes las palabras del espíritu: Swaran de los lagos, i Starno, enemigo de los extranjeros. Apoyábanse sombríos en los broqueles; apercibidas tenian las lanzas en medio de las tinieblas. Jime en la flotante barba de Starno el viento penetrante de la noche.

Sintieron los pasos de Fingal, i armados se irguieron los valientes.

—Derriba, Swaran, a ese vagabundo, dijo el orgulloso Starno. Toma el escudo de tu padre; es una roca en la pelea.

Arrojó Swaran la reluciente lanza: fija quedó en el árbol de Loda. Con sus espadas avanzaron los enemigos; cruzaron los aceros rechinantes. Por entre las cuerdas del escudo de Swaran penetró la hoja de Luno (4); rodó el broquel por tierra; hendido cayó el yelmo. Detuvo Fingal el amenazante acero. Swaran, desarmado, queda inmóvil de cólera; revuelve los mudos ojos; arroja la espada al suelo. Luego, pasando las aguas lentamente, retírase silbando.

Lo ha visto su padre. Vuélvese Starno enfurecido. Siniestras ondean sobre su ira las ásperas cejas. Hiere con su lanza el árbol de Loda; se oye la voz confusa de los cantos. Cada uno por su senda, a la hueste de Lochlin se dirijen ¡cual por dos lluviosos valles descienden dos torrentes espumosos!

A la llanura de Turthor volvió Fingal. Bello asomó el rayo del oriente. Iluminó los despojos de Lochlin, en las manos del rei. Del antro salió, en todo el esplendor de su belleza, la hija de Torcul-torno. Recojia sus cabellos esparcidos por el viento; entonaba un salvaje canto, el canto de Lulan de las conchas, de Lulan, donde en un tiempo vivió su padre. Vió el ensangrentado

(4) La espada de Fingal, así llamada por el nombre de su artífice, Luno de Lochlin.

broquel de Starno; iluminó su rostro la alegría: vió el hendido yelmo de Swaran; huyó de Fingal, sobrecojida.

—¡Junto a tus cien torrentes sucumbiste, ¡oh amor de la llorosa vírjen!

¡Oh U-thorno, que en medio de las aguas te levantas, cuyos costados acompañan los meteoros de la noche! Tras tus sonoras selvas veo descender a la luna oscurecida. Está en tu cima el nebuloso Loda, ¡la mansion de los espíritus de los hombres! En el extremo de su aereo palacio, Cruth-loda de las espadas aparece. Apénas se distingue su forma al traves de la ondeante niebla. Apoya la diestra en el escudo, tiene en la izquierda la casi imperceptible concha. ¡Arden nocturnos fuegos en el techo de la morada pavorosa!

Avanza la raza de Cruth-loda, tropel de informes sombras. Tiende a los que brillaron en la guerra la sonora concha. Mas, entre él i el débil, levanta su escudo un orbe: meteoro que se oculta es él, para el débil en los combates.—Radiante como el iris del torrente, vino la doncella de Lulan, la de albo seno.

DUAN II.

ARGUMENTO.

Fingal vuelve al rayar el alba i da el mando a Duth-maruno, quien acomete al enemigo, i lo impele hasta el Turthor. Congrega Fingal a los suyos, i felicita a Duth-maruno por su victoria, pero descubre que el héroe ha sido mortalmente herido en la accion.—Duth-maruno muere.—El bardo Ullin introduce, en honor del muerto, el episodio de Colgorm i Strina-dona, con el cual termina el duan.

—¿Dónde estás, hijo del rei? dijo Duth-maruno de negros cobellos. ¿En dónde caiste, jóven rayo de Selma? ¡No vuelve del seno de la noche! Extiéndese la mañana sobre U-thorno; brilla en su collado el sol, en medio de la niebla. ¡Guerreros! alzad los escudos ante mí. El no debe caer, como fuego del cielo, cuyo lugar no existe sobre la tierra.—¡Viene como el águila, en alas del viento borrascoso! En sus manos están los despojos de los enemigos. ¡Tristes estaban nuestras almas, rei de Selma!

—Cerca están los enemigos, Duth-maruno. Avanzan cual las ondas en la niebla, cuando al traves de los flotantes vapores aparecen sus crestas espumosas. Sobrecójese en su tránsito el viajero; ignora a dónde huir. ¡Nosotros no somos trémulos viajeros! Sacad el acero, hijos de los héroes. ¿Se alzará la espada de Fingal o mandará un guerrero?

—Cual sendas para nuestros ojos, dijo Duth-maruno, son ¡oh Fingal! los hechos de los pasados dias. Aun vemos a Trenmor, de espacioso escudo, aun lo vemos en medio de sus oscurecidos años. No fué débil el alma del rei; en ella ninguna negra accion

vagó secreta. De sus cien corrientes vinieron las tribus al herboso Colglancrona; sus jefes las mandaban. Cada uno queria guiar al combate; mas de una vez medio desenvainaron las espadas. Revolvian airados los enrojecidos ojos i permanecian separados murmurando cantos insolentes. ¿Por qué habian de ceder uno a otro? Iguales en la lid fueron sus padres. Allí estaba Trenmor con los suyos, majestuoso en sus cabellos juveniles. Vió avanzar al enemigo i el dolor invadió su pecho. Propuso a los jefes que mandaran por turno; así lo hicieron, mas fueron rechazados. De su musgosa colina descendió Trenmor, de azulado escudo. Guió la poderosa hueste i los extranjeros sucumbieron. Circundáronlo los guerreros de adusta frente; chocaron de júbilo los escudos. Cual placentera brisa salen las potentes palabras de Selma de los reyes. I por turno guiaron a la lid los jefes, hasta que llegó el peligro supremo. Tocó entónces al rei el mando de la batalla.

—No son desconocidos los hechos de nuestros padres, dijo Cromma-glas de los escudos; mas ¿quién conducirá la hueste ante la raza de los reyes? Corona la niebla aquellos cuatro collados; hiera en ellos su broquel cada guerrero. Tal vez desciendan los espíritus en las tinieblas i señalen al elejido para el combate.

Dirijióse cada uno a su collado nebuloso. Observaron los bardos el son de los escudos. El tuyo fué el mas sonoro ¡oh Duth-maruno! ¡Tú guiarás a la pelea! Desciende la raza de U-thorno cual murmurantes aguas. Manda la hueste Starno i Swaran de tempestuosas islas. Observan desde sus férreos escudos como Cruthloda de adustos ojos, cuando mira por detras de la pálida luna i derrama sus signos en el nocturno espacio. Encuéntranse junto al Turthor los enemigos, se ajitan cual revueltas ondas; sus golpes sonoros se confunden. Vuela sobre los ejércitos la fatídica muerte. Fueron nubes preñadas de granizo por impetuosa ráfaga impelidas. Rujen a una sus turbiones; hierbe debajo el negro piélago.

¡Funesta lid de U-thorno, a qué narrar tus heridas! ¡Pasaste con los años que fueron; desapareciste de mi alma!

Impulsó Starno su flanco guerrero i Swaran su mortífero centro. ¡No es inocente rayo la espada de Duth-maruno! Lochlin es arrollado en sus propios rios; créense perdidos los airados reyes i contemplan con mudos ojos la fuga de los suyos. Oyóse el cuerno de Fingal; los hijos de la selvosa Albion se retiraron.... Mas, mudos en su propia sangre, yacen muchos a orillas del Turthor.

—Jefe de Crathmo, dijo el rei. ¡Duth-maruno, cazador de jabalíes! ¡No torna ilesa mi águila del campo enemigo! ¡Lanul de albo seno brillará de júbilo en sus rios; Candona se regocijará cuando vague por los campos de Crathmo!

—Colgorm, replicó el jefe, fué en Albion el primero de mi raza;

Colgorm, el surcador del piélago, por sus acuosos valles. Mató a su hermano en I-thorno; (5) abandonó la tierra de sus padres. Buscó en el rocalloso Crathmo-craulo recóndita morada. Ensanchóse su raza con los años, emprendieron guerras, mas sucumbieron siempre. ¡Mi herida es la herida de mis padres! ¡oh rei de islas sonoras!

¡Estrajo de su costado una saeta! Pálido cayó en extraña tierra. Su alma fué a reunirse con sus padres a la isla tempestuosa. En alas de los vientos persiguen allí jabalíes de niebla. Rodeáronlo los jefes, enmudecidos cual las piedras de Loda en su collado. Al traves del crepúsculo los ve el viajero desde su senda solitaria. Los cree las sombras de los ancianos ideando futuras guerras.

Descendió la noche sobre U-thorno. Sumido en el dolor permanecian los jefes todavía. Por entre la cabellera de los bravos silbaba el viento. Fingal, por fin, interrumpió los pensamientos de su alma. Llamó a Ullin de las arpas i pidió cantos.

No fué languideciente fuego que apénas visto muere en las horas de la noche; no fué transitorio meteoro el que a tan poco reducido ahora vemos. Fué como el sol de rayos poderosos que largo tiempo se regocija en su collado. ¡Evocad de sus antiguas moradas los nombres de sus padres!

¡Oh I-thorno! dice el bardo. ¡Oh I-thorno, que en medio de entumecidos mares te levantas! ¿Por qué tan melancólica tu cabeza en la niebla del Océano? De tus valles salió una raza, audaz como tus águilas de robustas alas: la raza de Colgorm, de férreos escudos, moradores de la mansion de Loda.

En la sonora isla de Tormoth levántase Lurthan, colina torrentosa. Inclina sobre un callado valle la selvosa cresta. Allí, junto a la espumosa fuente de Cruruth, vivia Rurmar, cazador de jabalíes. ¡Bella como un rayo de sol era su hija, Strina-dona de albo seno!

Muchos reyes de héroes, muchos héroes de férreos escudos, muchos jóvenes de undosos cabellos fueron al palacio de Rurmar. Fueron a festejar a la vírjen, a la majestuosa cazadora de Tormoth.

Si en el matorral andaba, mas blanco que la hoja del cana (6) era su pecho; si en la playa, mas que la espuma del Océano ajitado. Dos lucientes estrellas eran sus ojos, su rostro el íris de las lluvias. Cual las nubes tempestuosas flotaba su negra cabellera. ¡Eras la moradora de los corazones, Strina-dona de albas manos!

Vino Colgorm en su barco, i vino Corcul-suran, rei de las conchas. De I-thorno fueron los hermanos a cortejar al rayo de sol de Tormoth. Viólos ella en sus sonoras armaduras; en Colgorm

(5) Una isla de Escandinavia.
(6) El cana es una especie de hierba abundante en los matorrales del norte.

de azules ojos se fijó su alma. I el ojo nocturno de Ul-lochlin (7) vió los ajitados brazos de Strina-dona.

Miráronse con ceño los hermanos enfurecidos. Sus ojos inflamados se encontraron en silencio. Alejáronse. Chocaron los escudos. Con mano trémula tomaron las espadas. Lidiaron la lid de los héroes por Strina-dona de larga cabellera.

Cayó Corcul-suran ensangrentado. Tronó en su isla la fuerza de su padre. Partió de I-thorno Colgorm para errar sin rumbo fijo. En el árido campo de Crathmo-craulo vivió junto a un rio extranjero. Mas el rei no estaba solo en su tristeza: aquel rayo de luz estaba cerca; la hija del sonoro Tormoth, Strina-dona de albos brazos.

DUAN III.

ARGUMENTO.

Ossian, despues de algunas reflexiones jenerales, describe la situacion de Fingal i la posicion del ejército de Lochlin.—Conversacion entre Starno i Swaran. Episodio de Corman-trunar i Foina-brâgal.—Starno aconseja a Swaran que sorprenda a Fingal, que se habia retirado solo a un monte vecino. Como rehusara Swaran, el mismo Starno se encarga de la empresa; es vencido i tomado prisionero por Fingal. Es despedido despues de una severa reprension por su crueldad.

¿De dónde la corriente de los años? ¿A dónde se dirijen? ¿Dónde oculta la niebla sus márjenes de colores numerosas?

Miro hácia los antiguos tiempos, mas los ojos de Ossian los ven confusos, como rayos de luna en un distante lago reflejados. ¡Nacen aquí los rojos rayos de la guerra! vive allá en silencio una débil raza que no señala los años con sus hechos, a medida que pasan lentamente. ¡Morador entre los escudos! ¡oh tú que despiertas al corazon languideciente! Desciende del muro con tu triple voz ¡oh arpa de Cona! Trae contigo aquello que vivifica al pasado; ensalza la figura de los dias que fueron, sobre sus nebulosos años.

U-thorno, collado de tempestades, sobre tí veo a mi raza. Inclínase Fingal en las horas de la noche sobre la tumba de Duthmaruno. Cerca de él están sus héroes, cazadores de cerdos. Junto al Turthor está la hueste de Lochlin, envuelta en sombras. En dos colinas permanecen los airados reyes: observan por sobre los escudos tachonados; observan los astros de la noche enrojeciendo en occidente. Aparece Cruth-loda en las alturas, cual de entre las nubes informe meteoro se destaca. Envia en todas direcciones a los vientos i los señala con sus signos. Previó Starno que el rei de Morven no le cederia en el combate.

(7) Ul-lochlin, "guia hácia Lochlin," nombre de una estrella.

Dos veces hirió el árbol, furioso. Murmuraba un canto insolente i sentia el rumor del viento al traves de sus cabellos. Dándose las espaldas permanecieron, como dos robles, por diferentes vendabales encorvados; inclínase cada uno sobre su turbulento riachuelo i ajitan las ramas al paso de los vientos.

—Annir, dijo Starno de los lagos, Annir fué un fuego de los antiguos tiempos. Lanzaba muerte de los ojos en los campos de batalla; era su júbilo la caida de los hombres. Era para él la sangre arroyo de verano, que lleva a los místios valles la alegría desde la musgosa roca. Al lago Luth-cormo fué a atacar al vigoroso Corman-trunar, a Corman-trunar de Urlor de los torrentes, morador del centro del combate."

A Gormal habia ido el jefe de Urlor con sus barcos de negra prora. Vió a la hija de Annir, a Foina-brâgal de albos brazos. ¡La vió! I ella no miró con indiferentes ojos al surcador de las olas tempestuosas. Cual rayo de luna por nocturno valle, huyó al barco de Corman-trunar en medio de las tinieblas. Persiguióla Annir sobre los mares, llamó a los vientos en su ayuda. ¡I el rei no estaba solo! ¡Nó! que lo acompañaba Starno. Como el tierno aguilucho de U-thorno dirijia mis ojos hácia mi padre.

Al rujiente Urlor acudimos presurosos; fué con los suyos el vigoroso Corman-trunar. Combatimos; mas, venció el enemigo. Mudo de furor, i revolviendo furioso los enrojecidos ojos, podaba mi padre con su espada los tiernos arbolillos. Maté al rei en mi alma, (8) retiréme durante la noche. Tomé del campo de batalla un yelmo, un escudo por el acero atravesado: con una lanza despuntada en mi diestra fuí en busca del enemigo.

Sobre una roca estaba Corman-trunar junto al encendido roble, i cerca de él, bajo un árbol, Foina-brâgal de taciturno pecho. Arrojé ante ella el roto escudo. Hablé palabras de paz:

—Junto a su turbulento mar yace Annir el de numerosos lagos. Herido fué el rei en el combate; a Starno toca darle sepultura. A mí, hijo de Loda, envia a pedir a Foina, de alba mano, un rizo de su cabellera para que lo acompañe en el sepulcro. I tú, ¡oh rei del rujiente Urlor! haz que cese la contienda hasta que reciba Annir la concha de Cruth-Loda de adustos ojos.

Prorumpiendo en llanto, levantóse Foina-brâgal i cortóse un rizo de su cabellera, un rizo que flotaba a merced de la brisa sobre su seno palpitante. Dió Corman-trunar la concha i me suplicó que me regocijara en su presencia. Retiréme en las sombras de la noche i oculté el rostro con el yelmo. El sueño descendió sobre el enemigo. Me levanté como un espíritu i atravesé el costado de Corman-trunar. I Foina-brâgal no se escapó; en un mar de sangre ajitó el pálido seno.

(8) Esta enérjica expresion, perteneciente al estilo bíblico, me parece que expresa bien la idea del orijinal *I marked the soul of the king*, señalé, destiné, *sentencié* el alma, etc., etc.

¿Por qué despertaste mi cólera, hija de héroes?

Llegó la mañana. Cual niebla que se desvanece huyó el enemigo. Golpeó Annir el tachonado escudo llamó a su hijo de negra cabellera. Vine, manchado de goteante sangre: tres veces alzó la voz el rei, cual, durante la noche, el súbito rujido de los vientos. Tres dias nos regocijamos i llamamos a las aves del cielo, i de todas partes vinieron las aves de rapiña a regalarse con los enemigos de Annir.—Fingal ¡oh Swaran! pasa la noche solo en su collado. Hiéralo en secreto tu lanza, i como Annir se regocijará mi alma.

—Hijo de Annir, contestó Swaran; no asesinaré a merced de las tinieblas. A toda luz obro i marcho; de todas partes vienen las aves, i acostumbran señalar mi senda; i no es ociosa mi senda en los combates.

Inflámase la cólera del rei; alza tres veces la reluciente lanza; mas, sobresaltándose, perdona a su hijo; i desaparece en el seno de la noche. Hai junto al Turthor una sombría caverna, la morada de Comban-cârgla. Allí depuso el yelmo de los reyes, i llamó a la doncella de Lulan; mas, Camban-cârgla estaba mui léjos, en la sonora mansion de Loda.

Hirviendo en ira, dirijióse al sitio en que Fingal reposaba solitario. Dormia el rei sobre su escudo, en su oculta colina.

¡Adusto cazador de jabalíes! no tienes ante tí indefensa vírjen. No es un niño en cama de helechos, junto al murmurante Turthor. ¡He ahí el lecho de los bravos, del cual se levantan para hazañas de muerte! ¡Adusto cazador de jabalíes, no despiertes al terrible!

Starno avanzó murmurando. Fingal, prontas las armas, levantóse.—¿Quién eres, hijo de la noche?—En silencio arrojó la lanza, i comenzó sombría lucha. Hendido cayó el broquel de Starno. Atólo Fingal a un roble; llegó la aurora, i entónces vió el rei a Starno. Revolvía en tanto los mudos ojos, pensando en los tiempos pasados, cuando era cual la música de los cantos el andar de Agandecca de albo seno. Desató Fingal la cuerda de las manos de Starno, i le dijo:—Retírate, hijo de Annir. Retírate a Gormal de las conchas; un rayo extinguido reaparece. Recuerdo a tu hija de albo seno; ¡vil rei, retírate! ¡Vuelve a tu mísera morada, siniestro enemigo de lo bello! ¡Huya de tí el extranjero, oh rei de vida tenebrosa!

¡Narracion de los antiguos tiempos!

JUAN R. SALAS E.

EL SEÑOR DON

VENTURA MARIN.

Las ciencias i las letras están de duelo en Chile. ¡El ilustre maestro don **Ventura Marin** ha muerto!

Hánse agrupado en torno de su ataud todos cuantos en Chile representan el cultivo de las ciencias i de las letras, para rendirle el tributo de sus lágrimas, de su admiracion i de su gratitud.

Obreros de ese campo en que el ilustre **Marin** descolló desde su mas temprana edad i al que dedicó, con extraordinario brillo, sus labores i vijilias hasta la última hora de su larga vida ¿cómo podríamos no asociarnos al duelo universal i unir nuestra voz a las de los que han preconizado la gloria del venerable anciano? ¿Cómo no habríamos de contribuir con una flor para la guirnalda que los chilenos depositan sobre la tumba del eminente sabio, del injenio extraordinario, del venerable i egrejio maestro de nuestros maestros?

Pero, no solo alcanza al hogar de La Estrella de Chile el jeneral duelo de los chilenos; sí que tambien la memoria del señor don **Ventura Marin** tiene singulares títulos a nuestra veneracion, a nuestras lágrimas, a nuestra cariñosa gratitud.

Retirado del comercio del mundo, abstraido en el ejercicio de la piedad i de la penitencia, era una lumbrera escondida. Su vastísimo saber, su poderosa intelijencia, su elocuente pluma estaban sepultados, mudos, perdidos para el bien, para la patria i para el mundo de las letras.

Su profunda humildad, su amor a la soledad i al silencio, su anhelo por una vida ignorada de los hombres i consagrada solo a Dios, eran, mas bien que las murallas del convento, las vallas que se habian interpuesto entre el mundo i el señor **Marin.**

Admitidos por él a una franca, benévola i para nosotros honrosísima comunicacion, logramos, al fin, a fuerza de respetuosa persuasion i de instantes súplicas, restituir a las letras i a la patria, la pluma del ilustre sabio, i La Estrella de Chile tuvo el santo orgullo de publicar mas de una notabilísima lucubracion suya.

Esa benevolencia i esa honra a nosotros dispensada por el eminente señor **Marin** son la singular deuda que nos liga a su memoria i nos arranca una lágrima de especialísima gratitud.

La vida física de don **Ventura Marin** tocaba ya a su ocaso, es verdad, cuando a La Estrella de Chile cupo la honra de reconquistar para la patria i para las letras la pluma del eminente sabio; pero su intelijencia estaba jóven, vigorosa, exuberante, i su saber enriquecido con la experiencia de setenta años.

La Estrella de Chile está justamente ufana de haber contado entre sus colaboradores al primero i mas conspícuo de los sabios chilenos. Esas pájinas en que están consignadas sus enseñanzas i estampada su firma, serán siempre leidas con veneracion i refrescarán nuestra gratitud.

Miéntras llega el dia, que no ha de tardar mucho, en que tejamos una modesta corona a la memoria del ilustre sabio cristiano, séanos, por hoi, permitido rendirle el homenaje de nuestra admiracion i de nuestro amor.

A LA TEMPRANA MUERTE

DE LA

SEÑORITA ELCIRA ZORRILLA.

Como un recuerdo, de blancas flores
Una corona
Para tu frente
Nítida i pura, tejiendo voi;
Para que el ánjel de los amores,
Que no abandona
Las almas bellas,
Allá en el cielo
Te diga cuánto sufriendo estoi.

Para el que sale de aquesta vida
Con la conciencia
De haber cumplido
Con sus deberes, ¿qué es el morir?
Darle temprano la despedida
A una existencia
Que, con los años,
Triste i caduca
Do todas corren tendrá que ir.

Como engañado por el miraje,
Corre el viajero
Viendo jardines
En los desiertos que el sol quemó;
I ya, cansado del largo viaje,
No halla el otero,
Ni halla la fuente
De limpias aguas
Que en el delirio se fabricó;

Así vivimos, siempre soñando
Con los colores
De una esperanza
Que aquí se busca i aquí no está;
Hasta que luego nos van dejando,

Entre dolores,
Esos paisajes
Falsos que ama
Quien ve la tierra, no el mas allá.

Mas tú nos dejas entre suspiros,
Lágrimas, duelos;
¡Que es desgarrante
Ese forzoso i último adios!
Aunque aguardemos que los zafiros
Que hai en los cielos
Presto han de abrirse
Para juntarnos
A los que amamos i están con Dios.

A los veinte años, la soñadora
Mente dibuja
Con fuertes tintas
Cuadros que ansiamos verlos llegar;
I tú frisabas en esa aurora
Que sobrepuja
Cuanto hai de hermoso,
Puro i risueño
Sobre la tierra, sobre la mar....
.....

Partes i dejas hecho pedazos
Los eslabones
De la cadena
De amor que a un padre te ataba ayer,
I a unos hermanos, de cuyos brazos
I corazones,
Como una sombra
Muda, impalpable
Se desprendiera todo tu sér....

Yo, que tu amigo fuera en la vida,
Una corona
Para tu frente
Nítida i pura, tejiendo voi;
Para que el ánjel que en sí te anida
I galardona
Las almas buenas
Allá en el cielo
¡Te diga cuánto sufriendo estoi!

Serena, noviembre 18 de 1876.

BENJAMIN VICUÑA SOLAR.

VIDA

DE LA

SANTISIMA VIRJEN

SEGUN LAS MEDITACIONES DE

ANA CATALINA EMMERICH

Extractada de la octava edicion francesa.

(Conclusion.)

LXX.

EN EL CALVARIO.

Cuando María volvió en sí, su hijo estaba ya léjos. El ardiente deseo de acompañarlo i ser partícipe de todos sus sufrimientos hasta la muerte, la dió una fuerza sobrenatural; levantóse, pues, i seguida de las santas mujeres se encaminó al Calvario.

Horrible fué su angustia al divisar aquel lugar donde debia expirar su Jesus, i mucho mayor al pensar que ella no podia morir con él. Mas ¿quién podrá expresar el inmenso dolor de aquella aflijidísima madre al ver al hijo de su corazon tendido ya sobre la cruz i, sobre todo, al sentir aquellos redoblados golpes de martillo que iban a resonar en lo mas profundo de su alma?

En el momento que, en medio del sonido de las trompetas, de los insultos de los soldados i de los alaridos de los fariseos i del populacho, se alzó la cruz, María muda, inmóvil, yerta, siguió con la vista los menores movimientos de aquel madero que se cimbraba suspendido entre la tierra i el cielo; mas, cuando des-

pues de algunos instantes, que debieron parecerle siglos, los inhumanos i crueles verdugos dejaron caer la cruz con todo su peso i de golpe en el hoyo donde debia quedar, María, al ver el estremecimiento del divino Jesus, al sentir el chasquido de sus huesos que se entrechocaban, al ver la sangre que cubria sus cabellos, su barba, sus ojos i que, en abundancia, manaba de sus piés i de sus manos i, sobre todo, al oir el grito lastimero que se escapó de sus labios, la pobre madre cayó sin sentido i casi sin vida. No obstante, cuando, despues de algunos momentos, el Salvador, alzando la voz, pronunció las primeras palabras en su terrible agonía, ella, como despertando súbitamente, se levantó i sin que la pudiesen contener, llegó hasta el pié de la cruz, seguida de Magdalena, Salomé, María de Cleofas i Juan. La infeliz madre habia ido a escuchar la última voluntad de su Hijo: "Mujer, la dijo mostrándole a Juan, hé ahí a tu hijo; Juan, añadió, ahí tienes a tu madre." María ya no lloraba: sus ojos estaban secos; sus labios cárdenos; su semblante lívido. Se acercaba el momento supremo: Jesus luchaba con la muerte; un sudor frio inundaba su cuerpo ajitado por lijeras convulsiones: "¡Padre mio, exclamó con un grito dulce i sonoro que penetró el cielo, la tierra i el infierno, en tus manos encomiendo mi espíritu!" El Salvador habia muerto. Los ojos de María tambien se cerraron; sus oidos tambien dejaron de oir; víla vacilar un instante i luego caer a plomo al pié de la cruz.

¡Pobre madre! allí estaba ese hijo que habia concebido del Espíritu Santo, esa carne de su carne, ese corazon de su corazon; allí estaba, despojado de su hermosura celestial, separado de su alma santa i entregado a las leyes de la naturaleza que habia creado i que los hombres habian corrompido con sus pecados. Allí estaba su hijo, maltratado, desfigurado, muerto por los mismos a quienes habia rescatado. Allí estaba pendiente de la cruz, entre dos malhechores, abandonado, escarnecido i despreciado de todos, aquel vaso de toda belleza, de toda verdad i de todo amor. ¡Pobre madre! ¿quién podrá comprender su dolor?

Otro tormento la aguardaba: cuando apénas habia recobrado sus sentidos, uno de los soldados de a caballo se adelantó rápidamente i, blandiendo su lanza, la clavó con tanta fuerza en el costado derecho del Salvador, que la punta, atravesando de parte a parte el corazon, fué a salir por el costado izquierdo. María i las demas santas mujeres, con un grito de terror, se precipitaron con los brazos abiertos hácia la cruz. Cassius, que así se llamaba el soldado, habia caido de rodillas i alababa i bendecia al Señor. Un milagro habia obrado la sangre divina de Jesus: aquel hombre, que padecia una enfermedad de la vista, junto con los ojos del cuerpo habia abierto los ojos del alma.

El cielo estaba triste i lúgubre; densas nubes se cernian en los enlutados espacios; la tarde concluia; la noche amenazaba ser

tempestuosa i negra: era necesario desenclavar i dar sepultura al sagrado cuerpo.

Yo ví a María sentada al pié de la cruz: tenia por fin a su hijo en sus brazos i con indecible angustia contemplaba sus horrorosas heridas i cubria de besos sus ensangrentadas mejillas. Luego despues, con una fuerza de alma admirable, principió a lavar i a purificar el ensangrentado cadáver. Con extraordinaria precaucion, sacó la corona abriéndola por detras i cortando las espinas que estaban enterradas i, luego, con unas tenazas redondas, sacó todas las puntas que habian quedado en la sagrada cabeza. Lavó despues el rostro i, con esponjas humedecidas, limpió la sangre apelmazada de los cabellos i barba, lavando despues, una por una, todas las llagas i heridas, que embalsamó i unjió con ungüentos preciosos. Cuando hubo terminado, cerró los ojos i boca de su hijo i abrazándose de él, dejó caer su rostro bañado en lágrimas sobre el rostro del Salvador. Juan la dijo que era menester separarse de una vez porque la noche se acercaba; María no oia i fué preciso quitárselo de los brazos. ¡Ah! el dolor que sus afanes habian calmado un tanto, se renovó entónces con indecible angustia. Al ver que le arrebataban su tesoro, su dueño, quiso hablar i no pudo; quiso detener a los que se lo llevaban, mas, las fuerzas le faltaron i, sollozando, se envolvió la cabeza en su manto, quedando sumida en la mas acerba afliccion.

No obstante, aun tuvo valor para ir hasta el sepulcro, en pos de la comitiva. Llegada allí, i cuando hubieron colocado el sagrado cuerpo en el sarcófago, entró en la gruta que servia de sepultura i se inclinó llorando sobre el cuerpo del Salvador para darle su mas tierno i sentido adios.

LXXI.

NOCHE DE LA RESURRECCION.

Una vez cerrado el sepulcro, la Santísima Vírjen se retiró con las demas santas mujeres a una de las piezas del Cenáculo, pasando la noche en oracion. Como dos horas ántes de venir el dia llegó Juan; al punto ella i sus compañeras se cubrieron con sus mantos i se dirijieron al templo para visitar todos los lugares que el Señor habia santificado de un modo particular. Ví que la Santísima Vírjen se arrodillaba i besaba esos sitios, bañándolos con sus lágrimas.

Aun no amanecia cuando volvieron al Cenáculo. María, acompañada siempre de las santas mujeres, permaneció todo el dia en su pieza particular. Ví que todas las puertas i ventanas estaban cerradas i que no tenian mas luz que la de una lámpara

que colgaba del techo. Al llegar la noche, las mujeres se retiraron a sus celdas; María quedó sola. Miéntras, llena de fervor, oraba suspirando por el ardiente deseo de ver a su Hijo, un ánjel se presentó i la dijo fuese a la puerta llamada de Nicodemus, porque luego debia venir el Señor. María, trasportada de gozo, se envolvió en su manto i, sin decir nada a nadie, se fué a toda prisa al lugar indicado.

Serian como las nueve de la noche cuando la Santísima Vírjen se detuvo cerca de la puerta, en un lugar solitario. De repente, como arrobada en éxtasis, miró hácia lo alto del muro, i el alma del Salvador, toda luminosa i rodeada de los patriarcas, descendió hasta ella. Jesus, mostrando a la Santísima Vírjen, pronunció estas palabras: "¡María! ¡madre mia!" Pareció que la abrazaba i desapareció. Ella habia caido de rodillas i besaba el sitio donde se le habia aparecido el Señor. Con el corazon lleno de inefables consuelos se volvió al lado de las santas mujeres, que encontró ocupadas en preparar aromas i perfumes. Nada les dijo de lo que le habia sucedido, pero las consoló i las alentó en la fé.

Como a las once, la Vírjen volvió a salir. Dirijióse primeramente a casa de Caifás, despues al palacio de Pilatos, i siguió así toda la via dolorosa al traves de las calles que estaban sumidas en el mas profundo silencio. Deteníase en todos los puntos donde el Señor habia sufrido los mas crueles tratamientos: hubiérase dicho que buscaba un objeto perdido. De esta manera llegó hasta el Calvario. Allí se le volvió a presentar Jesus con su cuerpo tal cual lo habian depositado en la sepultura. Seguíanlo dos ánjeles i una multitud de almas libertadas. El cuerpo del Salvador no tenia los movimientos de un cuerpo vivo. Ví que salia de él una voz que anunciaba a María lo que él habia hecho en el limbo; díjole que iba a resucitar con su cuerpo trasfigurado, i que debia esperarlo en el Calvario, en un lugar que le indicó. La aparicion se dirijió del lado de la ciudad i la Santísima Vírjen fué a rodillarse donde le habia dicho el Señor. Era cerca de media noche.

Ví que el cortejo del Salvador siguió el camino de la cruz. Todos los suplicios del Señor, con sus menores circunstancias, les fueron mostrados a las almas, miéntras los ánjeles, de un modo misterioso, recojian todas las partes que habian sido arrancadas al sagrado cuerpo durante la pasion. María, sumida en la mas alta contemplacion, veia en espíritu todas aquellas grandes escenas del Calvario que le eran mostradas a aquellas almas escojidas. La Santísima Vírjen continuaba su oracion. De súbito, el suelo se estremeció: un ánjel, semejante a un guerrero, como un rayo, se precipitó del cielo al sepulcro. El Salvador resucitado estaba delante de su madre. Maravillosamente hermoso, lleno de majestad i de celestiales resplandores, cuando se movia, su ropa-

je flotaba al viento como los azulados reflejos de la bruma que juguetea entre los rayos del sol. Sus llagas brillaban como deslumbradores celajes. Mostróselas a su madre, i como ella se prosternase para besarle los piés, él la tomó de la mano, la alzó i desapareció. Hácia el oriente, la primera luz de la alborada blanqueaba apénas las campiñas i los collados en los alrededores de Jerusalen.

LXXII.

DESDE LA RESURRECCION HASTA LA IDA DE LA SANTÍSIMA VÍRJEN A EFESO.

He visto a la Santísima Vírjen en casa de Juan-Marcos: aunque conserva toda su serenidad, brilla sin embargo en su semblante una tristeza profunda. Su dolor no es un dolor humano: hai en ella algo de sublime. Todos los dias, por la mañana o al ponerse el sol, sale a recorrer las estaciones de la via dolorosa, meditando i renovando hasta los menores pasos de la pasion.

Ya habia comenzado la persecucion contra los discípulos de Jesus. Los apóstoles tenian que ocultarse. Vílos a todos reunidos en la gran sala del Cenáculo; María tambien estaba allí. Apénas se pusieron en oracion, el Salvador se presentó. Todo el tiempo que estuvo en medio de ellos, la Santísima Vírjen, arrobada en éxtasis, permaneció en el mas profundo silencio i recojimiento.

Poco despues volví a ver reunidos en el Cenáculo a los apóstoles i veinticinco discípulos. María oraba fuera de la sala; no obstante, parecióme que, revestida de un manto luminoso, dominaba en aquella augusta asamblea. Ví que los cielos se abrian i que la Santísima Trinidad enviaba una corona que se posó sobre la frente de María. Por esto conocí que ella era la protectora, el templo i el santuario de los apóstoles i discípulos de Jesus.

Terminada la oracion, siguióse una comida en el vestíbulo. La Vírjen Santísima se sentó entre Pedro i Juan. Las demas santas mujeres i los discípulos se sentaron a la derecha i a la izquierda en mesas separadas. Los alimentos fueron bendecidos. Ví que todos estaban en traje de fiesta i María con su vestido nupcial.

Poco despues de media noche, la Santísima Vírjen recibió de rodillas la Sagrada Eucaristía de manos de Pedro, que llevaba en la patena algunas hostias que habian sido consagradas por el mismo Salvador. Apénas hubo recibido María la forma sagrada, aparecióse el Señor sin manifestarse a los demas.

Cada vez que comulgaba la Santísima Vírjen, las sagradas especies permanecian en ella sin alteracion de ningun jénero desde una comunion a otra, de suerte que adoraba constantemente al Salvador sacramentalmente presente en su corazon.

Vuelta a casa de Juan-Marcos, donde vivia, víla encerrarse en su aposento; allí continuó su oracion. Principiaba a despuntar el dia cuando de nuevo se le manifestó el Señor. Largo tiempo habló de su madre. Díjole qué relacion habia entre ella i los apóstoles, i qué clase de asistencia debia prestarles en adelante. Esta relacion i esta asistencia eran misteriosas i espirituales. Dióla un poder sobre la Iglesia i una virtud para protejerla. Desde aquel momento ví que María estaba mas frecuentemente con los apóstoles, que se consultaban siempre con ella: era como la madre de todos, i ella misma era como un apóstol.

Algunos dias despues se verificó la gloriosa ascension del Salvador. María, con los ojos fijos en el cielo, siguió a su Hijo divino hasta que desapareció en medio de un océano de celestial vislumbre.

Desde entónces permaneció en el Cenáculo o en sus dependencias hasta la venida del Espíritu Santo, en cuyo dia Juan la bautizó en la piscina de Béthesda.

Luego estalló la persecucion; María se retiró entónces a Betania, a casa de Lázaro, viniendo solo de cuando en cuando a Jerusalen. Los apóstoles se dispersaron.

Seis años despues de la muerte del Señor volvieron a reunirse en Jerusalen. Una horrible tempestad se habia desencadenado contra la Iglesia. Los apóstoles se separaron entónces definitivamente para continuar la predicacion del Evanjelio. Esta vez la Vírjen Santísima siguió a Juan a Efeso, donde vivió nueve años, hasta su muerte.

LXXIII.

EFESO.—LA CASA DE MARÍA.

La casa de la Santísima Vírjen no estaba situada en la misma Efeso, sino a tres leguas i media de la ciudad, sobre una montaña que se veia hácia la izquierda viniendo de Jerusalen.

San Juan le habia hecho edificar aquel pequeño albergue, en cuyo alrededor se habian establecido varias familias cristianas i muchas de las santas mujeres.

El pais era solitario i salvaje; veíanse algunas grutas cavadas en la roca i hermosas i fértiles colinas cubiertas de árboles de forma piramidal, que, con sus sombras, producian el mas bello aspecto. Las habitaciones estaban mui aisladas las unas de las otras. Detras de la casa de María, que era la única de piedra, la montaña no ofrecia sino una masa de rocas, desde cuya cima se divisaba la ciudad de Efeso i el mar con sus islas innumerables i sus escollos. Un riachuelo serpenteaba entre la ciudad i la morada de María.

He visto detenidamente la casa de la Santísima Vírjen: era casi en forma de cuadro, con el techo plano i las ventanas situadas a grande altura. La parte posterior, que se terminaba circularmente, formaba un departamento, en cuya extremidad, separada del resto por una cortina, estaba el oratorio. En el centro del muro habia un nicho como un tabernáculo que jiraba sobre sí mismo mediante un cordon, segun se queria abrir o cerrar. Dentro estaba una cruz de poco mas de dos piés de largo. Era una cruz sencilla, sin adornos, i formada de distintas clases de madera: creo que el tronco era de ciprés, uno de los brazos de cedro, el otro de palmera, i en fin, la extremidad, junto con la tablilla, de olivo. Me parece que San Juan i la Santísima Vírjen la habian arreglado ellos mismos. La cruz descansaba sobre una basa de tierra o piedra, cerca de la cual se hallaba un pergamino donde creo estaban escritas las palabras de Nuestro Señor en su agonía. En la cruz estaba grabada la imájen del Salvador, trazada simplemente por líneas de un color oscuro. A uno i otro lado habia dos vasos llenos de flores naturales. Finalmente ví un lienzo colocado a los piés de la cruz, i tuve la idea que era el mismo con que la Santísima Vírjen habia enjugado la sangre que cubria el sagrado cuerpo del Salvador.

A la derecha de este oratorio estaba la celda en donde reposaba la Santísima Vírjen, i, frente a frente, al lado izquierdo, otro pequeño recinto donde guardaba sus vestidos i sus efectos. De una a otra de estas celdas estaba tendida la cortina que ocultaba el oratorio. Delante de la cortina era donde acostumbraba sentarse María cuando leia o trabajaba.

La celda o cuarto de dormir se apoyaba por detras a un muro cubierto de un tapiz; los tabiques laterales eran de obra mui lijera; en el del frente, que estaba tambien cubierto con una colgadura, habia una puerta a dos batientes que se abria hácia el interior. Del techo de la colgadura, que era en forma de bóveda, colgaba una lámpara de varios ganchos. La cama de María era una especie de cofre de pié i medio de alto i del largo i ancho de una cama ordinaria. Los lados estaban cubiertos con lienzos bordados con franjas i flecos que llegaban hasta el suelo. Un cojin redondo servia de almohada, i un tapiz oscuro i a cuadros, de cobertor.

LXXIV.

VIDA DE MARÍA EN EFESO.—SAN JUAN LE DA LA SAGRADA EUCARISTÍA.—VIA-CRUCIS.

La Santísima Vírjen vivia únicamente con su criada, que era mas jóven que ella, i que era quien iba a buscar los pocos ali-

mentos que necesitaban. Vivian en el silencio i en la mas profunda paz. Ningun hombre habia en la casa. Con frecuencia algun discípulo en viaje venia a visitarla.

Ví a María en sus últimos años, cada vez mas silenciosa i recojida; ya casi no tomaba alimento. Parecia que solo su cuerpo estaba en la tierra i su espíritu habitualmente en otra parte.

Un dia ví llegar a San Juan: él, ántes tan esbelto, estaba ahora flaco i envejecido. Al entrar, alzó el ruedo de su largo vestido blanco a grandes pliegues; se quitó el cinturon i se puso otro que traia bajo el traje, i sobre el cual estaban trazadas algunas letras. Tenia una estola al cuello i una especie de manípulo en el brazo. La Santísima Vírjen, apoyada en su sirvienta i envuelta en un traje blanco, salió de su pieza de dormir. Su rostro estaba albo como la nieve, i por decirlo así, diáfano. Parecia como solevantada de la tierra por un ardiente deseo. Desde la ascension de Jesus, todo su sér expresaba un deseo siempre creciente i que la consumia mas i mas. Habiendo entrado con Juan en el oratorio, tiró de un cordon que hizo jirar el tabernáculo, apareciendo la cruz. Despues de haber orado de rodillas durante algun tiempo, Juan se levantó, sacó de su seno una caja de metal, que abrió por un lado, sacando un envoltorio de finísima lana. Dentro habia un lienzo blanco que contenia la Sagrada Eucaristía. Entónces pronunció algunas palabras en un tono grave i solemne i dió la comunion a María.

Detras de la casa, en la pendiente de la montaña, la Santísima Vírjen habia establecido un via-crucis. Miéntras estuvo en Jerusalen, despues de la muerte del Señor, no habia cesado de seguir la via dolorosa, bañándola con sus lágrimas. Paso a paso habia medido las distancias de todas las estaciones. Su amor necesitaba de aquel consuelo.

Desde su llegada a Efeso recorria diariamente una parte de la montaña meditando los misterios de la Pasion. Al principio fué sola, i despues de haber medido los intervalos de las estaciones, segun los pasos que tantas veces habia contado, habia colocado unas piedras en cada uno de estos sitios. El camino conducia a un bosque, en donde una eminencia figuraba el Calvario, i una pequeña gruta, en otro montecillo, el Santo Sepulcro.

Cuando hubo así determinado las doce estaciones del via-crucis, siguiólo con su criada, entregándose a las mas silenciosas meditaciones.

En cada estacion se sentaban, renovando en sus corazones el recuerdo de los sufrimientos del Señor i dándole gracias por su amor. Mas tarde arregló mejor las estaciones, escribiendo sobre cada piedra, con un punzon, el misterioso significado de cada una de ellas. Tambien las ví asear la gruta del Santo Sepulcro i disponerla de manera que se pudiese orar cómodamente.

LXXV.

VIAJE DE LA SANTÍSIMA VÍRJEN A JERUSALEN.—RECORRE POR ÚLTIMA VEZ EN EFESO EL CAMINO DE LA CRUZ.

Año i medio ántes de su muerte, la Vírjen Santísima se dirijió a Jerusalen. Acompañada de los apóstoles, visitó durante la noche todos los lugares santos. Sumida en la mas profunda tristeza, repetia sin cesar suspirando: "¡Hijo mio! ¡hijo mio!" Llegada al lugar en donde encontró a Jesus sucumbiendo bajo el peso de la cruz, cayó al suelo sin sentidos. Trasportáronla al departamento que siempre habia ocupado en el Cenáculo. Durante muchos dias estuvo tan débil i tan enferna, i con tan frecuentes desmayos, que a cada instante se imajinaban iba a morir, i aun pensaron en prepararle una tumba. Ella misma escojió una gruta en el monte de los Olivos, i los apóstoles hicieron trabajar un hermoso sepulcro por un escultor cristiano.

Varias veces se esparció la noticia de su muerte; mas, ántes que se hubiese concluido el sepulcro, se halló restablecida i pudo volver a Efeso, donde todavía vivió dieziocho meses.

Poco ántes de su muerte recorrió por última vez el via-crucis que ella misma habia formado en la pendiente de la montaña. Blanca como la nieve i extremadamente débil, su aspecto era conmovedor.

A pesar de su avanzada edad, no se veian en su rostro ni arrugas ni señal alguna de decrepitud; consumíala únicamente el ardiente deseo que la impulsaba a la trasfiguracion i a reunirse con su Hijo. Su gravedad era inefable. Miéntras mas avanzaba en edad, mas su rostro se volvia trasparente i blanco. Su flacura era extremada: ya casi parecia un espíritu. En las últimas semanas de su vida apénas si podia, apoyada en la sirviente, pasearse lenta i penosamente en el interior de la casa.

LXXVI.

LA VÍRJEN SANTÍSIMA EN SU LECHO DE MUERTE.—CONVOCACION DE LOS APÓSTOLES.

Pocos dias despues, María ya no pudo moverse de su lecho. Ví su celda toda tapizada de blanco; ella misma estaba envuelta en un lienzo que la cubria de la cabeza a los piés. Cinco mujeres entraron, unas en pos de otras, a darle el postrer adios: sus sollozos i sus lágrimas partian el corazon.

La Vírjen Santísima, conociendo que se acercaba el momento en que debia reunirse con su Hijo, su Redentor i su Dios, le rogó le cumpliese la promesa que la habia hecho la víspera de su ascension. Fuéme revelado que, entónces, suplicándole María al Salvador no la dejase mucho tiempo sola en este valle de lágrimas, él le manifestó algunas obras espirituales que tenia que cumplir ántes de abandonar la tierra, diciéndole al mismo tiempo que, a su vez, serian convocados los apóstoles i algunos discípulos para asistir a su muerte, i le indicó lo que debia decirles ántes de darles su última bendicion.

Conforme a esa promesa, la Santísima Vírjen rogó al Señor reuniese a los apóstoles; al momento ví que distintas apariciones los advertian para que acudiesen cuanto ántes al lado de María. Repartidos como estaban por el mundo, imposible les hubiese sido emprender tan inmenso viaje sin una asistencia misteriosa. Muchas veces los ví atravesar por medio de multitudes de jentes sin que nadie pareciese verlos; i aun creo que ellos mismos no tenian conciencia que viajaban así, de un modo sobrenatural.

En el momento de la convocacion, Pedro, Matías i Andrés se encontraban en los alrededores de Antioquía. Ví a Pedro alojado en un meson; la noche estaba mui avanzada; un ánjel se presentó i, tomándolo de la mano, le dijo partiese al punto a casa de María, i que en el camino encontraria a Andrés, su hermano. Pedro, debilitado por los trabajos i por los años, se enderezó, apoyando las manos en sus rodillas, escuchó lo que le dijo el ánjel i se levantó, se puso su cinturon, tomó su baston i su capa i partió. En el camino encontró a su hermano, que habia tenido una aparicion igual; mas allá se reunieron con Tadeo, que acudia desde la Persia, como asimismo Simon, que llegó despues. En casa de la Santísima Vírjen hallaron a San Juan, que habia sido el primero en llegar, pues se hallaba no mui léjos de Efeso cuando recibió el aviso de Dios. Bartolomé se encontraba en Asia, al oriente del Mar Rojo; Santiago el Mayor venia de España; Felipe, del Ejipto; Mateo i Santiago el Menor he olvidado dónde se encontraban. En cuanto a Tomas, hallábase mas retirado que ningun otro. Cuando el ánjel le avisó que se dirijiese a Efeso, estaba en oracion en una cabaña en el fondo de la India. Vílo despues cruzando el mar en un frájil esquife, acompañado de un tártaro que habia bautizado.

Antes de recibir el anuncio, Tomas habia concebido el proyecto de avanzar hácia el norte, i no pudo determinarse a renunciar a él. Siempre queria hacer mucho i casi siempre llegaba tarde. Atravesó, pues, la China i penetró hasta las actuales posesiones de la Rusia.

LXXVII.

LLEGADA DE LOS APÓSTOLES.

Ví que los apóstoles i discípulos llegaban sumamente fatigados. Traian largos bastones encorvados i con mangos de diversas formas, correspondientes a su rango. Vestian largas túnicas de lana blanca, abiertas por delante pero unidas con pequeñas correas, a guisa de botones. Sus capas blancas, prendidas a la cintura, cubríales tambien la cabeza.

Los recien llegados abrazaban con ternura a los que ya estaban en casa de María. Lloraban a la vez de gozo por encontrarse i de tristeza por la dolorosa circunstancia que los reunia. Ví que entraban a saludar a la Santísima Vírjen; ella apénas si podia dirijirles algunas palabras.

Desde el dia de su llegada, diariamente uno de ellos celebraba el santo sacrificio para María. Varias veces la ví recibir la Sagrada Eucaristía.

A mas de los apóstoles, habíanse reunido como diez discípulos, entre ellos Juan-Marcos, Bernabé, Erémenzéar i un nieto del anciano Simeon. Tambien habian acudido algunas santas mujeres.

LXXVIII.

MUERTE DE LA SANTÍSIMA VÍRJEN.

He visto una gran tristeza e inquietud en la casa de María. Su sirvienta estaba fuera de sí de dolor. Postrábase por tierra ya en un rincon de la casa, ya en el exterior i oraba con los brazos extendidos i los ojos inundados de lágrimas. La Santísima Vírjen descansaba tranquilamente en su lecho; la muerte se aproximaba visiblemente. Ya apénas si podia tomar de cuando en cuando una cucharada de un jugo que la sirvienta exprimia de unas frutas amarillas dispuestas en racimos.

Sintiendo aproximarse su fin, quiso, conforme a la voluntad de su Hijo, bendecir a los apóstoles, a los discípulos i a las santas mujeres que habian acudido. Víla bendecir separadamente a cada un de los apóstoles, cruzando las manos i tocándoles la frente; luego habló a todos en conjunto e hizo cuanto Jesus le habia ordenado. Llamó a Juan i le ordenó lo que debia hacer con su cuerpo, i le encargó dividiese sus vestidos entre su sirvienta i una jóven que con frecuencia venia a acompañarla. Los

discípulos se acercaron entónces i recibieron tambien su bendicion. Habiéndose retirado los hombres a la parte anterior de la casa, las mujeres fueron a arrodillarse en torno de la cama de María para ser bendecidas a su vez. La ví que abrazaba a una de las mujeres que se inclinaba sobre ella.

Preparóse el altar i los apóstoles se revistieron para celebrar el sacrificio divino. Pedro oficiaba, otros cuatro lo acompañaban revestidos de magníficos ornamentos sacerdotales. Cuando estaban en la mitad del oficio llegó Felipe del Ejipto con otro compañero. Dirijióse al punto hácia la Madre de Dios i recibió su bendicion con los ojos bañados en llanto.

Pedro habia terminado el santo sacrificio i comulgado a los apóstoles i discípulos presentes. La Santísima Vírjen no podia ver el altar, no obstante, durante todo el oficio permaneció sentada en el mas profundo recojimiento. Pedro la llevó entónces el Santísimo Sacramento i la Extrema-uncion. Todos los apóstoles lo acompañaron en solemne procesion. Tadeo iba adelante con el incensario, Pedro llevaba la Eucaristía en un vaso brillante i en forma de cruz; despues seguia Juan, que llevaba el cáliz con la preciosa sangre. El cáliz tenia la misma forma que el de la Santa Cena. Cerca del lecho de María habian colocado un pequeño altar donde ardian algunas lámparas i antorchas. La Vírjen Santísima estaba tendida en su lecho, pálida i sin movimiento. Con los ojos fijos en el cielo, no proferia una palabra.

Pedro se acercó i le puso la Extrema-uncion; entretanto, los demas apóstoles recitaban preces en coro. En seguida, Pedro le dió la sagrada comunion. Ella, sin apoyarse, se enderezó para recibirla, i luego cayó sobre su almohada. Los apóstoles recitaron aun algunas oraciones; María se volvió a levantar i recibió el cáliz que le presentaba Juan. Una luz celestial penetró en su pecho, i la voz de María no volvió a resonar. Los apóstoles volvieron en procesion al altar, en donde terminaron el santo sacrificio. Entónces Felipe comulgó tambien. Dos mujeres habian quedado acompañando a María.

Poco despues los apóstoles i discípulos volvieron a rezar en torno de su lecho. El rostro de María estaba radiante i sereno como en los mas bellos dias de su juventud. Sus ojos, llenos de una dulcísima alegría, estaban vueltos hácia el cielo. De repente me pareció que desaparecia el techo de la celda, i, al traves de los espacios que se abrian, mi mirada penetró hasta la celestial Jerusalen. Ví que se desprendian brillantes nubes cubiertas de ánjeles. María, en un rapto de infinito amor, extendió los brazos hácia el cielo i su alma purísima se escapó de sus entreabiertos labios volando hácia la mansion de Dios. Una multitud de almas, entre las que reconocí a Joaquin, Ana, José, Isabel, Zacarías i Juan Bautista, salieron a su encuentro; María atravesó por medio de ellos i de los patriarcas i por medio de los arcánjeles, que-

rubines i serafines hasta llegar al pié del trono de la adorable Trinidad. Su hijo Jesus la recibió con inefable ternura, le presentó un cetro i le mostró la tierra, como confiriéndole un poder especial sobre ella. Aquella vision se desvaneció i ya no ví sino el santo cuerpo, recostado i con los brazos cruzados sobre el pecho; los apóstoles, los discípulos i las santas mujeres, con el rostro pegado contra el suelo, oraban i sollozaban en silencio.

LXXIX.

EXEQUIAS DE MARÍA.

Las santas mujeres extendieron un lienzo blanco sobre el santo cuerpo i los apóstoles se retiraron a la parte anterior de la casa; allí celebraron un servicio fúnebre, en tanto que las mujeres, envueltas en sus mantos i cubiertas con sus velos, entonaban tristes i plañideros cantos. Dos apóstoles quedaron custodiando el santo cuerpo, orando de rodillas, el uno a la cabecera i el otro a los piés. Matías i Andrés, siguiendo el camino de la cruz de la Santísima Vírjen, se dirijieron hasta la última estacion, es decir, a la gruta que representaba la tumba del Salvador. Llevaban los útiles necesarios para cavar la sepultura donde debia descansar el cuerpo de María.

La gruta era estrecha, baja i en forma de bóveda. Despues de haber trabajado largo tiempo, los dos apóstoles dispusieron una puerta para cerrar la tumba. Delante de la gruta se extendia un pequeño jardin. Este lugar distaba como media legua de la casa de María.

Los apóstoles que velaban i oraban al lado del santo cuerpo se relevaban de tiempo en tiempo. Varias mujeres, entre otras una hija de Verónica i la madre de Juan-Marcos, vinieron a embalsamar i preparar el cuerpo para la sepultura; traian lienzos, aromas i pequeños vasos llenos de yerbas frescas i olorosas. La puerta de la casa estaba cerrada; ellas cumplieron ese último i piadoso deber, en tanto que en otro departamento los apóstoles recitaban en coro fervorosas preces.

Pedro celebró una misa solemne, en la que comulgaron todos los apóstoles; luego despues, revestido con su traje pontifical i en compañía de Juan, unjió el cuerpo de María, como habia sido unjido el del Salvador ántes de ser colocado en el sepulcro.

Una vez embalsamado el santo cuerpo, las mujeres le pusieron sobre el pecho una corona de flores blancas, encarnadas i azules, símbolo de la virjinidad. Los apóstoles, los discípulos i las demas personas entraron entónces para contemplar por última vez aquellos restos queridos. Arrodilláronse todos, i vertiendo silen-

ciosas lágrimas, se acercaron unos en pos de otros hasta tocarle las manos, que estaban envueltas en un lienzo. Colocada en su féretro, María fué conducida en hombros por seis apóstoles: Santiago el Menor i otro iban adelante, Bartolomé i Andrés en el medio, Tadeo i Matías atras; todos los demas i las santas mujeres seguian en pos. Como ya se iban desvaneciendo los últimos tintes del crepúsculo, llevaban cuatro antorchas. El cortejo siguió todos los senderos de la via dolorosa hasta llegar a la gruta. Una vez colocado el féretro en la tumba, uno a uno, todos fueron acercándose i arrojando aromas i flores; luego despues se arrodillaron en torno i ofrecieron a Dios sus lágrimas i sus ruegos. Largo tiempo permanecieron así: parecia que el dolor i el amor los habia fijado en aquel lugar.

La noche estaba ya avanzada. Los apóstoles habian cavado un foso delante de la estrecha entrada de la gruta; allí plantaron muchos arbustos i flores i desviaron el curso de un arroyuelo, de tal modo que ya casi no se conocia la entrada. Volviéronse separadamente, deteniéndose aquí i allá para orar en el camino; algunos se quedaron de rodillas junto a la tumba. Los que se volvian vieron de léjos un resplandor maravilloso que se cernia sobre la tumba de la Santísima Vírjen.

LXXX.

ASCENSION DE MARÍA.—LLEGADA DE TOMAS.—DISPERSION DE LOS APÓSTOLES.

La noche seguia su silenciosa carrera; ni una nube empañaba el purísimo cristal de los cielos; los apóstoles, tristes i llorosos, se volvian hácia la casa de María; las luces vacilantes de sus antorchas se reflejaban en el dormido valle i los plañideros ecos de sus cantos iban a morir en los lejanos ecos de la montaña. De súbito fué arrebatada mi alma, i tuve una vision que no sé cómo expresar: una ancha via luminosa pareció unir la tierra con el cielo; circundada de resplandores i de las milicias anjélicas, el alma de María descendió de las moradas eternales para unirse a su cuerpo trasfigurado, saliendo luego del sepulcro radiante i deslumbradora i remontándose hácia la celestial Jerusalen en medio de inmensas nubes de ánjeles i arcánjeles que saludaban i aclamaban a la Madre de Dios i Reina del universo. Insensiblemente se disipó aquella luz i aquella gloria: ya no ví sino la estrellada bóveda del firmamento i ya no oí sino el dulce quejido de la brisa que parecia llorar entre las flores i el manso murmullo del arroyuelo que se deslizaba junto a la tumba de María.

Los apóstoles, vueltos a la casa, oraban i lloraban desconso-

lados i aflijidos; tres golpes resonaron en la puerta, que permanecia cerrada: era Tomas que llegaba acompañado de Jonathan, uno de sus discípulos i de un indio fiel servidor suyo que no se separaba ni un istante de él. Profundo fué el dolor de Tomas i de Jonathan al saber que llegaban demasiado tarde. El apóstol lloraba como un niño al oir los detalles de la muerte de María. Condujéronlos a donde estaba su lecho vacío; postráronse i lo bañaron con sus lágrimas. Despues de haber orado largo tiempo, levantóse Tomas i suplicó encarecidamente a los demas apóstoles lo dejasen ir al sepulcro i le permitiesen contemplar por última vez el rostro de María; todos accedieron, encendieron las antorchas i, profundamente conmovidos, se dirijieron a la tumba. Dos discípulos desviaron nuevamente el curso del arroyo i quitaron los arbustos i las plantas que ocultaban la entrada de la gruta; los demas, de rodillas, oraban en silencio. La gruta estaba abierta; los apóstoles acercaron las teas encendidas i se postraron llenos de respetuoso temor. Juan se adelantó, desató las cuerdas que rodeaban el ataud i alzó la tapa que lo cubria: "¡Venid! exclamó de repente lanzando un grito; ¡no está!" Los apóstoles se precipitaron dentro de la gruta: el féretro estaba vacío; solo quedaban los lienzos que conservaban perfectamente la forma del santo cuerpo, i las flores i aromas con que lo habian embalsamado. Sobrecojidos de temor i de admiracion, cayeron de rodillas, i alzando las manos i los ojos al cielo, alabaron al Señor i glorificaron a su Madre i madre de todos, con las palabras mas tiernas i mas dulces que el Espíritu Santo puso en sus labios. Entónces se acordaron de aquella luz que habian visto brillar sobre el sepulcro cuando volvian de los funerales. Juan sacó respetuosamente del ataud todos los lienzos, volviendo a colocar la tapa, que sujetó i amarró de nuevo. En fin, se alejaron de la gruta, cuya entrada cubrieron como ántes i se volvieron a la casa entonando himnos i cánticos. La primera luz del alba asomaba por las puertas del oriente; las estrellas desaparecian; las nubes se teñian de púrpura; las aves entonaban sus primeros gorjeos. Pedro se revistió de su traje pontificial i celebró el santo i solemne sacrificio.

Algunos dias despues, los apóstoles i discípulos principiaron a dispersarse para continuar sus trabajos, que debian coronar con el martirio. Antes de separarse, limpiaron i arreglaron la via sagrada que por sus manos habia hecho la Santísima Vírjen. Cerraron completamente la entrada del sepulcro, amontonando piedras i tierra i plantando algunos arbustos; sobre la gruta levantaron una capilla, desde donde podia verse el ataud por una abertura que practicaron en la roca. Allí mismo construyeron un pequeño altar de piedra, donde colocaron una imájen de la Madre de Dios. Cuando todo estuvo terminado, celebraron un servicio divino, imponente i solemne. La casa de María fué trasformada

en iglesia, estableciéndose allí dos discípulos para consolar, atender i prestar los auxilios espirituales a los fieles que moraban en los alrededores.

Los apóstoles, despues de dirijirse los mas tiernos adioses, unos en pos de otros se habian ido alejando; ya no quedaba sino Juan, el discípulo querido del Señor i amante hijo de María. Antes de abandonar aquellos lugares benditos, habia querido cumplir todas las postreras disposiciones de la amantísima madre que Jesus le diera en el Calvario. Cuando ya nada le quedaba por hacer, se dirijió por última vez a la tumba de María i allí, solo, postrado en tierra, oró largo tiempo ahogando sus sollozos i suspiros, i, luego, tomando su baston de peregrino, partió para las apartadas rejiones del Asia.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

DOS LIBROS SOBRE BOLIVIA.

I.

Dos nuevos libros han venido a visitarnos en los meses del año que corre, i ámbos llevan la firma de mi querido amigo Cárlos Walker Martinez.

Redundancia seria decir que los he leido con aquella avidez con que leo cuanto escriben mis amigos, con aquella emocion i entusiasmo que siento cuando veo a los vencedores en las duras tareas de las letras, i reconozco en ellos rostros que me son habituales i encuentro en ellos manos que estrechan las mias con franco cariño.

El público los conoce ya, i mui pocos de los lectores de este período ignorarán, al ménos, que llevan los títulos de *Pájinas de un viaje al traves de la América del Sur* i *El Dictador Linares*.

Ellos han sido parte de la cosecha hecha durante tres años de ausencia de Chile, empleados fructuosamente para bien de su patria i su propia gloria.

II.

Cuando en el mes de mayo de 1873, en una serena tarde del invierno recien venido, nos sentábamos en Valparaiso a la mesa para beber la última copa ántes de la salida del vapor que caldeaba sus máquinas a nuestra propia vista, oia yo al autor formular sus proyectos de viaje en estas tres palabras: *voi a trabajar*.

Una hora mas tarde, sentado en la popa de un bote fletero, miraba partir el vapor *Bolivia* i podia apénas distinguir la sombra de mi amigo que movia su brazo diciéndome *adios*.

Iba a desempeñar una mision difícil i que, solo por serlo, la aceptaba con entusiasmo. Iba a volver, como ministro recelado i mal quisto, al mismo pais i al mismo pueblo en donde, en su carácter de secretario de legacion, habia sido recibido con afecto pocos años ántes. Entre ámbas épocas habian corrido siete años i ámbas permitian medir la inmensa diferencia que hai en las relaciones de los pueblos, cuando no tienen mas norte que el cumplimiento de los austeros deberes que el patriotismo impone i cuando se dejan conducir por los dictados falaces de un mezquino egoismo.

El año de 1873 estaba mui léjos de parecerse, en algo siquiera, al año de 1865.

Una comunidad sellada, entre Chile i Bolivia, en los momentos de noble expansion, de jeneroso desprendimiento de amigos i aliados en el comun peligro, habia llegado a ser una sociedad odiosa e insostenible.

Recelos primero, susceptibilidades despues, hostilidad abierta mas tarde, peligros para la paz al fin, habian sido las escalas que habia recorrido el tratado que, en 1865, dió fin a la cuestion de límites en el desierto de Atacama.

En donde la vida no existe sino para explotar los restos de otra vida perdida en las oscuridades del pasado; en donde todo inspira la aversion que comunica al alma el desierto con sus arenas i silencio; en donde la Providencia puso su mano para separar dos naciones, ellas encontraron pretexto para discutir i reñir.

La solucion de 1865 fué, en su oríjen, de duracion efímera i no pasaron muchos meses sin que, en ámbos contratantes, surjiera a la vez i simultáneamente la idea de que era necesario sustituirla por otra.

En la paz i mui lejano ya de nuestros mares el pabellon que llegó a ellos en tren de combate, chilenos i bolivianos habíamos olvidado las emociones del campamento i los recuerdos de la tienda de guerra, bajo cuyo techo habíamos juntos acariciado la es-

peranza de la gloria i de la victoria. En Bolivia, sobre todo, habíase levantado una cruzada contra Chile, que aparecia, para su daño, ligado a la memoria nefanda de una administracion que llevó la crápula, el crímen i el despilfarro a dirijir los negocios públicos.

Melgarejo no hizo nada, absolutamente nada por su patria, salvo el tratado de límites con Chile, que reconoció a Bolivia derechos, hasta entónces escritos en el papel i sancionó una posesion ilusoria que jamas tuvieron gobierno ni pueblo boliviano.

Apesar de esto, el lúgubre reflejo de la última orjía i de la gran catástrofe que arrastró por el suelo el solio del dictador de diciembre siguió alumbrando al tratado de límites, que, sin razon alguna, fué considerado como la concesion de un gobierno que, a fuerza de concesiones, tuvo que buscar entre extraños con quienes departir, en los momentos en que le daba tregua el pestilente incienso de la mas rastrera adulacion en los labios de una canalla mas rastrera todavía.

Habria bastado un instante de calma, un momento de tranquilidad de espíritu para liquidar la cuenta que arrojaba ese tratado, i para persuadir a los bolivianos de que ellos habian tomado la parte del leon. Pero, no es la calma ni la serenidad la virtud de los estadistas bolivianos i ¡ai! ni todos los que la poseen tienen el valor de hacerse superiores a las intempestivas solicitaciones de sus amigos terribles....!

El tratado de límites estaba, pues, juzgado. Era necesario afrontar una nueva discusion para buscar, al fin, el que debia sustituirlo.

III.

Tal era la mision que llevaba mi amigo. Hubo momentos en que creí que habia sido demasiado lijero, para echar sobre sus hombros la responsabilidad de una obra que unia a las dificultades de todo pacto internacional la incertidumbre que inspira el no conocer los negociadores con quiénes debia terciar. ¿Quiénes eran? ¿qué podia esperar de ellos? ¡Misterios!

Lo que hizo en Bolivia, para obtener su fin, es la parte principal de las *Pájinas de un viaje*, apesar de ser la última en la numeracion de las fojas.

Es un relato lleno de vivo interes, hecho con la franqueza que huye de la jactanciosa vanidad del que está pagado de su obra i de la humildad mentida en quien está satisfecho con el cumplimiento de su deber.

Apesar de serme familiares los menores incidentes de esa negociacion, apesar de que eran ántes de ahora del dominio del pú-

blico, su lectura será de tanto interes para éste como lo ha sido para mí.

Place encontrar en él perfilada la política internacional de Chile, que no busca su engrandecimiento en la pobreza ajena i que, si sostiene con enerjía sus derechos, no llega jamas a olvidar que su honrado i noble pasado le imponen el deber de unir a ella el decoro i la cultura, que ¡por desgracia! aun no aprenden algunos de nuestros hermanos de América.

Es, sobre todo, consolador ver destacarse en la historia de Bolivia figuras que honrarian a nuestro propio pais.

Yo, que he vivido un año i medio en ese pais, durante la administracion Melgarejo, he sentido una emocion indefinible al parangonar los hombres de aquel entónces con los que ajustaron este último tratado.

Frias, Baptista, Calvo i otros son resurrecciones del patriotismo i de la honradez, que tantos eclipses han sufrido en la historia boliviana.

Los dos primeros, sobre todo, unen a su honrado nombre ¡nunca manchado! el prestijio que para las almas buenas arrastran la consecuencia i el amor a una causa servida hasta el martirio.

El ministro de Linares, que va a defender a su jefe, al frente de los osados aventureros que cimentaron su gobierno sobre la mas aleve perfidia, i el compañero del noble proscrito que recojió en tierra extranjera su último suspiro, en el desmantelado asilo de la pobreza altiva, debian entenderse con Cárlos Walker..... i se entendieron....

Ahí está la obra. Ella consagra actos de noble jenerosidad i de elevado espíritu; pero, sobre todo, sanciona, por la primera vez, el principio que adopta el arbitraje como el único medio de resolver las dificultades a que diere lugar la intelijencia i ejecucion del tratado de 6 de agosto de 1874.

Razon ha tenido mi amigo para decir que: "el cielo bendijo la accion de los dos diplomáticos que jestionaron, porque los dos pusieron en la primera línea de su pacto de amistad el nombre de Dios, que es el gran protector de los pueblos i de los hombres que proceden con rectitud en los actos de su vida pública."

IV.

Lo desconocido tiene encantos indescriptibles para algunas organizaciones, que no han nacido para cantar, como el viejo de la balada alemana, la felicidad de no haber visto otro cielo ni otro mundo que el cielo i la choza en que se vió la luz primera.

Cárlos Walker pertenece a este número. Hai en su organiza-

cion un impulso irresistible que lo lleva a buscar lo nuevo i lo desconocido con avidez siempre creciente.

Pocos paises podian, pues, dar mas pábulo a los gustos del escritor que Bolivia.

¡Cómo olvidar jamas lo que se ha visto allí! ¡Cómo borrar de la memoria esas imperecederas imájenes de una naturaleza tan grande en su inmensidad i en su aspereza!

Horizontes, campos, ciudades, cielo, hábitos, idiomas, todo allí es nuevo, peculiar. Perdido en los encañados de una sierra o en los bosques primitivos de Yungas, bajo el peso de una tempestad horrible o a la fresca sombra en medio de una selva vírjen, en la paz o en la guerra, el viajero encuentra siempre algo que a la mas juguetona i caprichosa fantasía sorprende.

I luego, llegar a sus ciudades enclavadas en las altísimas sinuosidades de los jigantescos Andes, como nidos de inmensas águilas caudales; recorrer sus calles labradas a pico en las laderas de una montaña de viva roca i saltando torrentes i cascadas sobre puentes de caprichosa arquitectura i de cuantioso valor; aprender en cada casa, en la puerta de cada templo o cuartel una leyenda o una tradicion en que alternan en abigarrado conjunto, demonios i milagros, héroes i millones, crímenes e imájenes, como en un fantástico cuento de Hoffmann!!

Jamás podrá formarse una idea aproximada siquiera de los encantos de un viaje a Bolivia, quien solo ha pasado de largo, a la vista de sus pobres puertos sobre el Pacífico.

Mas de una vez he tenido ocasion de narrar en este mismo periódico impresiones arrancadas a mi cartera de viaje, que reproducia los sentimientos indescriptibles de mi corazon i las mudas emociones de mi mente, en presencia de las obras de tan exuberante i prodijiosa naturaleza.

Viajar en un pais semejante no es extraño que constituyera para el autor un encanto en los dias no consagrados a las tareas de la mision diplomática que tenia a su cargo. Desde Mollendo a Buenos Aires, tomando el camino de alti-planicie de Oruro, fué el trayecto, cuyas impresiones llenan la primera parte del libro en que nos ocupamos.

Cuadros fidelísimos, reproducciones al natural son muchos de sus capítulos, en que agrupa el autor las impresiones del dia empleado en andar quince leguas a lomo de mula o en recorrer una ciudad como Potosí i Oruro, que, sentadas sobre cimientos de plata, ven desplomarse sus palacios bajo el peso del tiempo i del abandono.

En donde la revolucion levantó un cadalso o asoló un pueblo puso Dios la simiente de la riqueza i de la vida; en donde debia haber ciudades está el desierto ¡que todo lo ha alterado el capricho de los hombres!

IV.

Es, sobre todo, digno de especial atencion el estudio titulado *La cuna de los Incas.*

Fatigado el espíritu del viajero con el presente, ha querido rastrear el pasado en las ruinas de una grandeza ya lejendaria.

El *Titicaca* i *Tiahuanaco* fueron los asientos principales de la civilizacion aymará, cuyos hijos del Sol han dejado descendientes que no se atreven a levantar sus ojos al cielo para mirarlo ¡tanto es su envilecimiento i su miseria!

¿Qué fué la civilizacion peruana antigua? ¿qué pudo llegar a ser? son las preguntas que se dirije atónito el viajero, al recorrer los monumentos que han escapado, ocultos en la tierra, a la accion destructora de las tempestades i los siglos.

El filósofo i el literato encuentran allí temas de elevadas meditaciones, como el político profundas lecciones en la historia de la raza que sucedió a aquella.

Los estudios de los pensadores i de los anticuarios han sido impotentes para arrancar sus misterios a las mudas ruinas, i han tenido que contentarse con encontrar asiento en el terreno de las hipótesis i de las suposiciones.

Las ruinas peruanas han permanecido mudas como las esfinjes ejipcias. El martillo de Miguel Anjel no podria dar la palabra a los despedazados ídolos, como no la dió, en un acceso de jenial locura, a su admirable Moises.

Llorente i D'Orbigni, Jones i William Walker, Rivero i Schudi no han logrado llegar a ser confidentes del pasado, aunque le han arrebatado algunos de sus secretos.

Cárlos Walker ha visitado, como muchos de ellos, la *Cuna de los Incas*, i de sus prolijos estudios e investigaciones se ha servido para formular, con precision i exactitud, cuanto se sabe de la historia peruana primitiva.

A medida que los años pasan i, apesar de la resistencia de los hombres, la civilizacion invade el campo del pasado i coloca sus inventos i sus prodijios, en el mismo lugar ocupado por las oscuras memorias i los pálidos recuerdos. El Titicaca, que surqué hace diez años en balsas de totora, cuenta hoi con dos vapores que reciben en Puno los pasajeros i las mercaderías trasportadas por el ferrocarril desde Mollendo.

El paso es lento, pero permite distinguir la alborada de un nuevo dia de progreso. ¡Arcanos de la Providencia! La cuna de los Incas, la base de la civilizacion primitiva americana, es hoi el primer lugar conquistado por la civilizacion del fierro i del vapor, que ha venido con el rujido de las locomotoras a perturbar el sueño secular de sus antiguos reyes.

Tales son las emociones que me inspiran los lugares que ha atravesado el viajero, cuyos recuerdos forman las *Pájinas de un viaje al traves de la América del Sur.*

V.

El segundo de los libros es de un carácter i un jénero diversos, si bien su oríjen i su tema son tambien bolivianos, i hasta la causa determinante de él, fruto de su viaje a Bolivia.

Destácase en él la figura de un hombre que unió en sí la triple corona del patriotismo acrisolado, del valor a toda prueba i del martirio heróico.

El Dictador Linares, desconocido para casi todos, fuera de su patria, es tambien desconocido de muchos en la suya. Aun no se ha extinguido completamente el eco de las tempestades que sublevó ese reformador audaz, que llevó al poder toda la temeridad arrogante del caudillo i la serena enerjía del pensador. Viven aun muchos de los que no pudieron prosperar a la sombra de una administracion, que no quiso ser favor para ningun hombre i sí justicia para todos.

Los prosélitos i los menguados aduladores del poder, solo por ser poder, no perdonarán jamas al Dictador Linares el haber cerrado sus oidos a la falaz lisonja i haber vuelto la espalda a los que intentaron prodigársela.

La historia de Bolivia no presenta un gobierno mas honrado ni mas digno; administracion mas activa i vijilante; antítesis mas abrumadora para los que, del poder, han hecho el sólio de la depravacion descarada i de la infame crápula.

Ajitador impertérrito, alma indomable que encontraba estímulo en el peligro i fuerzas en los descalabros, caudillo jeneroso que enseñaba el valor a los que le seguian, tomando el primer puesto en el momento del peligro, imajinacion fecunda para combinar los mas atrevidos planes, jeneral i diplomático, hombre de letras i revolucionario, boliviano, en fin, ántes que todo: tal fué Linares ántes de subir al poder.

¿I en el poder?

Cuando al dia siguiente de la revolucion de setiembre inaugurábase la administracion que tomó su nombre, Bolivia pudo ver, no sin asombro, que el Dictador en el poder cumplia el programa del revolucionario. Habia prometido al pais su rejeneracion i la iniciaba con pecho levantado i mano firme.

Los tres años de su gobierno son el vivo ejemplo de lo que puede hacer el patriotismo mas entusiasta, el talento mas vigoroso i la voluntad mas perseverante, puesta al servicio de una gran causa.

Rodeaban a Linares muchos hombres, que escaparon del naufrajio que destrozó la nave a cuyo bordo habian celebrado el inmortal pacto de salvar a Bolivia, i que aun viven, para ejemplo de lealtad i de consecuencia probadas.

Administracion de justicia, hacienda pública, instruccion en todos sus ramos, ejército, caminos, cárceles, en todo se ocupó la administracion de Linares.

Su obra fué incompleta, sin duda. ¿I cómo no serlo, si para hacer algo bueno tenia la doble tarea de destruir primero i de edificar despues sobre las ruinas?

Las administraciones que le sucedieron inmediatamente destrozaron su obra, a fin de halagar las pasiones domeñadas por ella.

Rompieron así los diques que contenian el desborde de la corrupcion i dejaron libre acceso hasta el poder a las mas viles ambiciones de bandería i caudillaje.

Dentro de su propio ministerio se formó el aleve complot que derrocó a Linares i que inauguró el triunvirato de la perfidia, para mengua de sus autores i de los partidos que lo apoyaran.

El Dictador tomó el camino del destierro, i en Valparaiso encontró un asilo para descansar su frente abrasada i su corazon repleto de las amargas heces que dejan treinta años de lucha sin tregua.

I miéntras el proscrito, oculto a las miradas de los extraños, recordaba en un documento memorable los actos de su administracion, levantábase en su patria el tribunal de sangre que debia fulminar, sobre él, el anatema i pronunciar la sentencia que dicta el odio i que escribe la debilidad.

Esa sentencia no se pronunció al fin. ¡Dios ahorraba a Bolivia la vergüenza de tener que borrar con lágrimas lo que se escribió en una hora de vértigo!

I, al fin, ella habria venido a golpear las tablas del modesto ataud que encerraba los despojos del Dictador caido, cuyo cuerpo se habia rendido a las fatigas i al cansancio, miéntras su alma buscaba la eterna paz.

Tal es la vida, diseñada a grandes rasgos en este libro, que encierra severas enseñanzas i altos ejemplos, i que recuerda a los americanos un episodio de martirio, en la penosa vida de la constitucion i desarrollo del réjimen republicano.

De nada serviria la historia sino fuera consuelo para los que luchan, esperanza para los honrados propósitos, aliento jeneroso para las nobles causas, enseñanza i ejemplo para todos. Si las grandes catástrofes no fueran una advertencia provechosa para los gobiernos i los pueblos, mas valdria arrojar al fuego cuanto nos queda del pasado, despedazar las tradiciones de gloria i de martirio i lanzarnos en el mar de la vida, como los primeros navegantes griegos, sin rumbo ni derrotero.

Sobre todo, la historia de los gobiernos de la América independiente es digna de ser leida i meditada escrupulosamente, i mas que la de los otros, la de Bolivia.

Cárlos Walker ha venido a servir a este nobilísimo propósito con el libro que analizamos i con él ha prestado verdaderos e importantes servicios a la historia americana.

VI.

Estas son algunas solamente de las obras ejecutadas durante su residencia en Bolivia, empleada toda en servir con lealtad, tino e intelijencia a su pais i al cultivo de las letras, i que aumentan la justa reputacion que le habian conquistado ya otros trabajos anteriores.

Ha vuelto a su patria, trayendo consigo las conquistas hechas i las coronas alcanzadas. De esas conquistas conoce el público el tratado del 6 de agosto de 1874 i los dos hermosos libros que hemos recorrido en este artículo.

Santiago, abril 12 de 1877.

VENTURA BLANCO.

EL PRIMER ARTICULO.

CARTA DE UN MI AMIGO.

Como no encierra cosa digna de reserva i sí algunas curiosidades, he resuelto publicar la siguiente carta que ha pocos dias recibí:

Querido amigo:

Los aires del lugarcito en que estoi me han probado tan bien que me considero ya completamente restablecido. Pero si mi

cuerpo está sano, en cambio mi ánimo ha sido presa de un tan grande aburrimiento que no hallo manera de dártelo a entender. ¡Figúrate cómo estaré, separado de mis amigos, sin tener a quien comunicar mis impresiones (pues para la jente de por acá es griego todo lo que no sea hablarle de caballos, vacas i siembras) i por sobre todo eso, sin ver ni siquiera en misa a la luz de mi vida, a la señora de mis pensamientos, a ese ánjel....! En fin, ya te contaré en otra carta las cuitas que por esta ausencia aquejan a mi excelente corazon: otra mui distinta cosa es objeto de la presente.

Sabe, pues, chico, que en medio de tanto fastidio háseme entrado, sin saber por dónde, grandísima comezon de escribir. Tú que conoces la antipatía que siempre he profesado a esa manera de pasar el tiempo i cómo, miéntras en el colejio estuve, hallé modo de no llevar composiciones a la clase de literatura, no dejarás de reirte a carcajadas al saber este mi pensamiento. Pero ello es que no solo lo tuve sino que lo puse en práctica; el cómo ha sucedido semejante milagro es lo que te voi a referir en la presente con todos sus detalles.

Amanecí, pues, una buena mañana con vehementísimos deseos de escribir algun articulito, en prosa por supuesto; versos no los he hecho ni en mi vida los haré. Creyendo yo que el asunto era llegar i hacer, me senté al escritorio mas determinado que César al pasar el Rubicon. Escojí inmediatamente i con gran cuidado el papel, lo soplé repetidas veces para que corriera sin entorpecimiento la pluma, probé los puntos de ésta, puse el número 1 lo mejor que pude en la primera hoja, apoyé mi cabeza en la mano izquierda, levanté mis ojos i.... me quedé mirando en esa posicion el retrato de mi ánjel adorado que cuelga en la pared, durante.... ¡qué se yo cuánto tiempo! Lo cierto fué que mi imajinacion llegó algo cansada de su paseo, i como yo no juzgara prudente enviarla a rejiones desconocidas para ella i que mas fatiga le habian de causar, dejé la pluma i me fuí tan fresco i sin novedad como si nunca hubiera tenido tal idea de escribir.

Volvióme ésta con nueva fuerza a la hora del *far niente*, es decir, a eso de las dos de la tarde. Pero, ocurrióseme entónces una pregunta que me desconcertó sobremanera: "¿Sobre qué vas a escribir? ¿Será una descripcion, una novelita o leyenda, algun artículo de costumbres, una descripcion? ¿Qué diablos será?" I ahí me hubieras visto tú paseándome de un extremo a otro de la pieza, todo acongojado por no acertar con las respuesta. Decidíame tan pronto por uno de los dichos jéneros literarios i hasta fijaba los puntos que trataria; pero luego acudian a mi imajinacion una multitud de cosas que podria escribir si elijiera otro tema, i dejaba aquél i tomaba éste, i dejaba éste i tomaba otro i lo volvia a dejar i tornaba a tomarlo, de cuyas idas i venidas me resultó un dolor de cabeza tal, una confusion i un acalora-

miento que no hallaba santo a quién encomendarme. Estaba verdaderamente desesperado i firmemente resuelto a no quebrarme mas la cabeza por tan poca cosa, cuando hé aquí que se me presentó una idea que califiqué desde luego de felicísima i acertada.

"Estoi en el campo, me dije, ¿por qué no escribo sobre la vida que en él se lleva? No será mui nuevo el asunto, pero no está malo para principiar i voto a sanes que sí lo escribiré i tal i tan bueno que mal año para el maestro Leon." Tuve otra feliz ocurrencia. Recordé aquel pasaje de Cervantes en el cual expone que la amenidad de los campos, el murmurar de las fuentes i otras cosillas del propio jaez son eficacísimos remedios para curar la esterilidad de las musas, i como la mia adoleciera en alto grado de esa enfermedad, sin mas hablar, monté a caballo i, llevando yo recado de escribir, me dirijí a un bosquecillo algo apartado i que tenia cuanto pudiera desear un poeta. Habia un arroyuelo que, segun la jeneral costumbre, serpenteaba bajo la enramada de árboles altísimos i sin duda alguna seculares que daban fresca i agradable sombra; no escaseaban las enredaderas silvestres, i los besos que el céfiro daba a las florecillas del campo causaban envidia a los mortales. Hasta los pajarillos eran allí mas pintados que en otras partes i sus trinos i gorjeos semejaban a una música celeste. Verdad es que los tábanos, contrabajos de esa orquesta, solian andar demasiado solícitos alrededor de uno, pero eso no era nada, sobre todo si lo comparamos a las penas del infierno.

Salí, como llevo dicho, en direccion a ese sitio, contentísimo i casi sin pensar en el malhadado artículo, teniendo como tenia la seguridad de que allá me esperaba para soplármelo mi musa, cual otra ninfa Egeria. Como no me morí en el camino, ni el caballo dió conmigo en tierra, ni nada me aconteció, llegué al susodicho lugar. Extendí en la fresca yerba mi manta i en ella me recosté: saqué el lápiz i el papel, me arreglé lo mejor que pude i principié a pensar. Pero lo bueno fué que en vez de dedicarme al articulillo, voló mi imajinacion a donde estaba la niña de mis ojos, la mitad de mi alma, la luz de mi vida, mi ánjel tutelar, mi esperanza, mi amor, mi dicha, mi encanto.... (dispensa, chico, este arrebato propio de la edad i de mi ardoroso corazon) i principio a hacer actos de fé i de esperanza a mas i mejor. Comencé luego a imajinarme lo feliz que seria si en vez de estar solo en tan agradable sitio *la* tuviera por compañera. ¡Cómo admiraria entónces las maravillosas obras de la naturaleza! Anduvo buen trecho mi imajinacion por este camino i entregábame yo tranquilo a estas reflexiones, confiando en que mi musa solo esperaba una señal mia para dar a luz cosas que habian de ser la admiracion del mundo.

No sin que me costara algun trabajo, aparté mis pensamien-

tos de donde puestos los tenia; tomé con mano firme el lápiz, recojíme interiormente, puse cara séria i.... así mismo me quedé. En mi cabeza andaban en confusa aglomeracion multitud de ideas, a mi parecer magníficas; pero no hallaba cómo desenredarlas unas de otras, ni veia por donde dar principio al artículo. Rascábame a dos manos la cabeza i la barba, con inminente peligro de las espinillas que a los años que cuento adornan la cara, i hasta arranqué una asaz deforme que en mi nariz se habia levantado a modo de tienda de campaña, por lo cual manó sangre de mi rostro varonil; i así, cuando llegue a ser gran literato podré, sin faltar a la verdad, decir a los chicuelos que se desanimen en su primeros ensayos literarios, que mis primeros artículos me costaron sangre.

Luego me principió aquel dolor de cabeza de que ya he hecho mencion i principié a confundirme que no habia mas que pedir; ya ni paraba mientes en la amenidad del sitio i hasta creí que mucho mejor me veria en mi pieza, con muchas ménos distracciones, pues casi no las tendria volviendo hácia la pared el retrato que ya conoces.

Miéntras tanto el sol venia de bajada i mi musa mostrábase tan ingrata que a ratos creia yo que su enfermedad era incurable. Pero, aun no desesperaba: me armé de paciencia i comencé a dibujar figuras humanas, castillos feudales i paisajes campestres en el papel, i escribia cualquier cosa para hacer buena letra. Ni por esas. "¡Con quinientos mil demonios a caballo! Musa infernal que no celeste, ¿por qué te muestras sorda a mis súplicas? En fin, llévete...." i tiré con rabia el papel i el lápiz, busqué mi cabalgadura, recojí el lápiz i el papel, lleno de enojo, como si tuvieran ellos la culpa, i tomé el camino de mi casa, desechando la idea de escribir, como si se tratara de algun mal pensamiento. Pero ni aun eso podia. Ocurríanseme ahora multitud de cosas que a cada instante me obligaban a echar mano del lápiz; mas, apénas tenia como dejar constancia de mis ideas, evaporábanse éstas como por encanto.

"I esos que escriben libros ¿cómo se las compondrán? decia yo. No me creo un bestia i por iguales circunstancias deben de pasar cuántos traten de manejar la pluma. ¡Oh! El principio es el que cuesta. Si tuviera la primera frase ya veria cómo volaba mi pluma i cómo se ponian en órden mis ideas!" I llegaba a figurarme esta bendita primera frase como la compuerta que una vez levantada deja pasar borbotones de agua.

Con estas reflexiones llegué a casa, con ellas comí i sin que ellas me dejaran acabé de comer.

I hé aquí que la tarde se me presentó tan llena de tristeza, que me dieron grandes deseos de escribir sobre ella. "Vean, dije yo, *una tarde de verano*. ¡Magnífico tema! Por él me decido. ¡Adios *vida del campo!*" I entónces principió en mi interior una lucha

tan tenaz entre esos dos temas, que me la comparé a la lucha del bien con el mal.

En lo mas reñido de la pelea, la luna, llena entónces, asomó su redonda faz i venia tan hermosa, tan melancólica, que dije con toda cortesía a entrambos combatientes: "Váyanse a terminar la contienda a otra parte que yo me quedo con mi señora la luna. *¡Reflexiones en una noche de luna!* ¿Cómo no se me habia ocurrido tema tan fecundo?" I dicho i hecho, me planté en el medio del patio a contemplar el astro de los amantes i ver qué se me ocurria. Inútil me parece advertirte que lo primero que en el dicho astro ví fué a *ella;* pero a fuerza i fuerza conseguí hacerla un lado para que no me distrajera; i me puse a mirar la luna con aire tan sentimental i tan romántico que era de verlo, i principiaron a ocurrírseme unas cosas tan extravagantes, tan melancólicas que ya veia llorando arroyos a cuantos leyeran mi artículo. Mi imajinacion se vió trasportada a un mundo sobrenatural: ya eran ninfas, ondinas, náyades, sílfides vaporosas, envueltas en nubes de gasa i cuyos rostros parecian llenos de una ternura indecible i de inexplicables deseos: no trataba, empero, de fijarme mucho en sus caras porque luego las encontraba parecidas a las de mi ánjel; ya eran escenas de tranquilidad i de paz; ya era algun tropel de difuntos envueltos en largos sudarios que venian a preguntarme qué diablos hacia ahí i luego despues, como verderos esqueletos de leyendas i cuentos, poníanse a bailar, lanzando estridentes carcajadas. Me creia un Heine o un Hoffmann.

Hacia rato que en mi éxtasis estaba cuando principiaron mis ideas a embrollarse de tal modo que no les encontraba piés ni cabeza. Sin embargo, a fuerza de trabajo conseguí ponerlas en cierto órden i me dirijí a mi cuarto para escribirlas inmediatamente. Prendo un fósforo, enciendo vela i a su prosaica luz principian a huir mas que de prisa mis fantasmas; consigo sujetar a unos pocos, me siento i.... ¡escribo! Lo que oyes: ¡escribo!

¡Qué caprichosas fantasías! ¡Qué pensamientos tan sublimes! ¡Qué terribles visiones! ¡Qué creaciones tan encantadoras! ¡Adelante!

Era ya mui avanzada la noche cuando me eché a la cama, i en sueños me acudieron una porcion de magníficas i brillantes ideas, de las cuales me fué imposible acordarme al dia siguiente, apesar de los desesperados esfuerzos que para ello hice. Me levanto i lleno de ansiedad corro a ver lo que habia escrito.

Dios mio, ¡qué disparates! ¡qué tonteras! ¿Estaria loco?

Lleno de rabia i desaliento despedacé esos papeles llenos de necedades i los arrojé léjos.

Durante tres dias me sucedieron mas o ménos las mismas cosas. Por último me decidí a escribir un cuentecito que me refirió un viejo del lugar. No te imajinas cuánto me costó principiarlo; pero al fin vencí, la narracion quedó terminada i ahí te la envio

para que me la veas i me digas lo mucho que sin duda contendrá de malo.

De buena gana te contara, amigo mio, la alegría que tuve al ver el feliz fin de mi obra, los numerosos castillos que sobre ella edifiqué, el aliento que infundió en mi ánimo abatido; pero, sobrado larga va ya esta carta i aquí concluyo.

Si ves a mi ánjel, dale unas tres miradas a mi nombre, pero con gran cautela de tu propio corazon, i recibe en medio de las narices una bofetada de tu

R.

Espero que a mi amigo no le ofenderá la publicacion de a carta anterior i si se enoja le echaré, por vía de satisfaccion, una carga de hojas, i una de sal si se vuelve a enojar.

Santiago, abril 10 de 1877.

Pedro N. CRUZ.

LINDOS VERSOS.

Las siguientes composiciones son debidas a la inspiracion de una niña de dieziseis años. Aunque su forma diste mucho de la perfeccion, dominan en ellas la ternura, la delicadeza i la dulce melancolía de los primeros sueños de la vida. De propósito no hemos querido variar en estos versos una palabra sola: son flores del campo que es preciso no ajar, brotes espontáneos de una intelijencia i una sensibilidad precoz que por su expresion candorosa se defienden por sí de las heladas majaderías del crítico.

Entendemos que la señorita Ana Cabezon i Villarino no ha publicado ántes nada para el público. Talvez nosotros cometemos una indiscrecion dando a luz estos versos, que sin duda le conquistarán muchos aplausos. Si es así, rogamos a la jóven poetisa nos lo perdone.

EL PICAFLOR I EL ROSAL.

EL PICAFLOR.

¡Qué dulzura, qué pureza
Hai entre tus blancas rosas!
¡Quién gozara la belleza
De tus flores tan hermosas!

De tus rosas la miel pura
Déjame ansioso libar,
Para encontrar la ventura
Que solo en tí puedo hallar.

Embriagadora es la esencia
Que aspiro yo desde léjos,
¡I qué preciosa existencia
Les da el sol con sus reflejos!

EL ROSAL.

Es verdad que son divinas
Mis frescas, mis bellas rosas,
¡Pero tambien tengo espinas,
I éstas nunca son hermosas!

Si te enamoras de mí
Será mas triste tu suerte,
Que tu fatal frenesí
Te dará, incauto, la muerte.

¡Hai flores en estos valles
Que pueden darte placer,
Sin que en sus cálices halles
La espina del padecer!....

EL PICAFLOR.

Nó: yo no quiero esas flores,
Yo quiero las de tu seno;
¡Quiero gozar tus amores
I morir con tu veneno!

Permite libe una rosa
I sabré alegre morir;
Sin probar su miel sabrosa
¿Cómo podria vivir?

EL ROSAL.

Tú por gozar de mis flores
Quieres morir en mi seno;
Yo no quiero darte amores
Unidos a mi veneno.

EL PICAFLOR.

Yo no tengo ningun nido
Donde poder descansar;
¿Nunca en tí, rosal querido,
Me permitirás posar?

Yo quiero en tus ramas bellas
Hallar mi tumba entre rosas;
¡Viviendo i muriendo en ellas
Vida i muerte son preciosas!

Esas rosas peregrinas,
Que de tí veo brotar,
Sus aromas, sus espinas,
Ansioso quiero probar.

EL ROSAL.

¡Oh, Picaflor inocente,
Por el placer de un momento
Ven, triste, inclina la frente
Al mas agudo tormento!

Si mis espinas odiosas
Las hubieras visto bellas,
Dirias: talvez hai rosas
Ocultas debajo de ellas.

I si viste peregrinas
Las rosas que puras llamas,
¿Por qué no dijiste: espinas
Debe haber en esas ramas?

EL PICAFLOR.

He gozado ya la esencia
De tus rosas puras, bellas.
Si recuerdas mi existencia
Dirás: murió; mas, ¡con ellas!

¡Harto caro me ha costado
Aprender que en este mundo
De cada placer al lado
Existe un dolor profundo!

PABLO I VIRJINIA.

Nacieron juntas dos hermosas flores:
¡Parecia su dicha sin ocaso!
Dióles el cielo májicos colores,
I el amor las unió con tierno lazo.

Juntas crecieron i la brisa pura
La esencia confundió de su corola,
I las unió con tan feliz ternura
Que hizo de dos una existencia sola.

Sus tallos, inclinados hácia el suelo,
Con íntima ternura se enlazaban,
I tenian por techo un mismo cielo,
A cuyo sol sus dichas le contaban.

El mismo arroyo, manso i cristalino,
Les brindaba frescor; la misma luna
Alumbraba su plácido destino,
I gozaba mirando su fortuna.

En torno suyo, al asomar el dia,
Entonaba la alondra sus amores,
I el ruiseñor cantaba su alegría
Inspirado en la esencia de las flores.

Así vivieron ¡ai! mas su ventura
Al término llegó de su grandeza;
I lo que fuera ayer dicha i dulzura,
Hoi solo es luto i funeral tristeza.

Hoi la brisa, llorando sus amores,
Dice, en el triste bosque en que nacieron:
"¡Eran Pablo i Virjinia esas dos flores
Que, viviendo de amor, de amor murieron!"

A LA MEMORIA DE MI MADRE.

Si a tu lado feliz, como otros dias,
Gozara yo de tí.... ¡Ah! si un momento
Te pudiera contar mis agonías,
No fuera tan amargo mi tormento!

Si mis ojos, bañados por el llanto,
Como un sol vieran tu mirada ardiente,
Si escuchara tu voz en mi quebranto,
Si imprimieras un ósculo en mi frente;

Si pudiera en la noche misteriosa,
En tu morada, hoi triste i solitaria,
De hinojos junto a tí, madre piadosa,
Elevar a los cielos mi plegaria;

Si mi frente, tan pronto marchitada
Por la pena de amarte i de no verte,
Hoi pudiera en tu seno reclinada
Resistir los caprichos de la suerte,

No vendria a turbar mi triste calma
El recuerdo inmortal de tus amores,
Amores ¡ai! que son para mi alma
Como el agua i el sol para las flores.

Así como en la fuente silenciosa
Su claridad reflejan las estrellas,
Como la brisa amante i cariñosa
Guarda el perfume de las flores bellas,

Guardo yo las memorias de tu vida;
I recordando absorta tus bondades,
¡Ai! madre, soi un ave que perdida
Vive en medio de tristes soledades!

EL ULTIMO SUSPIRO DE UNA FLOR.

A la orilla de una fuente
Quiso una planta brotar;
I en el agua trasparente
Triste inclinaba la frente
Una flor que iba a espirar.

Era de noche; una estrella
Esta agonía alumbraba,
Derramando su luz bella;
Mas, sintió la flor aquella
Que su vida se exhalaba.

I dijo la flor hermosa,
Con dulce i tierno jemido:
"¡Antes feliz i graciosa,
Tan fragante, tan preciosa,
Mas, hoi todo lo he perdido!

"Esta fuente que a mis ojos
Veo abrirse tan hermosa
Recojerá mis despojos,
I cubriendo mis abrojos
Serán sus aguas mi fosa.

"Si una flor del valle ameno
Sabe con amor guardar
En su bello i puro seno
El ¡ai! de amargura lleno
Que exhale yo al espirar,

"Entónces no moriré;
¡Impregnándose en su esencia
El suspiro que yo dé,
Aunque muerta, allí estaré
Confundida en su existencia!"

¡Dice i su cáliz ya muerto
Triste un suspiró exhaló,
I allí en el valle desierto,
De otra flor el seno abierto
El suspiro recojió!

A UN PENSAMIENTO.

Flor que en el pensil florido
Te ostentas bella i lozana,
Tu cáliz oscurecido
¿Acaso se encuentra herido
Por la tempestad temprana?

Ese color misterioso,
Que tu cáliz deja ver,
No es un sello doloroso,
Es un color que amoroso
Da consuelos i placer.

El sol, al nacer, colora
Tus hojas, ¡oh bella flor!
Tú consuelas al que llora,
I el seno que te atesora
Halla alivio en su dolor.

Si a veces, bello i fragante,
De tu planta te separa
Algun corazon amante,
En un seno palpitante
Un trono se te prepara.

Un misterio es tu color,
I son misterios tus galas,
I es misterioso el olor
Que, dulce, cual el amor,
De tus pétalos exhalas.

¡Naces modesto, oloroso,
I vives en dulce calma,
Como nace candoroso
Un pensamiento amoroso
Allá en el fondo del alma!

ANA CABEZON I VILLARINO.

VARIEDADES.

EL SONETO.

Así como la novela pasa por *fácil*, el soneto pasa por *difícil*, opinion tan poco razonada como la otra: tanto valdria decir que es mas difícil producir peras que manzanas: lo será para un manzano, mas no para un peral. Lo único que hai de cierto es que el número de los sonetos perfectos es mui corto; pero no hai para que añadir que lo propio sucede con todas las demas clases de composiciones. Tambien es verdad que los defectos resaltan mas en el soneto, a causa de su forma reducida, concreta i elegante como la de una copla florentina: el menor lunar le desluce. No recuerdo ningun soneto perfecto en castellano: probablemente tampoco lo habrá en ninguna otra lengua, porque la perfeccion no es de este mundo; pero tenemos algunos que se acercan mucho a ella. Tal es el famoso de Arjensola, que empieza:

Imájen espantosa de la muerte,

en el que los retóricos encuentran vicioso el segundo verso; tal el otro de Góngora, tan conocido, que empieza:

Llevó tras sí los pámpanos octubre....

Hai un soneto al *Sol*, produccion no mui conocida, de un poeta mediano, don Dionisio Solís, que termina con dos tercetos de lo mas hermoso que puede verse. Dice así:

Sigue ¡oh sol! esa espléndida carrera
Que el dedo te señala omnipotente
Al asomar por las etéreas cumbres,

I tu increado Autor piadoso quiera
Que desde Oriente a Ocaso, eternamente,
Pueblos felices en tu curso alumbres!

Los mas bellos sonetos conocidos son los del Petrarca. Un moderno poeta frances, M. Augusto Barbier, el célebre autor de los *Yambos*, ha escrito algunos que me parecen admirables: el ti-

tulado *Rafael* es una verdadera joya. Entre los nuestros modernos, creo que merecen la preferencia los de don Alberto Lista. Uno hai bellísimo a *Una Fuente*, del difunto Floran, que encontrará el lector en el artículo *Necrópolis*, páj. 270. En el jénero burlesco tenemos algunos de mucho mérito: el de Quevedo a *Un narigudo*, que empieza:

Erase un hombre a una nariz pegado

es acaso el mejor de ellos; pero tiene el defecto de que el primer verso lo dice todo; los siguientes no hacen mas que atenuar la portentosa hipérbole del citado verso.

El soneto es el jénero de composicion que mas convida a vencer la dificultad de los *piés forzados:* pasatiempo pueril sin duda, pero en el que algunos de nuestros poetas han hecho primores. Véase aquí uno improvisado a mi vista i en mi propia casa, por Ventura de la Vega: considérense los piés forzados i el asunto que le dimos, conociendo sus ya probadas fuerzas, i dígase si es posible vencer con mas injenio dificultades casi invencibles:

A LEONIDAS.

Jerjes dijo a su auriga: Pára, *chacho;*
I descendiendo del ebúrneo *coche*
Vió a los Persas matando a *trochemoche*,
Hacer con los trescientos un *gazpacho.*

Vió a Leonidas i dijo: Ese *borracho*
No vió que su valor se iba a hacer *noche*,
Que iba a sufrir un bárbaro *desmoche*....
Vamos, calaveradas de *muchacho.*

¡Leonidas infeliz! hambriento *chucho*
Devoró luego su sangrienta *chicha*,
I en este siglo mercantil, *machucho*,

Solo se ve su busto en una *ficha*,
Con su retrato se hace un *cucurucho*,
O se envuelve una libra de *salchicha.*

Otros no ménos injeniosos podria citar de Breton de los Herreros, de Escosura, del duque de Rivas i de nuestros principales poetas contemporáneos, pero ¿a qué fin? Harto sabido es que para las cosas inútiles i tambien para algunas útiles, justo es decirlo, somos extremados los españoles.

EL ROMANCE.

Romance es el nombre que se da en jeneral a las lenguas que se fueron formando derivadas del latin corrompido, despues de la invasion de los bárbaros del Norte en las diferentes provincias del imperio romano: de aquí su nombre de lenguas romanas con que igualmente se las designa. Romance es, pues, el habla castellana, el lenguaje usual i corriente

En el cual suele el pueblo fablar a su vecino,

segun la conocida expresion de nuestro arcipreste de Hita.

Hoi se da mas comunmente el nombre de *romance* a un jénero de composicion poética de índole popular, en el cual poseemos los españoles admirables riquezas literarias. El romance es de varias maneras, i comporta todas las medidas de versos; admite igualmente todos los tonos de la poesía, i únicamente excluye la rima o consonante: de aquí el carácter esencialmente popular que se le atribuye i que le he dado mas arriba, por cuanto la falta del consonante supone cierta ausencia de estudio literario propia de las composiciones populares. No hai para qué decir que esta regla no es de una verdad absoluta; composiciones desnudas de toda rima pueden ser mui literarias, i cabalmente el llamado *verso blanco* pasa por uno de los mas difíciles. La razon es sencilla: cuanto ménos recursos tiene el poeta a mano para halagar el oido con artificios eufónicos, mas necesita suplirlos con la riqueza de los pensamientos i la armonía i el vigor de la entonacion.

La medida mas comun del romance vulgar es la de ocho sílabas (romance octosílabo) alternando la rima asonante al fin de todos los versos pares. Esta disposicion indica su oríjen, que no es otro, al decir de los conocedores de la lengua i literatura árabes, que el haberse dividido en dos los versos de dieziseis sílabas, imitados de los monorimos de la misma medida que se usaban en aquella lengua: de ello nos presentan numerosos ejemplos nuestras antiguas poesías, tales como el poeta del *Cid*, el de *Alejandro*, i las del ya citado arcipreste de Hita. El romance heróico es, como indica su nombre, el que trata de asuntos levantados, pero con la circunstancia de que los versos han de ser endecasílabos: es el que jeneralmente se emplea en la trajedia. Son modelos del jénero los de la *Raquel* de Huerta, el *Pelayo* de Quintana, i el *Oscar* de don Juan Nicasio Gallego.

Ya he dicho que el romance es nuestra gran riqueza literaria: no es decible el encanto que ofrecen esas largas leyendas antiguas del *Cid*, de los *Caballeros de la tabla redonda*, de *Moros i Cris-*

tianos i de todo linaje de asuntos históricos, caballerescos, pastoriles, etc., que llenan nuestros numerosos romanceros. Las mas de esas preciosidades literarias son anónimas; puede decirse que su autor es el pueblo español. Producto espontáneo i robusto de nuestro espíritu nacional, de nuestras creencias i hasta de nuestras preocupaciones, no es posible dar un paso en el estudio de nuestra historia sin tropezar con ellos. Lo mismo, hasta cierto punto, puede decirse de nuestro teatro.

He hablado del *asonante:* es este una rima imperfecta que consiste en la igualdad de las vocales desde la última acentuada, prescindiendo de las consonantes. Mucho se ha discutido si el asonante es un primor o un pobre i grosero artificio: vana cuestion. Indudablemente produce mucho encanto en el oido de los españoles, i por consiguiente es para ellos mui bueno; los pueblos insensibles a esa vaga melodía deben encontrarle mui malo. Estoi mui léjos de considerarle un primor; con decir que es una rima imperfecta, dicho se está que en su oríjen fué una desviacion del buen gusto literario, i con efecto, se le encuentra en todas las lenguas derivadas del latin, i aun en el mismo latin bárbaro de los tiempos medios; pero el hecho de haberse perpetuado únicamente en España prueba una cosa en mi sentir, i es que el pueblo cuyo oido es el mas delicado, el mas sensible aun a las armonías mas ténues i fujitivas, es sin duda el español. La mas pequeña infraccion de las reglas del asonante ofende a nuestro público aun el mas inculto, al paso que los extranjeros, conocedores de nuestra lengua, rarísima vez alcanzan a percibir la sensacion de agrado o de disgusto que produce en nosotros segun se emplea, oportuna o inoportunamente; pues es de notar que hasta en la prosa nos ofende la cansada repeticion de vocablos asonantados. Ni en italiano ni en frances conocen este escollo los escritores en prosa.

LA AMABILIDAD.

La amabilidad es la moneda falsa de la bondad. Pongamos un ejemplo.

Un hombre *amable* dará la mano a una señora para hacerla pasar desde un sofá al piano, o le presentará el brazo derecho mui arqueado para bajar unos cuantos escalones, que un niño de tres años podria bajar solo sin cuidado; i se precipitará mas o ménos, i le faltará tiempo para adelantarse a los demas en tan útil servicio, segun sea mayor o menor el grado de su amabilidad; pero, *si no es mas que amable*, cuando vea a esa misma señora en un verdadero peligro, del cual pudiera talvez sacarla con su

auxilio, estará en su derecho alejándose de ella sin pudor: ni aun siquiera necesitará hacerse el distraido. Su oficio de *hombre amable* no le obliga a mas.

Un hombre bondadoso o *bueno*, pero que no es mas que bueno, hará exactamente lo contrario: no se precipitará a dar la mano o el brazo, ni los dará talvez; pero se podrá contar con él en un trance apurado. ¿Quién duda que esto vale mas que lo otro? Convengamos, sin embargo, en que la bondad recibe todo su realce cuando va acompañada de la *amabilidad*.

EUJENIO DE OCHOA.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

ADRIANO SCARPETTA.

Nació en Palmira (Estado del Cauca) en la tercera década del presente siglo.

Ha sido colaborador de muchos periódicos literarios i actualmente es redactor de los ECOS DEL VALLE, publicacion literaria que aparece en Palmira.

Ha escrito i dado a la prensa las siguientes obras:

Poesías de Adriano Scarpetta. Segunda edicion, notablemente correjida i aumentada por el autor. Bogotá. 1871. Imprenta de Nicolas Ponton i Compañía.

Julia, por Adriano Scarpetta. Palmira. Imprenta de Teodoro Materon. 1871.

Eva, novela caucana, por Adriano Scarpetta. Buga. Imprenta del autor. 1873.

El cadalso no deshonra—inmortaliza, drama en dos actos i en prosa, por Adriano Scarpetta. Medellin. 1864.

ISIDORO LAVERDE A.

SOBRE LA LECTURA DE LOS CLASICOS.

Señor Don Enrique Nercasseau Moran.

Querido amigo:

¡En duro aprieto me ha puesto Ud. con su empeño de que escriba, para el aniversario de la muerte de Cervantes, un artículo que, de cerca o de léjos, se relacione con la vida o las obras del inmortal autor del *Injenioso Hidalgo!* Recia cosa es, efectivamente, amigo mio, para quien como yo, mas por obligacion que de grado, pasa la vida en este oficio del periodismo, *donde toda incomodidad tiene su asiento i donde todo triste ruido hace su habitacion*, donde toda flor de estilo se marchita i donde halla tumba abierta toda imajinacion triscadora, verse obligado a abrir un paréntesis a deshora, para solazarse en él, sabrosamente platicando, de cerca o de léjos, con quien de seguro, si resucitara, no trataria mejor las efímeras hojas que borroneamos dia a dia, de lo que fueron por el cura i por el barbero su compadre *Las Sergas de Espladian*, *don Florismarte de Hircania* i casi todos los demas libros becerros que formaban la librería del señor don Quijote.

No recuerdo quién ha escrito que a haber vivido San Pablo en este siglo, habria sido diarista. Yo lo creo; pero muchos preguntarán: A haber sido diarista San Pablo, ¿lo tendríamos hoi sobre los altares? Sin duda, i mas alto talvez, digo yo. Otros dirán: ¡imposible!—segun la idea que se tienen formada de la santidad i de los santos. Se imajinan que los santos todos han de haber sido hombres de esos que hoi llamamos buenazos, incapaces de mirar a nadie a los ojos, siempre con el paso corto, con la cabeza inclinada sobre el pecho, con los brazos cruzados, hablando pasito, encontrando razon a todo el mundo i siendo por todos en retorno tenidos, acatados i alabados por santos. ¡Válgame Dios! ¡i qué errados que van los que así piensan! ¡I cuán poca correspondencia guarda la historia con ese ideal de algunas almas piado-

sas! Es cierto que una que otra vida de santo lo realiza; pero ¡cuántas, en cambio, nos muestran a los héroes cristianos, trabajando, luchando, contradiciendo, defendiéndose i hasta oponiendo el sarcasmo a las calumnias de sus calumniadores! Pongo por ejemplo San Jerónimo: ¡con qué varonil enerjía, con qué santa libertad, con qué extremado desden desvanece las torpes acusaciones de sus detractores! ¿Es que en las cartas en que hizo eso la altivez del romano se sobrepuso a la humildad del cristiano? Nó, a nuestro juicio; es que tambien hai una noble altivez, que mas que romana es humana, i que el cristianismo no condena.

No sé si Ud. será de mi opinion; pero si sé que ha preguntarme, Ud. tan respetuoso de las reglas de la composicion literaria: ¿Por qué da Ud. una vela a San Jerónimo en este entierro? Se trata, no hai que echarlo en olvido, de escribir un artículo o cosa parecida que de cerca o de léjos se relacione con Cervantes.

—Estoi, amigo, i procuraré explicarme i disculparme. Yo digo que es recio empeño el suyo, porque no son mis manos, encallecidas en el manejo del hacha de abordaje, propias para ocuparse en fililíes literarios. Digo mas: que si tornase al mundo el ilustre manco de Lepanto, habia de hacer pucheros de risa viéndome en el empeño en que me encuentro, aunque forzado, torno a advertirlo para descargo de mi conciencia. Porque tengo para mí que Cervantes no habria sido periodista, digo si Su Majestad hubiese dispuesto echarlo al mundo en este siglo de las luces. Tan cierto estoi de eso, como de que el ilustre solitario de Belen, si viviera, en vez de haberse ido a confinar en una cueva de la Tierra Santa, habria escojido para hacer penitencia la oficina de algun diario. Lo que quiere decir, hablando mas desembozadamente, que hai que proceder con discrecion al estudiar a los grandes escritores de los siglos pasados i al elejir entre ellos modelos de estilo apropiados a nuestra época i a nuestras peculiares tareas.

Entrar por la ventana no es, lo reconozco, un procedimiento que merezca la aprobacion de Quintiliano, de Horacio, de Boileau o de Hermosilla; pero yo le confieso a Ud. con franqueza que hai en entrar por la ventana un placer delicado, aunque sea a nuestra propia casa, i aunque la puerta de ésta se encuentre de par en par abierta. Licurgo, lejislador de Esparta, debió de ser de mi opinion. Ud. sabe que estableció en sus leyes la singular costumbre de que el hombre se robase, no a su querida, ni a su novia siquiera, sino a su propia mujer. ¡Robarse a su mujer! ¡Ser robada una mujer por su marido! ¡Singulares ocurrencias de un hombre que es tachado sin embargo de bárbaro i grosero!

Sea de ello lo que fuere, estoi ya adentro i en aptitud de plantear un problema cuya solucion acertada nos interesa a todos los aficionados a escribir. La mayor parte de nuestros profesores de Gramática i de Retórica, para quienes los clásicos españoles son

verdaderos mitos, cuando hacen mas en su obsequio se contentan con elojiarlos en conjunto o con recomendar tambien en jeneral, sin ninguna regla o indicacion precisa, su atenta lectura. Movido el jóven por tales recomendaciones, se procura, segun sean sus recursos, o la biblioteca de Rivadeneira, o algunos volúmenes de ella;—pongo por caso los cuatro de las comedias de don Pedro Calderon de la Barca, los dos de las obras de don Francisco de Quevedo Villegas, los tres correspondiente a frai Luis de Granada i el único que contiene las de don Miguel de Cervantes Saavedra. Lo mas comun es que el jóven, despues de hojear, con la rapidez de una ardiente curiosidad todos los volúmenes que acaba de adquirir, los cierre i ponga en las tablas de su estante para no abrirlos mas. Los enredos de las comedias de Calderon le han causado vahidos, el estilo de Quevedo le parece sutil i conceptuoso en demasía, Granada camina con una lentitud desesperante, ademas de que las materias que trata no le inspiran el mas leve interes, de Cervantes, en fin, nada mas que el *Quijote* le parece lejible, i eso que para leerlo tiene que someterse al suplicio de recurrir cada dos o tres líneas al Diccionario de la lengua. Tales son, por lo comun, las relaciones de nuestra juventud con los clásicos de la lengua que hablamos.

Hai, sin embargo, unos pocos que, venciendo el fastidio, la oscuridad i las dificultades de todo jénero, perseveran, como movidos por un natural instinto, en el laboreo fatigoso de aquella mina de riquezas tan ponderadas, logrando hacer al fin algun bueno o regular alcance. La constancia con que trabajan es digna de aplauso; pero ¡cuánto no convendria alumbrar el sitio de las labores i decir a los diversos operarios: Aquí hai de todo en abundancia, pero no se halla todo revuelto i confundido! ¡Vayan por la izquierda los que busquen oro: la veta de plata está hácia la derecha; la de cobre se dirije hácia el Setentrion, i los que necesiten acero lo encontrarán por la parte del Mediodía!

Esta obra buena quisiera, no ejecutar aquí, que ella es superior a mis alcances, pero al ménos señalar a la competencia de los doctos. El mal que indico es grave; por experiencia propia lo conozco. Un dia dije en mis adentros: Si el toque está en imitar a Cervantes, manos a la obra; i a la obra me puse hasta adquirir el triste convencimiento de que si hai mucho que aprender en aquel insigne escritor, hai que tener tambien muchísimo cuidado para no tomar de él sino lo que es bueno i adaptable al gusto i a la manera de ser de nuestra sociedad. I lo que digo de Cervantes, dígolo tambien de los demas clásicos españoles, por mas que entre ellos pueda observarse una gran variedad de estilos. Sin salir de los que escribieron en el siglo de oro i sobre asuntos análogos ¡qué diferencias de estilo entre *Las Moradas* de Santa Teresa, *Los Nombres de Cristo* de frai Luis de Leon i la *Subida al Monte Carmelo* de San Juan de la Cruz! Ateme Ud., si puede, *Las*

cuatro Pestes i las cuatro Fantasmas de don Francisco de Quevedo, con el *Guia de Pecadores* de frai Luis de Granada, o la *Política de Dios i Gobierno de Cristo*, de aquel mismo, con la *Idea de un Príncipe político cristiano* de Saavedra Fajardo, o con el *Tratado del Príncipe cristiano* del padre Rivadeneira! No prosigo por no fastidiar; pero pare Ud. la consideracion en las novelas de Cervantes, i dígame despues en qué se parece el estilo de ellas al de las que le precedieron i siguieron, desde la *Celestina* de Fernando de Rojas, o de quien sea, hasta los cuentos de doña María de Zayas?

De manera, pues, que despues de mirar por sus diferentes aspectos el punto que intento señalar al estudio de los aficionados, resulta, que aun cuando todos los clásicos son dignos de estudio, no todos son igualmente propios para servir de modelos a todos los que deseen perfeccionar su estilo o formarse uno, i que aun despues de elejidos los modelos mas adecuados a nuestras particulares tareas, no hemos de imitar lo bueno i lo malo, o siquiera todo lo bueno que en ellos admiramos.

No sé en que parte de su *Introduccion a la Vida Devota* dice San Francisco de Sales que la verdadera piedad es de condicion de las abejas que trasforman en miel cuantos jugos chupan de las plantas, hasta el mui amargo del tomillo. Hermosa comparacion, a cuya belleza no obsta el error de hecho en que se fundaba. Rectificándolo, digo yo que el discreto admirador de los clásicos debe hacer como aquellos insectos, esto es, repasar una a una prolijamente las plantas del jardin que ellos forman, para sacar con sutileza grande no solamente la miel de donde quiera que se encuentre, sino tambien la resina, el pólen i demas sustancias propias a la satisfaccion de sus necesidades. Si fuera posible, todos los clásicos debieran estudiarse, porque en todos hai de todo; pero como lo frecuente es que eso no sea posible, importa saber bien en qué abunda cada uno de ellos para no ir a buscar en los mas melosos la acre resina, ni en los mas resinosos el pólen fecundante.

Hai, como se ve, una clasificacion que intentar de los clásicos españoles, segun sus afinidades de estilo i segun su aptitud para servir de modelos a los que desean expresarse con propiedad, correccion i elegancia. Esta empresa es ardua, segun queda ya declarado, i vuelvo aquí a repetir que la considero superior a mis fuerzas. Me faltan el tiempo i el espacio, i aunque ni tiempo i espacio me faltasen, me faltaria la competencia. La vida de un hombre apénas bastaria para un mediano estudio nada mas que de los autores i obras que se contienen en la biblioteca de Rivadeneira: ¿i quién podria, aunque quisiera, consagrar su existencia a trabajo tan poco lucrativo? Sin embargo, otros mas fatigosos e ingratos se han ejecutado en todos los tiempos por los hombres de buena voluntad, i desde que la empresa es posible, con-

viene señalarla. Puede que se encuentre alguno a quien su misma dificultad aguijonée.

Lo dicho no debe, empero, causar a nadie desaliento, ya que el trabajo de clasificacion que indicamos no debe mirarse como un indispensable requisito para sacar provecho de la lectura de los clásicos de nuestra lengua. En todos ellos, en efecto, encontraríamos mucho que aprender si los leyésemos con el método i detencion debidos. De otra suerte los clásicos no serian tales. Todos ellos, por el hecho de serlos, i aparte de las jeniales cualidades de su estilo, pueden ayudarnos, en mayor o menor grado, a aumentar el caudal de voces que hayamos adquirido en el trato familiar i en los libros contemporáneos, a conocer la recta significacion i a veces tambien la verdadera etimolojía e historia de muchas voces, a habituarnos a la cadencia de la frase castiza, a connaturalizarnos con los jiros i modos de decir de los maestros, a evitar los barbarismos i solecismos de construccion i de vocablo, a adquirir, en suma, aquel fino gusto i delicado instinto literarios que solo es dable adquirir en la intimidad de los clásicos, esto es, de los escritores de una época en que parece que los hombres respiraban en la atmósfera el don de escribir galanamente.

Pienso detenerme un momento en la exposicion de esos frutos que pueden obtenerse de la atenta lectura de los clásicos, mas conviene explicar ántes el mejor modo de hacer esa lectura.

Ella no debe empezarse en la disposicion de espíritu en que iniciamos, verbi gracia, la de alguna novela de las llegadas por el último vapor, sino en la mas perfecta calma, léjos de toda curiosidad mujeril i de toda pueril impaciencia. Olvídese el que emprende la lectura de un clásico de que tiene otros libros en su estante i un rimero talvez de revistas sobre su escritorio, abstráigase de toda preocupacion material i de toda inquietud moral i, si puede, haga un esfuerzo para remontar mentalmente la corriente del tiempo i ponerse en situacion de los hombres que en el siglo XVI no tenian sino unos cuantos volúmenes para pasar las largas veladas que les imponian a una la pobreza, el despotismo i la desconfianza mutua. Una vez entonada así el alma i puesto el ánimo en su debido punto, tómese un buen Diccionario de la lengua, un lápiz i un libro en blanco. Creo haber leido en Bálmes el consejo de leer siempre las obras serias con lápiz en mano. Los clásicos no pueden leerse provechosamente de otra suerte.

¿I para qué el lápiz i el cuaderno en blanco? se me preguntará talvez. Sirven para anotar, tan clara i lacónicamente como se ocurra: 1.° los pasajes en que se condene alguno de nuestros vicios favoritos de lenguaje; 2.° aquellos en que ocurran palabras dignas de conservarse en la memoria, ya porque nos den el medio de evitar algun innelegante circunloquio, ya por correspon-

der a ideas o palabras de otros idiomas que ignorábamos cómo expresar en el nuestro, ya por cualquier otro motivo; 3.° las etimolojías curiosas; 4.° las diferencias delicadas entre voces que reputábamos sinónimas; 5.° aquellas sentencias, refranes, juegos de palabras, pensamientos, etc., que por cualquier motivo o para cualquier fin reputemos que pueden sernos útiles.

Solo quien haya experimentado las ventajas de proceder así comprenderá que no es trabajo perdido el que aconsejo, i que tan léjos de ser perdido, retorna muchas veces hasta ciento por uno.

Para que se comprendan mejor las indicaciones que preceden, voi a poner algunos ejemplos, copiándolos de mi cuaderno, que llamaré *auxiliar de la lectura de los clásicos.*

Porqueron.—Vocablo expresivo para nombrar con desprecio a los corchetes que andan a caza de personas a quienes sorprender en murmuracion contra los que mandan, para prenderlas.

"....pero tambien ha habido algunos de los mas principales señores del Reino que se han abatido a hacer oficio de *porqueron*es i de espías."—(Rivadeneira, *Cisma de Inglaterra*, páj. 335.)

Espejarse.—Vocablo anticuado ya, pero mui útil para evitar el circunloquio *mirarse al espejo.*

"....i finalmente procure (la mujer) de tenerle (al marido) en lugar de Dios i *espejarse* en él i mirarle como a sí mismo."—(Rivadeneira, *Tratado de la Tribulacion*, páj. 397.)

Empicotar.—Mejor que *poner en la picota*, único que usamos.

"No sé cómo no tienes noticia de la que *empicotaron* por hechicera."—(Trajicomedia de Calixto i Melibea, álias la *Celestina.)*

Porrada.—Equivalente a *necedad.*

"¡Maldito sea este necio i qué *porradas* dice!"—(Id., id.)

Guasca.—La que usan los jinetes para azotar el caballo es *látigo.*

"Yo tengo
Botas, i te las daré;
I espuelas i silla i freno
I *látigo*...."

(Moratin, *La Mojigata.*)

De coro.—Por *de memoria.*

"Ciento i tantas oraciones sabia *de coro.*"—(Hurtado de Mendoza, *Lazarillo de Tormes.*)

Haciente.—Convendria rehabilitar algunos sustantivos verbales en *ante* i *ente* que en lo antiguo se usaron para indicar la persona que ejecuta la accion del verbo.

"Considera que si aquí presente él estuviese respondiera que *hacientes i conscientes* merecen igual pena."—*(La Celestina.)*

"Señora, la fama de tu jentileza, de tus gracias i saber vuela tan alto por esta ciudad que no debes tener en mucho ser mas conocida que *conosciente*."—(Id.)

"El que su vida levanta
De la tierra
I a los vicios hace guerra,
Ese irá con los *gozantes*
De la iglesia verdadera."

(Gil Vicente, *Auto de moralidad.)*

"Ni las albercas i fuentes
Ni las aves *producientes*
De cantos tan consolables."

(Rodrigo de Cota, *Diálogo entre el Amor i un Viejo.)*

Estante.—Para indicar las cosas que no cambian de lugar; en muchos casos mejor que sedentario, fijo, etc. "....Contra la opresion de la agricultura i del ganado *estante*."—(Jovellanos, *Lei agraria.)* Lo contrario de *estante*, hablándose de ganados, es *trashumante*.

Desposanda.—Hermosa voz, anticuada malamente: la que ha de casarse, novia.

"E como entendiera en buscar la tredécima *desposanda*."—(J. E. de Hartzenbusch, *La Novia de Oro*, cuento en castellano antiguo.)

Véase sobre la pérdida que hemos hecho perdiendo los participios latinos en *us* i en *urus*, Clemencin, *Comentario al Quijote*, tom. I, páj. 75.

Hambrear.—Padecer hambre, útil para evitar el rodeo.

"....i volvieron a *hambrear* como solian."—(Quintana, *Vasco Nuñez de Balboa.)*

Contrafaccion.—Segun el *Diccionario de la Academia* es anticuado i eso en el sentido de infraccion, quebrantamiento.

Parece indispensable, sin embargo, para traducir el *contrefaçon*, frances i tambien el *contrefaction* id.

El *Diccionario Frances-Español* de Salvá dice *contrahacimiento*, que francamente nos suena mal.

"Del mismo año de 1812 aparecen dos ediciones de las cuales la una es probablemente *contrafaccion* de la otra," etc.—(Nota de don Buenaventura C. de Arribau a la *Escuela de los Maridos* de Moratin; edicion de Riv.)

Llantear.—Talvez convendria resucitarlo para denotar al que llora *con ruido*, i no solamente *con agua*, en lo que parece diferenciarse de *llorar*.

"Yo siempre *llanteo* e cramo
Que se suena que nuestro amo
Se quiere a las Francias ir."

(Juan de Encina, *Egloga.)*

Trigo en berza.—Entre nosotros *trigo en yerba.*

"De los perros, dice Alberto Magno, que cuando sienten en sí lombrices se curan comiendo el trigo *en berza.*"—(Granada, *Símbolo de la fé.)*

Agrio.—"Por *agrias* cuestas i escarpadas trochas."—(El duque de Rivas, *Moro Expósito.*)

Cojijoso.—"El que se queja por causas lijeras."—(Baralt, *Dic. Galic.*, voz *exijente.)*

Caretera.—Desde hoi que te he visto en el Refranero de Sbarbi, ¡adios *coquetas!*

Extremarse.—Es lo mismo que llegar al extremo, al cabo, al último punto, verbo bien formado i útil, aunque casi enteramente olvidado.

"Antes por *extremarme* en mi querella
Estar sin ella eternamente juro."

(Cervantes, *Quijote*, cap. XIV.)

Magüer.—Voz malamente anticuada, como lo son todas aquellas que hoi si se rehabilitasen nos servirian para evitar las frecuentísimas repeticiones del fastidioso *que.*

"....a fin de que en todos tiempos aparezca la sinrazon con que un fraile sin crianza, *magüer* de campanilla," etc.—(Puigblanch, *Opúsculos.)*

Tomajon.—El que toma con frecuencia i descaro.

"I con otras insolencias i lisonjas i ser alcahuetes adquieren estos *tomajones* al vestido, la gala, i el caballo prestadc para bizarrear una tarde."—(Quevedo.)

Collecteur.—El que recoje la limosna en una asamblea. Su propia traduccion castiza es *cuestador*, aunque el Diccionario no lo trae.

"....Santo i mui bueno
Cuando solo al socorro del mendigo
Del frio *cuestador* aspira el seno."

(Breton, *Desvergüenza.)*

Spleen.—Se dice en castellano, aunque familiarmente, *morriña.*

"I si te da la morriña
Que dura meses enteros."

(Moratin, *El viejo i la niña.)*

Nao.—"Algunas veces las muchas mercedes las hacen andar mas aniquiladas, que temen que como una *nav* que va mui demasiado cargada se va a lo hondo, no les acaezca ansí."—(Santa Teresa, *Moradas.)*

Don Modesto de la Fuente pone al pié de la pájina la siguiente nota:

"Así dice en el orijinal, nav, en vez de *nao* o sea *nave*. Frai Luis de Leon puso *nao* i así se continuó en todas las demas ediciones. Echase de ver que de *nave* se dijo *nav* i de *nav* se dijo *nao*."

Para mi intento basta i sobra. En efecto, se comprende qué coleccion tan variada i preciosa de noticias, de observaciones, de rectificaciones i de enseñanzas se ha de ir formando así poco a poco i casi sin notarlo, cuando se tiene fuerza de voluntad para perseverar en el método indicado durante algunos años i llenar de apuntes del jénero de los arriba trascritos algunos centenares de pájinas. Ese método es indispensable, sobre todo para los que no hemos recibido de Dios el don de una feliz memoria. Nuestro libro en blanco, verdadera alcancía literaria, se llena sin saber cómo i nuestra intelijencia experimenta un dia delante de los tesoros que ella misma se ha proporcionado, la agradable sorpresa del pobre que, despues de depositar durante muchos años sus economías en una Caja de ahorros, encuentra sus centavos trasformados en pesos, i sus pesos en bellos i relucientes cóndores.

Ni son solos esos frutos, que se van poco a poco depositando en la troj, los únicos que se adquieren en el comercio con los clásicos; que hai otros, de no menor precio, que vamos dia a dia i hora a hora consumiendo i asimilándonos.

La ánfora que ha contenido un jeneroso vino conserva, segun lo observó Horacio, durante mucho tiempo su fragancia: así, el hombre que frecuenta una sociedad tan escojida de injenios como la que forman los clásicos españoles, se asimilará, sin darse cuenta de ello talvez, pero seguramente, la elegancia de sus maneras, la pureza, la abundancia i la dignidad de su estilo.

La lectura de los maestros es el coronamiento indispensable del estudio de las reglas de los gramáticos i retóricos. Un cierto hábito del oido a la cadencia de la frase castiza, una vaga reminiscencia de la propia significacion de cada voz, un cierto dejo en el paladar literario de la construccion cervantina, i un ténue remusguillo del siglo de oro a la vez balsámico, hijiénico i desinfectante, valen muchísimo mas, para evitar las caidas i atinar con el verdadero camino, que todas las reglas juntas de los preceptistas. No las tachamos de supérfluas, pero sí quisiéramos que nadie las tomase por mas de lo que son: útiles auxiliares. Las reglas, por mas acertadas que sean, solo consiguen penetrar hasta la memoria. El gusto por el castizo estilo

que la lectura de los clásicos forma i perfecciona, es algo que se adhiere mas íntimamente a nuestro sér, algo que, una vez adquirido, ya no podríamos perder sin perder una parte de nuestra propia sustancia. Apelo al testimonio de quien desee hacer la prueba. Tome el lector un volúmen cualquiera de los maestros del idioma español, léalo en la forma que he recomendado i dígame si todo termina, una vez que le haya dado término, o si, por el contrario, cree sentir, cuando pone el oido a su interior, un suave concierto, un apacible ruido, una melodía delicada, en fin i para valernos de un verso de San Juan de la Cruz (horriblemente cacofónico para los retóricos, pero que a mí me suena a música del cielo):

Un no sé qué quedan balbuciendo.

Cuando me esfuerzo en descomponer ese *no se qué*, creo distinguir en él los elementos que ya tengo indicados.

Primeramente, un aumento i renovacion considerables del caudal de voces que nos ha proporcionado el trato familiar i la lectura de los diarios i libros contemporáneos. Merced a las adquisiciones que vamos haciendo, nos es posible satisfacer las exijencias, siempre crecientes tambien, del gusto en cuanto a la propiedad de las palabras. Si de ántes nos dábamos por satisfechos al encontrar una palabra que envolviese nuestra idea como con un tosco dominó, bastándonos, por consiguiente, unas cuantas de aquéllas para una multitud de éstas, despues, comprendiendo que la palabra debe ser a la idea como el vestido bien cortado al cuerpo, medio de exhibirlo decentemente en la verdad de sus formas características, i no disfraz, caricatura o envoltorio, necesitamos aumentar su caudal de suerte que no solamente no falten palabras para las ideas, sino que siempre encontremos a la mano, como dócil esclava, la palabra de la idea.

En segundo lugar, i como resultado de aquel primer beneficio, nos subministran tambien los clásicos luces sobre la etimolojía, las alteraciones sucesivas, acepciones propias i rejímenes correctos i elegantes de cada voz. Nos hacen penetrar en los secretos de la lengua, dándonos a conocer sus tribus, sus familias i sus individuos i quitando de nuestros ojos el velo que nos obligaba a andar a tientas, inciertos de nuestra via i temerosos de caer a cada paso. ¡Qué diferencia entre el que escribe sin otro guia que sus reglas, i el que escribe guiado por ese indefinible instinto que hacen nacer los clásicos! El primero nada como el niño que, sostenido por su salva-vidas, bracea i patalea sin avanzar un palmo: el segundo nada como el pez, sin fatiga, sin ruido, sin apoyarse en nada. El primero, aun manteniéndose a flote, se imajina muchas veces en el fondo, que es para él lo desconocido i terrible; el segundo, conocedor de todas las profundidades i de todos los

escollos ocultos, nada sin acordarse de ellos, i hasta cuando cautelosamente procura evitarlos, rodeándolos, lo sabe hacer con tanta naturalidad i gracia, que los espectadores lo aplauden figurándose que se solaza i gallardea.

Terceramente, se halla en el ejercicio que voi encareciendo el único preservativo seguro de la infeccion extranjera i especialmente galicana que aqueja a los paises de habla española. El *Diccionario* de Baralt, cuyo uso veo por fortuna jeneralizarse en Chile, es un excelente consultor a quien acudir en caso de pecado o de escrúpulo; pero ¡cuánto mas fácil es pecar sin sospecharlo en literatura que en moral! I de estas dolencias que nosotros mismos ignoramos ¿qué facultativo podria preservarnos? El mas sabio perderia su ciencia, i su solicitud el mas abnegado.

Sin embargo, lo que no puede hacer el médico, puede obtenerse de una constitucion robusta i de un acertado réjimen hijiénico. Miéntras nos atengamos a los diccionarios, los extranjerismos, cien veces espantados, volverán otras ciento, como las moscas. Solo refujiándose en la atmósfera sana, fortificante e insecticida que se respira entre los clásicos, es dable librarse de ellas para siempre. ¡Qué de veces, repasando lo que hemos escrito, no reconocemos con dolor haber dado en arrecifes o en bajíos marcados con tintas de colores en cartas de marear que nos sabemos de pe-a-pa! i lo que es mas admirable aún, en cartas que talvez nosotros mismos hemos dibujado! Fracasos tales, serian para desalentar a los mas animosos, si no supiéramos por experiencia que lo que no es dable conseguir con el paciente estudio de las cartas de marear, puede conseguirse con ese instinto maravilloso, verdadero don de adivinacion, que distingue a los prácticos de nuestros archipiélagos del Sur. ¿I qué otros medios de hacernos prácticos para navegar sin contratiempo en el vastísimo e intrincadísimo archipiélago de nuestra lengua, que recorrerlo sin cesar en todas direcciones, siguiendo la blanca estela que los clásicos dejaron en sus estrechos, golfos i canales?

Indicado ya el método, en mi concepto mas provechoso, que debe seguirse en la lectura de los grandes maestros de la lengua, i enumerados los mas notables frutos que de ella pueden obtenerse, réstame solamente poner en guardia al lector contra los peligros de un entusiasmo poco discreto i de un espíritu de imitacion ciego e inconsiderado.

Por regla jeneral, puede decirse que si todos los clásicos son dignos de estudiarse, ni aun los mas eminentes pueden imitarse, sin incurrir en afectacion e intolerable amaneramiento. Su estilo tiene cualidades que, correspondiendo al ideal inimitable de belleza, serán en todos los tiempos, en todos los paises i hasta en todos los idiomas, deben procurar poseer cuantos intenten escribir obras dignas de ser leidas por la posteridad. La claridad, la abundancia, la correccion, la naturalidad, el vigor, la armonía,

etc., son, en mayor o menor grado, desde Homero hasta el dia de hoi, como los caractéres distintivos de la raza de los grandes escritores.

Pero al lado de esas cualidades que caracterizan el estilo de los maestros, aparecen otras que pudieron ser, o condiciones de éxito feliz, o reflejos de la sociedad en medio de la cual vivian i para quien especialmente escribieron, i esas por de contado, en vez de imitarse, deben de ser cuidadosamente evitadas.

Fijando la consideracion en Cervantes, se ve que la principal cualidad de su estilo, no adaptable a la época presente, es la abundancia. "Apénas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha i espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, i apénas los pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habian saludado con dulce i melíflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido por las puertas i balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante i comenzó a caminar por el antiguo i conocido campo de Montiel (i era la verdad que por él caminaba); i añadió diciendo: ¡Dichosa edad i siglo dichoso aquél a donde saldrán a luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles i pintarse en tablas para memoria en lo futuro!"

¡Qué asombrosa grandilocuencia, qué raudal de bien escojidos calificativos! ¡Qué admirable naturalidad i qué calma para dejar correr la pluma a sus anchas por los floridos campos de una fantasía exuberante! ¡Imajine el lector con qué deleite no leerian i tornarian a leer períodos como el copiado, en secreto i en alta voz, los fuertes i ociosos hidalgos castellanos del siglo XVII! Con tiempo desocupado, con robustos pulmones el período trascrito no hai duda sería delicioso de leer. Pero hoi, que la costumbre de criticar i de analizar nos ha vuelto displicentes, hoi cuando, en vez de arrobarnos contemplando la brillante madeja que forman las doradas hebras de la abundante cabellera del rubicundo Apolo, nos damos un trabajo infinito en contar i describir, clasificar i fotografiar las manchas de su rostro; hoi cuando las reglas de la Gramática i las exijencias de un fino análisis impiden a la loca de la casa que cabriolée por miedo de que caiga; en este siglo, en fin, en que los héroes en vez de llevar cubiertos los pechos con ferrada coraza, los llevan forrados con emplastos antireumáticos, cuando noventa por ciento de los que leemos i escribimos somos anémicos, tísicos, asmáticos, dispépticos i verdaderas plagas vivientes; en este siglo, repetimos, tales períodos no pueden leerse ni respirarse siquiera. Su lectura pide mucho tiempo i muchísimo esfuerzo. Si el uso no los hubiera proscrito, la junta de sanidad no habria dejado de hacerlo.

En esta época del vapor i de la electricidad en todo nos gusta ir de prisa, porque tenemos el presentimiento de que hemos de concluir luego. La atencion se fatiga de seguir el desenvolvimiento de un mismo período al traves de mas de cuatro líneas. Nos fastidiamos de que se nos presente una série de sustantivos envueltos en sus adjetivos, como solemos rehusar las nueces por no darnos el trabajo de descascararlas. Ellos escribian con plumas de ave, blandas, sumisas, incapaces de rebelarse contra la mano que las oprimia, símbolos de la libertad de la fantasía; nosotros escribimos con plumas metálicas, duras, chillonas, taimadas a veces, símbolos de los gustos i de las exijencias de los tiempos. La pluma de ganso hacia compañía al escritor durante meses i durante años: veinte veces descompuesta, era otras tantas tajada i afilada por él; la pluma de acero, no mas feliz que el hombre del siglo XIX, sacada de la caja en que la metieron despues de fabricada, es sometida a un trabajo incesante i cruel, i una vez descompuesta, se arroja al cajon de la basura. Ellos leian a la luz de un velon de sebo, con las interrupciones que exijia su despabiladura frecuente, un libro cada año o cada seis meses; nosotros leemos, o mas exactamente, nos imajinamos que leemos, uno cada dia: el gas no necesita despabiladeras.

Dejo aparte la apreciacion del hecho i me limito a señalarlo, porque él puede indicar a los escritores o a los que aspiren a serlo los puntos en que no conviene imitar servilmente a los clásicos.

La atencion fatigada del público exije hoi del escritor como cualidades indispensables, la variedad, la claridad i la concision. Los que leen, esclavos casi siempre de sus quehaceres, juguetes de sus compromisos, quieren leer lo mas posible en el menor tiempo posible. Gustamos de los libros pequeños, de los capítulos breves, de los períodos cortos. Cualquier esfuerzo corporal o mental nos intimida. Cualquier alimento que no esté desmenuzado se nos atraganta; i si las cosas siguen como van, ántes de mucho grajeas serán nuestro único alimento, i píldoras la única forma en que los médicos receten sus remedios.

En los clásicos predomina el lirismo; en los buenos escritores contemporáneos el pictorismo. Ellos amplificaban sin peligro; nosotros debemos abreviar. Ellos eran como el sombrerero de Franklin, que queria poner sobre la puerta de su tienda un sombrero pintado i un letrero que dijese: *John Adams, hace i vende sombreros.* Nosotros debemos ser como el amigo que le aconsejó borrase la leyenda i dejase solamente el sombrero pintado. Los que llegan a nuestra hostería nos dicen que tienen hambre, que van de prisa i que carecen de dientes. Procuremos entónces darles con lijereza alimentos nutritivos i fáciles de masticar. Especiémoslos tambien fuertemente, porque aunque los pasajeros no lo digan, el uso de los estimulantes les ha embotado el gusto: ¡dolo-

rosas miserias que no debemos considerar con soberbia (¿quién podria arrojarles la primera piedra?) sino con el propósito de hacerlas algo mas llevaderas!

En suma, cuando hayamos obtenido de la lectura de los clásicos cuanto ellos pueden darnos, nos encontraremos en situacion de dar a los lectores de nuestra época cuanto es posible concederles. El toque no está en escribir, ni como Cervantes, ni como Granada, ni como Quevedo; está en escribir bien, esto es, correcta, castiza i elegantemente.

¿Quién puede saber cómo Cervantes, Granada o Quevedo escribirian si hoi vivieran? Una sola cosa sé yo i es que escribirian admirablemente, procurando satisfacer las exijiencias de los lectores contemporáneos; pero solo en cuanto esa satisfaccion no implicase el rechazo de las exijencias eternas del eterno ideal de belleza, única fuente en que han bebido su inmortalidad todos los inmortales de la república literaria.

Soi de Ud. afectuoso amigo i seguro servidor.

Santiago, marzo 29 de 1877.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

HERCULES I DEYANIRA.

CUENTO MITOLÓJICO.

A MI AMIGO CALISTO AVENDAÑO.

I.

En uno de los suntuosísimos salones del rejio i divino Alcázar, estaba Juno indolentemente recostada en un sofá; cabe ella ostentaba un pavo real su magnífico plumaje i recibia las caricias que le prodigaba su ama con mano distraida. El ceño del altivo i bello rostro de la reina del Olimpo manifestaba bien a

las claras que no eran mui halagüeñas las ideas que ocuparan su mente.

Una sacudida del hermoso pájaro la distrajo de sus reflexiones; incorporóse a medias i oprimió el boton de una campanilla eléctrica. Presentóse inmediatamente la sonrosada Hebe, quien, sin levantar la vista i desde el umbral de la puerta, aguardó las órdenes de su señora.

—¿Ha llegado Mercurio?

—A las habitaciones de S. M. el rei entró hace poco, contestó la jóven doncella, inclinándose respetuosa.

—Dile que venga al momento.

—Cabalmente hélo aquí que viene.

Un mancebo de jentil talle i apostura entró en ese instante. Llevaba sendas alas en los piés i dos mas en el casco, que en vez de sombrero tenia, i empuñaba, a manera de cetro, una varilla con dos serpientes entrelazadas. Era Mercurio, el mensajero de los dioses, i de tales arreos habia menester para desempeñar con prontitud su oficio. Dejó en una silla alas, casco i caduceo (así se llamaba la varilla) i despues de inclinarse por tres veces, allegóse a Juno e hincando una rodilla, le besó respetuosamente la mano.

—Siéntate, Mercurio, dijo la diosa sin cambiar de posicion. ¿Qué noticias traes del bastardo? Pensando en él estaba.

—Acaba de romper los amorosos lazos en que Onfale lo tenia aprisionado i ha salido de nuevo a recorrer el mundo.

—Eso no importa mucho. Hércules lleva en sí las violentas pasiones que le inspiró mi soplo para hacerlo despreciable, i ellas harán lo que no consiguieron los rudos trabajos ni las empresas peligrosas. He estudiado un poco el corazon humano, Mercurio, i regularmente el que con mas arrojo pelea con los enemigos exteriores es un gran cobarde llegado el caso de combatir con los que se anidan en su pecho. I, dime ¿cómo ha podido dejar a la reina Onfale?

—Abusó ella demasiado, majestad, del imperio que sobre Hércules tenia i a tal extremo llegó que le hizo vestir traje de mujer i el hijo de Júpiter ...

—¡Mercurio!

—Dispensadme, señora, fué un *lapsus linguæ*. I Hércules, decia, por complacer a Onfale no desdeñó trocar la maza por la rueca. Imposible me era contener la risa cuando, disfrazado de paje, ví a ese hombre jigantesco sentado en medio de las damas de honor i como ellas vestido, cortando un traje para asistir a unas fiestas. A ratos dejaba la costura i se abanicaba con exquisita coquetería. Volvian la cabeza las damas i Onfale para no disparar en risa; pero Hércules seguia como si tal cosa. En todos sus movimientos procuraba imitar la delicadeza i abandono propios del sexo femenino i hasta finjia la voz para mas ase-

mejársele. Sucedió, pues, que un príncipe fué a visitar a la reina en circunstancias que la acompañaba Hércules, i al verlo entróle al príncipe tan grande tentacion de risa que se vió en la necesidad de salirse fuera del aposento, i entre las carcajadas acertaba tan solo a decir: ¡Bonito el Hércules! ¡La niña Hércules!—Púsose éste al principio colorado hasta las orejas, despues pálido i levantándose lleno de ira echó mano a la maza, pero se encontró con un par de tijeras que colgaban de su ceñidor. Acordóse entónces quién era.—Yo tengo la culpa de que todo el mundo se ria de mí, exclamó rasgando furioso las vestiduras. ¡Vive Dios que todavía soi Hércules! ¡Mi maza! ¡Mi piel de leon!—Onfale, que nunca lo habia vista en tal estado, cae desmayada; Hércules, sin cuidarse de ella, buscó la piel que le servia de abrigo i su terrible maza (llenas una i otra de telarañas estaban en un oscuro rincon) i se lanzó fuera, ahuyentando con solo su aspecto a cuantos encontraba a su paso. Ahora vaga por lejanas tierras, abatido i lleno el corazon de tristeza.

—Es preciso mostrarle luego alguna persona que sea objeto de sus deseos. ¿Conoces, Mercurio, a alguna mujer hermosa que sea capaz de cautivarle i cuya adquisicion, si es posible, le presente algunos peligros?

—Delante de vos, señora, en nadie encuentro hermosura. ¿Quién al contemplar el sol....

—Mercurio, no quiero adulaciones. Bien me conozco, interrumpió Juno con finjida entereza, arreglándose un dorado rizo.

—Lo digo, bella reina, porque así lo siento, dijo Mercurio, señalándose con toda galantería el corazon.

Un romántico suspiro exhaló el pecho de Juno.

—¡Ojalá mi infiel esposo así pensara! En fin, continuó mas alegre i benévola, busca en tu memoria alguna impresion causada por un rostro mortal.

—Recuerdo.... sí ... eso es; me parece, hermosa Juno, (ésta se arregla otro rizo) que Deyanira, la novia del rio Aqueloo, con una sola mirada pondrá a Hércules mas suave que un guante.

—¿Es por ventura mui bella? preguntó la diosa con mal encubierto despecho.

—¡Oh! mucho, mucho! exclamó Mercurio entusiasmado. Cuando nácia acá me dirijía víla cojiendo cerezas en un huertecillo i puedo asegurar a V. M. que de cuantas mujeres he visto ...

Una colérica mirada de Juno le hizo vacilar.

—De cuantas mortales he visto, prosiguió Mercurio con toda serenidad, es la mas digna de ofreceros incienso prosternada ante vos que sois la suprema hermosura, de la cual todas las Deyaniras juntas son pálido i lejano reflejo.

—¿De manera, observó Juno algo mas serena, que si Hércules ve a esa mortal se prendará de ella?

—A no dudarlo. Si yo, dios como soi, sentí al verla....

—Mercurio, no pido explicaciones. Sin que Hércules conozca, guia sus pasos a donde pueda ver a esa mujerzuela i ya puedes retirarte.

—¿Me permitis, hermosa reina, posar mis labios en vuestra mano?

—Vé a besar la de Deyanira, respondió Juno con cara de niño enojado.

Pero Mercurio, que entendia en achaques de mujeres, dobló una rodilla i llevó sus labios a la mano de Juno sin que ésta opusiera la menor resistencia, i partió.

No habia trascurrido largo rato cuando se sintió en el Olimpo un ruido semejante al de un trueno lejano e inmediatamente sobrevino un sacudimiento espantoso: crujieron los dorados artesones, abriéronse con inaudita fuerza las ventanas i luego todo quedó en silencio. Juno se habia lanzado fuera del salon i en un patio que separaba sus habitaciones de las de su esposo, estaba casi desfallecida por el susto. En esto partieron unas mui sonoras carcajadas del gabinete de Júpiter i luego apareció éste que se desternillaba de la risa.

—¿Qué te ha sucedido, Juno? Si no ha sido nada.

Pero, ya la diosa habia recobrado sus fuerzas, i encarándose a su marido:

—¿Hasta cuándo, le dijo, hombre inconsiderado, has de tratarme de ese modo?

—Pero, mujer, si....

—Ya cuatro veces has hecho lo mismo en esta semana: sin estar prevenida una no puede ménos de asustarse. No te bastan tus diarias infidelidades....

—Pero, ¿qué culpa tengo yo? Me trajeron una mala noticia, moví las cejas, que es la cosa mas natural del mundo, i.... se estremeció todo el Olimpo. Esto es de aquello que no puede evitarse.

—I ¿qué te cuesta, mal marido, mandarle decir a tu pobre esposa que esté pronta....

—Está bueno. ¡Así supiera yo cuando me voi a enojar!

—¿No lo sabes? Apuesto que bien lo sabrias si por aquí estuviera Alcmene, Maya, Semele, Latona.....

—¡Ya salió la letanía cuotidiana!.... ¡Bueno, mujer!.... I despues, con este trato, quiere que no....

I cerró tras sí la puerta de su gabinete.

II.

Sin cuidarse de los rayos del sol ni de la aspereza i desnudez de las peñas que atravesaba, seguia un viajero con tardío i pere-

zoso paso el camino que conduce al valle bañado por el Aqueloo a corta distancia de los cerros donde nace. El tal viajero tenia una de las mas extrañas cataduras que jamas se ha visto: su talla era jigantesca, las espaldas en extremo anchas, el cuello corto i grueso, los miembros robustos, poderosísima parecia su musculatura; era, en suma, el tipo mas perfecto de la fuerza corporal. Traia por único vestido una piel de leon, trofeo sin duda de alguna costosa victoria, i por única arma una maza formada del tronco entero de una añeja encina. El rostro del viajero no revelaba, sin embargo, gran intelijencia: estrecha era su frente i su enorme cabeza veíase cubierta de abundantísimo i tosco cabello, la barba era despoblada i la figura de la cara semejábase mas a un círculo que a un óvalo. Tranquilo i por demas sosegado era el continente de nuestro individuo i, a juzgar por el sudor i el polvo que cubrian su cuerpo, de mui luengas tierras debia de venir.

En un recodo del camino encontróse de manos a boca con un pastor, quien al ver tan extraña aparicion comenzó a dar grandes voces i echó a correr.

—¡Si no pienso hacerte daño! gritábale nuestro viajero; pero el pastor, en vez de detenerse, mas lijero corria.

Viendo esto el de la extraña estatura, le gritó con voz de trueno:

—¡Voto a sanes que si al instante no te páras, te lanzo desde aquí mi maza!

A estas palabras, detúvose el pastor mas muerto que vivo.

—Dime, díjole entónces el viajero, ¿hai por aquí algun bosque o cosa parecida donde sestear?

—Siga vuestra merced por ese camino, respondió temblando el pastor, i a la vuelta de aquel peñasco se divisa un valle que le proporcionará cuanta sombra i frescura desee.

—Hércules te da las gracias, muchacho. Adios.

El viajero, que no era otro sino Hércules, hijo de Júpiter i de Alcmene, apuró el paso i al volver el peñasco ofrecióse a su vista un extenso valle cortado en dos mitades por las cristalinas aguas de un ancho i apacible rio. El suelo, cubierto por una alfombra de verdura, solo se veia en los claros que dejaban los copudos i apiñados árboles. Hércules bajó del cerro, entróse por el bosque i se asentó al pié de una corpulenta encina que gran comodidad ofrecia para descansar.

—¡I vaya que echo de ménos a Onfale! se dijo. Al fin i al cabo yo la queria; pero aquello de vestirme de mujer, yo.... ¡Hércules!.... ¡i verme objeto de la risa de todos!.... ¿Qué diablos tendria en la cabeza cuando consentí en semejante degradacion? Bien dicen que estas mujeres hacen de uno lo que se les antoja.... Pero la mui bellaca no me volverá a tener mas bajo su mano. Pues ¿i no le habia de gustar ver al hombre mas forzudo del mundo rendido a sus plantas como un esclavo? Con todo,

siento una pena.... no me acostumbro a estar solo.... En fin, echaremos una siestecita.

Tendióse cuan largo era i a los pocos minutos roncaba como brama un toro.

No habia pasado mucho tiempo cuando resonó en el bosque un espantoso rujido i luego un agudo grito que parecia provenir de voz humana. Tan terrible fué el primero i desesperado el segundo, que Hércules despertó lleno de sobresalto, empuñó la maza i miró a su alrededor: a pocos pasos vió a un leon pronto a arrojarse sobre una mujer. Blandir la maza i lanzarla sobre el feroz animal, fué cosa de un segundo. El leon cayó en el acto con la cabeza partida en menudos pedazos, i Hércules corrió a un arroyo cercano a traer agua para prestar auxilio a la mujer, que se habia desmayado. Luego al punto volvió trayendo el líquido en el hueco de la mano, i echó de ver entónces que la persona a quien habia salvado era la niña mas hermosa de cuantas sustentara la tierra. Tendria hasta dieziseis años i la suavísima palidez de su rostro, sus ojos cerrados i sus finas facciones tenian tan irresistible encanto, que a Hércules se le cayó el agua por entre los dedos i permaneció extasiado ante tan hermosa creatura sin acertar a socorrerla.

En esto volvió en sí la niña i al ver a un hombre (i ¡qué hombre!) junto a ella, púsose con presteza en pié i dió muestras de huir. Hércules, entónces, juzgó prudente darse a conocer i todo acortado i ruboroso dijo:

—Soi Hércules, hermosa doncella; un humilde servidor vuestro. He tenido la fortuna de libertaros de ese monstruo....

—¡Ah! ¿Sois mi libertador? ¡Cuánto os lo agradezco!

—Si me lo permitís, será para mí un verdadero placer acompañaros hasta vuestra morada.

—No dista mucho de aquí.... pero....

—Si teneis algun inconveniente...., dijo con desconsuelo Hércules.

—Nó.... sí....; hablaré con franqueza. Soi Deyanira, la novia del rio Aqueloo que baña esta comarca, i poco les gustará a mis padres verme llegar con un compañero, i mi novio tendria por ello grande enojo.

Hércules permaneció silencioso; la palabra *novia* le produjo el efecto de una pedrada en la oreja. En su corazon habia ya prendido la llama del amor.

Miéntras tanto caminaban juntos, sin que ni uno ni otro lo notaran.

—¡Eh, diablos! pensó Hércules. La muchacha es de todo mi gusto i sin remedio me caso con ella. Lo primero es ver modo de que me ame; despues me las arreglaré con el famoso novio.

I seguian caminando i llegaron a un lugar en que un inmenso tronco derribado estorbaba el paso.

—¡Ai! ¡cómo pasarémos! exclamó Deyanira con un ademan encantador.

—No hai cuidado, dijo Hércules adelantándose.

I con una mano levantó el tronco como si fuera pluma i lo tiró léjos.

—¡Vaya si teneis fuerzas! dijo Deyanira con una sonrisa mezclada de admiracion, que para Hércules fué de bonísimo agüero.

—Un poco.... cualquiera haria otro tanto, respondió Hércules con suma modestia, i, como a los enamorados les gusta lucir sus prendas delante de quien aman, arrancó de raiz una encina que a duras penas podrian abarcar tres hombres, solo porque algunas ramas algo bajas no hicieran inclinar la cabeza a Deyanira. Esta, al ver semejantes muestras del poderoso brazo de su compañero, principió a mirarle i sonreirle mas a menudo, no porque ya sintiera nacer en su corazon alguna simpatía por Hércules, sino por el conocimiento que tenia del poder de su hermosura, i no era de despreciar un amante como el que a su lado llevaba.

No trató, pues, de despedir a Hércules, i grandísimo interes manifestaba en las aventuras que él le contara para distraerla, i ahí el hijo de Júpiter le explicó punto por punto los doce grandes trabajos que habia llevado a cabo, la ojeriza que le tenia Juno, ojeriza que le importaba dos cominos, i muchas i mui marabillosas empresas. Oíale Deyanira entusiasmada, i luego en sus adentros comparó a su formidable compañero con el viejo Aqueloo, el cual no hacia otra cosa que llevarse bajo las aguas i a quien habia prometido fé solo por obedecer a sus padres, i principió el amor, i Hércules habló de tal manera i tan rendido se mostró, que cuando ya alcanzaron a divisar entre los árboles la mansion de Deyanira, el corazon de ésta rebosaba de amor a Hércules.

Llegaron a pocos pasos de la cabaña i ya fué preciso pensar en separarse. Ni uno ni otro se habian manifestado lo que sentian. Hércules, por fin, temblando como un azogado por temor de que le dieran calabazas, se atrevió a decir:

—Deyanira, aquí os voi a dejar. Antes de separarme quisiera saber....

I aquí el pobre Hércules se turbó en tal manera, que hubo de apoyarse en un árbol.

—En fin, continuó, poniendo en los ojos su corazon, ¿puedo esperar algo?

—¿No sabeis, contestó la niña, que soi la novia del rio Aqueloo?

—Sí, pero....

—Faltaria a mis promesas.

—Así es, dijo Hércules con tono tan lastimero que daban ganas de darle limosna.

—I eso nunca lo haré. Solo que mi novio me devolviera el anillo que le dí en prenda de fidelidad.... entónces....

—¡Mas te amo ahora! dijo el pobre Hércules sentándose desfallecido, miéntras la hermosa Deyanira, exhalando un tiernísimo suspiro, se dirijia con paso vacilante a su morada.

I Juno, miéntras tanto, se sonreia en el Olimpo.

III.

Hércules permanecia sumido en sus reflexiones en el mismo lugar en que lo dejó Deyanira. Habíase ocultado, en tanto el sol, i espesos nubarrones se amontonaban mas allá de las montañas por el lado del oriente; luego, extendiéndose poco a poco, entoldaron el valle i desaparecieron tras ellos los últimos reflejos del sol. Las ráfagas de aire denso i caliente desprendian de los árboles las hojas secas, i hacian oirse como mui lejanos los rujidos de los feroces habitantes de la selva. Hércules no se movia. De cuando en cuando un relámpago anunciaba con su luz azuleja la venida del trueno, i a la distancia brillaba instantáneo en las nubes el surco luminoso del rayo. Gruesos goterones principiaron a caer; enfurecióse mas i mas el viento i arrastraba a las nubes hechas jirones con sin igual velocidad; crujian los árboles, se doblaban como espigas i parecian echarse los unos sobre los otros. La lluvia arreciab: por momentos i los truenos se oian mas de cerca i mezclaban su fragor al estruendo de las hinchadas ondas del Aqueloo. De repente, un rayo derribó un olmo a pocos pasos de Hércules. Este reparó entónces en la tempestad que se habia desencadenado.

—¡Hum! dijo con sosiego mirando a todas partes. Parece que tenemos mal tiempo, i lo bueno es que estoi todo mojado. En fin, poco me importa.... Deyanira me ha dado a entender que no se casará conmigo miéntras su famoso novio no la releve de sus promesas devolviéndola el anillo; i, a decir verdad, harto me place esta manera de pensar de la muchacha. Bueno está. Ya he tomado mi resolucion.

I sin hacer caso del agua que caia a torrentes, caminó hácia donde sentia bramar el rio. Así que llegó a sus orillas, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Aqueloo! ¡Aqueloo!

Pasó un buen rato sin que nadie le respondiera. Al fin hízose en el agua un lijero remolino i apareció en la superficie la cara de una náyade de mui buen parecer i que en cualquiera otra circunstancia habria llamado la atencion de Hércules.

—¿Quién llama? preguntó la ninfa.

—Yo; necesito hablar con Aqueloo.

—Nuestro amo está cenando.

—Dile que Deyanira le manda un recado mui importante.

—Entónces vendrá luego, dijo la náyade.

I desapareció inmediatamente.

De pronto se tranquilizaron las aguas en cierto punto del rio i ahí mostróse hasta la cintura un hombre de rostro venerable i de espesa i luenga barba poblado. Flotaba sobre sus espaldas una larga cabellera i llevaba en la cabeza una corona de juncos. En sus labios aparecia esa benévola sonrisa de los enamorados cuando se les va a comunicar una buena nueva.

—Bien, muchacho, ¿i qué manda decir mi hermosa novia?

—Es cosa tan secreta i de tamaña importancia, dijo Hércules, que, segun ella me lo ordenó, solo puedo decíroslo al oido.

—¡Caprichos de mujer! Alguna cosa insignificante será sin duda. Dilo fuerte, muchacho, para no andar hasta la orilla.

—Es imposible, ella se enfadaria....

—¡Vaya! ¡Si esto de estar enamorado es mucha cosa!

I el buen Aqueloo se acercó a la ribera.

—Otro poco, dijo Hércules; no alcanzo a juntar mi boca a vuestro oido.

—Bueno, muchacho; estoi con una curiosidad que....

No alcanzó a concluir, pues Hércules, apénas tuvo al viejo al alcance de su mano, le tomó de un brazo i de un tiron lo sacó a la orilla.

—¡Eh, infame!

—Poco a poco, dijo Hércules, no intenteis desasiros porque es inútil.

—¿Qué pretendes, miserable mortal?

—Poca cosa: que me entregues el anillo que os dió Deyanira, relevándola, en consecuencia, de las promesas que os hizo.

—¡Jamas! exclamó Aqueloo con un furor terrible.

—¿Jamas? Lo veremos. I asiendo Hércules al viejo por la garganta, fuésela apretando poco a poco. El suelo estaba por demas resbaladizo a causa de la mucha lluvia, i en un movimiento que por desasirse hizo Aqueloo, pisó Hércules en falso i cayó, soltando al viejo. Este trató al instante de lanzarse al rio, i ya iba a conseguirlo, cuando Hércules, ya levantado, alcanzó a tomarlo de la muñeca. Aqueloo entónces hizo tan desesperado esfuerzo, que consiguió arrastrar a su formidable enemigo, i ámbos desaparecieron bajo las alborotadas i espumosas ondas. Pronto salió Hércules oprimiendo de nuevo el cuello de su rival, sacólo bien distante de la ribera, i empuñando su maza, le dijo con voz irritada:

—Si no me entregas inmediatamente lo que te pido, te rompo los huesos.

—Nó; no lo entrego aunque.... ¡ai!

Hércules, con un lijero golpe de maza, le habia roto los huesos de la espalda.

—¿Lo entregas?

—No respondió Aqueloo; intentó de nuevo desasirse. Hubo

una corta i porfiada lucha. Por fin, el viejo estenuado ya i con impotente furia,

—Toma, ahí tienes el anillo, díjo lanzándolo con rabia a Hércules. Tuya es Deyanira; pero, en castigo de tu sacrílego atentado, ella misma será la causa de tu muerte.

—¡Tá, tá! ¡A mí con cuentos de viejas! Véte, pobre anciano, a tus acuáticos palacios, i no pienses luchar con Hércules.

I el vencido Aqueloo arrastróse hasta sus aguas, donde las náyades desoladas le recibieron en sus brazos i lo trasportaron a su mansion.

Miéntras tanto Hércules, rebosando alegría, llamaba mui quedo a la puerta de la cabaña de la hermosa Deyanira.

IV.

—¿Quién es? gritaron de adentro.

—Un viajero extraviado que pide hospitalidad.

Oyóse un cuchicheo i luego abrieron la puerta. Hércules entró todo acortado i murmurando algunas palabras de cortesía, ocupó el asiento que le señalara su huésped. Al amor de la lumbre estaba una anciana, un muchacho i Deyanira, que se habia puesto colorada como una grana. El jefe de esa reducida familia habia introducido al recien venido, cuya formidable presencia habia llenado a todos de asombro, ménos a Deyanira. Sin embargo, disimularon por respeto.

—¿Qué tal la tormenta, amigo?

—Fuertecita, respondió Hércules, por no decir otra cosa, pues tan embarazado se veia que no hallaba qué colocacion dar a sus manos i a sus piernas.

—Deyanira, dijo el viejo, trae algo que cenar a nuestro alojado.

—No os incomodeis; no tengo necesidad.

—I ¿a dónde os dirijís, buen jóven?

—Iba a mi pais, que está mas allá del Eveno, i sin saber cómo ni cómo no, extravié el camino i vine a dar a este valle; salteóme la noche, divisé la luz de vuestro hogar i....

—Pobre es nuestra cabaña, amigo; pero partiremos con vos nuestra pobreza. Si habeis menester de repcso....; aunque, a decir verdad, vuestro aspecto no es el de un hombre que se fatiga así no mas.

—Sí.... nó.... poco me canso, contestaba Hércules, tan turbado que ni siquiera se atrevia a levantar la vista.

De repente se dirijió al viejo con ademan resuelto i le dijo:

—He venido a vuestra choza, respetable huésped, no para guarecerme de la tempestad, que ningun miedo me causa, sino para.... para.... pediros la.... una cosa.

—Hablad sin temor: cuanto podamos hacer....

—Gracias, buena jente. A mí me gusta ir desde luego al grano: venia a pediros por esposa a Deyanira.

—¿Cómo?.... ¡Imposible! Es la novia de Aqueloo.

—Lo era; pero Aqueloo le devuelve el anillo que aquí veis.

—No os burleis, viajero, de nosotros que ningun mal os hemos hecho.

—Pero, reconoced el anillo.

Deyanira, en tanto, estaba pálida i temblorosa.

—¡Es el mismo! exclamaron con desaliento los dos viejos i con alegría la niña.

—Pero, dijo el padre de ésta, ¿cómo ha podido Aqueloo cometer semejante felonía?

—Os lo diré: miéntras descansaba yo en el bosque, tuve la fortuna de libertar de las garras de un leon a vuestra hija, cautivóme su hermosura i la acompañé hasta vuestra cabaña. Caminando despues al acaso, llegué a las riberas del Aqueloo, entónces

El pecho sacó fuera
El rio, i me habló de esta manera:

—"¡Eh, buen hombre!...."

—Parece que este mozo ha frecuentado las aulas, dijo al oido el uno de los viejos al otro.

—"¡Eh, buen hombre! Me pareces un excelente muchacho i voi a hacerte feliz. Sábete que debo casarme con la hermosa Deyanira; pero una ninfa me ha trastornado los cascos ... en fin, toma ese anillo, cásate con la que me lo dió i ¡mil felicidades!" Así me habló Aqueloo, i yo que otra cosa no deseaba he venido....

—¡El mui badulaque i malandrin, faltar de esa manera a su palabra! exclamaba el anciano entre enojado i pensativo. I tú, Deyanira, ¿qué dices de esto?

El semblante de la niña respondia por ella.

—Bueno; te conozco en la cara que no te desagrada el rompimiento. I ¿cuál es vuestro nombre, jóven?

—Hércules, atento i seguro servidor vuestro, contestó aquél inclinándose.

—¡Es posible! ¿Entónces esa piel que te cubre es la del leon de Nemea, i esa tu maza formidable, i esos los brazos con que has llevado a cabo las arduas i peligrosas empresas que a los últimos rincones del mundo han hecho llegar tu fama? Se el bienvenido. ¡Váyanse al diablo Aqueloo i su ninfa! Deyanira, ven. Tomaos de las manos que voi a bendecir vuestra union.

Arrodilláronse ámbos amantes: el viejo con aspecto solemne

les recibió el juramento de mútua felicidad e imploró las bendiciones del cielo. Despues todos se abrazaron i se llenó la cabaña de dicha i alegría.

—¡Vaya! dijo el suegro echando una mirada a los robustos miembros de su yerno. ¿Te quedas con nosotros? Trabajaremos en el campo....

—Imposible. Mañana mismo debo partir.

—Pero....

—Necesito absolutamente llegar a mi pais.

I cuando la aurora vino a alumbrar los destrozos de la pasada tormenta, Hércules i Deyanira dejaban la cabaña.

V.

Ya podrá figurarse el lector qué dulcísimos coloquios entablarian nuestros recien casados cabe los arroyuelos i bajo los árboles a cuya grata sombra descansaban; qué ternezas se dirian i con qué solicitud se satisfarian hasta los menores caprichos, pues, es cosa de todo punto averiguada, que los novios de entónces eran ni mas ni ménos que los de ahora.

Cansado Hércules de llevar la maza, hizo un arco i algunas flechas, cuya punta envenenó con una mezcla del jugo de diferentes plantas de él solo conocidas i que tenian terribles propiedades.

Muchas sierras llenas de asperezas atravesó Deyanira en brazos de su esposo, muchos bosques les tuvieron bajo sus enramadas i muchas veces les vió caminar el sol hasta que el caudaloso Eveno les cerró el paso. Habia necesidad de atravesarlo i Hércules era impotente para luchar a la vez con las rápidas aguas i sostener el peso de su dulce carga.

En tan apurado trance divisaron en un ribazo a un centauro, monstruos que tenian de hombre hasta la cintura i de caballo el resto del cuerpo. No causó admiracion a Hércules i a Deyanira tan singular cuadrúpedo, pues veian con frecuencia individuos de esa especie que abundaba por aquellas tierras. Hiciéronle señas por si podia prestarles auxilio i, viéndolas él, bajó a galope tendido hácia quienes le llamaban. Estos al ver una túnica que aquél vestia, conocieron que era Neso, centauro que gozaba de alto predicamento en toda la Grecia, i llevaba esa túnica de una virtud especial e ignorada de todos, excepto de su dueño.

Al llegar donde Hércules i Deyanira estaban, hizo un gracioso escarceo a manera de saludo, e impuesto de la causa que allí los detenia, ofreció con toda galantería su lomo para trasladar a Deyanira. Aceptada la oferta, consintió Hércules en que pasasen ellos primero i él esperó que estuviera en salvo su esposa para

pasar a su vez. No sin desagrado notó que miéntras Neso cortaba las aguas, volvia mui amenudo la cabeza para mirar a su carga, sonriéndose de una manera mui poco tranquilizadora para un marido. I lo bueno fué que apénas el centauro tocó la ribera opuesta, se lanzó a todo galope sin esperar a Hércules, quien al ver que se trataba de robarle su esposa, tendió inmediatamente su arco, silbó la envenenada flecha i, a tiempo que Neso iba a desaparecer tras unas rocas, cayó con el pecho atravesado. Un grito de rabia exhaló el centauro, i ya con las ansias de la muerte, sacóse la túnica manchada con su sangre i dándósela a Deyanira, le dijo:

—Hermosa mujer, por tí muero.... toma esta túnica, ocúltala. Si tu esposo te olvida.... envíasela i tornará el amor....

Rióse el mónstruo de una manera horrible i espiró. Luego llegó Hércules.

—¡Vean al ladroncico! ¡Pocas bromas con Hércules! I tomando en brazos a su esposa, que bien guardada llevaba la túnica, siguieron su camino.

VI.

Llegaron por fin al término de su viaje; edificó Hércules una cabaña i se entregó a los trabajos del campo. Deyanira amaba cada dia mas a su esposo, i éste no estaba contento sino al lado de su Deyanira, i ya solos, ya en compañía de Filoctetes, amigo íntimo de Hércules, pasaban la vida mas tranquila i feliz que pueda imajinarse. Hasta seis meses habian trascurrido de esta suerte, cuando poco a poco fué notando Deyanira que Hércules no se mostraba tan cariñoso i hacia frecuentes viajes a las ciudades vecinas con el pretexto de sus negocios. Pero ella nunca se atrevió a exponerle sus quejas, por el contrario, mas se esmeraba en atenderlo. Por fin díjola un dia su marido que iba a partir a lejanas tierras i quizás duraria algun tiempo su ausencia. Hubo llantos, promesas, juramentos i Deyanira quedó sola lamentando su desgracia.

I así pasó un año sin tener noticias de su esposo. En cierta ocasion, llegó a la cabaña un pastor demandando hospitalidad. Concedióselo de buen grado Deyanira i como ella le preguntara de cuáles tierras venia, refirióle el pastor cómo era su patria el reino de Ecalia, cuyo cetro tenia Euristo, padre de la hermosísima Yola, quien iba a contraer matrimonio con un extranjero de mucha fama i poderosísimas fuerzas, llamado. . .

—¿Hércules? interrumpió la desdichada, dándole un vuelco el corazon.

—El mismo; pero....

—¡Oh! Nada, nada.... ¿Volveriais, buen hombre, a vuestra patria?

—Soi pobre....

—Tomad mis riquezas todas, todas.... ¿consentís?

—No soi egoista; iré donde mas os plazca, dijo enternecido el pastor al ver la desesperacion de Deyanira i sin saber a que atribuirla.

—Gracias, hombre compasivo. Toma esta túnica, llévala a Hércules i dile que es un último recuerdo de su pobre esposa.

—Entónces, sois ...

—¡Marchad inmediatamente! i volved a traerme noticias.... os recompensaré.

VII.

Deyanira, con lánguidos ojos i rostro enflaquecido, esperaba hacia mucho tiempo al mensajero. Llegó por fin, i al divisarle la infeliz mujer, toda llena de anhelo, salióle al encuentro, i le preguntaba con turbada i presurosa lengua:

—¿Viene ya a buscarme? ¿Le ha vuelto el antiguo amor que me tenia? ¿Por qué tarda tanto? Habla, habla.

Mirábale el pastor lleno de asombro.

—¿I os atraveis a preguntarme, díjola indignado, por los efectos de vuestro crímen? Solo he venido....

—¿De qué crímen hablais?

—La túnica....

—¿I bien?

—¡Estaba envenenada!

—¡Envenenada! Pero ¿estás loco, pastor?

—¡Loco! Entreguéla a Hércules con vuestro recado; me retiré i no habia andado largo trecho cuando siento unos rabiosos i formidables gritos. Vuelvo la cabeza i veo a Hércules cubierto aun con algunos jirones de la túnica, corriendo por todos lados como un insensato i destrozando sin piedad sus carnes. Parecia poseido por las Furias.—¡Me abraso! ¡Un fuego me devora las entrañas! ¡Aqueloo!.... ¡Infame Deyanira! exclama aquel hombre jigantesco con espantables rujidos. Destrozaba cuanto veia a su paso, arrancaba de raiz los árboles i volaban los inmensos peñascos a su empuje poderoso. Tranquilizóse un momento, i llamando a su fiel amigo Filoctetes, entrególe su arco i sus temibles flechas i le pidió que amontonara leña en la cima del Eta, que mui cerca de allí éstaba. Hecho lo cual, prendió Hércules fuego a la pira, subióse a ella i lanzando tan desaforados gritos que hacian estemecer las montañas, fué devorado por las llamas.... ¿Mas quieres saber, mujer infame?

Deyanira, pálida como la muerte, permanecia silenciosa.

—¡Neso, me engañaste i te has vengado! exclamó la infeliz i cayó sin sentido.

A los pocos dias, el pastor sepultaba a la hermosa Deyanira; la desventurada no pudo resistir mas tiempo a su dolor.

Santiago, 25 de abril de 1877.

PEDRO N. CRUZ.

LEYENDAS DEL RHIN.

(Traducido para LA ESTRELLA DE CHILE.)

EL CASTILLO DE RHEINSTEIN.

Ocupaba en el siglo XIII el castillo de Rheinstein un rico caballero llamado Sigfrido. En su juventud habia llevado una vida por demas disoluta i borrascosa; la caza i los combates, las orjías i los excesos eran su único solaz. De repente cambió de conducta, i con gran asombro de sus amigos i compañeros no se le volvió a ver mas en esas licenciosas reuniones de que hasta entónces habia sido el jefe. Nadie podia comprender la causa de una variacion tan singular i repentina; pero creian adivinarla.

Casóse Sigfrido con una niña extranjera de mucha hermosura i jentileza a quien habia aprisionado en una arriesgada expedicion.

Desde que Yuta (tal era el nombre de la bella extranjera) habitaba el castillo, parecia que el impetuoso caballero habia trocado la acerada cota por el sayal de un ermitaño. La dulzura i la piedad de su esposa habian llevado a cabo este milagro, i cuando ésta dió a luz una niña vió él colmada su felicidad; pero esa hija costó la vida a su madre. Desde entónces Sigfrido, presa de una melancolía casi salvaje, vivió en la soledad mas completa. En tanto Gerda, la hija de Yuta, crecia en belleza i en

virtudes, i por ser un vivo retrato de su madre, adorábala su padre que veia revivir en ella a la que siempre lloraba.

Diferenciábanse en pocos años de edad Gerda i su vecino el jóven caballero Kuno de Reichenstein. Este, que hacia tiempo habia perdido a sus padres, era jeneralmente apreciado por su valentía i nobleza de corazon. No le favorecia la fortuna; sin embargo, la muerte de su anciano tio, Kurt de Ehrenfels, debia darle la posesion de cuantiosos bienes. Cautivóle la hermosura de Gerda i ésta parecia corresponderle.

Un dia Kuno trajo de una expedicion una magnífica hacanea blanca que a Gerda destinaba en muestra de su amor. Adiestróla con esmero i en el año siguiente la llevó a Rheinstein.

En extremo agradó a Sigfrido i a Gerda el hermoso animal. Kuno suplicó a la última que lo montara. Al acercarse la niña, la intelijente bestia dobló la patas delanteras como convidándola a subir, i dócil a la mas lijera señal, la llevó con lijero i suave paso por los patios del castillo.

—Dignaos aceptar esta hacanea, dijo Kuno a la niña; para vos la he amaestrado; dignaos aceptarla en muestra de amistad.

E inmediatamente se retiró.

Este magnífico regalo fué mui del agrado de Sigfrido i de su hija, i Kuno lo consideraba como una elocuente manifestacion de lo que en realidad sentia.

Ese mismo dia fuése donde su tio Kurt i, todo ruboroso, le manifestó su amor a Gerda. Díjole que su pobreza le quitaba el valor para ir a pedírsela a su padre, i que en tan apurado trance, suplicaba a su tio que le hiciera este servicio.

Kurt consintió, ensilló su caballo, dirijióse a Rheinstein, i pidió la mano de la hermosa heredera; mas no para su sobrino sino para él mismo. A la penetracion del viejo Sigfrido no se habia escapado lo que significaba el regalo de Kuno, i como hombre prudente, pensó que no cabia vacilacion entre uno que poseia grandes riquezas i otro sin fortuna i de escaso valimiento.

—¿I Gerda? preguntó el viejo Kurt con el corazon oprimido.

– Gerda es mi hija, respondióle Sigfrido; héle enseñado a obedecer a su padre i solo amará al hombre que yo le designe.

Arrasáronse en lágrimas los hermosísimos ojos de Gerda cuando su padre le comunicó su resolucion, i silenciosa se sometió como la víctima que se va a sacrificar i esperó el momento de sus bodas cual si fuera el de su muerte. Lució la aurora del terrible dia. Kurt acude al lado de su novia: la busca i no la encuentra. Está en la capilla, le dicen: allá se dirije i la ve tendida en las gradas del altar, bañada en lágrimas i llena de desesperacion.

Levántase la desventurada; pálida como la muerte i muda de dolor, sigue con vacilante paso al novio aborrecido. En la puerta la espera su hacanea, i al verla, dirije una mirada de indecible

pena hácia Reichenstein i vió tras las almenas a un caballero que demasiado conocia. Parécele oir las palpitaciones de su corazon i su justo enojo, i cree sentir su dolor sin esperanza de alivio. La suben a su cabalgadura, i el dócil corcel la lleva hacia la barca destinada a trasladar el cortejo nupcial a la otra ribera; iba la niña entre su padre i su novio. Habia llegado la cabalgata a las orillas del rio, cuando a todos conmovió un incidente imprevisto.

Resistíase la hacanea de Gerda a entrar en la barca: acarícianla i retrocede; anímanla i se encabrita; emplean la fuerza, i suéltase entónces de quienes la sujetaban i corre veloz al traves de los campos, perseguida por Sigfrido i Kurt que a grandes voces la maldicen i la llaman. Gerda se abraza del cuello del fiel animal i éste, acosado, vuela, sustentando siempre su preciosa carga i sigue el camino de Reichenstein, que bien conoce. Kuno ha observado atentamente lo que pasa. Al ver a la hacanea que se avanza a galope tendido, deja precipitadamente la torre, baja el puente levadizo i abre la puerta del castillo. El noble corcel, llena de fuego las ancha nariz, cubierto de espuma i de polvo i llevando siempre a la niña desmayada, se lanza veloz al patio a tiempo que sus dos perseguidores eran derribados por sus caballos, rodando uno de aquellos en el hondo pricipicio: levántase el puente levadizo, se cierra la puerta, i Gerda cae desfallecida en brazos de su amado.

Vuélvenla luego en sí los besos de Kuno, i éste, apénas la ve fuera de peligro, piensa en lo que debe hacer. Reune a sus servidores, les señala el puesto que ocuparán en el combate, i pone el castillo en estado de defensa; porque Kuno espera el asalto de Sigfrido i de Kurt i háse resuelto a morir ántes que entregar a su amada. Pero, en vez del heraldo que trajera el reto de desafío, oyó una voz suplicante que desde mas allá del foso pedia que le dejaran entrar. Era Sigfrido; abriéronle i díjoles que Kurt yacía despedazado entre las rocas i que consentia en dar su bendicion de padre a un enlace que con tan visibles señales favorecia el cielo.

I así Gerda i Kuno celebraron sus bodas en el mismo dia que para siempre debia separarlos.

LA ASCENCION PELIGROSA.

El caballero Sibo de Lorch habia perdido a su esposa a los pocos años de matrimonio. El profundo pesar que le sobrevino habia encorvado su cuerpo; cambió su carácter i semejante alteracion parecia que debia siempre de durar. Quedábale un consuelo: su hija, que hasta doce años contaba, la suave Garlinda,

cuya dulcísima sonrisa despejaba la frente de su padre, a quien infundia ánimo para soportar el peso de la vida. Sibo habia muerto para el mundo: no veia a sus amigos, con nadie mantenia relaciones i despedia con tono áspero i brusco a los viajeros que demandaban hospitalidad.

En una tarde de primavera, i siendo la hora bastante avanzada, anunció el guardian de la puerta del castillo que un extranjero pedia un lecho para pasar la noche. Sibo miró por la ventana i a la claridad de la luna divisó, al otro lado del foso, a un hombre todo contrahecho i de pequeñísima talla.

—¡Ah! dijo. ¡Este es uno de aquellos gnomos que pagan con robos i daños el bien que se les hace! ¡Atras, malvado jenio!

El enano refunfuñó algunas palabras amenazadoras que no pudo comprender el caballero, i desapareció. Pero el guardian inquietóse por ello, pues era gran conocedor de los jenios de las montañas i de los bosques, quienes tentaban a los hombres de mil modos i recompensaban al bueno i atormentaban al malvado.

Al dia siguiente fué Sibo mui temprano a cazar i sin acordarse de lo sucedido en la víspera, tornó al castillo mas tarde de lo que solia. Apénas se hubo presentado a sus puertas, cuando acudieron a él sus servidores consternados i le anunciaron que Garlinda habia desaparecido i que inútilmente habian rejistrado hasta los últimos rincones. El guardian murmuró con tristeza que la habian robado los gnomos.

Desesperado volvió Sibo al bosque en busca de su hija. Despacháronse emisarios en todas direcciones, pero en vano. El mismo Sibo recorrió las escarpadas peñas del Kedrich, escudriñó en las malezas i zarzales, pero ni la menor huella se ofreció a su mirada ansiosa.

En cierto lugar vió a un pastor que cuidaba sus ovejas.

—¿Has visto a mi hija? preguntóle el desgraciado padre. Aquí la busco, pues en estos lugares buscaba su solaz.

—Sí que la he visto. Esta mañana una hermosa niñita cojia flores a orillas de aquel arroyuelo. Luego al punto víme rodeado de impenetrable oscuridad; sopló el huracan en la montaña, i en medio de los silbidos del viento i de la pavorosa voz de la tempestad, dos enanos de espantable catadura descendieron de los aires, cojieron a la niñita i la llevaron a la cima de aquel pico.

—¡Ai de mí, desdichado! exclamó Sibo. Garlinda, Garlinda mia ¿dónde estás?

I al decir estas palabras dirije sus miradas a lo alto de la montaña, i en la mas elevada cima divisa la rizada cabeza de una niña que le hace una señal. Era su hija: una i mil veces se lo decia el corazon. Quiere ir a libertarla; reune a los suyos; avanzan i apénas han escalado las primeras rocas, retroceden con los piés i las manos maltratadas i llenas de sangre. Vienen trabajadores para abrir un camino en la dura piedra; ponen manos a la obra i

adelantan poco a poco. Ya creian obtener un feliz éxito, cuando la montaña se hunde con horrible estruendo i un alud de piedras i de rocas cayó sobre ellos i huyeron espantados. Lo imposible es lo imposible: el hombre es impotente para luchar con los espíritus.

Sibo, con el corazon desgarrado, volvió a su castillo. Habia perdido el solo bien que amaba; ya para él no existia felicidad acá en la tierra. Semejante al desgraciado cuyo dolor le conduce a la tumba de las personas que amó, así, el desventurado padre, vagaba por las lomas del Kedrich, atisbando, por único consuelo, la dulce mirada de su querida hija. Pero la escarpada cima permanecia inaccesible como ántes, i dia por dia se avivaba el profundo pesar de Sibo.

Así trascurrieron cuatro años. Sibo habia perdido ya toda esperanza, cuando se le vino a anunciar que un caballero cubierto por una negra armadura i a quien acompañaban algunos soldados, pedia que se le permitiera entrar.

Habia muchos años que a nadie recibia el viejo Sibo. Solo en su interior encontraba alguna paz; el resto del mundo le era indiferente. Iba, pues, segun su costumbre, a negar la entrada al caballero, cuando se acordó de ese gnomo a quien tan bruscamente habia despedido i que se habia vengado de tan cruel manera. Esta leccion habia aprovechado al anciano, i dió órden de permitir la entrada al desconocido.

Fué introducido el caballero Ruthelno, que así se llamaba el extranjero. Sibo conocia ya este nombre, i habia oido hablar de las grandes hazañas del que lo llevaba, de la poderosa fuerza de su brazo i de su extraordinario valor, de manera que aceptó con alegría la oferta que el caballero le hizo de exponer su vida por salvar a su hija.

—Escalad la roca, dijo Sibo, libertad a Garlinda, traedla a los brazos de su desdichado padre; i si os agrada, será vuestra, i sereis mi yerno i heredero.

Convino en ello Ruthelno, i el mas feliz éxito coronó su arriesgada empresa. Cómo la llevó a cabo, es lo que nos refiere Ad. de Slollerfoth en un poema que traducido literalmente dice de la siguiente manera:

"¡Adelante, mi noble corcel! ¡Valor! ¡A un lado la cobardía i la timidez! Allá arriba, en un prado cubierto de verde césped, se alza el castillo de mis amores. Te bañaré en el vino, peinaré tus crines con un peine de oro, i mi mano, siempre abierta, te saciará de honores i de pan.

"¡Valor, pues! mi leal corcel. Mas de una vez en la batalla i en el combate tu poderoso lomo me ha llevado a la victoria. Hoi debo merecer a la que será mi esposa; i la salvaré o serán mi tumba los abismos."

Así habla el valiente caballero a quien rodean por do quiera

la muerte i los peligros. Su corcel se lanza de roca en roca, i el jinete se rie del peligro. Bajo sus piés brama el Wisper, que se dirije al impaciente Rhin, i sobre su cabeza estalla el huracan; pero él permanece en las rocas como el águila.

"I al capricho de los vientos flota su manto como dos negras alas: vésele revolotear de collado en collado i de roca en roca. ¡Ah! Ya ve brillar dos maravillosas estrellas i unos dorados rizos con que el viento juguetea.

"¡Escucha! ¿Qué dulcísimas canciones son esas que deleitan el oido? ¿Dónde nace esa claridad que brilla en los cielos? Inclínase la hermosa niña en la torre i presenta al vencedor una corona. I el padre exclama: ¡Salud, jóven héroe! ¡Es tuya, es tu novia! Al audaz le ayuda la fortuna."

PEDRO N. CRUZ.

A LA AMISTAD.

¡Hechicera deidad! ¿De do has venido?
¿Quién, dí, te diera el sér; cuál es tu nombre?
¿Te has formado tú misma, o es el hombre
Quien te ha inventado
I decorado
Con tal renombre?

¡Amistad, amistad! palabra dulce
Cual el tierno cantar del pajarillo,
Cual el suave arrullar del cefirillo,
Que entre las flores
Canta de amores
Un estribillo.

¡Amistad, amistad! nombre bendito,
Nombre sagrado que en el alma yaces;
Cual la flor perfumada en ella naces
Sin que secarte
Puedan ni ajarte
Vientos audaces.

Mas dulce eres i hermosa que una tarde
Melancólica i triste en primavera
Que del brillante sol se despidiera,
I a la natura
De su hermosura
Reflejos diera.

Tú sola no conoces negros odios,
Ni la venganza ruin i despreciable
Que halaga el alma vil del miserable
A quien la envidia
I la perfidia
Vuelven odiable.

¡Cuán dulce es escuchar de un labio amigo
Palabras de consuelo i de dulzura,
Nacidas del afecto i la ternura
I del encanto
Cándido i santo
De un alma pura!

Ansioso de escucharte, el pensamiento
Fujitivo se lanza hácia tu seno
Cuando este mundo de pesares lleno
Nos hace a veces
Beber las heces
De su veneno.

Despues de los afectos maternales
No habrá otro afecto mas sincero i noble
Que al mezquino interes jamas se doble;
Siempre es constante,
Siempre arrogante,
Cual firme roble.

¡Ah, nó! Deidad preciosa, eres mui bella
Para ser creacion de la Natura;
Solo el Supremo Sér te hizo tan pura
Para que del mortal fueses la estrella.

Concepcion, marzo de 1877.

CELIA SOTO GLEN.

LAS NUBES....

Las nubes del cielo, la niebla del aire,
Las sombras, mortajas del dia que huyó,
De vaga tristeza mi alma inundaban,
Silencio i tinieblas mi paso buscó.

Perdí la conciencia.... debajo el ramaje
De selva frondosa tendido me ví,
Lloraba.... i en medio del verde follaje
El canto quejoso de un pájaro oí.

Por bala certera, en sangre bañado,
El ala ya rota, cayó del ombú.
—"Viajero del bosque, ¡oh pájaro errante!
(Le dije yo entónces) quisiera ser tú."

1877.

JOAQUIN LEMOINE.

LA MUERTE DE UN AMIGO.

Yo tenia un amigo: inexorable,
Al empezar brillante su carrera,
Cebóse en él la Parca ruda i fiera
I la luz de sus ojos apagó.
Cuando de su amistad el tierno afecto
Era a mi corazon apesarado
Como a la vida el alma ¡desdichado!
Huérfano me dejó de su afeccion.

De la guerra en los ímprobos afanes
Nuestra amistad sincera fué probada;
Usé siempre su copa regalada
I hasta la misma pipa en que fumó.
El mismo techo nos prestó su abrigo,
I el lugar do gozamos retirados,
Antes de esos sucesos malhadados,
De nueva patria a ámbos nos sirvió.

¡Cuántas veces en medio los combates,
De combates terribles, desastrosos,
No le ví en su arrogancia los riesgosos,
Inminentes peligros desafiar!
¡Cuántas veces en vano cruda muerte
No agotó en él sus flechas homicidas!
Nuestras almas en una confundidas
Las hermanó el destino en su bondad.

El férvido entusiasmo del combate,
De las armas el bélico sonido:
Si en ese instante hubiera perecido
Talvez mitigarian mi pesar;
I de mi amigo así la cruel partida,
De caer lidiando con excelsa gloria,
Me dejara un recuerdo, una memoria
Ménos sensible al corazon quizás.

¡Mas lo que causa mi dolor, mi llanto,
Mi amargo duelo, mi pesar profundo,
Es que le ví alejarse de este mundo
En medio las delicias de un vivac!
Le ví lanzar el último suspiro,
Le ví espirar doliente entre mis brazos
Cuando de su amistad los tiernos lazos
Se estrechaban por dia mas i mas.

I esta pérdida inmensa, irreparable,
Pérdida cruel que sin cesar deploro,
Sin enjugar mis lágrimas la lloro,
Sin dar tregua al dolor la sentiré.

I entre tanto el recuerdo de ese amigo
Ocupará tan solo mi memoria,
I de nuestra amistad la corta historia
Eterna, perennal, conservaré.

Mas natura tambien, en tanto duelo,
Incapaz de sentir, indiferente,
Cuando amargado mi ánimo se siente,
Con su sarcasmo insulta mi pesar:
Vístese su lujoso, ancho ropaje,
De primavera espléndida i fastuosa,
Junto a la tumba triste i silenciosa,
Donde duerme mi amigo en quieta paz.

Los árboles se cubren de sus hojas
I entrelazan tupidos sus ramajes,
El avecilla tierna en los follajes
Eleva a Dios sus cánticos de amor.
Pintadas mariposas, de las flores
Revolando al redor, liban la esencia;
Todo respira vida i complacencia
De la muerte en la fúnebre mansion.

I aquí en la tarde, en tanto que la luna
Proyecta melancólica sus rayos,
I el sol desciende en lánguidos desmayos
Su disco refuljente a sepultar,
Oigo la voz del grillo infatigable
Que, escondido en la yerba, alegre canta
Donde su triste tumba se levanta
I de mi amigo la materia está.

La destruccion es insensible a todo,
I toda circunstancia desgraciada
En su inmutable lei, es reputada
Como un pequeño punto en la creacion,
I la muerte de un sér intelijente
En medio sus amigos desolados
I la del picaflor que el aire helado,
Morir hizo en el cáliz de una flor,

Epocas son en todo parecidas
En el curso inmutable de natura:
El hombre es un fantasma, sombra oscura,
Que basta el menor soplo a disipar ...
Mas ya la aurora el horizonte pinta
De plata i de zafir, ópalo i grana,
I estas tristes ideas la mañana,
Refrescando mi frente, borra ya.

I de esperanza un májico destello,
Alumbrando mi mente entristecida,
Penetra el alma de dolor herida
I arcanos insondables me hace ver.
Nó, nó, que aquel que inunda así el espacio
De benéfica luz a mi mirada,
No me lo hace entrever para en la nada
I en noche eterna sumerjir mi sér.

Aquel que extiende ese horizonte inmenso
I esas pesadas masas ha formado
En cuyos altos picos el dorado
Sol, va sus rayos trémulo a quebrar,
Es el mismo tambien que dijo un dia:
¡Late! a mi corazon i a mi alma: ¡piensa!
I así, mi Dios, de tu justicia inmensa
¿Atreveréme impío yo a dudar?

Nó, nó; mi amigo vive, lo comprendo,
Acaso de ventura en otra esfera;
Si hoi fatal nos separa una barrera,
Confiado en tu bondad, yo le veré.
No en vano silojismo aquí me fundo,
Llevo en el corazon santa esperanza,
I hasta el insecto que en el aire avanza
En tí me hace creer, basta a mi fé.

El aspecto del valle, el fresco ambiente,
Que perfuma los prados, cierto encanto
Derramado al redor, a mi alma tanto,
Tanto hácia tí la elevan ¡oh mi Dios!

Que de inmortalidad prueba invencible
Mi espíritu penetra, en fé inundado,
Por tí, Señor, de todo lo creado
I con violencia ocupa el corazon.

1787.

B. MANDIOLA GANA.

AL DULCE NOMBRE DE MARIA.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero
Sabe ya que le adoro: yo le he escrito
Mil veces en mis versos i le quiero
Escribir otras mil.....
.....

ZORRILLA.

Salve ¡oh nombre
Sacrosanto,
Gozo, encanto
Del Señor!
Yo te adoro,
Te bendigo
I contigo
Sueño yo.

Cuando el dardo
De la pena
Cruel me llena
De amargor,
Yo te invoco,
I al momento
De contento
Lleno soi.

¡Oh! bien haya
Quien te aprende,
Quien comprende
Tu valor!
¡Oh! infelice
Quien no te ama
Ni reclama
Tu favor!

Salve ¡oh nombre
Que amo tanto,
Sacrosanto,
Bienhechor;
Que oye el ánjel
Maldecido
Aterido
De pavor!

Salve ¡oh nombre
Deleitoso,
Poderoso,
Sin igual.
En mi muerte,
Tu armonía
Mi agonía
Dulce hará.

NICOLAS ALLÉNDES A.

DE LA MANO A LA BOCA SE PIERDE LA SOPA.

NOVELA SENTIMENTAL I ROMÁNTICA.

CAPITULO I.

LA LECTORA I SU VECINO.

En una de estas últimas noches de aguacero, mas oscura que conciencia de forajido i mas larga i aburridora que el dia anterior a la realizacion de una esperanza, estaba la lectora de esta insignificante novelilla descuidadamente reclinada sobre un canapé de su aposento, leyendo por centésima vez los almibarados versos de un pasaje sentimental de *Flor de un Dia*.

Mostraba en su semblante las huellas de una emocion indefinible, de una emocion que solo experimentan los corazones arrullados por las endechas del amor primero. Sus bellos ojos estaban empapados de lágrimas (líquidas perlas, que diria un novelista); miéntras que su imajinacion inconstante vagaba por los espacios tras de un incomprensible deseo, de una fascinacion vaporosa.

Oyó de pronto un lijerísimo golpe en la ventana de la calle, i que con mal disimulada intencion daban música a las rejas mismas de su cuarto.

Picada de curiosidad la lectora, (mujer al cabo), i aun mas creo yo por el deseo de hallarse en alguna aventurilla amorosa, resolvió matar las luces i entreabrir un tantico los cristales por ver si descubria a quien tan galanamente la regalaba con música a deshoras. Hízolo así: i con ser sobradamente tímida i estar la noche lóbrega i silenciosa por demas, pudieron tanto en ella las vagas aspiraciones de su fantasía, el amor que jerminaba oculto en su pecho, i sobre todo el recuerdo del vecino de enfrente, mozo de regular palmito i simpática figura, que abrió casi del todo los entornados postigos de la ventana.

La lectora no conocia a su vecino mas que de vista. Tal cual vez se habian cambiado por cada cien miradas una sonrisa, por cada veinte suspiros una palabra. Sin embargo, se comprendian i se amaban. El ánjel consolador de la existencia habia sacudido sobre ellos sus alas invisibles, i desde entónces sus almas fueron como dos flores de un mismo tallo, dos suspiros de un mismo pecho, dos ondas de un mismo rio, dos lampos de una misma estrella, dos exhalaciones hermanas. Corrian a precipitarse juntas en ese océano del amor, de olas alternativamente apacibles i embravecidas; tan pronto hinchado por las tormentas como halagado por las brisas, iluminado por el rayo como ceñido por la diadema de la aurora.

(Esto es épico. La lectora no podrá quejarse.)

Se amaban. No es extraño por consiguiente que la lectora, obedeciendo a las reiteradas indicaciones de su curiosidad i de su amor, abriese el postigo para escuchar la voz enamorada de su vecino.

Un hombre estaba efectivamente allí: apoyado en los pilares de la reja, pensativo, solitario, con la vista fija en la casi invisible figura de mi lectora.

—Es ella, musitó el de afuera.

—Es él, balbuceó tímidamente la de adentro.

La noche estaba horrorosamente oscura, de suerte que apénas se veian; pero apesar de eso el silencio mas absoluto cayó sobre ámbos durante algunos momentos. ¡Cuántas i cuántas cosas se dijeron en ese magnético lenguaje de las almas apasionadas!

(Aquí el autor hace un aparte; i empuñando la lira de Safo i de Petrarca, entona con voz robusta el himno siguiente al mutismo de los amantes:)

¿Hai nada mas elocuente que el silencio de dos personas que se aman? ¿Qué pueden brotar los labios que no sea frio, inexacto, fujitivo? Al sentimiento ardoroso que bulle en el corazon, conmueve el cerebro, chispea en la pupila, no pretendais encerrarlo en ningun idioma, que eso es empeñarse en aprisionar los mares en un dedal, los siglos en un minuto, lo espiritual en la materia, lo eterno en lo continjente.

(El autor despues de este arranque de lirismo se yergue entusiasmado, i reconociendo injénuamente que todo lo dicho es verdad, prosigue de esta manera:)

El silencio se prolongaba por mucho tiempo i era necesario aprovechar los instantes i explicarse.

—Disculpe Ud. mi atrevimiento, dijo él, Ud. no ignora que mi alma se encuentra en ese estado en que si la duda es un infierno, hasta la esperanza es un martirio.

—¿Por qué? preguntó ella, cuya perplejidad le impedia casi el hablar.

—¿Por qué? porque.... Ud. lo sabe mui bien.

—Yo no sé nada, murmuró la lectora, no hallando por de pronto contestacion mas oportuna.

—¡Cómo! ¿Ud. no lo sabe? ¿I no se lo han revelado mis ojos, no se lo han dicho mis suspiros? ¿no le han dicho....

—¿Qué cosa?

—Que la amo, la adoro; como la luna ama a la noche i las estrellas al firmamento.

Aquí la lectora se turbó completamente, pero no se puso colorada porque estaba a oscuras.

Por toda contestacion le alargó un ramillete de significativas flores que una de las doncellas de su servicio habia dejado por olvido sobre una mesa. Estrecháronse convulsivamente las manos, encargándole ella con mucho encarecimiento ántes de separarse, repitiese la visita al dia siguiente a la misma hora, pues "quizá podian entenderse," tales fueron sus expresiones.

Dijéronse un adios de inmensa ternura, miéntras sus almas se confundian en una mirada, se entrelazaban en un suspiro.

Cerró la lectora precipitadamente los postigos i se dejó caer sobre un sofá, conmovida, entusiasmada, casi delirante. Víctima de encontradas emociones, tan pronto la mecia el aire de la sobrestante felicidad, como se doblaba al impulso de repentino abatimiento.

(La lectora es romántica i mui romántica.)

Percibió clara i distintamente un jemido moribundo, oyó los pasos de un hombre que se alejaba i tornaron de nuevo a acariciarla el silencio i la melancolía.

CAPITULO II.

JUANILLA I PEPE.

Era esa hora en que, segun dicen los poetas, huyen despavoridas las sombras, se desvanecen los medrosos fantasmas, comienzan a disiparse las nieblas, llora aljófares el alba i las flores entreabren sus pétalos para recibir ese llanto: mentiras todas, de las cuales tengo seguridad que no se acusan en el tribunal de la penitencia.

Era la hora en que salen las cocineras al mercado para hacer sus compras i vuelven con los canastos rellenos de diferentes hortalizas. ¡Qué es ver a tales horas como van i vienen, cruzan i se confunden las cocineras, hablando la que ménos por veinticinco!

La de mi lectora dejó ese dia la cama mas temprano que de costumbre i salió tan perifollada i elegante como si fuera dia de Pascua.

¿I por qué iba tan almidonada la cocinera de la lectora?

Pues ¿no habia de estarlo? Cuando la aguardaba no ménos soberbia i cuidadosamente vestido un cochero del mismo barrio, el cual le habia prometido ya mútuo amor i dado en árras no sé cuántas argollas, cuando esperaban no mas que el sueldo del entrante mes para hundirse de cabeza en el abismo insondable del matrimonio ¿querríais verla ménos emperejilada i rozagante?

Juanilla, que así la nombran, no es a la verdad de mal parecer, i no sin razon trae al retortero al pobre muchacho que la ama como a sus ojos.

Pero esta vez no ha encontrado en él la dulzura que solia; su lenguaje es terco, su mirada adusta, desdeñosos sus ademanes.

—¿Por qué has amanecido tan triste, Pepe mio? dijo Juanilla con incomparable ternura.

—¿Por qué? ¿No lo sabes?.... Porque me has engañado, porque eres una hipócrita, contestó José.

—¡Yo hipócrita! ¡Engañarte a tí!.... ¡Santísimo padre mio San Antonio!

—Sí, ven ahora a jurarme por toda la corte celestial que no me has vendido.

—¡Yo a tí!.... ¡Por la Santísima Vírjen de los Desamparados!....

—¡Qué desamparados! ¡El desamparado soi yo! ¡Falsa! ¡Perjura! Agradece que todavía te quiero, pues de otra suerte....

—Dime a lo ménos....

—¡Silencio! Juana, i déjate de disculpas. No quiero ser tu marido.

—Pero Pepe ¿de qué proviene tan repentina mudanza? dijo Juanilla casi sollozando.

—¿I todavía tratas de disimular, dengosa?.... ¿Conoces?—exclamó reprimiendo difícilmente sus iras el celoso Pepe i poniendo ante los ojos de la admirada Juana un ramilletillo de flores.

—¿Lo conoces? volvió a decir con sorna.

Juana quedó lela, absorta, fria como una estátua.

—¿Dónde lo encontraste? preguntó.

—I tú ¿a quién se lo diste?

—¿Yo? ¡A nadie!

—¿A nadie, infiel?

—¡A nadie! ¡Te lo juro!—exclamó Juana llorando a grito herido. Bien sabes que para tí guardaba esas flores.

—¿Para mí? ¡Bah! Déjate de lisonjas, muchacha. ¿Para mí las guardabas en el escritorio de mi amo?

—¡Cómo! ¡En su escritorio!

—¡Vean qué admiracion!

—No hai duda: ¡hemos sufrido una equivocacion divertida! exclamó Juana, pensando mui gravemente en que talvez las flores esas no eran las suyas.

—Equivocacion, repitió meditabundo Pepe.—Mira, es ver-

dad.... bien puede ser.... i como iluminado por una idea salvadora, se dió a gritar locamente ¡eso es! ¡eso es!

La desolada fregona recompuso su cara de viérnes santo i gritaba al par con su novio: ¡Eso es! eso es! ¡pura equivocacion! i ámbos dispararon en sendas carcajadas que era de alegrar a un muerto.

—¿Me quieres? le dijo Pepe, rebosando ternura.

—Así. Un poquillo, murmuró Juana, melindreando como una actriz de comedia.

—¿Me perdonas el mal que te han hecho pasar mis celos?

—¿Eso?.... Talvez. Con presupuesto de que acudirás a la cita tan puntual como de costumbre. Ya sabes: en la última ventana que da a la calle te espera esta desdichada. ¡Mira que no faltes! boca de agraz.

—¡Anda Juanilla!

—¡Adios insulso! le contestó la muchacha, zarandeando ese cuerpo como una vara de mimbres: i se dirijió risueña al mercado entonando una cancion de amores; miéntras él fumaba su cigarrillo i buscaba en su imajinacion la luz necesaria para evitar un rompimiento.

CAPITULO III.

EN QUE SE DESCRIBE EL DESPERTAR DE UN SONÁMBULO.

No era ya mui temprano, i el sol que, segun muchísimos datos, debia presentarse esa mañana a las seis i media, se estaba oculto detras de un cortinaje de nubes que así permitian verlo como si se hallase en la Turquía.

I sin embargo, era cierto que está allí. Habia recorrido los cielos mostrándose en unas partes en toda su esplendorosa majestad; lanzando en otras sus rayos entre dispersos nubarrones; secando por allá benéficamente las ropas que le presentaban las lavanderas; por acullá derritiendo las nieves i las escarchas, i entrándose impertinentemente por las alcobas a despertar a sus perezosos moradores.

La lectora i su vecino pertenecian a este número.

Ambos se habian dormido la pasada noche acariciando en su mente quimeras deslumbradoras, arrullados por mil cánticos jubilosos que el amor preludiaba a sus oidos.

Lo primero que ella vió al despertarse (en imajinacion se entiende), fué a su amante vecino; de igual manera que el vecino, lo primero que saludó al volver de sus correrías por los cielos, fué la imájen querida de la lectora.

¡Oh! ¡quién pudiera referir los ensueños de esa noche para uno

i otro tan memorable en las respectivas historias de sus vicisitudes juveniles! Baste decir que el paraiso era estrecho para contener las venturas que se forjaban en sus divagaciones amorosas. ¡Qué de suspiros confundidos i de frases entrecortadas! ¡qué misterios! ¡qué felicidad! ¡qué gloria! ¡qué exuberancia de colores en esas fantasías! ¡qué impetuosidad de sentimientos en esos corazones!....

El vecino, aunque despierto, soñaba todavía sentado cómodamente en su sitial, riéndose de vez en cuando sin advertirlo, halagado por sus espléndidos desvaríos, cuando Pepe entró a su aposento, no sin grave riesgo de experimentar las resultas de su osadía.

—¿Qué haces ahí?—le preguntó el vecino con mal disimulado enojo.

—Venia a decirle a Su Merced.... a ver si Su Merced podria decirme....—dijo titubeando el acongojado Pepe sin acertar a expresarse de mejor modo.

—¡Vamos! explícate luego o vete, porque tengo que hacer.—(Soñar despierto con la lectora.)

—Espero que Su Merced no llevará a mal que le diga....

—¿Qué cosa, hombre de Dios? ¿qué cosa?

—Que ha padecido Su Merced una equivocacion.

—Pronto dí: ¿en qué consiste?

—En que las flores que Su Merced tenia sobre el escritorio...

—¿Qué hai con ellas?

—No son de Su Merced.

—¡Hola! ¡con que esas tenemos!.... ¿Serán quizá tuyas?

—Como Su Merced lo dice.

—¿Sí? ¡Vaya, vaya! cuéntame eso, Pepe.—I el vecino tuvo allá en su entendimiento un mal juicio. Este muchacho está ebrio, se dijo; habrá que tolerarle por ahora, que despues ya veremos....—Cuéntame eso, Pepillo, volvió a decir atusándose el mostacho.

Pepillo prosiguió:

—Ese ramo que a Su Merced le dieron....

—¿Cómo lo sabes?

—¡Bah! ¡si ella me lo dijo!

—¿Qué te dijo?

—Que se lo dió a Su Merced por pura equivocacion, creyendo que era este infeliz pecador, dijo Pepe con finjida modestia, señalándose a sí mismo.

—Pero, ¿cómo?—balbuceó el vecino con turbacion creciente.—¡Cómo que era para tí!

—Ya yo sabia que me lo reservaba, contestó sumamente satisfecho el bueno de Pepe.

—¡A tí te lo reservaba! ¡a tí! ¿I qué tienes tú que ver con esa hurí, con ese ánjel? exclamó cada vez mas frenético el vecino.

—(¡Ese ánjel!.... ¡Qué buen gusto de hombre!) Ese ánjel, amo mio, me quiere como a su vida, i yo le correspondo como buen cristiano. Le costará a Su Merced creerlo; pero cosas mucho mas raras se ven todos los dias.

—(¡Lo ama!.... ¡Qué mal gusto de mujer!) ¡Pero, hombre, si eso no puede ser, es imposible! ¡es una ilusion, un desvario, una locura!

—¡Locura! ¡Por la Vírjen del Cármen que es la verdad! o si nó, pregúnteselo a ella misma ¡i verá cómo lo canta!

El vecino ya no le escuchaba. Habia caido de la cumbre de su quimérica bienandanza i se revolvia en el polvo del desengaño. Habíase estrellado en la prosa su espíritu novelero: sus ambiciosas esperanzas, con los castillos que formó en el aire su mente soñadora, se desvanecieron como la espuma, como los matices del íris, como la sombra de un ave pasajera.

¡Pobre vecino! ¡si era tan impresionable i romanesco!

CAPITULO IV.

UN SALTO DE MUJER.

Lectora, amable lectora, discreta, sentimental, agraciada, ¿qué haces ahí, dime, (dispénsame que te hable de *tú*, pues así se estila en las novelas) ¿qué haces ahí con ese libro que no lees, en este mundo que no tocas, con esas lágrimas que no sientes, revolviendo en tu acalorado cerebro románticas aventuras que encontraste en el millon i medio de novelas que hasta la fecha has conseguido; inventando otras nuevas, como si aquéllas no fueran suficientes; i pensando en el ave que canta, en la brisa que llora, en el raudal que suspira; en ese ataud i aquellas flores secas, en este rubicundo mancebo i aquel misterioso encapuchado?

¿Qué haces ahí? Ya lo sé. Esperas a que las sombras vengan a anunciarte la próxima llegada de tu vecino i a renovar las escenas de la noche anterior. ¡Cuán largo se te ha hecho este dia que ha desaparecido como un destello para aquel par de felices enamorados!

Pero ya el sol se ha escurrido detras de las últimas cordilleras: fuése a dar las doce a las islas del mar Pacífico; miéntras la noche se nos entra por el otro lado a hurtadillas i silenciosa con su cortejo de caritativas mozuelas i galanes enamorados, de pillos, rateros, ladrones i demas buena jente que acostumbra pasearse a tales horas.

Era bien entrada la noche cuando la lectora, que aun estaba como en éxtasis reclinada sobre un escaño del jardin, percibió un murmullo como de dos personas que conversaban acalorada-

mente. Dirijió en silencio sus pasos a donde las voces sonaban, i se encontró en su aposento.

Los postigos estaban a medio abrir, i apesar de la oscuridad, se distinguia confusamente en la calle la persona de un hombre, con el cual departia de amores la incauta cocinera.

—Juana mia, ¿prometes serme fiel?

—Sí, sí; toda mi vida.

La doncella cerró precipitadamente la ventana porque oyó un jemido i se escabulló como una liebre.

¿I la lectora?.... ¡Pobre lectora! ¡Caer desde tan alto!

Mesóse los cabellos, se arrugó los vestidos, maldijo de los hombres, hizo lo posible por desmayarse, i finalmente se largó a llorar.

De cuando en cuando, ahogada por los sollozos, repetia:

—¡Enamorarse de una mujer de esa especie! ¡Preferir una cocinera a.... (la lectora se detenia modestamente.) ¡I yo que me imajinaba ser la diosa de sus pensamientos! ¡pospuesta a una cocinera! Pues anoche me equivocó sin duda con Juanilla.... Por eso venia llamando tan confiadamente a mi pieza. ¿Pues nó? ¡si aquí tienen sus citas amorosas!

I seguia con otras cosas tales como éstas, concluyendo por declamar en el tono mas dramático la siguiente conocida estrofa:

"¡Cuánta mudanza en un dia!
Ayer iba al paraiso,
I naufragó de improviso
Toda la esperanza mia."

i tornaba a llorar i a quejarse i a renegar del jénero humano.

¡Pobre humanidad! ¡Pobre sexo masculino, sobre todo! ¡i qué de imprecaciones se descargaron sobre tí en aquellos instantes!

I entre tanto ¿qué habia sido del vecino?

Repuesto de la primera congoja, quiso por sus propios ojos cerciorarse de la verdad de su desventura, i con tal objeto se dirijió ya de noche a las propicias rejas de la consabida habitacion. ¿Cuál no seria su asombro i su cólera a un tiempo mismo al oir que Pepe requebraba a Juanilla como a su novia?

Comprendió entónces la equivocacion en que él i Pepe habian incurrido, aunque prefirió disimularlo todo para evitar las habladurías de ámbos criados.

Una vez que éstos se despidieron, el vecino, que se habia apartado a alguna distancia, tornó al lugar de la cita i dió respetuosamente un golpe mui quedo.

La lectora acudió inmediatamente al reclamo, determinada a

lanzarle la mas furibunda invectiva de cuantas han herido los tímpanos de donceles enamorados.

Abre, i se encuentra cara a cara con el vecino, que sonreia deliciosamente.

Ella hubiera deseado entónces la facundia del mas elocuente de los oradores de novela para confundirlo, escarnecerlo, convertirlo en la estátua misma del desengaño. Pero la deseada facundia no tuvo a bien presentarse. Ella continuaba muda i el vecino sonreia cada vez mas. Por fin, éste se atrevió a desplegar sus labios:

—Me parece, le dijo, que he sido puntual a la cita.

—¿Qué cita le he dado a Ud.? ¿Me toma acaso por alguna sirviente? le contestó la lectora en el tono mas agrio que pudo dar a sus palabras.

Al otro le dió que pensar semejante recibimiento, i exclamó para su capote (llevaba capote el vecino):—¿Quién sabe si verdaderamente me equivocaria anoche?—pero no lo dijo, pareciéndole que eso debia callarse como poco halagüeño para la condicion de la lectora, i no nada conveniente a su propia i natural perspicacia.

Resolvió, no obstante, hacer una última tentativa.

—Usted rechaza ahora mis atenciones, dijo a la lectora, apesar de que anoche ...

—¿Anoche? ¡já, já, já! ¡anoche! ¿Por ventura Ud. se imajina estar hablando con Juanilla la cocinera?

El vecino se puso como una furia. ¡Darle por amante a una fregona! ¡Eso no era tolerable!

—Yo no he cortejado nunca, señorita, sino a personas de mi calidad, exclamó el vecino reprimiendo lo mejor que pudo sus iras.—Si yo he sido víctima de algun engaño, Ud. tambien puede serlo, i eso no afea la conducta de nadie. Lamento su lijereza, señorita. A los piés de Ud ...

—Que pase Ud. mui bien, cabellero, dijo graciosamente la lectora entre pensativa i confusa.

I el uno se fué a llorar un desengaño, i la otra a renegar prolijamente del sexo masculino, amenizando los intermedios con estos o semejantes desahogos:

"¡Cuánta mudanza en un dia!
Ayer iba al paraiso,
I naufragó de improviso
Toda la esperanza mia!"

CAPITULO V.

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA COLOCARLO A CONTINUACION DEL CAPÍTULO IV.

En casa del vecino:
PEPE:—¿Su Merced me llamaba?
—Sí, hombre. Dime: ¿quién es tu novia?
—¿Quién?.... ¿Quién ha de ser sino la misma?
—Pero ¿quién es ella?
—¡Cáscaras! Su Merced se mofa.... Juanilla.
—¡Juanilla la cocinera!
—La misma.
—¿I por qué no lo dijo esta mañana el mui bellaco?
—Si creí que Su Merced sabia.... Pues.... i el ramo....
—¡Qué ramo! ¡ni qué pepinos!.... ¡Bribon, rústico, insolente! El lúnes enteras mes i ese mismo dia buscarás a donde mudarte. ¿Me entiendes?

El pobre Pepe inclinó resignado la cabeza i se retiró.

El vecino, triste como una plegaria, se echó a llorar largo trecho; pero abatido por tantas contrariedades como habia experimentado en un solo dia, se quedó mui luego profundamente dormido.

CAPITULO VI.

CATÁSTROFE, I CITAS DE VARIOS DISTINGUIDOS AUTORES QUE LA CORROBORAN.

"Esto que oye, i se cubre de súbita palidez."

AVERRÓES.

"Por poco la chica no se desmaya."

CONFUCIO.

"No llores, hija de Morven, las brisas del silencioso Croma llevarán tus suspiros hasta esa nube solitaria en donde reside tu amante."

OSSIAN.

"¿Por qué jimes, doncella enamorada?"

INSCRIPCION DE UN MONUMENTO DE LOS INCAS, HALLADO ENTRE LAS RUINAS DEL CUZCO.

En casa de la lectora:
LA MAMÁ DE LA LECTORA.—Juana ¿es verdad que te casas?
—Sí, señora.

—I ¿quién es el novio?

—José Rámo, el cochero del vecino.

La lectora empalidece, jime, suspira, llora, se retuerce desesperadamente las manos i murmura entre dientes: ¡Maldita equivocacion! ¡Era Pepillo!....

EPILOGO.

A Juana i a Pepe los despidieron sus respectivos señores, i se casaron.

El vecino se mudó de esa calle que le habia sido tan fatal i se ha enamorado perdidamente de otra vecina; pero dejándose ahora de las necias novelerías que le movieron a emprender aquella conquista de tan desastrosas consecuencias.

¿I la lectora?

Ahí la teneis. Todavía no vuelve de su lamentable paroxismo, de su doloroso abatimiento. Sola, triste i desmazalada; sin que su orgullo le permita darle al vecino las debidas explicaciones; caida desde las alturas de su idealismo en el precipicio de la abrumadora realidad: ¿qué espera? ¿quién la sostiene?—Solo el amor; la espectativa de un nuevo amante.

El autor de este mal acondicionado cuentecillo se ofrece galantemente a consolarla. Guarda en su alma un tesoro inextinguible de amor, bastante para abrasar con sus fuegos a todas las lectoras habidas i por haber: él puede hacerlas felices con su sincero cariño, su constante solicitud, su ternura incomparable.

Oh, tú, quien quiera que seas, amable i hechicera lectora, toma mi amor i dame en cambio el tuyo: tú serás mi única ilusion, mi vida, mi luz, mi encanto....

Coro de lectoras.—Caballero, Ud. debe tomar en cuenta que algunas de nosotras somos casadas.

El autor.—No reza con vosotras, ánjeles caidos, mi desinteresada oferta.

—Por otra parte, Ud. olvida, señor autor, que nosotras, pese a su modestia, somos mas de una.

—¿I qué?

—Que a Ud. no le es dable satisfacer esta sed de amor en que nuestros corazones arden. Ud. podrá amar a una, i esa corresponderle a Ud., si es que lo estima por conveniente; pero las demas ...

—¡Las demas! ¡Bah! Para las demas tengo yo buenos amigos. Ya los repartiré entre vosotras i vereis ¡qué cielo!

Para tí la de rubia cabellera, alta, delgada i melindrosa, te reservo aquel que allí ves: bajo, rechoncho, discreto i franco hasta la pared de enfrente. A tí tan risueña, coloradilla i pelinegra, te

conviene ese mozo de las rubias patillas i de carácter grave i meditabundo. I tú tan dulce i afable no podrás ménos de ser mui feliz con aquel de fisonomía seriota que allí se ostenta.

Pero tú, tú la de grandes i rasgados ojos; de mirar lánguido i apacible, de negra i sedosa cabellera; de cadencioso andar i gallardo cuerpo; de voz tan suave i melodiosa como los sonidos de una cítara: tú serás para mí, pues mas de una vez te has presentado a mis sueños, meditaciones, lágrimas i delirios; tú estás destinada a embellecer mis horas de soledad i de sufrimiento, mis dias, mis largos dias de melancólica tristeza.

Así concluye esta novela que me entregó un amigo mio, empeñándose en darla a conocer del público, porque dice que es del linaje de las sentimentales, que tanto agradan a la mayor parte de la jente. Quise yo con muchos i mui oportunos argumentos disuadirlo de su temeraria empresa; pero cuantas consideraciones me sujirió mi buen deseo, tantas fueron a estrellarse contra su obstinacion imperturbable; hasta que viendo yo el poco fruto que me granjeaba mi trabajo i lo mucho que mi contrariedad le indisponia, vine en acojerme a su parecer i a alentarlo en sus descabelladas aspiraciones.

Santiago, mayo 2 de 1877.

Francisco CONCHA CASTILLO.

ROSAS I JAZMINES.

Por penetrar se afana,
A traves del jazmin de su ventana,
Suave rayo de luna tembloroso,
Que al posarse en la cándida cortina,
Que cobija su sueño pudoroso,
Suspira, tiembla i débil la ilumina.

Duerme, duerme: su lecho
Sabe que vela el maternal cuidado;
El aliento tranquilo de su pecho
Es el son acordado

Con que el arroyo plácido murmura
Al cruzar soñoliento la espesura.

Sobre la blanca almohada,
Por sus cabellos rubios sombreada,
Reclínase su frente,
Reflejando la dulce paz del alma,
Tan pura e inocente,
Que al mirarla se siente
Ese tranquilo anhelo i vaga calma
De las noches de estío
En que dulces aromas se respiran,
En que los labios callan i suspiran
I se escucha rodar lejano el rio.

A traves de sus párpados cerrados
Brilla una claridad suave i tranquila,
La luz celeste de su azul pupila;
I al entreabrir sus labios sonrosados
Escuchar se creyera
Aquel vago murmullo
Con que entreabre el clavel en primavera
Su prístino capullo.

La blanca mano sobre el seno posa.
I siguiendo su blando movimiento
Parece acariciar un sentimiento
Que, aunque oculto i dormido, no reposa.
Por eso se desliza
Una sonrisa casta i ruborosa
Que acaricia su frente,
Que sus labios ajita levemente,
Que su mejilla cándida colora,
Cual aura leve que en la tarde riza
El lago transparente
Del nocturno misterio, precursora.

El ánjel a su lado,
En los labios el dedo,
La contempla extasiado;
I en su faz luminosa se refleja
Un mundo de ternura
Cuando el murmurio ledo
Del virjinal aliento escuchar deja
Esa vaga armonía
De ese mundo ideal de un alma pura,
Mundo feliz de casta poesía.

I trémulo de amor, amor tan santo,
Amor que el hombre vil jamas comprende,
Sobre la niña tiende
De sus alas de pluma el blanco manto,
Cual si guardar quisiera
Bajo ese pabellon puro i temblante
El aroma fragante
Del sueño de la vírjen hechicera.

¿Sueña talvez que brilla la mañana,
I su jazmin le ofrece por presente
Alguna nueva flor blanca i hermosa,
Como la casta frente
Que su corola cándida engalana?
¿O talvez, cual lijera mariposa,
Entre rayos de luna a su ventana
Llega un suspiro ardiente
I en sus labios se posa?

Duerme, duerme: se ajita
Su labio, cual si un nombre pronunciara,
Su corazon palpita
Que con su mano blanca en vano oprime
I suspira, i el ánjel se separa
Del lecho i al partir doliente jime.
I cariñoso sobre el pecho lleva
El suspiro inocente;
En el albo jazmin lágrima ardiente
Deja i al trono del Señor se eleva.

Cuando al brillar radiante la mañana
Acercóse al jazmin de su ventana
A cojer una flor la niña hermosa,
Que ornato fuera de su frente bella,
Lágrima ardiente resbaló por ella
I una inquietud extraña i misteriosa
Conmovia su alma
En vez de la perdida dulce calma.
Un boton sonrosado que entreabria
Su cáliz a la luz por vez primera,
Donde el blanco jazmin ántes solia
Enredóse en la suelta cabellera.
¡Dichosa edad que encuentra en los jardines
Frescas rosas i cándidos jazmines!

R. LARRAIN C.

COMALA.

POEMA DRAMÁTICO.

MACPHERSON-OSSIAN.

ARGUMENTO.

Este poema es notable por la luz que arroja sobre la antigüedad de las composiciones de Ossian. El Caracul aquí mencionado no es otro sino Caracalla, el hijo de Severo, el cual dirijió en 211 una expedicion contra Caledonia. La variedad de ritmo hace creer que fué orijinalmente puesto en música, i quizás cantado en presencia de los jefes en ocasiones solemnes. La tradicion nos ha conservado la historia mas completa que el poema. "Comala, hija de Sarno, rei de Inistore, o de las islas Orkney, se enamoró de Fingal, hijo de Comhal, en una fiesta a que el padre de ella lo habia invitado, (Fingal, L. III) a su vuelta de Lochlin, despues de la muerte de Agandecca. Tan violenta fué su pasion, que le siguió disfrazada de hombre i afiliándose en sus ejércitos. Pronto fué descubierta por Hidallan, hijo de Samor, uno de los héroes de Fingal, que la amaba desde algun tiempo atras. Su belleza i romántica pasion impresionaron tanto al rei, que habia determinado tomarla por esposa, cuando tuvo noticias de la expedicion de Caracul. Marchó a detener los progresos del enemigo, i Comala lo esperó. Dejóla en una colina a vista del ejército de Caracul, habiéndola ántes prometido volver esa noche, si sobrevivia al encuentro." Del poema mismo puede sacarse la continuacion de esta historia.

PERSONAJES.

Fingal.	Melilcoma.	Hijas de Morni.
Hidallan.	Dersagrena.	
Comala.	Bardos.	

DERSAGRENA.

Terminó la caza: solo se oye en Ardven el bramido del torrente. Ven de las riberas del Crona, hija de Morni; ven, i depuesto el arco, toma el arpa. ¡Llena de encantos llegue la noche; grande sea en Ardven nuestro júbilo!

MELILCOMA.

¡Apriesa viene la noche, vírjen de azules ojos! mas i mas se oscurece la llanura. Ví un ciervo junto al Crona; musgoso mon-

tecillo de arena al traves de la niebla semejaba. Mas, luego se alejó brincando; jugaba un meteoro en sus ramosos cuernos. Desde las nubes de Crona miraban los terribles rostros del pasado.

DERSAGRENA.

Señales son esas de la muerte de Fingal. ¡Cayó el rei de los escudos; de Caracul es la victoria! ¡Levántate, Comala, de la roca! ¡levántate llorando, hija de Sarno! Sucumbió el jóven de tu amor; su sombra está en nuestros collados.

MELILCOMA.

¡Desolada está allí Comala! Dos grises alanos sacuden junto a ella las toscas orejas i cazan los insectos voladores. Apoya en el brazo la rosada mejilla; el viento de la montaña ajita sus cabellos. Hácia el campo de su prometido dirije los azules ojos. ¡Oh Fingal! ¿dónde estás? Extiéndese mas i mas el velo de la noche.

COMALA.

¡Oh Carun de los rios! ¡Por qué veo a tus aguas correr ensangrentadas? ¿Duerme el rei de Morven al estrépito del combate? ¡Sal, luna, hija del cielo! asómate por entre tus nubes: sal, que pueda yo contemplar el brillo de su acero en el campo de su prometida. O mas bien venga el meteoro que alumbró a nuestros padres durante la noche; venga con su roja llama a guiarme hácia mi héroe caido. ¿Quién me defenderá del dolor? ¿Quién del amor de Hidallan? Largo, largo tiempo pasará ántes que Comala contemple a Fingal en medio de su hueste; radiante como la salida de la mañana por entre las nubes de una temprana lluvia.

HIDALLAN.

Dilátate en la senda del rei, dilátate, oh niebla del lúgubre Crona. Vélalo a mi vista. ¡Oh, si pudiera olvidar a mi amigo! Esparcido está el ejército; en torno de sus estrepitosas armas no se agrupa ya la muchedumbre. Ajita, ¡oh Carun! tu corriente ensangrentada; ha sucumbido nuestro jefe.

COMALA.

¿Quién cayó en las márjenes sonoras del Carun, hijo de la noche? ¿Era blanco cual la nieve de Ardven, radiante como el íris de las lluvias? ¿Eran sus cabellos cual la niebla del monte, ondeante i suave en dia de sol? ¿Como el trueno del cielo era en la lid; veloz como el corzo del desierto?

HIDALLAN.

¡Oh! ¡quién me diera ver a su amado, hermoso ante la roca de la amada! Llenos de lágrimas los enrojecidos ojos, oculta la ardiente mejilla entre sus rizos. ¡Sopla, suave brisa! esparce los undosos cabellos de la vírjen, que pueda contemplar su blanco brazo, su mejilla hermosa en el dolor!

COMALA.

¿Murió el hijo de Comhal, jefe de la dolorosa historia? El trueno retumba en el collado; vuelan en ígneas alas los relámpagos: mas, no aterran a Comala, pues Fingal ha muerto. ¿Sucumbió el hendedor de escudos, jefe de la llorosa historia?

HIDALLAN.

Esparcidas están las huestes en los collados: ya no volverán a oir la voz del rei.

COMALA.

¡Confundido seas en tus llanos! ¡arruinado seas, rei del orbe! ¡Pocos pasos te separen de la tumba; que una vírjen te llore! ¡Sea ella semejante a Comala, llorosa en los dias de su juventud! ¡Oh! ¿por qué me dijiste, Hidallan, que mi héroe ha muerto? Un poco mas podia haber esperado su vuelta; podia haber creido verlo en el lejano monte; un árbol podia haberme presentado ilusoriamente su figura; podia haber creido escuchar el son de su cuerno en el viento de la montaña. ¡Oh! ¡quién me diera estar en las márjenes del Carun! ¡quién me diera derramar en su rostro lágrimas de fuego!

HIDALLAN.

No yace en las riberas del Carun: en Ardven diéronle los héroes sepultura. ¡Contémplalos, oh luna, desde tus nubes; en su pecho caiga tu rayo, que Comala pueda verlo al esplendor de su armadura.

COMALA.

¡Deteneos, hijos del sepulcro! ¡dejadme ver a mi amado! Sola dejóme en la caza; yo ignoraba que iba al combate. Dijo que con la noche tornaria ¡el rei de Morven ha vuelto! ¿Por qué no me

dijiste que moriria, trémulo morador de la montaña? (1) Lo viste en la sangre de su juventud; mas, no lo dijiste a Comala.

MELILCOMA.

¿Qué clamor en Ardven? ¿quién resplandece en el valle? ¿Quién viene, como el ímpetu de los rios, cuando brillan a la luz de la luna sus aguas tumultuosas?

COMALA.

¡Quién sino el enemigo de Comala, el hijo del rei del orbe! ¡Sombra de Fingal! dirije desde tu nube el arco de Comala. Caiga Hidallan como el ciervo del desierto.... ¡Es Fingal entre las sombras de los suyos! ¿Por qué vienes, amor mio, a aterrar i deleitar mi alma?

FINGAL.

¡Cantad, oh bardos! ¡cantad las guerras del torrentoso Carun! Huyó Caracul ante nuestras armas, en los campos de su vanagloria. Mui léjos fué a extinguirse, como un meteoro que encierra a un espíritu de la noche, cuando hácia el matorral lo lleva el viento i fulguran en torno las lúgubres selvas.—¿He oido una voz, o fué la brisa de mis colinas? ¿Es la cazadora de Ardven, la de albas manos hija de Sarno? Mira desde tus rocas, amor mio; ¡oiga yo la voz de Comala!

COMALA.

Llévame a la caverna de tu descanso ¡hijo hermoso de la muerte!

FINGAL.

Ven a la caverna de mi descanso; cesó la tempestad, el sol alumbra nuestros campos. ¡Ven, cazadora del sonoro Ardven, ven a la caverna de mi descanso!

COMALA.

¡Con su fama ha vuelto! ¡En toda la fuerza de sus lides lo contemplo! Mas, permaneceré junto a la roca, hasta que pase el miedo de mi alma. ¡Aproximad el arpa; cantad, hijas de Morni!

(1) *Morador de la montaña.* Un druida.

DERSAGRENA.

Tres ciervos mató Comala en Ardven; en la roca asciende la llama: ¡oh rei del selvoso Morven! vé a la fiesta de Comala.

FINGAL.

Las guerras del torrentoso Carun celebrad, hijos del canto; miéntras contemplo la fiesta de mi amor, regocíjese mi vírjen de albas manos.

BARDOS.

¡Corre, turbulento Carun, corre alegremente; huyeron los hijos del combate! Ya no se ven los corceles en nuestros campos; hácia otras tierras tendieron las alas de su jactancia. En paz brillará el sol ahora, gozosas descenderán las sombras. Resonará la voz de la caza; colgados serán al muro los broqueles. Será la guerra del mar nuestra delicia, teñirá la sangre de Lochlin nuestras manos. ¡Corre, turbulento Carun, corre alegremente; huyeron los hijos del combate!

MELILCOMA.

¡Descended, nieblas lijeras, de lo alto! ¡Llevad, rayos de luna, el alma de Comala! ¡Pálida yace la vírjen en la roca; Comala ya no existe!

FINGAL.

¿Murió la hija de Sarno, mi amada de albo seno? Visítame, Comala, en mis matorrales, cuando esté solitario cabe las fuentes de mis colinas.

HIDALLAN.

¿Cesó la voz de la cazadora de Ardven? ¡Oh! ¿por qué conturbé el corazon de la vírjen? ¿Cuándo volveré a verte gozoso en la caza de la oscura cierva?

FINGAL.

¡Jóven de sombría frente! no mas festejarás en mis moradas. No perseguirás mi caza, no caerán bajo tu espada mis enemigos. Condúceme al lugar de su reposo, que contemple su hermosura. Pálida yace en la roca, ajita su cabellera el viento helado. La

cuerda de su arco vibra al viento, rompióse en su caida la saeta. ¡Cantad a la hija de Sarno! a los vientos del cielo dad su nombre.

BARDOS.

¡Mirad, fulgurantes meteoros circundan a la jóven! ¡Mirad, en rayos de luna su alma asciende! Los rostros majestuosos de sus padres, desde sus nubes la contemplan; ¡allí está Sarno de sombría frente, allí los enrojecidos ojos de Fidallan!—¿Cuándo despertará tu blanca mano, cuándo se oirá tu voz en nuestras playas? En el matorral te buscarán las doncellas, mas no te encontrarán. Con frecuencia visitaráslas en sus sueños para infundirles paz. Tu voz quedará siempre en sus oidos, pensarán con júbilo en sus sueños. – ¡Mirad, fulgurantes meteoros circundan a la jóven, en rayos de luna su alma asciende!

JUAN R. SALAS E.

CONSTANCIA.

Voi a referir un cuento que oí hace algunos años, una de esas infinitas historias que acostumbran relatar los maestros para crear en el corazon los dulces i grandes sentimientos, enseñando al mismo tiempo que jamas el hombre debe anonadarse miéntras tenga firme la voluntad i la norma del alma sea el bien.

Hermo era un pueblo del sur de Méjico, pequeño en extension i de un reducido número de habitadores, aunque poseia todas las comodidades i era de bastante importancia en sí, pues estaba rodeado de valiosas haciendas, cuyos propietarios habian hecho de él el centro de sus comunicaciones, construyendo al mismo tiempo arreglados edificios, desde donde, sin desatender los campestres negocios, pudieran gozar de la union con las familias i de la dicha del hogar.

Nada faltaba a Hermo: hermosa capilla donde cien amantes se unieron para siempre jurándose eterno amor, i donde a cien anjelitos el anciano i respetado cura dió el nombre que debieran llevar en el mundo; a su lado la escuela, i en rededor de ellos

cien blancas casitas ocultas entre los árboles como los polluelos que se ocultan bajo el ala de su madre; allá, perdido a la distancia, un vasto i tranquilo lago, i mas allá, mui léjos, tras la colina, el campo santo.

Ambrosio Lorca, hombre de unos cincuenta años de edad, era uno de los hacendados de Hermo; aunque no de una sobresaliente fortuna, pasaba en el pueblo por un acaudalado agricultor; toda su familia se componia de su adorada esposa Cecilia, su hermano Pablo i su hijo Osvaldo, único hijo que el cielo quisiera concederles. Todo era placer i felicidad en esa familia: los hombres ocupados en el trabajo de la hacienda, la bondadosa Cecilia en los quehaceres de la casa, i Osvaldo, aun era niño, asistiendo al colejio, para poder mas tarde continuar estudiando en la capital, pues tales eran las intenciones que sobre él tenia Ambrosio.

En un pueblo como Hermo, naturalmente todos se conocian, i aunque habia tambien grandezas, existia sin embargo la confianza; el mundo no habia llevado aun a Hermo la etiqueta; no es de extrañar, pues, que existiendo esa confianza tan dulce i bella que se encuentra en los pueblos pequeños, esa confianza que nace yendo juntos a la escuela i jugando juntos los domingos por la tarde en la puerta de la iglesia, despues de haber oido el catecismo, no es de extrañar, pues, que juntos con nacer los sentimientos nacieran tambien las afecciones.

Osvaldo contaba catorce años i acababa de tener la desgracia de perder a su padre; de un carácter suave i afable, de comprension nada tarda, lleno de entusiasmo i al mismo tiempo de humildad, era mui querido en todo el pueblo. Sin embargo, nadie podia mirar al simpático Olvaldo sin encontrar en él algo excepcional; un tinte de tristeza sombreaba sus actos; parecia vivir en una esfera superior a su edad; el cumplimiento del deber parecia solo su norma. Esa tristeza i esa seriedad llamaban siempre la atencion; su misma madre, al ver a Osvaldo distraido i cabizbajo entrar en su casa al volver de la escuela, le preguntaba:

—¿Qué tienes? ¿te falta algo, querido hijo mio?

—Nada, madre mia; estoi contento, era siempre la respuesta de Osvaldo, acompañada de una sonrisa melancólica i afectuosa.

¡Solo el corazon de una madre pudiera engañarse! ¡Son tan egoistas las madres! Es tanto lo que aman a sus hijos, que no conciben que ellos puedan amar a otros séres que a sus mismas madres.

Así pasaba a Cecilia: queria tanto a Osvaldo, que nunca imajinó que él amara a otra persona que a su madre, i sin embargo, Osvaldo amaba; ¿quién puede sujetar el corazon? Si se hubiera ocurrido a Cecilia velar el sueño de su hijo como cuando era niño, quizá, ¡ai! junto con el nombre de ella, hubiera oido escaparse de sus labios el nombre de María. Sí, Osvaldo amaba a María; ni

ño aun, propietario de una modesta fortuna i amando al ánjel mas hermoso, no podia ménos que esperar la felicidad, i el hombre, cuando espera ser feliz, tiene que ser triste; porque encontrando su dicha i su placer en el pensamiento de su porvenir, tiene que contraerse a sí mismo, i eso es para los demas la tristeza.

Antigua intimidad i mútua deuda de beneficios unia desde mucho tiempo atras la familia de los Versa a la de Osvaldo. Versa era el apellido de María; ella, Diego i Laureana, sus padres, dos hermanos mayores que ella i el pequeño Juanito, componian toda la familia. Aunque era Diego de un carácter terco i de índole perversa, tenia un gran aprecio por Cecilia i Osvaldo, i bien correspondian ellos, convidando siempre a su familia a las frugales comidas que los domingos, despues de misa, tenian bajo el emparrado de la huerta; un mismo bote conducia siempre a las dos familias en los paseos que en las tardes de verano hacian los pobladores de Hermo en su apacible lago. La amistad i la dicha reinaban entre las dos familias. María era el ánjel de la familia, su belleza i su bondad hacian de ella la mas amable de las hijas, la mas querida de las hermanas. Un año menor que Osvaldo, eran ya su corazon i su cuerpo los de una mujer: su tez morena, sus ojos grandes i negros, dulces como el sonreir de la esperanza, ardientes como el refuljir de las estrellas, su frente noble i pura, sus mejillas tersas i unos labios vivos i lacres como el coral, que, dejando escapar una sonrisa, mostraban tras ellos escondidos unos dientes mas albos i blancos que las perlas del mar; su aire sereno, su talle jentil, hacian de ella, mas que una hermosa, un ánjel a quien Dios creara para morar en el cielo, i equivocada la naturaleza, trajera a la tierra.

No es de extrañar, pues, que María i Osvaldo, a quienes talvez una misma cuna meció cuando niños, que juntos talvez, mas tarde, aprendieron las primeras oraciones, i que juntos fueron dia a dia a la escuela, no es de extrañar, pues, que cuando el pudor apareciera en el alma de María, al darle Osvaldo una flor, viendo que un suave carmin teñia sus mejillas, ¿Qué tienes, le preguntó, por qué te avergüenzas hoi al recibir de mí esta flor? Una sonrisa i una mirada fué la respuesta de María, i ellos se comprendieron: se amaban. Esos niños que mil veces un mismo juego los divertia, i que solos corrian alegres i gozosos en los prados en pos de una misma mariposa, María i Osvaldo que ayer de manos entrelazados, vagaban sin inquietudes i sin pensar en mañana, bajo el verde follaje de los llorosos sauces del lago, formando juntos ramilletes para sus queridas madres, hoi al recordar sus cortas vidas i sus juegos i paseos i sus flores i su dicha en cada cosa veian la palabra amor.

¡Cuán variable es la vida! ¡quién creyera! esa flor que ayer Osvaldo, lleno de inocencia i dulzura dió a María, le mostró que su presente era el mas dulce existir, miraban su pasado i un solo

lazo de cariño en él hallaban, e ideando su porvenir no divisaban en él mas que un mundo de esperanza i de amor.

Desde ese dia, para los jóvenes amantes, todo cambió; las inocentes sonrisas se trocaron por miradas i saludos; jamas Osvaldo pasó al colejio sin que una flor pendiera de la reja de María, i en las contínuas reuniones de las dos familias, nunca María encontró ocupado el banco que Osvaldo tenia a su derecha; a la vuelta de los paseos, siempre un brazo se ofrecia a mitigar el cansancio de la bella María; entónces en esos paseos era donde María i Osvaldo, comunicándose sus corazones, se hacian mil juramentos de amor.

—Ves cual vuela ese pajarito, Osvaldo le decia; así como para volar él nació, así, María, solo para amarte he nacido yo; ves esa flor, marchita i seca, porque le ha faltado el calor de la luz, así es para mí tu amor; si tú no me amaras me moriria yo.

¿I de qué otra cosa podian hablar dos amantes de quince años si no de inocentes avecillas, inocentes como eran ellos, i de la flor bella i pura luz, pura i bella como era su amor? Una mirada de los ojos negros de María i un suave i elocuente estrechon de manos era siempre su respuesta: i en tanto sus padres los dejaban, no advertian que creciendo en edad aumentaba tambien su afeccion i sin sospechar siquiera eran testigos del mas casto idilio de amor.

Así pasaban la vida esos felices amantes; miéntras estaban juntos (que era casi siempre) para ellos no habia pasado, no vendria el porvenir; su presente, porvenir i pasado, su vida toda i su existir era solo su amor.

Mas cuando el deber los hacia separarse no acompañaban los mismos pensamientos su imajinacion, ni la misma alegría continuaba en sus almas, i a la manera que el cielo de las pampas, ahora claro, azul i hermoso, se cubre de negros nubarrones i el agua cae a torrentes repentinamente, i vuelve de nuevo a despejarse i momentos despues brilla el sol, así pasaba a las almas de María i de Osvaldo; eran felices i dichosos miéntras podian expresarse sus pensamientos, mirarse sus ojos, mas en la ausencia, cuando separados se hallaban, negra tristeza i oscuros pensamientos reemplazaban a la alegría en sus puros corazones.

Corria el mes de diciembre, i el 1.° de febrero Osvaldo debia partir a la capital para continuar sus estudios; ausencia larga, eterna para los dos amantes.

Este otro año, decia a Osvaldo un dia María, cuando esta planta de nuevo dé sus flores, tú te hallarás mui léjos de aquí; mañana pasaremos juntos la Noche Buena, el venidero diciembre ¡quién sabe que sea de nosotros!

—Qué hacerle, María, respondia Osvaldo, mi madre así lo quiere, fué la última voluntad de mi querido padre, en su lecho de muerte me lo pidió, i yo, aunque con el delirio de hoi, ya te

amaba, no pensé nunca que tanto me costara dejarte i se lo prometí; tengo que cumplirlo. Pero ¿por qué te aflijes? será corta nuestra ausencia, cinco años, i cuando yo vuelva, ya hombre, que pueda trabajar, iremos juntos ante el altar de esa Vírjen que tantas veces habrá sonreido mirándonos, i postrados ante ella, al lado de tu madre i la mia, nuestro querido cura nos dará para siempre el nombre de esposos; ¿por qué te aflijes, si esa corta ausencia nos ha de dar despues tanta dicha?

Sin embargo, por mucha que fuera su esperanza, por hermoso que se les presentara su lejano porvenir, la tristeza no podia ménos de abatirlos. En tanto el tiempo pasaba, i Cecilia junto con ver acercarse el doloroso dia señalado para la partida de su querido hijo, notaba, al mismo tiempo, que el sentimiento de Osvaldo iba aumentando a medida que el fatal febrero se aproximaba, i esta pena hacia sufrir doblemente al corazon de la desolada viuda; la mas rara casualidad vino a aclarar el misterio i a mostrar la causa del dolor de su hijo a la bondadosa Cecilia.

Era una tarde del poético enero: melancólica soplaba la brisa, formando con las aguas del lago pequeñas olas que iban a morir a la arenosa orilla; el sol, enviando los últimos reflejos de su vespertina luz, se escondia ya en el lejano ocaso; las familias de Hermo en agradable compañía paseaban en el lago, unos en lijeros botes que adornados con los vistosos trajes de los paseantes igualaban en gallardía a las góndolas de Venecia, otros mas tranquilos, vagaban en las orillas, entre los romosos sauces i octojenarios castaños; Cecilia, apoyada, en el brazo de Osvaldo, era una de estas parejas: conversaban indiferentes, sin preocuparse del viaje. Cecilia llevaba sus ojos fijos en el semblante de Osvaldo; parecia querer leer algo en él; éste, por el contrario, no hacia alto en la tierna mirada de su madre; ávido, ardiente, tenia su vista fija en una hermosa chalupa, que cual golondrina que riza su nítido plumaje sobre las aguas, surcaba el apacible lago: en ese bote iba María, como siempre bella, como siempre hermosa; sus ojos respondian a la elocuente mirada de Osvalda: todo era quietud i calma; de repente Osvaldo exhaló un grito i soltando el brazo de su madre se lanzó al lago, repitiendo el nombre de María. El bote que conducia a la familia de ésta habia dado un terrible choque contra una lancha, i abriéndose en el acto, sumerjió a sus tripulantes. A los gritos todas las barcas se reunieron, i con las sogas i los remos consiguieron salvar a cinco de los navegantes; sin embargo, María no aparecia, i los momentos pasaban; al bullicio sucedió el silencio, i la quietud al movimiento; en medio del pavor i del espanto apareció un jóven, que saliendo debajo del agua, llevaba a María en sus brazos; inútil es referir la alegría i el contento al verse toda la familia reunida; todos a una daban las gracias a Osvaldo i enaltecian su hazaña; i un instantes despues todo el pueblo de Hermo relataba la proeza de Os-

valdo: habia salvado a María, i la mujer por quien él diera mil veces su vida le debia hoi la suya.

Cecilia, desde ese momento, todo lo comprendió; vió clara la causa de la tristeza de su hijo, i en su interior se alegraba con la idea de poder mas tarde llamar hija a una niña tan bella i virtuosa.

Llegó el último dia de enero: Osvaldo se despidió de todos sus conocidos; era ya de noche, la luna brillaba en el cielo, cuando, acompañado de su madre, llegó a casa de María; se habló del viaje, de la duracion i de su vuelta. Cecilia mantenia la conversacion, sabia cuanto le costaría hablar a su hijo i por eso queria librarle del sacrificio. Osvaldo i María, juntos en tanto, de manera de no ser vistos por los demas, con las manos entrelazadas i con mil miradas i señales, se hablaban mas que cuanto pudieran haberse dicho sus tímidas lenguas en los momentos en que podian hablarse. ¡Qué de veces se juraron eterno amor i eterna fé!

Llegó el instante supremo: con aire sereno se despidió Osvaldo de los padres i hermanos de María, i luego, tomando la mano de ella, mas que con la lengua con el corazon, ¡Adios María! le dijo, i sus ardientes labios posaron en su mano.

¡Qué linda encontró entónces Osvaldo a su amada! la despedida, la terneza, el pudor pintado en su mejilla, a que la luz de la luna daba el tinte mas hermoso, hacian de ella una hada del desierto, una hurí del poeta.

—Adios, Osvaldo, le respondió con plateada voz la bella María, adios; ves la luna, agregó, qué hermosa brilla; siempre Osvaldo que la mires, ten seguro que yo desde aquí al mismo tiempo la estoi mirando i pidiendo a Dios por tí.

I dejando en su mano un hermoso relicario envuelto en siempervivas se desprendió de él.

Se separaron; ni una lágrima vertieron; dos jóvenes, cuando verdaderamente se aman, jeneralmente no lloran; son jóvenes para temer que la muerte para siempre los separe; se aman mucho para creer en la infidelidad.

Osvaldo partió al siguiente dia; su valerosa alma le hacia sobrellevar su pena i la esperanza de su bello porvenir le animaba. Siempre recibia noticias de Hermo i su amante madre no dejaba correo sin escribirle, i jamas faltaba en sus cartas un rinconcito para María. En una de las primeras, tuvo Osvaldo la dicha de saber que todo estaba arreglado; los padres de María, conocedores de su amor, le daban con gusto el nombre de hijo. ¡Qué placer para Osvaldo! El estudiante de Hermo era en la capital una notabilidad, i los progresos de su intelijencia cada dia le acercaban mas el tiempo de su vuelta.

Pero ¡ai! no siempre la dicha i el contento nos brindan largo tiempo sus favores.

Hacia algun tiempo que Osvaldo no tenia noticias de su familia; faltaban dos años para su vuelta. Una mañana recibió una carta: la abrió con avidez: no era la letra de su madre. Cecilia habia muerto. ¡Cuánto sufrió Osvaldo! Dudaba si volverse a Hermo i abandonar sus estudios, o cumplir la promesa que habia dado; resolvió, por fin, lo último en respeto a sus padres e hizo firme propósito de permanecer dos años mas.

¿Qué era en tanto de María? El primer año de la ausencia de Osvaldo María pasaba la mayor parte del dia con Cecilia, a quien daba el dulce nombre de madre; sus padres, conocedores del amor de su hija, no hacian oposicion a esta estrecha union.

Sin embargo, llegó por ese tiempo a Hermo un nuevo hacendado, hombre de unos treinta años, de costumbres depravadas, lleno de vicios i cansado ya de la vida; era poderoso, su riqueza era inmensa; con todo, la ambicion hacia de él un avaro. Se llamaba Antonio Marro; sea por la igualdad de carácter, sea por simpatía, si en esa clase de almas cabe simpatía, el hecho fué que una estrecha amistad unió desde la llegada a Antonio con el padre de María. Sin embargo, sus relaciones se reducian al principio a andar juntos, entregándose tambien juntos a sus vicios. Un dia convidó Diego a Antonio a comer a su casa; era la primera vez que ese hombre entraba en ella; todos tuvieron que asistir a la mesa. María tambien estaba, i como siempre, estaba hermosa. ¡Ojalá no lo hubiera estado! Verla Antonio, idear el plan de conseguir esa mujer para su esposa, fué todo uno; cada imprudente mirada de él era rechazada por la pudorosa María, i ese mismo respeto encendia en su alma el vil deseo. ¡Cuánto gozó María cuando vió salir a Antonio! Cien veces, cual negro fantasma, se representó su repugnante figura en su tranquilo sueño. María no sabia presentir, i sin embargo, temia.

Mui contínuas fueron desde ese dia las visitas de Antonio en casa de María, i cada vez parecia crecer en su capricho. Fortuna, hermosura, todo me viene bien, decia él. A los pocos dias puso a Diego al cabo de su proyecto: éste, cegado por los vicios i arrastrado por la ambicion, pasó por todo, i desde el mismo dia María tuvo estricta prohibicion de verse con Cecilia; sin embargo, la madre de María nada sospechaba. Entre tanto murió Cecilia. Diego se creyó libre de todo compromiso; sin demora puso a su esposa en conocimiento de la peticion de Antonio; inútil es decir que Laureana rechazó tan ridícula propuesta; era madre, i una madre, mas que la ambicion, la mueve la felicidad de su hijo: mas, sea por el absoluto dominio de su esposo, sea por temor, tuvo que guardar silencio en tan dolorosa cuestion. Un padre como el de María no consultaba sino que mandaba; por eso un dia llama a solas a su bella hija, i con voz imperiosa le dijo:

—Antonio te ha pedido por esposa; espero, pues, que con gusto admitirás su mano.

Fueron inútiles los ruegos; las lágrimas, estériles; inútiles las repeticiones de los juramentos que en tiempos mas felices hiciera a Osvaldo; todo fué en vano.

—El te ama, le respondió su insensible padre; él es rico, mui rico, i serás feliz siendo su esposa; está hecho: dentro de seis meses te casarás con Antonio Marro.

¡Qué hacer! María era virtuosa, respetaba a sus padres como ninguna i siempre estaba dispuesta a obedecerles; era tan jóven, tenia solo dieziocho años, i no comprendia lo que era faltar a un juramento de amor.

Por eso, al dia siguiente, cuando sus padres la llamaron delante de Antonio para tomar su respuesta, sin mirar al que le ofrecian por esposo, dijo tristemente:

—Queridos padres, yo os amo: estoi pronta a obedeceros; haced de mí lo que querais, pero advertid ...

—¡No ve, Antonio, interrumpió su padre, con qué placer admite la oferta de Ud.! ¡Pobrecita!

Todo lo arreglaron, i quedó convenido que dentro de seis meses se celebrarian las bodas.

Dos meses habian pasado desde el arreglo del matrimonio de María; dos meses de sufrimiento para ella, de terrible torcedor para sus padres.

Era la tarde de un caloroso domingo: las familias de Hermo paseaban, unos entre los árboles de sus calles, otros en entretenida conversacion reposaban en los bancos que habia en las puertas de las casas, a la sombra de los floridos acacios que embalsamaban el aire con el aroma de sus flores.

Los Versa eran tambien de estos últimos; María estaba tambien con ellos; estaba mas triste que nunca; por sus tersas mejillas corria una pura lágrima; entre sus manos estrechaba una flor, era un "no me olvides." ¿I qué linda se ve una mujer hermosa cuando la tristeza que produce el cumplimiento del deber impera en su alma? ¿En qué pensaba María? ¡Ah! pensaba en Osvaldo. El dia anterior se habian cumplido los cinco años que Osvaldo habia prometido ausentarse de Hermo; talvez llegaria de un momento a otro; ¿qué respuesta le daria ella al recordarle él sus juramentos? Extasiada, convertida en doloroso pesar (si un pesar puede extasiar) estaba María, cuando un carruaje arrastrado por fogosos caballos se detiene en la casa del difunto Ambrosio. Osvaldo baja de él fuera de sí, se lanza a la pieza en que habia muerto Cecilia; su tio Pablo estaba a su lado; en vano queria que le oyese, en vano con dulce amor él lo estrechaba; él nada oia, lloraba, i un hombre que llora expresa todo i lo dice todo; de repente cesa en su llanto, i repuesto, devolviendo las caricias a su tio, le pregunta:

—¿Qué dijo para mí mi madre al morir?

—Osvaldo, le respondió su tio, en el último instante de Cecilia,

cuando ya sus ojos estaban cerrados i trémula su lengua, me dijo: Pablo, cuando veas a mi querido Osvaldo, dile estas palabras, advirtiéndole que es un favor que le pide su madre al morir: "Osvaldo mio, al morir tu padre, le hiciste una promesa; yo no te obligo, solo te pido una gracia; siempre que tengas que sufrir, ten paciencia en las contrariedades de la vida; ten siempre confianza en Dios."

—Pobre madre mia, exclamó Osvaldo; hasta la muerte virtuosa i amante.

Tranquilo ya el pobre jóven, salió de su casa en direccion a la de los Versa. Queria conseguir el premio de su constancia i el cumplimiento de sus dulces promesas.

En la misma situacion que cuando los vimos llegar, estaban todos en casa de María. Al ver a Osvaldo los padres de María le salen al encuentro, i él, engañado con su contento, corre a abrazarlos, dándoles el dulce nombre de padre.

—Caballero, exclama el terco padre, ningun derecho tiene a llamarnos así; si en Ud. aun existen recuerdos de esas promesas de la niñez, sepa que nosotros todas las hemos olvidado, i María, a quien Ud. finjió amor i que ahora tan sin respeto estrecha entre sus brazos, es una mujer prometida, que dentro de tres meses se unirá para siempre a Antonio Marro.

No de otra manera que cuando la voz del carcelero recuerda al triste cautivo, que en el mas dulce sueño se creia en libertad, así quedó Osvaldo al oir la terrible sentencia del padre de María, dejó caer sus brazos i clavados los ojos en tierra, con pausada voz, dijo:

—Dispensadme, señor, creia que los juramentos que nos hicimos ahora cinco años duraban aun i que las promesas que Uds. hicieron a mi difunta madre eran eternas; dispensadme, respeto los designios de Uds.; mas no dudo que aunque habreis hallado un hijo mil veces mas rico i feliz que yo, tened seguro que nunca encontrareis un hombre que ame a María como la amo yo. Adios, si la desgracia, que pido al cielo jamas os acompañe, os hiciera necesitar de álguien en lo que os queda de vida, no os olvideis de mí, siempre estaré dispuesto a serviros.

María, adios, yo te perdono: bien conozco que no es tu corazon quien me ha desechado; se feliz, ruega a Dios por Osvaldo.

Volvió a su casa, habló un momento con Pablo i salió en direccion al campo santo; al pié de una hermosa cruz, donde se leia el nombre de Ambrosio i Cecilia, se detuvo, i puesto de rodillas, elevando una férvida oracion, regó con sus lágrimas la fria losa que guardaba los venerados restos de sus padres.

En la noche de ese mismo fatal domingo partió de Hermo, sin que nadie en el pueblo supiera su paradero.

¡Cómo cambia la fortuna! los negocios del orgulloso padre de

María estaban al presente en mui mal estado, i él lo temia, sabia por experiencia la ambicion de Antonio i no dudaba que si en su futuro matrimonio hacia algun papel la hermosura, era el principal el del interes. Sus temores no fueron vanos, cinco dias ántes del que debiera verificarse el matrimonio de Antonio con María, el padre de ésta fué exijido por sus deudores, i en ese apuro tuvo que ceder todos sus bienes i hasta su propia casa; al dia siguiente el ambicioso Antonio deshizo todo contrato, quedando, como dijo él, libre de todas sus promesas. ¡Ai! lo que es la fortuna: los bienes de Osvaldo fueron prestados al padre de María, i la casa del difunto Ambrosio albergó a los Versa. Desde entónces todo cambió: la tristeza se hizo mil veces mayor en el alma de María, i el remordimiento trocó en virtuosos los corazones de sus mal aconsejados padres.

En el año siguiente, desde la brusca partida de Osvaldo, sucedieron grandes novedades en Hermo.

Una mañana, con gran asombro de los habitantes, fué encontrado muerto el apreciable gobernador del pueblo: todo quedó en el mas profundo misterio, nadie supo darse cuenta de lo ocurrido.

Dos semanas mas tarde, un dia de fiesta, cuando todos los pobladores esperaban el toque de la campana que los llamara a misa, con lúgubre sonido se oye tocar a muerto. El anciano i respetable cura de Hermo habia sido sacrílegamente asesinado en la noche del sábado.

Desde ese dia el pueblo perdió su acostumbrada calma, cesaron los negocios i por todas partes se veian soldados enviados de las próximas ciudades a custodiar las vidas de los temerosos habitantes de Hermo.

Quien sabe lo que pasó, el hecho fué que las autoridades tomaron presos a dos personajes: a Antonio Marro i un compañero suyo, i un mes mas despues el juez de Hermo leia en la plaza pública la siguiente sentencia: "El juéves próximo, Antonio Marro será fusilado en esta plaza por asesino del gobernador de este pueblo." Inútil es referir la sensacion de semejante noticia; el mas rico hacendado del pueblo iba a ser fusilado por asesino. Era la primera vez que Hermo presenciaba una muerte. Llegó el terrible juéves: la plaza estaba toda ocupada, hasta las madres con sus hijos en los brazos habian ido a presenciar tan terrible espectáculo. El pavor i el silencio reinaba en el pueblo: de repente todos vuelven la vista; el ajusticiado, acompañado del nuevo cura, salia de la cárcel en direccion al patíbulo; el silencio era terrible; al poner el pié en el primer escalon del banco se oye una voz que exclama: "El perdon del virei," i clavando las espuelas a un jadeante alazan llega un jóven arrogante al pié del patíbulo, trayendo el indulto del virei. Ese jóven era Osvaldo: oyó en la corte de Méjico que iba a ser ahorcado Antonio Marro,

habitante de Hermo, i no dudó que seria el esposo de la mujer a quien él amaba. I el verdadero amor no está en conseguir el sér a quien se ama, sino en la dicha i el contento de ese sér.

En la alegría del pueblo todos querian ver a Osvaldo, i él, deseoso de ocultarse a las miradas i rendido de cansancio, buscó el silencio de su casa i ¡cuál no seria su contento al encontrar a María en el umbral de ella! Perdon, exclama María i se deja caer a sus piés. Fuera de sí Osvaldo trata de levantarla, i al hacerlo ve que los padres i toda la familia de María estaba ante él. Entónces Osvaldo todo lo comprende; se arrodilla tambien i ruega Dios por su madre que le dió confianza en Dios.

Un corazon bondadoso todas las ingratitudes las olvida; por eso cinco dias mas tarde el salvador de Antonio se unia para siempre con María ante el altar de la Vírjen de Hermo.

Desde ese dia la felicidad i la dicha reinó solo en las dos familias.

¿Cómo consiguió Osvaldo el perdon de Antonio? Cuando el sufrimiento i el dolor hicieron salir a Osvaldo de Hermo, con intencion de no volver mas a él, se enroló en la capital de Méjico en un ejército del virei i en cada encuentro con el enemigo Osvaldo siempre conseguia gloria; dia a dia aumentaba su valor i su nombre; en una batalla, con su frio valor, salvó la vida al virei; desde entónces la confianza de éste para con Osvaldo fué desmedida. Supo un dia que Antonio Marro iba a ser ahorcado; aprovechándose del favor del virei le pidió una primera i única gracia, i habiéndola alcanzado, voló a Hermo: creyó salvar a su rival, i la Providencia, en premio de su noble accion, le dió por esposa la mas bella i virtuosa de las hijas de su nativa aldea.

E. L. A.

¿OLVIDAS ESA FLOR?

A UNA AMIGA.

Dices de alegre juventud el cielo
Nubes velan de triste desconsuelo.

I.

Mirad de una mañana esplendorosa
El cuadro encantador,
I vereis los matices mas hermosos
En bella difusion.

Mirad el colorido delicioso
Que Febo le brindó,
Revistiendo los campos de frescura,
De galas i verdor.

¿No veis como la brisa vagarosa
Trisca de flor en flor,
El aroma libando suavemente
Que su cáliz guardó?

¿No veis como la linda mariposa
Sus alas desplegó,
I en ella dulcemente adormecida
Su néctar absorbió?

Oid la melodía con que el ave
Da al aire su cancion,
Hermoseado su nítido plumaje
Por el luciente sol.

La rica esplendidez de la natura
Embriaga el corazon;
I todo es armonía, todo nubes
De armiño i arrebol.

II.

Mas, observad el cambio repentino
Del cuadro por do quier:
En tinieblas las nubes ya tornaron
Su bello rosicler.

La brisa que la flor acariciaba
Tan juguetona ayer,
Hoi iracunda brama, convertida
En ábrego crüel,

Que arrastrando en su rápida carrera
La rosa i el clavel,
Con mano destructora va sembrando
Tristeza i aridez.

Mirad cual van las aves emprendiendo
Su vuelo hácia el cipres,
Sintiendo tras la dicha que gozaron
Zozobra i lobreguez.

Solo una flor resiste a la tormenta
Con lánguido vaiven,
I en medio al vendaval que la combate
Erguida se la ve.

El ábrego en su furia mas intensa
No la podrá vencer,
I jamas perderá su lozanía,
Su brillo i esbeltez.

III.

Así la primavera de la vida
Deslízase tranquila i esmaltada;
Por bellas ilusiones halagada,
Por sueños de ventura embellecida.

A cada dia que pasar miramos
Nuevas flores halagan a nuestra alma;
I de dicha, placer i dulce calma
Brillantes hirizontes divisamos.

"Tambien en la mañana de la vida
Nubes hai, me dirás, de hondo quebranto
Que extienden su pesado, negro manto
Sobre aquella esperanza mas querida.

"Diz que ruje en el alma la tormenta
I arrastra en un furioso torbellino
Cuanta nueva ilusion ve en su camino
Para dejarla mustia i macilenta."

IV.

Todo eso dices tú, dulce amiguita,
Pero te olvidas de la flor aquella
Que tu posees; esa flor tan bella
Que jamas en el alma se marchita.

La flor que se adivina por su esencia,
La flor que sin cesar buscan los ojos
Cuando de las demas solo hai despojos
Es,.... amiga, la flor de *la inocencia.*

Concepcion, abril de 1877.

CELIA SOTO GLEN.

POR SOSPECHAS.

I.

No muchos años despues de su fundacion, la Imperial era ya una rica i hermosa ciudad.

Segun los cronistas nacionales, la Imperial se desarrolló con admirable rapidez. La riqueza de sus habitantes era fabulosa. El lujo corria parejas con la abundancia. El vicio no iba en zaga al lujo.

Las casas eran de piedra labrada; sus amoblados de gran valor.

Los moradores gastaban un rango i un fausto inconcebibles.

La molicie de una ciudad encantada reinaba allí con su blanda seduccion.

Aquella era una ciudad del placer.

Los alrededores mismos parecian contribuir a porfía al embellecimiento de la villa Imperial.

Una vejetacion espléndida marabillaba la vista i embalsaba el aire.

El Cautin, con sus magníficas riberas de bosques i de jardines; el transparente cristal de las aguas, que en mansa i abundosa corriente se deslizaban por un lecho de flores; el cielo purísimo; el airecillo tibio i halagador; la vista de llanuras, valles i cerros, todo en poético conjunto se aunaba para convertir la Imperial en una de esas ciudades marabillosas que ha soñado la fantasía de los pueblos i que ha ataviado con los encantos del Eden.

Pero ¡ai! no pasó mucho tiempo adormecida en las delicias, balanceada por el soplo suave de la ventura que extasía, que arroba, que seduce i embelesa.

No pasó mucho tiempo sin que pudiera decirse de ella lo que el fúnebre cantor de Itálica repetia:

...“por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla i lastimosa
Reliquia solamente
De su invencible jente.
Solo quedan memorias funerables
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apénas quedan las señales.”

II.

Al rededor de la floreciente ciudad se levantaban en confuso hacinamiento las rancherías de los indios.

Las encomiendas, a que los indíjenas pertenecian, tenian sus talleres i labores allí mismo.

Por otra parte, en todas las ciudades antiguas se observaba igual cosa: despues de la poblacion española se levantaba la toldería indíjena.

En una de esas chozas miserables vivia una india, anciana ya, con una hija suya mestiza, pues su padre habia sido un castellano del ejército conquistador.

La mestiza era mas española que araucana.

Su color lijeramente moreno; sus ojos negros, vivos, penetrantes, húmedos, que se movian con voluble brillo; una tupida cabellera que caia sobre las espaldas en largas i gruesas trenzas; labios flexibles, que dejaban ver una blanquísima dentadura; un cuerpo de hermosas proporciones: hé ahí algo de lo que era la mestiza de nuestra historia.

¿Era bella?

Nó, si por belleza se entiende la delicadeza de las formas,

la pureza de los contornos, la elegancia de los rasgos i lineamientos.

Tampoco era bella si por belleza se entiende la expresion sublime i seductora de un alma noble, suave i apasionada.

Pero si no era bella en ninguna de estas acepciones de la palabra, poseia, en cambio, otra fuerza que con igual poderío domina i subyuga los corazones.

Rita (tal era el nombre de la niña) ejercia el influjo de una misteriosa simpatía, de una simpatía vehemente e irresistible, superior, por cierto, al poder i al efecto de la belleza.

Contaba ya dieziocho años i parecia tener muchos mas. Habia en esa alma algo oculto e inexplicable, que naturalmente interesaba i cautivaba sin saberse cuándo ni cómo: verdadero misterio de la naturaleza que guarda sus secretos con cuidado i atrae como el iman sin mostrarse a la luz.

La índole de Rita parecia caprichosa, reservada, turbulenta a veces.

Su corazon semejaba permanecer en calma; pero esa calma era aquella especie de inaccion a que un cuerpo se ve obligado cuando fuerzas igualmente poderosas lo impelen en opuestas direcciones.

Ese equilibrio, terrible sin duda, era lo único que producia la aparente serenidad que se mostraba en el alma de Rita.

Habia en ella una fuerza poderosa, una especie de instinto ciego que la impulsaba al placer i a un placer que la inundase i la absorbiese.

Soñaba con una vida imposible, i su fantasía, de suyo ardiente, la mostraba cuadros seductores de goces sin hastío, de felicidad sin amargura.

Rita dejaba llevar con paciencia su corazon en alas de esa fantasía febril, que la arrastraba por las rejiones vagas, quiméricas, encantadas de un mundo poblado de mil seducciones, de la tierra ideal en que moran los sueños, los anhelos i las ilusiones.

Esa tendencia hácia lo ideal fantástico, a la felicidad imposible de los sueños, luchaba en Rita con el peor de los enemigos, con una realidad abrumadora de miseria i de abandono, que a cada paso se le mostraba con la risa feroz de la burla o con la rabiosa amargura de la desesperacion.

Rita era tan pobre que su habitacion era un toldo de paja, incapaz de resguardar del viento i de la lluvia en invierno, del calor sofacante en el verano. En esa habitacion no habia muebles que ofreciesen la menor comodidad, i aun faltaban los mas estrictamente necesarios.

Rita carecia, en una palabra, de todo recurso que le proporcionara alguna comodidad. Soñaba riquezas i solo veia miseria; anhelaba deleites i solo saboreaba dolores.

El perpétuo contraste de la vida ideal con la realidad sacudia

bruscamente su corazon i lo llenaba de mil sentimientos encontrados que lo herian sin provecho.

Las pasiones brotaban, se combinaban i se sucedian en tumulto, sin lei, sin rumbo ni gobierno.

En medio de la borrasca de las pasiones, ese corazon tenia algo de semejanza con el ave que, arrebatada por el vendabal, es llevada por los aires sin que sus alas la sirvan para evitar la roca en que va a estrellarse.

Cuando Rita iba con su madre a la ciudad; cuando sus ojos veian deslumbrados el lujo i la opulencia de los moradores, que pasaban sus dias en fiestas i placeres; cuando el espectáculo de esas jentes, que ella creia felices en medio de la grandeza, heria su imajinacion, volvia a su miserable choza con el corazon lleno de dolor i desesperacion.

Entónces solia pasar largo rato entregada a sí misma devorando su amarga vida, fraguando planes absurdos i soñando dichas imposibles.

Con esta lucha constante entre dos encontradas fuerzas, su carácter se agriaba; i, muertas las esperanzas, desvanecidas las ilusiones, solo quedaba en el fondo el fastidio, el disgusto i el odio.

Desaparecia, entónces, todo lo que en ella habia de ánjel i lo sustituia lo malo de los instintos depravados.

Llegó a concebir la felicidad en la fortuna i despreció todo lo demas.

Por eso despreciaba a los indios i deseaba que algun español, que ella se imajinaba jóven i hermoso, fuera a buscarla i la sacase de la vida de privaciones para trasplantarla a otra de felicidad.

Pero esperaba contra toda esperanza. Su deseo era un miraje de la fantasía i no una prevision de la intelijencia que calcula.

Cuando ella se convencia de que su esperanza no era realizable, se entregaba a una sombría desesperacion. Sus contestaciones eran duras, sus modales desabridos, su aspecto taciturno.

Entónces no trabajaba i hasta se le ocurria fugarse de allí e ir quién sabe a dónde.

III.

En una estancia, situada a pocas cuadras de la choza de Rita, viavia un español, llamado Alonso Lopez, señor de una rica encomienda.

Su mujer era una castellana de empresa, que parecia haber nacido con alma de hombre i cuerpo de mujer.

Todo lo disponia ella en la encomienda. Los indios i los esclavos trabajaban a su vista con mas empeño que si estuvieran vijilados por un terrible mayoral.

La mujer de Lopez era dominante como hai pocas. Su voluntad habia de cumplirse sin remedio ni dilacion. No reconocia obstáculos ni toleraba contradiccion.

El marido estaba anulado completamente. Su accion no se conocia; su presencia era como la de un extraño cualquiera en la encomienda, tal como si no existiese.

El hidalgo, por otra parte, si alguna vez se incomodaba por la absoluta dominacion que sobre él ejercia la mujer, se contentaba con dirijir a su esposa una que otra lijera reprension, que en el acto le era contestada de tal modo, que no le quedaban deseos de volverla a repetir, a lo ménos tan pronto.

Por otra parte veia con íntima alegría que sus riquezas iban en aumento mui rápido, merced a la laboriosidad admirable de su mujer.

Juana (que así se llamaba ésta) no tenia nunca que consultar a su marido acerca de sus planes i determinaciones. Le bastaba querer i era obedecida de grado o por fuerza.

Se levantaba ántes de amanecer i se acostaba la última. En el dia no toleraba ninguna mano ociosa, inclusas las de su marido, a quien hacia trabajar siempre que lo tenia en casa.

Lopez, para escapar a la laboriosidad de su mujer, se veia precisado a retirarse de su casa pretextando cualquier dilijencia.

IV.

Una de las salidas que hizo Lopez se prolongó demasiado. Su ausencia duraba ya varios dias. Su mujer comenzaba a inquitarse.

—¡Cuidado, doña Juana! le dijo un dia una amiga de ésta. ¿Qué se ha hecho don Alonso?—Mucho tarda en volver i corren algunas noticias entre las malas lenguas....

—¿Qué noticias son esas? preguntó doña Juana.

—Dicen que tu marido anda por esos mundos acompañado, pero no mui bien....

—¿Cómo? ¿Dónde está Alonso?

—Yo no creo nada de eso, pero....

—¿Pero qué?

La amiga, bajando la voz cuanto pudo i acercando la boca al oido de su comadre, agregó con grave seriedad:

—Hai una mestiza que ha desaparecido de la ranchería i dicen que la han visto conversando con él en una casa. I ella estaba mui alegre i graciosa.

—¿Qué es eso que me dices, mujer?

—No te descuides.... en estos tiempos no hai que confiar mucho.

—¿Qué mestiza es esa que dices?

—La Rita, pues. ¿No la conoces? Aquella mestiza no tan fea, de mas arriba.

—Mira, dijo con acento tranquilo doña Juana, cállate la boca i todo lo voi a saber; pero si es cierto....

—¿Qué piensas hacer?

—Ya veremos.

V.

Las dos amigas guardaron silencio durante largo rato. Doña Juana sentia arder en su pecho el demonio de los celos, pero disimulaba su inquietud, tejiendo apresurada una obra de manos a que parecia prestar mucha atencion.

Al poco rato, doña Juana salió de la casa i se dirijió a la choza de Rita.

La habitacion estaba desierta i completamente desmantelada.

Preguntó a los vecinos por la familia que allí vivia i se le dijo que se habia mudado sin saberse dónde.

Doña Juana se retiró a su casa llena de despecho, porque se le habia frustrado un plan de investigacion.

Sin embargo, no desesperaba.

Se echó a tomar noticias acerca del paradero de la mestiza, pero nada en limpio podia sacar de las contestaciones evasivas i socarronas que le daban ciertas jentes a quienes se dirijia.

La rabia de la mujer de Lopez iba en aumento. Se creia burlada i fraguaba el plan de su venganza.

Con todo, resolvió esperar un poco de tiempo mas hasta ver si volvia su marido.

VI.

Cerca de un mes habia pasado desde que habia salido Lopez.

Una noche la española sintió golpes en la puerta de calle i guiada por un secreto presentimiento, se dirijió a abrirla creyendo que fuese su marido.

En efecto, era el mismo Lopez el que golpeaba.

—¿Qué te habias hecho? le dijo con tono desabrido su mujer.

—Estaba ocupado, contestó el marido.

—¿En qué estabas ocupado?

—Tenia un negocio.

—¿Qué negocio es ese?

—Despues te diré.

—Nó; ahora mismo me lo has de decir. ¿Dónde estabas?

—¿No te dije que iba a ver a don Gonzalo de Medina?

—¿I con él has estado este tiempo?

—Sí, pues, mujer; ¿qué te ha dado con tanta pregunta?

Lopez, haciéndose sordo, se entró por su casa en busca del descanso que necesitaba su fatigado cuerpo. Entregó su cabalgadura a un esclavo i se fué a su dormitorio.

Allí se le presentó de nuevo doña Juana, dirijiéndole una i otra vez preguntas minuciosas.

—¡Mujer, déjame dormir! Mañana hablaremos; estoi mui cansado. ¡Tres dias de caballo!

Doña Juana se retiró, por fin, i se fué a recojer. Pero esa noche no durmió. Pasó toda la noche ideando el modo de sacar a su marido la verdad de las cosas. Las contestaciones que habia recibido no la tranquilizaban. Creia, al contrario, que eran invenciones del bueno de su marido para engañarla.

Al dia siguiente, mui temprano, estaban marido i mujer en una acalorada reyerta.

—¡Mentira, mentira! gritaba doña Juana.

—¡Señor, dadme paciencia! exclamaba el bueno de don Alonso. Esta mujer está loca. ¡Todo lo que te digo es verdad! repetia el marido. Todo este tiempo he estado con don Gonzalo de Medina haciendo los tratos que te digo.

—Mentira i mentira, repetia la mujer, tú me quieres engañar.

Por aquel dia las cosas no siguieron adelante. Lopez negaba como un desesperado lo que su mujer le suponia. Doña Juana, sin poder obtener nada de su marido, disimulaba sus celos i no queria otra cosa que vengarse.

—Mira, Alonso, dijo un dia doña Juana, te acuerdas de la Rita aquella mestiza bien parecida de mas arriba?

—Vaya que nó, repuso el español.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Algo léjos de aquí. Por casualidad la ví en una casa del camino, donde me alojé en mi último viaje i me dijo que le iba mui mal.

No necesitó mas doña Juana para confirmar sus crueles sospechas.

Guardó silencio un rato, al cabo del cual volvió a preguntar una i mil cosas a su marido.

Lopez satisfizo como pudo la curiosidad de su mujer, contestando a todas las preguntas que le hacia.

Lopez era hombre que no entraba mucho a averiguar las causas i los móviles de las acciones humanas. Las tomaba sin examinarlas, tales como se le presentaban. I esta vez, a las tan reiteradas preguntas i averiguaciones de doña Juana no se dió otra explicacion que decir:

—¡Celos de mujer!

VII.

Mui poco tiempo pasó, cuando mas un mes, de la vuelta de Lopez a su hogar, i ya Rita estaba en poder de doña Juana.

La esposa de Lopez la habia *conchavado*, término que se usaba en aquellos tiempos para designar el contrato que los amos hacian con los indíjenas i que equivalia a decir que una persona se habia sometido al dominio de otra como en calidad de esclavo.

A lo ménos, tal era la práctica.

Doña Juana comenzó por cortar el pelo a su esclava.

En seguida la puso a trabajar en las labores mas rudas i difíciles de la encomienda.

Sin perjuicio de esto, la aplicaba casi todos los dias numerosos azotes para que trabajara mas.

Cuando la desgraciada sentia desfallecer las fuerzas i suspendia la labor, recibia en el acto el condigno castigo i una gruesa vara caia sobre sus espaldas, tantas veces como era preciso para que siguiera trabajando.

Fuera de eso, doña Juana atisbaba la mas insignificante falta de la mestiza para inflijirle un suplicio atroz: con unas pinzas de cortantes puntas la picaba por todo el cuerpo, sin que la contuviese el sexo ni la debilidad ni la desgracia de su infeliz víctima.

No pasó mucho tiempo sin que la infeliz mestiza cayese, estenuadas ya sus fuerzas, en una especie de embrutecimiento salvaje, que amenazaba llevarla a la demencia i a la muerte.

Pero ántes de que tal sucediera, dió fin a sus desgracias otra clase de remedio.

Porque Rita dijo un dia a su ama que no la castigase tanto i que la perdonase en nombre de su marido, la española mandó aplicar azote tras azote a la muchacha hasta que la vió casi exánime.

Entónces por su mano le cortó las narices, las orejas, los labios i la lengua. Le sacó los ojos i acribilló su cuerpo de heridas.

Despues llamó a un indio jóven i de confianza de su servicio i lo puso a trabajar un hoyo considerable dentro de una pieza. Concluida esta operacion, llevó al muchacho a donde tenia el cadáver de la infortunada Rita i le mandó que la sepultase.

Su venganza estaba cumplida. Pero tanto Lopez, que nada supo de lo acontecido, como la mestiza, estaban del todo inocentes.

Pero ya Rita no era de este mundo.

VICENTE AGUIRRE VARGAS.

EL NIÑO.

CARTA DE UN MI AMIGO.

Querido amigo:

Como tienes grande aficion a escribir artículos de costumbres, envíote a contar, por si te fuese útil, lo que me acaeció en una visita que hice a una señora con quien tenia mi mujer algunas relaciones de amistad. La tal señora es casada i habia dado a luz un rapazuelo, i así que ella estuvo en disposicion de recibir a personas no de mucha confianza, como lo éramos mi mujer i yo, fuimos a darle el parabien por su feliz alumbramiento.

En la sala encontramos a dos señoras conocidas nuestras, que en sabrosa plática estaban con la dueña de casa. Suspendióse un momento la coversacion para dar lugar a los expresivos i risueños saludos de costumbre, i ocupamos nuestros asientos despues de los consabidos: *Siéntese aquí.—Mil gracias, estoi bien acá.—Carolina* (mi mujer), *ocupe este sillon—.No se levante, señora.—Acérquese un poco mas, etc.* Informados ya i en extremo complacidos de la excelente salud que gozaba la dueña de casa, pedimos que se nos trajera al niño para tener el gusto de conocerlo i, aun cuando no habia yo tenido noticia alguna que favoreciera sus prendas corporales, me apresuré a manifestar a la dichosa madre que ya habia oido decir algo de la hermosura de su hijo, por ende eran grandísimos los deseos que de verlo tenia.

—Son exajeraciones, me respondió. Enrique (su marido, que a la sazon estaba en el Club) i yo lo hemos encontrado mui feo, el de ustedes sí que es bonito.

—Nó.... al contrario; quizás despues tenga compostura, lo que es ahora....

—¡Cambian tanto los niños! observó una de las otras señoras. Ustedes conocen sin duda al hijo mayor de Rafaela; ese era el niño mas lindo de cuantos he conocido: el color de la cara, la nariz, la boca, los ojos, todas sus facciones eran perfectas i ahora está de no mirarlo. Por el contrario, mi hermana Luisa tiene una niñita a quien todas encontraban horrible, como que en realidad

lo era, i ya no cabe duda que va a ser una niña por demas simpática. En jeneral se puede decir que los niños bonitos cuando chicos, son feos cuando grandes i vice-versa.

Todos convinimos en ello i, para corroborar la anterior proposicion, se trajeron al caso numerosos ejemplos, de lo que parecia recibir gran contento la dueña de casa, pues nos dijo que así esperaba le sucediera a su chico, a quien le encontraba cara de mucha compostura.

—¡Oh! ¡Me habia olvidado! exclamé. ¿Cómo se llama el ilustre vástago?

—Emilio, respondióme su madre, nombre que nada me gusta; pero a mi marido se le puso entre ceja i ceja llamarlo así. Yo hubiera deseado ponerle *Agustin* por su abuelo i por haber nacido el dia de ese santo.

—En lo que andaria la devocion mezclada con la lisonja, dije, presentando como de propia cosecha la tan sabida frase de Solís.

—¡Siempre con sus ocurrencias tan orijinales i oportunas! Como le decia, hubo grandes disputas, se consultó a las amigas i recorrimos el almanaque infinitas veces. Por último, hicimos un convenio con mi marido: como él quisiera llamaríamos al niño si resultaba ser hombre, i si mujer, yo le pondria el nombre que mas fuera de mi agrado.

—¿I está usted contenta con que haya sido hombrecito?

—¡Oh! nó.... ¡son tan trabajosos! I luego la hacen despues a una sufrir tanto!....

—¡Es la pura verdad! exclamaron en coro todas las presentes.

Salí inmediatamente en defensa de mi sexo i se armó una discusion en que me veia solo por un lado i las tres señoras con mas mi mujer por el otro. Decíanme que los hombres guardaban todas su malas cualidades para la casa, que eran insoportables, exijentes, respondones i no hacian caso a lo que les mandaban. La mujer era, por el contrario, de suavísimo carácter, de índole sumisa, cuidaba de sus hermanos menores, ayudaba en todo a su madre, a quien confiaba todos sus secretos (aquí no pude ménos de disparar en risa, recordando cierta escena entre mi mujer i mi suegra cuando aquella era soltera) i mil otras anjélicas cualidades.

Subió de todo punto la discusion sin que el menor órden guardara; de particular a ciertas dotes de la mujer, hízose jeneral a toda ella; acaloráronse los ánimos i me ví en el caso de apelar a la historia.

—¿Cual fué la causa de la perdicion del jénero humano? pregunté. Eva.... ¡una mujer!

—I la Vírjen, salió una de mis adversarias, ¿acaso no fué mujer?

—Pero Nuestro Señor fué hombre.

—¡Qué gracia! Porque los hombres pueden salir cuando quieren i solos.... por eso fué....

—En resumidas cuentas, dije yo, consulten el almanaque i ahí verán cómo ha habido mas santos que santas.

—¡Mui bien! Porque las santas andan juntas.... Por ejemplo, las once mil vírjenes ocupan un solo dia i si las repartieran llenarian cientos de almanaques.

—¿I la lejion tebana?

—¿Cómo dice usted?

Mas yo sin hacer caso continuaba,

—¡Los santos inocentes!

—Pero....

—¿Quieren mas?.... ¡Oh! Están perdidas. ¡¡Los innumerables mártires de Zaragoza!! exclamé yo con aire de triunfo a tiempo que entraba el ama con un atado de sedas, bordados i encajes, por entre los cuales se divisaba una masa de carne de forma circular con algunas rugosidades, lo que, segun despues ví, era la cara de la *guagua*.

Terminó al instante la discusion, por supuesto en tiempo mui oportuno para mis adversarias, quienes exclamaron a una voz:

—¡Llegó el príncipe! ¡Hijito, véngase conmigo! ¡Qué precioso está!

Abalanzáronse al niño i una lo besaba, otra le hacia caricias, llamábalo esta i aquella le pedia los brazos. El anjelito, por su parte, parecia comprender cuánto valian esas muestras de cariño, pues tanto se preocupaba de ellas como de la guerra de Oriente. Yo, en tanto, esperaba con calma que llegara mi turno i cuando se sosegaron las señoras, me adelanté con mesurado paso a practicar el reconocimiento del chico. Apesar de que a todos ellos les encuentro poco mas o ménos la misma cara eché luego de ver que éste la tenia como si se hubieran sentado en ella. Al momento yo con mi habitual franqueza i en presencia de fealdad tan insigne, no pude ménos de exclamar:

—¡Qué hermoso niño! Bien me lo habian asegurado.... Se parece en la nariz a su padre.

— Tiene la misma boca de su madre, añadió mi mujer.

—I los ojos de su abuelo.

—I en esta parte de aquí, se da un aire a su tia.

—¡Es mui mono!

—¡Va a ser mui lindo!

—¡I lo gordito que está!

—¡Qué hermosísimos colores!

— ¡Qué lindas manos!

—¿I es paciente?

—Mucho, contestó la madre, se va con todos i no llora nunca. Donde lo dejan ahí se queda.

En esto el chico quiso protestar con toda la fuerza de sus pulmones de lo que le soponian i soltóse a berrear en tal manera que.... (pon, amigo, el otro término de la comparacion, que por

ahora no se me ocurre). Principiaron entónces a mecerlo hasta que tuvo a bien traquilizarse.

Ocupamos de nuevo nuestros asientos i dirijiéndome con toda sinceridad a la venturosa madre,

—Señora, le dije, la felicito de todo corazon por su niño. Francamente, no creia que fuera tan lindo.

En tanto una de las presentes habia entablado con mi Carolina un interesante i luminoso diálogo sobre los gravísimos perjuicios que acarrea al individuo, a la familia i a la sociedad, la moda de no criar las madres a sus propios pechos a sus hijos. Entretenido estaba yo escuchándolas, cuando de pronto la interlocutora que no era mi mujer (teniendo sin duda presente que a mí como marido no debian ruborizarme esas cosas), le pregunta a ésta:

—¿Se *desocupó* la Manuela?

—Me parece que nó.

—¡Vaya! ¿Entónces todavía está *esperando*?.... ¿I tú?

—¿Yo? ... Quién sabe ... no sé....

Cuando tal oí, principió a encendérseme el rostro, i miéntras mas procuraba hacer del distraido para que no advirtieran mi bochorno, mas éste crecia. Pedí entonces, por via de disimulo, a la señora que tenia al niño que me lo entregara, lo cual hizo ella de mui buen grado, de donde colejí yo que los chicos ajenos no son para tenerlos en los brazos mucho tiempo. Me lo senté en las rodillas i por medio de un acto de la voluntad, dí a mi pierna un movimiento que debia hacerle al niño el efecto de un suavísimo trote de caballo. El rapazuelo en tanto, queriéndose dar cuenta de todo lo que veia, principió a deshacerme el nudo de la corbata con grandes muestras de alegría i pronunciando entre dientes algunos vocablos griegos, de los que me quedé enteramente en ayunas; mas no por ello dejaba de responderle con muchísima complacencia:—Sí, hijito, sí, eso es.—Satisfecho el niño de las investigaciones que habia llevado a cabo en mi corbata, observó que mis ojos tenian la particularidad de abrirse i de cerrarse, i luego fué a indagar con sus dedos cómo sucedia eso. Reíme yo i el chico paró mientes en que mi boca se abria i cerraba como los ojos i allá fué con su maldito dedo, i como se encontrara con los bigotes, echó mano a ellos i los tiró en tal manera que hube de llamarlo al órden.

Por su parte mi mujer i la dueña de casa conversaban sobre algo que desde luego me llamó la atencion.

—¿Anda ya tu niñito menor? Debe tener ocho meses.

—Muchísimo, respondia mi Carolina, anda por los cuartos i él solito se pone en pié.

—¿Sí? Ese es mucho adelanto. ¿Habla?

—¡Oh! Dice papá, mamá, mama; i cuando le preguntan dónde está Dios, levanta un dedo.

—Raro es eso para su edad.

Sujetaba yo la risa al oir semejantes cosas. ¡Lo que son las madres, amigo mio! Mi niño ni anda una pulgada ni se pone en pié, ni dice papá, ni levanta dedo alguno; pero sucede que un dia el chiquitin está de humor i da un par de gritos con la boca abierta, i ahí tienes a toda la casa alborotada con la historia de que el niño ha dicho papá i mamá, segun mi mujer, i mama segun el ama. Buscan modo de hacerle repetir esas lindezas; pero ahora no hai ganas de gritar i nada se consigue. En otra ocasion, dos minutos despues que al niño le preguntaron dónde está Dios, éntranle deseos de tomar la lámpara i levanta el brazo; aquí no hai lugar a duda: el chico sabe decir dónde está Dios i vamos publicándolo a los cuatro vientos, i así de lo demas.

Reíame, pues, en mi interior de mui buenas ganas al oir las contestaciones de mi mujer, cuando siento que la temperatura de la pierna que al niño sustentaba principia a elevarse considerablemente; fenómeno fué éste que me ahuyentó como por encanto la risa, i asaltóme luego la terrible idea de alguna catástrofe que hubiera sucedido en mi pantalon de verano, que tenia un calor de plomo mui claro. Palpitándome el corazon, indago con disimulada mano la causa del susodicho fenómeno i.... ¡oh desgracia!... una sensacion de humedad me llenó de terror. ¿Qué hacer? La maldita cortedad de mi carácter no me permitia llamar la atencion sobre este hecho i la cosa seguia i.... ¡mi pobre pantalon! El niño, por su parte, parecia no tener noticias del suceso. Hice por fin un heróico i supremo esfuerzo sobre mí mismo i, todo confuso, dije con amabilísima sonrisa, mirando a todas partes:

—Parece que el niño....

—¿Ha hecho algo? dijo la madre. ¡Vaya, qué barbaridad!

Al instante tiró el cordon de la campanilla i tomó al niño miéntras el ama venia.

—¡Sí está todo....

Mi confusion llegó al grado de *extra* (un punto mas allá del *non plus ultra*) cuando quedó a vista del público una enorme mancha de vagos contornos i de un fatídico color oscuro que se destacaba en mi flamante pantalon como una nube preñada de agua en el azul del cielo. Felizmente andaba yo con levita i sus benéficos faldones cubrieron la parte donde habia ocurrido el siniestro....

Dispensa, amigo, que no me extienda mas, porque en este momento debo ir a cumplir una importante dillijencia i luego saldrá el correo. Memorias a todos.—Tu—L.

Creo inútil agregar una palabra mas a la carta anterior i perdone mi amigo la indiscrecion que al publicarla cometo.

Santiago, mayo 3 de 1877.

PEDRO N. CRUZ.

LOS RECUERDOS.

Cuando la noche cubre con sus sombras
Dolores i miserias,
I los ojos se vuelven hácia el cielo
Buscando un rayo de su luz serena,

Los recuerdos queridos de otros tiempos,
De otra vida mas bella,
Esos viejos amigos que no olvidan
Llegan a consolarme en mis tristezas:

Unos me traen rosas perfumadas,
Risueñas primaveras,
Flores queridas que, soñando glorias,
Miré crecer en mi encantada senda;

Otros, himnos de amor i de ternura,
Sentidas cantinelas
Que componia un tiempo, al son del arpa,
Amante trovador de la belleza;

I narrándome historias de otros tiempos,
De otra vida mas bella,
¡Todos me hablan de Tí, mi dulce amiga,
En tristes i poéticas leyendas!

1877.

JAVIER VIAL SOLAR.

LA NIÑA, LA ADOLESCENTE I LA NOVIA.

I.

LA NIÑA.

¿Qué es una niña?

Un ánjel a quien el mundo corta las alas para que no pueda volar al cielo.

Un fuego fátuo.

Una mariposa.

Una brisa de primavera.

¿No la veis?

Corre, salta, revolotea, se aflije, se burla, canta, llora; todo al mismo tiempo.

Nada mas encantador que ese lindo juguete a que llamamos niña.

Alma vírjen que al ensayar los primeros pasos en el mundo, lo contempla soñando, entre sonrisas, entre flores, sin sentir otra cosa que el gozo dentro del pecho i en la frente el tibio aroma de los ósculos maternales.

¿No la veis?

Parece que toca la tierra solo con la punta de los piés, como si temiera sepultarse en el fango; como si una mano invisible la suspendiese desde el cielo desviando los abrojos que pueden lastimarla.

Todo en ella es puro, inofensivo i cándido. Todo verdadero, todo inocente.

Verdad e inocencia: cosas ámbas que, no hallando albergue entre los hombres, han tenido que refujiarse entre los niños.

¡Oh! La infancia es el primer escalon de la felicidad.

¿Dónde estarán los demas escalones?

***

Pero ¡ai! esto dura poco, mui poco.

La niñez del siglo XIX pasa rápida como el vapor i la electricidad.

Hoi, a los diez años, ¿qué digo? a los ocho, ántes todavía, las niñas se trasforman en pequeñas mujeres.

Sus palabras i ademanes revelan el deseo de ser tenidas en algo mas de lo que son.

Hablan, discurren i murmuran con una libertad i un donaire de que se hubieran asustado en el siglo XVIII las mujeres de veinticinco años.

Con mas penetracion i mas talento que los niños, arreglan los juguetes i trajes de sus muñecas, como pudiera hacerlo en su casa i con sus hijos una madre de familia.

Ya no hai precocidad que admire.

Es mui comun ver niñas de diez años que bien o mal cantan, dibujan, bordan, entienden un par de lenguas i muestran en sus facultades el mas completo desarrollo.

Son niñas por la forma, el traje i las costumbres, pero su vanidad, carácter e ideas descubren a la mujer tal como ha de ser en lo venidero.

Ya saben ruborizarse con estudio, coquetear, cuidarse de las modas, hacer burla de todo i emplear irónicamente lo maligno de su descaro.

Aparte del saber, que solo se adquiere con el tiempo, una niña de hoi me parece una vieja.

Una vieja de buen humor.

Vieja que grita i rie, pero que raciocina.

Yo encuentro a cada paso viejas que hablan como las niñas i niñas que discurren como las viejas.

Hoi se oyen en boca de la infancia cosas que aturden.

No hace mucho doblaba yo la esquina de cierta calle en compañía de uno de mis amigos, cuando tropezó éste con una criatura a quien su madre llevaba de la mano i la pisó inadvertidamente. Era una niña raquítica, microscópica, que todo lo mas podria tener cuatro años, i de quien solo debia esperarse un grito de dolor si el daño lo ocasionaba. Pero ella no lloró; levantó la cabeza fijando en mi amigo una mirada de cólera, i con voz que no parecia salir de aquel cuerpo, gritó desaforadamente: *¡Bárbaro!*

Hé aquí un *bárbaro* sublime.

La respuesta mas admirable, la queja mas elocuente de la debilidad maltratada por la fuerza; el reproche mas sangriento i la mas amarga de las reconvenciones.

Despues de oido ese *bárbaro*, creo de una niña cuanto puede creerse de una mujer.

*
* *

Sin embargo, ¡qué diferencia!

En las palabras, modales i agudezas de una niña hai un atractivo irresistible.

No se pueden mirar sus cosas sino con los ojos de la bondad.

Sus mismos defectos causan nuestra delicia.

I es porque todo lo suyo tiene un perfume de injenuidad i dulzura que hace asomar la sonrisa a los labios.

La alegría del niño es contajiosa i la tristeza tambien.

En medio de los dolores, el gozo del niño parece un consuelo, una gota de bálsamo que cae sobre la herida.

En medio de los placeres, el llanto del niño parece una mancha, una nube que oscurece el sol de la ventura.

Pero las lágrimas de los niños no son lágrimas; no las vierten porque el pesar se las arranque, sino porque están aprendiendo a llorar.

"El rostro es espejo del alma," dice un proverbio.

Sin duda el autor, al pensarlo, estaba mirando el rostro de un niño.

Llevan el corazon en los ojos.

Piensan lo que sienten, dicen lo que piensan i creen en lo que dicen.

Los sentimientos de un niño se adivinan a traves de sus palabras, como a traves de las limpias aguas de un arroyuelo se ven las piedras del fondo.

Aunque quieran finjir no engañan nunca.

Finjen con los labios i se desmienten con los ojos.

Parece que la mentira no es bastante poderosa para avasallar su espíritu.

Se ruborizan cuando quieren disimular.

Si dicen algo malo, lo dicen con gracia.

Si hacen algun mal, lo hacen con inocencia.

I es porque la infancia conserva, en medio de todo, esa sencillez e ignorancia dichosa, esa verdad que solo existe miéntras se desconocen los desengaños i miserias del mundo, i que nos hace exclamar tantas veces: ¡quién fuera niño toda la vida!

II.

LA ADOLESCENTE.

Esto ya es otra cosa.

Un poco mas de malicia.

Un poco ménos de confianza.

Algo de esperanzas i sensaciones.

Otro paso adelante en la vida de la mujer, pero conservando uno de los piés en el terreno de la infancia.

Aun se juega.

Aun se llevan pantalones.

Aun vaga la sonrisa del placer en los labios i brilla en los ojos la calma de la conciencia.

Pero ¡ai! ya se ha empezado a reparar que existen hombres en el mundo.

No son apetecibles las conversaciones de las amigas.

La de un amigo seria mejor.

Ya se sabe lo que es el trato de las compañeras i se desea conocer el de los compañeros.

¡Un compañero! ¡Un amigo!

Estos nombres suenan de una manera deliciosa en los oidos de la adolescente.

*
* *

Margarita acaba de cumplir catorce años.

Catorce primaveras, como diria en poeta.

Catorce momentos de felicidad, como diria un filósofo.

Es una graciosa muchacha; morena, de ojos negros, rasgados i hermosos; pero no tan hermosos como los de su amiga Julia.

¡Pícaros espejos!

Si Margarita no tuviera en su cuarto uno de esos muebles, quizá no hubiera hecho la comparacion.

Julia habita en el mismo colejio i gabinete; apénas se separan, i siempre se colocan abrazadas delante del luciente cristal.

Margarita no es envidiosa.

Ama lo bastante a su compañera para no irritarse aunque la encuentre superior.

Sin embargo, Julia aun no ha cumplido doce años, i no piensa en el mundo ni en los hombres.

¿Para qué le sirven esos objetos tan admirables?

¿No estarian mejor en Margarita, que mui pronto dejará el colejio, necesitando toda clase de atractivos para brillar en sociedad?

Ella presiente que es necesario ser bella en el hecho de ser jóven.

La semilla de la vanidad empieza a jerminar en su corazon, pero aun no ha dado frutos.

Así es que conoce lo que vale, i sabe que pudiera valer mas.

Por eso desea ser mejor. Por eso deplora que los ojos de Julia se malgasten en mirar los juguetes que ya le parecen monótonos.

Apesar de todo, aun bordan papalinas para los niños llorones, i disputan sobre el mejor o peor gusto de sus ropas.

No hai mas que una diferencia: la de que ántes de consultar sobre el traje del niño, consultan sobre el propio, miran con avidez la lámina de las modas i piden cariñosamente a los papás un vestido, tanto o un poco mas bonito que el de su amiga Ventura o el de su condiscípula Mercedes.

Todo esto pasa entre los atractivos i disgustos de la vida colejial.

Atractivos, porque en reunion de muchachas jóvenes i desimpresionadas, anda de sobra la alegría, i ruedan de boca en boca las ilusiones de oro, sueños de gloria i proyectos para el porvenir.

Disgustos, porque esas imajinaciones vivas, anhelantes i entusiastas de lo nuevo, piensan siquiera una vez al dia que al otro lado de las tristes paredes del colejio está el mundo, donde no hai rezos, costuras ni lecciones; donde hai bailes, fiestas i placeres, i hombres que aman, i mujeres que son amadas.

Esos libros que se deslizan furtivamente a despecho de la vijilancia mas exquisita, i penetran en medio de esa reducida sociedad que los recibe ansiosa, leyéndolos cien veces i devorándolos con la gula del hambriento, avivan mas i mas el afan de conocer las cosas de fuera, cuyos alegres rumores, semejantes a un concierto de querubes, acarician a todas horas los oidos de las colejialas.

Pero la clausura no es eterna, i al fin llega el gran dia.

Dia en que, despues de unas cuantas lágrimas i unos cuantos besos, que suponen otras tantas despedidas de las compañeras de niñez, se abre de par en par la puerta de la jaula.

¡Ea! ¡a volar!

El pajarillo encerrado tanto tiempo va a lanzarse al aire. Su primer vuelo tiene que ser corto para que la falta de fuerzas no le obligue a caer.

Margarita hace su entrada en el mundo por la puerta de la casa de sus padres.

Pero con el carácter de niña.

¡Oh fatalidad!

Esto es lo que causa su martirio.

La adolescencia es un término medio feliz.

Se es demasiado crecida para jugar con los niños, i demasiado jóven para alternar con las mujeres.

Una adolescente no puede tener otras compañeras que las de su misma edad.

No puede saltar, ni correr, ni hacer diabluras, porque ya no es muchacha; ni debe mezclarse en las conversaciones, porque todavía es una chicuela.

Es la edad de las tonterías en el hombre i del coquetismo torpe en la mujer.

Edad en que se muda la voz, en que cambian las costumbres, en que no se sabe cuándo se obra mal o bien; edad ambigua, heterojénea, insufrible para el que la pasa i para los que están a su alrededor.

Margarita daria un año de existencia por unos cuantos dedos de estatura i otros tantos de vestido.

El vestido largo es su mas seductora esperanza.

Desea ir a paseo con su prima Amelia, porque tiene a su lado mas representacion de mujer.

Busca siempre las de mayor edad; i ella, en fin, que pasados los veinte años procurará menguar todo lo posible, trata ahora de crecer por cuantos medios están a su alcance.

Mas, ¡qué desgracia! su buena mamá, que siente volverse vieja, se empeña en no serlo haciendo mas jóven a su hija.

Una señora de treinta i ocho años, bien conservada, ofrece todavía un exterior aceptable.

Pero si tiene por apéndice un pedazo de catorce abriles, presenta un terrible dato a la curiosidad de los hombres.

La mamá de Margarita, a fin de salvar ese inconveniente, la ha condenado a llevar pantalones por tiempo indefinido para tener ocasion de llamarla *nena* a todas horas.

Así, la *nena* no puede tocar mucho el piano, porque, aunque está mui desarrollada, es jóven todavía para comprender la música.

No puede cantar porque se fatiga.

No puede bailar porque se marea.

No puede estar levantada despues de las nueve porque se duerme en medio de la reunion.

Todo esto lo afirma la *nena* de mui buen grado, merced a la lójica irrebatible de los pellizcos de su mamá.

I entre tanto sabe mas música que su maestro, no para de cantar en todo el dia, escucha desde su cama lo que dicen en la tertulia i rompe las alfombras danzando sobre ellas.

Sin embargo, el corazon es todavía mui niño para que le lastimen esas contrariedades.

Son disgustillos que se desvanecen confiándolos a otras muchachas.

Su prima María se encuentra en el mismo lugar, i ámbas pueden consolarse mútuamente.

A esa edad los consuelos están baratos.

No se conocen las tempestades del alma.

Solo se llora con los ojos.

Solo se sufre con la imajinacion.

Las amarguras de la adolescente no tienen de amargo mas que la forma.

La forma es un suspiro; el fondo una sonrisa.

Nace el suspiro, brota una lágrima que lo desvanece, i queda la sonrisa que lo enjuga.

Así corren las horas, sin marchitarse una sola flor en la guirnalda de la inocencia, i la adolescente va disminuyendo en su libro de memorias los dias, las semanas, los meses que componen la época interminable, a cuyo fin cree vislumbrar la promesa del vestido largo.

***

Pero hé aquí una novedad, un acontecimiento, una piedra que viene a alborotar la tranquila superficie del lago de la juventud.

Margarita ha empezado a reparar en las miradas que le ha dirijido en la tertulia el jóven Enrique.

Despues ha podido convencerse de que la seguia al salir de casa.

Varias veces, asomándose al balcon, lo ha descubierto en la esquina de la calle.

¡Oh placer!

Hai un hombre que la mira, que la sigue, que piensa en ella. La tiene en algo; la distingue entre las otras; la hace superior a las demas.

Margarita no es ya la niña inocente i humilde, es una mujer que puede tener orgullo, que debe tener vanidad.

Pero tambien tiene otra cosa. Cosa inexplicable, que se ajita en su pensamiento alrededor de la imájen de Enrique.

Lo ve en todas partes aunque no esté en su presencia.

En el teatro, en paseo, en su casa, en su alcoba, i, ¡oh miedo! hasta en sus propios brazos. ¿Qué mucho, si lo ve dentro de sí misma?

¿Qué será esto?

Ella no ha fijado la atencion en nada de un modo tan permanente.

No ha sentido nunca una cosa parecida.

Ignora por qué es, pero no puede olvidar a Enrique.

Sus ojos aparecen sobre el papel de música, i se equivoca al dar la leccion.

La seda para el bordado se convierte en sus cabellos, i no puede bordar.

La voz de cualquiera parece su voz dulcísima i se estremece cada vez que la nombran.

¿Qué será esto?

Esto es el preludio de una vida nueva.

El primer cosquilleo del alma.

La vanguardia del amor.

Ella no se acuerda de nada, no piensa en nada, porque esa cosa que siente no la deja vivir mas que para Enrique.

La arrebata una emocion que no cabe dentro del pecho.

Un sentimiento dulce i amargo, alegre i triste.

Deseo que la alboroza i ruboriza. Satisfaccion que la lisonjea. Satisfaccion que le hace daño.

Necesita hablar, desahogarse con álguien.... pero no quiere fiar su secreto a María ni a Amelia.

¿Por qué? ¡Quién sabe! Acaso tema causarles envidia, provocar sus burlas. .. ello es que solo tiene confianza en Julia; seguramente porque es menor que ella; quizá porque aun no tiene aspiraciones; mas, ¡es tan niña! ¡tiene dos años ménos!

No obstante, preciso será consultar con alguna.

Hai sensaciones demasiado grandes para que pueda abarcarlas un solo corazon.

Decídese i refiere en *secreto* lo que le sucede, lo que goza i sufre, poniéndose encarnada a cada palabra i adornando cada observacion con una sonrisa.

Julia escucha distraidamente, i por toda respuesta deja escapar una carcajada burlona; una de esas carcajadas que dicen: "Nada entiendo de lo que me cuentas, excusa seguir hablando, porque no me importa."

¿Qué otra cosa ha de esperarse de una niña que tiene dos años ménos?

¿Pero acaso la indiferencia infantil no enoja?

Margarita se enfada de veras i vuelve la espalda.

Acaban de tronchar la flor naciente de su amor propio satisfecho, i brota de sus ojos una lágrima furtiva, lágrima de verdadero sentimiento.

¡Traidora lágrima!

Primer desencanto.

Primera espina.

Primera perla que se desprende de la corona de la ilusion.

III.

LA NOVIA.

Un paso mas i se muda la escena.

Adios, caprichos de la niñez.

Adios, mariposas, pantalones i muñecos de carton.

Otros muñecos son ahora los juguetes favoritos.

Se ha realizado el sueño de oro de la adolescente.

Ya tiene amigas que la escuchen.

Ya puede tener amigos.

Es una mujer.

***

Enriqueta es de las jóvenes mas bonitas de la corte.

Satisfecha, rodeada de dichosas imájenes, avanza viento en popa por el golfo de la sociedad, en brazos del hermoso fantasma que llamamos ilusion.

En el cielo de su existencia, lo pasado es blanco como el primer albor de la mañana.

Lo futuro, azul sereno como la inmensidad.

Lo presente, color de rosa como las tintas que bañan el espacio a la salida del sol.

En el horizonte descubren sus ojos una sola palabra: *amor*, envuelta en aureolas de felicidad.

¡Cuán bellas son las esperanzas de la juventud!

¿Por qué han de ser tan breves?

*
* *

Vamos a fijar una mirada curiosa en el costurero de Enriqueta; en esa cajita depositaria de sus secretillos.

Entre media docena de bordados hai otra media docena de volúmenes.

Los Amantes de Teruel, *El Trovador*, varias colecciones de versos amorosos, alguna novela impregnada tambien de ese dulce sentimiento, un mosaico de amantes de todos calibres, miradas ardientes, frases arrebatadoras, promesas, juramentos, despedidas; un mundo de tiernas emociones; un paraiso en cuyos encantados jardines se encuentran a bandadas los dioses cieguecillos.

Enriqueta delira con todo esto. Empapa su imajinacion en esas relaciones fantásticas; sus ideas juveniles se acaloran ante las deliciosas perspectivas que ofrecen los poetas; i al leer una caballeresca aventura en que dos amantes llegan a unirse despues de mil sufrimientos, cuando el héroe, al cabo de larga ausencia, vuelve constante i rendido a los piés de la heroina, no puede ménos de exclamar en su exaltacion: "¡Cuánta ventura! ¡Si yo encontrara un amante como este!"

Ademas, Enriqueta sabe todo lo que vale; sabe, i es mucho saber, que no necesita para nada los recursos del tocador; que borda mui mal, i todos dicen que lo hace mui bien; que toca el piano pésimamente, i nadie duda de que lo ejecuta con perfeccion.

Sabe que inspira estos falsos elojios su hermosura verdadera; que tiene envidiosas, lo que prueba su mérito; que la miran mucho, la lisonjean, la adoran.... i sabiendo todo esto, ¿por qué no ha de tener un amante?

Este deseo es justo: acariciada por la fortuna, solo necesita el halago del amor; amor que se espera i se desea, porque a los dieziseis años los encantos, la riqueza i la alegría engalanan el corazon pero no lo llenan.

Se conoce el amor de oidas; se saben sus rudimentos; pero hace falta practicarlo. Las voces del alma piden otro corazon, i lo piden con verdadera necesidad.

Apesar de esto, ninguno de los adoradores de Enriqueta se determina a lanzarse en el palenque.

Ella es jóven, hermosa i rica.

Reune las tres cualidades escojidas.

Trinidad perfecta.

Tipo de la mujer que conviene.

Molde donde quisieran vaciar a todas las mujeres los que andan a caza de ganga.

Nada mas natural que un hombre tenga miedo.

Miedo bien justificado en un amante, cuando cree ver suspendida sobre su cabeza la terrible forma de una calabaza: esa espada de Damocles del amor.

Pero, con permiso de todos los amadores, diré que ese miedo demuestra poco conocimiento del fondo del asunto.

La mujer que no ha amado nunca, ni aun en broma, aunque sea rica i bella, no tiene orgullo ni coquetería.

El orgullo viene despues.

La coquetería nace del despecho, de la burla o del escarmiento.

No hablo de la coquetería inocente; me refiero a la de doble fondo.

Esta no existe en la mujer que no ha querido jamas.

Así, la mujer, la vez primera nunca dice *Nó*.

Entiéndase bien que digo *la vez primera*.

Es una prueba, un ensayo que ninguna mujer rehusa, sino que lo desea, i si es necesario lo provoca.

Si una jóven de dieziseis años dice *Nó*, aunque esteis convencido de que no ha querido nunca, no lo asegureis.

Habrá querido ántes, querrá en secreto, acaso de *mentirijillas;* pero ya guardará algo en su corazon.

Hai niñas que aman, como hai mujeres que no aman nunca.

Estos son dos fenómenos.

El primero de sensibilidad.

El segundo de inercia.

En el primer caso, la niña podrá ser un ánjel.

En el segundo, la mujer solo será una máquina.

Hai mujeres que niegan por costumbre i otras que afirman por debilidad.

De ámbos modos, la que dice siempre *Sí*, solo negará alguna vez por equivocacion.

La que dice siempre *Nó*, solo afirmará tambien por equivocacion.

La primera tiene el corazon mui pobre.

La segunda no tiene corazon.

El primer amor rara vez es el único.

Ya he dicho que suele ser un ensayo.

Pero los otros amores pueden olvidarse, i el primero nunca se olvida.

Será una sombra en lo pasado; un recuerdo pequeñísimo; pero tan fuerte, tan duradero como la existencia.

La memoria del primer amor, es un antiguo amigo que nunca estorba.

Preguntad a los que han amado, i ellos os contestarán.

Volvamos a Enriqueta.

La pobrecilla cree ver a su amante en todos los jóvenes que le gustan.

Se recrea con la esperanza de futuros dias de felicidad, i levanta i derriba a todas horas millones de castillos en el aire.

Imajina mil adoradores diferentes; escoje entre ellos; ama muchísimo al elejido; se casa.... llega, en fin, su imajinacion, a lo mas remoto de su vida cuando todavía no ha empezado a vivir.

Esto tiene su oríjen i fundamento.

La mujer no se ocupa en trabajos mentales.

Todos sus quehaceres i ramos comunes de educacion le dejan libre la cabeza.

Así es que su pensamiento, vagando en el vacío, tiene que ocuparse en alguna cosa.

I esa cosa es lo primero en que se fija.

I en lo que mas se fijan las jóvenes es en los encantos de su porvenir.

I digo encantos, porque mui pocas mujeres sueñan en un porvenir que no sea encantador.

I se apoderan de él, i le dan cien vueltas entre los dedos de su fantasía.

Esto es lo que se llama soñar despiertos.

Cuando veais a una mujer inclinada sobre un bordado, sola i abstraida, no os fijeis para nada en el movimiento acompasado i regular de la aguja.

La mano se mueve por costumbre.

La aguja cose sola.

Léjos, mui léjos del bordado está la imajinacion, i en ella se revuelven multitud de encontradas ideas i pensamientos distintos.

I esta meditacion i aislamiento de lo que se hace para pensar en lo que se ha hecho o en lo que se ha de hacer, se repite todos los dias sobre la almohadilla, el telar o la costura.

Seguramente no habrá hombre que invierta mas tiempo en pensar que cualquiera mujer en coser.

Por eso las mujeres piensan, meditan, sueñan mucho mas que los hombres.

No hai mas que una diferencia; que los pensamientos del hombre se fijan i los de la mujer se evaporan.

¡Oh! ¡si las mujeres escribieran todo lo que piensan!

Enriqueta borda i sueña mucho.

Por fin los sueños se aproximan a la realidad.

Un jóven se atreve a indicar su pensamiento de un modo decidido.

Ella nota los paseos por debajo del balcon, las señas i los despachos telegráficos que remite a cada momento el hilo eléctrico de los ojos.

No cabe duda. Se presenta un amante.

Es necesario un análisis escrupuloso.

Haciendo como que no ve, empieza a examinarlo.

Para mirar sin mirar, ninguna mujer necesita estudio: es un arte que nace con ella.

Se reunen las observaciones; la estatura es regular; no deja de ser elegante; ojos negros; pelo castaño; nariz un poco abultada, pero le agracia de cierta manera; boca bastante grande; barba saliente.... eso no importa nada en un hombre; el conjunto es regular, aceptable, bueno; i ademas parece mui cariñoso, lleva reloj, i en la camisa un boton que brilla mucho.... vamos, no hai motivo para desairarle.

Mui despreciable ha de ser el hombre que parezca mal a una mujer siendo el primero que llame a su corazon.

Despues del primer novio, todas las jóvenes tienen mas escrúpulos; ya se mira si es feo o bonito, si tiene coche o caballo, si gasta bota de charol i se abona al Teatro Real.

Pero cuando aun no se ha pensado en ningun hombre, el primero que llega siempre es bien recibido.

Gozosa Enriqueta con su hallazgo, empieza a cambiar algunas miradas a escondidas de la mamá.

I en esta parte no hai cuidado; casi todas las mamás son ciegas i sordas.

El jóven se muestra algo tímido, se ruboriza i no tiene valor para declararse.

Preciso es animarle con una sonrisa, i gracias a este remedio, parece que va tomando libertad.

Las primeras sonrisas son al enamorado lo que al niño los andadores.

Por fin, un perfumado billete aparece en el costurero como por arte de majia.

¡Oh feliz instante!

Enriqueta no se cuida del modo cómo se habrá introducido. Hai criadas i propinas que aclaren el misterio.

Lo que interesa es lo que contiene.—Vedla.

Lo mira por espacio de un minuto, lo vuelve a mirar....

¿Quién sabe las emociones que experimenta?.... Al cabo lo toma, se pone encarnada, su corazon late presuroso; examina el sobre i le da veinte vueltas sin atreverse a abrirlo. Es de color de rosa, i el aroma que exhala es de heliotropo; ella sabe de memoria el lenguaje de las flores, i heliotropo indica un amor sin límites.

¡Es cosa de enloquecer de alegría! ¿Lo abre? ¿No lo abre? Mejor será dejarlo para despues.... Pero ¿quién aguarda? ¡Ea! un poco de resolucion; se cierran los ojos i se rompe el lacre; ya está abierto el billete. ¿A ver? ¡Oh! ¡Qué niño ciego tan lindo! ¡Qué corazon atravesado con un dardo! I sobre todo, ¡qué letra tan preciosa!

¿Por dónde empezará a leerlo? Mejor será ver la firma.... ¡Ricardo! ¡Qué nombre tan expresivo!

Lo mismo fuera si se llamara Canuto.

"Adorada, inolvidable, simpática i amabilísima señorita." Así empieza el galan; despues hai un diluvio de metáforas retumbantes, tiernísimas i apasionadas, todas para pedir una cita, concluyendo de la manera mas patética imajinable; allí va el alma, la vida, la fortuna, ¡qué se yo que mas!

¡Con cuánta avidez lee Enriqueta esas palabras!

¡Cómo saborea la miel que contienen!

¡Cómo exprime su dulce jugo i apura hasta el último átomo de su agradable significacion!

¡Es una música deliciosa, la música celestial!

A los cinco minutos sabe de memoria la carta, con comas, puntos i admiraciones.

Preciso es contestar, pero la dignidad no aconseja escribir tan pronto. Median algunos recados i tiene lugar la primera cita.

Los dos balbucean, se cortan, no saben qué decir, pero se despiden satisfechos.

Despues cóbranse mas ánimos i se entra en materia, regalándose el oido con las mas sabrosas conversaciones.

Cuatro disparates, una docena de ternezas, miles de tonterías i puntos suspensivos, es todo lo que se gasta en sus entrevistas.

¿Para qué mas?

Las conversaciones de los enamorados no tienen gran fundamento i son animadísimas.

Las palabras se cruzan, enredan i suceden de una manera interminable.

Se dicen muchas necedades, pero es porque no pueden decirse otras cosas.

El estado de dos amantes frente a frente es un estado tonto.

Se encuentran en una situacion letárjica, insensible a cuanto les rodea.

Dulce bienestar que les hace olvidar todo i no desear nada.

Estado tonto que no puede producir mas que tonterías.

Conozco algunos enamorados que piensan decir algo a sus novias cuando están ausentes, i en el momento de encontrarse a su lado lo olvidan, sin que les sea posible decir otra cosa que las frivolidades de costumbre.

I sé de mas de un hombre de talento que tiene que dejárselo en casa cuando va a hacer el amor.

Dos que se enamoran cantan un idilio de ternura que solo se interrumpe cuando alguno de ellos se constipa con el viento del desengaño.

Viven solo para el amor i se alimentan de su savia.

Creo que si alguien puede vivir sin el cotidiano sustento, es sin disputa un enamorado de buena lei.

Todas las sensaciones se identifican en una sola.

Todas las ideas se dirijen a un mismo fin.

¿Cómo ha de faltar materia para amar?

¡Imposible!

Enriqueta está segura de las nobles cualidades que adornan a Ricardo.

¿Quién pondrá en tela de juicio su talento, finura, gallardía i envidiables dotes?

Verdad es que todavía no le han preguntado quién es, ni de dónde viene, ni qué objeto le trae; pero esto es lo último que se pregunta entre los que se aman.

Ella tiene bastante con saber que toca el piano bien, que baila mui bien, que dibuja mui bien; todo porque él lo ha dicho, i él no puede engañarla.

Ademas, el estilo de sus cartas es mui poético i su carácter de letra magnífico.

Ha confiado a varias amigas su predileccion, nada mas que su predileccion por Ricardo, i todas han manifestado que es jóven de grandes simpatías.

Sobran motivos para estar satisfecha con un muchacho de tales circunstancias, i sobre todo, es su amante; cualidad mas que suficiente para que sea el mas perfecto de los hombres.

Un enamorado mira a su amante como a un sér superior.

La persona amada no come, no duerme, no se estropea, no varía.

Es una flor contrahecha, una hada vaporosa i fantástica, un ídolo que solo necesita para vivir el incienso de la adoracion.

La pobre Enriqueta cree de buena fé todo lo que él dice i ella se imajina.

Ignora que el simpático Ricardo, ademas de que come, duerme i se estropea como los demas hombres; baila mui mal; toca el piano como pudiera tocar todo lo tocable; dibuja cabezas que necesitan al márjen una explicacion; copia las cartas de uno de esos libros que venden los ciegos a cuatro cuartos, i se las escribe un profesor de letra inglesa a razon de dos reales por ejemplar.

Pero, aunque tal engaño llegara a descubrirse ¿cómo creerlo?

¿Ricardo engañarla?

¿Su amante, *el amante de Enriqueta* un hombre así?

¡Mentira!

Vedlos como gozan con su cariño que parece eterno.

Se aman verdaderamente.

Todos sus pesares, si los tuvieran, desaparecerian al influjo de su pasion.

Todas sus alegrías se refunden en ese puro sentimiento.

Sonrien al verse.

Suspiran al separarse.

Si algun pasajero enojo se suscita, es hijo del cariño i con cariño se ahoga.
Ni la mas lijera nube empaña esa atmósfera tranquila.
No hai pasado.
No hai porvenir.
Solo existe lo presente a los ojos de Enriqueta.
Solo ve en todas partes estas palabras:
¡Amar! ¡Ser amada!
¡Qué felicidad!

ADOLFO LLANOS I ALCARAZ.

HOJAS SUELTAS.

¿Hablabas tú, o el son del vago viento
Oia suspirar?
¿Llegaba a mí de amor un juramento
Que en voz baja quisiste pronunciar?

Te miré con pasion: tu labio mudo
No respondió a mi afan....
Si no era esa tu voz ¿quién hacer pudo
Mi corazon ardiente así temblar?

1876.

*
* *

Cubrió de rosas
Mi áspera senda,
De la esperanza
La luz me muestra;
Con su ternura
Calma mis penas,
Por mí a los cielos
Piadosa ruega;
¡Oh! como nadie
Me ama en la tierra....
¡Anjel de mi alma!
¡Bendita seas!

1876.

ENRIQUE DEL SOLAR.

CANTO NOCTURNO

DE UN PASTOR ERRANTE DEL ASIA. (1)

(DE LEOPARDI.)

¿Qué haces, luna, en el cielo, dí, qué haces,
Oh silenciosa luna?
Sales de noche i vas, desde que naces,
Contemplando desiertos, i te escondes.
¿Nó estás aun saciada
De recorrer tu sempiterna via?
¿Aun no desdeñas, i mirar te agrada
Estos montes i valles todavía?
A tu vida asemeja
La vida del pastor; sale al primero
Albor de la mañana,
Mueve el rebaño por el campo, i mira
Rebaños, fuentes, yerbas, i rendido
Reposa por la noche sosegada
I ya no espera nada.
Dime, luna; ¿de qué su vida sirve
Al pastor, i a vosotros vuestra vida
De qué sirve? ¿Do tiende en mi carrera
Mi vagar lento i breve,
I tu curso infinito por la esfera?

Canoso anciano enfermo,
Mal vestido, descalzo,
Con carga pesadísima en los hombros,
Por valles i por montes,
I agudas rocas i anchos arenales,
Azotados del viento i borrasca,
Con tiempo abasador i cuando hiela,

(1) Este bellísimo canto de Leopardi requeria una traduccion mas digna del orijinal; la presente, sin embargo, es la mejor de cuantas se han publicado en España. ¿Debemos, pues, desesperar de introducir a Leopardi en nuestro idioma? ¿La frase española es tan rebelde que no pueda seguir las inflexiones de la italiana? ¿O será una impropiedad sustituir a la expresion romántica de Leopardi la nuestra anticuada i académica?

Corre aquí, cruza, anhela,
Atraviesa torrentes i pantanos,
Cae, se alza, i mas i mas ya se apresura,
Sin tregua ni reposo,
Herido, ensangrentado, hasta que llega
Allí donde el camino
I tanto fatigar se dirijia,
Abismo horrible, inmenso,
Donde al pricipitarse todo olvida;
Tal es, virjínea luna,
La triste imájen de la humana vida.

Al dolor nace el hombre,
I es peligro de muerte el nacimiento.
Prueba tormento i pena
Desde el primer aliento,
I apénas ha venido,
Projenitor i madre
Le quieren consolar de haber nacido.
Luego, conforme crece,
Entrambos le sostienen, de contino
Con actos i plabras
Se afanan en cuidarle, se disputan
El consolarle del humano estado;
Mas precioso cuidado
A su prole los padres no tributan.
¿Por qué dar a la luz del claro cielo
I por qué dar la vida
A quien despues es fuerza dar consuelo?
¿Si es vivir desventura,
Para qué tanto dura?
Tal es, intacta luna,
El estado infeliz de los mortales;
Mas tú mortal no eres
I no te cuidas de lamentos tales.

Tú, solitaria, eterna peregrina
Que vas tan pensativa, acaso entiendes
Este vivir terreno
Lo que es, i el suspirar, nuestra agonía;
Lo que es este morir, esta suprema
Palidez del semblante,
I faltar de la tierra para siempre
Toda usual compañía dulce, amante.
I en verdad, tú comprendes
El por qué de las cosas, ves el fruto
Del alba, de la tarde placentera,

Del callado infinito andar del tiempo,
Sabes, tambien, a qué dulces amores
Rie la primavera,
Por qué son los calores
I a qué son del invierno las heladas.
Mil cosas sabes tú, mil tú descubres
Que al sencilllo pastor le están veladas.
A veces, al mirarte
Tan muda estar sobre el desierto llano,
Que en círculo remoto
A lo léjos confina con el cielo,
O bien con mis ovejas
Mano a mano, seguirme caminando;
I al mirar las estrellas refuljentes
Digo entre mí, pensando:
¿Para qué luces tanto?
¿Qué hace el aire sin fin i esa profunda
Serenidad del infinito abismo?
¿Qué quiere decir esta
Inmensa soledad? ¿qué soi yo mismo?
Conmigo así discurro i de la estancia
Soberbia, inmensurable,
I de aquesta familia innumerable,
Luego de tanto obrar del movimiento
De las celestes i terrenas cosas
Guiando sin descanso, presurosas,
Para siempre volver donde nacieron,
Fin ni objeto ninguno
Adivinar no sé, ni fruto alguno;
Solo conozco i siento
Que en el jirar eterno de los orbes,
I que en mi frájil vida
Otro hallará quizás bien i contento,
Mas, para mí, el vivir es un tormento.

¡Oh tú, cuán venturoso
Eres, rebaño mio,
Que tu memoria, pienso, no adivinas!
¡Cuál te miro envidioso!
No solo porque ajeno de pesares
Casi libre caminas,
I todo sufrimiento i todo daño,
Todo extremo dolor súbito olvidas,
Sino porque jamas el tédio sientes,
Cuando la sombra paces en la yerba
Contento i sosegado,
I del año gran parte;

Pero tú ciertamente,
Jovenzuela inmortal, lo sabes todo.
Consume sin enojo en tal estado,
Miéntras sentado yo tranquilamente
Sobre la verde yerba i la sombra,
Un fastidio voraz nubla mi frente
I cuasi un aguijon me punza luego,
Tal que sentado, disto mas que nunca
De hallar paz i sosiego;
Empero, nada ansío,
Ni motivo hasta aquí tuve de llanto.
Cómo goces o cuánto,
Decir no sé, mas sé que eres dichoso;
Yo poco goce siento,
Oh tú, rebaño mio,
Mas no por esto solo me lamento.
Si hablar supieses, yo preguntaria:
Dime, ¿por qué yaciendo sin cuidado
Todo animal, ocioso,
Se aquieta, i, sin remedio,
Cuando descanso yo me asalta el tédio?
Talvez si alas tuviese
Para volar sobre las altas nubes
I contar las estrellas una a una
Mas feliz fuera yo, dulce rebaño,
Mas feliz fuera i la verdad no acierte
Viendo la ajena suerte
Mi pobre pensamiento,
I en todo estado i forma, en cueva o cuna,
Es fatal a quien nace, el nacimiento.

José ALCALÁ GALIANO.

ORGULLO I MODESTIA.

El orgullo es una de las calamidades del hombre i la mas calamitosa de la mujer.

Si a la mujer se le pudiera arrancar el orgullo, tendria mucho adelantado para ser perfecta.

Pero como la perfeccion humana es imposible, el orgullo prevalece.

Sin embargo, pueden minorarse sus efectos con el talisman precioso de la modestia.

La modestia es un ánjel escapado del cielo i que huye continuamente del demonio del orgullo.

Si todas las mujeres calcularan los inconvenientes del orgullo, ninguna seria orgullosa.

Por lo mismo que es pasion dominante hace uso de ella todo el que quiere hacer daño.

El orgullo es el caballo de batalla de la mujer.

Si el hombre le pica oportunamente, el caballo bota i la mujer pierde los estribos.

Es una arma que ella misma proporciona al hombre, i que la convierte en mosca cuando aquél tiene acierto para convertirse en araña.

La modestia es coraza inexpugnable donde se estrellan los esfuerzos masculinos

Una mujer modesta no tiene caballos de batalla, i es por lo tanto imposible que pierda los estribos.

Yo tengo la conviccion de que el orgullo es calvo.

I creo ademas que gasta peluca.

Peluca que, llevándose en la cabeza, está, como es natural, encima del orgullo i viene a ser el epílogo de su historia.

Pero está tan mal hecha i cuadra tan poco con lo bufo del personaje que la gasta, que ocasiona la risa de todo el mundo.

¿Sabeis por qué?

Porque la peluca del orgullo es el ridículo.

Por esta i las otras razones i otras mil que todos saben, me atrevo a manifestar sin escrúpulo la siguiente opinion:

El retrato de una mujer tonta i modesta vale tanto o un poco mas que el orijinal de una discreta i orgullosa.

Casi todas las mujeres creen, sin embargo, que deben tener un poco de orgullo.

Lamentable equivocacion.

Lo que deben tener todas las mujeres es, no un poco, sino mucha, muchísima dignidad.

Esa dignidad que se confunde con el orgullo, pero que es mui distinta i está mucho mas alta; tan alta que no puede avenirse con la pequeñez de la humillacion ni con la miseria del vicio.

La mujer que conserva su dignidad, lo tiene todo.

Pero en el momento en que la pierde, todo lo ha perdido.

De igual manera se confunde comunmente la modestia i la hipocresía.

Hai mujeres que siendo hipócritas se consideran modestas, sin imajinar que la indispensable cualidad de la modestia es la ignorancia de que se posee.

Pero existe una apreciacion mas errónea todavía.

Es jeneralmente en los séres que aspiran a ser modestos, el creer delito todo lo que sea finjir humildad, considerando a la modestia incompatible con el amor propio, i al amor propio identificado en el orgullo.

Yo creo que el orgullo i el amor propio andan siempre volviéndose la espalda.

Creo que para ser modestos, es necesario ser egoistas.

Que para ser, pensar i valer algo, es indispensable el egoismo.

I creo mas todavía. Creo que la amistad, el amor, esas virtudes que se llaman caridad, fé i esperanza, tienen que ser esencialmente egoistas para ser esencialmente verdaderas.

"¡Cómo! exclamarán las lectoras escandalizadas.

"¡Virtudes egoistas!

"¡Amistad egoista!

"¡Amor, el amor espíritu considerado como egoismo!

"¡Falso! ¡Imposible! ¡Absurdo!"

Calma, lectoras mias.

No os alboroteis; tened un poco de paciencia, i despues arañadme si os enfado.

Acabo de lanzar a vuestro raciocinio una idea erizada de inconvenientes i que os parece de difícil comprension.

Veremos el modo de suavizarla, redondearla i pulirla hasta que la podais comprender con facilidad.

Hai dos clases de egoismos; tan diferentes, que uno produce el bien i otro no produce nada bueno.

Aquel es el egoismo natural.

Este es el egoismo del interes; interes egoista.

Pasion bastarda sin otro móvil que la comodidad propia, aun en perjuicio de la ajena. Hermana de la envidia. Oríjen de todo lo malo, vicioso i criminal.

No me refiero a éste.

Hablo del primero: de ese egoismo que nace con nosotros i nos acompaña en el tránsito de la vida, con una mano sobre el corazon i otra sobre la intelijencia. Que quiere la comodidad

propia sin perjuicio de la de los demas. Hermano de la emulacion. Enemigo de la envidia. Principio innato del deber, la dignidad i la virtud. Egoismo que no es otra cosa que el amor propio, tan maltratado por los que no le comprenden o no le quieren comprender.

¿Vais entendiendo?

Pues adelante.

Vosotras entrais en los templos i orais porque teneis fé.

Vivís deseando la vida, porque teneis esperanza.

Compadeceis i dais consuelos porque teneis caridad.

Pero desconociendo los rudimentos del amor, vuestra fé, caridad i esperanza serán siempre mui poca cosa.

Concededme que esas tres virtudes tienen enlace con el amor, i que el amor toca de cerca a la amistad, i escuchad algo todavía.

¿Por qué teneis amigos?

Porque necesitais compartir con álguien vuestros dolores i placeres. Porque os es precisa una intelijencia que aconseje, una palabra que anime, un sér que reciba vuestras expansiones, mitigue vuestros pesares i dilate vuestras alegrías.

¿Por qué amais?

Porque os hace falta amar, llenar el vacío que deja en vuestra alma ese sentimiento con el sentimiento del sér amado.

Amais porque no podeis hacer otra cosa.

Porque teneis hambre de otro corazon.

I si vuestro amor, sea de amiga, amante, esposa, hija i hasta de madre encuentra correspondencia, os creereis dichosa, porque esa necesidad del espíritu se habrá llenado, satisfecho vuestro amor propio i acariciado vuestro egoismo.

Si no sois correspondidas, será vuestro amor uno de esos que el vulgo dice *sin esperanza*.

Pero no es exacto. No hai amor sin esperanza.

Hasta los condenados a muerte esperan en lo alto del patíbulo.

Nadie vive sin esperar. Esperanza es vida.

Detras de la esperanza no hai otra cosa que el suicidio.

Así, pues, si vuestro amor no se corresponde, esperareis sufriendo, porque aun no está satisfecho el hambre del corazon, ni acariciada la esperanza de vuestro egoismo.

Luego amistad, esperanza i amor no son otra cosa que el amor de vosotras mismas: vuestro amor propio.

Decidme ahora: ¿por qué creeis?

Porque así os lo ordena la relijion.

Esa creencia mitiga i calma vuestros pesares i remordimientos. Os da tranquilidad.

I la tranquilidad es paz del alma.

I la paz del alma es satisfaccion del egoismo.

¿Por qué compadeceis?

¿Por qué teneis caridad?

Porque os dicen que la caridad es virtud i la compasion bello adorno de la hermosura.

Quiero suponer que seais caritativas de buena fé.

Cuando os pide una limosna el pobre ciego o baldado, ¿por qué se la dais?

Porque la desgracia de aquel sér os llega al corazon, conmueve, daña, orijina sensacion desagradable, hiere la calma del espíritu, i al socorrer la desgracia desaparece la sensacion, se consuela el desgrado i se tranquiliza el egoismo.

Luego, caridad i fé no son otra cosa que el amor de vosotras mismas, vuestro amor propio.

Ahora bien: si esas tres virtudes, amistad i amor que las enlaza son esencialmente egoistas, ¿qué bueno podrá esperarse de corazon extraño al egoismo?

¿Qué valdrá un sér falto de amor propio, que no sepa lo que vale ni ambicione valer mas, con esa ambicion noble i justa que respeta el mérito ajeno i desea engrandecerse para bien de sus semejantes?

El amor propio mantiene la dignidad, relijion i virtud.

Hace al hombre que cele por su honra i reputacion.

Hace a la mujer que cumpla sus deberes, i en mas de una ocasion la detiene al borde del precipicio.

El egoismo natural es el primer don del sér intelijente.

Ultima joya que Dios entregó al hombre al revestirle con el tesoro de sus bondades.

El egoismo del interes es una mala copia de esa joya, fabricada por el demonio.

Copia i orijinal tienen el mismo nombre, pero se diferencian en el apellido.

Tened sumo cuidado en no equivocar uno con otro, porque el primero toca a la virtud de la modestia, i el segundo al vicio del orgullo.

Diferencia notable; tan notable, que uno produce siempre el bien, i otro no produce nada bueno.

ADOLFO LLANOS I ALCARÁZ.

JOSE-CHIQUI.

UN CUENTO GUIPUZCOANO A LA MEDIA NOCHE.

I.

Tambien yo podia exclamar ahora con *Timon* en su libro de *Los Oradores:* "¡He vivido mucho tiempo!"

Porque, por donde quiera que mire este recuerdo que trato de evocar, encuentro el vacío: una memoria perdida en el tiempo, i que solo vive en mí, ya desprendida de los séres i de las formas que pudieran hacerla perenne.

Los séres desaparecieron i las formas no existen.

I, sin embargo, el recuerdo vive, apesar de que todo cuanto lo produjo se ha desvanecido en un reducido número de años.

Algun tiempo mas, i ¿qué será de mis recuerdos?

Perdonadme si, al volver la vista atras, empiezo con melancólica quejumbre: algo habreis de conceder a mi carácter, i algo he de otorgar yo a mi alma.

II.

Me hallaba en una de mis excursiones acompañado de un amigo i de un guia.

Ni el guia ni el amigo existen ya.

Con harto desprecio de consejos saludables, nos empeñamos en abandonar la casa del cura de uno de los pueblos situados en la falda de San Adrian, a la parte de la llanada de Alava, para dirijirnos a otro pueblo de Guipúzcoa, al caer la tarde de uno de los últimos dias de noviembre.

El cielo estaba tempestuoso, i juzgamos equivocadamente que la tormenta daria lugar, ántes de desatarse, a conseguir nuestro objeto.

Un horroroso nublado nos cojió al pié de la sierra i en uno de los montes mas espesos.

Perdidos i empapados en agua, a las diez de la noche, vislumbramos entre la fronda una luz.

La tomamos por guia.

A intervalos la alcanzábamos, a ratos se perdia del todo.

Perdida unas veces i otras apareciendo como nuestro norte

entre el ruido de los truenos lejanos, distinguimos tambien un ruido monótono, acompasado, que venia en direccion a la luz.

Aquel ruido ayudó, i no poco, a que consiguiéramos el puerto de seguridad.

III.

Llegamos a una ferrería.

¿Sabeis lo que, hace poco todavía, era una de las muchas ferrerías del pais vascongado?

Digo *hace poco*, i *una de las muchas*, porque hoi, en su mayor parte, han desaparecido.

Veamos si, acudiendo a los recuerdos, puedo producir en vosotros alguna de las impresiones que en mí produjo entónces la que en estos instantes me preocupa.

Su mal cerrada puerta lanzaba por los intersticios rayos de luz vivísima.

Era la fragua de los tiempos primitivos, donde cantidad inmensa de carbon ardiendo hacia bullir la mena para formar la torta o *zamarra*, que, despues de cinco horas de trabajo, habian de sacarla con enormes palancas de hierro para llevarla al mazo, i, quitándole la escoria en la primera embestida, reducirla luego a lingotes.

Pronto se nos franqueó la entrada.

I, nada mas fantástico, nada mas poético que el cuadro que se ofrecia a nuestra vista.

Un gran espacio, rodeado de gruesas i altas paredes, cubierto a tejavana, nos cobijaba.

Los largos cabríos i fuertes vigas que sustentaban el techo estaban ahumados.

Debajo del *antépar*, esto es, debajo del depósito del agua, formado con piedra sillar bien concertada, jiraba la rueda que ponia en movimiento, merced a un uso disforme, el mazo descomunal que aplastaba la torta fundida i que producia el ruido acompasado que sirvió para que pudiéramos encontrar nuestro refujio.

El golpe de agua caia por la *chimboa* con estrépito, la cual podia taparse a voluntad e interrumpir el curso de la vertiente con un *molote* de madera, forrado de hierro, adherido al *urague*, a la pértiga, en cuyo extremo opuesto afianzaba una descomunal cadena que servia para manejar el *molote*.

Los saltos de agua para los fuelles i la rueda, la fragua candente, el ruido atronador de la ebullicion i de la maza, los golpes de luz vivísima i de durísimas sombras que se proyectaban en los muros ennegrecidos i casi calcinados por la accion constante del fuego, daban al cuadro un carácter plutoniano difícil de dibujar.

I agregad a esto, i a las idas i venidas de los fundidores i tiradores i *mealle* o pinche, todos medio desnudos, el cerco de hilanderas en torno de la fragua, i decidme si no era bastante pábulo para creerse la imajinacion trasportada a las rejiones de los fantásticos sueños que todos escuchamos con asombro en los primeros albores de la vida.

IV.

Eran las doce de la noche.

Los ferrones trabajaban; la maza seguia sus acompasados movimientos; los golpes del agua i el ruido de los fuelles aumentaban los estrépitos, cuando las hilanderas interrumpieron sus cuentos eúscaros, tan dulces como melancólicos, tan tiernos como primitivos en el sentimiento infundido en nuestro sér.

Un golpe de viento habia sacudido por la parte de afuera la puerta de la ferrería, i a su impulso habia quedado de par en par abierta.

Todos enmudecieron.

—¡Ai, *ené!*

—*¡Jaungoicoa!*

Fueron las exclamaciones que por todas partes se dejaron oir en aquel animado centro de trabajo.

—¡Son las doce!.... ¡Es el alma de José-Chiqui!

Bastaba i sobraba a mis aficiones de toda la vida para que el sentimiento de la curiosidad se despertara en mí hasta el mas alto grado con lo que presenciaba.

Todas las hilanderas se santiguaron, recitando con fervor relijioso la oracion dominical.

Despues siguió un respetuoso silencio, que pronto interrumpí dirijiéndome a la mas anciana para que me explicase lo que ya adivinaba mi deseo.

—El alma de José-Chiqui, señor.

—¿I quién fué José-Chiqui?

—Un hijo malo.

—¿Me direis su historia?

—Sí, señor.

I como si nunca la hubieran oido los circunstantes, todos se dispusieron a escucharla con recojimiento, fijando en nosotros sus miradas para observar el asombro que producia el relato de la anciana.

V.

"No léjos de este sitio, hace algunos años, habia un caserío que habitaba José-Mari, hombre honrado, pero que se dejó llevar de su aficion al vino; i el vino produjo su ruina i la de toda su familia.

"José-Mari tenia un hijo: tambien se llamaba José, i para distinguirle de su padre le llamábamos José-Chiqui.

"José-Chiqui era malo.

"Un dia de domingo bajó a la fiesta de la calle con su padre; i por la noche, cuando volvian los dos al caserío, el hijo abandonó al padre en el camino, sin querer ayudarle, cuando José-Mari no podia seguir adelante, porque la embriaguez no le permitia dar con acierto ni un solo paso.

"El hijo abandonó al padre en el camino mas difícil, i se burló de su borrachera, i subió solo al caserío.

"A la mañana siguiente encontraron muerto a José-Mari, que se habia despeñado.

"José-Chiqui heredó todo lo de su padre, i tambien su aficion al vino.

"Antes de morir su padre se habia ya casado; i tenia una mujer buena, que no supo jamas el negro pecado de su marido, i esta mujer buena habia dado a José-Chiqui cuatro hijos.

"José-Chiqui empezó tambien a embriagarse.

"I su hacienda iba a ménos, i pegaba a su mujer porque con mucha dulzura le reprendia vicio tan feo, i maltrataba a sus hijos, abandonando su crianza, sin cuidarse de darle los buenos consejos a que están obligados los padres.

"Con los malos tratos del marido i con el desconsuelo de ver que paso a paso la casa se acababa, la mujer murió llena de penas, i despues un hijo i despues otro i luego el tercero, i solo quedó, ya mozo, el mayor de los hermanos.

"Hijo i padre seguian viviendo juntos.

"El hijo con tristuras, porque era de buena índole: el padre cada vez mas entregado a sus excesos.

"Un dia de invierno, padre e hijo bajaron al mercado de la calle.

"El hijo no pudo arrancar al padre de la taberna hasta mui entrada la tarde, i el hijo se apuraba por volver pronto al caserío, porque habia caido mucha nieve, i los caminos estaban malos i peligrosos.

"La noche les cojió en el camino, i todavía les quedaba mucho que andar, i con mucho trabajo el hijo ayudaba i llevaba al padre.

"Hasta que llegaron a un punto que viendo el hijo que era del todo imposible pasar adelante sin ayuda, colocó a su padre en el hueco de una roca miéntras él acudía al caserío en busca de socorro.

"José-Chiqui no estaba tan embriagado que no conociera el sitio donde se encontraba, i ántes de partir su hijo, le oyó exclamar con toda la amargura de su alma:

—"¡Ai!.... ¡aquí abandoné yo a mi padre!....

"La justicia de Dios se cumplia, sin que pudieran evitarla los

mejores deseos que el hijo de José-Chiqui tenia para el que habia sido tan malo con su padre.

"Cuando el hijo llegó al caserío, lo encontró ardiendo.

"El *mútil* que cuidaba de las vacas se habia abandonado en ausencia de sus dueños, i con la *rechina* dió lugar a que se prendiera la paja.

"En vano volvió el hijo desolado a buscar a su padre: su padre no parecia.

"Dias despues, cuando se fueron las nieves, algunos andrajos de la ropa de José-Chiqui se encontraron ensangrentados en el fondo de una barranca.

"Los lobos habian devorado a José-Chiqui, i su alma vagaba al derredor de sus huesos insepultos.

"El hijo, sin consuelo, sin hogar, solo, i comprendiendo i acatando los juicios de Dios, abandonó las ruinas de su caserío, i se fué léjos, mui léjos, a las Américas, cruzando los mares, i no se ha sabido mas de su destino.

"Despues de estos sucesos, todas las noches, a esta misma hora, i en especial las noches de tormenta i huracanes, se oyen en la montaña lamentos mui tristes i apenados; i es, que el alma de José-Chiqui vaga, vaga penando por los sitios en que cometió tan horrible pecado, como es el abandonar un hijo a su padre i burlarse de sus defectos, cuando todos estamos obligados a respetar, como quiera que sean, a los autores de nuestros dias.

"Por eso pena el alma de José-Chiqui; por no haber respetado a su padre: vaga, hasta que Dios se apiade de ella i la conceda el eterno reposo."

VI.

Eran las dos de la madrugada.

Las hilanderas, ejemplo de las mujeres hacendosas, que, robando algunos horas al sueño, se reunian en la ferrería a hilar sus madejas, segun hábito de este pais ejemplar en sus virtudes domésticas; las hilanderas recojieron sus labores, i con haces de paja encendida se dispusieron a regresar a sus moradas, dispersas en aquella sierra, para volver, despues de un breve reposo, a sus trabajos cuotidianos.

La mas anciana, la del caserío mas próximo, que nos habia referido la historia provechosa que acabábamos de oir, nos brindó con su hospedaje, que aceptamos, dejando a los ferrones entregados a sus tareas no interrumpidas ni de dia ni de noche en toda *la campaña*.

S. MANTELI.

¡AY!

I.

No voi a contar una novela; voi a referir una historia. Sencillo i trivial es el asunto; pero tambien por desgracia es verdadero.

Los libros son el reflejo de la sociedad; i por eso apénas existe una pájina en la que no se encuentre una historia como la de Tayda: tan trillado como es el asunto en literatura es trillado tambien en nuestras costumbres.

En estos renglones no hallareis novedad; pero sí verdad. ¡Ojalá, así, no sucediera!

Hecha esta advertencia, oid.

.....

Visitando el cementerio de una importantísima ciudad de Castilla, llamó singularmente mi atencion una sencilla cruz de madera en la que solo habia escrita una palabra, un quejido mas bien, "¡Ai!"

¿Podia darse epitafio mas elocuente i mas sencillo?

Largo rato estuve contemplando aquella modesta cruz, i multitud de encontradas reflexiones cruzaron por mi mente cada vez que mis ojos se fijaban en aquel ¡Ai! allí grabado: parecíame escuchar el triste lamento que desde mas allá de la tumba exhalaba un sér que fué.

¿Quién descansaba bajo aquella cruz?

¿Qué historia encerraba aquel ¡Ai!?

Una persona conocedora de aquella historia sacóme al fin de mi natural curiosidad.

La sencillez del relato, tan sencillo casi como el epitafio, excitó vivamente mi sensibilidad i hasta.... lloré; i es que nada conmueve tanto como toda relacion sencilla i verdadera.

II.

Pura como la brisa de la mañana; hermosa como la flor de mayo; sencilla como la vírjen de la inocencia, era Tayda.

Envidia a la misma flor del granado daban sus labios, i celos tenian de sus ojos las mas brillantes estrellas del cielo.

Hermosa era en el rostro; pero ¡cuánto mas hermosa era en alma!

Léjos del ruido de las ciudades, respiraba feliz i vivia en el

campo, sin mas compañera que la soledad, sin mas amiga que la naturaleza, que la regalaba flores, pájaros i brisas.

Libre como el ave, volaba su mente por mil ensueños de felicidad que brotaban i morian dentro de su alma.

III.

Tayda tenia dieziseis años: era la flor en toda su fragancia i lozanía.

Su vida era tan tranquila como sus dulces sueños.

Cuando la aurora tendia sus celajes de oro i grana, corria entre las flores, confundiendo con el trino de las aves sus sonrisas de felicidad.

Cuando la melancólica tarde cerraba los cálices de las flores, confundia Tayda sus suspiros con el triste canto del ruiseñor.

IV.

Caia el sol tras las montañas: todo callaba en derredor.

La luna, envuelta en el misterio, tendia sus débiles rayos en la pradera.

Tayda, silenciosa i triste como la tarde, volvia a su hogar.

Al atravesar las pintorescas i tortuosas sendas, iluminada por los rayos de la luna, que por entre las hojas se deslizaban, parecia la misteriosa vírjen de los amores que cruzaba fantástica por aquellos lugares.

Tayda paró un instante.

Un canto lleno de armonía, que entonaba una voz dulce i pura, llegaba a sus oidos.

Era un canto de amores, que ora expresaba la felicidad en sus notas vibrantes i apasionadas, ora la amargura i el dolor en sus cadencias tristes i lánguidas.

Tayda escuchaba embriagada aquel canto, sintiendo en su corazon toda la poesía que encerraba.

La voz se fué alejando, alejando, i cuando apénas se percibian los últimos ecos, una lágrima, mas pura que el rocío de la mañana, deslizóse furtiva de sus serenos ojos.

Cuando quiso entregarse al reposo, aun creia escuchar aquel delicioso canto que arrullaba sus sueños con su armonía.

V.

Tayda, desde aquel dia, sintió ajitarse en su alma una sensacion desconocida.

El canto de amores le habia revelado un nuevo mundo de ideas.

Volaba al pensamiento por mil gratos delirios, i lanzaba su pecho leves i entrecortados suspiros.

Como el marino fascinado por el canto de la sirena, Tayda, atraida por el recuerdo de aquel acento, volvia al sitio en donde le habia escuchado.

A la misma hora, i casi confundida con los tristes gorjeos del ruiseñor, escuchó la misma voz, que entonaba un canto todavía mas bello, mas apasionado que el primero.

Tayda sintió vibrar su corazon oyendo aquellas notas, i vió una sombra deslizarse lijera por entre los añosos árboles.

Aquella sombra era la de un hombre, que contemplaba a Tayda extasiado.

Las miradas de Tayda i el misterioso trovador siguieron fijas la una en la otra, hasta que se confundieron en una sola, como dos blancas i ténues nubecillas se juntan i confunden en el inmenso cielo azul.

VI.

Tayda i el desconocido cantor se amaron.

Una cancion los atrajo: una mirada bastó para unir sus almas.

El ánjel de la felicidad se cernia sobre los amantes, como los sueños de paz sobre la pura frente de un niño.

Sus dos corazones, refundidos en un solo pensamiento, se deslizaban entre flores sin mas mundo que el mundo del amor.

Todo les hablaba de su cariño: todo murmuraba en derredor este dulce nombre.

El arroyuelo, cuyas ondas se deslizaban jugueteando por entre guijos, decian al acariciar las flores que crecian en su orilla: amor.

La brisa, al recojer los perfumes de las pintadas flores, murmuraba posándose en sus cálices: amor.

Las aves, al reclinarse en sus sencillos i ocultos nidos, decian gorjeando: amor.

Ellos mismos, en sus sonrisas, en sus miradas, en sus suspiros, se decian mútuamente: amor, amor, amor.

VII.

La dicha como las flores se marchita pronto: es azulado cielo que pronto las nubes oscurecen.

Tayda i su amante tuvieron que separarse.

Si hai dolores crueles en la vida, ninguno igual al de abandonar el objeto amado.

Aquel hombre en quien Tayda habia puesto el inmenso tesoro de su cariño, se habia apartado de ella.

¡Ai! Tayda, triste i solitaria, lloraba en el silencio la ausencia de su amor.

Las únicas lágrimas verdaderamente amargas son las que se derraman en la soledad, ha dicho un filósofo; i la soledad era la única compañera de las lágrimas de Tayda.

¡Pobre Tayda!

VIII.

Pasaban los dias; pero no el dolor del corazon de Tayda.

La primavera, como la felicidad de Tayda, habia huido tambien: las hojas de las flores, ya marchitas, eran arrebatadas por el cierzo del invierno, como las ilusiones de Tayda por la pena de su corazon.

El cielo se habia cubierto de nubes, como el alma de Tayda de dolores.

Tayda, errante por la pradera, buscaba los recuerdos; pero el recuerdo del bien perdido es el dolor que mata.... i Tayda moria.

La esperanza, última ventura del desgraciado, habia muerto en ella tambien.

IX.

Era al caer de la tarde: su misterioso silencio era interrumpido por el lúgubre tañido de la campana, que doblaba a muerto.

Tayda, apoyada su hermosa cabeza en el seno del sacerdote, agonizaba.

Parecia la vírjen de la inocencia que iba a dormir tranquila para siempre en el seno de la relijion.

Por la ventana penetraban los débiles rayos de la luna que, compañera siempre del desgraciado, acudia en aquellos instantes al lado de Tayda para recojer en sus pálidos fulgores sus últimos suspiros.....

.....

X.

¡Tayda murió!

Todos los corazones lloraron su pérdida: todas las almas rogaron por su descanso.

Sobre su sepultura se colocó una sencilla i modesta cruz de madera.

En ella no se grabó mas que una palabra:

"¡Ai!"

JULIO ENCISO.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

MARZO.

Durante el presente mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes obras:

SANTIAGO.

Bibliotequita Recreativa. La viuda de un cesante, por F. Caballero.—1 vol. de 14 pájs. en 18. °, 1877.—Imprenta *Schrebler.*

Biografías del presidente senor Aníbal Pinto, con su retrato al frente, por los señores Justo Arteaga Alemparte i José A. 2. ° Espinosa.—1 vol. de 30 pájs. en 12. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Breves apuntes sobre la teoría del libro I del Código Penal, etc., por J. J. Larrain Zañartu.—1 vol. de 105 pájs. en 4. °, 1876.—Imprenta de *El Estandarte Católico.*

Catecismo de la Doctrina Cristiana, por el prebendado don José Ramon Saavedra, 6.ª edicion.—1 vol. de 221 pájs. en 8. °, 1876.—Imprenta de *El Estandarte Católico.*

Elementos de economía doméstica e hijiene casera, por Eduvijis Casanova de Polanco.—1 vol. de 97 pájs. en 8. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Evanjelina. Cuento de la Acadia, por F. W. Longfellow, traducido del ingles por J. S. Medina.—1 vol. de 104 pájs. en 8. °, 1874.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Francisco Bilbao i sus panejiristas, por Rómulo Mandiola. El 2. ° tomo.—1 vol. de 438 pájs. en 8. °, 1876.—Imprenta de *El Estandarte Católico.*

Historia de Santa Paula, por el abate F. Lagrange.—Las tres pimeras entregas, hasta la páj. 240, en 4. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

El hombre moderno. Obra de educacion, por J. A. Díaz.—Las dos primeras entregas, hasta la pájina 46, en 4. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Lautaro i sus tres campañas contra Santiago (1553-1557.) Estudio biográfico, segun nuevos documentos, por B. Vicuña Mackenna.—1 vol. de 132 pájs. en 4. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Un libro mas. Coleccion de artículos de Rafael B. Gumucio.—1 vol. de XIV-328 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Liquidacion de la Caja de Ahorros, especialmente para empleados públicos.—1 vol. de 61 pajs. en folio, 1877.—Imprenta *Nacional.*

Margarita Gautier o la Dama de las Camelias. Drama en cinco actos, por Alejandro Dumas hijo, arreglado a la escena por la señora Alaide Pantanelli de Gaytan.—1 vol. de 38 pájs. en 4. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Método de lectura gradual, por Domingo F. Sarmiento, edicion oficial.—1 vol. de 64 pájs. en 8. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Museo Lírico de la Imprenta de la Librería de El Mercurio en Santiago. La *Favorita*, ópera en cuatro actos, música de Donizetti. *Fausto*, drama lírico en cinco actos, música de Gounod. *Julieta i Romeo*, ópera trájica en tres actos, música de Bellini. *Lucrecia Borgia*, melodrama lírico en dos actos i un prólogo, música de Donizetti. *Macbeth*, drama lírico en cuatro actos, música de Verdi.—5 vols., con una totalidad de 120 pájs. en 4. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Noticias hidrográficas por la oficina de este nombre.—Las entregas 8, 10 i 11, en 4. ° mayor, por lo regular de 8 pájs., 1877.—Imprenta *Nacional.*

Novena para el aguinaldo o nacimiento del Niño Jesus.—1 vol. de 26 pájs. en 12. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Novena a la venerable Santísima Cruz.- 1 vol. de 16 pájs. en 12. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Novena a la Santísima Virjen de Dolores.—1 vol. de 31 pajs. en 12. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Novena de Nuestra Señora del Rosário de Andacollo, ordenada por el presbítero don Miguel García W.—1 vol. de 30 pájs. en 12. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Novena en honor de Nuestra Señora de Lurdes, para el uso de los enfermos, por A. J. V., traducida por una devota.—1 vol. de 36 pájs. en 12. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Novena al taumaturgo San Antonio de Padua, por Fr. Gregorio Vazquez.—1 vol. de 32 pájs. en 12. °, 1876.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Novena de las benditas Animas del Purgatorio.—1 vol. de 24 pájs. en 12. °, 1876. —Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Pájinas de un viaje al traves de la América del Sur, por Cárlos Walker Martinez.— 1 vol. de 272 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Independiente.*

El primer desliz de una jóven. Novela orijinal, por Liborio E. Brieba.—Las entregas, 19 a 22, en 4. °, 1877.—Imprenta *Schrebler.*

Resúmen de algunos puntos principales de la prueba rendida por ámbas partes en el juicio que siguen don Secundino Alvarez i don José Francisco Vergara sobre filiacion.— —1 vol. de 15 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

VALPARAISO.

Algunas observaciones sobre los preceptos jenerales del Código de Comercio, por José Alfonso.—1 vol. de 85 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Compañía de Minas i Fundicion de Chanaral. Memoria 9. ª, comprensiva del 2. ° semestre de 1876.—1 vol. de 24 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Compañía Sud-Americana de Vapores.—1 pliego de 4 pájs. en folio, 1877.—Imprenta de *El Mercurio.*

Compañía de Salitres i Ferrocarril de Antofagasta. Memoria 9. ª, correspondiente al 2. ° semestre de 1876.—1 vol. de 26 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Estatutos de la Sociedad Tipográfica de Valparaiso, etc.—1 vol. de 24 pájs. en 12. °, 1877.—Imprenta de *La Patria.*

Informe del ferrocarril entre Chillan i Talcahuano, presentado por el superintendente el 31 de enero de 1877.—1 vol. de 113 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta del *Universo.*

Los Lisperguer i la Quintrala (doña Catalina de los Rios.) Episodio histórico-social, con numerosos documentos inéditos, por Benjamin Vicuña Mackenna.—1 vol. de 285 en 4. °, 1876.—Imprenta de *El Mercurio.*

ALGUNAS CONSIDERACIONES

SOBRE UNA DISPOSICION DE LA LEI DE

ORGANIZACION I ATRIBUCIONES DE LOS TRIBUNALES.

Ea cœdes, si potissimum crimini datur, detur ei cujus interfuit, non ei cuja nihil interfuit.

CICERON.

Se ha dicho que el carácter distintivo de los progresos del Derecho en el siglo XIX es la codificacion de las leyes.

Cábenos la honra de ser contados entre las naciones que han contribuido a la realizacion de estos progresos; i bastaríanos nuestro Código Civil, obra de un sabio eminente, cuyo nombre repetiremos siempre con veneracion, para aspirar entre ellas a un puesto de honor.

Lástima sí que en la formacion de los códigos que han seguido a ese estimable modelo no se hayan conformado nuestros lejisladores con dos reglas fundamentales aconsejadas por la ciencia i confirmadas por una constante experiencia.

Ha faltado en los trabajos preparatorios aquella unidad que es recomendada como la condicion esencial de la uniformidad i armonía del todo; i, como si eso no hubiera sido ya un gran error, cierto espíritu receloso, patrocinado desgraciadamente por personas dignas de inspirar confianza en sus opiniones i de arrastrar con su ejemplo, ha roto en alguno de esos códigos hasta esa particular armonía, si podemos decirlo así, que, al ménos, reinaba entre sus propias disposiciones.

Anticipémonos a hacer dos salvedades en esta última observacion.

Nada mas natural que ese recelo, diremos mas bien, nada mas lejítimo que esa firme resistencia, en cuanto se trataba de la discusion de principios fundamentales en la lei, de la defensa de

sagrados derechos que no admiten cobardes transacciones ni se acomodan con tímidas reticencias. Nos referimos a las discusiones que en el seno del Congreso suscitó la aprobacion del Código Penal, en cuanto el Proyecto lastimaba o desconocia los derechos de la Iglesia.

Nada tampoco mas digno de nuestra propia aprobacion que la desconfianza que inspiraba la parte de uno de esos códigos que era especialmente trabajo personal nuestro.

Acaso no careceria de interes el señalar los vacíos i antinómias que esta falta de unidad ha producido en nuestros códigos; pero no es ese el objeto que nos proponemos por ahora.

Las reglas establecidas por la Lei de Organizacion i Atribuciones de los Tribunales para integrar los Cortes de Apelaciones se prestan a sérias objeciones en su redaccion i, lo que es mas, ofrecen graves dificultades en su aplicacion.

"Las Cortes de Apelaciones de Concepcion i de la Serena, dice el art. 133, serán integrados por las personas i en el órden que sigue:

"1.° Por *los demas* miembros no inhabilitados del tribunal."

.....

Para integrar cada una de las salas de la Corte de Apelaciones de Santiago, dice el art. 134, se llamará:

"1.° A *los demas* miembros no inhabilitados de la misma sala;

"2.° A los ministros de la otra sala, conforme al órden de su antigüedad;

"3.° Al fiscal *de la sala en que ocurriere el empate o la dispersion de votos.*

"4.° Al fiscal de la otra sala."

.....

¿Cuáles son *los demas* miembros no inhabilitados del tribunal a quienes se refieren en su número 1.° los arts. 133 i 134?

¿Son los majistrados que componen ordinariamente el tribunal conforme a lo establecido en el art. 56 de la misma lei?

Pero éstos no vienen a *integrar* el tribunal por un llamamiemto especial de la lei; no vienen a *completarlo* (que esto significa *integrarlo)* sino a constituirlo en su composicion ordinaria. En esto se diferencian ellos precisamente de los fiscales, de los jueces de letras i de los abogados que pueden ser llamados accidentalmente a formar parte del tribunal; i no deben, por consiguiente, ser comprendidos en una misma clasificacion. De aquí es que no puede decirse que son llamados a *integrar* el tribunal, sino en caso que se les suponga de antemano excluidos o separados del mismo.

No es esto solo. Se emplea una expresion referencial que care-

ce del término correlativo que era necesario para completar su significado. La frase *los demas miembros* sujiere naturalmente la idea de otros miembros, ya conocidos o mencionados; i en la lei falta absolutamente la mencion de éstos.

De todo lo cual resulta que la lei, en cuanto ordena integrar una corte o una sala con los demas miembros de la misma, ha empleado una expresion a la vez impropia i sin sentido.

El número 3.° del segundo de los artículos que hemos copiado llama al tribunal al fiscal *de la sala en que ocurre el empate o la dispersion de votos.*

¿Son los casos de empate i de dispersion de votos los únicos en que pueden ser llamados los fiscales de las salas de la Corte de Apelaciones de Santiago a integrar la misma?

La lei es clara; i se sabe que en tal caso, conforme a las reglas de nuestro Derecho Civil, no se puede desatender su tenor literal a pretexto de consultar su espíritu.

Puede asegurarse, empero, que la redaccion de esta parte de la lei no está del todo conforme con la mente de los que la formaron, en quienes, de seguro, no entró el propósito de restrinjir a tales casos el llamamiento de los fiscales; i aun nos parece que en la práctica se da alcance ilimitado a esta disposicion.

Hemos dicho que la aplicacion de estas reglas ofrece graves dificultades en la práctica.

En esta parte nos referimos especialmente al llamamiento que la lei hace de los ministros de una sala para integrar la otra.

Dos inconvenientes tiene esta disposicion.

Es el primero el peligro de dejar incompleta la sala dedonde se saca a un ministro i, como consecuencia natural, el producir en ella precisamente el mismo mal que se trata de remediar en la otra.

Es el segundo el llamar no al ministro que por circunstancias peculiares puede estar en aptitud de separarse tranquilamente de la sala a que pertenece, sino necesariamente al mas antiguo. Nos explicaremos. La primera sala está ocupándose en una causa en que no puede conocer el segundo de sus ministros al mismo tiempo que la segunda ve otra de cuyo conocimiento está excluido tambien el segundo de sus ministros. Una i otra necesitan reemplazar al miembro que les falta. ¿Podrian ser llamados a ella los inhabilitados en aquella a que pertenecen? Nó, porque la lei llama al mas antiguo i no al que pueda ir con ménos inconvenientes o con ménos daño del servicio.

No se nos ocultan las dificultades de la materia, ni tenemos la pretension de sostener que haya algun medio de remediarlos, del todo exento de inconvenientes.

Es una preciosa garantía de acierto, que nuestras leyes rara vez han dejado de consultar, la intervencion de un número no reducido de jueces en el conocimiento en última instancia de ciertos negocios.

No siempre, empero, es dado obtener en la composicion ordinaria de los tribunales colejiados el número completo de majistrados que la lei requiere, ni bastan ellos en muchos casos para acordar la sentencia.

Menester es entónces buscar fuera del tribunal otros majistrados que hayan de completarlo, i, conviene que la lei haga este llamamiento con anterioridad al negocio i de la manera mas precisa i determinada a fin de evitar los peligros siempre graves de una composicion arbitraria del tribunal.

En casos como éstos llamaban anteriormente los tribunales a abogados designados por ellos mismos, los cuales, interesados en exonerarse de las molestias i sinsabores que trae consigo la administracion de justicia, se excusaban muchas veces sin motivos fundados. Aun no se ha borrado de la memoria de nuestros hombres públicos el recuerdo de graves escándalos a que este sistema dió oríjen, que hubo abogados que renunciaron sus títulos ántes que ir en ciertos casos a ocupar su asiento en el tribunal, i tambien fué necesario alguna vez echar mano de la policía para conducir a quien no queria voluntariamente presentarse a ejercer tan augusto, pero a las veces penoso, ministerio.

A esa práctica sucedió la de llamar a las cortes, especialmente en Santiago, a los jueces letrados, a quienes se separaba así frecuentemente de su asiento con notable daño del servicio que les estaba confiado.

No se habian escapado estos males al celo de nuestros lejisladores; pero, aunque la Cámara de Diputados consagró con entusiasmo sus primeras sesiones ordinarias de 1862 al estudio de un proyecto de lei sobre la materia sometido a su exámen en los últimos tiempos de la administracion del señor Montt, sus trabajos no alcanzaron a su completo término, si bien la luminosa discusion que entónces tuvo lugar sirvió en gran parte para ilustrar a los que algunos años despues prepararon el Proyecto de lei de Organizacion i Atribuciones de los Tribunales.

No se encontraban redactados como hoi se ven en la lei los artículos, relativos a esta materia, del Proyecto presentado a la deliberacion del Congreso.

"Una de las materias que hoi ofrecen mas graves inconvenientes en el servicio de los tribunales, especialmente en el de los colejiados, decia el Presidente de la República en el mensaje con que remitió al Congreso este Proyecto de lei, es la manera de

integrarlos cuando accidentalmente faltan los jueces que los sirven o se hallan sin el número completo de los majistrados que la lei requiere. El Proyecto fija para estos casos reglas claras i precisas, en las cuales se distinguen los casos de empate i de dispersion de votos, dignos de mas exquisitas garantías que los de mera ausencia de uno o mas majistrados, i se toman en cuenta la situacion local i la condicion jerárquica de los diversos tribunales i la naturaleza especial de los negocios mismos."

Así el art. 130 decia: "Cuando faltare alguno de los miembros de una Corte de Apelaciones i no quedare en ella el número requerido por la lei para el ejercicio de sus funciones, se integrará el tribunal con abogados que, en número de cuatro, nombrará el Presidente de la República en los primeros dias de enero de cada año para cada una de las Cortes de Apelaciones de Concepcion i de la Serena i para cada una de las salas de la de Santiago."

No pudiendo entrar estos abogados, el artículo siguiente permitia al tribunal llamar a otros.

Esa era la regla jeneral para los casos en que faltaran para completar el número requerido por la lei uno o mas miembros del tribunal.

Los arts. 133 i 134 fijaban las reglas especiales para los casos que el Presidente de la República recomendaba como dignos de mas exquisitas garantías.

"En los casos de empate o de dispersion de votos en que fuere menester integrar las Cortes de Apelaciones de Concepcion o de la Serena, decia el art. 133, se llamará a las personas i en el órden que siguen:

"1.° A los demas miembros no inhabilitados del tribunal;

"2.° Al fiscal del mismo;

"3.° A los jueces de letras del departamento;

"4.° A los abogados designados en los arts. 130 i 131."

"Si alguno de los casos a que se refiere el artículo anterior, decia el 134, ocurriere en una de las salas de la Corte de Apelaciones de Santiago, se llamará:

"1.° A los demas miembros no inhabilitados de la misma sala;

"2.° A los ministros de la otra sala conforme al órden de su antigüedad;

"3.° Al fiscal de la sala en que ocurriere el empate o la dispersion de votos."

. . . . . .

No fueron estos artículos ni aquel documento público los primeros que señalaron a la atencion del Congreso la conveniencia de fijar reglas especiales para integrar los tribunales colejiados en los casos de empate o de dispersion de votos.

"Llamando a los jueces de letras, como sucede en el dia, (habia dicho a propósito de una disposicion análoga respecto de la

Corte Suprema, el señor don José Eujenio Vergara en la sesion de la Cámara de Diputados de 24 de junio de 1862), ocurre que el fallo del primer tribunal del pais viene a depender tal vez de la opinion de un jóven que se inicia en la carrera judicial. Cuando jueces expertos han llegado a ponerse en contradiccion sobre un punto dado, ¿no es una inconsecuencia que vayamos a llamar para decidir a un juez de letras, a un miembro subalterno en la jerarquía judicial? ¿No influye esto en daño del prestijio del primer tribunal de la República que debemos conservar a toda costa?

"Me ha sucedido, agregaba, tener recursos ante la Corte Suprema, en los cuales este tribunal se ha encontrado en discordia de opiniones i para decidirlo ha ido un juez suplente, honradísimo i lleno de probidad si se quiere, pero en quien, sin ofenderlo, creo que no podria tener la misma confianza, en cuanto a sus luces, que en otro de los miembros de la dotacion ordinaria del tribunal. Sin duda, señor, queda siempre como una especie de desconfianza, no se sabe si el fallo dado habrá sido un fallo de casualidad o un fallo en estricta relacion con la lei del caso. Dejar subsistente esta práctica respecto del primer tribunal del pais es matarle en su vida moral, es quitarle el prestijio, que es de donde saca toda su responsabilidad."

Sí, en los casos de empate i de dispersion de votos no se trata, como en los de mera ausencia o falta de alguno de los miembros del tribunal, simplemente de completar el número de jueces requerido por la lei: se trata de decidir entre diversas opiniones ya sostenidas por los majistrados ordinarios del tribunal, se trata propiamente de declarar cuál de las opiniones manifestadas i defendidas por ellos es la mas conforme con la lei; i he aquí porque es natural consultar entónces mas exquisitas precauciones de acierto. Por eso llamaba el Proyecto para estos casos, en primer lugar, a los miembros del tribunal que no hubieran entrado en la primera vista del negocio, con tal que esta abstencion no procediera de implicancia, de recusacion ni de ninguna otra causa que legalmente les inhabilitara; i, en segundo lugar, a los ministros de la otra sala conforme al órden de su antigüedad, supuesto que entre los diversos miembros de un tribunal colejiado, ofrece mayores garantías de luces i de acierto el que tiene en su favor la mayor antigüedad en el servicio.

Agréguese que los casos de empate i de dispersion de votos son comparativamente raros i poco frecuentes, i se verá que el sistema propuesto no habria traido en la práctica los males que, establecido como única regla, está produciendo hoi.

No fué, con todo, del agrado del Senado la distincion del Proyecto, i las reglas propuestas en él para un caso excepcional pasaron a ser jenerales i sin excepcion alguna.

Siguiendo los trámites señalados por la Constitucion, las mo-

dificaciones del Senado hubieron de pasar a la Cámara de Diputados, donde teniamos asiento algunos de los autores de aquel Proyecto. Ninguno de nosotros, sin embargo, hizo objecion a tales modificaciones. Se explica, empero, este silencio. Se manifestaba en todas partes un vivo deseo de que ese proyecto llegara pronto a su término, i aquellas modificaciones no afectaban ninguna de sus bases fundamentales. Nos callamos: solo los grandes principios tienen el privilejio de llamarnos al combate cuando sabemos de antemano que el triunfo no ha de ser nuestro.

José Bernardo LIRA.

PENSAMIENTO NOCTURNO.

(de balaguer.)

Era la noche. La sombra
Con su manto nos guardaba.
Ella estaba al pié de un olmo,
Yo con la frente en su falda.

Yo le decia:
—"Mi amiga,
Eden i cielo de mi alma,
Si yo muero ántes que tú,
Hé de salir de mi caja,
Convertido en pajarito,
Cada dia, ántes del alba,
I llegaré hasta tu reja
A cantar la madrugada;
Desde allí alzaré mi vuelo,
I me escurriré en tu estancia,
Me dejaré acariciar
Por tus manecitas blancas
Hasta que quede a tus besos
Lleno el pecho de esperanzas,
O adormidito en tu seno
O arropadito en tu falda."

I ella decia:

—"Amor mio,
Cielo i sol de mi esperanza,
Si yo muero ántes que tú,
He de salir de mi caja,
Convertida en el espíritu
Que por los aires divaga.
En la flor que tú respires
Allí me estaré posada;
En la aroma que mas ames
Desharé a trozos mi alma.
En el árbol estaré
Que te dé su sombra grata;
En el agua de la fuente
Que refresque tu garganta;
En el ruiseñor que amores
Te cante oculto en las ramas;
I aun de la niña en los ojos
En que poses tus miradas.
A darte un beso de amor
Yo vendré traida en alas
De la brisa que a tu frente
Dé frescura regalada.
En largas noches de insomnio
Me posaré en tus pestañas
A darte el sueño que busca
Sin encontrarlo tu alma.
I adormidita en tu seno,
Llenándolo de esperanza,
La mañana esperaré
Para empezar mi jornada."

R. LARRAIN C.

EL ALMA DE LOS BRUTOS.

I.

Hé aquí una cuestion interesante, no solo por lo que importa saber lo que sea el principio sensible de los brutos, sino porque, para determinar su condicion i naturaleza, es preciso echar mano de luminosos principios, que deben guiarnos para resolver este difícil problema. No me detendré en impugnar la extraña opinion de algunos filósofos, entre ellos Candillac, que consideran a los animales como un puro organismo que produce los efectos físicos de gritos i movimientos, si los fuerzan o maltratan. Errores como éste se desprecian por ser opuestos al buen sentido i contrarios a la propension irresistible que nos inclina a conceder a los brutos una alma sensible capaz de dolor i de placer.

II.

Es indudable que los animales tienen un principio de operaciones espontáneas, porque se mueven en variadas i opuestas direcciones, segun lo exije la satisfaccion de sus apetitos, o el haber de evitar un peligro amenazante, sin que ninguna causa externa los impulse físicamente a un determinado movimiento. Ellos experimentan sensaciones dolorosas i agradables: si se les golpea o hiere, se lamentan i huyen; si son manoseados suavemente, permanecen tranquilos i manifiestan con ciertos movimientos decidores que aquello les es grato, i se muestran reconocidos a la persona que los cuida i alimenta. Saben calcular de algun modo si la presencia de un objeto es peligrosa o indiferente, i toman con admirable tino las medidas de salvacion, si se creen amenazados por algun mal: así, la oveja se espanta i huye del lobo que ve por primera vez, i el débil pajarillo, luego que mira al ave de rapiña, vuela despavorido a refujiarse entre las ramas de algun árbol espeso. Las hembras alimentan a sus cachorros, los acarician i se arman de valor i osadía para defenderlos de cualquier enemigo. Finalmente, los animales conocen los objetos que los rodean i los distinguen mui bien unos de otros, i aun conocen entre muchas yerbas la que han de comer para alimentarse i las que deben usar cuando están enfermos. Tambien se irritan, se intimi-

dan i tienen pasiones parecidas a las humanas; de todo lo cual se deduce que los fenómenos que se observan en los animales son análogos a los nuestros, porque nosotros tambien los experimentamos casi del mismo modo, i en parte son iguales. ¿Se dirá con verdad que el alma de los animales es parecida a la humana, desde que ámbas son principio de fenómenos análogos? —Nó, porque la analojía, como lo enseñan los filósofos, supone precisamente diversidad de especie entre los objetos que la tienen; de otro modo, seria semejanza, por lo cual se dice con razon que son semejantes los hombres entre sí, i que tienen mayor semejanza los que mas convienen por sus cualidades. Para conocer la distancia casi infinita que separa el alma del bruto de la nuestra, bastará atender al jénero de conocimiento que es propio de la humana.

III.

El alma humana conoce lo necesario i universal, porque percibe con intuicion clarísima la justicia, el bien i el mal, lo lícito, lo meritorio i sus contrarios, los principios matemáticos i filosóficos. Estas son verdades necesarias e inmutables, i por esto tienen un carácter de indeterminacion, que les dá cierta infinidad o modo de ser universal, porque nada las limita.

En órden al modo de conocer los séres materiales, nuestra alma investiga lo que hai en ellos de necesario, i la parte contingente no entra en su conocimiento: si vemos un leon o un elefante, la imájen sensible que la presencia de estos animales produce en nuestra imajinacion mediante los ojos, no es el conocimiento racional del leon i del elefante, sino un conocimiento sensible e imajinario solamente; el conocimiento intelectual consiste en la comprension de la naturaleza o especie de estos individuos, con prescindencia perfecta de todo lo individual o contingente. El concepto o idea de una naturaleza, es necesario i universal: necesario, porque ninguna naturaleza puede mudarse, i universal; porque no está limitado por ningun individuo. Por esta razon nuestra alma es capaz de la ciencia, pues toda ciencia es un cuerpo de verdades necesarias deducidas de principios ciertos o evidentes. El individuo ante la ciencia solo sirve para suministrarle la formacion de una idea universal, así como las letras de un libro representan los pensamientos del escritor.

IV.

Como el objeto del conocimiento sensible es solo el individuo material, i todas las funciones del animal son distintas manifestaciones de la sensibilidad i nada mas, es evidente que solo conocen las cosas por la forma exterior individual, única perceptible a los sentidos; por lo cual el perro conoce al amo por su exterior individual, i a los demas hombres por la semejanza exterior tambien que tienen con su amo, sin confundirlos con otros animales. Pero es imposible al animal ver la especie o la naturaleza de algun ente, porque este conocimiento es mui superior a los sentidos i propio de una facultàd que percibe con independencia de medios tan pobres i limitados.

Es cierto que nuestra alma es tambien sensible, pero los fenómenos de la sensibilidad humana se levantan a un órden mas elevado del que corresponde a la sensibilidad de los brutos. El alma de los animales i la humana, en cuanto sensible, solo tienen de comun las sensaciones i los apetitos: por las sensaciones ámbas conocen al individuo que las causa, cuya imájen se graba en el sentido interno llamado imajinacion o fantasía, i por los apetitos, ámbas tienden a satisfacer las necesidades físicas que los desarrollan, pero con la diferencia de que en el hombre la voluntad gobierna los apetitos, i en el bruto son leyes necesarias de que no puede apartarse.

De las observaciones que dejo consignadas, se sigue que entre el alma humana i la de los brutos, media la misma distancia que hai entre lo necesario i lo continjente i entre lo universal i lo singular, es decir, una distancia infinita.

V.

Si es verdad que hai algunos fenómenos sensibles comunes al hombre i al bruto, esto no prueba que la sensibilidad humana i la del hombre sean de una misma especie, pues la conveniencia de ciertas afecciones no es argumento de igualdad de naturaleza en los sujetos que las experimentan, porque es propio del sér superior que tenga lo que posee el inferior i algo mas, en que lo excede: de este modo, las intelijencias superiores conocen lo mismo que las inferiores i mas; luego, en el órden de la sensibilidad, la mas excelente sentirá lo mismo que la inferior, i tambien de otros modos mas elevados.

Esto es precisamente lo que constituye la superioridad de la sensibilidad humana, como facultad de una alma espiritual, i en este sentido es capaz de producir fenómenos desconocidos

en la sensibilidad del animal. Las pasiones, con sus variadas formas, el sentimiento de lo bello i lo sublime ¿no son patrimonios exclusivos de nuestra sensibilidad? El amor a la patria, con su denuedo heróico, con sus gloriosos triunfos, ¿en qué conviene con aquella especie de afecto que manifiesta el animal por el lugar en que se crió? El amor materno, tan constante i solícito por el bien de los hijos, tan expansivo i tierno, ¿en qué se parece a la inclinacion que una hembra cualquiera tiene a sus cachorros i al cuidado que les dispensa? Miéntras que los animales atienden i alimentan a sus pequeñuelos solo hasta que son capaces de procurarse lo que necesitan, la madre racional conserva el amor a sus hijos toda la vida; dispuesta siempre a sacrificarse por ellos, i a rendir la vida propia, si es necesario, para que vivan esas personas que ama en su alma i son las delicias del corazon materno. La amistad sincera, tan grata i satisfactoria, la benevolencia que nos empuja a hacer el bien a nuestros semejantes i nos arroja con violento impulso al peligro a fin de salvar la vida del infortunado que ya perece, el valor hidalgo i sereno que nunca teme, ensalzado con el laurel de la victoria i demas pasiones que nacen del corazon humano, nos pertenecen en perfecta propiedad sin que participe de ellas el animal.

VI.

Nunca son mas hermosas las pasiones humanas que cuando la virtud se engalana con ellas para manifestar todo su atractivo i belleza: entónces la pasion que la virtud evoca en su auxilio, se constituye en copia fiel de los frutos misteriosos que la gracia produce en la intelijencia i voluntad, i entra a desempeñar una mision maravillosa i sublime que la transforma en algo espiritual i grandioso, así como las nubecillas oscuras de la mañana se tornan en resplandecientes celajes al recibir los primeros rayos del sol, i nos alumbran con su luz prestada pero graciosa.

En verdad, ¿la inocencia candorosa i pura, no se refleja con extraña poesía en la faz tierna del niño que aun no llega a la edad de la malicia? En su mirar dulce i gracioso, en su apacible serenidad, ¿no está escrita con caractéres luminosos la paz imperturbable del alma que nada teme? Aun mas, si los ojos del inocente se humedecen, si una lágrima de amargura corre por sus mejillas, ¿no es cierto que pone en relieve el candor del alma? ¡Oh, tambien se retrata esta bella cualidad del alma en un llanto de dolor! ¿No habeis visto pintarse el pudor cual rosa de la mañana en el rostro de la vírjen casta? i ¡quién jamás creyera que la faz humana, tomando el tinte de una flor, simbolizara una virtud

peregrina! Todos sentimos tambien la majestad imponente de la justicia humana, cuando reprende i castiga al culpable con ademan severo, con invencible fortaleza, porque, revestida de formas sensibles, posee un lenguaje con que pone de manifiesto el delito, i otro con que habla al corazon i lo estremece: parece que la justicia airada representara la justicia tremenda del Juez Supremo en el último dia de los tiempos.

VII.

El sentimiento de lo bello es tambien caraterístico de la sensibilidad humana, porque el placer que el alma siente en presencia de los objetos bellos nace de que ve imitada su perfecta unidad en la pluralidad de atributos, por algun objeto que existe de un modo semejante, pues la semejanza es el fundamento del amor que llega a la complacencia. Es bello el arco tricolor que se forma en las nubes de la tarde despues de la tempestad; bella la cascada que se precipita desde alta sierra, formando con su chocar copos de nieve que serpentean entre las peñas con rápida corriente; bella la flor salpicada de vistosos colores i de rico aroma, i bellos todos los objetos con cuya vista se complace el alma, porque percibe en éstos su símil. La razon misma en que consiste el agrado de la belleza es la prueba mas clara de que solo el hombre es capaz de sentirla.

VIII.

Nuestra alma es tambien capaz de sentir de un modo mucho mas vehemente i profundo, pero sério i majestuoso, que los anteriores: esto sucede cuando experimenta la emocion intensa, mezclada con respeto i veneracion, que causa en ella la presencia de lo sublime. Entónces el hombre siente su flaqueza i pequeñez, i admira el gran poder que obra ante sus ojos. El espectador que, desde un lugar seguro, mira las aguas del grande Océano en ajitado movimiento, i las ondas colosales que se suceden a porfía, no se atreve a dirijir una palabra de imperio al mar embravecido, sino que contempla en silencio la extraña fuerza que tanto mueve, i que arranca de su corazon un homenaje de respeto.

Pero el fénix de la sublimidad aparece cuando el corazon del hombre experimenta la influencia de todo el conjunto de la creacion, que le habla simultáneamente con indecible majestad. Para sentirlo, supongamos un viajero de alma grande, de fé ardiente i de ciencia, sentado en la noche sobre una peña, allá en el centro de

un desierto extendido i solitario: casi extasiado con las inspiraciones misteriosas de la soledad i de un silencio eterno, levanta sus ojos i observa la magnificencia sorprendente de los cielos, el órden i regularidad con que aquellos astros se han movido por tantos siglos, i probablemente seguirán su carrera por muchos siglos mas: pensará que fueron testigos de la creacion del hombre i que en ellos fijaron sus miradas todas las jeneraciones humanas que ahora son polvo i ceniza. Llegará un momento supremo en que el alma de ese viajero, perdiendo el sentimiento de su individualidad, se crea identificada i absorbida por el conjunto armonioso, como la gota de agua que cae en la inmensidad de los mares, i desatada de los lazos de la carne, le parecerá ver el velo augusto que oculta el solio de la Majestad soberana.

IX.

Despues de haber recorrido todas las manifestaciones de la sensibilidad humana, la sensibilidad del bruto es, respecto de ella, como la sombra que el árbol proyecta en el medio dia respecto de la luz. Puede, pues, afirmarse que nuestra sensibilidad es de naturaleza superior a la del animal. Las diferencias que quedan notadas entre el alma humana i la de los animales, son la semilla que dejó sembrada para recojer su fruto en el curso de esta disertacion, al calificar la naturaleza del alma del bruto.

X.

Entrando ahora a determinar el órden a que pertenece el alma de los animales en la inmensa escala de los séres, o cual sea su naturaleza, encuentro que un ilustre filósofo español resolvió esta cuestion en un sentido que no acepto: citaré sus palabras. Balmes (Filosofía Fundamental, libro 2.°, capítulo 2.°) dice: "I a la manera que de nuestra alma sabemos que es un sér simple, principio activo dotado de intelijencia i libertad, podremos decir que el alma de los brutos es un sér simple, dotado de facultad de sentir i de instintos i apetitos en el órden sensible." Mas adelante, en el lugar citado, agrega, hablando del destino de estas almas: "En cuanto a las sustancias, si dejasen de ser, habria verdadero aniquilamiento; pero no se verifica, porque ninguna sustancia se aniquila. Así piensan algunos; ignoro lo que hai de verdad en este sistema, pues no sé cuál es el fundamento sólido en que puede estribar. Si hai una sustancia destinada a un objeto, en cesando éste ¿por qué no podria aniquilarse? Un sér creado necesita con-

tínuamente de la accion conservadora del Sér Creador; por lo cual se dice que la conservacion es una creacion continuada; cuando cese el objeto a que se destina la sustancia creada, ¿qué inconveniente habrá en que se aniquile? No veo que esto repugne ni a la sabiduría ni a la bondad de Dios... de esto se infiere que no seria contrario a la sana filosofía el sostener que las almas de los brutos se reducen a la nada." En seguida sostiene la posibilidad de que las almas de los brutos sobrevivan a la organizacion destruida. Dice así: "Pero supongamos que no se quiera recurrir al aniquilamiento, ¿hai algun inconveniente en que continúen en su existencia? si lo hai no lo alcanza. ¿Para qué servirian? no lo sé; pero es lícito conjeturar que absorbidas de nuevo en el piélago de la naturaleza, no serian inútiles. Tampoco sabemos a qué sirven muchos otros otros séres, i no obstante, ni por eso negamos su existencia, ni ponemos en duda su utilidad. ¿Quién nos ha dicho que la fuerza vital que reside en el bruto no haya de tener ningun objeto, en destruyéndose la organizacion que ella animaba? ¿Quién nos ha dicho que una fuerza vital no puede ser útil sino ejerciéndose sobre un objeto de nuestra observacion? ¿Quién nos ha dicho que en los arcanos de la naturaleza las fuerzas vitales no obran en sentidos mui diferentes, mui varios, i que los efectos de su actividad no se presentan de maneras mui diferentes, segun las circunstancias en que se encuentran, todo con arreglo a las leyes establecidas por la sabiduría infinita?"

XI.

De estos pasajes se deduce que para el escritor español tan simple es el alma humana como el alma de los animales, porque, si la humana es un sér simple dotado de intelijencia i libertad, el alma del bruto es un sér simple dotado de sensibilidad i apetitos, es decir, no difieren por simplicidad, sino por sus atributos. Es extraño que un hombre de tan profundo sentido filósofo no percibiera el abismo que se abria a sus piés con esta arbitraria doctrina.

En verdad, o la simplicidad del alma humana reclama la intelijencia, o nó: si se está a lo segundo, es preciso confesar que la intelijencia no es esencial al alma, sino que se le ha concedido gratuitamente, i por lo mismo se le puede quitar sin detrimento de su naturaleza. Síguese tambien que entre nuestra alma i la del bruto no existe diferencia esencial, i ademas que la una puede pasar a ser la otra, con tal que a una se le quite i a la otra se le dé la intelijencia, pues no puede dudarse que en esta hipótesis el alma de los animales es tan apta como la humana para recibir intelijencia, desde que ámbas son igualmente simples. Diga el

buen sentido si esta doctrina es absurda, si es afrentosa a la humanidad, si destruye por su base las doctrinas de la multitud de sabios que han escrito desde tantos siglos atras, i que se han confirmado i explicado por otros tantos sabios posteriores i por la razon universal de todas las naciones. Si la simplicidad del alma humana reclama la intelijencia, entónces esta facultad es esencial a la simplicidad, i si el alma del animal es una sustancia tan simple como la nuestra, debe ser tan intelijente como la humana; consecuencia intolerable ante la ciencia i el sentido comun, que han creido siempre a los animales incapaces del órden moral i de todo raciocinio.

Se dirá quizá que ámbas almas, siendo igualmente simples, son de distinta naturaleza, i que así se explica cómo la intelijencia es atributo esencial del alma humana, i no de la del bruto. Niego la desigualdad de naturaleza en igualdad de simplicidad. Suponiendo que en los séres simples la naturaleza sea distinta de la simplicidad misma, siempre será cierto que la condicion de la simplicidad será proporcionada a la naturaleza del sér, porque cada naturaleza exije atributos correspondientes a ella, i fundados en este principio tan claro, decimos que tienen una misma esencia todos los entes en quienes encontramos unos mismos atributos permanentes o esenciales; luego la igualdad de simplicidad supone la igualdad en la naturaleza; luego dos naturalezas distintas no pueden tener igualdad de simplicidad. Por otra parte, no es admisible que en las sustancias simples una cosa sea la naturaleza i otra la simplicidad: en lo simple ¿quién puede concebir composicion? ¿quién puede figurarse la simplicidad separada de la naturaleza o ésta de aquélla? Si la misma naturaleza carece de partes, si ella misma es indivisible, ella misma es la simplicidad. Si el fuego no se distintingue de la virtud de quemar, por mas que el lenguaje predique de él esta virtud, si el hielo no es distinto de la virtud de helar, i uno i otro pertenecen al órden de lo material, ¿con cuanta razon se podrá afirmar, en tratándose de principios simples, que en ellos la naturaleza es la misma simplicidad?

Puede, pues, asegurarse que Bálmes ha incurrido en un error manifiesto cuando establece que el alma del hombre i la de los brutos son sustancias simples, de donde resulta tambien que ámbas tienen su oríjen en la creacion, única fuente de todo principio sustancial i simple, i que ámbas son inmortales por naturaleza, porque lo simple no entraña principios disolventes. Esta teoría manifiesta que su autor desconoció importantes principios filosóficos que debió tener presente al tratar una cuestion tan difícil, i en la cual la intelijencia se extravía fácilmente apelando a decir que el alma de los brutos debe ser simple porque siente, i toda sensacion es fenómeno simple, que siendo simple no es materia, ni espíritu, por-

que carece de intelijencia i libertad, i por lo tanto es un medio entre la materia i el espíritu. Nada cuesta ciertamente explicar así lo que sea el alma de los animales; pero tambien es verdad que con una plumada se echan por tierra principios luminosos que forman una parte interesante de la ciencia i que han sido respetados por grandes jenios, que han apoyado en ellos sus alas para recorrer el horizonte del saber humano.

XII.

Bálmes admite tambien la posibilidad de aniquilarse la sustancia simple que llama alma de los brutos, i se funda en que no ve inconveniente para que una sustancia, habiendo cumplido con el objeto para el cual fué criada, vuelva de nuevo a la nada, pues, segun dice, esto no se opone ni a la sabiduría ni a la bondad de Dios.

Yo creo que el escritor español sufre otra vez equívocos grandes. Toda naturaleza, como dice Santo Tomas con admirable tino, está fijada por Dios irrevocablemente a un fin del cual no puede apartarse, i hasta la misma voluntad humana, considerada como naturaleza, no es libre para dejar de querer el bien universal, al cual tiende por necesidad imprescindible de su condicion natural. Ahora, es propio de la sabiduría infinita que fije a cada sér un fin proporcionado a su naturaleza, porque de otro modo contrariaria las aspiraciones i tendencias naturales, lo que importaria hacer una obra imperfecta. Es evidente que a una naturaleza imperecedera no le corresponde un fin transitorio i momentáneo, como es el servir a una organizacion frájil, que no puede resistir a la accion de los tiempos, porque lo que concluye no tiene proporcion con lo que siempre debe durar. Ademas, la voluntad divina se conoce por sus obras, lo mismo que la sabiduría, pues la obra lleva en sí misma escrito el designio de la voluntad i de la sabiduría al formarla o al criarla: la débil organizacion del pequeño insecto i de la yerba que nace en la piedra sombría que la corriente de las aguas humedece, ¿no manifiesta la brevedad de la vida que el Autor de la naturaleza les concede? El corpulento elefante i otros animales de fuerte musculatura, la robusta encina que desafía los huracanes, ¿no llevan el sello de la vida larga i secular? En jeneral, puede decirse que el gran laboratorio de la naturaleza está siempre fabricando toda especie de séres, i el tiempo siempre empeñado en destruirlos, i que la vida de cada uno se mide por la resistencia que su formacion opone o puede oponer a la descomposicion que el tiempo intenta hacer. Todo esto sucede, todo sér formado debe tener fin mas o ménos próximo, porque es de

naturaleza compuesta de elementos que tienden a separarse, i no puede tener sino un fin temporal adecuado a su modo de ser.

Aplicando esta doctrina a las sustancias simples ¿quién no ve escrito en ellas el decreto de una duracion interminable? ¿Quién no percibe la repugnancia que envuelve un fin terminable para un sér de naturaleza inmortal? Supongo con Bálmes que la sustancia simple, que apellida alma del animal, concluya su servicio por la destruccion ocurrida a la organizacion del animal. Dios la aniquila i vuelve a la nada. ¿Puede pensarse que el Dios de la vida sea el autor de la muerte? ¿Puede concebirse acaso que el decreto eterno de la creacion deje de existir en todo o en parte? ¿Quién se atreverá a decir que en Dios hai actos que dejan de ser, sin ofensa de la absoluta inmortalidad divina? Cuando se supone que Dios tuvo voluntad para crear un sér, i que despues éste se aniquila, porque el Creador no tiene voluntad de conservarlo en la existencia, parece indudable que se admite mutacion en Dios, porque querer una cosa i no quererla al mismo tiempo es contradictorio; luego será cierto que querer primero i despues no querer, son dos actos contrarios, i como el pasar de un contrario a su contrario es cambiar, se sigue que arguye mutacion en Dios el querer una cosa i despues no quererla, que es su contrario.

Tambien es cierto que la creacion es la manifestacion exterior de las perfecciones divinas, i como la creacion consiste en sacar sustancias de la nada, es claro que cada sustancia criada representa a su modo un grado de la perfeccion infinita. Habiendo querido Dios manifestarse externamente por razones escondidas en su sabiduría infinita, estas razones son las mismas en toda la eternidad i la manifestacion permanecerá eternamente; luego toda sustancia criada durará para siempre.

Finjamos la hipótesis de que una sola sustancia se aniquila i desaparece del admirable cuadro de la creacion: para las intelijencias superiores que comprenden cada una de las partes del maravilloso conjunto, i perciben claramente que el grado de perfeccion divina que cada una representa es indispensable para la perfeccion gradual del todo, que ha sido criado con número, peso i medida, la aniquilacion de esa sola sustancia importaria lo mismo que haber desleido del magnífico cuadro una bella pincelada de su autor, si no es que se sostenga el absurdo de que aquella sustancia se hizo inútil en la creacion, absurdo contrario a la infinita sabiduría i a las razones incontestables en que se funda la eternidad de todo lo criado.

La aniquilacion, pues, es contraria a la sabiduría infinita que tuvo razones eternas para manifestarse exteriormente por medio de cada sustancia criada i para siempre, porque en la presencia del Señor es nada todo lo que concluye, i no puede querer que termine la manifestacion espléndida de su gloria ni en un ápice.

Es tambien contraria a la bondad divina, de la cual es propio hacer el bien, porque es difusiva de sí misma, i con la aniquilacion no solo no se hace el bien, sino que se quita el que se habia dado, lo que es contrario a la bondad.

XIII.

Finalmente, es posible para Bálmes que el principio vital de los brutos sobreviva a la organizacion que animaba, i una vez destruida ésta, pase de nuevo a existir en el piélago de la naturaleza, endonde no será inútil, porque no encuentra este escritor razon para decir que la fuerza vital que reside en el bruto no haya de tener ningun objeto despues de destruida la organizacion. Agrega que la destruccion de una planta no extingue las fuerzas vitales que en ella existian, i esas fuerzas no dejan de ser útiles en el laboratorio misterioso de la naturaleza. Por último, cree que la fuerza vital del animal en los arcanos de la naturaleza obra de distintas maneras, atendidas las condiciones a que está sometida, i todo con arreglo a las leyes establecidas por la sabiduría infinita.

Este modo de pensar es incompatible con las doctrinas de filósofos eminentes, entre ellos Santo Tomas, que sostiene que el alma humana, separada del cuerpo, no puede conocer lo que pasa en este mundo, porque no tiene medio de comunicarse con la materia, doctrina mui seguida i autorizada por verdaderos sabios. Si una alma intelijente, que por esta causa puede existir sin organismo, todavía no puede obrar en el mundo material separada del cuerpo, ¿qué habria opinado el santo doctor sobre el poder de las almas de los brutos, que admite Bálmes, para funcionar sin órganos en el órden corporal?

Parece fuera de cuestion que el gobierno i economía de la naturaleza visible pende de la intelijencia i voluntad de un sér soberano i simplicísimo, que es el Dios eterno, infinitamente sabio i santo. Esto prueba que no hai dificultad para que un espíritu obre en la materia, esto es verdad; en este caso, ni el espíritu obra en calidad de ajente que pertenece al laboratorio misterioso de la naturaleza, sino como principio intelijente que, desprendido de toda relacion material, comprende i regula el órden a que deben sujetarse las causas segundas en la produccion de sus fenómenos, ni toda intelijencia i voluntad es capaz por su propia virtud de este poder, sino solo los espíritus probos que no necesitan ni pueden unirse a un organismo: éstos, por naturaleza, tienen la virtud de obrar en el mundo de la materia, porque es mui natural que las sustancias superiores que conocen todo lo corporal por ideas perfectas de estas cosas, tengan tambien voluntad i poder sobre ellas mismas,

para lo cual solo se necesita cierta participacion de la voluntad eficaz del Creador, participacion que está en armonía con la fuerza intelectual de estas sustancias; i sabemos que la voluntad nace de la intelijencia. Como nuestra alma es forma sustancial del cuerpo, es preciso que funcione por ministerio de órganos, i el poder que naturalmente tiene sobre lo material, está limitado a la potencia del organismo, pues éste es para la forma el único medio de obrar sobre los cuerpos.

De esta doctrina tan racional i hermosa, se sigue, conviniendo por un momento en que el alma de los animales sea sustancia simple, que, separada del organismo, no puede ejecutar accion alguna en el mundo visible, ni en calidad de ajente o fuerza vital que forme parte de la produccion de los séres, ni ménos como principio regulador del órden. No del primer modo, porque siendo este principio simple una forma animal, no puede obrar sin ministerio de órganos, i además, estando destituido de intelijencia i suspendidas las funciones de la sensibilidad que son imposibles sin organizacion, queda este principio privado de toda clase de conocimiento, i por lo mismo, sin conciencia de sí mismo. En este estado pierde por necesidad toda la virtud operativa del sér simple, i queda reducido a exirtir como la piedra que no percibe la realidad de su existencia; quedaria, pues, incomunicado en medio de todos los entes que le rodearan, tanto, por parte de él mismo, como porque ninguna sustancia material puede tocar ni afectar de modo alguno a un principio simple; i así no podria prestar ningun servicio, pues todo servicio supone relaciones entre el que lo dispensa i el que lo recibe, lo que es imposible respecto de un sér absolutamente aislado.

Por otro lado, ¿a qué órden pertenecerian las funciones del principio simple separado del organismo i existente en el piélago de la naturaleza bajo condiciones distintas? Si se responde que pertenecen al órden material, pregunto ¿en qué forma, mezclándose con la materia el principio simple, u obrando en ella solo virtualmente como el sol en la jerminacion de las plantas? La mezcla de lo que carece de partes es imposible, porque es imposible la interposicion de partes en lo que no las tiene. La operacion virtual de lo simple en la materia para la produccion de los fenómenos propios de ésta, es tambien imposible al principio sensitivo, ya porque no tiene medio de comunicacion con lo material, ya porque la influencia benéfica debe venir de ajentes que tengan virtud adecuada a fecundar la materia, para lo cual es necesaria la participacion del mismo jénero en el órden de la naturaleza, aunque sea remoto. Por esta razon, solo los ajentes naturales pueden ser útiles en el gran laboratorio de la naturaleza: las sustancias simples son extrañas en él, i no tienen oficio que desempeñar por falta de virtud comunicativa a la materia. Tambien es imposible al principio del bruto, que

se injiera en lo material como regulador del órden, no solo porque es intelijente, sino por carecer de todo medio de comunicacion con los cuerpos.

Bálmes se vió obligado a justificar la aniquilacion posible del alma de los animales, o la virtud de existir separada del organismo; i en este caso de poder obrar de algun modo para que fuesen útiles en la creacion endonde no se permite la falta de trabajo, por haber creido en la perfecta simplicidad i sustancialidad del principio sensible del bruto; pero la falsedad de esta teoría puede demostrarse hasta la evidencia.

Este error del célebre escritor español es mui dispensable i propio de las altas intelijencias, que sintiendo la fuerza de su entender, se encuentran capaces de alcanzar las verdades escondidas de la ciencia, i se complacen en ser sus inventores.

XIV.

Antes de pasar a establecer las doctrinas relativas a la naturaleza i oríjen del alma de los animales, quiero interrogar al buen sentido filosófico, para que conteste sinceramente las preguntas que juzgue oportunas en esta cuestion.

¿Será racional el creer que Dios saque de la nada sustancias simples, para que animen el cuerpecillo imperfecto del mosquito que apénas vive pocas horas? ¿Podrá decirse que un principio simple como nuestra alma es el que se encierra en el pequeño reptil que se arrastra por el polvo? ¿No es altamente repugnante atribuir una alma con el mismo oríjen i simplicidad que la humana, a la multitud de insectos que sirven de alimento al pájaro i a otros vivientes, a los animales que tienen su oríjen en la jeneracion espontánea i a los microscópicos que se ocultan a nuestra vista? ¿En la ostra que se creia pegada en las piedras, sin ningun órgano locomotivo, habrá tambien una alma simple, cuyo oríjen sea la creacion? ¿Los principios simples serán, como ráfagas de viva luz que al brillar se extinguen para no lucir jamas?

¡Qué triste fuera la suerte de tantos millones de séres que recibieran el bien de la vida, condenados a perderla en breves momentos! Verdaderamente, es contrario no solo al buen sentido filosófico, sino al buen sentido de la humanidad entera, suponer que una sustancia tan noble i tan superior como una alma simple, fuera criada con el objeto de servir a una frájil i despreciable organizacion, porque no es posible persuadirse que fuera conforme a la sabiduría, que todo lo ordena i dispone convenientemente, establecer la dura lei de que honrara al cuerpo vil i destructible una sustancia de naturaleza inmortal, para hundirla otra vez en los abismos impenetrables de la nada, luego que la organizacion concluyera; nó, no

se explica así el órden: éste exije que la fuente inferior del sér sirva i sea para la superior; i esta doctrina tan clara, es el fundamento mas sólido en que se apoya la teoría que niega a los animales una alma simple i sustancial, pues una vez admitida ésta, ni se justifica el órden de la superioridad de los séres, ni puede asignarse un bien propio para despues de la desorganizacion, al principio simple de los brutos, privado de la intelijencia.

¿Una sustancia simple no es acaso mucho mas excelente que el universo material con toda la armonía admirable que brilla en él? Las ideas de la grandeza humana se perturban i se confunden al considerar que el atributo de la simplicidad, que tanto asemeja al hombre con Dios, sea tambien participado por el animal inmundo i asqueroso. En nuestro corazon se levanta un sentimiento desconsalador como la ansiedad que produce un principio funesto, como la tristeza que sigue al amargo desengaño, cuando se nos dice que estamos emparentados con los brutos, no solo por la organizacion i la materia, sino tambien porque el alma de ellos, a semejanza de la nuestra, es sustancia, es simple i es creada por Dios por el mismo *fiat* omniponte con que sacó a la humana de la nada. Si esta doctrina fuera cierta, deberia admitirse por conclusion que en el jumento i en los animales mas repugnantes habria una propiedad esencial, que en Dios se contiene formalmente, es decir, tal como ella es en sí, la simplicidad; pensamiento sacrílego, blasfemia horrible, pero de forzosa consecuencia.

ANTONIO VARGAS FONTECILLA.

(Concluirá.)

RIMAS.

En el inmenso desierto
De las olas ajitadas
Va la barca; ¿a dónde? el cielo
Sabe el puesto que la aguarda.

Sobre la blanca popa
Los marineros cantan
Los íntimos recuerdos
De la lejana patria.

¡Recuerdos, tristes flores,
Impregnadas de lágrimas,
Los últimos perfumes
De sus verdes montañas!

¡Cada nota de sus cantos
Es la luz de una esperanza,
Cual sueño desvanecida
En el cielo de la patria.

Sobre la blanca popa
Los marineros cantan
Los suspirados goces
Que léjos les aguardan.

¡Los suspirados goces
Que la extranjera playa
Ofrece a los que olvidan
Su hogar i sus montañas!

¡Cada nota de sus cantos
Me abre una herida en el alma
Al ver morir en las olas
El corazon de la patria!

JAVIER VIAL SOLAR.

¡RECUERDOS!

(A ANTONIO ESPIÑEIRA.)

—La recuerdo con profunda tristeza, me decia; nadie como ella habia logrado conmover mi alma.

Era mui niña; en ese candor e inocencia que acompaña a los primeros años se vislumbraba el secreto de una felicidad que no habia comprendido hasta entónces.

¡Felicidad! ¡La conocí un instante!

El invierno, con su atmósfera húmeda i fria, cubrió de nieve las flores de su jardin, que revivian a su cuidado.

¡Pobres flores!

Cuando la conocí era la primavera i vosotras, orgullosas, adornabais su linda cabeza.

Yo voi a buscarla i si ella me cumple su promesa de ser eternamente mia, no será mucho si la veo en el cielo adornada con la guirnalda que de vosotras entretejí para sus pálidas sienes.

—Toma, añadió entónces; estos apuntes encierran la historia de mi vida.

Yo los recojí cuidadosamente i ahora los publico mal ordenados, no con la pretension de hacerlos vivir, sino con el deseo de dar expansion a mi alma.

I.

Consumido por una tísis que amenazaba mi vida, abandoné a Montevideo para buscar un alivio a esta enfermedad, que segun la opinion de los médicos mas competentes, solo podia hallar en los campos que baña el rio Negro, famoso por las sustancias químicas que llevan en disolucion sus aguas, en las cuales me recomendaban los baños.

A mí, que no se me ocultaba la gravedad de mi mal, creia que aquellos lugares solo servirian para alargar un tanto mis últimos dias. La tristeza se habia apoderado de tal manera de mi alma que me molestaba el bullicio de la ciudad i encontraba demasiado estrecha mi habitacion para considerarme en ella completamente solo.

Resuelto así mi viaje el 15 de noviembre de 1872, me desprendí de los brazos de mi madre, cuyo tenaz esfuerzo por contener las lágrimas aumentaba su dolor. Ambos pugnábamos por ocultarnos la emocion que nos dominaba, como si temiéramos que al descubrirnos nuestro mutuo sufrimiento nos faltaran fuerzas para separarnos de los brazos de la muerte que me amenazaba si persistiamos en permanecer juntos.

Un amigo, que debia acompañarme, me hizo presente que la hora de irnos se acercaba i que debia despedirme de mi hermana, la única de quien todavía no me habia despedido.

Intenté hacerlo, pero no tuve valor; temia sucumbir ante esa última prueba, i por otra parte, me atormentaba el presentimiento de que fuera mi última despedida. No podia conformarme con tan implacable destino i me figuraba que Dios no permitiria que muriese sin haberme despedido ántes de todas aquellas personas a quienes me hallaba vinculado por los lazos de la familia.

Abandonamos de ese modo mi casa. Mi amigo no se cansaba de repetir:

—Mira que toda la jente se está fijando en tí, que lloras como un niño; repórtate un poco i ya tendrás tiempo de hacerlo donde nadie tenga para que reirse de tus pesares. No todos creen "que si es una impolítica no manifestarse interesado en los triunfos de nuestros semejantes, es una inhumanidad no mantenerse sério ante sus desgracias."

Tampoco debes olvidar que tu enfermedad se agrava anonadando tu espíritu, que es el que puede mantener el equilibrio de tu vida.

Mui a mi pesar convine en que era una imprudencia llorar por la calle, i me contuve hasta llegar a la estacion del ferrocarril que debia conducirnos al Durazno, desde donde proseguiríamos nuestro viaje en dilijencia hasta la hacienda de campo de mi amigo.

II.

Hacian apénas seis dias que nos hallábamos en la referida hacienda i ya me encontraba un poco mas aliviado de mi mal; ya podia montar a caballo i dar mis monótonos paseos siguiendo el curso de las aguas del rio, o perdiéndome entre el bosque, en donde me complacia en arrancar flores de *burucuyá* para entretenerme despues en deshojarlas a la sombra de los *ceibos*. Pero si se hallaba algo mas restablecida mi salud, la tristeza se habia hecho mi inseparable compañera; aquella mejoría semejaba a la de la muerte.

No me quedaban sino los recuerdos de mi niñez mas o ménos feliz, un presente sin vida i un porvenir dudoso!

Estaba mui léjos de pensar que se resolviera mi destino en ménos tiempo del que basta para que se marchiten las hojas i las flores que vivificó la primavera.

Una tarde, discurriendo como de costumbre por entre los montes i quebradas que limitaban las orillas del rio, anduve, sin darme cuenta de ello, mas de lo que acostumbraba i dejé mui atras los límites de la hacienda.

La luz dejaba el paso a las sombras que reflejaban su melancolía en la naturaleza. Un rumor de alaridos, de sollozos, de risas, de suspiros, de palabras que no entendia, todo en sus alas lo llevaba el viento, renovando en mi alma las impresiones con la misma velocidad de su carrera. ¡Qué misteriosa es la hora del crepúsculo! ¡Todo se oye i nada se entiende, todo se medita i nada se descifra! Parece que el último eco del bullicio del mundo recordara la hora de los desgraciados cuyos clamores ahoga. Yo sentia algo que no puedo explicar, pero que predisponia mi alma a la oracion, como predisponen los remordimientos de la conciencia al cumplimiento del deber.

Fascinado por aquel órden de fenómenos tan extraños como incomprensibles, no reparé en una niña que, sentada en la orilla del camino, se entretenia en formar un ramo con las rojas margaritas que alfombraban el campo. Un grito de sorpresa me advirtió el peligro en que la habian puesto mis abstracciones. Hizo un brusco movimiento para levantarse, dejando caer las florecitas que habia depositado en su delantal, pero despues de observarme mejor, recobró la confianza, i asomando a sus labios una sonrisa que iluminaba su alma, se fué a perder en el interior de una casa a poco trecho del lugar donde ella se encontraba.

El pequeño ramo de margaritas quedó abandonado, i yo lo recojí cuidadosamente. ¿Qué iba a hacer con él? No lo sabia; ni en ese momento se me ocurrió que fuera un medio para conquistar el cariño de su linda dueña. Lo único que recuerdo es que tuve dulces presentimientos i que me alejé de aquel lugar con el alma llena de esperanzas. ¡Esperanzas! ¡Por qué se entregará uno tan confiado a sus promesas, si son tan ciertos los desgaños!

III.

La noche de ese dia me pareció eterna.

Aguardaba con impaciencia el alba. El monótono canto de las ranas i los grillos me desesperaba, pues jamas he llegado a comprender esa armonía salvaje, tan poética para algunos. Ya se ve, es necesario ser poeta para burlarse del sentido comun. Perdónenme los poetas, pues quisiera que todo fuese como ellos lo sienten.

Por fin, despues de mucho cavilar, llegó la tan deseada hora.

—¡Luz! exclamé dando un salto de la cama. ¡Luz en el espacio! ¡Luz en mi corazon! ¡Cantad a la luz, poetas! ¿No veis? ¡Es ella la que ilumina sus negros cabellos ciñendo una diadema de fuego a su graciosa cabeza! ¡Es ella la que descubre su inocente sonrisa que entre sus rosados labios semeja la aurora de su alma! ¡Es ella la que lucha tímidamente con el brillo de sus negros ojos como si adivinara el secreto poder que los anima! ¡Realidad! ¡Realidad! mucho tardas en llegar, i ya la luz del dia alumbra la cima de los montes!

En estas exclamaciones me sorprendió uno de los sirvientes, que me aguardaba con un caballo ensillado, como se lo habia prevenido el dia anterior.

—Patron, si no me engaño, Ud. estaba hablando solo, me dijo con la mas mas profunda expresion de sentimiento.

—Esto no es nada; pasará, le contesté maquinalmente como si estuviera convencido de que tenia razon.

Monté a caballo en el acto, i sin cambiar mas palabras con él, volví a tomar el sendero de mis esperanzas.

La modesta casa que habia visto el dia anterior, se dibujaba en el fondo azul del cielo como una isla rodeada de verdura en medio de espacioso lago.

Alegre i risueña como la víspera, estaba ella, la linda dueña del ramo de margaritas que yo habia recojido i que llevaba cuidadosamente para devolvérselo i decirle.... ¡Qué sé yo! ¡Ah! sí; tenia que decirle algo, porque, ¿cómo ocultárselo? Yo era todavía demasiado niño para poder dominar mis sentimientos.

¡Cómo me llenaba de orgullo verla cuando apénas habia despuntado el alba!

Me imajinaba que solo por mí lo hacia, i ya me juzgaba dueño de su cariño.

Llegué, pues, hasta ella, con la decision del que ha conseguido un primer triunfo. Al encontrarse conmigo bajó la vista como avergonzada. Yo la volví hácia atras. ¡Ah! ¡cómo cuesta renunciar al objeto de nuestras ilusiones!

Pero algo peor noté despues que me sucedia; sin quererlo me habia detenido, i ya no podia evitar mi imprudencia. Por fin, ella me animó con una mirada que yo aproveché, todo lo mas para darle el ramito, quedándome sin saber qué decirle.

Sintiendo ella, como yo, el peso de una situacion tan embarazosa, me dijo:

—¡Ah! ¿este fué el ramito que se me perdió ayer, cuando Ud. pasó por aquí?

—Sí, ese fué, pude ya contestarle. Ud. lo habia dejado i a mí me pareció que debia recojerlo para tener el gusto de volvérselo.

—Gracias; pero creo que ya no me pertenece. Ud. lo halló i ademas....

—Tú se lo ofreces, añadió sonriendo un sujeto que llegaba del interior de la casa sin que nosotros lo hubiéramos notado.

Era su padre.

No dejó de turbarme su presencia. ¿Qué podia pensar de mí? Yo no sabia que los colores de mi rostro me vendian i si es verdad que ésta era revelacion harto significativa, no lo es ménos que el que se ruboriza es poco temible. El rubor es el traje de la inocencia del alma. ¡Dichosos los que le visten! ¡Entónces yo era feliz sin comprenderlo, pues aun la tristeza que me producian mis últimas desgracias tenia esa melancólica suavidad de una conciencia sin remordimientos, semejante a la pálida claridad de una noche de luna sobre un campo desierto!

Don Guillermo Herrera se llamaba el padre de Sara, la hermosa niña que tan feliz me hacia entónces, para sumirme despues en una eterna vida de desgracia. ¿Serán infalibles los presentimientos? ¡Quién sabe! Lo que recuerdo es que muchas veces lloramos juntos nuestros futuros pesares: ¡habíamos colmado nuestros deseos de felicidad!

Esa tarde don Guillermo Herrera se mostró conmigo mas cariñoso de lo que esperaba, despues de conocer su nombre. Habia sido enemigo político de mi padre i esto me inquietaba sobremanera. Pero él era uno de esos pocos hombres que no guardan rencor, i que mucho ménos cometen una injusticia arrastrados por odios tradicionales. Antes por el contrario me dijo que habia simpatizado mucho con mi padre i que fuera del campo de la política que los separaba, habian sido amigos mui sinceros. Me ofreció, pues, sus servicios, instándome a que frecuentara a menudo su hacienda, ya que tan cerca de ella me encontraba.

La noche, que se venia entrando, me impedió alargar esa nuestra rara entrevista, prometiéndoles volver al dia siguiente.

IV.

Por esa época la guerra civil asolaba los fértiles campos del Uruguay, atrasando i persiguiendo a los ciudadanos que buscaban su bienestar en la vida del trabajo, i anulando las fuentes de riqueza con que cuenta este privilejiado pais, que, contra ese torrente devastador, ha realizado, en pocos años de independencia, un progreso material e intelectual que no lo deja mui atras de las mas adelantadas repúblicas Sud-Americanas. Felizmente la paz que ya se está cimentando le asegura un porvenir envidiable, al que contribuye su aventajada posicion jeográfica.

Pero no divaguemos.

En la época, pues, a que me refiero, era cuando ménos seguridades ofrecia la vida del campo.

Una mañana fuí a buscar lo que tantas otras en el seno de aquella buena i cariñosa familia de Herrera, i encontré a éste triste i pensativo, como si el peso de una desgracia absorbiera por completo su atencion i destrozara su sentimiento.

Me saludó maquinalmente i despues de un rato, como quien reanuda sus interrumpidos recuerdos, me dijo:

—¡Ah! era Ud.; perdone. Un grave suceso me tiene preocupado desde hace algunas horas i me impone una resolucion que tendré que adoptar sin pérdida de tiempo. Se me ha comunicado que una partida de revolucionarios quiere vengar con mi muerte ofensas que les han hecho personas de mi familia, a toda la cual le han jurado una guerra sin tregua. I, como Ud. lo sabe, hace muchos años que me he separado de la política, en la cual me ocupé siempre de buen corazon, para recojer sinsabores. Creia que, con todos mis servicios, me hubieran olvidado. Pero no ha sucedido así; si aquellos a quienes he servido me hacen el favor de no hacerme daño, todavía me quedan enemigos. ¡Desgraciado el que hace obras buenas por la sola recompensa de los hombres!

En fin, estos son males que no tienen remedio, si no se abriga la pretension de reformar la naturaleza humana. I ya que me toca a mí pagar tributo a esa lei, voi a exijirle un servicio que Sara le agradecerá por todos nosotros. No se ruborice, añadió entónces; es que la experiencia nos ha hecho demasiado maliciosos. Le hablo con tanta franqueza, porque conozco sus sentimientos i sé que esto para Ud. no es un compromiso.

—Gracias, señor; puede Ud. contar conmigo si tengo la dicha de serle útil.

—I mucho; yo tendré necesidad de abandonar mi familia, porque, ¿qué lograria, quedándome, contra una partida de forajidos? A Ud., pues, se la recomiendo; trasládese, si le parece bien, a mi casa; yo tengo plena confianza en la honradez que ha heredado de su buen padre. Quizá por haber pertenecido él al mismo partido que ellos, respeten a su hijo, i pueda, de ese modo, protejer a mi pobre familia con el prestijio de su nombre.

Yo se lo prometí sin hacerme muchas ilusiones a este respecto, pues mi padre ya hacia algunos años que habia muerto, i los muertos poca influencia i prestijio tienen sobre los malvados; ¿lo tienen siquiera los vivos?

Siempre se ha dicho que cuando grandes calamidades amenazan a los hombres, la naturaleza muestra sus mas sombríos tintes. Esta supersticion se explica perfectamente. Negro es cuanto se ve al traves de negros cristales; no puede ser de otra manera. ¿Quién, que siente aflijida el alma por un pesar, no encuentra todo triste i sombrío? Por eso creí ver en las pardas nubes que se agrupaban en el horizonte el dia de la despedida de don Guillermo Herrera, un siniestro presajio.

V.

Sara, contra su costumbre, no fué ese dia a regar las flores del jardin que ella misma cuidaba. Noté como que huia mi presencia, talvez sintiendo ser causa de nuevos sufrimientos para mí. No podia explicármelo de otro modo. El dia anterior, no mas, me habia dicho:

—Yo quiero estar siempre contigo, i tú parece que no desearas lo mismo, pues ya no se te pasa la hora de irte, como ántes.

Pero yo no me atrevia a contrariar su voluntad i ella continuaba triste i pensativa, ocultándose de todos.

Notando la madre su falta, se acercó a mí i me preguntó:

—Samuel, ¿dónde está Sara?

—No sé, señora; temia molestarla i la he dejado sola. Si Ud. quiere, la podemos buscar. Tengo idea de haberla visto cruzar el jardin en direccion a la huerta.

Nos encaminamos al lugar que yo indiqué.

Sara no se encontraba allí. Le preguntamos a uno de los jardineros.

—Estuvo un momento sentada en ese banco. Despues se levantó i me dijo:—"Hace mucho frio i Samuel no vendrá."

Esta burla demasiado agria no me permitia levantar la vista siquiera.

I él agregó, repitiendo las palabras de Sara:

—"Pero si viene despues que yo me haya ido, dile que mis lágrimas las ha secado el polvo. Que yo me retiro a mi habitacion a orar por nuestra suerte."

La madre de Sara, que lo habia escuchado todo, no pudo ménos de exclamar, enjugando el llanto que tantas desgracias depositaban en su corazon:

—¡Pobre hija mia!

Quizas no se figuraba que habia elejido el mas severo reproche.

Yo le pedí permiso para enmendar mi falta.

—Anda, me contestó. Compensa el cariño, cariño i ascendiente que has robado a una madre, devolviendo la paz i la felicidad a su hija.

Para nadie eran ya un secreto nuestros amores con Sara. Todos me hablaban de ella como de mi prometida, i yo experimentaba el mas íntimo goce cuando pensaban en el porvenir.

No tardé, pues, en dirijirme a Sara sin temor de que esto pudiera sorprender.

Apoyada en su reclinatorio, con la mirada puesta en un Crucifijo, semejaba el ánjel de la redencion. Solo la relijion cristiana puede inspirar a la inocencia. ¡Todos los niños cristianos saben que tienen en el cielo un Padre i una Madre que los esperan con

los brazos abiertos, despues de la muerte! I ella tenia una íntima confianza en estas verdades.

Cuando al ruido de mis pasos interrumpió su oracion para volver hácia mí la vista, la paz habitaba en aquella alma.

—Vengo a pedirte perdon. No sabes cuánto me han hecho sentir tus reproches.

—¡Ah! sí, ¡ántes llorábamos juntos! Pero nó; ¡Pobre Samuel! ¡demasiado te he hecho sufrir!

—¿Sufrir a tu lado? ¿No sabes que es un goce, para mí, sufrir contigo?

Pero no tienes porque estar triste; la desgracia que nos amenazaba ya se ha conjurado. Tu papá debe estar mui léjos.

Ahora hablemos mas bien de nuestras esperanzas i proyectos para el porvenir.

¿Sabes que le escribí a mi madre, diciéndole que dentro de poco tiempo tendria una buena i cariñosa hijita mas? Pronto cumpliremos, yo, veinte años i tú dieziseis. ¿Qué importa nuestra escasa edad? Así cosecharemos en flor nuestras ilusiones.

—¡Nuestras ilusiones! Es cierto; yo quiero creer lo que te promete tu corazon jeneroso.

—La realidad no burlará nuestra buena fé. Pero ya nos llaman a la mesa. Tú te sentarás a mi lado i comunicaremos a todos, formalmente, nuestros pensamientos.

VI.

Todo estaba decidido; el dia de mi cumpleaños Sara seria mi esposa. Pero el brindis de mi felicidad fué interrumpido por el choque de armas i espuelas que resonaba en el patio, repetido los ecos que devolvía clara i distintamente el silencio de la noche. Todos los semblantes que habia animado la alegría, sombreaba, poco despues, el sobresalto.

La madre de Sara fué la que primero se levantó para cerciorarse de lo que habia.

Una exclamacion de terror nos advirtió del peligro en que nos hallábamos.

—¡Mi casa invadida por soldados!

El temible anuncio se habia cumplido. Una partida de bandidos, sedientos de sangre, buscaban su presa.

—No tema Ud.; con su marido nos basta, respondió el capitan a la exclamacion de la señora.

—Mi esposo hace dias que se fué para la capital, contestó ella temblando.

—Ud. perdone; nosotros somos como Santo Tomas: ver i creer.

—Pueden convencerse por Uds. mismos.

—Entónces vamos a rejistrar la casa.

Al pasar por el lado de Sara, que permanecia medio oculta detras de mí, el capitan de los bandidos se sonrió maliciosamente i le dijo en voz baja a uno de sus compañeros:

—Será lo uno por lo otro.

I dirijiéndose a dos de ellos, añadió:

—Uds. se quedan aquí para acompañar a estas señoras.

Luego, ajitando la melena que descansaba sobre su robusto cuello, se dirijió a practicar sus investigaciones.

Cuando se perdieron por el fondo de la casa, todos nos miramos aterrorizados sin atrevernos a pronunciar palabra.

Aun resonaban dolorosamente en mi alma las que el capitan habia murmurado al pasar cerca de Sara: "Será lo uno por lo otro." ¿Qué queria decir con eso? Preveia un horrible desenlace i hubiera intentado huir con ella, a no estar allí los centinelas que nos guardaban. Era preciso, pues, devorar la inquietud.

Una idea, que yo creia feliz, animó un momento mi desmayado ánimo. Obedeciendo a ella, les ofrecí a los dos bandidos que nos custodiaban todo el dinero que habia en la casa, si nos dejaban la libertad de poder huir; pero ellos me contestaron con una impasibilidad desesperante:

—¡Oh! todo eso vendrá a nuestras manos sin tener que comprometernos en nada.

No me quedaba mas medio que el de atacarlos con lo primero que encontrara a mano, aprovechando el menor número que podia oponernos resistencia, pero esta era una tentativa inútil que solo serviria para comprometernos doblemente, pues a mas de estar bien armados, el resto podia auxiliarlos inmediatamente, i por otra parte, aun me animaba la esperanza de que se conformaran con robarnos, despues de convencerse de que no estaba allí don Guillermo Herrera.

Esperar en la situacion mas desesperante, eso era lo único que nos quedaba.

No tardaron en presentarse, cargados con los objetos i el dinero que habian podido conseguir.

El capitan dirijió una mirada centellante hácia nosotros i caracterizándose brutalmente, dijo con la mayor sangre fria:

—No hai cosa mas alegre que terminar estas funciones con el sainete de los jestos i muecas de un moribundo. Pero el pájaro ha volado i no quedan mas que las plumas.

Aunque esta muchacha bien puede consolar a un triste, i se dirijió hácia Sara con los brazos abiertos.

Sara dió un grito i se abrazó de mí, como pidiéndome socorro. El pudor i el coraje se estremecieron en mi alma para rechazarlo con toda la fuerza de que son capaces.

—¡Hola! Con que tú te opones, respondió a mi accion sin al-

terarse siquiera; pues por lo mismo me la llevo. Esta noche nos casamos, hijita.

La madre de Sara, que habia hasta entónces ahogado su dolor, se arrojó desesperada a los piés del bandido.

—Es nuestra única hija, señor; si Ud. nos la arrebata nos moriremos.

—¡Bah! la jente no se muere por tan poco.

Yo, avergonzado con mi impotencia, manché tambien mis labios con la súplica.

—La inocencia i la virtud apelan a sus buenos sentimientos, le dije, venciendo la repugnancia de esta confesion. Pero el bandido seguia implacable i ya iba a extender su torpe mano para tomarla, cuando me acordé de la indicacion que me habia hecho Herrera i exclamé precipitadamente: "Soi hijo de don Samuel Martinez. Si la inocencia i la virtud no le conmueven, el nombre de mi padre le recordará que servian a una misma causa. Yo lo invoco para protejer a esta desgraciada familia."

El bandido, que se detuvo un momento al oir el nombre de mi padre, a cuya memoria sentia haber injuriado, soltó una ruidosa carcajada.

—¿Tú el hijo de don Samuel Martinez? ¿En casa de sus enemigos? Vamos, muchachos, que no tenemos tiempo que perder; a ésta, señalando a Sara, yo me la llevaré en las ancas de mi caballo.

No esperé mas; me arrojé contra los bandidos, con los puños convulsivamente apretados, la vista oscurecida por la sangre que se agolpaba a mi cabeza i el alma anegada en la hiel de la desesperacion, buscando la felicidad de la muerte.

Entónces detras de mí escuché la voz de Sara:

—¡Ah! nó; Samuel, mátame pero no me dejes sola.

Cuando volví la vista, Sara caia desmayada en brazos de uno de los bandidos, miéntras otro me sujetaba, dejándome sin movimiento.

—A ese me lo atan a uno de los árboles, que yo me encargo de ésta.

Poco trabajo les costó consumar sus horribles designios, i yo ví pasar cerca de mí, esforzándome en vano para romper las ligaduras que desgarraban mis brazos, a la pobre Sara, cuyas suaves caricias quizás no volveria a gozar nunca.

VII.

Cuando los bandidos desaparecieron por completo entre las sombras de la noche, se presentaron dos o tres de los peones que se habian ocultado durante la horrible escena que acababa de tener lugar.

Al verme de tal manera, con los brazos ensangrentados, el traje descompuesto i el rostro señalado con las profundas huellas del dolor, se acercaron a pedirme que los perdonara, que el miedo les habia impedido cumplir con su deber.

—¡Cobardes! les grité fuera de mí; desátenme si quieren que los perdone. Todavía me encuentro con fuerzas para luchar; solo necesito una arma i un caballo: los perseguiré hasta morir o arrebatarles su presa.

Mis órdenes se cumplieron i me sentí de nuevo completamente libre.

Antes de montar a caballo entré a la habitacion donde se encontraba la madre de Sara. Tendida sobre una cama, apénas daba señales de vida. Inútiles fueron las promesas que para animarla le hice de volverle a su hija. La dejé entónces al cuidado de las sirvientas i me dirijí en busca de Sara, que corria un peligro mas inminente.

Andaba sin rumbo fijo, dejando que el destino me guiara al traves de aquellas extensas soledades. El aire húmedo i frio de la noche helaba los destrozados miembros de mi cuerpo; i el prolongado ahullido de los perros me hacia estremecer de terror, recordando los negros cuentos de las viejas, que los miran como anuncios de muerte. El agudo canto de la lechuza, cuyo significado conocia desde mui niño, se unia a aquel concierto horrible, que acompañaba el sordo murmullo de las aguas.

Perdido durante toda la noche, no me sentia movido por las fuerzas naturales; aquella era una vida que parecia esperar un momento de descanso para extinguirse.

Por fin, los primeros tintes de la aurora comenzaron a iluminar el campo. Apénas pude ver con mas claridad, tendí una mirada a mi alrededor para orientarme. El rio Negro, cuyo curso tantas veces habia seguido buscando la fresca sombra de sus bosques, corria a mi lado, herido por los reflejos de la luz que encendian sus mansas olas. Dirijí la vista hácia la corriente i noté que arrastraba un cuerpo humano. Fijé mas mi atencion, i apesar de tener el rostro negro i descompuesto, reconocí a Sara. Un vértigo de muerte se apoderó de mí. Me pareció ver que me extendia sus amoratados brazos i ... ¡no supe mas!

Poco despues se decia que unos pescadores habian recojido dos cadáveres que animaban el cuadro de una historia sangrienta. Pero desgraciadamente no todo era verdad: ¡yo vivia aun!

AUGUSTO V. SERRALTA.

ALBORADA.

(Traducida del catalan.)

Ya en el cielo brilla hermosa
La estrellita del albor,
I entre nubes de oro i rosa
Pronto veremos al sol.
Por los bosques ya resuena
Del pastorcillo la voz
I el rocío da galano
L'ndas joyas a la flor.

¡Salud a las niñas!
¡Dios les dé buen dia!

Gotas de rocío, sois los amorcitos
Que en lluvias de perlas bañais a las flores.
Del amor al eco despertad ¡oh niñas!
Que amor es el alba de los corazones.

Triscando alegre saluda,
Ya saluda el ruiseñor
La primera luz del dia,
Del dia que amaneció.
Las golondrinas se bañan
En la luz del nuevo sol,
I despliegan sus alitas,
I cantan himnos de amor.

¡Salud a las niñas!
¡Dios les dé buen dia!

Hermosas doncellas, sois las florecitas
Que baña graciosa la lluvia de amores.
Despertad alegres, despertad oh niñas,
Que amor es rocío de los corazones.

FRANCISCO CONCHA CASTILLO.

LA ABUELA.

"La madre que vive en sus hijos i nietos, tiene en la especie humana el feliz privilejio de no sentir el dolor que causa envejecer."

(Mad. Sirey.—*La Madre de Familia.*)

La rica i sonora, a la vez que remotísima lengua *Euskara* o *vascuence* nos da a conocer con la palabra *amoná*, (1) tan dulce al oido como grata al corazon, todo el significado de la *abuela* en su verdadera expresion.

La palabra *amoná* indica, en efecto, *madre buena*, madre *dulce*, *cariñosa*, i ningun nombre, en verdad, cuadra mejor a la anciana madre llena de experiencia, henchida de amor i sentimiento, que mira con la mas tierna solicitud i el mas solícito esmero a los hijos de sus hijos, en quienes se ve retratada i continuada, por decirlo así.

La *abuela*, en la gran familia humana, representa a la madre elevada a un segundo grado, a un puesto superior, i lleva a la madre, ese sér el mas perfecto de la creacion, modelo de ternura i amor, el mas sublime que puede concebirse, la ventaja de la experiencia, superándole aun, si cabe tambien, en esa bondad divina, en esa dulzura de carácter que solo encuentra lugar en el corazon de la mujer-madre, i que se modifica i dulcifica todavía mas en la *abuela*, por efecto de experiencia de la vida i del peso de los años, que parece quitan fuerzas a la intelijencia i la voluntad, esas dos grandes facultades del alma, para dejarlas por entero al sentimiento que se desarrolla entónces en una mas vasta esfera de accion.

Observadlo, i vereis siempre a la *abuela* cambiar el tono imperativo de la juventud por el amistoso i aconsejador peculiar de su edad i su representacion.

Rara vez usa la *abuela* el *yo quiero* ni el *yo mando*, tanto porque no tiene voluntad propia, i no quiere sino aquello que quieren sus descendientes, sus tiernos nietecitos, cuanto porque conoce mui bien, i así la experiencia se lo ha enseñado, que saben mejor al niño i consiguen mas las palabras dulces, las cariñosas súplicas i reprensiones de la abuelita, que cuantas palabras duras o

(1) *Amoná* por *ama-ona* (madre buena.)

altisonantes, cuantas amenazas pudieran usar con él las demas personas.

La abuela, que representa en la gran familia humana un eslabon de la larga cadena que sin interrupcion vienen formando una tras otra las sucesivas jeneraciones, es uno de los polos de la vida que busca siempre, por necesidad, su polo antagónico, su extremo opuesto, que viene a encontrarlo en su nietecito.

I aquí tenemos los dos extremos que se tocan, completándose el uno al otro.

La naturaleza siempre previsora, rodea en efecto al niño en cuanto ve la luz del mundo, de los goces de su edad, i la razon de los tiempos pasados. I aquí vemos a la ancianidad i la niñez, una vida que se desprende i otra vida que se prepara, una abuela i un nietecito, reunidos en un momento dado en el rincon del hogar doméstico, para su mutuo complemento i satisfaccion.

La niñez juguetea al rededor de la vejez para darle sus últimos goces, recibiendo de ella, como grato cambio, sus primeras instrucciones.

I ¡admirable armonía de la naturaleza! en los dos extremos de la vida, en esos dos polos, principio i fin del sér, se encuentran las mismas inclinaciones, hai un atractivo que los aproxima, un no sé qué que hasta casi los confunde.

Observadlo i vereis cuánto esa semejanza de inclinaciones conduce al recreo del uno i a la educacion del otro.

Al anciano gusta hablar, al niño oir; el anciano no repara que repite una i mil veces las mismas historias, los mismos hechos, los consejos de siempre; el niño no se cansa de las repeticiones; le gusta oir lo que ya sabe, lo mismo que al anciano le gusta repetir lo que ya ha dicho. El niño, con voz balbuciente, pregunta la causa de cuantos fenómenos se presentan a su tierna intelijencia; con esa curiosidad innata en el hombre, desea saber el por qué de cuanto ve a su alrededor; el mayor placer del anciano es satisfacer esa curiosidad del niño i sembrar en su jóven corazon los consejos que le ha suministrado la experiencia de la vida.

El niño necesita un ayo que con paciencia sepa contestar a sus inocentes preguntas, impertinentes de sobra en ocasiones, i sepa guiarle por la senda del bien, sembrando en su corazon las máximas santas de la verdad i de la justicia, del amor i de la caridad; i ese ayo i ese maestro los encuentra en su abuelo o abuela. Los ancianos a su vez, convertidos de nuevo en verdaderos niños, necesitan un compañero que dulcifique su vejez, que con sus inocentes juegos i sus dulces sonrisas evoque los inefables recuerdos de la infancia, que son el sosten i la vida de la senectud; i ese compañero, ese amigo, los encuentran en los niños, los inseparables i mas apropiados compañeros de la ancianidad.

¡Cuán gratos placeres, cuán dulces emociones conserva la Providencia a la *abuela!*

Parece verdaderamente que la madre, despues de haber educado i colocado a sus hijos, ha terminado por completo su mision en este mundo.

Así, en efecto, vereis a la jeneralidad de las madres tristes i sombrías al ver que su última hija deja el nido materno para volar presurosa en busca de otro amor que satisfaga el vacío que siente en su corazon, para unirse a un hombre cuya felicidad le toca labrar.

En esta hora solemne, marcada por la naturaleza, la pobre madre cree terminada su mision, i atacada de un mal extraño, ve su aislamiento, el vacío en el porvenir i no sabe qué hacer de la vida.

Este sentimiento que la devora i que no tiene nombre; este sentimiento que la entristece al ver a su hija dichosa por una felicidad que no procede de ella, no es, no puede ser efecto de celos, ni de egoismo, ni el sentimiento de lo pasado, i presenta, no obstante, las apariencias de todo ello.

La pobre madre cree ya terminada su mision cuando ha cumplido los deberes de tal, i no repara que despues de un momento de transicion, de un espacio de tiempo mas o ménos largo, que parece le destina la naturaleza al descanso de las fatigas i cuidados que necesariamente han debido acompañarle en el cumplimiento de su deber, le ofrece la Providencia nuevos cuidados, una nueva mision que realizar i cumplir, mas delicada si cabe que la de la madre; la mision de aya i consejera de sus hijos, i los hijos a la vez de esta nueva jeneracion.

Si bien es verdad, en efecto, que el matrimonio en un principio afloja a lo ménos en la apariencia, las dulces relaciones, los sagrados vínculos que existen entre madre e hija, no es ménos cierto tambien que despues de un leve momento, de un corto espacio de tiempo, de una insignificante época de transicion, digámoslo así, vuelve de nuevo la madre a encontrar a su hija, que reclama sus auxilios, los tesoros de su experiencia, sus inagotables cuidados i su delicada prevision, a fin de cumplir debidamente la nueva mision que la naturaleza le ha encomendado.

Desde este momento solemne la madre, que se consideraba ya un sér inútil en este mundo, la madre, a quien devoraba en silencio melancólica tristeza, recobra nueva vida, i libre ya de los cuidados de su casa, de las necias preocupaciones i vanidades del mundo, vuelve a encontrarse en medio de los suyos, convirtiéndose en el ánjel tutelar de su nueva familia.

I ¡cuán dulces placeres le reserva la naturaleza en el cumplimiento de su nueva mision! ¡Qué de gratos recuerdos, qué consuelos mas dulces ha de enjendrar en su corazon el cumplimiento de este augusto deber!

La *abuela*, que creia ya terminada su mision en este mundo, está llamada a ser la tierna confidente, la experimentada conse-

jera de la hija que poco há abandonó el nido materno i que reclama ya de la que le dió el sér nuevos servicios que solo ella puede desempeñar con el debido acierto.

La *abuela*, con esa bondad que nadie es capaz de agotar i aquel tacto exquisito que procede del amor, i que en tan alto grado posee, está llamada a ser la directora de su hija.

Ella permanece a su lado para prever todos los accidentes que la amenazan en los primeros meses de su preñez; mas tarde auxilia con sus sabios consejos, fruto de una larga experiencia, en la delicada tarea de ofrecer al mundo un nuevo sér, momento solemne, en el que la *abuela*, dos veces madre, derrama entre los suyos todo el tesoro de bondad, de cariño i exquisita delicadeza que encierra su corazon de madre.

Vienen despues de esto los cuidados físicos, tan necesarios a la salud de la madre como la vida del nuevo vástago; mision de prudencia i de exquisita solicitud, que requiere una gran experiencia, ayudada por mucho amor, i una mujer jóven no puede aprender sino de una madre.

Finalmente, la *abuela* inicia a su hija en los secretos de la verdadera felicidad, i la excita de contínuo al cumplimiento de los imperiosos deberes que la maternidad le impone, reservándose para mas tarde la delicada mision de instruir deleitando a la criatura durante su infancia, derramando en su corazon raudales de cariño i amor, i en su tierna intelijencia máximas i principios que han de prepararle para su ulterior educacion.

Tal es la mision casi divina de la *abuela:* para que pudiera cumplirla debidamente dotó Dios a la mujer en la edad madura de tanto valor, de tanta sensibilidad.

J. MANTEROLA.

LA FLOR DE LA CAÑA.

(IMITACION DE PLÁCIDO.)

¡Oh! niña graciosa,
De la tez rosada,
Consuelo del triste
Que tanto te ama:

Mira que no puedo
Vivir de esperanzas
Sufriendo vaivenes
Como flor de caña.

En la vez primera
Que te ví, tú estabas
De blanco vestida
Con cintas rosadas,
I tu blondo pelo
Tendido a la espalda
La brisa mecia
Cual mece a la caña.

Pudor e inocencia
Tu frente bañaba,
Cual baña a los cielos
El rayo del alba,
I esa tu cintura
Flexible i torneada
Vencia en donaire
Al junco i la caña.

Al tocar tu mano,
Tu mano tan blanca,
Bendije tu encanto
Con toda mi alma,
I latió mi pecho
Con violencia tanta,
Cual tiembla i se mece
La flor de la caña.

¡Oh! niña graciosa,
De dulce mirada,
Fiel amor te pido
Rendido a tus plantas:
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas
Sufriendo vaivenes
Como flor de caña.

Santiago, 1877.

ROSENDO CARRASCO.

EL CRISTIANISMO ES ETERNO.

El Apóstata queria vencer *al Galileo*, el patriarca de la moderna apostacía queria *écraser l'infâme.*

No faltó quien escribiera: *Le christianisme a fait son temps!*

Si el hecho i la realidad obedeciesen al furioso anhelo del odio, *el Galileo* estaria vencido, aplastado *el infame* i el cristianismo sepultado.

Pero la vida del cristianismo no está al alcance de la guerra pigmea de los hombres. La torre de Babel necesitaria ser infinita en altura para tocar el calcañar del Altísimo.

Las víboras humanas se arrastran, se retuercen sobre el haz de la tierra i, en su furia impotente, se muerden a sí mismas, creyendo que muerden la obra de Dios.

La impiedad cree que con odiar mata. Entretanto sus dardos van a estrellarse i embotarse en el pedestal diezinueve veces secular del cristianismo.

Se puede hacer de los cristianos pasto de las fieras i ludibrio del populacho, se puede apuñalear gobernantes católicos, se puede envenenar obispos, se puede aherrojar al Pontífice, pero no se puede matar al cristianismo.

La Iglesia saca su fuerza de la persecucion, saca su savia de la sangre de sus mártires, el obispo i el Pontífice viven despues de muertos.

Un crímen mas, un sacrilejio mas: hé ahí el único fruto de todas las persecuciones, cruentas o incruentas, que la impiedad ha suscitado contra el Cristo, su Iglesia i su Vicario, desde el Gólgota hasta el Vaticano, desde Neron hasta Bismark, desde los judíos hasta los incrédulos de 1877, desde el siglo de las hogueras, de los potros, del anfiteatro i de las catacumbas hasta el siglo de la persecucion cobarde, traidora e hipócrita, desde el beso de Júdas hasta los juramentos de Víctor Manuel, desde la iniquidad de Pilatos hasta persecucion legal del siglo XIX.

La guadaña de la muerte va segando desastrosamente uno a uno a los perseguidores, i la obra del Cristo queda en pié, serena, majestuosa, imperecedera.

Hoi, como ayer, como mañana, la Iglesia del Cristo es blanco de la guerra encarnizada del Infierno.

En Paris se incendia i se fusila; en Alemania i en el Brasil se destierra; en el Ecuador se mata con el puñal i con el veneno; en todas partes, gobiernos i lejisladores, oprimen i encadenan; en Roma, el Soberano Pontífice, traicionado, cobardemente asaltado i despojado, ve convertido en cárcel su palacio, confiscada su libertad, impedido el ejercicio de las augustas funciones de su dignidad. Apénas si puède, estrechado dentro de un cerco de violencias i sofocado por leyes rapaces i sacrílegas, hacer llegar su voz hasta sus hijos para trazarles el cuadro de sus tribulaciones, de las villanas vejaciones de que es objeto i de la tiranía que le ata las manos i quisiera tambien sellarle los labios.

El Papa, el Vicario de Jesucristo, el augusto padre de nuestras almas, el venerable, el dulcísimo Pio IX, el inmortal Pio IX, jime bajo la mano sacrílega de un reyezuelo aventurero i rapaz i bajo la férula de un puñado de demagogos!

¡I eso toleran, impasibles, 200.000,000 de católicos!

¡Ah! si estos tiempos fueran otros! ¡Ah! si estos tiempos fueran aquellos que hoi los impíos apellidan de fanatismo....! Esta seria la hora en que se oyera resonar imponente aquel sublime grito histórico: *¡Dios lo quiere!* grito de guerra que un dia lanzó a la Europa sobre el Asia, a la cristiandad entera sobre el islamismo!

Mas ¡ai! Aquellos tiempos eran tiempos de fé, aquellas tallas eran tallas de héroes cristianos! Los caractéres raquíticos, las fées tibias, los corazones pusilánimes i egoistas del siglo XIX no son caractéres, ni fées, ni corazones de cruzados!

Pero ¡no importa! Así como la vida de la Iglesia no depende del odio de los hombres i no pueden éstos nada contra ella, así tampoco la vida de la Iglesia depende del amor de los hombres ni pueden éstos sostenerla.

La vida de la Iglesia descansa en la palabra del Dios omnipotente. Es El i solo El quien puede sostenerla; es El i solo El quien la sostendrá incólume hasta la consumacion de los siglos, segun su infalible promesa.

Desde la creacion del mundo, en que convirtió la nada en Universo, Dios viene jugando con los imposibles; desde la torre de Babel viene confundiendo a los que pretenden, en su insensatez, alcanzar a dañarlo; desde la Resurreccion del Cristo viene triunfando de la muerte misma.

Hubo un dia en que un pueblo deicida sepultó el cadáver destrozado de Jesus i echó sobre él una enorme piedra i la selló con el sello del César i la rodeó de soldados.

El Cristo está muerto, sepultado, custodiado con armas. I sobre todo, en la losa de su tumba ¿no está el sello del César? ¿Para qué se quiere mas? ¿Cómo podrá este muerto de tres dias derribar la losa, pasar por entre las lanzas de los soldados, i sobre

todo, romper el sello del César? ¡Imposible! *¡El Galileo* está vencido, aplastado *el infame! Le christianisme a fait son temps!*

Mas, hé aquí que unas santas mujeres se acercan al sepulcro de Jesus i lo hallan vacío. *Surrexit: non est hic!* ¿I la piedra del sepulcro? ¿I las lanzas de los soldados? ¿I, sobre todo, el sello del César?

Hubo otro dia en que un pobre pescador tuvo la audacia de predicar a Jesus Nazareno en la capital del mundo, delante del mismo César. Vedlo en la cárcel, vedlo atado con dobles cadenas a las cinturas de dos soldados; vedlo cerrado con triple puerta de hierro i custodiado con guardia cuádruple i escojida. Ese pescador es el jefe, la cabeza i el cimiento de la Iglesia del Cristo. Vedlo ya, pues, en manos del César, encadenado i prisionero para ser mañana ultimado por el verdugo. ¿Cómo podrá ese prisionero, condenado a muerte, romper sus cadenas, i abrirse paso al traves de los soldados i de las puertas de hierro, para salir de nuevo a predicar a Jesus Nazareno? ¡Imposible! *¡El Galileo* está vencido en su Vicario; aplastado *el infame* en el jefe de su Iglesia! *Le christianisme a fait son temps!*

Mas, aquella lóbrega mazmorra se ilumina de súbito en la mitad de la noche. El ánjel del Señor despierta a Pedro, cuyas cadenas caen de sus manos. Pedro, pasa por entre la primera i la segunda i la tercera i la cuarta guardia, i llega hasta la última puerta de hierro, *quæ ultro aperta est!*

Hoi, Pedro está otra vez encadenado, las puertas de su prision están selladas con el sello del César i custodiada por sus sayones armados. Cada dia recibe la impiedad con insensata algazara la noticia de la muerte de Pedro. Hoi, el cristianismo está herido en su cabeza, está herido de muerte. Hoi, Pedro no puede enseñar, no puede apacentar su grei, porque es prisionero del César, perseguidor del Pastor i de la grei. Hoi, todas las potestades i todos los populachos del mundo están conjurados contra el Cristo i contra Pedro. *¡El Galileo* está vencido; aplastado está *el infame! Le christianisme a fait son temps!* El siglo XIX es la fecha de su epitafio.

Pio IX es un viejo octojenario, prisionero impotente i abandonado de todos los poderes de la tierra. Su corona temporal ha rodado por el suelo i hoi es esclavo del nuevo rei de la capital del cristianismo. La vida de ese viejo no puede prolongarse mucho i las tribulaciones de su cautiverio se encargarán de abreviarla mas todavía. Cuando Pio IX haya muerto, el cristianismo es nuestro, i la tiara el botin de nuestra victoria. *¡El Galileo* está vencido; aplastado está *el infame! Le christianisme a fait son temps!*

¡Sí, Césares i demagogos! Sí; Pio IX es un anciano octojenario; pero ¿cuánto ha que la Providencia de Dios burla los deseos de vuestro odio, prolongando marabillosamente los dias de Pio IX? ¿Cuántas veces le habeis anunciado muerto, miéntras la cristian-

dad celebraba aniversarios semi-seculares de la vida de Pio IX? Hoi mismo ¿no alza la Iglesia toda un himno de júbilo i accion de gracias al Todopoderoso i envía a Pio IX palabras llenas de amor filial en el 50.° aniversario de su consagracion episcopal? ¡Sí; Pio IX es un anciano octojenario; pero, en pocos dias, ha de celebrar la Iglesia un nuevo i glorioso aniversario de su feliz advenimiento al mas augusto de los tronos! ¡Sí; Pio IX es el prisionero del César usurpador, las cobardes vejaciones del César carcelero podrán abreviar los preciosos dias de Pio IX, pero siempre se han estrellado i se estrellarán vuestras exijencias i las del César en el inconmovible i majestuoso *Non possumus!* de ese anciano octojenario, prisionero de vuestro César, pero su esclavo jamas!

La corona temporal de Pio IX está en las manos sacrílegas del César; pero vosotros mismos estais tejiendo a las cienes de Pio IX una corona mil i mil veces mas gloriosa: la del mártir. Con esa corona lo contemplamos ya todos sus hijos, con esa pasará a la historia su nombre inmortal, con esa subirá al cielo el dia en que hayais consumado vuestra obra. Simon murió pero Pedro vive. Sí: Pio IX puede morir mañana; Pio IX puede haber muerto ya en la hora que es; pero, ¡insensatos! no os entregueis al regocijo creyendo haber vencido. Pio IX puede morir i morirá; pero el Papado no muere, la Iglesia no muere, el Cristo no muere. ¿No os lo ha enseñado ya de un modo sangriento la historia?

Como el Cristo muerto de tres dias, como Pedro encadenado a la cintura de sus sayones, el Pio IX resucitará i triunfará en sus sucesores hasta el fin de los siglos. Como la losa de la tumba sellada con el sello del César, como las puertas de hierro de la mazmorra del primer papa, las puertas del Vaticano han de abrir paso a la justicia de Dios i al triunfo de la Iglesia. ¿Será hoi? ¿será mañana? Solo Dios lo sabe. ¿Verá Pio IX el triunfo de la Iglesia? Solo Dios lo sabe. Pero, a ménos de faltar a su palabra el Omnipotente, el triunfo ha de venir. ¿Qué será entónces de vosotros Césares i demagogos? ¿Dónde estareis vosotros? ¡Quizas os habrá ya segado como a tantos otros desastrosamente la guadaña de la muerte i no quedará de vosotros ni memoria! *¡El Galileo* es invencible! *El infame* aplasta a sus aplastadores. ¡El cristianismo es eterno!

Santiago, 3 de junio de 1877.

RAFAEL B. GUMUCIO.

LA PROVIDENCIA.

DISCURSO INÉDITO.

I.

Sal, pues, ya de tu cuerpo ¡oh alma mia!
Sal, te lo digo yo; ¿por qué enmudeces
I en temblores prolongas tu agonía?
Setenta años serviste al que mil veces,
Mas que padre i señor, fiel consejero,
Te dió asistencia i luz, oyó tus preces,
I puesta ya en el lance postrimero
En que amor i lealtad es la partida,
¿Cuál reo tiemblas ante el juez severo?
Explicábase así con voz sentida
El anciano Hilarion, ya moribundo,
En su estera de paja mal tejida,
I lanzaba esta voz, diciendo al mundo
Que es temible el veraz, el fuerte i vivo
I su juicio insondable o mar profundo.
Que solamente el siervo fiel i activo
Que trabajó i sudó, cumplió el mandato,
La induljencia merece i buen recibo.
Oportuno este aviso i mui sensato
I fundada por cierto la esperanza
Del gozo perdurable i ya inmediato.
Pues quien gracia i favor un dia alcanza,
Recibe a cada paso el beneficio
I en poderosa diestra se afianza.
El mundano sensual i dado al vicio
La vida de los justos no comprende
Creyéndola ficcion, puro artificio.
Pero el que bien la observa i que pretende
Abrazarla con brio jeneroso
I a su variado curso siempre atiende,
Este un teatro divisa claro, hermoso,
Un drama vivo i noble, interesante,
Desenlace plausible i venturoso.
Ya mira al Santo Job en un instante
Perorando con gracia en el consejo
I cual monarca en solio rutilante;

Ya en triste muladar, enfermo i viejo,
Burlado de los que ántes le acataban,
Rayendo con un casco su pellejo.
I entre tantas espinas que le clavan,
La misma fé i piedad, igual paciencia,
Que ni esposa ni amigos menoscaban.
En tan triste abandono i cruel dolencia
A Dios se torna i a sus piés se humilla,
Su justicia allí adora i su clemencia.
¿Dónde virtud tan noble i tan sencilla?
¿Quién tan invicto pecho no admirara,
Paraiso de tanta marabilla?
De esta cepa o projenie ilustre i clara,
Vástago hermoso fué aquel grave anciano
Cuya virtud por cierto heróica i rara
Reveló al pueblo fiel i aun al pagano
La providencia i ministerio augusto
Del que es Padre i Señor, Dios Soberano.
Del buen Tobías hablo, de aquel justo
Que no cedió al halago de la suerte
Ni al rigor de tirano cruel, adusto.
Que hasta el fin i próximo a la muerte,
Ciego ya i pobre i en fatal premura
Al Señor bendecia humilde i fuerte.
Pero ¡oh bondad de Dios! ¡oh gran ventura!
Tornóse aquella noche en claro dia,
Radiar vióse al sol en su hermosura.
I el que en amarga soledad jemia,
Fortuna i honra recobró en un punto,
La gracia, fuerza i luz que no tenia.
De tan varios prodijios el conjunto
Parecerá talvez cosa increible,
Pero hai mas si se quiere en el asunto.
Es la fé don precioso, aunque invisible,
Que da vigor al alma i la enaltece
Sobre lo vil terreno i corruptible.
Por ella vive el justo, medra i crece,
Pensamientos i accion recto modera
I en cruda lid no tiembla ni perece.
Asáltanle quizá con muestra fiera
Ya el mundo vano o suerte caprichosa,
La vil doblez hipócrita i austera.
I burlando esta hueste poderosa
Se acoje al que le ampara i que le ha oido,
Bajo su ejida tutelar reposa.
¿Qué suspiro ¡ah! lanzara el aflijido
Que a su Padre i Señor lloroso clama,
Que no fuera i cual es siempre atendido?

La triste viuda que a sus puertas llama,
Quien vela junto al doloroso lecho
I pide viva fé, lumbre que inflama;
Para el que acaso jime en cruel despecho,
Sienten luego el favor del poderoso
Que al justo deja alegre i satisfecho.
Mas de esta fuente o del raudal copioso
De bondad infinita, solo bebe
El humilde, sencillo i jeneroso.
I que en caso importante, diario o leve,
Se somete al divino mandamiento
I a faltar en un punto no se atreve.
¡Qué fé i gratitud i qué portento
El de esta pura relacion i trato,
Que mérito i valor el de un momento!
¿Por qué motivo, pues, el hombre ingrato,
Con tales documentos a la vista,
La blasfemia prefiere i desacato?
¿I con rudeza tal, que poco dista
De la jenuina i peculiar del bruto,
Como ellos vive i en su grei se alista?
¡Ah! que es la necedad el atributo
Del mísero mortal ya degradado,
Fea abominacion su amargo fruto.
I a su ciego destino abandonado,
Si en su locura contra sí maquina,
Contra el cielo levanta el cuello osado.
Aberracion como ésta, torpe, indina,
A justa saña i compasion provoca,
El horror causa de espantosa ruina.
¿Qué órden podrá haber donde se invoca
La dura fuerza o el injenio triste
Que el pié no asienta ni aun en firme roca?
En vano de soportes mil reviste
Al muro, alcázar i elevada torre
I en el trabajo con teson insiste.
Breve espacio i no mas el tiempo corre
I ni columna habrá que allí respete
Ni señal o vestijio que no borre.
¿Por qué, pues, el mortal, ya vil juguete
De esa su veleidad i fantasía,
Reglarlo todo i cual señor promete?
La pasion es por cierto la que guia
Al que, perdido ya en el laberinto,
En su intrincado seno se extravía.
Pero al brutal i seductor instinto
Podemos agregar con certidumbre
Otro principio real, claro i distinto.

Tal es i ha sido la fatal costumbre
De ahogar a la razon, fiel consejera,
O gracia superior que viva alumbre.
Indígnase el que fuerte al orbe impera,
De sentir otra voz que le refrene
I que su accion i libertad modera.
En vano a cada paso le detiene
Con sus prodijios la naturaleza
I digno objeto a su atencion previene.
Que él, obstinado siempre en su torpeza,
Que es todo ello ilusion, audaz repite,
I en nada acaba lo que a ser empieza.
¡Desventurado! que a tan real convite
Te niegas con estúpida arrogancia,
En tus gustos librando el buen desquite.
No habrá luz para tí ni circunstancia
Que te la ofrezca saludable i viva
Ni en sociedad ni en solitaria estancia.
I dura tu alma i a la gracia esquiva
Sentirá el peso de infernal cadena
I en tristes dudas jemirá cautiva.
Esta virus fatal, esta gangrena,
Peste es ya comun que se difunde,
Que a los pueblos corrompe i enajena.
I aunque en sus pruebas la verdad redunde
I al Señor glorifiquen tierra i cielo,
La monstruosa impiedad todo confunde.
No lo creyera acaso el vivo celo
De nuestros buenos padres i mayores
En su cordura i superior desvelo;
Ni los que en tiempos turbios i peores
De pesquisa, agresion i muerte dura,
Deshacíanse en llanto i en clamores.
Mas si es tal la presente desventura,
I el perverso es de suyo incorrejible,
A la gracia rebelde i su luz pura,
El testimonio fiel e incorruptible
De los que a la virtud aman de veras
Compensa aqueste mal cuanto es posible.
A estos fuertes, que de mil maneras
Lidian i triunfan con heróico brio,
Siempre unidos i al pié de sus banderas;
A estos con su lira i cantar pio
Convida el sabio a celebrar ufanos
La majestad de un Dios, su señorío.
Alabad, dice, jóvenes i ancianos,
Alabad al Señor, pueblos i reyes,
Obras que sois de sus divinas manos;

Aves i peces, animadas greyes,
Cielos i tierra, creaturas todas
Que obedeceis sus sacrosantas leyes;
Los que al trono asistis i eternas bodas
I ornato sois de la gloriosa corte,
Himnos cantadle i reverentes odas.
Sumisos a esta voz i claro norte
Olvidemos al malo i su insolencia,
Su ciega obstinacion, su vil comporte.
Adoremos al santo por esencia,
Contemplemos sus grandes marabillas,
Su poder i bondad, su providencia.

II.

Piélago es éste inmenso i sin orillas
O el vasto i magnífico aparato
De mil obras grandiosas i sencillas.
¿Mas quién pudiera hacer vivo el retrato
Ni delinear la poderosa diestra
Que las vistió de tan pomposo ornato?
Cielos i tierra son la clara muestra,
Los que si grande admiracion producen
Do quier humillan la arrogancia nuestra.
Cual las armas e insignias que relucen
En numeroso ejército ordenado
I que expertos caudillos bien conducen,
Tal parece a la vista aquel variado
Cuadro de estrellas que brillando jiran
En todo acordes i a un compas reglado.
Lo contemplan los ojos i lo admiran,
I la clara razon i el buen sentido
A interpretarlo con ardor aspiran.
¿Brillando i de por siempre han existido?
¿O les dió alguno el sér i movimiento,
Sistema i plan formando el mas cumplido?
Párase aquí el injenio, vivo, atento,
Que los datos advierte i bien pondera
I la duda le ofusca en un momento.
Recóbrase no obstante i no se altera
I mas el espectáculo admirando
Lo explica luego allí de esta manera:
La obra que de aquí se está observando
Cual la inerte materia así se mueve
Sujeta a estrecha lei i ulterior mando.
I si aquesta ordenanza emanar debe
De causa intelijente i poderosa
A negar su existencia ¿quién se atreve?

Aparece mas fuerte i aun grandiosa
Esta razon al que indagare luego
El oríjen i fin de cada cosa.
¿Qué ofrece acaso el jeneral trasiego
Si no reproduccion, perpetua vida,
Millon de causas en variado juego?
I en esta série o corriente percibida,
Mutuo enlace i accion, órden estable,
Armonía perfecta i bien sentida.
El curso regulado i admirable
De estrellas i planetas, sol ardiente,
Medida es ya del tiempo en cuanto es dable.
Al del sol i la luna exactamente
Corresponden los meses i los años,
Horas i dias, pulsacion latente.
Términos fijos i a ninguno extraños
Que al cálculo sujetan cualquier hecho
Sin temor de ilusion ni otros engaños.
Pero este bello enlace es mas estrecho,
La division del tiempo abre el camino
Que al piélago de goces va derecho.
Brillando en todo el órden, pulso i tino,
Con la fuga del sol a la otra zona
Copiosa lluvia cae de contino
Que las tierras empapa i les abona,
Rápido baja el caudaloso rio,
De pura nieve el monte se corona.
Revive el jérmen en su seno umbrío,
De flores se reviste la pradera
Que en mies dorada torna el duro estío.
I al invierno, verano i primavera
El otoño sucede, que en racimos
La abundancia nos brinda por do quiera.
Coronada de frutos tan opímos,
Naturaleza a todos nos convida
A aumentar la riqueza que advertimos;
A observar bien al ave cuando anida
I en sus gorjeos i trinar canoro
A rendir culto al que nos dió la vida.
¡Qué augusta sencillez i qué decoro
En estas saludables instrucciones,
De pura fé i doctrina qué tesoro!
Ni en inculto lugar u otras rejiones
Piedra o granillo habrá que inútil sea
O no entre en cuenta de valiosos dones.
Fin tiene el rubio grano que campea,
El corzo o pajarillo en raudo vuelo,
La encina o piedra denegrida i fea.

I si por ciego instinto o vivo anhelo
Todos llenan su fin cumplidamente,
¿Cuál habrá dado al hombre el mismo cielo?
Humilla aquí ¡oh mortal! tu altiva frente,
Reconoce al autor del beneficio,
Adórale sumiso i reverente.
A todo el orbe ha puesto a tu servicio,
Libertad te donó, razon preclara,
Obedecer i amarle es tu alto oficio.
Sabia la Providencia, i nunca avara,
A cada sér i a todos en conjunto
Con la unidad les dió belleza rara.
I de ella emanan todos, cual de un punto
En escala graduada, indefinible,
Del inmenso poder radio i trasunto.
A la clase purísima, invisible,
La animada i orgánica sucede
I a estas dos lo informe i divisible.
A todos el mas noble aquí precede,
Al hombre el ánjel i el viviente al grave
Que ni sentir ni trasladarse puede.
I en aquesta ordenanza está la clave
De la interpretacion del universo,
Misterio que confunde al que mas sabe.
Tan superior en dotes, cuan diverso
Es lo espiritual a la materia inerte,
Sea el oro i diamante claro i terso.
I si por este motivo es el mas fuerte
I el preferible en cualesquier acaso,
Cuál de mas venturoso o mejor suerte.
Extraño no ha de ser cualquier atraso
En la constante lei que al mundo rije,
Si a lo moral conduce o abre el paso.
A la justicia con rigor se exije
El castigo debido al delincuente,
Aun pena siendo que a la vista aflije.
La guerra con el hambre i tala ardiente
A los pueblos sacude i los modera,
Su corrupcion haciéndoles patente.
I si órden es todo esto i ántes lo era,
¿Ha de mirarse al hombre abandonado
I a la fé i piedad cual ruin quimera?
¿Qué plan mas sabio que este i mas fundado:
Lo infinito precede a lo finito,
El Supremo Hacedor a lo creado?
I en su mudo lenguaje i sacro rito
A la verdad, virtud i la belleza
¿Alaba el universo en su circuito?

Inmenso en variedades i largueza
Abarcarlo el injenio intentaria
I superior le hallara en cada pieza.
Penetremos, no obstante, en esta via,
Observemos el cuadro en su hermosura
Con la experiencia i la razon por guia.
I del variado aspecto en que fulgura
El fervo i moral departamento,
Tracemos, aunque escasa, una pintura.

III.

Lumbroso i siempre estable el firmamento
El gran poder i majestad revela
Del augusto Señor que le dió asiento.
Morada del que allí, en perpétua vela,
Los pensamientos del mortal archiva
I la piedad i la justicia cela.
Las pasiones podrán en guerra viva
O en confuso rumor turbar el mundo,
Sin freno ya ni lei que las proscriba.
Que aquel concierto hermoso i sin segundo
De tantos astros que en la vasta esfera
I en silencio tan grave cuan profundo,
Brillando jiran i en veloz carrera
Al soberbio confunde, i al impío
Su pujanza i saber, su audacia fiera.
Reina, pues, i con justo señorío
El Dios veraz i fiel, marabilloso,
Hasta en los senos del abismo umbrío.
Su brazo tutelar i poderoso
A la inocencia i la virtud ampara
I gracias mil derrama jeneroso.
¿Quién tendió sobre el mar su fuerte vara
I lindes le trazó que respetase,
I alternando en su flujo, lei guardara?
¿Quién le dió el verde esmalte que le ornase
De tantas islas? ¿Quién creó en su seno
De recamados peces tanta clase?
¿Quién de entre nubes lanza rayo i trueno?
¿Quién el ábrego calma i la tormenta
I radiar hace al sol en mar sereno?
Huyendo del rigor que en dura afrenta
El pueblo de Israel triste sufria,
A la orilla fatal los piés asienta.
La tiránica hueste los seguia
I a la espalda asomaba amenazando
Exterminio cruel, venganza impía.

Pero alza el pueblo el grito, a Dios clamando,
Divide su corriente el mar undoso,
Libra al bueno i sepulta al crudo bando.
Sí: pio es el Señor i Dios grandioso,
I fiel acude siempre al que en premura
Sin amparo se ve, mustio i lloroso.
Piérdese uno en monte i selva oscura,
Otro en cárcel opreso atado jime
I la copa de hiel contínuo apura;
El ecúleo ya ve que fiero oprime,
El cadalso, el cordel, la atroz cuchilla
I al adusto sayon que allí la esgrime.
Rayo, empero, de luz, hermoso brilla,
Que la aurora ya anuncia i la mañana
I trina en sus cantares la avecilla.
Que al suave i vario son de la campana
Al Dios de amor alaba i engrandece,
Al que prados i montes engalana.
Sorpréndese allí al punto el que padece,
Cabida a la esperanza da en su pecho,
La humilde fé i paciencia restablece.
Aun no termina aquí todo el provecho:
Comienza la oracion ferviente i pia,
La que al trono del Padre va derecho.
I el que nunca abandona al que confía
Le consuela i alivia, enjuga el llanto
I la paz le regala cual solia;
O echándole quizá su rejio manto
Las puertas le abre de la cárcel dura
I en solaces convierte su quebranto.
¿Qué sentirá despues de esta aventura
El que en amargo i pavoroso duelo
Pisaba ya la triste sepultura?
¡Cuál fijará sus ojos en el cielo!
¿Qué sentirá, mirando el prado i flores,
Al águila o paloma en raudo vuelo,
Al oir a los tiernos ruiseñores
En ameno jardin o selva umbrosa?
¿Qué en pos de la tormenta i sus fragores,
Al ver el iris i su forma airosa?
¿Qué, al fin, en el teatro o gabinete
De la madre natura artificiosa?
Si de jazmines solo un ramillete
Al pintor da materia inagotable
En finura i matiz, corte i filete
I al jeómetra que observa, en cuanto es dable,
La proporcion de líneas i contorno,
La medida le da i la regla estable;

I en químico aparato o en el horno,
Virtudes mil revela que ocultaba
En el galano cuan vistoso adorno,
¿Qué será tanto sér en quien se graba
De lo perfecto la divina imájen
I que en reproducirse nunca acaba?
Obras del hombre no hai que le aventajen
Ni tan claro le muestren su destino,
Sin tizne o sombra que su fé rebajen.
De las virtudes le hablan de contino,
Cultivan el aroma del buen gusto
La belleza pintando en lo mas fino.
Infunden así amor a lo venusto
I el odio a la aspereza i grosería,
Carácter propio del cruël e injusto.
¿Quién no advierte, ademas, en claro dia,
En el suave murmullo de la fuente
O de arroyo que mana i yerbas cria,
La mansedumbre pia i dilijente,
La paz i dulce gozo con que acude
El jeneroso al pobre en caso urjente?
¿Quién habrá que en el huerto no salude
Al virjíneo pudor en la azucena,
A la que el sabio en su cantar alude?
En noche fresca, plácida i serena,
En el pensil o gruta silenciosa
El alma i los sentidos enajena.
Enlazada al jazmin, purpúrea rosa,
Perfume son del templo en los altares,
De emocion pura, viva i misteriosa.
Campear asimismo en los lugares
Do la inocente i púdica violeta
Dilata el pecho i calma en los pesares.
Aun las pasiones i su turba inquieta
Símbolo tienen, que, a severo juicio,
Con rigor i en un punto las sujeta.
Del puro vejetal no es este oficio,
Que inofensivo, inválido i paciente,
De ningun modo representa al vicio.
La ira sí: amenaza en leon furente,
En el oso i el can se ve al lascivo,
I a la traidora envidia en la serpiente.
Es, pues, el universo el grande archivo
O galería hermosa i bien surtida
De objetos que en conjunto claro i vivo
La belleza retratan mas cumplida,
I lo vil, monstruoso i lo deforme
En los actos mas comunes de la vida.

Crímen por cierto es, descuido enorme,
Negarse a aquesta luz i santo aviso
I en todo al bruto parecer conforme.
De bien i mal la Providencia quiso
Que fuera mezcla lo que acaso vemos
I que al hombre cegó en el paraiso
Para que al ver tornarse los extremos,
Sea el justo reporte nuestra guia
I a lo mejor la preferencia demos.
Este raro contraste i armonía
De todos por do quier sentirse deja
En las especies que este mundo cria.
Si degüella el rapaz la mansa oveja,
A sus hijos tambien próvido asiste,
Su ausencia llora i con dolor se queja.
Furioso el can, al pasajero embiste;
Mas, ni en penurias abandona al dueño,
Su tumba guarda jemebundo i triste.
La víbora, con arte i vivo empeño,
Escurrirse i ahogar sagaz pretende
Al infante que yace en dulce sueño.
La observa el águila, en furor se enciende,
Lánzase al fin sobre ella i la destroza,
I al cielo en pos con el trofeo asciende.
Símbolo del ruin que se alboroza
La red mirando que al incauto trama
I en ella cae i con dolor solloza.
En escala mayor aqueste drama
Las especies comunes representa
En sus instintos o pasion que inflama.
La guerra, algunas con furor sustentan;
Pero otras mil, tambien i a su albedrío,
Se recrean, asocian i apacientan.
Por el monte, ladera o valle umbrío,
De ovejas i cabritos el rebaño
Avanza en primavera o en estío.
Rebelde no hai ninguno, infiel ni uraño,
Ni detiene a su madre allí el hijuelo,
En tan áspero tren pasa el extraño.
Mas, se llega al aprisco o al majuelo,
Del chotillo la madre no se aleja,
Le nutre i le fomenta con su anhelo.
I reposa allí en paz cada pareja.
Union por cierto grata, i mas notable
En el castor, la hormiga i en la abeja.
La primera es la experta i la incansable
En acopiar solícita el buen grano
Para el invierno i frio perdurable.

Vierásele con gusto en el verano,
En línea prolongada i mui hermosa,
Por el árbol subir, fresco i lozano.
Ninguna a la otra aguija, ni le acosa,
Ni la presa o la carga le disputa;
Siempre justa, advertida i jenerosa,
Párase, cuando mas, irresoluta
O parla con la amable compañera,
A la que cede el paso hácia la gruta.
Metódica i constante, en gran manera
Con su ejemplo al trabajo nos convida,
Al ajuste i union llana i sincera.
Diré no mas que lo que el caso admite:
Ninguna en mansedumbre le aventaja
I con la hermana en prevision compite.
Cual hábil arquitecto, así trabaja
A la márjen del rio su castillo
I un buen pretil que la corriente ataja.
Por la parte de tierra hai un portillo
I por la opuesta hai otro al mismo lago
Por do escapa la grei i su caudillo.
Temible no es así el hostil amago:
La mansa grei se baña i se recrea,
De la frescura siente el dulce halago;
Mas lo que en ella con vigor campea
Es el órden comun i gran concierto
De todo aquel rebaño en la tarea.
Tiene cada familia un guia experto,
I trabajando todas aparecen
Cual bellas naves en seguro puerto.
Igual leccion i ejemplo nos ofrecen
Las que acopian dulzura en la colmena
I en ardoroso afan no desfallecen.
Don celeste es la paz, lumbre serena;
La guerra siempre fué duro castigo
Que a muerte o servidumbre al fin condena.
Si triunfado no hubiese el enemigo
De nuestros buenos padres, no seria
Tan áspero hoi el mundo i cruel consigo.
El caballo, su noble bizarría
Mostró en recorrer el monte i prado
O en llevar al jinete que lo guia.
No en sacudir la crin o el pié acopado,
Sintiendo ya el rumor de la batalla,
Duro allí al acicate i al bocado.
Ni el voraz cóndor, que atisbando se halla
El sangriento despojo, allí engullera
Al que postró el alfanje o la metralla.

Orden, concierto i salud ya todo fuera;
Cada sér a su turno i en su puesto
Al Padre i Dios de amor las gracias diera.
Nació el mal por desgracia i fué funesto
Robando a la belleza los colores
I al mortal corrompiendo vivo i presto.
El daño ha sido i es de los mayores,
Mas no altera ni leyes ni armonía
En la obra de Dios i sus primores.
Que si yerra, se ofusca i se extravía
La débil i menguada creatura,
El Poderoso i Fuerte no varía.
I si el pecado o su castigo dura,
Accidente en la obra es este caso,
Que es ella la cabal, perfecta i pura.
Así el reloj, sin padecer atraso,
La hora fiel indica al delincuente,
Ya de gracia i perdon o del fracaso.
Si la obra del Padre Omnipotente,
Superior al concepto i fuerza humana,
Su gran sabiduría hace patente,
I lo bello i lo justo en ella hermana;
A la virtud realza i da firmeza,
Sobre el trono la asienta i la engalana.
El ejemplo hemos dado en cada pieza,
Que el todo en su conjunto i relaciones
Lo revela mas claro en su grandeza.
¿Quién numerar podrá los escuadrones
De esos astros que corren la alta esfera,
Sus órbitas medir i evoluciones?
¿Ni qué mortal, si bien lo considera,
Las marabillas solo de este mundo
Descubrir ni apreciar jamas pudiera?
El jenio observador i mas profundo
Nota la sencillez, medida exacta,
Jérmen de vida por do quier fecundo.
Ya en materia flexible o la compacta
I de este antecedente al fin deduce
La hermosa conclusion que así redacta.
En gloria i majestad la diestra luce
Que al universo ornó en un solo dia
I que en él los portentos reproduce.
Yo tambien la repito, i cual solia,
Mas agrego, explicando la sentencia,
I en la obra insistiendo i su armonía.
Si brilla en lo creado la alta ciencia
Del Supremo Hacedor, no brillan ménos
Su santidad, justicia i providencia.

Abran la tierra i mar sus vastos senos
I habrá mil documentos a la vista
Que al soberbio den luz i fé a los buenos.
El villano interes i la conquista
Sus despojos en ellos han dejado,
I el recuerdo fatal que aun hoi contrista.
Mares, tambien, i tierras ha cruzado
El pueblo ya industrioso o navegante,
I rara vez o nunca ha fracasado.
No siempre es esta série la constante,
Que en el hecho otras causas se complican,
Que varían su faz en un instante.
Pero excepcion i leyes rectifican
El primitivo i superior concepto
I la justicia del Señor vindican.
La cordura i templanza es un precepto
Que el avaro i sensual no reconoce
Ni el que es para el trabajo torpe, inepto.
Con razon, pues, se arma el leon feroce
Contra el incauto que avanzó en la selva,
I justo tambien es que lo destroce.
Justo que en mar i tierra se revuelva
El hondo, turbio i tenebroso seno
I al impío i audaz al punto envuelva.
Paraiso feliz, de aromas lleno,
Es este mundo para el fuerte i pio,
De pecho noble i en la lid sereno.
I caverna de horror, monte bravío,
Para el que mónstruos por do quier divisa
I en el caos se pierde i reino umbrío.
Corre, empero, la vida mui de prisa,
I a interesarnos en cualquier evento
Madre natura con prudencia avisa.
El imprόvido, ocioso i desatento
Ni labra a tiempo el campo ni cosecha,
Ni del hambre i la peste se ve exento.
Del torrente no triunfa si le estrecha,
Ni si al buei fatigare o al caballo
Su habilidad e instintos aprovecha.
Confirma la advertencia i justo fallo
La série misma de revoluciones,
Do el hombre no es señor si no vasallo.
La deshecha tormenta i aluviones
Un órden justo i superior revelan
I juntan asimismo a las pasiones,
Orden i autoridad que nos modelan
En las miras, deseos i comporte,
Que nos guian, protejen i consuelan.

Venturoso el mortal que al claro norte
De esta luz gobernase su conciencia,
Sentirá el puro, celestial conhorte,
La mano de la augusta Providencia.

VENTURA MARIN.

(Concluirá.)

ALGO SOBRE SOCIEDADES HIPOTECARIAS.

Santiago, junio 1.° *de* 1877.

SEÑOR DON JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

Presente.

Estimado amigo mio:

La falta de tiempo no me permite corresponder a la confianza de Ud. como quisiera. Pongo, sin embargo, a la disposicion de Ud. el trabajo adjunto, que dí a la estampa en un pais vecino (Bolivia) a fin de preparar la fundacion de una institucion hipotecaria, i cuyos ejemplares, no obstante, quedaron hasta cierto punto reservados, por causas que no es del caso referir. Creo que no seria inoportuna la publicacion de este trabajo entre nosotros, puesto que, si tenemos instituciones de crédito hipotecario, su mecanismo no es bastante conocido de la jeneralidad, i el vulgarizar este conocimiento conviene no ménos al crédito de la propiedad inmueble, que al desarrallo i progreso de las empresas destinadas a servirlo.

Saluda a Ud. su amigo affmo. i S. S.

RAMON SOTOMAYOR VALDES.

I.

Vamos a exponer los principios teóricos en que se fundan las instituciones hipotecarias, a considerar luego la enérjica mano que ellas prestan al crédito de la propiedad raiz i al progreso de la agricultura, i a terminar, por último, con algunas consideraciones de detalle que harán mas palpables el jenio, el riguroso mecanismo i las inmensas ventajas de dichas instituciones.

Por mas pobre i atrasado que se considere a un pais, al fin es dueño de una porcion de territorio mas o ménos extenso, mas o ménos dividido i cultivado, que indudablemente representa la parte mas considerable del capital nacional.

Cuando no existen mas que las leyes comunes relativas al contrato hipotecario, el movimiento de esa gran masa de valores absorta en la propiedad inmueble, es demasiado lento i casi nulo. La razon es obvia. La hipoteca ordinaria, aunque dotada de un valor representativo de primer órden, está condenada por su propia naturaleza a quedar estacionaria en el rincon de un archivo público, miéntras que los simples vales i pagarés que firma un comerciante, con solo tener algunas mercaderías en su bodega, suelen alcanzar una rápida i larga circulacion mediante el endoso. Puede sentarse de esta manera, como un principio jeneral, que el jiro de la hipoteca se limita del propietario a su acreedor inmediato; i aunque no le está vedado a éste el traspasar su crédito hipotecario, sea a título de prenda, sea por cualquier otro título, las formalidades, empero, que esta operacion requiere, la forma misma de la escritura que se trata de transferir, la naturaleza de las acciones que ella entraña, i muchas otras circunstancias ya materiales, ya legales, embarazan notablemente los jiros sucesivos de la hipoteca.

Por otra parte, merece notarse que el contrato hipotecario, prescindiendo de lo engorroso de sus formas i ritualidades, tiene dificultades conjénitas, invencibles las unas, molestas de vencer las otras, que de ordinario retraen al capitalista de prestar su dinero al propietario.

¿Qué sucede cada vez que se trata de otorgar una hipoteca? Para que ella no sea una caucion ilusoria, el prestamista tiene necesidad de formar el proceso del propietario i de su propiedad. —¿Es propietario, en efecto?—¿El título de su propiedad es limpio e irrevocable? ¿En qué consiste la propiedad? ¿En dónde está? ¿Cuáles son su naturaleza, extension i demas calidades? ¿Cuánto vale? ¿Pesan sobre ella otras hipotecas i obligaciones?....

Demos por terminado satisfactoriamente este proceso. Restan todavía otras dificultades que quedan suspendidas como una amenaza, como un siniestro inconjurable sobre la cabeza del acreedor hipotecario, i que dejan, por decirlo así, en descubierto un flanco de la hipoteca.

En efecto, el propietario es marido o puede serlo, es o ha sido curador de bienes de menores o puede serlo; es o puede ser administrador de bienes de beneficencia o fiscales, etc.—En todos estos casos puede pesar sobre el propietario la hipoteca legal, lo que importa una responsabilidad privilejiada a favor de los bienes dotales de la esposa, de los bienes de menores, etc.—Así, las hipotecas legales que, por punto jeneral, todas las lejislaciones modernas reconocen, son otros tantos obstáculos que embarazan al propietario i al capitalista para entenderse llana i satisfactoriamente en el contrato de préstamo sobre hipoteca.

Obstan todavía a este jénero de prestaciones otras razones, acaso mas poderosas. Supongamos vencidas ya las dificultades

que atañen a la sola celebracion del contrato hipotecario, i consideremoslo bajo el punto de vista de sus consecuencias i de su ejecucion.

Por regla jeneral, el contrato hipotecario es de larga duracion, aunque no tanto, como conviene, segun pronto veremos, a los intereses del propietario, sobre todo, del propietario agrícola.

La suma prestada, que en estos casos es siempre de alguna consideracion, queda ganando un interes convenido, miéntras ha pasado a radicarse en cierto modo en la propiedad del deudor i a ser representada por la respectiva hipoteca, para no volver a manos del prestador hasta la terminacion del contrato.

Tratándose de un simple pagaré a la órden, nada mas fácil para el que lo ha obtenido en cambio de su dinero, o por otro título, que negociarlo i convertirlo en dinero por el descuento. Pero tratándose de una escritura hipotecaria, ya hemos insinuado las dificultades que ofrece su negociacion; por lo que el tenedor de tal escritura tendrá que resignarse las mas veces a permanecer privado de su capital por largo tiempo, sea como quiera la urjencia de recobrarlo.

A este inconveniente se añaden las continjencias en el abono de los intereses, cuyo atraso suele dar márjen a mil pequeñas molestias que conspiran a perturbar las relaciones entre el acreedor i el deudor, poniendo frecuentemente al primero en la necesidad de optar o por esperas perjudiciales, o por la incómoda demanda de una ejecucion.

Llega el término del contrato, i por consiguiente, el caso de pagar por una parte i de recobrar por la otra el capital prestado. Aquí el momento mas crítico para el propietario. Si el capital ha sido empleado en aumentar la extension de su finca, en levantar edificios o en hacer otras mejoras de consideracion, ya se puede asegurar que el deudor, a no tener otros bienes de libre disposicion, no podrá pagar sino con la hipoteca misma.

No consideremos por de pronto la penosa situacion de un deudor hipotecario que, contra todas sus espectativas, cae bajo la férula de una ejecucion judicial, o que por el rigor de las obligaciones contraidas, tiene que ceder a su acreedor su finca i sus mejoras en compensacion del capital adeudado. Miremos solamente el caso en lo que tiene relacion con los derechos del acreedor. Si es verdad que hai prestamistas que, especulando talvez desde el principio con la insolubilidad de sus deudores, no anhelan sino sostituirlos a poca costa en la propiedad de sus bienes raices, no es ménos cierto el hecho de que esta clase de especuladores forman la excepcion de la regla, i que la gran mayoría de los acreedores hipotecarios afrontan con suma pena las molestias i trámites consiguientes a una ejecucion lenta de suyo, complicada de ordinario i siempre cara.

Es achaque comun a casi todas las lejislaciones modernas el protejer al propietario en la tenencia de su propiedad, haciendo

sumamente difícil i espinosa la expropiacion consiguiente a la ejecucion de un crédito hipotecario. ¿Quién no conoce las tasas i retasas que, entre otros muchos trámites, prescribe la lei como base indispensable para el remate de un inmueble? ¿Quién no ha visto muchas veces postergarse indefinidamente la venta de un predio por no haber conformidad entre la tasacion prévia prescrita por la lei i el precio que le asigna en un momento dado la lei inexorable de la oferta i del pedido?

En tales circunstancias, suele el acreedor verse obligado, o a conceder nuevos plazos, o a tomar por su cuenta el inmueble por un precio superior al que tiene en el mercado, resignándose a perder una parte mas o ménos considerable de su crédito.

Las consecuencias que de aquí se desprenden para el propietario, son evidentes. El capitalista rehusará prestar su capital a medida que sea mayor el cúmulo de dificultades materiales i legales que prevee para hacer efectivo su crédito. De este modo, la excesiva proteccion de la lei, en órden a los trámites i formalidades para la expropiacion de un inmueble, pugna con el crédito de la propiedad raiz, o lo que es lo mismo, embaraza al propietario para contraer deudas i proverse de fondos, mediante hipoteca.

Miéntras tanto, la fisonomía particular de la propiedad inmueble, especialmente de la propiedad rural, hace indispensable que las obligaciones que ella garantiza, tengan tambien un carácter particular. El crédito de cada ramo de riqueza i de produccion, depende naturalmente de sus jiros característicos, de sus procedimientos, de su índole propia.

Raciocinemos con ejemplos. El comerciante tiene todo su capital en mercaderías, que adaptadas para un consumo mas o ménos inmediato, están en contínua realizacion. De esta manera un comerciante, por la índole propia de su jiro, puede firmar pagarés a mui corto plazo, contando para pagarlos con la contínua i rápida realizacion de sus mercaderías. Es cosa harto comun en el comercio tomar a corto plazo, seis meses, por ejemplo, un fuerte capital en especies para devolverlo en metálico. El que ha tomado las especies las realiza i las paga con el mismo producto de la venta.

¿Qué sucede con el propietario? Imajinemos que el dueño de un solar quiere edificarlo i para el efecto lo hipoteca. Si el objeto no es vender la propiedad edificada, sino alquilarla o explotarla en cualquier otro sentido, fuerza es que el propietario se atenga a los proventos ordinarios de ella para cancelar la deuda contraida. Si el plazo de la escritura hipotecaria no coincide con el largo tiempo que es necesario para que el prédio devuelva con los productos de su arrendamiento o de cualquier otra explotacion, todo el capital, es evidente que el propietario tendrá que vender o ceder su propiedad, a ménos que cuente con otros recursos independientes.

El propietario de una finca rural valuada en cincuenta mil pesos, necesita, supongamos, treinta mil para mejorarla. Los pide sobre hipoteca i los invierte: 1.° en un canal de riego; 2.° en un malecon para defender parte de su prédio contra los aluviones de un rio inmediato; 3.° en plantar una viña i en otras obras por el estilo. Ya se ve que los treinta mil pesos van a quedar incorporados en el prédio, cuyo precio se aumentará en tanto cuanto valgan las mejoras practicadas.

Mas, ¿cuánto tiempo será necesario que trascurra para que la finca mejorada devuelva los treinta mil pesos con sus intereses? La sola construccion de las obras ha durado (hacemos una hipótesis prudente) dos años. De las mejoras realizadas, si unas, como el canal de regadío, son de provecho inmediato, otras, como la viña plantada, no serán productivas sino a la vuelta de muchos años. Miéntras tanto para el propietario en cuestion están corriendo los intereses desde el instante en que percibió los treinta mil pesos, i corre ademas el tiempo que le aproxima cada dia a la cancelacion de la deuda.

Supongamos que esta cancelacion debe tener lugar a los cuatro años, término nada corto en la jeneralidad de los contratos hipotecarios. Es inútil pensar en que las mejoras por sí solas reintegren en este tiempo el capital adeudado. Antes que muchas de ellas produzcan un centavo, ya habrá llegado el caso de devolver el capital que costaron. El propietario contará entónces con los productos de toda su finca para pagar. ¿Pero podrá la finca toda, aun hecha abstraccion de las contingencias de todo trabajo agrícola, reintegrar en cuatro años los treinta mil pesos, despues de haber pagado con regularidad los intereses? En el curso ordinario de las cosas, esto seria un prodijio. No se puede pedir a un prédio rústico que importaba cincuenta mil pesos i que ha sido mejorado con treinta mil, que devuelva en cuatro años el cincuenta por ciento de todo su valor, que en tanto puede calcularse el importe del capital adeudado i de sus réditos. Es ya un hecho averiguado i que tiene su razon en la naturaleza misma de las cosas o sea en las leyes naturales que gobiernan el mundo económico, el de que todo capital fincado o inmueble rinde, por punto jeneral, un interes menor que el corriente i que el de los capitales empleados en otro jénero de especulaciones.

Supuesto que el propietario pueda contraer nuevas deudas sobre el exceso del valor de su prédio, o que pida prestado un capital equivalente al que debe, para solo el efecto de cancelar este último, bajo la garantía de la misma hipoteca, es preciso advertir que, en esta hipótesis, la cuestion ha sido mas bien aplazada que resuelta. Cualquier propietario sabe cuánto crecen las dificultades para contraer una segunda deuda hipotecaria ántes de estar cancelada la primera. Sabe tambien cuántos entorpecimientos ofrece la sostitucion de un acreedor a otro, o la conversion de una deuda antigua en otra moderna. No es difícil

dar con propietarios que desde muchos años vienen pidiendo a unos para pagar a otros, creyendo así conjurar el momento crítico de una expropiacion forzada, sin advertir que a medida que el tiempo pasa i que los contratos de préstamos se suceden, bajo la presion de obligaciones improrogables, las condiciones van siendo cada vez mas onerosas, hasta ser insoportables, i que al fin todo lo que se ha hecho con esta série de expedientes ruinosos, es postergar, que no conjurar la catástrofe.

Por lo que va dicho, ha podido comprenderse fácilmente que el contrato hipotecario, en sus condiciones ordinarias, está mui léjos de llenar ámpliamente las necesidades de la propiedad inmueble, i esta deficiencia de la hipoteca es mucho mas notable en donde quiera que la agricultura está atrasada i necesita, ante todo, que su principal instrumento, el suelo, adquiera por mejoras progresivas i sólidas las aptitudes de un gran elemento productor.

Podría el dueño de una finca perfectamente formada i trabajada, tomar dinero a préstamo para la sola operacion de sembrar i cosechar. En este caso la naturaleza de la especulacion permite estrechar el término de la deuda i aun pagar intereses crecidos. Pero si se trata de formar una hacienda, de dotarla de aquellas condiciones que hacen mas productivo el trabajo i mas segura la produccion, ya está visto que el propietario corre el inminente riesgo de la expropiacion.

De aquí se deduce que cuanto mas atrasada está la agricultura de un pueblo, cuanto mas abandonado e inculto está su suelo, tanto ménos eficaz es la hipoteca ordinaria para dar crédito a la industria rural i contribuir al mejoramiento de la propiedad inmueble, i tanto mas necesario se hace emprender las reformas i tentar los medios que llevan al progreso.

Verdad es esta mui digna de recomendarse a los gobiernos i a lejisladores de aquellos pueblos que no han alcanzado un alto grado de civilizacion; donde sobre un suelo descuidado, eterna efijie de la inmovilidad i del atraso, se arrastra lánguida i desfallecida la industria, viviendo de aventuras, aferrándose a la rutina, sin fuerzas para lidiar, sin intelijencia para aprender i sin voluntad alguna para mejorar.

¿Qué hará el propietario de un pedazo de tierra apénas cultivado, mal defendido, mal dividido, con escasa agua o sin ella, sin la dotacion suficiente de instrumentos i de fuerzas animales para su explotacion?. . .

¿Pedirá el capital suficiente para llenar todas estas necesidades? Apénas le será dado obtenerlo, i si lo obtiene, pocos años bastarán para que sean desvanecidas sus mas caras ilusiones, con ver pasar a otras manos, talvez ineptas para la agricultura, el prédio que mejoró con toda su dilijencia i sus fatigas. Con semejante espectativa, natural es que el vulgo de los propietarios agrícolas no quiera mejorar sus fincas, ni piense en emprender

ningun trabajo de importancia, ni obras de comodidad, i se atenga, cuando mucho, a contraer pequeñas deudas, ya para recojer los frutos espontáneos del suelo, si los da, ya para ejecutar en limitada escala alguna labor de inmediato provecho, Dios mediante.

I nótese de paso que la condicion insegura i azarosa del propietario agrícola es ya de suyo un obstáculo para el progreso de la agricultura. El que mira su propiedad como prestada, ni la ama, ni se esmera en el arte de cultivarla i mejorarla. La propiedad bien asegurada cria afectos que se confunden en cierto modo con los afectos domésticos. Cuando se siente el amor de la propiedad es cuando se pone mayor empeño en mejorarla, como instrumento de produccion, i en embellecerla, como objeto de afeccion. Entónces se abandonan poco a poco las prácticas rutinarias i la agricultura asume las proporciones de la ciencia i del arte.

Ni son menor obstáculo para el progreso agrícola las frecuentes expropiaciones a que dan lugar los contratos hipotecarios celebrados sin consideracion a la índole especial de la agricultura i a las probabilidades que ofrece la tierra cultivada, de reintegrar el capital prestado. Tales expropiaciones suelen trasladar la propiedad raiz a manos inexpertas. Improvísanse entónces propietarios i agricultores que no han saludado la tierra, ni sondeado sus secretos, i que estando por iniciarse en los misterios de la produccion agrícola, van talvez a entregarse a las inspiraciones del charlatanismo i de la rutina.

Resumamos las observaciones precedentes:

1.° La hipoteca no es un buen instrumento de circulacion. Ella tiende a inmovilizar el capital que representa i garantiza, bien léjos de propender a dar circulacion regular i provechosa a la inmensa masa de capitales absorbidos por la propiedad raiz.

2.° Los inconvenientes que aun en la mas adelantadas lejislaciones presenta la celebracion i ejecucion del contrato hipotecario, retraen al capitalista de prestar sus fondos al propietario bajo condiciones equitativas.

3.° La propiedad, i en particular la propiedad agrícola, necesitan, miéntras tanto, para mejorarse, un crédito ámplio i expedito, i que se les faciliten capitales a bajo precio, i sobre todo, a plazos largos i suficientemente adecuados a las probabilidades de reintegro que ofrece la esplotacion de la propiedad hipotecada.

Trátase, pues, de resolver los siguientes problemas:

—¿Cómo hacer circulable la hipoteca?—¿Cómo movilizar los capitales representados por la propiedad inmueble?—¿Cómo obviar las dificultades que embarazan al capitalista para prestar sus capitales al propietario?—¿Cómo, en fin, ministrar a éste los recursos que ha menester con los dilatados plazos i demas condiciones necesarias para que acometa de lleno el mejoramiento de su propiedad i el progreso de su industria?....

Tan árduas e interesantes cuestiones ha venido a resolver en las naciones modernas la *institucion hipotecaria*.

Veamos en qué forma.

II.

Los elementos rudimentarios que forman la esencia de la instucion hipotecaria, consisten en los procedimientos especiales que reglan sus relaciones con los propietarios i los capitalistas. Colocada como verdadera *mediadora* entre los que piden prestado sobre hipoteca i los que pueden prestar sobre la misma garantía, la institucion hipotecaria tiene por objeto facilitar las relaciones entre ámbas clases de individuos, o mas bien dicho, entre el capital i la propiedad inmueble, bajo el pié de equidad i de mutua conveniencia.

Para llegar a este fin ha sido necesario i se ha creido mas expedito crear para esta institucion una lejislacion especial cuyo principal propósito consiste en conjurar los peligros e incertidumbres que las leyes civiles, aun en los pueblos mas adelantados, no han podido o sabido evitar del todo, en cuanto a la consistencia i perfeccion de la garantía hipotecaria.

Se han visto ya todas las eventualidades adversas, todas las probabilidades de siniestro que de ordinario amenazan al acreedor hipotecario, como son las hipotecas legales i ocultas, i otras circunstancias que pueden anular o restrinjir civilmente la responsabilidad de un inmueble hipotecado; de lo que resulta ser mas onerosas las condiciones del contrato de préstamo o arrendamiento de capital.

Este inconveniente desaparece ante el privilejio que suele acordarse a la institucion hipotecaria para hacerse pagar con preferencia a cualquier otro acreedor privilejiado.

La institucion desempeña por otra parte un verdadero notariado público. Para llegar a aceptar una hipoteca, ha tenido que examinar escrupulosamente los títulos de propiedad, la naturaleza, extension, calidad, gravámen, etc., del predio; ha formado, en una palabra, el proceso completo i balance del propietario, lo cual importa una certificacion solemne dada al público sobre el estado de responsabilidad real del inmueble hipotecado.

Sobre estas precauciones suele tambien tomarse otra de gran importancia para la solidez de la garantía hipotecaria, cual es no prestar el capital equivalente al valor actual del inmueble, sino solo una parte, que jeneralmente es la mitad.

La institucion hipotecaria goza tambien de medios excepcionales para pagarse pronto i expeditamente. La ejecucion de sus créditos se sujeta apénas a mui pocos trámites que le aseguran infaliblemente el reintegro del capital prestado.

Tal es el pié en que por punto jeneral han venido a colocarse las instituciones hipotecarias en los tiempos recientes.

Por la lijera enunciacion que acabamos de hacer de los privilejios i precauciones que constituyen la base de la institucion hipotecaria, se comprende que su condicion como acreedor es de todo punto aventajada respecto de la del acreedor sujeto a las prescripciones del derecho comun.

¿Hostiliza por esto la institucion a los capitalistas i prestadores de dinero? ¿Entorpece sus especulaciones? ¿Ahuyenta el capital de las vias del préstamo a interes? Todo lo contrario: la institucion, como lo vamos a ver mui pronto, solamente combate la usura desenfrenada, haciendo desaparecer el estado valetudinario de la propiedad i levantándola, por decirlo así, del asedio riguroso en que a cada paso capitula con la especulacion inmoral. Por lo demas, la institucion hipotecaria, léjos de propender al monopolio del préstamo, aspira con todas sus fuerzas a comprometer los capitales que se jiran a interes, en la ancha i noble via de un préstamo hipotecario, seguro, fecundo i perfectamente equitativo, para lo cual convida con sus propios privilejios a los capitalistas, i en cierto modo se une i hace causa comun con ellos.

Pero veamos ántes, a fin de proceder con la mayor claridad posible, por qué jénero de operaciones asume el carácter de acreedor la institucion hipotecaria.

Aquí está el jiro mas interesante i conspícuo de esta entidad económica.

Anticipemos una definicion que resume bien la índole de esta institucion, esperando que las explicaciones posteriores le den toda la necesaria claridad. Definimos la institucion hipotecaria: la propiedad constituida en Estado, es decir la propiedad representada i servida por una institucion análoga a la que con el nombre de Estado representa a la sociedad, vijila sus derechos i administra sus intereses. I así como el Estado, en represeutacion de la sociedad i en virtud de los recursos que ésta le suministra, tiene crédito i puede levantar, como efectivamente levanta, empréstitos mas o ménos cuantiosos, así tambien la institucion hipotecaria, en representacion de la propiedad i en proporcion de lo que ella vale, puede contraer obligaciones análogas a las del Estado.

"Las obligaciones o bonos de la deuda pública, dice Mr. Wolowski, uno de los economistas mas ilustrados en esta materia, se han adquirido una gran popularidad a causa de la comodidad anexa a su colocacion. Sus tenedores buscan i encuentran en ellos el pago puntual de sus intereses i la facilidad de realizar su valor cuando quieran. El Estado, al obligarse para con sus prestamistas, funciona como el representante i aun podríamos decir, como el jerente de la nacion; i al pagar sus obligaciones, es un intermediario entre los acreedores i los deudores, que no son otros que los mismos contribuyentes que pagan, bajo la forma del impuesto, los intereses i la amortizacion de las sumas prestadas."

"¿Una situacion de esta especie es exclusivamente del Estado? Por cierto que nó, puesto que el departamento, el municipio constituyen de la misma manera un sér moral, i que contratan empréstitos bajo las mismas bases, los cuales participan del carácter i del mecanismo del crédito público. Quiere decir que hai en todo caso un poder central que percibe con una mano las sumas que paga puntualmente con la otra. Estas obligaciones, del mismo modo que las del Estado, tienen un valor auténtico i que se cuotiza públicamente. Los prestamistas en tal caso no tienen por qué inquietarse respecto de las garantías individuales, una vez que ellos han tratado con un intermediario oficial a quien consideran como su deudor. Así, los títulos u obligaciones tienen un valor uniforme e independiente de las circunstancias que alteran a veces el valor de las obligaciones privadas.

"¿No podria concebirse alguna combinacion análoga para el crédito territorial? ¿No podrian los propietarios de una comarca o de un pais asociarse, formando como un cuerpo de Estado, para ofrecer a los prestadores una garantía comun, en vez de garantías individuales i fraccionadas que únicamente se les ofrece hoi? Al presente el que presta sobre hipoteca se ve obligado a estudiar cuidadosamente la situacion de aquel a quien confía sus capitales, examinando la importancia i alcance de sus garantías; i harto dichoso puede considerarse, si al cabo de las mas prolijas investigaciones llega a una certidumbre completa i no corre el peligro de ver su garantía anulada por el ejercicio de otros derechos que no ha podido conocer.

"Por el contrario, habiendo de tratar con una asociacion de propietarios, encargada de hacer un proceso prévio, i organizada para ofrecer una seguridad incontestable, los prestamistas sobre hipoteca se hallarian en la misma posicion que los acreedores del Estado, no teniendo que temer nada de la situacion de cada contribuyente i debiendo tener sus *obligaciones* un valor uniforme i ser trasmitidos como cualquier título de renta."

En lo que precede tenemos ya establecida la paridad entre el crédito público representado por el Estado, i el crédito territorial representado por la institucion hipotecaria. En virtud de esta analojía háse ideado para esta intitucion una operacion de crédito análoga tambien a la forma ordinaria de los empréstitos públicos.

Desde que Price enriqueció los procedimientos económicos con el sistema de la amortizacion, que no es mas que la cancelacion paulatina i cómoda de una deuda, los Estados adoptaron este sistema para contratar i pagar la mayor parte de los empréstitos. En su consecuencia, los prestamistas o acreedores de los gobiernos comenzaron a recibir en cambio de su dinero obligaciones o bonos públicos que representaban cierto valor, que ganaban cierto interes i debian cancelarse con un fondo de amortizacion previamente determinado. I hé aquí la forma que

hoi dia prevalece para la jeneralidad de las deudas que se llaman *consolidadas*. Tal es tambien la forma que se ha dado a las obligaciones propias de las instituciones hipotecarias, cuyo jiro descansa sobre un mecanismo harto sencillo.

Con la garantía de las propiedades o hipotecas perfectamente saneadas que ellas abarcan, emiten *obligaciones* o bonos por el valor correspondiente, los cuales ganan un interes moderado i se amortizan a la par i a la suerte, mediante un fondo designado para el efecto. Como tales obligaciones o bonos no son otra cosa que la misma hipoteca dividida i convertida, por decirlo así, en fragmentos que pueden trasmitirse de mano en mano, como una moneda o un billete de banco; como llevan consigo un interes que debe pagarse con toda regularidad, i la condicion de amortizarse a la par, o por el mismo valor que indican; como la garantía o hipoteca en que descansan es de toda preferencia, estando perfectamente asegurada, i en fin, como la ejecucion de esta hipoteca tiene todas las facilidades posibles, es evidente que tales bonos deben merecer las preferencias de todo capital empleado en el jiro a interes.

Ya está visto de qué manera las instituciones hipotecarias propenden a poner el capital usurario al servicio de la propiedad raiz; i por lo que hemos expuesto en órden a los privilejios, preferencias i facilidades que llevan consigo esas instituciones, puede inferirse tambien con cuanta eficacia conspiran a bajar el precio del servicio del capital o sea la cuota del interes del dinero.

Para convencerse de esta verdad basta la siguiente proposicion: si el prestador de dinero sobre hipoteca pudiese economizar las dilijencias consiguientes al proceso de la hipoteca misma i a su otorgamiento i formalizacion; si pudiese escapar a todas las eventualidades i contingencias relativas ya al pago de los intereses, ya a la cancelacion del capital, i tuviese ademas la facilidad de recobrar el valor de su crédito en el momento que quisiera, ¿no estaria dispuesto a rebajar en proporcion a tales ventajas la cuota que ordinariamente cobra por su dinero?

La respuesta no puede ser dudosa, ni aun tratándose del mas ciego usurero.

Pues bien: tales ventajas ofrece ciertamente la institucion hipotecaria a los capitalistas que compran sus billetes. Poseer un billete de la institucion es hacerse representar por ella, adquirir sus privilejios, economizar probabilidades i accidentes adversos, adquirir la garantía hipotecaria sin molestarse con las ritualidades de costumbre i sin correr el riesgo de tener que ejecutar por sí; es, en una palabra, colocar un capital a interes en la forma mas cómoda i bajo una garantía omnímoda.

Esta es la oportunidad de observar que la institucion hipotecaria, sin necesidad de introducir directamente nuevos capitales en metálico u otra forma en los lugares donde ejerce sus funciones, sabe, sin embargo, aumentar prodijiosamente los recursos en be-

neficio de la propiedad inmueble. El atractivo de una fácil i segura colocacion enjendra en favor de la propiedad una oferta de capitales ántes desconocida. Aparte de los capitalistas que aspiran a procurarse una renta segura, aparecen el modesto ahorro, los pequeños capitales allegados en largos años de laboriosidad i economía, la fortuna de la viuda i del huérfano, la herencia del desvalido, la pension de la vejez, todos esos modestos patrimonios, esos bienes sagrados, que son la vida misma de sus dueños. Toda esta masa de capitales, cuya guarda i administracion imponen de ordinario tantas precauciones, sin que por tanto alcancen la seguridad que merecen, salen al encuentro de la institucion i se hacen sus familiares. Este es un hecho. En donde quiera que ha aparecido el jiro hipotecario, allí los mas cuidadosos de su fortuna han saludado su advenimiento como el de una providencia destinada a garantirles su reposo i su sueño. De esta manera una gran parte de esas fortunas se han consolidado, convirtiéndose en *obligaciones* hipotecarias. I esta consolidacion, que tanto estimula a la economía, ha creado en torno de la institucion hipotecaria multitud de esos establecimientos saludables que combaten la disipacion i el abandono, por el ahorro i la prevision, sirviendo así al propio tiempo a la moral, cuyos preceptos estimulan, i a la industria, cuyos capitales i recursos fomentan. Es tambien un hecho que el jiro hipotecario ha multiplicado en todas partes las sociedades de socorros mútuos, las cajas de ahorro, las instituciones de seguros sobre la vida i otros establecimientos análogos, todos los cuales han comprendido que las obligaciones de aquella institucion les ofrecian una base de granito para colocar sus capitales. Rara vez una institucion benéfica lo es solamente en la esfera a que explícita e inmediatamente se refiere. Lo jeneral i lójico es que, por la trascendencia natural de lo que es justo i verdadero, sus influencias tengan un alcance indefinido. Por lo que no es de extrañar que la institucion que nos ocupa, propenda a introducir mejoras i reformas en el órden económico, moral i político.

En el órden político—hemos dicho. Pocas palabras mas bastarán para demostrar este aserto. No sin apariencias de razon, suele pensarse que la seguridad de la paz de los Estados está en razon directa del número de los propietarios del suelo, a quienes se mira como otros tantos aliados i guardianes del órden. Pero si bien se considera, no basta que un hombre se haga propietario de un inmueble para inscribirlo en el libro de los amigos del órden público. Si la lei no lo proteje, si lo abandona a una situacion precaria i difícil, si lo entrega a las contingencias i embarazos de un mal réjimen hipotecario, ya veremos a ese propietario, salvo su buena fortuna, contraer pesadas deudas i comprometer poco a poco su propiedad, hasta caer en una especie de servidumbre a favor de su acreedor para el cual es casi todo el fruto de su trabajo, i para el cual será al fin su propiedad misma

I este propietario que así lucha con el rigor de sus acreedores i con la omnipotencia de la lei, ¿puede ser un conservador de la paz?

Multipliquemos los propietarios de esta condicion en cualquier pais, i habremos multiplicado los brazos revolucionarios. Tales propietarios, colocados en una situacion económica desesperada, serian los primeros que, trocando la azada por el fusil, acudirian a las filas de la revuelta, para aplazar o cancelar sus deudas con el triunfo.

La Francia, tan abundante de propietarios, no puede hacer alarde, ciertamente, de haber sido el pais mas tranquilo, ni de haber tenido en sus propietarios i agricultores la sagrada falanje de la paz. Es cierto que hasta 1852 la Francia no vino a mejorar la condicion de sus propietarios, mediante la institucion hipotecaria (credit foncier) que desde entónces está pestando grandes servicios a la propiedad.

En résumen: si el propietario es un aliado del órden público, lo es a condicion de que la lei proteja su propiedad i su crédito, i consolide su dominio hasta donde lo permita la justicia.

III.

Históricamente consideradas las instituciones hipotecarias, se dividen en tres tipos o clases que conviene conocer para apreciar mejor las operaciones i mecanismo de la institucion en jeneral.

Corresponden a la primera clase aquellas instituciones que funcionan bajo la inmedita direccion del Estado. Una simple oficina dotada del competente número de empleados, toma a su cargo el exámen i comprobacion de la propiedad, se hace otorgar la hipoteca tan depurada i limpia como lo requiere la naturaleza de la institucion, i entrega al propietario una cantidad de obligaciones o bonos que representan el capital, materia del contrato. Esta oficina, como se ve, no es mas que un verdadero intermediario oficial entre el propietario que le pidió sus bonos sobre hipoteca, i el capitalista que emplee en ellos su dinero. La oficina es acreedora del propietario, en cuanto le ha prestado un capital en obligaciones o billetes que ganan interes i son amortizables a la par i que puede vender i convertir en dinero; i es deudora para quien quiera que compre u obtenga por cualquier título esos mismos billetes, en cuanto envuelven una promesa de pago. De este modo la institucion se encuentra siempre equilibrada entre su deuda i su crédito, saldando la cuenta de sus acredores exactamente con lo que percibe de sus deudores.

Un ejemplo: el propietario A necesita 25,000 pesos i los pide a la institucion hipotecaria. Su administracion se impone de las circunstancias del demandante i califica su responsabilidad, o mas bien, la responsabilidad del inmueble de que es propietario. Calificada ésta de suficiente, la institucion se hace otorgar una

hipoteca en la forma mas saneada i conveniente, i entrega al propietario los 25,000 pesos en billetes que ganan un interes de 6 por ciento, v. g., i deben redimirse por amortizacion con un fondo que suponemos de 2 por ciento anual. Se ve que estos billetes son perfectamente análogos a los bonos de una deuda pública, i que su tenedor puede reducirlos a dinero, vendiéndolos en el mercado, como se vende cualquier bono o pagaré.

Así es como el propietario A ha venido a hacerse deudor, por 25,000 pesos, de la institucion, comprometiéndose a pagar a la misma:

1.° El mismo interes que ganan los bonos emitidos, sea el 6 por ciento;

2.° La misma cuota de amortizacion previamente designada para los billetes, sea el 2 por ciento; i

3.° Un tanto por ciento de comision a favor de la administracion hipotecaria, como compensacion de sus servicios i para formar un fondo de reserva, si es posible, a fin de responder por las contingencias que puedan ocurrir. Supongamos para esta comision el medio por ciento anual.

Tenemos, pues, que el propietario A se ha comprometido a pagar por todo a la institucion el 8½ por ciento del capital prestado; *i sin mas que esto i a virtud del injenioso sistema de la amortizacion*, cuyo mecanismo vamos a ver pronto, habrá cancelado su deuda en poco mas de 23 años.

Hasta aquí hemos considerado la operacion del préstamo hecho al propietario A i las obligaciones que éste se ha impuesto para con la institucion. En cuanto a ésta, fácil es comprender que por el hecho solo de haber emitido los bonos u obligaciones que entregó al propietario indicado, sobre ella pesa el compromiso de pagar los intereses correspondientes i de amortizar el capital que representan dichas obligaciones. La incumbencia de la institucion es, pues, abonar a sus acreedores las mismas cuotas que percibe de sus deudores, salvo el tanto por ciento de administracion. El carácter intermediario de la institucion aparece aquí en toda su fuerza. Ella representa alternativamente al propietario i al capitalista, al que demanda los billetes sobre hipoteca i al que los compró por su dinero, o los obtuvo por un crédito o por otro título. La institucion ha servido igualmente a la propiedad que al capital, i lo mas fecundo de este servicio ha consistido en facilitar la intelijencia de entrambos i conciliar sus pretensiones.

Al hablar de uno de los tipos o formas características de las instituciones hipotecarias, cual es aquella en que el Estado representa la institucion i es su jerente, nos hemos extendido a consideraciones que son comunes a todas las formas conocidas de esta institucion.

Añadiremos que a esta especie de tipo, que llamaremos fiscal, pertenecen varios establecimientos hipotecarios fundados en di-

versos paises de Alemania, en la Béljica i en Polonia. A la misma clasificacion pertenece tambien la Caja Hipotecaria de Chile.

Al segundo tipo o clasificacion corresponden las sociedades de propietarios. Imajinémonos que cierto número de propietarios se reunen en compañía, i despues de acreditar pública i satisfactoriamente los títulos, valor i responsabilidad de sus respectivas propiedades, forman con ellas un fondo social comun que constituyen como garantía de cierta cantidad de billetes hipotecarios que lanzan a la circulacion. Tal es el segundo tipo de la institucion hipotecaria, que, a juzgar por los numerosos establecimientos que llevan su estampa, debemos considerarlo como el mas acreditado, el mas popular i conveniente. En efecto, caen bajo de esta clasificacion las compañías establecidas en varias provincias prusianas, como la Silesia, la Prusia Occidental, la Pomerania, la Prusia Oriental, el ducado de Posen. etc.; los etablecimientos existentes en el Hanover, tales como el Crédito Hipotecario de los principados de Calenberg, de Grubenhagen i de Heldesheim, etc.; la Caja de Crédito de Hamburgo, la Sociedad de Crédito Hipotecario de Meklemburgo, el Instituto de Crédito en Austria, el Sistema de Crédito, establecido en Rusia para las provincias del Báltico (la Livonia, la Curlandia, i la Estonia), que tienen ademas la compañía llamada "El Banco de los Labradores;" la Sociedad del Crédito Territorial en Polonia i muchas otras que seria ocioso enumerar.

A la tercera clasificacion conocida corresponden las compañías de accionistas, que aportan un capital mas o ménos considerable a la institucion, como una nueva garantía o fianza a favor de las mismas operaciones del establecimiento. De esta especie se conocen diversos establecimientos en Europa, aunque no tan numerosos como los del tipo precedente. Citaremos la Caja de Crédito de Nassau, el Banco Hipotecario de Berna, el Banco Hipotecario de Baviera, la Caja Hipotecaria de Béljica, el Establecimiento de Rentas de Hesse Darmstadt, omitiendo algunos otros. (Véase el Diccionario de Economía Política de Guillaumin i C.ª, art. credit foncier por Wolowski, i la obra de los señores Joseau, Chonski i Delaroy, titulada "De las instituciones de Crédito Hipotecario i agrícola en los diversos Estados de Europa, etc.")

No entraremos, por el momento, a juzgar la bondad comparativa de estos tres tipos especiales de la institucion hipotecaria. Hai economistas distinguidos que abogan de preferencia por la forma fiscal o sea por la jerencia del Estado. Otros prefieren las asociaciones de propietarios como la forma mas jenuina de la institucion. Otros quieren mas bien las asociaciones de accionistas con un capital responsable. Pero todos están conformes en la excelencia de las instituciones bajo cualquiera de los rasgos individuales ya descritos.

Diremos, sin embargo, que la institucion hipotecaria constitui-

da por sociedades de accionistas, está llamada a captarse mas fácilmente la confianza del vulgo. Basta que en ella suene un capital nominal para que el vulgo, mas amigo de las apariencias que del fondo de las cosas, se deje fácilmente convencer. Esto no importa negar la conveniencia de un capital de responsabilidad, o hablando con mas precision, de fianza. Pero a poco que se medite sobre la índole de la institucion, se puede comprender que no tiene necesidad de un gran capital para llenar perfectamente sus obligaciones i servir a una inmensa masa de intereses. Puede haber interes en asignar a estas sociedades un gran capital nominal; pero es preciso desconocer la naturaleza de la institucion, para creer que sea necesario hacer jamas efectivo ese gran capital.

Si se quieren hechos que comprueben la verdad de que las sociedades hipotecarias formadas por accionistas, no han menester apénas sino un capital sumamente pequeño comparativamente con el valor de las operaciones que se proponen hacer, citaremos los siguientes:

En Francia, la sociedad de Crédito Hipotecario (*Credit foncier* de la France) comenzó su jiro en 1852, con 25 millones de francos por capital social, o sean 5 millones de pesos, de ellos, dos millones suscritos. Es decir que para una masa de valores hipotecables *de diez mil millones de pesos* en toda la Francia, la institucion ofrecia apénas el capital responsable de cinco millones.

El *Banco Hipotecario i de Descuento* de Baviera, fundado en 1835, con un privilejio de 99 años, se estableció con un capital social de diez millones de *florines*, o sea 4.280,000 pesos, siendo de notar que esta institucion abarca un inmenso cúmulo de negocios, pues es al mismo tiempo Caja de Crédito Hipotecario, Banco de Descuento, de Circulacion i de Depósito, Caja de Ahorros i Ajencia de seguros sobre la vida i contra incendios.

La *Caja Hipotecaria* de Bruselas, establecida en 1835, comenzó con un fondo social de 5.000,000 de francos, (un millon de pesos) i un fondo efectivo de 200,000 francos, (40,000 pesos) poseyendo dicha institucion ademas una *tontina* (seguros sobre la vida.)

Fácil nos sería multiplicar los ejemplos que prueban que las sociedades hipotecarias apénas han menester un pequeño capital para desempeñar corrientemente sus obligaciones.

La razon de esto consiste en la naturaleza misma de la institucion. Como su objeto es dar una evolucion particular al crédito raiz, haciendo circular las hipotecas que tienen *un valor propio e indestructible* por medio de los billetes hipotecarios que las representan, resulta que el capital propiamente tal de la institucion i el fundamento esencial de su crédito, consiste en el valor de todas las escrituras hipotecarias otorgadas a su favor i en virtud de los cuales emite sus billetes. Así, el cúmulo de las hipotecas de uno de estos establecimientos es a sus billetes, lo que el capital

de responsabilidad de un banco mercantil es a los billetes de confianza emitidos por el mismo.

Pero, a mas del valor de las hipotecas, que son, como acabamos de decir, la primera base del crédito de las instituciones hipotecarias, debemos contar los privilejios que les acuerdan las leyes para pagarse, las precauciones que están en la obligacion de usar para precaver su ruina, como el no prestar mas de la mitad del valor de los inmuebles; la vijilancia i fiscalizacion de sus operaciones por la autoridad pública, i mil otras circunstancias que aseguran su cauta i severa administracion i les concilian la confianza del público.

Cuando a todas estas circunstancias añaden las instituciones hipotecarias un capital en numerario, tiene éste por objeto suplir los atrasos accidentales en que pueden incurrir los mismos deudores i evitar a éstos en algunos casos el rigor de los apremios i ejecuciones, rigor siempre legal, pero no siempre oportuno. De este modo, una sociedad hipotecaria con un capital propio en numerario, puede ser mas suave i condescendiente para con sus deudores, que la sociedad que no tiene semejante capital, pues ésta, para cumplir con sus compromisos, necesita hacer valer rigurosamente sus derechos respecto de sus deudores.

Hai todavía una circunstancia mas que, sin afectar al mecanismo propio de la institucion hipotecaria, suele hacer necesario un capital metálico o algo que haga sus veces.

Tal circunstancia consiste en la mayor o menor dificultad para hacer circular los billetes en los primeros tiempos, particularmente en los pueblos poco o nada acostumbrados a las grandes operaciones del crédito. Las teorías nada pueden con la muchedumbre i solo es dado convencerla con los hechos. De aquí la conveniencia de que los establecimientos hipotecarios empleen cierta suma en comprar una cantidad mas o ménos considerable de sus propios billetes u obligaciones. Esta operacion, que evidentemente es accidental i transitoria, i de ningun modo pertenece a la esencia del jiro hipotecario, tiene por objeto dar el ejemplo a los capitalistas vulgares i combatir las primeras dudas i la oposicion de la rutina.

Por lo demas, la práctica de esta operacion presenta algunas variedades, segun los diversos paises i las diversas formas de la institucion.

Al tiempo de fundarse la Caja Hipotecaria de Chile, que no tiene capital social, el gobierno se comprometió a comprar, por el órgano de la misma Caja, una parte de sus cédulas o billetes, en esta forma: en mitad del segundo año el 20 % de las cédulas emitidas en el primero; en mitad del tercer año el 15 % de las emitidas en el segundo; en mitad del cuarto año el 10 % de las emitidas el tercero; i en mitad del quinto el 5 % de las emitidas el cuarto.

Ademas, por otro artículo de la lei que estableció la institucion,

se dispuso que los administradores de los establecimientos de beneficencia, los guardadores de menores i demas incapaces, los defensores jenerales de menores, de ausentes i de obras pias, quedasen autorizados para colocar los fondos de su administracion en letras hipotecarias.

Otro artículo dispone que, en los casos que las leyes exijen fianza, sea para el desempeño de un cargo público, sea para cualquier otra responsabilidad fiscal, se admitirá como garantía equivalente el depósito de billetes o letras de crédito hipotecario en una oficina pública por la cantidad de la fianza. Añade que la misma regla se observará respecto de las fianzas exijidas por la autoridad judicial, i que los depósitos i consignaciones podrán igualmente hacerse en letras del mismo crédito, quedando obligado el deponente o consignante a convertir en moneda corriente las letras al hacer la entrega o pago, expedida la resolucion definitiva sobre el negocio que dió oríjen al depósito o consignacion.

"En Alemania, dice M. Josseau (*Traité du credit foncier*, Paris, 1853) la mayor parte de los establecimientos de crédito hipotecario han sido dotados por el Estado. La primera sociedad allí establecida, la de Silesia, recibió de Federico II una subvencion de 300,000 *talhers*, esto es, $ 225,000 al 2 %, que colocados por la sociedad al 5 %, le importaron un beneficio neto de 3 %. Igualmente se han acordado dotaciones a las sociedades de Galicia, de Sajonia i de Posen.

"En Francia, háse comprendido jeneralmente que, aunque el Estado no se encargase por sí mismo de la creacion i direccion de los establecimientos de crédito hipotecario, debia, no obstante, prestarles su auxilio bajo una forma cualquiera."

En esta virtud, segun el mismo autor, el decreto del gobierno frances de 10 de diciembre de 1852, dice en su art. 3.°: "Acuérdase, en virtud del decreto de 27 de marzo último, a la Sociedad de Crédito Hipotecario de Francia, una subvencion de diez millones de francos, que serán entregados proporcionalmente a la importancia de los préstamos efectuados....."

Por los antecedentes expuestos podemos clasificar las medidas protectoras que los Estados acuerdan a los establecimientos hijos hipotecarios, en tres categorías:

La primera comprende aquellos privilejios fundamentales que sanean i vigorizan su crédito, evitándole toda oscuridad, toda competencia, todo riesgo de falibilidad.

En la segunda categoría se comprenden aquellas medidas de proteccion que sin ser indispensables, ni esenciales, contribuyen a dar circulacion a las obligaciones hipotecarias. Sirva de ejemplo la autorizacion para reemplazar la fianza fiscal con el depósito de bonos hipotecarios, o para sostituir estos mismos por su valor nominal a ciertos depósitos pecuniarios, o para invertir en ellos los dineros de menores, de beneficencia, de obras pias, etc.

Pertenecen a la tercera categoría las subvenciones fiscales directas e indirectas. Cuando el Estado presta una cantidad efectiva a la institucion, la subvenciona directamente. Cuando le asigna una parte de la renta pública para colocarla en las obligaciones que emite, o se compromete a aceptar estas obligaciones en pago de una parte del impuesto, la subvencion es indirecta.

De todo esto deriva una consecuencia importante, i es que, a medida que se jeneralice el conocimiento del verdadero mecanismo de la institucion hipotecaria, ménos necesidad tendrá ésta de esos expedientes de proteccion que hemos considerado como accidentales i transitorios, pues no tienen mas objeto que combatir de hecho las preocupaciones de la ignorancia, los hábitos rutinarios, las resistencias pasivas, i acelerar en cierto modo el convencimiento público con la demostracion práctica de la institucion.

IV.

Queda dicho que la amortizacion es el arbitrio usual para extinguir las deudas representadas por los billetes que emiten las instituciones hipotecarias.

¿En qué consiste el sistema de la amortizacion?

Amortizar una deuda es pagarla paulatinamente, mediante el abono regular i constante de un dividendo siempre igual, que comprende al mismo tiempo el interes i la amortizacion. En la cancelacion ordinaria de las deudas, lo mas difícil i lo que suele imponer al deudor sacrificios a veces insuperables, es la devolucion de todo el capital en un dia dado, es decir, a la terminacion del contrato. Preciso es que el deudor haya hecho buenos negocios i que, a la época de la cancelacion, se encuentre en una situacion económica relativamente desahogada, para que, sin perjudicar sus propios negocios, pueda entregar de una sola vez el capital íntegro que tomó prestado.

Por el sistema de la amortizacion se ha encontrado el medio de pagar poco a poco i en un largo lapso de tiempo el importe de la deuda. Hé aquí la verdadera i única ventaja del sistema, el cual, no obstante, ha sido objeto de tales elucubraciones económicas i de tan falsos conceptos, que en cierto modo se ha hecho cómplice de muchas imprudencias i desaciertos administrativos i políticos, como lo manifiesta la historia de los empréstitos públicos, pues la amortizacion, mal comprendida, exajerada, convertida casi en un hechizo por el charlatanismo, ha seducido con frecuencia a los gobiernos ávidos de dinero, los cuales han comprometido temerariamente el crédito público i precipitádose en locas empresas, bajo la ilusion de que el sistema de la amortizacion entrañaba la piedra filosofal.

No sabemos por qué una operacion de suyo clara i obvia i que tiene ademas una indisputable ventaja relativa, ha sido os-

curecida i embrollada bajo fórmulas abstractas, i colocada en la esfera de aquellas cuestiones que dividen las opiniones diametralmente, concitándose ya una alabanza fanática, ya un vituperio desmedido.

Veamos la sencilla operacion de cálculo a que está reglada la amortizacion. Tomo mil pesos prestados con obligacion de abonar 8 % de interes i 2 % de amortizacion anual, sea en todo 10 %. Debo hacer por semestres el abono de intereses i amortizacion.

Es evidente que, al cumplirse el primer semestre, tendré que pagar:

Por amortizacion a razon del 2 % sobre los.....	$ 1000
El dividendo de.....	" 10
Quedando en mis manos como resíduo.....	$ 990

Tambien habré pagado en el primer semestre, a título de interes, $ 40, los mismos que debo continuar pagando en los semestres sucesivos. Nótese que en el curso del segundo semestre ya no he estado en posesion sino de $ 990. Sin embargo, cumplido éste, vuelvo a pagar los mismos $ 40 de intereses i $ 10 de amortizacion.

Es claro que en los $ 40 de interes que he abonado al término del segundo semestre, he pagado una fraccion de mas, la cual importa justamente 40 centavos, pues el interes verdadero de los $ 990 a razon del 8 % no importa mas en el semestre que $ 39.60.

Puesto que en el segundo semestre he pagado 40 centavos de mas en la cuenta de interes, justo es que se me abonen en la cuenta de amortizacion, o lo que es igual, que se acumulen al fondo de amortizacion.

Así, pues, mi deuda, al terminar el segundo semestre, habrá asumido la forma siguiente:

Importe del capital durante dicho semestre.....		$ 990
Interes efectivo sobre este capital en el mismo tiempo.....	$ 39.60	
Exceso de interes que ha de acumularse al fondo de amortizacion, puesto que he pagado $ 40.....	" 40	
Los que unidos al dividendo de 2% de amortizacion que importa, como ya se sabe, $ 10 en el semestre, darán la suma de.....		" 10.40
Queda en mi poder para el tercer semestre		$ 979.60

Es evidente que en el segundo semestre he pagado $ 10.40 de amortizacion, i que el capital que efectivamente ha quedado en mi poder, es, ni mas, ni ménos, que..... $ 979.60

Mi obligacion continúa, sin embargo, la misma, debiendo pagar $ 40 a título de intereses i $ 10 a título de amortizacion.

Al terminar el tercer semestre, mi cuenta es ésta:

Interes efectivo de los $ 979.60.....	$ 39.18.40	
Exceso de interes que ha de acumularse al fondo de amortizacion....	" 81.60	
Dividendo de amortizacion.	" 10	
Amortizacion efectiva en el tercer semestre.....		" 10.81.60
Resíduo en mi poder para el cuarto semestre .. .		$ 968.78.40

En una palabra, subsistiendo siempre la obligacion de pagar el mismo dividendo semestral de intereses ($ 40) i la misma cuota de amortizacion ($ 10), es inconcuso que en cada semestre iré pagando *un exceso progresivo* de interes, que añadido al fondo de amortizacion, hará que éste vaya aumentando en la realidad en escala proporcional, a medida que se sucedan los períodos de pago. De este modo la continuacion regular i metódica en el abono del mismo dividendo semestral ($ 50, comprendiendo en esta suma los intereses i la amortizacion) me habrá conducido a cancelar mi deuda de $ 1,000 en poco mas de cuarenta i dos semestres.

Si bien se mira, el exceso de interes que en cada semestre voi pagando, representa exactamente la cuota de interes correspondiente a la série de dividendos de amortizacion, por lo que algunos han explicado esta operacion por el cálculo del interes compuesto. Para nosotros la operacion de la amortizacion descansa lisa i llanamente *en una escala progresiva* de dividendos, destinada a cancelar metódicamente una deuda cualquiera.

Cancelacion paulatina: hé aquí la gran ventaja del sistema. Se comprende desde luego que él no es fácilmente aplicable a las relaciones directas de acreedor i deudor que pueden mediar entre los individuos. Lo continjente de la vida individual apénas permitiria a un acreedor particular contratar esta forma de redencion tan larga i minuciosa relativamente al jiro usual de los negocios particulares. En cambio, las entidades colectivas de larga duracion, las entidades morales capaces de contratar, como el Estado, el municipio, las corporaciones, las compañías anónimas, etc., han visto en la amortizacion el sistema mas ventajoso i cómodo para levantar i cancelar sus empréstitos. Entre estas entidades morales figuran especialmente las sociedades hipotecarias. I en verdad que a ninguna entidad económica conviene mas que a ellas el sistema de amortizacion.

La devolucion paulatina del capital hipotecado permite al propietario emprender grandes negocios e introducir ámplias mejoras en su propiedad, lo cual apénas tiene lugar en la forma ordinaria del préstamo sobre hipoteca.

El sistema de la amortizacion aplicado por las sociedades hipoteriarias, no solamente proteje a los propietarios que aun no han contraido deudas, sino que tambien ofrece a los mismos propietarios endeudados la ocasion de renovar sus obligaciones bajo una forma mas llevadera i conveniente. Podemos considerar la suma de las deudas que pesan sobre la propiedad de un pais en una época dada, como una especie de *deuda flotante*, mui parecida a la que con este nombre suele pesar sobre los Estados. I así como los gobiernos, en alivio de las obligaciones fiscales i aun en garantía de sus mismos acreedores, suelen convertir en *deuda consolidada* su deuda flatante, fijando su monto i emitiendo títulos o bonos por una cantidad equivalente, de la misma manera i por un procedimiento análogo podrian los propietarios convertir o *consolidar* sus antiguas deudas con el auxilio de la institucion hipotecaria, para lo cual bastaria el acuerdo entre el deudor, el acreedor i la institucion. Si no en todos los casos, en muchos de ellos se allanarian los deudores a recibir el valor de las escrituras hipotecarias pendientes, en la forma de billetes o bonos de la institucion; i para tocar en este resultado de tanta importancia para el mejoramiento de la propiedad, bastaria que la institucion se sostituyese al acreedor cancelándole su escritura. En consecuencia, el propietario deudor habria dado una nueva forma a su obligacion, ganando, entre otras ventajas, un largo lapso de tiempo; el acreedor habria quedado satisfecho con la posesion de su capital en forma de billetes hipotecarios, i con la posesion de todas las facilidades, derechos i privilejios anexos a los mismos billetes; i la institucion habria prestado un servicio eminente, desligando la propiedad de sus mas pesados compromisos, redimiéndola de la servidumbre de contratos onerosos i devolviéndole su libertad i por lo tanto su progreso.

RAMON SOTOMAYOR VALDES.

LA PROVIDENCIA.

(DISCURSO INÉDITO.)

(Conclusion.)

IV.

Esta revelacion tan misteriosa
Del Supremo Hacedor de lo visible
En esfera ya mínima i grandiosa,
En el hombre es mas clara i ostensible,
Huésped o morador de este palacio,
Por su ornato i riqueza incomprensible.
Tan solo el torpe i a la luz rehacio
La multitud no ve de relaciones
De un tenuísimo punto en breve espacio.
En la série total de producciones
Del universo, movimiento i vida,
Ni exceso o faltas hai ni interrupciones.
Nos lleva el grano hasta la mies nutrida,
Esta a la palma procesa i gallarda,
I al sol radioso en la estacion florida.
Cadena hermosa que conduce i guarda
En el vario i sinuoso laberinto
Que nuestra marcha por doquier retarda.
Cadena de oro o racional instinto
Que de un mundo grava en nuestra mente,
Retrato vivo i fiel aunque suscinto.
Es por lo mismo el hombre exactamente
Un resúmen cabal de lo creado
I en que mas se esmeró el Omnipotente.
Si con la vista i en un punto dado
Mares i tierra i firmamento abarca,
Su influjo i movimiento concertado,

Con su alma intelijente a otra comarca
Sus conquistas extiende i noble imperio
Do a lo real i posible lindes marca.
No confía, por tanto, en su criterio,
Que en sus obras divisa al fuerte i vivo
I le acata en su augusto majisterio.
Testimonio por cierto equitativo
I expresion del que rinde lo visible
La virtud realzando en su atractivo.
Detengámonos, pues, cuanto es posible
En acto tan solemne i relijioso,
Que la divina diestra hace ostensible.
Aunque llano i comun es el grandioso
Porque es órden, belleza i armonía,
Cuadro animado, vivo i luminoso.
Lluvia i luz a la tierra el cielo envía,
Que ésta luego convierte en flor i fruto
I grata ofrece al que escardola un dia.
Acepta el hombre el don, i en fiel tributo
Lo torna al infinito en su largueza,
Soberano Señor, dueño absoluto.
Pintoresca efusion que en Dios empieza
I por variado curso en él termina,
Las gracias prodigando i la riqueza.
Medrado, pues, el hombre, así encamina
A su último fin la creatura,
I al cielo en su favor vehemente inclina.
¡Qué dignidad por cierto i qué ventura
La de su suerte i cuál la Providencia
O la bondad suprema en él fulgura!
Su índole estudiemos i su esencia,
El desarrollo de sus facultades;
Catemos hasta el fondo su conciencia.
Si es selva de infinitas variedades
Su continjente i laboriosa vida,
I en ella alternan luz i oscuridades,
Lei tambien hai exacta i prefinida
Que el sello pone a sus diversas partes,
Segun su oficio i extension medida.
El doméstico hogar i sus baluartes
A la infancia detienen ya curiosa
De lo nuevo i mecánico en las artes.
Sigue la juventud del lauro ansiosa,
Temeraria i audaz, confiada i leve,
Al fin la edad madura i la rugosa.
Espacio que se corre mui en breve,
Por mas que el hombre dilatarlo quiera,
I en él su alcázar o su trono eleve.

Mas, no es tan raudo el curso, i de manera
Que embarazos le ponga a su destino
I al goce de la dicha verdadera.
Abren las sensaciones el camino
I noticia le dan de la materia
En comercio variado i de contino.
Instruccion repetida, clara i séria
Que le alumbra, le guia i habilita,
I revela igualmente su miseria.
E instruccion que renueva i ejercita
Su propia voluntad i entendimiento
I en accion le hace entrar, libre, expedita.
Corriendo así la edad, llega el momento
De sentir otra luz i otra armonía,
Mas ternura i vigor, mas noble aliento.
Los bellos cuadros que doquier varía
Fecunda i liberal naturaleza
I en que luce el pincel su maestría,
Cultivan su aficion a la belleza,
Le ofrecen a lo bueno en lo vetusto
I en su ornato, su gala i su riqueza,
Pero mas se dilata este buen gusto.
En la belleza hai órden, proporciones,
Campea lo metódico i lo justo.
I el conjunto de aquestas impresiones
La regla dan que unánimes comprueban
La razon i experiencia en sus lecciones.
Trábanse de este modo i se relevan
Las diversas jornadas de la vida
I a puesto superior al hombre elevan.
De la infancia inexperta i dirijida
Sale el mancebo que a sus padres ama
I que llegando a la estacion florida
En noble i puro afecto mas se inflama
I en su familia i patria, i mundo entero
No mas que un teatro ve i un solo drama.
Cual centella, este brote es pasajero,
I si vivo deslumbra, a oscura deja,
Cediendo a la razon su justo fuero.
De aqueste al fin el jóven se aconseja,
Con mas cordura asienta el pié en la nave,
I cual diestro piloto la maneja.
En sus manos está la hermosa llave
Que las puertas franquea de aquel templo,
Donde el que ora con fé es el que mas sabe.
Véole continuar tan bello ejemplo,
Rendir humilde el postrimer suspiro,
I en los brazos de un Dios ya le contemplo.

A esta evolucion i raudo jiro
Llamado está el mortal desde la cuna,
Ya viva en sociedad o en el retiro.
La ocasion siempre es la propia i oportuna
I en verla bien i aprovecharse de ella
El mérito consiste i la fortuna.
Si viva la pasion talvez descuella
O seduce el deleite con su halago,
I órden i miramientos atropella,
Tocará a la razon en este amago
Fuerte muro oponer, que les resista,
I que evite el incendio i el estrago.
A la buena razon, que siempre dista
De llegar en el caso a los extremos,
I prudente i sagaz todo conquista,
Si clara es esta voz, no lo dudemos,
I por guia otorgarla el cielo quiso
En la escabrosa senda que corremos.
Acompaña i previene al mas sumiso,
I ante el rebelde desparece o calla
O le asalta severa i de improviso.
Del duro pecho con vigor estalla,
Al culpable confunde i desconcierta,
I en alta silla residencia i falla.
Engaños no hai ni seductora oferta
Que en salvo pongan o el rigor mitiguen,
Ni refujio, escondite o falsa puerta.
Al asesino i al traidor persiguen
Las sombras i voraz remordimiento
Hasta en la selva o fuerte en que se abriguen,
I cual dragon o mónstruo virulento
Les dañan el manjar i la bebida,
Los emponzoñan con su torpe aliento.
Castigo que se extiende al que no cuida
Del padre anciano o bienhechor amable,
I de sí propio i de su Dios se olvida.
Así tiene el mortal, en cuanto es dable,
La regla que seguir por siempre debe,
Si lograr quiere paz i dicha estable.
Pero existe otra causa, i no mui leve,
Que en la obra concurre i da el acierto,
I cuyo mérito exponerse debe.
Entregado a sí propio i nada experto,
Bien poco en su carrera avanzaria
El hombre, que ahora vemos tan despierto.
El buen Dios, que su suerte fijó un dia,
Que cobija a la planta, al ave i bruto,
Rehusarle este auxilio no podia.

Custudiarle, a sus padres, como el fruto
De su amor, les mandó, i en adelante
A todo el pueblo impuso igual tributo,
O que en esta funcion tan importante
Especial ministerio i aula hubiese,
Regla, tiempo i medida, lei constante.
Pues aunque la razon bien claro exprese
La idea superior que nos gobierna,
I que alienta en la lid o en el revese,
Requiérese otra fuerza, viva, externa,
Que al justo dé valor i santo brio
I del ruin i perverso le discierna.
Quiso así establecer el Sabio i Pío
En nuestro propio i el comun dictámen
La pauta que reglase el albedrío.
Que incumba a todos el social gravámen,
Se emulen todos jenerosamente,
Vivan en paz i como hermanos se amen.
Bendito sea el Padre Omnipotente
Que a la triste i villana creatura
Tan pío mira, sus penurias siente.
I así el favor le brinda i la ternura,
Que tan solo el soberbio i obstinado
Se endurece i malogra su ventura.
Sea bendito, pues, sea alabado,
I por tal ingratitud i malquerencia,
Con clara voz i humilde reverencia
Suplan la hermosa grei i el coro alado.

V.

Este crímen, empero, esta insolencia,
Comunes son en la familia humana,
O su marca fatal i triste herencia.
Desde la infancia i en la edad lozana,
En la noble expresion del sentimiento,
En la séria vejez prudente i cana,
Aparece el turbion duro i violento
En que el orgullo a la razon comprime
I cual señor domina en rejio asiento.
El virtuoso varon lo advierte i jime,
Desde su cátedra reclama i grita,
I de su celo ni al monarca exime.
Pero en vano requiere i solicita
Al mísero mortal ya fascinado,
I a quien fuerte pasion entonce ajita,

Que a todo se ensordece allí el cuitado;
Virtud, honor i leyes menosprecia,
Su capricho prefiere, audaz, porfiado.
¿Por qué esta aberracion tan torpe i necia,
Este ódio a la verdad, al tiempo mismo
Que el cielo se arma i la tormenta arrecia?
Profundo es este arcano, o bien abismo
En que sus fuerzas el injenio pierde
O declina en el duro fatalismo.
A veces la conciencia punza i muerde,
Castigo eterno al mísero amenaza,
I del letargo no hai quien le recuerde.
Mas ¿qué valen razones, plan i traza,
Si aunque quiera el doliente, no se enmienda,
I se entrega al que cruel le despedaza?
O perdido ya en aquesta senda
Cae al fin desbocado al precipicio,
Caballo montaraz sin freno o rienda.
Cual vivíparo jérmen es el vicio:
Se destruye al nacer, i luego brota
Ponzoña, muerte atroz, crudo artificio.
Su matriz aparece, i bien se nota
En esa orijinal concupiscencia,
Cuyo vivo aguijon jamas se embota.
Mas no acusemos la alta Providencia
Ni a su decreto augusto i soberano,
Prefiramos la ciega i vana ciencia.
No ha dejado, ni aun deja de la mano,
Al doliente en su mísera flaqueza,
I sendas le abre para hallarse sano.
Una i mil veces insta, i siempre empieza
A llamarle al redil que dejó un dia,
Le dirije i levanta si tropieza.
Si aun torna atras, le sigue, i cual solia,
Le llama i ruega, su desgracia llora,
Le da silbos de amor si se extravía.
La madre mas amante i valedora
Por el pimpollo que nutrió en su seno,
I que florido ya perdió en una hora,
Ni vierte llanto de amargura lleno
Tan lastimero, ardiente i tan copioso,
Ni en su duelo así implora al Justo i bueno,
Como el Padre i Pastor, tierno i celoso,
Que si difunta ve a la triste oveja,
Sobre ella jime i lanza un ¡ah! penoso.
Injustamente del Señor se queja
El mortal que abusó de su albedrío
I en su abandono encadenarse deja.

Pulsara bien su pecho en su extravío
I otro oríjen no viera ni otra fuente
Que ese su pretendido señorío.
Poderoso a su vez, libre se siente,
Su retrato se forja i lo hermosea,
I a sí propio se engaña o necio miente.
Su independencia mira cual presea,
De la que nunca despojarse debe,
I en ostentarle por doquier se emplea.
Sea el caso ordinario, grave o leve,
Si en él llega a tener alguna parte,
A dirijirlo con valor se atreve.
¿Qué medio puede haber, ciencia ni arte,
Do el interes o la pasion lo anima,
Que su capricho enfrene o lo coarte?
Quéjase, pues, en vano, i causa grima
El que a la Providencia impío acusa,
I a su despecho al cabo él se lo intima.
Si villano i perverso es el que abusa
De la bondad de un Dios, i aun mas ingrato
El que su brazo tutelar rehusa,
Yo el torpe i traidor fuí, yo el insensato
Que su propia ruina labrar quiso
I cargar el oprobio del reato.
Trémulo así clamaba, i de improviso
El aleve Cain, a Dios oyendo,
I la justa sentencia i fuerte aviso,
En aquel recto juicio o comparendo
Que al salir de este mundo nos espera,
Se hará palpable lo que voi diciendo.
Sentiremos allí de qué manera
Accidente no hubo en nuestra vida
Que decretado en nuestro bien no fuera.
Que esa tirana muerte tan temida,
La triste enfermedad i los dolores,
Ingratitud, persecucion sufrida,
Infortunios, quebranto i sinsabores,
La ruina fueron o el preservativo
De otros males ocultos i peores.
El jenio humano, presuntuoso i vivo,
Todo lo abarca, i con ardor pretende
Sentar el fallo justo i decisivo.
Mas si en obras sencillas algo entiende,
En otras, mas oscuras e implicadas,
Ciego se queda i del acaso pende.
En épocas ilustres ya pasadas,
I en la que ahora corre tan fastuosa,
El progreso indicando en sus jornadas,

¿Qué no se ha especulado o no se glosa
Sobre el difícil cuan sutil problema
De ese aguijon fatal que al hombre acosa?
Mas ¿quién fué el que acertó, cuál su sistema?
El injenio se pierde en opiniones
I el impío se mofa i aun blasfema.
Cállense en este punto las razones
De la vana i audaz filosofía,
I a otra luz den lugar i otras lecciones.
Dice la Iglesia que en amargo dia
Cayó el hombre infeliz en el pecado,
Haciendo hereditaria su osadía,
I que desde ese momento, o caso dado,
Surjió la corrupcion, la dura muerte,
Cuanto mal siente el hombre i ha llorado.
Que si Dios le abatió de aquesta suerte,
Redimirlo asimismo se propuso
Haciéndose varon humilde i fuerte.
Que aun puede el hombre vil hallarse iluso
I remachar si quiere su cadena
En torpe, indigno i detestable abuso.
Mas si crece en rigor la antigua pena
I el reo se despecha i embravece,
En justicia otra vez se le condena.
En esta solucion, que bien merece
Al mas sabio ocupar, i al erudito,
El misterio se aclara i desparece.
Concílianse el poder del Infinito,
El mérito i virtud, destino humano,
La piedad i el castigo del delito.
La experiencia tambien, i mui temprano
La explicacion confirma i justifica
Con vivos documentos a la mano.
Sus dones el piadoso multiplica
En triste hogar o reunion solemne,
I en su seno la fé i la paz radica.
Corren los años, i en vigor perenne,
Cual palmero a la márjen del arroyo,
Sereno ostenta su ramaje indemne.
No así el soberbio i sin divino apoyo,
Que luego cae, i convertido queda
En polvo, que se arroja al viento u hoyo.
Pasemos adelante, i en la rueda
De accidentes comunes i ordinarios,
Fijemos la atencion cuanto se pueda.
Menudos, breves, i en su aspecto varios,
Deslízanse en silencio i blandamente,
O perceptibles son i voluntarios.

¿Qué observador habrá que bien los cuente,
I su enlace, su oríjen, sus efectos
Reconozca i describa exactamente?
Sean vicio o virtud, sean defectos,
En causa, medio i fin los consumados,
O sin propio carácter e imperfectos,
Es evidente al fin que son reglados
Por pauta superior i lei suprema,
I en su justa balanza bien pesados.
El pensamiento, el símbolo o emblema,
La palabra i accion, el buen comporte,
Relacion tienen próxima i extrema.
I examinado el caso en lo que importe,
Se ve en cualquiera de ellos un compuesto
De complicado i especial resorte.
El primero, que corre vivo i presto,
De otros mil se orijina o es resúmen,
Aunque oscuro i a pocos manifiesto.
Del símbolo i palabra, don del númen,
Otro tanto, en verdad, podrá decirse,
I del jesto o accion que los asumen.
I si no puede aquesto discernirse,
Su quilate, en conjunto i por entero,
Unicamente a Dios debe atribuirse.
Solo el inmenso i fiel, juez verdadero,
Podrá ya destejer la dura trama,
Sus hilos apreciar con recto esmero.
Pero en el juego vivo de este drama
Hai cosa singular i bien notable,
I que por cierto la atencion reclama.
En su justicia, es Dios el admirable;
Virtud no deja alguna sin el premio,
Ni olvidado un suspiro, si es laudable.
Cultiva de este modo el santo gremio
De los prudentes, jeneroso dando
De la virtud el jérmen o el proemio.
Desenvuélvese aqueste, i ya brotando,
Nuevo mérito adquiere, i con la gracia
Se radica, i sus fuerzas va ensanchando.
Si dócil corresponde a la eficacia
De la luz celestial, luego se torna
En fuerte roble o peregrina acacia.
Mas, si el ábrego azota i le trastorna,
Marchítase al instante su verdura,
Pierde la erguida copa que le adorna.
De estos variados lances i cultura
Se compone la suerte i vida humana,
Su infortunio i su próspera ventura.

De Dios la lluvia de las gracias mana,
Luego aparece el sol, que el campo anima,
Brota la mies i se envanece o grana.
El individuo o sociedad que estima
Los beneficios que el Señor les hace,
Llegan en breve a la fuljente cima.
En confirmar la historia se complace
Este principio, i con su luz confunde
Al que otros planes i quimeras trace.
Por doquier laboriosa se difunde
La gran familia humana, i luego, ciega,
En el abismo del error se hunde.
A la justicia i la verdad se niega,
I beoda i audaz, perdido el juicio,
Cual mar entumecido no sosiega.
No todas igualmente al precipicio
Cayeron, ni en sóez libertinaje
Se abandonaron al infame vicio.
Que si fué escandaloso el vil ultraje,
A la fé i la pureza tambien hubo
Pueblos que les rindieron homenaje.
Diversa entre ellos la fortuna anduvo:
Flaqueza i corrupcion dió a los primeros,
Próspera con los otros se mantuvo.
Perdió entre tanto la razon sus fueros
I vióse al fin la humanidad sin guia
En árido desierto i sin senderos.
Olvidada el Señor no la tenia,
I piadoso bajó a favorecerla,
Brilló de la esperanza el claro dia.
No fué su pretension engrandecerla
Ni franquearle otra vez el paraiso,
Ni en pleno gozo i abundancia verla.
En su triste abyeccion dejarla quiso,
Sus quebrantos curar con la paciencia,
Su altivez con fervor pío i sumiso.
Este ha sido el remedio i providencia
Del sabio médico i Pastor divino,
Su práctica feliz i su alta ciencia.
Ingrato era por cierto i peregrino,
Pero el mas excelente i adecuado,
I el único talvez que dar convino.
Desde entónces el jenio malhadado
Aniquilarse ve su inícuo imperio
I a la gracia, triunfante del pecado.
Por todo el continente i hemisferio
La cruz campea en la tribuna o cumbre,
La verdad aclarando i el misterio.

Dolores, muerte cruel, incertidumbre,
Virtud i vicios, caprichosa suerte,
Cuanto aborta el injenio o la costumbre,
De todo es símbolo ese leño inerte,
I con sencilla claridad lo explica
Sin dejar dato en pié que no concierte.
Solo el que sus pasiones crucifica,
Felicidad i paz i gloria alcanza,
Sea pueblo, individuo, nacion rica.
La cruz ha sido i es la fiel balanza
En que el mérito i valor se pesa,
La noble insignia del que mas avanza.
En los pueblos antiguos interesa
El bello ejemplo de virtud que dieron,
No la conquista ni la heróica empresa.
Los que despues al teatro descendieron
Con la cruz por escudo i estandarte,
Prudentes, sobrios i animosos fueron.
Otra regla hai ahora, ciencia i arte:
Si no muere la fé, se debilita,
I al vicio el triunfo i el honor se imparte.
¿Qué suerte les cabrá si los excita
Solo el vil interes, deleite i gula,
La ambicion, que si cae, mas se irrita?
A sí misma se engaña o bien se adula
La turbia i corrompida edad presente,
Villanías e infamias acumula.
I aquesta fétida i veloz corriente,
De bronce tornará a los mismos cielos,
A ira moverá al Omnipotente.
No valdrán, cierto, allí quejas ni duelos,
La verdad clara lanzará aquel grito
Que a su hondo arcano correrá los velos.
Sí, la verdad de un Dios justo, infinito,
Que elevará al humilde hasta su trono
I perderá al soberbio i al precito.
¿Por qué, pues, este siglo, en su abandono,
Se prostituye i la amenaza olvida,
Del potente i veraz su acento i tono?
¿Valdrále acaso la ficcion urdida
Por el infiel apóstata i blasfemo,
Que la equidad de un Dios es sin medida,
I que cual padre i bienhechor supremo
O no debió formar la creatura,
O no exponerla a tan fatal extremo?
Mas en vano el mortal su fuerza apura
En huir i perderse en el abismo,
Temiendo al sol radiante que fulgura.

Su conciencia i temor, su injenio mismo,
Sentir le hacen doquier claro i palpable
Su torpe obsecacion i su egoismo.
¿Qué? ¿será equitativo i razonable
Que ose el vil pecador entrar en cuenta
Con Dios i su justicia inapeable?
¿El, que creó los cielos, i se asienta
Sobre los querubines, rodeado
De numerosa corte, ante El atenta,
Habrá de ser acaso interpelado
Por el reptil que apénas se divisa,
Miseria, corrupcion i polvo helado?
Nó, nó: que es siempre condicion precisa
Del buen acierto mantenerse el alma
A intelijencia superior, sumisa.
I si esta idea su inquietud no calma,
I hallar en todo la verdad quisiere
I a la razon no mas ceder la palma,
Consulte al buen Señor i bien pondere
Lo que en sus sabios documentos dijo,
La duda resolviendo al que la hubiere.
Dios creó recto al hombre i lo bendijo,
I libertad le dió con que le amase,
Viviendo en dulce paz en su cortijo.
No fué, empero, la gracia de tal clase
Que le tornara en bienaventurado
I sin mérito el cielo al fin lograse.
Que a nadie, ni aun al ánjel, se ha otorgado
El premio que decreta la justicia
Al fuerte que en la lid haya triunfado.
Si cayó, pues, el hombre, fué malicia
La causa de su triste desventura,
No miseria o rigor, que al fin desquicia.
La pena fué por cierto grave i dura,
I en herencia se extiende a su linaje,
Que nace, vive i muere en gran penuria.
Mas ¿cuál le ampara Dios en este viaje,
I con cuánta induljencia le perdona
El repetido i alevoso ultraje?
Nó: el recto i sabio Juez no le abandona,
Vida i salud o muerte ya le ofrece,
El infierno o el cielo i la corona.
Quéjase, pues, en vano el que padece
Miserias, inquietud, fatal dolencia,
Padre i pastor es Dios que favorece,
I adorable su augusta Providencia.

Sí: alabado sea el Poderoso,
El que creó los cielos i la tierra,
I la tormenta enfrena i mar undoso.
Bendíganle en cortijos, valle i sierra,
Cuantos hombres respiran i ha librado
De tala, incendio, peste i cruda guerra.
Bendíganle tambien los que han triunfado
Del error i las huestes infernales
De la pasion, que a tantos ha cegado.
Que si animosos fueron i leales,
Lo deben al Señor, que los proteje,
A su celo i favores especiales.
La envidia, que sagaz sus tramas teje,
Conspira contra el justo, i mui secreto,
Sin haber quien se oponga o la moteje,
I cuando ya logrado ve su objeto,
Una mano invisible la derriba
O su infamia revela en el aprieto.
A David i su experta comitiva,
I al patriarca José, al casto i bueno,
Asaltóles violenta i opresiva.
Su poder celebraba i triunfo pleno,
I en tinieblas hallóse de repente,
Picándole una víbora su seno.
Al fiero Aman, su emulacion ardiente
A la horca lo elevó, donde él queria
Al justo Mardoques ver pendiente,
I en otros mil ejemplos se hallaria
Que existe siempre un tribunal severo
I sabia lei que aplica en cualquier dia.
Mas, do campea ilustre i por entero
Esta justicia fiel e inapelable,
Temida del impío i altanero,
Es en el curso rápido i variable
De las edades i jeneraciones,
Del imperio mas fuerte i respetable.
¿Qué cuadro representan las naciones
En su oríjen, progresos i ruïna,
En la turbia de creencias i opiniones?
Una guerra perpétua e intestina,
De viles i encontrados intereses,
Ya sorda, ya violenta i paladina.
Inconstancia i pasion en los reveses,
Altivez i arrogancia en la fortuna,
I al fin la copa de amargura i heces.
Advertencia bien clara, aunque importuna,
De la comun miseria, i que una pauta
A todos regla sin mudanza alguna.

I que no mas que así, cual argonauta
Que en turbio golfo el promontorio esquiva,
Se salva una nacion vivaz i cauta.
Ejipto el campo con teson cultiva,
El trabajo i las clases reglamenta,
I medra cual palmero o verde oliva;
Su fuerza, empero, con orgullo ostenta,
La equidad pierde, i la robusta mano
De cruel conquistador en él se asienta.
Igual destino cupo al comarcano,
Al que imperó en la Asiria, Persia i Grecia,
I aun al prudente cuan sagaz romano.
La lid fué entre ellos dilatada i recia;
Unos sobre otros el poder alzaron
Que al flaco oprime i sin temor desprecia.
Sin comprender sus pasos, empuñaron
La vara de justicia, que abatia
A los que al vicio infame se entregaron.
Ministros eran del Señor, que un dia
A todos imprimió su mandamiento
I que obediencia fiel les exijia.
De este modo, el Supremo Juez, atento
Al hombre que este cuadro presentaba,
No le perdió de vista ni un momento.
Ya en la conciencia propia luz le daba,
Ya en la sana instruccion de sus mayores,
Ya en los claros hechos qué en la mente graba.
Sus leyes son por cierto las mejores,
Sencillas i ordenadas en su texto,
Fecundas i de efectos ulteriores.
Su buen sentido, a todos manifiesto,
Su fundamento, la naturaleza,
Su aplicacion, cabal i mui de presto;
Entre los pueblos de mayor rudeza
Notorias son i siempre venerables,
Aun cuando en ellas su ambicion tropieza.
Las pasiones, nutridas e insaciables,
La guerra les declaran de contino,
E inciertas las suponen o mudables.
I por esta razon luego convino
Grabarlas, i que un pueblo prepotente
Tuviera su custodia por destino.
Podia el mundo vil, en su ansia ardiente,
De torpes goces quebrantar el freno
I la lei olvidar enteramente;
Que en ese teatro i en el mismo seno
Se levantaba en contra, protestando,
Un pueblo ilustre, laborioso i bueno.

I en el templo i en la ara, señalando
El don de la eternal sabiduría,
Brillaba al frente, con ardor marchando.
Otra luz i esperanza no la habia,
I a mantenerla viva el soberano
Las mayores empresas dirijia.
Al pueblo no dejaba de la mano
Hablándole por sí u otros varones,
Prohibiéndole el vil comercio humano.
I de los otros pueblos i naciones
Valióse cual de vara de castigo
O de escudo en las fuertes agresiones.
Nabuco los domó i llevó consigo,
Restablecióle el persa jeneroso,
Dándole siempre proteccion i abrigo.
A humillarle tornó el siro ambicioso,
I Roma, que extendia su conquista,
Enfrenó el brio del tirano odioso.
En esta hermosa cual marcial revista,
En la que cada pueblo es un vasallo,
Luego secuaz i al fin protagonista,
A la letra se ve cumplido el fallo
Que a cierta lei su elevacion sujeta,
Como el árbol que medra en tronco i tallo.
I la mision se advierte, aunque secreta,
De preparar el suspirado evento
De una feliz renovacion completa.
En su fuerte i reglado movimiento,
En sus triunfos, contrastes i caida,
Revelaban al orbe, entonce atento,
La verdad no bastante conocida:
Que lo exterior no mas la fuerza rije,
No el buen comporte de la humana vida,
O que ésta empeño superior exije;
La intervencion de fuerza poderosa,
La que proyectos i aficion dirije.
Fuerza, digo, inflexible i vigorosa,
Anfiteátro vasto i dilatado,
I reunion de pueblos venturosa.
Tan solo así podia ser formado
El concepto comun e incontrastable,
Regla del individuo i del Estado.
La cosa se hizo entónces bien palpable,
I la diestra del mismo Omnipotente
Este portento obró tan admirable.
Domó Roma al oriente i occidente,
Nació el jérmen de vida en la Judea
I abrazó mui en breve al continente.

Cabida no tuvo ántes esta idea,
Porque nunca el Señor se precipita,
I medios naturales solo emplea.
La familia de Adan era maldita;
Necesario era, pues, que se humillase,
I el remedio pidiera mui contrita.
Preciso que la obra se anunciase
Con notas i carácter distintivo
I en justicia tambien se propagase;
O que libre el mortal i siempre activo,
Volviera atras i por aquel sendero
En que ántes se perdió i quedó cautivo.
Fué por esto un combate largo i fiero,
Persecucion violenta, cruda muerte,
Oblacion i holocausto verdadero.
La misma escena, que cualquiera advierte,
Desde Abel hasta el pio Zacaría,
I en el Calvario, do inmolóse al Fuerte.
La soberbia, doblez e hipocresía,
Con puñal i cordel al justo ahogando,
I aqueste vuelto a Dios en su agonía,
Triunfó al cabo la fé del grupo infando
I Roma, por Atila castigada,
Postróse ante la cruz, perdon clamando.
No fué ésta, empero, la postrer jornada,
Pues el pecado habia de expiarse
En justa regla i proporcion guardada;
I debia la Iglesia acrisolarse,
Continuando el piadoso sacrificio,
I de las galas del esposo ornarse.
Sucedió a la violencia el artificio,
El solapado error, finjido celo,
La ambicion del tribuno o del patricio,
Que haciendo del bien público un señuelo,
A pueblos i monarcas han perdido,
I a la esposa rasgado el sacro velo.
Con valor ésta siempre ha resistido,
I siguiendo al Pontífice i Pastores,
A los piés de la cruz se ha mantenido.
Pues sabe que en tormentas i en rigores
Su triunfo está cifrado en el Calvario
I en el cáliz de hiel i de dolores.
Aspero, en fin, i en accidentes vario,
De ignominia, sudor i congojoso,
Es este prolongado itinerario.
Pero es el único, o diré el forzoso,
Que nos eleva a la celeste cumbre,
A la morada de eternal reposo.

El dia llegará en que Dios alumbre,
A justicia llamando a los mortales,
Al rebaño i perversa muchedumbre.
Entónces se verá cuán imparciales
Han sido sus decretos soberanos,
Su piedad i largueza cuán reales.
Porque fiara a pueblo sus arcanos,
Porque dejó al vecino en su ignorancia
I al otro abandonó a sus propias manos;
Porque le dió al soberbio la abundancia,
I al mas humilme la amargura i duelos,
Cruel dolor al que murió en la infancia;
Porque corriendo misteriosos velos,
Quiso hacer de la fé i la fortaleza
La llave del alcázar de los cielos.
Enmudecerá entónces la altiveza,
Acatado será el Señor Augusto,
I ante esa bella corte i su grandeza
Al trono subirá el piadoso i justo.

VENTURA MARIN.

CARRIC-THURA.

POEMA.

MACPHERSON-OSSIAN.

ARGUMENTO.

De vuelta de una expedicion a la provincia romana, resolvió Fingal visitar a Cathulla, rei de Inistore i hermano de Comala, cuya historia aparece en el poema de este nombre. Cuando estuvo a la vista Carric-thura, el palacio de Cathulla, vió una llama en su cima, lo que era en esos tiempos señal de calamidad. El viento lo llevó a una bahía, a alguna distancia de Carric-thura, i tuvo que pasar la noche en la playa. Al dia siguiente atacó al ejército de Frothal, rei de Sora, quien habia sitiado a Cathulla en su palacio de Carric-thura; tomó a Frothal prisionero en un combate singular. La libertad de Carric-thura es el asunto del poema, pero hai varios episodios intercalados. Parece, segun tradicion, que este poema fué dedicado a un Culdeo o uno de los primeros misioneros cristianos, i que la historia del *Espíritu de Loda* (probablemente el antiguo Odin de Escandinavia) fué introducido por

Ossian en oposicion a las doctrinas de Caldeo. Sea como quiera, ello nos da a conocer las nociones de Ossian de un sér superior, i nos muestra asimismo que no era adicto a la supersticion jeneral en todo el mundo ántes de la introduccion del cristianismo.

¡Abandonaste en el espacio tu azulada senda, hijo del firmamento, de áurea cabellera! Abrió Occidente sus puertas; allí está el lecho de tu reposo. Alzando las trémulas cabezas, a contemplar tu hermosura vienen las ondas. Majestuoso en tu sueño te contemplan; sobrecojidas se retiran. Duerme ¡oh Sol! en tu caverna tenebrosa; placentera sea tu vuelta.

Mas, al son de las arpas de Selma, enciéndanse mil luces; resplandezca el palacio, ¡ha vuelto el rei de las conchas! Cual sonidos que fueron, terminó la contienda de Carun. Cantad ¡oh bardos! ¡en el esplendor de su fama ha vuelto el rei!

Tales fueron las palabras de Ullin, cuando Fingal tornó de la guerra; cuando tornó con el bello color de la juventud, con sus ondeantes rizos. Cargaba el héroe las azules armas, cual ténue nube sobre el sol, cuando avanza en su ropaje de niebla, i solo a medias descubre sus rayos. Síguenlo los héroes; comienza la fiesta de las conchas. Diríjese Fingal hácia los bardos i les pide cantos.

¡Voces del sonoro Cona! dice ¡bardos de otros tiempos! ¡Oh vosotros, en cuyas almas revivieron las huestes de nuestros padres! tañed el arpa en mis moradas; quiero oir la voz de los cantos. Grata es la alegría del dolor; cual enternecen las ramas del roble las primaverales lluvias, cuando alzan su verde cabeza los retoños. ¡Cantad, oh bardos! mañana nos daremos a la vela. Al traves de los mares va mi senda, hácia los muros de Carric-thura, los musgosos muros de Sarno, donde vive Comala. Allí celebra Cathulla la fiesta de las conchas: innumerables son los jabalíes de sus selvas; ¡luego se oirán los clamores de la caza!

¡Cronnan, hijo del canto! dice Ullin. ¡Minona, graciosa en el arpa! cantad la historia de Shilric, para complacer al rei de Morven. Venga Vinvela, en el esplendor de su belleza, como el iris de las lluvias, cuando, a la luz del sol poniente, refleja en el lago sus fúljidos colores. Ella viene ¡oh Fingal! su voz es dulce, pero triste.

VINVELA.

Hijo del monte es mi amado; persigue al ciervo volador. Sus alanos rodéanlo jadeantes; vibra al viento la cuerda de su arco. ¿Duermes junto al arroyo, o junto al bramido del torrente de la montaña? Los juncos se inclinan al viento, vuela la niebla sobre el collado. Me llegaré a mi amado sin ser vista; lo contemplaré desde la roca. Junto al roble secular de Branno te ví por vez primera; majestuoso volvias de la caza; el mas bello entre tus amigos.

SHILRIC.

¿Qué voz escucho, qué voz como la brisa del estío? No descanso junto a los juncos inclinados por el viento, no escucho el murmullo de la fuente. Léjos, Vinvela, léjos, voi a las guerras de Fingal. No me acompañan ya mis perros, ya no frecuento la colina. No te diviso ya desde la cima, graciosa junto al arroyo de la llanura; radiante como el iris; como la luna en las ondas de Occidente.

VINVELA.

¡Te has ido, Shilric! ¡Sola estoi en el collado! Han reaparecido los ciervos en el monte; sin temor pacen la yerba: no los aterra ya el viento, ni el crujido del árbol los asusta. Léjos está el cazador; está en el campo de los sepulcros. ¡Extranjeros! ¡hijos del Océano! ¡no hirais a mi hermoso Shilric!

SHILRIC.

Si caigo en el campo de batalla, álzame, Vinvela, una elevada tumba. Amontonada tierra i grises piedras me señalarán a los futuros tiempos. Cuando a la hora de medio dia venga a tomar su alimento el cazador junto a mi tumba, "Yace aquí algun guerrero," dirá, i revivirá mi nombre en su alabanza. ¡Recuérdame, Vinvela, cuando esté bajo tierra el lugar de mi reposo!

VINVELA.

¡Oh, sí; te recordaré! Mi Shilric, ¡ai de mí! sucumbirá. ¿Qué haré, amor mio, cuando te hayas ido para siempre? Recorreré esas colinas a medio dia; recorreré el silencioso matorral. Veré allí el lugar de tu descanso cuando volvias de la caza. Mi Shilric, ¡ai de mí! sucumbirá. Recordaré siempre a mi Shilric.

Recuerdo al jefe, dijo el rei del selvoso Morven; inflamó con su cólera el combate. Mas, no lo veo ya. Encontrélo un dia en el collado; pálida estaba su mejilla, sombría su frente. Frecuente era el suspiro en su pecho: al desierto dirijíanse sus pasos. Mas, no está ya entre la muchedumbre de mis jefes, reunidos al estrépito de mis escudos. ¿Habitará por ventura la estrecha casa (1) el jefe de Carmora?

—¡Cronnan! exclamó Ullin, el bardo de los pasados tiempos; oigamos, Cronnan, el canto de Shilric cuando regresó a sus montes i Vinvela no existia. Apoyóse en la musgosa roca de su ama-

(1) La tumba.

da; creyó que Vinvela aun vivia. La vió caminar graciosamente en la llanura, mas, poco duró la brillante forma: desvanecióse el rayo de sol i no fué visto mas. ¡Escuchad el canto de Shilric, es dulce, pero triste!

Estoi junto a la musgosa fuente, en la cima del collado de los vientos. Sobre mi cabeza cruje un árbol; ruedan en el yermo turbias olas. Ajitado está el lago; descienden los ciervos de los montes. Ningun cazador aparece en lontananza. Es medio dia: mas todo está en silencio. Melancólicos son mis pensamientos solitarios. ¡No hiciste mas que aparecer, amor mio, allá en el matorral! En pos de tí flotaban tus cabellos a los vientos, veia el movimiento de tu seno ajitado; llenos de lágrimas tenias los ojos, por tus amigos, velados por la niebla de la colina. ¡Quisiera consolarte, amor mio, i conducirte a la casa de mi padre!

¿Es ella la que allí parece, cual rayo de luz en los matorrales? ¿Radiante como la luna de otoño, como el sol en una tormenta de verano, ¡oh vírjen! salvando rocas i montes, a mí vienes? Habla: mas, ¡cuán débil su voz! como la brisa en las cañas del lago.

—¿Ileso vuelves de la guerra? ¿Dónde están tus amigos, amor mio? Contáronme tu muerte en la colina; me la contaron i te lloré, ¡oh Shilric!

—Sí, hermosa mia, vuelvo, mas solo yo vuelvo de mi raza. No los verás mas; en la llanura abrí sus sepulcros. Pero, ¿por qué estás en la desierta colina? ¿por qué sola en el matorral?

—Sola ¡Shilric! sola en la casa de invierno. De dolor por tí he muerto, ¡oh Shilric! Pálida yazgo en la tumba.

Parte, se desvanece como niebla al viento. ¿No quieres quedarte, Vinvela? ¡Quédate i contempla mis lágrimas! ¡Hermosa apareciste, Vinvela! ¡hermosa eras en vida!

Cabe la musgosa fuente quedaréme, en la cima del monte de los vientos. Cuando callada llegue la hora de medio dia, ¡oh! habla conmigo, Vinvela; ven en alas de los vientos; ven con la brisa del desierto. ¡Oiga tu voz cuando pases, cuando callada llegue la hora de medio dia!

Tal fué el canto de Cronnan en la noche del júbilo de Selma. Apareció en el oriente la mañana; ajitáronse llenas de luz las azules ondas. Quiso Fingal darse a la vela; zumbando bajaron los vientos de sus collados. ¡Divísase Inistore i las musgosas torres de Carric-thura! Mas, la señal de conflicto estaba en su cumbre: entre remolinos de humo se alzaba la funesta llama. El rei de Morven golpeó su pecho: con impetuoso ademan tomó la lanza. Inclina a la costa la sombría frente: vuélvese a observar los perezosos vientos. Desordenada cae sobre sus hombros la cabellera. ¡Terrible es el silencio del rei!

Bajó la noche sobre el piélago; la bahía de Rotha recibió al barco. Extiéndese a lo largo de la costa un monte de sonoras

selvas; están en la cima el círculo de Loda i la sagrada piedra. Hai abajo una angosta llanura cubierta de césped i de añosos árboles arrancados de la escabrosa peña por los airados vientos de la noche. Corre allí un azulado rio; persigue a la flor del cardo el viento solitario del Océano. Levántase la llama de tres robles: la fiesta se dilata en torno suyo; mas, el alma del rei está triste por la angustia del jefe de Carric-thura.

Apareció la pálida tibia luna en el oriente; el sueño descendió sobre los jóvenes. Relucen los azules yelmos; se extingue poco a poco el fuego moribundo. Mas, no consiguió el rei el reposo del sueño; armado levantóse i subió lentamente la colina a contemplar la llama de la torre de Sarno.

Opaca i distante estaba la llama; la luna velaba en oriente la faz enrojecida. Sopló un viento de la montaña; el espíritu de Loda estaba en sus alas. Circundado de terrores llegó el espíritu i ajitó la siniestra lanza. Llamas semejan sus ojos en la airada faz; es su voz como un trueno lejano. Apercibe Fingal la lanza en el seno de la noche i alza su voz poderosa.

—¡Retírate, hijo de la noche! llama a tus vientos i vuela. ¿Por qué te presentas a mí con tus funestas armas? ¿Temo, acaso, ¡oh espíritu de Loda! tu sombra fatídica? ¡Débil es tu escudo de nubes: no es mas que un meteoro tu espada! Tú, con tus armas, eres juguete del viento. ¡Huye de mi presencia, hijo de la noche! ¡llama a tus vientos i vuela!

—¿Pretendes arrojarme de mi puesto?.... Las naciones se inclinan ante mí; yo dirijo la pelea en el campo del bravo. Miro a las naciones i se desvanecen: respiro soplo de muerte. Voi a todas partes en alas de los vientos: ante mí están las tempestades.... Tranquila, empero, es mi morada sobre las nubes; gratos son los campos de mi reposo.

—Pues bien, queda en tus gratos campos, dijo el rei: deja al hijo de Comhal en el olvido. ¿Invadí por ventura tus pacíficos llanos? ¿Acaso, ¡oh espíritu de Loda! te salí al encuentro en tu nube con apercibidas armas? ¿Por qué, pues, me miras irritado? ¿por qué ajitas la aérea lanza? Vano es tu enojo: jamas huí de los fuertes en la guerra. ¿Aterrarán al rei de Morven los hijos del viento? ¡Nó! ¡él conoce la impotencia de sus armas!

—¡Torna a tu tierra! replicó el espíritu. En el hueco de mi mano están los vientos: mia es la carrera de la tempestad. El rei de Sora es mi hijo; inclínase ante la piedra de mi poder. En torno de Carric-thura está su lid; suyo será el triunfo. ¡Torna a tu tierra, hijo de Comhal o conoce mi abrasadora rabia!

Dijo i alzó la amenazante lanza, i encorvó enfurecido su altura formidable. Avanza Fingal i saca la espada, la hoja de Luno. La senda fulgurante del acero se abre paso a traves de la fatídica sombra. En niebla informe convirtióse, como una columna de humo que al salir del horno medio extinguido es ajitada por la vara del niño.

Rujió el espíritu de Loda cuando envuelto en sí mismo se alzó con el viento. Tembló al grito Inistore: oyéronlo las ondas en el profundo, se detuvieron temerosas en su carrera. Sobresaltáronse los amigos de Fingal i tomaron las pesadas lanzas. Echaron de ménos al rei: se levantaron enfurecidos: sus armas todas resonaron.

Salió la luna en el oriente. Tornó Fingal en el fulgor de su armadura. Grande fué la alegría de sus bravos; como el mar, despues de la tormenta, serenáronse sus almas. Cantó Ullin el canto de júbilo; los collados de Inistore se regocijaron. Asciende la llama del roble; son narradas las historias de los héroes.

Mas, meditabundo está bajo un árbol Frothal, el airado rei de Sora. Circunda la hueste a Carric-thura: con rabia mira el rei los muros. Quiere la sangre de Cathulla, su vencedor un tiempo. Cuando Annir, padre de Frothal, reinaba en Sora, levantóse en el mar una tormenta que condujo a Frothal a las playas de Inistore. Tres dias festejó en la mansion de Sarno, i vió allí los dulces ojos de Comala. Amóla con el fuego de la juventud i corrió a apoderarse de la doncella de albos brazos. Al encuentro del jefe salió Cathulla; se inflamó la sangrienta lid. Herido fué Frothal en el palacio: durante tres dias consumióse solitario. Al cuarto lo envió Sarno a su barco i tornó a su tierra. Mas, la rabia se acrecentaba en su alma contra el noble Cathulla. Cuando fué alzada la piedra de la fama de Annir, volvió Frothal en toda su fuerza. Encendióse la guerra en torno de Carric-thura i de los musgosos muros de Sarno.

Despuntó la mañana en Inistore. Hirió Frothal el cobrizo escudo; pusiéronse de pié los jefes sobresaltados; hácia el mar volvieron los ojos. Vieron llegar a Fingal en toda su fuerza i así rompió el silencio el noble Thubar:—"¿Quién viene, como el ciervo del desierto, con su hato en pos de él? ¡Es un enemigo, ¡oh Frothal! ves su lanza en actitud amenazante! Es quizás el rei de Morven, Fingal, el primero de los hombres. Bien conocidos en Lochlin son sus hechos; en la mansion de Starno está la sangre de sus enemigos. ¿Pediré la paz de los reyes? ¡Es su espada el dardo de los cielos!"

—¡Hijo de la débil mano! exclamó Frothal, ¿comenzarán mis dias con una nube? ¿Cederé ántes de la lucha, jefe del torrentoso Tora? "Frothal, dirian en Jora, Frothal voló como un meteoro; mas, saliéronle tinieblas al encuentro, i se extinguió su fama para siempre." Nó, Thubar, jamas cederé; como luz me circundará mi fama. ¡Nó; jamas cederé, jefe del torrentoso Tora!

Avanzó con la corriente de los suyos, ¡pero se encontró con una roca! Inmoble permaneció Fingal; desconcertados retrocedieron. I no huyeron incólumes; la lanza del rei persiguió sus pasos. Cubierto de héroes quedó el campo. Protejió una colina al enemigo.

Viólos huir Frothal: enfurecido, los ojos en tierra, llamó al noble Thubar. "¡Oh Thubar! los mios han huido; ha cesado de di-

latarse mi renombre. ¡Quiero luchar con el rei; siento mi alma abrasada! Pida un bardo el combate. ¡No hables contra las palabras de Frothal! Mas ¡oh Thubar! amo a una vírjen; mora junto al Tharno, la hija de Herman, Utha, la de albo seno i dulces ojos. Celos tenia ella de la que fué Comala; secretos suspiros exhaló su pecho cuando me dí a la vela. Dí a Utha de las arpas que mi corazon se deleita en ella."

Tales fueron sus palabras, resuelto a combatir. ¡No estaba léjos el dulce suspiro de Utha! Bajo varoniles armaduras habia seguido a su héroe. En secreto, detras del acero, fijos tenia los ojos en el jóven. Vió partir al bardo; ¡tres veces cayó la lanza de su mano! Suelta flotaba al viento su cabellera; levantaban su blanco seno los suspiros. Alzó los ojos al rei; tres veces intentó hablar inútilmente.

Oyó Fingal las palabras del bardo; avanzó en la fuerza de su acero. Confundiéronse las mortíferas lanzas i el fulgor de sus armaduras. Mas, cayó la espada de Fingal i hendió el escudo de Frothal. Su costado queda expuesto; sombriamente inclinado prevé su muerte. Jermina negro dolor en el pecho de Utha; lágrimas bañan sus mejillas. Acude a guarecer al jefe con su escudo; se opone un caido roble a su carrera. Cae sobre su brazo de nieve; léjos ruedan su yelmo i su broquel. Se ven las palpitaciones de su seno; esparcida en tierra queda su negra cabellera.

Apiadóse Fingal de la vírjen de albos brazos; detuvo el acero pronto a herir. Lágrimas habia en los ojos del rei, cuando inclido hácia Frothal, así le dijo: ¡Rei del torrentoso Sora! no temas la espada de Fingal: jamas la manchó la sangre del vencido; jamas hirió al enemigo derribado. Regocíjense los tuyos junto a sus natales rios; alégrense las doncellas de tu amor. ¿Por qué habias de caer en tu juventud, rei del torrentoso Sora?—Oyó Frothal las palabras de Fingal, i vió a la vírjen ya en pié: mudos permanecieron ámbos (1) en su belleza; cual dos tiernos árboles del valle, cuando brilla en sus hojas la lluvia de primavera, i enmudecen los vientos impetuosos.

—Hija de Herman, dice Frothal, ¿viniste de los rios de Tora? ¿viniste a contemplar en tu belleza a tu guerrero derribado? ¡Mas, fué derribado por el fuerte, doncella de suaves ojos! ¡No venció el débil al hijo de Annir! ¡Terrible eres, rei de Morven, en los combates de la lanza! Pero, en la paz, eres como el sol, visto al traves de una tranquila lluvia; alzan ante él las flores sus galanas cabezas; sacuden los vientos sus alas bulliciosas. ¡Oh! ¡si estuvieras en Sora! ¡si dado me fuese celebrar mis fiestas! Verian tus armas los futuros reyes de Sora, i se regocijarian; ¡se regocijarian ante la fama de sus padres que contemplaron al poderoso Fingal!

—Hijo de Annir, replicó el rei ¡conocido será el nombre de tu

(1) Frothal i Utha.

raza! ¡Cuando los jefes son fuertes en la lid, entónces brota la voz de los cantos! Mas, si ensañan contra el débil sus espadas, si la sangre del indefenso manchó sus armas; el bardo los olvidará en el canto, i no serán sus tumbas conocidas. Vendrá el extranjero i construirá allí su morada i removerá la tierra. I allí encontrará una enmohecida espada; i dirá contemplándola: "Hé aquí las armas de los jefes de los pasados tiempos; mas, no están sus nombres en los cantos."

Ven ¡oh Frothal! a la fiesta de Inistore; acompáñenos la vírjen de tus amores; ¡irradien de júbilo nuestros rostros!

Tomó Fingal su lanza i avanzó con paso majestuoso. Abrense las puertas de Carric-thura; comienza la fiesta de las conchas. Oyense los blandos sones de la música; brilla el contento en la morada. Resonó la voz de Ullin; vibró el arpa de Selma. Deleitó a Utha la presencia del bardo, i pidió el canto del dolor: asomó a sus pupilas gruesas lágrimas cuando habló la dulce Crimora; Crimora, la hija de Rinval, que moraba junto al bramador torrente de Sotha. Larga, pero hermosa, fué la historia; i agradó a la sonrojosa Utha.

CRIMORA.

¿Quién viene del collado, como nube teñida por el rayo del poniente? ¿De quién es esa voz, poderosa como el viento, aunque grata como el arpa de Carril? Es mi amado al fulgor del acero; ¡mas, su frente está triste! ¿Vive la fuerte raza de Fingal? ¿Qué conturba el alma de Connal?

CONNAL.

Viven. Cual torrente de luz tornan de la caza. El sol ilumina sus escudos. Como ígnea avalancha descienden del monte. Estrepitosa es la voz de la juventud. ¡Cerca está la guerra, amada mia! mañana viene el terrible Dargo a probar la fuerza de nuestra raza. A la raza de Fingal desafía; a la raza del combate i de la muerte.

CRIMORA.

Sus velas ví, Connal, cual parda niebla en las oscuras ondas. Aproximábanse a tierra lentamente. ¡Muchos son, Connal, los guerreros de Dargo!

CONNAL.

¡Tráeme el escudo de tu padre, el tachonado escudo de hierro de Rinval! ese escudo semejante a la luna llena cuando recorre medio velada el firmamento.

CRIMORA.

Te lo traigo ¡oh Connal! mas no fué ese escudo amparo de mi padre. Sucumbió bajo la lanza de Gormar. Puedes caer ¡oh Connal!

CONNAL.

¡Puedo caer! prepara mi tumba, Crimora! Grises piedras, un monton de tierra, trasmitirán mi nombre a los futuros tiempos. Inclina las enrojecidas pupilas sobre mi sepulcro, hiere tu dolorido palpitante seno. Aunque eres bella como la luz, amada mia, i mas grata que la brisa de la colina, no me quedaré. Prepara mi tumba, Crimora.

CRIMORA.

Dame entónces esas armas relucientes; esa espada i esa lanza de acero. Al lado de Connal marcharé contra Dargo; ayudaré a mi amado en la pelea. ¡Adios, montes de Ardven! ¡Adios, ciervos i fuentes de la colina! No volveremos mas; ¡mui léjos están nuestras tumbas!

"¿I no volvieron? preguntó Utha con inquieto suspiro. ¿Cayó el fuerte en la lid i vivió Crimora? Solitarios quedaron sus pasos; triste por Connal estaba su alma. ¿No era él jóven i hermoso como el rayo del sol poniente?" Vió Ullin la lágrima de la vírjen, tomó el arpa de trémulos sonidos; hermoso fué el canto, pero triste, i reinaba el silencio en Carric-thura.

Sombrío está otoño sobre los montes; parda niebla corona los collados. Zumba en el matorral el torbellino. Precipitánse las turbias aguas por el angosto llano. Hai en el monte un árbol solitario; allí duerme Connal. Remolinean las hojas con el viento i cubren el sepulcro. Vénse allí a veces los espíritus de los que fueron, cuando, solitario i pensativo, recorre el cazador el matorral a paso lento.

¿Quién llegará al oríjen de tu raza? ¿quién ¡oh Connal! contará tus antepasados? Creció tu raza como el roble de la montaña que resiste al huracan con su elevada copa. Mas, arrancada ha sido ahora de la tierra. ¿Quién le sucedrá en su puesto? Aquí fué el estrépito de las armas; aquí los jemidos del moribundo. Sangrientas ¡oh Connal! son las guerras de Fingal; en ellas sucumbiste. Huracan era tu brazo; tu espada rayo de los cielos: peña en el llano era tu altura; tus ojos, horno ardiente. Mas poderosa que la tempestad era tu voz en las lides de tu acero. Derribados eran por tu espada los guerreros, como el cardo silvestre por la vara del niño. Siniestro en su furor vino el fuerte Dargo. La cólera condensaba sus cejas; como dos cavernas en una roca eran sus ojos.

A uno i otro lado alzáronse fulgurantes las espadas; terrible era el choque de sus armas.

No estaba léjos la hija de Rinval; no estaba léjos Crimora, reluciente bajo varoniles armaduras; libre flota su rubia cabellera, en sus manos tiene el arco. Siguió al jóven a la guerra, a Connal su mui amado. Lanzó a Dargo una saeta; mas, torció la saeta el vuelo e hirió a Connal. Cayó como un roble en la llanura; como roca del escabroso monte desprendida. ¿Qué será de ella, desventurada? ¡Su Connal bañado en sangre! ¡su Connal moribundo! Clama toda la noche i todo el dia: "¡Oh Connal, amado mio, amigo mio!" ¡Sucumbe de dolor la acongojada jóven! Cubre la tierra a la hermosa pareja en la colina; crece la hierba entre las piedras del sepulcro. Siéntome a veces a la fúnebre sombra; por entre el césped suspira el viento, revive el recuerdo de ámbos en mi pecho. ¡Juntos dormis ahora no turbado sueño; solitarios descansais en la tumba de la montaña!

—¡Grato sea vuestro descanso, dijo Utha, míseros hijos del torrentoso Loda! Los recordaré con lágrimas i exhalaré mi secreto canto, cuando en los boscajes de Tora sople el viento, miéntras ruje no léjos el torrente. ¡Vendrán entónces a mi alma con su amable dolor!

Tres dias festejaron los reyes; al cuarto desplegaron las blancas velas. Los vientos del norte conducen a Fingal a la selvosa tierra de Morven.—I envuelto en su nube, tras las naves de Frothal, está el espíritu de Loda. Con todos sus vientos avanza e infla las velas de albo seno. ¡No habia olvidado sus heridas! ¡Temia aun la mano del rei!

JUAN R. SALAS E.

UNA AVENIDA DEL MAPOCHO.

I.

Cuando Pedro de Valdivia, en uno de los hermosos dias de diciembre de 1540, dejó vagar sus miradas desde la cumbre del Huelen sobre el extenso i fértil valle que se dilataba en su derredor, debió de parecerle el rio que lo atraviesa bastante caudaloso para los menesteres de la nueva ciudad que iba a fundar, i

demasiado impotente para que la pusiera en amago alguna vez.

Pero la experiencia ha venido demostrando, por mas de tres siglos, la verdad de aquel tan conocido proverbio popular: "Del agua mansa líbreme Dios, que de la brava me libraré yo."

Ocurriósele a álguien sostener que *Mapocho*, en idioma indíjena, significa *traicionero;* i, por mas que tal significacion sea errada etimolójicamente, pues, si mal no recuerdo, Mapocho se compone de los vocablos *mapu*, tribu, i *che*, jente; o sea, *tribu* o *parcialidad de la jente*, es lo cierto que, mejor que muchos otros, cuadra aquel calificativo al extenuado riachuelo cuyas creces han ofrecido, en numerosas ocasiones, un espectáculo imponente para los curiosos i mas que una séria amenaza para los vecinos i la ciudad entera.

Mui bien sabian los indios del valle de Santiago que el Mapocho, al echarse sobre sus márjenes los cimientos de la nueva ciudad, no olvidaria sus traicioneros instintos de devastacion, i haria, puede decirse, causa comun con ellos para desafiar la arrogancia castellana, desbaratando la obra de los invasores. Lo veian deslizarse tranquilamente por entre sus pobres tolderías i el frondoso ramaje de los árboles, serpeando como un arroyo, atravesando sus campos i hermoseándolos i fertilizándolos con sábanas de verdor, bordadas sus riberas de bosques, para perderse no léjos, como avergonzado de su pequeñez, en medio de aquel panorama tan grandioso de una naturaleza vírjen. Pero, al mismo tiempo, conocian, por experiencia propia i tradiciones seculares, que de intervalo en intervalo, sin regularidad alguna, como obedeciendo al poder maléfico del grande espíritu, tomaba sobre ellos terribles venganzas, hinchando sus corrientes, desbordándose de su cauce, para derramarse en seguida sobre sus campos i arriar con sus haciendas, no sin perseguirlos tambien a ellos hasta en sus mismas tolderías.

Las huellas de esas grandes inundaciones en tiempos remotos se dejan advertir aun. Es indudable que nuestro principal paseo, la calle de las Delicias, o *La Cañada*, como la llaman algunos cronistas, i muchas personas todavía, fué brazo de rio en otra época; lo que bastaria a confirmar la propension natural de las aguas en dias de crece a desbordarse por aquel lado de la poblacion i buscar su antiguo cauce. Un siglo despues de fundada Santiago, segun refiere el padre Ovalle en su *Histórica Relacion*, corrian dos *arroyos* por La Cañada, que entónces era el límite de la poblacion, camino despoblado i pedregoso que daba entrada a los viajeros. En algunos campos inmediatos quedan patentes muestras del pasaje de las aguas; i puede asegurarse que los cimientos de la ciudad han sido cavados en el antiguo lecho del Mapocho, del que lo desalojaron en parte la obra de la naturaleza i en parte la del hombre.

A los conquistadores españoles nada podia importarles, sin embargo, ni el recuerdo de las devastaciones pasadas que referia

la tradicion indíjena, ni mucho ménos el temor de las futuras: eran aventureros de allende los mares, que habian surcado el océano en frájiles barquillas, que habian atravesado de parte a parte un continente desconocido, por entre fragosidades i precipicios, salvando impetuosos torrentes, trepando inaccesibles cordilleras, cruzando inmensos desiertos; eran hombres a quienes ya nada podia arredrar i que se burlaban de todos los obstáculos i acometian todas las empresas, por riesgosas que fueran éstas, por insuperables que parecieran aquéllos. Se cuenta de un rei de Persia que, cuando se dirijia a una de sus expediciones, se enfadó contra un rio que le estorbaba el paso, i con un orgulloso juramento, prometió reducirlo a tan miserable condicion que pudieran atravesarlo hasta las mujeres; i en la época de la conquista cada aventurero, con un puñado de hombres, era mas altivo i mas osado que el gran rei i su innumerable muchedumbre, i ejecutaba mas hazañas que las que canta la epopeya de los tiempos heróicos.

Pasado, sin embargo, el primer ardor de la conquista, cuando el aventurero hubo de pensar en el establecimiento i conservacion de su hogar i en ampararlo contra los elementos destructores que le amenazaban, fué necesario hacer algunas obras de defensa que protejieran a la poblacion naciente contra las inundaciones del rio.

Santiago tenia que habérselas con un enemigo inesperado, en el recinto mismo de la poblacion.

No bastaban a probar el arrojo de los españoles la rebelion incesante de los conquistados, ni las penurias de todo jénero a que se veian sometidos en una rejion desamparada i entre enemigos implacables, dispuestos siempre a hostilizarlos de todos modos.

Era necesario además que se conjuraran en su contra los elementos de la naturaleza.

Apénas transcurrido un siglo desde que el conquistador echó los cimientos de Santiago, ya éstos se conmovían por un espantoso terremoto i bamboleaban sus edificios, derrumbándose con horrible estrépito sobre los despavoridos moradores, i quedaba reducido a un monton de escombros el núcleo de una incipiente prosperidad.

Por un lado los terremotos, por otro las inundaciones.

La tradicion recuerda grandes avenidas.

La fecha de una avenida del Mapocho, como la de un terremoto o de un eclipse total de sol, es un acontecimiento memorable, que en las tradiciones populares sirve de punto de partida i de relacion para fijar los sucesos de la vida social i doméstica.

Parece que el miserable riachuelo que atraviesa nuestra soberbia capital se hubiera empeñado de tiempo en tiempo en hacernos recordar que no en vano lleva el nombre de rio: la jeografía i los mapas tienen razon, a no dudarlo.

II.

Habian transcurrido los meses de otoño de 1783 sin que las aguas del cielo vinieran a fecundar los campos.

Los agricultores de Santiago se quejaban de ver defraudadas sus esperanzas i preveian un año mui malo para sus cosechas.

La sequía se habia hecho jeneral. Llegó el mes de junio i aun no habia llovido. Cuando éste hubo pasado, las previsiones se cambiaron en certidumbre.

El obispo de Santiago, don Manuel de Aldai, ordenó una rogativa jeneral para implorar de la Providencia uno de esos próvidos beneficios que sabe conceder a la fe de los pueblos.

La súplica fué oida; i a principios de julio la atmósfera vació verdaderos torrentes de agua sobre Santiago.

El temporal fué arreciando de tal manera que las calles de la poblacion se convirtieron en verdaderos rios, que los transeuntes tenian que vadear para pasar de un lado a otro.

Durante algunos dias los vecinos se vieron obligados a una incomunicacion rigurosa en sus respectivas casas.

Sabido es que, en aquellos tiempos, muchas familias se despedian de otras para encerrarse en *cuarteles de invierno* i no volver a visitarse sino en la primavera siguiente, cuya venida festejaban con una curiosísima ceremonia pública, el dia de San Miguel, si no me engaño.

Un acontecimiento aterrador vino a sacudir los ánimos de todos los habitantes: el Mapocho, engrosado considerablemente, habia roto los tajamares, i su inmenso caudal de aguas amenazaba desbordarse sobre la poblacion.

El 16 de julio veíase en la ribera sur del rio una gran muchedumbre de jente de todas clases i condiciones que observaba con espanto precipitarse una inmensa masa de agua en toda la extension del cauce, arrastrando en sus turbias i pesadas corrientes grandes troncos de árboles, peñascos i edificios, con estruendo ensordecedor.

La atmósfera se mostraba mas tormentosa que nunca: el agua caia i caia sin tregua en deshecha borrasca. Aquello era un verdadero diluvio.

A mediodia dejóse oir el son plañidero de una campana que tocaba plegaria. Sus ecos pausados iban a perderse como un jemido de dolor en el ronco fragor de las aguas embravecidas i en el murmullo sordo de la tempestad.

¿Qué significaba el tañido de aquella campana que así venia a herir los oidos de una muchedumbre aterrada?

El Mapocho se habia desbordado en la ribera norte e inundaba el barrio de la Cañadilla.

Las monjas del Cármen de San Rafael, recien establecidas entónces en su monasterio, gracias a la piedad de su benefactor,

don Manuel Luis de Zañartu, estaban en inminente peligro, pues las aguas rodeaban el convento por todos lados, habian minado las murallas i subian en el compas hasta cerca de dos metros.

Algunas relijiosas se habian dirijido a la torre, dedonde dieron la voz de alarma; otras se habian refujiado en el coro; las restantes habian buscado en los últimos momentos su salvacion en un cerrillo, formado probablemente por los escombros que habian quedado de la reciente construccion del monasterio i que semejaba un islote lleno de náufragos en un verdadero océano.

El agua, que habia invadido los claustros i penetrado en las celdas, no les dejó otro asilo.

Ocho o diez monjas, que se encontraban enfermas, tuvieron que olvidar sus dolencias para salvar sus vidas.

Entretanto, de la gran multitud de jente que presenciaba la inundacion en la ribera opuesta, ninguno se atrevia a echarse a nado para prestar algun auxilio a las víctimas.

Impulsado por una jenerosa enerjía de alma, un caballero respetable de Santiago, don Pedro García Rosales, se echó a la corriente i salió a la otra ribera, decidido a arriesgar su vida en obsequio de las angustiadas relijiosas, que seguian tocando plegaria, sin que nadie las socorriera.

El abnegado caballero, que así llenaba de asombro a todos con su osadía, hizo derribar inmediatamente los obstáculos que se oponian a la salida de las aguas; i logró por tal manera calmar un poco la violencia de la inundacion.

Pero, despues de todo, era necesario que las monjas abandonaran el monasterio i buscaran en otra parte un refujio seguro.

Aun con riesgo de la vida, ellas se negaron a abandonarlo, por no violar su clausura; pero felizmente algunos mensajeros pagados i enviados por el señor Aldai, introduciéndose por el torno, intimaron a las relijiosas la órden expresa de salir de su monasterio.

Se rompieron las murallas con tal objeto, i las monjas fueron sacadas a brazos i trasportadas a una quinta inmediata.

Miéntras esto sucedia, un padre Fuentes, de la Recoleta Franciscana, abriéndose camino al traves de todos los obstáculos, tomó la custodia i la trasladó a su iglesia, donde quedó depositada.

El Prior de la Domínica, por su parte, sacó a las monjas de su improvisado refujio; i, reuniendo cuantas carrozas i caballerías tuvo a la mano, trasportó a las asiladas a su Recoleccion, donde las instaló en uno de los claustros, (llamado la *Casa de Belen*) en trece celdas, que era todo lo que podia ofrecerles por de pronto.

Al cabo de trece meses, las relijiosas fueron trasladadas a un nuevo departamento mas espacioso i cómodo.

Por fin, emprendieron la reconstruccion de su monasterio; i una vez concluido, se trasladaron a él a descansar de sus azares en el seno de una imperturbable contemplacion piadosa.

Mas tarde vió la luz pública en Lima un pequeño poema en versos octosílabos, que compuso la monja sor Tadea de San Joaquin García de la Huerta, en conmemoracion del acontecimiento referido.

III.

Hasta la segunda mitad del siglo pasado, los gobernadores de Chile se habian ocupado principalmente en la pacificacion del reino. La interminable guerra de Arauco absorbia todos los esfuerzos i gastaba todos los recursos.

Las obras de embellecimiento de la capital comenzaron a fines del siglo XVIII, cuando, alejada un tanto la guerra, los capitanes jenerales volvieron su actividad a dejar siquiera algunas huellas en beneficio del pais, que recordaran su paso por la administracion pública.

El primero que rompió por la via de los adelantos materiales fué el activo i laborioso irlandes don Ambrosio O'Higgins de Vallenar.

A él se debieron previsores bandos de policía, que se guardan ahora en los archivos como una curiosidad i un documento de las costumbres de entónces.

A él se deben asimismo la apertura de caminos, la mejora de muchos que se hallaban en mal estado, i otras grandes obras de jeneral utilidad a que está vinculado su nombre.

Pero la que sobre todo empeñó su laborioso celo fué la construccion de tajamares, que pusieran a la poblacion al abrigo seguro de las inundaciones del Mapocho.

El cabildo de Santiago tomó sobre sí el proveer a los costos que demandara la obra. Cada cabildante empeñó su responsabilidad en proporcionar una suma determinada.

Dato curioso: los derechos sobre el consumo de la yerba-mate contribuyeron poderosamente a la realizacion del trabajo; lo que manifiesta que en aquellos buenos tiempos coloniales Santiago era, como se ha dicho por un festivo escritor, la ciudad del mate i del incienso.

Otra de las grandes obras construidas en la última mitad del siglo pasado, es el famoso puente de Calicanto, que une el barrio central de la ciudad con el barrio norte.

Ese trabajo ha inmortalizado el nombre de don Manuel Luis de Zañartu, célebre correjidor de Santiago, si no bastaran a que fuera recordado con gratitud los monumentos de su piedad i beneficencia i el haber afianzado el órden público i la seguridad de vidas i haciendas, mediante una enérjica represion de los delitos i una oportuna vijilancia para prevenirlos.

El puente de Calicanto llama desde luego la atencion de los

extranjeros, quienes, porque ignoran la crónica de las inundaciones i de las grandes avenidas de Santiago, lo creen aparatoso i soberbio por demás para un riachuelo diminuto como el Mapocho en épocas normales.

¿I qué mucho es esto, si ya entre nosotros mismos se ha hablado alguna vez de su inutilidad i de la conveniencia que habria en hacerlo desaparecer?

Refiérese, a tal propósito, el dicho socarron de una señora extranjera, que no carece de injenio por cierto: "O venden puente o compran rio" exclamaba, a la vista de aquella soberbia obra.

Algunos huéspedes notables se expresaban insinuando al misma idea en los primeros años de nuestra emancipacion política, al contemplar los monumentos que nos legaba la antigua metrópoli i cuando el pais todo reaccionaba contra el órden de cosas establecido.

La prudencia i la cordura triunfaron, sin embargo, de las exaltaciones indiscretas i de los consejos inexpertos: la obra subsistió, i subsistió para dar un irrefragable testimonio de su utilidad en la grande avenida de 1827, del modo que ha seguido dándolo periódicamente en los años posteriores, hasta el actual.

I, pues no debe sacrificarse la verdad a los chistes del injenio, bien se pudiera rectificar el dicho aquel de la señora extranjera en sentido literalmente inverso: así, al ménos, se pondria mas de acuerdo con la experiencia.

Santiago, mayo de 1877.

ANDRES R. CAÑAS VERGARA.

TE VEN LAS AVES....

Te ven las aves, i al verte,
De contento cómo trinan;
Casi creo que por tí
Inventan sus melodías.

¡Qué te dirán esas aves!
¡Qué te dirán, tierna niña,
Arrobadas por la majia
De tu dulce simpatía!

Al compas de sus cantares
¡Cómo mueven las alitas!
¿Será que anhelan salir
A gozar de sus caricias?

De tal suerte, de tal suerte,
Al son de modesta lira,
Un triste, que fiel te adora,
Sus cantos de amor envía.

De tal suerte i casi loco
Se desespera i ajita,
Porque le faltan las alas
Para volar mas arriba....

ROSENDO CARRASCO.

DE VUELTA DE EUROPA.

(A ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.)

Con la pluma en la una mano i mi cabeza apoyada en la otra, miraba i tornaba a mirar la blancura del papel que tenia delante, sin que mi pluma se apresurara a borronearlo, por la sencillísima razon de que mis ideas habian salido a tomar aires a otras partes, travesura que suelen hacerme cuando las he menester. Con todas las véras de mi alma envidiaba a los dos insignes escritores de costumbres: Larra i Mesonero Romanos; pues, cuando no encontraban sobre qué escribir, entrábaseles a su aposento algun individuo cuya conversacion les sacaba de apuros o topaban con él en la calle. Ocurrióseme, sin embargo, que bien podia ser que las oportunísimas visitas del tal individuo le vinieran a todo el que sobre costumbres trata de escribir, i por si esta reflexion se convirtiese en realidad, volví la cabeza hácia la puerta, cuando (¡oh ventura!) cata que se abre repentinamente i ofrécese a mi vista un elegante jóven, quien, segun al instante me lo avisó una voz interior, era mi musa en cuerpo de varon.

Saludóme con extranjera cortesía, i púsose a mirarme con ojos tan picarescos i dió en reirse con tanta malicia que me amostacé, e iba ya a señalar la puerta al desconocido visitante, cuando, levantando los brazos, exclama:

—Pero hombre, ¿ya no me conoces?

—Caballero.... no sé.... respondí algun tanto turbado a mi ninfo.

—¡Es posible!

Examiné, entónces, detenidamente a la humanidad que se abrigaba con ese levita de interminable faldamenta i ajustado talle, con esos pantalones bajo cuyas bocas inferiores desaparecian casi por completo los zapatos, que terminaban en una mui estrecha punta a manera de barco; miraba esas patillas cuidadosamente peinadas, esos bigotes retorcidos i hasta el sombrero de copa alta, cuya forma era nueva para mí. Evoqué mis amistades....

—¡Camilo!.... ¡Hombre! ...

—El mismo, díjome dándome un abrazo, que al instante devolví.

—Pero, ¡quién diablos te iba a conocer! Solo hace poco mas de dos años que no te habia visto i.... ¡parece increible lo que has cambiado! ¿Cuándo llegaste?

—Hace dos semanas.

—¡Vaya chico! ¡I cuánto debe de ser tu gozo al ver, despues de tan larga ausencia, a tu patria, a tu familia, a tus amigos!

—Hombre, a decir verdad, no me hago a la vida que ustedes llevan por acá: habíame yo acostumbrado ....

—¿I cómo te ha ido por esos mundos de Europa? Te noto mucho mas pálido i flaco. *Fugit juventus et verecundus color.*

—El mareo....

—Eso es, a no dudarlo: el mareo. ¿Conque no te encuentras aquí a tu gusto? Mui divertido debias de pasarlo por allá cuando sientes volver a tu pais. ¿I por qué partes anduviste?

—Paris era mi centro de operaciones, i en esa capital he demorado la mayor parte del tiempo que duró mi viaje. Hacia mis paseos a Lóndres, a Berlin....

—Como quien dice a San Bernardo.

—Fuí a Roma, a Viena, a Madrid i a muchas otras ciudades.

—¡Quién como tú! ¡I qué de cosas habrás visto! ¡I cuánto habrá aumentado tu ilustracion ese viaje, que es de tanto provecho para el que desea aprender! Supongo que traerás una escojida biblioteca, i te lo pregunto por la aficion que a los libros tengo, i porque los poquísimos buenos que llegan a estos mundos nos cuestan un ojo de la cara.

—¡Oh! En punto a libros me los traigo excelentes, i, desde luego, está a tus órdenes una coleccion completa de novelas de Sué, Jorje Sand, Dumas, Balzac, Víctor Hugo ...

—Bueno, bueno: te preguntaba por los clásicos.

—¡Ah! ¿clásicos?.... Sí... tambien.... Poco entiendo en eso; sin embargo, debe venir un Racine que allá me prestó un amigo i, segun la costumbre de esta tierra, olvidéme de devolverlo i me lo traje.

—I objetos de arte, buenos grabados de cuadros célebres, pinturas, esculturas.... ¡qué buenas cosas traerás de eso!

—¡Cómo nó! De esto, sobre todo. Traigo hasta doce estudios *al desnudo* de pintores de nota, i algunas esculturas de *terre cuite*, como la llamamos allá, i de mármol, que son otras tantas Vénus en todas las posturas posibles. Pero me ha sucedido una cosa: si una estátua saqué, una me hizo pedazos mi madre, quien puso al verla el grito en el cielo, con gran asombro mio, pues me figuraba que ya estarian ustedes un poco mas civilizados en este punto.

—No tengas cuidado, que para allá vamos caminando a trote largo. Ya verás tú, a la vuelta de algunos años, si tenemos que envidiar en esto a los europeos.

—Miéntras tanto, ahí tengo encajonados los cuadros....; en fin, esperaré mejores tiempos.

—¿I Roma? Las ruinas, las marabillas del Vaticano.... cuéntame, hombre.

—Sí, ví todo eso. Te diré: la cúpula de San Pedro es mui alta;

los frescos de la Capilla Sixtina son bastante buenos, con especialidad los de Miguel Anjel; el Coliseo, aunque arruinado, causa su poquito de admiracion, i así todo. Las fotografías que hai de esos monumentos son bastante exactas. I, ya que hablamos de esto, te contaré que cuando estudiaba historia en el colejio, leí en ella que el Escorial tenia la forma de una parrilla volcada; pero, ¿lo creerás? aunque me lo anduve de arriba para abajo, no pude encontrarle la dicha forma. En fin, para contarte todo, necesitaria mucho tiempo.

—Sin embargo, con esa concision.... ¡Vaya! Háblame de Paris, que fuera de él parece que no estás en tu elemento.

—¡Oh! ¡Paris, Paris! ¡quien una vez te conoció, no te olvidará miéntras viva! Eso es bueno, amigo, eso es grande; tú no tienes ni la mas remota idea de lo que es esa ciudad. ¡Qué palacios, qué lujo, qué templos, qué almacenes, qué. . .! Este Santiago de ustedes parece una miserable aldea en comparacion de aquella capital.

—¡I cómo te envidio! Figúrome verte horas enteras aquí en un museo, allá en una biblioteca, acullá en un monumento con tu libro de notas, averiguando cuanto te sea de provecho i tomando apuntes de todo. Te veo en el teatro sin perder una nota....

—¡Ven acá, inocente parvulillo! ¡I cómo se conoce que no has salido de tu Chile!

—Entónces ¿nada de eso hacias? ¿En qué diablos ocupabas el tiempo?

—Ahí verás tú. Preguntar qué se puede hacer en Paris fuera de lo que dices, es un disparate. Ustedes no conocen ni la décima parte de las diversiones que hai allá: por ejemplo, tenemos diariamente bailes públicos, i a ellos asiste jente mui principal...

—¡Oiga!

—Reina la mayor cordialidad i franqueza, i los hai en varios puntos: yo concurria a uno que llamamos *jardin de Mabille*.

—¡Bah! Aquí tambien suele haber de esos bailes que dices, con máscaras i sin ellas, i a la una de la mañana se sirve cazuela, cosa que de seguro no harán allá, i siempre hai regalos i novedades para los concurrentes; i en punto a cordialidad i franqueza ...

—¡Basta, hombre! ¡Qué ridícula comparacion! ¡Si lo de allá es mui en grande!

—Tienes razon, no habia reparado en eso. Como la cosa es mui en grande, ya me figuro que andará mucho mejor.

—Asistí una en el *jardin Bullier;* pero éste era ya *un peu trop fort*. En los dichos bailes i en ir de cuando en cuando a ver alguna opereta a uno de los numerosos teatros, o a la Grande Opera a oir a alguna notabilidad musical, me pasaba la noche; cuanto al dia, dormíalo una parte, i en la otra andaba de acá para allá i de allá para acá. Hombre, si en esos mundos los dias vuelan.

—Ya lo creo; durmiéndolos.... ¿I fuiste alguna vez a las cámaras?

—Fuí una vez a oir un discurso de un famoso orador. Pero, como yo no estaba mui al cabo del asunto, no entendí palabra del tal discurso; i luego, aquellos franceses metian una bulla ... Si dos, cuando discuten, alarman entre nosotros un barrio entero, figúrate qué será el ver a algunos centenares encerrados en una sala. De pronto salieron a gritos con una historia de *¡la clôture! la clôture!*—Eh, diablos, dije yo, e íbame a retirar, cuando llega i se sienta casualmente a mi lado una francesita *à la voix séduisante, au regard virginal* i ...

—Sí, sí; ya estoi al cabo de la calle. I, dime, viste de cerca a alguno de esos iminentes literatos, poetas... a Víctor Hugo, por ejemplo. Me figuro que ha de ser una cosa.... así.... mui grande....

—Pues, hombre, en la misma creencia estaba yo. En cierta ocasion que andaba con un mi amigo, me mostró a Víctor Hugo, i puedo asegurarte que no le encontré absolutamente nada de particular. Con todo, quise verlo mas de cerca, entónces él volvió la cabeza i ... ¡me miró!

—¡Calla! ¿Te miró Víctor Hugo? ¡Qué dicha, qué felicidad, qué honra para tí i toda tu familia!

—Pues ahí es nada. Figúrate que un frances, persona de campanillas i grande amigo mio, me presentó a.... ¿cómo se llama?.... era un músico distinguido: el autor de *La Muette de Portici*.

—¿Auber?

—El mismo. Me lo presentaron, como te decia, i al saber él que yo era chileno, luego se dirijió a mí i estuvimos conversando mas de una hora sobre música, sobre lo atrasado que estaba ese arte entre nosotros, sobre que en Chile todos son insignes *dilettanti* sin entender palabra; en fin, parece que el maestro quedó prendado de mí, i me convidó a comer, convite que acepté.

—Hombre, es raro. Auber murió....

—¿Murió? ¡Cuánto lo siento! Era un buen hombre.

—Pero lo particular es que murió en 1871.

—¿Cómo qué?... Debo estar equivocado en el nombre. Seria otro.

—Indudablemente, seria otro. Dejando esto a un lado, ¿es de allá ese traje que vistes? No le encuentro cara de haber sido hecho aquí.

—Por supuesto, amigo, i éste ha sido uno de los mejores provechos que he sacado de mi viaje. *M. Mesure*, el mejor sastre de Paris, i *M. Main*, el que posee la mejor fábrica de guantes, tienen mis medidas. Tengo cuenta corriente con las principales casas de comercio para que me envien cuanto necesite el buen arreglo de mi persona: perfumería, ropa de hilo, tijeras para cortarme las uñas, escobilla para los dientes....

—Has obrado mui bien, porque eso cuesta caro entre nosotros.

—¡Oh! No es por lo caro; pero, ya comprenderás la diferencia que hai entre comprar aquí las cosas i traérselas a uno de Europa.

—Por manera que si ese traje lo hubieras comprado aquí....

—No tendria mérito. Para mí es una singular satisfaccion decir a todos: estos guantes los *traje* de Europa, luego *me* llegará una navaja de barba, *he encargado* un lápiz. Pues, amigo, si hemos de vivir en nuestra sociedad de *buen tono*, debemos andar con estas frases en la boca i mejor es no decir mentiras, porque así no hai miedo de que nos cojan en ellas. A las veces las cosas encargadas suelen resultar peores que las que hai por acá; pero, *son traidas directamente de Europa*, i a esto no hai mas que callar.

"I si tal sucede con los trajes i demas cosas por el estilo, ya comprenderás cuánta valía adquiere, cuántas consideraciones se merece el que puede principiar todas sus frases con el consabido: *cuando estuve en Europa*. Ya se te alcanzará qué placer sentimos cuando alguna niña nos pregunta: ¿Se usa esto en Paris? miéntras mas allá dos individuos se dicen por lo bajo:—Parece que este jóven ha estado en Europa.—En efecto, está recien llegado.

"Por otra parte, puede uno hablar mal de las cosas de su tierra hasta no mas, abrigando completa seguridad de que todos le encontrarán razon.—Ya se ve, dicen, ha estado en Europa; él debe saber.... Puede contar mentiras sin que nadie le vaya a la mano; puede darse aires de superioridad sin que nadie se los dispute; puede hablar de toda ciencia o arte o lo que sea, sin haberlas saludado, i cuenta que su opinion es de peso.

"Este es, amigo, el provecho que se saca. No sino váyase usted a estudiar, en vez de divertirse, i para mi santiguada que se le reirán todos en las barbas porque no trae modas desconocidas, ni aventuras que contar.

"Vivo en la buena sociedad i ya nada me falta para ser considerado en ella. Tenia el dinero que, por ministerio de la lei, da todas las buenas cualidades habidas i por haber; me faltaba cierto conocimiento de lo que es el mundo, un barniz de ilustracion enciclopédica, necesitaba una prueba que oponer a cuantos dijesen que no sé gastar la plata sin sacar provecho alguno, i ya tengo todo eso con mi viaje a Europa."

Aquí mi amigo se despidió a la francesa i yo eché mano a la pluma.

Santiago, mayo 18 de 1877.

PEDRO N. CRUZ.

BELLINI.

A AUGUSTO V. SERRALTA.

Misterio de una música lejana,
Arrullo de una tarde que dormita,
Llanto de un ánjel, al helar la muerte
Entre sus labios, la postrer sonrisa;

Latido de dolor de un inocente,
Encarnacion de un rayo de armonía,
Todo se unió i, en la vision de un jenio,
En jérmen fué la trasparente AMINA.

Hollando el éter, sin mover sus átomos,
Resbalando en la sombra, sin herirla,
El jenio la miró; le infundió su alma,
I aquel jiron de luz latió con vida.

Nació, i envuelta en su cendal de espumas
El ritmo de los átomos bebia,
I cual absorbe el alma una esperanza
Lo infiltraba en la frente del artista.

El escuchó los ecos de su alma,
Que otra alma de mujer repercutia,
I al mundo los legó. Murió Bellini,
Pero su alma inmortal vive en su AMINA.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

ULTIMO CANTO. [1]

¡Opresa el alma de mortal quebranto,
Perdida ¡ai triste! la esperanza mia,
Mi existencia fatal es de agonía,
Do el hastío se alterna con el llanto!

A un ánjel adoré, i, tanto, tanto,
Como nadie talvez lo soñaria;
¡Cifré en su amor mi anjélica alegría,
Los mundos del ideal cifré en su encanto!

Así, halagado por tan fiel cariño,
Dichoso me juzgué como el primero:
¡Ah! ¡sueños, sueños de inexperto niño!

Hoi, perdido mi amor, ya nada espero,
Con todo noble sentimiento riño,
¡Odio la vida, desconfío i muero!....

ROSENDO CARRASCO.

(1) Soneto que da fin a un romance inédito.

COMO HE ENCONTRADO

EL SAN SEBASTIAN DE FRA BARTOLOMMEO.

(Traducido de L'Année Dominicaine, para La Estrella de Chile.)

El célebre escritor Stanley publicó una dramática relacion con el título de "Cómo he encontrado a Livingstone," a su imitacion yo, que ciertamente no puedo compararme con él, deseo referir sencillamente "Cómo he encontrado el San Sebastian de Fra Bartolommeo." Para conseguir mi objeto no he tenido que correr los grandes peligros del célebre *reporter* americano, ni pretendo escribir una narracion tan tierna como la suya. No me propongo otro fin al escribirle que dar a conocer una preciosa obra del arte cristiano, casi ignorada aun por los mas intelijentes.

I.

En la primavera de 1514 se encontraba en Roma Fra Bartolommeo, célebre pintor de la órden de Santo Domingo. Habia ido a la ciudad eterna para inspirarse en las obras inmortales de Rafael i Miguel Anjel, que entónces, como ahora, eran modelos que deseaban imitar los mejores maestros. El San Sebastian, cuya investigacion nos proponemos, es una de sus mejores obras; fué hecha a su vuelta de Roma i, segun algunos, debida a la siguiente circunstancia. Los artistas florentinos, acostumbrados a desacreditarse unos a otros, decian que Fra Bartolommeo era un gran colorista, pero que no sabia pintar el desnudo i trataba de disimular este defecto trapeando magníficamente sus personajes. El célebre dominicano, herido en su amor propio i queriendo imponer silencio a sus émulos, les respondió presentándoles el cuadro del mártir San Sebastian, que le conquistó la

admiracion de todos i concluyó por cimentar su fama de gran pintor. El santo, que está representado en una casta desnudez, es un modelo perfecto de naturalidad, de gracia, de juventud i belleza. Los pintores tenian en aquel entónces la costumbre de cubrir la octava parte de las figuras con espesos vestidos: Fra Bartolommeo trató, por la primera vez, de rodear el cuadro de un nicho i éste de un adorno i destinados ámbos a conservar la perspectiva i poner al santo en relieve. Su invencion tuvo un éxito completo: la aplicó sucesivamente al San Márcos, al San Vicente i en jeneral a todas las pinturas de santos que salieron de sus manos. Desgraciadamente, dice el erudito P. Marchese, renunció desde ese momento a pintar paisajes, en cuyo jénero era sobresaliente.

En 1516 el San Sebastian se encontraba en la iglesia de San Márcos de Florencia, como lo atestigua el procurador del convento, Frai Bartolomé Cavalcanti, que lo enumera entre los cuadros de Fra Bartolommeo, aun no vendidos, apreciando su valor en veinte ducados. Vasari refiere que fué colocado ahí para ser expuesto; pero que los relijiosos, cediendo a justos escrúpulos, lo quitaron para colocarlo en la sala del capítulo. Pocos despues fué comprado por Juan della Palla, comerciante de aquel tiempo, i obsequiado por él a Francisco I, que habia hecho varias tentativas por atraer a su corte a Fra Bartolommeo.

Durante mucho tiempo se han practicado las mas activas dilijencias para saber el paradero de esta obra maestra del arte. M. Marcette creyó que era el cuadro de M. Crozart, que pasó a manos del baron de Thiers, i atribuido falsamente por algunos a Leonardo de Vinci. Todos creían, jeneralmente, que se habia perdido para siempre, cuando su existencia fué revelada por su mismo poseedor. El 15 de junio de 1844, Le Journal de Toulousse, publicó en su folletin un estudio sobre Fra Bartolommeo, escrito por Alejandro Dumas, que se habia dedicado a adornar hechos históricos con los hermosos coloridos de su brillante imajinacion. Dos dias despues, el mismo diario publicaba la siguiente carta de M. Benjamin Alaffre, que ya en 1841 le habia dirijido sus *Cartas de Italia*.

"Al señor redactor de Le Journal de Toulousse:

"Vuestro diario acaba de reproducir un notable artículo de M. Alejandro Dumas sobre Fra Bartolommeo. Creo que no rehusareis publicar un nuevo hecho que puede, si no me engaño, interesar a los amigos de las artes. No pretendo añadir nada nuevo ni a la biografía del pintor toscano, ni a la justa celebridad de este grande artista, una de las mas puras glorias de la escuela florentina. Tengo, sin embargo, algo mas importante que comunicar a vuestros lectores. M. Dumas, en su citado artículo, coloca entre las obras mas notables del Frate, un San Sebastian que fué enviado a Francisco I, (Dumas dice: "al rei de Francia"

pero Vasari, dice expresamente: "a Francisco I.") Tengo la conviccion de poseer este San Sebastian i creo hacer un servicio a los amantes de la bella pintura ofreciéndome a manifestarles esta obra maestra. Debo, sin embargo, confesar que si tengo razones poderosas para ver en el cuadro que está en mi poder el mismo que fué obsequiado al rei de Francia, carezco de pruebas auténticas para demostrar su autenticidad; pero los datos en que me fundo son tan convincintes que casi elevan mi opinion al estado de certeza. Puede juzgarse por lo que sigue:

"En nuestros trastornos revolucionarios, cuando aun duraba la devastacion de las iglesias, tres cuadros fueron vendidos por un desconocido a mi padre, residente en Montpellier, por cuarenta i ocho francos cada uno. Segun los informes que pudieron obtenerse del vendedor, habian adornado la capilla de un palacio real de los alrededores de Paris: el uno representaba la agonía de Jesucristo, el otro la Anunciacion, i el tercero a San Sebastian. Este último, el mas hermoso de todos, es el que yo poses i atribuyo a Fra Bartolommeo. Pero ¿cómo puedo creer que este cuadro es obra del célebre pintor dominicano? Hé aquí mis pruebas, o mas bien, la serie de razonamientos de los cuales los deduzco. El cuadro enviado a Francisco I, no se encuentra, que yo sepa, en ningun museo, galería o iglesia de Paris o de sus alrededores; las investigaciones practicadas con este objeto han sido completamente inútiles. Esta notable obra, que por su naturaleza i mérito artístico no podia permanecer olvidada, no figura en ninguna de las colecciones en que debia naturalmente encontrarse. Ni Filhol, ni Réveil la han incluido en sus vastos repertorios, en los cuales, sin embargo, se encuentran las riquezas artísticas de Europa.

"Las colecciones dichas aparecieron bajo el imperio, de lo cual se podria inferir que el San Sebastian de Fra Bartolommeo habia ya desaparecido del lugar en donde estaba, como igualmente de toda coleccion importante. En esta hipótesis se podria explicar fácilmente el olvido que he indicado en las obras de Filhol i Réveil. Vendido en la época de nuestros grandes disturbios políticos, durante el saqueo de los edificios relijiosos, perdido despues en una ciudad distante doscientas leguas de la capital, el cuadro de Fra Bartolommeo podia, con mucha facilidad, escaparse a las pesquizas de los editores que he nombrado. El lugar que ocupó hasta la Revolucion Francesa la obra del pintor dominicano puede tambien dar mucha luz para conocer su oríjen: el cuadro de Fra Bartolommeo habia sido enviado a la corte de Francia; el que yo poseo fué sacado de un palacio real.

"Una singularidad notable viene a robustecer estas presunciones. Segun Vasari i M. Dumas, el San Sebastian del Frate estaba como encerrado en un nicho i éste estaba a su vez rodeado de arquitectura. Vasari explica en qué consiste este adorno.

"Era, dice, una doble cornisa." Todos estos detalles se verifican al pié de la letra en mi cuadro. Finalmente, i esto es lo principal, que debe ilustrar la cuestion que nos ocupa, todo lo que Vasari i M. Dumas dicen de la belleza de esta pintura, se encuentra realizado en la que tengo en mi poder. Desgraciadamente los dos biógrafos citados nada nos dicen de la composicion particular del cuadro. En Vasari se explica porque no contempló el cuadro en sí mismo, i en M. Dumas, por la naturaleza de sus investigaciones, que se limitaron, segun parece, a la lectura de Vasari. Puedo asegurar que se encuentran en grado eminente, en mi cuadro, tanto las cualidades jenerales como las particulares atribuidas al San Sebastian de Fra Bartolommeo. El atractivo del claro-oscuro, la pureza del toque, el brillo del colorido, el relieve de las formas, la verdad en la imitacion de la naturaleza; pero, sobre todo, la hábil fusion de tonos. En cuanto a la cabeza, esa expresion de entusiasmo recojido, de celestial beatitud, doble atributo que es característico de Fra Bartolommeo: todo esto se encuentra en la tela que poseo i llama la atencion aun de los ménos intelijentes. Los artistas han reconocido en mi cuadro todas estas bellas cualidades i en prueba citaré a M. Fabre, de Montpellier; a M. Roques, padre, de Tolosa, i a M. Dévéria. Este último vino a ver mi San Sebastian i se pasó muchas horas admirando sus bellezas.

"Reunamos los diversos datos sobre el particular: el San Sebastian del pintor toscano fué enviado a Francisco I; no encontrarse bajo el imperio en ninguna coleccion, lo cual se pudiera explicar únicamente por su desaparicion; el encontrarse por la misma época en una ciudad del mediodía de la Francia el cuadro que está en mi poder i guardar una perfecta armonía con el del Frate; las circunstancias políticas en que el cuadro fué vendido a mi padre, el lugar de donde fué sacado, el bajo precio en que fué vendido, que parece indicar que el vendedor debia su adquisicion a medios no mui lejítimos; la particularidad del nicho i de su adorno; i, en fin, la belleza de la pintura que, respecto del tronco i los piés, ha hecho decir a un hombre de gusto que Rafael no tiene nada mejor. Reuniendo estos hechos, estas diversas circunstancias, no podremos ménos que convenir en que el San Sebastian que poseo es sin duda alguna el mismo de Fra Bartolommeo.

"Permitidme al mismo tiempo llenar el vacío que deja el artículo de M. Dumas en lo concerniente a la composicion particular del cuadro en cuestion. El santo se presenta de frente, está de pié, el cuerpo apoyado sobre la izquierda, teniendo la otra hácia atras, la mano izquierda echada sobre la espalda i la derecha levantada como para recibir el premio de la fé, los ojos están fijos en el ánjel que le señala el cielo i emprende el vuelo sobre su cabeza. El tronco colocado de este modo e inclinado há-

cia el lado izquierdo, se desarrolla sobre la línea contraria; i la posicion de los brazos, unida a los sufrimientos soportados por el santo mártir, descubre hasta los menores detalles de su cuerpo, que es presentado en todos sus rasgos con tanto arte que parece que se ve la extructura interior, que se puede medir su profundidad, que se levanta, se abulta, se comprime hácia los lados, se siente, en fin, que un corazon late allí debajo i la vida circula llena de juventud i de fuerza. Con el pecho, con esa musculatura vigorosa i bien proporcionada, forman un notable contraste las mas finas líneas que manifiestan la flexibilidad i elasticidad de los órganos. Este estudio, sin duda ménos científico que el primero; pero no por eso atestigua ménos habilidad en el artista. La contraccion de los músculos, sobre todo, efecto natural de la violencia de las torturas, está pintada con una admirable naturalidad, todos los detalles están presentados con una exactitud sin ejemplo. Lo restante del cuerpo, una parte presenta una jóven i bella naturaleza, la otra ha dejado de ser de este mundo; los piés pisan aun la tierra, la cabeza está ya en los cielos.

"Las extremidades inferiores del San Sebastian lo colocan entre las obras maestras del arte. En esta parte del cuadro, el arte, imitando a la naturaleza, se ha sobrepujado a sí mismo, ha llevado la ilusion a su mas alto grado; es imposible ir mas allá. En efecto, las piernas, pintadas en claro-oscuro, se desprenden completamente de la tela, i sin el testimonio de la experiencia, que viene a desmentir el de los sentidos, se creeria que todo no era una superficie plana. Ya he hablado de la belleza de los piés: solamente añadiré que, en esta parte, el pintor ha necesitado de todo el secreto del arte para dar a las formas la fuerza del relieve, que era el único que podia producir la ilusion. Esta dificultad, aunque mayor, fué vencida con toda felicidad. Presenta con una rara intelijencia los detalles anatómicos, aun en su mas pequeña minuciosidad: los tendones del pié izquierdo, sobre el cual descansa todo el cuerpo, la inflexion de los dedos que se contraen i comprimen ya por el efecto mismo del peso que tienen que sostener, ya para asegurar el equilibrio del cuerpo, todo es, en una palabra, admirable por su naturalidad, exactitud, i, como se ha dicho ántes, el mismo Rafael no tiene nada mejor. ¿Qué diré de la cabeza, en cuya ejecucion no menores dificultades pone a prueba el talento del artista? al formar las maravillas del tronco solo ha pintado la vida material; al pintar la cabeza ha tenido que traducir la pasion, las inquietudes del alma sobre la tierra, o por mejor decir, los suspiros i los arranques de su corazon, que anhelaba por el cielo. En esta parte el pintor se mantiene a la misma altura. La aspiracion a los bienes de otra vida mejor, la fruicion anticipada de los goces celestiales, la poesía de la fé, el éxtasis mudo, el entusiasmo recojido, todo se encuentra en los ojos del mártir, que reflejan toda su alma.

"Se habrá notado, sin duda, que solo he hablado de un modo indirecto del ánjel que hemos visto ofreciendo al mártir el premio de sus tormentos. Podemos asegurar desde luego que es digno de la figura que acompaña. En la posicion del cuerpo, cuya parte trasera se lanza hácia adelante, miéntras la otra se presenta en sentido contrario, el pintor ha tenido que vencer la peor de las dificultades. El santo está de pié i descansa en la tierra, el ánjel está en el aire, sin mas apoyo que sus alas, con la cabeza hácia adelante, el cuerpo hácia atras, los piés perdidos en la profundidad del nicho. Para colocarlo de este modo en el espacio, para suspenderlo en el aire, para producir una ilusion tan difícil, para mantenerla en toda su fuerza, se necesita un talento sobresaliente. En esta circunstancia Fra Bartolommeo ha llevado la ilusion a su mayor perfeccion; ha sacado de ella todo el partido posible; en esto, como en la pintura de las extremidades inferiores del santo, es de todo punto imposible ir mas allá.

"Tres flechas, que se ven en la sombra, una en el cuello, otra en el costado i la tercera en el muslo, indican el nudo del drama cuyo héroe es San Sebastian; las manos del ánjel indican el desenlace: con la una ofrece al santo la palma del martirio, con la otra le señala el cielo....

"De todo esto creo tener razon para inferir que el San Sebastian que poseo es realmente el mismo de Fra Bartolommeo.— *Benjamin Alaffre.*"

Esta carta, acompañada de un pequeño croquis, fué enviada poco despues a M. Masselli, prefecto de la Academia de Bellas Artes de Florencia, i a M. Montalvi, director de las dos galerías de pintura de la misma ciudad. Ambos aprobaron las conclusiones de M. Alaffre, i el R. P. Marchese, informado por M. Masselli, las confirmó en su hermosa obra sobre los *Artistas Dominicanos*. En 1851, M. Alaffre, que admiraba cada vez mas la obra maestra que poseia, publicó un folleto sobre el San Sebastian de Fra Bartolommeo: en él presentaba nuevos datos i refutaba una por una todas las objeciones, no sin incurrir en algunas inexactitudes, que habria evitado si hubiera leido la obra del R. P. Marchese. Este a su vez, no conociendo dicho folleto, se contentó con reproducir en la segunda edicion de sus *Artistas* (1854) lo que habia dicho en la primera.

II.

En Roma conocí por primera vez en 1857 los *Artistas Dominicanos;* pero aun despues de su lectura solo sabia sobre el famoso San Sebastian de Fra Bartolommeo lo que habia escrito el R. P. Marchese; por él sabia que el cuadro debia encontrarse en Tolo-

sa. Cuando, a mi vuelta a Francia, me dirijia a mi ciudad natal, esperaba que entre los puros goces que me estaban reservados no seria el menor ni el último el de contemplar la obra maestra del Frate. ¡Vana esperanza! mi engaño fué completo. Aunque practiqué las mas activas dilijencias i traté de informarme por todos los medios posibles, no encontré nada i no pude obtener ninguna respuesta satisfactoria. Nadie conocia a M. Alaffre: el San Sebastian era ya ménos que un mito o una leyenda; ninguno lo habia visto, ninguno habia oido hablar de él; i cuando insistia dando detalles mas precisos, causaba cierta admiracion mui semejante a la que inspiraba un poco despues cuando pedia a un empleado de una gran biblioteca de la provincia los sermones *sobre el arca de Noé*, predicados por el dominicano Savonarola, durante la cuaresma de 1494, el mismo año de la expedicion de Cárlos VIII a Italia.

Todas las dilijencias fueron por entónces infructuosas.

Sostenido por el antiguo proverbio: *quien busca encuentra*, proseguí activamente mis investigaciones de viva voz i por escrito cada vez que se presentaba oportunidad, principalmente en Paris i en Burdeos, a donde fuí enviado sucesivamente desde 1862 hasta 1868. Un empleado del museo de Tolosa me escribió en 1866 diciéndome que el cuadro en cuestion debia haber pertenecido a M. Cazeneuve, abogado de dicha ciudad, i que *un aficionado de Carcasona lo habia comprado a la testamentaría*. Con esta noticia lo busqué de nuevo sin obtener mejor resultado: la indicacion era mui vaga para seguir sus huellas. Un año despues hubo un momento en que creí poder exclamar como Arquímides: *lo he encontrado*. Leyendo las Conferencias del abate Besson, hoi dia obispo de Nimes, sobre la Iglesia, encontré al fin una nota concebida en estos términos: "Los dos cuadros mas notables de la iglesia metropolitana de Besanzon están colocados en la capilla del Santo Sudario. El del altar, que representa la Resurreccion de Nuestro Señor, pasa por la obra principal de Cárlos Vauloo; a la derecha, en frente de la portada, está la obra maestra de Fra Bartolommeo, que fué el amigo i rival de Rafael. Este cuadro es comunmente designado con el nombre de *Martirio de San Sebastian*." Esta noticia fué para mí un rayo de luz, pero bien pronto quedé de nuevo en las tinieblas, leyendo a continuacion una descripcion del cuadro, que estaba mui distante de justificar el título que tenia, ni de corresponder al verdadero San Sebastian de Fra Bartolommeo, que nos dió a conocer en todos sus detalles el R. P. Marchese valiéndose del croquis que fué enviado por Alaffre a M. Masselli. Sin embargo, este hallazgo me animó: habia encontrado otro San Sebastian del Frate que no era conocido en Italia i que podia proporcionarme un precioso elemento de comparacion de suma utilidad para mí.

En este estado se encontrabau mis investigaciones, cuando el

R. P. Marchese me escribió desde Jénova, con fecha 7 de agosto de 1867: "Me encuentro en la víspera de publicar la tercera edicion de mis *Memorias*, i apesar de mis numerosas enfermedades, que no hacen sino aumentar con los años, no perdono dilijencias ni fatigas para que ésta sea ménos imperfecta i vaya mas enriquecida con documentos que las precedentes. Yo os suplico que me suministreis todos los datos que podais recojer sobre los artistas franceses, principalmente sobre los de San Maximiano de Tolosa, etc." Yo le contesté enviándole las obras de Castier i Rostan, i prometiéndole practicar las mas activas investigaciones sobre el San Sebastian perteneciente a M. Alaffre i sobre el cuadro de la Catedral de Besanzon, del cual solo tenia noticias vagas. Bien pronto la divina Providencia me puso en situacion de poder cumplir la mitad de mis promesas. En efecto, al año siguiente, la provincia de Tolosa tomó posesion del convento de Burdeos, comprendido en su territorio. Los relijiosos de la provincia de Francia, que lo ocupaban anteriormente, fueron distribuidos entre los diversos conventos. Yo fuí enviado al de Dijon, i poco despues designado para predicar el retiro anual en el colejio católico de Besanzon. Inmediatamente que tuve lugar me dirijí a la Catedral, guiado por el abate de Beauséjour, profesor de filosofía. Durante largo tiempo admiramos juntos el magnífico cuadro del artista dominicano i convinimos en no omitir sacrificio hasta llegar a conocer su oríjen i su historia. El mismo R. P. Marchese me puso en camino de conseguirlo. Yo le envié el resultado de mis ievestigaciones, i poco despues un croquis del cuadro para que pudiera juzgar con mas acierto. "Me habeis proporcionado un dulcísimo placer, me escribia el 14 de agosto de 1869, enviándome el croquis: él viene a confirmar de un modo incontestable las inducciones históricas ya evidentes por sí mismas. Lo noble i grandioso de las figuras, como igualmente el conjunto de la composicion, que se asemeja muchísimo a la manera adoptada últimamente por Fra Bartolommeo, quita toda duda.... Leeré con gran contento el artículo que os proponeis publicar sobre un objeto tan interesante para mí.... La tercera edicion de las *Memorias* será indudablemente impresa en noviembre próximo: está mui enriquecida i aumentada casi en su tercio. He reservado un lugar para los artistas franceses, tanto antiguos como modernos; i, aunque solo se impriman cien ejemplares, segun la intencion del bienhechor que hace los gastos, tendré el gusto de enviar uno a mis hermanos de Francia."

El R. P. Marchese señaló en la tercera edicion la Vírjen de Ferry Carondelet, obra de Fra Bartolommeo, desconocida en Italia; dijo, a propósito del San Sebastian poseido por M. Alaffre, *que segun las últimas investigaciones parecia que este cuadro habia sido sustraido de Tolosa*. Yo, entre tanto, no desesperaba de encontrarlo.

El artículo prometido, redactado por el abate Beauséjour, que habia podido estudiar mejor la cuestion, apareció en los Annales Franc-Comtoises (julio i agosto de 1869) i mas tarde, con algunas modificaciones, en L'Année Dominicaine. Una nota, puesta intencionalmente en el artículo, pedia a los lectores algunos datos sobre el San Sebastian. Este expediente no produjo efecto alguno i nadie respondió a este llamamiento, ni dió noticia alguna.

Tuve que esperar tres años mas ántes de encontrar una ocasion favorable para continuar mis investigaciones con alguna esperanza de buen éxito. Durante este tiempo comparaba silenciosamente el San Sebastian de Besanzon i el de M. Alaffre no solo entre sí, sino tambien con las otras obras del Frate. A medida que este trabajo avanzaba en mi espíritu, dudaba cada vez mas de la version de Vasari, aunque adoptada por el R. P. Marchese. Mi duda, mas arraigada que ántes, se funda en las siguientes razones:

Vasari pretende que el Frate hizo el San Sebastian en 1514 solo para manifestar a los críticos envidiosos que sabia pintar el desnudo. Parece, sin embargo, mui extraño que tuviera necesidad de dar semejante prueba. Los artistas florentinos ¿habian tan pronto olvidado todas las obras que habia hecho i que podian ver en su taller? ¿No les probaba todos los dias que habia hecho un estudio tan concienzudo i aun mas acabado que todos ellos con sus primeros diseños, muchos de los cuales aun se conservan? ¿No habia manifestado su competencia en 1512, representando el mismo San Sebastian en idéntica actitud en el cuadro de los Carondelet? ¿No habia puesto en evidencia su talento trabajando el Cristo de la piedad i el Cristo resucitado, que se pueden admirar en Florencia, en la galería de los Pitti, de la cual son los dos mas hermosos cuadros?

Se dice que tuvo escrúpulos despues de haber concluido su obra i que en adelante no quiso hacer otra semejante. Esta asercion se refuta por sí misma. En primer lugar, el San Sebastian de 1514 no es mas que una imitacion manifiesta del de 1512; en segundo lugar, se puede decir que el Frate siguió el mismo camino haciendo las dos obras que acabamos de mencionar. Por otra parte ¿qué causa habria podido motivar tales escrúpulos? Es cierto que Baccio della Porta se habia hecho culpable i reconocido su falta oyendo a Savonarola predicar con toda su fuerza, desde la cátedra sagrada, contra los artistas contemporáneos, recordándoles la dignidad i la mision del arte cristiano. En compañía de Lorenzo de Credi i otros vino a prometerle con juramento no profanar mas su pincel; despues, en 1597, depositó a los piés de Savonarola sus obras profanas para que, con los objetos de *vanidad*, reunidos por eleccion de la juventud florentina, fueran arrojados al fuego el dia de Carnaval, en la plaza pública, al son de la campana señorial i en medio de las aclamacio-

nes de todos los buenos ciudadanos. Este es un hecho histórico. Desde ese dia Baccio no olvidó jamas su juramento. I bien ¿cómo lo habria olvidado cuando, siendo Fra Bartolommeo, no solo era un artista, sino un relijioso, un hermano predicador? Todo esto nos hace creer que hizo el San Sebastian como hizo poco despues el San Márcos i el San Vicente; no tuvo nada que reprocharse, porque no violó ninguna lei de la decencia representando un santo tan popular en la Edad Media en una casta desnudez. Si Fra Bartolommeo fué el primero, de seguro que no ha sido el último que adoptó este nuevo jénero: las estatuas i los numerosos cuadros que vemos, así en las mas humildes iglesias como en nuestras mas espléndidas catedrales, nos prueban que tuvo imitadores. Por otra parte, si su paleta i su arte maravilloso no habian hecho mas que reproducir fielmente a la naturaleza embellecida con las mas nobles i vivas encarnaciones ¿en qué podia ser culpable? ¿Quién se atreveria a censurarlo? Es cierto que el arte cristiano no debe representar el desnudo sino rara vez i con reserva; pero no le está prohibido de un modo absoluto reproducir la belleza del cuerpo humano, con el cual Jesucristo no se avergonzó de ocultar su divinidad. Nadie se atreverá a afirmar que Fra Bartolommeo extralimitó sus derechos i olvidó sus deberes cuando hizo concurrir a la armonía i a la belleza los dos elementos que constituyen el arte cristiano: la forma i el concepto, lo real i lo ideal, lo natural i lo sobrenatural. Solo con esa union de elementos puede llegarse a la perfeccion, porque solo en ese caso se inspira el artista en los eternos modelos, que son la naturaleza, el hombre, Jesucristo, en quien todos *los que tienen ojos para ver* descubren en un solo i mismo sér el tipo i el individuo, el espíritu i la materia, la humanidad i la divinidad. Estas razones fueron, sin duda, las que indujeron a los relijiosos de San Márcos a no tener escrúpulos en exponer el cuadro en la iglesia de su convento, i si algun tiempo despues lo quitaron fué simplemente para ponerlo en venta.

Verdad es que Vasari afirma que los relijiosos de San Márcos trasladaron el San Sebastian de la iglesia a la sala del capítulo por otro motivo; pero esta explicacion carece de fundamento. Se sabe que en Italia, sobre todo en aquella época, los fieles estaban acostumbrados a contemplar el cuerpo humano, casi sin velo alguno, en las estatuas i cuadros de las iglesias, i es mui difícil admitir que el San Sebastian fuese a sus ojos un objeto de escándalo. Pero, aun admitiendo que fuese así porque su belleza plástica era una viva imitacion de la naturaleza, nosotros preguntamos: ¿de quién seria la falta? ¿de la debilidad del espectador o de la habilidad del artista? i ¿la responsabilidad de los inconvenientes tambien se remontará hasta el Frate, que permaneció fiel a su mision? No de otra manera hemos oido a veces reprochar al P. Lacordaire por haber escrito a *Santa Magdalena*,

como si él fuera culpable de las falsas interpretaciones que pueden dar a su obra, como si no pareciera haberlas prevenido desde el primer capítulo, haciendo, por decirlo así, del amor una *pasion* i de la amistad una *virtud*. Dios sabia perfectamente que sus creaturas podian abusar aun de las cosas mas santas i, sin embargo, quiso simbolizar su union con las almas i con la Iglesia e inspiró el *Cantar de los Cantares*, que los ignorantes, los impíos i los perversos debian trasformar en un vulgar epitalamio.

Conclusion: Vasari, segun nuestro modo de pensar, no ha hecho mas que sazonar su relacion sobre el San Sebastian de Fra Bartolommeo con anécdotas picantes, pero faltas de fundamento histórico. El procurador del convento de San Márcos de Francia, Bartolomé Cavalcanti, ha destruido hasta la verosimilitud de las conclusiones de Vasari. En efecto, no debemos olvidar que Cavalcanti ha señalado este cuadro como que se encontraba en la iglesia de San Márcos en 1516, es decir, mas de un año despues de su comparicion; i que añade que estaba destinado a ser vendido por la cantidad de veinte ducados. Vasari escribe su propia condenacion cuando añade que fué comprado por el comerciante Juan della Palla; porque, si el cuadro era una obra peligrosa, el artista i los relijiosos de San Márcos, discípulos austeros i desinteresados de Savonarola, lo habrian condenado al fuego o, por lo ménos, al olvido.

Vuelvo al asunto principal. La hora del descubrimiento se aproximaba. Yo debia dirijirme a Tolosa en las últimas vacaciones para tomar un descanso mas largo que el de constumbre, i me proponia proseguir con toda actividad, despues de haber tomado parte en el duelo i los negocios de familia que me esperaban, las investigaciones comenzadas en 1857; me parecia que esta vez iba a ser mas afortunado i que con tanto empeño buscaria el objeto de mi deseo que seria imposible no encontrarlo. Apénas llegué cuando principié a interrogar por todas partes a las personas competentes, haciéndoles mil preguntas, pidiéndoles noticias i datos; pero todo fué inútil, no obtuve resultado alguno. Dándome casi por vencido tomé el partido de escribir al nuevo conservador del Museo una nota mui detallada sobre M. Alaffre i el cuadro que en vano buscaba durante tantos años. Por toda respuesta recibí el dia mismo de mi partida estas palabras: "M. Alaffre murió al lado de sus hermanas en Paulhan." Esta noticia era poco i mucho a la vez. Puse esta respuesta en mi Breviario i partí lleno de esperanza: habia encontrado la pista, no habia mas que seguirla. Me detuve lo indispensable para llenar los deberes con las antiguas amistades, que siempre son nuevas para el corazon; para visitar la escuela de Sorèze, confiada al presente a sus directores predestinados, i arrodillarme al pié de la tumba del P. Lacordaire. En fin, en la mañana del 18 de setiembre tomaba boleto en Narbona para Paulhan, lugar de mi derrotero. Al reco-

rrer el camino contemplaba con tristeza el espectáculo de los magníficos viñedos destruidos por la filoxera i las recientes inundaciones, que parecian recordar al Mediodía que no habia sido hollado, como el Norte, por los ejércitos extranjeros. Llegado a Paulhan, me dirijí a toda prisa a la parroquia, esperando obtener allí mejores informes que en cualquiera otra parte. Fuí recibido ¿cómo diré? con un poco de temor. "¡Qué quereis, me dijo mas tarde el buen cura, en los tiempos que atravesamos no se sabe a quien se recibe!" Por suerte mi voz fué oida por sus dos sobrinas, a quienes habia conocido en otro tiempo en Paris, i la mas amable cordialidad se siguió al reconocimiento de mi identidad. Pregunté a M. Fauchard: "Señor cura, ¿habeis conocido a M. Alaffre?—Perfectamente, yo mismo lo asistí en su última enfermedad.—¿Sus hermanas habitan aun en vuestra parroquia?—Solo tuvo una, que es la señora Agueda, al presente algo anciana i enferma, excelente creatura e hija amante, que renunció al matrimonio por acompañar a su anciano padre. Habita la casa paterna i en ella murió M. Benjamin Alaffre ... pero, en fin, ¿qué es lo que deseais?—Os lo voi a decir: ¿habeis visto en su casa un cuadro que representa a San Sebastian?—Sí, estaba en el mismo cuarto del enfermo.—I ¿en dónde está al presente?—Creo que en casa de su hermana.—¿Tendreis la bondad de llevarme a casa de esa señora?—Nada es mas fácil, está a dos pasos."

Tan pronto como la señora Agueda comprendió el objeto de mi visita, levantó los ojos al cielo exclamando: "¡Ah! ¡qué gran gozo habriais proporcionado a mi pobre hermano que amaba tanto ese cuadro i lo llevaba consigo de Paulhan a Tolosa i de Tolosa a Paulhan! Pasaba horas enteras contemplándolo, con las manos cruzadas sobre sus rodillas, para descansar de sus trabajos literarios; murió jóven aun, lleno de fé i resignacion, de esperanza i de amor como el santo mártir i como él mirando al cielo." Me dió en seguida todas las noticias que deseaba. Ya he indicado las mas importantes. Su hermano, profesor en el liceo de Tolosa, vivia en una íntima union con M. Fortuol. Por las reiteradas instancias de éste, M. Alaffre envió a Paris el cuadro para que lo adornasen ricamente i durante algun tiempo hermoseó el salon del ministro de instrucion pública. Este cayó gravemente enfermo i partió para los baños de Ems. M. Alaffre, al saberlo, experimentó crueles angustias; reclamó muchas veces su cuadro, hasta que al fin le fué devuelto, tres dias ántes de la muerte de su amigo (7 de julio de 1856.) M. Benjamin Alaffre murió tambien el 2 de abril de 1862, despues de haber encargado a su hermana que entregase el cuadro a su hermano Godofredo, doctor en medicina, residente en Paulhan, el cual lo trasmitió al morir (1.° de marzo de 1871) a su hijo Cárlos, doctor en derecho i al presente juez de paz en Pézénas.

Me apresuré a preguntar si podia retroceder para ver el cua-

dro en casa de su nuevo poseedor. Se me respondió que éste se encontraba por entónces en el pais de su esposa i que no regresaria a Pézénas hasta el mártes siguiente, dia de audiencia. Sentí vivamente no poder esperarlo; debia estar ese mismo dia en nuestro convento de Flavigny para asistir a las órdenes de nuestros hermanos estudiantes. Como me iba a retirar, "Esperad, me dijo la señora Agreda, debo tener un pequeño folleto escrito por mi hermano sobre este cuadro. Mi vista está algo corta, tomaos vos mismo el trabajo de buscarlo en ese armario." Bien pronto lo encontré i la amable señora me obsequió el único ejemplar que tenia para que lo llevase como un recuerdo de mi visita. Se lo agradecí profundamente i volví a la parroquia. El señor cura me detuvo hasta despues de comer, i habiendo coversado un rato, tuvo la amabilidad de acompañarme hasta la estacion. Cuando el tren de Montpellier estuvo a la vista, le manifesté mi gratitud i lo dejé lleno de entusiasmo por el jenio del grande artista, viendo que una de sus obras habia sido objeto de investigaciones no interrumpidas durante dieziseis años. En cuanto a mí, seguí mi camino, bendiciendo a Dios, feliz i casi orgulloso de mi descubrimiento.

Mi gozo, es verdad, no era perfecto, pues no habia podido contemplar con mis propios ojos la obra maestra tan ardientemente buscada. Esta circunstancia me hacia recordar la fatal condicion de todos los goces de este mundo. La felicidad de contemplar este preciosísimo cuadro estaba reservada a uno de nuestros hermanos que, habiendo caido enfermo, tuvo que salir de Paris para ir a convalecer respirando el aire puro i vivificante de la tierra natal. El R. P. Segonzac pudo admirarlo, el primero entre nosotros, i en su carta de 26 de noviembre próximo pasado resume en una sola palabra la impresion que le habia causado su vista: *el arrobamiento*. El deseo de contemplar ese bello cuadro se ha aumentado cada vez mas en mí. Esperando que el cielo permita que realice mis deseos, he querido dar a conocer el San Sebastian de Fra Bartolommeo a los amigos del arte cristiano que durante siglos, sobre todo en Italia, ha sido el honor i la gloria de los claustros dominicanos.

El resultado de mis investigaciones ha venido a confirmar una vez mas la verdad del antiguo proverbio: *quien busca encuentra*.

Santiago, junio 15 de 1877.

JULIO FESÉ.

TIPOS SUELTOS I AL DESTAJO.

I.

EL ENAMORADO PLATÓNICO.

Dicen que el amor platónico es el sentimiento mas efectivo, aunque parezca ocultarse hasta tal punto que nadie lo vea. Yo, que soi mui respetuoso de la opinion ajena, no me atrevo a contradecirla jamas i acepto como con derecho de decirse todo lo que oigo, lo cual me ha hecho creer que yo tengo por la verdad un amor del mas correcto platonismo.

Pero, ¿en qué consiste un platonismo correcto?

That is the question.

Yo he conocido dos hombres que entendian de mui diverso modo la manera de amar; i ámbos eran enamorados que indudablemente eran víctimas del amor platónico. Quiere decir, entónces, que hai dos clases de amor platónico. Una de ellas es la indiferencia en el afecto (échele Ud. un galgo) i la otra, inmensamente mas rica en súbditos, ama en el sér amado, no precisamente la persona, como pudiera creerse, sino sus mas brillantes, sólidas i estimables *prendas*.

—En materia de cualidades, decia un sujeto, yo amo a niña mejor *dotada*.

I el mui farsante tenia razon en decir esa especie de barbaridad.

Otro agregaba:

—Yo la amo; pero no se lo doi a conocer.

—¿Cómo sabe Ud. que la ama? le preguntó un *quidam* de sonrisa picaresca.

—¡Ah, eso lo siento yo en el fondo de mi corazon!

Despues que a este sujeto le hicieron la autopsia, se supo que era cierto lo que habia dicho.

En cuanto al otro enamorado platónico, mas correcto que el segundo, solo diré que es un prodijio de sabiduría por el vasto conocimiento teórico que posee respecto a los modos de hacer fortuna.

Ha llegado a investigar hasta las causas i las consecuencias probables del advenimiento de la edad de oro. Conoce palmo a palmo lo que cuenta la historia acerca de la existencia del Eldorado. Cree que ya se acerca el tiempo feliz en que, realizados los

sueños de los antiguos poetas, no habrá ya hambre ni sed sobre la tierra. Gracias al anunciado prodijio, las ciudades serán despues edificadas de oro macizo cubiertas de pedrerías. Cada adoquin será una barra de plata. Los trajes serán de finísima lama. El exterior todo del hombre corresponderá a una especie de creaturas superiores a él. Entónces el hombre no conocerá al hombre i cada uno encontrará un dios en su hermano, pues ceñido de una áurea diadema, se sentará sobre tronos de brillantes i de esmeraldas. Oh....

He dicho que este individuo conocia mui bien las maneras *teóricas* de hacer fortuna, i tal he aseverado, porque jamas ha podido llegar a la práctica o sea a la realizacion de sus esperanzas.

¡Caprichos de celibatario! Por mas que se enamore perdidamente de las niñas ricas (que él llama mui *interesantes)* nunca ha podido llegar mas allá de sus amores *platónicos*, talvez, porque la opiniones que él abriga se encuentran tambien mui arraigadas en las interesantes beldades con que sueña.

Pero lo mas curioso es que el hombre de la cuestion, comenzando por amar las prendas i calidades de la ninfa, concluye por persuadirse de que realmente está enamorado de la persona. Eso sí que, allá en sus sueños, nunca se imajina estar con el sér amado cara a cara i frente a frente, eliminando todo lo demas, si no que siempre se figura algun encantado palacio, i piensa en paseos i fiestas, i se representa rejios salones poblados de cortesanos sonrientes i melífluos, i, como buen hambriento, se recrea ideando festines en que beberá el néctar de los dioses al son de músicas seductoras.

—¡Oh, poesía del estómago, yo te deseo que no mueras de asfixia i de apoplejía!

Formalmente, creo que el enamorado platónico es uno de los mas ilustres descubrimientos que contribuyen a dar luz a este venturoso siglo de las luces. ¿Qué hai mas luciente que el oro?

Tambien es posible que esta clase de individuos sea uno de los mas perjudiciales en la sociedad. En efecto, talvez no hai cosa mas parecida que ellos a los zánganos de las colmenas; i ya se sabe que los zánganos solo sirven para que las abejas los claven. Por eso se me figura que un par de calabazas, dadas a tiempo, equivalen a una eficaz introduccion de la lanceta en el abultado cuerpo de un zángano.

Ademas, con toda la enerjía de que soi capaz, denuncio a los enamorados platónicos como destructores del sistema de la igualdad, que debe rejir a nuestra sociedad, i por lo tanto, como enemigos solapados de las luces del siglo, que está basado en la igualdad i otros sustantivos abstractos *ejusdem furfuris.*

II.

LOS TONTOS.

El órden lójico de las ideas me lleva, o mas bien dicho, me trae, a tratar de otra clase de individuos de quienes no se puede hablar sino diciendo: ¡con permiso!

En cuanto a su número, dijo uno de ellos que, si volaran, oscurecerian el sol.

I en cuanto a su modo de ser, afirmo yo que son las creaturas mas felices del mundo: por eso les llaman bienaventurados.

Al tratar de esta delicada materia, no me propongo señalar cuáles son las condiciones i cuáles los signos que caracterizan a un tonto correcto. Solo deseo pedir la palabra por mui breves instantes por no fatigar la atencion de los que me leen o los que me escuchan. Despues de los brillantes pensamientos emitidos por los elocuentes escritores que me han precedido en el uso de la palabra, todo lo que yo pudiera decir seria pálido i descolorido. Seré, pues, mui breve.

Comenzando por la historia, no se sabe positivamente i de un modo auténtico, por falta de los correspondientes documentos, cuál fuera el primer tonto que existiera en la tierra. Pero es de presumir i de afirmar hipotéticamente que, habiendo nuestro padre Adan cometido la insigne tontería de dar crédito a su amada esposa sobre lo que a ésta le habia soplado su majestad de los infiernos, dió pruebas de haber sido, por lo ménos, un iluso i un mal aconsejado, un visionario i un utopista como hai muchos, que no son designados con el apodo que se merecen, apesar de que van tras la realizacion del ideal que perseguia el primero de los hombres: hacerse como dioses, sabedores del bien i del mal.

Pasemos ahora al diluvio i veremos que los tontos fueron todos aquellos que no quisieron entrarse en el arca con Noé, ya que no se comportaron como Dios manda ántes del castigo.

Pero, dejando a un lado la historia, porque seria mas larga que lo que refieren de la lonjitud indefinida del caballo del Diablo, es tiempo ya de decir que al hablar de los tontos, no comprendo en ese número a todo el jénero humano, sino que precisamente me limito a aquellos que los demas declaran tales, aunque, a decir verdad, por mas respetuoso de la opinion ajena que sea yo, no veo claro en este caso cuál es el límite preciso que separa a los tontos de los que no son tanto.

En fin ¿hanse visto ojos mas simpáticos que los de los tontos? Ningunos como ellos anuncian la inocencia i la pureza. El candor i la injenuidad brillan en esas pupilas serenas. Las tempes-

tades del alma no los encienden ni enturbian. La malicia no los hace brillar, ni el dolor los anubla. ¡Qué ojos tan decidores! En cada uno de ellos está escrita esta palabra: ¡Nada!

¡Cuán sonrientes i placenteros son los labios de los pobres de espíritu! Se abren i se cierran, se plegan i despliegan con ondulaciones sin amargura ni sarcasmo. Ellos no saben sino reir.

Siempre he sentido una atraccion misteriosa hácia esas almas encerradas en los tontos. ¿Será el vértigo del abismo? Porque cuando uno se asoma a ver esas almas, solo ve un vacío inconmensurable, una sima en que nada se divisa, mucho ménos el *fondo*, por cierto.

No creo que esa atraccion sea un mal antecedente, en cuya virtud pueda juzgárseme análogo o parecido a los tontos; i, así, suplico al lector que no me vaya a creer una especie de tonto, pues entónces yo tendria derecho a expedirle a él patente de tal, por la gravísima i perjudicial equivocacion en que incurriría.

Por conclusion, como hai tanto que decir acerca de los tontos i no acabaria tan luego si acometiese la empresa, para cumplir con mi propósito de ser mui breve, concluyo aquí, esperando que la opinion pública, tribunal justiciero i que oye las apelaciones de todos los que la invocan, fallando siempre como se le pide, resuelva algo imparcial en materia de tontos, ya que en los últimos tiempos esa plaga, que fué la única que no curó Nuestro Señor Jesucristo, ha tomado un incremento tan considerable.

Mucho me temo, sin embargo, que en este caso todos se hagan tontos sin necesidad alguna....

III.

LOS PRESUMIDOS.

"Prestadme tempestades vuestro rujir violento,
Cuando reviente el trueno bramando el aquilon;
Cascadas i torrentes prestadme vuestro acento
Para *echarles* tremenda, eterna maldicion."

¿Quiénes sino ellos merecen la mas grande de las maldiciones, ellos, esos tormentos del buen sentido, suplicio del buen gusto, pesadilla de la sociedad, muñecos en forma de hombre, duendes diurnos i nocturnos que tienen por oficio incomodar a los demas?

¡Presumidos! vosotros contais con una numerosa falanje de secuaces: teneis oradores, (¡oh qué oradores tan remilgados!) escritores de guantes de cabritilla i almíbar en vez de tinta, ministros, congresales, jente de salon, etc., etc.; (en éstas comprendo el crecido número de los paseantes i aplana-calles que andan luciéndose en todas partes.)

Ved ese orador: ¡cuánto cuidado pone en su actitud elegante, en dar al rostro una amable expresion, en accionar de la manera mas suave i artística, en modular la voz hasta hacer con ella una tocata de organillo callejero! Todo en él es dulzura i suavidad. Los arrebatos de la indignacion, los ímpetus del entusiasmo solo se traducen en esa oratoria por unos bien medidos *crescendo* que en nada perjudican a la melodía de la voz i a la compostura del continente.

Leed a aquel escritor empeñado en dar a las frases una forma nueva, una manera orijinal, que les quite toda su dureza i las deje mas blandas que motas de algodon, mas dulces que caramelos. ¡Con qué elegancia nombra el oro, con qué donaire dice un poco de todo, con qué pulimiento interroga i declama! Aromas i perfumes, suavidad i dulzura, belleza de alhaja preciosa, esos escritos deben leerse cuando uno esté bien vestido, en un salon confortable de recibo en que nada falte a la molicie.

¡I qué levita tan correcta, qué modo de andar tan marcial tiene aquel señor ministro! Cuando uno pasa a su lado, es como si pasara al lado de una perfumería. ¡Qué fragancia! Cuando uno lo divisa, le dan ganas de quitarse el sombrero i buscar otra calle. Yo haria indicacion para que anduviese una orquesta tras de él.

¡I aquellos elegantes de paseo que saben tan bien llevarse dos horas delante de un espejo acomodando pelo por pelo un crespito del cabello o un cabo de bigote, colocando la corbata de un modo conquistador, arreglando la ropa de manera que parezca flamante i de última moda para que caiga con elegancia i buen gusto en aquellos bien rociados cuerpecitos!

¿Para qué hablar de la presuncion, cuando es tan pequeña, que seria indigna de los monos? Yo creo que si las muñecas i los figurines pudieran conocer que siempre las representan, todos ellos protestarian con la mayor franqueza e indignacion.

Muchos se rien i se divierten con la jente presumida; pero como si hai lados ridículos en las cosas, hai tambien ciertas ridiculeces mas indignas que otras, yo pediria que se condenara la presuncion al desprecio de todas las jeneraciones, con tal que ese desprecio se manifestara obligando a los presumidos a salir un dia en procesion por la calle, pero todos vestidos como para acostarse....

He dicho.

ADOLFO CABALLERO.

EL RAMO DE CINTAS VERDES.

I.

Del crepúsculo las sombras
Negras envuelven el templo,
I flota en la augusta nave
Melancólico silencio,
Que turba, solo, el tañido
De la campana, a lo léjos,
O mal oculto suspiro
De algun lacerado pecho.
Los cristales de colores
Su viva lumbre perdieron,
I se columpian los arcos,
En la sombra, jigantescos.
Con las alas levantadas,
Con ojos de vivo fuego
I abiertas las anchas fauces,
Que rabia lanzan i miedo,
Volar quisieran dos grifos,
Emblemas tristes del tiempo,
Sin una mano invisible
Que los mantiene en su puesto.
Los santos de piedra mueven
Sus labios, en el silencio
De una oracion sin palabras
I que resuena en el cielo.
I las góticas ojivas,
Acaso fantasmas negros,
Parecen, que se inclinaran
Murmurándose secretos.
I molduras i calados,
I blasones de otros tiempos
Sentimiento extraño infunden
De devocion i respeto.
Tristes como el suspiro,
Del moribundo, postrero,
En el sagrario dos luces
Alientan con mustio fuego
I con su fulgor dudoso,
Con su pálido reflejo
Parece aumentan las sombras,
Parece aumenta el misterio.

II.

La mantilla hasta los ojos,
Cruza el pórtico una dama
I en torno mira, indecisa,
Como si algo allí esperara.
I al instante mismo brota
La sien altiva i gallarda
Que hermosas plumas encubre
I que jentileza marca,
Un galan que lleva al pecho
Un ramo de verdes franjas.
Como el toro que en la arena
Herido, de furia brama,
Negro fantasma, de un salto,
A los amantes separa.
Dos sordos gritos se oyeron
Que un débil jemido matan;
Ella cayó entre los brazos
De alguna dueña espantada,
I los galanes cruzaron
Las valientes toledanas.

Ante una luz, que una imájen
Del Cristo apénas señala,
Que mas inspira zozobra
Con su doliente mirada,
Cruza veloz un espectro,
Al aire suelta la capa,
Un ramo lleva en la mano
I en la otra mano una espada.

III.

Ya las campanas de Burgos
En el espacio resuenan,
I brilla el sol mas hermoso
Tras la noche de tormenta,
Cuando al abrir, un lego,
De la Catedral las puertas,
Un grito lanza, que muertos
Desde su tumba oyeran.
Un cadáver en las gradas
Habia, visible apénas,
Medio oculto por la nieve,
I en sangre teñido, fresca.

En todo Burgos circula
Cual fuego la mala nueva,
Que es de sangre real el muerto
I de mui alta nobleza.
Pero en vano la justicia
Descifrar aquello intenta;
Mudo testigo fué el Cristo,
Testigo mudo la dueña.

En una tortuosa calle,
Donde el sol nunca penetra,
I los balcones se cruzan
Desde la techumbre estrecha,
Antigua como las otras,
Hai una oscura vivienda
Que encumbrado rango acusa
Con sus blasones i rejas.
Cada aurora con sus rayos,
En una ventana besa
Un ramo de verdes cintas,
Un ramo de flores frescas,
I negros rizos asoman
Que una blanca frente velan,
I dos ojos encendidos
Que a la nieve misma queman.
Despues una linda mano
Que el ramo hácia el seno lleva,
Si no lo tocan los labios
I la ventana se cierra.
Pero en la triste alborada
De aquella muerte secreta,
No corren las celosías,
Los negros ojos no juegan.
Acaso teme la niña
Lo que decir no confiesa,
Acaso en las sombras mira
Algun espectro que aterra.

Cuando el sol estaba ya
Del cenit en su carrera,
I las tristes impresiones
Como las sombras deshechas,
Con ademan silencioso,
Con mano dudosa i lenta,
Se abrió la ventana, i verdes,
Verdes las cintas eran
Del ramo sobre la nieve

Que forjara amor para ella.
Un ¡ai! resonó un instante
De admiracion i de pena,
I el ramo cojió la dama
Con mano convulsa i trémula.
Sucias estaban las cintas,
Las flores no estaban frescas,
I en cuanto tocan oscura
Repulsiva mancha dejan;
I entre las hojas caidas,
Entre las corolas yertas,
En vez de suaves perfumes,
De amor i de dicha emblema,
Un papel quebrado habia
Donde robustas letras
Que mas el alma adivina
Que los ojos ven, expresan:
"No por la dama menguada
Que el ramo i su fé vendió,
Buscó esa sangre mi espada,
Fué el honor quien la buscó."

IV.

No se alzó jamas en Burgos
El triste i pesado velo
De aquella noche sombría,
De aquel terrible misterio.
Si al diablo culpan algunos
I santo llaman al muerto,
Dicen otros que fué el príncipe
De vida i gustos lijeros,
I todos rien i burlan
De algun borracho escudero,
Que, en aquella noche, jura
Haber mirado entre sueños
Que al príncipe cierta dama
Le colocaba en el pecho
Un ramo verde, pagado
Con un prolongado beso,
Miéntras oculto en las sombras
I en espesa capa envuelto,
Un negro fantasma, inmóvil,
Los contemplaba en silencio.

Mayo 28 de 1877.

WENCESLAO SMITH.

LIJERAS CONSIDERACIONES

SOBRE LA

VIDA DE BLAS PASCAL.

I.

Acontece a menudo que al juzgar los hechos de los hombres ilustres que han dejado huella imperecedera en la historia de la humanidad, nuestro espíritu, asaltado por mil vacilaciones, no acierta a expresar un juicio certero, capaz de satisfacer la duda que por do quiera se presenta. Para apreciar, sobre todo, el carácter i tendencias de un gran talento, ¡cuántas dificultades i cuántos obtáculos!

Con nuestros limitados alcances somos las mas veces impotentes para apreciar en todo su grandioso i magnífico conjunto los mil variados i rápidos jiros de un espíritu creador que, lanzándose a los espacios merced de impulso poderoso, rompe las nubes i penetra en rejiones donde se oculta, nunca a nuestra admiracion, pero sí siempre a la insaciable curiosidad de nuestro entendimiento.

Hai mas aun.

Una existencia uniforme i compacta, encerrada en la lójica de una idea grande i pura, se presenta cual sol radiante de luz i de hermosura que disipa las tinieblas i establece el imperio de la verdad.

Por lo contrario, levántanse mil pareceres distintos i en discordante muchedumbre, mil atrevidas conjeturas sobre la memoria de los hombres cuando éstos, en su mortal carrera, de industria, o contra su voluntad, aparecen vagando fuera de la órbita estrecha, marcada a todo individuo por la lójica inflexible de un sistema.

Pero, en estos casos, para que haya equidad, cabe observar que, al empuñar el hombre en su mano la vara de la justicia, que es atributo de Dios, con el objeto de juzgar a los personajes cuya vida se estudia, debe fijar su atencion en la grandiosidad del conjunto que determine el fondo de un individuo, ántes que en los accidentes que constituyen la excepcion. Porque así como nunca se puede ser bastante inexorable para anatematizar la memoria de los que, hollando todos los fueros del bien i de la verdad, fue-

ron verdaderos malvados, del propio modo será siempre cruel iniquidad parar mientes en las debilidades de un sér para apreciar segun ellas i solo segun ellas, sus tendencias i sus obras.

Colocados ante las bellezas de un cuadro de mérito indisputable ¿seríamos bastante insensatos a despreciar la maestría de la concepcion, llevados por el vil prurito de hacer notar algunas imperfecciones de detalle?

I ¿qué otra cosa que parecerse a estos últimos, hacen aquellos críticos acerbos, que gastan largas horas de estudio, empeñados en la triste tarea de oscurecer la gloria de un personaje ilustre, en borrar un nombre en la escasa lista de los buenos?

II.

Preséntanse estas consideraciones espontaneamente a nuestro espíritu al recuerdo solo de Blas Pascal, el autor de las *Provinciales* i los *Pensamientos*, como quiera que este eminente sabio i pensador cae de lleno en aquella clase de séres.

Fué admirable su existencia i cuenta entre la de los jenios mas portentosos que la humanidad ha producido.

Escritor: brotaron de su pluma raudales de luz i de verdad. Pero, ¡abismos de la humana naturaleza! su espíritu, esencialmente cristiano, dejóse en fatal hora llevar por funesto error i en sus olas turbulentas arrastrado llegó hasta el último supremo trance sin hacer oir la palabra salvadora, palabra de reparacion, cruel sacrificio del orgullo; pero condicion indispensable para morir en paz en el seno de los buenos. Verdad que permaneció siempre estrechamente unido a la relijion del Cristo i desprendido del mundo practicó, hasta su último aliento, la moral mas austera; verdad que escribió libros, eternos monumentos de su jenio, en defensa de aquella misma relijion. Mas, verdad tambien que, doblegado por el orgullo i rebelde a la autoridad instituida por Dios infalible, vió caer sobre su frente el anatema que aquélla lanza sobre los que desconocen su poder i quebrantan sus leyes.

No es extraño entónces que la incredulidad haya ajitado sus negras alas junto a la tumba del gran pensador, reclamando el honor de contarlo entre sus filas. "Desde hace mas de un siglo, dice a este propósito M. Víctor Rocher, dos campos, el de los impíos i el de los cristianos, se disputan cada uno en su favor el gran nombre de Pascal. De un lado Voltaire i Condorcet en el siglo XVIII, han querido trasformar a este sincero creyente en precursor de la guerra que ellos mismos hacian a la Iglesia o al ménos disminuir o anular la autoridad de su *Apolojía*, pretendiendo que era la obra de un cerebro extraviado."

Por otro lado i con mas justo título han proclamado los cre-

yentes el derecho que tienen a la memoria del autor de los *Pensamientos*. Pudo éste defender errores i errores mui graves; pudo, con la lectura de Epicteto (1) i Montaigne, dar un tinte escéptico a algunas de sus teorías; pero de ahí al pleno escepticismo, de ahí a la incredulidad, ¡oh! hai un abismo. ¡Incrédulo! el escritor que en el documento mismo que atestigua su caida ha estampado estas palabras: "Declaro que no tengo, gracias a Dios, en la tierra amor alguno sino a la Iglesia Católica, Apostólica i Romana, en la cual quiero vivir i morir i en la comunion con el Papa, su jefe soberano, fuera de la cual estoi convencido de que no hai salvacion." ¡Incrédulo! el autor de la apolojía quizas mas orijinal i brillante del cristianismo. Verdad que sería curiosa aberracion.

Hai en la vida del ilustre solitario de Port-Royal, misterios insondables. ¿Quién lo duda?

Por su parte, la Iglesia nunca trató de echar la capa del olvido sobre ellos para cubrir sus faltas. Mui por el contrario, recuérdalas cada vez que es menester execrar las mas que perniciosas consecuencias del orgullo de la razon. Pero ¿cómo desconocer los servicios eminentes prestados a la relijion por un talento como el de Pascal, i cómo no concederle tributo de admiracion i respeto en presencia del amor inmenso que siempre profesó a todo lo que llevaba el sello de la relijion cristiana, amor que se tradujo en pájinas inmortales, que no serán bastantes a destruir ni el tiempo ni los hombres? Verdaderamente entónces, procediendo de buena fé, no se puede negar que Lacordaire tenia razon cuando exclamaba: "Pascal ha sido uno de los filósofos del catolicismo."

III.

Aunque no sea mi intencion entrar en detalles, importa dar lijerísima noticia acerca de lo que fué la vida del autor de las *Provinciales* i los *Pensamientos*.

Nació Blas Pascal en Clermont-Ferrand (Francia) el 19 de junio de 1623.

(1) Profundo respeto inspiraban a Pascal estos dos filósofos. Del primero (Epicteto) decia que mas que ningun otro habia sabido manifestar las tendencias i pasiones de la humanidad i demarcar con acierto i maestría sus eternos deberes. Del segundo (Montaigne) que habia logrado confundir el necio orgullo de los que, ufanos por los descubrimientos científicos, abandonan los principios relijiosos, proclamándose los abnegados i fieles servidores de una exijencia de su razon. ¿Acaso no divisaria ya Pascal a su rededor esos que tanto abundan en nuestros dias, sapientísimos doctores que nos abruman, hablándonos en su sempiterna charla de las *evoluciones necesarias del progreso*, i de la ciencia, de esa terrible ciencia que devora los dogmas revelados con la misma avidez con que se traga los niños el ogro de nuestros cuentos infantiles?

Segun lo refiere su hermana mayor, conocida en la historia con el nombre de Mme. Perier, i que ha suministrado datos preciosos concernientes a la vida de su ilustre hermano, manifestó aquél desde sus primeros años un gran talento. Buscaba en todas las cosas la evidencia; "de modo que cuando no se le daban buenas razones, buscábalas por sí mismo." Su padre, eximio matemático, i que fué su único maestro, dedicóle al estudio del latin i las lenguas vivas i puso especial empeño en impedirle él de las matemáticas, conociendo por propia experiencia el gran atractivo que a las veces ejercen éstas sobre las intelijencias juveniles, i no queriendo distraer a su hijo de aquél. No tardó, empero, el afanoso padre en ver burlado su mandato. Loca empresa es dictar leyes a la intelijencia, tan loca como la de poner diques a las olas embravecidas.

Obedeciendo a secreta e irresistible tendencia, preguntó un dia Pascal qué era la jeometría. Satisfizo el padre lo que él creia una pueril curiosidad. ¡Cuán léjos estaba de creeer que su sencilla explicacion daria alas al jenio para lanzarse a magníficas i desconocidas rejiones!

Si hemos de creer a los historiadores que narran este punto, ateniéndose a los detalles suministrados por Mme. Perier, llegó Pascal a descubrir, mediante aquel escaso recurso, los cálculos i demostraciones de la jeometría hasta la 32.ª proposicion de Euclides.

Como ignoraba los nombres de los diversos elementos de esta ciencia, inventóles él mismo uno especial. Careciendo de los utensilios necesarios, sirvióse de las paredes de su aposento i de un carboncillo.

Ocupado en estos científicos entretenimientos, encontróle un dia su padre, quien, al descubrir tan monstruosos adelantos, fuera de sí, corrió a un amigo, i en su emocion solo atinó a decirle: "Ved lo que ha hecho mi hijo: ha descubierto las matemáticas; i esto a pesar de mi prohibicion de ocuparse en ellas."

Seguramente no habia Pascal descubierto las matemáticas, pero habia legado a la posteridad claro i seguro indicio de la monstruosa pujanza de su espíritu.

Desde la fecha de aquella escena cesó toda prohibicion, i Pascal pudo lanzarse sin zozobra en una senda en que debia cosechar laureles inmortales.

IV.

Podríamos seguir paso a paso en la vida de esta naturaleza sorprendente la historia de sus triunfos i detenernos en cada uno de los trabajos que le han conquistado un nombre imperecedero

entre los sabios que mas brillante luz irradian en los fastos de la ciencia. No lo haré, sin embargo, ya que ello importaria un análisis detenido de este sabio: tarea impropia del presente lijero resúmen. Ni entraré, por lo tanto, en consideraciones sobre si es o no merecida la fama que le ha cabido por algunos de sus estudios i descubrimientos científicos, tales como *El tratado de las secciones cónicas*, la *Cycloide* i las *Célebres experiencias de Puy-de-Dôme*. Es este, por lo demas, asunto difícil de resolver, árduo como es, i sobre todo cuando no le es dado a cada cual sentenciar el litijio ateniéndose a los propios conocimientos e investigaciones concernientes a esas materias.

Sea como se quiera, es lo cierto que, entregado Pascal a estos estudios, no se dió punto de reposo, i que, como consecuencia necesaria de tan febril actividad, agravóse la debilidad de su temperamento enfermizo, aumentaron sus dolencias físicas, de modo que con sobrada razon repetia, al fin ya de sus dias, estas palabras: "Desde los 18 años no he pasado un instante sin dolor." Palabras tristes, si se quiere, como un adios eterno, pero llenas de consuelo para el que al despedirse de la vida sin haber mojado los labios en la copa del deleite, las pronuncia impregnadas de una heróica i cristiana resignacion.

V.

Con haber dedicado su intelijencia tan solo a las matemáticas, habríase conquistado Pascal un nombre envidiable en la historia; pero, pródigo de gloria, esta vez el destino quiso que contara, a semejanza de otro hombre de jenio, posterior a Pascal, insigne tambien como sabio i como filósofo, el gran Leibnitz, en las filas de las mas eminentes personalidades del pensamiento i de la filosofía.

Habia sido educado Pascal por su padre en el amor mas puro a la relijion cristiana. Por manera que su naturaleza delicada i sensible habíase desarrollado, aspirando los consuelos que brotan a raudales de las pájinas sublimes del Evanjelio. I esta fé robusta de la juventud debia de conservarla en medio de las pasiones turbulentas de una gran caida i guardarla hasta su último aliento.

Tenia la sencillez propia de la mas tierna infancia, i él, que habia rechazado siempre todo principio que no se mostraba claro i evidente a su espíritu, él, acostumbrado a indagar el *por qué* de todas las cosas i a no aceptar creencia alguna científica sin prévio i detenido exámen, recibia sin titubear toda enseñanza cristiana, i, léjos de toda duda i controversia teolójica, estudiaba la relijion solo para perfeccionarse en su práctica i unirse mas i mas al Cristo.

Tal fué Pascal hasta los veinticuatro años, época en que debia de verificarse en este fervoroso creyente una revolucion que tendria funestas consecuencias en su vida i sus escritos.

Esto es lo que se ha llamado la *primera conversion* de Pascal; pero *conversion*, en la vida de este filósofo, significa, como lo ha dicho mui bien un escritor: "pasaje de un cristianismo simple i moderado a las exajeraciones jansenistas."

Una secta que se levantaba en nombre de la reforma del Cristianismo en punto a las teorías por éste sustentadas sobre la gracia, debia de envolver a Pascal entre sus redes i persuadirlo a las siempre funestas vias de la resistencia a la lejítima autoridad relijiosa: el jansenismo.

¿Qué era el jansenismo?

A principios del siglo XVII, (1) dos estudiantes de teolojía, en la universidad de Lovaina, llamados Cornelio Jansenio i Duvergier de Hauranne, ligados por una estrecha amistad, se habian propuesto reformar la Iglesia, "oscurecida, segun decian ellos, desde que, hacia quinientos o seiscientos años, habia abandonado la verdadera doctrina de San Agustin sobre la gracia; el libre albeldrío i la predestinacion, i desde que su doctrina se habia relajado en punto a los principios de la moral i a las reglas de la administracion de los sacramentos."

A la época de su muerte dejó Jansenio escrito el *Augustinus*, obra famosa por ser el fundamento, "el alma" de la escuela jansenista.

En este libro, so pretexto de desarrollar las teorías de San Agustin (i aun de San Pablo) sobre la gracia, no se ha hecho mas que copiar los errores principales del célebre Baïus. Entre otras cosas habia éste sostenido que el hombre solo ejercita su actividad cuando es solicitado por alguna de estas dos tendencias opuestas: la caridad, hija del cielo, i la concupiscencia, madre de las pasiones i los vicios. Es impotente contra ellas la voluntad humana, de modo que el hombre es bueno o malo, segun que la fuerza de la caridad sea o no superior a la de la concupiscencia. Cuando ámbas son igualmente poderosas el hombre permanece inactivo.

Si estas doctrinas no constituyen todo el jansenismo, forman, al ménos, su esencia i parte principal.

Segun los jansenistas, el hombre, ántes del pecado orijinal, podia, mediante su libre voluntad, optar por el bien o por el mal, como quiera que gozaba de lo que ellos llamaban *flexibilidad activa*. Pero, despues del pecado orijinal, perdida la primitiva espontaneidad, no puede el hombre ser movido a obrar sino merced de alguno de estos dos ajentes: la gracia o la concupis-

(1) En esta lijera reseña tomamos las noticias acerca del jansenismo consignadas en la excelente vida de Pascal, que precede a las obras de este filósofo, en la edicion publicada por M. Victor Rocher.

cencia. I a este modo de ser es a lo que ellos llamaban *flexibilidad pasiva*. En tal estado, la vida no es mas que una lucha perpétua entre las dos tendencias enemigas. Cuando la corriente de la gracia aumenta, permaneciendo inalterable la de la concupiscencia, el hombre se hace mejor i vice-versa.

En presencia de tan desesperante doctrina cualquiera preguntará ¿dónde está la justicia de Dios? El jansenismo responderá sin titubear, por boca de una célebre escritora, hija ilustre de este sistema: "En Dios no hai mas justicia que su voluntad." I ¿no es El acaso quien muda nuestros corazones, quién nos hace querer, quién nos libra del imperio del demonio, quién nos da la intencion de ser suyos? Esto es lo que se corona: es Dios quien corona sus dones. Si esto es a lo que se llama libre albeldrío, está bien, convengo en ello." (1)

De esta suerte queda establecido el sistema de la predestinacion, i el fatalismo se dibuja en él con su repugnante i desesperado rostro.

Protestaban, sin embargo, los sectarios de Jansenio, vivir alejados de este sistema que decian detestar, valiéndose para ello de mil argucias i sutilezas. Por lo demas, era necesario ser lójicos. Requerida para la salvacion eterna la caridad perfecta, era necesario vivir solamente la vida de la gracia i apartarse de todo deleite que no resultase inmediatamente de la union íntima del alma con Jesucristo. De aquí las austeras penitencias de los sectarios de esta famosa escuela. De aquí esas prácticas que so la capa de la virtud se encerraba todo lo que tiene de detestable el orgullo. Era, por otra parte, evidente que los hombres debian encontrar en este sistema una perpétua disculpa a sus vicios ya que, admitido éste como verdadero, quedaba la virtud relegada a ser la herencia de unos pocos: de esos pocos dispuestos a negar al mundo toda lejítima complacencia i a maldecir de todo lo que no lleve el sello de cruenta mortificacion.

Abogaba el jansenismo por el anonadamiento completo del espíritu en el seno de la gracia e, inconsecuencia del error, proclamaba al mismo tiempo como contraria a estos fines i a la doctrina del Evanjelio, la comunion frecuente; de manera que cuando comenzó a esparcirse por la Francia el error de la nueva doctrina, la disminucion de comuniones en todas las parroquias de Paris fué como el primer signo sensible de los estragos que aquél causaba en las intelijencias.

Duvergier de Hauranne, apóstol austero i dotado de un talento fascinador, conquistó en poco tiempo numerosos e ilustres partidarios, que convirtiéndose a su vez en apóstoles, esparcieron por do quiera la semilla del error.

Cayó ésta como en tierra fecunda en la familia de Estévan

(1) Carta de Mme. de Sevigné i citada por el conde de Maistre.

Pascal, en la que el primer convertido fué el austero i fervoroso Blas.

Tenia esto lugar en el año de 1645 i en esta fecha contaba aquél venticuatro años.

VI.

Tristeza profunda se apodera de nuestro espíritu al recorrer las diversas vicisitudes que despues de este tiempo ajitaron la vida de un tan firme creyente, hasta precipitarlo en el torbellino de la rebelion, i, forzoso nos será asistir a una faz de la eterna lucha, que encuentra su funesto alimento en el orgullo de la intelijencia, i a escenas en que, perdida la serenidad, vaga el espíritu poseido de las pasiones que el odio sectario enciende.

El tiempo que siguió inmediatamente a la primera conversion de Pascal, no fué de lucha activa para éste. Por el contrario, casi enteramente dedicado a las matemáticas, vivió alejado de toda controversia enojosa, alimentando en su pecho las mismas virtudes cristianas que hemos visto desarrollarse en su juventud. De entónces datan los importantes trabajos de Pascal sobre el vacío i de entónces tambien la controversia que sobre este punto científico sostuvo con el jesuita Noël. ¿No se desarrollaria acaso en esta polémica la antipatía de Pascal a la órden de San Ignacio, antipatía que debia de dar mas tarde amargo fruto? (1)

En 1651 murió el padre de Pascal i en tal ocasion dirijió éste a sus hermanos una carta conocida con el título de "La muerte considerada en la relijion:" documento lleno de consuelo i esperanza, como quiera que en él se juzga de la muerte como del término de las miserias de esta vida de dolor i principio de la inmortal bienandanza.

VII.

Entre tanto, el excesivo trabajo i las rigorosas penitencias habian abierto honda brecha en la débil complexion de Pascal, hasta el punto de serle necesario, por mandato de los médicos, que en esta ocasion era mandato expreso de la conciencia, adoptar un nuevo sistema de vida i conceder a su naturaleza esas distracciones que, siendo perfectamente lícitas, alijeran la pesada carga de la vida i proporcionan al espíritu dulces instantes de solaz.

(1) M. Victor Rocher, Vida de Pascal.

En medio de la atmósfera corrompida de la sociedad de entónces, perseveró Pascal siempre puro, i la incredulidad como el libertinaje fueron a estrellarse impotentes en la razon poderosa de aquel espíritu nacido para deleitarse en los misterios de la cruz. I como hermoso al par que raro ejemplo de firmeza de carácter i grandeza de alma, refiérese que concibió el proyecto de escribir la apolojía del cristianismo, en una ardiente conversacion que sostuvo con jente mundana i descreida.

Fruto de sus meditaciones de esa época, nos ha dejado un pequeño opúsculo titulado *Discurso sobre el amor*. Mucho se han dividido las opiniones de los críticos acerca de la procedencia de este escrito. Algunos han sostenido que él no se debe a la pluma de Pascal, ya que sus contemporáneos, i sobre todo Mme. Perier, no hacen de él mencion i, sobre todo, ya que no existe prueba ninguna que dé seguridad a este respecto. Otros, i no pocos, contradicen esta opinion, alegando el gran cariño que, dicen, profesó este ilustre i austero filósofo a una jóven de la mas encumbrada nobleza, cariño que, segun estos últimos, lo llevara a desarrollar en un escrito sus propias impresiones i sentimientos. I de este modo no seria el *Discurso sobre el amor* mas que un *facsímile* de su entusiasmado corazon.

Ignórase hasta ahora de qué lado esté la razon: cuanto a nosotros, no discutiremos mas este punto, ajeno a estas brevísimas líneas i, sobre todo, ya que se apodera de nuestro espíritu apresuramiento de llegar a la época de la vida de Pascal en que éste dió mas relevantes pruebas de su talento como sabio i escritor: la época de las *Provinciales* i la *Apolojía*.

RAFAEL GARMENDIA REYES.

(Concluirá.)

NOCTURNO.

Canten amores unos,
La embriaguez otros canten;
Que yo he de cantar solo
Lo que a mi humor le place,
Miéntras la noche extiende
Su sombrío ropaje,
I miro ante mis plantas
Tenderse negro el valle.

Figúrome en sus sombras
Ver adormidos mares,
I playas imajino
Las montañas distantes.
Mas, óyense de pronto
Los sones desiguales,
Ya roncos i lejanos,
Ya cercanos i graves,

De algun pesado carro
Que entre las sombras hace,
Por la torcida vía,
Su perezoso viaje.
I escúchase a los perros,
Solícitos guardianes,
Que ladran a las puertas
De rústicos hogares;

I al Maipo, que a lo léjos
Arrastra en sus raudales
Las rumorosas guijas
Que de los Andes trae.
¡Qué paz! ¡qué grata calma!
¡Cómo mi pecho late!
¡Cómo mi mente vuela!
¡Oh dulces soledades!

¡Ah! ¡cómo las estrellas
Relucen palpitantes
En ese azul vacío,
Inmenso e insondable!
¿Qué anhela, qué desea
Mi pecho al contemplarle?
Hácia el inmenso espacio
¿Qué misterio me atrae?
¡Pupila azul, profunda,

Talvez a ver alcance
En tu remoto fondo
El alma que en tí arde!....
No sé. Sublime arcano,
Anhelo incomparable,
Misterios de mi pecho,
¿Quién comprenderos sabe?

El Peñon, 8 de junio de 1877.

CANTO DE JUVENTUD.

Sursum corda.

"¡Arriba, mas arriba!"
Los vientos se desaten
I arrastre el torbellino
Las rocas de los Andes.

"¡Arriba, mas arriba!"
Rabiosas tempestades
Revuelvan las arenas
Del fondo de los mares.

"¡Arriba mas arriba!"
Miéntras el pecho late
I el corazon anhela
Virtudes i verdades.

"¡Arriba, mas arriba!"
Miéntras el paso atajen,
Montañas, precipicios
I ardientes arenales.

"¡Arriba, mas arriba!"
I de dolor estalle
El corazon, serena
La frente se levante.

"¡Arriba, mas arriba!"
Miéntras los montes se alzen
I ofrezcan en sus cumbres
Jigantes pedestales.

"¡Arriba, mas arriba"
Los corazones se alzen!
Que cantos son de vida
Los cantos de combate.

R. LARRAIN C.

RIMAS.

I.

BALADA.

En la noche, soñando con mis duelos,
El dolor me despierta;
Tomo entónces el arpa entre mis manos,
I al blando son de sus templadas cuerdas
Ensayo una balada,
¡La balada inmortal de tu belleza!

II.

SUEÑO.

En el desierto helado
Soñé que me encontraba
Cantando en dulces notas
Canciones a mi amada,
I frio no sentia
Porque su frente pálida
Descansaba en mi seno
Con amorosa calma
Soñando hermosos sueños
Al blando son del arpa.

III.

JAZMINES I MARIPOSAS.

De tu jardin los pálidos jazmines
En las tranquilas noches,
Al misterioso rayo de la luna
Abren sus blancas flores;
Como a la luz dudosa de los sueños
De delicados goces
Despiertánse en el fondo de tu alma
Purísimas visiones.

Las mariposas de doradas alas
Los perfumes absorben
En el cáliz, i mueren embriagadas
En éxtasis de amores;
Como temblando espiran en tu seno
En un final acorde
De las templadas cuerdas de mi arpa
Las trémulas canciones.

¡Yo he soñado feliz que de mis cantos
Los inspirados sones
A tus sueños uníanse en el cielo
De las tranquilas noches!

JAVIER VIAL SOLAR.

EL POSTILLON.

I.

No es por cierto el perfil de una figura grandiosa, ni son los rasgos que delinean la fisonomía moral i material del Postillon, de aquellos que necesitarian el colorido delicadísimo i puro del pincel de *Van-Dick* o de *Rubens*. Es al contrario un sér humilde, *sui generis*, que tiene el desierto por patria i la choza por hogar. Tipo característico de una raza primitiva, tipo clásico del indio americano.

¿Quereis conocerlo? Su tez es oscura i cobriza, tiene facciones irregularmente abultadas, cabello negro i recojido en una sola trenza que cae a lo largo de sus formidables espaldas, mirada siempre baja como la del cerdo, i barba negra, despoblada i cerdosa, si es que la tiene, lo que es mui raro. ¡Qué aspecto tan sombrío i taciturno! Parece un esclavo, cuya manumision acaba de romper las cadenas de la servidumbre, pero no ha borrado aun el sello de su opresion servil, que resaltan en su mirada tímida, en su frente inclinada, en su silencio profundo i en su continente que parece recatado por el miedo. Rivaliza en ello con el pária, el siervo o el esclavo.

Ciertamente, tan difícil es que su mirada se levante, como el que se desplieguen sus labios para proferir una sola palabra. La sumision es lo mas resaltante de su carácter. Máquina humana que obedece las órdenes de su señor como movido por un resorte; i las obedece de ordinario, gacho i callado, sin dar otra respuesta que un asertivo movimiento de cabeza. ¿Veis un hombre que pasa con doblegada cerviz? Ese es el Postillon.

Parece condenado por la naturaleza a no mirar el firmamento, a vivir mudo. Parece que ignora que ese cuadro azul, que llamamos firmamento, lo ha desplegado la mano de Dios delante de los ojos del hombre para que el hombre lo contemple. Sí, parece que ignorara todavia que ese cuadro, cuyo marco es el infinito, cuyas sombras son las sombras de la naturaleza, cuya luz es la luz de esa polvareda de astros, como dice Lamartine, que ese cuadro, en fin, cuyo Autor es Dios, tenemos todos el derecho de contemplarlo, a la inversa de los cuadros de los artistas humanos que se encuentran en las abadías, en los castillos, en los museos i en los palacios.

—¡Alza los ojos arriba, porque arriba está Dios! me han dado ganas de decirle al Postillon, cuantas veces lo he encontrado en mi camino. ¡Habla! ¡habla! porque la palabra es un don sublime, porque tienes el derecho de la palabra i la libertad de la palabra como todos los hombres! ¡Sal del silencio, que es tu refujio de siempre!

Pero ¿cuál es el aspecto del Postillon? Un gorro blanco i cónico; chaqueta i calzon corto, de un burdo tejido de lana, debido a su propia labor; sandalias de cuero (hojotas) i un tosco cayado que le sirve de sosten, forman su exterior habitual.

¿Sabeis cuál es su oficio? Es el *cicerone* indíjena, es la brújula obligada del viajero del Alto i Bajo Perú.

Introducirse en esas fríjidas altiplanicies o abrasados desiertos del territorio de Bolivia, sin llevar por guia a ese compañero inseparable i silencioso del viajero, es ir perdido. Conocedor diestrísimo de esas veredas, vericuetos i encrucijadas, con nombre de caminos, que cruzan las quebradas circundadas de jigantescas i áridas montañas, los desiertos desamparados, los valles profundos, es muchas veces, es casi siempre, el áncora de salvacion de las penalidades, de la desesperacion i quizá de la muerte del viajero, del viajero que en esos mundos de Dios no es sino un peregrino. Con razon dice un escritor chileno: (1) "En esos caminos cada viajero parece el primer explorador."

Sensible, no sé si en su espíritu o en sus instintos, al trascurcurso del tiempo i al vuelo silencioso de las horas, es un reloj viviente que indica con precision esas horas, sin fijarse a la lijera en el aspecto, en el rostro del tiempo, o en la primera sombra

(1) Don Ramon Sotomayor Valdes.

que se proyecta en su tránsito durante el dia, o en el aspecto del cielo durante la noche. ¡Qué consuelo le presta al fatigado caminante señalándole el número de leguas o de horas que le restan para llegar a su jornada, despues de haber sacado en los dedos de la mano ha cuenta exacta del tiempo i de la distancia!

Indudablemente, la fuerza de la costumbre le sujiere un sexto sentido de observacion, i la fuerza de los instintos suple en él a la posesion de los principios i a la luz de los conocimientos. Es el astrónomo instintivo que, sin mas telescopio que su experta i avisada mirada, lee a primera vista en el firmamento como en una pájina escrita, si la tempestad vendrá para precaverse de ella, o si la tempestad se alejará para continuar la marcha.

Terribles tempestades, que sacuden la naturaleza, desvastan con sus rayos, inundan con sus torrentes fluviales, e iluminan intermitentemente el espacio, como un incendio universal, con su amarillento resplandor. Tempestades de que solo los trópicos son testigo.

En pleno desierto, en las altas horas de la noche, en medio de esas rejiones en las que parece que hubieran establecido su dominio, absoluto el silencio i la soledad, escúchase allí, a lo léjos, un són triste, prolongado i monótono, que parece un jemido arrancado al dolor en el fondo de una caverna, un alarido salvaje que interrumpe el silencio sepulcral de esas inmensas soledades: sus ecos se repercuten melancólicamente de montaña en montaña. ¿Es el viento que jime en el desierto? ¿Es el quejido de esa naturaleza esqueletada? Nó. Es el *pututo* del Postillon, del Postillon que se anuncia a extraordinaria distancia con ese instrumento orijinal; del Postillon, que un momento despues se destaca en lejana perspectiva, bañado por el resplandor de la luna o por la luz de un relámpago fugaz, ya arribando a la cumbre de una cuesta empinada, ya orillando un abismo, ya faldeando una montaña.

Lleva jeneralmente el indio colgado sobre la espalda su *pututo*, que es un cuerno laboreado o sencillo, cerrado por la base i con un agujero en el vértice. Utiliza el *pututo* para llevar dentro de él aguardiente alcohólico o *chicha* de maiz, con que aplaca su sed en esas áridas cerranías, que, a considerables distancias, no ofrecen muchas ni gota de agua.

Pero no es ése el objeto principal de este instrumento peculiar. El indio toca en él por un agujero abierto en una de sus extremidades, que le sirve de embocadura. Pero ni lo toca caprichosamente, ni es el un *pututo* instrumento musical, como la *quena* por ejemplo. Su sonido anuncia a lo léjos a los indios posaderos la aproximacion del viajero; i apénas ellos lo escuchan cuando el postillon de la *posta* inmediata prepara su arreo de viaje para reemplazar al Postillon que llega, i cuyo precursor, como llevamos dicho, es el ruido de ese instrumento. Al encon-

trarse se dirijen ámbos una expresion especial de salutacion i despedida, i miéntras el uno cae al suelo de cansancio, el otro parte. Parte como un centinela avanzado a la vanguardia del arreo que conduce i de la caravana que dirije. Con su traje orijinal; con su aspecto mas orijinal todavía; asido de la brida de una bestia delantera que lleva un cencerro pendiente del pescuezo, (cencerro cuyo sonido están acostumbrados a seguir los caminantes de la arrea i que en la oscuridad de la noche es el señalador constante que marca al viajero la direccion de su ruta en medio de esas vastas soledades) el Postillon parte de su jornada. A guisa de joroba postiza marcha con un pequeño bulto terciado sobre la espalda, con la concavidad de la boca llena de las nutritivas hojas de la *coca*, con cuyo jugo se alimenta; marcha a trote largo i acompasado, sin pedirle a sus piernas, miéntras llega a su destino, un instante de reposo, ni desviar su mirada de la direccion de sus pasos.

Aun los animales tropiezan, el indio pisa firme; las bestias se detienen con la fatiga, el indio marcha; la mula de posta se despereza, el indio trota impasible sin cambiar de actitud, sin volver el rostro, sin levantar la mirada: ni su semblante cambia, ni su respiracion se altera. Parece un hombre paralizado al que no le ha quedado otro movimiento que el movimiento perpétuo de las piernas, o un autómata de cuerda que no se detiene miéntras la cuerda no concluye.

¡Poco importan los obstáculos del tránsito! Cruza el bosque vence la cuesta, atraviesa el rio con marabillosa continuidad. Rei, de su voluntad, esclavo de su deber, parece que abandona hasta la vitalidad del pensamiento i de los sentidos para no llevar en sí otro elemento de vida que la voluntad que avanza, ni otro imperio dentro de sí que el imperio de la voluntad. ¡Vamos! es la voluntad andando. ¡Qué bien le vendria el exclamar como el poeta:

Un cielo gris, un horizonte oscuro,
I.... ¡andar! .... ¡andar! ...

II.

En los vaivenes militares de la guerra desempeña tambien el Postillon su modesto e importante papel. Durante las campañas llevaron consigo los ejércitos de la guerra de la Independencia, como llevan ahora mismo los de las luchas civiles, Postillones que encaminan al *centinela perdido* o a la vanguardia de las tropas. ¿Ois el eco del *pututo* del Postillon? Es que el grueso del ejército se aproxima hácia la vanguardia, o que ésta va a replegarse sobre el grueso del ejército, o que de la una al otro parte un

Postillon con una órden militar, que hace evolucionar las fuerzas propias, o anuncia las evoluciones del enemigo.

Es, pues, en tales casos, el Postillon, el mas rústico, pero el mas importante de los *cornetas de órdenes*, a cuyo primer toque están siempre atentas la soldadesca i la oficialidad, i sobre todo, las que forman *la guardia* del campamento.

Es, pues, el mensajero clandestino, el espía que, resguardado detras de los peñascos de los cerros, de las encrucijadas del camino o de la arboleda del bosque, asecha los menores movimientos del enemigo, observa sus posiciones, cuenta su número. Ve sin ser visto; anda por sendas extraviadas, muchas veces por sobre las cumbres de las montañas, como el águila del desierto, para no ser sorprendido. Lleva ocultas las cartas de conspiracion política que se le envian, no dentro el vientre de una liebre como la que Harpago mandó a Ciro, pero sí dentro de sus propios vestidos.

Si es sorprendido prefiere morir ántes que revelar los secretos que posee o los encargos que ha recibido. Se agotan contra él las amenazas, se apura el martirio; todo es inútil. El indio calla i muere. ¡Extraordinaria fidelidad por quienes no conoce, o al ménos por quienes nada le importan!

Atribúyese esto a que si las torturas que se le imponen para arrancarle una revelacion son fuertes, las que le esperarian por su infidelidad serian mayores. Así es que el Postillon prefiere siempre el martirio que se le impone, al martirio que espera. Sufre con valerosa resignacion el primero, pero se aterroriza a la perspectiva del segundo. Sufre aun el sacrificio de la vida, porque en su temor espera talvez una muerte nueva i mas terrible todavía; i prefiere, como todos los mortales, morir una sola vez.

¡Cuántas veces un pobre Postillon, tan listo i dócil para cumplir las órdenes de uno de los belijerantes, ha sido abandonado por la marcha forzada del uno i ha caido para ser víctima de las mas crueles vejaciones del otro! No ahorra este sacrificio por imponerle a costa de obtener datos i revelaciones relativas a los contrarios. El indio, tímido a veces, hace lo que puede, dice lo que sabe, da lo que tiene, hinca la rodilla i pide perdon i clama lastimeramente. Pero todo es en vano. El soldado, i sobre todo el soldado español, se cebaba en el vejamiento de la humanidad, en el sufrimiento de la debilidad. Ni sus lágrimas le importan, ni sus lamentos le conmueven. "Quizá un nuevo martirio le arranque un nuevo secreto," dice el militar, i prolonga el martirio, hasta convertir, muchas veces, en un cadáver a su víctima.

Todo lo cual, sea dicho de paso, marca el carácter servil i melancólico del descendiente de *Manco-Capac*, que se trasluce en sus costumbres, en su vida íntima, en su rostro, en su poesía i en su música jemebundas. El *manchaiquito* es una música tan desgarra-

dora, tan fúnebre, que es imposible escucharla sin llorar o sin estremecerse. I es un hecho que alguno llegó a perder la razon al oir, en cierta situacion delicada del alma, los sollozos de esa música plañidera.

Compañero de viaje de todos los momentos, profeta de las tempestades del cielo, auxiliar de las tempestades políticas, señalador infalible del tiempo i de la distancia, timonero intelijente que conduce al puerto, esclavo que acompaña a su señor durante su travesía i cumple rápido i servil sus órdenes, por la exigua remuneracion de diez centavos por legua, llega el señor a quererlo, cuando no es un militar de tantos que trata con mas benignidad a la bestia que cabalga, que al Postillon que le conduce, con el que no tiene otro lenguaje que los golpes de su espada.

III.

Cuando en la época de la conquista necesitó un cacique un indio para impartir ciertas órdenes urjentes a una tribu inmediata, ordenó le trajeran a la brevedad posible un Postillon de los mas afamados en devorar distancias.

Así lo hicieron, i cuando el indio se presentó al cacique, éste le ordenó en tono imperativo que en el término de tantas horas fuese a un villorrio vecino, distante algunas leguas del lugar.

El indio oyó de rodillas i con respetuoso silencio las órdenes e instrucciones de su jefe. Se levantó, hizo un ademan reverencial de despedida, i partió; pero partió como un gamo.

Unas horas despues, momentos ántes de los prefijados para su regreso, llegó el Postillon, se afrontó al cacique, pálido, convulso, jadeante; con la voz que se le ahogaba en la garganta, el rostro empapado con la traspiracion.

El cacique entónces, ántes de recibir su primera palabra i como concediéndole una honorífica recompensa a su asombrosa actividad, le ordenó, desde lo alto de su trono, con estas precisas palabras, que tomara asiento a sus piés: *¡Tiai, guanacu!* (¡Siéntate, guanaco!)

Así lo hizo; ¡pero cuando un momento despues le interrogaba el cacique acerca de su mision, el Postillon no contestaba, porque el Postillon habia muerto!

¡Qué pronto llega al término el que se apresura demasiado!

Desde entónces el villorrio en que aconteció el hecho que mencionamos, tomó por nombre, que hasta el presente conserva, la frase *quichua* que acabamos de trascribir.

Santiago, junio 10 de 1877.

JOAQUIN LEMOINE.

LA GACETA DE SANTIAGO O GACETA MINISTERIAL[1]

(1817-1823.)

I.

A medida que hemos ido avanzando en la lijera descripcion de la prensa chilena en sus primeros tiempos, que nos hemos propuesto trazar, se ha ido tambien desarrollando a nuestra vista la historia de esa época gloriosa que quedó impresa en sus pájinas, en las cuales los historiadores de Chile han ido a encontrar los datos mas preciosos i fidedignos.

Con el primer movimiento revolucionario nació el primer periódico publicado en nuestra patria, La Aurora, que tendrá siempre el honroso mérito de haber dado un impulso poderoso a la causa de nuestra independencia política.

El Monitor vino en seguida a reemplazarle en su noble tarea, i El Semanario Republicano acabó de vigorizar las ideas de libertad i despertar el entusiasmo adormecido de los colonos con sus artículos llenos de fuego i patriotismo.

Mas tarde, La Gaceta del Gobierno Español reflejó en sus pájinas ese triste paréntesis del despotismo, que empezó en 1814 con el desastre de Rancagua i terminó en 1817 con la victoria inmortal de Chacabuco.

El gobierno patriota, constituido de nuevo en la capital para no abandonarla ya mas, fundó La Gaceta de Chile, que hemos analizado, pero como sus necesidades acreciesen i se multiplicasen sus deberes con el estado normal en que poco a poco iba penetrando el pais, creyó necesario sustituir este periódico por un órgano mas sério i mejor establecido de publicidad, para lo cual se dió a la luz La Gaceta de Santiago o Ministerial, de cuya existencia, de cerca de seis años, pensamos hacer una jeneral i brevísima revista.

(1) Periódico en tres volúmenes de 368 números.

II.

El 18 de junio de 1817 apareció el primer número de este periódico, cuya vida debia ser mas larga que la de cualquiera de los precedentes, i en cuyas pájinas debian quedar consignados algunos de los hechos mas culminantes de la gloriosa revolucion, como tambien los primeros pasos dados por la República en la senda de la civilizacion i del progreso, i que, como en otra parte hemos dicho, fueron dirijidos con tanto acierto por los padres de la patria, que ellos han formado la base indestructible en que se apoya nuestra actual prosperidad.

La eterna cuestion debatida en la prensa con creciente enerjía i entusiasmo, era la unificacion de todas las ideas en la comun aspiracion de la libertad. Casi destruidos ya los enemigos exteriores, era necesario atacar con firmeza a los enemigos del interior, a aquellos que no se atrevian aun a ser partícipes en la guerra de la independencia, alucinados por falsos principios, o temerosos quizá de la terrible represion monárquica, en caso que los españoles hubieran podido conquistar de nuevo el cetro del despotismo.

A este punto se refiere un "Artículo remitido" escrito en La Gaceta Ministerial, i del que extractaremos algunas frases llenas de una exaltacion patriótica digna de aquellos tiempos. Hélas aquí:

"Tal es el encono que nos profesan, (los españoles) como si la ciudadanía fuera un título degradante al incorporarlos en la sociedad de los hijos del Sud, donde han adquirido la riqueza i el poder que no gozaban en España. Se desdeñan de impetrarla, ménos por un temor de comprometimiento que por un odio radical a los que debian llamarse sus hermanos. ¿Cuál es la correspondencia que merecian tan protervos enemigos? ....¡Me sofoca la vergüenza, i desearia en este momento que las manos me quedasen pegadas a los ojos para no ver el exceso de nuestra debilidad." (2)

Veamos ahora cómo se expresa el periódico respecto a las miercolinas de que hablamos otra vez:

"¿Pensábais los matuchos, dice, que trasladada La Gaceta el sábado se acabarian las miercolinas? Nó. Entónces podemos mas cómodamente publicar los triunfos del miércoles.—Anoche nos llegó el de la guarnicion de Juan Fernández.—La protectora de la fuerza americana no quiere que se olvide el dia que le está dedicado, aunque se enojen las beatas." ... (3)

Aquí viene bien insertar una cuestion curiosa, suscitada entre

(2) Número 3.
(3) Número extraordinario en 10 de julio de 1817.

el editor i una beata enemiga del sistema de la patria. Ella caracteriza perfectamente uno de los aspectos de la situacion social de aquella época.

El artículo que fué causa de tan orijinal debate se rejistra en el número 7, i hé aquí algunas de sus partes mas importantes:

"Ya no puede escucharse con indiferencia las repetidas declamaciones contra la osadía de algunas mujeres que se declaran enemigas de la libertad de la patria.... Ya se ha dicho otras veces que las antipatriotas en jeneral son feas, o viejas, o rudas.... Si existe alguna que reuna las gracias del talento a la juventud i hermosura, ella adoptará mui breve nuestro sistema, siempre que trate con los que lo profesan i se lo hagan entender ... Beatas infelices: leed tantos papeles incontestables que han escrito hombres sabios i virtuosos para desengañaros de esas máximas absurdas, del recuerdo de un juramento que jamas ha existido, de la sumision a una potestad nula despues que le han desconocido los pueblos, i en fin, de consagrar como un principio divino la majestad humana i la esclavitud de los que elijen i quitan los reyes.... Me fatiga la imajinacion tratar de esta materia en que un sentimiento de caridad me sobrepone a la irritacion que produce en el ánimo el atrevimiento de las antipatriotas, cuando sé de positivo que ellas irán mui pronto a depurar sus errores en el establecimiento de correccion, que no quedará en amenazas."

Como se comprenderá, con las líneas transcritas anteriormente, la lucha estaba provocada, i no se dejó esperar mucho tiempo la contestacion de una de las aludidas.

"Señor editor: Soi una mujer cristiana i bien educada: solo pienso en servir a Dios i rogarle por el bien comun, i acaso por no hallarme en el tráfago de tertu'ias i bureos, seré talvez reputada por una de esas que llaman beatas, i Ud. provoca en su GACETA del 2 del corriente, que tanto han celebrado los que se denominan patriotas ... Yo, sin necesidad de ocurrir a mi teólogo director, digo a Ud. que, prescindiendo por ahora del juramento que Ud. supo que jamas ha existido, me pruebe que los reyes no han sido aprobados por la santa Iglesia católica, que es falso que el mismo Jesucristo se tituló tal, i entónces cederé en mi opinion si me pone la verdad sin sofisterías, porque si usa de algunas metafísicas, ocurriré a mi teólogo director, quien le desenguaracará a Ud. un *ergo* que lo hará temblar.... Pruébeme Ud. tambien que no es contra la sana moral desnudar violentamente a Pedro para vestir a Juan, i que ahora no estamos mas tiranizados que ántes."... (4)

La discusion estaba, pues, definitivamente planteada, i al pié de esta misma carta, el editor escribió su réplica, de la que to-

(4) Número 10.

maremos los principales acápites. Despues de haber contestado mas o ménos bien al primer punto puesto en debate por su contendora, termina i refuerza su prueba con el siguiente ejemplo:

"El bachiller Enciso se insinuó a los de Nueva España en estos términos: Sabed que hai un solo Dios que creó el cielo i la tierra; un Papa que dió estas tierras al rei de España que se las habia pedido, i un rei de España que nos envía a que le reconozcais como señor de ellas. Con igual precision militar respondieron los indios: En cuanto a que hai un solo Dios, creador de cielo i tierra, nos parece mui bien i así debe ser; pero no que ese Papa dé a otro estas tierras de que nosotros somos los dueños, i no queremos otro señor. El rei de España debe ser un loco, pues pide i toma en merced lo que es ajeno. Si viene acá pondremos su cabeza en un palo, como tenemos otras de nuestros enemigos."

Entra ahora el articulista a responder a los otros puntos.

"Jesucristo, dice Ud., se tituló rei. ¿I que tenemos con eso? tambien se llamó piedra, leon, camino, viña i otras mil cosas, sin que fuese nada de esto, i para que por el título de rei no padeciesen los judíos alguna equivocacion acerca de su persona, expresamente enseñó que "su reino no era de este mundo."

"Acabemos, señora mia, esta conversacion, observando a Ud. que así como ha sido tan mala lójica en los dos puntos anteriores, en el último confunde Ud. el derecho con el hecho i que contra su sentimiento i la experiencia universal, pretende que los españoles no han sido unos tiranos, como indica que lo son los patriotas...."

"¿O todo lo que ántes se hacia no era tiranía, aunque fuese la muerte, el robo i cuanto crímen se ha cometido desde la conquista i están autorizados en el Código de Indias? ¿O solo es para Ud. tiranía el que a los obstinados godos se les minore el fondo con que nos hacen la guerra, i se les deje en la infeliz impotencia de dañar, para que de una vez quedemos tranquilos i libres de los asesinatos de tanto Sambruno? Ya estoi creyendo que es Ud. una hipócrita i su carta una ironía.—Basta."

Con lo que antecede se dió ya por terminada esta cuestion, que vino a poner de manifiesto la temerosa vacilacion de las ideas i la tranquila incertidumbre de los principios que dominaban las intelijencias de algunas personas en aquellos tiempos de turbacion i de revuelta.

Por otra parte, los que hayan leido las líneas trascritas, llevados de un espíritu hostil hácia todo lo que se relaciona con la relijion católica, por mas insignificante que sea, i hayan creido encontrar en ellas un argumento para afirmar que el influjo de la Iglesia fué puesto como un obstáculo para el ejercicio de los sagrados derechos de la libertad, creemos que han sufrido una lamentable equivocacion.

El clero secular i regular de Chile, no hablamos por cierto de las excepciones, fué un poderoso auxiliar de la revolucion de la Independencia. I quien quiera convencerse de la verdad de nuestro aserto, vaya a rejistrar esos periódicos de los primeros años de nuestra vida de nacion i encontrará muchas notas que hacen a este respecto i que, como las del señor obispo Cienfuegos, son un modelo de cordura, virtud i patriotismo. (5)

En ellas, el sacerdocio chileno, por órgano de su digno prelado, proclamó en voz alta el deber imprescindible en que se hallaban los hijos de la patria de cooperar en su emancipacion política, cada cual segun las fuerzas de sus proporciones.

No queremos trascribir nada de esas notas porque, para hacer una cita importante, seria necesario copiarlas íntegramente, lo que no es posible dentro de los estrechos límites que nos hemos señalado.

III.

Las fiestas nacionales fueron celebradas desde los primeros tiempos de la Independencia con la mayor esplendidez, i los periódicos en esas fechas escribian para su público la relacion de las hermosas solemnidades con que la patria conmemoraba sus triunfos.

El 18 de setiembre de 1817 fué esperado en medio del mas grande entusiasmo por los patriotas, porque en ese dia recordaron con justo regocijo que, despues de haberse oscurecido momentáneamente, brillaba sobre sus cabezas, mas ardiente que nunca, el sol de la libertad.

Las calles i las plazas se vistieron de gala i al frente de todas las casas se veia flamear al aire el bello tricolor.

Suntuosos bailes se dieron al jeneral San Martin i a don Tomas de Guido, diputado de la República Arjentino cerca del Gobierno de Chile, i entre las magníficas decoraciones que adornaban las paredes de las salas, se leian numerosas inscripciones en verso, que revelaban el vivo sentimiento que ajitaba los corazones.

Daremos algunas muestras de ellas:

"Donde la tiranía
Su pendon alumbró con fatal tea,
Hoi con noble alegría
El estandarte tricolor flamea;

(5) Las notas a que se hace referencia pueden verse en los números 11 i 29 de La Gaceta Ministerial.

Su pabellon los libres han fijado
I el de los leones han despedazado."
. . . . . .
. . . . . .

"Los derechos del hombre han recobrado
La razon i la espada;
Por tan fuertes ajentes apoyada
La América su suerte ha decretado;
De setiembre el dieziocho es el gran dia
En que de Chile huyó la tiranía."
. . . . . .
. . . . . .

"¡Oh libertad, del cielo desprendida,
Jérmen divino de ínclitas acciones,
Qué amable, qué risueña, qué encendida
Hoi te presentas en los corazoñes!
La opresion de tres siglos extinguida,
Libres del Sud las fértiles rejiones
I Chile de sus déspotas salvado,
Es la gran obra de tu ardor sagrado."
. . . . . .
. . . . . .

La que viene a continuacion estaba escrita al pié de las dos banderas unidas de Chile i la República Arjentina:

"Esos dos pabellones enlazados,
De la union nacional símbolo augusto,
Al faccioso i al déspota obstinados
Respeto imponen i amenazan susto.
Solo de los patriotas esforzados
Son el consuelo i exaltado gusto;
Porque aliadas así las dos naciones
Su triunfo aumentarán las invasiones.

"Antes que falte esta amistad preciosa
Los fieros Andes bajarán su altura,
I de la Plata la corriente undosa
Ocupará el cerro la llanura;
De la Patria en el ara majestuosa
Una i otra potencia así lo jura:
I de este juramento, consecuencia
Será de ámbas eterna independencia." (6)

(6) Núm. 15.

El primer aniversario de la famosa batalla de Chacabuco, el 12 de febrero de 1818, i mas tarde la toma de la *María Isabel* por Blanco Encalada i la gran victoria de Maipo, el 5 de abril de ese mismo año, fueron motivos que aprovechó La Gaceta Ministerial para publicar artículos editoriales que respiran en todas sus partes el mas ardoroso patriotismo.

Apesar de esto, hubo algunas personas que criticaron al periódico de que tratamos por falta de amenidad, fundándose en que sus pájinas se llenaban casi por completo con las disposiciones del gobierno, que entónces, es cierto, se hallaba en un período de plausible actividad que produjo muchos decretos de reconocida importancia.

Por esta causa el editor se vió obligado a defenderse de los ataques que se le dirijian en un escrito que trascribimos aquí:

EL EDITOR A CUATRO FIGURONES DE BORLA SIN GRADO, GRADO SIN MÉRITO, LENGUA DESPLUMADORA I TINTERO SIN PLUMAS.

"Ya están cansadas mis orejas de oir las terribles detracciones de La Gaceta. Estos caballeros, de mancomun i cada cual a su vez, en lo público i en lo secreto, se empeñan en desacreditarla.... Dicen que el periódico es estéril e insulso i se llena con decretos, porque no quiero trabajar.... Llamarle (al editor) ocioso, es lo mismo que llamar cicatero al que no aumenta el vino de una copa rebosada, a ménos que los detractores quieran costear al impresor un pliego mas, que en tal caso desde ahora para entónces me obligo en toda forma a cubrírselos íntegramente. No me causan mucho enojo estos dignos émulos; porque honran demasiado mi pluma, cuando apetecen sus pobres producciones. Me seria mui satisfactorio impugnasen las que he dado, habiendo hueco; pero pues callan: me hacen creer que, o no son ellas mui malas, o ellos no saben criticar ni escribir, o son mas flemáticos i ociosos, cuando yo trabajo a vista de todo Chile, desde ántes que nadie se levante de la cama i hasta despues que todos duermen.... Pero como la ignorancia es tan atrevida, ellos tienen la valentía de declamar en público contra La Gaceta para que pueda aplicárseles el último cuarteto del epitafio que Torres dejó para los cuatro cargadores de su féretro:

"I si carcajadas das,
Hoi te permite el teatro
Que en cabeza de esos cuatro
Te rias de los demas." (7)

Creemos nosotros que el editor tenia razon.

Justo MOLINA.

(Concluirá.)

(7) Núm. 26.

RIMAS.

I.

GOCES I PENAS.

Las jemidoras brisas de la tarde
Mezcladas con suspiros
Me traen en sus alas
Los perfumes del lirio.
¡Ai! con acente triste me pregunto:
¿Por qué, dulce amor mio,
Mezclas así en mis sueños
El goce i el martirio?

II.

¡SIEMPRE IGUAL!

Todos los dias, al rayar el alba,
Desde el hojoso ramo,
Vuelan las avecillas
A despertarte con sus dulces cantos.

I al volver, con las sombras de la tarde,
Tristemente cantando,
Me cuentan, bella niña,
¡Que de tu sueño aun no has despertado!

JAVIER VIAL SOLAR.

HOJAS SUELTAS.

Busquemos lo eterno;
Aquí solo soplan
Mortíferas auras,
Ambientes que ahogan.
¡Qué importa que erguidas
Levanten las rosas,
En perlas bañada
Su ardiente carola,
Si quema su cáliz
El sol que las dora,
Si el viento que pasa
Desprende sus hojas!
Oh sueños mentidos
De dicha engañosa,
Fugaz esperanza
Que el tiempo desflora,
Vivir es miraros
Bajar a la fosa....
Un rayo de dicha,
Despues negra sombra,
I el bien que soñamos
Es lumbre fosfórica
Que aclara un instante
La mar tempestuosa
Do ajitan la nave
Con furia las olas.

Busquemos lo eterno,
Busquemos la atmósfera
Do amor nos embriaga
En paz deleitosa.
Allá está el olvido
Que pesares borra;
Allá no resuena
Jamas la voz ronca
De infame calumnia
Que mata las honras;
Ni avaro nos tasa
Del goce las horas

El crudo destino
Que aquí nos acosa,
Cual si solo ansiara,
Con ira traidora,
Ver frentes marchitas,
Ver ojos que lloran
I almas desoladas
De eterna congoja.

1876.

Muchas naves ví partir
En alas de la esperanza,
I aguardando su regreso
Fijo me estoi en la playa.

¡Ai de mí! que todas vuelven
Al puerto, desmanteladas;
Náufragos del mar del mundo,
Me traen nuevas amargas.

1877.

ENRIQUE DEL SOLAR.

UN DIA DE LLUVIA.

Andábame en dias pasados por esas calles llevando ocupada mi mente en pensamientos tan negros como los nubarrones que oscurecian el cielo, ni mas ni ménos que si yo fuera protagonista del mas romántico drama. Sea que en algo influyera la electricidad de la atmósfera, sea por otro motivo, es el caso que me encontraba en esos momentos en que nos consideramos los séres mas infelices de la tierra, en que vemos nuestro porvenir tan claro como boca de lobo, i nos contemplamos como héroes de trájica novela. I en tanto grado habíase excitado mi imajinacion, que daba por realizadas las mas fantásticas ilusiones: veíame agobiado con el peso de todas las desgracias, i si hubiera yo existido en los tiempos mitolójicos i los dioses me hubieran visto luchar con ellas, habrian tenido, a no dudarlo, un espectáculo digno de su augusta grandeza.

Creia, con toda fé, que me habian dado unas magníficas calabazas i ahí me miraba yo sumido en un piélago de dolor, con el corazon desgarrado i llorando dia i noche la lágrima viva. Algun tanto cicatrizada mi llaga por el trascurso de algunos años que ni en el infierno los habria pasado peores, hubo de llegar a mi ignorado retiro (pues me habia alejado del mundo para entregarme a lo meditacion i al estudio), la noticia del casamiento de la ingrata. ¡Aquí de los mios! dije yo, i resolví incontinente presentarme en medio de la fiesta matrimonial. Hícelo así, i sin hacer caso de la desolacion de la perjura ni del asombro de los circunstantes, principio a cantar con reconcentrado furor el *Ché mi frena in tal momento:* pero al llegar a *t'amo ingrata, t'amo ancor*, eché de ver que habia tomado un tono mui alto, i, en consecuencia, no me alcanzaba la voz. Dejé entónces de figurarme un otro Edgardo i de un golpe cambié la escena.

Cierto dia me trajo a la ciudad, sacándome del mismo ignorado retiro, la funesta nueva de que mi mejor amigo estaba en los últimos momentos i necesitaba confiarme un misterioso secreto. En una solitaria calle me encuentro de noche con la causa de mi desdicha, del brazo con un sujeto, el cual no era otro sino su marido i que se me figuró de malísima catadura i mil veces inferior a mí. Una idea diabólica cruza mi mente: echo mano a un puñal, que sin saber cómo traia conmigo, i con la boca entreabierta, la respiracion anhelante, los ojos saltados, me lanzo como una fiera sobre el miserable, le mato de una sola puñalada i, mostrando ese cuerpo inanimado a la mujer que amé, le digo: ¡Hé ahí tu obra! i permanezco impasible esperando que llegue la justicia. Llega, en efecto, personificada en dos menguados policiales i.... Un sonido seco que produjo mi sombrero redondo, disipó instantáneamente ese tropel de fantasías. Miré hácia arriba por si mese algun pillastre que desde un balcon me hubiera tomado por blanco, i como quiera que no puede mirarse a lo alto sin abrir algun tanto la boca, entróseme hasta el gaznate un grueso goteron que ahí dejó caer alguna traviesa nube, por ende caí en la cuenta de que principiaba a llover. No traia paraguas, que lo sentí en extremo por mi sombrero que estaba flamante, i resolví entónces dejarme de vacilaciones en cualquiera otra ocasion en que tuviera necesidad de salir con mal tiempo, pues, en tales casos, examino si las nubes están altas o bajas i reflexiono cinco minutos a lo ménos si saldré o no con paraguas, i tan pronto lo tomo como lo dejo.

Arreciaba en tanto la lluvia por momentos i víme en la necesidad de acojerme al abrigo de un benéfico alero de esas casas antiguas de construccion española, i bendiciendo en mi interior esa arquitectura, esperé que pasara un coche. Miéntras tanto, entretúveme en mirar el nuevo aspecto que habia tomado la calle. Muchos transeuntes, mas prevenidos que yo, habian

abierto sus paraguas i seguian tranquilamente su camino, no sin sostener con aquéllos algunos combates, a causa de que querian irse en alas del raudo viento, lo cual de ninguna manera convenia a los intereses económicos de sus dueños. Corria por aquí un muchacho sin cuidarse del agua, ántes bien, parecia desafiar los elementos i buscaba manera de mojarse, en lo cual hallaba gran contento; allá un lechuguino tiritaba bajo la ajustada levita i hacia inauditos esfuerzos para no perder el equilibrio i librar así del barro sus limpios zapatos; mas, su extremo cuidado no fué bastante a evitar que su afeitada cara recibiera un amable peloton de barro lanzado por las patas de un rocin que cruzaba a trote largo; acullá, el sereno del barrio, con su capote de goma, miraba filosóficamente cómo llovia, i pensaba, sin duda, que mucho mejor estaria calentándose a la lumbre; a ratos pasaba tal cual estudiante de vuelta de clase: sombrerito ladeado, libro bajo el brazo, pasito lijero, solapa levantada....

—Gracias a Dios.... ¡Eh, cochero!

—¡Ocupado!

—¡Andate al diablo!

I pasó otro coche, i otro, i todos ocupados, que en los dias de lluvia conseguir vehículo es tan difícil como encontrar novia el que no tiene plata. Cansado de esperar, resolví seguir a pié. Mohino i pensativo ademas iba yo contando las gotas que caian en mi sombrero i mirando en lontananza algun benévolo constipado, cuando al pasar junto a una ventana, siento que dan en los vidrios repetidos golpes. Vuelvo la cabeza i veo a doña *Manuela Esturion*, señora viuda, mui mi amiga, quien con gritos i señales me indicaba que pasase a su casa. No era de despreciar este ofrecimiento en las circunstancias en que me encontraba, tanto mas cuanto que la señora era llana como la palma de la mano, bien es verdad que tenia algunos pimpollos con mas dobleces que vestido a la moda; pero eran las chicas tan pizperetas i bien parecidas, que de buenas ganas les perdonaba uno todas sus marrullerías.

Entré sin ceremonia.

—Venga acá, amigo, díjome la señora, i ¡qué gusto el suyo en andarse mojando! A ver, niñas, que traigan mas fuego.

Era doña Manuela señora chapada a la antigua, por manera que no habia podido convenir en el uso de las chimeneas, de las cuales decia que eran puros embelecos e invenciones, i que para ella no habia como el brasero, junto al cual, en invierno, no sentia pena. En verano, apesar de las protestas de sus hijas, sacaba las alfombras i las reemplazaba por frescas esteras, i durante los meses de calor preferia llevarse a oscuras con tal de no tener moscas, insectos a que habia declarado una guerra mortal.

Aumentóse, pues, el fuego, i, colocados alrededor del brasero, apoyados los codos en las rodillas i extendidas las manos al be-

néfico calor de las brasas, pasamos un buen rato, ya embromando con las niñas, ya hablando de la iglesia i de los santos de su predileccion con la señora, sin curarnos del viento que hacia estremecer las ventanas ni de la lluvia que caia a torrentes. De pronto, doña Manuela, cediendo a alguna celestial inspiracion,

—¡Vaya! dijo. ¿Tomemos mate de leche? El dia está mandado hacer....

—Nó, mamá, salió una de las niñas: mejor es té o café.

—¡Oigan a la moda! ¡Té! Me cuesta trabajo tomarlo de noche, i eso lo hago por el qué dirán.... Camina, Anastasia, a preparar....

—¡Mamá!....

—Cierto, niña, que no te gusta que así te llame, sino Eloisa... En fin, anda luego i que tambien hagan *pícarones*. De buenas ganas hiciera alfeñiques, pero es algo tarde ... ¿Le gustan a usted los alfeñiques?

—Soi loco por ellos, le contesté aunque rara vez los comia. Sin embargo, soi mui torpe para hacerlos: se me pegan en los dedos....

—Yo soi grande aficionada. Allá en mi tiempo, en casa de mi madre, no habian de faltar en dias de lluvia, i ¡qué manos tan diestras eran las mias! Me quedaban los alfeñiques rubios como el oro. Varias veces, en dias como éste, he querido hacer con las niñas, pero a las pobrecitas les ha entrado por el tono, i nadie las saca de su té, de su café i las copitas de jerez, oporto.... Se nos van, amigo, se nos van las costumbres sencillas de otros tiempos.

—Se nos van, misea Manuela, se nos van, respondíle haciéndome del triste i escarbando el fuego, miéntras las niñas se reian a su sabor.

En esto siento un golpecito helado en la cabeza.—¿Qué es esto? dije yo; mas luego vine en la cuenta de que una gotera habia tenido a bien caer sobre mí; lo cual, visto por la señora,

—¡Gotera, niñas! gritó. Quítese usted de ahí. Un tiesto.... pronto.... la alfombra....

Trájose el tiesto; mas luego fué menester ir por otro, pues en el extremo de la sala caia una nueva gotera, i así amenizó la fiesta un *tik tak* a ratos pausado i a ratos lijero.

Comenzó la lluvia a arreciar que daba contento el mirarla, rebosaban de agua las canales, i habíase convertido la ya desierta calle en ancha i caudalosa acequia. Subió de todo punto la fuerza del agua; ¡granizo! exclamaron todos; i aquí fué el dejar los asientos i el dirijirse cuáles a la ventana, cuáles a la puerta; aquí el gritar la señora:—¡Tápense la boca, que anda mucha *parálisi!* aquí el pisarse distraidamente i pedirse mil perdones. Salimos al patio, i ahí estuvimos como unos bienaventurados viendo granizar, nadie hablaba palabra i yo me decia interiormente:

No escupe celestial artillería
Mas balas de granizo, que la fiera
Jente peñas al mar....

—¡Se acabó, se acabó! Entremos que afuera hace mucho frio.

Ya con esto tuvo la señora ocasion de contarnos que este granizo era el mas grande que habia visto, fuera del que cayó en el año tal, pues ese fué del tamaño de una haba, i que este granizo la sorprendió en la calle con su marido, i se entraron entónces a la casa de la Fulana, i la Fulana creia que era el juicio, pero una vieja mui santa que tenian en la casa decia que nó, pues faltaban todavia algunos años ...; i fué hilando de manera que nos refirió una gran parte de su vida i de las de sus conocidos.

Las niñas por su lado, para echarla de compasivas, decian:

—¡Ai! ¡Cómo estarán los pobres con este tiempo! I una tan abrigada.... I al decir esto se abrigaban mas, sin duda para que no sufrieran tanto los podres.

Llegaron el mate de leche i los *picarones*. Ensarté uno de estos, i despues de mirarlo atentamente, me lo comí, trájica suerte que siguieron algunos otros alternados con sendos mates, todo lo cual me produjo un ahito que tuve ocasion de experimentar esa noche.

¡Qué cosa tan agradable, decíame yo mentalmente, qué cosa tan agradable es el estar en una pieza abrigada, viendo llover al traves de los vidrios de la ventana, en compañía de un libro o de personas amables i sencillas, junto a un buen brasero i tomando mate de leche! O bien de noche, ¡cuánto contento da el arrebujarse en la cama i quedarse dormido al ruido del agua!... Me hice muchas otras reflexiones a este tenor, i tan buenas fueron, i tan bien manifestaban la apacible tranquilidad de que goza el que, sin preocuparse con cuidados de ningun jénero, se está al amor de la lumbre miéntras silba el viento, moja la lluvia i descarga el trueno carretadas de piedras, que no las estampo aquí, pues tengo la seguridad de que en vista de lo excelente i acertado de las dichas reflexiones, todos creerian que las habia copiado de otra parte.

Solo diré, para concluir, que junto con el mate se acabó la lluvia.

Santiago, junio 22 de 1877.

PEDRO N. CRUZ.

EL RESUCITADO.

(CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIREI GUIRIOR.)

A principios del actual siglo existia en la recoleccion de los descalzos un octojenario de austera virtud i que vestia el hábito de hermano lego. El pueblo, que amaba mucho al humilde monje, conocíalo solo con el nombre de—*El Resucitado.*—I hé aquí la auténtica i sencilla tradicion que sobre él ha llegado hasta nosotros.

I.

En el año de los tres sietes (número apocalíptico i famoso por la importancia de los sucesos que se realizaron en América) presentóse un dia en el hospital de San Andrés un hombre que frisaba en los cuarenta agostos, pidiendo ser medicinado en el santo asilo. Desde el primer instante, los médicos opinaron que la dolencia del enfermo era mortal, i le previnieron que alistase el bagaje para pasar a mundo mejor.

Sin inmutarse oyó nuestro individuo el fatal dictámen, i despues de recibir los auxilios espirituales o de tener *el práctico a bordo*, como decia un marino, llamó a Jil Paz, ecónomo del hospital, i díjole, sobre poco mas o ménos:

—Hace quince años que vine de España, donde no dejo deudos, pues soi un pobre expósito. Mi existencia en Indias ha sido la del que honradamente busca el pan por medio del trabajo; pero con tan aviesa fortuna, que todo mi caudal, fruto de mil privaciones i fatigas, apénas pasa de cien onzas de oro que encontrará vuesa merced en un cincho que llevo al cuerpo. Si como creen los físicos, i yo con ellos, Su Divina Majestad es servida llamarme a su presencia, lego a vuesa merced mi dinero para que lo goce, pidiéndole únicamente que vista mi cadáver con buena mortaja del seráfico Padre San Francisco i pague algunas misas en sufrajio de mi alma pecadora.

Don Jil juró por todos los santos del calendario cumplir religiosamente con los deseos del moribundo, i que no solo tendria mortaja i misas, sino un decente funeral. Consolado así el enfer-

mo pensó que lo mejor que le quedaba por hacer era morir cuan, to ántes, i aquella misma noche empezaron a enfriársele las extremidades i a las cinco de la madrugada era alma de la otra vida.

Inmediatamente pasaron las peluconas al bolsillo del ecónomo- que era un avaro mas ruin que la encarnacion de la avaricia. Hasta su nombre revela lo menguado del sujeto: ¡¡¡Jil Paz!!! No es posible ser mas tacaño de letras ni gastar ménos tinta para una firma.

Por entónces no existia aun en Lima el cementerio jeneral que, como es sabido, se inauguró el mártes 31 de mayo de 1808; i aquí es curioso consignar que el primer cadáver que se sepultó en nuestra necrópolis, al dia siguiente, fué el de un pobre de solemnidad llamado Matías Isuriaga. Los difuntos se enterraban en un corralon o campo-santo, que tenía cada hospital, o en las bóvedas de las iglesias, con no poco peligro de la salubridad pública.

Nuestro don Jil reflexionó que el finado le habia pedido muchas gollerías; que podia entrar en la fosa comun sin asperjes, responsos ni sufrajios; i que, en cuanto a ropaje, bien aviado iba con el raido pantalon i la mugrienta camisa con que lo habia sorprendido la *flaca*.

—En el hoyo no es como en el mundo, filosofaba Jil Paz, donde nos pagamos de exterioridades i apariencias, i muchos hacen papel por la tela del vestido. ¡Vaya una pechuga la del difunto! No seré yo, en mis dias, quien halague sus vanidades gastando los cuatro pesos que importa la jerga franciscana. ¡Querer lujo hasta para pudrir tierra! ¡Hase visto presuncion de la laya! ¡Milagro no le vino en antojo que lo enterrasen con guantes de gamuza, botas de campaña i gorgüera de encaje! Vaya al agujero como está el mui bellaco, i agradézcame que no lo mando en el traje que usaba el padre Adan ántes de la golosina.

I dos negros, esclavos del hospital, cojieron al cadáver i lo trasportaron al corralon que servia de cementerio.

Dejemos por un rato en reposo al muerto i, miéntras el sepulturero abre la zanja, fumemos un cigarrillo charlando sobre el gobierno i la política de aquellos tiempos.

II.

El excelentísimo señor don Manuel Guirior, caballero de la órden de San Juan, teniente jeneral de la real armada i jentil-hombre de cámara, hallábase como virei en el Nuevo Reino de Granada (donde habia contraido matrimonio con doña María Ventura, jóven condesa bogotana), cuando fué promovido por Cárlos III

al gobierno del Perú. Pomposísimo era el ceremonial i espléndidos los festejos con que hasta entónces se habia celebrado la entrada de los representantes de la corona. Los caudales del cabildo i suscripciones, mas o ménos forzadas, del vecindario, hacian el gasto. Guirior no quiso lujo ni ostentaciones como sus predecesores, que hacian la primera *etapa* en la iglesia de Monserrate, a que en nuestros dias está dando gran fama la suntuosidad con que las limeñas celebran en ella las fiestas del mes de María.

Guirior, acompañado de su esposa, llegó a Lima, de incógnito, el 17 de julio de 1776, como sucesor de Amat. La sagacidad de su carácter i sus buenas dotes administrativas le conquistaron en breve el aprecio jeneral. Atendió mucho a la conversion de infieles i aun fundó en Chanchamayo colonias i fortalezas, que posteriormente fueron destruidas por los salvajes.

En Lima estableció el alumbrado público, con pequeño gravámen de los vecinos, i fué el primer virei que hizo publicar bandos contra el diluvio llamado juego de carnavales. Verdad es que, entónces, como ahora, bandos tales fueron letra muerta.

Guirior fué el único entre los vireyes que cedió a los hospitales los diez pesos que, para sorbetes i pastas, estaban asignados por real cédula a su excelencia, siempre que honraba con su persona una funcion de teatro.

En su época se erijió el vireinato de Buenos Aires i quedó terminada la demarcacion de límites del Perú, segun el tratado de 1777 entre España i Portugal, tratado que despues nos ha traido algunas desazones con el Brasil i el Ecuador.

En el mismo aciago año de los tres sietes, nos envió la corte al consejero de Indias, don José de Areche, con el título de superintendente i visitador jeneral de la real hacienda, i revestido de facultades omnímodas, tales que hacian casi irrisoria la autoridad del virei. La verdadera mision del enviado rejio era la de esprimir la naranja hasta dejarla sin jugo. Areche elevó la contribucion de indíjenas a un millon de pesos, creó la junta de diezmos, los estancos i alcabalas dieron pingües rendimientos, abrumó de impuestos i socaliñas a los comerciantes i mineros, i tanto ajustó la cuerda que en Huaras, Lambeyeque, Huánuco, Pasco, Huancavelica, Moquegua i otros lugares estallaron sérios desórdenes, en los que hubo correjidores, alcabaleros i empleados reales ajusticiados por el pueblo.

La excitacion era tan grande, dice Lorente, que en Arequipa los muchachos de una escuela dieron muerte a uno de sus camaradas, que en sus juegos habia hecho el papel de aduanero; i en el llano de Santa Marta dos mil arequipeños osaron, aunque con mal éxito, presentar batalla a las milicias reales.

En el Cuzco se descubrió mui oportunamente una vasta conspiracion, encabezada por don Lorenzo Farfan i un indio cacique, los que, aprehendidos, terminaron su existencia en el cadalso.

Guirior se esforzó en convencer al superintendente de que iba por mal camino; que era mayúsculo el descontento i que, con el rigorismo de sus medidas, no lograria establecer los nuevos impuestos, sino crear el peligro de que el pais en masa recurriese a la protesta armada, previsiones que, dos años mas tarde i bajo otro virei, vino a justificar la sangrienta rebelion de Tupac-Amaru.

Pero Areche pensaba que el rei lo habia enviado al Perú para que, sin pararse en barras, enriqueciese el real tesoro a expensas de la tierra conquistada; i que los peruanos eran siervos, cuyo sudor, convertido en oro, debia pasar a las arcas de su amo Cárlos III. Por lo tanto, informó al soberano que Guirior la embarazaba para esquilmar el pais i que nombrase otro virei, pues su excelencia maldito si servia para lobo rapaz i carnicero.

Despues de cuatro años de gobierno, i sin la mas leve fórmula de cortesía, se vió destituido don Miguel Guirior i llamado a Madrid, donde murió pocos meses despues de su llegada.

III.

En tanto que el sepulturero abria la zanja, una brisa fresca i retozona oreaba el rostro del muerto, quien ciertamente no debia estarlo en regla, pues sus músculos empezaron a ajitarse débilmente, abrió luego los ojos i, al fin, por uno de esos maravillosos instintos del organismo humano, hízose cargo de su crítica situacion. Un par de minutos que hubiera tardado nuestro español en volver de su paroxismo o catalepsia, i las paladas de tierra no le habrian dejado campo para rebullirse i protestar.

Distraido el sepulturero con su lúgubre i habitual faena, no observó la resurreccion que se estaba verificando, hasta que el muerto se puso sobre sus puntales i empezó a marchar con direccion a la puerta. El buho del cementerio cayó accidentado, realizándose casi al pié de la letra aquello que canta la copla:

El vivo cayó muerto
I el muerto partió a correr.

Encontrábase don Jil en la sala de San Ignacio, vijilando que los topiqueros no hiciesen mucho gasto de azúcar para endulzar las tisanas, cuando una mano se puso familiarmente en su hombro i oyó una voz cavernosa que le dijo:

—¡Avariento! ¿dónde está mi mortaja?

Volvióse aterrorizado don Jil. Sea el espanto de ver un resucitado de tan extraño pelaje, o sea que la voz de la conciencia hubiese hablado en él mui alto, es el hecho que el infeliz perdió

desde ese instante la razon. Su sacrílega avaricia tuvo la locura por castigo.

En cuanto al español, quince dias mas tarde salia del hospital completamente restablecido i, despues de repartir en limosnas las peluconas, causa de la desventura de don Jil, tomó el hábito de lego en el convento de los padres descalzos, i personas respetables, que lo conocieron i trataron, nos afirman que alcanzó a morir, en olor de santidad, allá por los años de 1813.

RICARDO PALMA.

LA PUERTA DE ARENAS.

TRADICION.

DEDICADA AL EMINENTE PUBLICISTA SEÑOR DON FRANCISCO PACHECO.

A mui poca distancia de Jaen, escondido entre fragosas sierras, hai un lugar tan pintoresco i delicioso, que nada tiene que envidiar a los celebrados paisajes de la Suiza. Pero España es un rincon del mundo, i solo vienen a visitarla los verdaderos amantes de lo bello, o aquellos a quienes sobran el tiempo i las riquezas, miéntras la Suiza, enclavada en medio de naciones civilizadas i poderosas, ofrece un contínuo tránsito a millares de pasajeros que pueden admirar i encarecer sus contrastes peregrinos.

Ademas, los españoles, mas orgullosos que vanos, no encomian con fastuosa prosopopeya los ricos tesoros de su suelo; i sobrado indolentes, apénas cultivan esos dilatados campos, que, en otras manos, serian fuentes inagotables de riqueza. Hasta ahora, sin medios de trasporte ni de exportacion, apénas ofrecian a las jactanciosas miradas extranjeras mas que exiguas muestras de sus preciosos frutos, i no es extraño, por lo tanto, que hasta cierto punto fuesen tratados con desvío.

La guerra de Troya no seria inmortal en los fastos de la historia si no hubiese tenido un Homero que la cantase; ni tan conocidos los paisajes de la Grecia si no los hubiese hecho célebres la mano del divino Apeles.

Los antiguos artistas españoles, graves i ascéticos, tenian demasiado fijos los ojos en el cielo para fijarlos en las cosas de este mundo.

¡Ah, si la sombría Inglaterra, si la Francia poseyesen las deliciosas huertas de Valencia i Múrcia, si tuviesen provincias tan pintorescas como Cataluña i Astúrias, campos tan fértiles como los de Galicia i Extremadura, paisajes tan poéticos como los de Aragon i las Provincias Vascongadas; si poseyesen, sobre todo, Andalucía, la hermosa Andalucía, joyel del universo, con su espléndido sol, sus flores, sus perfumes, sus bellas ciudades árabes i sus mujeres, mas bellas todavía, llenarian el mundo de cuadros, grabados i vistas fotográficas!

I si poseyesen nuestras góticas catedrales, nuestros bellísimos monumentos, nuestras majestuosas ruinas, en donde está escrita con sangre la historia de tres ilustres pueblos, los romanos, los godos i los árabes, ¡cuántas epopeyas brotarian de su pluma! ¡Cómo ensordecerian los oidos de todas las naciones del universo con la enumeracion de tales maravillas!

Pero ¡ai! si ántes los relijiosos españoles solo veian a Dios en la creacion digno de recibir las primicias de su jenio, ahora, ¡rubor causa el confesarlo! ahora, ciegos, deslumbrados por la palabrería extranjera, se han convertido en sus serviles imitadores, i van a beber la inspiracion en campos que no son campos, i buscan los héroes de sus poemas en los pigmeos de otros paises sin acordarse de levantar la lápida del sepulcro donde duermen sus titanes.

¡Vergüenza i oprobio para esos hijos espúreos de la madre patria!

¡Insensatos! Olvidan que es imprescindible lei del destino que aquellos que no cubren de laureles el polvo de sus antepasados, hallen yerma su sepultura. ¡Insensatos! ¡En vano se ajitan, se atormentan i se afanan buscando una mentida i quebradiza gloria!

El hombre muere: los pueblos son inmortales.

Un cuadro, un libro que solo se refieran a objetos frívolos, son hojas que arrebata el viento en su torbellino para sepultarlas en el seno de la nada; un cuadro, un libro que estén encarnados en las glorias patrias, que pinten las costumbres i pasiones de nuestra sociedad contemporánea o ensalcen la hermosura de nuestras fértiles comarcas, siempre despertarán la curiosidad i el interes de las jeneraciones venideras, i serán tan eternos como los picachos de nuestros montes, las columnas de nuestros templos i la memoria del pueblo, cuya fisonomía habrán sabido delinear con mano diestra.

Bien es verdad que en esta época de fujitivas impresiones i de ambiciosa impaciencia, los artistas prefieren grabar su nombre sobre el hielo que sobre mármoles eternos. ¡El hielo, herido por

los rayos del sol, despide un brillo mas hermoso! ¿Qué importa que luego se convierta en cieno? ¡La divisa del siglo es *Hoi*.... *Mañana* es un poco de humo que puede disipar el viento!

Por estas razones, apénas saben la mayor parte de los españoles que a cinco leguas de Jaen, entre sierras fragosísimas, se halla la asombrosa puerta de Arenas, llamada así por estar tajada de norte a sur, pasando por la abertura el rio Mesta, que corre hácia el norte entre montañas, hasta juntarse al de Jaen, mui cerca de la ciudad del mismo nombre.

Esta puerta, que sirve de paso para la provincia de Granada, tiene ocho varas de abertura, formada por los elevadísimos montes, cuyas cimas se esconden entre las nubes.

Imposible es imajinar nada mas pintoresco que el paisaje que allí se ofrece a la vista, lleno de severa majestad i de selvática belleza. Aquellos picos cortados i casi suspendidos en los aires que se dibujan a lo léjos sobre el azul del cielo; las laderas cubiertas de antiguos pinos, que sombrean angostos pero fértiles vallecitos, llenos de flores i árboles frutales; los mil arroyos i fuentes que fertilizan su término, i que aquí son mujidoras cascadas, allá espumosos torrentes, i mas allá, reuniéndose, forman el rio Valdearazo, que corre a veces encajonado entre peñascos, i a veces atraviesa mansamente la campiña saludando con apacible murmullo los cañaverales que crecen en sus orillas; todo esto forma un conjunto tan imponente i bello, que no le es dado a humana voz el describirlo. Allí, en medio del majestuoso silencio, turbado solo por los ecos que repiten el mujido de las cataratas i los ayes del vendabal, o por el aleteo de las aves de rapiña i el derrumbamiento de las piedras, el hombre siente elevarse su alma hasta Dios, i que, aflojadas sus mortales ligaduras, se cierne orgullosa i feliz en los espacios. Allí, delante de aquella escena solemne, leyendo en los agrupados peñascos, que son pájinas de sus libros inmortales, toda la majestad del Creador, el hombre abjura sus ídolos mundanos, e inclinándose indeliberadamente, cree, espera i adora!

Pero si son pocos los que conocen la existencia de este magnífico paisaje, ménos son todavía los que saben la graciosa tradicion que está anexa a aquellos sitios.

Como un nido de águilas, escondido entre las rocas, se halla escondido entre aquellas breñas un hermoso pueblecito. Es Campillo de Arenas, cuyos habitantes son tan robustos como la naturaleza que los rodea; puras sus costumbres como las próximas auras del cielo que mecen el capullo de sus flores.

Hé aquí cómo cuentan los ancianos del pueblo esta vieja historia, mostrando una ermita derruida, que se descubre aun a las márjenes del Mesta.

Era en aquellos tiempos en que los moros se solazaban como dueños de los jardines de la bella Andalucía; pero ¡cosa extraña!

en la iglesia de Campillo nunca habia dejado de brillar la sacrosanta cruz de los cristianos.

I es que era señor de aquellos lugares Bermudo de Mendoza, llamado *Brazo de Hierro*, el mas cumplido i el mas esforzado caballero entre los que rendian homenaje a Sancho García, el monarca de Castilla.

Pero ¡ai, que el tiempo despoja de sus hojas hasta a los augustos cedros! ¡Ai, que la negra cabellera de Bermudo se habia vuelto blanca, i su brazo cedia bajo el peso de la espada!

El anciano caballero lloraba incesantemente, i lloraba con mayor desconsuelo porque Dios no le habia concedido ningun hijo varon que perpetuase la gloria de sus hazañas.

Dios no le habia dado mas que dos hijas, Jimena i Claudina. Claudina era tierna i delicada, como las flores que solo pueden abrir su corola en los invernaderos, i en ella estaba cifrada toda la ternura de su padre; Jimena, era como esas flores selváticas que crecen entre las breñas i desafían las tempestades.

¡Es que la triste Jimena jamas habia sido amada!

Habia nacido la primera, i su padre nunca pudo perdonarla que hubiese burlado su esperanza de obtener un heredero de su nombre.—¡Pobre Jimena!

Vagaba siempre sola por entre los bosques, sin hallar nunca en derredor de sí ni una sonrisa amiga.

A veces, cuando llena de afecto, se lanzaba al encuentro del anciano, éste, al contemplar su elevada estatura, su majestuoso ademan, la apartaba de sí con enojo, murmurando:

—¡Por qué no será un hombre!

Jimena, para conquistar su cariño, se habia dedicado desde la edad mas tierna a los ejercicios varoniles, i jamas faltaban a Bermudo sabrosos jabalíes para su mesa, ni ricas pieles de oso para calentar sus miembros ateridos.

Una vez que los moros habian osado trepar por las empinadas crestas de Campillo, Jimena se mezcló con los guerreros cristianos i defendió con ellos bizarramente los hogares patrios.

Pero su intrepidez no hacia mas que aumentar el dolor del anciano caballero.

—¡Qué importa! decia mesándose la blanca barba; ¡si no puedes trasmitir mi nombre a los lejanos siglos!

I miéntras la triste Jimena languidecia falta de amor, como las plantas faltas de riego, Claudina languidecia por su exceso, i se sentia devorar por el tedio, en medio de las tiernas solicitudes de que se hallaba incesantemente rodeada.

Sin embargo, de pronto ámbas hermanas parecieron vivificarse por una causa ignota, i en las mejillas de ámbas volvieron a brillar las flores de primavera.

¿Quién podia ser un jóven cazador que venia de mui léjos a buscar las fieras ocultas en sus guaridas? Nadie lo sabia.

¿Por qué se le veia vagar tan a menudo en derredor de la casa de Mendoza? ¿Es que amaba a Jimena? ¿Es que amaba a Claudina?

Los unos contaban haberle visto pasear con la primera por las orillas del Mesta, los otros referian que de noche le habian oido cantar amantes trovas bajo las ventanas de la segunda.

Una noche rujia la tempestad i los relámpagos encendian la bóveda del cielo.

Bermudo i Jimena estaban sentados el uno al lado del otro en el espacioso salon de su casa solariega.

Ambos estaban tristes, ámbos guardaban silencio.

Los negros presentimientos batian sus alas sobre sus cabezas, inclinadas hácia el pecho.

—¡Señor! exclamó repentinamente la dueña Ermengarda, precipitándose en el salon, ¡Claudina ha huido con un caballero!... ¡Van ámbos montados en un corcel rápido como los vientos!...

—¡Claudina, mi bien, mi amor! ¡Mientes, anciana, mientes! gritó Bermudo, fuera de sí.

—¡Lo juro, señor! repuso Ermengarda bañada en llanto ... ¡Los he visto alejarse a la luz de los relámpagos, i huian hácia la puerta de Arenas!....

—¡Pronto, pajes, escuderos, soldados, pronto!.... Mis armas, mi caballo!....

Así gritó el anciano, dando repetidos golpes sobre un timbre. Sus servidores, despavoridos, acudieron en tropel.

Bermudo quiso vestirse apresuranamente su armadura, pero le faltaron las fuerzas i cayó sobre el sillon, anonadado.

—¡Miserable, miserable viejo! murmuró golpeándose la cabeza con desesperada furia: ¡devora tu afrenta en silencio! ¡tú no puedes vengarte, no hai nadie que te vengue!...

—¡Padre, padre! exclamó Jimena, vistiéndose la armadura del anciano i ciñéndose su espada vencedora: ¡os juro vengar vuestro honor o perecer en la demanda!...

I se lanzó fuera de la estancia. Mandó ensillar su caballo: partió.

La noche era oscura, oscura....

Los truenos, despertando todos los ecos de los montes, producian un estruendo tan grande como si se desmoronase el universo; los relámpagos, iluminando el paisaje con su luz rojiza, parecian querer convertirle en una anchurosa hoguera.

Jimena saltaba torrentes i precipicios, trepaba por peñascos inaccesibles, dejaba atras los llanos.... Su veloz corcel, en vez de correr, volaba....

Pero en vano prestaba oido: los ecos no le traian mas rumor que el de los vientos, que chocaban entre sí, arrancando de raiz los árboles seculares.

—¡Oh, Vírjen de los Milagros! exclamó bañada en llanto; ¡per-

mite que salve a Claudina, i prometo erijirte una ermita, i cubrir tu altar de flores miéntras dure mi existencia!

I diciendo así, espoleaba con nuevo ardor a su caballo, que aumentaba la fantástica rapidez de su carrera....

De repente creyó oir el murmullo de dos voces: se paró... aguardó un relámpago...

Brilló al fin su luz siniestra, i a su favor divisó a Claudina i al caballero en un profundo barranco bañado por el Mesta.

El caballero estaba ocupado en desamarrar un barquichuelo, sujeto por una cuerda a la punta de una roca.

Los fujitivos habian llegado hasta aquel sitio por una senda mui practicable i conocida de Jimena; pero para ir a buscarla hubiera tenido que dar un larguísimo rodeo. Desde el sitio en donde se hallaba, para descender a lo profundo, era preciso que lo hiciera por un despeñadero erizado de maleza.

No habia tiempo para vacilar.... Si los fujitivos entraban en la barca, Claudina estaba perdida ...

—¡Vírjen de los Milagros, guiadme! exclamó Jimena.

Picó espuelas al caballo.... bordeó la espantosa cima, i descendió intrépidamente hasta el abismo....

Ya el caballero habia levantado en sus brazos a Claudina: ya iba a deponerla en la barca salvadora....

—¡Detente, Roman, detente! exclamó Jimena lanzándose a su encuentro; ¡para huir es preciso que yo perezca!

— ¿Qué me quieres? gritó el caballero. ¿Eres acaso nigromántico para llegar hasta mí por tal camino?

—¡En guardia, en guardia! prosiguió la jóven, amenazándole con la punta de su espada.

Claudina se habia desmayado. Su amante la depuso sobre la yerba, sacó el acero i se lanzó sobre su desconocido adversario.

Durante algunos momentos, el combate fué encarnizado i terrible.... Por fin, la espada del caballero hizo volar en pedazos el casco de Jimena, i la negra cabellera de la jóven se esparció sobre sus espaldas.

Su enemigo la reconoció a favor de los relámpagos.

—¡Jimena, Jimena! dijo, ¿por qué me persigues? ¡Te amé, ya no te amo! ¡Tú eres una estrella; ví al sol i quedé ciego!.... ¡Véte, déjame cumplir mi destino!

— No es Jimena que viene a pedirte cuenta de su amor burlado, exclamó la jóven; es la hija de Bermudo, que viene a pedirte cuenta del honor de su familia.... ¡Sé esposo de Claudina i te perdono!.... ¡Volvamos a Campillo!....

—¡En Campillo no puedo ser su esposo, en Jaen sí, que es a donde voi a llevarla!

—¡Nunca!

El caballero dudó un instante.

—Sábelo, pues es preciso, murmuró al fin con voz sorda; ¡yo

no soi Roman, no soi cristiano!.... ¡Soi Azor, el hijo del rei moro de Jaen!....

La jóven, como herida del rayo, dejó caer la espada i retrocedió algunos pasos.

Azor, aprovechándose de su aturdimiento, cojió a Claudina entre sus brazos i corrió hácia el barquichuelo.

—¡Vírjen de los Milagros! ¡Vírjen Santa! exclamó Jimena con desesperacion; permite que el rio crezca en su cauce i que la barca desaparezca entre esas hondas.

I ¡oh milagro! retumbó el trueno, serpenteó el rayo, i los torrentes empezaron a precipitarse espumosos i mujidores de peña en peña, i el rio fué creciendo, creciendo, hasta tocar las nubes....

La barquilla zozobró algunos instantes i luego quedó sepultada entre las aguas....

Azor cayó de rodillas.

—¡Gloria, gloria al Dios de los cristianos! dijo hundiendo en el polvo la atrevida frente.

Cuando el nuevo sol apareció radiante sobre el hermoso cielo de Campillo, alumbró la alegría de sus habitantes, que solemnizaban con festejos un inaudito suceso.

La enseña de Cristo habia conquistado un defensor: Bermudo tenia un hijo.

El primojénito del rei moro de Jaen se habia hecho cristiano casándose con Claudina, la mas bella entre las bellas de aquellas cercanías, i adoptando como suyo el nombre invicto del anciano caballero.

Jimena no tuvo jamas esposo: Jimena no tuvo hijos.

Mandó construir una ermita en el mismo sitio en donde tuvo efecto el milagro, i, trocando su corona de heroina por la espléndida corona de los santos, pasó su vida cubriendo de flores el altar de la Vírjen hermosa, escudo del inocente, amparo del desvalido.

¡Oh, tú que eres tan amante de las glorias de nuestra España, si vas alguna vez a visitar la májica puerta de Arenas, no dejes de poner una siempreviva en la modesta tumba de Jimena, que muestran aun los campesinos a espaldas de la ermita!

ANJELA GRASSI.

LIJERAS CONSIDERACIONES

SOBRE LA

VIDA DE BLAS PASCAL.

(Conclusion.)

VIII.

No debia de perseverar mucho tiempo Pascal en las distracciones i comodidades propias del nuevo jénero de vida que habia, de mal grado, adoptado. El mundo, ese mismo mundo, que a tantos arrastra i fascina, no lo contó nunca entre sus innobles cortesanos. El bullicio de los placeres llegaba hasta él como los confundidos acordes de una música sin encantos ni armonía. Su espíritu melancólico buscaba la meditacion que en la soledad se inspira i experimentaba "algo como un remordimiento" cuando su vista, acostumbrada a mirar al cielo, se detenia un instante en las escenas en que la humanidad divierte su existencia.

¡Singular felicidad del que, viajero presuroso de llegar al término de la inclemente jornada, cruza las asperezas de la vida sin pararse una sola vez para mitigar la fatiga del camino con el aroma voluptuoso de las flores!

En 1654, Pascal decia adios a todo entretenimiento mundanal para entregarse definitivamente, hasta el fin de sus dias, a los actos de la mas austera penitencia.

Esta es la llamada *segunda conversion* de este ilustre filósofo que, como la primera, no es sino un paso mas dado en las exajeraciones (1) jensanistas.

No es del caso exponer las causas que determinaron esta conversion, como tampoco entrar en todos los pormenores relativos al accidente llamado de Neully (2) i a las consecuencias funestas

(1) Se dice *exajeraciones* en cuanto el jansenismo hacia de las penitencias corporales un deber estricto de conciencia, ya que erróneamente sostenia que sin ellas no se podia ganar el cielo. De este modo pudo Pascal ser exajerado i, sin embargo, heróico en el ejercicio de la virtud.

(2) Refiérese que un dia de fiesta iba Pascal de paseo en una carroza tirada por seis caballos i que al pasar por el puente llamado de Neully, desbocáronse los caballos delanteros en una parte del puente en que no habia guarda-lado. Cayeron éstos al abismo, i la carroza, con todos los que conducia, iba ha ser a allí mismo

que, al decir de los incrédulos, produjo este hecho en el espíritu de Pascal: basta a nuestro propósito decir que a fines de diciembre de 1654 encontramos a este austero creyente completamente alejado del mundo, en estrecha relacion con los solitarios de Port-Royal que, discípulos del ardiente i místico San Ciran, eran los mas decididos apóstoles del jansenismo.

En este nuevo linaje de costumbres solo daba treguas, Pascal, a sus diarios i excesivos rigores por disertar con los solitarios sobre los problemas de la mas profunda filosofía i del mas encumbrado misticismo.

Las relaciones con este injenio inmortal hanle conquistado inmensa celebridad a Port-Royal, que sin ellas estaria hoi del todo olvidado, como olvidados están muchos de sus mas ilustres varones. (1)

El conde de Maistre ha dicho por esto con verdad: "Pascal es el único escritor de verdadero jenio que haya, no diré producido la famosa casa de Port-Royal, sino que la haya habitado durante algun tiempo." (2)

¡Injusta condicion de la naturaleza humana! Llevaba Pascal al seno de los solitarios su gran injenio, su gran nombre, i ellos no harian mas que arrebatarle de su frente la mas pura aureola, la del hijo obediente de la Iglesia!

IX.

Tristísimo i funesto debia de ser el fruto de esta union, triste como la voz del hijo ingrato que, sordo a los ayes del amor, se levanta ensoberbecido contra la madre de misericordia i bondad, funesto como causa de la perdicion. De ella, para decirlo todo de una vez, debian de nacer las *Provinciales*.

Necesario es, para la comprehension de este relato, hacer ver las circunstancias que determinaron la aparicion de estas célebres cartas.

arrastrada, cuando córtanse los *tiros* que la conducen i queda como milagrosamente suspendida al borde del terrible precipicio. Añádese que de entónces data la resolucion de Pascal de vivir en la mas austera penitencia.

Por su lado, Voltaire i otros, se han aprovechado de este relato para sostener que desde la fecha de este accidente quedó profundamente extraviado el cerebro de Pascal, de modo que, segun ellos, los *Pensamientos* casi es la obra de un loco.

No se gaste tiempo en destruir tales aberraciones porque, francamente, menester es que, el que las sostenga, sea él mismo un loco o un malvado.

(1) Entre los que se han conquistado un puesto honorable en la historia deben citarse los nombres de Arnauld i Nicole. Apóstol ardoroso i abnegado del jansenismo, el primero, "el soberano pontífice de esta secta," como lo llama De Maistre; ilustre el segundo por su mérito filosófico i moral.

(2) En otra parte agrega el mismo autor: "Pascal pasó cuatro o cinco años de su vida dentro de los muros de Port-Royal, haciéndoles honor i sin deberles nada."

En 1647 fué condenado en Roma el libro intitulado *La frecuente comunion*, de Antonio Arnauld, uno de los mas ilustres discípulos del jansenismo. Mas tarde, en 1653, fueron condenadas, por el Papa Inocencio X, *cinco proposiciones* extractadas por la Facultad de Teolojía de Paris del célebre *Augustinus* i que, segun la expresion de Bossuet, son el *alma* del jansenismo. La bula papal fué declarada ejecutoria en el reino de Francia por real decreto de Ana de Austria i Mazarino.

Los jansenistas perseguidos no se desconcertaron. En órden a sutilezas i hábiles salidas tenian recursos extraordinarios, i tanto, que ello les ha granjeado en la historia una tristísima celebridad. El primer recurso contra la bula fué proclamar que los cinco proposiciones no estaban contenidas *palabra por palabra* en el *Augustinus*. Vencidos en esta posicion recurrieron a la célebre distincion, *cuestion de derecho* i *cuestion de hecho*. Aceptaban ellos la censura de las cinco proposiciones en sí mismas, pero negaban que su sentido, al ménos, estuviera contenido en el *Augustinus*. Roma no se desconcertó: por una nueva i explícita declaracion desalojólos de su segunda posicion. El jansenismo, perseguidos hasta sus últimas madrigueras, confundido, pero no derrotado, hizo un último esfuerzo i se asiló en lo que ellos llamaron *un silencio respetuoso*. Arnauld, autor de esta estratajema, publicó al mismo tiempo *dos cartas* en que trataba de vindicar a Jansenio de las acusaciones que se le dirijian.

Todo fué en vano: la Sorbona tomó cartas en el asunto e inició un nuevo proceso contra los dos escritos de Arnauld. No habia remedio: el jansenismo, acribillado de heridas, maltrecho i vacilante, iba a perecer. Apareció entónces en la escena Pascal, el mas hábil de los jansenistas, i se dieron a luz las dieziocho cartas, célebres con el nombre de *Provinciales*, i que llevaban el siguiente título: *Luis de Montalto a un provinciano amigo suyo.* (1)

X.

Para dar vida i voga al jansenismo se necesitaba de algo mas que una defensa abstracta, filosófica del sistema: algo mas que las severas meditaciones del pensador. Era preciso bajar a la

(1) Las cuatro primeras cartas aparecieron sin firma alguna: el seudónimo (Luis de Montalto) no fué usado por Pascal sino en la quinta.

Como sucede siempre en casos a estos parecidos, levantáronse mil conjeturas tendentes a averiguar el nombre del autor. "Se hicieron, dice M. Sainte Beuve, mil suposiciones; llegóse hasta designar el nombre del viejo Gomberville.... tambien el de M. le Roy, clérigo de Haute Fontaine."

Ambos, segun ese célebre crítico, protestaron su ninguna participacion en el asunto, agregando el último que "él no era nada i que al designarle como el autor de las célebres cartas se le hacia mucho honor."

arena en que se ajitan turbulentos los caprichos i las pasiones de la opinion, desplegar una forma brillante i las grandes dotes de un estilo grandioso i de arrebatadora elocuencia. Apasionar al auditorio hasta el frenesí: tocar todos los recursos de la polémica acerada i sin freno: despreciar las disertaciones, arma pesada e inútil en esta ocasion, por herir sin miramientos con irritante sarcasmo a las personas que se presentaban como los valientes campeones de las ideas contrarias, como los acérrimos enemigos del jansenismo.

Todo esto i mas que esto se encontraba en las *Provinciales*. Rebosaban de gracia (1) i de talento i tanto que hoi mismo, apagado el entusiasmo sectario por el hielo de los siglos, se citan como modelo de la mas encantadora elocuencia. I para agradar i seducir se presentaban con todos los atavíos de juvenil belleza, a semejanza de esos romancescos adalides que bajan a la arena del combate, entusiasmado el semblante, reluciente la armadura, adornados de vistosas i variadas galas.

Por su parte, las circunstancias favorecian el buen suceso. El lenguaje de los descendientes de los heróicos galos, vencedor reciente de las antiguas i corrompidas formas del idioma del Lacio, i el carácter nacional, reclamaban de consuno una produccion que interpretara su jenio i fijara sus tendencias. En esto consistia gran parte del secreto para obtener la victoria: descubrirlo i explotarlo era la tarea reservada al poderoso injenio de Pascal i por esto las *Provinciales*, obra de circunstancias pasajeras como la tempestad que las orijinó, han resistido a la accion destructora del tiempo i de los hombres.

El ilustre José de Maistre, que en mas de una vez se ha mostrado demasiado severo para apreciar a Pascal i sus obras, llama a las *Provinciales* "la primera obra maestra verdaderamente francesa que se haya escrito en prosa." I por su parte Voltaire, que para juzgar de este sincero creyente se dejó siempre llevar por su odio satánico a la relijion cristiana, dice a este propósito: "De ellas (las *Provinciales*) data la fijacion del lenguaje."

(1) A primera vista parece extraño que un filósofo tan dado a las lucubraciones metafísicas i al mismo tiempo moralista tan austero cual era Pascal, se valiera en un asunto tan sério i elevado, como el que constituye el fondo de las *Provinciales*, de una forma al parecer tan poco compatible con él. Pascal mismo se ha encargado de explicarnos el misterio. "Si las hubiera escrito, dice, valiéndome de un estilo dogmático, solo hubieran sido leidas por los sabios i éstos eran precisamente los que no tenian necesidad de ellas."

XI.

La controversia sobre la gracia i la defensa de Arnauld ocupan solamente las cuatro primeras cartas; en las demas, abandonada la defensa de los principios jansenistas, se dirijen los mas encarnizados ataques a los hijos ilustres de la órden de San Ignacio, se atacan sus doctrinas i su moral, se ridiculizan sus personas, retratándolas en tipos grotescos i despreciablas; no se olvida, en fin, arma alguna propia para aniquilarlos. Hai mas aun.

En medio de las tremendas invectivas contra los Jesuitas se deslizan ataques a la moral católica i se pone en ridículo la direccion dada a las almas. "Es el eterno honor de los Jesuitas, dice a este propósito un juicioso crítico, (1) no haber sido nunca atacados sin que los golpes contra ellos dirijidos hayan dejado de alcanzar a la Iglesia misma."

Apesar de esto, inmenso fué el éxito alcanzado por las *Provinciales* e inmensos tambien los aplausos tributados a su autor. "Los Jesuitas, dice M. Rocher, permanecieron un instante como desconcertados i silenciosos; pero mui luego apareció una muchedumbre de respuestas i refutaciones. Por desgracia, no tenian estos escritos mas que la razon i el buen derecho, que estaban léjos de bastar en lucha semejante. Su estilo pálido i sin elegancia, no podia soportar comparacion con el de Pascal, cuya elegancia, vigor, elocuencia i perfeccion inimitables arrebataban a los lectores. De este modo, fueron ellos poco leidos i bien pronto olvidados, en tanto que los panfletos del gran escritor encuentran, aun hoi mismo, numerosos admiradores. Las *Provinciales*, quedarán como un modelo de su jénero, es su fondo las mas veces falso i detestable; pero la forma agrada i entusiasma."

El 6 de setiembre de 1658, el Pontífice Alejandro VII lanzaba el anatema sobre las *Provinciales* i desde esa misma fecha se alistaba definitivamente Pascal en las filas de los hijos revoltosos de la Iglesia. (2)

Será ésta la mancha indeleble en la vida de este gran pensador. Nunca a los ojos del creyente encontrará disculpa el haber empleado su gran talento en menoscabar las eternas prerogativas del Pontífice i en atacar tan encarnizada como injustamente a los mas abnegados héroes del cristianismo; él, que escribió las mas bellas pájinas en defensa de esta misma relijion; él, que, conociendo el insondable vacío de las vanidades del mundo, vivió, desde su mas temprana edad, edad en que fascinan i

(1) M. Victor Rocher, *Vida de Pascal.*

(2) "Si mis palabras son condenadas en Roma, exclamaba Pascal, lo que yo en ellas condeno está condenado en el cielo. *Ad tuum Domine Jesu, tribunal appello.*"

arrastran los placeres, la vida del anacoreta del desierto i puso en el cielo toda su esperanza.

Dolor inmenso se apoderó de nuestro espíritu al presenciar tan funesta i al mismo tiempo tan misteriosa caida.

Se comprende la desobediencia del creyente que, con fé poco segura en el corazon, abandona el camino del sacrificio, pero tambien de consuelo, seducido por los sofismas de la razon i agobiado ¡ai! sobre todo, por un bagaje demasiado pesado; tambien la revuelta del fraile apóstata que, atraido por el halagador miraje de los vedados placeres, quebranta la autoridad para entregarse a sus pasiones sin freno ni cuidado. Mas, Pascal, vése libre de que se le juzgue arrastrado por estas causas: árbol poderoso, pudo resistir hasta su último aliento a los furiosos vendavales de la ardorosa pasion, que en el curso de los siglos ha derribado ¡ai! mas de un añoso roble, i siempre cristiano fervoroso, conservó hasta su último instante inquebrantable su fé. Por eso, al lado de las *Provinciales*, que cual funesta sombra flotan en la vida de Pascal, álzanse majestuosos i sublimes, radiantes de luz i de hermosura los *Pensamientos*.

Fruto éste, tronchado ántes de su madurez por la tumba, se presenta a nuestro espíritu como el grito de eterno arrepentimiento de una alma cristiana, como la voz del cielo que muestra al hombre el abismo de sus flaquezas.

I como si el mismo Pascal hubiera querido explicar a las futuras edades la historia de su caida, apresuróse a escribir en la portada de ese su libro inmortal, con caractéres de fuego, estas palabras: "Grandeza i miseria del hombre." Sí, es mui grande el hombre, sublime a las veces; pero ¿son cuántos los que despues de, apagados los ojos a la luz mortal, no volvieran a ella delirantes por arrancar de su variada existencia pájinas enteras de errores i caidas....?

No es este lijero relato, lugar apropósito para entrar en una exposicion de las causas que contribuyeron a la aparicion de los *Pensamientos*. Sobre todo cuando mas arriba hemos insinuado que prendió en el espíritu de Blas Pascal tan noble pensamiento cuando en su presencia eran negadas las verdades fundamentales de la relijion por jente mundana i descreida.

Poco despues de la publicacion de las *Provinciales* se dedicó Pascal a la tarea de escribir esta su obra imperecedera, segun se lo permitian las dolencias físicas que, aumentando de dia en dia, parece que tenian especial empeño en concluir con una naturaleza absorbida del todo por el espíritu.

Son los *Pensamientos*, dice M. Cousin, "las notas que sus últimos años confiaba Pascal al papel para que le sirvieran de recuerdo i materiales útiles en la composicion de su nueva *Apolojía*." Son estas notas, fragmentos magníficos de inestimable precio, de un conjunto armónico i encantador, perdido en parte para

la posteridad, ya que al cielo plugo cortar el hilo de tan preciosa existencia en los momentos en que, solo reunidos los preciosos materiales, no estaban ordenados en el grandioso plan concebido por el injenio que los elaborara.

Este plan existia en la mente de Pascal i hubo de ser sublime, ateniéndonos a la talla del jenio de este filósofo i a la relacion de un contemporáneo suyo, Estéban Perier. "Pascal ya moribundo, refiere este último, encontróse en circunstancias en que se le obligó, no a escribir lo que guardaba en su espíritu sobre ese objeto (la *Apolojía*) sino a decir algo de viva voz. Este les desarrolló el plan de toda su obra i las personas que lo escucharon confiesan que no han jamas oido algo mas bello i elevado, conmovedor i convincente: que quedaron encantados i que por lo que vieron de este proyecto en un discurso de dos o tres horas, improvisado sin premeditacion ni trabajo preparatorio, juzgaron lo que habria sido algun dia si hubiese sido ejecutado i llevado a su perfeccion por un hombre cuya habilidad conocian i que acostumbraba pulir tanto sus obras que no se contentaba nunca con sus primeros pensamientos, por buenos que a los demas les pareciesen. . . ."

Esto sucedia por los años de 1657 a 1659, i el 19 de agosto de 1662, Pascal, el gran sabio i el eminente pensador, exclamando, "Dios mio, no me abandoneis," entregaba su alma a la eternidad, (1) despues de haber recibido los divinos consuelos de la relijion pero sin haber asumido la actitud del creyente que, en presencia del terrible misterio, anonada su orgullo i borra con una palabra temblorosa, pero sincera, muchas pájinas de ingratitud i olvido.

Esto ve el hombre; pero, como dice tan elocuentemente M. Víctor Rocher, "como no le es dado sondear el fondo de los corazones, ni saber lo que media en los últimos instantes de la vida entre un alma i Dios, nos complacemos aun en esperar que la gracia haya podido entónces iluminar esta bella, pero orgullosa intelijencia; hacerla triunfar de la resistencia de su admirable voluntad i persuadirla a la sumision, condicion indispensable del cielo."

(1) El padre Beurrier, párroco de Saint-Etienne du Mont, que administró a Pascal los divinos auxilios i que le visitaba a menudo, repetia conmovido, hablando de este último: "Es un niño, humilde i sumiso como un niño."

Parece que desde el año 1661, hasta su muerte, vivió Pascal alejado del partido jansenista. Esto hizo creer al padre Beurrier que tan ilustre cristiano habia abjurado de sus errores. En el proceso que se entabló contra Beurrier, por mandato del arzobispo de Paris, hizo aquél una declaracion en este sentido, apoyándose ademas en ciertas palabras que él decia habia oido a Pascal contra algunos jefes del partido. Desgraciadamente, instado luego vivamente por los deudos i partidarios de Pascal, hubo de confesar su error.

XII.

Inmensa es la gloria conquistada en el trascurso de dos siglos por el nombre de Pascal. Es éste considerado en el mundo todo como un sabio profundo i uno de los mas distinguidos filósofos del catolicismo; en su patria como uno de los padres de la moderna literatura i sus escritos, tipos eternos del buen decir, sirven de modelo a las jeneraciones que se levantan. Los *Pensamientos*, que constituyen la apolojía quizás mas orijinal i profundo del cristianismo es, sin disputa, su obra maestra, i por tanto el pedestal mas seguro de su fama.

Adviértense en ellos la espontánea creacion de un monstruoso injenio i la magnificencia de la forma, la brillantez i novedad de las imájenes hijas de una imajinacion poderosa: aparte todo esto del ascetismo ideal i el tinte melancólico i sublime de la verdad cristiana que sobresalen en el curso de toda la obra i que la equiparan a las rudas pero magníficas producciones de los primeros heróicos atletas de la Iglesia.

No se pueden hojear sus pájinas sin experimentarse una profunda emocion. Hai algunas que hacen estremecerse porque son pájinas de llanto i de dolor, las hai que entristecen porque son de miseria i degradacion, tambien las hai de consuelo porque son de aliento i de esperanza. La humanidad entera desfila en ella con su innumerable cortejo de ánjeles i demonios.

XIII.

Rei destronado el hombre, busca un asilo donde reparar su miseria, las pasiones lo seducen i lo envilece la materia.

Oscura es la noche i densa la bruma. Viajero de sesenta siglos, ¿en que albergue jeneroso repararás la fatiga? ¿Será en vuestra propia omnipotencia? pero "sois una débil caña, la mas débil de la naturaleza, pero caña que piensa." (1)

¿Será la filosofía, la ciencia hija de vuestra razon, oh sabios? "Cuan grande es el pensamiento por su naturaleza, cuan bajo por sus defectos." (2)

¿Acaso el olvido forzoso de todos los males i el culto perpétuo del deleite? ¡Vana ilusion!

"Por olvidar sus miserias busca el hombre el deleite i esta es precisamente la mas grande de sus miserias." (3) ¿Quereis ademas

(1) *Pensamientos.*
(2) Id.
(3) Id.

saber lo que es el placer? "Salomon i Job han sabido i hablado mejor que nadie de la miseria humana; el uno el mas dichoso, el otro el mas infortunado; conoció el uno por experiencia la vanidad de los placeres, la realidad de los males el otro." (1)

Por otra parte, ¿cómo concebir la alegría en medio de los gritos desgarradores de los que se van i de los ayes fúnebres de los que esperan la misma suerte? ¿Quereis saber lo que es la vida? "Suponed un grupo de hombres encadenados i condenados a muerte; el sacrificio sangriento de los unos, en presencia de los otros, señala cada dia a los que sobreviven una idéntica fortuna: esperando éstos su turno, contémplanse mútuamente sin esperanza i con dolor." (2)

¡Humanidad! todo es impotente para salvaros: vuestro propio poder, la filosofía, la ciencia, la relijion del error, el deleite.— ¿Dónde dirijir entónces el vacilante paso?—Oscura es la noche, densa la bruma. Precipitarse en el abismo devorante de su propia miseria i maldicion ¿será acaso su destino?

¡Ah, nó, mil veces nó! Ved, si no. ¡Luz, luz! un rayo cruza la azulada esfera i alumbra el espantoso drama. ¡Ved, en la cima de un monte solitarto, una cruz! Pende de sus brazos lo Increado, anuncia la verdad i es fuente de consuelo. ¡Reclama el sacrificio; pero conduce al cielo!

XIV.

Ved aquí en frases descarnadas lijerísima idea de lo que es el plan de la *Apolojía*. De ese modo, mediante un estudio profundo del hombre i de una prueba grandiosa de la ineficacia de todas las filosofías i de todas las falsas relijiones, se llega a establecer la divinidad de la relijion cristiana.

¡Con qué delicadeza se analiza en ella nuestro espíritu hasta sus mas recónditas fibras! Al ver cada cual delineado con buril de fuego su propio retrato, cree asistir a una obra de majia i adivinacion. ¡Don exelso i único del jenio, reproducir el tipo universal de la humanidad, mediante la exacta descripcion de las infinitas variedades de este mismo tipo!

Por otra parte, ¡qué metafísica tan encumbrada, qué moral tan austera!

"Es difícil, dice M. de Chateaubriand, dejar de confundirse i espantarse cuando, abriendo los *Pensamientos* del filósofo cristiano, se leen los seis capítulos en que trata de la naturaleza del hombre. Los sentimientos de Pascal son dignos de atencion, es-

(1) *Pensamientos.*
(2) Id.

pecialmente por la profundidad de su tristeza i por su inmensidad; en medio de ellos se experimenta una suspension como en el infinito. Los metafísicos hablan de este *pensamiento* abstracto, que no tiene propiedad alguna de la materia, que toca a todo sin degradarse; vive de sí mismo; no puede perecer porque es invisible i prueba perentoriamente la inmortalidad del alma: esta definicion del pensamiento parecen haberla tomado los metafísicos de los escritos de Pascal." (1)

XV.

Reconstruir el grandioso plan ideado por Pascal ha sido la tarea de la crítica i oríjen de prolijas i sabias investigaciones. En tan árdua empresa, preciso es confesarlo, los hombres, o se han dejado llevar por la mala fé, hija de sus pasiones, o víctimas de un error, han pagado su tributo a la debilidad humana. El caso es que, en mas de una ocasion, los *Pensamientos*, desfigurados i desviados de su sentido jenuino, se han hecho servir a los intereses exclusivos de algun sistema o partido; como si las grandes producciones del injenio, brillantes como el sol e inmutables como la verdad, pudieran ser oscurecidas por las torpes maquinaciones de los hombres, i como si al percibir tan clara luz no oyera cada sér resonar en el fondo de su pecho una voz mas sincera i veraz que las palabras i escritos que forja el odio.

La mas antigua edicion de los *Pensamientos* es la que se conoce con el nombre de Edicion de Port-Royal i que se publicó en 1670, mediante los trabajos i jeneroso desprendimiento del duque de Roanez, Arnauld, Nicole i otras de las mas eminentes personalidades del jansenismo.

Pasaron los años, i la *Apolojía* no hizo mas que aumentar el caudal de admiracion i respeto hácia su autor. Pero el odio, cuando no necio, es implacable i ciego.

La incredulidad que, ufana, creia haber plantado su sangriento estandarte sobre las ruinas de todos los dogmas i recuerdos del pasado, no podia permitir que quedara en pié aquel grandioso monumento de la relijion cristiana. Era preciso minarlo, i si la destruccion era imposible, merced a la resistencia del material, cubrirlo de oprobio, dirijiéndole vedados i repugnantes proyectiles i cebarse en él con todo el encarnizamiento del que ejecuta una antigua i madurada venganza.

Fué la triste tarea de Voltaire, seguido en ésta, como en otras ocasiones, por indigna cohorte de furibundos secuaces i adocenados admiradores. Complacióse éste, el mas grande hombre de

(1) *Jenio del Cristianismo.*

la incredulidad, en desfigurar, con la mas refinada mala fé, el verdadero i natural significado de los *Pensamientos* i, por último, en propalar, como ya lo hemos insinuado en estas líneas, que ellos eran "el fruto de un cerebro extraviado." ¡Enorme desvarío de los que se apartan de la senda de justicia, que deriva de la fuente inmortal de la fé!

XVI.

El mundo no quiso creer a tantos falsos apóstoles. Los creyentes, en medio de las ruinas legadas por una época de sangrienta lucha, fueron a percibirse en el precioso arsenal, legado por el solitario de Port-Royal, de las armas necesarias para restaurar los altares derribados i encender el fuego en el santuario.

Los autores de la restauracion hicieron de Pascal el tipo mas perfecto i acabado del pensador i del filósofo cristiano. ¡Quién sabe cuánta inspiracion i cuánto convencimiento no brotarian, como de manantial inagotable, de "esos pensamientos esparcidos casualmente sobre el papel i que, segun el dicho de un gran escritor, participan tanto de Dios como del hombre!" ¡I cuántos, siguiendo las huellas luminosas de aquel filósofo, no se habrán conquistado un nombre imperecedero en la historia de la Iglesia!

Hai un libro, hijo, si se quiere, de las circunstancias, pero que vivirá miéntras vivan la poesía i el sentimiento relijioso de la humanidad: ese libro, lleno de verdad i de belleza, se llama el *Jenio del Cristianismo*.

En las pájinas, siempre inspiradas de esta obra, aparece, en toda su jigantesca talla, la gran figura del austero solitario, autor de los *Pensamientos*, i al lado de los mas imponentes nombres del catolicismo, al lado de Massillon i de Bossuet. Se ve a primera vista que M. de Chateaubriand, el ilustre proscrito de la revolucion, se proponia vindicar la gran memoria de Pascal de las malévolas insinuaciones e injustificables sospechas con que aquélla habia intentado mancharla.

M. de Chateaubriand se disponia a cantar las bellezas inagotables de la relijion cristiana, en medio de la risa de los filósofos i el sarcasmo de los incrédulos, i por eso su espíritu se entusiasmaba i brotaba fuego su pluma al recuerdo de aquella alma vigorosa, que nunca abatieron los dolores de un cuerpo siempre enfermizo, i que habia concebido un idéntico propósito (escribir la *Apolojía*) precisamente en medio de una sociedad de duda i de incredulidad.

En presencia de tales antecedentes no hai, pues, exajeracion en estas palabras de M. de Chanteaubriand, que valen mas que

todos los elojios: "Es un gran triunfo para la relijion contar entre sus filósofos a un Pascal."

¡Vision misteriosa i profética de lo porvenir!

¿Acaso no podria decirse hoi algo idéntico del autor del *Jenio del Cristianismo?*

XVII.

Despues de todas estas diversas vicisitudes parecia que, alejada toda sospecha acerca del carácter i tendencias de Pascal, quedaba su nombre de filósofo cristiano i sincero creyente colocado sobre firme i seguro pedestal.

No era así, sin embargo. Faltábale aun la prueba mas terrible, como quiera que el error iba a hacer el último desesperado esfuerzo.

En 1842 dióse a luz por M. Víctor Cousin, una edicion de los *Pensamientos*. Hacíase esta publicacion con gran pompa i luciéndose galas de profunda erudicion. Ved, decia el célebre filósofo ecléctico, el fruto de mui serias i profundas investigaciones: he consultado larga i sabiamente los manuscritos de los *Pensamientos* (1) i, despues de concienzudo estudio, me he convencido de que todas las ediciones hasta hoi publicadas de este famoso libro no se asemejan en nada al orijinal. Cosultad ahora mi obra i contemplareis en ella al sabio i aventajado filósofo. En efecto, el *Pascal-Cousin* (2) no se parecia en nada al Pascal que existia en la mente del público. Desaparecia en aquél el filósofo cristiano i se dibujaba la descolorida figura del escéptico i de un escéptico tan refinado que "dudaba hasta de su propio escepticismo."

La gran reputacion del escritor que hacia tales declaraciones, el tono sentencioso de las palabras, hicieron que fuera grande la emocion producida en el mundo literario i sobre todo en el mundo relijioso.

"¡Cómo! escéptico ese portentoso apolojista de la relijion, ese escritor que nos ha dejado fragmentos, que así esparcidos i sin órden como están, se encadenan como una escalera de montañas entre la tierra i los cielos; escéptico, ese hombre que cargó amuletos; ese sorprendente injenio i al propio tiempo rudo cristiano." (3)

Era aquel un reto lanzado a la faz de los creyentes i por tanto

(1) Estos manuscritos estaban depositados en la Biblioteca Imperial.

(2) M. L. Veuillot.

(3) M. Luis Veuillot. Estas palabras tan elocuentes, tienen un alto significado pronunciadas por un escritor tan eminentemente católico i al propio tiempo tan severo i de suyo poco inclinado a cortejar a los vivos como a galantear el nombre dudoso de los muertos.

las respuestas no se hicieron esperar. "Peleóse alrededor del manuscristo de Pascal como alrededor del cadáver de Héctor," (1) dice el escritor que acabamos de citar.

Muchos incrédulos sostuvieron entusiasmados la tésis de M. Cousin. Por su parte los católicos no se desanimaron.

Era preciso arrebatar el nombre de un injenio portentoso al libre pensamiento usurpador: salvar una memoria ilustre del oprobio del escepticismo. I escrito estaba que la incredulidad, tambien esta vez, perderia la codiciada presa.

M. Faugère, talento distinguido del catolicismo, no se dió punto de reposo en esta jenerosa empresa. No economizó trabajos ni fatigas: rejistro de bibliotecas, compulsa de documentos, inspeccion ocular de monumentos, en fin, todo lo que era necesario para el buen suceso de aquélla.

Por fin apareció el *Pascal-Faugère*, (2) i cabe la alegría al decirlo, nació triunfando por completo sobre su enemigo. "El público leyó ávidamente la edicion de M. Faugère; su parecer expresó casi únanimemente que M. Cousin no habia estudiado los manuscritos, o que se habia dejado engañar por la mal escritura de Pascal." (3)

El mismo M. Cousin, para disimular su derrota, declaró que nunca habia querido probar que "Pascal habia sido escéptico en relijion," sino que habia sido tal en filosofía."

La retirada ni era hábil ni era honrosa, ya que dejaba en trasparencia algo que se parecia a la mala fé.

XVII.

Despues de esta última prueba no es posible la mas lijera duda acerca del carácter de los *Pensamientos*, i todos los escritores del catolicismo lo han así reconocido: son ellos en cuanto al fondo del dominio exclusivo de la fé.

No necesita ésta, en verdad, de las adhesiones i defensa de los hombres. Con ellas o sin ellas se hará eternamente su camino. Su triunfo es ya bien antiguo. Data del instante en que se oyeron resonar al pié de la Cruz las palabras del Centurion Romano: "Verdaderamente era el Hijo de Dios;" pero ¡ah! si buscamos el provecho de la humanidad, ¿quién podrá negar que perdida como va en medio de la ignorancia i la bruma espesa del placer, que intercepta la claridad del cielo, la figura de Pascal, austera i melancólica, firme i convencida en el seno del cristianismo no

(1) M. Luis Veuillot.
(2) M. Luis Veuillot.
(3) M. Luis Veuillot.

sea, muchas veces para aquélla, luz precursora del arrepentimiento?

RAFAEL GARMENDIA REYES.

EN LA NOCHE.

¡Huid, recuerdos que abrasais mi mente
I empozoñais mi corazon ardiente,
Por tantas penas destrozado ya;
Dejadme en esta soledad sombría,
Que ha largo tiempo que en el alma mia
Seco del llanto el manantial está!

De aquel amor infortunado i santo
La trunca historia que empapó mi llanto
Apartad ¡ai! de mi memoria ya;
I alivie el sueño la profunda herida
Que abrió en el alma la ilusion querida
Que un odio injusto marchitó quizá....

Mas ¡ai! no calma el devorante fuego,
Que para siempre el bienhechor sosiego
Con mis ensueños de mi lado huyó;
I con angustias que me están matando
Estoi las horas de quietud pagando
Que ayer fugaces el amor me dió.

¡Sarcasmo horrible de mi suerte dura!
¡Escrito está que en causa de amargura
Se trueque al punto cuanto quiero yo!
¡Por esto a veces en mi acerbo duelo
Llego a pensar que sobre mí del cielo
Alguna eterna maldicion cayó! ...

¡Oh, lirio, al rayo de mi amor abierto!
Talvez tu amante en tu memoria ha muerto
Cual muere todo cuanto nace aquí;
Mas yo, constante, como ayer te adoro,
I aunque hoi, Elena, como ayer, no lloro,
Sucumbo débil al pensar en tí.

¿Quién te arrancó de mis amantes brazos?
¿Quién destrozó sin compasion los lazos
Que iba a estrechar la bendicion de Dios?
¿Quién, despiadado, me robó el cariño
Que en tu alma vírjen infundí de niño,
I abrió un abismo entre nosotros dos?....

¡Ai! ¡que el que supo entristecer mi vida,
Devuelva a mi alma la quietud perdida
I la dulce esperanza que apagó!
¡Que le devuelva el entusiasmo ardiente
Con que forjara en mi atrevida mente
El mundo que en escombros convirtió!....

¡Oh amor de mis amores! ¡quién me diera
Nuestra doliente historia, toda entera,
En un olvido eterno sepultar!
¡Quién arrancar del corazon cobarde
El fuego lento que perenne arde
I amaga mi existencia devorar!

¡Nadie en el mundo, nadie! I sin embargo,
Miéntras tu imájen en mi pecho cargo
I al peso del dolor sucumbo yo,
Tú, talvez ignorándolo, inconstante,
Hallarás en los brazos de otro amante
Lo que de mi alma para siempre huyó!

¡Ojalá nunca turbe tu memoria
Ni te arranque una lágrima la historia
Del profanado amor de tu niñez!
¡Ojalá siempre la existencia sea
Tan grata para tí cual lo desea
El que indignado te ofendió talvez!

Mas ¡ai! si acaso la desgracia un dia
En tí sus garras hinca, i todavía
Entre los hombres tu poeta está,
¡Oh! dile, por piedad, tu desventura,
Que si a calmar no alcanza tu amargura,
Contigo con amor la partirá!

Yo, sin tí, nada espero, nada quiero....
¿Qué nada espero dije? ¡Nó! ¡Yo espero
Que nos junte en la tumba el porvenir!
¡Mas, miéntras luce tan hermoso dia,
Quiera el que rije la existencia mia
Mis punzantes recuerdos adormir!

Popoyan, abril de 1874.

J. M. VELASCO CASTILLO.

LA GACETA DE SANTIAGO O GACETA MINISTERIAL

(1817-1823.)

(Conclusion.)

IV.

El segundo tomo del periódico que nos ocupa, consta, como el anterior, de cien números, i se extiende desde el año 1819 al de 1821.

Durante esa época, las pájinas de La Gaceta Ministerial se llenaron en su mayor parte con importantes decretos que nos muestran cómo se iba desarrollando i constituyendo paulatinamente la organizacion interna de la República.

Pero pasando por alto estos datos, que nos dan a conocer los primeros pasos de la lejislacion patria, nos contraeremos a señalar aquellas partes que nos fijen de otro modo la atencion.

En los primeros números hallamos unas interesantes notas cambiadas entre el virei del Perú i lord Cochrane, ese almirante de nuestra primera escuadra que se coronó de tantas i tan merecidas glorias. En ellas, el vigor i la precision del lenguaje descubren al hombre de carácter firme i de resuelta voluntad.

Mas tarde, la expedicion libertadora del Perú, uno de los hechos mas culminantes de la historia de la independencia, fué tambien uno de los temas mas hermosos i abundantes de La Gaceta. Cuando don Bernardo O'Higgins, despues de haber dado en Valparaiso el último adios a ese ejército glorioso que él habia formado a costa de tantos sacrificios por su propio esfuerzo i el patriotismo de sus conciudadanos, volvia otra vez a la capital, el pueblo en masa salió a recibirlo hasta una legua fuera de la ciudad, i don Mariano Egaña pronunció, al saludarlo en medio

de los vítores atronadores de la multitud, una notable i elegante arenga, de la que trascribiremos algunas líneas:

"Excmo. señor: Al recorrer la historia de las naciones siempre se encuentra que ellas deben su engrandecimiento a uno de aquellos jenios sublimes, aunque raros, que suele destinar el cielo para conducir los pueblos a su felicidad. La historia de la restauracion de Chile está tan íntimamente ligada con los servicios que la nacion debe a V. E. que siendo su gloria obra de vuestro gobierno, cada chileno ve fijados en V. E. los destinos de la patria. El patriotismo del jefe es el alma que vitaliza el cuerpo del Estado.... El cabildo de Santiago ha proclamado hoi al pueblo que mira en V. E. el principio de la prosperidad i gloria de la patria." (8)

Varios números extraordinarios publicó desde entónces La Gaceta Ministerial, para anunciar a sus lectores, ávidos de faustas noticias, los triunfos que las armas chilenas obtenian peleando en suelo extranjero para dar a un pueblo hermano independencia i libertad.

Cada una de esas nuevas de gloria, trasmitidas de tarde en tarde i referidas al público por el órgano oficial, producian en todas partes una inmensa ajitacion de júbilo. Todos, sin duda, se repetian en esos momentos aquellos versos de Bernardo Vera i Pintado, que fueron mandados imprimir en el periódico por un decreto del supremo gobierno con el título de Cancion Nacional; estrofas varoniles, que, como la *Marsellesa* para los franceses, fué, para los chilenos de esa época, la voz de la libertad que hacia renacer en sus corazones como de una fuente inagotable el valor i la enerjía para defender sus derechos arrebatados por el despotismo.

De intento trascribimos aquí algunas de esas estrofas que, estoi seguro, todos leerán como una cosa conocida i que ya muchas veces habrá despertado su entusiasmo:

Ciudadanos: el amor sagrado
De la patria os convoca a la lid;
Libertad es el eco de alarma,
La divisa: ¡triunfar o morir!

El cadalso o la antigua cadena
Os presenta el soberbio español;
Arrancad el puñal al tirano,
Quebrantad ese cuello feroz.

(8) Núm. 61.

CORO.

Dulce patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró
Que o la tumba será de los libres,
O el asilo contra la opresion.

Esos mónstruos que cargan consigo
El carácter infame i servil
¿Son acaso jamas comparables
Con los héroes del cinco de abril?

Ellos sirven al mismo tirano
Que su lei i su sangre burló;
Por la patria nosotros peleamos,
Nuestra vida, libertad i honor. (9)

V.

En los aniversarios nacionales, celebrados en la época correspondiente a este segundo tomo de la GACETA MINISTERIAL, encontramos en el del 18 de setiembre de 1819 otra arenga notable de don Mariano Egaña dirijida al Director Supremo en la visita de cárcel. En ella se deja ver el hombre de gran corazon.

"Qué espectáculo tan agradable i sensible presenta V. E. al cielo i a la filosofía cuando, despues de haberse felicitado con sus conciudadanos por la libertad de la patria, en que V. E. ha tenido tan gran parte, consagra el dia de hoi a sellar la solemnidad de este memorable aniversario con la funcion mas noble de la majistratura i con el uso de la mas augusta prerogativa del poder: visitar las cárceles i perdonar a los aflijidos que erraron. El cielo se complace al ver a los hombres imitadores de su bondad, i el filósofo para admirar a V. E. dentro de su corazon despues que le ha visto en el campo de batalla coronándose de victorias i en su solio con todo el esplendor de la dignidad, recibiendo las felicitaciones de los chilenos, le viene a buscar dentro de los calabozos, rompiendo cadenas i llenando de consuelo a la porcion mas angustiada. Esta es una gloria, Sr. Excmo., mas sólida que la que consiste en laureles recojidos con sangre." (10) En otra fiesta patria, el 5 de abril de 1821, don José Antonio Argomedo, anciano lleno de un espíritu jóven i entusiasta, dirijiéndose tam-

(9) Núm. 11.
(10) Núm. 13.

bien a don Bernardo O'Higgins, pronunció en el palacio directorial un discurso que llama la atencion por su vigor i enerjía. Hé aquí algo de ese discurso:

"Despues de ella (la victoria del 5 de abril) ¿a quiénes habrá que temer? ¿a los españoles o a los satélites de la tiranía agonizante? ¡Miserables! Ellos no se atreven a levantar la frente sobre la última muralla que los oculta. ¿Comprometerán nuestra seguridad aquellos que esperan que este precioso suelo sea el patrimonio de un bandido? ¡Ah! qué vergüenza! No hai un chileno honrado capaz de tanta infamia. Si fuéramos tan infelices que amagase alguna vez este nuevo jénero de esclavitud, la mas degradante, yo seria el primero que, olvidando los años i el horror de la muerte, disputaria, con cuatro hijos capaces de armas, la primera fila i me avanzaria al mismo Hiparco." (11)

VI.

Pasamos ahora a ocuparnos con gusto de la instruccion pública, que en aquellos años empezaba a dar en el Instituto Nacional sus primeros pasos dirijidos con acierto i prevision. Ahora, en 1877, que tanto se habla de instruccion i que se incita a los alumnos a que escalen el cielo por medio de las obras impías de Newton i La-Place, es conveniente dejar constancia aquí que en 1820, a mas de una instruccion sólida para su tiempo, se enseñaba a esos mismos alumnos que al cielo se ascendia por la escala de oro de la virtud.

"Yo he sido testigo, dice el doctor obispo don José Ignacio Cienfuegos, presidente del Senado, en una nota dirijida al Director Supremo, yo he sido testigo del aplauso jeneral que merecieron los jóvenes encargados para desempeñar por sus respectivas aulas, i estos ejercicios no han hecho ménos honor a ellos mismos que a sus maestros, cuyas tareas aparecen tan fructuosas." ....

Varias tésis importantes fueron desarrolladas con perfeccion por algunos de los educandos mas aprovechados. Transcribiremos dos de esas tésis.

"Núm. 1.— *Thesis theologica.*—Nec Romanus Pontifex, nec Ecclesia ullani habet directam vel indirectam in Rerumpublicarum aut Principum temporalia potestatem.

"Corollaria.—Ergo donatio Indiarum ab Alexandro VI Rejibus Hispaniæ factam, nulla est; nullæque proinde et irrisoriæ excomunicationes suppositæ contra Americanos sanctam suæ libertatis causam tuentes.

(11) Núm. 87.

"Núm. 3.—*Física experimental.*—El colejial don Buenaventura Marin demostró cuatro proposiciones como otros tantos principios en que se fundan las leyes de Hidrostática."

Hé aquí ahora la conclusion de la nota del obispo Cienfuegos:

"Excmo. señor: Considerando la constitucion del Instituto Nacional que poco aprovecharia a la patria la ilustracion si no fuese acompañada de las virtudes, que pueden únicamente formar la sólida felicidad de los Estados, dispuso anualmente el establecimiento de los dos beneméritos de la juventud, que consiste en que una junta, compuesta de los jefes del Instituto i 24 de los mismos cursantes mayores de 15 años, elejidos a la suerte en la tarde anterior, califique a pluralidad los alumnos que estime por de mejores costumbres, prefiriendo en la calificacion de sus virtudes la relijiosidad, la honradez, la veracidad, la moderacion i respeto a sus superiores, el pundonor, la exactitud de sus deberes i el carácter benéfico hácia sus compañeros i semejantes, elijiéndose de entre éstos los dos que se estimen mejores, que se titularán Beneméritos de la Juventud i recibirán las recompensas que les están señaladas. I en esta forma han sido elejidos en el presente año don Eusebio Sepúlveda i don José Antonio Silva."..... (12)

Hé ahí, pues, como pensaban los padres de la patria en materia de educacion. Cada vez que se trataba de coronar las victorias de la intelijencia, tenian un exquisito cuidado de aplaudir tambien de una manera entusiasta la virtud i relijiosidad del corazon, no como en nuestro tiempo de progreso i de luz, en que durante largos discursos, dedicados a jóvenes que se instruyen, no se habla una sola palabra que tienda a fomentar esas hermosas cualidades que deben ser compañeras inseparables de la verdadera instruccion.

Entre los artículos de fondo que se rejistran en el tomo segundo de la Gaceta Ministerial se encuentra uno con el título de *Croquis o Bosquejo de Chile físico i moral*, que es una especie de jeografía física de este pais tan privilejiado por la naturaleza, i una corta relacion de las costumbres de sus habitantes. (13)

Tambien nos hemos detenido en un artículo comunicado sobre cuestiones económicas que termina así:

"Ya sea que nos vamos ilustrando o que la razon ganó el pleito, van cesando estas impertinencias; ya se ha perdido el miedo a los monopolios que todos tienen i nadie veia como los vampiros; ya no se oye aquella cantinela de que las materias de primera necesidad, que deben ser mas libres para que se mejoren i abunden, habian de ser mas extorsionadas; ya se ha palpado que si no son nocivas, son incontestablemente inútiles las providen-

(12) Núm. 45.
(13) Núms. 57, 61 i 65.

cias que perturben el uso del derecho que cada uno tiene sobre lo que es suyo. Acábese toda reliquia del réjimen grotesco, véndase libremente el pan donde pueda libremente elejirlo, fabríquese libremente de todas clases i tamaños para que el miserable cargado de hijos lo encuentre vasto i barato, el sibarita opulento satisfaga su sensualidad i el abastecedor encuentre estimacion i recompensa de sus anticipaciones i fatigas. Haya libertad i concurrencia, bases infaltables del acierto en estos negocios; tiéntese al ménos i desengañémonos a costa solo de quererlo.—*Juan Bollo de la Crusca.*" (14)

Como se ve por lo trascrito anteriormente, las ideas desarrolladas por el articulista no son otras que las sostenidas actualmente en cuestiones económicas por un notable periodista i que no siempre han tenido la fortuna de realizarse en la práctica.

VII.

El tomo III, que consta solo de 68 números, abre sus pájinas con el anuncio de uno de los mas grandes acontecimientos en la historia de la independencia americana: la emancipacion del Perú, conseguida por las armas del ejército libertador, formado en Chile con los patrióticos esfuerzos del glorioso O'Higgins.

La noticia de la toma de Lima por el jeneral San Martin, i por lo tanto de la libertad definitiva de la nacion peruana, produjo en Santiago una vivísima explosion de alegría i entusiasmo. Seria digno de ver a los pocos habitantes de la capital, en aquella época, recorrer las calles de la ciudad, leyendo, con la mirada brillante i el rostro animado por el orgullo del patriotismo, las columnas de La Gaceta Ministerial, que ostentaba en su portada, escritas con grandes caractéres, estas palabras:

"Viva la Patria.
Viva la Nacion Chilena.
El Perú libre."

I luego despues:

"Gloria inmortal al héroe esclarecido,
Al vencedor de Chacabuco i Maipo:
Al redentor de Lima: al brazo fuerte:
Al adalid del pais peruviano:
Al terror de los sátrapas que hollaban
Los derechos del pueblo americano:

(14) Núm. 83.

Al grande San Martin.... basta.... su nombre
Dice lo que expresar no puede el labio."

En otro número extraordinario se lee una décima, bastante curiosa por el pensamiento que envuelve:

"En San Martin hoi Santiago
Un Camilo admira, un Fabio,
Que de Roma en desagravio
Humillar supo a Cartago;
Llevó despues el estrago,
Cual Scipion al corazon,
Al centro de la opresion;
I porque el mundo se asombre
Ve reunidos en un hombre
Camilo, Fabio i Scipion."

Entre las muchas felicitaciones que el Director Supremo recibió en su palacio con motivo de la noticia de la libertad del Perú, se encontró un soneto de Vera, i que copiamos a continuacion:

"¿Conque el golpe del último tirano,
Que va a consolidar la independencia,
Estaba reservado a Vuecelencia,
Al grande hijo del suelo americano?

¿Conque el gran San Martin, el ciudadano
A quien fortuna concedió su influencia,
De la patria ha ostentado la potencia
Para timbre inmortal del araucano?

Si la época feliz de tu gobierno
No contara otros triunfos en tu gloria,
Este solo bastara a hacerte eterno:

Sin duda lo serás en la memoria
Desde el anciano grave al niño tierno:
I éste será el blason de vuestra historia."

Todavía, por esta misma causa, se dió un gran banquete, presidido por O'Higgins, que brindó "a la independencia de la antigua i famosa patria de los Incas; a los gloriosos guerreros, sus libertadores; a su inmortal caudillo, el jeneral San Martin."

Bernardo Vera, despues de haber tomado la palabra dos veces para tratar del mismo asunto, brindó por las damas, a instancias de una de ellas, con el siguiente soneto improvisado:

"¿Qué se puede decir a la belleza,
Que a su carro triunfal los hombres ata?
Cuando es indeferente, cuando ingrata,
Es el desden, virtud de la firmeza:

I si hace algun favor o una fineza,
Al que de sus amores se arrebata,
El imperio feliz con que le trata,
Realza sus gracias, dora su fiereza;

Todo es en ellas noble i apreciable,
Todo a los hombres obligante i justo,
Cual si fuese nuestra alma invulnerable.

I despues de pasar por tanto susto,
¿Aun hemos de brindar al sexo amable?
Seamos, pues, juguetes de su gusto." (15)

El alma de todas estas fiestas patrióticas, organizadas i llevadas a cabo en medio del mas puro regocijo nacional, era sin duda alguna don Bernardo O'Higgins, el hombre quizá mas grande de nuestra patria. El, con su constancia inquebrantable, con su corazon entusiasta i su previsora intelijencia, habia preparado aquellos dias tan hermosos para los chilenos; bajo su gobierno se estableció definitivamente la emancipacion política i se plantearon las primeras bases de la organizacion social. Para este efecto hizo elejir una convencion preparatoria que constituyese los poderes públicos del pais i sus especiales atribuciones. O'Higgins dejó instalada esta convencion con un acto notable de cordura i patriotismo. Hé aquí lo que refiere La Gaceta a este respecto:

"Una vez elejidos, presidente don Francisco Ruiz Tagle i vicepresidente don Casimiro Alvano, el Director Supremo los colocó bajo el solio de la patria, diciendo: "Compatriotas: vuestros votos i los mios están satisfechos. Ya está instalada la convencion i empieza sus altas funciones. En ella reside desde este instante toda la autoridad que le han confiado los pueblos. Veneremos sus decisiones: mis brazos i los de mis compañeros de armas las harán respetar. ¡Viva la patria! ¡Viva la convencion!"

En seguida dijo, dirijiéndose al presidente: "Pongo en manos de V. S. honorable esta memoria i suplico a la convencion su pronta lectura, cuya resolucion voi a esperar en mi palacio, porque quiero ser el primero de los ciudadanos en la obediencia."

Luego se retiró.

Inmediatamente se empezó a leer aquella memoria, que era una pieza importante por su elegante estilo i su conmovedora elocuen-

(15) Núm. 7.

cia. En ella narra, con la entera franqueza de un soldado, los hechos gloriosos acaecidos bajo su gobierno; oculta, con la modestia de un hombre de bien, los penosos sacrificios que le costaron, i despues de hacer la renuncia de su elevado puesto, termina con estas palabras, propias de un padre amante i cariñoso:

"Compatriotas: mi comision está concluida: los defectos son inseparables de la humanidad.... i circunstancias mui difíciles me han rodeado por todas partes.... quizás mis cortos alcances i mi inexperencia.... hijos mios, (permitid este nombre a mi tierno afecto) jamas olvidaré las consideraciones que os he merecido i espero que se prolonguen mis dias, en razon de mi gratitud, hasta veros tan felices i poderosos como los pueblos mas florecientes de la tierra!" (16)

Cuando se concluyó esta lectura, que habia conmovido profundamente los corazones de todos los convencionales, éstos nombraron una comision, encabezada por su vice-presidente, que fuese en busca del Director Supremo para hacerlo desistir de su renuncia, lo que consiguieron al fin, en medio de los aplausos frenéticos del pueblo, que lo condujo hasta el seno de la convencion entre sus ardientes i unánimes aclamaciones.

¡Jamas pensaría entónces que no estaba mui lejano el dia en que, perseguido por la ingratitud de su patria, despues del hecho mas admirable de su vida pública, debia abandonarla para siempre, para ir a encontrar en suelo extraño la tumba del proscrito!

VIII.

Para terminar la breve descripcion de este periódico, creemos conveniente consignar aquí la existencia de un "Indice alfabético de las leyes i decretos que se contienen en los 3 tomos de La Gaceta Ministerial", publicado el año 1837, i que puede ser consultado con provecho por los que deseen conocer el desarrollo progresivo de la lejislacion del pais.

Justo MOLINA.

(16) Núm. 57.

DE ALGUNAS FACULTADES

DE LOS

JUECES COMPROMISARIOS.

El carácter de los jueces compromisarios no está tan claramente definido en las leyes que no se presenten a veces algunas dificultades acerca de la naturaleza i el alcance de la jurisdiccion que ellos poseen.

Así, miéntras la vijencia de la antigua lejislacion sobre el organismo i atribuciones del poder judicial, fué punto gravemente controvertido en los tribunales de justicia el de saber si los juces árbitros eran competentes para conocer de su propia competencia. Los sostenedores de la afirmativa alegaban en favor de su doctrina la razon de que los compromisarios eran *jueces* del mismo modo que los ordinarios, debiendo, por consiguiente, entenderse de aquéllos todo lo que la lei decia de éstos. Los jueces ordinarios pueden conocer sobre su propia competencia, luego los árbitros tienen idéntica facultad. Los que opinaban por la negativa hacian esfuerzos para manifestar que las atribuciones de ámbos jueces no podian ser las mismas. Es menester no perder de vista el oríjen de la jurisdiccion arbitral. El juez compromisario debe su existencia a un convenio de las partes que lo nombran con un objeto especial i determinado, pudiendo tambien restrinjir hasta cierto punto sus atribuciones. El conocimiento del juez no puede ir mas allá de la órbita que le han designado las partes. I siendo esto así ¿cómo es posible que el mismo árbitro vaya a declarar cuál es el límite de su jurisdiccion? La primera de estas doctrinas contaba, sin embargo, ántes de la promulgacion de la Lei de Organizacion i Atribuciones de Tribunales, con la sancion de los altos poderes judiciales del Estado.

La lei de 15 de octubre de 1875 estableció el tribunal de los jueces árbitros, pero no llenó expresamente el vacío de la antigua lei en lo relativo a deslindar con precision el campo de sus atribuciones. Nada resuelve expresamente sobre el punto que indicábamos ni sobre otros que alguna duda ofrecen para la recta aplicacion de la lei. Es verdad que este silencio puede en parte justificarse si se atiende a que el lejislador pudo creer que las cuestiones a que aludimos tendrian mas bien cabida en el Código de Procedimientos, aun no dictado todavía. Pero es el

hecho que, actualmente, los vacíos de la lei dan ocasion a conflictos que convendria mucho remediar. Importa, por consiguiente, llamar sobre ellos la atencion.

¿Pueden los jueces compromisarios, del mismo modo que los ordinarios, dirijirse directamente a los diversos jueces de la República, por medio de exhortos, pidiéndoles el auxilio de su autoridad para llevar a efecto los actos que decretaren?

Esta cuestion ha sido resuelta en sentido contrario por dos jueces ordinarios, a quienes los árbitros han requerido directamente por medio de cartas rogatorias, en dos casos prácticos que conocemos. En el primer caso el juez ordinario dió el *cúmplase* a la providencia del compromisario i la dilijencia decretada se llevó a efecto sin inconveniente alguno. En el segundo, el juez requerido devolvió la carta rogatoria, protestando la legalidad del conducto porque se le habia trasmitido.

No conocemos a este respecto ninguna resolucion de las cortes superiores. Sin embargo, nos inclinamos a pensar que los jueces árbitros tienen plena facultad para dirijir exhortos a cualquiera de los ordinarios, del mismo modo que si tuvieran este carácter.

Es doctrina corriente que los jueces de igual categoría pueden comunicarse directamente, sin necesidad de recurrir al superior respectivo, como tendria que hacerlo uno de inferior grado para dirijirse a un juez superior de otro territorio.

Para resolver la cuestion propuesta es, pues, menester indagar cuál es la categoría del juez compromisario con relacion a los jueces ordinarios.

Desde luego podemos observar que, siendo diverso el oríjen de la jurisdiccion de aquellos jueces, no puede considerárseles comprendidos en la escala de jerarquía judicial que la lei establece, por mas que tengan facultades casi en todo análogas a los jueces de letras.

La Lei de Organizacion i Atribuciones de Tribunales no hace distincion entre los juzgados de compromiso i los otros por ella establecidos. Al contrario, parece que ha tenido especial cuidado en confundir la justicia arbitral con la ordinaria, guardándose de hacer distincion cuando da reglas comunes a todos los tribunales i juzgados de la República.

El art. 6.° de esta lei dispone: "que los tribunales solo podrán ejercer su facultad en los negocios i dentro del territorio que la lei les hubiere respectivamente asignado," i agrega inmediatamente "lo cual no impide que en los negocios de que conocen puedan dictar providencias que hayan de llevarse a efecto en otro territorio."

El art. 10 da facultad a todos los jueces para "requerir de las demas autoridades todos los medios de accion de que dispusiesen conducentes a hacer ejecutar sus sentencias o los actos de instruccion que decretasen." "La autoridad legalmente requerida

debe prestar el auxilio, sin que le corresponda calificar el fundamento con que se le pide ni la justicia o legalidad de la sentencia o decreto que se trata de ejecutar."

De estas disposiciones se deriva claramente, a nuestro juicio, la doctrina de que los compromisarios, como verdaderos jueces que son, pueden dirijirse directamente a los ordinarios de otro territorio pidiéndoles auxilio para ejecutar sus mandatos. Es aquí el caso de aplicar el axioma tan vulgar en derecho: "Donde la lei no distingue no es lícito al hombre distinguir."

Pero la distincion no solo seria ilegal, sino tambien antifilosófica. Desde que la lei reviste con el carácter de juez a la persona que dos individuos nombran para que resuelva un litijio entre ellos, es natural que ponga en sus manos todos los medios de accion que los demas jueces poseen. ¿Qué razon habria para exijir, como algunos pretenden, que, en el caso de que nos ocupamos, el juez árbitro tuviera que ocurrir primeramente al ordinario del lugar con el objeto de pedir el auxilio del ordinario de otro territorio? ¿Acaso no es el árbitro tan extraño e independiente del uno como del otro? ¿No deben ámbos mirarlo como a su igual?

Ninguna razon fundada puede alegarse para sostener la práctica restrictiva i los trámites inútiles a que nos referimos. Conviene, por lo tanto, dar a la lei la interpretacion mas liberal posible i que mejor asegure la independencia i dignidad de los jueces compromisarios.

En el segundo de los casos prácticos de que arriba hemos hecho mencion, iba tambien envuelta otra cuestion sobre el alcance de las atribuciones del juez compromisario, que, a nuestro modo de ver, no fué bien estimada por el juez requerido.

Se trataba del exámen de testigos en uno de los departamentos de la República. La causa habia sido recibida a prueba ante el juez compromisario que conocia de ella. El juez, a instancia de una de las partes, autorizó el exámen de testigos residentes en otro departamento i dirijió, con el objeto de que se despachara la dilijencia, carta rogatoria al juez letrado respectivo.

Como hemos dicho, esta última autoridad no consideró legal el conducto por que se le dirijía el exhorto; pero, al manifestar esta doctrina, cuidó de revelar tambien, en la providencia, sus escrúpulos sobre que la causa se hubiera recibido a prueba ante la justicia arbitral. Hizo mas aun. Llegó hasta consignar, como una de las razones que tenia para negar su curso al despacho rogatorio, la de que no hubiera sido autorizada la recepcion de la prueba por la justicia ordinaria.

Creemos que, en este punto, sufrió tambien aquel juez letrado un notable error.

La lei 27, tít. 16, p. 3, las leyes 16 i 17, tít. 32, lib. 12 de la N. R. i el art. 28 del Reglamento de Administracion de Justicia,

prescriben que la recepcion de la prueba testimonial sea autorizada por el juez de la causa, sin distinguir entre el ordinario o el árbitro.

La lei 23, tít. 4.°, part. 3.ª, faculta a los jueces árbitros *para oir i recibir pruebas, como si fuesen jueces ordinarios.* Gregorio Lopez, comentando esta lei, dice que el árbitro debe designar a las partes un término probatorio. I Escriche no concibe cómo la Curia Filípica haya podido sostener que los jueces compromisarios no pueden autorizar la prueba testimonial. Cuando mas, dice este autor, se podria convenir en que, si los testigos se niegan a declarar, tendria necesidad el árbitro de impetrar el auxilio de la justicia ordinaria para que los compela a ello.

Esta dificultad para obligar a personas no comprometidas ha sido el único fundamento de la práctica, hasta el dia existente, de remitir los autos de compromiso a la justicia ordinaria para la rendicion de la prueba. Esta práctica tiene por fundamento un derecho que las partes pueden renunciar cuando les plazca, conforme el art. 12 del Código Civil. De manera que, con toda propiedad, puede decirse que los árbitros son competentes para autorizar la recepcion de la prueba testimonial, i, por consiguiente, para dirijir exhortos a jueces ordinarios de otro territorio, impetrando el auxilio de su autoridad para el exámen de los testigos residentes en el lugar de su jurisdiccion.

Creemos tambien que no es punto incontrovertible, despues de promulgada la Lei de Organizacion i Atribuciones de Tribunales, el de que los jueces árbitros no puedan obligar a los testigos a declarar, en razon de que no están ligados por el compromiso.

Que la jurisdiccion del árbitro solo alcanza a las partes que lo han nombrado, es una vervad indisputable, si con esto se quiere decir que la sentencia pronunciada por dicho juez solo puede obligar a las partes.

Sin embargo, el principio no es tan absoluto si se consideran algunas atribuciones que, en su carácter de juez, tiene el árbitro i que tocan, hasta cierto punto, a personas no comprometidas. Entre éstas podríamos citar, por ejemplo, la de conocer de la recusacion de los ministros subalternos del juzgado, peritos, tasadores, etc.

Por esto no nos pareceria aventurado sostener que los jueces de que tratamos tuviesen autoridad para compeler a los testigos.

Desde el instante de su nombramiento la lei les da el carácter de jueces, los cuenta entre las autoridades por ella establecidas, les concede ciertas atribuciones sin necesidad de que las partes lo expresen. ¿No seria justo reconocer en ellos, como un medio de administrar justicia, la facultad de compeler a los testigos a declarar?

Si semejante facultad puede ocasionar abusos, que éstos se

castiguen. Ahí está el Código Penal que consigna penas para los delitos. Pero, a título de prevenir el mal, no es conveniente que se entrabe la accion de los tribunales de compromiso, que son sin duda una de las conquistas mas preciosas de la civilizacion moderna.

CÁRLOS ALDUNATE S.

VIVIR MURIENDO.

En vano busco consuelo,
Que para mí no hai quietud,
I arrancan de mi laud
Perdidos ecos de duelo.
Sufro tanto,
I tan amargo es mi llanto,
Que ya en el pecho la fibra
De los placeres no vibra.

Es un sueño mi pasado
I un sueño es mi porvenir,
Pues que viviendo he soñado
I soñando he de morir.
El delirio
De los sueños es martirio
Para el alma que despierta
Con una esperanza muerta.

Yo soi un árbol que mueve
La furia del huracan,
Yo soi ardiente volcan
Cubierto de fria nieve.
Dentro el pecho,
Cual en prisiones estrecho,
Un corazon triste mora
Que angustia i dolor devora.

Yo soi un ave perdida
En medio la inmensidad,
Yo soi una flor sin vida
Que arranca la tempestad.
Dura suerte
A mi esperanza dió muerte,
I sin consuelo ni calma
Se siente morir el alma.

Yo soi un campo sin flor,
Estéril i desolado;
Yo soi un yermo poblado
De silencio en derredor.
¡Porvenir!
Es mentira tu existir
Si en horizonte de brumas
Hai solo mares de espumas.

Yo soi noche tenebrosa
I aurora sin arrebol;
Yo soi tarde silenciosa
I mediodía sin sol.
Todo muere
Si el dolor al alma hiere,
Porque si el alma está herida,
Es muerte la misma vida....

Valparaiso, 1876.

ANDRES R. CAÑAS VERGARA.

BALADA.

Anoche he visto en mis sueños
Un ánjel entre las nubes;
¡Talvez ha muerto, me dije,
La niña de ojos azules!

I al despertar me contaron:
¡Vestida con albos tules,
Va, camino del sepulcro,
La niña de ojos azules!

¡Pobre madre! ¡Id a decirle
Que he visto entre los querubes,
Camino del paraiso,
La niña de ojos azules!

1876.

JAVIER VIAL SOLAR.

IDEAS SOBRE EL ARTE I LA MORAL.

XXVIII.

Propósitos de un individuo:

"Mis estudios llevarán un doble carácter: vivir mas interior que exteriormente—sostener siempre la *idea pura*. Fuera de los incidentes naturales de la vida doméstica, mis hechos se han realizado casi siempre en la esfera del pensamiento. La lectura de

un libro serio, la solucion de un problema filosófico, la percepcion de un horizonte desconocido en el dominio de la estética: hé ahí las grandes épocas de mi vida. Glorias secretas de la intelijencia."

XXIX.

Estudiar la pintura relijiosa en los grandes maestros, marcar las diferencias: *teolójico*, Rafael; *piadoso* i *popular*, Murillo; Lesueur, *místico* i *litúrjico*.

XXX.

Pasaron ya los tiempos en que el amor luchaba de frente con el deber i sostenia su causa en las rencillas feudales; en que, para separar dos amantes, era menester el odio lejendario de dos razas o el honor comprometido de la patria. Las crónicas de Verona, de Lammermoor, de Teruel son hoi meros idilios que nuestra fisiolojía social desconoce o relega a un pasado mui remoto; ¡lastimosas leyendas, en cuyas pájinas van a buscar las mujeres románticas un consuelo que les niega el mundo contemporáneo!

En la sociedad ilustrada del dia, cuando desean impedir un matrimonio, se recurre a medios fáciles i expeditos que ocultan refinada malicia bajo un velo de aparente solicitud i paternal prudencia. Los pretextos son numerosos: ámbos son demasiado jóvenes, ella es demasiado lijera, él es un jóven indócil e ideático, ¡son dos niños extraviados!

A menudo esos dos niños extraviados son dos espíritus nobles unidos por Dios mismo, dos séres que se aman, que se adoran, que se idolatran, dos corazones belísimos que la sociedad va a herir honda i traidoramente. Si su amor propio no se irrita, si su corazon no clama a la venganza, es porque guardan a la sociedad un respeto jeneroso e inmerecido....

Léjos de ser un misterio para nadie, estos procedimientos forman parte de nuestra vida social; la costumbre los justifica i el buen éxito los jeneraliza.

XXXI.

Veo con profunda pena el falso rumbo que toman los poetas amigos, abdicando su personalidad en esa escuela pedantesca i universitaria de Quintana, Gallego, Frias, etc. Ya que la Oda es el jénero favorito ¿por qué no estudiarla en las grandes fuentes, en Isaías, Píndaro, David? ¿Cuántos hai entre nosotros que hayan leido con detencion al salmista? ¿Hai dos que sospechen siquiera al poeta de las *Olímpicas* i las *Nemeanas?*

Olvidando el lirismo por la grandilocuencia, la poesía se *rebaja* hasta la oratoria.

XXXII.

La escultura arquitectónica o entra en el plan jeneral del edificio o pertenece exclusivamente a la decoracion. Las estatuas de la Galería San Cárlos nos hacen temer que el señor Plaza no piense como nosotros.

XXXIII.

El jénero literario ménos cultivado ha sido talvez el Diálogo: fué, sin embargo, la forma predilecta del mas grande de los prosadores griegos, Platon. En nuestro tiempo, M. Renan ha querido rejuvenecerlo con un fin doctrinario; pero los diálogos de M. Renan son como los de cierto amigo mio, que pone en boca del adversario todas las sandeces imajinables i se reserva para él las objeciones fuertes, las ironías injeniosas i el triunfo en definitiva.

XXXIV.

Parece evidente que los araucanos ignoraban el sentimiento del arte. Los indíjenas peruanos, i sobre todo los mejicanos, sabian dar a sus vajillas una forma calculada i elegante a su manera; el indíjena araucano no iba mas allá de la estricta necesidad.

JUAN A. BARRIGA.

O'CONELL I LA CAMARA DE LOS LORES.

(Traducido de las Œuvres de Montalembert para La Estrella de Chile.)

Allá por el año de 1843, O'Conell, a quien el grande hecho de la emancipacion católica, debida principalmente a su elocuencia i enerjía, habia convertido en ídolo i árbitro de Irlanda, presidia un inmenso movimiento popular, llamado por él mismo *La ajitacion*, que tenia por objeto manifiesto *la revocacion de la union*, es decir, la abrogacion del acta por la cual Pitt, en 1800, habia hecho que las cámaras inglesas e irlandesas votasen la union de los dos parlamentos en uno solo. En esta circunstancia, el gran libertador trataba de dar un golpe terrible a la política i al poder de Inglaterra: este hecho era por sí solo una revolucion histórica, i, como lo dijo un dia Mr. Canning, valia tanto como exijir la restauracion de la heptarquía sajona. Sin embargo, se le dejó la libertad de emplear la fuerza prodijiosa que el derecho ilimitado de hablar, de escribir i de asociarse ponia a la disposicion de un hombre como él.

Católico notorio, sincero i celoso, jefe de una empresa que tenia por resultado necesario asegurar la preponderancia política i social de los católicos, que, como todos saben, forman la gran mayoría del pueblo irlandes, permaneció fiel a las doctrinas que habia profesado toda su vida, prometiendo solemnemente no aprovecharse del ascendiente inevitable de los católicos en el parlamento restablecido en Dublin, para usar de represalias contra la minoría protestante i para establecer cualquiera desigualdad en su detrimento. Salvo esta única precaucion, no descuidó nada de lo que podia contribuir a desafiar el poder británico, alarmar el sentimiento nacional i relijioso de Inglaterra. Celebraba a campo raso *meetings*, calificados por él mismo de *meetings mónstruos*, en los cuales se veian doscientos o trescientos mil hombres apiñados al pié de la tribuna, desde la cual hacia oir, a todos aquellos a quienes su voz de *Stentor* podia llegar, palabras inflamadas que desde la víspera habian sido repartidas en millones de ejemplares por todo el imperio británico. Esos *meetings* populares se repetian muchas veces por mes, i aun por semana, durante todo un año, a vista i paciencia de la fuerza pública, de la policía armada i asalariada por el gobierno ingles, que solo intervenia para mantener el órden en esa inmensa reu-

nion de enemigos. O'Conell no se contentó con esto. Organizó una suscricion anual destinada a sufragar los gastos de *La ajitacion*, que dió, solo en 1842, la suma de 260,000 francos. No descansó hasta instituir tribunales de árbitros destinados a reemplazar a la justicia ordinaria i los hizo funcionar en su presencia. Hábil lejista al mismo tiempo que tribuno audaz, se gloriaba de poder conducir a todo escape un coche con cuatro caballos al traves del dédalo de la lejislacion inglesa; poderoso con esa ciencia de jurisconsulto, o quizás deseoso de poner término a una situacion cuyo desenlace se hacia cada dia mas peligroso, provocaba al gobierno ingles a perseguirlo. El 20 de setiembre, en un banquete público, se entregó a uno de esos arranques de lenguaje, quizás exajerados, que le eran tan familiares, i terminó su discurso por este apóstrofe al gobierno: *Os espero: atacadme si os atreveis.* I al mismo tiempo convocó para el 8 de octubre, en Cloutarf, en un arrabal de Dublin, un *meeting* mas colosal que todos los anteriores.

Sir Roberto Peel era por entónces primer ministro. Cediendo a las exijencias de la opinion inglesa, creyó que era tiempo de intervenir. El 7 de octubre, una proclama del virei de Irlanda prohibe el *meeting* convocado para el dia siguiente, como atentatorio contra la paz pública. O'Conell ordena a la multitud que obedezca inmediatamente: envía a su principal ajente con una rama de árbol en la mano al encuentro de los grupos del pueblo, que ya se reunia en el lugar indicado, i él mismo se presenta en persona para mejor conseguir su objeto. A su voz todos obedecen i se retiran silenciosos a sus casas. El 14 de octubre es citado a comparecer ante la justicia como acusado de conspiracion contra la soberanía de la reina i de la lei, i de usurpacion de las prerogativas reales. Bien pronto se le pone en libertad bajo fianza; pero el gran *juri* decreta la acusacion el 8 de noviembre. Durante seis meses, a fuerza de incidentes, se retarda el juicio definitivo, i en todo este tiempo continúa celebrando *meetings*, no ya en campo raso, para no violar la letra del bando real, sino en lugares públicos; no interrumpe tampoco sus relaciones con la *lista civil*, i hace que funcione toda su organizacion antibritánica. Aun hace mas: declarado culpable por el *juri* de Dublin el 12 de febrero, hace que una nueva dificultad obligue a la corte a aplazar la sentencia relativa a la pena en que habia incurrido; se aprovecha de esta demora para atravesar el Estrecho e ir a Lóndres; va a sentarse en la Cámara de los Comunes, a tomar parte en sus discusiones i a comprobar de este modo la incomparable seguridad que la escrupulosa legalidad de un pueblo libre da a los mas temibles adversarios de su poder.

En fin, el 30 de mayo de 1844 se pronunció la sentencia: O'Conell es condenado a un año de prision, a 50,000 francos de multa i a presentar una fianza de 250,000 francos por el término de

siete años, como garantía de que, durante este tiempo, se abstendrá de turbar *la paz de la reina*. Seis de sus co-acusados son condenados a penas análogas.

En la misma tarde publica una proclama al pueblo para anunciar que apelaba a la Cámara de los Pares i para prescribir, en nombre de la relijion, a todos los buenos irlandeses, que permanecieran tranquilos i acataran el fallo dado. "Ahora es, decia, cuando conoceré, i el mundo tambien conocerá, si realmente me amais i respetais mi voluntad."

La apelacion no era suspensiva, i por lo tanto fué inmediatamente encarcelado; en su prision recibió diputaciones de todas las provincias i ciudades de Irlanda. Innumerables personas lo visitaron miéntras duró su cautiverio.

En Inglaterra, como todos lo saben, la Cámara de los Lores desempeña el papel de corte suprema, de corte de casacion, con la diferencia que retiene las causas llevadas a su tribunal i las juzga sin apelacion, sin remitir a ninguna otra corte los procesos de las sentencias que revoca. Los gastos considerables i la suma lentitud de sus procedimientos, hacen que sean mui pocas las causas que se llevan a este tribunal. La lei da a todos los pares el derecho de tomar parte en el juicio; pero la costumbre, jeneralmente admitida, aconseja que se abstengan de votar todos aquellos que no han llegado a esta dignidad por el camino de las altas majistraturas, como canciller o jefes de justicia, es decir, presidentes de las tres principales cortes de Inglaterra. Hai siempre en la Cámara de los Pares cinco o seis de esta categoría, a quienes se designa con el nombre de *lau lords* (literalmente, señores de la lei) i que son propiamente los que componen este supremo tribunal.

Despues de muchas dilaciones i de trámites interminables, llegó el dia de la sentencia definitiva, el 4 de setiembre de 1844. Jamas causa tan importante habia ido en apelacion a la Corte de los Pares de Inglaterra. Era una causa esencialmente política, en que la pasion podia ponerse de acuerdo con la lei contra un pueblo conquistado i un rival formidable. Se trataba nada ménos que de la dominacion de la Inglaterra sobre la Irlanda, de la obra secular de la conquista sajona, de la preponderancia protestante. La aristocracia inglesa tenia en esta ocasion en sus manos a su mas encarnizado enemigo, a aquel mismo que la habia obligado a admitir que los católicos pudiesen sentarse en las dos cámaras despues de siglos de exclusion, a aquel mismo que habia hecho de la Irlanda el mas grande obstáculo de la política inglesa, a aquel mismo que mil veces habia dicho estas palabras: *Yo estoi por el pueblo i contra la aristocracia.*

Le bastaba usar de un derecho, aplicar la lei, para arruinar a este formidable enemigo, o lo que valia mas, para humillarlo; pues el gobierno se interesaba en que se confirmase la condena-

cion para tener la oportunidad de indultar por gracia a O'Conell i presentarlo a los irlandeses despojado de la aureola de soberano popular por el perdon de la reina de Inglaterra. La tentacion era grande, la oportunidad favorable. Los pares hereditarios, los laicos *(the lay lords*, como se les llama por oposicion a los lejistas, a los *clercs)* vinieron en masa a ocupar sus sillones. Nadie podia dudar de su opinion. Las cinco sextas partes estaban dispuestas a condenar a O'Conell. En cuanto a la cuestion puramente judicial, su conciencia no tenia por qué inquietarse, porque la audiencia fué abierta con la comparecencia de los grandes jueces de Inglaterra, a quienes la Corte de los Pares tiene la costumbre de consultar en las cuestiones de alta importancia. Los jueces consultores se presentaron uno en pos de otro, fundando su opinion en largas disertaciones legales, a declarar, por una mayoría de siete contra dos, que estaban de acuerdo en confirmar la sentencia de condenacion. En seguida los lores lejistas emitieron sucesivamente su voto. Eran en número de cinco. El canciller Lyndhurst i lord Brougham votaron por la confirmacion de la sentencia; los otros tres, que eran los lores Denman, Campbell i Cotthenam, votaron por la revocatoria. Restaba el voto de los demas pares, es decir, la sancion de la condenacion del grande ajitador por una abrumadora mayoría. Pero entónces lord Wharncliffe, presidente del consejo privado i representante del ministerio en la cámara, toma la palabra para recomendar a sus colegas que no votasen para respetar la mayoría de los miembros mas competentes de la corte. Hubo un momento de vacilacion; algunos quisieron protestar, pero el respeto a las antiguas tradiciones, unido al sentimiento de una exquisita delicadeza, triunfó en todos ellos. Todos los pares no lejistas se levantaron i salieron sin pronunciar una palabra. De esta suerte la sentencia fué revocada por mayoría de un solo voto. En la misma tarde fué expedida en Dublin la órden de poner a O'Conell en libertad.

Nadie puede imajinarse los trasportes de gozo que sintieron todos los irlandeses al saber el fallo del supremo tribunal i al ver libre al que era su ídolo. Inglaterra era vencida en una lucha que hacia mas de un año llamaba la atencion del mundo. O'Conell, que en 1829 habia entrado en triunfo a la Cámara de los Comunes como el primer diputado católico, veia que su poder era reconocido i declarado invencible por la Cámara de los Lores. Pero en el fondo, Inglaterra habia conseguido la mas bella de las victorias: se habia vencido a sí misma, habia sacrificado su pasion, su interes, preocupaciones mui antiguas, resentimientos inveterados i naturales en aras de la tradicion, de la libertad, de la noble supersticion del derecho.

El mismo O'Conell lo comprendió así. Desde entónces dejó que decayese poco a poco *la ajitacion por la revocacion* i principió a debilitarse la organizacion, que era su base. Su carrera llegaba

ya al término. Murió dos años mas tarde, arrebatado prematuramente por las fatigas de su vida pública, pero con la gloria inmortal de haber dado franquicias a su relijion i una nueva vida a su pais por la sola accion de la libertad legal i sin haber derramado una sola gota de sangre.

Una tarde del último estío, durante una discusion sobre la guerra de Oriente, me encontraba en ese mismo recinto que habia sido engrandecido por un solemne acto de justicia, i apoyado en la reja del trono (el único trono que los pueblos han respetado de dos siglos a esta parte), recordaba la escena que acabo de describir i que habia pasado diez años ántes en esa misma Cámara de los Pares. Halagado por ese recuerdo de lo pasado i entristecido por la suerte de lo porvenir, me decia a mí mismo:— Nada hai mas bello en la historia política de los pueblos que esas luchas jenerosas, intelijentes i legales en que el hombre despliega toda su enerjía sin mas armas que la discusion, sin mas freno que la lei. Nada hai mas oportuno para la enseñanza de las naciones que conservar la memoria de esas victorias de la conciencia i del derecho en un siglo que tantas veces ha asistido a los triunfos sangrientos o corruptores de la fuerza i del engaño.

Santiago, 25 de junio de 1877.

JULIO FESÉ.

LA HIJA DEL MOLINERO.

Grato es discurrir por los campos en los dias de holganza buscando el goce de unos cuantos momentos de solaz; i grato es tambien evocar el recuerdo de esos dias, cuando la mente fatigada se dispierta al arrullo de las dulcísimas memorias que un tiempo la acariciaron i que parecian dormir como pasados sueños en el fondo del alma. ¿Quién no ha saboreado allá a solas consigo mismo o en plática amistosa las mil peripecias de un viaje de vacaciones, la festiva cordialidad de algun paseo, las expansiones íntimas del alma, exenta siquiera unas pocas horas de las inquietudes que la asaltan de continuo, el dejo, en fin, de esa vida sin zozobras a que es dado entregarse con el corazon lijero, i que tan

admirablemente confunde en el olvido de las dolencias el olvido tambien de los tristes presentimientos?

Fresco tengo en mi memoria el recuerdo de uno de esos viajes que me cupo realizar no há mucho en compañía de algunos amigos.

Una mañana del mes de enero me encontré a la vista del pueblecito de M., pequeño caserío sentado al borde de las aguas, sobre una eminencia que descubre al viajero el panorama de una vejetacion espléndida, en un sitio escojido, al parecer, por la naturaleza para hacer gala de sus primores i aprovechado por la mano del hombre para incrementar con sus esfuerzos los exuberantes beneficios con que aquélla le brinda.

M., por otra parte, si se toman en cuenta sus apariencias, en cuanto a la conformacion de sus calles i casas i al número i manera de ser de sus habitantes, es como el vulgo de nuestras aldeas: de aspecto miserable, de mezquinos recursos, tranquila e indolente, aunque encierra la savia de su futuro engrandecimiento.

Habíamos resuelto pasar algunos dias en aquella aldea para compensarnos de las molestias del viaje, utilizando a la vez nuestra permanencia en conocer, si nos fuera posible, palmo a palmo, todo lo que al pueblecito se refiriera; i desde luego nos entregamos a recorrerlo, admirando aquí una vieja techumbre desplomada por los años, allá el aspecto curiosamente rústico de una fachada, mas léjos, la plaza con sus caprichosas plantaciones, i la iglesia con su frontispicio carcomido por la intemperie i su torre enhiesta, como si desafiara la incuria de los hombres i el estrago de los tiempos.

Nuestras excursiones se hicieron mui frecuentes por las tardes, en que el ambiente fresco i perfumado de los campos convidaba a gozar de sus encantos, recreando la vista con hermosísimas perspectivas.

Ya nos dirijíamos al rio, desde cuyo borde, levantado algunos metros sobre el nivel de las aguas, contemplábamos, hasta donde podian espaciarse las miradas, un inmenso océano de verdor, en que serpeaban corrientes cristalinas; i mas léjos, interminables alamedas, viñedos i plantíos de toda especie, que iban a confundirse con los límites del horizonte; descollando por sobre las empinadas cimas de los árboles la blanca torre de T., iluminada por los últimos resplandores del sol poniente. Allí el pensamiento parecia dilatarse en anchuroso espacio, i abarcaba, por decirlo así, todo un mundo de recuerdos i todo un cielo de doradas ilusiones. De cuando en cuando el pausado vuelo de la garza distraia nuestras miradas de su inconsciente fijeza, miéntras el alma absorta se empapaba en el misterioso aliento de la soledad, entregada a sí misma i dueña de sus emociones de júbilo o de dolor ante el vastísimo silencio que la rodeaba.

Ya íbamos a visitar el esmerado parque de S., cuyo propietario

nos dispensaba una hospitalidad benévola, no ahorrando molestia a trueque de complacernos. Bajo sus lindos i elegantes emparrados departíamos en estrecha cordialidad, observando cuánto ayudan los prodijios del arte a las bellezas naturales en el conjunto armónico de la naturaleza.

Una tarde nos encaminamos al cementerio, situado a inmediaciones del pueblo, a unas pocas cuadras del lugar de nuestro alojamiento. Era necesario conocerlo todo, ya que tan oportunamente se nos presentaba la ocasion, para poder decir que no habíamos pasado, como se suele, inadvertidos a la vista de lo que pudiéramos hacer objeto de una provechosa curiosidad.

Habíamos avanzado corto trecho, cuando nos encontramos delante de un establecimiento singular, de pobre aspecto, que presentaba a la vista la forma de una casa de diversion pública, a manera de las que se acostumbran por la jente del pueblo, pero, si cabe, con apariencias de mayor cultura, pues contenia un espacioso recinto ocupado por toscos bancos de madera i frente de éstos un tablado que semejaba proscenio, donde se debian dar las *junsiones recreatibas del selebre Bivanco*, a lo que anunciaban los carteles. Con gran contentamiento nuestro escuchamos entónces la orquesta de la famosa compañía, compuesta nada mas ni nada ménos que de un tambor i un clarinete, cuyos acordes armoniosos entusiasmaban la multitud, ya cautivada de suyo por las piruetas i ademanes del payaso que anunciaba la funcion. Vinimos, pues, al conocimiento de que aquella casa de diversiones era el *teatro* de la aldea, nombre con que la designaban los lugareños i que aceptamos nosotros sin mucho trabajo por las razones que llevo expuestas. ¡Contrastes de la vida! ¡El *teatro* a unos pocos pasos del cementerio!

Por fin, siguiendo las indicaciones de nuestro guia, llegamos al término de la excursion que nos habíamos propuesto realizar, i apareció desde uno de los recodos del camino el vetusto porton que daba entrada al cementerio, iluminado en aquellos momentos por los rayos oblícuos del sol, que iba a esconderse en el ocaso.

No tema el lector que yo vaya a presentarle un cuadro recargado de sombras con ribetes de sentimental; que eso cumple al lirismo elejíaco de los poetas, quienes hacen brotar de las tumbas raudales de inspiracion al contacto de su estro marabilloso; voi simplemente a describir el cementerio de M. en lo que crea conveniente a mi propósito.

Lo primero que sorprendió nuestras miradas fué el departamento destinado a recibir los cadáveres, donde se veian aquí i allá algunos aparatos mortuorios desvencijados, pobrísimos arreos de una aldea miserable i de un cementerio digno de ella, estropeados por la incuria de sus moradores, pero bastantes, sin embargo, a llenar el último servicio. Penetramos, en seguida, al recinto con-

sagrado a la sepultacion. No habia allí ni pinos, ni ostentosos mausoleos, ni cuidados verjeles, ni inscripciones magníficas, nada de esa pompa soberbia de los cementerios de la opulencia: cuatro paredes, sí, i unas cuantas cruces levantadas sobre un suelo cubierto de verdor, eran lo que constituia el cementerio de M., i lo que, por la fuerza de las cosas, tiene que constituir todo cementerio de aldea. En los muros medio derruidos se veian grabados algunos toscos i mal trazados caractéres, simulando arabescos o jeroglíficos; en las cruces de madera negra, que la mano de los deudos habia elevado sobre las fosas, se leian esas breves inscripciones destinadas simplemente a fijar un nombre, una fecha, una memoria: en todas partes se mostraba la elocuente, aunque sencilla, vulgaridad del sepulcro de los pobres.

Con silenciosa curiosidad examinábamos las inscripciones de algunas tumbas, cuando llamó nuestra atencion una crucesita negra plantada a inmediaciones de los muros, i en un ángulo del recinto, a la cual servia de peana un montículo de piedras tapizado de yerba i ceñido de rosas i claveles. A la indecisa claridad del crepúsculo, que ya envolvia el cementerio, nos fué difícil descifrar la inscripcion que esa tumba contenia i que nos pusimos a adivinar no sé con qué avidez extraña. Logramos, al fin, nuestro empeño. Permítaseme que transcriba aquí esa inscripcion tal como se hallaba escrita sobre la tumba i yo la trasladé a mi cartera de viaje; decia literalmente: AQUI LLASE LA IJA DEL MOLINERO. Seguia a continuacion un número borrado casi en su totalidad, que solo dejaba adivinar que era 8 la segunda de sus cifras. Era bastante, i nos retiramos de aquel lugar de silencio i de muerte.

Como era natural, no eché en olvido la singular inscripcion que prometia toda una historia de esas conmovedoras que recojen tan a menudo los novelistas, eso sí que revistiéndolas de formas interesantes i participándoles el sabor poético de que puede impregnarlas su fantasía. Mas, por lo que a mí respecta, confieso con injenuidad que lo que me preocupó, cuando me propuse aclarar el enigma, fué el convencerme de que tales historietas suelen tambien no ser la obra de una ficcion sellada con el injenio de sus autores, a manera de privilejio exclusivo suyo, sino que viven escondidas, por decirlo así, en un pliegue oculto de esa vida tambien oculta de la sociedad doméstica; delicados indilios, dramas ignorados, que se escapan al ojo escudriñador, en el momento talvez en que trata de sorprenderlos.

Ello es que me prometí no abandonar a M. miéntras no estuvieran en poder mio los hilos de aquella historia, que ya me forjaba tierna, sentimental, marabillosa, apurando todos los encantos para hermosearla; e impaciente pregunté en la mañana del dia siguiente a una pobre mujer sobre el significado de la incripcion i las tradiciones que a ella debian referirse.

La anciana, que mas sabia de ordeñar vacas (su ocupacion

habitual) que de referir historias, se contentó con responder con marcado aire de sorpresa:

—Ño Cipriano, el de allá arriba, en la posesion del nogal grande, es hombre de principios i puede darle cuenta a Ud., mi caballero. Yo soi forastera de este lugar, a donde he venido el año pasado solamente.

Era inútil insistir. Resolvíme, pues, a consultar a Ño Cipriano, el de la posesion del nogal grande, no precisamente acerca de sus *principios* (que mui buenos debian de ser), sino respecto de sus recuerdos de hombre viejo, avecindado largos años, i quizá desde que habia venido al mundo, en el pueblecito de M.

La tarde de aquel mismo dia llegábamos mis compañeros i yo a golpear las puertas de la posesion de Ño Cipriano.

—¡Buenas tardes, Ño Cipriano! le dijimos a un viejecito encorvado por los años, pero ájil todavía, que salió a recibirnos con la benevolencia hospitalaria que caracteriza a los habitantes de nuestros campos.

—¡Buenas se las dé Dios, mis caballeros! respondió el anciano, i nos introdujo con amable cortesía al interior de su heredad, para mostrárnosla, pues le manifestamos el deseo de admirar sus excelentes cultivos, i gozar del tibio i perfumado ambiente de esa tarde, una de las mas bellas del estío.

Muchas preguntas hicimos a Ño Cipriano sobre lo que concernia a él, a su familia i a su preciosa heredad. A todo contestó con la expresion de candor i sencillez que forma el trato peculiar del campesino. Cuando hubimos recorrido su posesion, nos invitó a que nos sentáramos bajo el emparrado, ofreciéndonos para ello modestas sillas de paja, que nos apresuramos a ocupar nosotros, colocándolas en torno del anciano. Entónces comenzó él a referir capítulo por capítulo, punto por punto, cual si lahubiera tenido escrita en su alma, la historia que yo paso a referir tambien a mis lectores, protestándoles, a mi vez, que trataré de no alterar, si no en su forma, el prolijo relato que escuché de los labios del excelente viejo.

Por lo demas, se me perdonará este largo prólogo en obsequio a la explicacion de los antecedentes de la historia cuyos recuerdos compajino al correr de la pluma, historia desaliñada seguramente, pero fiel i verdadera.

I.

Hace algunos años llegó al pueblecito de M. un extranjero, de edad ya madura, bien que mas trabajado, al parecer, por los padecimientos de la vida que por el paso repetido i agobiador del tiempo. Hondas arrugas surcaban su rosttro enjuto; sus cabe-

llos, encanecidos, anunciaban ya el último tercio de la existencia, el invierno tras el estío, la edad de nieve despues de la que habria sido de fuego al calor de la juventud; su continente, sin embargo, expresaba la actividad, un espíritu reposado, pero ardoroso e infatigable, a quien el soplo del desaliento podria desviar de un rumbo poco halagüeño, pero nunca hacerle cejar rendido a la inaccion; i en su mirar, reflejo del poder de las almas, se advertia, por fin, un carácter sombrío i apasionado, susceptible de sentimientos suaves, concentrados bajo una corteza ruda.

Llamábase el extranjero don Enrique; frances, ingles, aleman o italiano, poco importa, pues imposible tarea es para las jentes del vulgo definir la nacionalidad del que no habla la lengua patria, sobre todo, en tratándose, como en el caso actual, de la narracion de un campesino ignorante, apesar de sus *principios*, que no podia atinar con el apellido de aquel *gringo*.

Don Enrique venia en calidad de molinero de los molinos de S. Le acompañaba una hija suya de hasta diez años de edad, único resto de su familia, segada por la desgracia.

Eso era lo que se sabia de cierto.

Agregábase, con o sin fundamento (pues no entro a averiguar el punto), que el recien llegado habia pasado en el Océano los primeros años de su mocedad, que, a consecuencia de un naufrajio desastroso, del que pudo librar casi por milagro, en las costas del norte de la República, habia abandonado su oficio para dedicarse a una ocupacion ventajosa en un establecimiento minero de las provincias septentrionales; que, habiendo probado allí buen éxito en el negocio, habia contraido matrimonio con una hermosa huérfana, cuyo amor endulzó las amarguras de su alma inquieta; i, finalmente, que un fracaso cruel produjo la ruina de sus intereses i lo arrojó de su hogar, peregrino i prófugo, para mendigar de pueblo en pueblo, perseguido por su mala estrella, un trabajo cualquiera que asegurara la subsistencia de su familia, arrancándola a la desesperacion, de la que salvó para fenecer víctima de una asoladora epidemia que hirió de muerte a la madre i tres hijos pequeños, perdonando únicamente a la hija menor.

Sea lo que fuere, el extranjero cerró sus labios a los recuerdos dolorosos que quizá horadaban su corazon, porque nunca le oyeron los del pueblo romper el silencio de sus pasadas memorias, i ni una queja le traicionó jamas.

A poco de estar en los molinos, don Enrique habia probado satisfactoriamente su competencia industrial i se habia dado a querer de todos por su laboriosidad, honradez i recomendables partidas. Hablaban bien de él sus patrones, a quienes servia con lealtad; i sus dependientes, a quienes trataba con rectitud i jenerosa hidalguía. Ni esquivaba un servicio cuando se le deman-

daba, ni inferia una ofensa innecesaria dejándose arrastrar de pasiones exaltadas.

Distinguíase mui principalmente por la ardiente afeccion que demostraba a María, la hija de sus desvelos, a la cual designaban los lugareños con el nombre de *la hija del molinero*.

María no era bella con la belleza de las niñas de noble estirpe, con la hermosura mimada entre batistas i sedas, que jermina al abrigo del sol i de la lluvia, bajo los artesonados de un palacio, pero tenia esa otra belleza ruda que campea en las hijas de la montaña: no era la flor que abre su capullo en los verjeles trasplantados por el arte a los recintos de la opulencia, pero, en cambio, era la flor del valle regada por las aguas cristalinas i el rocío del cielo, al soplo de brisas libres i al calor del sol que se derrama por los campos. Los dias de su infancia habian sido oscuros i tormentosos: hija del infortunio, apénas si recordaba el arrullo de las caricias de una madre que imprimiera en su frente el ósculo de los amores inocentes, en el primer albor de su vida. ¡Pobre flor amenazada por el vendaval, perdida i solitaria! Pero ¿no es verdad que la Providencia vela tambien por el lirio de los campos?

Algunos años trascurrieron. Con sus economías don Enrique habia logrado formarse una posicion holgada, sin abandonar por ello el oficio de molinero, que seguia desempeñando a satisfaccion de sus patrones. Merced a aquéllas habia comprado una preciosa heredad en el pueblo, donde era de los vecinos de mayor valía, querido i respetado a la vez. María habia dejado de ser niña para ser una jóven, i una jóven llena de vigor, de poesía i de encantos, en la primavera de los años, de la hermosura i del amor: talle esbelto, semblante agraciado, ojos negros sombreados por largas pestañas, espejo de apasionada inocencia, tez morena, todo formaba en la hija del molinero un conjunto de ilusiones i esperanzas. Hacendosa en su casa, ella era el ánjel de su padre, solícita en rodearle de halagos, que endulzaran su existencia laboriosa en el seno de las intimidades del corazon, en un hogar tranquilo, a donde no llegaran recuerdos desvastadores, ni pesadumbres, ni desengaños; en una vivienda apacible, perfumada con el aroma de las flores, enriquecida por los frutos del huerto, sombreada por los árboles, bajo los rayos fecundantes del sol en una atmósfera primaveral.

Las muchachas de la aldea habian hecho de María la amiga en quien depositaban su confianza, pues se mostraba asequible, superándolas en discrecion, e injénua, sin descuidar una prudente reserva, característica de sus modales mejor cuidados. Mirábanla con cierto reconocimiento a la superioridad de una persona *leida*, porque, en efecto, María habia aprendido a leer, a escribir, a contar, i no le eran ajenas unas cuantas nociones de relijion i de jeografía, con que la habian ilustrado la dilijencia de

un padre cariñoso de una parte, i de la otra, la predileccion del buen cura, que le habia proporcionado una modesta instruccion adecuada a sus facultades.

La hija del molinero salia como una reina entre la festiva comparsa, con su sombrerillo de paja, sus cabellos trenzados, que jugueteaban por las espaldas, modesto traje de percal, retozando alegremente por la campiña, entregadas todas a juegos incesantes, sin una sola nube que empañara sus tardes de placentera felicidad.

Los dias de fiesta María andaba presurosa en asistir con su padre a la iglesia, donde piadosamente ofrecia ejemplos de compostura en la celebracion de la misa i de las demas funciones relijiosas. Sabia tocar el arpa, i acompañaba con sus armonías los modestos oficios relijiosos de aquella iglesia pobre i desamparada, si bien objeto de las inmensas riquezas celestiales que el buen cura distribuia a sus feligreses.

La mayor parte del tiempo lo pasaba, sin embargo, ocupada en sus quehaceres domésticos, mui graves pero mui livianos a la vez para una hija como la hija del molinero respecto del ídolo de sus afecciones, objeto constante de tierna solicitud, que era el sosten de su debilidad, cielo i sol de sus esperanzas de niña. ¡Cuán bello es ver ligados, con cadena inquebrantable, la ancianidad i la juventud, fuerte la una, por el amor que no envejece, vigorosa la otra, con el cariño madurado al nacer, al primer rayo de vida que alumbra el corazon!

El molinero i su hija eran dos séres que gravitaban en concierto, engarzados por la fuerza espontánea de un afecto inconmovible: el uno necesitaba del otro, i entrámbos eran felices; felices, sí, por la sobriedad de sus aspiraciones, por la quietud de su existencia, por los goces del hogar, por el deber i el trabajo.

El corazon de la hija del molinero, sencillo i apasionado de suyo, vivia del cariño de su padre, mas no de otro cariño: dormian en él las pasiones tumultuosas que arrebatan al alma fuera de sí; estaba cerrado al amor, quien sabe si a la felicidad o a la desgracia.

II.

Es un lindísimo dia de setiembre; la naturaleza despierta al soplo de un aliento de vida; i los corazones laten de entusiasmo al recuerdo de las glorias del pasado, al canto de libertad, cuyos ecos llegan tambien a los oidos del labriego en las rejiones mas apartadas, para inflamarlo de gratitud a los padres de la patria, haciéndole partícipe del universal regocijo.

La aldea de M. se olvida de su letargo: el agricultor abandona

la faena, i todos, patrones i jornaleros, dando tregua a la labor, van a vestir el traje de gala en celebracion de las fiestas públicas con que se conmemora el aniversario de la independencia, porque M. tiene tambien sus diversiones i sus paseos, a imitacion de los grandes centros.

Desde el mediodía comienzan a cruzar la poblacion grupos de jente venida de los alrededores, a pié, a caballo i en carreta, toda alegre i animosa, revolviendo los unos sus briosos caballos, entonando cantos populares los otros al son de la vihuela, como es de uso para las manifestaciones patrióticas de nuestro pueblo. A distancia de unas dos cuadras de la plaza está la cancha de carreras, ya dispuesta convenientemente, a la que rodea una abigarrada muchedumbre de espectadores, que se han reunido en ella desde temprano. Aquí, los huasos, con sus chapeadas monturas i grandes espuelas que brillan al resplandor del sol; allá, grupos de aldeanas i aldeanos que descansan sobre la yerba, ofreciendo a la vista un mosaico de mil colores vistosos i resaltantes; sobre las bardas, gran número de jente, que ha ganado esa colocacion como una de las mas favorables para la espectacion de la fiesta; en todas partes, jente alborozada que corre, que grita, que canta, como poseida de frenético entusiasmo.

Allí están el molinero i su hija, expansivo aquél dentro del grupo que lo acompaña, entre sus mejores amigos, ataviada ésta con la sencilla elegancia campesina, rebosando gracia i donaire en su apostura. Como en otras ocasiones, la hija del molinero es la reina de la fiesta i atrae el cortejo de galanes que la requiebran i de mozas que rivalizan en dispensarle su compañía, envidiosas quizás en sus adentros de las atenciones que les roba su amiga.

Miéntras tanto ha llegado el momento en que comiencen las carreras. Dos hermosos caballos, *Relámpago* i *Celaje*, destinados a correr aquel dia, se lanzan arrogantemente a la cancha: sendos jinetes los revuelven para dar pruebas de su brio i ajilidad en presencia de los espectadores, ávidos ya de adivinar el resultado de aquella contienda. Las apuestas se cruzan.

—Yo voi a *Relámpago*, exclama un huaso de sombrero de anchas alas, que al primer aspecto demuestra su oficio de capataz.

—I yo, a *Celaje*, responde un compadre suyo, con aire de hombre satisfecho de su atinado criterio.

—Apuesto diez pesetas, dice un tercero, a que vence el mulato, porque a *Celaje* no se la gana ni el diablo. A todos se las doi, que al caballo que monta Francisco Esquivel no lo gana nadie.

I, en efecto, la mayor parte de lás opiniones se inclinaban a favor del caballo mulato que montaba Francisco Esquivel, conocido ya de muchos por su prodijiosa fortuna en aventajar a sus

adversarios i por su ponderada destreza en el manejo del caballo.

El molinero i su hija tomaron tambien su parte en las apuestas. Cabalmente se encontraban en un lugar inmediato a aquel donde Francisco parecia desafiar a su rival, seguro del triunfo, paseando sus miradas arrogantes por la muchedumbre que le contemplaba. Su altivez, sin embargo, se trocó en fuego de amor al encontrarse sus miradas con las de María. Esta, por su lado, no habia podido quedar indiferente: un sentimiento desconocido la ajitaba; sentia el sonrojo en el semblante, la turbacion en el pecho, la inquietud en el corazon. ¿Era amor? El amor es un misterio que el alma no comprende, pero que casi siempre adivina; es un vínculo espontáneo de simpatía, que al hombre no es dado romper; es el contacto de dos almas; la union de dos corazones en uno solo; es, para decirlo todo, un acorde que produce la armonía en la union de dos existencias. Francisco i María se amaban allá en el secreto íntimo de sus almas. La hija del molinero apostó porque el triunfo seria del jinete que montaba a *Celaje:* el amor tiene una fé ciega en el triunfo de quien es su objeto; puede engañarse, pero jamas presiente el engaño. La carrera comenzó i con ella se abrieron paso en la mente de María todas las emociones indefinibles del corazon que ama i participa de las vicisitudes ajenas, que son entónces las suyas. El éxito fué favorable a Francisco; el triunfo fué de la hija del molinero. Un aplauso jeneral saludó al vencedor cuando llegó a la meta señalada, despues de haberse anticipado buen trecho sobre su rival, quien se alejó mohino i disgustado por la derrota. Pero, lo que mas valia para Francisco era ese otro triunfo sobre el corazon de la hija del molinero.

III.

Pasadas las fiestas, todo siguió su estado habitual en la aldea de M.: el labrador volvió a sus faenas interrumpidas, i el vecino tornó al recojimiento de su hogar, a los dias tranquilos que continuaban sucediéndose en el trabajo de la finca i el reposo de los afanes diarios en el seno de la familia. El molinero se entregó nuevamente a su molino, i la hija del molinero continuó su labor asídua en el servicio de su padre i los quehaceres de la casa.

Una mañana se presenta a don Enrique un mozo del vecino pueblo de T. que reclama hablar con el molinero. Es un jóven de veinte i mas años, mediana i bien formada estatura, robustos músculos i vigorosa expresion en el semblante. Viene con recomendacion escrita del propietario de S., para que don Enrique le proporcione colocacion conveniente en los molinos. ¿Quién es él

i por cuáles razones llega en semejante demanda?—El lector lo habrá adivinado, sin duda. Ninguno mas poderoso que el señorío del amor, que seduce, arrastra i encadena.

¿Para qué referir ahora, paso a paso, los incidentes de ese drama que empieza en la intimidad de dos corazones i termina en sellar con las palabras lo que han pactado de antemano dos almas hermanas? No corramos el velo con que gustan de ocultarse los misterios del amor: pasemos bendiciéndolos; que el Soberano Sér bendice desde lo alto los afectos tiernos i engarza por mano de ánjel los corazones puros.

Habian pasado tres meses desde que Francisco i la hija del molinero se vieron, se comprendieron i se amaron, cuando era ya sabido en el pueblo de M. que el matrimonio iba a efectuarse la Pascua de aquel año con la solemnidad conveniente al rango de los desposados, i lo que es mas, a satisfaccion de todos los vecinos de la aldea, que aplaudian aquel enlace de mui buena gana.

El anhelado momento llegó, i el buen cura de M. bendijo a los contrayentes con la union del vínculo indisoluble, exhortándolos al cumplimiento constante de sus nuevos deberes.

Pero el dia de Pascua es de regocijo para las jentes del pueblo i era necesaria alguna fiesta profana, principalmente habiéndose celebrado el matrimonio con numerosa afluencia de los vecinos de T., que habian venido a cumplir con los deberes de amistad i de cortesía para con los nuevos desposados. Además era costumbre en M. la celebracion de la Pascua con fiestas análogas a las que servian para solemnizar el aniversario patrio, i por eso habíase resuelto invitar de antemano a las carreras de caballos que eran de uso en tales festividades.

Francisco Esquivel se ofreció a montar el mismo caballo mulato que le diera otra vez un triunfo a cuyo recuerdo estaba ligado uno de los mas venturosos dias de su vida. Sentíase arrastrado a celebrar su reciente desposorio en el lugar mismo en que se desposaron primeramente su corazon i el de su novia: la fantasía tiene caprichos extraños, misteriosos sueños de una pasion que impulsa al vértigo i al delirio, pero se hace preciso a las veces no estorbarla en que siga su camino. Quedó, pues, acordado que el novio entrara a disputar para *Celaje* el triunfo en la carrera. ¡I coincidencia singular! tenia que habérselas con el mismo que tres meses ántes se lo disputara.

No describiré nuevamente el aspecto que presentaban las carreras de caballo el dia de Pascua en la aldea de M. Solo el tiempo parecia haber cambiado: un dia caluroso de verano habia reemplazado a uno tibio de primavera, como si la naturaleza, que preside a la jerminacion de la mies para encerrarla madura en doradas espigas, hubiera cuidado tambien de mostrar coronadas las esperanzas en flor que habian brotado con el aliento primaveral en dos corazones jóvenes.

Bástame decir que la hija del molinero estaba allí con el corazon henchido de gozo por el amor i de zozobra por un triste presentimiento. Ni la muchedumbre de espectadores, ni el constante ir i venir de tantas jentes, ni la algazara de júbilo que donde quiera se escuchaba, ni las tonadas, que atronaban los aires, ni todo aquel espectáculo curioso que hacia desbordar la animacion hasta el frenesí; nada pudo arrancar del alma de María un pensamiento fijo que la dominaba, abstrayéndola de los demas para enclavarla en aquél a quien habia entregado delante de Dios los afectos de su corazon. El amor tiene miedo a los peligros, porque presiente la desgracia.

Dada la señal de partida, ámbos jinetes salieron a escape tendido, no corriendo sido volando, para alcanzar la victoria. La suerte pareció desde luego favorecer a su predilecto de otros tiempos, porque a poco llevaba ya considerable ventaja sobre su adversario; e iba a ser aclamado como vencedor, cuando la cabalgadura, inobediente a las riendas, sobrepasó la meta i fué a estrellarse contra un obstáculo, dando en tierra con su jinete, despues de haberlo hecho saltar por los aires. Un grito de horror se escapó de todos los labios; aquel desastre imprevisto habia trocado en espanto la admiracion del triunfo. El animoso al par que malaventurado jinete, yacía sin movimiento, casi sin vida, desencajados sus miembros, el rostro lívido, cubierto de polvo i de sangre. Unos acudieron en busca de remedios; otros partieron precipitadamente a traer al cura de M., al mismo que momentos ántes habia bendecido, en medio de jeneral alegría, al que ahora iba a absolver entre el horror i las lágrimas.

¿I la hija del molinero?

Apartemos la vista de este cuadro sombrío de desolacion. Una tumba se ha abierto en el cementerio; otra tumba se abrirá en un corazon. ¡Paso a los designios inescrutables de la Providencia!

IV.

La novia es viuda. Sus esperanzas de felicidad, acariciadas deleitosamente por breves dias, fueron esperanzas traidoras, flores marchitadas al nacer, ensueños que volaron; todo, recuerdo, nada mas que recuerdo mortificante i abrumador. Las huellas escritas sobre arena las borra el viento del desierto; pero las que graba el dolor dentro del alma son indelebles.

El hogar del molinero está tranquilo en las apariencias. Restablecida de la postracion a que la redujo la rudeza del golpe la hija del molinero ha vuelto sus miradas al único sér que le ha reservado la desgracia, a su buen padre, que vela por arrancarla

de memorias martirizantes, infundiendo en ella la esperanza i el consuelo. Pero no sé qué vaga melancolía se dibuja en el semblante de la jóven; su hermosura se marchita; sus fuerzas van desfalleciendo gradualmente; sus ojos son rayos de una luz que titila para extinguirse: un fuego oculto la consume, sin duda.

Vanos son los desvelos de un padre para encender la vida en el corazon de su hija. Los remedios no pueden cicatrizar sus dolencias, porque está herida de muerte, i las dolencias del alma no se curan con drogas i específicos.

Cuentan los vecinos que en las altas horas de la noche han oido como las meláncolicas armonías de un arpa que se dilatan en el silencio pavoroso de la oscuridad. ¿Será la hija del molinero el jenio que las pulsa, arrancándolas de su corazon?....

Una cosa se sabe ciertamente, i es que la novia viuda, llevada por su padre, va al templo, donde, como otras ocasiones, arranca de las cuerdas acentos armoniosos, pero impregnados ahora de tristeza i de dolor.

Consagrada a la piedad, ha buscado en los últimos momentos de su existencia los consuelos divinos i está preparada a devolver su alma a su Creador Supremo.

En un dia de setiembre, tan hermoso como el del año que presidió a las alegrías de la hija del molinero, vése desfilar desde la iglesia de M. al cementerio un convoi fúnebre formado de numerosa jente de a caballo que marcha silenciosamente tras de un ataud..... Acaba de abrirse una nueva tumba.

—"¡Juicios de Dios!" señor. "¡Juicios de Dios!" exclamó el anciano al concluir su relato.

I cuando le preguntamos qué fué del extranjero, contestó que, algunos dias despues de la muerte de su hija, vendió su propiedad, abandonó su oficio i salió del pueblo, para no saberse mas de él en adelante.

CÁRLOS AGUIRRE VARGAS.

BUSCAD AL ANJEL....

A JUAN R. SALAS E.

Como un jérmen de luz entre un abismo
A intervalos brillaba en sus pupilas;
I jugaba un suspiro entre sus labios,
O un íntimo dolor, o una sonrisa.

Miraba cara a cara algun misterio;
Las leyendas del cielo acaso oia;
I, vagando tras séres intanjibles,
Era notas i luz su sombra misma.

Me acerqué. Como avaro su tesoro,
Cual sus hojas la oscura sensitiva,
Guardó su inspiracion dentro del alma
I el ánjel fué mujer, sér de esta vida.

....

¿Quereis sublime a la mujer amada?
Alejad este mundo de su vista;
No busqueis la mujer, buscad al ánjel,
Que las almas no ven pero adivinan.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

IGLESIA ME LLAMO.

I.

En una casa de los arrabales de la ciudad de Huamanga, hallábanse congregados, en cierta noche del año de gracia de 1575, i en torno a una mesa, hasta doce aventureros españoles, ocupados en el nada seráfico entretenimiento de hacer correr los dados sobre el verde tapete. Eran los jugadores mineros de ejercicio, i sabido es que no hai jente mas dada a la fea pasion del juego que la que emplea su tiempo i trabajo en arrancar tesoros de las entrañas de la tierra.

La noche era de las mas frias de aquel invierno: llovia si Dios tenia qué, relampagueaba como en desecha tormenta i el fragor del trueno hacia de rato en rato estremecer el edificio. Parecia imposible que alma viviente se arriesgase a cruzar las calles con tan barrabasado tiempo.

De pronto sonaron golpes a la puerta de la casa, i los jugadores dieron reposo a los dados, mirándose los unos a los otros con aire de sorpresa.

—¡Por San Millan el de la Cogulla! gritó uno. Si quien toca es ánima en pena, vaya a pedir sufrajios a otra parte. ¡Noramala para el importuno! ¡Arre allá, buscona o vergante! Seguid vuestro camino i dejad en paz a la jente honrada.

—Por honrada busco vuestra compañía, Mendo Jimenez, i abrid i escuchad palabras, que traigo caladas la capa i el chambergo, contestó el de afuera.

—Acabáramos, seor alferez, repuso Jimenez abriendo la puerta. Entre vuesamerced i sea bien venido, magüer barrunto que nada bueno nos ha de traer quien viene a completar el número trece.

—Quédense las agorerías para otro ménos mañero i descreido que vos, Mendo Jimenez. A la paz de Dios, caballeros, dijo el nuevo personaje, arrojando el chapeo i el embozo sobre una silla próxima al brasero i tomando puesto entre los jugadores.

Era el alférez mozo de treinta años i que, apesar de lo imberbe de su rostro, habia sabido imponer respeto a los desalmados aventureros que por entónces pululaban en el Perú. Vestia aquella noche con cierto elegante desaliño. Sombrero con pluma i cintillo azul, golilla de encaje de Flándes, jubon carmesí, calzas

de igual color, con remates de azabache i cinturon de terciopelo, del que pendia una hoja con gabilan dorado.

Contaba poco ménos de un mes de vecindad en Huamanga i ya habia tenido un desafío. Referíase de él que, soldado en los tercios de Chile, habia desertado de la guarnicion i pasado al Tucuman, Potosí i Cuzco, de cuyos lugares lo obligaron tambien a salir por lo pendenciero de su carácter. Oriundo de San Sebastian de Guipúzcoa, tenia el jenio duro como el hierro de las montañas vascongadas i tan endiablados los puños como el alma. Fama es que los mas diestros matones i espadachines de su tiempo no alcanzaban a parar una estocada que él habia inventado i a la que llamaba, aludiendo a su siniestro éxito, *el golpe sin misericordia*.

Despues de contemplar por algunos minutos la ajitacion con que sus compañeros de vicio seguian el jiro de los dados, arrojó sobre la mesa una bien provista bolsa de cuero, diciendo:

—Roñoso juego hacen vuesas mercedes i mas parecen judíos tacaños que hijosdalgos i mineros. Ahí está mi bolsa para el que se arriesgue a ganármela a punto menor.

—¡Rumboso viene don Antonio, contestó Mendo Jimenez, i por los cuernos del diablo que tengo de aceptar el reto!

—¡A ello tiro! repuso el alférez haciendo rodar los dados. ¡Ases! Ni Cristo, con ser quien fué, podria echarme punto menor. He ganado.

—¡Mala higa para vos! Esperad, seor alférez, que tal puede ser la suerte que os iguale.

I Mendo Jimenez ajitó el cubilete i soltó los dados. Todos se quedaron maravillados. Mendo Jimenez resultaba ganancioso.

Un dado habia caido sobre el otro, cubriéndolo perfectamente, dejando ver en su superficie un solo as.

El alférez protestó contra el fallo unánime de los jugadores: a la protesta siguieron los votos, a ellos la de llamarse fulleros i mal nacidos, i agotados los denuestos, desenvainó don Antonio la espada i despaviló con ella el candil que estaba pendiente del techo. En completa tiniebla, se armó entónces el mas infernal zipizape. Cintarazo va, puñalada viene, al grito de ¡Dios me asista! uno de los jugadores cayó redondo i los demas se echaron en tropel a la calle.

El matador huia a buen paso; pero al doblar una esquina dió con la ronda i el alcalde lo detuvo con la sacramental obligada frase:

—¡Por el rei, dése preso!

—No en mis dias, seor corchete, miéntras me ampare el esfuerzo de mi brazo.

I aquel furioso arremetió sobre los alguaciles i acaso habria dado al diablo cuenta de muchos de ellos, si uno mas listo i avisado que sus compinches no hubiese echado la zancadilla al

alférez, quien vino, cuan largo era, a medir con su cuerpo el santo suelo.

Cayeron sobre él los de la ronda i atado codo con codo lo condujeron a la cárcel.

II.

El juicio fué ejecutivo i ocasionó poco gasto de papel. A los tres meses, dia por dia, llegó la hora en que el pueblo se rebullese al rededor de una empinada horca en la plaza de Huamanga.

Todas las pasadas fechorías de don Antonio se habian aglomerado en el proceso. El alférez nada negaba i a toda acusacion contestaba: *Amen*, i si me han de desencuadernar el pescuezo por una, que me lo tuerzan por diez, lo mismo da, ni gano ni pierdo.

Para él la cuestion número era parvidad de materia.

El sacerdote habia entrado en la capilla i confesado al reo; pero, al darle la comunion, éste le arrebató la hostia i partió a correr, gritando:

—¡Iglesia me llamo! ¡Iglesia me llamo!

¿Quién podia atreverse a detener al que llevaba entre sus manos, enseñándola a la muchedumbre, la divina forma? Si el alférez habia cometido un sacrilejio, pensaba el relijioso pueblo, ¿no lo seria tambien hacer armas sobre quien traia consigo el pan eucarístico?

Ese hombre era, pues, sagrado. Se llamaba *Iglesia*.

Como era de práctica en los dominios del rei de España, cuando se iba a ajusticiar a un delincuente, todos los templos permanecian abiertos i las campanas tañian rogativas.

Don Antonio, seguido del pueblo, tomó asilo en el templo de Santa Clara, i arrodillándose ante el altar mayor, depositó en él la divina forma.

La justicia humana no alcanzaba entónces a los que se acojian al sagrado del templo. El alférez estaba salvo.

Noticioso el obispo de lo que acontecia, se dirijió a Santa Clara, resuelto a llenar el precepto que los cánones le imponian para con reos de sacrilejio, tal como el de don Antonio. La pena canónica era raparle la mano i pasarla por el fuego.

Cierto es que hacia mui pocos años que la Inquisicion se habia establecido en Lima i que ella podia reclamar al criminal. La extradicion, que no era lícita a los tribunales civiles, era una prerogativa del tribunal de la fé. Pero los inquisidores estaban por entónces harto ocupados con la organizacion del sagrado oficio en estos reinos i mal podian pensar en luchas de urisdiccion con el obispo de Huamanga.

Don Antonio pidió a Su Ilustrísima que lo oyese en confesion. Larga fué ésta; pero al fin, con jeneral asombro, se vió al obispo tomar de la mano al criminal, llevarlo a la portería del monasterio i luego, tras una breve i secreta plática con la abadesa, hacerlo entrar al convento, cerrando las puertas tras él.

Esto equivalia a guardar el lobo en el redil de las ovejas.

El escándalo tomaba de dia en dia mayores creces en el católico pueblo, i los fieles llegaron a murmurar acerca de la virtud de su pastor. Mas el buen obispo sonreia devotamente cuando sus familiares hacian llegar a sus oidos las hablillas del pueblo.

I así trascurrieron dos meses, hasta que llegó de Lima un enviado del virei con pliegos reservados para el obispo. Este tuvo una entrevista con el alférez, i al dia siguiente, con buena escolta, partió don Antonio para la capital del vireinato.

En Lima se le mantuvo por tres semanas preso entre las monjas bernardas de la Trinidad, i en el primer galeon que zarpó para España, marchó el camorrista alférez, bajo partida de rejistro.

III.

Entónces se hizo notorio que el alférez don Antonio de Erauzo era una mujer, a la que sus padres dieron el nombre de Catalina de Erauzo, i la historia llama la *monja-alférez*. Doña Catalina habia tomado el hábito de novicia, i estando para profesar, huyó del convento, vino a América, sentó plaza de soldado, alcanzó a alférez con título real, i en los disturbios de Potosí se hizo reconocer por capitan en uno de los bandos.

Como no ha sido nuestro propósito historiar la vida de la monja-alférez, sino narrar una de las orijinalísimas i poco conocidas aventuras, remitimos al lector que anhele conocer por completo los misterios de esa borrascosa existencia, a los varios libros que sobre ella corren impresos. Bástenos consignar que doña Catalina de Erauzo regresó de España, que cansada de aventuras ejerció el oficio de arriero en Veracruz, i que murió en un pueblo de Méjico, de mas de sesenta años de edad; que no abandonó el vestido de hombre i que no pecó nunca contra la castidad, bien que finjiéndose varon engatuzó, con carantoñas i chicoleos, a mas de tres doncellas, dándoles palabra de casamiento i poniendo tierra de por medio o llamándose andana en el lance de cumplir lo prometido.

RICARDO PALMA.

COLOMBIA.

(Correspondencia literaria para La Estrella de Chile.)

Bogotá, 25 de mayo de 1877.

Señor Director de La Estrella de Chile.

Plausible es la noticia que al recibo de esta carta llegará a Ud.: la guerra civil ha concluido en Colombia. Comenzada en 11 de julio de 1876, terminó en los últimos dias del mes de abril del presente año. Ya era tiempo. Ninguna de las muchas revoluciones que desde la época de la independencia han azotado este pais, ha causado tan profundos estragos, ni dejado tan terribles huellas, como la que se promovió últimamente a causa de la instruccion laica i de la enseñanza relijiosa.

Si el mal mas grande que puede sufrir una nacion es la guerra, ningun bien es comparable con la paz, que trae consigo el bienestar social, político i económico de un pueblo, i que hace que todos los individuos, cual mas, cual ménos, dejando a un lado los odios crueles de partido, coadyuven, segun su capacidad, conocimientos i tendencias, al desarrollo moral i material.

Por esto, todo corazon colombiano, toda persona amante del pais, ha recibido con júbilo la finalizacion de la guerra i el advenimiento de la paz, que, si no es un remedio inmediato a las calamidades que nos aflijen, es, al ménos, una esperanza para lo porvenir.

Bien comprenderá Ud. que, durante los diez meses de lucha, el público de esta capital ha mantenido su curiosidad i su espíritu con la lectura de los boletines de la guerra; ni podia ser de otro modo, toda vez que hasta la mas insignificante publicacion periódica que no fuera oficial, cesó al principiar la revolucion.

En paises mas ricos que éste, la guerra civil, por fuerte que sea, no causa una paralizacion tan completa en todo, como acon-

tece en el nuestro con la mas lijera revuelta. A esto contribuye, quizá no poco, el carácter belicoso de los colombianos, los que acojen presto cualquier grito de insurreccion i se sacrifican por la causa de sus simpatías i de sus convicciones con heroicidad estóica.

Durante la guerra que acaba de pasar, se han hecho algunas publicaciones oficiales, entre las que merece especial mencion un folleto del doctor don Cárlos Nicolas Rodriguez; el cual folleto solo comprende los dos primeros capítulos de la memoria que el mismo señor Rodriguez presentó al Congreso de este año en su calidad de secretario de lo Interior i Relaciones Exteriores.

Es notable la produccion citada, por el elevado estilo en que está escrita, por las justas apreciaciones que sobre la índole de los partidos contiene, por el tino, oportunidad i parcidad en las citas de documentos a que se refiere, i aun puede añadirse tambien que por el modo con que imparcialmente narra los acontecimientos históricos, lo que es bien difícil de cumplir cuando los hechos relatados son recientes i el narrador no solo está afiliado a una causa política cualquiera, sino que forma parte del mismo gobierno a que se ha hecho la guerra.

El buen criterio que el señor Rodriguez ha manifestado en esta vez, resalta en el siguiente párrafo, en que expone las causas bastante complejas de la revolucion.

"Desde luego han influido considerablemente en ella, dice, las que pudiéramos considerar como jenerales o mas bien permanentes, comunes a todas nuestras disenciones políticas, sea cual fuere la magnitud del movimiento revolucionario, la razon o pretexto que le sirva de bandera, el objeto que ostensiblemente se proponga i la parcialidad política que lo realice. Esas causas, bien conocidas de todos, son: la natural impaciencia de carácter nacional, la extrema ignorancia de las masas, las bastardas ambiciones de los caudillos, la falta de moralidad de los partidos, la miseria pública, que nos impele a buscar un cambio de fortuna en la conflagracion jeneral de los elementos sociales, i, sobre todo, la pésima educacion política de los pueblos hispano-americanos, que, en vez de inculcarles hábitos de órden, de sumision a la lei escrita, de obediencia a la autoridad, de amor al trabajo, de respeto al derecho ajeno, de tolerancia para con las opiniones, les ha inculcado hábitos de desórden, de amargura, de rebelion, de ociosidad, de violencia i de intolerancia."

Por el párrafo que dejo trascrito, echará Ud. de ver que no he andado lijero al afirmar la imparcialidad relativa del escrito del señor Rodriguez, considerándola únicamente desde el punto de vista social; puesto que en lo tocante a la cuestion político-relijiosa, íntimamente relacionada con la anterior, i desarrollada en el cuaderno, no omitiré opinion alguna, toda vez que no es para ser tratada en este lugar.

A la publicacion del señor Rodriguez, sigue, en órden cronológico de aparicion, la *Biografía del jeneral Julian Trujillo*, por el don José María Baraya.

Regularmente escrita, con precision i estilo claro, aun cuando con algunos lugares comunes, no es propiamente lo que puede llamarse una biografía completa, sino mas bien la relacion de los hechos mas notables de la vida del jeneral Trujillo, mui especialmente de los relacionados con la guerra civil que acaba de pasar, i en la que al señor Trujillo ha cabido tan gran parte, viniendo a ser el caudillo afortunado de las filas liberales.

Pudo el señor Baraya dar mas extension a su escrito, en la parte relativa a la mision diplomática confiada al jeneral Trujillo en 1870, como enviado extraordinario i ministro plenipotenciario en el Ecuador, cargo público que desempeñó con tal tino i acierto, que es uno de los que han dejado mejor puesto su nombre, i contribuido mas a levantar su reputacion.

Por lo demas, si el enlace de la narracion no es completo, merced a la rapidez con que fué escrita, o a los vacíos que dejó el señor Baraya, es mui de notarse la verdad i exactitud de los hechos contenidos en ella.

En los primeros dias de este mes, i ya bajo la benéfica influencia de la paz, se han anunciado al público, i puesto a la venta, dos obras salidas de las prensas del señor Ignacio Borda.

Es la primera la historia fidedigna de uno de los crímenes mas atroces que rejistran los anales de la policía de esta capital.

Hé aquí, en resúmen, el episodio:

Sagrario Moráles era una jóven de pequeña estatura, de abundante cabellera i de fisonomía agradable.

En edad temprana vínose de su pueblo natal a Bogotá, en donde, para ganar su vida, entró de sirvienta en casa del señor N.

Inocente i sencilla, con la buena fé de la inexperiencia, en breve dió oido a los requiebros de amor que un mancebo, empleado en la misma casa que ella, la dirijió. Su corazon entusiasta i bueno se consagró por completo al hombre que, con tiernas palabras i halagadoras promesas, la ofrecia un porvenir mejor.

Pasóse algun tiempo sin que nada viniese a turbar los ensueños de felicidad i de placer a que uno i otro se entregaron.

Pero esto no debia durar mucho.

Crisóstomo Gómez, el amante de Sagrario, era doblemente culpable en aquellas relaciones ilícitas: dos años hacia que se habia casado con una mujer llamada Bibiana Zetina, a la que entónces olvidaba para mantener su nueva pasion.

Un dia, en que Bibiana visitaba a una costurera, fué informada por ésta del amor que su marido profesaba a una jóven Sagrario i del modo cómo la última correspondia al primero.

El deseo de la venganza se despertó entónces en el alma de Bibiana como una necesidad ineludible de su mal carácter i como el resultado lójico de la perversidad de su corazon.

Intimó a su marido, le amenazó i en su desesperacion pretendió envenenarlo.

Aquél, sorprendido cuando ménos lo esperaba en sus relaciones amorosas, impotente para contrarrestar el enojo de su mujer, i acobardado hasta la humillacion por la tentativa de envenenamiento hecha en él, prometió a Bibiana olvidar en absoluto a la que inocentemente lo habia sacrificado todo por su amor, i separarse resueltamente de Sagrario.

Pero, ¡ah! este hombre perverso no solo debia pagar con ingratitud el amor de aquella infeliz muchacha.

Cobarde tanto como vicioso, débil i pusilánime como ninguno, es el miedo en Crisóstomo Gómez el sentimiento que mas le domina i que mas obra en su espíritu. Temeroso de que Sagrario manifieste ser él quien le ha regalado unas flores robadas de un almacen, i queriendo, probablemente, evitar en lo futuro las nuevas sospechas de su esposa, resuelve asesinar a su amante.

Da cuenta a su mujer i a otras tres amigas suyas de la idea que le ha ocurrido, i todas aplauden la resolucion i prometen secundar el proyecto.

Escojen como lugar a propósito una casa desocupada, situada en las afueras de la ciudad; i allí Crisóstomo, valiéndose de nuevas promesas de amor, i engañando una vez mas con su mentido afecto a la que incautamente se le entrega, crédula i confiada, la conduce al lugar del suplicio.

Una vez en la casa, prométela que van a vivir mucho tiempo juntos, que ya no se separarán, que la ama mas que nunca; i, con naturalidad, la dice se asome a la huerta a ver qué le parece.

Sagrario accede.

A este tiempo suenan las nueve de la noche.

Es la hora convenida.

Colocándose entónces Crisóstomo detras de su víctima, la echa de un golpe a tierra, i sujetándola fuertemente con las rodillas, llama en su auxilio a las tres harpías que, sedientas de sangre, aparecen como demonios salidos del infierno.

Sigue entónces la escena mas horrible de que puede tenerse idea.

Con la ferocidad de salvajes i con sentimientos de hiena, aquellos miserables, congregados para sacrificar a una infeliz mujer, se complacen en quitarle la vida poco a poco, dándole una muerte lenta i trabajosa.

La desdichada solo exhala una queja.

—¿Qué es esto, Crisóstomo, qué es esto? dice i calla, estremeciéndose de dolor.

Cuando aun no ha lanzado el último aliento, los verdugos do-

blan sus miembros sobre el tronco del cuerpo, depositan el cadáver en el fondo de un saco i arrojan éste en una acequia de las inmediaciones.

En seguida, todos cuatro, satisfechos de su obra, se encaminan hácia una tienda a tomar licor!

A narrar este triste hecho con lenguaje ameno i culto, exhibiendo al propio tiempo lo deforme del crímen ejecutado, i moralizando sobre los sucesos acaecidos, se concretó en esta vez la pluma de don Hermójenes Saravia, i justo es confesar que su trabajo, *Muerte de Sagrario Morales*, llena las cualidades arriba indicadas.

La segunda obra impresa en la tipografía del señor Borda, i de aparicion igualmente reciente, lleva el título de *Apuntes para la historia*. La guerra de 1876 i 1877. - Tomo primero.

Su autor, el doctor Constancio Franco V., ex-senador de la República, es una de las personas que en Bogotá se han dedicado con mas empeño al estudio de las cuestiones políticas, sin que esto impida el que para amenizar la aridez de esta materia, se consagre tambien, de vez en cuando, a la amena literatura.

Así, sus trabajos como escritor son jenerales; tan pronto le ven sus amigos ensayándose en escribir sobre política, como concluyendo a la lijera, un juguete cómico.

La lista de sus escritos publicados hasta la fecha, es la siguiente:

Ester, novela corta.
La República, folleto.
Teoría sobre los impuestos públicos, id.
Juicio sobre el art. 5.° de la Constitucion de 1863.
Artículos literarios i de costumbres.
Corona fúnebre de don Cornelio Manrique.
Moral filosófica.
Economía política.
La expiacion de una mujer, drama.
Contra soberbia humildad, pieza en un acto.

La nueva obra del señor Franco está escrita en estilo sencillo i adecuado al espíritu de la narracion; los bocetos que hace de los principales personajes que han figurado en la guerra, están delineados con bastante maestría i son de efecto las animadas descripciones de la batalla de los Chancos i la de Garrapata.

Es de desear la pronta aparicion del segundo tomo, el cual presentará igual si no mas interes que el primero; i para entónces me propongo informar a Ud. mas in-extenso de la citada publicacion.

Hablaré a Ud. tambien de un nuevo libro próximo a publicarse, i la aparicion del cual formará época en la historia de las letras colombianas.

Me refiero a una coleccion de poesías del distinguido vate

don Rafael Pombo, el que hasta ahora habia resistido las exijencias de sus amigos para publicar reunidas varias de las bellas composiciones con que ha engalanado los principales periódicos literarios de Bogotá, i muchos de los Estados Unidos del Norte.

El señor Pombo es el poeta lírico contemporáneo mas notable que tenemos entre nosotros.

Dulce, suave, armonioso, animado i brillante, todas sus composiciones encierran una idea hábilmente desarrollada i que revela la inspiracion i el jenio.

Conocedor de las literaturas inglesa, francesa, alemana i española, versadísimo en el manejo del idioma, i con grandes recursos de fraseolojía, desarrolla las concepciones de su musa poética con gran facilidad i con toda la belleza i arte que constituyen la primacía del verdadero poeta.

Desde 1856, en que se publicaron por primera vez sus versos titulados *Mi amor*, firmados con el seudónimo *Edda*, su reputacion se hizo sud-americana.

Debo a la fineza del señor Pombo el poder obsequiar en esta vez a los lectores de La Estrella de Chile, con una poesía orijinal e inédita de las que aparecerán en la susodicha coleccion. Héla aquí:

FACIEBAT.

¿Cómo podrá jamas satisfacerse
Vision divina con terrestre imájen?
¿Cómo podrá jamas alma de artista
En un despojo inerte recrearse?

Lo etéreo es inasible al signo tosco,
Ni en lo finito lo infinito cabe,
Ni casta flor del cielo abre en la tierra
Sin que a este aire letal muera al instante.

Cuando el querub es arrojado al mundo
Cual sonoro cristal roto se esparce;
Vuelve *algo* arriba; sueltas en el hombre
Se ajitan las demas excelsas partes.

¡Gloriosa fruicion, guardar viviendo
La integridad magnífica del ánjel;
I que alma i expansion todo fuese uno,
Amar, cantar, enardecerse, darse!

Libre ya de esta eterna incoincidencia
De lo ideal i el *medio* miserable;

¡Entre la santa música de adentro
I el son grosero que del labio sale!

¡Quimera en nuestros dias! .... Entre tanto
No imajineis Narcisos en el Arte.
Lo *hecho* es mediocre; es a lo sumo un puente
Del alma del autor al circunstante.

Allí no está ni el cielo ni el abismo,
Quedó la perla en su encantada madre.
Solo el insecto admírase en su obra.
Lo sublime, lo bello es lo inefable.

Réstame solo, para dar fin a esta carta, el participar a Ud. el viaje del ilustrado doctor Federico C. Aguilar, a esa República, en donde piensa radicarse.

El doctor Aguilar ocupa un puesto distinguido entre el clero de Colombia.

Si como sacerdote es de conducta ejemplar i severo en el cumplimiento de su ministerio, como hombre de ciencia i de conocimientos jenerales, pocos le aventajan.

Dedicado de preferencia a la enseñanza de la juventud i a la cátedra sagrada, muchos son los títulos que como profesor i orador sagrado se ha conquistado.

Durante su permanencia en el Ecuador, dirijió por tres años el Observatorio Astronómico i Metereolójico de Quito, i fué, constantemente, profesor del Seminario de la misma ciudad.

En Bogotá, ademas de sus tareas filosóficas i literarias, ha rejentado muchas clases en el colejio Seminario; i las de física, química, gramática, frances i otras en establecimientos particulares.

En 1870 publicó en Quito su libro *Curso elemental de elocuencia i poesía;* i en 1874 dió a la luz pública, en Bogotá, sus *Recuerdos de un viaje a Oriente*, obra enteramente clásica i que ha sido mui aplaudida por los conocimientos históricos i jeográficos que encierra.

Al estrechar la mano del amigo que se ausenta, nos es grato saber que va al pais que tan de sus simpatías ha sido siempre, i en el que, sus talentos i virtudes, serán justamente apreciados.

ISIDORO LAVERDE AMAYA.

VISION DE ELIAS.

La cabellera al viento, al viento el manto.
En la frente la nube del dolor,
Si bien serena el alma, el hombre santo,
Elias, el profeta, huye veloz.

I el monte i la llanura i el desierto
I el bosque i el torrente, huir lo ven.
¿A dónde, a dónde quedará a cubierto
Del sangriento furor de Jezabel?

Ora detiene el paso, i, un instante,
Receloso, quisiera descansar,
Ora mas lo apresura, i, jadeante,
Seguro no se ve en ningun lugar.

Del desierto en las pérfidas arenas
La montaña se alza del Horeb;
Allí va Elias a ocultar sus penas
En un antro de eterna lobreguez.

¿Es quizás de leones la guarida?
Mas, ¿qué importa? ¡Prefiere el infeliz
Entre fieras perder la triste vida
Que a manos de la reina sucumbir!

Allí invoca al Señor, i no es en vano,
Que el jemido del justo escucha Dios:
El Señor va a pasar; ya espera ufano
El profeta dulcísima vision.

¿Qué estrépito resuena, qué bramidos
El desierto estremecen? ¿ Veis volar
Las arenas, los árboles crecidos,
En las alas de horrífico huracan?

"¡Ese no es el Señor!" dice el profeta;
Mas un sordo rujido al simoún
Sucede, la montaña salta inquieta,
I tranquilo otra vez: "¡Ah, no eres tú,

"El Señor no eres tú!" repite Elias,
I el terremoto inmenso, destructor,
Las rocas volar hace, i sus sombrías
Cuevas dejar al animal feroz.

Al viento, al terremoto sigue luego,
Con su seco fragor, llama voraz,
Impetuoso torrente, mar de fuego,
Que deslumbran del sol la claridad.

"¡Tampoco es el Señor!" sereno exclama
El vidente inspirado; va a morir
Allá a lo léjos la sonante llama,
I todo queda silencioso al fin.

Se oye el blando jemir del aura leve
Que apénas mece el tallo de la flor:
Elias tiembla i hácia afuera mueve
Presuroso sus piés; se acerca Dios.

"¡Este sí es el Señor!" dice, i de hinojos
Cae i se cubre la turbada faz,
Que no del hombre los mortales ojos
Ver no pueden el rostro de Jehová.

El es, él es; le habla bondadoso:
Sabe Elias que Dios es su sosten.
¿A quién temer podrá? torna animoso,
Desafía el furor de Jezabel.

¡Impotente furor! que arrebatado
El profeta será en carro de luz;
Que sea por los perros devorado
El cuerpo de la impía hará Jehú.

¡Así, Señor, así, ven a mi alma,
No en fuego, en terremoto, en huracan;
Si no en soplo de amor, en dulce calma,
En tu brisa divina de piedad!

ESTÉVAN MUÑOZ DONOSO.

MISCELANEA.

EL CHISTE.

I.

La reputacion de bufo está hoi a la moda, i, sin embargo, me parece la ménos envidiable de las reputaciones.

Me gusta la seriedad en los hombres, i mas aun en las mujeres.

No obstante, a mi juicio, el carácter de la seriedad en ámbos sexos debe ser mui diferente.

La seriedad varonil debe ser grave; la femenil dulce.

La seriedad de la mujer significa, i debe llamarse, *dignidad;* en el hombre es simplemente *seriedad.*

Repito que no me gustan los hombres chistosos: por lucir una gracia, por hacer alarde de injenio, sacrificarán a su hermano i a su mejor amigo.

El chiste es siempre resbaladizo i peligroso; muchas veces es cruel: nada respeta, a todo se atreve, i por lo mismo prueba poca altura de sentimientos.

Pascal lo ha dicho: *palabras chistosas, mala alma;* i esta es una de las verdades terribles del gran pensador.

Pero si el chiste es desagradable i antipático cuando lo usa un hombre, no sabria expresar lo odioso que me parece en una mujer.

La prefiero sentimental, romántica; prefiero uno de esos figurines atrasados, del tiempo de los poetas melenudos i llorones; una de esas mujeres que se rodeaban el rostro de tirabuzones (propiamente dicho) i bebian vinagre para palidecer.

A lo ménos aquéllas lo amaban todo, todo lo lloraban, todo lo compadecian; i esa es la mision de la mujer, ya sienta con mesura, ya exajere la expresion de sus sentimientos.

El chiste lo materializa todo, i el tomar la vida por su lado material es odioso tratándose de nuestro sexo. La mujer debe vivir solo por el sentimiento i para el sentimiento: una mujer chistosa es una triste anomalía en su especie: mas simpática es a mis ojos, como he dicho ántes, la romántica, i mas lo es tambien la marisabidilla, porque ésta ama, como la otra, alguna cosa: ama el estudio i tiene la noble ambicion de poseer talento; pero las mujeres chistosas se inmolan a lo mas prosaico, a lo mas miserable de la tierra, sin mirar jamas al cielo, patria del alma.

II.

Yo amo a la mujer sonriente, pero me disgusta mucho riendo a carcajadas, porque la risa destemplada, brutal, por decirlo así, está siempre inspirada por el ridículo, es decir, por la muerte moral de alguno o quizá de muchos séres.

I ademas, ¿qué ternura puede existir en el corazon de una mujer que se burla de todo?

¿Qué hai para ella de sagrado, de noble e interesante?

La reputacion de chistosa es mortal para una jóven, porque se halla en completa oposicion con todas las leyes del pudor, de la dulzura i de la reserva.

El amor i la amistad huyen de ella asustados, porque el amor busca las almas que le ofrecen un nido de bellas i perfumadas flores, i la amistad no tiene la abnegacion que impide ver los defectos i que los perdona aunque los vea.

Reconveníase en cierta ocasion a una madre porque, en vez de moderar la excesiva sensibilidad de su hijo, la excitaba llevándole a socorrer a los pobres i a los enfermos i contándole historias tristes, i le decian que lo haria desgraciado afinando así las fibras mas delicadas de su alma.

—Prefiero, respondió aquella tierna madre, el que mi hijo sea bueno a que sea feliz.

Admirable respuesta, i que prueba el temple de alma de aquella mujer superior.

III.

Se oye algunas veces decir:

"¡Qué alegre i animada es la señora A. . o la señorita X...!"

Es decir, ¡qué burlona, qué franca en sus modales, qué propensa a la hilaridad, qué chistosa, en fin!

¡Libre Dios a las amigas de mi alma de semejante elojio!

¡Líbreos Dios de él, mis amadas lectoras! El pudor, la decencia, la cortesía, la amable i santa benevolencia tienen reglas fijas, e infrinjirlas es mui perjudicial i mui triste.

Ningun hombre valiente, jeneroso, dotado, en fin, de cualidades sérias, es chistoso.

Ninguna mujer suave, dulce, modesta, digna i bien educada, lo es tampoco.

Hai, sí, en algunas almas, una cierta alegría serena i pura que jamas ve negro en los horizontes de la vida, que mira cada cosa por su lado mejor i que no se deja abatir por las penas pequeñas i mezquinas; pero estas bellas almas están dotadas de una esperanza, de una resignacion, de una tranquilidad, de una dulce alegría que no excluye el sentimiento i que está mui léjos de la gro-

sera i vulgar alegría que produce el chiste. Yo he dicho en una *Plegaria a la Vírjen*, que acaso conocereis algunas de vosotras....

La vida es buena: si en el bien se emplea,
Resbala alegre en la modesta casa;
Risueña corre en la pajiza aldea,
Vuela feliz si en la opulencia pasa.
. . . . . .

Sí; la vida es buena para el que trabaja, para el que piensa, para el que ama, sobre todo; i el que se burla de cuanto conoce, ni ama, ni espera, ni es feliz, porque la burla deja en el alma un sabor amargo.

IV.

Triste tarea es buscar en todo el ridículo, que es como si dijéramos el padre del chiste: verdad es que hai gustos tan puros i tan nobles, que al instante le advierten; mas tambien la amable benevolencia de carácter trae la induljencia consigo i suaviza todo lo que es desagradable a los otros. El chiste, no solamente nota el ridículo, sino que lo busca donde no existe, i ridiculiza todo lo que hai de mas noble i mas santo en la tierra, sin que los espíritus celestes escapen siempre de su tijera envenenada.

Yo veo siempre al chiste envuelto en un vapor de sangre, porque sé que un chiste ha costado la vida a muchas personas i la felicidad a muchas familias.

Así, pues, mis amables lectoras, reprimid todo lo posible la propension que sintais a reiros de algunas cosas i a ridiculizar otras; respetadlo todo, excusadlo todo, admirad lo bello, que esto hace bien al alma, i cuando veais al mal, llorad en vez de reiros.

Solo una cosa ahoga el ridículo, la sangre; la persona de figura mas risible, si al entrar en un salon dispara un tiro al primero que vea se burla de él, adquiere en el instante la terrible majestad del crímen i de la venganza.

Un chiste puede traer un ridículo incurable, i por lo mismo puede causar la muerte de alguno.

¡Que vuestros puros labios no se manchen jamas con la risa burlona i con las chanzas atrevidas: todos los séres de la creacion merecen nuestro respeto, i el mas abyecto merece nuestra consideracion, nuestra simpatía, nuestra compasion siquiera!

El ridículo no está en lo que miran los burlones: existe, a mi ver, en su perversion interna; hai dolencias en el espíritu como en el cuerpo hai aberraciones; pero si provocan una sonrisa, no deben hacer que nos cebemos con malignidad en los que las padecen.

Sobre todo, jóvenes lectoras, a las que amo tanto, i cuya felici-

dad tanto me interesa, huid de la reputacion de chistosas; i si vuestro carácter es alegre, que sea el rayo del sol que todo lo embellezca i fecundice, i no el relámpago de cárdena luz que dé a los objetos tintas lívidas i sombrías.

LAS ARMAS DE LA MUJER.

I.

En la época belicosa que atravesamos; en esta época en que se inventan cañones, fusiles, pistolas, máquinas de batir ejércitos, medio de arrasar ciudades i todo jénero de instrumentos destructores de la humanidad, como si la vida fuese tan larga i tan exenta de peligros; en esta época guerrera i valerosa no parecerá extraño que yo haga tambien ostentacion de las armas de nuestro sexo, enumerándolas, elojiándolas i recomendando su uso constante para defensa de nuestros derechos i de nuestro bienestar.

Nuestras armas son numerosas i fuertes, tan fuertes, que, sabiéndolas esgrimir bien, i sobre todo a tiempo, el guerrero mas temible, mas audaz i mas fiero, depone su lanza, inclina la cabeza i pide gracia i misericordia.

¿Qué loca manía invade hoi las cabezas femeninas al querer dejar los privilejios del sexo débil, tan bien armado, tan seguro siempre de la victoria?

¿Por qué quieren ceñir el birrete de abogado o de doctor, dejando las blondas i las flores, que tan graciosamente coronan las blancas sienes de la mujer?

Con la blanda sumision, con la amorosa obediencia, abdican todo su poder i entregan las armas bellas que poseen.

Los hombres no las contarán como sus iguales: no es la ciencia i el estudio lo que da la enerjía del alma, la fuerza del carácter, i de poseer estas prendas, la mujer dejaria de serlo.

Yo no quiero parecerme en nada al sexo fuerte, i prefiero escudarme con la debilidad a tener la terrible responsabilidad de la fuerza.

Obedecer es mucho mejor, mas fácil i mas dulce que *mandar*.

II.

Pasemos revista a nuestras armas, ¡oh, mis lectoras! i la que haya olvidado las suyas, que las prepare i las tenga prontas para el combate.

La dulzura es el auxiliar mas poderoso para conquistar todo cuanto apetecemos: pues seamos dulces en todo, en el carácter, en las acciones, en la expresion del rostro, en las inflexiones de la voz, en la mirada i en la sonrisa.

Cuando un hombre se deja llevar por la cólera i se olvida de lo que se debe a sí mismo, una palabra dulce le desarma i una dulce mirada le avergüenza.

El contraste es la gran elocuencia i la gran leccion de la vida.

Una dulce sonrisa da las gracias con mas verdad que una arenga, i una dulce inflexion de voz alcanza mas que todas las instancias.

Todos los poetas han vestido sus canciones inmortales con el ropaje de la dulzura; ¿qué otra cosa si no su imájen son *La Cordelia*, de Shakespeare; *La Cossete*, de Víctor Hugo; *Mme. de Tecle*, de Feuillet, i *Corina*, de Mme. Staël?

La música, ¿nos encantaria si no hubiera en ella dulzura i sentimiento?

¿Amaríamos las flores a no ser por su dulce perfume i su suave belleza?

El grato ambiente de la primavera ¿no parece reanimarnos con su penetrante dulzura?

Sí; la dulzura es lo mas bello que se conoce i lo que ejerce un predominio mayor en nosotros, i con el manto de la dulzura se adorna todo lo que es inmortal; seamos dulces aunque tengamos razon para estar resentidas, i mostremos *sentimiento*, pero *cólera* jamas.

Julieta sedujo a Romeo por su inefable dulzura de carácter: así lo dice el poeta i así lo demuestra en la deliciosa escena de *¡Adios!* que los dos jóvenes tienen a la aurora del dia que los separa para siempre, i en la que la amada dice al amante, para retenerle mas, que no es la alondra la que canta, sino el ruiseñor que se deja oir entre las sombras de la noche.

Habrá quien comprenda i ame a la mujer fuerte i enérjica, i yo siento no ser de ese número para amar de otro modo nuevo a la mujer; mas aun cuando la voi a buscar para admirarla al campo del pasado i entre las pájinas de la historia, admiro mas a la mártir de las oscuras penas del hogar doméstico, que a las heroínas como Juana de Arco i la Monja-Alférez.

Bastantes hombres hai que derraman la sangre de sus semejantes.—A las mujeres toca no herir, sino rezar, amar i bendecir.

III.

La resignacion es otra de las armas mejores, i a la vez una de las santas coqueterías de la mujer.

No es la falta de sentimiento, es el sentimiento mismo, domado, suavizado, embellecido, por decirlo así, con la dulzura i la paciencia.

No hace mucho tiempo que reconvenia yo a un hombre de mérito que, casado con una bella jóven, hacia la corte a otra mujer no tan bella.

Hacíale yo notar que no ganaba en el cambio, i me respondió:

—Usted se engaña, amiga mia; gano, i mucho; mi mujer tiene un carácter insoportable, i en casa de esa persona descanso de oirla quejarse de todo; justamente esa otra no se queja de nada.

—Porque lo quiere a Ud. ménos.

—Pues desearia que mi mujer no me quisiera tanto, i seria mas feliz: cariño que se expresa mortificando no sirve para nada.

—¿Y no le remuerde a Ud. la conciencia de ser infiel a su mujer?

—Absolutamente; pasaria mui malos ratos si la viera resignada i triste, pero dulce; mas, ha tomado un camino que me absuelve; se enoja, se encoleriza, i me creo en paz con mi conciencia en atencion a lo que me hace sufrir.

—Si ella supiera que le era usted fiel, no estaria incomodada.

—Lo estaba lo mismo cuando yo lo era; lo ha estado siempre i siempre lo estará; así es que tanto me sirve obrar bien con ella como obrar mal, i no veo la razon de por qué no he de ser yo feliz haciéndome ella tan desdichado.

¡Cuánto hubiera ganado aquella pobre mujer por medio de la dulzura i de la resignacion!

No hai hombre de corazon tan duro que al ver sufrir a su esposa silenciosa i noblemente por sus extravíos, no se avergüence de ellos i no procure correjirlos.

La cólera exaspera al sexo fuerte; semejante al clarin del combate, convida a la batalla i hace desafiar todos los peligros.

La resignacion es una hija del cielo, tan hermosa, tan dulce, tan benéfica, que en el alma de la criatura mas aflijida, mas infeliz i mas perseguida derrama la tranquilidad i el bálsamo del consuelo: no hai pena que no dulcifique ni herida cuyos dolores no alivie.

IV.

Réstame hablar de la mas bella de nuestras armas: del puñalito con cabo incrustado de pedrería i delicadamente cincelado; del primoroso juguete cuyo resplandor atrae i seduce.

Esta es.... la coquetería.

¿Os asustais? No hai por qué: la coquetería no tiene nada que ver con el coquetismo.

Es sencillamente el deseo de agradar i el arte de conseguirlo.

La mujer necesita conservar la coquetería para su felicidad, porque la coquetería es una especie de conocimiento de su propio mérito que la induce a realzarlo en cuanto puede i a aumentarlo con mil graciosos e inocentes recursos: puede decirse que la coquetería es amable, puesto que se ocupa de complacer.

Entre una mujer que descuide su traje i su atavío i una mujer

vestida con coquetería, no hai que dudar cuál de las dos alcanzará mas victorias: no será la mas buena, sino la mas agradable.

Casi todos los maridos negarán una cosa justa, solicitada en nombre del derecho por su esposa, i no resistirán a la vista de un brazo blanco i torneado que se apoye en su hombro, en tanto que los labios piden por favor la misma cosa entre las lágrimas i una sonrisa.

¡Oh, las lágrimas! Las lágrimas a tiempo son otro de los auxiliares de la coquetería.

Pero las lágrimas vertidas dulcemente, i sobre todo sin amargura, aunque sea con sentimiento.

Ellas son las balas de que debemos servirnos para tomar las fortalezas mas inexpugnables.

La dulzura, la persuasion, la belleza, el llanto; i cuando nada de esto baste, la paciencia: hé aquí nuestros medios de conquista i nuestros recursos diplomáticos para alcanzar la felicidad en esta vida.

LA BENEVOLENCIA.

El ser buena es una ganga;
Para ser feliz ser buena.

LUIS EGUILAZ.
(*La Cruz del matrimonio.*)

I.

¡Oh vírjen celeste, suave, pura, amable, tan adorada i tan digna de serlo! ¡Oh dulce i modesta benevolencia! ¡Quién no te acojerá en su seno! ¡Quién no te dará un blando asilo en su alma! ¡Quién no querrá hacer de tí la compañera de su vida!

Bajo tu blanco velo se cobijan todos los desdichados, i tu grata sonrisa borra todos los defectos: en vano la intolerancia te muestra su torva i adusta faz; serena i apacible, tú le muestras tu tranquila mirada i grata sonrisa.

Puede decirse que tú haces mas bien que la caridad; porque ésta solo alivia las grandes desgracias, i tú endulzas las mil amarguras de la vida.

II.

No hai nada que mas se tema, i por consiguiente, que ménos se ame, que una persona excesivamente rigorista: un hombre de carácter duro e intratable inspira temor i se desea estar siempre léjos de él; pero si estos defectos recaen en una mujer, la hacen insoportable i causan su eterna desgracia.

Es natural suponer en la mujer un carácter dulce, apacible i

blando, un corazon tierno i sencillo i gran flexibilidad de voluntad; nadie se admira de que una mujer sea excesivamente tímida i dócil, pero a lo que nadie puede acostumbrarse es a ver a una mujer dura e intolerante.

La que se halle dotada de estos hirientes defectos no conocerá nunca la amistad, ni acaso el amor.

La benevolencia es la llave que abre todos los corazones, i parece tan natural en la mujer como el perfume en la flor. ¿No seria extraño que una bella rosa exhalase miasmas pútridos?

Tan extraña me parece una mujer intolerante i malévola.

¡Cuántas veces ha conquistado una amistad eterna una sola palabra induljente!

¡Cuántas el rencor ha caido deshecho como una nube de verano ante una dulce i confiada sonrisa! Hai pocas personas i pocas acciones que merezcan ser miradas con rigor i calificadas con dureza: aun en el fondo de los crímenes se ocultan casi siempre grandes i aterradoras desgracias.

Una de las reglas mas seguras de la buena educacion es no darse por ofendido en sociedad las ménos veces posible; el ofenderse, ademas de demostrar mal carácter, humilla al enojado; la verdadera dignidad hace imposible hasta el pensamiento de que se le falte, i quita la susceptibilidad ridícula, dejando la noble e inquebrantable fortaleza con que debe rechazarse siempre el verdadero insulto.

III.

Es imposible llevar nada en la vida con un rigor extremado, porque es imposible que los que nos rodean lleguen a la perfeccion que nosotros mismos no podemos alcanzar.

La tolerancia, la benevolencia, son necesarias no solo con la sociedad i con nuestros amigos, sino hasta con la propia familia.

Exijir que un hombre abrumado con los cuidados de la vida sea siempre afable e induljente, galante, cariñoso i lisonjero, es una utopia que nunca llegará a verdad, es una ilusion que jamas podrá verse realizada.

Nadie nace perfecto: el carácter tiene sus alternativas, como las tiene el corazon: como el mar tiene sus mareas, como el cielo sus nubes: toda persona que siente mucho es desigual, porque la variedad de sus impresiones se refleja en el exterior si no tiene gran dominio sobre sí misma.

La benevolencia es, pues, uno de los ejes sobre que jira la felicidad humana; cuando alguna accion desagrada, es necesario ponerse en el lugar del que nos ofendió, i preguntarnos:

¿Qué hubiera yo hecho en su caso? Con su educacion i en sus circunstancias especiales, ¿hubiera hecho otro tanto?

Este exámen de sí mismo trae, a no dudarlo, la induljencia.

A no haber mucha benevolencia, tampoco lograremos nunca tener amigos: es preciso tomar a las personas con sus defectos i sin la pretension de correjirlas: por el contrario, hai que excusar estos defectos por el recuerdo de las buenas cualidades: apénas habrá una persona que no sea apreciable por alguna sobresaliente i bella dote de corazon o de carácter.

Las personas mas intolerantes i mas ríjidas aprecian i admiran a las benévolas i corteses.

Hace poco tiempo oí yo decir a una persona que era mas que intolerante, maldiciente:

—El señor N ... es sumamente apreciable i tiene la mas distinguida educacion, porque jamas habla mal de nadie.

IV.

La murmuracion, ese vicio que tan arraigado se halla en la sociedad, i aun en los círculos mas elevados i escojidos, es enemiga mortal de la benevolencia, i la que hace alarde de ella demuestra, no solo malos sentimientos, sino tambien mala educacion.

El tocado, la figura, los modales, las costumbres de las personas a quienes tratan, ofrecen incesante pasto a la murmuracion de algunas mujeres, i no pocas veces me he preguntado yo si serán tan dichosas que la escasez de sus propios cuidados les haga pensar tanto en los ajenos.

Las que así viven, las que de eso se ocupan, deben tener un corazon mui seco, una cabeza mui vacía i una casa mui mal arreglada.

La felicidad i el buen órden de una familia exijen una atencion constante i grande cuidado.

¿Cómo pensará en lo que le concierne quien solo se ocupa de investigar i de censurar lo que hacen los demas?

Es de todo punto imposible combinar el deseo de saber i de criticar vidas ajenas con el cuidado de la propia.

La benevolencia trae consigo una dulce paz i una inefable quietud, porque no habiendo amargura en el alma, es segura la dicha.

¡Hacer bien! ¡Qué grata ocupacion!

¡Pensar bien! ¡Qué noble empleo de la intelijencia!

Disculpar, amar, consolar, ¡qué tres cosas tan dulces i tan fáciles!

Cuando nos creemos ofendidos, olas de amargura invaden el ánimo, i la sed de la venganza es como la túnica de Neso, que abrasaba al que la llevaba consigo.

Una mujer que adoraba a su marido fué, no solo olvidada de éste, que se aburrió de ella, sino perjudicada en sus intereses, casi arruinada por él.

—¿Por qué le sufres eso? le preguntaba un dia una amiga suya, indignada de verla soportar con paciencia uno de los ultrajes mas duros que puede sufrir una mujer.

—Porque le amé, respondió la pobre ofendida.

—¿I hoi le amas?

—Ya no.

—¿Por qué dejas que te arruine?

— Porque le amé.

— Si a lo ménos dijeras que aun le quieres, tendrias disculpa en tu debilidad.

—Pero mentiria: ya no le quiero; i no obstante, le quise tanto, que el recuerdo de aquel amor basta para que le perdone.

—Lo que tú buscas siempre es motivo para no acusarle.

—Es verdad.

—I cuando no encuentras motivo hallas pretextos.

—Tambien es cierto: i al obrar así, miro por mi tranquilidad: no me aconsejes la desesperacion negra, sombría i desolada: déjame para alivio la benevolencia, esa suave hija del cielo que cobija mi sueño con sus alas, que hace dulces lágrimas de los raudales de mi amargo llanto: siendo induljente i jenerosa soi ménos infeliz.

LA IMPACIENCIA.

I.

Dice no sé qué pensador profundo, que de casi todas nuestras desdichas, debemos pedir perdon al cielo.

Lo que quiere decir que, de todas nuestras desdichas, tenemos nosotros la culpa.

Esto parecerá aventurado i duro; i sin embargo, reflexionándolo bien, se ve que dicha afirmacion encierra una gran verdad.

Hai dos cosas que se pagan caras en el mundo, i que tienen su castigo próximo i cruel: la impaciencia i la necedad.

Muchas empresas han abortado por no tener un poco de paciencia. Hai quien lleva a cabo una grande obra, i acabándose su paciencia cuando llega a los últimos detalles, pierde todo cuanto en ella ha trabajado.

La perseverancia ha alcanzado triunfos increibles. Una persona de mui pocos alcances puede llegar, con la constancia, adonde no llega el mas luminoso i elevado talento, i es que por lo regular al gran talento va unida la carencia de perseverancia i de fé.

Por el contrario, una intelijencia limitada se reconoce incapaz de hacer grandes cosas, i se aplica con todas sus fuerzas a lo que emprende.

II.

Es mui comun en el mundo hacer juicios errados i equivocar lo que es consecuencia de altas cualidades del espíritu con defectos de carácter.

No hace mucho tiempo que oia yo a unas jóvenes quejarse de que su madre tenia tan mal jenio, i esto lo oia por la milésima vez.

Nunca habia querido discutir con aquellas personas, temiendo que acaso no comprendiesen lo que iba a decirles; mas, la acusacion esta vez me pareció mas injusta que otras, ya por la particular disposicion de mi ánimo, ya porque era mas claro el error de aquel aventurado juicio.

—Vuestra madre, dije, no tiene mal jenio, i vosotras la juzgais con injusticia.

—¿Pues no ves, me respondieron, cómo se enfada? ¿Nos podrás negar que su carácter es impaciente?

—Nó, porque lo es.

—I el ser impaciente, ¿no equivale a tener mal jenio?

—Es mui distinto; vuestra madre se impacienta, porque la herís, porque es excesivamente sensible, i porque la lastimais de contínuo. ¿No habeis reparado que la menor palabra vuestra la tranquiliza i la aplaca? Pues el carácter que se doblega así no es malo.

—¿Querrás decir que lo tiene dulce?

—Nó, lo tiene impaciente, i ese es un mal mas bien para ella que para vosotras. Vuestra madre siente con vehemencia i expresa con sinceridad: eso es todo.

—I nos hace a los demas completamente infelices con esas dotes.

—No sostendré lo contrario; pero lo que os hace infelices es la exajeracion de esas dotes, i, sobre todo, la impaciencia, que es su consecuencia inmediata.

En efecto; si aquella madre hubiera sabido reprimir la impaciencia, sus hijas la hubieran amado mucho mas i estimado mucho mas tambien de lo que la estimaban.

Hai personas mui pacientes i hasta mui apacibles; pero es porque no sienten. Todo lo miran con indiferencia, i aunque el mundo se desplome, si salvan su individualidad, no pasan pena alguna. Su semblante no se contrae jamas, la sonrisa no desaparece de sus labios, i se hallan siempre en una perfecta tranquilidad moral i material.

La impaciencia les es perfectamente desconocida, i es que, como nada les interesa, por nada se apresuran, pues, lo repito, miran ante todo por su individuo.

Estas personas pasan jeneralmente por mui buenas, mui bon-

dadosas, mui anjelicales, cuando no son mas que.... mui impasibles.

Si la paciencia fuese nuestra fiel e inseparable compañera, seríamos, a no dudar, mui dichosos, porque cuando no reside en el alma, ésta se halla amargada, sufre, se queja, i ve todas las sinrazones con cristal de aumento.

Por el contrario, la paciencia es un estado de perfecta quietud: el que sabe esperar i sufrir, lo sabe todo; i en cuanto a las mujeres, la paciencia es la mas adorable de las virtudes que pueden poseer.

III.

Oponiendo la paciencia a la injuria i a la sinrazon, se han conseguido grandes resultados: una mujer desdeñada de su marido, solo con la paciencia puede volver a conquistarle, porque la paciencia es la suave valla que impide romper los diques al decoro i que conserva la dignidad en el interior de la familia.

En tanto que media el respeto i la consideracion entre los esposos, no hai que temer que se derrumbe el edificio conyugal; pero la impaciencia de la mujer es lo que le hace muchas veces venirse al suelo; la impaciencia hace acudir a los labios las palabras descompuestas i duras, las injurias i los denuestos; la impaciencia acrece los defectos, i ve, como ya dije, con cristal de aumento las faltas mas leves i mas lijeras.

En muchas ocasiones la paciencia equivale a un rasgo de talento, porque vale mucho mas aparentar que se ignoran las faltas que impacientarse por ellas.

Mas, donde la impaciencia causa un daño horrible, es en la educacion de los hijos; la dignidad paternal i materna dependen, sobre todo, de la gran calma i serenidad del ánimo: el padre, i aun mas la madre, que se descompone delante de sus hijos, baja de su alto puesto, i dejándole, no puede exijir que los demas se lo conserven.

IV.

Si las mujeres no hallásemos en nuestra razon i en nuestro corazon bastantes motivos para obligarnos a tomar el partido de la dulzura i de la complacencia, deberíamos pedirlas a la habilidad: ésta nos enseñaria, en efecto, que la violencia puede imponer ciertos sacrificios, pero que el que los lleva a cabo se sustrae mas pronto o mas tarde a esta dura dominacion: la habilidad en defecto de la bondad nos impone la impaciencia i el disimulo de las contrariedades, i en las personas que saben discurrir, la habilidad inspira concesiones equivalentes a las que impone la abnegacion.

¡Qué grandes cosas ha producido la santa, la modesta paciencia! ¡Cuántas gloriosas empresas ha deshecho la falta de aquélla! Aun en las cosas mas triviales de la vida vemos muchas veces que la impaciencia es un daño mui grave.

—Este vestido no ha quedado bien, porque no he tenido paciencia para terminarle, dice una jóven avergonzada del mal efecto de su traje entre otros bien concluidos.

—Tenia tal impaciencia al ver que no venia mi modista, que no he querido salir, i he pasado una tarde aburridísima, añade otra.

—Es tanto lo que me impacientan mis criados, que estoi siempre mala, i ademas los cambio todos los dias, oí decir hace poco tiempo a una señora.

Está, pues, probado que la impaciencia, mas bien que hacer daño a la persona que la inspira, lo hace a la que la siente, i que debe dominarse como un azote de nuestra existencia.

La impaciencia aumenta todos los defectos de las personas que nos rodean, i léjos de hacernos amar, nos hace odiosos i temibles, porque no hai persona constantemente descompuesta e impaciente que inspire cariño, confianza i estimacion, ni a sus amigos ni aun a su propia familia.

CUALIDADES I DEFECTOS.

I.

Mis amadas lectoras—pues yo no me atrevo a hablar a los hombres acerca de mis opiniones—mis amadas lectoras, ¿no habeis notado alguna vez que hai personas insufribles en el trato íntimo, i a las que, sin embargo, la sociedad aclama como modelo de todas las virtudes?

Para que entendais lo que os pregunto, os voi a citar un ejemplo.

Conozco yo una madre i una hija en contínua i perfecta disidencia en el interior de su casa, apesar de juzgarlas todo el mundo, como vulgarmente se dice, unidas por el mas tierno afecto.

Así debia ser, i por eso se cree así: la madre es una señora jóven aun, de un talento mas que regular, de perfecta educacion, de trato dulce i agradable, distinguida i simpática a todos.

La hija es una creatura bella, modesta, afectuosa, de condicion amorosa, blanda i benévola naturalmente; todos sus hermanos han muerto, i ella ha llegado a ser el único amor i la sola compañía de su madre.

Yo oigo decir en tono suyo:

—¡Qué felices deben ser!

—¡Cuánto se aman!

—¡Esa jóven no se casará jamas por no separarse de su madre!

—¡Si esa madre perdiera a su hija, se moriria!

De todas estas opiniones, solo la última encierra acaso una verdad; es posible que si esta madre perdiese a su hija, sucumbiese al dolor de haberla perdido.

I sin embargo, es imposible imajinarse una vida mas amarga que la que llevan estas dos pobres mujeres, que no pueden sufrirse la una a la otra.

¿No os parece esto horrible, lectoras mias, sobre todo cuando sucede entre madre e hija?

Pues aun es mas horrible cuando extrema i contínua diversidad de opiniones tiene lugar en el matrimonio.

¡I la tiene tantas veces! tantas.... que causa espanto el saberlo i aun el adivinarlo.

No obstante, repito lo que dije al empezar; casi siempre estas personas insufribles para la vida íntima pasan por modelos de virtud i de moralidad entre las jentes que las tratan poco.

Demostrada la llaga, veamos si podemos adivinar lo que la ocasiona, i cuál es el remedio que la conviene.

II.

En mi pobre opinion de mujer, creo que para la vida interior o de familia, es mucho mejor tener un solo vicio que muchos defectos.

En primer lugar, un vicio puede curarse; una fuerte sacudida moral, una desgracia orijinada por ese mismo vicio, suelen ser el cauterio de la llaga; pero de los defectos nadie se cura jamas, pues casi siempre los creemos cualidades relevantes.

Refiriéndome de nuevo a la madre i a hija de quienes ya he hablado, puedo asegurar que las dos tienen la culpa del malestar en que viven i del completo i triste desacuerdo a que han llegado.

La madre quiere que su hija sea perfecta.

La hija quiere, a su vez, que su madre sea una madre modelo.

Cayendo en la manía comun, llama la madre a sus exijencias de perfeccion AMOR, i la hija las llama TIRANÍA.

Ambas carecen de la mas amable de las cualidades: de la que es el copito de algodon en rama, dulce, suave i blando, que iguala todas las sinuosidades del carácter i todos los lados salientes de las situaciones; carecen de benevolencia; han llegado a no entenderse, que es la mayor de las desgracias en la intimidad de la familia.

Esos dos pobres séres viven juntos, i está cada uno de ellos solo, ¡eternamente solo!

¡Dios mio! ¿Qué sacrificio puede parecer penoso si precave el

llegar a tan horrible estado? ¿I qué es un poco de tolerancia, comparada con las ventajas i la paz que trae consigo?

¡Prudencia, Justicia, Fortaleza i Templanza! ¡Adorables virtudes que el cielo ha señalado como cardinales i primeras! ¡Vosotras sois las cuatro fuertes columnas en las que descansa todo el edificio de la paz doméstica! ¡Vosotras dais la dicha i la paz al hogar, la calma a la conciencia i la tranquilidad al alma!

La prudencia calla i tolera los defectos ajenos pensando en los propios.

La justicia mide las circunstancias atenuantes de lo que da impulso a las acciones que a primera vista parecen culpables.

La fortaleza perdona las injurias despues de soportarlas con valor.

La templanza contiene los movimientos descompuestos de la ira i derrama un bálsamo exquisito en el alma herida.

¡Oh, nobles virtudes! ¡Sed siempre las santas compañeras de mi débil sexo! ¡Sed siempre los ánjeles guardadores de la mujer!

III.

No sé qué deplorable flaqueza nos impele siempre a ver en cada uno de nuestros defectos una cualidad.

Las personas mui mezquinas se creen *económicas* i *arregladas*.

Las dominantes se juzgan llenas de abnegacion hácia las otras.

Las oficiosas, *serviciales*.

Las aduladoras, *amables* i *cariñosas*.

Las despilfarradoras i manirotas, *jenerosas*.

Las maldicientes, *listas*, contoneándose mui huecas con esta idea:

"¡El que me la pegue a mí...."

He visto a un hombre mui cobarde i villanamente insultado, que, preguntado por un hermano suyo que por qué no pedia satisfacciones de aquella ofensa, contestó:

—Yo soi un hombre prudente que me debo a mis hijos: éstos me necesitan.

—¡Mas necesitan el honor que tú les quitas con tu cobardía! exclamó irritado su hermano.

Así, cegados los ojos de nuestra razon, en vez de combatir nuestros defectos como a enemigo, los acariciamos i cuidamos como a cualidades relevantes que nos ensalzan.

IV.

El motivo, el grande i triste motivo de que algunas personas mui elojiadas por todos i mui dignas de serlo, sean insoportables para la vida íntima, es la poca atencion que ponemos en estudiarnos cada uno, evitando todo lo que puede molestar a los demas;

es la falta de cuidado en correjir los defectos del carácter, esos defectos que hacen la vida mas amarga que un vicio por arraigado que esté: el ánsia de perfeccion ajena, que es lo que se llama intolerancia; el descuido de la propia; el egoismo; la murmuracion; la costumbre de exajerar i aun de mentir; el hábito de impacientarse por poca cosa; todo esto constituye un conjunto insoportable i que convierte en víctimas a los que viven en derredor nuestro.

Nada hai comparable a la dicha de la paz i de la alegría doméstica; el que se halla mal en su hogar, en vano será que vaya a buscar fuera la felicidad; no puede hallarla: por eso quiero que todos nuestros esfuerzos, lectoras mias, tiendan a conservarla, i que empleemos todas las delicadezas i todas las ternuras que nos son propias, para que reinen en el seno de la familia la dulce concordia, la grata avenencia, la hermosa unidad de las vuluntades i de los corazones.

María del Pilar SINUES.

DE GUARDIA.

NOVELA ALEMANA. (1)

I.

—¿A qué hora están citados los coches? le preguntaron a un lacayo vestido de gala que abria la portezuela de un carruaje.

—A la una, respondió aquél.

Las señoras que iban dentro i que habian hecho la pregunta, descendieron del coche, i con las cabezas ricamente ataviadas i envueltos sus trajes en un rico manto, subieron por la escalinata, cuyo lujoso tapiz se extendia hasta el pórtico del palacio.

(1) Berthold Auerbach, uno de los primeros novelistas alemanes, i que en la obra que hoi publicamos toma un rumbo distinto al que hasta ahora habia seguido en sus otras novelas, jeneralmente de carácter bucólico, como sus célebres *Cantos de la selva negra*, era natural de Nordstetten, donde nació en febrero de 1812, i oriundo de una familia judía —Murió el año pasado.

El gobernador de la fortaleza, el jeneral von Kronwaechter, daba aquella noche el primer baile de la temporada. Los primeros bailes de temporada tienen siempre algo de vivificador; son como las primeras lluvias de primavera; los rostros i los atavíos están todavía frescos.

La fachada del palacio estaba profusamente iluminada: en la calle ardian grandes antorchas, i dos empleados de policía conservaban distantes a los curiosos, a fin de que no obstruyeran la entrada a los invitados. Ante el vestíbulo hacian la guardia dos granaderos que, segun el rango del que entraba, saludaban o presentaban las armas.

Los coches se sucedian sin interrupcion. Muchos invitados llegaban a pié i casi todos de gran uniforme. Los jóvenes dejaban sus abrigos en el portal, i subian presurosos por la gran escalera, cubierta de tiestos de flores; delante de un magnífico espejo ordenaban un poco el traje, i con el casco bajo el brazo i erguido el cuerpo, penetraban en el salon.

En la primera sala, desde la cual se veian a derecha e izquierda los salones iluminados, estaba en pié el gobernador, hombre de elevada estatura, de magnífico aspecto i cabellera gris, cortada al uso militar. Brillaban en su pecho las insignias mas importantes. Saludaba a los recien llegados con exquisita amabilidad: tanto, que cada cual podria figurarse haber sido invitado especialmente, i que talvez era el único a quien se acojia bien. Diríase que el anciano caballero se sorprendia agradablemente cada vez que saludaba a los que llegaban. Pero habia, sin embargo, diferencias; a unos daba una mano, a otros las dos. Este hombre, que ordinariamente era mui frio, variaba completamente siempre que daba un baile, pues entónces no tenia límites su amabilidad. I no era esta por ficcion, sino un movimiento espontáneo, no contribuyendo poco a producirlo el estarle confiada la representacion de la autoridad i tener, por consiguiente, la obligacion de ser cortes.

Al lado del gobernador se encontraba su hija única, Gabriela, que recibia con todo el gusto i amabilidad que a su edad correspondian. Era su hermosura tan singular, que, de haberla conocido los griegos de la antigüedad, hubieran creado un tipo para ella sola. No consistia su belleza únicamente en su gallarda figura i flexible cuerpo, sino tambien en la firmeza de sus maneras, en la seguridad de su desenvoltura i en la naturalidad de sus movimientos, que unido todo al tono sencillo i confiado de sus palabras, la revestia de algo completamente nuevo i singular. Acaso influia bastante en todas estas particularidades su especial posicion en el pequeño círculo social en que se movia; círculo por su propia naturaleza militar, sometido a un órden severo i disciplinado.

Ademas, solo habian trascurrido dos inviernos desde que salió

del instituto de señoritas, i era éste el tercero en que hacia los honores de la casa. Mostraba erguida su hermosa cabeza, abundante en grandes rizos rubios que caian sobre su cuello de alabastro, i no llevaba adorno alguno; su traje era enteramente blanco i estaba adornado con ancha banda encarnada; los rítmicos movimientos de su cuerpo se acentuaban fácilmente en este sencillo traje.

—Señorita, ¿tendré el honor de que baileis conmigo? le preguntó un capitan de negra cabellera i ojos vivos i brillantes.

—Con mucho gusto; escribid vuestro nombre. ¿Quereis el cotillon?

Solo una mirada particular del jóven hubiera dejado adivinar que toda esta conversacion habia sido concertada de antemano. En la tarjeta que ella le ofrecia, escribió él únicamente "Hauenstein," pues todo el mundo sabia que ademas de ser primer oficial, era baron de aquel nombre.

Despues de hecha su inscripcion, se retiró Hauenstein del lado de la jóven. Un rayo fujitivo de luz cruzó por su rostro, que en un instante rebosó de alegría, tomando luego cierta expresion melancólica. Habia oido decir, al cruzar de una parte a otra, que por desgracia iba ser éste el último baile en que haria los honores la hermosa Gabriela, pues partia en el dia próximo a la corte, donde iba a ser dama de honor de la princesa reinante, en cuyo palacio era primera dama la condesa de Truben, hermana de su difunta madre.

Comenzó el baile. El salon ofrecia un magnífico aspecto. Era éste de la buena época del renacimiento, cubierta la techumbre de ricos i artísticos artesones i pintados los lienzos con asuntos mitolójicos. La música, oculta en una pieza contigua, daba señales de su presencia por las melodiosas notas que enviaba a los concurrentes.

Pasaba de largo Hauenstein al lado de las mas celebradas damas, que bullian como un enjambre de abejas, sin pensar para nada en su suerte. Ocultó la tarjeta de baile en su bolsillo. Todo para él estaba hecho i nada le quedaba por hacer. Corrió de uno a otro salon sin propósito alguno i deteniéndose ante ésta o la otro pintura, estatua u objeto de arte. Al fin se sentó en la sala redonda i comenzó a hojear un album que tenia a su alcance.

—¿Tan aburrido estais? le preguntaron.

Alzó la vista, e inmediatamente se incorporó para saludar al mayor de su rejimiento, diciéndole a continuacion que no tenia ganas de bailar aquella noche.

—Ah, sí. Me lo figuro fácilmente, respondió el mayor; lo he leido hoi en los periódicos. Es doloroso, inhumano. Aunque, francamente, era un revolucionario terrible; pero, con todo, tenia cierta nobleza, algo de distinguido. ¿No sabeis si viven todavía sus padres o si tiene hermanas?

—Solo una hermana, pero todo lo que de ella sé, es que vive en Francia.

—¿Os lo ha contado él?

—Sí.

—¿Creo que tambien queria marcharse a Francia?

—No me ha dicho nada sobre el particular, i yo solo le he hablado de lo que él mismo me referia.

El mayor apoyó la mano en la espalda de Hauenstein i dijo:

—No está bien tratar de los prisioneros ni aceptar ninguna clase de relaciones con ellos. El oficial que está de guardia está allí solamente para dar apoyo en caso necesario a los carceleros. Nosotros no tenemos que pensar en el material que allí se encierra; nos deben ser indiferente que sean municiones o personas. I ahora, vámonos al cuarto de fumar, que hai buen Madera.

Ambos subieron al piso superior, que ofrecia un aspecto bien distinto al de los salones inferiores. En la sala de billar, donde jugaban con gran animacion, habia varios grupos, algunos sentados cerca de las paredes, otros alrededor de varias mesas de tapete verde. El mayor invitó a Hauenstein a tomar asiento junto a una mesa donde estaban unos cuantos oficiales, i entre ellos el jefe de su rejimiento. Se habló de ascensos, de traslados, de los últimos ejercicios de tiro i tambien de aventuras amorosas.

—¡Ah, Hauenstein! dijo un oficial, ¿conocíais al polaco de quien hablan hoi los periódicos? Yo recuerdo que contábais de él....

—El mayor lo conocia tambien.

—Pero vos hicísteis la entrega, añadió el primero.

—¡Hola! dijo el coronel; ¿cómo fué? Contádnoslo con todos sus detalles.

Hauenstein empezó:

—Ya sabeis que el polaco—de 21 años a la sazon—habia tomado parte en la revolucion de la capital i que habia sido condenado por esto a prision. Tenia una hermosa voz; pero cantaba solo de noche cuando al principio no se le daba luz. Esta le fué concedida mas tarde por una intercesion que yo desconozco.

—Cierto, añadió el mayor; yo recibí la órden i tuve entónces ocasion de conocer al prisionero. Pero tened la bondad de continuar.

—Le estaba permitido, continuó, estudiar obras militares; estando yo un dia de guardia, entablé conversacion con él, i me encontré con una persona de mui buenas maneras; entusiasta, pero por desgracia mui extraviado en sus inquiebrantables ideas. Desistí bien pronto de persuadirle, pues, ademas de no ser mi oficio, no me sentia con fuerzas para ello. Me confesó sin rodeos que su intencion era estudiar en la soledad todo lo concerniente a un jeneral en jefe, pues estaba decidido a ponerse a la cabeza de los ejércitos revolucionarios cuando, lo que él llamaba libertad, le necesitase. Le supliqué que no me hablase del asunto, i me

suplicó de la manera mas amable que le dispensase. Le procuré tambien algunos papeles de música que él habia pedido varias veces. Experimentaba el prisionero un gran placer en leer la música. Por mas instancias que hizo, no le fué permitido un instrumento. La música, como terreno neutral para ámbos, era jeneralmente el objeto de nuestras discusiones i debates, pues sostenia que los alemanes i los italianos no sirven para la vida política, porque son demasiado músicos.

—¡Qué orijinal! dijo el coronel; pero continuad, porque me interesa muchísimo.

—De esta manera se estableció entre nosotros una verdadera amistad, hasta el punto de que una vez hubo de asegurarme que su agradecimiento era tan grande, que lo primero que haria al recobrar su libertad seria una visita a mi casa. No respondí nada; pero concebí el proyecto de no recibirle el dia que esto ocurriera. Durante las seis semanas últimas, contaba los dias que le faltaban de cautiverio, borrando una raya de las que representaban los dias que le faltaban para salir de la prision. Yo estaba de guardia en la ciudadela el dia en que el polaco debia recobrar su libertad. Me desperté a las cinco de la mañana, i ví al jefe de policía con dos desconocidos, que me entregó una órden del ministerio para que entregase el prisionero a aquellos dos hombres. No sabia lo que aquello podia significar; pero, sin saber por qué, la mision me fué dolorosa. Conduje los dos extraños al calabozo. Cuando el polaco los vió, me gritó con voz desgarradora: "¡Son mis verdugos! ¡I vos precisamente sois quien me pone en sus manos! Pero no os hago ningun reproche. Dispensadme." Me alejé, i los dos hombres extraños, acompañados de dos soldados con bayoneta calada, se llevaron a mi prisionero. No volvió la vista atras, i ...

Hauenstein se detuvo i respiró con dificultad; conocia que no era su conducta la de un militar, que ni en un baile i en amistosa compañía puede olvidar lo que le está prescrito. Reponiéndose, continuó:

—Lo demas ya lo sabeis por los periódicos. Tan pronto como llegó a las fronteras rusas, trató el prisionero de fugarse i su cuerpo fué hecho trizas.

—¡Qué lástima! añadió el mayor; tenia, como ya he dicho, una noble naturaleza, apesar....

—Señor Hauenstein, gritó un bastonero que entraba, la señorita de Kronwaechter os advierte que el cotillon empieza.

En el acto se levantó Hauenstein i bajó a la sala, donde tuvo la suerte de llegar al punto de hacerse los preparativos.

—¿Por qué no habeis bailado? le preguntó Gabriela.

—Descansaba para estar mas tranquilo ahora, dijo Hauenstein, reuniendo todas sus fuerzas, i comenzó a dirijir el cotillon con Gabriela.

No cabia ningun jénero de duda de que las figuras puestas por ellos habian sido ensayadas. Los señores de mas edad, sentados a lo largo del muro en anchas butacas, cuchicheaban entre sí i sostenian a porfía que Hauenstein era favorecido por la reina de la fiesta, i que aunque era de buena familia, su nobleza, sin embargo, no era mui antigua; decian tambien que seria él un loco si pensara, por las distinciones que esta noche recibia, llevar alguna vez al altar a la hija del gobernador. Una de las señoras, en cuyo rostro no se advertian los rasgos de su antigua belleza ni sus actuales deseos de ambicion, dijo, con una de esas indefinibles sonrisas de buen tono:

—Creo mui difícil que Gabriela pueda vivir largo tiempo en la corte i que aprenda a obedecer. Es mui difícil para una persona tan jóven subordinar su voluntad i someterse sin hacer ninguna clase de objeciones; i Gabriela ha sido dotada por la naturaleza de una enérjica voluntad, que talvez raya en la obcecacion.

Nadie la respondió.

Miéntras tanto la pareja no pensaba para nada en el porvenir i se contentaba con la felicidad del presente; mas, en una pausa, preguntó Gabriela a Hauenstein:

—Me parece adivinar algo doloroso en vuestra fisonomía. ¿Podeis decirme lo que os preocupa?

—Aquí nada. Ahora nada. Pero todo lo que puedo deciros es que no toca nada a mi persona.

—Entónces, olvidaos de ello.—Esto pareció agradar al jóven.

Las personas mayores que estaban en las salas de juego i de fumar habian bajado al salon de baile, i despues de haber observado bien todas las bellezas que allí habia, afirmaron unánimemente que era este baile una coleccion de escojidas beldades, i que entre todas la mas bella era Gabriela.

Correspondia a Hauenstein, por ser la última pareja, la dicha de dar el brazo a Gabriela para llevarla al *buffet*. Este estaba servido con el mismo gusto exquisito que en los demas salones se notaba. Hauenstein se sentó al lado de Gabriela. Esta le pidió que por un momento la disculpase, i poniendo su ramo de flores en la silla, le dijo:

—Como ama de casa, tengo que ver si todo está en órden. Se alejó, i Hauenstein permaneció mui pensativo, contemplando el ramo i el sitio que habia quedado vacío. En esto volvió Gabriela, i dijo:

—Teneis otra vez triste la cara. ¿No podeis decirme lo que os sucede?

—No es oportuno en este sitio. Estamos tan alegres, que nadie podia figurarse que pueda haber algo triste en la tierra. ¿I por qué hemos de hacer abstraccion de todas estas alegrías? Yo solo necesito mucha fuerza de voluntad. Mañana a las seis de la mañana entro de guardia en la ciudadela.

—¿Es eso tan desagradable?

—Nó.

—¿Entónces es otra cosa lo que os atormenta? Decídmelo sin rodeos: ¿puedo yo talvez disminuir vuestra tristeza? Si puedo, os suplico que me lo conteis; si no puedo, entónces, suplico que lo olvideis i dejadlo para otro dia.

—Nada podeis hacer, i nada tampoco puedo yo decir. Pero teneis razon: fuera tristezas. La vida es bella. Brindemos porque siempre encontremos la vida tan hermosa como ahora.

El baile tocaba a su fin. Los convidados se decian, miéntras se ponian sus abrigos, que pocas noches habian pasado tan agradablemente como aquélla, i al dar las gracias al gobernador i a su hija, se notaba que los cumplidos eran hechos sin ninguna afectacion. La alegría se excitó mucho, porque se le escapó decir a Gabriela que ella tambien conocia que pocas veces habia estado tan bonita como aquella noche.

Ninguna palabra mas se cambió entre Gabriela i Hauenstein, cuando éste se despidió. Unicamente, al alejarse, se llevó la mano a una flor que tenia puesta en su uniforme. Ella misma habia elejido aquella flor entre las de su ramo i se la habia dado.

—Hauenstein, le gritaron unos camaradas, ya en la calle, ven con nosotros, vamos al Casino. Nordeck ha perdido en una apuesta tres botellas de Madera. Ven.

Hauenstein se excusó diciendo que estaba cansado i que entraba de guardia a la mañana siguiente. Algunos le gritaron todavía:

—Mañana por la tarde iremos al cuerpo de guardia a jugar una partida de whist. Prepáranos un ponche.

II.

Era una fria i húmeda mañana de otoño al tiempo que Hauenstein i su compañía subian por la montaña, pues la ciudadela está sobre un monte en medio de la ciudad. Ni los muros ni las casamatas dejaban adivinar la gran extension de la meseta, ni las construcciones que en ellas se habian levantado. Allí vivian encerrados un gran número de presos, algunos por el duelo, pues esta verídica historia ocurrió en 1850; pero la mayor parte consistia en presos políticos. Desde esta altura se divisaba perfectamente la ciudad con todas sus fortalezas i las aldeas de los alrededores.

Hauenstein relevó la guardia con su compañía; hizo que le presentasen la lista de los prisioneros, i se detuvo largo tiempo al ver un nombre que estaba señalado; despues de un rato se dijo para sí:

—El mayor tiene razon; nosotros no tenemos que averiguar si lo que hai que guardar son hombres o municiones.

Como estaba bastante cansado, se acostó en cuanto hubo vi-

sitado las guardias. Ordenó al sarjento de guardia que no le despertasen i que dispusiera por sí mismo las órdenes necesarias.

Apénas se habia acostado cuando vinieron a despertarle. El carcelero estaba delante de él pidiéndole consejo.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha escapado algun prisionero?

—Nó; pero ya no sé qué hacer i he prometido a un preso llevaros a su prision.

—Yo no tengo nada que ver con él.

—Eso he dicho yo tambien; pero el hombre se ha entristecido tanto que creo debemos tranquilizarle. ¡Es tan amarga su suerte!

—¿Quién es?

—El núm. 5.

Hauenstein miró la lista. Era un antiguo pasante de abogado, natural de un pueblo vecino. Se vistió inmediatamente i fué al cuarto del prisionero.

—Señor oficial, gritó un hombre de encanecida barba, si no me socorreis, me vuelvo loco o me muero.

—¿Qué hai? ¿Qué sucede?

—He recibido una carta donde me anuncian que mi mujer se está muriendo. Sus últimas fuerzas las gasta llamándome. ¡Señor oficial, por lo último que me queda, por lo mas sagrado, por el respeto de mí mismo i de la verdad, yo os juro que estaré de vuelta ántes de las diez; dejadme salir i que lleve siquiera este consuelo a mi pobre mujer, que tanto ha sufrido ya!

—¿Sabeis lo que se me espera si os dejo marchar?

—Lo sé: i por eso os prometo por lo mas sagrado que me considereis como el mayor de los criminales si falto a mi promesa, i lo mas criminal seria daros motivo para que nunca jamas os fiaseis de la palabra de un hombre. Nó, yo no seré culpable de esto. Os suplico que me dejeis libre por algunas horas; contados serán los minutos que yo esté fuera. ¡Señor oficial, sois ahora mi dueño; pero tambien sois un hijo! Vos teneis madre, padre. ¿Veis aquel humo?.... Sí, allí. ¡Ah, si pudiéseis oir los gritos que desgarran allí mismo el pecho de una moribunda, de una esposa adorada! ¡Quiera Dios que no os veais nunca en semejante trance! ¡Esto es horrible! ¡Si algun dia conducís una mujer al altar, una sombra visible os conducirá! ¡Por Dios, pensad tan solo en que teneis corazon! ¡Os lo ruego, oidme, que una moribunda implora conmigo!

—Haré que se lo comuniquen inmediatamente al comandante.

—Seria demasiado tarde.

—Haré que una escolta os acompañe.

—Esto os venderia. ¡Oh, señor oficial, vos comprendeis mi triste situacion; tened el valor de creer en un hombre! Vuestra fé no será burlada. Un desesperado pide misericordia i con él una moribunda. ¡Dejadme salir por algunos instantes!

—Bien, sea. No gasteis vuestras fuerzas en palabras, que todas os son necesarias. Dadme la mano.

—Héla aquí. Cada promesa que yo pudiera hacer todavía sería un pecado. Mi mano os lo dice todo; i ahora, por Dios, ni un minuto mas; cada minuto puede ser el último.

El hombre fué puesto en libertad i Hauenstein se volvió al cuerpo de guardia. No se preocupó mas de lo ocurrido; era bastante militar para no atormentarse con el arrepentimiento de una cosa que estaba hecha. Habia obrado por un impulso momentáneo; la cosa estaba hecha i toda reflexion posterior era inútil. Trató de dormirse i tuvo bastante dificultad para conseguirlo; pero al fin vencieron la juventud i el cansancio.

Se despertó justamente al dar las diez.

—¿Ha vuelto el núm. 5? preguntó al ordenanza.

—Nó.

—Véte arriba i mira si viene por el camino. Vuelve en seguida.

El ordenanza salió i volvió en seguida, diciendo que no se veia nada.

—Vuelve otra vez i mira bien; yo voi en seguida.

Hauenstein se vistió inmediatamente i fué al puente levadizo; aunque tenia un anteojo de larga vista no pudo distinguir nada. ¡Pero sí, ya vió algo! Llegaban el coronel en su caballo blanco i tres ordenanzas detras. El viento de la noche batia de frente al rostro del oficial. Despues de una pausa, se dijo para sí:

—Llegó tu hora, Hauenstein.

El coronel se aproximaba cada vez mas; por último llegó al puente i le preguntó:

—¿Por qué estais aquí?

—Señor coronel, he cometido una falta.... i.... mui grande.

Con pocas palabras le contó lo que habia hecho.

—¿Cómo habeis podido cometer una falta tan grande? Ya sabeis lo que está mandado. Yo no puedo discurparla. Ya noté yo anoche que teneis alguna simpatía por ciertos criminales. ¡Pasad adelante! ¿No ois? Id delante, que yo os sigo.

Hauenstein llegó al cuerpo de guardia con la cabeza caida sobre el pecho; los soldados presentaron las armas, el coronel se apeó. Hauenstein fué relevado, i dentro, en el cuarto, tuvo que entregar la espada i fué arrestado, por cierto, en el mismo calabozo donde habia estado el polaco. Todavía se veian allí las rayas borradas en la pared.

Triste i pensativo penetró Hauenstein en la celda, i su primer pensamiento no fué para su propia desgracia, sino para Gabriela. ¡Cómo la destrozaria esto el corazon! Pero habia que soportarlo. ¡Qué diferencia entre el dia de hoi i el de ayer! ¿Cómo era posible que el hombre que habia hablado tan conmovido estuviese tan falto de fé? Pero los que con todo quieren concluir, ¿qué

puede importarles la suerte de un hombre? El hombre habia dicho: yo tomo sobre mí la culpa de que no creais a ningun hombre. ¡Ya lo creo! Esta culpa poco le puede pesar.... De repente se dijo a sí mismo: tú tambien eres un revolucionario; tú has faltado a la lei i te has alzado contra ella, porque te creias con derecho para violarla. Esto correrá por toda la guarnicion de boca en boca, i lo mejor que dirán de tí, será:—Lástima que Hauenstein esté arrestado. Era un buen soldado i tenia probabilidades de llegar a jeneral. Pero, francamente, tenia en su interior muchos puntos de contacto con los revolucionarios.

III.

A la misma hora en que Hauenstein habia sido encarcelado, reinaba en casa del gobernador esa satisfaccion especial que se alcanza en las mañanas que suceden a los bailes o fiestas que han tenido gran éxito. Excepto esta alegría, en nada se notaba el baile que habia tenido lugar la víspera, pues todo en la casa estaba ya perfectamente arreglado.

El comedor era cómodo en extremo i anunciaba el buen gusto que tenia la hija de la casa. En la chimenea ardia la leña, produciendo una llama clara i vivificadora, i sobre la mesa, en dos vasos mates de cristal veneciano, estaban dos ramos, sin duda de la víspera.

Cuando el padre hubo entrado, despues de ser saludado cariñosamente por Gabriela, ésta le dijo:

—Debes estar contento de lo bien que se ha pasado la noche. Yo creo a las personas que nos decian que aquellas horas habian trascurrido con la velocidad de un minuto. Pero, ¿qué tienes, que estás pensativo?

—Pienso que debias haberme dicho que ibas a bailar el cotillon con Hauenstein. Me chocó bastante, i como a mí, tambien a otros muchos. ¿Por qué hiciste eso?

—¿Por qué? Es el oficial de la guarnicion que mejor baila, i tú le consideras mucho. Tú me has dicho muchas veces que su padre era tu compañero de armas.

—Sí, todo eso es verdad, i no hai en ello nada que no esté bien; pero.... como ya te he dicho, es chocante.

—¿Chocante?

—Sí; tú eres mi bien, mi tesoro, i yo no soi un padre tirano. Solo quiero advertirte que tú sales ahora al mundo i que me seria mui doloroso que contrajeras compromisos de que mas tarde pudieses arrepentirte. Deseo que no des el menor pensamiento tuyo a ningun hombre, que reserves toda tu alma para aquel a quien hayas de pertenecer para siempre. Por tí misma quiero que hasta que conozcas bien el mundo i el mundo te conozca a tí, no des esperanza de nada a nadie. En este nadie, hija mia,

oye bien, en este nadie estás comprendida tú tambien. Comprendes lo que quiero decir, ¿no es verdad?

Gabriela se quedó silenciosa i el gobernador no insistió, sabiendo la obediencia con que seguia la menor órden suya.

El criado entró trayendo varias cartas en una bandeja. El gobernador cojió una i dijo:

—Es de tu tia. Tambien es para tí.

Pasó la carta a Gabriela, que la abrió inmediatamente i la leyó, miéntras que su padre leia a la lijera las que le iban dirijidas. Dejó luego los papeles a un lado i preguntó:

—¿Qué dice tu tia? Dime solamente lo que haya de particular.

—Dice, respondió Gabriela leyendo: "Tu retrato ha gustado mucho a la princesa: encuentra que te pareces mucho a tu madre. Desea leer una carta tuya para conocer así el retrato de tu carácter. Pero no tengo ninguna que le pueda enseñar. Escríbeme una carta que, siendo en apariencia para mí, no contenga nada que no sea interesante para la princesa."

—¿Qué escribiria yo? preguntó Gabriela.

—Descríbele el baile de ayer i muéstrate mui injénua. Esto es siempre lo mejor.

Miéntras el gobernador encendia un cigarro, fué anunciado un oficial de órdenes.

—Que entre.

Gabriela se alejó rápidamente. Un alférez entró i refirió en breves palabras lo que habia ocurrido.

—¿Como ha podido ser eso? dijo el gobernador para sí. ¿Cómo lo ha hecho? No tiene autoridad para hacer cosa semejante.

El alférez se guardaba mui bien de responder miéntras no se le preguntara directamente; el gobernador se dirijió a él i le dijo:

—Está bien. Podeis marchar: decid que voi en seguida. ¿Está arrestado?

—Hasta nueva órden.

El alférez salió en seguida i el gobernador mandó que le ensillasen su caballo.

El gobernador no titubeó mucho tiempo si debia o no contárselo a Gabriela; la mandó llamar i le dijo:

—El oficial Hauenstein ha faltado a la consigna de la manera mas extraordinaria. Va a ser juzgado por un consejo de guerra.

Contúvose de repente. Gabriela, sin vacilar, preguntó con voz firme:

—¿Qué ha hecho?

El gobernador se calló un momento i continuó luego:

—Será condenado a muerte, pero no se le fusilará.

—Entónces eso es lo que tenia i por eso estaba tan triste; ¿por qué decia que yo no podria servirle de nada? Debí de haber in-

sistido hasta que me lo hubiera dicho. ¿Cómo es posible que desgarren así nuestra existencia por nada?

El gobernador iba a decir: "Ya me figuraba yo que mis órdenes llegaban demasiado tarde;" pero se contuvo i dijo solamente:

—Ménos mal, Gabriela, que sea yo el único que ha oido de tí semejante cosa; espero que nunca mas te oiré hablar de esa manera. Tranquilízate con la idea de que todavía estás a tiempo para guardarte de cometer una falta.

—Pero si tú tambien le querias i le estimabas.

—No lo niego; pero ahora está perdido. Lástima. Es una suerte que no viva su padre. ¡Oh! ¡el mundo, el mundo; la juventud!

El gobernador montó a caballo i se dirijió a la ciudadela. Cuando subia la montaña vió un hombre que jadeante i levantando las manos corria hácia él. Detuvo su caballo i el hombre le gritó:

—¡Oh, qué felicidad que os encuentre, señor!

Era el preso libertado por Hauenstein. Contó cómo le habia dado la libertad, que habia prometido volver ántes que llegase la ronda; pero que no habia podido hacerlo porque cuando llegó encontró a su mujer en un profundo letargo, despues de haber estado tres dias sin cerrar los ojos, llamándole constantemente; una vez allí, se habia sentado en la cama i habia aguardado hora tras hora hasta llegar el momento de poderla hacer oir su voz; pero que no habia conseguido nada. La enferma despertó i murió en sus brazos. Rogó fervientemente para que no se hiciese nada al oficial cuyo corazon habia hecho hablar su dolor apesar del uniforme.—El gobernador solo contestó:

—Está bien. Marchad a la ciudadela.

Se volvió el gobernador i estuvo dudando largo tiempo si debia o no comunicar a Gabriela que el preso habia vuelto a la prision por su propia voluntad. Pero si iba a decírselo a Gabriela, pareceria que aprobaba sus relaciones. Por tanto, era mejor que sufriese, i ademas Hauenstein tenia que recibir un castigo, i quedaba considerado como sospechoso para todo el resto de su vida. Cuando llegó a su casa preguntó por Gabriela, i le dijeron que habia salido en coche.

—¿Dónde ha ido?

Le nombraron la aldea donde vivia la familia del prisionero. El caballo estaba aun ensillado, montó en él de nuevo, i corrió en pos de su hija, a la que encontró en la casa mortuoria al lado de la hija del preso. Gabriela le salió al encuentro i le gritó:

—El hombre ha cumplido su palabra i nuestro amigo será puesto en libertad.

El gobernador entró en el coche con Gabriela i la dijo:

—¿Cómo has podido, siendo hija mia, olvidarte de tí misma hasta el punto de venir aquí?

—¡Oh padre! precisamente porque tengo la dicha de que tú seas mi padre, precisamente porque creemos i vivimos en las relaciones mas estrechas, tenemos el deber de apoyar i compadecer a los extraviados.

El gobernador miró atónito a su hija; perecia que en aquel solo dia habia cambiado de jénero de vida. Al llegar a casa se encerró Gabriela en su cuarto i estuvo escribiendo todo el dia i casi toda la noche.

*
* *

Era de noche. En el palacio de los príncipes se sentaban a tomar el té. La princesa dijo:

—Querida condesa Truben, ¿no habeis recibido todavía carta de vuestra sobrina?

—Sí señora, replicó ésta, i la presentó la carta de Gabriela.

Al verla, dijo la princesa:

— ¿Es mui larga? ¿Querríais leérmela?

La condesa leyó la conmovedora carta de su sobrina sobre la muerte del jóven polaco i sobre el regreso a la prision del pasante de abogado; sin ninguna intencion presentaba en ella a Hauenstein en todo su esplendor. Todo en la carta era interesante, en particular la descripcion de la familia i de la casa, i de cómo el prisionero se habia separado del cadáver; estos puntos eran conmovedores. Hubo un párrafo que fué leido dos veces. Decia el párrafo: "He contemplado un mundo completamente extraño para mí. He visto jentes de una relijion diferente, a la cual llaman libertad política, i siempre dispuestas a toda clase de martirios. ¿No puede tenerse con ellas caridad i tolerancia? Tienen grandísima fé en su relijion. Cuando me hallaba al lado de la jóven cuyo padre está preso i la madre muerta, exclamé: ¡Bendiga Dios al que sentado en su trono puede perdonar i prodigar la gracia!"

Algunos dias despues se recibió la órden de gracia i fué el abogado indultado. Este se expatrió con su hija.

Hauenstein pasó algun tiempo en un castillo expiando su falta. Pero despues, con motivo de un asalto, reconquistó su honor militar i una brillantísima gloria.

La fé de los amantes concluyó al fin con todos los obstáculos i dificultades que se interpusieron en su camino.

Al tiempo que se verificaban las bodas de éstos, una carta del emigrado decia lo siguiente: "Por mí i por ella habeis hecho un grandísimo bien; su bendicion hará que todavía podais hacer en vuestra larga vida mucho bien a la humanidad."

BERTHOLD AUERBACH.

EL HIMNO DEL CIELO.

A VICENTE AGUIRRE VARGAS.

¡Cuántas veces, perdiendo la conciencia
De que transcurre el tiempo,
Sentimos una vida indefinible
Animar un momento nuestro cuerpo!

Miran sin ver, brillantes las pupilas,
Distante los objetos;
I, el alma indiferente, no distingue
Ni forma, ni color, ni movimiento.

Se parece a la vida de los niños
I a la niñez del viejo,
I, en el sueño tranquilo de la tierra,
Deben soñar así todos los muertos.

Después de ese intervalo sin carácter,
De vijilia ni sueño,
Vahido de la mente que enrarece
I hasta disuelve en sí los pensamientos;

Al volver a la vida, alguna lágrima
En mis ojos encuentro;
Lágrima que no llora, i que enjendraron
Quién sabe de qué mundo qué misterios.

¿Quién la dejó en mis ojos? ¿qué jemido
La arrancó de mi pecho?
¿Dónde fué mi alma, que volvió con lágrimas
Miéntras estaba yo de llanto ajeno?

Quizá, cuando las almas un instante
Abandonan el cuerpo,
Recojen esos llantos de los hombres
Que evapora el dolor en el silencio;

Los suspiros que el mundo no comprende
I que condensa el cielo,
Los ayes de expiacion que no se escuchan,
Los jemidos ahogados en secreto.

Ese mundo, que vaga por la tierra,
De amargo sentimiento;
Que piensan los felices que se pierde
Mas que no muere, porque Dios es bueno.

Todo vive: las lágrimas del mundo
Son el himno del cielo,
I, al concluir el festin de los dichosos,
Ese himno se alzará; todos lo oiremos.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

MAYO.

Durante el presente mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes obras:

SANTIAGO.

Apuntes de viaje a la Araucanía, por Ambrosio Letelier.—1 vol. de 82 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La República*.

Compendio de Historia Griega i Romana, por Victor Duruy, etc.—2 vols. de pájs. 230 i 306, en 8. °, 1877.—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio*.

Corona de la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo.—1 vol. de 28 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio*.

La Cueva del Loco Estaquio, por Zorobabel Rodriguez, 2.ª edicion.—1 vol. de 320 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Defensa del espiritismo moderno, por Alfredo N. Wallance, etc.—1 vol. de 126 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta *Moran*.

Distribucion de premios a los alumnos del Instituto Nacional, el 20 de mayo de 1877, hecha por el Presidente de la República.—1 vol. de 43 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Nacional*.

Estatutos de la Caja de Ahorros de la Escuela de Medicina.—4 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Estudios sobre el Código de Minería, por Clodomiro Mujica Valenzuela.—1 vol. de 139 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Santiago.*

El hombre moderno. Obra de educacion, por José Antonio Diaz. Hasta la 4. ª entrega del tomo 1. °, esto es, hasta la páj. 110, en 4. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Informe de la comision de Guerra i Marina sobre el proyecto de lei de navegacion. —1 vol. de 60 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Nacional.*

Lecciones de Ortografía Castellana, por Vargas Fontecilla.—1 vol. de 40 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Librería relijiosa i litúrjica. Catálogo.—1 vol. de 40 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

El Maná de los Escojidos, opúsculo por C. Arvisenet, traducido del frances al castellano por Rafael B. Gumucio.—1 vol. de 303 pájs. en 16. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Manual para los jueces de distrito i de subdelegacion, etc., por R. Vera, 3. ª edicion.—1 vol. de 264 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Memoria científica sobre las enfermedades del ganado i plan curativo.—1 vol. de 28 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Nacional.*

Memorias de un Ajente de Policía, novela inglesa.—1 vol. de 181 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Independiente.*

La Municipalidad de Santiago constituida en Banco de emision. Anuncio del verdadero Banco Nacional de Chile, por F. de P. Vicuña, 2. ª edicion, con notas.—1 vol. de 69 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta del *Correo.*

Novena en honor de la Inmaculada Concepcion de María, escrita por el presbítero don Alejandro Larrain.—1 vol. de pájs. 83-102, en 8. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Novenas: de la Purísima Concepcion, del Tránsito de Nuestra Señora i de San Pedro, por don Ramon Muñoz Andrade.—3 vols. de 16 pájs. cada uno, en 8. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Relaciones históricas, por B. Vicuña Mackenna.—La 1. ª entrega hasta la páj. 40, en 4. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Sociedad Filarmónica de Santiago. Memoria del directorio en mayo de 1877.—1 vol. de 12 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

De las vacunaciones en Chile. Memoria de prueba por Daniel Opazo Silva.—1 vol. de 20 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Nacional.*

Visitas a la Penitenciaría. Rasgos biográficos de Pancho Falcato, etc.—1 vol. de 32 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta *Schrebler.*

VALPARAISO.

British postal tariff, etc.—1 vol. de 13 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta del *Universo.*

Colejio Americano. Solemne reparticion de premios a sus alumnas, el 20 de mayo de 1877.—1 vol. de 14 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Patria.*

Der taugenichts von Valparaiso, etc.—1 vol. de 64 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Mercurio.*

Estatutos de la Compañía Victoria.—1 vol. de 15 pájs. en 4. ° mayor, 1877.—Imprenta del *Univerro.*

Memoria que el gobernador de Quillota, don Eduardo A. Zegers, presenta a la Municipalidad de aquella ciudad, etc.—1 vol. de 22 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta del *Universo.*

Reglamento interior para las escuelas públicas elementales de la provincia de Arauco.—1 vol. de 18 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Las Semanas de Athos i las cartas de un convencional, precedidas de un prólogo del señor Justo Arteaga Alemparte. Primera parte.—1 vol. de 305 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Mercurio.*

CHILLAN.

Estudios económicos sobre establecer un Banco de Estado, etc., por Juan J. Montenegro.—1 vol. de 36 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Discusion.*

NECROPOLIS.

1863.

"Umbræ ibant tenues simulacraque luce carentum."

(Virgilio.—*Geórgicas*, IV.)

Muchas veces, en mis largas noches de insomnio—digo mal—de ese medio sueño sutil i trasparente, que no hace mas que tender una lijera gasa sobre los objetos de la vida real, una idea triste i consoladora al mismo tiempo se apodera de mi imajinacion con implacable tenacidad. Luego, poco a poco, esa idea va tomando cuerpo, o a lo ménos una indeterminada apariencia de forma corpórea; esa forma, esa multitud de formas vagas mas bien, se va destacando cada vez mas sobre las tinieblas en figura de pálidos espectros.... La idea se hace vision, pero vision fantástica, llena de sombras alternadas con mústias claridades, a la manera de esas dudosas perspectivas que nos presentan en invierno, a las horas del crepúsculo, los prados cubiertos de opacas nieblas. Las colinas desiertas, los árboles deshojados, se vislumbran apénas entre los densos vapores: sus contornos se pierden como esfuminados en un fondo gris, manchado de trecho en trecho por otras sombras, inmóviles unas, otras pasajeras, todas igualmente indecisas. Luego empezamos a entrever confusamente en unas los objetos de la tierra, en otras las aves del cielo que hienden silenciosamente las alturas. ¡Espectáculo lleno de una indecible melancolía! Las tinieblas, con todo su horror, son ménos tristes que esa media luz surcada por misteriosas sombras.

I, sin embargo, en esa melancolía hai cierta dulzura: yo lo he experimentado muchas veces. Cuando, semejante a una pobre barca rota por la tempestad, el alma quebrantada fluctúa por la corriente de la vida sin acabar de hundirse en los abismos del dolor, mas profundos que los del mar, hai momentos en que se

le aparecen, como al marinero errante sobre las olas, no sé qué fujitivas imájenes de una felicidad ideal, de una dulzura infinita.... ¿Son recuerdos? ¿Son esperanzas que Dios envia? Por mas que luego, al perderlas, si son esperanzas, se agrave nuestra amargura; por mas que luego, al considerar la miseria presente, esos recuerdos, si lo son, nos destrocen las entrañas, ¡oh! benditos, benditos mil veces los recuerdos! ¡Benditas las esperanzas! ¡Benditos esos fugaces momentos de respiro que se llaman *las ilusiones!*....

Una de las que mas frecuentemente asaltan mi imajinacion i, lo confieso, de las que mas me ayudan a ir subiendo, sin desfallecer, el doloroso Calvario de tantas realidades aciagas, es figurarme que me encuentro en una ciudad poblada únicamente por los espíritus de todos aquellos a quienes he conocido en vida i con quienes me han unido lazos mas o ménos estrechos.... ¿Por los espíritus solo? Nó; ya lo he dicho: algo de su apariencia corpórea sobrevive en ellos i se me representa tambien de una manera confusa e inexplicable sin duda, pero evidente, a lo que llamaré mi *sentido interno*—a los ojos de mi alma—cuando creo cruzar con la fantasía, medio dormido, medio despierto, las largas calles de aquella misteriosa Necrópolis. Todos los muertos que circulan por ellas conservan una semejanza atenuada de las formas, de las actitudes mismas que tenian en la tierra: todos despiertan algun recuerdo en mi memoria, cuando no una herida en mi corazon. ¡Cuántos! cuántos hai! Espanta su número. Todas las edades, todas las condiciones de la vida han dado su contingente a la negra ciudad a que me figuro trasportado, no sé si tambien yo vivo o muerto; solo sé que mi presencia allí no parece causar ninguna extrañeza a los demas. Unos me miran i se sonrien afectuosamente; otros pasan de largo, sin reparar en mí, engolfados en sus reflexiones o en sus *diálogos silenciosos* con los otros muertos. Silenciosos, digo, porque en efecto se los ve hablar entre sí, se comprende lo que hablan i nada se oye. Ni el mas leve rumor turba la paz profunda de aquellos sitios.... Los niños vienen en tropel a besarme, interrumpiendo sus juegos infantiles, silenciosos tambien, ¡cosa triste! Sus semblantes son los mismos que en la vida, solo que mas dulces, mas serenos i mui pálidos, como si los viese a la luz de la luna: siempre son hermosas flores, pero flores marchitas; sus largas melenas les caen, como en otro tiempo, sobre los hombros, pero no en lustrosos rizos, amoroso afan, dulce orgullo de una madre o de una hermana mayor, sino destrenzadas, lacias ... No puedo ver a algunos de ellos sin que mis ojos se arrasen de lágrimas.

Estas pájinas están destinadas al público, i no tengo derecho para evocar en ellas recuerdos que solo para mí ofrecerian profundo interes. Paso, pues, por alto los mas preciosos encuentros que me ofrece ¡ai! a cada momento mi Necrópolis imajinaria; pe-

ro como otros podrán acaso interesar a mis lectores, quiero hoi hablarles de algunos de ellos.

Lo repito: espanta considerar el número de personas conocidas que desde los tiempos a que alcanza mi memoria, i eso que la nieve de la edad empieza apénas a blanquear mi cabello, han pasado de este oscuro misterio que llamamos *la vida*, a ese otro misterio, mas oscuro todavía, que se llama *la muerte*. Aun sin salir de España i del círculo relativamente mui reducido de aquéllas con quienes algun dia me unieron estrechas relaciones de amistad, calculo que con solo ellas pudiera constituirse una poblacion de las mas escojidas en todos los ramos del saber, en todos los privilejios de la virtud, el injenio, el valor, la hermosura, la nobleza de la sangre,—en todo. ¡Oh! i cómo sabe la muerte escojer sus víctimas! qué buen gusto tiene! cómo se lleva siempre lo mejor! Sibarita refinada, la juventud i la hermosura son su habitual regalado pasto. ¡Qué de mujeres jóvenes i hermosas he visto morir en la flor de su edad! Allí están todas, hermosas aun como en la vida; allí las veo cruzar lentamente una a una por entre las diáfanas alboledas, o reunidas en amables grupos fantásticos, tristes todas con sus recuerdos de la tierra. Transfiguradas por la muerte, solo queda ya de ellas lo que la mujer tiene de ánjel....

Donde mas abundan para mí los encuentros dolorosos es en la numerosa falanje de los poetas i los artistas que me han precedido en el camino del sepulcro. Entre ellos ¡cuántos nombres ilustres! ¡Cuántas brillantes carreras cortadas en su primer arranque! Aquellos tres que allí van juntos, departiendo gravemente sobre altas teorías filosóficas del arte i la literatura, son tres íntimos compañeros de mi primera juventud, Espronceda, Floran, Villalta, intelijencias de primer órden, tristemente apartadas de su verdadera vocacion por los azares de estos revueltos tiempos que nos han tocado en suerte a los hijos del siglo XIX. Nacidos bajo el apacible reinado de Fernando VI o de Cárlos III, España contaria tres glorias mas. De ellos, solo Espronceda ha dejado un gran nombre en las letras; pero siempre errante, libre de todo saludable freno, empeñado en todo linaje de aventuras, ni pudo hacer buenos estudios, ni purificar su gusto. Lista solia decir de él que su talento era como una plaza de toros, mui grande, pero lleno de canalla. Emigrado a los dieziseis años, primero en Portugal, luego en Inglaterra i Francia, su borrascosa vida durante aquella larga peregrinacion fué una novela, cuya accion capital forma el admirable episodio del singular poema *El Diablo Mundo*, que lleva el título de *Teresa*. ¡Pobre Teresa! Tambien su pálida sombra vaga ya por mi oscura Necrópolis, persiguiendo indignada al gallardo mancebo de ojos árabes i largos rizos de ébano que tanto la amó i tan desgraciada la hizo.... Para mí, Espronceda es siempre el *gallardo*

mancebo de los tiempos en que fué mi amigo; el Byron español, gran poeta i gran calavera como él, i como él tambien voluble Eneas de muchas Didos!...

Sacudiendo su larga cabellera de un color rubio amarillento, como la melena de un leon, alto, fornido, respirando fuerza por todos los poros, Villalta le va recitando estos deliciosos versos de una composicion *íntima* suya, nunca publicada que yo sepa, i cuya suavidad forma un extraño contraste con la vigorosa naturaleza del poeta: son la pintura de una mujer amada....

La estrecha cintura
Que engalana el cinto
Doblégase fácil,
Cual dobla el narciso
Su tallo flexible
Del aura al suspiro.

Villalta escribia con igual facilidad el ingles que el castellano. No todos sabrán que su excelente novela *El golpe en vago*, hoi casi olvidada con ser una de las mejores que tenemos, fué primitivamente escrita en aquella lengua para un librero de Lóndres, bajo eltítulo *The Dons of the last century*. Periodista incomparable, su su estilo i sus doctrinas recordaban mucho a Armando Carrel, de quien fué mui amigo. Compuso pocos pero buenos versos: los mas han quedado inéditos. Lo mismo los de Juan Eujenio Floran, marqués de Tabuérniga: poco escribió tambien, pero no los hai mas acabados en nuestro Parnaso moderno. Ahora recuerdo este soneto suyo *A una fuente*, digno de Garcilaso:

"Pura i undosa fuente que serena
Retratas en tu espejo cristalino
La erguida copa del arbusto pino
Cuando tu fondo con su sombra llena;

"Así corone cándida azucena
Tu márjen solitaria de contino,
I así, jamas rebaño peregrino
Enturbie tu raudal, huelle tu arena!

"Que me digas, te ruego, si mejora
En tu cristal mi rostro, que no fuera.
A ser tú fiel, tan cruda mi pastora."

Esto dice Mirtilo i considera
Su imájen en el agua; empero, llora
I el agua enturbia i su retrato altera.

He nombrado ántes a Lista, mi querido maestro, mejor diria mi segundo padre. Lo mismo que en la vida, véole siempre rodeado de jóvenes que fueron sus discípulos, presa temprana de la inexorable muerte, sedientos aun de beber en las puras fuentes de doctrina que emana de sus labios. Atraidos por la irresistible seduccion de su carácter anjelical i de su elocuencia de oro, se agrupan al rededor suyo los antiguos compañeros de su gloria, todos insignes en letras divinas i humanas: el gran Moratin, Terrencio español; su constante amigo Silvela, el gran Quintana, glorioso Tirteo de nuestra guerra de la Independencia; los doctísimos Torres Amat i P. La Canal; Reinoso, consumado jurista i dulce cantor de la *Inocencia perdida;* el amable Martinez de la Rosa, el sabio Clemencin, el matemático Vallejo, Gorostiza, Musso, Miñano, Hermosilla, Burgos, Tapia, Gallego, Gonzalez Arnao, Gutierrez, tan docto en ciencias físicas; Fernandez Navarrete, jeógrafo eminente; Mauri, tan esclarecido vate en frances como en castellano; Carvajal, feliz traductor de los *Salmos;* Escosura (don Jerónimo, Jil i Zárate, Aribau: ahora recientemente ha ido a reunirse con ellos nuestro mas célebre crítico moderno don Agustin Duran. Yo los conocí, i con mas o ménos intimidad los traté a todos; solo a Moratin le alcancé apénas, pues no mas que dos veces, durante el mes que precedió a su muerte, tuve el honor, siendo todavía mui muchacho, de besar la mano que escribió el *Sí de las niñas,* recuerdo que no se me borrará en la vida. Los mas fueron mis amigos, i el respetuoso afecto que les guardo, consignado está en libros que acaso han contribuido a difundir su fama por el mundo. A falta de otros títulos de gloria literaria, permítaseme recordar éste....

¿Quién es aquel anciano jeneral tan encorvado bajo el peso de los años, que se adelanta apoyado en un baston de mando i cuyo blanco uniforme de un corte anticuado traslada la imajinacion a principios de este siglo? Es el gran Castaños, el vencedor de Bailen. Al verle, mis labios murmuran involuntariamente estos versos de Lista:

¡A Castaños, victoria, i a la patria!
A los hijos valientes
Del alma Bétis gloria inmarcesible!...

A su lado va otro célebre guerrero, cuyo escabroso cráneo reluce todo acribillado de hondas cicatrices: es San Miguel, que supo ganar uno de los mas respetados nombres de nuestros tiempos,

Tomando ora la espada, ora la pluma.

Entre las numerosas sombras que siguen, como formándoles una corte a esos dos representantes de un período homérico,

distingo la del divino Argüelles, la del honrado Mendizabal (tiempo es ya de hacer justicia a aquel excelente hombre i buen ciudadano), la del intrépido Villacampa, las de Sancho i Bertran de Lis, patriota *de verdad;* la del íntegro ministro Lopez Ballesteros (don Lais); la de don Juan Grijalva, otro raro ejemplo de integridad; la del sabio naturalista i recto majistrado don Jacobo M. de Parga; la de don Juan Gualberto Gonzalez, consumado helenista; la del bizarro príncipe de Anglona; la del duque de Frias, buen prócer i buen poeta....

I tendiendo aun mas léjos la vista, todavía encuentro imájenes conocidas de hombres que ya pertenecen a la historia. Aquel anciano tan alto i tan derecho, cuya bondadosa fisonomía conserva rastros de una hermosura fatal para España, es don Manuel Godoi, príncipe de la Paz, gran *levantado* a quien yo conocí tan *caído!* Muchas veces, siendo yo estudiante en Paris, subimos juntos, él apoyado en mi brazo, no por debilidad, sino por benevolencia suya i respeto mio, las escaleras de un mui modesto piso tercero del *Marché Saint-Honoré*, núm. 32, mui conocido de todos los españoles de mi tiempo; i apénas podia yo creer que estaba viendo al mismo poderoso valido para quien un dia mandó Cárlos IV a sus *voceros:*

Que cedo a la rica Toledo se vayan
E aquella manceba garrida le trayan
Fija del Infante que Dios perdonó!....

En aquel modesto piso tercero vivia un anciano ya mas que octojenario, otra gran ruina, otro grande ejemplo tambien de las vicisitudes humanas, el venerable señor Arzobispo de Zaragoza, don Ramon de Arce, inquisidor jeneral i patriarca de España i de las Indias; i eran de oir los recuerdos que evocaban aquellos dos astros apagados de una corte que algun dia, si Dios quiere, pintaré con toda verdad, como algunas otras.... Yo los escuchaba como se lee una crónica. A veces venian a terciar en la conversacion sus contemporáneos los abates Melon, Agustin i Muriel, el canónigo Lanza, el célebre Orfila, el pintor Lacoma, don Manuel de la Prada, el opulento banquero Aguado,—pocos, porque ya quedaban pocos de aquel tiempo. Hoi no queda ninguno: ellos concluian su jornada, cuando yo empezaba la mia,—yo lleno de ilusiones, presa asegurada al espíritu de *error*,—ellos amaestrados por la experiencia, sabedores ya de la *verdad* en todas las cosas terrenas. ¡Oh miserable condicion de los hombres! Cuando empezamos a aprender la vida, nos coje la muerte.

Uno de los mas antiguos habitantes de mi tan poblada Necrópolis, es aquel apuesto conde de Campo-Alanje, muerto en la aurora de su florida juventud, durante nuestra última terrible guerra de sucesion. Llevado de sus nobles instintos de lealtad

caballeresca, fué a servir de voluntario desde el principio de la campaña, i lidió i murió como un héroe en el sangriento sitio de Bilbao. ¡Cuántos brillantes mancebos, esperanza de la patria, perdimos en aquellas lides fratricidas!.... triste ocasion de recordar las sentidas palabras de Pericles: "Nuestra juventud ha sucumbido en la batalla; el año ha perdido su primavera." Ya casi nadie se acuerda de tan crueles pérdidas como sufrió entónces el porvenir de España; pero yo, ¿cómo pudiera olvidar esa? No tuve en mi juventud amigo mas tierno que Campo-Alanje: sus últimos recuerdos, momentos ántes de exhalar su hermosa alma, fueron para mí. Juntos fundamos con Federico de Madrazo el *Artista*, para el cual escribió, entre otras cosas, los preciosos *Recuerdos del sitio de Amberes*. ¡Oh noble vida segada en flor! Oh malogrado amigo! Qué fecunda carrera te aguardaba en la escena del mundo! ¡Nunca se me aparece tu sombra querida sin que mis labios murmuren involuntariamente el *Tu Marcellus eris* de Virjilio.

¡Cuántos dolorosos recuerdos evoca para mí el nombre del conde de Campo-Alanje! ¡Cuántas nobles sombras de amigos comunes acompañan a la suya en mi Necrópolis! Allí vislumbro la melancólica imájen del gran compositor Gomis, muerto en Paris tan desgraciadamente; las hermosas figuras de Montes de Oca, los dos hermanos Fulgosio i Diego Leon, ilustres mártires de nuestras discordias civiles; la de un duque de Osuna, digno de este gran nombre; la de un excelente poeta, Bermudez de Castro (don José), asíduo redactor del *Artista*, i a cuya composicion titulada el *Dia de difuntos* igualan pocas en catellano; la de Castro i Orozco (don José), autor del *Siglo i el claustro;* la del otro jóven poeta Enrique Gil, muerto en tierra extraña; la de los dos hermanos Carnerero; la de Sor, la de Aguado, jenios músicos de primer órden, tan aplaudidos en toda Europa por su incomparable habilidad en un instrumento ingrato, i la tuya tambien, *diva* sin igual que Italia envidia a España, ¡oh sublime Malibran García!.... A tu lado, hermosa María, lo mismo que en el *gran mundo* de Paris, del que ámbas erais encanto, vislumbro la pálida sombra de tu elegante i discreta amiga la condesa de Merlin, perla de nuestra grande Antilla. Allí, en dias mas recientes, han ido a aumentar el doloroso tesoro de mis recuerdos Diego Alvear, modelo de caballeros i de ciudadanos útiles sin vano ruido, tan cariñoso para mí que nuestros comunes amigos le llamaban *mi madre;* Baralt, claro i profundo injenio; Perez Hernandez, sabio jurisconsulto; el incisivo polemista Lopez Pelegrin; Doncel i Valladares, poetas tan unidos que muchos los creian un solo poeta; los insignes bibliógrafos Gallardo, don Vicente Salvá i don Benito Maestre; el conde de Velle, don José María de Nocedal, el marques de Gaviria, el jeneral Mazarredo; mis antiguos compañeros Revilla i San Martin; Caveda i Seijas, jóvenes estos dos en

años, viejos en prudencia i doctrina; (1) los dos ilustres escritores andaluces Lafuente Alcántara i Jimenez Serrano; Manresa, casi un niño; el viejo actor Guzman, delicias de mi infancia; el jóven Ossorio, honra de nuestra escena, Lombía, Latorre i aquella inolvidable Concepcion Rodriguez, tan buena i discreta señora como eminente actriz.

Grave i mui lenta, doblada la frente bajo el peso de un infortunio tenaz, la pálida i doliente sombra de Salas i Quiroga vaga sola como si aun en la muerte le persiguiera un injusto desvío. No sé por qué le persiguió en vida: pocos hombres he conocido mas instruidos, mas laboriosos, ni mejores. Su mayor defecto era ser demasiado bueno. Exento personalmente de todo vicio, se mataba a trabajar para costear con el producto de su tarea los de sus pocos amigos. Tiempo hubo en que el *pobre Salas*, así le llamaban, sostuvo él solo con su pluma, en medio de las mas heróicas privaciones, a toda una falanje de amigos hambrientos; pero no todos le fueron ingratos. Un dia en que llegó a estar tan miserable i desesperado que quiso de una vez acabar con la vida ahorcándose, uno de ellos, a quien confió su loco proyecto i la repugnancia que sentia a la idea de ejecutarlo con su propia mano, se ofreció jenerosamente a ahorcarle.... de balde. ¡Y lo hubiera hecho!....

Las novelas de Salas i Quiroga, en especial el *Dios del siglo* i los *Habitantes de la luna*, me parecen excelentes pinturas de costumbres. Apesar de eso i de tantas circunstancias como recomendaban a aquel desgraciado, no recuerdo haber asistido jamas a entierro alguno ménos concurrido que el suyo. Miento: otro ví un dia pasar por la calle de Fuencarral, mas desamparado i solitario que aquél: un contraste casual hacia resaltar tristemente su desamparo. Precedíale un entierro magnífico a que asistia medio Madrid; era el del torero Bocanegra, muerto de resultas de una *cojida* en esta plaza: el otro que venia detras, sin un alma que le acompañase, era, a lo que oí, el del presbítero don Manuel Calleja, director del antiguo colejio de San Mateo!.... Es de advertir que con dificultad se citaria, de treinta años acá, un ministerio de que no haya formado parte algun alumno de aquel colejio célebre, plantel, con el *Real Seminario de Nobles*, fundado posteriormente, de nuestras primeras eminencias actuales en todos ramos. Pero vuelvo al entierro de Salas i Quiroga: fuera de algun pariente, otros dos amigos i yo, nada mas, dejamos en el cementerio de la Puerta de Toledo sus despojos mortales, en una huesa sin lápida, que muchas veces he buscado despues i no he podido encontrar. ¡Pobre Salas!....

¡Pobre Larra tambien! ¿Quién hubiera dicho al verle tan es-

(1) Seijas escribió notables artículos literarios en la *España*, bajo el seudónimo de *Alfeniquen del Algarbe*.

céptico, tan frio al parecer, con aquellas apariencias frívolas, tan dado a todas las elegancias de la vida, que la horrible locura del suicidio habia de encontrar en él una de sus víctimas? Aun me parece estarle viendo tendido en su despacho, atravesadas las sienes de un balazo, cuando prevenido a los pocos momentos de su trájico fin, acudí desalado a su casa de la calle de Santa Clara. Su fisonomía, mui expresiva, pero nada bella ni grandiosa cuando la animaba su sarcástica sonrisa habitual, parecia con la muerte revestida de una terrible majestad. El desesperado amor que en un momento de frenesí puso una pistola en su mano, quedó como estereotipado en aquellas facciones árabes. Despojados de su exajerado aliño de costumbre el cabello i la barba, pues ya he dicho que el moderno *Macías* era todo un elegante, no sé qué especie de sombría i siniestra hermosura se desarrolló de repente en aquella boca entreabierta como para lanzar una maldicion, en aquellos negros ojos fijos i que una mano piadosa no habia cerrado aun, en aquella frente llena de intelijencia, i que entre los descompuestos mechones de ébano que la rodeaban parecia enorme. Siempre se me representa así, como lo ví por última vez. Dos dias ántes discutíamos sosegadamente el plan de un drama que pensábamos escribir juntos. Este es el mundo; esta es la vida.

En Necrópolis está Donoso Cortés, uno de los pocos españoles modernos cuyo nombre es conocido en toda la Europa. La frente mui erguida, dando con su intencionada i algo arrogante actitud una especie de majestad a su exígua estatura, allí va perorando entre un numeroso grupo de admiradores de su fogosa, profunda i algo oscura dialéctica. Con ella levanta todas las cuestiones a alturas en que es difícil seguirle; pero su tersa palabra embelesa siempre como una música, i cuando se remonta a sus amadas lucubraciones teolójicas, se sonrien con afectuosa indulgencia las sombras de nuestros insignes políticos oradores, Calatrava, Zea Bermudez, Castro i Orozco, el conde de Toreno, Peña Aguayo, el conde de Ofalia, Garelli, i mas aun las de aquellos *verdaderos teólogos* i canonistas Castillo i Ayensa, Cabo Reluz i el gran Balmes, honra de la Iglesia española en este siglo.

Ménos propenso a la indulgencia, se indigna de sus aspiraciones médico-homeopáticas la severa sombra de Argumosa, moderno Hipócrates, gran carácter de otros tiempos.... Un lívido espectro le sigue de léjos, como esquivando sus miradas.—¿Por qué? En él reconozco, sin embargo, a su mejor amigo, Morales de Santistéban, entendimiento clarísimo, escritor castizo, docto en letras i en ciencias.... ¡Enigma impenetrable! Se comprende en rigor el suicidio de Larra; pero que un hombre colmado de todos los dones de la fortuna, que todo un filósofo (tal le juzgábamos) pusiese violento término a su vida, como el desgraciado Durana, hijo ilustre de Cádiz; como el duque de Sotomayor, co-

mo Paradela, como Arron, doloroso objeto de preciosas lágrimas, como tantos otros cuyas sombras amigas rodean la de Donoso, cosa es que anonada el espíritu. Recuerdo que la primera vez que ví el Vesubio, estaba todo cubierto de nieve: pocos dias ántes una furiosa erupcion habia despedazado i hecho dos veces mayor su antiguo cráter. Aun estaban todos aquellos contornos sembrados de ruinas: Torre del Greco no era mas que un monton de escombros humeantes. No sé por qué, la vista de tantos estragos me trajo a la imajinacion el recuerdo de aquellos incomprensibles suicidios; seria talvez que en aquella mortaja de nieve extendida sobre un volcan, ví un emblema de la filosofía, puesta como un inútil barniz sobre el corazon humano.

Apartadas de las otras, casi perdidas en una lóbrega lontananza, entreveo dos sombras.... ¡oh dolor! las reconozco mui bien. Son las de dos antiguos amigos mios mui desgraciados i mui queridos. ¿A qué recordar sus nombres? El uno, jeneral bizarro, expió con la vida, no ha mucho, una increible deslealtad: el otro, escritor elegante, hábil publicista, acaba de morir en Lóndres bajo el peso de una condena infamante. La justicia humana fué inexorable con ellos; por fortuna es de creer, es de esperar mas bien, que en esta vida i en la otra no rejirán los mismos códigos....

No ménos que las letras i las ciencias, que la política i las armas, las bellas artes, hijas del cielo, están noblemente representadas en Necrópolis por numerosas imájenes de personas mui queridas para mí. En su centro descuella la patriarcal figura del que fué,—ya hoi nadie le niega esta justicia,—el restaurador de los estudios artísticos en España, don José de Madrazo, tronco venerable de una raza privilejiada en todas las dotes del injenio. Madrazo es entre los pintores lo que Lista entre los literatos: ámbos representan, en su mas alta expresion, la influencia poderosa del buen ejemplo unido al buen consejo. A su lado están los ilustres ancianos, gloria como él, del arte moderno,—los escultores Alvarez i Solá, los pintores Lopez i Ribera; detras va un largo séquito de sombras cuya juvenil apariencia está realzada por no sé qué alta elegancia en las actitudes. Unas recuerdan vagamente los frisos medio borrados de Partenon, otras los airosos personajes del Veronés. Son los discípulos de aquellos ilustres maestros, jóvenes cuya lucida carrera vino a cortar en sus principios la implacable muerte;—entre ellos veo a otro escultor, Alvarez, hijo digno de tal padre; al fecundo Villaamil, a Alenza, nuevo Goya; a Utrera, a Sainz, en quien se fundaban tantas esperanzas.....

.....

Basta ya de tristes recuerdos, i perdóneme el lector si le he cansado. De los jóvenes, sobre todo, reclamo induljencia, considerando que esos recuerdos son ya para mí mas de la mitad de

la vida: aun no saben ellos que llega un dia en que todos vivimos mas en lo pasado que en lo presente. . . Despues de haber perdido tales hombres, solo en el círculo de mis amigos españoles—(i habiendo vivido largos años fuera de España, natural es que cuente tambien entre mis recuerdos fúnebres bastantes nombres extranjeros),—¿qué mucho que algunas veces este mundo me parezca un desierto, i que la ideal rejion en que los veo reunidos,—la Necrópolis de mis sueños,—se me lleve tras sí poderosamente el alma i la voluntad? No puedo ocultarlo; mi corazon, como un cementerio, está lleno de muertos. Yo bien sé que todo pasa, que la naturaleza fecunda trasforma i renueva todas las cosas, i que no hai para ella lutos eternos. Yo bien sé que a esas glorias eclipsadas, que yo lamento, porque las he conocido i amado, otras han sucedido, están sucediendo i sucederán aun, acaso mayores; pero esto mismo me parece un motivo mas de grave tristeza, un motivo mas sobre todo para cultivar con vehemente amor el culto de los recuerdos. No hai culto mas sagrado. Respetémosle: seamos benévolos hasta con sus extravíos. Se dirá talvez que me exajero el valor de los hombres de mi tiempo: es mas que posible. El *laudator temporis acti* de Horacio será siempre verdad; siempre lo pasado, solo por serlo, tendrá para los hombres no sé qué inefable prestijio. Hasta las antiguas amarguras tienen su encanto: *¡Dulce como el recuerdo de las pasadas tristezas!* dice Ossian. Lo pasado es un sepulcro, i ante un sepulcro ¿quién no se inclina reverente i pensativo? ¡Paz a todo lo que ya no existe! Tal es la lei de amor. Lo mismo las cosas que los hombres, cualquiera que sea el juicio que nos inspiren, *para algo* han pasado por esta tierra, por la que nada pasa en vano. La muerte es una misteriosa investidura que en cierta manera lo purifica i lo engrandece,—no me atrevo a decir que lo santifica todo.

EPILOGO.

1867

"E come i gru van cantando lor lai,
Facendo in aer di se lunga riga;
Cosi vid'io venir traendo guai
Ombre portate dalla detta briga. . . ."

(Dante.—*Infierno*, V.)

Cuatro años hace, no mas, que brotaron espontáneamente de mi corazon estas amargas pájinas en un momento de inspiracion melancólica, como brota de los ojos en las grandes penas un raudal de lágrimas, i en este poco tiempo, ¡oh dolor! cuántos, cuán-

tos conocidos nombres hai que añadir a la fúnebre estadística de mi *Necrópolis* imajinaria! ¡Cuántos nuevos amigos cuento en ella!.... Ya no caben en la negra ciudad de mis primeros ensueños; ya necesito añadirle para ellos extensos arrabales, destinados ¡ai! a ser prcnto estrechos para el incesante aumento de su poblacion silenciosa. A bandadas, como las aves que nos pinta el Dante, van llegando allí las sombras de los que aquí entre nosotros, hace pocos años, hace un mes, ayer mismo, se ajitaban, padecian, eran felices, brillaban como luminosos meteoros, o pasaron talvez sin dejar rastro alguno de lo que fué su vida mortal. Estos son los mas dichosos: la paz del sepulcro empezó para ellos en esta dura tierra,—tan dura para el hombre, que no seria posible, creo yo, encontrar en toda ella, si se compulsaran bien los anales del mundo, un solo palmo de su superficie que no haya sido algun dia regado con llanto o sangre.

Tendiendo los ojos de mi alma a uno de esos nuevos arrabales de *Necrópolis*, recientemente poblados, me encuentro lo primero, en un sitio con apariencias de plaza pública, especie de foro romano, con un grupo, todo de sombras queridas i tan ilustres en todo linaje de públicos merecimientos, que su pérdida, nunca bastante llorada, ha dejado en nuestra España irreparables vacíos. Allí está el insigne orador don Antonio Alcalá Galiano, la elocuencia misma personificada en todo lo que tiene de seductor i de bello, con haberlo sido él tan poco en su rostro i apostura, no obstante el gran carácter de benevolencia, de rectitud i de talento, verdadera belleza del alma, mui superior a la del cuerpo, que iluminaba su frente como una aureola. Galiano era, en efecto, no solo la elocuencia, sino la bondad misma. Alguna vez se cebó en él, no diré la calumnia, pues ni él dió ocasion para ello, ni ella se atrevió a tanto; pero sí la maledicencia estúpida, como cuando le motejó de bebedor con exceso, no siéndolo ni mucho ménos; pero en cambio fué unánime toda su vida la merecida opinion que tuvo de leal i probo. En la rara virtud del *desinteres* fué tan extremado, que casi me atreveré a decir que la llevó al exceso: testimonio es de ello la estrechez de recursos mui conocida (solo por eso hablo de ella) en que le cojió la muerte, siendo ministro de la Corona, —doble ejecutoria de nobleza i timbre honroso para los que hoi llevan su apellido, apellido que ilustrarán siempre ademas los recuerdos que naturalmente despierta del glorioso desastre de Trafalgar.

A su lado descuella la enhiesta i grave figura de otro grande hombre de bien i repúblico eminente, don Pedro José Pidal, marques de este título. Vigoroso justador en las no siempre pacíficas ideas de la prensa i la tribuna, verdadero Alcides parlamentario, su pujante palabra era una irresistible maza, siempre esgrimida con lealtad i con una conviccion sincera, confesadas aun por sus mismos adversarios: de aquí sin duda gran parte de

su fuerza. El hombre, en Pidal, valia tanto como el orador.—España le debió muchas i sabias leyes administrativas, si bien impregnadas de un excesivo espíritu centralizador, a la francesa: los amigos del municipio i de la vida provincial, tan vigorosa todavía en nuestro pais, no se lo perdonan. Departiendo va amigablemente sobre estas i otras cuestiones de gobierno, por las que riñeron en vida tan grandes batallas, con el insigne jurisconsulto, como él, como él tambien ministro varias veces i embajador en Roma, don Joaquin Francisco Pacheco.—Talvez no es la *política* lo que los absorbe en la misteriosa plática en que me figuro verlos engolfados, sino la *literatura* i el *arte* que tantas veces los absorbian tambien en vida con preferencia a aquélla: hombres políticos por la fuerza de las circunstancias, ámbos eran literatos por vocacion. ¿No es cosa de meditar que los mas ilustres hombres de Estado hayan sido en todos tiempos, señaladamente en nuestro pais i en Italia, ilustres hombres de letras?...

Compañeros en la Academia Española, ¡con qué mezcla de dolor i de alegría debieron, hace poco mas de un año, ver llegar a su *ciudad de los muertos* al amigo a quien tanto quisieron en vida, al poeta de imperecedero nombre en nuestro parnaso contemporáneo, a Ventura de la Vega, en fin, clarísimo injenio lírico i dramático que los siglos XVI i XVII, que el siglo de Augusto mas bien, podrian reclamar como suyo; ¡tal era la pureza clásica de sus composiciones! No conozco ni creo que exista en literatura alguna, comedia mas perfecta que *El Hombre de mundo*. Gran pérdida ¡oh Ventura! experimentaron con tu muerte las letras españolas, i no menor los que fuimos tus amigos de toda la vida, casi tus hermanos, que fraternal era en verdad el cariño que nos profesábamos. ¿I qué mucho? tú eras la delicia de nuestras reuniones, solo completas cuando tú las amenizabas con *tus cosas*, ya proverbiales en Madrid, rasgos siempre imprevistos de tu carácter constantemente igual, induljente i placentero: tú eras ademas el juez mas seguro i el mas acabado modelo para nuestros estudios literarios. Desde el colejio nos enseñó Lista que no habia gusto mas exquisito que el tuyo en literatura. (1)

¡Galiano, Pidal, Pacheco, Ventura de la Vega!.... La Academia Española, que tanto se ufanaba, con razon, de contar en el catálogo de sus individuos vuestros preclaros nombres, todavía cuenta dos mas, dignos de ir unidos a ellos, en la nueva *Necrópolis*. Es uno el de su último director don Anjel Saavedra, duque de Rivas, soldado, poeta, historiador, hombre de Estado, i sobre todo, una de las mas simpáticas i orijinales figuras que han cruzado por nuestra grande escena del mundo durante todo lo que

(1) En los *Recuerdos* de aquel ilustre maestro, que publiqué en mi obrita titulada *París, Lóndres i Madrid* (páj. 519) digo que "en punto a gala i pureza en la dicion, Lista le ponia encima de todos sus jóvenes compañeros i al nivel de nuestros antiguos clásicos."

va de siglo; es el otro el de un excelente poeta satírico i escritor amenísimo, el gaditano don José Joaquin de Mora. Su volúmen de *Leyendas españolas*, impreso la primera vez en Lóndres, es una joya, en mi sentir. Lo mismo pensaba un juez mucho mas competente que yo, don Juan Nicasio Gallego, puedo decirlo con seguridad, pues recuerdo mui bien, como recordarán otros muchos, que frecuentemente citaba con elojio versos de Mora, a modo de adajios, i en particular estos dos del delicioso poema *Don Opas:*

"Eran nuestros abuelos mui redondos,
Para entender de empréstitos i fondos."

Los mas de los grupos que por allí circulan, efecto sin duda de una natural aficion a la vida del foro, son de *hombres políticos*, antiguos ministros, algunos llegados en época anterior a la que abarca este *Epílogo*, pero en que reparo ahora por primera vez. Allí están los fogosos tribunos don Joaquin María Lopez i el conde de las Navas, el brigadier Portillo, que murió tan desgraciadamente; el anciano jeneral Figueras, digno de su hermoso título de marques de la Constancia; el conde de Santa Olalla, Domenech, Calderon de la Barca, Pastor Diaz, poeta-filósofo a mas de hombre político; Calderon Collantes, el sabio jeneral Zarco del Valle, don Pedro La Hoz, hábil director de una *Esperanza*, a la que consagró con noble entereza el último tercio de su vida; Calvo Asensio, firme sustentador de mui contrarias ideas, i, para concluir, aquel tan pundonoroso almirante Pareja, que en un rapto de verdadera *locura patriótica* no pudo sobrevivir a lo que consideró una mengua para su pabellon. A su lado forman doloroso cortejo las víctimas de nuestra reciente expedicion al Pacífico: entre ellas distingo a los malogrados profesores Amor, Isern, jóvenes en quienes fundaba la ciencia tantas esperanzas; al desgraciado guardia-marina Godinez, casi un niño: otros hai a quienes no conozco.... ¡Respeto i amor a su memoria! Murieron sirviendo a la patria.

Historiador dilijente, despues de haber brillado como escritor satírico i de costumbres bajo la popular denominacion de *Frai Jerundio*, don Modesto Lafuente va andando mui despacio por una densa arboleda, cual si aun allí conservara su antigua aficion al campo i a la caza; triste, cabizbajo i como agobiado aun por la larga i penosa enfermedad que le llevó al sepulcro. No va solo en su paseo por aquellos sitios apartados, que solo buscan sin duda las sombras de los que, o mui desengañados de todo o mui amigos de la naturaleza, huyen el tropel de las otras sombras, como huian en vida el tropel i bullicio de las jentes. Allí van con preferencia los filósofos, los artistas, los poetas,—todos los que el mundo envolvia, cuando andaban por él, en la denominacion de *jente algo rara*....

No va solo, repito, el moderno historiador de España; ántes apoya sus trémulos pasos en el brazo de un amigo relativamente jóven, mui blanco, de color algo encendido, de ojos mui vivos i saltones, es don Antonio Flores, el festivo cuanto profundo autor de *Ayer, hoi i mañana* i de tantas otras felicísimas pinturas de la antigua i nueva sociedad española. No léjos distingo al malogrado pintor Manzano, al jóven Hispaleto, a Isidoro Jil, al compositor Iradier, tan conocido en España como en Paris i Lóndres por sus canciones populares; caprichos de la moda, deidad a cuyo imperio no se sustrae ni aun el divino arte de la música.

A esta idea de la música, un doloroso recuerdo se despierta en mí: pienso en aquel tan amable i elegante crítico musical de la *España*, don Eduardo Velaz de Medrano, luego vizconde de Azpa, i una honda tristeza embarga mi espíritu. Allí, allí descansa tambien ese antiguo compañero de mis tareas periodísticas, a quien tanto quise. Con ojos húmedos de llanto le busco entre las mustias sombras, i pronto su vaga i dulce mirada se cruza con la mia: una sonrisa resignada entreabre sus labios, miéntras mueve tristemente la cabeza, haciéndome una señal de intelijencia, como si quisiera significarme que aun allí conserva vivos sus afectos de la tierra. ¡Oh amigo sin ventura! Cuando nos vimos en Florencia por última vez, en ocasion ¡ai! bien dolorosa para mí,—recuerdo que no se me borrará nunca i que tú conservas tambien sin duda en tu segunda *vida*,—a fé, a fé que nadie hubiera podido figurarse que tú me ibas a preceder en esas fúnebres rejiones, tú mas jóven que yo, viajero entónces por placer i por amor a las artes, alegre, feliz,—i yo tan abatido entónces, doliente aun i destrozada el alma por un dolor sin ejemplo!.....

.....

Junto a Velaz de Medrano va otro de nuestros antiguos compañeros en la redaccion de la *España*, don Eduardo Gonzalez Pedroso, de quien, si escribiera en tiempos de mas fé, me atreveria a decir que murió *en olor de santidad*. Un celestial amor i una grande obra literaria, desgraciadamente no terminada, llenaron de serenidad i dulzura los últimos años de su vida, a despecho de los mas crueles padecimientos físicos. ¡Abismo del corazon! Ninguna de las realidades de esta vida habia llenado completamente el suyo durante una juventud algo borrascosa;—nunca Eduardo Pedroso, favorecido de la suerte por tantos títulos, se habia sentido feliz,—i lo fué de lleno cuando inflamado en santo ardor por escribir dignamente la *Vida de Santa Teresa de Jesus*, se dió todo entero a este trabajo, solo interrumpido por piadosos ejercicios.

No acaban aquí, ni acabarian, aun cuando añadiese muchas pájinas a éstas, los tristes recuerdos que me asaltan a cada paso en la negra ciudad; pero es fuerza poner término a un recuento que acaso fatigará al lector, no a mí, que tantas veces le hago i

seguiré haciéndole para mí solo. Con el ilustre capitan jeneral de nuestra armada don Francisco Armero i Peñaranda; con don Pedro Colon, duque de Veragua, i don Joaquin Barroeta Aldamar, de agudo injenio el primero, campeon decidido el segundo de los intereses vascongados; con don Serafin Estébanez Calderon, cuya reciente pérdida lamentan las letras humanas en que fué tan docto, se cierra por hoi la lista de los amigos que cuento en *Necrópolis.—Por hoi*, digo; mañana ¿quién sabe cuantos mas contaré? ¿quién sabe sí, mas bien, habré ido a reunirme con ellos?...

EUJENIO DE OCHOA.

MANOS VIVAS I MANOS MUERTAS.

(A MI QUERIDO AMIGO FRANCISCO CONCHA CASTILLO.)

I.

Soberano Señor: Yo, Perico de los Palotes, con el mayor respeto a Vuestra Soberanía suplico se digne otorgarme licencia para adquirir bienes i conservar los que adquiera. – Es gracia, etc.

EL PRESIDENTE.—En discusion la solicitud a que se acaba de dar lectura.

UN DIPUTADO.—Pero ¡Señor Presidente! Vuestra Señoría está mas loco que el que suscribe la solicitud que acabamos de oir. ¿De modo que Vuestra Señoría sería mui capaz de poner mañana mui seriamente en discusion una solicitud en que a ese mismo buen señor se le ocurriera pedir licencia para respirar aire i comer pan? .... Señor Presidente, ¡esa solicitud es una burla!

***

Soberano Señor: Yo, Juan de las Viñas, con el mayor respeto a Vuestra Soberanía suplico se digne otorgarme licencia para adquirir bienes i conservar los que adquiera. – Es gracia, etc.

EL PRESIDENTE.—En discusion....

UN DIPUTADO.—Me opongo formalmente a que se acceda a esa solicitud. El solicitante no viste de paño sino de jerga; ha come-

tido el crímen de raparse la cabeza e irse a vivir en compañía de otros individuos en una misma casa; por último, i para decirlo todo de una vez, Señor Presidente.... tiene muertas las manos. *(Sensacion.)*

.....

.....

El Presidente.—Denegada la solicitud de don Juan de las Viñas hasta tanto que resuciten sus manos.

*
* *

Soberano Señor: Yo, la *Casa de Talleres de San Vicente de Paul*, ante Vuestra Soberanía respetuosamente digo que tengo asilado un centenar de niños huérfanos, a quienes doi habitacion, vestido, alimento i educacion, i como no tengo noticia de que se haya descubierto aun el procedimiento de dar habitacion i educacion sin tener dónde darlas, i dar vestido i pan sin tener con qué comprarlos, a Vuestra Soberanía suplico se digne concederme la licencia necesaria para adquirir i conservar los bienes que para los fines indicados necesito. Es gracia, etc.

Un diputado.—La solicitud que la Cámara acaba de oir es de todo punto inadmisible. La *Casa de Talleres de San Vicente de Paul* tiene las manos muertas.

.....

.....

El Presidente.—Denegada la solicitud.

*
* *

Soberano Señor: Yo .·. la .·. loj. .·. de .·. tal parte, que reuno con mas o ménos frecuencia a mis miembros para hacer algunas muzarañas, que finalizan con una copa de champaña, i que para cuando valga i pueda yo algo mas de lo que al presente valgo i puedo, me propongo no dejar títere con cabeza...., etc., etc., a Vuestra Soberanía suplico se sirva otorgarme licencia para adquirir bienes i conservarlos indefinidamente. Es justicia, etc.

.....

.....

El Presidente.—Como se pide, en atencion a tener vivas las manos la solicitante.

II.

—Dígame Ud., señor don Gandulio, ¿qué hace Ud. de su vida?

—¿Yo, hombre? ¡Qué diablos! Algo ha de hacer uno por la patria, por el bien social. Me levanto a las 11 del dia. Al Club a almorzar. Vienen los diarios, un habano i una mullida butaca; detras de eso una mesita de billar, mas tarde una manito de rocambor, en pos de ello unas copitas de coñac, mas tardeicto una vuelta por el

comercio. ¡A comer! ¡Esto es largo! ¡A pasear! ¡Al teatro! I.... ¡a la cama!

—Bien lo decia yo, mi amigo don Gandulio. Con un centenar de hombres como Ud., la patria se iría a las nubes como cohete de Cuasimodo.

.....

Don Gandulio vive en la mas pacífica i envidiable posesion de un milloncejo largo de talle de que es dueño por herencia o por....; quiero decir que el milloncejo es de don Gandulio....porque es suyo: no le ha costado mas que alargar la mano i recibirlo.

***

—Oiga Ud., compañero. ¿Qué casa es ésta?

—La *Casa del Patrocinio de San José.*

—¿I qué viene a ser eso?

—¡Nada! Un fraile ocioso que ha dado en la flor de andar recojiendo cuanto huerfanillo queda en este mundo sin tener albergue, ni pan, ni vestido. I esta es la casa donde tiene la humorada de asilarlos. Vive aquí haciendo con ellos veces de padre i de madre, los educa, les enseña un oficio, un arte.... i, por fin, los lanza al mundo cuando ya pueden valerse por sí solos.

—¡Lo que es el fanatismo de estas jentes! I los valores de esta casa i de todos los demas bienes que le son anexos ¿no estarian mejor en manos que los hicieran producir algo? ¡La codicia del clero es insaciable! ¡I en el siglo XIX, en un pais libera! como Chile, se toleran todavía estas monstruosidades, estas teocracias, estas ... estas barbaridades de la Edad Media! ¡Las manos muertas son una rémora para el progreso i para la riqueza pública!

.....

El autor de la filípica que antecede es un mozo de provecho. *Cortó* su carrera. Para concluirla, era demasiado calavera; para prepararse con ella el medio de ganarse la vida, era demasiado desidioso ... Es un empleado fiscal.... Va cada dia a la oficina, lee los diarios, charla, da unas plumadas, i váse. Acaba el mes, i en la Tesorería Jeneral le espera la propina....

III.

—¿Para qué quieren dinero un fraile, una monja? ¿No han muerto acaso para el mundo?

—I Ud., mi señor don Procopio, ¿para qué quiere dinero?

—¿Yo? ...para muchas cosas. En primer lugar para comer, so pena de morirme; en segundo lugar para comprar mi vestido, so pena de andar a la moda de nuestro padre Adan; en tercer lugar para..... En fin, para todo aquello para que un hombre necesita dinero.

—¡Acabáramos, señor don Procopio! ¡Si yo estaba creyendo que los frailes tambien eran hombres!

—Pero, sobre todo, amigo mio, los frailes i las monjas tienen mas de lo que necesitan para un modesto sustento. Eso no puede tolerarse. Lo supérfluo debe quitárseles, para que circule ese dinero entre los que carecen de lo necesario i para que no esté allí estagnado en esas manos muertas, sin producir un centavo.

—Es verdad mui grande, señor don Procopio. Pero me asalta la idea de que talvez a Ud. le sobre algo, despues de satisfechas todas sus necesidades con modestia. Sería bueno tambien que lo que a Ud. le sobre le fuese a Ud. quitado a beneficio de tantos que, como yo, no tienen a las veces pan con que matar el hambre.

—¡Alto ahí, amiguito! Lo mio es mio, i a quien Dios se lo dió San Pedro se lo bendiga. ¿Qué le importa a nadie que me sobre o no me sobre? ¿Le parece a Ud. que sería justo que lo que he heredado de mis padres o ganado con el sudor de mi frente me fuese quitado solo porque otros no tienen lo necesario? Eso sería el comunismo, que es una locura criminal inventada por los ociosos descamisados i bullangueros contra los hombres de trabajo i de órden. Es un robo como cualquier otro. ¿I le parece a Ud. que me falta en qué emplear eso que Ud. llama supérfluo? Vea Ud.: un palquito en el *Municipal*, un landó de doble suspension, algunos brillantes para mi señora, estatuas, cuadros, muebles preciosos, trajes.... ¡Uff! si fuera yo a enumerar todo lo que puedo adquirir con eso que Ud. llama *supérfluo!*

—Perfectamente, señor don Procopio: de modo que lo que es *de frailes* no es *de ellos*, i no ha de ser bendecido por San Pedro. En los bienes de los frailes sí que hai que averiguar si sobran o no sobran. Tratándose de ellos, es justo quitarles para dar a otros. Ellos deben de haber robado lo que poseen. I, por último, si se trata de frailes, el comunismo es cosa racional i justa. Ahora, los frailes no tienen en qué gastar lo supérfluo: cuando mas se les suele ocurrir abrir un colejio, una casa de expósitos, construir un templo, dar limosnas i otras sandeces por el estilo.

Pero, respecto de Ud., señor don Procopio, se me ocurre que esos capitales que se propone Ud. gastar en palcos, coches, joyas, trajes, etc., no han de producir gran cosa a la riqueza pública.... A las suyas les voi encontrando olor a manos de fraile, es decir, olor a manos difuntas. ¡Póngase en guardia, señor don Procopio! se lo aconsejo como amigo. Mire que la experiencia me dice que no hai veneno que mas infaliblemente mate unas manos que una moneda de oro.... cuando su brillo ha herido ojos liberales.

.....

.....

Pero ¡quiméricos temores los del amigo de don Procopio! Las manos de éste son inmortales; las únicas que pueden morir son

las que cuidan huérfanos i enfermos, las que ponen el libro en manos del niño, las que parten su pobre sopa con el pordiosero en la portería del convento, las que siempre están prontas a abrirse para dar limosna i bendecir.

Para don Procopio, hai derecho de propiedad, garantías, justicia, tribunales, igualdad ante la lei. Para el pobre fraile, nada de eso hai, cuando están arriba esos que desde abajo prometen un diluvio de libertades i garantías.

IV.

Por una pícara coincidencia acontece que, apénas logran los señores liberales trepar a la cucaña del poder, no tarda en venir el despojo de *manos muertas*, despojo que, en castellano claro, cualquiera llamaria *robo* legal o dictatorial; pero, para designarlo, o mas bien para atenuarlo disfrazándolo, el moderno liberalismo ha ido a buscar una palabra mui delicada, mui melífiua, mui musical: llámalo una *incammerazzione*. ¡Qué nombre tan dulce!

En la punta del lejendario *palo ensebado* poníase alguna moneda que excitase la codicia i estimulase los esfuerzos de los que bregaban por treparlo. Cualquiera diría que, en la punta del *palo ensebado* del poder, divisa el liberalismo las *manos muertas*.

¡En materia de manos *vivas*, no hai como las del liberalismo! ¡Son *vivísimas!*

V.

El rojo Prudhon habia escrito "la propiedad es robo," tésis demasido franca, por ser perfectamente reversible en esta otra: "el robo es propiedad."

Ese *enfant terrible* habia hablado demasiado claro: primer inconveniente. Condenaba tambien la propiedad cuando se halla en manos libre-pensadoras: segundo inconveniente.

Preciso era enmendar la chapetonada i excojitar alguna otra teoría ménos burda i peligrosa, pero igualmente eficaz.

¡Eureka! exclamó el libre-pensamiento, cuando inventó la teoría de las *manos muertas*.

¿Quiénes son las manos muertas?

Los frailes, las monjas, los institutos de caridad i de piedad cristiana.

El despojo legal o ilegal de un ciudadano particular es árduo; pero no lo es despojar a una comunidad, a una institucion, a un pobre fraile.

Dejando vacías unas *manos muertas*, el liberalismo impío mata dos pájaros de una sola pedrada: despoja a un enemigo a quien aborrece i llena la bolsa propia.

RAFAEL B. GUMUCIO.

EL POEMA DE LAS HOJAS.

A CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

I.

LA LUNA.

¡Qué hermosa noche! Del celeste lago
La luna besa la oriental ribera;
Rompiendo espumas de tranquilas nubes
I hendiendo luz a navegar comienza.

Parece que en su idioma de sonrisas
Conversan animadas las estrellas,
I su historia de luz i sus amores
A nuestra tierra palpitando cuentan.

Parece que entre el cielo i nuestra vista
Ni un átomo sin luz se interpusiera,
I al beso de una noche de misterios
El lago, el bosque i la ilusion despiertan.

II.

EL LAGO.

¡Luz! ¡cuánta luz! Del lago entre las ondas
Haces de luz sus leves hilos quiebran;
Las oleadas bebiéndolos sonrien,
I entre ellos retorcidas juguetean.

Tambien tienen amores. Por guardarlos
Medio escondidas, en tropeles ruedan,
I en su líquido lecho nos ocultan
De su vida las íntimas leyendas.

Mas descubren su amor i su destino,
I sus dolores sin saber nos cuentan,
Al llegar murmurando hasta la playa,
I morir sollozando entre la arena.

III.

EL BOSQUE.

Cual jiron del cendal de alguna loca
Que cruza silenciosa la arboleda,
Se desgarra en los árboles del bosque
De luz de luna la primera crencha.

Se esparce, se adelanta, enciende el aire,
Dibuja sombras en la verde yerba,
Se apodera del bosque i sus misterios
I al aire desaloja a viva fuerza.

¡Luz! ¡cuánta luz! El corazon del bosque
Arde empapado i sumerjido en ella;
Palpita luz, que en aureolas blancas,
Circula blandamente entre sus venas.

I el tirano del bosque, el cierzo frio,
Huye vencido i su venganza espera....
La aurora de la noche lo sucede,
Su tibia luz en sus dominios reina,

Como al romperse la onda en una roca
Satura el aire de revuelta niebla,
Que con la luz, parece en miniatura
Una fatal revolucion de estrellas.

Los rayos luminosos en las hojas,
En las ramas i troncos juguetean;
I saltan de una rama a la otra rama,
I salpican de luz la húmeda yerba.

En los ancianos troncos se resbalan,
I se incrustan riendo en su corteza;
I entre afables i sérios, de los rayos,
Los troncos los vejámenes toleran,

Como el anciano que en sus graves canas,
Con faz casi risueña i casi séria,
Queriendo i no queriendo resistirse,
Ve retozar a las pequeñas nietas.

IV.

LAS HOJAS.

Despiertan ya las hojas, de los rayos
Al calor de las nítidas ternezas,
I al roce de sus besos luminosos
Sonrien de placer i de amor tiemblan.

I comienza en el bosque solitario
De las hojas el cándido poema,
Que flota entre sonrisas i rumores
I aspira luz i se sumerje en ella.

La tierna juventud, hija del bosque,
A sus ensueños i a su amor se entrega.
¡Pobres hojas; amad, es vuestra historia!
De la vida gozad la primavera.

¡Cómo a los rayos sus amores dicen!
¡Cómo inocentes sus desiguios cuentan!
¡Cómo sueñan en brazos de la dicha,
Trascurrir entre luz la vida entera!

Mas, su ruta tranquila hácia el ocaso
La madre luna silenciosa lleva,
I los rayos miedosos a su seno
Uno a uno lijeros se repliegan.

¡No os vayais, por piedad! claman las hojas;
¡No nos dejeis tan solas en la tierra!
Es en vano; entre lágrimas amargas,
El postrer beso de la luz resuena.

Los viejos troncos a su sueño vuelven
En sosegada paz i calma quieta;
Las hojas tiemblan al mirar al frio,
Que al verlas solas con furor se acerca.

Llega por fin, a sus dominios torna,
I su derrota con las ramas venga;
Las sacude i despoja de sus hojas,
Que jimiendo espirantes se revuelcan.

No hai piedad; nadie escucha sus lamentos,
La luz ingrata en otros bosques juega,
I el cadáver envuelve de las hojas
La mortaja fatal de las tinieblas.

¡Pobrecillas! Los troncos ya dormidos
Nada en su abono por piedad alegan;
I las dejan morir una tras otra,
I sus ensueños i su amor con ellas.

Llega la aurora, i el cadáver frio
De las que fueron hojas, solo encuentra,
I bañadas en lágrimas amargas
A las que vivas en el árbol quedan;

Porque ven el destino de su vida
Al ver rodar sus compañeras muertas,
Que ni tumba tranquila hallarán nunca
Donde dormir el sueño de la tierra.

V.

LAS ALMAS.

¿Quién al ver en los surcos del camino
Las pobres hojas que los vientos llevan,
De una vida de amor i de ilusiones
Verá la triste huella?

¡Cuántos hai que, al mirar las amarillas
Hojas que se revuelcan,
Solo ven la venida del invierno,
Del seco bosque en las dolientes quejas!

¿Que habrá quien no perciba
Ese poema de las hojas secas?
¿Que habrá almas tan pobres que no tienen
Invierno i primavera?

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

BARBA I SU LIBRO.

(BIBLIOGRAFÍA.)

Los antiguos dejábanse crecer la *Barba*, pues el uso de cortársela es, puede decirse, de los tiempos modernos. Refiere Atheneo que Alejandro fué el primero de los griegos que, imitando el delicado lujo de los persas, se hizo afeitar. El dia en que los mancebos romanos se la cortaban por la primera vez era de fiesta para ellos, i consagraban a los dioses, como primicias, sus primeras *Barbas*. A este respecto dice Xiphilino, que Neron la consagró a Júpiter. Pero los filósófos, los majistrados, los monjes, los sacerdotes de todos los tiempos i lugares, han tenido, por lo regular, gran cuidado de conservarla i dejarla crecer, con tanta mas razon, cuanto que la *Barba* larga ha sido siempre mirada como una señal de distincion, o como una nota que indica un linaje ilustre.

I en efecto, el nombre *Barba* llegó en España a constituir un linaje ilustrísimo, el cual trajo su oríjen de un personaje llamado Cesio Barba, de quien, en tiempo de los godos, descendieron muchos caballeros de este apellido, con privilejios que constan en los mui antiguos archivos de Bermeo, Oña, Santo Domingo de Silos i Simancas. De uno de esos caballeros procedió otro personaje célebre, Munio Barba; de éste, otro no ménos célebre, Ruy Barba de Campos, i de éste la preclara estirpe i el mayorazgo de los Barbas, que por largos años se conservó en Sevilla, capital de la Andalucía. De modo que el individuo de que vamos a hablar en este artículo es doblemente ilustre; por un lado su prosopia, como se deja ver, i por otro, su profunda ciencia metalúrjica, en la cual se dice que sobrepujó al célebre metalurgo aleman Jorje Agrícola.

Pues bien: el célebre metalurgo sud-americano, licenciado i presbítero español, don Alvaro Alonso Barba Toscano, nació en Lepe, provincia de Huelva, en Andalucía, el 15 de noviembre de 1569. Allí abrazó la carrera eclesiástica, i en seguida se vino al Perú, en donde, desde 1615 hasta 1637, fué sucesivamente cura-párroco, primero de la iglesia de Tiahuanaco en la provincia de Pacages, despues de la de Yotola en la provincia de los Lipes, i por último, de la de San Bernardo, en la de Potosí. Aquí fué en donde, despues de haberse consagrado desde su llegada a la Amé-

rica a los deberes de su santo ministerio, al propio tiempo que al prolijo e incansable estudio del beneficio de los metales, por un método, exclusivamente suyo, de amalgamacion, compuso sobre esta materia, la famosa obra que lleva por título: *Arte de los metales, en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro i plata por azogue, el modo de fundirlos todos, i el cómo se han de refinar i apartar unos de otros.* Hállase dividida en cinco libros, que tratan: el primero, del modo cómo los metales se enjendran i las cosas que los acompañan; el segundo, del modo comun de beneficiar los de plata por azogue; el tercero, del modo de beneficiar los de oro, plata i cobre por cocimiento; el cuarto, del modo de beneficiar toda clase de metal por fundicion; i el quinto, del modo de refinarlos todos i de apartarlos unos de otros.

Fué aprobada por la junta de minería de Potosí en 1637, i, en este mismo año, Barba trasmitió su autógrafo al presidente de la Audiencia de la Plata, don Juan de Lizarazu, quien, a su vez, lo remitió inmediatamente al Consejo de Indias. La licencia para su impresion fué otorgada en San Lorenzo el Real en 1639, i la primera edicion apareció en Madrid en 1640.

De esta obra clásica se han hecho, no solo muchas ediciones en castellano i varias traducciones a los principales idiomas modernos, sino tambien algunos estudios i extractos mui interesantes en frances i en ingles. Notables son los de los años 1783 i 1797.

Las ediciones en *castellano*, de que se tiene noticia, son diez por lo ménos, siete en España, dos en el Perú, i una en la República Arjentina. Su órden cronolójico es como sigue: 1640—1675—1680—1729—1768—1770—1811—1817—1842—1843.

Las en *ingles* son de los años 1674 i 1797.

Las en *aleman* son de: 1676—1726—1739—1749.

La en *italiano* que se conoce es de 1675.

Las en *frances* son estas tres: de 1729 o 33, por Charles Hautin de Villars; de 1751, por Lenglet Dufresnoy, bajo el seudónimo de *Grosford*, la cual aumenta la traduccion de la obra orijinal con algunos extractos de la de Bernardo Pérez de Vargas i de Carrillo Lasso sobre las antiguas minas de España, i con las observaciones de M. de Jussieu; i de 1752, por A. M. Grassin, en 2 volúmenes en 8.°.

Es cosa extraña, pero no por eso ménos cierta, puesto que se halla atestiguada por todos los catálogos antiguos i modernos de la Biblioteca Nacional de mi cargo, que ésta jamás haya estado en posesion de ningun ejemplar de la obra de Barba en castellano ni de sus varias traducciones a los idiomas modernos, excepto únicamente de un tomito descabalado de la francesa de Grassin, que en su lugar no se encuentra, quien sabe desde cuánto tiempo atrás. Notóse este hecho, no ahora con motivo de la fiebre del oro Paraíf, sino como a mediados del año próximo pasado de

1876, en que se practicó una de las visitas periódicas de inspeccion a todos los libros, que se acostumbra hacer en el establecimiento. Pero de aquí no se deduce precisamente que el dicho tomito haya sido sustraido. Lo único cierto a este respecto será su *extravagancia*, esto es, que dentro del recinto de la Biblioteca *vague fuera de su propio lugar* confundido con otros libros. Esto suele suceder aun con tomos de obras de largo aliento, que, en casos de necesitárseles, no han sido encontrados por mas que se les ha buscado. Despues han aparecido por casualidad o sin buscarlos. Su extravagancia provenia, pues, o de equivocacion para dejarlos en su respectivo lugar una vez devueltos por el lector, o de que se habian caido detrás de la fila de los demas tomos con que se hallaban juntos, o de que talvez, cayéndose por detrás del estante, hubieran ido a parar a la tabla siguiente o subsiguientes del mismo. Entre la pared i los estantes no hai tabla alguna que cubra a éstos en toda su extension, i entónces puede mui bien acontecer que un libro descienda por detrás hasta el suelo o que se quede en alguno de los rincones. Ello es que libros, que durante algun tiempo se consideraban perdidos, han aparecido despues, o en estos lugares, o en distinta tabla del estante que les correspondia, o en otros estantes mas o ménos cercanos, i hasta en estantes mui lejanos.

No es posible, por otra parte, dar por sentado que de la Biblioteca puedan sustraerse libros fácilmente: ya porque en ella se tiene gran cuidado de impedir que lector alguno penetre a lo interior del establecimiento en donde están depositados; ya porque no se presta libro alguno sin que el lector firme el competente recibo, el cual es chancelado a su presencia luego que lo devuelve; i ya, en fin, porque la honorabilidad de todos los empleados sin excepcion, desde el jefe al portero, impide semejante cosa.

I, sin embargo de todo esto, en un artículo publicado en La República, núm. 3,490, del 3 del corriente, en que, sobre Barba i su obra, se dan algunas noticias que sucesivamente han ido reproduciendo todos los demas diarios, cuyas noticias no he hecho aquí otra cosa que condensar, se afirma que en los últimos dias ha sido de la Biblioteca sustraido el ejemplar que existia en ella de la edicion hecha en Lima en 1811. ¡No puede darse mayor desplante para mentir, i mentir solemnemente! Vaya con Dios el articulista si el hecho de la sustraccion lo hubiera expresado con un *se dice*, porque en realidad se decia, como se dicen tantas cosas sin son ni ton; pero el afirmarlo categóricamente revela en él una conducta mui escasa de aquella virtud cardinal que llamamos *prudencia*.

Santiago, 10 de julio de 1877.

Ramon BRISEÑO.

APUNTES LITERARIOS.

Cervantes, pobre i desgraciado, solicitó la proteccion del duque de Béjar, a quien dedicó la primera parte de su inmortal *Don Quijote;* pero parece que no debió a ese magnate otros favores que el permiso que le concedió para dedicarle su obra.

Se dice que el duque de Béjar era un hombre jeneroso i desprendido, i que si no favoreció al gran escritor, fué a causa de habérselo impedido con sus consejos un fraile dominicano, su comensal o capellan, a quien respetaba sobremanera.

Si esto es así, forzoso es confesar que Cervantes tuvo mala estrella con los frailes de Santo Domingo. Un dominicano, llamado Blanco de Paz, le hizo en Arjel una guerra cruda, llegando hasta levantar una informacion en su contra para perseguirlo como renegado una vez que pisase la tierra de España. Por su dicha, esta intriga no pudo quedar secreta, i Cervantes levantó una contra-informacion, en la que declararon en su pro los principales comerciantes cristianos i los cautivos mas notables que habia en Arjel. Mediante esta precaucion, pudo librarse el infeliz i noble hidalgo de largas i fatigosas persecuciones que sin duda habria hallado al pisar el suelo patrio.

Los comentadores de Cervantes creen, con bastante fundamento, que el gran escritor quiso satirizar al capellan del duque de Béjar en la persona de aquel relijioso que tuvo el altercado con don Quijote en el palacio de los duques.

*
* *

Entre los imitadores de Cervantes, ninguno anduvo mas desgraciado que el dulce poeta don Juan de Melendez Valdes en su fábula pastoral *Las bodas de Camacho el rico.* Esta pieza, insostenible en el teatro, obtuvo, para mayor desgracia de su autor, el primer premio en un certámen abierto por el Ayuntamiento de Madrid, al que habian concurrido mas de cincuenta poetas. El pueblo i las jentes literatas hallaron intolerable la obra, i los epigramas i sátiras llovieron como granizo sobre el desventurado autor. No sabemos cuál seria, acerca del trabajo de Melendez, la opinion de su maestro i gran amigo don Gaspar Melchor de Jovellanos, que lo embarcó en la empresa i acaso le dió el plan del poema; pero es de crer que este sabio literato no quedara contento de la obra de su protejido i discípulo.

Asegura Quintana que un poeta irlandés escribió a los dieziseis años de su edad una comedia sobre el mismo tema de Melendez; comedia que, correjida despues por su autor, se sostenia aun en el teatro. Pero, por mas empeños que hizo Quintana, no pudo obtener un ejemplar de la obra para compararla con la del poeta español.

*
* *

Es indudable que el gran mérito del *Quijote* ha sido un terrible enemigo para los dramaturgos que han querido llevar al teatro algun episodio de la vida del hidalgo manchego. Hemos leido que en el siglo pasado, un poeta de mérito escribió en frances una pieza cuyo héroe era don Quijote, pero que en la primera escena fracasó por un incidente tan inesperado como ridículo. Fué el caso que, estando el público ansioso de ver aparecer a Sancho Panza, el actor que debia representar este papel anduvo algo remiso en subir a su asno, i el pobre animal, espantado de verse entre bastidores, se lanzó solo i como desesperado al escenario, donde se entretuvo un rato haciendo cabriolas entre los aplausos i rechifla de los espectadores. Este incidente hizo fracasar la obra, que murió con la muerte del ridículo ántes de ser conocida siquiera del público.

Calderon escribió una comedia titulada *Don Quijote de la Mancha*, segun se ve por el catálogo de sus obras que aparece en la carta que escribió al duque de Veraguas; pero esta obra anda perdida entre otras ocho o diez del inmortal injenio, cuyos títulos se conocen, pero que no han sido halladas aun, apesar de los laboriosos esfuerzos de los literatos de este siglo. Esta pérdida es mas que sensible, pues Calderon habia andado feliz en la pintura de don Mendo de *El alcalde de Zalamea*, personaje que recuerda, i no poco, los amores de don Quijote.

Ultimamente un distinguido poeta de este siglo, cuyo nombre en este momento no recordamos, (1) ha aprovechado para un drama el lindo episodio del caballeresco i jeneroso bandido Roque Ginart, que se halla en la segunda parte del *Quijote*.

*
* *

Francisco de Medrano fué, como frai Luis de Leon, un excelente imitador de Horacio, i es lástima que sus obras no sean tan conocidas i estudiadas como lo merecen.

Entre sus odas se halla una titulada *La profecía del Tajo*, imitacion tambien de Horacio, como la que el maestro Leon escribió sobre el mismo tema.

(1) Creemos que es Nuñez de Arce.

Con gusto la insertamos a continuacion porque es una pieza de mérito:

PROFECÍA DEL TAJO EN LA PÉRDIDA DE ESPAÑA.

Rendido el postrer godo a la primera
I última hermosura que en el suelo
Vió el sol, del Tajo estaba en la ribera,
Moviendo invidia al cielo
De su adorada fiera.

La real corona i cetro el ciego amante
Derribaba, i ¿qué nó? a los piés de aquella;
Huéllalo todo altiva, i con semblante
Fiero otra vez lo huella;
I él ¡ai! pasó adelante.

¡Oh mal dulce deleite! Puso luego
Calma enojosa en su corriente el rio
Para advertir, aunque ofendido, al ciego
Rei en su desvarío,
Del hierro así i del fuego

Que le amenaza: "En punto desdichado
Ofendiste a esa hermosa, ¡oh godo injusto!
Que vengará con tanto i tal soldado
Africa, de tu gusto
I de tu real estado

"Despojándote. ¡Ai, ai! Cuánta fatiga,
Cuánto afan al caballo i al valiente
Infante amaga! A lanza i a loriga
Mueves contra tu jente;
¡Cuánta diestra enemiga!

"Ya suena el atambor, ya las banderas
Se despliegan al viento, ya obedientes
Al acicate, corren en hileras
Los jinetes ardientes
I las yeguas lijeras.

"No excusas, nó, la lanza i el trenzado
Arnés, en solo el ámbar i el curioso
Peine ¡oh varon! ¡oh rei! ejercitado.
¿No ves cuán espantoso
Baja el campo formado?

"Mirá cómo Tarife atravesando
Osado por las huestes, i valiente
Tu enseña abate, i Muza destrozando,
Asombro de tu jente,
Los campos va talando.

"Conocerás allí al nunca vencido
Almanzor, que en tu mengua se engrandece;
Mas al conde ¡ai! ¿no ves cuán sentido,
I hierve i se enfurece,
Buscándote ofendido?

"No así medroso gamo, no así presto
Será que del hambriento lobo huya,
Cual flaco tú del émulo molesto,
Habiendo a aquesta tuya
Prometido no aquesto.

"Traerá, présago yo, al godo su dia,
Tras no muchos diciembres, la africana
Armada, que ya el cielo airado guia;
Caerá tu soberana
I antigua monarquía."

"Uno i otro injenio, (Leon i Medrano) dice don Adolfo de Castro, tomaron de la oda que Horacio escribió a Marco Antonio proponiéndole el ejemplo de Páris para separarlo de Cleopatra i de la guerra civil, el pensamiento de amenazar a Rodrigo con las huestes de la Media Luna a fin de desviarlo de los amorosos lazos de Florinda. Hai, sin embargo, una gran diferencia. La oda de frai Luis de Leon se aparta bastante de la de Horacio; la de Medrano es una imitacion de ésta, i tan grande, que a veces se asemeja a una traduccion. Una i otra, sin embargo, merecen estudiarse como joyas literarias de España."

Para dar una muestra del talento de Medrano, como poeta orijinal, copiamos el magnífico soneto que escribió con motivo de la abdicacion que hizo Cárlos V del imperio i de la corona de España.

De sostener cual nuevo atlante el mundo,
El siempre augusto Cárlos, ya cansado,
—"Jentes, dice, no vistas he domado,
Hollado el suelo, hollado el amor profundo.

"Hecho el persa monarca a mi segundo,
Preso el frances, al moro leyes dado,
El cielo en ámbos hombros sustentado
Mas grave con las glorias que en él fundo."

Luego, del mundo desdeñoso i harto,
—"Tú, gobierna (al hermano le decia)
De Roma el ancho imperio i de Alemaña."

I al hijo,—"Tú, de la invencible España
I del indio tendrás la monarquía,
I entre ámbos junte amor lo que yo parto."

¿No es verdad que Francisco de Medrano merece mayor fama de la que goza? Sin embargo de ser sus obras tan recomendables no recordamos haber visto una sola de sus odas en las colecciones de poesías que se imprimen para el uso de la juventud.

***

LA DEVOCION INDISCRETA.

CUENTO.

Era en la sazon dichosa
Cuando ajena de alegría
A su Rei i Esposo hacia
Honras la Sagrada Esposa;

I andando en su movimiento,
Un loco encontró un lanzon
I al punto le dió aficion
De guardar *el monumento.*

Puesto en su ejercicio pio,
Vido acercarse a rezar
A un honrado del lugar,
Pero en fama de judio.

Con la aprehension o el celo
Enarboló la cruel
Asta, con que dió con él
Mas que aturdido en el suelo.

I al pueblo que le cercó
Para vengar esta injuria
Daba voces con gran furia:
—"¿Hemos de guardar o nó?"

Fabio mio, la razon
Siga su camino quieto;
Que nunca el celo indiscreto
Alcanzó reformacion.

PABLO DE CÉSPEDES.

El festivo Baltazar de Alcázar escribió, entre otros versos, las célebres redondillas tan conocidas, que comienzan:

Esclavo soi, pero cuyo
Eso no lo diré yo,
Que cuyo soi me mandó
Que no diga que soi suyo.

Mui conocidas son estas redondillas; pero lo que jeneralmente se ignora es que han andado alguna vez en boca del diablo, si hemos de creer lo que dice el padre Benito Remijio Noydens, en la *Historia moral del Dios Momo*. Dice, pues, este respetable autor:

"El que se precia de buen injenio tambien se precia de buen entendimiento. No escriba cosa que ofenda los oidos i manche el alma, que es bien de ponderar que há pocos años andaba un cantar profano que un poeta habia inventado, i era, como dicen los cortesanos, mui valido, i era éste: "Esclavo soi, pero cuyo, etc." I sucedió que sacando un sacerdote los espíritus en una endemoniada, preguntó por curiosidad (que siempre se ha de huir en tales casos) al demonio qué sabia. Respondió que era músico. Hizo el sacerdote traer una vihuela, i de tal manera meneaba los dedos de la villana, que parecia el hombre mas diestro del mundo; diciéndole que cantase, dijo:

Esclavo soi, pero el cuyo
No puedo negarlo yo
Pues cuyo soi me mandó
Que dijese que era suyo,
Pues al infierno me envió."

"Bien merece glosa el cantar del demonio, añade a lo anterior don Adolfo de Castro. Como se ve por esta cita del padre Noydens, el diablo tenia en lo antaño mui buen gusto literario, i era aficionado a los versos de Baltazar de Alcázar, hasta el punto de servirse de ellos para sus glosas i otras diabluras literarias. Esto siempre honra a nuestra literatura, pues aunque el aplauso de los malos no debe lisonjear mucho, sin embargo, aplauso es."

OLIMPIO.

GUIRNALDA DE LA VIDA.

LA ESPOSA.

Vedla sencilla, palpitante i trémula
Descender del altar,
Ostentando en su frente alabastrina
La corona nupcial.

Cual mariposa incauta que en la lumbre
La muerte va a buscar,
Asimismo risueña, alborozada,
Pierde su libertad.

¡Qué extraño sentimiento ajita su alma!
¡Qué incertidumbre cruel!
De pronunciar acaba un juramento
Que la hace estremecer.

¡Cuántas bellas quimeras va forjando
Con loco frenesí;
Cuántos ensueños gratos, lisonjeros,
Le ofrece el porvenir!

Consagra una memoria hácia sus padres
Que por siempre dejó,
Anúblanse sus ojos, palidece,
Ahogando su dolor.

Mas, pronto se disipa aquella sombra
Que la vino a enturbiar,
La dorada vision toma de nuevo
Proporcion colosal;

I sufriendo i gozando toca el límite
Donde su suerte está.
Retroceder no puede, de la vida
Halló la realidad.

Sus galas abandona, i no contempla
Ya el rostro juvenil;
Todo lo sacrifica al hombre amado
Para verle feliz.

Ella es como el arroyo cristalino
Para apagar su sed;
Ella, como la luz de la esperanza,
Jamas se aparta de él.

Bálsamo con que cura sus heridas,
Consuelo en su afliccion,
I clara antorcha que sus pasos guia
Al camino de Dios.

Ella, en el infortunio resignada,
Le hace esperar con fé,
Disipando tinieblas que su mente
Puedan oscurecer.

Siempre caritativa i jenerosa
Practicando está el bien,
I al huérfano, al anciano, al desvalido,
Como sus hijos ve.

Son el deber i la virtud su norma;
Llena de abnegacion,
Perdona aun los agravios que le arrancan
Lágrimas de dolor.

Ella es en el hogar ánjel custodio,
Es el iris de la paz;
Todo resplandeciente, hermoso, alegre,
Con su presencia está.

Cuántas veces prolija le prepara
Exquisito manjar,
I le sale al encuentro i le acaricia
Con solícito afan,

I al mirarle abatido o fatigado
Siente una pena atroz;
I con sus frases, llena de ternura,
Mitiga su dolor.

Ella, a la cabecera de su lecho,
Vela en su enfermedad,
Contando de sus sienes los latidos
Con dolor sin igual.

Si su fuerza i vigor a destruir llegan
La dolencia o vejez,
Miéntras ella (aunque débil) le dé apoyo,
Nada debe temer.

I si la muerte, con su soplo helado,
Llega a herirle crüel,
Ella, lágrimas, flores i oraciones,
Siempre le irá a ofrecer.

Mas, ya sin esa sombra bienhechora,
Sin ese amigo leal,
Huérfana el alma, el corazon vacío,
Su fin anhelará:

I, cual la yedra, que enredada al olmo,
Se veia crecer,
Al caer sin vida el árbol, esa yedra
Sucumbirá tambien.

MANUELA V. DE PLASENCIA.

A CERVANTES.

¡A hablar la enseñó el Quijote
I Cervantes no la inspira!....
Salte en pedazos mi lira
O un canto a Cervantes brote.
Hoi mi númen alborote
Aquel jenio colosal
Que con fama universal,
Por escritor no igualado,
Por mártir i por soldado,
Es tres veces inmortal.
Há tres siglos combatía,
I al rebramar, con espanto,
Aun las aguas de Lepanto
Pregonan su valentía.
Pasó un dia i otro dia
Siendo presa del infiel;
Cautivo vivió en Arjel
De la patria con desdoro,
Porque no debia el moro
Ceñirse tanto laurel.

Mas con pluma alborozada
El se rió de tal manera,
Que aun retumba en la ancha esfera
Su sonora carcajada.
Dejó a España retratada,
Siendo de las letras sol,
Con tan perfecto crisol,
Con tan acertado mote,
Que no faltará un Quijote
Miéntras viva un español.
Hoi la patria desolada
El llanto vierte a raudales,
De sus despojos mortales
Ignorando la morada.
Si tras la tormenta airada
Ni aun la tumba le dió puerto,
Cese el fúnebre concierto
De la española amargura:
¿Cómo hallar la sepultura
De Cervantes, si no ha muerto?
En vano es que un huracan
De muerte en los aires flote:
Ni la tierra del Quijote,
Ni Cervantes, morirán.
En vano aquí esgrimirán
Los siglos mortal guadaña,
En vano la jente extraña
Vendrá a invadirnos como ántes:
Siempre, con decir: ¡Cervantes!
Habrá vida, injenio, España.

¡ONCE AÑOS!

I.

I pasaron, Elódia: tú eras bella
Como la espiga del maiz dorado;
Yo, mísero, a tu lado parecia,
Sobre orgullosa flor, negro gusano.
Reina de la hermosura, tú ostentabas
Brillo i donaire i galas i vasallos;

Yo, tímido i doncel, no me atrevia
A sonreir ni a desplegar los labios.
I alegres i felices ¡cuántas noches
Al delirio de un vals nos entregamos!
El uno no vivia sin el otro,
I acaso, sin saberlo, nos amábamos.
Una tarde.... olvidarlo no he podido....
Me diste.... ¿un beso?.... Nó, un pellizco bravo;
Contigo me enojé, i despues, a solas,
Besé aquel cardenal con estos labios.
Un dia, aire jentil, mejor fortuna,
Te requirió de amor doncel gallardo;
Sonreiste, partí para otros climas,
¡Triste acaso!
I uno del otro hemos vivido ausentes
¡Once años!

II.

Ayer... combinaciones de la suerte,
Una calle al cruzar, te encontré al paso;
Llamaste, contesté, i.... ¡con qué alborozo,
Aun solteros los dos, nos saludamos!....
Hoi te miro i no sé si eres la misma,
¡Quién sabe, han trascurrido tantos años!
Tu rostro, como ayer, es dulce i fresco,
Pero tu corazon.... ¿se habrá arrugado?....
¡Once años atroces de soltera!
Dirás: si no es con él, ya no me caso.
¡Once años de amores diferentes,
De experiencia, de dudas, de quebrantos!
¡Once años al alma, a la familia,
Al amor de los dos arrebatados!
¿Me interrogas?.... Aguarda, espera un poco,
El caso es singular, debo pensarlo.
Once años... Elódia, eres ya vieja,
I yo de ayer a hoi vengo ganando.
¿Suspiras?.... Sí, te creo, ¡en ese tiempo
Por otros habrás tanto suspirado!
Ah, lloras... Te conozco, eres la misma,
Aun tengo el cardenal en este brazo,
Aun no cumples los treinta, aun estás bella....
Cese el llanto,
Aun te adoro, aun podemos ser felices
Once años.

JUAN TOMAS SALVANY.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

JUNIO.

Durante el presente mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes obras:

SANTIAGO.

Apuntes de Derecho natural, etc.—1 vol. de 99 páj̃s. en 8. °, 1877.—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio*.

La Asamblea Católica de Valparaiso. Festividades relijiosas, etc.—1 vol. 142 páj̃s. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Independiente*.

El Cateterismo. Leccion dada en la Sociedad Médica por el doctor Adolfo Valderrama.—1 vol. de 32 páj̃s. en 4. °, 1877.—Imprenta *Gutenberg*.

La conjugacion de los verbos franceses, por Francisco Vargas Fontecilla.—1 vol. de 80 páj̃s. en 4. °, 1877.—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio*.

Coleccion de historiadores de Chile i de documentos relativos a la historia nacional. El 10. ° tomo.—1 vol. de 337 páj̃s. en 4. ° mayor, 1876.—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio*.

Curiosidades juliciales de Chile por una sociedad de anticuarios.—La 1.ª entrega, hasta la páj. 32, en 8. °, 1877.—Imprenta *Schrebler*.

Curso de Agricultura teórica i práctica, etc., por Julio Bernard, traducido del frances por J. E. Corvalan. El 1.er tomo.—1 vol. de 419 páj̃s. en 4. °, 1876.—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio*.

Discurso de S. E. el Presidente de la República en la apertura de las sesiones del Congreso Nacional de 1877.—1 vol. de 11 páj̃s. en 4. ° mayor, 1877.—Imprenta *Nacional*.

María, por Jorje Isaacs.—Las dos primeras entregas, hasta la páj. 22, en 4. °, 1877.—Imprenta *Gutenberg*.

Memoria del Ministro de lo Interior, presentada al Congreso Nacional en sus sesiones ordinarias de 1877.—1 vol. de 466 páj̃s., fuera de los estados, en 4. ° mayor, 1877.—Imprenta *Nacional*.

Memorial al Cristiano, impreso en Jerusalen i reimpreso en Chile. Añádese un compendio de las induljencias, etc.—1 vol. de 32 páj̃s. en 8. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Poesías de Gustavo A. Becquer.—1 vol. de 75 páj̃s. en 8. °, 1877.—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio*.

Poesías líricas de Manuel A. Hurtado.—1 vol. de 395 páj̃s. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La República*.

De la plástica recto-perineal en rupturas inveteradas. Memoria de prueba por el doctor Ernesto Brüner.—1 vol. de 27 páj̃s. en 4. °, 1877.—Imprenta *Gutenberg*.

Problemas de Aritmética elemental, por Emilio Corvalan.—1 vol. de 88 páj̃s. en 8. °, 1877.—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio*.

Programa de carreras de primavera en 1877.—1 vol. de 23 páj̃s. en 16. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Reglamento del Círculo Católico de Santiago.—1 vol. de 8 páj̃s. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Reglamento de la Compañía de Salvadores i Guardias de Propiedad del Cuerpo de Bomberos de Santiago.—1 vol. de 20 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Relaciones Históricas, por B. Vicuña Mackenna.—La 2. ª entrega, desde la páj. 15 hasta la 36, etc., en 4. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Resúmen histórico sobre la célebre indulgencia de Porciúncula, etc.—1 vol. de 15 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Sociedad de San Juan Francisco de Réjis. Memoria de su vice-presidenta.—1 vol. de 8 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Union Chilena. 27. ª memoria presentada por el directorio el 15 de junio de 1877. —1 vol. de 10 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

VALPARAISO.

Biblioteca de la Librería de Julio Real i Prado. Tomo 1, ° Asirse de un cabello, proverbio en un acto, por Camprodon.—1 vol. de 34 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Breve exposicion de los principales trabajos de la Facultad de Medicina, hecha por el decano J. J. Aguirre i dedicada a sus colegas, al cuerpo médico i al país.—1 vol. de 85 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Mercurio.*

Bye-laws of Aconcagua.—1 vol. en 12. °, de 16 pájs., 1877.—Imprenta del *Universo.*

Catálogo de los muebles del señor Casanueva, que se rematarán, etc.—1 vol. de 11 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Conferencias populares de la escuela Horacio Mann. 1. ª, traducida por E. A. Soublette.—1 vol. de 31 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Conferencias populares de la escuela Horacio Mann. 2. ª, Ayúdate, que Dios te ayudará, por Agustin R. Edwards.—1 vol. de 24 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Compañía americana de relojes de faltriquera, etc.—1 vol. de 16 pájs. en 8. °, 1877. —Imprenta de *La Patria.*

The English spelling-book, &, by W. Mavon. 2. ª edicion.—1 vol. de 158 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta del *Universo.*

Matrícula de los establecimientos gravados con patente, del departamento de Valparaíso.—1 vol. de 58 pájs. en 4 ° mayor, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Medida i distribucion de aguas conducidas en canales descubiertos, por José A. Verdugo.—1 vol. de 54 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Mercurio.*

Pio IX, por F. Petrucelli de la Gattina.—1 vol. de 79 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Rudimentos de Jeometría, etc., arreglados para el Liceo de Niñas de Valparaíso.— 1 vol. de 40 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Mercurio.*

Statuten des deustfchen, &.—1 vol. de 13 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta del *Universo.*

Valparaíso papista. Carta íntima de una ex-colejiala de Santiago, etc.—1 vol. de 31 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

BERTA.

I.

Oscuras i solitarias se encuentran las calles de Santiago. Un silencio propio del sepulcro tiene envuelta a la ciudad. Los habitantes todos, retirados en sus moradas al abrigo del frio penetrante que se dejaba sentir en la oscura i pavorosa noche del 10 de mayo de 1825, se entregaban al reposo. Solo el reloj de la Intendencia, con doce sonoras campanadas, acaba de rasgar el monótono silencio, señalando así la hora ya avanzada de la noche, i el sereno, alzando su voz acompasada, comienza tambien a cantar las doce. Si penetramos en el interior de una casa situada en la calle de *** veremos que una bujía deja escapar en torno de una habitacion los reflejos tenues de una luz. Entremos. Está ocupada, i quien la ocupa vela todavía. Una jóven, que apénas rozará con los veinte años, rubia i delgada, se encuentra allí reclinada, orando delante de un crucifijo; el velo sombrío de la pena contrasta con el color sonrosado de su rostro, i una que otra lágrima, que a intervalos se desprende de sus pupilas, parece resistirse a abandonar ojos tan bellos, i despaciosas se deslizan por sus mejillas. Nadie le hace compañía, solo el dolor i las lágrimas; hermosa como la virtud, de la cual es tierna imájen, se encuentra *Berta de Novés*. De repente, como quien toma una resolucion, se pone de pié, abre la puerta de su habitacion, empuja con mano trémula la de la pieza contigua, se desliza en su interior i va a tropezar con la penetrante mirada de *Don Pedro de Novés*, caballero que habria visto florecer no ménos de cincuenta primaveras; honrado i honorable, era el padre de Berta por todos respetado.

Don Pedro poseia una cualidad que era esencial en su carácter; cuando creia en la verdad de una cosa, era firme en sus resoluciones, i, como al tiempo, imposible de hacerlo retroceder; dedicándose a los estudios desde temprana edad, habia conseguido obtener, a fuerza de trabajo, el diploma de abogado, i en se-

guida el importante cargo de ministro de la corte, que desempeña en el momento que en él nos ocupamos.

Al entrar Berta en el aposento de su padre, éste discurria en la lectura de un juicio criminal, mas, interrumpióla por su llegada inesperada, i mirándola fijamente, esperó que su hija le dirijiese la palabra.

—Padre, dijo Berta, extrañará mi presencia en este momento, cuando talvez Ud. me juzgaria sumida en el mas profundo sueño.

—En efecto, repuso don Pedro, ignoro la causa que te obligue a velar hasta una hora tan avanzada de la noche, pero supongo vendrás a decirme que sumisa aceptas el compromiso que a tu nombre contraje con don Ramon i del cual te hablé esta mañana.

—Padre, este enlace ...

—¿Cómo? ¿titubeas i estás indecisa aun? Pues entónces no hai de qué tratar: te he dicho que te casarás con don Ramon de Albornoz, porque veo que es un mozo que te conviene, rico, intelijente, ilustre nombre ...

—Quisiera obedecerle sin oponerme a nada, pero, casada con ese hombre, no podré quererle; hai algo en su fisonomía de siniestro que me rechaza, que me espanta; ¡ah! estoi segura de ello, este enlace será funesto para mí.

—Reflexiona un momento i serás de mi opinion. ¿Dices que no le amas? ¿i de cuándo acá se necesita un gran amor para casarse? Eso llega con el tiempo. Lo verás.... eso no es una razon.

—Tengo voluntad de obedecerle en todo, padre mio, pero este enlace mi corazon lo rechaza; impóngame, por duro que sea, cualquier sacrificio, pero, ¡por piedad! no me obligue a casarme con don Ramon.

—¡Oh! ¿Hasta cuándo? ¿Dices que no te obligue? Ten presente lo que te dije esta mañana: no te obligaré jamás a este matrimonio, pero en cambio pasarás tus dias encerrada en un convento, i allí recordarás siempre que me has desobedecido i me has disgustado....

—¡Por el recuerdo de mi madre, su esposa, no me designe por compañero a ese hombre, que si es rico, es cierto, en cambio nadie le conoce otra buena cualidad, i aun ese mismo dinero no lo debe a su trabajo!

—¡Basta ya de tonterías! ¿Te has imajinado por un instante que voi a desistir de mi propósito aun cuando traigas a mi mente el recuerdo de tu madre? ¿Te figuras que un hombre como yo, constituido en dignidad, todo un ministro de la corte, puede jamás faltar a su palabra empeñada? ¿Lloras? ¡Vaya! No creas se me oculta la razon de tu llanto: sé que tenias formados tus planes para casarte con Luis de Ferrara, con ese pobrete.... con ese....

—Ya que lo habeis dicho, sí, es cierto, amo a don Luis, i ese

amor no me avergüenza, porque me ama de una manera noble i desinteresada, i he dado mi palabra de matrimonio a don Luis, porque para conseguirla se ha sacrificado, se ha....

— ¿Hasta cuándo, ¡necio de mí! soporto que se me hagan ridículas objecciones? ¿De cuándo acá un padre ha perdido el dominio sobre su hija? ¿i de cuándo acá ese mismo padre no puede disponer a su arbitrio de ella? Lo he dicho ya: al convento, o don Ramon de Albornoz será su esposo; ¿lo entiende Ud.? su esposo.

—Ya que ni el recuerdo de mi madre, ni siquiera mis lágrimas, nada pueden en mi favor, i ya que las puertas de la compasion se han cerrado para mí, iré firme al sacrificio, aceptaré con resignacion cuanto me imponga la desgracia. ¡Quiera el cielo no se realicen mis fatales presentimientos!

Dichas estas palabras, Berta, anegada en llanto, dejó a su padre don Pedro, que permanecia sentado en su sillon como al principio de la escena. Con pasos vacilantes se dirijió a su habitacion, dejóse caer sobre una butaca, i allí, sola, sin testigos, dió rienda suelta al llanto, desahogo del dolor.

Berta sentia dentro del pecho algo como una voz vaga i misteriosa que la atormentaba sin cesar; a veces la jóven queria serenarse, sobreponerse a sí misma i sofocar en su interior aquel presentimiento cruel de futuros sinsabores; pero, ¡vana esperanza! apesar de sus esfuerzos volvia a caer en su normal abatimiento, sus pupilas se humedecian i luego su rostro era anegado por las lágrimas. Querria agradar a su padre, a quien ama con delirio; no querria llevarle el menor disgusto, contrariando sus deseos: pero, ¡ai! una barrera insondeable viene a oponerse a todo: su corazon dió pábulo a un amor que ha ido echando sólidas raices, ama a Luis de Ferrara con un amor loco i le ha dado su palabra de matrimonio.... Mas, su padre se opone a ese enlace i la obliga a casarse con otro a quien su corazon rechaza.... ¿Qué rostro presentará en adelante a don Luis, cuando éste sepa su nueva resolucion? ¿Cómo no escupirá en su rostro palabras de perfidia, de ingratitud?... i con razon....

Todas estas reflexiones acuden en tropel confuso a la exaltada imajinacion de Berta i vienen a despertar en ella el delirio, la desesperacion.... No siempre los dias alegres, que comienzan despejados, sin que una nube siquiera empañe el ardiente sol que los alumbra, concluyen de la misma manera; el buen tiempo es muchas veces presajio de cercana tempestad. Los años primeros pasaron para Berta tranquilos, como tranquilo pasa un arroyuelo que se desliza entre flores, sin que el escollo mas pequeño desvie el curso de su corriente. Cuando los hombres, i en particular los jóvenes, se encuentran empapados en una atmósfera de felicidad, no miran sino el presente i arrojan en alas del olvido el abismo insondeable del porvenir; así sucedia a Berta: era amada, ella correspondia a ese amor i creia que eso era suficiente para cons-

tituir su felicidad, su eterna dicha; pero, ¡desgraciada! ¡qué pronto debia tropezar con el desengaño amargo de su ilusion de niña; cuando su existencia la halagaba, mostrándose mas risueña; cuando el mundo le daba solo rosas i escondia las espinas, entónces, al primer albor de una mañana, despertó de su letargo i quedan hoi solo los restos frios de lo que ayer fué ilusion engañadora!

Un hombre se interpone en su camino de dicha; la conoce, ve que es rica, un brillante partido.... solicita su mano de su padre i éste, viendo que el jóven es rico tambien, que lleva un retumbante apellido, sin darse siquiera el trabajo de hacer mas indagaciones, se la concede i sacrifica así no solo el compromiso sino tambien la felicidad, cada latido del corazon de su hija.

¡Ah! si a ese padre le fuera dado descorrer siquiera por un instante el espeso i sombrío velo que encubre el porvenir, ¡cómo encontraria indigno el amor que aquel hombre siente por su hija i cómo no se ajitaria en su conciencia el gusano roedor despues de haber cerrado las puertas de su corazon, de una manera insensible, a los ruegos de una tierna niña i obligarla a sofocar cuanto sentimiento le sujiere su corazon jeneroso enlazándola con un hombre indigno de su amor! ¡Terrible situacion para una jóven que apura por la vez primera el primer sorbo del líquido acibarado del dolor! ¡Pobre Berta!

II.

Eran las ocho de la mañana del dia 15 de mayo. El astro del dia, que ya levantó, hace rato, su faz dorada por sobre la cordillera de los Andes, oculto entre nubarrones sombríos, que majestuosos se cernian en el firmamento, apénas vertia opaca luz sobre la tierra. Una muchedumbre de caballeros i de mujeres cubierto el rostro por el manto, caminaba alegre i presurosa en direccion al templo de Santo Domingo. Varios carruajes particulares encontrábanse estacionados cerca de la puerta de la mansion del Señor. ¡Cuántas lámparas repartidas con difusion, desparramando su luz en el interior del templo, eclipsaban allí la luz del dia! ¡Qué rejios los adornos que encubren los altares de las diversas naves de la iglesia! Lirios, jazmines, albos azahares i mil otras flores de variados colores i matices perfuman el aire, ensanchan el corazon i trasportan el alma a rejiones celestiales. Todo convida a levantar los espíritus al cielo, remontarse con el pensamiento a la mansion celeste i contemplar allí al rei de lo creado; sin embargo, el número de los que oran es mui reducido, a excepcion de una que otra devota, ya retirada en uno de los ángulos del templo o resguardada de la distraccion

jeneral por algun confesonario, todas las demas, señoras i caballeros, olvidando que se encuentran en el lugar santo, ya conversan, ya rien.... Todos parecen estar impacientes, todos esperan algo que debe llegar. Cada persona que entra es el centro de todas las miradas. La llegada de algun carruaje a las puertas del templo produce sensacion.

Por fin, despues de un cuarto de hora se oye en la calle el ruido que un coche produce al pararse i al mismo tiempo un murmullo acompañado de las frases: "ya llegó," "esa es," "ahí está" i otras análogas, se deja oir en las diversas naves de la iglesia. Los ojos se hacen insuficientes para dirijirlos hácia la puerta.

Don Pedro de Novés i Ramon de Albornez, vestidos ámbos de negro, avanzan al interior, llevando el primero de la mano a su hija, acompañada de una multitud de curiosos que, apostados en la puerta, esperaban su llegada. Berta, vestida de blanco, ceñida su rubia cabellera por una guirnalda de azahares, cuya blancura hacia juego con el pálido color de su rostro, seguia a su padre temblorosa i preocupada, como el caminante que perdido en un bosque siente a media noche estallar el rujido de las fieras. Los concurrentes hacian comentarios sobre el estado de la jóven, pero la mayor parte atribuia la sombría nube que cubria su frente a la nueva era que iba a comenzar para ella, pues Berta venia revestida con las galas de novia i se celebraba aquel dia en el templo de los domínicos su casamiento con Ramon de Albornoz.

Don Pedro de Novés llevó a su hija hasta el centro de la iglesia, donde fué a arrodillarse con ella en reclinatorios puestos de antemano. Berta lo hacia todo maquinalmente sin darse cuenta siquiera de los tres mil ojos que se dirijian a ella, como para devorarla con sus miradas. La música habia comenzado. En pocos momentos mas la palabra del sacerdote, acompañada de la bendicion, le causaria el mismo efecto que al reo condenado a muerte la sentencia de su juez. Lo que para muchas seria el colmo de la dicha, iba a ser para Berta el golpe fatal dado a su felicidad. No sabia la jóven dónde se encontraba, habia caido en una especie de postracion, de éxtasis; sus ojos no veian, sus oidos se negaban casi a percibir los sonidos, i su imajinacion, que en alas de su fantasía vagaba en mundos desconocidos, la atormentaba i la oprimia. La orquesta, con sus variados i sonoros instrumentos, llegaba hasta ella como música lejana i le producia el mismo efecto que si parodiase el himno de la desgracia i de la muerte. El sacerdote, de pié a dos pasos de distancia, le instaba a que diese su consentimiento, que pronunciase el *sí* fatal, que debia ser para ella como abrir la puerta para entrar de lleno al antro de las penas. Berta miraba al fraile, no entendia nada, su lengua estaba pegada al paladar i sus labios no se movian para pronunciar siquiera una palabra; por fin, a instancias de su padre dijo *sí*, pero de una manera vaga, insegura, apénas

perceptible. El relijioso dominicano extendió entónces su brazo sobre los novios i en nombre del Eterno les echó la bendicion. Si un rayo hubiese caido a las plantas de Berta habria producido en ella ménos sensacion que la causada por las palabras sacramentales, pronunciadas por el anciano ministro del Señor. La jóven desposada salió repentinamente de su postracion, i como quien vuelve en sí de un parasismo comenzó, asustada, a dirijir miradas a todas partes, i sus ojos, como atraidos por algun iman secreto, fueron sin pensarlo a depositar sus rayos detras de un viejo confesionario, detuviéronse allí solo un instante como para sujetar una idea que se escapa. Berta se lleva las manos a su frente, una palidez de muerte invade su rostro, la sangre se agolpa en su corazon, i sin que su lengua articule ni una sílaba cae de espaldas, como caen las espigas tronchadas por el hacha del segador. Al mismo tiempo un jóven, cuyos ojos estaban inyectados de sangre, el cabello desgreñado i llevando en su fisonomía las huellas de profunda melancolía i desesperacion, salia por detras del confesonario, i pasando precipitado por la sacristía, se internaba en los pasadizos del convento.

III.

Desplegando el tiempo sus impalpables i lijeras alas, llegó para la jóven Berta el cuarto mes de matrimonio. Cuatro meses pasaron desde el dia infausto en el que recibió como esposa de Ramon de Abornoz la bendicion del sacerdote, cuatro meses que fueron de infortunio, que bastaron para la realizacion cruel de una fatídica esparanza, de nublados presentimientos. Desde el fatal momento en que, bien a su pesar fué esposa, su existencia fué infestada por una atmósfera de penas. No en vano la atemorizaba el porvenir, no en vano lo miraba con terror. Cada momento ha encerrado para Berta una lágrima que sus ojos han tenido que derramar; cada dia, cada hora un nuevo golpe dado a su corazon juvenil. Salvada apénas de una violenta fiebre consecutiva del desmayo ocurrido el dia de sus bodas, sanó su cuerpo pero en cambio su espíritu, su alma noble i jenerosa, quedó lacerada, herida por puñal envenenado.

Ramon de Albornoz habia comenzado su luna de miel apartando a su esposa del centro de la ciudad i señalándole por vivienda una casa situada en los arrabales de Santiago; harto pródigo en sinsabores para con Berta, habia conseguido ser para ella un personaje misterioso. Todas las semanas casi, i siempre a la hora del anochecer, era visitado por diversos individuos, con los que, despues de conferenciar sijilosamente, Ramon de Al-

bornoz salia de su casa para no volver sino cinco o seis dias mas tarde. Durante esta ausencia Berta quedaba sin mas compañía que la soledad, sin mas consuelo que sus lágrimas.

Hombre reservado i misterioso en demasía, Ramon de Albornoz no dijo jamás a Berta el lugar de su paradero en los dias de sus salidas, i uno de ellos en que ésta se atrevió a hacer una pregunta en este sentido, una mirada feroz de su esposo, que la hizo estremecer, le indicó que era esa una pregunta vedada i que debia sellar sus labios en lo sucesivo. Como para complemento, Berta tenia sufrimientos de otra naturaleza; por mas esfuerzos que hacia, tenia un pensamiento cruel que sin cesar la atormentaba: lo que sus ojos habian visto el dia de su enlace en el momento en que recibia la bendicion, se le presentaba continuamente a su imajinacion. Todo reunido, como era natural, vino a despertar en su espíritu enfermizo i agostado una melancolía profunda que la minaba poco a poco i que cada dia se hacia en ella mas alarmante.

Por este tiempo, los "Cerrillos del Teno," célebre lugar que llena algunas pájinas escritas con sangre en la historia triste del bandalismo chileno, tenia preocupados los espíritus i era el tema de todas las conversaciones. Este lugar, excelente para madrigueras de bandidos, era casi diariamente el teatro de escandalosos robos, de crueles asesinatos. Contado era el viajero que, bastante osado, se atrevia a pasar solo por aquel lugar, pues era ésta una imprudencia que las mas veces se pagaba con la vida.

Cuantas medidas habian sido tomadas i puestas en práctica por las autoridades del lugar habian fracasado, pues, dirijidos por un hábil jefe, Juan Cisneros, los bandidos se creian invencibles. Hombre valiente i atrevido el caporal de bandidos, burlaba a sus perseguidores, vagando de provincia en provincia i siendo el azote de las ciudades i los campos. Para llevar a efecto sus picardías, Cisneros ya se servia del traje de mendigo, ya del de gran señor. En las novelas habia llegado a ser el protagonista i de su vida se contaban curiosas aventuras. Casi diariamente corrian en Santiago la noticia de su captura, resultando siempre falsa. Las autoridades, no encontrando otro medio mejor para capturarlo que ofrecer una buena prima al que lo hiciese, habian resuelto poner en todas las esquinas de calles un cartel con el letrero siguiente:

"Quinientos duros vale la cabeza de Cisneros."

De todos los puntos de la República, ajitando los diversos resortes de la astucia, se ponian las jentes en movimiento para prenderlo, pero nadie podia conseguirlo; por fin, el dia 2 de octubre se corria la voz en Santiago de que el famoso bandido habia sido capturado. Efectivamente, esta vez la noticia era verdadera, pues el

dia anterior, ocupado en nuevas piraterías, habia sido apresado en el valle de Rancagua i el dia 2, a las cuatro de la tarde, el reo estaba cercado por las murallas del presidio. Inmediatamente se levantó un sumario i habiendo confesado sus crímenes, el famoso bandido fué condenado a la pena capital.

El dia 14 de noviembre del mismo año, a las seis de la mañana, un piquete de veinte soldados sacaba de su húmedo calabozo a un reo condenado a muerte, para conducirlo al lugar del suplicio. Era verdaderamente lastimoso i conmovedor ver al bandido Cisneros, valiente e invencible ayer, hoi cubierto de grillos, la vista baja por el peso enorme de la vergüenza, arrastrado sobre un cuero de buei en direccion a los Tajamares. Cisneros, sin embargo, atravesó el largo trayecto desde la cárcel hasta el lugar del suplicio sin parecer conmovido, en medio del tumulto de jente que se agolpaba al rededor de los centinelas que lo custodiaban. Mas, al pasar por la puerta del templo de Santo Domingo, se estremeció; alguna idea importuna invadió, talvez, el cerebro del condenado a muerte, pues su mirada tomó repentinamente un tinte de crueldad i un movimiento nervioso se apoderó de sus miembros. El recuerdo de sus crímenes aparecia entónces al reo en toda su repugnante desnudez, cubria sus ojos de tinieblas i su corazon quedaba helado al contacto solo de la espina cruel del remordimiento. LosTajamares, teatro ya muchas veces de crueles escenas, pues el destino habia deparado a este lugar ser el sitio donde todo criminal veia la luz por vez postrera, estaban tétricos aquel dia; jente de todas clases, viejos, mujeres, niños, todos estaban allí apostados desde temprano para presenciar con extraña curiosidad la ejecucion del infeliz bandido. En medio de una plazoleta, se habia colocado una especie de tabladillo, cubierto con un manto negro, i sobre éste un banco de madera. Allí fué sentado Cisneros despues de haber atravesado por entre una larga fila de soldados. Un relijioso, que ya conocemos, el mismo que hace poco tiempo casó a Berta con Ramon de Albornoz, se acercó al criminal i comenzó a exhortarle; inmediatamente ocho soldados se apostaron a una distancia de diez pasos frente a Cisneros, esperando la señal del sacerdote para hacer fuego sobre el bandido. El fraile seguia exhortando al reo i de él se alejaba por grados, segun se acercaba el momento fatal.

Un silencio repentino, solemne, estableciόse entónces entre tanta jente reunida; las fisonomías inmóviles de todos aumentaba lo siniestro de aquel acto aterrador. El reloj señalaba las ocho de la mañana. El reo al oirlas se estremeció i comenzó a temblar como tiembla el náufrago que asido a un débil madero ve venir sobre él la ola que ha de sumerjirlo en el abismo de las aguas.

Una ajitacion repentina se dejó sentir en medio del tumulto de jente en aquel lúgubre lugar; en los momentos en que el fraile sacaba un pañuelo blanco para anunciar a los soldados que debian

hacer fuego sobre el reo, un coche llega precipitadamente i se detiene cerca del tablado. Un caballero, anciano ya, se baja del carruaje i su mirada se dirije directamente al tablado; el condenado a muerte, en medio de su estupor, mira tambien al caballero i se establece una especie de corriente eléctrica entre ámbas miradas, en la cual estaban mezcladas a la vez el arrepentimiento i la vergüenza, el reproche i la indignacion.

El caballero habia quedado clavado en su sitio, cual si fuera una estatua de mármol. Oyóse el conjunto de varias detonaciones i cayó exánime el cuerpo del bandido, i cual si alguna bala de las arrojadas a Cisneros hubiese atravesado el pecho del caballero, éste cayó tambien desplomado, al mismo tiempo que sus labios moribundos balbuceaban: "pobre hija, padre criminal."—Berta habia quedado en ese momento huérfana, viuda a los veinte años, i viuda de un bandido.

IV.

El esposo de la hija desgraciada de don Pedro de Novés o sea el bandido Cisneros, habia muerto, i en breve su recuerdo abandonaria para siempre la memoria de los hombre. El dia 15 de mayo de 1826 habia llegado i tocaba ya el fin de su carrera; era esa hora del crepúsculo en la que los rayos luminosos del astro del dia perdiéndose por el occidente, van dejando en medio de las sombras ciudades i campiñas, esa hora en que los recuerdos se agolpan en tropel confuso a las imajinaciones románticas, en la que el cautivo llora su falta de libertad i el desterrado jime por su patria i por su hogar. El hombre concluye de trabajar i el pájaro en su nido ya no cuenta a los otros sus amores. Las sonoras campanas de los templos comienzan su tarea, convidando a la oracion a todos los relijiosos habitantes de la ciudad. Tanto el rico como el pobre, el anciano como el niño, elevaban sus espíritus al Señor, i los que en aquellos momentos pasaban por las calles i oian el toque de la oracion, se paraban, descubríanse la cabeza con relijioso respeto al recordar la visita del ánjel a la salvadora del jénero humano i comenzaban a rezar el Ave-María. Solo uno de los templos de la capital se distinguia de los demas por el sonido de sus campanas, infundia mas respeto, era mas lúgubre, mas sepulcral....

En efecto, en el templo de los domínicos estaban doblando.... ¡Ah! Esto significaba duelo, muerte.... ¿Por qué en ese templo solo las campanas tenian ese sonido conmovedor? ¿Por qué enviaban al aire quejidos de melancolía? ¿Talvez seria el último adios, el eco del postrimer despido que se daba a alguno de los relijiosos del convento? Nó, ninguno de ellos habia cumplido aun

su mision sobre la tierra, ninguno de ellos habia rendido cuentas ante el Supremo Juez...., i sin embargo, enlutado estaba el templo, i aun los cirios que lo iluminaban, cubiertos tambien de negro, daban a la mansion de los devotos un aspecto pavoroso e impasibles las campanas continuaban llenando el aire con sonidos plañideros. ¿Qué se celebraba entónces? ¿Acaso el aniversario de la muerte de algun hombre importante?.... Eso será talvez, pues en medio de la iglesia se levanta un catafalco cubierto de negro enteramente ... Quince de mayo.... Nó, no puede ser, hace hoi precisamente un año que nos hemos encontrado en este mismo templo de Santo Domingo i presentaba en este mismo dia un aspecto del todo distinto. Flores, guirnaldas, lo adornaban entónces i ahora solo crespones, negras colgaduras.... Hace un año celebrábanse allí unas bodas, todo era alegría, todo placer.... ¿I hoi? Parece que tienen lugar unas honras....

¡Ah! ¡Cuánta diferencia i al mismo tiempo, cuántos puntos de contacto entre ámbas ceremonias!.... La primera tiene lugar en la aurora de la vida, la segunda en su ocaso. Padres, hermanos i amigos presencian siempre un matrimonio con rostros alegres i animados i todos hacen votos por la felicidad de los esposos. Los mismos asistirán mas tarde a las honras, pero con abatimiento i tristes rogarán por la felicidad eterna del que fué.

La dicha del matrimonio no depende sino de la eleccion mas o ménos feliz que se hace en el hombre, i la mujer, si ésta ha sido buena, sin duda alguna en el matrimonio será feliz, i desgraciado, si sucediere lo contrario; ¿i en las honras no vemos igual cosa? Si el hombre elijió el sendero del bien i caminó siempre por él, ¿acaso no se estrechará en el seno de la eterna dicha, de la eterna felicidad? ¡Ah! Son tales las semejanzas entre un casamiento i unas honras, que podríamos decir que en la segunda el hombre se casa con la muerte.... Pero, oigamos: un canto triste i lejano viene a herir nuestros oidos i parece que se acerca.

Una fila de caballeros, vestidos de negro, llevando en sus manos cirios encendidos, comienzan a penetrar al interior del templo; todos avanzan cabizbajos, todos meditabundos. El canto cesa a intervalos i se restablece el silencio, no oyéndose sino el ruido de las pisadas de la comitiva que sigue desfilando hácia el interior. El templo comienza a llenarse de jente que se acumula al rededor del enlutado catafalco. En medio de la comitiva avanza a pasos lentos un grupo de caballeros mas pensativos, mas tristes que los demas, llevando en sus manos plateados cordones, de los que cuelga un ataud. Los relijiosos que vienen en pos de él cierran el cortejo fúnebre, los que, despues de colocar el ataud sobre el féretro, lo rodean i comienzan en voz alta a recitar el oficio de difuntos. "Que sus culpas le sean perdonadas

i que duerma, Señor, el sueño de los justos," decian los relijiosos, al mismo tiempo que en el coro el armonium imitaba con sus sonidos la voz grave i acompasada de los ministros del Señor. Solo un fraile entre todos, solo uno, flaco i extenuado, i en cuyo rostro el llanto habia dejado impresos profundos surcos, parecia no acompañar a los demas en su lúgubre oracion; permanecia en silencio, como aturdido por las impresiones fuertes que ardian en su interior como las rojas llamas de una hoguera. El coro de sacerdotes continuaba en su monótono canto, i hé aquí que al terminarlo con la frase *Requiescat in pace*, el fraile, en el colmo del delirio i presa de una repentina desesperacion, se arroja sobre el catafalco, pronuncia a media voz el nombre de Berta, la lengua se anuda en su garganta, las fuerzas le faltan para sostener el peso de su cuerpo i cae desplomado pesadamente. Ese relijioso de rostro macilento no era otro que Luis de Ferrara, el jóven despreciado por don Pedro de Novés. Un año de la mas austera penitencia, encerrado entre las lóbregas murallas de un claustro, no habia bastado para apartar de su mente acalorada la imájen i el cariño que por largo tiempo habia llevado impresos en su corazon; pocos momentos de dolor quedaban reservados sobre la tierra al pobre fraile. Dos horas mas tarde, las murallas de una celda repercutian con los gritos de "Berta, Berta," confundidos con ayes lastimeros; era Luis de Ferrara quien los daba, al cerrar para siempre sus ojos a la luz. El cielo, que no habia querido unirlos en vida sobre la tierra, fué a unirlos en su seno, despues que la guardaña terrible de la muerte los habia tronchado el mismo dia.

Pocos dias despues se veia en el cementerio un modesto sepulcro i sobre una piedra de mármol el etipafio siguiente:

Una flor que fué en la tierra
Toda amor, toda virtud,
Yace aquí ya marchitada
Bajo fúnebre ataud.

El azadon que atrevido
Esta tumba cruel cavó,
La voluntad fué de un padre,
De un padre el fiero rigor.

Sobre este triste sepulcro
Jazmines i lirios blancos
Arroja tú, caminante,
Si llegases a pasar,

E invoca sobre esta losa
De hinojos una oracion
Por la mujer que una tarde
Se agostó como la flor.

Santiago, julio 18 de 1877.

ALFREDO GARMENDIA REYES.

LA DESPEDIDA DE LOS MARINEROS.

(DE VÍCTOR BALAGUER.)

Bañándose en oro i rosa
Despunta el alba galana:
Adios, costa catalana,
Que ya es hora de partir.
Como el ave que los vientos
Va con sus alas cortando,
Niñas, las olas surcando,
Vereis nuestro barco huir.

Para el marinero las nieblas undosas
En sus senos guardan perfume i dulzor;
Las borrascas fieras, trovas amorosas,
I la onda espumosa, palabras de amor.

¡Ohé!
¡Ohá!
¡A la mar!

¡Zarpa! ¡zarpa! Iza velas,
Que ya es hora de marchar.

Mécenme las ondas,
I en la mar me pierdo.
¡Pobre de mi amor!

Niñas de la costa,
Siquiera un recuerdo,
Si os place, i ¡adios!

En el mar evocaremos
De esas tierras las hermosas,
Con memorias cariñosas
I saludo fraternal.
A las aves confiaremos
Nuestras voces fatigadas,
Cuando vengan a bandadas
Sobre el mástil a posar.

De la mar inmensa la ondeante llanura,
Confiados al viento, vamos a surcar;
Mas vuestra belleza, mas vuestra hermosura,
Niñas hechiceras, no se olvidarán.

¡Ohé!
¡Ohá!
¡A la mar!

¡Zarpa! ¡zarpa! Iza velas,
Que ya es hora de marchar.

Mécenme las ondas,
I en la mar me pierdo.
¡Pobre de mi amor!
Niñas de la costa,
Siquiera un recuerdo,
Si os place, i ¡adios!

¡Cuán feliz, niñas hermosas,
Cuán feliz será aquel dia
En que llenos de alegría,
I al embate de la mar,
Veamos cuál se dibujan
Sobre nuestra amada tierra
La hermosa, dentada sierra
Del augusto Monserrat.

Cual las golondrinas que a su nido, un dia,
Surcando los mares, tornan con amor,

Tambien volveremos en paz i alegría
Al nido de vuestro jentil corazon.

¡Ohé!
¡Ohá!
¡A la mar!

¡Zarpa! ¡zarpa! Iza velas,
Que ya es hora de marchar.

Mécenme las ondas,
I en la mar me pierdo.
¡Pobre de mi amor!
Niñas de la costa,
Siquiera un recuerdo,
Si os place, i ¡adios!

ALBORADA.

(DE BALAGUER).

Ya han huido las estrellas
I la luna palidece
Entre el alba purpureada
Con que los cielos se prenden.

¡Ea, sús! que la gaita suena
Cantando al alba!
¡Ea, sús! que en medio del bosque
Canta la gaita!

¿Sabes por qué las estrellas
Desparecieron tan presto?
Por no hallarse con tus ojos
I sonrojarse de celos.

¡Ea, sús! que la gaita suena
Cantando al alba!
¡Ea, sús! que en medio del bosque
Canta la gaita!

Ya es hora, mi dulce amiga,
Ya es hora de dispertar.
Con el frescor de la aurora
Subamos al Monserrat.

¡Ea, sús! que la gaita suena
Cantando al alba!
¡Ea, sús! que en medio del bosque
Canta la gaita!

I trepando a la montaña
A la alondra escucharemos,
Que canta trinos de amores
Entre la tierra i el cielo.

¡Ea, sús! que la gaita suena
Cantando al alba!
¡Ea, sús! que en medio del bosque
Canta la gaita!

I así subiendo, subiendo,
Miéntras canta el ruiseñor,
Yo te diré: "Eres mi vida;"
I tú: "Soi tu corazon."

¡Ea, sús! que la gaita suena
Cantando al alba!
¡Ea, sús! que en medio del bosque
Canta la gaita!

Santiago, julio de 1877.

FRANCISCO CONCHA CASTILLO.

HILDA.

CUENTO FANTÁSTICO.

"Como me lo contaron os lo cuento."

I.

El pais de las aventuras misteriosas, la patria de las sílfides i las ondinas, el suelo predilecto de los encantadores i las magas, es la Alemania, la poética, la nebulosa Alemania. Sus selvas, tan antiguas como la tierra, tan negras como el infierno, son asilo de innumerables duendes i fantasmas: sus lagos i sus torrentes están poblados por mil hermosas ondinas; las orillas de sus caudalosos rios, siempre cubiertas de una neblina gris, están erizadas de fuertes castillos feudales, teatros de las mas increibles tradiciones.... ¿I qué mucho? En todos ellos reside algun diablo azul o algun blanco espectro, ya fije su mansion entre los pilares de sus góticas capillas, ya en sus revueltos subterráneos, ya entre sus desiguales almenas, ya en el húmedo panteon donde duermen con eterno sueño en sus tumbas de piedra los antiguos señores del castillo.

II.

Hai en la orilla izquierda del Rin una fortaleza de piedra, de que era señor hace trescientos años un baron mui poderoso. Tenia este baron una hija de dieziseis abriles. Hablando de ella, decia, en la crónica que escribió de aquella época el capellan del castillo, hombre ya asaz, contaminado con las nuevas doctrinas de Lutero, estas palabras: "La condesa Hilda es una viva imájen de su madre la baronesa Matilde, que pasaba por la mujer mas hermosa del imperio: sus ojos son del color del cielo en una mañana de primavera; su rostro delicado tiene la palidez de la luna; en su cabello, de un color rubio ceniciento, brillan reflejos arjentinos cuando los hiere la luz del sol; su cuerpo es tan airoso i flexible como una palma oriental. Hai ademas en toda su persona un

no sé qué de aéreo e ideal, que revela una celeste naturaleza. Tal es la condesa Hilda, hija única del baron Steinlonberg."

III.

No es extraño, pues, siendo tan perfecta Hilda, que estuviera su padre tan orgulloso con ella, i que la destinara allá en su mente a los mas brillantes partidos. Cuando la veia el anciano baron, en los escasos momentos que le dejaba libre la costumbre feudal de vivir en perpétua guerra con sus vecinos, arrodillada al pié de un crucifijo, cruzadas las manos sobre el pecho i los ojos húmedos de lágrimas, pedir al cielo que conservara la vida de su padre i rezar con fervor por su difunta madre; cuando la oia cantar con una voz tan dulce como la de los ánjeles, inclinada como una azucena sobre su arpa de ébano, las dulces baladas tirolesas, o la veia descifrar con una paciencia benedictina, para disipar los cuidados que anublaban la frente del poderoso baron, las crónicas de sus antecesores, manuscritas en iluminados pergaminos; cuando consideraba, en fin, que aquella delicada flor, aquel arcánjel de luz era el solo consuelo de su ancianidad, la única creatura que sabia con una sonrisa o una mirada de amor despejar su frente sombría como un cielo de invierno, entónces se la hubiera negado aun al mismo emperador de Alemania.

IV.

I con mas motivo a quien no fuera príncipe ni emperador. Porque, en efecto, debe ser cosa amarga para un anciano desprenderse del objeto mas querido de su corazon, dar a otro voluntariamente un pedazo de su alma, i no saber cuál será la suerte que le espera bajo la proteccion del hombre a quien le entrega. Si fuera evidente, como dicen, que todos nuestros afectos son hijos del egoismo, o sea un reflejo del afecto profundo que cada cual se profesa a sí propio; si estuviera bastante probado este vergonzoso secreto de la naturaleza humana, diríamos que el baron se amaba tanto que no queria exponerse a tener un disgusto viendo a su hija infeliz o malograda.

V.

Al emperador de Alemania tampoco le hubiera dado Hilda su mano voluntariamente, i en esto a lo ménos era de la misma opinion que su padre. Pero la hermosa niña amaba ya con aquella ternura inefable con que se ama a los diezisеis años, i cuando lo supo el baron, penetró en su alma la mas profunda amargura. Hasta entónces él habia sido el único objeto de los pensamientos de Hilda, el único sér por quien alguna vez se habia despertado sobresaltada en medio de la noche. Cuando conoció al que amaba su hija, sintió hácia él un odio implacable, i le maldijo en el fondo de su corazon.

VI.

Arturo, sin embargo, no era digno de ser aborrecido: Hilda le hacia mas justicia amándole con toda su alma. Era éste uno de aquellos jóvenes, blanco como la nieve, apasionados i novelescos, de que tanto abunda la novelesca Alemania; uno de aquellos séres sublimes i melancólicos, cuyo tipo se encuentra en Schiller i en Mozart, especie de ánjeles desterrados del cielo, condenados por una injusta fatalidad a vivir entre los hombres. Tal era el jóven Arturo.

VII.

Sus ojos, de un azul sombrío, húmedos i rasgados, se dirijian contínuamente al cielo con una expresion de amargura indecible, i se veia al mismo tiempo en su frente, de una blancura celestial, la mas profunda resignacion. Sus labios entreabiertos, como una rosa de verano, exhalaban un aliento perfumado i purísimo. Su rostro, perfectamente ovalado, mostraba aquella inocente serenidad que tanto nos hechiza en el semblante de los niños; i aunque era alto de cuerpo i gallardo como un mancebo, se traslucia en todo él una delicadeza mujeril.

VIII.

Así que, inútil será decir cuánto se amaban Hilda i Arturo: sus almas se comprendian como dos hermanas jemelas, i hasta

cierto punto formaban parte la una de la otra. Separarlas hubiera sido destruirlas, hubiera sido cortar el lirio de su tallo, arrancar al laud sus cuerdas sonoras. Sus dos almas unidas formaban una misteriosa armonía; su amor era una predestinacion, un efecto del irresistible influjo de las estrellas.

IX.

Estaba el cielo cubierto de nubes: algunos relámpagos amarillentos desgarraban de cuando en cuando su negro velo: un viento agudo i sonoro sacudia las altas ramas de los pinos, jigantes embozados en sus capas de escarcha. El reloj de un monasterio vecino acababa de dar las seis de la tarde, cuando atravesaba Arturo un bosque contiguo a la morada del soberbio baron. Caminaba el jóven a mui buen paso, pero volviendo atras la cabeza contínuamente i parándose para percibir el menor ruido: la palidez natural de su rostro estaba entónces aumentada por el terror supersticioso que le causaba la soledad de aquellos sitios.

X.

¡Triste soledad!—Arturo no temia hallarse con una partida de salteadores, ni ver de repente brillar sobre su pecho el puñal de un asesino: no temia extraviarse en aquel laberinto de árboles que tan perfectamente conocia; la próxima tempestad solo le causaba un leve sobresalto, i, sin embargo, su corazon latia apresurado como el de un ruiseñor cautivo entre las manos de un niño.

XI.

Porque cada árbol cubierto de nieve que veia a lo léjos le parecia un fantasma evocado de su sepulcro; a cada golpe que le daban al andar las ramas de los arbustos, creia sentir sobre su cuerpo la mano helada de algun duende. I no es extraño que así fuera: Arturo vivia en el siglo XVI, siglo de candor i de fé, de supersticion i de creencias.—Iba, pues, andando Arturo con no poco miedo, cuando llegó éste en su corazon al mas alto punto, al ver brillar entre las ramas, a la repentina luz de un relámpago, un bulto metálico que despedia reflejos de color de sangre.

XII.

Entónces toda la suya se le heló en las venas i quedó inmóvil, sin que le fuera posible dar un paso ni adelante ni atras: los reflejos azules de sus cabellos negros como el azabache se veian cubiertos de un sudor casi cuajado.—La oscuridad crecia por instantes i con ella el rumor del viento que arreciaba: volvió a herir la luz de un relámpago en el bulto metálico, i Arturo se estremeció de nuevo hasta la médula de sus huesos, porque en efecto, era supersticioso i débil como una mujer.

XIII.

No le era posible seguir adelante, i sin embargo sabia que Hilda le aguardaba en su ventana, desde la cual le habia prometido hablarle aquella noche, por estar ausente su padre. Se lo habia prometido en una carta que, confiada a un mensajero infiel, llegó primero a manos del baron de Steinlonberg que a las de Arturo. Este, por fin, se resuelve a seguir adelante: despues de haberse encomendado a la Vírjen María con todo fervor, arrodillado sobre la yerba encanecida por la escarcha, sigue su camino hácia el castillo, cuyas altas almenas se desprendian apénas a lo léjos del fondo adusto del horizonte.

XIV.

Sus labios pronunciaban el dulce nombre de Hilda: el sobresalto le hacia volver la vista atras a cada instante i apénas podian sostenerle sus rodillas. Cada vez que algun relámpago le descubria el objeto de su terror, cerraba los ojos como un hombre que conoce el peligro i se resuelve a no oponer resistencia. Al cabo de pocos momentos, al volver una senda, vió delante de sí, tan cerca que podia alcanzarle con la mano, un guerrero armado de punta en blanco; este guerrero era el baron de Steinlonberg.

XV.

—¿A dónde vas? le dijo con voz tan ronca i destemplada que Arturo creyó oir junto a sí la explosion de una arma de fuego.

¡Imprudente! ¡Pensabas poder arrebatar a un anciano el único consuelo de su vida!.... ¡Oh! ¡Maldicion sobre tí!

Apénas oyó estas palabras, sintió el desgraciado jóven penetrar en su pecho la punta helada de un puñal, i cayó al suelo como una flor arrancada por el huracan: un instante despues exhaló el último suspiro, con un sonido tan tenue i fujitivo como el que forma resbalando sobre las cuerdas del arpa una mano moribunda. Caia la lluvia a torrentes, i apénas tocó el suelo el cadáver de Arturo, le arrebató en sus aguas un arroyo desprendido de la mas cercana colina.... Entónces tembló a su vez el soberbio baron: un terror supersticioso embotó por un momento todas las potencias de su alma.

XVI.

En la noche de aquel mismo dia, estaba el padre de Hilda en un salon del castillo, acompañado del capellan cronista, que con una voz lenta i monótona iba leyendo en alta voz las sublimes palabras de la Biblia, heréticamente vertida en lengua vulgar. Ardia una encina entera en la inmensa chimenea de la estancia, i la lámpara de hierro, que pendia del techo, bañaba las paredes i los trofeos que la adornaban con una luz macilenta.

XVII.

Sumerjido estaba el baron en inquietas meditaciones, lo que se conocia por los movimientos bruscos con que se revolvia en su sillon, como un oso apresado en estrecha jaula: de cuando en cuando salia de su pecho alguno que otro ronco suspiro. Era ya bastante entrada la noche, i aquella hora avanzada, i la voz lenta del capellan i el suave calor de la chimenea, todo contribuyó a sumerjirle en una agradable modorra.

XVIII.

Frontero al sitial que ocupaba junto a la chimenea el padre de Hilda habia un sitial vacío. Entreabrió el baron los ojos al cabo de una hora de sueño, i no seria fácil decir lo que sintió al ver delante de sí, sentado en el sitial frontero al suyo, un guerrero vestido de armas negras, estrechando entre su brazos a la hermosa Hilda i al oir los nombres de ¡Arturo! ¡Hilda! suspirados

con amor por aquellos dos jóvenes enamorados. Al mismo tiempo resonaban en los oidos del baron estas palabras de la Escritura, pronunciadas lentamente por la voz severa del capellan: "I el Señor le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano grita desde la tierra hasta mí. Por lo cual ahora serás maldito en esta tierra, que ha abierto su boca para tragar la sangre de tu hermano derramada por tí."

XIX.

Es el caso que todo esto debia ser una ilusion de aquel padre celoso, porque Hilda entre tanto estaba sola en su estancia, tendiendo la vista por el balcon abierto sobre el espeso bosque, que hasta donde podia alcanzar la vista rodeaba el castillo. Apoyada la frente en la palma de la mano, cargados los ojos de ternura i de anhelo, llena su alma de inquietud, esperaba a su Arturo la dulce niña, sin saber a qué atribuir aquella tardanza.

XX.

Muchos motivos tenia Hilda para estar inquieta; pero era el mayor de todos saber que debian estar prontos a entrar en campaña para el dia siguiente todos los vasallos, en edad de tomar las armas, dependientes de aquella gran baronía; su señor feudal lo habia exijido así para terminar de una vez sus contiendas con otro baron no ménos inquieto i belicoso que él. Arturo era vasallo del padre de Hilda, no porque hubiera nacido en sus dominios, ántes bien nadie sabia quiénes eran sus padres, ni cómo o cuándo se habia establecido en aquellas cercanías; pero se hallaba en ellas, estaba en edad de tomar las armas, i fuese noble o villano, cosa que nadie sabia tampoco, era menester que al dia siguiente, al primer toque de los clarines, estuviese formado con los demas vasallos delante del castillo, bajo las banderas feudales del baron de Steinlonberg.

XXI.

A la tempestad de la tarde habia sucedido una de aquellas noches blancas i frias que tan jenerales son en los paises del Norte: parecia que la bóveda celeste reflejaba el color de un suelo cubierto de nieve. Mas de una hora hacia ya que estaba Hilda

en su balcon, sumerjida en mil vagas ideas, cuando vió a lo léjos acercarse al castillo con toda velocidad un bulto negro, que luego distinguió ser un hombre i un caballo que a toda carrera se adelantaban. Estaba el hombre cubierto de armas negras, i era el caballo del mismo color que las armas del caballero. En su gallardo porte, en la gracia de sus movimientos reconoció al jóven Arturo; pocos instantes despues una escala de seda reunió a los dos afortunados amantes. El caballo quedó atado a una argolla bajo el balcon de la doncella, golpeando las guijas del suelo con su ferrado casco.

XXII.

Creyó Hilda hallarse bajo la influencia de un sueño, cuando de repente, sin acordarse de haber salido del castillo, se halló sentada a la grupa del caballo negro que montaba Arturo, i sintió sobre su cintura la presion de una mano cubierta de hierro, que fuertemente la sujetaba: esta mano era la de Arturo. El i su amada cruzaban a caballo, con la rapidez del relámpago, colinas i selvas i llanuras inmensas, acercándose mas i mas a un horizonte oscurísimo, donde serpeaban en rápida vislumbre algunas ráfagas de luz. El cielo por lo demas estaba, como ántes, puro, blanco i sereno; pero la pobre Hilda se hallaba en una angustia inexplicable: pálida como la muerte, los ojos desencajados, seca i fria, los cabellos erizados, violentamente oprimida su linda boca con ámbos puños cerrados, temblaba la hermosa niña en los brazos de aquel misterioso espectro como la tímida gacela entre las garras del tigre....

XXIII.

Al choque de los piés del negro troton brotaban chispas del suelo, i por los ojos i por la boca arrojaba llamas azules i rojas: el mas profundo silencio reinaba en deredor, i ni aun se oia el ruido que hacia el caballo al galopar. Despues de haber andado dos horas por lo ménos, llegaron Hilda i Arturo a la entrada de una gruta; bañaba la atmósfera una media luz semejante al último crepúsculo de la tarde. Apeóse el caballero de las armas negras, i con jentil cortesía, puesta una rodilla en tierra i la otra doblada a guisa de estribo, ofreció su mano a Hilda i la ayudó a apearse del negro corcel.

XXIV.

Estaban los dos jóvenes a la entrada de la gruta, Hilda palpitando aun de terror, Arturo grave e inmóvil como una estatua de bronce.

—Hilda, Hilda, dijo éste con una voz tan triste i cavernosa, que parecia salir de un subterráneo, ¡vamos a separarnos para siempre! Dame tu mano, Hilda, deja que estampe mis labios en los tuyos.

XXV.

I quitándose la manopla de la diestra, presentó a su amada los dedos largos i nudosos de una mano de esqueleto,—i levantando con la izquierda el casco guerrero, dejó ver el cráneo pelado i la expresion sardónica de una calavera, cuyas huecas facciones, vistas a la luz de la luna, formaban un conjunto verdaderamente espantoso:—aquella calavera movia sus labios de hueso como si quisiera articular algun sonido. Dió entónces el espectro un paso para acercarse a Hilda; pero ésta, lanzando un grito de horror i sacando nuevas fuerzas de aquella sensacion profunda, corrió hácia la gruta i penetró en ella, delirante, frenética, como penetra en los abismos una alma criminal acosada por los espíritus infernales. Fué, sin embargo, aquella sensacion tan violenta como rápida, pues, familiarizada ya, por decirlo así, con las impresiones sobrenaturales de aquella noche, se recobró pronto i volvió la vista atónita a todos lados para reconocer el sitio en que se hallaba. ¡Cuál fué entónces su admiracion! Vió que era aquél una gruta fresca i hermosa, cubierta de algas i conchas marinas, en que se respiraba un ambiente puro, como el que refresca en las noches de verano el rostro de las hermosas sobre las aguas de los canales en las góndolas venecianas.

XXVI.

Oyó Hilda a corta distancia los ecos de una dulce armonía, lenta, melancólica i sublime; un concierto de arpas e instrumentos desconocidos unido a la acorde modulacion de algunos acentos mujeriles. Era un himno funeral, un canto de muerte lo que tan dulcemente sonaba; i a la horrible ajitacion en que hasta entónces se habia encontrado Hilda, sintió ésta suceder en su pecho un sentimiento de lánguida tristeza, inefable i profunda. Conti-

nuó adelantándose hácia el sitio de donde salian aquellos sonidos; pero sin duda debia estar mui lejano, o ir retrocediendo lentamente i sin que ella lo advirtiera, porque, aun despues de haber andado mucho, siempre se hallaba a igual distancia del término de la gruta. Sentia Hilda una especie de mareo, de aturdimiento; pero ni padecia, ni se consideraba desgraciada. Empezó de nuevo a circular la sangre en sus venas, i dos lágrimas de ternura humedecieron sus párpados. Llegó, en fin, al término deseado i penetró en una estancia cuyas paredes eran tan diáfanas i cristalinas, que no parecia sino que el éter del cielo las circundaba por todas partes. En un lado de aquella estancia vió una escena capaz de conmover un corazon de roca.

XXVII.

Un grupo de mujeres hermosas como serafines, reclinadas sobre arpas de cristal i veladas con blancos cendales i largas cabelleras arjentinas, rodeaba un túmulo formado de conchas i yerbas, sobre el cual yacía el cadáver de un jóven. Una mujer, mas hermosa que todas las mujeres, reclinado el cuerpo sobre el cadáver, le miraba con amor, humedecia con el aliento de su boca sus cárdenos labios i la frente pálida del mancebo, derramando al mismo tiempo sobre él un torrente de lágrimas. En el rostro de aquella mujer brillaba la ideal belleza de las ondinas; era una ondina en efecto. Un momento despues de haber entrado Hilda en aquella estancia, huyeron despavoridas al verla las jóvenes que con sus arpas de cristal llenaban el aire de una celeste armonía. Al ver el espectáculo que tenia delante, sintió Hilda abrirse de nuevo todas las llagas de su corazon, porque en aquel jóven muerto reconoció a su desgraciado amante Arturo. En su rostro, privado de vida, reinaba aquella serenidad celeste que tanto le embellecia en tiempos mas felices, pero examinándole de cerca se veian tambien en él algunas violentas contusiones, señales de su reciente agonía.

XXVIII.

—Ven, ven, dijo a Hilda la mujer que lloraba sobre el cuerpo de Arturo; ven, por tí murió este mi desgraciado hijo. Yo le recojí en mis brazos, porque me hallaba entre las aguas del arroyo junto al cual le asesinó tu inícuo padre. Ven, fatal mujer, ven; contempla tu víctima.—¡Mi víctima! exclamó Hilda: ¡oh! nó! nó! —I diciendo esto voló con los brazos abiertos hácia el fúnebre

lecho; pero no bien hubo tocado el frio cadáver, cuando, desplomándose a la voz de la ondina la gruta i el lecho, se sintió arrebatada llevando entre sus brazos a su perdido amante por una corriente impetuosa. Durante algunos minutos la persiguió como su sombra la imájen de la desolada ondina, que en pié a la orilla del agua, adelantándose con la misma velocidad que la corriente, aunque sin dar paso alguno, la miraba con una expresion indefinible de dolor i de ira. Desapareció por fin esta imájen, e Hilda, privada ya de sentido, se dejó llevar por la corriente sin soltar el cuerpo del infeliz Arturo.

XXIX.

Terrible fué la batalla en que el baron de Steinlonberg, resuelto a terminar de una vez sus desavenencias con otro caballero tan poderoso como él, perdió la mayor parte de sus soldados i todas las posesiones de su baronía, excepto el fuerte castillo situado en la orilla izquierda del Rin. Al fin de la prolija relacion de esta batalla, inserta en la pájina 542 de la ya citada crónica del capellan del castillo, se lee lo siguiente: "Serian las siete de la tarde, cuando el baron, perdida ya toda esperanza, se retiró del campo de batalla, seguido de algunos escuderos i del autor de esta crónica. No ménos rendido de cansancio que su señor, estaba el hermoso alazan andaluz del baron: tuvo, pues, éste que detenerse en un espeso bosque, distante como hasta tres millas de su fortaleza. Sentóse sobre la yerba a la márjen de un arroyo, i miéntras estaba sumerjido en sus amargas meditaciones, aumentó de repente la espantosa lluvia que durante todo el dia habian estado despidiendo las nubes. La corriente acrecida del arroyo, junto al cual descansaba el baron, trajo al cabo de pocos momentos entre sus aguas i depositó a sus piés dos cuerpos abrazados: uno de ellos era el de su hija única, la hermosa Hilda. No fué ya posible ocultarle el terrible secreto que yo sabia ya por acaso, i que hasta entónces habia podido guardar. ¡Infeliz!.... La noche del dia anterior entré en la estancia de la condesa Hilda, pero demasiado tarde por desgracia para evitar su temprana muerte. Aun no habia yo pasado el dintel de su puerta, cuando, a la claridad de la luna, ví a la hermosa jóven precipitarse desde su ventana en un raudal que corria a los piés del castillo, i en cuyas aguas vió la infeliz, que acababa de despertar de un largo i ajitado sueño, el cadáver de un jóven a quien amaba con toda su alma. Cuando acudí a sacarla de las aguas, a ella i al jóven se los habia llevado ya la corriente. Oculté esta cruel nueva al baron, esperando siempre que no seria mortal para su hija aquella caida, i tomando las mas minuciosas precauciones para descubrir

su paradero. ¡Pero todo fué inútil! Cuando volví a verla en el bosque donde estaba su padre ya era cadáver.... El desgraciado baron al verla perdió enteramente el juicio, i pocos meses despues murió de pesadumbre en el castillo de sus mayores."

Hasta aquí el texto histórico.

XXX.

No obstante la autenticidad de este documento, la tradicion popular ha conservado a la desastrada muerte de Hilda la explicacion fantástica que daba de ella el baron en sus raptos de delirio.- He matado, exclamaba, al hijo de una ondina, i la ondina se ha vengado ahogando a mi hija. El espectro de su amante la atrajo a la gruta fatal: ¡allí está! Ya se hunde la gruta!.... madre desapiadada!.... ¡Hilda! adios, adios!—I el miserable anciano, presa de aquella horrible vision, se moria lentamente.

El lector escojerá como guste entre la historia i la tradicion.

EUJENIO DE OCHOA.

HOJAS SUELTAS.

Ella fué quien lo dijo;
Me lo dijo al partir:
—"Ni tiempo ni distancia
Me apartarán de tí."

¿Cumpliste esa promesa
Que me hizo tan feliz?
¿Sí? ... ¡Dios mio! ¡en el mundo
Qué fácil es mentir!

1867.

La casa en que naciste
Hoi es ruïna,
Donde el viento nocturno
Bramando silva;
De tu pasado
Derruïdos escombros
Solo quedaron.

Donde, niña, jugabas
Tan placentera,
Habita inalterable
Muda tristeza;
La suerte ingrata
Desterró la alegría
De esa morada.

Mira el jardin paterno....
Secos los árboles....
No hai flores.... Yerba innoble
Ciega sus calles;
Lánguida, inerte,
Por el suelo sus guias
La vid extiende.

La mano, que otro tiempo,
Sobre esas flores
El agua derramaba,
Polvo tornóse.
¡Mano querida,
Que acariciaba amante
I bendecia!

Ahora pocos años,
¡Oh, cuán diverso!
Todo era aquí alegrías,
Risas i juegos.
¿A dónde es ido
El contento?— Fué sombra
Que se deshizo....

Murió la dulce madre;
Se dispersaron

Los hijos, que a una mesa
Vias sentados....
¡Ai! tan dichosos
Entónces.... ¡Hoi vertiendo
Lágrimas todos!

....
.....

Al evocar tan tiernas,
Tristes memorias,
¿No sientes que tu pecho
La angustia agobia?
¡Ai, pena amarga!
¡Ai, perdidas caricias
Que llora el alma!

Ese polvo querido
Que holló tu infancia,
Pobre huérfana triste,
Riega con lágrimas;
Llora conmigo
Aquí do en noche fúnebre
Reina el olvido.

El mal que te destroza
Tambien me hiere;
Tambien yo miro imájenes
De duelo i muerte;
I he visto ruinas
A cuyo aspecto tiembla
El alma mia.

¡Ai! que he visto apagarse
De los afectos
De mas felices años
El sacro fuego;
¡Santas memorias
Que sepultó una tumba
Bajo su losa!

Amargo es el pensarlo,
Doliente niña;

En este mundo todo,
Todo se olvida.
¡Ai del que espera
Grabar en los que amaba
Memoria eterna!

¿Por qué a esta lei escapan
Tu alma i la mia?
¿Qué hace que en el pasado
Entrambas vivan?
¡Ai! yo lo ignoro,
Mas vivir no quisiera
Cual viven otros!

1876.

ENRIQUE DEL SOLAR.

AYES PERDIDOS.

I.

Tus atractivos miré,
En tus ojos me perdí
I tus gracias adoré,
I jamás imajiné
Que estaba mi muerte allí.

Oí con arrobamiento
Tu voz de esperanzas llena,
Verdad la creí un momento,
Sin saber que era tu acento
El cantar de la sirena.

I alegre los dos vivimos,
I uno en otro nos miramos,

I cada vez que creimos
Que uno para otro nacimos,
¡Ai, cuánto nos engañamos! . . .

Yo en tus ojos me miraba,
Tú en los mios te veias,
En tí un cielo ya soñaba,
I jamás adivinaba
Que un infierno me traias.

Por fin, darme a conocer
Lo que eres, a Dios le plugo;
¡Quién habia de creer
Que me ocultase un verdugo
El disfraz de una mujer!....

II.

¡Lástima grande!

Es tu semblante el modelo
De una Vírjen de Murillo,
De seda i oro es tu pelo,
I hai en tus ojos el brillo
I la tersura del cielo.

Tus cejas velan apénas
La mirada trasparente
Con que a tantos encadenas,
I es un búcaro tu frente
De alelíes i azucenas.

Tu boca es una sortija
Que gasta envidiadas perlas,
I solamente con verlas
No hai alma que no se aflija
Porque no puede cojerlas.

Tu seno ondulante i leve
Se ajita con la emocion

Que voluptuosa la mueve,
I va diciendo su nieve
Que está allí tu corazon.

Tu figura es noble, esbelta,
I gallarda tu cintura,
Tu marcha es lijera, suelta,
Elevada tu estatura
I en nubes de incienso envuelta.

Al verte, ¿quién habrá que no se ablande?
Bello es tu cuerpo, bella tu cabeza,
I ¡todo es bello en tí!—*¡Lástima grande*
Que no sea verdad tanta belleza!....

III.

Tengo una duda crüel,
Duda que el alma traspasa,
Duda que enciende i abrasa
Mi pecho empapado en hiel.

Sobre ella te interrogué:
Tú contestaste jurando,
Pero yo seguí dudando,
I dudo i pierdo la fé.

Tú me respondiste:—Nó.
El alma me dijo:—Sí.
I por desgracia, ai de mí,
Nunca el alma me engañó.

—A ese hombre, tú me decias,
Jamás podré distinguirle.—
Pero yo te ví seguirle
Sin saber que le seguias.

Así en la duda se abisma
El alma, i duda ha de ser:

¿Cómo te puedo crëer
Si te engañas a tí misma?

Por eso, al ver tu hermosura,
Con mi amor lucha la ira,
Hasta saber si es mentira
Lo que de tí se murmura.
. . . . . .
. . . . . .

No te nombro, i no te asombre
Que calle, sé que te agravio;
Mas, temo manchar mi labio
Con las letras de tu nombre.

IV.

Cuando te miran mis ojos
Los tuyos vuelves a un lado,
Tu blanca mano retiras
Cuando la mia te alargo;
Si yo me acerco, tè alejas,
No respondes si te llamo;
Si yo defiendo una cosa,
Defiendes tú lo contrario;
Si estoi triste, estás alegre,
Te ries si vierto llanto;
Cuando repartes finezas
Siempre soi yo el olvidado;
Si hablo mucho, te fastidio,
Me encuentras soso si callo;
Desdenes sobre desdenes
Vas sobre mí amontonando:
No conozco un sentimiento
De crueldad mas refinado.

Alma de hielo, corazon de piedra,
Pelo de oro, voluntad de mármol,
Esa eres tú, para tormento mio,
Figura de ánjel, corazon de diablo.

V.

Non est dolor ...

I yo te adoro, sí: en tus ojos bellos
Inflamarme deseo en santo ardor,
I enredadas dejar de tus cabellos
Las trizas de mi ansioso corazon.
I cada desden tuyo, cada fria
Mirada que desplomas sobre mí,
Es una puñalada, una agonía
Aguda, lenta, bárbara, sin fin.
Cual la mia no existe pena fuerte,
Ni se encuentra un dolor cual mi dolor:
Sé que quererte a tí es querer mi muerte,
I esta muerte doquier buscando voi.
I si un dia esta muerte me faltara,
Si este tormento un dia no sintiera,
Mi espíritu infeliz se aniquilara
I la vida que arrastro aborreciera.
¡Vida de muerte, porvenir desnudo,
Esperanza sin fé! .... ¡I aun he de amarte! ....
¿Por qué te conocí? .... ¿Porqué no pudo,
Antes de verte, un rayo aniquilarte? ....

VI.

Tiene el hielo un sol radiante,
La piedra una gota de agua,
Tiene un iman el acero,
Tiene el hierro ardiente fragua,
Tiene el diamante un crisol,
Tiene el océano playas,
Tiene cristales el rayo,
Tiene la tormenta calma;
I todos los elementos,
Aire, tierra, fuego i agua,
Tienen su contra, su dique,
Que les detiene o ablanda:
¡Solo mis penas no tienen
Dique alguno, ni esperanza!
¡Solo tú, para ablandarte,
Jamás has tenido nada! ....

VII.

Los celos son unos monstruos que nacen i se alimentan de sí mismos.

(SHAKESPEARE.)

I yo te adoro, sí.... I en mi delirio
Quisiera poseerte eternamente,
I quisiera imprimir sobre tu frente
El ósculo indeleble de mi amor.
Quisiera prescindir del mundo entero
I todas mis canciones dedicarte,
I en mis brazos frenético estrecharte
Respirando tu aliento embriagador.

Quisiera destrenzar una i mil veces
Tu rubia cabellera juguetona,
I quisiera ceñirte una corona
De espléndida, celeste, áurea luz;
Tenerte con cien llaves encerrada
Léjos del mundo i sus amargos duelos,
Que de todo en el mundo tengo celos,
Me enoja todo, si no eres tú.

Tengo celos del traje en que te envuelves,
Tengo celos del aire que respiras,
Del hombre que al pasar, curiosa miras,
La vista dirijiendo a tu balcon.
Tengo celos del lecho en que descansas,
De la amiga que besa tu semblante,
Del galan con quien bailas anhelante
El jiratorio vals arrobador.

Tengo celos del májico abanico,
De la gasa que oculta al ojo ajeno
Los nevados contornos de tu seno
Que abulta juvenil ansiedad.
Tengo celos del libro con que pasas
Las horas entregada a la lectura,
¡I hasta celos me da la sepultura
En que debes un dia descansar!

VIII.

Por fin ya cesó el rigor
Que entristecia mi historia,
Ya puedo cantar victoria
En la lucha del amor.

Todo tiene su final:
El amor es solo un nombre,
I como es mortal el hombre,
Todo en el hombre es mortal.

Por algo se inventó el ruego
Que el hombre a los cielos fragua,
Por algo ha de ser el agua
La vencedora del fuego.

Por eso mi salvacion
Hoi ya alegremente canto,
Porque el agua de mi llanto
Se ha caido al corazon.

Apénas llegué a mirarte,
Tu hermosura comprendí,
I fuí débil, i caí
En la falta de adorarte.

Me hiciste sufrir sin cuento
El mal que en tu mal arguye,
I como todo concluye,
Concluyó mi sufrimiento.

Anjel te llegué a creer,
No me comprendiste, i ví
Que solo existia en tí
Lo vulgar de la mujer.

Esta triste realidad
Me sacó del parasismo,

I médico de mí mismo
Dominé la enfermedad.

Ya no hai gracia que me asombre
En tu rostro, ayer querido;
Ya vuelvo a ser lo que he sido,
Ya soi digno de ser hombre.

Ya podré ver sin pasion
De tu cara el sol fuljente,
I mirarte frente a frente
Sin que tiemble el corazon.

Ya es inútil que me arguya
Tu obstinada tiranía,
Que siempre mi mano, fria
Sentirás entre la tuya.

Por tí me llegué a morir,
Pero estoi avergonzado,
Que no sé cómo he pasado
¡Tanto tiempo sin vivir! . .

IX.

¡Adios, mujer, sirena engañadora,
Marmóreo corazon, tumba de un alma,
Música regalada i seductora,
De un mártir del amor la amada palma! . . . .

Ya todo concluyó: ya mi agonía
En tranquilo reposo se trocó;
Ya no queda una nota al arpa mia,
Ni un suspiro le queda al corazon.

¡Adios, por siempre adios! Reconocido
A tus desdenes bárbaros estoi,
Que no será mi amor, amor perdido,
Cuando en sentidos versos se exhaló.

Yo al mundo los daré: de boca en boca
Fáciles i sonoros correrán,
Como corre veloz de roca en roca
Del ancho rio el límpido raudal.

I todos, al leer la triste historia
De un amor que tan bien supe sentir,
A la cumbre alzaránme de la gloria,
El desprecio arrojando sobre tí.

Mas, ¡qué digo!.... Nó, nó: la turba ilusa
Dirá, al sentir mi inspiracion inquieta:
—No fué su amante, pero fué su musa....
¡Gloria a la musa del feliz poeta!—

I al comprender cuánta ternura abarca
Toda una vida de pasion sin fin,
Serás como la Laura del Petrarca,
Serás como del Dante la Beatriz.

¡Adios, por siempre adios!.... No importa nada
Que me consuma en eternal dolor,
I vaya abandonando en la jornada
Pedazos de mi roto corazon.

No importa que mi alma, a tí sujeta,
Estalle con la furia de un volcan:
La gloria es el consuelo del poeta,
I gloria tus desdenes me darán.

X.

Cinco años despues.

De la doliente i borrascosa historia
Que amargó la existensia transitoria
De un mísero mortal:
Solo queda ya el eco de un lamento,
Un firme altar, un doble juramento
I un tálamo nupcial.

JUAN TOMAS SALVANY.

SOL DE OTOÑO.

¡Oh qué rayo de luz! ¡Oh qué armonía
Mi frente iluminó!
Hirió del corazon la ardiente cuerda
I en éxtasis lo alzó.

Así el agua que duerme sosegada
En el profundo mar,
A la horrísona voz de la tormenta,
De súbito bramar

I alzarse vese al cielo, dominando
Su oscuro pedestal,
Con montañas de espuma voladora
Que lleva el huracan.

¡Oh qué rayo de luz! ¡Oh qué armonía
Tras tanta oscuridad;
Canciones de otros tiempos, olvidadas,
Mis sueños arrullad.

Al alma adormecida, vuestras notas
Son himno celestial,
I dulces como el vuelo las aves
I el ósculo de paz.

¡Oh qué rayo de luz! ¡Oh qué armonía
Mi frente iluminó!
De juventud en olas palpitantes
¡Navega corazon!

Junio 5 de 1877.

WENCESLAO SMITH.

CUENTO MATERNAL.

¿Quieres que te cuente un cuento?
Pues escucha, niña mia:
Erase una pobre madre
Que tuvo solo una hija,
La que, estando enamorada,
Nada a su madre decia ...
Pero, ¿por qué palideces?
¿No te gusta el cuento, niña?

Al mancebo mas gallardo
De todas las cercanías,
Engañada con promesas,
Le daba a la reja citas;
I miéntras su pobre madre
Tranquilamente dormia....
Mas, ¿por qué te pones triste?
¿No te gusta el cuento, niña?

Convinieron que una noche,
Sin ser de nadie sentida,
Por marcharse con él, ella
Su casa abandonaria,
Abandonando a su madre
Miéntras durmiese tranquila....
Mas, dime, ¿por qué sollozas?
¿No te gusta el cuento, niña?

I llegó la noche aquella
I la hora convenida....
I el mancebo la esperaba....
I ella.... no acudió a la cita,
Porque contándola un cuento
Su madre la entretenia....
Mas, dí.... ¿por qué estás llorando?
¿Con que es cierto el cuento, hija?

J. A.

LECTURA DADA EN EL CIRCULO CATOLICO.

Julio 25 *de* 1877.

Señores:

En medio de la guerra universal que mueven en el dia a la Iglesia católica los errores i los vicios humanos, hai un hecho capital que debia ser el estudio preferente de los hombres de fé: la actitud de los gobiernos de las naciones católicas respecto de la Iglesia.

Los mas graves daños que la Iglesia recibe desde un siglo atrás, las aflicciones mas hondas que soporta, le están viniendo de parte de los poderes públicos, precisamente de naciones que son casi en su totalidad católicas. En Europa i América, con instituciones representativas, que dejan los destinos de la sociedad en manos del pueblo, esas naciones, sin embargo, por una especie de aberracion sin nombre, elijen i mantienen en el poder justamente a los enemigos francos o solapados de la Iglesia. Los católicos, teniendo el derecho i el deber de influir en los negocios públicos, por una abstencion culpable, los abandonan a sus adversarios, o por una indiferencia, mas culpable todavía, contribuyen a poner en manos de los enemigos de su fé todos los poderes, para que hagan en seguida una guerra eficaz a los mismos principios que forman su credo relijioso.

Si el órden político, para que sea justo i lejítimo, debe ser un reflejo del órden social, ¿cómo se explica que en casi todos los paises católicos en que el sentimiento relijioso está inoculado en todas las venas del cuerpo social; donde la impiedad no vive sino por excepcion i en minoría, estén, sin embargo, los poderes públicos en manos de nuestros adversarios? ¿Cómo se explica que casi todos los dias, principalmente en el órden de los hechos políticos i administrativos, nos veamos obligados a ceder el terreno a una minoría sistemáticamente contraria a nuestros principios i a nuestros intereses?

Como os decia no ha mucho, podríamos exclamar con mayor razon que Tertuliano, cuando hablaba de los cristianos de su tiempo: "Si por algun accidente pudiésemos desaparecer o retirarnos ¿qué quedaria en el Estado? El desierto." Si es, pues, un hecho que constituimos la inmensa mayoría; si en Chile, si en América, si en la misma Europa, la familia católica es la mas numerosa i la mas antigua de todas ¿ocupa el rango que le pertenece en los gabinetes de los gobiernos, en las asambleas parlamentarias, en todos los terrenos en que se conquista el imperio de la opinion pública, i desde donde se dirijen los destinos de la sociedad?

I.

Echad una mirada por todo el orbe católico i vereis con asombro i con dolor que en parte alguna ha sabido conservar su rango. Abandonados a una confianza ciega i estéril, los católicos han dejado en todas partes que la revolucion irrelijiosa vaya ocupando todas las alturas que ellos no han cuidado de conservar, sin advertir que en política es profundamente exacto lo que Mazarino hacia observar a Jacobo II cuando salia de Inglaterra: ,'Decid a vuestro rei que el que deja su lugar lo pierde."

"La vida pública, decia Montalembert, esta gloriosa herencia de las naciones adultas, este réjimen de libertad i de responsasabilidad que enseña al hombre el arte de confiarse en sí mismo, es lo que mas falta a los católicos modernos. Excelentes en la vida privada, sucumben de ordinario en la pública, i están por todas partes supeditados, pospuestos, intimidados o vencidos por sus enemigos, sus adversarios o sus opresores: aquí por los incrédulos, allá por los protestantes; hoi por los demagogos, mañana por los déspotas.

"En la vida pública, ser católico es vivir ausente i confiarse en Dios. Es preciso que renazca la antigua divisa cristiana: *Ayúdate, que el cielo te ayudará. Ayúdate*, tú solo, es la divisa del orgullo racionalista, que no cuenta sino consigo mismo; *el cielo te ayudará* es la divisa de la pereza i del fatalismo, que buscan un pretexto para escusar todo peligro i todo sacrificio; pero *ayúdate, que el cielo te ayudará*, es la verdadera divisa de la fé cristiana, de los hombres de corazon que creen en el cielo i saben que para tener un lugar en él es preciso haberlo ganado."

Merced a esta imprevisora indolencia ha venido verificándose ese extraño fenómeno de que los mandatarios de las naciones católicas sean de ordinario los enemigos francos o encubiertos de la misma verdad católica. Ayudados, mas que por su habilidad o por su audacia, por la desercion o la silenciosa complicidad de

la pereza i del egoismo de los hijos de la Iglesia, se han ido adueñando poco a poco del gobierno de los pueblos, hasta el punto de que hoi dia, con la sola excepcion de la Béljica, no conozco gobierno alguno que pueda merecer el nombre de católico.

En esa misma Béljica, que forma por ahora no una excepcion completa, sino una excepcion a medias, de la regla jeneral, ved lo que decia a sus conciudadanos el célebre baron de Gerlache en agosto de 1863:

"Los católicos se encuentran en pequeñísima minoría en todos los cargos públicos de Béljica, aunque la masa de la poblacion es católica. Esta es una enormidad debida a la dispersion i abstencion de los católicos en la vida pública. Un católico debe mantener en todas partes i en todas circunstancias alto i firme su estandarte, porque es con él con el que vencerá: *in hoc signo vinces*. Los católicos belgas son débiles porque se desconocen entre sí, viven aislados los unos de los otros i casi sin medios de defensa."

"Obrad, pues, pronunciaos; sabed que como ciudadanos i como cristianos, estais obligados a ello. ¿Cómo con tal constitucion i tales libertades como las de Béljica os quejais de las usurpaciones de un poder hostil a vuestra relijion? Quejaos de vuestra desidia, de vosotros mismos i no de vuestros adversarios. Ellos hacen su papel; haced el vuestro. Tenemos nuestra suerte en vuestras manos. Si nuestras instituciones son desnaturalizadas, si somos perseguidos, no es sino por nuestra culpa. ¿Por qué nos dormimos en el momento del combate? Tengamos siquiera el valor de defendernos i cumplamos el deber de defender lo que creemos la verdad i el bien."

Iguales i merecidos reproches dirijia a los mismos belgas, en el congreso católico celebrado en Malinas el año 1863, el eminente cardenal Wisseman, primado de la iglesia de Inglaterra. "La Inglaterra, decia, no envia a la cámara de los comunes mas que *un* solo diputado católico, porque somos una minoría en la nacion; miéntras que vosotros formais la nacion entera: casi todo vuestro cuerpo electoral es católico, i, sin embargo, a todos vuestros oradores en esta grande asamblea oigo decir que los católicos de Béljica son víctimas de enormes injusticias; que cada año se os despoja de algun derecho, que vuestras libertades relijiosas son despreciadas; que sois oprimidos. Pero, permitidme que os pregunte ¿por qué sois oprimidos? ¿Es acaso por la violencia de alguna invasion extranjera, contra la cual no habeis tenido tiempo de preparar vuestras armas? Nó; los ataques os vienen de parte de las autoridades que el pueblo ha constituido para gobernar a la nacion. Pero el pueblo sois vosotros mismos, i sin duda que podeis dar a vuestras propias fuerzas la direccion que os convenga. Abstenerse en semejante posicion es abdicar la vida política, es condenarse voluntariamente a una especie de sui-

cidio. Seria haceros una injuria admitir por un instante que los católicos belgas puedan dejarse dominar por un cobarde desaliento."

I bien, lo que pasaba en Béljica, única excepcion hoi dia, aunque no sea una excepcion completa, de pueblos católicos gobernados por autoridades anticatólicos, pasa de una manera mas deplorable en el resto del mundo. No puedo excusarme de recordaros lo que los Padres del cuarto concilio provincial de Quebec se creyeron en el imprescindible deber de advertir a los fieles del Canadá en 1868, a propósito de esta indiferencia de los católicos en la vida pública, i apesar de que los católicos canadienses son los que, como los belgas, han sabido mostrarse mas activos, mas celosos i previsores en esta materia.

"Hombres que quieren engañaros, os repiten que la relijion no tiene nada que ver con la política. No pudiendo o no atreviéndose a negar la existencia i la importancia de la moral, quisieran restrinjir su objeto a la vida privada. En ésta reconocen que no es permitido pensar o hablar de un modo irracional, obrar sin verdad, sin honor i sin pudor. Pero desde que se trata de la política o de la vida pública, estos mismos hombres nos reprochan porque reprobamos la conducta indebida que observan."

"De esta manera quieren desterrar a Dios de la sociedad civil i emanciparse de su lei santa en la conducta pública. Se olvidan de que el mismo Dios que debe juzgar a los individuos es el que juzga a los pueblos i que no nos pedirá cuenta solo de nuestros actos privados, sino tambien i con mayor razon de nuestros actos públicos, de aquellos que tienen mayor influencia i alcance, porque afectan a la sociedad entera, Hombres que encuentran su interes en extraviar al pueblo, para hacerlo servir mejor de instrumento a su ambicion, han establecido desde luego ese falso principio de que la relijion no tiene nada que hacer con la política; en seguida han sostenido que para determinaros a la eleccion de un candidato no teniais otra regla que seguir sino vuestro antojo i el capricho de vuestra voluntad; i en fin, dejando a un lado toda verdad i toda justicia, han llegado hasta permitirse decir que es lícito hacer todo lo que sea capaz de hacer triunfar el candidato de su eleccion.

"Acordaos que estais obligados a trabajar por el bien social, i a intervenir, usando de vuestros derechos, en la eleccion de vuestros mandatarios. Acordaos que Dios juzgará un dia vuestras elecciones: os pedirá cuenta de vuestras intenciones, de vuestro sufrajio, de vuestras palabras i de vuestros actos en el ejercicio de este importantísimo derecho. Al mismo tiempo que la constitucion os da el derecho de elejir a vuestros mandatarios, Dios os impone la obligacion de usar de esta libertad en obsequio del bien público, i de no dar vuestros sufrajios sino a hombres capaces de procurarlo i dispuestos sinceramente a ello.

"De aquí resulta otra obligacion para vosotros, la de contraeros a conocer bien a aquellos que pretenden vuestros sufrajios. Cometeriais una grave culpa delante de Dios i de los hombres si diéseis vuestro voto al primer advenedizo, sin informaros de los principios que profesa i de la conducta que observa. Para cuidar vuestros intereses relijiosos i civiles no podeis emplear a un hombre que no sea relijioso i de una probidad a toda prueba. ¿Qué confianza podriais tener en un impío que no hace caso de la conciencia, de la relijion ni de Dios mismo?"

II.

Hé aquí, señores, los llamamientos incesantes que desde tiempo atras i en todas partes se dirijen a los católicos, en presencia de su conducta imprevisora i de los males que aflijen a la Iglesia. Por fortuna, estos llamamientos no han sido estériles i comienzan a producir sus frutos.

Los católicos, confiando demasiado en su número i en la solidez de los cimientos seculares sobre que reposaban las instituciones de los pueblos cristianos, desdeñando los esfuerzos con que la relijion ha venido zapando esos cimientos, no se han apercibido del peligro, sino cuando las grandes catástrofes políticas i los hondos sacudimientos sociales han venido a despertarlos de su funesto sueño i a mostrarles que el cetro de los pueblos habia pasado a manos de sus enemigos. Recien entónces han visto que su desarme era completo, recien entónces han calculado la enormidad de su falta i que era preciso emprender una obra de reconstruccion social, tan difícil como lenta.

La tribuna, los comicios populares, la prensa, la asociacion, esas máquinas de guerra con que se alcanza el imperio de la opinion en las sociedades modernas, esos poderosos elementos de lucha i de triunfo, especialmente la asociacion, que es como la madre de todos los otros, porque la union da la fuerza i porque ella es la fuente mas fecunda de las obras humanas, habian permanecido para los católicos como recursos desconocidos e ignorados.

Este fenómero era tanto mas extraño, cuanto que la Iglesia misma i sus congregaciones relijiosas eran un ejemplo vivo de la necesidad i del poder incalculable de la asociacion, en todas las edades.

La intensidad del mal trajo al fin el remedio.

Fueron los alemanes, segun creo, los primeros que en Europa dieron el ejemplo de estas asociaciones destinadas a congregar a los laicos para discutir en comun sus intereses relijiosos, para favorecer entre ellos el espíritu de union i de fraternidad cristia-

na; para adiestrarse en las luchas de la vida pública, prestar una cooperacion eficaz a los trabajos del clero i formar lo que se llama el apostolado laico del catolicismo.

Movidos talvez por el despedazamiento de sus numerosos Estados, los católicos alemanes sintieron acaso con mayor fuerza que en otras partes, los funestos efectos de la dispersion i el aislamiento en que vivian; la deplorable debilidad, nacida de su falta de concierto, de organizacion i desciplina, i se pusieron los primeros a la inmensa obra de reparacion cristiana en la esfera de los negocios públicos.

Cuando en 1848 la Alemania se vió ajitada por movimientos convulsidos, hijos de la revolucion de Febrero en Francia, los católicos alemanes se persuadieron de que era urjente reunirse para luchar con éxito contra los peligros de la situacion, combatir los principios antisociales de las sectas i defender vigorosamente la relijion i la sociedad amenazadas. Organizáronse en el acto en Mayencia i en Aix-la-Chapelle asociaciones populares con el nombre de nuestro inmortal Pontífice Pio IX, con el objeto de reunir en ella a los hombres de letras i a los hombres de negocios, a los hombres de intelijencia i de patriotismo, capaces de comprender la inmensidad de los peligros sociales i capaces de servir por su abnegacion i sacrificios los intereses de la relijion i de la patria a un mismo tiempo. Antes de seis meses estas *Asociaciones de Pio IX* se habian extendido i multiplicado con asombrosa rapidez por casi todas las ciudades importantes de Alemania, contando en su seno a lo mas escojido de la juventud i a una verdadera falanje de hombres importantes.

La fiesta de la restauracion de la Catedral de Colonia sujirió la idea de convocar una asamblea jeneral de todas las asociaciones de Pio IX, idea que encontró la mas entusiasta acojida, i el 3 de octubre de 1848 tuvo lugar en Mayencia la primera asamblea jeneral de los católicos.

Delegados de todas las comarcas de Alemania afluyeron ahí animados de un fervor desconocido. Por la primera vez, despues de la Reforma, los católicos de Austria, Prusia, Baviera, Sajonia, Hanover i otros Estados alemanes, se veian reunidos a la sombra de su comun estandarte. Desde entónces quedó constituida la union de todas aquellas asociaciones bajo el nombre de *Union Católica Alemana*, que continuó reuniéndose todos los años, tomando cada dia mayor incremento i dando nacimiento i vida a un sinnúmero de instituciones benéficas.

Aprobada por el ilustre Concilio de los obispos alemanes de Wurzbourg, bendecida i alentada por el Santo Padre Pio IX, la obra no tardó en adquirir una poderosa vitalidad.

En esa misma asamblea de Mayencia se inauguró solemnemente la Sociedad de San Vicente de Paul.

La segunda asamblea jeneral, reunida de Ratisbona, en octu-

bre de 1849, fundó la asociacion de San Bonifacio, que ha realizado todas buenas obras en favor de los católicos que se encontraban diseminados entre las poblaciones protestantes del Norte.

La cuarta asamblea jeneral, que tuvo lugar en Lintz, de Austria, en setiembre de 1850, fundó una asociacion para el arte cristiano.

La quinta asamblea jeneral, que se reunió en Mayencia, en octubre de 1851 i donde estuvieron representadas treinta diócesis de los paises alemanes, vió la creacion de la admirable obra del canónigo Kolping, de las asociaciones católicas de obreros, de que os hablaré mas adelante.

La sexta asamblea, reunida en Munster, en Westphalia, en setiembre de 1852, resolvió la fundacion de una Academia católica, que ha visto brillar en su seno a muchas ilustraciones científicas i literarias.

La séptima asamblea, reunida en Viena, en setiembre de 1853, acordó la fundacion de una Universidad católica.

La novena asamblea, reunida en Salzbourg, en setiembre de 1857, constituyó, sobre bases sólidas i en una vasta escala, la grande obra de la prensa católica.

La décimaprimera asamblea, reunida en Fribourg, en setiembre de 1859, tuvo la satisfaccion de recibir a los delegados de las asociaciones católicas suizas, creadas a impulso del movimiento de Alemania, unidas igualmente en un centro comun, bajo el nombre de *Pius Verein*, i que en 1863 llegaban ya al número de *ciento veinte*.

La décimacuarta, reunida en Aix-la-Chapelle, en setiembre de 1862, resolvió la fundacion de una nueva Universidad libre, con las dádivas cuantiosas erogadas por los católicos alemanes.

La abundancia de la materia i la brevedad del tiempo me permite apénas apuntar las jigantescas empresas acometidas i las innumerables obras realizadas por los esfuerzos i sacrificios simultáneos de tantos individuos asociados para el bien, por la accion colectiva de tantas almas jenerosas i abnegadas, unidas para la santa cruzada.

"Hemos colocado nuestras asambleas, dice el doctor Lingens, de Aix-la-Chapelle, bajo el patronato de la Santísima Virjen María; i a su patrocinio i a la oraciones que hemos pedido desde nuestra primera reunion, debemos atribuir los consoladores resultados de nuestra obra. Si nos penetramos honda i francamente del espíritu cristiano, daremos un gran paso en la rejeneracion de todos los paises de la Alemania, nos ganaremos a nuestros hermanos separados i uniremos las diversas nacionalidades jermánicas en la única i verdadera union, la de la Iglesia Católica. *Omnia ad majorem Dei gloriam.*"

Me permitiré, sin embargo, decir algunas palabras sobre las

asociaciones de obreros fundadas por el canónigo Kolping. El mismo habia sido artesano i conocido personalmente los peligros que corren la fé i la moralidad de los obreros, abandonados a sí mismos; i se dijo: "Puesto que la Providencia me ha salvado de todos estos peligros i me ha concedido la gracia de llegar a ser sacerdote, quiero consagrar mi vida a mis antiguos compañeros de trabajo."

Para ello acudió al poderoso recurso de la asociacion. Comenzó en Colonia en 1851 a reunir todas las noches en su casa a cuatro o cinco artesanos para conversarles del interes que debian tener por llegar a una condicion mejor i por procurar el bienestar de sus familias por medio de una sabia economía, de una conducta honorable i de la perfeccion de sus conocimientos.

Dotado de un celo evanjélico, de una actividad extraordinaria i de una perseverancia ejemplar, i auxiliado por las asociaciones de Pio IX, logró, en el solo trascurso de *doce años*, fundar *trescientas cuarenta i dos* asociaciones de obreros. ¡Maravilloso ejemplo del poder de la caridad!

El artesano que quiere recorrer la Alemania para perfeccionarse en su oficio, es recibido en la asociacion, donde encuentra hombres que lo guien, enseñen i protejan. Desde el primer dia de su llegada a una ciudad encuentra trabajo, porque no se pone en camino sin una carta de recomendacion i sin que el presidente de la sociedad se haya asegurado de que encontrará alojamiento i empleo.

Por medio de estas asociaciones se ha conseguido igualmente establecer por todas partes talleres católicos, cosa que ántes era casi imposible obtener.

En cada asociacion se da todas las noches a los obreros una instruccion sobre su oficio. Un eclesiástico, que siempre es su director o presidente, elejido por los mismos obreros, da tres conferencias por semana. En ellas se da a conocer a los obreros los beneficios que se deben a la relijion i se les enseña a refutar a sus adversarios. De esta manera constituyen en medio de la sociedad civil una verdadera falanje de artesanos católicos que defienden por todas partes los buenos principios.

Hé aquí una obra que ha realizado verdaderas maravillas en la moralizacion i progresos de la clase obrera, porque semejantes sociedades son una escuela permanente de instruccion i de buenos ejemplos.

Así fué cómo las Asociaciones de Pio IX lograron imprimir en pocos años al movimiento católico de Alemania, un crecimiento i un poder casi irresistible. En quince años se habian fundado diez diarios católicos, catorce revistas científicas i literarias, mas de cuatro mil escuelas cristianas, universidades, academias, bibliotecas i asociaciones católicas de todo jénero.

Fué esta misma robustez de vida, nacida de la organizacion i

disciplina de los católicos, la que llevó el miedo al corazon i la perturbacion a la cabeza del gobierno prusiano. Bismark tembló en presencia del jigante que se alzaba i movió cielo i tierra para ahogarlo en su infancia. Conoceis la implacable persecucion que ha desarrollado contra la Iglesia i los católicos, armado de un poder omnipotente i lisonjeándose de anonadar al enemigo en poco tiempo.

¿Sabeis lo que ha sacado en esta lucha contra ese poder invisible al principio i que apénas comenzaba a armarse i a adiestrase para la lucha? Un solo hecho quiero citaros, que por lo solemne i lo reciente os mostrará con elocuencia la inmortal juventud de la Iglesia i el poder del espíritu de asociacion.

Cuando ahora cinco años comenzó Bismark su obra de arrestos, prisiones, destituciones, destierro de obispos, expulsion de las congregaciones relijiosas, supresion de curas, secularizacion de las escuelas, expoliacion de los bienes eclesiásticos, no contaban los católicos en el *Reichstag* mas que cuarenta i cinco representantes, que formaban una débil oposicion al omnipotente canciller. Las últimas elecciones, apesar de la mano de hierro del gobierno, que oprime i despedaza, han llevado al parlamento prusiano *ciento un* diputados católicos, a los cuales se han agregado, para hacer una oposicion formidable, quince socialistas i cuarenta particularistas, que pondrán en peligro hasta la obra de la unidad jermánica.

En Suiza no han resistido los católicos con ménos enerjia. En Jinebra misma, la roma calvinista, donde la influencia alemana ha llevado a los sectarios a los últimos extremos, en 1844 tres sacerdotes i una estrecha capilla sobraban para las pocas centenas de católicos jinebrinos. Hoi dia, i apesar de violencias inauditas, cuatro grandes iglesias i dieziocho sacerdotes no bastan para las necesidades relijiosas de 25,000 fieles. La iglesia de Jinebra se engrandece i fortifica con la prueba i echa raices mas profundas en este suelo lejendario de la herejía.

III.

Los católicos de los Estados Unidos no tardaron en seguir el ejemplo de la Alemania. Con el fin de contrarestar los progresos que hacian las sociedades masónicas e impedir que se afiliasen en ellas los jóvenes católicos que venian de Alemania e Irlanda, comenzaron a fundar asociaciones laicas semejantes a las de Pio IX, de Alemania, con el nombre de *Congregaciones católicas*, que ponian bajo el patrocinio de algun santo.

En poco tiempo esas asociaciones, fundadas en las principales ciudades de la Union, pasaban de cincuenta, de manera que, imi-

tando a la Union Católica Alemana, determinaron confederarse, celebrar asambleas jenerales todos los años i establecer un centro de accion comun.

La primera asamblea jeneral tuvo lugar en Baltimore el 16 de abril de 1855 i desde entónces ha seguido prosperando la sociedad, en tales términos que en la asamblea jeneral que tuvo lugar en Nueva York, el 31 de mayo de 1868, la Union contaba *doscientas quince* congregaciones en los diversos Estados, con mas de *treinta mil socios*, número que al presente ha llegado a duplicarse.

Universidades, colejios industriales, escuelas, diarios i revistas, asociaciones de caridad, sociedades para la propagacion de buenos libros, bibliotecas, todo ha salido, como de un inmenso taller, de ese centro de ilustracion i de actividad, bajo las inspiraciones de la relijion i del aliento creador de la fé católica. ¡Qué hermoso espectáculo, señores, es el que ofrece la inagotable fecundidad de la Iglesia!

Hé aquí, señores, ejemplos que admiran i consuelan; ejemplos que nos están diciendo cuál es el camino para reconquistar el rango perdido por la imprevision o por la incuria.

ABDON CIFUENTES.

(Continuará.)

EL CANTO DE LA VISPERA. [1]

Dejad, miéntras prolonga su resplandor el dia,
Bañando con su aliento de luz, nuestro pendon,
Que temple vuestras almas la augusta poesía,
Como en la paz se templan los hierros del cañon.

¿No oís a la tormenta, que ruje en lontananza,
I amaga nuestro cielo purísimo envolver?
¡Cristianos! Miéntras luzcan auroras de bonanza,
Juntemos nuestra hueste. ¡La union es el poder!

(1) Composicion declamada por su autor en la sesion del "Círculo Católico," de 25 del presente julio.

Ya extiende por los cielos, cual fúnebre sudario,
Sus alas de vampiro, la torpe iniquidad;
Palpita entre las sombras su canto funerario,
Que es nuncio de tu muerte, sagrada Libertad.

El cielo de las almas se emboza entre la duda,
I el odio maldecido subyuga el corazon;
El mal pasa triunfante por la conciencia muda,
Que duerme acariciada por lúbrica pasion.

¡Oh fé! luz de los cielos; oh fé, radiante aurora
Que el horizonte alumbras del negro porvenir,
Como perfume errante la duda te devora,
¿Como fugaz estrella verémoste morir?

¿Se apagará por siempre la luz de los altares?
¿Los himnos del profeta ya nunca sonarán?
¿Tan solo, en sus jemidos, los bosques i los mares,
Tu nombre sacrosanto, Señor, bendecirán?

Se estrecha el horizonte, los labios enmudecen;
El luto de otros pueblos refleja nuestro sol:
Dorados arreboles nuestro cenit guarnecen,
Mas ¡ai! que es engañosa la luz del arrebol.

Si acaso una esperanza nuestro dolor perfuma,
De las contrarias lides surjiendo entre el azar,
Es breve i pasajera como la blanca espuma
Que forman al chocarse las olas de la mar.

¡Oh!.... No espereis del hombre ni un dia de victoria,
Del hombre, a quien abruma del padecer la cruz:
Pedidlo a Aquél que lanza la sombra de su gloria
Sobre el espacio inmenso, vistiéndolo de luz.

Pedidle a Dios que os arme de fuerza con su acento,
Que con su voz os ciña la espada de Josué.
Rumores de batalla nos trae el raudo viento....
Alzad, en tanto, oh pueblo, los himnos de la fé.

El mundo es un palenque, la vida es un combate,
I en él cada hombre lucha cantando su ideal.
¡De nuestra fé, Tirteos! si el miedo no os abate,
Pedidle a Dios un eco para extirpar el mal.

Ya se agostó, oh poetas, la bullidora fuente
Que un tiempo custodiaban las ninfas de Helicon:
El cielo hoi os envía su inspiracion ferviente,
I es rayo de sus iras la etérea inspiracion.

¿Que importa que, entre tanto, los broncos huracanes
Empapen con su aliento las cuerdas del laud?
¿Qué importa?.... Nunca apaga la lluvia los volcanes;
¿Qué importa, si os cobijan la fé i la juventud?

¡Cantad, hijos del arpa! que entre el fragor del viento,
Bañados en tormentas mas libre es vuestra voz;
E irá por los espacios vuestro inflamado acento,
Como huracan de fuego, de la maldad en pos.

Cantad, mas no la vida de efímeros amores
Ni el triunfo irreverente del vicio i del placer.
Decid la inmensa gloria de Dios i sus favores,
I adormeced, cantando, la voz del padecer.

Vosotros, oh poetas, infundireis al pecho,
Con himnos de victoria, la fuerza i el valor....
¡Oh Dios!.... La turba impía do quier vive en acecho,
¡Protéjanos benigna la sombra de tu amor!

¡Señor!.... en el instable vaiven de la fortuna
No permitais que el viento me empuje a sucumbir!
¡Señor! Tú que cubriste de bendicion mi cuna,
¡Cobija con tus alas mi oscuro porvenir!

Enviémosle al Eterno perfumes de esperanza,
Que aun puede ella en las almas tranquila florecer.
¡Cristianos! Miéntras luzcan auroras de bonanza,
Juntemos nuestra hueste. ¡La union es el poder!

Julio 24 de 1877.

Francisco CONCHA CASTILLO.

TRAED FLORES.

MRS. HEMANS.

Traed flores, frescas flores,
Formad hermosas guirnaldas,
Guirnaldas ornen las copas,
Del festin ornen la sala.
Traed flores, silencioso
Flota su aliento en el aura
Donde los valles alfombran,
Donde los bosques esmaltan.
De un rayo de sol al beso
Altiva la rosa se alza,
Que rosas ornen las copas,
Del festin ornen la sala.

Traed flores, i esparcidlas
Del vencedor en la marcha;
Se estremecieron los tronos
Con la fuerza de su rabia.
De botin viene cargado,
I cargado de matanzas,
Bajo el peso de su carro
Las viñas yacen holladas
I brilla roja la yerba
Donde triunfos alcanzaba.
Traed flores—a que mueran
Del vencedor en la marcha.

Traed flores, del cautivo
A la prision solitaria,
Que saben historias ellas
De bosques i de enramadas.
Saben de libres torrentes
I del cielo i de la patria,
I el bello mundo perdido,
Perdido a su vista lánguida.
¡Flores!—traerán recuerdos
De aquellas horas doradas,

Sueños de jóven—traed
Las flores de la montaña.

Traed flores, tiernas flores
A la novia enamorada,
Que nacieron para ella,
Nacieron para adornarla.
Al paterno hogar, adios
I dice adios, a su infancia,
Adios, juveniles juegos
I horas de dicha pasadas.
Un sér querido la espera
I amor les tiende sus alas.
Traed flores, tiernas flores
A la novia enamorada.

Traed flores i en la tumba
Esparcid las flores pálidas;
Jóven murió i en su frente
Formarán triste guirnalda.
Abrió para esto sus pétalos
La tímida rosa blanca,
I la violeta escondida
En la yerba lo esperaba.
Si no vuelven la existencia,
I si a la muerte no ablandan,
Son de amor la última ofrenda,
Traed flores, flores pálidas.

Traed flores, al santuario
Que oraciones embalsaman;
Al corazon dolorido
Devolverán la esperanza.
Con voz de promesas llegan,
Con voz de promesas pasan,
En polvo duermen ocultas
Las horas de invierno heladas,
Resucitan con mas gloria,
Mas bellas que nunca se alzan.
Flores traed, traed flores
I en el santuario dejadlas.

WENCESLAO SMITH.

LA FLORISTA.

Una mañana
Lluviosa i fria,
De esas que al alma
Tristeza inspiran,
Huérfana i sola
Una niñita,
Calles i plazas
Cruzando iba.
—¿Quién compra flores?
La pobrecita
A quien pasaba
Triste decia,
Mostrando un cesto
En donde brillan
Fragantes juncos,
Violetas lindas.
—¿Nadie las quiere?
¡Ved qué fresquitas!
Dice a una dama
Lujosa i rica,
Que envuelta en pieles
Sentada mira,
Tras los cristales,
Con faz altiva,
Miéntras que el agua
Fuerte caia
Sobre la jóven
Descolorida.
—Sigue tu marcha,
Quita, chiquilla,
Que me empalaga
Tu vocecita
Tan plañidera,
Dice a la niña
La hermosa dama
Lujosa i rica.—
Toda llorosa
I confundida
Su marcha sigue;

Mas la fatiga
Su cuerpo dobla:
Estaba fria
Como las losas
Que pisando iba;
Pero una pobre
Que esto veia,
Como una paja
Toma a la niña
Sobre sus brazos
I se encamina
Hasta una choza
Modesta i limpia,
Donde remedios
Le da i caricias.
¡Ai! ¡Infructuosos!
¡La pobrecita
Estaba muerta
Gran tiempo hacia!
I la señora
Lujosa i rica
Que la mirara
Con faz altiva,
Siempre sentada
Sobre mullida,
Rejia butaca
De raso guinda,
De la ventana
Por fin se quita,
Sin haber hecho
En todo el dia
Obra ninguna
Caritativa.
¡Ai! ¡Cuántas veces
El rico olvida
Que el pobre siente
Frio i fatiga!

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

DOS FRAGMENTOS LITERARIOS.

Señores Directores de La Estrella de Chile:

Siento infinito no complacer a Udes.; pero, faltándome el tiempo que requiere un artículo orijinal i respetando mucho la inteligencia de los ilustrados lectores de La Estrella de Chile, he creido satisfacer mejor a Udes. con la traduccion de los fragmentos que siguen. El primero es una pájina del abate Gerbet sobre las Catacumbas romanas, cuyas bellezas me abstengo de señalar al reconocido criterio de Udes. El segundo sirve de introduccion a un artículo de Gustavo Planche referente a la primera publicacion de las *Confidencias*.

I.

(DE M. GERBET)

ESQUISSE DE ROME CHRETIENNE.

Recorriendo las Catacumbas, pasais en revista las faces de la destruccion, como en un jardin botánico los desarrollos de la vejetacion, desde la flor imperceptible hasta los grandes árboles llenos de savia i coronados de largas flores. En cierto número de nichos sepulcrales, que han sido abiertos en épocas diversas, puede, en cierto modo, seguirse paso a paso las formas sucesivas, cada vez mas distantas de la vida, por las cuales lo que está allí toca a la nada tan de cerca como es posible. Mirad primeramente ese esqueleto: si está bien conservado apesar de los siglos, es probable que le depositaran en un nicho de tierra húmeda. La humedad, que disuelve tantas otras cosas, endurece las osamentas envolviéndolas en una corteza que les da aun mas consistencia de la que tenian cuando eran miembros de un cuerpo vivo. Esta consistencia es todavía un progreso de la destruccion: los huesos humanos pasan a ser piedra. Un poco mas léjos, hé aquí una tumba en que luchan la fuerza que hace el esqueleto i la fuerza que hace el polvo: el primero se defiende, el segundo vence, pero lentamente. El combate que existe en vosotros i en mí, entre la muerte i la vida habrá terminado, i este combate entre una muerte i una muerte durará aun largo tiempo. En el sepul-

cro vecino, todo lo que fué un cuerpo humano ya no es, excepto una sola parte, mas que una especie de capa de polvo un poco arrugada i extendida como un sudario blanquecino, donde asoma una cabeza. Observad, en fin, en ese otro nicho: no hai sin duda allí mas que puro polvo, cuyo color mismo es dudoso a causa de un lijero tinte rojizo. ¡Hé ahí, vais a decir, la destruccion consumada! Aun nó. Examinando bien, reconocereis contornos humanos: este pequeño bulto, que toca una de las extremidades lonjitudinales del nicho, es la cabeza; estos otros dos, mas pequeños aun i mas deprimidos, colocados paralelamente un poco mas abajo, a derecha e izquierda del primero, son las espaldas: esos otros, las rodillas. Las largas osamentas están representadas por estos débiles rasgos, en los cuales notais algunas interrupciones. Esta última huella del hombre, esta forma tan vaga, tan desvanecida, apénas impresa en un polvo casi impalpable, volátil, transparente aun, de un incierto blanco mate, es lo que da una idea mejor de lo que los antiguos llamaban una *sombra*. Si para ver mas introducís la cabeza en ese sepulcro, tened cuidado: no os movais, no hableis, contened la respiracion. Esa forma es mas frájil que el ala de una mariposa, mas pronta para desvanecerse que la gota de rocío suspendida al sol en un hilo de yerba: un poco de aire ajitado por la mano, un aliento, un ruido son aquí ajentes poderosos que pueden aniquilar en un segundo lo que quizá diezisiete siglos de destruccion han respetado. Mirad, acabais de respirar, la forma del hombre ha desaparecido. Hé ahí el fin de la historia del hombre en este mundo.

II.

(DE G. PLANCHE.)

NOUVEAU PORTRAITS.

Hai recuerdos que deberian sepultarse en un eterno silencio; la vida del corazon es un libro cuyas pájinas no pertenecen a la indiscreta curiosidad de los indiferentes. La mejor resolucion, la mas prudente es sellar esas pájinas dolorosas o benditas, sellarlas con un triple sello, guardarlas como un tesoro i consultarlas en las horas de prueba, en la soledad i el recojimiento. Mas de una alma en lucha con una realidad cruel se ha rejenerado súbitamente por una silenciosa vuelta hácia el pasado. Consultando su conciencia, recordando dia por dia todas las esperanzas embriagadas, todas las amargas decepciones de la juventud, el alma se fortifica contra las nuevas fascinaciones; i si por desgracia no ha podido resistir a su encanto omnipotente, ha previsto, al mé-

nos, las nuevas amarguras que le esperaban, se ha adelantado valerosamente al dolor, i el recuerdo de las heridas, que el tiempo cicatrizara, le ha señalado mas de una vez la induljencia i el perdon.

Sí, lo creo sinceramente, es bueno, es saludable reanimar las cenizas del pasado, buscar en este polvo que ha vivido la sombra de nuestros años juveniles, interrogar esas ruinas i reedificar en la memoria el edificio entero de los dias pasados. No hai debilidad ni cobardía en contar las lágrimas que hemos derramado, en volvernos mentalmente hácia los lugares que fueron testigos de nuestros desmayos, de nuestros éxtasis. Esta conversacion secreta del hombre consigo mismo no podria ser estéril: cada cual lleva en su conciencia una leccion viva, un consejero siempre pronto a responder: la imájen del pasado tiene siempre un sentido profético; i el alma no es verdaderamente grande sino a condicion de poder en todo momento, en toda ocasion, evocar ante la memoria los dias que fueron. Sin esta facultad, la realidad podria sorprendernos i el presente dominarnos. El que vuelve los ojos del libro de su conciencia, el que teme al pasado como una sombra amenazante, el que no se atreve a mirar de frente las alegrías qua ha saludado como eternas, los dolores que ha llamado inconsolables, éste, digo, no verá jamas concluir la infancia de su corazon. Pero este libro, cuyas pájinas son cada una una leccion, debe ser leido por aquel que lo ha escrito i si es permitido abrirlo, exponerlo a miradas extrañas, que sea ante un amigo, ante un corazon al que os liguen afecciones hermanas.

Contar su vida dia por dia, en presencia de un alma que es nuestra, es un designio que yo no podria acusar. Hai ciertamente en esa confesion leal i sincera de nuestras propias faltas algo de fortificante que rejuvenece las antiguas afecciones; decir al corazon que nos ama, al corazon que nos pertenece, todas las emociones que hemos esprimentado, ¿no es invitarlo, obligarlo a que nos ame con mas ternura? Entregar a sus miradas, someter a su juicio nuestras horas alegres i nuestras horas amargas ¿no es probarle que deseamos confundirnos con él i queremos asociarlo en cuanto es posible a todos los momentos de nuestra vida? ¿No veis en esta expansion una mezcla de atrevimiento i de humildad, que da a la mas abnegada ternura un acento de franqueza mas penetrante? Despues de la felicidad de amar la mas grande es seguramente la de revelarnos por entero al corazon que hemos escojido, que hemos sabido conquistar. No quiera Dios que yo aconseje alguna vez inmolar el recuerdo de las pasiones que fueron, sobre el altar de una pasion naciente. Un sacrificio semejante, injurioso para el que lo cumple, no podria ser aceptado por un corazon verdaderamente jeneroso. Ofrecer el pasado en holocausto al presente es un sacrilejio. Si queremos merecer la confianza del corazon que se nos entrega, no debemos ser impíos con el pasado.

No quememos, pues, como paja inútil todas las pájinas de nuestra vida; al narrar las pruebas que hemos atravesado, seamos justos, seamos severos, no seamos ingratos: la relacion de nuestra vida, siempre que guardemos lo que es de Dios i la conciencia, no tiene nada de impío ni sacrílego. Es por el contrario un nuevo modo de darnos al corazon que nos ama: contarle nuestros recuerdos para que él tome posesion de nosotros hasta en el pasado, es una forma de ternura que la razon mas severa, el alma mas estóica no sabria condenar. Pero, si es permitido, si es saludable, revelarse al corazon que nos ama ¿qué pensar de una relacion semejante entregada a la curiosidad pública? ¿No es profanar el santuario de la conciencia abrirlo como un bazar a los espíritus indiferentes que buscan en nuestros recuerdos una distraccion para la ociosidad? Que la multitud aplauda al espectáculo de nuestros sufrimientos o que se manifieste incompasiva con las lágrimas que hemos derramado, con la sangre que hemos perdido; que interrogue con dedo cruel nuestras heridas o cuente nuestras llagas con ojo enternecido, ¿no veis en este rol algo que el corazon niega, que la dignidad viril repudia? Dividir sus angustias en libros i en capítulos, ofrecer como pasto a los ociosos todos los éxtasis que nos abrieron el cielo, todos aquellos instantes en que hemos deseado la muerte, ¿no es descender hasta el rol de los gladiadores antiguos? Los gladiadores antiguos saludaban al César ántes de morir: hoi dia, el César es la multitud i M. de Lamartine quien la saluda.

M. de Lamartine ha conocido perfectamente todo lo inusitado que contiene una relacion semejante dirijida al público: ha previsto el reproche e intentado justificarse. Confieso por mi parte que, reconociendo la nobleza, la jenerosidad de los sentimientos que lo ligan al patrimonio de su familia, no puedo ménos que criticar su resolucion.

No querer abandonar las selvas que han visto sus primeros dias, que fueron testigos de los primeros ensueños, es una determinacion que elojiamos; respetar como un tabernáculo la casa en que recibimos la primera leccion de nuestra madre, es una idea piadosa que aplaudo con toda mi alma. Ver en los leñadores, que han envejecido a la sombra de las encinas, en los ganaderos que guardan el rebaño, en los vendimiadores que recojen desde treinta años los racimos dorados, ver en ellos una familia que se dispersaría si el patrimonio se dividiera, es un pensamiento lleno de grandeza. Mas, pedir a la relacionde una vida apasionada, pedir a los latidos de su corazon el oro necesario para salvar el patrimonio; contar pájina por pájina todas las palabras ardientes, todas las promesas, los mas íntimos deliquios ¿no es acaso una profanacion mas culpable que la division de una viña o de un rebaño? Respetar los pinos seculares, a cuya sombra hemos crecido, los prados cuyas mieses nos han dado el pan de la vida, es pensar noble-

mente; pero las pasiones que nos han ajitado, las lágrimas ardientes, las alegrías divinas del amor ¿no tienen derecho al mismo respeto que las encinas i los rebaños, que los racimos i las mieses? son ellos mas sagrados que las palabras murmuradas en nuestros labios por labios ardientes; ¿no es vender el secreto de nuestras almas? ¿no es enajenar nuestro corazon i el corazon que ha vivido del nuestro? .....

AUGUSTO LARRAZA.

RIMAS.

Las suaves ondas del rio
Cúbrense de blancas barcas
Engalanadas de flores,
Como alegres cortesanas;
Canciones, risas, perfumes
En la luz i el aire vagan,
Miéntras la brisa en las lijeras velas
Murmura himnos de amores i esperanzas.

¡Mas, yo voi al mar, jigante
De quebrantadas espaldas,
Do pueda luchar cantando,
Con las olas ajitadas,
I bata mi sien ardiente
La espuma de sus venganzas,
Do muriendo, el rumor de la tormenta
Aun pueda oir sobre mi tumba helada!

JAVIER VIAL SOLAR.

LA INSPIRACION AL POETA.

I.

Arriba, mas arriba,
Tu canto se dilate,
Sobre el nevado monte,
Sobre las nubes se alce.
Arriba, mas que el cóndor
Nadante en huracanes.
Sobre torrentes flote
Tu sombra de jigante,
Esencia indefinible
De goces i de ayes,
Incomprensible mezcla
Del hombre con el ánjel.
Arriba, mas arriba,
Del éter habitante,
Con su ponzoña el mundo
Tu corazon no manche.

II.

La tierra no es tu patria:
Los dioses de un espléndido
Planeta te criaron,
I ondas de luz mecieron
Tu cuna en los espacios.
Retorna al firmamento,
Donde en dormidas noches
I en huracanes fieros,
Tu espíritu se mece,
Fantasma de otros tiempos,
Magnífica armonía,
Esencia del guerrero
Del volador penacho,
Foco de luz del sueño
De enamorada vírjen,
Penumbra de recuerdos.

III.

Yo soi la flor silvestre
Que nace entre las rocas;
Brillantes de rocío
Mis pétalos adornan;
El sol i lluvia besan
Mi pálida corola,
Palpitan i se bañan
Las aves en mi aroma.
Tú, cedro, que en el éter
Meces la augusta copa,
Sublime en el silencio,
Perdido entre tus hojas.
Descanso dan al viento
Tus faldas flotadoras,
Los jenios de los bosques
Se sientan a tu sombra.

IV.

Como las olas, tristes,
Revientan en la playa
Con un vaiven eterno,
Con indecible majia;
Cual de la tumba, sombra
De un sér querido, se alza,
Tu imájen luminosa
Ante mis ojos vaga.
De amor mi ardiente pecho
Himno perenne exhala,
Como de incienso nube
Que los altares baña;
Himno en la tierra mudo,
Que vive de esperanzas,
Misterio i poesía
Donde mi amor te aguarda.

G. ERRAZURIZ URMENETA.

EL SUEÑO DE JACK MARTIN

NARRADO POR SU SOBRINO.

(De The Postumous papers of the Pickwick Club.—Orijinal de Cárlos Dickens.)

En toda la redondez de la tierra no se habria encontrado, caballeros, un hombre mas agradable i despierto que mi tio, dijo el sobrino de Jack Martin. ¡Ojalá lo hubierais conocido, caballeros! Aunque la cosa, bien mirada, mejor que no lo hayais conocido, pues, a ser así, todos vosotros estariais ya, segun el curso natural de las cosas, si no muertos, en todo caso, tan cerca de ello, que ya habriais comenzado a guardaros del frio i a privaros de esta clase de reuniones, lo que me privaria del placer inestimable de dirijirme a vosotros en este momento. Caballeros, ojalá que vuestros papáes i mamáes hubieran conocido a mi tio. Habrian quedado pasmosamente prendados de él, particularmente vuestras respetables mamáes; yo os aseguro que así habria sucedido. Si dos cualidades sobresalian entre las muchas que adornaban su carácter, yo diria que eran el arte para mezclar el ponche i sus canciones de sobremesa. Perdonad que me detenga en estos melancólicos recuerdos de un tiempo pasado, i por lo tanto mejor; hombres como mi tio no se ven todos los dias de la semana.

Siempre he tenido por uno de los mayores rasgos del carácter de mi tio, el haber sido íntimo amigo i camarada de Tom Smart, de la gran casa de Bilson i Slum, calle de Cateaton, en la City. Mi tio era cobrador de la casa de Tiggins i Welps; pero durante mucho tiempo tuvo que viajar casi en la misma direccion que Tom; en la misma noche en que se encontraron por primera vez, mi tio cobró cariño a Tom i Tom cobró cariño a mi tio. No habria pasado media hora desde que habian trabado conocimiento cuando ya habian cruzado la apuesta de un sombrero nuevo sobre quién de los dos prepararia el mejor jarro de ponche i lo beberia en ménos tiempo. Mi tio fué declarado vencedor en la preparacion, pero en el segundo punto Tom Smart lo derrotó por casi el contenido de media cuchara de sal. Bebieron a continuacion otra media azumbre cada uno para brindar por su respectiva salud, i desde entónces en adelante fueron grandes i firmes amigos. El destino anda en todas estas cosas, caballeros, i nadie puede impedirlo.

En cuanto a sus prendas personales, la estatura de mi tio era

un blanco de uña mas baja que la mediana; era un poquillo mas grueso que el comun lote de los mortales, i el rojo tomaba en su cara un tono quizá algo mas subido. Cara mas alegre que la suya no habreis visto nunca, caballeros; algo de semejante a Punch pero con nariz i barba mas hermosa; los ojos siempre en movimiento i chispeantes de buen humor, i una sonrisa, no uno de esos desabridos jestos de palo sino una sonrisa alegre, franca, sin hiel, iluminaba contínuamente su rostro. En cierta ocasion se le volcó su calesa i él acertó a dar con la cabeza en una piedra miliaria. Ahí quedó aturdido i con el rostro tan lastimado por las piedrecillas que allí habia amontonadas que, empleando la propia enérjica expresion de mi tio, su misma madre no lo habria conocido si hubiera podido volver a la tierra. I en verdad, caballeros, ahora que reflexiono sobre este punto, me siento enteramente convencido de ello, pues la buena señora murió cuando mi tio cumplia apénas dos años i siete meses, i me parece mui verosímil que aun sin las piedras, las campanas de sus botas la habrian dejado bastante perpleja, sin decir nada de sus alegres i coloradas mejillas. Sea como fuere, ahí estaba tendido i yo he oido decir muchas veces a mi tio que el hombre que lo recojió lo encontró riendo como si se hubiera dejado caer por su gusto, i que despues que lo sangraron, junto con los primeros indicios de volver en sí, dió un gran salto en la cama, i rompiendo en estrepitosas carcajadas, procedió a besar a la muchacha que sostenia la aljofaina, i pidió que le trajeran inmediatamenie una costilla de cordero i nueces en escabeche. Era grandísimo aficionado a las nueces en escabeche, caballeros. Decia que siempre habia notado que tomadas sin vinagre sabian a cerveza

El gran viaje de mi tio era por el tiempo de la caida de las hojas, época en que cobraba deudas i se encargaba de comisiones para el Norte; iba de Lóndres a Edimburgo, de Edimburgo a Glasgow, de Glasgow volvia a Edimburgo i de aquí a Lóndres por resabio. Para la mejor intelijencia de esta historia, conviene saber que esta segunda visita a Edimburgo no tenia mas objeto que su recreo particular. Acostumbraba emplear en ella una semana; precisamente el tiempo necesario para visitar a sus antiguos amigos; i en almorzar con uno, tomar el lunch con otro, comer con éste i cenar con aquél, se solia pasar una famosa semana. Yo no sé, caballeros, si alguno de vosotros ha tenido ocasion de asistir a un verdadero almuerzo escoces, sustancial i hospitalario, seguido de una lijera refaccion de un almud de ostras, una docena, mas o ménos, de botellas de cerveza i una o dos copitas de Whiskey, como remate final. El que la haya tenido convendrá conmigo en que se necesita una cabeza medianamente sólida para salir airoso en seguida de la comida i la cena.

Pero, ¡bendito sea Dios! estas cosas i otras del mismo jaez eran como nada para mi tio. Para su feliz constitucion no pasa-

ban de un simple juego de chiquillos. Le he oido decir que despues de una visita a los edimburgueses, era capaz de volver a su casa sin dar un solo traspiés, i bien que los edimburgueses tienen tan fuertes cabezas i tan fuerte ponche como no se encuentran otros en ámbos polos. Yo he oido decir de una apuesta entre uno de Glasgow i uno de Edimburgo, que bebieron el uno contra el otro durante quince horas sin parar. Ambos quedaron sofocados i en cuanto fué posible averiguarlo, casi al mismo tiempo: i fuera de esta insignificante excepcion, los dos quedaron tan buenos como ántes.

Una noche, dentro de las veinticuatro horas que faltaban para el momento en que habia determinado embarcarse para Lóndres mi tio, comió en casa de un antiguo amigo suyo, cierto bailío, por nombre Mac, seguido de algo así como cuatro sílabas, el cual vivia en Edimburgo viejo. Componian la reunion la mujer del bailío, i las tres hijas del bailío, i el hijo mayor del bailío i tres o cuatro robustos viejos, escoceses de humor alegre, que el bailío habia convidado para que hicieran compañía a mi tio i contribuyeran a la alegría jeneral. Sobre la mesa habia salmon desovado, merluza, una cabeza de cordero i un *haggis*, famoso plato escoces que, segun decia a veces mi tio, se le figuraba, cuando lo ponian sobre la mesa, el estómago de Cupido, i otros muchos platos de cuyos nombres no me acuerdo, pero no por eso ménos exquisitos. Las muchachas, bonitas i agradables; la mujer del bailío, excelente creatura, si las hai en la tierra; i mi tio, en uno de sus ratos mas felices. Consecuencia de todo esto: las muchachas se rieron i charlaron como cotorras; la señora mayor no cesó de reir con todas sus fuerzas, i el bailío i los demas viejos compadres armaron un alboroto tal que la casa parecia querer venirse a tierra. Ya no me acuerdo del número de vasos que cada uno de ellos vació despues de la comida; solo sé que seria como la una de la madrugada cuando el hijo mayor del bailío, al preludiar el primer verso de una cancion de bebedores, rodó por el suelo en un estado de completa insensibilidad, i como durante la última media hora él habia sido el único hombre visible mas arriba de la línea de los manteles, su caida sujirió a mi tio la idea de que iba llegando la hora de retirarse, particularmente vista la circunstancia de que los brindis habian comenzado a las siete para que pudiera llegar a su casa a una hora decente. Pero, temiendo que pareciera descortesía el irse sin mas formalidades, mi tio se invitó él mismo al asiento de honor, llenó otra copa i levantándose, para proponer su propia salud, se dirijió a sí mismo un corto i breve discurso i concluyó el brindis con gran entusiasmo. Nadie despertó; mi tio añadió otra copita,—sin agua esta vez, para precaverse de los malos efectos de la comida, i arrebatando *violenta manu* su sombrero, se lanzó a la calle.

Era una noche desapacible i tempestuosa cuando mi tio cerró tras sí la puerta del bailío i asegurando fuertemente su sombrero en la cabeza, para evitar que el viento se lo llevara, metió ámbas manos en los bolsillos i luego, alzando la vista, hizo un rápido exámen del estado de la atmósfera. Las nubes corrian en desórden por el cielo i en su voluble carrera unas veces ocultaban enteramente la luna, otras veces la dejaban aparecer en todo su esplendor i derramar su luz sobre todos los objetos a su alcance, i al momento volvian a cerrarse sobre ella con multiplicada velocidad envolviendo todo en tinieblas. "I de veras que esto no va bien," dijo mi tio dirijiéndose al cielo, como una persona que se considera personalmente ofendida. "No es esto lo que yo hubiera deseado mas para mi viaje. Nó, de ninguna manera," dijo mi tio con acento de conviccion. I despues de haberlo repetido varias veces, recobró su equilibrio, no sin alguna dificultad, pues la cabeza se le habia desvanecido un poco, con haberse estado mirando el cielo un rato tan largo, i echó a andar elegremente.

La casa del bailío estaba situada en Canongate, i mi tio se dirijia hácia la otra extremidad de Leith Walk, algo así como una milla de camino. Por ámbos lados del camino se levantaban, destacándose en un cielo oscuro, edificios elevados, angostos e irregulares, de fachadas marcadas por las desiguales huellas del tiempo, i a cuyas ventanas parecia haber cabido la misma suerte que a los ojos humanos, empañados i hundidos por la accion de los años. Seis, siete, ocho pisos tenian las casas; pisos amontonados sobre pisos, como los niños edifican sus casas de naipes, arrojaban sus tristes sombras sobre el tosco pavimento de la calle, aumentando la natural oscuridad de la noche. Unas pocas lámparas se veian esparcidas a largas distancias, pero solo servian para alumbrar la sucia entrada de algun mezquino cercado o el punto por donde una grosera escala se comunicaba por vueltas ásperas e intrincadas con varios pisos superiores. Mirando estas cosas con el aire de un hombre que las ha visto ya demasiadas veces para considerarlas dignas de un momento de atencion, caminaba mi tio por el medio de la calle con un dedo pulgar metido en cada uno de los bolsillos del chaleco, i permitiéndose de vez en cuando entonar los mas atrevidos trozos de música con tanto brio i buena voluntad, que mas de un bueno i sosegado vecino despertó en la mitad del primer sueño i quedó temblando en su cama hasta que la voz espiró a la distancia, i solo despues de convencerse de que el ruido provenia de algun borracho extraviado en camino para su casa, volvia a arroparse abrigadamente i se quedaba dormido otra vez.

Al insistir tan especialmente en la circunstancia de que mi tio caminaba por el medio de la calle con los dedos en ámbos bolsillos del chaleco, deseo dejar establecido que, como él mismo solia repetirlo, (i en verdad con mui buenas razones) esta historia no

tiene nada de extraordinario, si por acaso no habeis quedado bien posesionados de lo que dije al comenzar sobre no tener mi tio la menor inclinacion a lo romántico o lo maravilloso.

Caballeros, mi tio caminaba con los pulgares de ámbas manos metidos en los bolsillos del chaleco, dueño único del medio de la calle i entonando, ya un verso de una cancion amorosa, ya un verso de un canto de bebedores, o bien, cuando se aburria de unos i otros, silbando melodiosamente hasta que llegó al Puente Norte, que en ese punto comunica los barrios nuevos con los antiguos barrios de Edimburgo. Aquí se detuvo un minuto para mirar las extrañas e irregulares guirnaldas formadas por las luces superpuestas en largas filas, i brillando a lo léjos en el aire desde tanta altura, que parecian estrellas que resplandecian desde los muros del castillo por un lado, i desde la colina de Calton por el otro, como si iluminaran verdaderos castillos aéreos, miéntras abajo, la antigua i pintoresca ciudad dormia pesadamente envuelta en silencio i oscuridad; el palacio i capilla de Holyrood, guardado dia i noche, como solia decir un amigo de mi tio, por el viejo castillo de Arturo, se levantaba adusto i sombrío, semejante a algun ceñudo jenio, dominando la antigua ciudad, sobre la que ha velado tantos años. Digo, pues, caballeros, que mi tio se detuvo aquí un minuto para mirar a su alrededor, i despues de dirijir un cumplido al cielo, que se habia despejado un poco, aunque la luna comenzaba a ocultarse, siguió caminando tan réjiamente como al principio, tomando el medio de la calle con notable majestad i mirando delante de sí como si nada le hubiera agradado mas que toparse con álguien que se atreviera a disputarle la posesion. Felizmente nadie parecia dispuesto a sostener el punto, como en efecto sucedió; i así mi tio continuó su marcha adelante con ámbos dedos en los bolsillos del chaleco tan pacífico como una oveja.

Llegado a la extremidad de Leith Walk, mi tio tenia que cruzar por un ancho sitio inhabitado, que lo separaba de una callejuela, por la cual era necesario torcer para llegar en derechura a su alojamiento. Ahora bien, en aquel mismo sitio inhabitado habia en ese entónces un cerco de murallas perteneciente a un carrocero, el cual tenia celebrado un contrato con la oficina de correos para la compra de los coches inservibles para la conduccion de la correspondencia; i como mi tio era un gran admirador de coches nuevos i viejos i de mediano uso, metiósele en la cabeza la idea de apartarse de su camino sin mas objeto que asomarse i mirar por entre una hendidura los carruajes de que se acordaba haber visto hasta una docena amontonados en el interior i en el peor estado de abandono i desmantelamiento. Mi tio, caballeros, era la persona mas entusiasta i vehemente; de manera que, notando que no podia mirar a gusto por entre la palizada, subió sobre ella, i, sentándose con gran sosiego sobre el eje de una rue-

da vieja, comenzó a contemplar los carruajes con muchísima gravedad.

Podria haber en todo como una docena, o quizá mas—mi tio nunca estuvo cierto en este punto, i como era un hombre de la mas escrupulosa veracidad en materia de números, evitaba precisarlo—pero allí estaban todos juntos, amontonados en la mas triste condicion imajinable. Las puertas habian sido arrancadas de los goznes i removidas; los forros habian desaparecido destrozados, i solo quedaban algunos jirones suspendidos aquí i allá de los clavos, cubiertos de moho; las lámparas se las habian llevado, i de las lanzas no se conservaba el menor vestijio; los resortes estaban carcomidos por el moho, i la pintura, rasgada en grietas desiguales, iba abandonando las tablas, el viento silbaba entre las abiertas junturas de la enmaderacion desnuda, i el agua de la lluvia, detenida en los techos, destilaba al interior, produciendo un sonido hueco i monótono. Eran los cadáveres en decadencia de carruajes que fueron, i en aquel paraje solitario i en aquella hora de la noche, parecian mas vacíos i fúnebres.

Mi tio descansó la cabeza entre las manos i púsose a pensar de las jentes atareadas i en perpétua ajitacion que habrian rodado, años ántes, en los viejos coches, i ahora, como ellos, tan cambiados i silenciosos; pensó en la multitud de jente que se habria sucedido en uno de esos coches desvencijados i mohosos, noche a noche, durante quién sabe cuántos años i a traves del bueno i mal tiempo; pensó en la noticia aguardada con ansiedad, la remesa urjentemente solicitada, la prometida confirmacion de salud i seguridad, el anuncio repentino de enfermedad i muerte. El mercader, el amante, la mujer, la viuda, la madre, el colejial, ¡todos habrian aguardado la llegada del viejo coche! I ahora, ¡qué era de todos ellos!

Caballeros, mi tio tenia por costumbre decir que habia pensado todas estas cosas en ese momento, pero yo me inclino a creer que las aprendió despues en algun libro, i para ello me fundo en que él mismo aseguraba que miéntras estaba sentado sobre el eje de la rueda, mirando los viejos carruajes, se apoderó de él una especie de sueño, de que lo despertó repentinamente el golpe de las dos en la torre de alguna iglesia. Ahora bien, mi tio jamas fué un rápido pensador, de modo que si hubiera pensado todas esas cosas, estoi cierto de que le habrian dado en ello las dos i media por lo ménos. Sostengo, pues, resueltamente, caballeros, la opinion de que mi tio cayó en una especie de somnolencia sin haber pensado en nada absolutamente.

Sea esto como quiera, la campana de una iglesia dió las dos. Mi tio despertó, se restregó los ojos i dió un gran brinco, lleno de asombro.

En un instante, despues del golpe de las dos, aquel tranquilo i desierto paraje se habia convertido en una escena de la mas ex-

traordinaria vida i animacion. Las puertas de los coches estaban encajadas en sus goznes, los forros en su lugar, los resortes tan buenos como si fueran nuevos, la pintura flamante, las lámparas encendidas; en cada pescante habia almohadones i sobre-todos; los mozos de cordel colocaban los equipajes en su lugar, los guardias ponian en órden las balijas del correo, los cocheros resfrescaban las ruedas arrojándoles valdes de agua, otros muchos recorrian los coches ocupados en poner las lanzas; los pasajeros iban llegando i las maletas pasaban de mano en mano; se ponian los caballos i por fin no hubo duda que en un momento mas cada coche se pondria en movimiento. Caballeros, mi tio tenia los ojos tan abiertos a todo esto, que hasta el último momento de su vida solia admirarse de cómo habia sucedido que pudiera cerrarlos despues.

—Vamos, pues, dijo una voz, i mi tio sintió una mano sobre su hombro; estais inscrito para un asiento de adentro. Ya es tiempo de subir.

—¡Yo inscrito! dijo mi tio, volviendo el rostro.

—Sí, por cierto.

Mi tio, caballeros, nada pudo decir, tan sorprendido estaba. Pero, la cosa mas extraña de todas era que, apesar de haber tanta multitud de jente i apesar de que a cada momento brotaban fisonomías nuevas, nadie podia decir de dónde ni cuándo llegaban; parecian brotan de un modo misterioso de la tierra o del aire i desaparecer por donde habian venido. Apénas un mozo de cordel colocó su equipaje en el coche, i recibió su dinero, se dió vuelta i desapareció, i mucho ántes que mi tio se apercibiera claramente de que se admiraba de que habria sido de él, brotaron como media docena, que caminaban bamboleándose bajo el peso de equipajes que parecian de tamaño suficiente para aplastarlos. Ademas, los pasajeros llevaban trajes tan singulares,—grandes levitas de anchas orillas ribeteadas, con solapas desmesuradas i sin cuello; i pelucas, caballeros—grandes i formales pelucas con un nudo detras. Mi tio no podia sacar nada en limpio de todo esto.

—¿Entrareis por fin alguna vez? dijo la misma persona que ántes se habia dirijido a mi tio. Estaba vestido como los guardas i llevaba peluca i unas solapas verdaderamente enormes en el levita; habia cojido una linterna con una mano i en la otra sostenia un desmensurado trabuco que se disponia a colocar dentro de su caja. ¿Qué haceis que todavía no entrais, Jack Martin? acercando la linterna a la cara de mi tio.

—¡Hola! dijo mi tio, retrocediendo dos o tres pasos. Eso es tomarse demasiada confianza.

—Así está en la lista de pasajeros, replicó el guarda.

—¿I no hai un don ántes? dijo mi tio, porque, caballeros, el que un guarda, a quien no conocia, lo llamara Jack Martin a se-

cas, le pareció una libertad que la Direccion no habria sancionado si hubiera llegado a su conocimiento.

—Nó; no hai don, repuso el guarda friamente.

—¿Está pagado el asiento? inquirió mi tio.

—Por supuesto, contestó el guarda.

—¿Está pagado, está pagado? dijo mi tio. Bueno, vamos adentro. ¿Cuál coche?

—Aquél, dijo el guarda, señalando una dilijencia de forma antigua entre Edimburgo i Lóndres, que esperaba con las pisaderas abajo i la puerta abierta. Aguardad, aquí vienen los demas pasajeros. Dejad que entren primero.

A tiempo que hablaba el guarda, apareció de repente, frente a frente de mi tio, un caballero jóven que llevaba una peluca empolvada i una levita azul celeste con adornos de plata, mui ancha i abultada de faldas i con forros de bocací. Tiggin i Welps estaba impreso en el forro del chaleco, de modo que mi tio conoció los materiales al momento. Llevaba calzones abotonados en la rodilla, medias de seda i zapatos con hebillas; vuelta de encaje en los puños, en la cabeza un sombrero de tres picos i al costado una larga espada que remataba en punta. Las faldas del chaleco bajaban hasta la mitad de los muslos i las puntas de la corbata tocaban a la cintura. Se adelantó gravemente hasta la portezuela del coche, se sacó el sombrero i lo tuvo sobre la cabeza a la altura del brazo estirado, enderezando al mismo tiempo en el aire el dedo meñique, como hacen algunas personas afectadas al tomar una taza de té; acercó en seguida un pié al otro, hizo una grave i profunda inclinacion i extendió la mano izquierda. Mi tio iba a dar un paso adelante para estrecharla cordialmente, cuando descubrió que todas esas atenciones iban dirijidas no a su persona, sino a una jóven dama que en ese momento mismo apareció al pié de los estribos de la dilijencia, en un traje de terciopelo verde, de corte mui antiguo i con pechera i cintura mui largas. No traia sombrero en la cabeza, caballeros, teníala envuelta en una toca de seda negra, pero, al tiempo que se disponia para entrar al coche, miró un momento a su alrededor, descubriendo tan peregrina hermosura, como jamas habia visto mi tio otra que le igualara, ni aun en pintura. Subió al coche, recojiendo el vestido con la una mano, i como mi tio decia, con un gran juramento, cada vez que contaba la historia, no habria creido posible que piernas i piés hubieran podido llegar a tan soberana perfeccion si él mismo no lo hubiera visto con sus propios ojos.

Pero, aunque tan breve la vision del bello rostro, mi tio alcanzó a distinguir que la jóven beldad le habia dirijido una mirada suplicante i que parecia aterrorizada i aflijida. No se le ocultó tampoco que el jóven caballero de la peluca empolvada, apesar de todo su aparato de cortesanía, tan graciosa i elevada, la tenia

el puño fuertemente apretado al ayudarla a subir al coche, a donde la siguió inmediatamente despues. Un individuo de pésima figura, nada comun, con una peluca de color castaño oscuro i un traje color ciruela con una mui ancha espada i botas que cubrian toda la pierna, era tambien de la partida; i cuando se sentó al lado de la jóven, la cual se estrechó en un rincon al acercarse él, mi tio se confirmó mas i mas en su primitiva sospecha de que algo oscuro i misterioso estaba sucediendo, o como él mismo solia decir: "que precisamente habia algun tornillo suelto en alguna parte." No deja de ser sorprendente la prontitud con que formó el ánimo de prestar auxilio a la dama en cualquier peligro, si alguna vez lo necesitara.

—¡Muerte i rayos! exclamó el jóven caballero, llevando la mano a la espada así que mi tio entró al coche.

—¡Sangre i truenos! rujió el otro caballero. I, desenvainando la espada, envió un mandoble a mi tio sin mas ceremonia. Mi tio no cargaba arma alguna; pero, con nunca vista destreza arrebató el sombrero de la cabeza al caballero de la fea catadura, i recibiendo la punta de la espada en el vértice del sombrero, estrujó fuertemente ámbas alas, cojiendo en medio la espada.

—Dale por detrás, gritó el caballero de fea catadura a su compañero, haciendo un violento esfuerzo para reconquistar su espada.

—Que se guarde bien de hacerlo, gritó mi tio, poniendo en evidencia el taco de uno de sus zapatos de una manera amenazante. Si no, yo prometo echarle fuera los sesos, si tiene algunos, o romperle el cráneo si no tiene. Poniendo en juego toda su fuerza en un instante mi tio arrancó la espada de las manos del hombre de mala catadura i la arrojó fuera por la ventana del coche, a lo que el caballero mas jóven vociferó:

—¡Muerte i rayos! i puso la mano sobre la guarnicion de su espada con aire feroz, pero la dejó dentro de la vaina. Talvez, caballeros, como solia decir mi tio con una lijera sonrisa, talvez temió causar alarma a la dama.

—Bueno, caballeros, dijo mi tio, volviendo pausadamente a su lugar, basta ya de muertes con o sin rayos en presencia de una señora, i para un viaje hemos tenido suficiente sangre i truenos; así, pues, si no mandais otra cosa, nos sentaremos en nuestros lugares, como corresponde a pacíficos viajeros. ¡Hola! guardia, recojed el trinchante de este caballero.

Todavía no espiraban las palabras en los labios de mi tio, cuando apareció el guarda en la ventana del coche con la espada del caballero en la mano. Puso en alto su linterna i miéntras la pasaba examinó mui atentamente la cara de mi tio; a su luz vió mi tio, con gran sorpresa, que un innumerable enjambre de guardas hervia en torno de la ventana, todos con ojos igualmente fijos en su persona. Nunca, en todos los dias que llevaba de

nacido, habia visto un mar semejante de caras blancas, cuerpos rojos i ojos atentos.

—¡Vaya con la cosa mas extraña en que he estado metido en mi vida! pensó mi tio. Caballero, permítame devolverle su sombrero.

El caballero de la fea catadura recibió en silencio su sombrero apuntado, contempló el agujero del medio con aire interrogador i, por último, lo plantó sobre la corona de la peluca con una solemnidad cuyo efecto sufrió una notable disminucion por un violento estornudo que otra vez lo lanzó fuera de su lugar.

—Todo en órden, gritó el guarda de la linterna, subiendo a su pequeño asiento en la parte de atrás. Pusiéronse en movimiento. Mi tio atisbaba por la ventanilla del coche miéntras iban saliendo del corral, i luego notó que los otros vehículos con sus cocheros, guardas, caballos i pasajeros se movian al rededor, describiendo circunferencia tras circunferencia a un trote pausado de cinco millas por hora. Mi tio estalló en indignacion, caballeros. Como hombre de negocios, comprendia que la balija no era cosa de jugarse con ella, i resolvió presentar a la Direccion un memorial sobre el asunto tan pronto como hubiera llegado a Lóndres.

Por entónces, sin embargo, todos sus pensamientos se concentraban en la jóven dama, que continuaba sentada en el rincon mas apartado del coche, con el rostro rigorosamente cubierto por su toca. El caballero del levita color de cielo en el asiento opuesto i el hombre de traje ciruela a su lado; ámbos la vijilaban estrechamente. Si tan solo se ajitaban los pliegues de su toca, estaba segura de sentir la mano del hombre de mala catadura golpeando sobre la espada, i de conocer por la respiracion del otro (era tanta la oscuridad, que no podia ver el rostro) que la estaba mirando con unos ojos tan fieros como si quisiera devorarla en un bocado. Todo excitaba mas i mas a mi tio, quien determinó llegar hasta el fin de la aventura, sea cual fuere el suceso. Tenia en gran admiracion los ojos brillantes, i los rostros suaves i piernas i piés bien contorneados; en suma, tenia inclinacion a todo el sexo. Es cualidad de familia, caballeros; lo mismo soi yo.

Muchas fueron las estratajemas que mi tio puso en práctica a fin de atraer la atencion de la dama, o por lo ménos comprometer en una conversacion a los caballeros misteriosos. Todo fué en vano; los caballeros no querian hablar i la dama no se atrevia. De vez en cuando sacaba la cabeza fuera por la ventanilla del coche i casi se desgañitaba preguntando porque no caminaban mas lijero. Pero, gritaba hasta ponerse ronco, sin que nadie hiciera caso de él. Se echaba para atras en su asiento i pensaba detenidamente en el hermoso rostro i las piernas i piés. Con esto le iba mejor; dejaba rodar el tiempo i le evitaba el preocuparse del lugar de su destino i de cómo habia sido que se encontrara en una situacion tan extraña. No que este pensamiento lo hubie-

ra fatigado mucho en ningun sentido; era uno de esos despreocupados, de espíritu lijero i poco impresionable, que todo lo miran con indiferencia; tal era, caballeros, mi tio, ni un punto mas ni un punto ménos.

El coche se detuvo de golpe.

—¡Hola! dijo mi tio. ¿Qué novedad tenemos ahora?

—Ya llegamos, dijo el guarda, bajando los estribos. Vayan bajando.

—¿Aquí? gritó mi tio.

—Aquí, contestó el guarda.

—No pienso en semejante cosa, dijo mi tio.

—Está mui bien; entónces, quedaos donde estais, dijo el guarda.

—Así lo haré, dijo mi tio.

—Hacedlo, dijo el guarda.

Los demas pasajeros habian estado mui atentos al anterior coloquio; i viendo la determinacion de mi tio de no bajar, el mas jóven pasó adelante para ofrecer su mano a la dama al bajar. Miéntras tanto el de la fea catadura se ocupaba en examinar el agujero de su sombrero apuntado. Al tiempo de pasar, la bella dama dejó caer uno de sus guantes en las manos de mi tio, i allegando los labios tan cerca de su rostro, que sintió su tibio aliento en la nariz, articuló en voz baja esta sola palabra: ¡socorro! Caballeros, mi tio saltó fuera del coche al momento, con tal violencia, que casi se desprendió de sus muelles.

—¡Ah! eso es ser mas razonable, ¿no es verdad? dijo el guarda al ver a mi tio al pié del coche.

Mi tio estuvo mirando al guarda unos cuantos segundos, dudando si no seria lo mejor arrebatarle el trabuco i hacer fuego a la cara del individuo de la espada, romper la cabeza del compañero con la culata, arrebatar la dama i huir en medio del humo. Pensándolo luego con mejor acuerdo, renunció este proyecto por parecerle que rayaba casi en lo melodramático su ejecucion, i siguió a los dos misteriosos caballeros, que llevando en medio a la dama, estaban a punto de entrar a una casa vieja, en frente de la cual se habia detenido el coche. Penetraron por el zaguan i mi tio los siguió.

Era un lugar ruinoso i desierto, mas que todos los lugares ruinosos i desiertos que mi tio hubiese visto hasta entónces. Parecia haber sido alguna gran casa de diversiones, pero, el techo estaba hundido en muchas partes i los peldaños de la escalera estaban interrumpidos i despedazados. En el cuarto a que entraron habia un inmenso fogon, i la chimenea estaba ennegrecida por el humo, pero no brillaba entónces con el resplandor de la hospitalaria llama. El liviano resíduo de la madera quemada se conservaba todavía desparramado por el hogar a manera de blancas plumas; pero la hornilla estaba fria i todo era oscuro i melancólico.

—Bueno, dijo mi tio, mirando en torno de sí, una dilijencia que viaja a razon de seis i media millas por hora i se detiene durante un espacio de tiempo indefinido en una ratonera como esta, importa un procedimiento mas que irregular, me parece. Es menester que esto se sepa; yo lo haré poner en los diarios.

Mi tio dijo todo esto en alta voz i de un modo abierto, libre de reservas, con la mira de empeñar en conversacion a los dos desconocidos, si era posible. Pero ninguno dió otro indicio de notar su presencia que cuchichear al oido del otro, mirando de reojo a mi tio miéntras hablaba. La dama estaba en la extremidad mas apartada de la sala, i una sola se vez se atrevió a hacer señas con la mano, como implorando la proteccion de mi tio.

Al cabo de un rato se adelantan los dos extranjeros, i entónces sí que la conversacion comenzó deveras.

—Parece, amigo, que no sabeis que éste es un cuarto privado, dijo el caballero de traje azul celeste.

—No lo sabia, amigo, replicó mi tio. Solo que si éste es un cuarto privado, especialmente preparado para la presente ocasion, podria creerse que la sala comun debe de ser particularmente confortable. Dicho esto, mi tio se sentó en un sillon de anchos brazos, i tomó con la vista una medida tan minuciosa del caballero, que con solo su cálculo, Tiggin i Welps habrian podido suministrarle la tela necesaria para un traje completo, sin errar en una pulgada de mas o en una de ménos.

—Salid de esta pieza, dijeron los dos al mismo tiempo, echando mano a la espada.

—¿Eh? dijo mi tio, sin dar señales de haber comprendido cuál era su intencion.

—¡Salid de aquí o sois muerto! dijo el de la fea catadura, desenvainando al mismo tiempo su ancha tizona i cortando mandobles en el aire.

—¡Matémoslo! dijo el caballero azul celeste, desenvainando tambien su espada i echándose atras dos o tres varas. ¡No se escapará! La dama arrojó un grito penetrante.

Felizmente, mi tio fué siempre notable por su gran atrevimiento i gran presencia de ánimo. En el momento mismo en que parecia ser el hombre mas extraño a cuanto estaba pasando a su vista, miraba con disimulo, buscando algun proyectil o arma de defensa, i cuando las espadas brillaron, él acababa de distinguir, suspendido en el rincon de la chimenea, un antiguo espadon de vaina mohosa. Verlo, dar un salto i desprenderlo de su lugar fué obra de un momento para mi tio; lo desenvainó e hízolo vibrar elegantemente por encima de su cabeza, i gritando a la dama que se apartara, arrojó la silla al de azul celeste i la vaina al de traje color ciruelo, i aprovechando la confusion se echó sobre los dos dando tajos i reveses.

Caballeros, se cuenta en una historia antiquísima que un jóven

caballero irlandes a quien preguntaban si podia tocar el violin, respondió que en cuanto a poder no tenia duda, pero que no podia decir con seguridad, ya que nunca lo habia ensayado. No es inaplicable el cuento a mi tio i su esgrima. Nunca habia tomado una espada en sus manos hasta entónces, salvo cierta noche en que habia representado a Ricardo III en un teatro particular, ocasion en que habia convenido con Richmond en que éste se dejaria atacar sin mostrar aparato de resistencia; pero, aquí lo tenemos dando tajos i reveses con dos experimentados espadachines; acometiendo, poniéndose en guarda, haciendo quites i mandobles, desempeñándose de la manera mas varonil i mas diestra posible, aunque hasta ese momento nunca habia sospechado que poseyera la mas leve nocion de la ciencia. Esto demuestra únicamente la verdad del antiguo dicho: el hombre no sabe de cuanto es capaz hasta que no prueba a hacerlo, caballeros.

Tremendo era el estruendo causado por el combate; los tres combatientes juraban como muleteros i sus espadas se entrechocaban con tanto ruido, como si todo el acero i los cuchillos de Newport se hubieran puesto en movimiento al mismo tiempo. Habia llegado al mas alto grado de calor, cuando la dama, probablemente para dar aliento a mi tio, apartó la toca del rostro i descubrió una fisonomía de tan deslumbrante belleza, que habria combatido contra cincuenta hombres, solo por conquistar una sonrisa i morir en seguida. Hasta entónces habia hecho marabillas; pero, ahora comenzó a menudear cuchilladas como un jijigante furioso en delirio.

En ese mismo instante el caballero del traje azul se volvió i viendo a la hermosa dama con el rostro descubierto, exhaló una exclamacion de rabia i celos, i volviendo la espada contra su bello seno le dirijió una estocada al corazon, a cuya vista mi tio lanzó un grito de horror que hizo vacilar todo el edificio. La dama evitó el golpe desviando rápidamente el cuerpo, i ántes que el caballero pudiera recobrar su equilibrio comprometido, le arrebató la espada de las manos, i haciéndolo retroceder hasta la pared, la hundió a traves de su cuerpo i del muro, i ahí lo dejó firmemente clavado. El ejemplo fué espléndido. Con un rápido grito de triunfo i una fuerza verdaderamente irresistible, mi tio hizo retroceder en la misma direccion a su adversario i hundiendo el viejo espadon en el mismo centro de una gran flor roja dibujada en la tela de su chaleco lo clavó al lado de su amigo; i ahí quedaron los dos caballeros, azotando los brazos i las piernas en su desesperada agonía, como esos juguetes que los niños mueven tirando un hilito. Mi tio decia siempre despues, que ese era uno de los medios mas seguros que él conocia para despachar un enemigo; pero, se prestaba a una objecion en el terreno de la economía, como que representaba la pérdida de una espada por cada hombre inutilizado.

—¡Al coche, al coche! gritó la dama precipitándose hácia mi tio i rodeando su cuello entre sus hermosos brazos; todavía podemos escapar.

—¡Podemos escapar! dijo mi tio, ¡cómo, si ya no queda nadie a quien matar, bella dama, nadie! Mi tio se sintió algo contrariado, caballeros, porque despues de la carnicería no le habria sabido mal un rato de sosegado galanteo, aunque mas no hubiera sido por cambiar de asunto.

—¡No tenemos un solo instante que perder aquí! dijo la hermosa dama. El (señalando el jóven caballero del traje azul) es el hijo único del poderoso marques de Filletoville.

—Pues, entónces querida dama, temo que nunca llegue a heredar el título, dijo mi tio, mirando friamente al jóven caballero que permanecia clavado en la pared en la misma postura que he descrito. ¡Habeis redimido el vínculo, amor mio!

—Esos villanos me habian robado de casa i de mis amigos, dijo la jóven con el rostro encendido por la indignacion. Dentro de una hora, este miserable se habria casado por la fuerza conmigo.

—¡Maldito sea su atrevimiento! dijo mi tio, lanzando una mirada de desprecio al agonizante heredero de Filletoville.

—Como podeis calcular por lo que habeis visto, dijo la jóven dama, están dispuestos a asesinarme si acudo a álguien en demanda de auxilio. Estamos perdidos si sus cómplices nos encuentran aquí. Dos minutos mas i talvez sea tarde. ¡Al coche!—Con estas palabras, vencida por la impresion i el desesperado esfuerzo para traspasar al jóven marques de Filletoville, cayó entre los brazos de mi tio. Este la levantó i la condujo a la puerta de calle. Ahí estaba el carruaje con cuatro negros caballos de larga cola i espesa crin, con sus arneses completos; pero, sin cochero ni guardas, ni siquiera mozos al cuidado de los caballos.

Caballeros, espero no hacer injusticia a la memoria de mi tio al declarar que, aunque era soltero, ya en otras circunstancias habia recibido en sus brazos damas desmayadas. Aun mas, yo creo que habia contraido una especie de hábito de besar a las criadas de taberna, i sé tambien que en una o dos ocasiones, varios testigos fidedignos aseguraban haberlo visto abrazando a una posadera de una manera mui expresiva. Hago mencion de esta circunstancia para que se vea la clase de persona tan poco comun que deberia ser la hermosa dama para llegar a afectar a mi tio como lo hizo; él repetia a menudo que cuando sus negros i largos cabellos estaban pendientes de su brazo i sus hermosos ojos oscuros fijos en los suyos, al volver ella en sí se sintió tan demudado i nervioso, que las piernas le temblaban bajo el peso. Pero, ¿quién puede mirar un bello par de ojos dulces i oscuros sin sentirse enajenado? Yo no puedo, caballeros. Tengo miedo de mirar ciertos ojos que yo conozco; i esa es la pura verdad.

—¿Nunca os separareis de mí? murmuró la jóven dama.

—¡Nunca! dijo mi tio. I así lo sentia.

—¡Oh, mi querido salvador! exclamó la jóven dama. Mi querido, jeneroso, valiente salvador.

—No lo digais, dijo mi tio interrumpiéndola.

—¿Por qué? interrogó la jóven dama.

—Porque vuestra boca se pone tan bonita miéntras hablais, repuso mi tio, que temo ser bastante atrevido para ceder a la tentacion de besarla.

La jóven belleza levantó la mano como para prevenir a mi tio que no lo hiciera, i dijo.... nó, no dijo nada.... sonrió. Cuando mirais el par de labios mas deliciosos del mundo i los veis entreabrirse blandamente en una traviesa sonrisa, si estais mui cerca de ellos i ningun importuno al lado, no podeis declarar mejor vuestra admiracion por su bella forma i color, que besándolos una vez por todas. Mi tio lo hizo así i por ello lo recuerdo con honor.

—¡Escuchad! exclamó la dama sobrecojiéndose. ¡Ruido de ruedas i caballos!

—En efecto, dijo mi tio poniendo el oido. Tenia mui buen oido para distinguir el sonido de las ruedas i de los cascos de los caballos, pero parecian tantos los caballos i carruajes que corrian hácia ellos desde mui léjos, que era imposible formar un cálculo aproximado de su número. El ruido era como el de cincuenta grandes carrozas tiradas por sies caballos de raza cada una.

—¡Nos persiguen! gritó la jóven dama juntando las manos· ¡Nos persiguen! ¡Vos sois mi única esperanza!

Habia tal expresion de terror pintada en su bello rostro, que mi tio formó su resolucion en un instante. Alzóla hasta el coche, suplicándole que no tuviera miedo, acercó otra vez los labios a su rostro i despues de recomendarle que cerrara la ventana para resguardarse del aire frio, subió al asiento del coche.

—¡Un momento, amor mio! gritó la jóven dama.

—¿Qué quereis? dijo mi tio desde su asiento.

—¡Oidme una palabrita, dijo la dama, solo una palabra, nada mas que una, mi querido!

—¿Me permitis entrar? preguntó mi tio. La dama no respondió, pero volvió a sonreir. ¡I qué sonrisa, caballeros! La anterior no era nada en comparacion. Mi tio se descolgó de su asiento en un santiamen.

—¿Qué hai, querida mia? dijo mi tio mirando por la ventanilla del coche. I sucedió que la dama se inclinó al mismo tiempo hácia adelante, i a mi tio se le figuró que estaba mas hermosa que nunca. I debia saberlo, pues que entónces se hallaba tan cerca de ella.

—¿Para qué me llamabais? dijo mi tio.

—¿Me prometeis no amar jamas a otra, no casaros con otra sino conmigo?

Mi tio le prometió con grandes juramentos que nunca se casaria con otra alguna, i la jóven dama retiró la cabeza al interior del coche i cerró la ventanilla. El se plantó en su asiento de un brinco, recojió los brazos, acomodó las riendas, empuñó el látigo, que estaba encima de la cubierta, lo aplicó con brios a uno de los punteros i adelante los cuatro caballos negros de espesa crin i larga cola, arrastrando la vieja dilijencia a razon de quince largas millas inglesas por hora. ¡Arre! como devoraban el suelo!

Pero, atrás aumentaba el ruido. Mas lijero corria la dilijencia, mas lijero seguian los perseguidores: hombres, caballos, perros, se aliaban para perseguirlos. El ruido era espantoso, pero, sobre todo se elevaba la voz de la jóven dama apurando siempre a mi tio i gritando:

—¡Mas lijero, mas lijero!

Pasaban, dejando atrás los negros árboles, como plumas que huyen delante del huracan. Se lanzaban por entre casas, puertas, iglesias, montones de heno, objetos de toda especie, con ruido i velocidad comparables al bramido de las aguas que rompen repentinamente sus diques. Pero, el ruido de los perseguidores era cada vez mas fuerte i siempre mi tio podia oir los desesperados gritos de la jóven:

—¡Mas lijero, mas lijero!

Mi tio ajitaba látigo i riendas i los caballos corrian i corrian cubiertos de espuma i sudor; pero el ruido de atras aumentaba siempre, i siempre la jóven dama gritaba:

—¡Mas lijero, mas lijero!

Mi tio estampó el pié sobre el piso de su asiento con toda la enerjía propia de la ocasion i..... se encontró sentado en el patio del carrocero, adentro de una vieja dilijencia de Edimburgo, trémulo por el frio i la humedad, i golpeando los piés para calentarlos. Se bajó i miró ansiosamente en busca de la hermosa dama. Pero, ¡ah! en el coche no habia puerta ni asientos; era una simple armazon.

Como es de suponerlo, mi tio sabia demasiado que habia algo misterioso en el asunto i que todo habia pasado exactamente como él solia narrarlo. Permaneció siempre fiel al juramento que habia hecho a la jóven i hermosa dama; rechazó la mano de varias posaderas en buena situacion en consideracion a *ella* i por fin murió soltero. Siempre decia que era una mui curiosa cosa que él hubiera descubierto, por la mera casualidad de haber subido encima de una pared, que las sombras de las dilijencias i caballos, guardas, cocheros i pasajeros tenian costumbre de viajar todas las noches sin falta; solia añadir que creia ser el único personaje vivo que hubiera sido llevado como pasajero en estas excursiones. I yo creo que tenia razon, caballeros; al ménos yo nunca lo he oido decir de otro.

RAIMUNDO SALAS E.

LA ILUSION.

Yo recuerdo en mis penas vagamente
Una ventana con brillante luz;
Por ella contemplaba diariamente
Desde mi lecho la extension azul.

Un dia, al despertar el alba ufana,
Ninfa risueña en el cristal tocó;
Yo estaba de mi vida en la mañana,
I abrí inocentemente a la ILUSION.

Tan pura la encontré, tan candorosa,
Que a su lado .... ¡soñé que era feliz!
Este es el sueño de una edad hermosa
Que para siempre se disipa al fin.

Ahora, cuando al par del alba ufana,
Despierto para ver la luz del sol,
Ya no veo como ántes la ventana
Donde vino a llamarme la ILUSION.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

DON FRANCISCO GONZALEZ ERRAZURIZ.

En uno de los últimos vapores ha llegado a las playas de Chile nuestro amigo Francisco Gonzalez Errázuriz.

Hace seis años que dejó la patria para ir a ocupar un puesto entre los representantes de su pais cerca del Gobierno de Estados Unidos. Primero como secretario de la legacion chilena allí acreditada, i durante algun tiempo como su jefe, ha desempeñado esos cargos con laboriosidad i distincion reconocidas.

Hoi, satisfecha cumplidamente la honrosa mision i enriquecida su intelijencia con las luces que ha sabido recojer en su carrera, vuelve a su patria, a su familia i a sus amigos.

La Estrella de Chile cuenta a Francisco Gonzalez en el número de sus fundadores: muchas pájinas de nuestro periódico ha honrado su pluma.

Al jóven diplomático i al antiguo compañero de tareas, nuestro mas cordial saludo.

COLOMBIA.

(Correspondencia literaria para La Estrella de Chile.)

Bogotá, 20 *de junio de* 1877.

Señor Director de La Estrella de Chile.

Al dar a Ud. cuenta de las publicaciones que últimamente se han hecho en esta capital, he de principiar hablándole sobre *La leccion del pasado*, cuaderno que ha circulado profusamente dias atras i que por tener miras políticas i de actualidad ha sido leido por toda clase de personas.

El fin que en él se propone su autor,—encubierto bajo el seudónimo de Ignotus—es el de propender por un sistema mejor de educacion intelectual, moral i relijiosa que con el tiempo dé mayores elementos de paz i de verdadero progreso a este infortunado pais, tan trabajado hoi en dia por las revoluciones i la inmoralidad.

Esta produccion ha sido juzgada por un literato conocido (1) como un "escrito majistral, que no pocos se envanecerian de tenerlo por suyo: filosófico, profundo, bien meditado, mui bien hablado; i que se lee con vivo interes."

Tales conceptos, emitidos por una persona ilustrada, no los considero en un todo aplicables al cuaderno citado.

Consecuente con la idea que me he propuesto, i con la índole del periódico en que estas líneas hayan de ver la luz pública, no tocaré, ni lijeramente, la cuestion política, i mis apreciaciones ya en pró, ya en contra de un escrito, han de ser siempre basadas tan solo en el criterio histórico i literario.

Bajo este punto de vista, noto en *La leccion del pasado* algo, i aun algos, que no debo dejar entre el tintero, toda vez que ello viene en confirmacion del juicio que, segun mi escaso entender, he formado del folleto.

En la parte narrativa o histórica, en donde exhibe las grandes fechas conmemorativas de los sucesos políticos, no trae aquéllas con un órden tal que dé a la persona que no haya sido testigo ocular de éstos, cuenta exacta e idea completa de lo que pasó,

(1) Doctor Manuel Ancizar. Diario de Cundinamarca, núm. 2,122.

sino que, bien al contrario, cuidándose poco de presentarlos con buen enlace i de hacer resaltar los elementos sociales o filosóficos que los ocasionaron, los muestra a la lijera i sin exposicion narrativa adecuada a su propósito.

Por lo que toca al estilo, paréceme que es algunas veces confuso i en otras algo afectado e incorrecto; notándose en lo último el empleo impropio de ciertas palabras i algunas faltas de concordancia.

De otro lado, el cuaderno encarna una idea benéfica; i el plan educacionista porque propende seria de utilidad para el adelanto intelectual i moral del pueblo.

Ya ántes de la guerra, escritores autorizados pusieron de manifiesto la necesidad imprescindible que habia de fomentar la educion moral i relijiosa de la sociedad, sin lo cual, ningun adelanto es completo, ni progreso alguno verdadero i estable.

Mas no se les prestó entónces, a los que tal hicieron, el apoyo i eco con que ha sido acojida i sostenida la publicacion de que me ocupo.

Puede ser que hoi la voz de alarma resuene mas i mejor que ayer, i obtenga opimos frutos.

Estos son, al ménos, los deseos que abrigo.

Otra publicacion, destinada igualmente a la política i que cuenta de vida una quincena, es El Relator, periódico bi-semanal, redactado por el publicista doctor Felipe Perez. (2)

(2) Autor de las siguientes obras:

Análisis política, social i económica de la República del Ecuador, precedida de un resúmen jeográfico e histórico de la misma. Bogotá. Imprenta del Neo-Granadino. 1853.

Atahualpa, novela orijinal. Imprenta de Echeverría Hermanos. 1856.

Los Pizarros, novela orijinal. 1857. Imprenta de Echeverría Hermanos.

Gonzalo Pizarro. Drama histórico orijinal en cinco actos i en verso. Representado por primera vez en el teatro de esta ciudad el 12 de abril de 1857. Bogotá. Imprenta de Echeverría Hermanos. 1857.

Tilma o continuacion de *Los Pizarros*, novela orijinal. Bogotá. Imprenta de Ovalles i C. ª 1858.

El caballero de la barba negra, novela orijinal. Bogotá. Imprenta de Ovalles i C. ª 1858.

Jeografía física i política del distrito federal capital de los Estados Unidos de Colombia; escrita de órden del Gobierno Federal, por Felipe Perez, miembro de la nueva comision encargada de los trabajos corográficos de la República. Bogotá. Imprenta de la Nacion. 1861.

El Canto de los Héroes. A los ilustres caudillos de las lejiones federales. Bogotá, 20 de julio de 1861. Imprenta de El Mosaico. 1861. Folleto.

Anales de la revolucion. Escritos segun sus propios documentos. Primera época que comprende desde el 1. º de abril de 1857 hasta el 18 de julio de 1861. Bogotá. Imprenta del Estado de Cundinamarca. 1862. 1 volúmen de 641 páj.

Jeografía física i política de los Estados Unidos de Colombia, 1862-1863. Imprenta de la Nacion. 2 volúmenes.

Tratado de la puntuacion castellana. Imprenta de Echeverría Hermanos. 1863.

El título de esta hoja tiene algo de *yankee*, i es enteramente nuevo en los anales del periodismo de Colombia.

Ademas de la seccion política, destina este papel una a las noticias del interior i de los paises extranjeros, i otra a la amena literatura.

La última está concretada por ahora al folletin, en donde aparecen unas *Lecturas instructivas i amenas*, orijinales del mismo redactor.

Tres son las que han visto la luz pública: *El doctor Jenner*, en la que narra a grandes pinceladas el maravilloso descubrimiento del pus vacuno; *Las cuentas del Gran Capitan*, episodio curioso de la vida de Gonzalo de Córdova, i *Las golondrinas*, fantasía sobre los viajes que en determinadas épocas del año hacen estos animalitos.

La última es la que mas ha agradado, por la naturalidad i facilidad en el diálogo, como tambien por el *esprit* con que está escrita. Nótase en ella, como en las anteriores, el propósito del autor de seguir las huellas trazadas por novelistas como Julio Verne i Gustavo Aimard, los que hacen útiles sus escritos por medio de conocimientos históricos i científicos.

El doctor Perez es escritor mas literario que político i sus concepciones como novelista valen mucho mas que sus razonamientos políticos.

En apoyo de las teorías de El Relator, han aparecido dos periódicos mas: El Progreso, dirijido por el doctor Agustin Nuñez, i La Union Liberal, publicada por el señor Francisco de P. Matéus; i que, en esmerada edicion, sale de las prensas del señor Medardo Rivas.

Si a los tres periódicos nombrados añade Ud. el Diario de Cundinamarca, tendrá el número completo de los órganos que cuenta actualmente la prensa de esta capital.

El último trae, en su número 2,128, un artículo literario intitulado *La Flor del Carmelo*, debido a la pluma del doctor Nicolas Pardo, quien apesar de sus tareas como juez del Estado, consagra sus ratos de ocio al cultivo i fomento de las letras.

Los escritos del señor Pardo son leidos siempre con gusto, porque ademas de que los distingue un estilo culto i elevado, posee el arte de agradar a los lectores. Lo cual constituye el mejor elojio que de sus producciones se puede hacer.

Jeografía jeneral de los Estados Unidos de Colombia. Paris. Librería de Rosa i Bouret. 1865.

El álbum de las flores. Bogotá. Imprenta de Echeverría Hermanos. 1866.

Versos. Bogotá. Imprenta de Gaitan. 1867.

Pájinas para los niños. Coleccion de escenas bíblicas. Bogotá. 1870. Imprenta de Gaitan.

Los jigantes. Novela orijinal. Bogotá. Imprenta de Gaitan. 1875.

Biografía de Francisco Antonio Zea. Bogotá. Imprenta de Gaitan. 1876. Folleto.

Homenajes al jenio. Estudios históricos. 1876. Bogotá. Imprenta de Gaitan.

Para dar a Ud. noticia cumplida de las publicaciones hechas en el mes, dejaremos los escritores conocidos para tratar de los autores noveles.

Cuatro son los que recientemente han exhibido muestras de su voluntad de contribuir al adelanto intelectual, dando a la prensa las siguientes obras:

Susana i Mercedes, novela orijinal de Jesus María Barca.

Episodios de la Campaña de Occidente en 1876 i 1877. Tomados del diario histórico de aquel ejército, por R. Acevedo.

Recuerdos de un prisionero. Campaña del Norte, por Francisco Camacho G., i

Cantos populares de mi tierra, por Candelario Obeso.

Los tres primeros son propiamente ensayos, i así, aun cuando tengan algunos defectos, debe impulsarse a sus autores para que, mas tarde, por medio de la aficion i el estudio, produzcan escritos de mayor mérito.

El simpático título de *Cantos populares de mi tierra*, es el que lleva una coleccion de poesías, corta en extension, pero grande en injenio i en estro poético.

De los aficionados a las musas, pocos aventajan en dotes literarias al jóven Obeso, (3) i la muestra que de su talento ha dado al público, ha sido apreciada por personas competentes para ello; mereciendo entre otros los elojios del filósofo señor Venancio G. Manrique.

Los *Cantos populares* están escritos en un lenguaje especial, peculiar a las jentes del pueblo bajo de la Costa, i para aquellos que no conocen esos provincialismos, i aun casi pudiera decirse ese nuevo dialecto, es difícil leerlos de corrido. Esto me retrae de presentar a Uds. alguna muestra de ellos, puesto que seria preciso acompañarla de su correspondiente explicacion, la que no viene mui a cuento cuando las noticias recojidas tienen un carácter lijero, como en la presente carta.

Los versos del señor Obeso no son los únicos que se han dado al público en el curso de este mes.

De las prensas del señor José Manuel Lléras ha salido un volúmen con el título de *Cánticos del Nuevo Mundo*, por don Fernando Velarde, i *Ecos de la Lira Universal*, escojidos por Simon C. Cabrales i Nicolas Ponton.

Don Fernando Velarde, escritor español i autor de varias obras didácticas, es mui conocido aquí por sus poesías, que varias veces han estado en boga, en especial aquella dirijida a la señorita J. A. T.:

Así que yo supe que luego partias
A extrañas rejiones, mui léjos de aquí, etc.

(3) Natural de Mompos. Nació el dia 12 de enero de 1849. Hizo sus estudios en Bogotá i se ha dedicado a la literatura.

Creo que los señores Ponton i Cabrales han hecho, con la reimpresion de esta obra, un verdadero servicio a los *amateurs*. En cuanto a *Ecos de la Lira Universal*, son la muestra de una publicacion que, mas extensa, se proponen hacer los mismos señores; i que por lo pronto ha aparecido como apéndice al libro de versos de Velarde.

Varios nombres de autores nacionales rejistra la parte publicada, como tambien los de algunos españoles i americanos.

La siguiente composicion se encuentra en el libro:

EL POBRE.

MI SUERTE.

¡El pobre! al pobre menosprecia el mundo:
El pobre vive mendigando el pan;
Falsa piedad o ceño furibundo
Cual un favor le dan.

La gloria al pobre le deniega un nombre,
El poder le deniega su esplendor,
La noche el sueño, su amistad el hombre,
La mujer el amor.

¡Oh verdes bosques, círculo del polo!
¡Montes, desiertos donde el rico va!
¡Mar insondable, eterno, inmenso i solo!
¡El pobre no os verá!

¡Ah! en los ojos del pobre brota el lloro
I no enternece un solo corazon;
Que las lágrimas solo en copa de oro
Merecen compasion.

¡Vedlo! su pié la tierra triste pisa;
Todo en él nos releva el padecer:
¡Ojos sin luz, i labios sin sonrisa,
I vida sin placer!

I empero, el pobre tiene una esperanza
Que vale mas que el mundo i mundos dos;
¡Inmenso bien que el oro vil no alcanza!
— ¡El pobre tiene a Dios!

José Eusebio Caro.

El nombre de José Eusebio Caro es considerado como el de uno de los mas notables poetas que ha producido el pais. Su poesía *El Pobre* no es la mejor que de su númen poético puede exhibirse, pero la copio aquí por ser la que presenta tambien la muestra indicada.

Caro, Vergara i Gutierrez Gonzalez son nombres queridos para los amantes de las letras colombianas, i que pasarán a la posteridad como los de hombres de jenio i de corazon.

ISIDORO LAVERDE AMAYA.

ALGUNOS DATOS SOBRE LA CUESTION DE ORIENTE

Para comprender bien toda la importancia de la actual contienda entre Turquía i Rusia, conviene recordar algunos antecedentes de lo que se ha convenido en llamar "la cuestion de Oriente."

Comenzó la guerra por la sublevacion de las provincias de Bosnia, Herzegovina i Bulgaria, que forman parte integral del imperio turco. Reprimida inmediatamente i castigada con una barbarie sin ejemplo la revolucion en Bulgaria, continuó en la Bosnia i Herzegovina. En defensa de estas provincias salieron al palenque los Estados tributarios de Turquía, pero que gozan de cierta autonomía, la Servia i el Montenegro. Los servios fueron completamente derrotados. Solo el Montenegro obtuvo algunos triunfos, pero habria tambien sucumbido sin la intervencion de la Rusia. Toca, por fin, su turno a la Rusia, la que, roto el dique que le opusiera la diplomacia europea, se lanza a la lucha con la impetuosidad de su cólera, largo tiempo comprimida.

¿Qué causas son las que han movido tres provincias turcas a revelarse contra los terribles musulmanes? ¿Cuáles las que han decidido a dos pequeños Estados a salir en su ayuda? ¿Cuál, finalmente, la que ha despertado la cólera de la Rusia?

Para comprender bien el oríjen i objeto de la guerra actual, es menester recordar algunas antecedentes etnográficos e históricos.

Hai una ciencia de la mayor importancia para la intelijencia

de la historia política de este siglo, ciencia casi desconocida entre nosotros. Me refiero a la etnografía, o sea el estudio de las nacionalidades de los diferentes paises, de sus aspiraciones i tendencias. Esta ciencia ha llegado a ser la llave de la historia contemporánea.

A la antigua política del equilibrio europeo, política que explica todas las guerras europeas de los siglos XVII i XVIII i que terminó en la revolucion francesa i el primer imperio, ha sucedido la política de las nacionalidades. Ella explica todas las guerras que han cambiado la organizacion dada a la Europa por el Congreso de Viena. Ella explica la guerra de la Confederacion Alemana con la Dinamarca, la guerra entre la Prusia i el Austria i entre la Alemania i la Francia, guerras que han producido el Imperio Jermánico. Ella explica la guerra del Piamonte con el Austria i las revoluciones de Italia, que han producido el Reino Italiano. Ella es, finalmente, la única que puede darnos luz para apreciar la difícil cuestion de Oriente.

Como los alemanes i los italianos, repartidos en muchos pequeños Estados, aspiraron durante mucho tiempo a formar grandes naciones, los eslavos, repartidos en diferentes puntos de Europa, pero principalmente en Rusia, Turquía i Hungría, aspiran a formar una gran confederacion a cuya cabeza esté el Czar de Rusia. Esta tendencia ha sido bautizada con el nombre de *paneslavismo*. Para ver el rol que el paneslavismo representa en las cuestiones de Oriente, conviene tener algunos datos etnográficos sobre la Turquía.

Todos sabemos que el actual territorio turco fué el asiento del imperio bizantino o de Oriente. La antigua Bizancio es la actual Constantinopla. Las primeras invasiones que el imperio de Bizancio tuvo que sufrir se componian de eslavos que venian del monte Ural, los servios i los búlgaros, quienes formaron por el siglo VII los reinos de Servia i de Bulgaria. Por los siglos XIV i XV el imperio de Oriente sucumbió por completo bajo la invasion de los turcos, discípulos de Mahoma i una de las dos ramas en que se dividen los turcomanes del Asia. Puesto el pié en Europa, los turcos no tardaron en destruir los imperios búlgaro i servio, en conquistar buena parte de la Hungría i en llegar hasta a amenazar a Viena. La Turquía llegó a ser, en los siglos XV i XVI, el terror de la Europa, hasta que la batalla de Lepanto vino a poner fin a su engrandecimiento. Desde el siglo XVIII su influencia ha desaparecido, i al odio que se le tenia, ha sucedido la proteccion.

Efecto de esta série de conquistas es la mezcla de nacionalidades, que forman el actual imperio turco. Hai, en primer lugar, los servios, restos del antiguo gran reino de Servia, los que en número como de 1.870,000 ocupan principalmente las provincias de Bosnia i Herzegovina, situadas en la extremidad noreste del

imperio. Se hallan protejidos por los Estados semi-independientes de Servia i Montenegro i, como éllos, forman parte de la familia eslava. Profesan la relijion griega, cuyo patriarca reside en Constantinopla.

Los búlgaros, en número como de 1.800,000, habitan la provincia de Bulgaria, situada al norte del imperio turco i separada por el Danubio de la Rumania. Son de nacionalidad eslava, griegos por la relijion i de un carácter dulce i tímido, por cuya razon tanto los han maltratado los turcos i los albanenses.

Los albanenses, en número como de 1.229,000, habitan la costa occidental. Son en su mayor parte musulmanes i de carácter mui belicoso. Los albanenses odian, como los turcos, a los eslavos, i son los soldados mas feroces del ejército otomano.

Los griegos, en número como de 1.024,000, habitan principalmente la costa. Descendientes, segun ellos, de los antiguos helenos i profesando la relijion griega, están unidos, sin embargo, en sentimientos con los turcos i los albanenses en contra de los eslavos.

Los turcos, finalmente, en número como de 2.210,000, habitan la parte sudeste de Turquía. Profesan, como todos saben, la relijion musulmana i su número disminuye cada dia.

Puede, por consiguiente, decirse que hai dos grandes grupos en Turquía. Componen el primero los turcos, griegos i albanenses; el segundo, los servios i búlgaros. Los primeros son los señores; los segundos, los esclavos o *rajas* (ganado) como los designan los turcos. Los primeros disponen del gobierno, del ejército, del comercio; los segundos pagan las contribuciones. Esta condicion dura i precaria de las provincias eslavas de Turquía, ha mantenido, naturalmente, su aversion a la dominacion turca i el deseo de independizarse bajo la proteccion de sus hermanos del norte, los rusos.

La crísis actual no es, pues, una cuestion relijiosa. Si lo fuera, los griegos de Turquía no estarian en contra de las provincias eslavas i en favor de los turcos, como se han manifestado siempre. Es una cuestion de razas. Es la lucha de la raza eslava por independizarse de la opresion otomana i ponerse bajo la proteccion de la Rusia.

La historia nos conduce a una conclusion análoga a la que hemos sacado de la etnografía.

La cuestion de Oriente es una de las que ocupa mas pájinas en la historia del presente siglo. Sus faces principales pueden reducirse a cinco: independencia de Servia i Rumania, asegurada por el tratado de Andrinópolis de 1829; independencia de Grecia, que comprende un período de diez años desde 1820 a 1830; independencia del Ejipto, año 1840; guerra de Crimea i tratado de Paris de 1854 a 1856, i guerra actual.

Una rápida revista de estos acontecimientos i de la actitud asumida en cada uno de ellos por la Rusia, será el mejor guia para apreciar la presente crísis i comprender el objeto i plan de la política rusa.

En guerras provocadas por la independencia de la Servia, de la Valaquia i la Moldavia, que componen la actual Rumania, la actitud de la Rusia fué mui clara i decidida. Se trataba de una provincia eslava i de provincias que la separaban de los Estados turcos-eslavos: peleó por su independencia hasta que la aseguró por el tratado de Andrinópolis en 1829. Dos veces el ejército turco en campaña, teniendo a la cabeza al emperador Nicolas en persona, en 1828 i 1829, se apoderó de la Valaquia i la Moldavia, que los turcos le disputaron poco a poco, i llegó hasta bloquear los Dardanelos. Cuando los turcos se rindieron, la Rusia, en vez de anexarse las provincias reveladas, se contentó con asegurar su independencia, pagando un tributo a la Turquía.

Al lado de los Estados danubianos, los griegos peleaban tambien por su independencia desde 1820. ¿Cuál fué respecto de ellos la conducta de la Rusia? Bastante indecisa, llegando hasta condenar la revolucion griega en el congreso de Laybach.

Inútiles fueron las súplicas del gran ministro ruso, Capo d'Istria, de oríjen griego; el emperador Alejandro consideró a los griegos como a unos revolucionarios. ¿Por qué esta diferencia, siendo que los griegos profesan la misma relijion que los rusos? Porque la relijion no es el verdadero móvil de la política rusa, sino la independencia i proteccion de las provincias eslavas. La relijion ha sido únicamente un pretexto. La Grecia se hizo independiente gracias a su heroismo, gracias al oro ingles i a la ayuda de los entusiastas voluntarios que acudieron de todos puntos de Europa, entre los cuales se distinguieron lord Byron i lord Cochrane.

Vienen en seguida la sublevacion de Mehemit Alí en el Ejipto, entónces una provincia de Turquía, i sus conquistas en el Asia. Derrotados los turcos i en la última extremidad, imploran la proteccion de la Rusia, la que inmediatamente se la concede a condicion de que cierren los Dardanelos a los buques extranjeros. Otras naciones de Europa se oponen a esta proteccion exclusiva de la Rusia, i una liga formada por la Rusia, el Austria, la Prusia i la Inglaterra, hace retroceder a Mehemet Alí al Ejipto i restituye el Asia a la Turquía. Este hecho muestra que el plan de la Rusia no es tampoco aniquilar a la Turquía. Si lo fuera ¿le habria prestado, en circunstancias tan críticas, una proteccion tan eficaz? ¿No habria dejado mas bien que se debilitase, perdiendo sus posesiones asiáticas?

Llega el año de 1853 i, a propósito de una querella por los lugares santos en la Palestina, la Rusia se pone de nuevo en campaña. Exije de Turquía que dé a todos los miembros de la igle-

sia griega los mismos privilejios que a los latinos, o sea que quedasen bajo su proteccion, como los pocos frailes latinos de la Palestina lo estaban bajo la de los cónsules extranjeros. Esto era pedir demasiado. Los súbditos del sultan, que profesan la relijion griega, en su mayor parte eslavos, se cuentan por millones, miéntras los latinos son unos pocos frailes i peregrinos. Conceder esto a Rusia era el triunfo de su política. Los turcos se negaron, i ayudados por la Inglaterra i la Francia, sostuvieron la guerra de Crimea, que terminó por la toma de Sebastopol. Vencidos los rusos, proponen la paz, la que fué acordada i arreglada en el congreso de Paris de 1856.

¿Cuál ha sido la actitud de la Rusia en la presente contienda? Cuando los servios i los búlgaros, cansados de la opresion otomana, se han sublevado, la Rusia, como era natural, ha salido a su defensa, empleando todos los medios pacíficos al principio i declarando la guerra cuando estos medios se hubieron agotado.

Conocidas son las sesiones de la conferencia de Constantinopla. Allí se reunieron los embajadores de todas las naciones que habian firmado el tratado de Paris. Se discutieron las reformas que la Turquía debia hacer en las provincias sublevadas i las garantías que debia concederles. Estas reformas habrian de ser municipales, judiciales i financieras. En garantía de su observancia, la Turquía tenia que nombrar valys inamovibles por cinco años, establecer una jendarmería internacional i aceptar la intervencion de dos comisiones internacionales, encargadas de velar por la ejecucion de estas reformas. En la discusion de estas reformas i de estas garantías, los embajadores rusos se mostraron mui conciliadores. Solo Turquía se resistió tenazmente a suscribir los acuerdos de la conferencia. Prometió hacer reformas, pero sin dar garantías de su cumplimiento. Los embajadores de las naciones europeas tuvieron que retirarse de Constantinopla sin conseguir nada de Turquía. Desde entónces la guerra, que despues ha estallado, pareció inevitable.

¿Cuáles serán las consecuencias de esta guerra? En caso de vercer la Rusia ¿llegará hasta apoderarse i retener a Constantinopla? Difícil es prever los acontecimientos, pero si de algo sirven las lecciones de la historia, parece que tal no es el plan de la Rusia. Por otra parte, tampoco se lo permitirian las demas naciones, quienes intervendrian para oponerse a semejante engrandecimiento. La misma historia nos indica cuál será el fruto de las victorias de los rusos. Asegurará la independencia de las provincias eslavas, la Bosnia, la Herzegovina i la Bulgaria, i de este modo afirmará su influencia en Turquía i ganará el engrandecimiento de toda la familia eslava.

FRANCISCO DE B. ECHEVERRIA.

¡VOLAR!

¡Que sombría está la noche!
¡Cómo brama el huracan!
¡Cómo barriendo los campos
Su furia rabiosa va!

Pesadas rocas descuaja
I troncha el fuerte quillai,
Estréllase en la montaña,
Retiembla la inmensidad,

Un mundo en sus remolinos
Por el aire vueltas da,
I con jirones de nubes
Revuelve de aguas un mar.

Negros el aire i el campo,
Negros los cielos están;
¡Cuánto pavor por do quiera!
Do quiera, ¡qué oscuridad!

Pasan las gotas de lluvia,
Pasa una sombra fugaz,
Pasan jirones de nieblas,
I en la ráfaga, al pasar,

Se sienten crujir las hojas
Que arrebata el vendabal,
Por los espacios vacíos
Sin saber a dónde van.

Hojas, jirones de niebla,
Ráfagas, sombra fugaz,
Menudas gotas de lluvia
Que entre las sombras pasais,

¡Quién pudiera con vosotras,
En alas del huracan,
Quién pudiera, quién pudiera
Volar, volar!....

Raimundo LARRAIN C.

EL ESTUDIANTE DEL GUAIRE.

I.

Juan Quezada era uno de esos séres que parecen protejidos con especialidad desde la cuna por la mano de la naturaleza. Huérfano desde mui niño i dueño de una considerable fortuna, quedó al cuidado de un tio, que le dejaba en todo una libertad completa, libertad que las mas veces mata el corazon i enturbia el espíritu; pero que a veces, tambien, es causa de un desarrollo extraordinario de carácter.

Criado el niño en los salones i reuniones, halagado de todos i aplaudido por sus dichos, perdió mui luego la ilusion que acompaña, por algun tiempo, a las almas jóvenes, que por vez primera se lanzan al mar variable de la sociedad. Jóven despues i cansado de la vanidad i futilezas de que se veia rodeado, abrió su alma al estudio con locura; pero a un estudio desordenado que, léjos de enderezar al bien su intelijencia i corazon, lanzaron su alma por el oscuro camino de la duda. Dotado de un entendimiento sobresaliente i un carácter firme i sostenido, rodó desde mui temprano entre personas, formadas ya, sin que por esto se doblegara su independencia absoluta. Hombres de ilustracion notable buscaban la amistad del jóven estudiante i su nombre se repetia ya en muchas reuniones, como una futura fuerza para las crecientes luchas de partido.

Ni halagos, ni alabanzas pudieron, sin embargo, apartar al jóven del severo camino que se habia trazado, i reconcentrado, i solo parecia hallar todos los encantos de la existencia en los gruesos volúmenes que recorria con avidez. La juventud, empero, tarde o temprano, ejerce su májica influencia sobre el corazon i la fantasía. Un sueño de amor cruzó por la mente de Juan; al principio vago i difuso, pero que gradualmente fué grabándose con mas brillantes caractéres. Pasó algun tiempo i un desengaño, hijo de una lijereza de la persona que juzgaba él llena de amor, echó por tierra ese castillo, levantado únicamente por la imajinacion. Los sueños, halagados por esa alma vírjen i jenerosa, huyeron entónces en pos de la idea de luchar por el bien de la humanidad nació el frio espectro del egoismo i la fuerza de esta oscura pasion fué creciendo de dia en dia, hasta el punto de hacer insoportable al pobre estudiante la vida de la capital. Hai situaciones del alma, en que una palabra, un hecho cualquiera, cam-

bian completamente los sentimientos; entónces, como la modesta sensitiva, basta el mas lijero tacto para cambiar la franqueza i la antigua expansion en la mas absoluta reserva i en el deseo de replegarse en sí mismo para siempre.

II.

Una mañana, el primer rayo de sol que descendia al llano, jugaba sobre el rostro pensativo de un viajero, que acompañado solo del corcel, que lo llevaba, marchaba lentamente por una de las largas avenidas que conducen de Santiago hácia el sur. Era Quezada.

Habia en ese tiempo, una aldeita al sur del puerto de Talcahuano, adonde las fatigadas olas llegaban en busca de paz i descanso, resbalando por una arenosa i extendida playa. En torno a la caleta habia unas cuantas casitas, tan blancas i limpias, que a la distancia parecian aves marinas; a cada una rodeaba un pequeño huerto cuajado de legumbres hermosísimas, i enredaderas silvestres, abrazadas a los pilares, se juntaban en el pajizo techo. A un lado, un cerrito no mui alto i cubierto de esos inmensos árboles que abundan en el sur de Chile, lo defendian del viento; i detras, la cordillera de la costa, extendia dos brazos, como para mantener a la aldea libre i sola de las vecinas tierras. El órden i la limpieza de las casas mostraba el carácter de sus habitantes, antiguos i honrados marinos todos, dedicados a la pesca de la ballena, cuyo aceite llevaban en cierta época a Talcahuano en una pequeña goletita, que fondeaba no léjos de la playa.

Tocaba ya a su fin el verano cuando los moraderes del Guaire vieron con no poca sorpresa desembarcar de la goleta, que volvia de uno de sus acostumbrados viajes, a un personaje desconocido.

¡Pobre Juan! Mucho habia viajado por las ciudades i los campos; el estrellado cielo, con su imponente majestad, mas de una vez le habia servido de único techo en las largas noches de verano, i las mas altas nieves habian soportado el peso de sus infatigables plantas; pero era siempre el mismo. Mas aun, el gusano habia, en el silencio i la soledad, penetrado mas hondamente en ese corazon enfermo, i los antiguos sueños de triunfo i de gloria se habian convertido en un desaliento i postracion invencibles. En Talcahuano oyó hablar del Guaire i aprovechó el viaje de la goleta para arribar a playas tan poco acostumbradas a las visitas de los extranjeros. En adelante, los libros i el estudio serian sus únicos compañeros, i abandonado a ellos, volarian los años de una vida que juzgaba condenada por una estrella

enemiga al abandono i la soledad. ¡Triste cosa i ciega es la humana sabiduría!

El tiempo volaba; la tranquilidad de la aldea de los pescadores, sus costumbres sencillas i su felicidad, la cercanía del mar, cuya vasta superficie infunde al alma dulces pensamientos, fueron poco a poco modificando el carácter del estudiante. Encerrado al principio en su choza, encaminó luego sus paseos ya por la extendida i arenosa playa, ya por los seculares bosques que se alzaban a espaldas de la aldea, entregado a caprichosos sueños, tristes siempre, pero a veces con un rayo de esperanza, que pronto moria en su sombrío pensamiento.

No hai maestro mas amable que la naturaleza i sus innumerables encantos; bajo su dulce influjo el corazon i la intelijencia se, vigorizan. El corazon de Juan obedecia a ese influjo. La aridez que como segunda naturaleza se habia apoderado de él, desaparecia lentamente, e impresiones melancólicas i tiernas, llenas de un encanto misterioso, ocupaban su lugar. Se añadia a esto las francas manifestaciones de los marinos que, ayudados muchas veces por los conocimientos del estudiante, le profesaban un cariño sincero, velado talvez por el respeto no ménos profundo que cubria al primer sentimiento. Acostumbrados a combatir de contínuo con los elementos enfurecidos, no comprendian, empero, la lucha constante que acosaba a un corazon jóven i vigoroso. Sin darse cuenta, veneraban casi al triste i pálido estudiante, que parecia vivir tan léjos de todas las impresiones del mundo material.

III.

El crepúsculo de la tarde caia sobre la costa i la luna, alzándose sobre los cerros, bañaba con su luz pálida i difusa las casitas del Guaire i las tranquilas aguas que dormian en sus playas. El suave perfume de las huertecillas i el aroma de las flores silvestres flotaban dulcemente por el aire. Con lentos pasos i la frente inclinada avanzaba el estudiante hácia la playa; el silencio i la majestad de la hora armoninazaban con el estado de su alma, e impelidos por un impulso íntimo, sus labios se movian sin proferir palabra alguna.

Un jóven marino, a pocas varas de la playa, dejaba mecer su bote por el contínuo i tímido oleaje; i sus remos, que caian de vez en cuando a turbar la tranquila superficie, hacian saltar chispas de diamantes. A una leve seña de Juan, el jóven se acercó a tierra i en un instante mas, vogaba mar afuera, dejando tras sí dos brillantes estelas que reflejaban vivamente los rayos de la luna. Los ecos lejanos de un armonioso canto,

que los pescadores entonaban al morir el dia, flotaba apénas, mezclado al leve rumor que producian las pequeñas olas al chocar entre sí. El insinuante modo de Juan hizo que, en poco tiempo, la conversacion fuera íntima i cariñosa, i que el marino, con la sencillez que a esta clase de jente carateriza i el fuego de los veintitres años, refiriese lo que sabia de su propia historia.

IV.

Algunos años atras, diez o doce talvez, habia naufragado en aquellas playas un buque ingles cargado de mercaderías i cuyo dueño era su mismo capitan. Este, con la mayor parte de la tripulacion, habian perecido; pero su mujer, un niño de diez años i una hija menor aun, habian salvado gracias a los esfuerzos inauditos de los valientes balleneros. La desgraciada viuda jamas habia querido abandonar esas playas hospitalarias i ayudada por sus huéspedes, habia construido sobre la colina una casita rodeada como las otras de un alegre jardin, donde el cuidado de sus hijos i la dulce tranquilidad del lugar, hicieron cambiarse en horas felices la vida que parecia amenazada de luto i tristeza. Aun no habia pasado un año desde que la virtuosa señora habia dejado de existir, i desde entónces Alberto e Ines, su hermana, vivian solos en la casita del cerro, ayudándose mútuamente i entregados a sus ocupaciones respectivas.

Era ya tarde: con un suspiro tomó de nuevo los remos Alberto i se dirijió a tierra. La despedida fué cariñosa; el jóven marino se sentia atraido al severo estudiante por vínculos irresistibles, i éste padecia en silencio al comparar su corazon yerto i herido por la soledad i el desengaño, con el de su compañero fresco aun i mecido solo por ardientes i entusiastas impresiones. Cantando se dirijió Alberto a la choza donde lo esperaba el cariño i el contento; la negra figura del estudiante por largo tiempo se destacó en las blancas playas, alumbrada por la trémula luz del astro de la noche.

Una tarde, pocos dias despues de su conversacion con Alberto, dirijió Juan insensiblemente su acostumbrado i solitario paseo bajo antiguos i coposos árboles, hácia el cerrito del sur de la aldea, cuyo pié bañaban las aguas sosegadas del mar. El sol se acercaba al ocaso. Mil nubes de caprichosas formas i de un encendido rojo, lo acompañaban en su caida; las aves le brindaban sus últimos cantos i las hojas de los árboles, mecidas por la brisa, murmuraban frases armoniosas que se mezclaban a la mas sonora voz del Océano. I el alma del hombre se juntaba al concierto de la naturaleza. Concierto extraño i misterioso, himno sin pala-

bras, efusion de los mas íntimos sentimientos. Silencio que hace del hombre un sér inmortal, que vive i goza solo con la idea, ajeno al mundo i a lo material.

¡Felices los escojidos de la naturaleza, a quienes deja oir sus mil variadas armonías i que mezclan su propia voz a la del universal concierto! ¡Felices en su tristeza!

Un canto dulce i tierno distrajo al estudiante de su recojimiento. Volvió la vista i no léjos de sí vió una figura que creyó el primer momento engaño de su fantasía. Medio recostada sobre el césped i la vista tendida sobre el mar, una niña, hermosa como la soledad, entonaba a media voz una triste cancion i deshojaba lentamente unas flores que adornaban su pecho.

¿Quién no ha sentido alguna vez, en la larga noche de la vida, los ecos armoniosos que arrullaron su cuna! ¿Quién no ha despertado estremecido por un sueño, que traia a la memoria las dulces i queridas notas de canciones empolvadas por el tiempo pero frescas siempre en el corazon?

¡Almas jóvenes que os habeis encerrado en el puro, aunque agostador templo de la melancolía, vosotras solas conoceis el ardiente entusiasmo que hace estremecer el pecho cuando un objeto cualquiera, una voz extraña talvez, hace nacer de nuevo la juventud con sus verdes esperanzas!

El canto concluyó i la niña desapareció entre el ramaje. El estudiante, en tanto, sentado sobre un tronco carcomido i apoyada la cabeza entre las manos, contemplaba el Océano i lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas.

Esa noche, la ventanilla de la choza de Juan brilló con la débil luz de la lámpara hasta que el tinte gris del cielo anunció los primeros rayos de la aurora.

V.

Llegó la tarde del siguiente dia, tranquila como la anterior, i con ella el estudiante, mas cabizbajo que de costumbre, se dirijió a la extremidad del cerrito.

Allí estaba el mar dormido como la víspera, como entónces el sol se hundia en su seno i la naturaleza lloraba su huida; pero la poesía del lugar se habia perdido: faltaba algo. Siguió Juan por el bosque i no léjos de allí se encontró de pronto ante una casita, perdida casi entre las ramas de los robles, los ulmos de níveas flores i los extendidos coigües. Una pequeña reja rodeaba un jardin adornado de toda clase de flores, i las murallas de la casa con dificultad parecian sostener las variadas i tupidas enredaderas que por todas partes las abrazaban.

Apoyadas en la puerta de la reja habia dos figuras que Juan

conoció al momento: Alberto era una i la otra la niña que el dia ántes cantaba a la orillla del mar.

Al ver el jóven marino al estudiante, se adelantó hácia él i despues de un cariñoso saludo lo hizo avanzar hácia la casa. Juan se habria negado a ello, pero las instancias de Alberto i un sentimiento íntimo i casi invencible lo resolvieron a hacerlo.

—Ines, dijo el marino a su compañera, este es el cariñoso caballero del valle.

La niña recibió tímidamente al extranjero.

Dieziocho primaveras habrian cruzado su frente, i la paz de la inocencia i la dulzura que la acompañan brillaban juntas en ella. Sus ojos, cuyos párpados se alzaban con timidez sobre unas pupilas verdes i suaves, reflejaban el candor de esa alma virjinal, i su cuerpo esbelto, levemente inclinado como el tallo de las violetas que a sus piés crecian, revelaba la ternura que bañaba su corazon.

Flor purísima, criada en el seno de los bosques i delicia de una madre amante i virtuosa, no conocia los halagos ni los engaños. El hálito envenenado de la adulacion no habia encendido nunca sus mejillas, nunca la mas lijera brisa habia ajitado el mar de su inocencia. Era la hija predilecta de la naturaleza que habia adornado su alma, poco mas que infantil, con los sentimientos mas puros de lo bello; al pasar por su lado tomaba el aura su voz mas dulce para halagar su oido i las avecillas buscaban el alimento en la mano bellísima que les tendia.

Era la vírjen del bosque, el ánjel bienhechor del Guaire.

Alberto conducia al estudiante por las callecitas del jardin i su voz alegre resonaba en la tranquilidad del crepúsculo que se extendia por el cielo; Juan lo seguia en silencio, absorto en otros i mas dulces pensamientos. Penetraron despues en una pieza, que miraba hácia el bosque i en la cual una anciana, única compañera de los hermanos, tejia lentamente. Todo revelaba allí la mano cuidadosa de Ines: en una mesa central esparcian un aroma dulcísimo las mas hermosas flores del jardin i sobre la muralla sencillos, pero bien concluidos dibujos, mostraban que la mano benéfica del arte acariciaba tambien a la moradora de la alegre choza. Con no poca sorpresa vió Juan algunos volúmenes de poesías inglesas, i Alberto, que notó la extrañeza que aquel hallazgo causaba al estudiante, le dijo:—"Estos pertenecian a mi madre i fueron recojidos despues del naufrajio; con ella los hemos leido muchas veces, de suerte que son para nosotros compañeros queridos." Juan no habia omitido en su educacion el estudio de idiomas vivos i Moore, Campbell, i otros poetas, cuyas obras tenia entre las manos, le eran amigos familiares. Tendia ya la noche su manto oscuro, cuando, despues de prometer a Alberto volver al siguiente dia, salió el estudiante de la verja con direccion al llano.

Ningun ruido turbaba el silencio de la noche; la voz del mar, como un eco lejano i misterioso, parecia el acento del dios de las soledades que velaba sobre el mundo. Los lentos pasos del estudiante sobre la hojarasca producian un sonido triste i algunas aves, espantadas por él, volaban de sus nidos con agudos gritos, como queriendo rechazar al importuno que turbaba su reposo. Acaso eran un funesto presajio.

Volaron, así, algunos dias llenos de flores i de dichas. Todas las tardes, en el corredor de la casita del cerro, leia el estudiante escojidos trozos de poesía a sus nuevos amigos; a veces temblaba su voz oprimida por el sentimiento i los suaves párpados de Ines se llenaban de lágrimas, miéntras latia su corazon a impulso de dulces emociones.

Lecturas preciosas que ayudadas por la naturaleza del lugar i la hora soñadora del crepúsculo, producen impresiones que jamas se han de borrar.

Pero el carácter de Juan no podia hacer duradera esa felicidad. Una tarde, despues de leer un precioso trozo de Lalla-Rookh, habia quedado sumido en una tristeza profunda; Ines lo contemplaba en silencio.

—El hombre, dijo por fin el estudiante, no debe nunca buscar la felicidad; la estrella que preside los destinos es inexorable i cada alma tiene su atmósfera, su vida especial, de dichas las unas i las otras de sufrimientos.

Nuestro destino, Ines, es como el de las flores, como el de los bosques, como el de ese mar que arrulla estas playas; es una nota que debe juntarse a la armonía universal de la naturaleza i que tiene por fin el cielo.

¡Felices los que viven tranquilos a la sombra de los árboles i de la paz; léjos de las luchas i contrariedades del espíritu!

—Pero ¿por qué esa lucha? contestó Ines, ¿no puede ser la vida, suave como la tarde, como las flores cuyo aroma vive en la tierra un dia i se alza luego i para siempre al cielo?

El estudiante la miró i una sonrisa triste asomó a sus labios.

—Adios, dijo a los hermanos; el silencio i la soledad de mi choza me llaman al estudio.

Triste fué esa noche.

Los dias tranquilos, que habian volado tan lijero, despertaron sentimientos extraños i nuevos en el pecho de Ines. Ayudada por ese delicado instinto, que adorna siempre a los que aman, comprendia las heridas i admiraba la nobleza del altivo carácter del estudiante. La suavidad de éste, femenil a veces; la dulzura de su voz, llena siempre de persuasion, i su mirada penetrante, ejercian sobre ella una invencible influencia. Por la simpatía que existe entre dos almas, que a menudo están en contacto i de las cuales una está mas desarrollada que la otra, el carácter de Ines se habia ido asimilando de dia en dia al de Juan.

VI.

El estudiante estaba entre sus libros; una débil luz se reflejaba tristemente en las murallas de su desnudo aposento i en su sombría figura, sentada ante una mesa i apoyadas en ella ámbas manos. Ante sus ojos habia un libro abierto; maquinalmente miraba i no leia, su espíritu divagaba por la capital, adonde tantos deberes i tantas esperanzas lo reclamaban. I entónces i confusamente, aumentadas por la lucha interior, las ideas de gloria, los sueños de triunfos, que en otro le tiempo halagaban, de nuevo herian a su imajinacion ardiente. Léjos, perdido en una playa ignorada; él, que desde niño se habia sentido arrullado por las alabanzas de los hombres mas distinguidos; él, cuyo porvenir en la carrera de la fama se habia asegurado, cuando en medio de la multitud vivia solo con su corazon i su intelijencia. ¡Perdido! todo perdido! i ¿por qué?

Primero por un desaliento de la melancólica primavera de la vida, por unos lazos despues que lo esclavizaban a una pobre i tímida aldeana.

¿El, esclavo? ¿juguete su intelijencia de su corazon? Nó. El Guaire no era su elemento, el estudio habia madurado su intelijencia; la lucha por la libertad i los principios, los laureles de la oratoria, la idea grandiosa del deber cumplido, eso podia ser solo el alimento de una alma que se sentia poderosa i grande.

Insensiblemente la imájen de Ines borraba esos arranques i encantaba esos sueños, i entónces paz, amor, placer, todo con engañosas melodías i en alas de la juventud, le brindaban sus mas escojidos goces. Despertaban entónces, heridas aquellas cuerdas del corazon, que años atras habian sabido palpitar i arrastraban al soñador, con sus acordes, en un barco de dicha entre riberas de flores. Ines siempre a su lado, siempre la misma: el tiempo marcaria su paso sobre el mundo, pero sobre ellos jamas, hasta que al fin dulcemente, como se extingue el crepúsculo en el mar, frescos aun de ilusiones, juntos pasarian cantando a la eterna vida.

¡Sueña, soñador! Tú lo dijiste: "la estrella que preside los destinos es inexorable." El cielo de tu fantasía es puro i azul, en el de la realidad hai tormentas i dolores.

Todas las tardes Ines salia, como ántes, a la verja del jardin i allí miraba tristemente el sendero que, a traves del bosque, llevaba del llano a la casita del cerro. Era en vano. Juan, encerrado en su habitacion i sumido entre sus libros, parecia entregar exclusivamente al estudio su alma i sus sentidos. Los paseos por el campo habian concluido i su frente, mas pálida con la excesiva contraccion, habia perdido las alegres huellas de la breve felicidad que la habia acariciado.

VII.

Concluia ya el otoño, i tras algunos dias de tristes nublados aparecia el sol radiante i hermoso. Los campos se bañaban en su luz, los insectos, adormidos largo tiempo por el frio, cruzaban el aire con alegres zumbidos i las aves recordaban los abandonados trinos. La naturaleza moria ya; pero ántes hacia un último esfuerzo, como el enfermo por un instante siente volver el vigor a sus enervados miembros, ántes que sus ojos pierdan el brillo para siempre.

El estudiante, agobiado por el contínuo peso de su soledad i arrastrado por la belleza del dia, cerró los fatigosos volúmenes i encaminó sus pasos al borde de un pequeño riachuelo que regaba mansamente las inmediaciones del Guaire. Perdido entre el follaje de los árboles i sobre una verde alfombra que tapizaba las orillas blandamente inclinadas del arroyo, marchaba en silencio, abierto el corazon a la naturaleza. I la naturaleza acariciaba a su hijo favorecido. Las flores, cuyas íntimas propiedades conocia, le brindaban fragantes aromas i secretos misteriosos; al rodar por las piedras la corriente cristalina pronunciaba nombres confusos, que el aura mecia entre sus alas i el eco tembloroso repetia. Las hojas extendidas sobre su cabeza armonizaban en sus susurros con el inquieto corazon que junto a ellas palpitaba. Era el mundo de la naturaleza: mundo oscuro para los que no penetran en sus arcanos i lleno de poesía i belleza para los discípulos que beben en sus sagradas fuentes.

Una voz dulce, que entonaba un canto triste i melancólico, arrancó vivamente de su meditacion al estudiante, que pálido i trémulo se detuvo, como un hombre sorprendido en sus mas íntimos pensamientos.

¡Aquella voz! ¡Aquel canto! Meses atras los habia escuchado al borde del mar, confundido con el murmullo de las olas, i desde entónces, eterno como éste, resonaba en su corazon. Quiso huir; pero estaba léjos de los libros i vivia la vida del sentimiento.

Al ver Ines, que con el delantal lleno de flores salia de entre los árboles, al estudiante tan cerca de sí, bajó los ojos confundida i el saludo acostumbrado salió apénas de sus labios.

Marcharon juntos i un corto instante en silencio.

—¿A dónde llevas esas flores? preguntó por fin el estudiante.

—Son para el altar de la Vírjen, contestó ella con timidez; necesito me conceda nuestra Madre celestial un favor que sin cesar le pido i estas flores me lo conseguirán.

—¿Te puede faltar algo a tí, para ser feliz? i la voz de Juan al decir estas palabras temblaba de emocion.

Ella inclinó la cabeza en silencio; talvez la palpitacion de su seno virjinal i el vivo rojo de sus mejillas sirvieron de respuesta.

El estudiante se estremeció; una resolucion, un rayo de luz cruzó por su frente, i tomando entre las suyas la mano a su compañera, "Ines," exclamó con acento lleno de ternura i amor ocultos por tanto tiempo, "Ines," pero murió la voz en sus labios, e inclinando el rostro pálido i convulso, "¡Que Dios te bendiga!" dijo con palabras que apénas se percibian, i miéntras ella asombrada lo contemplaba con sus ojos dulces i serenos, desapareció precipitadamente entre los árboles.

VIII.

La juventud i el sentimiento habian por fin triunfado de la soledad i la ciencia. Todas las tardes recorrian juntos los amantes el bosque i la vecina pradera; él explicaba a Ines las virtudes de las flores, las grandezas del Océano i los misterios de los astros i ella, absorta, gravaba en su intelijencia las lecciones de tan querido maestro. Las interrumpidas lecturas se renovaron con mas ardor i los pasajes tiernos que siempre elejian, unian mas i mas los dos amantes corazones i fortalecian el entendimiento de Ines, al paso que la ternura invadia el carácter a veces esquivo del estudiante.

Juan vivia de nuevo; el amor era su única idea, i abrasado en esa hoguera, veia a su luz, sorprendido cada vez, los raudales de pureza i dulzura que vertia el corazon sencillo de Ines.

¡Quién pudiera detenerse en esos dias felices animados por el sol de un amor intenso! ¡Quién pudiera! Pero el tiempo volaba tambien en el Guaire, i allí, como en todas partes, el ánjel de la felicidad era una sombra.

IX.

El invierno habia reemplazado al otoño, i al invierno el verano; el único suceso que habia roto la grata monotonía del pueblo habia sido la fiesta con que los pescadores habian celebrado el matrimonio de Juan con Ines; habian aprendido a mirar al estudiante como padre i la caridad de ésta era proverbial en el Guaire.

El anciano cura, cariñoso siempre, les prometia largos años de dicha, pero ¿qué pueden ver los hombres tras el velo del porvenir?

X.

Una mañana apareció en la bahía un buque de considerable tamaño; los balleneros no lo conocian, i la playa, en un momento, se llenó de curiosos, que hacian mil conjeturas sobre el objeto que podia traer un barco al desconocido i solitario Guaire. Los de abordo echaron al agua un bote, que en poco tiempo mas avanzó despacio hácia tierra. Al llegar a ella, los tripulantes desembarcaron a tres personas tendidas sobre unas tablas i en seguida, uno de ellos pidió a los balleneros, en casi incomprensible castellano, que atendieran a esos enfermos, que no se podia cuidar a bordo. Sin esperar respuesta, saltó el marinero al bote que, impulsado por los brazos vigorosos que lo conducian, llegó pronto al buque, que izaba ya sus velas i que en poco tiempo se alejó de la costa.

Los pescadores llevaron a los enfermos a la choza mas cercana para prestarles los auxilios que estuvieran a su alcance; pero en la tarde el último habia espirado oprimido por una terrible fiebre.

Poco despues una jeneral epidemia se habia extendido por el lugar; hombres i mujeres, acosados por síntomas extraños, eran consumidos luego por la devoradora fiebre que habia hecho morir a los enfermos aquella mañana. En vano se prodigaba remedios conocidos en el hogar, en vano se buscaba cuidados i se rogaba incesantemente al cielo: el mal cundia siempre como un voraz incendio. Los niños se contajiaban en el pecho mismo de sus madres i los hombres mas robustos caian heridos del irresistible rayo. La consternacion i el horror llenaban a los que sobrevivian, hasta que la palabra consoladora de la relijion pudo difundir en ellos el dulce espíritu de la cristiana resignacion. I entónces i animados por el ejemplo del santo cura i de Juan, que lo acompañaba, los que gozaban aun de salud, atendian a los infelices que morian; las mujeres buscaban lenitivos para los que sufrian i los hombres se ocupaban en cavar anchas fosas, que acaso habian de ocupar ellos mismos.

Así pasaron algunos dias. A la tranquilidad habia reemplazado la desolacion; el ántes alegre Guaire se habia convertido en un continuado cementerio. Por fin, el mal, cansado ya de víctimas, comenzó a disminuir i uno o dos a lo sumo eran heridos cada dia.

XI.

Era la tarde i parecia que el sol, triste i pálido, alumbraba apénas el lugar de desgracia; una que otra nube pesada i opaca

se columpiaba en el cielo. Un rumor fatigado vagaba por el aire, las flores habian perdido su aroma i la naturaleza su encanto.

Apoyados en la verja de la casita del cerro estaban Juan e Ines, que hasta el último habian socorrido a los enfermos, i tristes i cansados recordaban los dias felices en que Ines, ansiosa i enamorada, esperaba allí mismo al estudiante.

¡Qué cambios en tan corto tiempo!

—Sí, dijo de pronto Juan, continuando talvez en el rumbo de sus ideas, mañana mismo partiremos con los pocos que sobreviven de este funesto lugar.

Ines, cuyo pálido rostro estaba inclinado, suspiró profundamente.

—¿Te cuesta abandonarlo? preguntóle Juan.

—¿Qué puede costarme estando a tu lado, esposo mio?

El apoyó sus labios en la helada frente de su compañera.

—Sí, Juan, continuó ésta, parte mañana, pero Ines no podrá acompañarte.

—¿Yo sin tí!...

—Escúchame, Juan, tú no habrias sido feliz conmigo. Sin que lo supieras, muchas veces te he visto pensativo i triste; soñabas con las luchas i las glorias, de que tantas veces me has hablado i que yo, feliz en el silencio de los bosques i la playa, jamas pude comprender. La vida sola de amor no era bastante para tí; talvez un dia mi cariño habria sido un peso ...

—Ines, ¡qué el último i mas terrible golpe viniera de tu mano!

—Perdóname, Juan; fué feliz nuestra vida, que no la nublen desengaños. Nó, la muerte es una bendicion. Parte; tu vida es del mundo; déjame escuchar desde léjos tus alabanzas i glorias, pero no olvides a tu pobre Inés. Que sea un recuerdo dulce para tí el del Guaire i nuestro amor.

—¡Olvidarte! Jamás, jamás nos separaremos.

—Ya es tarde. Siento el veneno en mi pecho. ¡Qué breves i qué hermosos volaron nuestros dias de ventura! Bello debe ser el cielo, i en compañía de los ánjeles, pero, ¡qué triste será vivir léjos de tí!

XII.

La noche cubria el horizonte i el mundo de los hombres; un silencio profundo reinaba en la atmósfera. Junto al lecho de Inés, aletargada ya por la enfermedad, velaban Juan, el viejo cura i Alberto.

Pasos recatados i algunos sollozos turbaban solo la tranquilidad de aquella estancia de muerte. Juan, apoyado en la almohada de Inés i fija en ella su penetrante mirada, bebia los úl-

timos alientos de la moribunda. Ella parecia dormir dulcemente, una suave sonrisa se dibujaba en sus labios.

¿Veia ya a los ánjeles?

¡Dulce i tierna Inés! Pasó a la eterna vida como en la tierra habia vivido: como un aroma, como nota de un himno anjelical.

El dia siguiente fué hermoso como dia de verano. Un radiante sol brillaba en el cielo, i a su poderoso influjo la naturaleza rejuvenecia.

De la choza del cerro, tan bella i alegre en otro tiempo, salió el triste cortejo en direccion al solitario cementerio. Los pocos pescadores que habian sobrevivido al azote, cabizbajos i tristes seguian el cadáver de la que tanto bien les habia hecho en vida. No se oian sollozos: ya en el Guaire se habian agotado los lamentos.

Las aves entonaban un himno, himno de despedida a la que habia volado al cielo, i los animales errantes abrian sus grandes ojos como queriendo comprender la causa de aquella tan silenciosa marcha.

Llegó el cortejo por fin, ¡i quién no llega! al sagrado recinto; con las desgracias del último tiempo, todo se habia descuidado. El pasto crecia largo i enredado, i al resbalar la brisa por sus hebras enmarañadas, producia un lamento continuado i triste. Los árboles que daban sombra a las tumbas, sombra dulce emblema de la eterna paz, inclinaban sus ramas i dormian bajo el sol, que ganaba ya la mitad del cielo. Triste poesía de un cementerio de aldea, mas bella aun por su abandono.

Depositaron a la que fué en una fosa preparada ya, por manos cariñosas, despues.... ¡es tan triste recordar los últimos adioses! Una cruz señalaba solo el sitio donde dormia la que habia cruzado por el mundo como un sueño de paz; pero los ánjeles del amor velaban allí dia i noche, i extendidas sus alas sobre la losa, apartaban el humano bullicio i hacian llegar a ella solo los cantos con que el bosque i el mar habian arrullado las horas felices de su niñez.

XIII.

Pasó la noche i la aurora alumbró las extendidas velas de la goleta, que se preparaba a zarpar del Guaire llevando a los habitantes que vivian aun. Todos juntos i en silencio fueron por última vez a despedirse de los que fueron sus padres, sus esposas i sus hijos. Luego despues, con una brisa tranquila i por olas adormecidas, resbalaba el pequeño barco como el cisne majestuoso que se mece sobre las aguas.

¡Infelices pescadores! Dejaban por siempre sus hogares que-

ridos, i un tiempo risueños. Las casitas blancas, cubiertas de en redaderas, se perdian lentamente en la línea azuleja que finje la distancia. Se perdia el Guaire, que hacia tan poco era un jardin de dichas i de inocencia, i cuyas hermosas flores habia azotado para siempre el hálito impuro de la epidemia. Los lamentos i las lágrimas, secas por las contínuas penas i sufrimientos, hallaron de nuevo su fuente al dejar el suelo nativo i confundidos hombres i mujeres, grandes i chicos, en el mismo sentimiento, arrancaban a sus despedazados corazones sollozos desgarradores.

Solo un hombre, de pié sobre la popa i con las manos apoyadas sobre la barandilla, contemplaba sereno la línea azul donde se alzaba el desgraciado pueblo.

La frente contraida con dureza, los ojos hundidos i penetrantes, los labios comprimidos i alzados en una lijera curva, mostraban la lucha tenaz del espíritu contra el abandono sombrío, aunque consolador de un sentimiento profundo.

—¡Pobre Juan! Sigue tu marcha. Tus compañeros hallarán paz i descanso en otras playas. Tu has nacido para luchar. Lucha. Cumple tu destino. El tiempo te volverá a tu Ines.

Santiago, agosto 1.° de 1877.

G. ERRAZURIZ URMENETA.

MARTIRIOS DE AMOR. [1]

Quæ sursum sunt quærite, quæ sursum sunt sapite.

SAN PABLO.

3 de Agosto.—El estreno de una obra dramática no es entre nosotros cosa que se vea con frecuencia i que a fuerza de repetirse logre pasar inadvertida áun para los mas entusiastas amigos de las buenas letras. Es ése, por el contrario, algo así como un fenómeno en el casi desierto campo del teatro chileno, que

(1) Drama histórico en 5 actos de don Antonio Espiñeira, estrenado con gran éxito en el Teatro de Variedades la noche del 3 de agosto último.

apénas si puede ostentar una docena de producciones orijinales, amen de que casi todas ellas, para subir al palco escénico, han tomado la prudente precaucion de envolverse en los simpáticos colores del pabellon nacional, como si fundasen todas sus esperanzas en el principio de derecho internacional segun el cual la bandera cubre a la mercadería.

El arte dramático está entre nosotros como quien dice todavía en paños menores; su paso es aún vacilante i suerte será que la innoble emulacion, empeñosa como es siempre para cortar las alas de los que a volar aspiran porque para volar nacieron, no le ahogue en su cuna. Mas, sea cual fuese el resultado de esta contienda ya largo tiempo iniciada, en que se disputan la victoria: de una parte intelijencias vigorosas i hasta peregrinos injenios, i un público indiferente que se codea con la infatuada nulidad de la ótra, razon será que los que estimamos con las veras del alma los triunfos del verdadero talento nos apresuremos a estimular con nuestros aplausos a quienes han sabido desafiar las dificultades para tener la gloria de vencerlas; que no se compadece con el amor al arte el egoismo rastrero que hace que el labio calle los gozos o dolores que al corazon ajitan.

No hace dos horas que yo salia del Teatro de Variedades, después de asistir a una reñida batalla que tuvo por desenlace una hermosísima victoria. Paréceme sentir aún los aplausos con que el público saludó al autor de la pieza que se estrenaba i se agolpa a los puertas de mi memoria una verdadera balumba de recuerdos que en vano procuro coordinar, siquiera sea para dar al que recorra estos desaliñados apuntes una idea de lo que ha sido el estreno de *Martirios de amor*. ¡Qué hermoso triunfo! hace ya algunos años asistí a otro semejante en que se ciñó el laurel del vencedor un jóven, como el señor Espiñeira; i como él, autor dramático i poeta. Ahora como entónces, al oir los aplausos del entusiasmado público que llamaba una i otra vez al autor, yo no pude ménos que repetir esta bellísima frase de Vauvernagues: "Los primeros rayos de la aurora no son tan bellos como las primeras miradas de la gloria."

El señor Espiñeira ha debido sentir que llegaba hasta el fondo de su alma el fuego abrasador de esas miradas. ¡Quién como él! Los que de léjos le veíamos en medio de sus triunfos sin atrevernos a aplaudir, acaso porque queríamos concentrar nuestras impresiones para sentirlas todas por junto i hacerlas después estallar, admirábamos el poder del talento i del injenio que capaz es de arrebatar a un público cuya apatía está ya próxima a ser proverbial.

Francamente, me acerqué temeroso al Teatro de Variedades. Conocia del señor Espiñeira dos pequeños ensayos dramáticos; i puesto que les notara gran facilidad en el diálogo, riqueza de colorido, rasgos chispeantes de injenio, movimiento i vida en al-

gunas escenas, talento dramático en suma, hube de temer un fracaso tanto ménos deseado cuanto mas temido. ¡Ojalá que así fueran siempre mis previsiones! Experimenté un feliz desengaño; i donde preví caidas, no habia mas que triunfos.

Con decir que el señor Espiñeira ha escrito un drama histórico, ya se calcularán las dificultades que ha tenido que vencer. Añádase que en ese drama figura Cervántes i quizá no parezcan tan injustificados los temores que me mortificaban i de que queda hecha mencion. No obstante, el autor ha probado que las dificultades léjos de acobardarle, acaso le estimulan, lo que ya es mucho, i que sabe vencerlas, lo que es mucho más. Demos, pues, por lo ménos una lijerísima idea de la obra que ha deparado al señor Espiñeira un tan brillante estreno en los ruidosos triunfos del teatro.

Tuvo Cervántes, en sus mocedades, ilejítimos amoríos con cierta dama i de allí nació Isabel de Saavedra, heredera del nombre i las desdichas de aquel peregrino injenio. Isabel era cortejada a un tiempo por dos galanes: amábala con locura el duque de Béjar, que disfrazado de Trovador iba a cantar encendidas canciones a la reja de su dama, i servíala rendido el hidalgo caballero don Gaspar de Ezpeleta. Tan noble i jenerosa como era la pasion del hidalgo parecia ser la del duque, dado que ya no sea motivo de sospecha desfavorable para su lealtad el que ocultase a Isabel su noble alcurnia, requebrándola de amores bajo el supuesto nombre de Rodrigo, pues pudo adoptar el disfraz para que la diferencia de cunas no fuera insuperable barrera a los deseos de su corazon.

Isabel corresponde al de Béjar; pero don Gaspar habla a los padres de la dama i la pide en matrimonio: consienten aquéllos, pero Isabel consulta a su corazon y éste le dice que no podrá amar a otro que al que conoce con el nombre de Rodrigo.

Esta lucha en el alma de la jóven que quiere satisfacer a sus padres por una parte i por otra se ve arrastrada hácia el de Béjar, proporciona al autor situaciones dramáticas de gran efecto, que han sido donosamente aprovechadas.

Los dos amantes no tardan en hallárse a los piés de la ventana de Isabel, cruzan sus aceros, riñen i Ezpeleta es desarmado; pero los rivales se han reconocido i ámbos se dicen en sus corazones que uno está demas en el mundo. La catástrofe se precipita; i miéntras don Gaspar, en un diálogo lleno de pasion, procura hacer comprender a Isabel que su amor ha concluido, se oye la voz del duque que canta al pié de la ventana. Don Gaspar sale desesperado, los rivales riñen i Ezpeleta es herido mortalmente. Isabel, desengañada del mundo i agobiada de dolor, se mete monja.

Tal es el hecho que ha servido al señor Espiñeira para su drama. ¿Es enteramente histórico? Sin duda que nó; pero el autor

ha admitido hipótesis perfectamente aceptables. Se sabe que Cervántes fué preso en 1605 a causa de haber sido encontrado al pié de una ventana de su casa el cadáver del hidalgo don Gaspar de Ezpeleta; se sabe asimismo que Cervántes dedicó la primera parte del *Don Quijote* al duque de Béjar, a quien despues ni siquiera nombra en ninguna de sus obras. Ahora bien: el señor Espiñeira ha atado estos cabos i se ha dicho: quien mató a Ezpeleta fué el duque, su rival; i pues esto supo Cervántes, castigó con el olvido al que ántes habia sido su Mecénas i que traidoramente galanteaba a su hija.

¿Hai en esto argumento para un drama? Sin duda, i de los mas interesantes: ahí está para probarlo *Martirios de amor*.

A lei de crítico imparcial, he de apuntar aquí los defectos de la obra del señor Espiñeira; i los apunto porque la lisonja i la adulacion cortesana, como el aplauso desmedido, sobre no estar bien en los puntos de mi pluma, ántes deshonran que enaltecen a talentos como el del señor Espiñeira, que tan preciados frutos puede darnos.

Desde luego, los principales defectos del drama nacen del argumento mismo. Con ser tan interesante, ese argumento está erizado de escollos, que el autor ha podido vencer en gran parte; pero no siempre. Así, Cervántes hace un papel desairado. Llevar a la escena al insigne autor del *Don Quijote* es obra que impone pesadísimos deberes, entre ellos el de hacerle hablar en aquel inimitable estilo, que hasta hoi es i será siempre la desesperacion de los mas ricos injenios.

Eguilaz sacó a la escena al gran Lope; mas, tomó la prudente precaucion de no hacerle casi hablar: es poco ménos que un personaje mudo. Florentino Sanz hizo de don Francisco de Quevedo el héroe de su célebre drama; pero puso en boca de don Francisco de Quevedo versos dignos del padre de los chistes.

En el drama del señor Espiñeira, la figura de Cervántes aparece desteñida, casi incolora, en último término. Es éste un defecto mui difícil de evitar, que el señor Espiñeira ha logrado en parte disminuir, pero que habria sido mui difícil por completo borrar.

Además, o mucho me equivoco, o en el primer acto se nota un pequeño anacronismo. Hablando con don Gaspar, Cervántes elojia su *Don Quijote*, todavia inédito, i parece ser que está convencido de los grandes bienes i la gran revolucion que va a causar en el mundo. Esto es históricamente erróneo, porque Cervántes tuvo siempre pequeñísima idea de su obra inmortal, i aún despues de publicada i aplaudida, Cervántes la colocaba mas abajo que *Perseles*.

Todavía otra dificultad nacida del mismo argumento: refiérome a frai Bartolomé, amigo del duque de Béjar. Si hai un personaje que deba mantenerse léjos de la escena, ése es el sacerdote. Ra-

ra vez hace ahí un papel simpático: el proscenio no es su puesto, i el mismísimo San Vicente de Paul ha sido mas de una vez recibido por las carcajadas del público. Paréceme que el señor Espiñeira habria logrado mejor su objeto dando por ayo o cuidador del duque a un anciano cualquiera. Cierto que habria tenido que perder cuadros de bellísimo efecto dramático; pero no lo es ménos que habria ahorrado otros que contribuyeron a enfriar el entusiasmo del público. I pues que de frai Bartolomé hablo, bien será notar que en tres actos es semejante el fin i como preparado para que frai Bartolomé alce sus manos al cielo.

Por lo demás hai algunas salidas i entradas que no se justifican, como la llegada de Isabel a casa del duque, que sólo se explicaria por el hecho de ser la enamorada dama algo romántica. ¡Cómo! ¿Iba a decir al duque que la habia engañado i a poco, si no es por frai Bartolomé que aparece, se arroja en los brazos del falaz amante? Cierto que la mujer es frájil; pero aquí habia convenido sostener hasta el fin los caractéres.

¿Hablaré de la ejecucion de la obra? Poco faltó para que fuera realmente *ejecutada* i en la manera mas cruel. Aquí Cervántes estaba hecho una lástima i aquel frai Bartolomé hacia con él juego: el primera cantaba su papel i el segundo, queriendo ser sublime, mas de una vez logró ser ridículo. Doña Catalina completaba casi grotescamente el terno e Isabel, tan aficionada a hacer versos, apénas si sabia recitarlos como quien da una leccion, por lo jeneral en un mismísimo i monótono tono. El duque de Béjar tuvo escenas mui felices i el hidalgo Ezpeleta fué la joya entre tanta escoria. No obstante, todos los actores estaban, como se dice entre bastidores, fuera de su cuerda: éstos, porque quizás no tienen ninguna, esotros, por mala disposicion o falta de elementos. Así i todo, Ezpeleta tuvo escenas admirables i murió de una manera espléndida, en que el arte supo artísticamente ocultarse para dar paso a la mas irreprochable naturalidad. ¡Ved si no habrá sido grande la victoria que acaba de obtener el señor Espiñeira, cuando en frente de las dificultades del drama mismo, drama de capa i espada que es ya mal apreciado por los públicos modernos, se alzaban las que nacen de una compañía por demás incompleta i sin elementos de regular valía!

En cambio de estos defectos, que apunto a la lijera, porque no tengo tiempo para mas, i exponiéndome a error ¡cuántas bellezas de primer órden, que revelan no sólo conocimiento de los recursos dramáticos, sino tambien de los secretos del corazon humano! Hai escenas bellísimas i una de las primeras del drama, por lo dramático i lo verosímil, es la final del segundo acto, en que riñen Ezpeleta i el de Béjar. Esa escena tiene tambien la belleza de la orijinalidad, i todo va preparándose con tal arte, que el espectador llega a olvidarse que está en un teatro i se forja la ilusion de que asiste a un combate verdadero entre dos apasiona-

dos amantes. Esa escena final bastararía para acreditar el talento dramático del señor Espiñeira, si ya no hubiera otras muchas, como la última del tercer acto, las primeras del cuarto, la final del quinto, que dan con harta elocuencia este espléndido testimonio.

La versificacion del señor Espiñeira es fluida i su diálogo es fácil, variado en los cortes i, sobre todo, natural en los tonos, sin transiciones chocantes, puesto que las haya violentas, cuando así lo requiere una pasion comprimida i disimulada que a mas no poder estalla, como la de Ezpeleta con Isabel en el último acto.

El estilo es correcto, elegante, i mas de una vez hirieron agradablemente los oidos del espectador períodos cortados en el patron de los escritores del siglo de oro. Sólo un *enrostrar* apareció por allí, cual si se hubiera propuesto demostrar que vive mezclado con la moneda de buena lei desde los tiempos de Cervántes.

Gustoso trascribiria yo aquí alguna escena para muestra de la rica versificacion i el animado i fácil diálogo del señor Espiñeira, porque su versificacion i su diálogo figuran entre sus principales méritos; pero ni el tiempo ni el espacio me lo permiten, i habré de renunciar a un deseo que habria sido para el lector un placer. Mas, probable es que el autor imprima su obra, i entónces los aficionados podrán saborearla por completo.

En resúmen, *Martirios de amor* ha dado al señor Espiñeira las espuelas de autor dramático. Cierto que tiene defectos; pero tiene tambien bellezas de primer órden, pormenores deliciosos; i cuando se trata de un argumento tan erizado de dificultades como el que el señor Espiñeira escojió, hai derecho para decir que quien no fracasa en su estreno, tiene en el teatro brillante cosecha de victorias.

Tanto es cierto que el argumento ha sido uno de los mas grandes obstáculos que el señor Espiñeira ha debido vencer, que hasta para la catástrofe le sirvió de estorbo. Ezpeleta, dominado por una pasion tan noble como jenerosa, se bate i recibe herida mortal: eran las costumbres de la época, época de caballeros andantes dispuestos a morir por Dios i por su dama. Pero hoi en dia, semejantes catástrofes no elevan en nada el nivel moral de los espectadores; i el artista cristiano debe, ante todo, llevar gravadas en su mente las palabras de San Pablo que he puesto por epígrafe, i tener escritas en la parte mas visible de su escritorio esta divisa: *Altius, altius!* Siempre mas arriba, ennobleciendo las almas para que lleguen a su verdadera patria.

Yo tengo plena confianza en los talentos del señor Espiñeira, i sé que éste su primer hermoso triunfo será seguido de otros muchos. No se aspiran en vano los perfumes de la gloria e imponen sagrados deberes los triunfos que decreta un público sinceramente entusiasmado. Repetidas veces llamado a la escena, coronado por sus admiradores, sacado en triunfo por sus amigos, el señor Espiñeira no querrá, nó, que se marchiten laureles a tanta costa

conquistados. Yo me uno a todos los que le aplaudieron; pero haria traicion a mis sentimientos si con el eco de mis aplausos no le enviase la expresion de mis deseos.

I mis deseos, tan ardientes como sinceros, son que el inspirado autor de *Martirios de amor* no olvide jamás que no hai belleza sin verdad ni verdad fuera del ideal cristiano. Hoi que el teatro se halla convertido en mostrador de carne humana i en sala de anatomía donde se hace la diseccion de las mas bajas pasiones, i se escarnece al pudor, i se pintan con los mas bellos colores los vicios mas repugnantes, i ha dejado de ser la representacion dramática alimento vivificador del espíritu para convertirse en torpe estimulante de todo lo que hai en el hombre de bestia, el artista cristiano debe ocupar su puesto i escribir, no solo para entretener, sino para despertar en los corazones sentimientos elevados i nobles, que los separen de la sirte de perdicion i los lleven a puerto de salvacion i de vida. Eso lo ha comprendido tan bien el señor Espiñeira, que su obra contiene un fondo de moral notable i digno de encomio, si ya no se hace hincapié en ciertas costumbres de la época que hoi no son del todo aceptables.

¡Feliz el señor Espiñeira que ha sabido vencer! I miéntras se apercibe para nuevas batallas en la arena en que tan donairosamente acaba de pelear, no se tendrá a mal que yo, que há poco saboreé las bellezas de su drama, dé remate a estos desvencijados renglones con las siguientes palabras de Tamayo i Baus, que son un brillante resúmen de lo que en tan pobre forma de decir acabo:

"Lo que importa en la literatura dramática es ante todo proscribir de su dominio cualquier linaje de impureza, capaz de manchar el alma de los espectadores; i empleando el mal únicamente como medio, i el bien siempre como fin, dar a cada cual su verdadero colorido, con arreglo a los fallos de la conciencia i a las eternas leyes de la Suma Justicia. Santificar el honor que asesina, la liviandad que por todo atropella; representar como odiosas cadenas los dulces lazos de la familia; condenar a la sociedad por faltas del individuo; dar al suicida la palma de los mártires; proclamar derecho la rebeldía; someter el albedrío a la pasion; hacer camino del arrepentimiento el mismo de la culpa; negar la virtud i negar a Dios,—consecuencias son de adulterar, con el empleo de lo falso en la literatura dramática, ideas i sentimientos; crímen fecundo en daños infinitamente mayores que el de adulterar hechos en la historia. Con la verdad por guia no le acontecerá al arte confundir el mal con el bien; i si en tales o cuales épocas a los ojos del vulgo suelen adquirir ciertos vicios i mentiras apariencia de virtudes i verdades, él, despojándolos del pérfido disfraz, los mostrará desenmascarados i al desnudo."

RÓMULO MANDIOLA.

FELICITACION.

Con motivo de los aplausos obtenidos por el drama *Martirios de amor* en la noche del 3 de agosto en el Teatro de Variedades, el "Círculo de Colaboradores a La Estrella de Chile" ha remitido a su autor, don Antonio Espiñeira, junto con una corona de laurel, la carta siguiente:

Santiago, 4 de agosto de 1877.

En nombre del "Círculo de Colaboradores a *La Estrella de Chile*," enviamos los mas sinceros i calorosos aplausos al compañero vencedor en la noble tarea de las letras.

La modesta corona con que el Círculo le obsequia, es solo un emblema del júbilo que en la hora del triunfo de uno de los suyos han experimentado todos i cada uno de los miembros de esta Sociedad.

Ese espléndido triunfo, obtenido por su drama orijinal *Martirios de amor*, debe ser para Ud. prenda segura de otros nuevos en lo porvenir. Nuestra palabra es de felicitacion i es tambien de aliento i de esperanza. Ella dice al compañero i al amigo:—¡Adelante, siempre adelante!

Con sentimientos de distinguido afecto nos suscribimos de Ud. AA. i SS. SS.

Vicente Aguirre Várgas,
Presidente.

Rafael Garmendia Reyes,
Secretario.

Al señor don Antonio Espiñeira.

EL DERECHO ANTIGUO

POR

SUMNER MAINE.

(Orijinal de M. Courcelle-Seneuil.)

Al comparar el estado en que se encontraba cien años há la ciencia social con el en que esta misma se manifiesta en los primeros cuarenta años del siglo XIX, es imposible no advertir un movimiento retrógrado, algo como una decadencia del pensamiento. Pero si se considera la situacion de esa misma ciencia en el momento presente, difícil se hace no evidenciar un progreso. De lo cual se deriva que no ha sido estéril el período por que acabamos de atravesar; como quiera que ha servido a la jestacion de una nueva forma de la ciencia, que despues de un cierto número de años recobra, merced a la paciencia i a largos estudios, la perdida ruta de la gran tradicion del siglo XVIII.

¿Qué ha acontecido entónces durante los cien años que acaban de trascurrir? Despues de haber prematuramente creido poseer los principios de la ciencia social, experimentaron los hombres las grandes decepciones de la revolucion francesa i hasta dudaron acerca de su propio pensamiento. La empresa de los filósofos del pasado siglo dejó de obtener el asentimiento de los pueblos, i los que buscaban la fortuna, apresuráronse, cuando no a insultarla, a renegar de sus tendencias i a hacer concesiones mas o ménos importantes a la restauracion de las antiguas ideas. Pero entre tanto que esta restauracion triunfante multiplicaba a su vez las decepciones, se estudiaban con provecho las diversas ramas de la historia, rasgábase el velo que cubria la vieja civilizacion oriental; dábase nueva vida a las relijiones antiguas; nacia la jeolojía i cobraba injente desarrollo, en tanto que las investigaciones filolójicas i arqueolójicas aclaraban con resplandeciente luz la historia del jénero humano.

Vióse entónces un movimiento de conversion hácia la ciencia social, que se hacia indirectamente, sin estrépito, no sin cierta timidez, pero con elevado i novísimo empuje. Aventuráronse a abandonar sus viejas madrigueras la sicolojía i la lójica:

rejuvenecióse la economía política i comenzó a trasformarse la historia jeneral.

En el dia de hoi, esta magnífica i jenerosa empresa, que ha encontrado en la Inglaterra su apóstol mas decidido, se continúa con una actividad que da aliento a las mas risueñas esperanzas.

Relaciónase a este gran movimiento, i merece especial mencion, el libro que ofrecemos al público, ya que inunda de luz la parte de la historia i de la ciencia, hasta ahora mas rebelde al método moderno, i que en cierta manera, por lo que toca al derecho, sirve de guarida a la rutina. I esto ha sucedido, no porque el derecho i su historia no hayan sido, fuera de Francia, sobre todo, objeto de trabajos importantes i de verdaderos descubrimientos, sino porque estos descubrimientos parciales i sin lazo que los uniese entre sí a otras secciones de la ciencia, se manifestaban con oscuridad, envueltos en conjeturas i en errores demasiado positivos para no ser contradichos i hasta cierto punto contestados.

El *Derecho Antiguo* de H. S. Maine, sin abrigar las altaneras pretensiones de muchas otras obras famosas, arroja sobre la historia jeneral del derecho una luz mas intensa. Es, por decirlo así, la exposicion sencilla i lata de los principios jenerales del derecho i de sus transformaciones entre los pueblos indo-europeos desde su primera edad hasta nuestros dias. En ella se examinan desde su nacimiento hasta su último desarrollo las principales concepciones jurídicas, estudiadas en un corto número de autores.

Este libro podria dividirse en dos partes.

En la primera, que abarca los cuatro primeros capítulos, estudia el autor el nacimiento i transformacion de las ideas jurídicas en jeneral i los medios que han realizado el progreso en el derecho. Entre estos medios, la nocion del derecho natural i de equidad suministran la materia de una digresion sobremanera interesante.

La segunda parte de la obra ocupa los seis últimos capítulos. Dále principio una reseña jeneral de la sociedad primitiva i del derecho que en ella imperaban. Los capítulos siguientes resumen la historia de la trasformacion del derecho i de las ideas que con él se relacionan, tales como las que se refieren: 1.° a las sucesiones i testamentos; 2.° a la propiedad en jeneral; 3.° a los contratos, i 4.° a los delitos i crímenes.

Pueden notarse en este libro, corto pero cuajado de hechos i sobre todo de pensamientos, méritos de mas de una suerte. No ha pretendido el autor reseñar, i ha conseguido su objeto, mas que la historia del derecho; pero esto lo ha hecho guiado por una luz demasiado positiva, la de la asociacion de las ideas.

Conoce la materia de que trata no solo lo bastante a dominarla, sino que está al corriente de los últimos tratados de la historia

jeneral i de la filosofía; sabe cómo nace, se informa, se desarrolla o permanece estacionario el derecho, lo que vale la banal fraseolojía con que se contentan nuestras escuelas i no le impone la pedantería de nuestros vecinos. Es su libro, cosa rara hoi dia, un concienzudo trabajo, i puramente científico, ejecutado por un esclarecido injenio.

Solo un libro conozco en nuestra literatura que pueda comparársele: la *Ciudad Antigua* de M. Fustel de Coulanges. Las investigaciones del escritor frances no van mas allá de la era cristiana; pero no se limitan ellas al derecho ya que abarcan todo el modo de ser social de la antigüedad. El escritor ingles, por el contrario, se refiere solo al derecho, pero alcanza en su estudio hasta nuestros dias.

Ambos tratan a las veces de una misma materia, i sin haber estado, segun parece, en comunicacion entre sí, están de acuerdo en los rasgos principales, completándose a menudo como si juntos hubieran trabajado, i sus conclusiones sensiblemente idénticas atestiguan que ámbos han buscado i descubierto la verdad.

Por otra parte, la brevedad, la sencillez, el estudio sometido a un pensamiento verdaderamente científico de un gran número de hechos, son prenda de union entre estas dos obras que dicen mucho i hacen pensar aun mas.

Indefinible i particular encanto tiene para el traductor del *Derecho Antiguo* la lectura de estos dos libros. El tambien, en el discurso de una variada existencia, ha buscado la verdad en los dominios de la ciencia social i autor es de diversas opiniones acerca del derecho de testar, de la sustitucion de los contratos a los sistemas fundados en la autoridad i en la costumbre, del derecho natural, i en jeneral acerca de la manera de interpretar la historia del jénero humano. I ¡cuán dichoso no se ha sentido, al ver demostradas completamente e ilustradas sus conjeturas, de que su ignorancia le mandaba desconfiar, por sabios que nada sabian de sus trabajos, ni siquiera de su nombre!

Entreténgase otros en leer como por medio de un microscopio i en criticar detalladamente el *Derecho Antiguo* i en refutar tal cual apreciacion o cita; por nuestra parte, ¡líbrenos Dios de entregarnos a un trabajo de esta naturaleza!

No queremos analizar, resumiendo, una obra que es de por sí un resúmen; nuestra intencion es solamente insinuar en este momento dos observaciones jenerales, la primera relativa al método i la segunda a la historia del derecho natural.

Parécenos correcto e irreprochable el método empleado por Sumner Maine: no tenemos por qué motejarlo. Pero sentimos que llamándolo en esta obra HISTÓRICO, i en otra COMPARATIVO, lo haya caracterizado con dos epítetos que vemos deplorablemente usados en el continente. Sabe cada cual, en efecto, cómo, so pretexto de un

método histórico, han ciertos escritores pretendido, algunas veces con buen suceso, hacer pasar sus mas extravagantes i peor fundadas fantasías como verdades científicas; todos tambien sabemos cómo, con el pretexto de lejislacion comparada, se han presentado al público volúmenes de vana retórica o indijestos catálogos, tipos de la mas pesada erudicion.

El autor de un libro tan sério como el *Derecho Antiguo* bien podia haber dejado a un lado los títulos de *método histórico*, *método comparativo*, que oscuros i poco exactos como son, sirven solo de engaño, ya que suponen la existencia de un método especial al derecho, que no existe i que, en nuestro modo de ver, no puede existir.

Hablando con exactitud, ¿qué es un método? Es una manera de dirijir las investigaciones, segun ciertas reglas que determinan las condiciones de nuestra credibilidad, i casi puede decirse la forma de nuestro pensamiento.

¿Es posible que haya muchos métodos para los sabios de una misma época? No podemos creerlo, ya que la unidad en el método es la condicion indispensable de la demostracion. I desde luego es la demostracion la que forma la conviccion de los hombres de estudio, constituye i conserva la unidad de la ciencia, asegurando por último el triunfo a sus conclusiones. Sin reconocer un mismo e idéntico método no podrian dos personas discutir útilmente, es decir convencerse mútuamente i unir en una sus creencias.

No hai dos métodos en las ciencias morales e históricas como no los hai en las físicas, químicas o naturales; solo uno existe i es el mismo en todas las ciencias, o mas exactamente, en los diversos ramos de la ciencia humana. Sus diferencias derivan de las condiciones de aplicacion, que necesariamente varían segun sea el linaje de investigaciones propias de cada cual.

¿Qué hacen, por ejemplo, el físico, el químico, el naturalista? Observan los hechos i se esfuerzan en descubrir las leyes que rijen su lójico encadenamiento, en distinguir lo que es puramente accidental, local i pasajero de lo que es jeneral i constante; i si descubren una lei adversa a la opinion de sus predecesores o a la que impera en el centro social en que viven, afirman con mas vigor la existencia de esa misma lei, i no vacilan un instante en proclamar que se han engañado o se engañan sus predecesores, por ilustres que hayan sido, i sus contemporáneos, por numerosos que sean i unánimes que se les suponga. Nada valen todos los testimonios humanos, al encontrarse en contradiccion con el de los hechos prolija i sabiamente verificados.

No proceden de otra suerte los que cultivan la ciencia social: tambien ellos buscan en la observacion de los hechos las leyes que rijen el órden de su sucesion lójica, llevando en lijerísima cuenta las opiniones reinantes o amparadas por grandes nom-

bres. I se esfuerzan sobre todo en alejar de su espíritu las preocupaciones de secta, de pandilla, de nacionalidad i, en jeneral, todas las ideas que bajo sus alas no cobija la observacion científica.

Los que estudian la ciencia social siguen el mismo método que el físico, químico i naturalista, i con todo, no pueden siempre proceder del mismo modo. Estos pueden valerse de la experiencia práctica, es decir, determinar a industria una muchedumbre de hechos favorables a la verificacion de las teorías que la observacion les sujiere.

Nada de esto pueden hacer el filósofo, moralista, jurisconsulto i economista, limitados, como se ven, tan solo a la observacion de hechos que se producen i suceden independientemente de su voluntad, i cuyo conjunto constituye la historia del jénero humano. Su campo lejítimo de observaciones se encuentra en este órden de cosas que bien puede llamarse HISTORIA, aunque la accion que en ella se desenvuelve sea del todo diferente de la que constituye la leyenda sospechosa, a que se da habitualmente ese nombre. Aquí es en donde deben buscarse las leyes por la observacion i la analojía indicadas, como tambien los elementos de verificacion que preséntase a las veces oscuros i misteriosos.

La fuente preciosa de la experiencia es un campo vedado a los que cultivan la ciencia social; mas, esto no importa una diferencia entre el método que a éstos les es propio i el que dirije las observaciones del físico i del químico; ya que para éstos i para aquéllos consiste en observar, descomponer i comparar incesantemente entre sí los hechos, descubriendo las semejanzas o desemejanzas, en órden a precisar las leyes que los rijen.

Este método es histórico, pues exije un estudio incesante de la historia: tambien es comparativo, porque procede de contínuas comparaciones; pero preferible es apartar estas circunstancias particulares i fijándose en el conjunto darle su nombre exacto i por cierto bien conocido: INDUCCION.

En la ciencia social, en efecto, como en las demas, consideramos verdadera toda teoría verificada por el procedimiento inductivo; dudosa, la fundada en simples analojías o en el testimonio de un corto número de hechos, i falsa, por último, la contradicha por este testimonio. Ahora, por lo que respecta a esas proclamaciones dogmáticas que envuelven casi siempre un arreglo arbitrario de añejos materiales extraidos del arsenal de la rutina, preciso es advertir que ellas no tienen nada de comun con la ciencia: son, como lo ha dicho mui bien J. St. Mill, lucubraciones INTUITIVAS, obtenidas a la manera de los antiguos, casualmente, i sin un método riguroso. Estas producciones son a la ciencia social como la *Historia Natural* de Plinio a los naturalistas.

Mr. Maine no es un VISIONARIO, es, por el contrario, un sabio

moderno, que, ya sea que afirme, cuando puede apoyarse en testimonios históricos constantes, o que conjeture al encontrar no contradicciones sino oscuridades en estos testimonios, indaga ante todo la historia del pensamiento humano i de la sucesion de las ideas en los dominios del derecho. I como en este linaje de estudios ha debido encontrar necesariamente contracciones hijas de la intuicion, ya que los siglos pasados no conocieron otras, él las estudia con imparcialidad, como cualquiera puede patentizarlo por medio de la lectura de la exposicion de la gran teoría del derecho natural.

Esta historia, con ser tan orijinal, hija de tan novísimas combinaciones i bastante a satisfacer los deseos del autor, es, sin embargo, a nuestro modo de ver, lijeramente incompleta en el sentido que no determina bien claramente el oríjen i fuentes sucesivas de esta teoría i deja en la oscuridad una tentiva asaz importante hecha para rejuvenecerle, a los fines del último siglo.

La idea de la existencia de un derecho natural tiene ciertamente un oríjen griego.

Las leyes que el coro del *Rei Edipo* coloca al lado de Júpiter i a que obedece la hermana de Polynices, encuéntrase bajo diversa forma en los escritos de Platon i, segun el testimonio de Aristóteles, habian sido ya invocadas contra la esclavitud, "contraria a la naturaleza i porque es hija de la violencia."

La instabilidad que S. Maine imputa, con justicia, a los tribunales atenienses, derivaba de la contínua aplicacion contraria al derecho positivo, de esas leyes "no escritas" de que habla Tucidides.

S. Maine ha con lucimiento establecido cómo, al pasar a Roma esta teoría, fecundó allí el derecho, en tanto que se moderó ella misma por medio de la confusion del derecho de la naturaleza, siempre un tanto vaga, con un elemento mas práctico i positivo, el *jus gentium*. Quizás no se haya detenido lo bastante en la explicacion de ese ajente tan importante del progreso jurídico, de que ha nacido el *Derecho Comercial* moderno i que se manifiesta siempre activo, apesar de haber tenido que soportar perennemente el menosprecio de los juristas de profesion.

Se echan de ménos algunas lijeras palabras que explicaran el oríjen de este derecho, que se remonta pobablemente a los tiempos anteriores a la fundacion de Roma i que evidentemente apareció en el momento en que hombres de diversas ciudades establecieron entre sí relaciones voluntariamente pacíficas i formaron alianzas, primeramente en una tierra neutral o en el mar quizá, en seguida en los grandes centros comerciales, *usu exijente et humanis necesitatibus*, como dice el jurisconsulto clásico.

Deploramos que S. Maine, jurisconsulto extremoso en esto, no haya considerado lo bastante la gran importancia del uso comercial, quepuede ser considerado como el atalaya i reformador

del derecho civil en todas sus ramas i el objeto principal de la sustitucion de los contratos al antiguo sistema de autoridad. Porque, despues de todo, es preciso reconocer que el comercio ha sido el ajente principal de la civilizacion moderna o al ménos el principal demoledor de la ciudad antigua i de las restauraciones parciales de que ésta ha sido i es aun objeto.

Al comercio se debe el haber patentizado, ántes que la filosofía, la relijion i el derecho, el valor del individuo i la suficiencia de los contratos para el arreglo de casi todas las relaciones sociales. Si no se advierte este hecho extraordinario, es porque los antiguos (¡cuántos modernos son antiguos a este respecto!) concedieron a las concepciones subjetivas de los sacerdotes, filósofos i juristas mas autoridad que a los hechos mas claros e instructivos de la experiencia.

RAFAEL GARMENDIA REYES.

(Concluirá.)

NOTAS DE UN HIMNO.

POESIAS LIRICAS

DE

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN. (1)

ESTE LIBRO I SU AUTOR.

I.

Dicen que el que publica un libro a los veinte años, tarde o temprano, se arrepiente de ello.

No digo yo que así no sea, jeneralmente hablando; pero estoi cierto de que a mi amigo Juan Zorrilla no le ha de acontecer tal.

I, si mi humilde prevision llegara a fallar, junto con ella fallarian las de los demas amigos que han empujado i casi forzado a Zorrilla, i que, al vencer las resistencias de su modestia, han creido enriquecer con una joya mas la naciente literatura sud-americana.

Ellos i yo somos responsables de la publicacion de este volúmen de poesías, (2) i asumimos de lleno nuestra responsabilidad; declarámoslo así para satisfacer a nuestro amigo, su autor. Mas aun: asumimos esa responsabilidad con ufanía, i lo declaramos así para satisfacernos a nosotros mismos.

Hemos visto en las poesías de Zorrilla orijinalidad, fantasía rica, i, en estos tiempos de vaciedades i majaderías métricas (que

(1) Un volúmen en 4.° de XX-201 pájinas.—Imprenta de La Estrella de Chile.—Santiago, 1877.

(2) El presente artículo sirve de Introduccion a las *Notas de un Himno*, dedonde lo hemos tomado.

no poéticas) inspiracion sólida i verdadera. El público intelijente, que mas de una corona ha ceñido ya a las sienes del jóven autor de las *Notas de un Himno*, ha de leer este libro i ha de confirmar el juicio que de él nos hemos formado ántes de que se diera a la estampa.

Pocos libros, i, sobre todo, libros de poesías, nacen a la luz pública precedidos de mejor fortuna i bajo mejores auspicios. Pocos editores pueden sentirse mas satisfechos, al presentar su obra, que los de las *Notas de un Himno*.

II.

Un jóven, casi un niño, abandona las encantadoras playas del Plata i llega a Chile en busca de paz i de maestros para hacer sus estudios profesionales. Su modesta maleta de viajero estudiante viene cargada de diplomas, en cuyo encabezamiento se lee el nombre del primer colejio arjentino, i que atestiguan que el recien llegado jóven es un vencedor en las nobles lides del estudio i del talento.

Un jóven, casi un niño, que abandona la patria, el hogar, el festivo i afectuoso enjambre de amigos de la niñez; un jóven, casi un niño, que abandona todo eso i voluntariamente se expatria para venir acá, léjos, endonde solo sabe que hai fé, paz i maestros, i endonde a nadie conoce ni de nadie es conocido; ese jóven, ese niño ha probado que es un hombre.

Ese jóven casi niño compite en las aulas de nuestra Universidad con lo mas florido de nuestra juventud estudiosa, i cada fin de año escolar es para él cosecha de bien ganados lauros; ni tarda tampoco en conquistarse un lugar distinguido entre los jóvenes católicos que, agrupados en torno de La Estrella de Chile, se consagran al noble cultivo de las ciencias i de las letras.

La caridad llama un dia al talento i le pide que atraiga a una simpática casa de asilo a todos los amantes de la belleza literaria i de los nobles i puros goces del espíritu. Los claustros del espacioso asilo se hacen estrechos para contener a la escojida muchedumbre que acude a la cita hecha en nombre de la caridad i en nombre de las letras. Juan Zorrilla, el jóven recien llegado i casi desconocido en la sociedad de Santiago, es, sin exajeracion i sin depresion de nadie, el héroe de esa preciosa e inolvidable fiesta. Su magnífica composicion al *Dolor* es interrumpida a cada paso i coronada de aplausos, i le vale a su autor una verdadera ovacion. Al dia siguiente, la prensa agrega sus unánimes elojios.

Otro dia, cuyo recuerdo está todavía palpitante, los católicos de la opulenta Valparaiso quieren solemnizar con una grandiosa

fiesta relijioso-literaria el semi-secular aniversario de la consagracion episcopal del inmortal Pio IX. Los intelijentes directores de esa fiesta se apresuran a llamar de Santiago a Valparaiso al autor de la oda al *Dolor*. En presencia de una imponente muchedumbre, al lado de distinguidísimos oradores i vates nuestros, preséntase Juan Zorrilla, i es recibido en medio de una atronadora salva de aplausos por aquella sociedad, para la cual era personalmente desconocido. Su valiente i chispeante *Pontífice i Rei* obtiene un triunfo en nada inferior al de *El Dolor*.

¿Para quién, que lea i esté atento al movimiento literario, es hoi desconocido en Chile el nombre de Juan Zorrilla de San Martin?

Eso por lo que toca a los antecedentes del autor, ¿i los del libro?

III.

Horas de descanso en que el estudiante, fatigado, cerraba el libro i cojia la pluma para derramar su alma sobre el papel, horas arrebatadas por el impulso de la inspiracion a los honestos pasatiempos de la juventud i quizás hasta a los goces de la amistad o al reposo del sueño: eso significaban las poesías de Zorrilla, ántes, esparcidas unas en las pájinas de La Estrella de Chile, i otras guardadas en la carpeta del autor, no sé si cumpliendo el precepto de Horacio con paciencia, o impacientes contra la excesiva modestia de su dueño.

Gracias a la amistosa violencia de algunos, esas poesías impresas i dispersas i esos manuscritos guardados, forman hoi las *Notas de un Himno*.

El rejente de la Imprenta de La Estrella de Chile anunció su intento de dar a luz, en un hermoso volúmen, las *Poesías Líricas* de Juan Zorrilla. En Montevideo, Buenos Aires, Santa Fé, Santiago i las provincias chilenas fué acojida con entusiasmo la invitacion del rejente, de tal suerte que serán poquísimos los ejemplares de este libro que corran el azar de la venta en librería.

O mucho me engaño, o eso es sumamente honroso para este libro i para su jóven autor, i altamente satisfactorio para sus editores, que ven anticipadamente corroborados por el público ilustrado sus juicios sobre el mérito del libro que ofrecieron i hoi presentan.

¿Cuántos libros sud-americanos pueden contar lo que las *Notas de un Himno?*

IV.

Tres sentimientos dominantes, tres nobilísimos afectos son el númen i el alma de las poesías de Zorrilla: la fé, la patria i el amor.

La síntesis de esos tres afectos constituye la fisonomía moral del cantor, i, al mismo tiempo, se refleja, se retrata i se encarna en cada uno de los sones de su lira.

La grandiosidad de los misterios cristianos, los consuelos, la ternura i la belleza que encierran el dogma i el culto católicos, un ideal de felicidad privada i de felicidad social, un mundo de esperanzas inmortales, la lucha eterna entre la indomable entereza de la fé i la saña impotente de la fuerza: todo eso corresponde a la cuerda de la fé.

Una patria amada, jóven i hermosa, con un pasado lleno de glorias, poblado de héroes, con un presente borrascoso i un porvenir incierto; un corazon de veinte años, sangre oriental en las venas; una ardiente aspiracion a la paz, al progreso, a la única felicidad posible para las naciones, que es la que se basa en la idea católica; una confianza inquebrantable en el porvenir de la patria; un noble anhelo de volar a ella para poner al servicio de la causa de los buenos talento, corazon, i hasta brazo, si fuere necesario: todo eso corresponde a la cuerda del amor patrio.

El relijioso i tierno culto de una madre idolatrada, recuerdo que se confunde con los albores de la niñez; la ausencia de un padre anciano, todo abnegacion i bondad; un hermano i amigos, inolvidables compañeros de la infancia; el amor ideal de un ánjel terreno soñado o adivinado por el corazon del poeta; recuerdos lejanos, rios, campiñas, árboles, sitios queridos, que el pincel reproduce con maestría i el artista acaricia con amor: todo eso corresponde a la tercera cuerda de la lira.

Dios, patria i amor, sentimiento trino en sus manifestaciones: hé ahí el lazo que da unidad a las *Notas de un Himno*. Dios, patria i amor, tres diversas melodías que no forman sino una sola armonía, *un himno* solo.

> Yo sé un himno jigante i extraño
> Que anuncia, en la noche del alma, una aurora,
> I estas pájinas son, de ese himno,
> Cadencias que el aire dilata en las sombras.

V.

En el altar de la fé quema la inspiracion del poeta su mejor incienso. Adora, cree, espera i ama; i se enorgullece de adorar, proclama bien alto lo que cree, despliega encantadores cuadros de esperanzas i canta hermosos himnos de amor. Desprecia desde la altura de su conviccion las negaciones de los que no creen, las burlas de los que no esperan, los odios de los que no aman.

Los cantos que la patria distante le inspira, son cantos viriles, de entonacion robusta i llenos de ufanía: cantos de gloria al pasado; trenos sobre el presente; animosos gritos de entusiasmo para el porvenir.

Zorrilla es delicado para acariciar un recuerdo, tierno para trasmitir un pensamiento amoroso, festivo para saludar a un camarada de la bulliciosa e inocente niñez; espiritual, casto, cristiano i orijinal para retratar al ánjel que se ha forjado en sus ensueños; en sus manos, el pincel, al pintar, da a sus cuadros luz, colorido, animacion i vida.

Su diccion es correcta i culta, igualmente distante de la ampulosidad empalagosa i de la prosaica trivialidad. Sacrifica siempre la palabra a la idea. Ni el ritmo ni el artificio métrico lo embarazan, ni dan un jiro forzado a la expresion del pensamiento. La frase fluye rítmica sin esfuerzo i el consonante se brinda siempre comedido, oportuno i dócil.

Complácese Zorrilla muchas veces en velar su idea o dejarla apénas vislumbrar en una artística penumbra, i goza en dar a su lector el grato trabajo de esa especie de adivinacion. Gusta poco de trazar en su tela líneas demasiado marcadas i resaltantes. I hé ahí uno de los rasgos característicos i peculiares del estilo de Zorrilla, que le comunica no poca orijinalidad i gracia especial.

VI.

Hé aquí unos pocos fragmentos tomados al acaso de las composiciones de Zorrilla de San Martin, que presento al lector como muestras de los principales jéneros:

Esa es mi fé, que con orgullo ostento,
Depósito sagrado
Cuyo sublime asiento
Es la cerviz de un Dios sacrificado.

Dios en mi corazon, Dios en mi frente,
Radiosa con la luz de esa creencia:

Esa es mi noble aspiracion ardiente
Que bulle abrasadora en mi conciencia.

¡Esa es mi fé, mi juramento santo,
Ante quien sér e intelijencia postro:
Lo lanzo al mundo.... Si mi fé quebranto,
Lánzeme el mundo su anatema al rostro!

(¡Credo!, páj. 10.)

¡Ah! ¡no mintais, no blasfemeis, cobardes!
La libertad se mancha en vuestros labios,
Que asaltar a un anciano abandonado,
Crímen es de vosotros solamente,
No de la libertad, que en las batallas,
Noble en sus iras, levantó la frente.
.....

¡Ah! Los tiempos vendrán, porque está escrito,
Pontífice inmortal, ilustre Pio,
En que la tierra besará tus huellas,
I tu nombre jigante
Brillará, avergonzando a las estrellas.

¡Yo amo tanto tu nombre!
¡Tu noble ancianidad venero tanto!
No me es dado por tí verter mi sangre;
Mas vierto al ménos mi oprimido llanto.
¡Ah! Si pidiera sangre tu corona,
Por ceñirla a tu cien encanecida
Vertiera el pecho mio
Toda la que sedienta de martirio
Aliento en los raudales de mi vida.
¡Qué feliz si en el campo de la gloria
Fuera el ¡ai! de mi muerte
La gran diana triunfal de tu victoria!

(Pontífice i Rei, páj. 151.)

Llovia; el pesebre
Tan solo abrigaba
El hálito tibio
Del asno i del buei;

I absorto el anciano
I absorta la madre
Postrados besaban
Del Niño los piés;

I el Niño lloraba
Del viento i del frio,
I el frio i el viento
Lloraban tambien.
Los cielos cantaban,
Los astros crecieron
I el mundo oyó sones
Ignotos para él.

La aurora
Buscaba
A Belen.

(El Divino Poema, páj. 91.)

***

Pabellon bicolor: habla a la patria;
Haz que cesen los odios que la oprimen;
Has visto libertad, viste su fruto;
¡Ah! ¡no es valor el que alimenta el crímen!
La paz le exije su final tributo;
Dile que al fin comprenda
Que hai un pueblo viril sin sangre i luto.
.....

El salmo lejendario de la gloria
Nuestra cuna arrulló con rudas notas,
I con cadenas rotas,
Trazó la libertad sobre los campos
La heróica introduccion de nuestra historia.
El mundo, patria mia,
El sello de esa gloria ve en tu frente.
Puedes dormir el sueño de los pueblos....
Puedes soñar un porvenir radiante,
Que el bautismo de sangre de la gloria
Te lo dieron tus padres, i es bastante.

Si arranqué de mi lira tu desgracia,
El mundo comprendió que tu cabeza

Se inclinó ensangrentada
Bajo tu misma varonil audacia,
Bajo el peso fatal de tu grandeza.

¡Libre te ostento ante la faz del mundo!
Tu nombre con orgullo,
Hago que grande entre mis labios vibre;
¡Lloré las faltas de una patria jóven!
¡Canté las glorias de una patria libre!

(¡Patria mia!, páj. 135.)

¡Libertad, Libertad! ¡Santa palabra
Que adora el alma mia!
¿Siempre has de de ser la máscara cobarde
Donde esconde la faz la alevosía?
¿Hasta cuándo tu nombre
Jemirá profanado,
Siempre en sangre empapado,
Siempre nuncio de ira,
Siempre hermanado en el oscuro labio
Con el crímen, la audacia i la mentira?
¡No puede ser! El dogma de los libres
No apadrina la audaz hipocresía,
I jamas el puñal del asesino
En sus pájinas santas,
Con la sangre de pueblos ni de reyes,
Escribió ni una sola de sus reyes.

(Pontífice i Rei, páj. 147.)

***

¡Qué felices los hombres
Que, de sufrir rendidos,
Pueden decir llorando: "¡Madre mia!"
I fundir su dolor en un suspiro!
. . . . . .

Llegaré aun cubierto
Del polvo del camino,
I te hallaré, al final de mi jornada,
Sentada sobre el borde del abismo.

Por fin entre tus brazos
Descansaré tranquilo
I verteré en tu seno, madre mia,
El llanto que en el mundo no he vertido.

(¡Madre mia!, páj. 14.)

¿No veis mi dicha ofuscada,
Disipados mis ensueños,
Cómo en sus brazos me oprime
La realidad del destierro?

Tuve patria, hogar, amigos:
Ahora, tengo su recuerdo,
Prenda sola, sola i triste
Que de mi dicha conservo.

Tuve un amor ilusorio,
Puro i ardiente misterio
Que los ojos traicionaron
I el alma guardó el secreto.

Herencia de mi niñez,
Niñez de mis sentimientos,
Luz, calor, vida, armonía,
Del mundo de mis recuerdos.

Todo lo mira mi alma
Como llorando en silencio,
De una barca que se aleja
Se oye el compas de los remos.

(En brazos del desaliento, páj. 48.)

¿Quereis sublime a la mujer amada?
Alejad este mundo de su vista;
No busqueis la majer, buscad al ánjel,
Que las almas no ven pero adivinan.

(¡Buscad al ánjel!, páj. 40.)

Reza, niña, al Señor: la madrugada
Reza perfumes e inocentes trinos;
I, al dormirse la tarde entre la niebla,
Reza jemidos.
Reza, niña, al Señor: yo tambien rezo.
Ambos somos cristianos desde niños;
¡Cuánto gozo al pensar que en Dios se encuentran
Mi fé i tu fé, tu corazon i el mio!

(¡Reza!, páj. 99.)

¡Ah! si vierais mi patria!
Tiene arroyuelos,
Tiene orillas de flores
I un cielo inmenso.
¡Ah! si la vierais
Con sus colinas verdes
I sus palmeras!
.....

Si pudiera esos montes
Echar mui léjos
I descojer la sombra
Que enluta el cielo;
Así quizá
Las orillitas viera
De mi Uruguay.

¡Adios, visiones locas,
Bellos encantos,
Reminiscencias dulces
De un bien pasado:
Huid, volad!
¡Ai! adios, orillitas
De mi Uruguay!

(Cantarcillo, páj. 64.)

VII.

Ya que me ha cabido la honra de hablar al público sobre Zorrilla i su libro, ¿cómo soltar la pluma sin consagrar un recuerdo de felicitacion a la patria de mi amigo, el Uruguay?

Desde el malogrado Cárlos Piñeiro, cuyas reliquias descansan en tierra chilena i cuya cara memoria vive i vivirá fresca en los corazones de cuantos le conocimos, hasta el intelijente Cárlos Berro, que acaba de separarse de nosotros, de vuelta al suelo natal, llevando de aquí una vasta ilustracion i dejando aquí hondas simpatías, todos nuestros huéspedes orientales nos han hecho amar al Uruguay, sin conocerlo.

Por eso, a causa de la asociacion de los sentimientos, al hablar del primer libro de Zorrilla, no puedo prescindir de enviar mis humildes pero mui calorosos parabienes a la patria de mi amigo.

Este libro revela un talento i un corazon en que se debe cifrar mui fundadas i halagüeñas esperanzas.

Abiertos tiene ante sí el jóven autor de las *Notas de un Himno* un hermoso porvenir i un ancho campo de accion, que su patria le brinda.

Esas esperanzas, ese porvenir i ese campo de accion imponen deberes que, estamos seguros, Zorrilla comprende i sabrá cumplir.

VIII.

No quiero detener por mas tiempo al lector en la puerta. Impaciente, i con razon, se sentirá por comenzar de una vez la lectura de las pájinas de Zorrilla. Pero ántes, permítaseme protestar contra una preocupacion mui comun: es la de que no le toque a un amigo hablar, i hablar con encomio, de la obra de otro amigo. Si la amistad fuera adulo o interes, deberia sin duda enmudecer o, si hablara, debiéranse tener por desautorizados sus conceptos; pero, miéntras la amistad sea conocimiento íntimo, franqueza i lealtad, tiene derecho para hablar i mas derecho que nadie; mas aun: tiene el deber de hablar i decir la verdad, aunque la verdad redunde en encomio del amigo.

¿Por ventura, solo Aristarco tiene criterio?

¿Acaso la crítica ha de elejir forzosamente entre el silencio o el reproche?

¿De cuándo acá solo tienen derecho a hacerse oir la envidia o la indiferencia?

Amigo íntimo del autor de las *Notas de un Himno*, el que estas líneas suscribe no tiene empacho para declarar paladinamente que las ha escrito *con amore*, como diria un músico; i, al paso que teme muchísimo haber errado en sus juicios por ineptitud, está seguro de no haber errado por parcialidad.

Santiago de Chile, 18 de julio de 1877.

RAFAEL B. GUMUCIO.

MADAMA DE CAYLUS.

Si el bellísimo i mui católico jenio de madama de Maintenon nos da una idea de los sentimientos relijiosos de su era; si su santa i bienhechora accion endulza, conmueve, realza, vivifica i logra sostener una tan viril como cristiana civilizacion; si el corazon de la Maintenon fecunda i fertiliza vastas praderas i desolos campos; si las pisadas de esa mujer sublime quedaron sembradas de beneficio, gracias al catolicismo, que fué su guia; si esta *mujer fuerte* con una celeste inspiracion abre anchas i dilatadas vias de civilizacion, que son otros tantos caudales que sirven para sustentar risueñas riberas; si rayos de luz suave i refuljente, que bajan del Calvario, iluminaron la muerte de la Maintenon, i la hicieron comprender que solo la mujer que imita a la Madre del Redentor del mundo es grande i santa; la célebre madama de Caylus píntanos la cultura de la civilizacion del siglo de Luis XIV, la grandeza social de la mujer católica, la urbanidad puesta en accion, la pulcritud i galanura en el hablar, la moralidad en el salon, aquella gracia i aun coquetería de la mujer que no están reñidas con los austeros preceptos del Evanjelio.

La gran figura de la Caylus, que perseguimos i que no pintamos, probará, a los hombres oficiales i no oficiales, que el catolicismo no condena la alta i culta sociedad, ni los jimnasios de la intelijencia, ni el comercio de ideas i sentimientos entre ámbos sexos, ni las maneras finas, afables e insinuantes que nos prescribe una buena educacion. Lo que quere el catolicismo, de lo que se preocupa, i esto con ojo mui atento i sagaz, es de que no se hiera el dogma, de que no se extravien las ideas, de que no se altere la moral, de que no se desborden las costumbres.

El portentoso jenio del gran San Agustin comprendió en un sublime pensamiento todos los tesoros de amor que entraña la relijion implantada por Jesus. "Ama a Dios, díjole un dia el obispo de Hipona a uno de sus discípulos, i haz cuanto quieras."

Madama de Caylus era sobrina de madama de Maintenon. Su parentesco veníale por la línea de Aubigné.

El marques de Villette Murçay, marino respetable por su experiencia i sus conocimientos científicos, fué padre de Margarita, mas tarde madama de Caylus. Calvinista, como lo habia sido su abuelo Aubigné, esos mismos principios relijiosos inculcaba a su familia.

Madama de Maintenon, en el carácter de tronco de una piadosa descendencia, adornada de los sentimientos mas puros i elevados en relijion, poseyendo prinpicios sólidos i de largo aliento sobre el catolicismo, i practicando esos mismos principios con severidad, jamas habria tolerado que su sobrina Margarita hubiera sido calvinista.

Para llevarse a Margarita a su lado no habia otro remedio que arrebatarla a sus padres.

M. de Villette, como jefe de marina, veíase obligado con frecuencia a ausentarse de su domicilio. En una de esas frecuentes excursiones, inspiradas quizás por la misma Maintenon, una tia de Margarita espió los pasos de la madre, i la arrebató del hogar para remitirla a madama de Maintenon.

Contaba entónces Margarita siete años de edad.

Fácil fué a la ilustre madama de Maintenon inspirar sentimientos piadosos al tierno corazon de Margarita, formando así una buena e instruida católica.

Aunque sumamente viva, encontró en la niña un corazon dócil, mucha elevacion de ideas, un recto juicio i un talento claro i penetrante. Ademas, como era mui sensible, las bellezas i las severas armonías del culto católico la conmovieron i la agradaron.

Hasta la edad de trece años, época de su prematuro matrimonio, que la misma madama de Maintenon lo concertó, Margarita no tuvo otra inspiracion que aquella que recibiera de su noble tia. La piedad tuvo encantos i atractivos para su alma tierna i candorosa. Apesar de su jenio alegre i vivo, i al parecer lijero i frívolo, poseia un espíritu fino, observador, concentrado, sumiso, un tanto cáustico pero sólido.

Margarita tuvo tambien la mui rara cualidad de saberse dominar. Su sabia i piadosa tia habíale hecho comprender que el ejercicio de la voluntad es el estudio mas sério i mas importante de la mujer. Que el catolicismo exije imperiosamente que tan noble facultad esté gobernada santa i relijiosamente, pues en ello estriba, casi siempre, nuestra ventura en esta vida i en la otra. Para complemento, la naturaleza le dotó con cierta gracia, sal i chispa, cualidades que unidas a una intelijencia rápida, clara i viril que la adornaban, producian todos los encantos de los mas poderosos atractivos.

La voz de Margarita recorria todos los tonos, modulaba todas las emociones i expresaba todos los sentimientos que queria.

Su auditorio siempre estaba pendiente de sus labios.

Jamas voz alguna electrizó mas los corazones.

Agréguese a esto, tan encantadora mujer era hermosa i bonita. Sus facciones, de un admirable perfil, era finas i bien proporcionadas. Alta, delgada i jentil, Margarita tenia un aire majestuoso i era noble en su andar.

"Jamas, dice Saint-Simon, uno de sus mejores amigos, hubo

fisonomía tan animada, tan interesante, tan expresiva, jamas frescura semejante, jamas tantas gracias ni mas talento, jamas tanta alegría i diversion, jamas creatura mas seductora."

I el abate Choisy, que la trató en todo tiempo, nos dice:

"Los juegos i las risas brillaban a porfía en derredor suyo: su injenio era todavía mas amable que su rostro; no tenia uno tiempo de respirar ni de aburrirse cuando ella estaba en alguna parte. Todas las Champmeslés (1) del mundo no tenian ninguno de esos tonos embelesadores que dejaba escapar cuando declamaba; i si su gracia natural la hubiese permitido ciertas monadillas que toda su inocencia no podia justificar, habria sido una mujer cabal."

Dadas estas lijeras pinceladas, tomadas casi todas de Sainte-Beuve, entremos a apreciar la cultura de esa era, cuya estrella fué tan singular mujer, como madama de Mainteno, su iris i su providencia.

Cuanto mas civilizados, dícenos M. de Chateaubriand, en su *Jenio del Cristianismo*, hablando de la indeterminacion de las pasiones, se hacen los pueblos, mas se aumenta este estado de *indeterminacion* de las pasiones, porque sucede entónces una cosa mui triste: el gran número de ejemplos que tenemos presente i la multitud de libros que tratan del hombre i sus sentimientos, les hacen hábiles sin experiencia. Se halla uno desengañado sin haber gozado nada i le quedan deseos sin tener ya ilusiones. La imajinacion es rica, abundante i maravillosa; la existencia árida, pobre i sin encanto alguno. Vive uno con un corazon lleno en un mundo vacío; i sin haber gozado cosa alguna, nos hallamos desengañados de todo."

Esta triste i lúgubre verdad, que nos echa en rostro el filósofo-poeta mas profundo i de mas jenio de nuestro siglo, seria una verdadera parodoja si la civilizacion la comprendiéramos los católicos tal como la comprendemos los modernos paganos.

La civilizacion en su jenuino sentido entraña la relijion, la moral, la hijiene del alma, los justos i nobles sentimientos, que vienen de un espíritu recto i de un corazon que ama el bien.

Es cierto que la civilizacion, tal como la enseñan los filósofos incrédulos, solo tiende al desarrollo de la intelijencia i de la industria; como si esta estuviera en lucha con los principios relijiosos, las buenas costumbres, la pureza del alma, las delicadas fibras del corazon.

Si la civilizacion fuera lo que nos aseguran dichos filósofos, tendríamos que ella encerraba principios disolventes que al fin acabarian con la misma civilizacion que las enjendró.

Cuando decimos que un hombre carece de urbanidad, que des-

(1) Se sabe que la Champmeslés fué la atriz mas célebre del siglo XVII. Pues bien, en la representacion de *Ester Margarita* eclipsaba a tan superior actriz.

precia todo principio relijioso, que sus costumbres no están ajustadas a la moral evanjélica, interpretando una conciencia tan ilustrada como beneficiosa, aseguramos, desde luego, que no es tal hombre no es morijerado, que no es completamente morijerado. Ese hombre podrá tener instruccion, o sea cultura intelectual; pero carece de la cultura del corazon, de aquel axioma de que "el principio de la sabiduría consiste en el santo temor de Dios."

Dígase lo que se quiera. La verdadera civilizacion es la vida del hombre, tendente siempre hácia el progreso i perfeccionamiento de todo lo útil, de todo lo bello, de todo lo santo i bello que se relaciona con el alma i con el cuerpo del mismo hombre. Si no fuera así, si la práctica de la vida no diera testimonio de esta absoluta verdad, no podríamos asegurar de voz en cuello que el catolicismo es el pan eucarístico de la civilizacion moderna. Tampoco sostendríamos que sin el cristianismo no pueden existir costumbres santas i edificantes, moral en accion, lejislacion que levante i sublime al hombre.

Los filósofos del moderno paganismo no quieren comprender, por su obsecado espíritu, que el Cristo, que el Unijénito de Dios, con su doctrina i con su ejemplo, no solo es la salvaguardia de la civilizacion, sino tambien la civilizacion misma.

¿Cómo es, cómo se explica que tales filósofos no vean en la cruz el signo de la civilizacion mas puro i santo? Esto ni aun los mayores enemigos del Divino Redentor lo niegan, ni siquiera lo ponen en duda. Es voz universal que clama en el desierto, que el cielo i la tierra testifican que la mision del Hijo del hombre ha sido i es la misma civilizacion. I por cierto que el catolicismo, mas que otro estandarte relijioso, entraña ciencia, filosofía, lejislacion, poesía, artes, industria, buenas costumbres, la moral de un Dios.

Ahora bien, con la civilizacion implantada por Jesus, la mujer tomó su puesto social, comprendió toda su sublime grandeza, santificóse, hízose un miembro integral de la trinidad de la tierra, gozó, con toda la efusion de su alma sensible i virjinal que le cupo en lote, el que Dios la hubiera tomado como instrumento de reparacion i salvacion.

Las pájinas dictadas por el dedo divino de Dios, donde con pincel admirable escrita está la pasion i muerte del Salvador del mundo, asegúrannos que la mujer misionó primero que el hombre, ahí la Samaritana; que desde que Dios se humilló, haciéndose hombre, la mujer comprendió que su casto seno era un santo tabernáculo, donde se hospeda un noble candidato para el cielo, *solo un poco inferior al anjel.*

Desde ese entónces lleva tambien la mujer en su frente el mismo signo relijioso i civilizador que engrandece al hombre, que le honra, que lo distingue como rei de la naturaleza; pues Nuestro Señor Jesucristo, reparador i santificador, reconocióle a la

mujer una alma con iguales derechos i con iguales jerarquías que al hombre.

¿No es verdad que Jesus, en su espléndida i celestial munificencia, divinizó la caridad, la virtud mas civilizadora, para dársela en dote a la mujer? Tal, al ménos, fué el inmenso amor que le manifestó en los actos mas tiernos i patéticos de su vida divina i pasible.

En su inmortal Evanjelio asegúranos Jesus que el amor de Magdalena se publicará por todo el mundo; a la Samaritana le reveló la verdad, le dió a beber *agua viva* i le perdonó sus pecados; a la viuda de Nairu le resucitó su hijo único; la fé de la Cananea conmovió su corazon; con celeste compasion levantó a la mujer adúltera; en medio de un gran tumulto sintió que una mujer enferma le tocó su vestidura; para consolar a Marta i María hizo un largo i penoso viaje, i les resucitó a su hermano Lázaro; con júbilo divino aceptó la ofrenda de la pecadora; a la mujer, desde lo alto de la cruz, encomendóle la continuacion de su obra, mision de civilizacion, de amor i de consuelo; las Marías fueron las primeras que le vieron resucitado; a la mujer asoció en el Cenáculo; con la mujer le vemos en el Tabor.

A ejemplo de su Divino Maestro, los Apóstoles buscaron el auxilio i la cooperacion de la mujer, i con la ardiente caridad del sexo piadoso ellos hicieron prodijios de santificacion en todas las iglesias. Mas tarde, la mujer, mas animosa que el hombre, corre a los circos i da su cuerpo a las fieras, todo por amor a Jesus que la elevó.

Mediante la civilizacion que el Hijo del hombre implantó en las sociedad, engrandecióse el hombre apoyado en la mujer, a la que ántes deprimiera. Sin dejar de ser su jefe, desde ese entónces la asoció a los goces del espíritu, rompiendo así las cadenas de la voluptuosidad, que eran su oprobio i su vergüenza. Entónces fué tambien cuando el hombre, arrepentido de su pasado, comprendiendo la exquisita sensibilidad de la mujer i lleno de reconocimiento por la obra de reparacion de su Divino Redentor, cantó el lirismo del amor.

La mujer principió a señorearse de su grandeza en el castillo, en la fortaleza del caballero feudal.

Ahí amó al hidalgo, inspiró al poeta, entusiasmó i le dió valor al guerrero; ahí principió a imponer su voluntad al hijo i comprimir los excesos del esposo, del hermano i aun del padre; ahí principió a ser libre, a pensar, a tener una accion espontánea i edificante, a santificarse en union con los suyos; ahí tuvo ya perfecta conciencia que algun dia daria severa cuenta de todos sus deseos, de todas sus acciones i de todas sus palabras; ahí supo que compartir tenia con el hombre la responsabilidad doméstica; ahí, por fin, comprendió que obligada estaba a llegar sana i salva a la meta para merecer un justo galardon por sus virtudes.

Esto sucedia en la Edad Media, en los poéticos tiempos del caballero i del galan.

Dulcemente aferrada a la Iglesia la accion de la mujer, o mas bien dicho, su amante i tierno corazon, el sexo femenino empujó con fé i vigor la civilizacion moderna, suavizó las costumbres, enriqueció la literatura, dióle fondo relijioso a la poesía, morbidez i encanto a las artes.

Desde Jesus, desde que comprendió que sin su participacion el hombre no habria sido redimido, la mujer necesitó un campo mas vasto, una hermosa pradera, lozana i fértil, que produjera todas las flores del año. Así fué que mediante el catolocismo la mujer levantó su tiempo ántes que declinase el dia.

Su intelijencia, tan clara i prestijiosa, la sacudió, la sublimó, la presentó en el banquete de la vida i la adornó con guirnaldas de siemprevivas, introduciéndola en el corazon de la misma sociedad. I todo esto sin salir del hogar, sin dejar el fuego de la casa, sin estudios profesionales, sin querer igualarse al hombre, ni ménos burlar aquella mision que Dios i la naturaleza le fijaran.

Si ántes de la era cristiana habia sido ignorante, lijera, frívola, apocada, supersticiosa, ridícula i de livianas costumbres; de este lado de la cruz iba a presentarse ilustrada, digna, firme, atenta, amable, graciosa, urbana i culta, fina i expresiva, relijiosa i caritativa.

Con justicia la historia ha anatematizado los siglos X, XI i XII, porque ellos deprimieron la virtud i corrompieron las costumbres. Durante tan largo período, la mujer olvidó la relijion, que la habia salvado, que la habia sublimado, i volvió a una mui triste abyeccion. Sin un resto de catolicismo, habríase nivelado con las bestias.

Empero, como siempre, la Iglesia vela por ella, i en tiempo oportuno vino por ella. Luego la tomó de la mano, i amorosamente la obligó otra vez a ser santa i sabia, digna de heróicas acciones.

Mui luego Guttemberg traerá una antorcha viva i refuljente, que será un signo de salvacion, la que principalmente alumbrará a la mujer.

La imprenta tenia que producir maravillosos portentos. Iba a poner al habla los tiempos pasados con los presentes, a derramar la ilustracion i la ciencia con profusion.

La imprenta causó, pues, una verdadera revolucion en las costumbres, en las ideas, en la civilizacion en jeneral.

Hasta entónces el saber habia sido el patrimonio de unos pocos; ahora, en tal festin, todos tomarian parte.

Guttemberg, como Colon, como Isabel la Católica, lleva un nombre inmortal, superior a todo elojio. La mujer, mas que el hombre, lo proclamará grande entre los bienhechores de la humanidad.

En el siglo de que nos venimos ocupando, la mujer conquistó de

lleno la culta sociedad, fué el mas bello floron de la literatura francesa, no importa que en ella figuren los Fénélon, los Bossuet, los Bourdaloue, los Racine, los Corneille, los Molière, los La Fare, los La Rochefoucauld, los d'Hacqueville, etc.

Pues bien, entre tan gran número de talentos femeninos que produjo el siglo de Luis XIV, madama de Caylus es la mas culta, i preséntase como la mujer prototipo de una avanzada civilizacion.

Toda la desgracia de madama de Caylus estuvo en no tener un esposo digno de ella, falta que puede atribuírsele, con mucha justicia, a madama de Maintenon, pues fué obra exclusivamente de ella semejante matrimonio. Esta triste i lamentable circunstancia de su vida hízola perder parte de su merecido i gran prestijio. Su aplaudida reputacion de mujer digna, de mujer virtuosa, de mujer cuerda, se tuvo en duda por muchos. La estrecha amistad con el duque de Villeroy, que duró hasta sus últimos dias, la perjudicó notablemente. Esta fué la principal causa de verse desterrada de la corte, i de que las fuertes i sinceras afecciones de madama de Maintenon hácia ella se entibiasen, por lo ménos aparentemente.

Sin embargo, si madama de Caylus tavo algun desliz, tal flaqueza solo fué conocida por Luis. Por lo tanto, la historia no tiene justicia para echar un borron sobre tan ilustre mujer.

Fué durante ese largo destierro cuando madama de Caylus abrió sus salones. En esos salones figuraron los injenios mas conspícuos de tal siglo. Vióse ahí al sacerdote, al sabio, al filósofo, al poeta, al orador, al estadista, al guerrero, al literato, al noble, al capitalista.

Madama de Caylus contó siempre entre sus mejores amigos el abate Choisy, Saint-Simon i La Fare.

Sin disputa, madama de Caylus fué la mas descollante figura de tan escojida como ilustre sociedad.

La Caylus tuvo todos los encantos de la juventud, todas las gracias de su sexo, todos los atractivos de una honesta mujer. Poseyó, ademas, el prestijioso imperio del talento, la dulce llama del saber, la gracia del decir, la ternura de la amistad, la moralidad de la accion, la sensibilidad del poeta, una voz flexible i suave i armoniosa, maneras insinuantes i el aire natural de la gran señora.

En los salones de madama Caylus se cultivó aquella fina i atenta cortesía que creó la urbanidad, tal como se comprendió en su tiempo i ha seguido comprendiéndose.

Segun sus contemporáneos, madama de Caylus fué la persona mas urbana. El abate Gedoyn la llama *un documento justificativo*, definiendo la urbanidad. Esta preciosa cualidad de la Caylus no solo lució en sus maneras i trato familiar, sino tambien en todos sus escritos.

La culta urbanidad no se opone a esa ironía amable, fina i discreta, que tan solo levanta una punta del velo, para no ver del todo el lunar que desfigura el rostro.

Nadie como madama de Caylus usó de esa arma tan delicada como cortante.

Se veia en los grandes i rasgados ojos de madama de Caylus el resplandor de su intelijencia; en sus labios bien formados, pero no del todo finos, la sonrisa burlona, sin ser hiriente; en su hermosa frente, la expresion del alma que piensa; en todo su conjunto, la gracia añadida a la gracia.

Lo repetimos, en el siglo de la Caylus la mujer ostentó en todo su esplendor sus virtudes, su talento i su donaire. En tal siglo conquistó tambien un teatro mas vasto para darse a conocer en sociedad, tuvo los salones.

Desde los primeros dias de esa era, el bello sexo presentóse dominando el corazon del hombre e impulsando su talento, como poco ántes estimulara el valor del guerrero i los sentimientos del caballero. Así fué que todos los hombres de intelijencia, de luces, de educacion i de costumbres irreprensibles son los primeros que rodean a la mujer i la acatan i admiran.

De los salones salieron los académicos i aun la misma Academia, es decir, el talento culto i sociable.

La poesía, las artes i la industria tomaron nuevas formas i nuevos encantos. Las costumbres se dulcificaron sin perder el pudor, que tanto glorifica a Dios. La caridad tuvo mas espansion. La mujer se encontró dueña de su hogar i árbitra de su suerte. Con libre voluntad pudo dar su mano al hombre de sus afecciones. Comprendió la extension de sus deberes como sér sociable. Ella creó la urbanidad, o el hombre la creó para ella.

Para tanta grandeza tuvo por enseña el catolicismo. Ni olvidó su noble oríjen, ni desconoció que a la relijion católica le debia su dignidad, que la hacia igual al hombre i superior a él tratándose de respetos sociales.

Hé ahí la cultura del siglo de Luis XIV. Hé ahí la obra de la mujer católica.

José Sótero FABRES.

EL DERECHO ANTIGUO

POR

SUMNER MAINE.

(Orijinal de M. Courcelle-Seneuil.)

(Conclusion.)

S. Maine indica con razon un renacimiento, bajo novísima forma, del derecho natural entre los modernos. No extrañemos al ver a este derecho recobrar en Francia inusitado poder i engrandecerse como consecuencia de la filosofía de ideas morales innatas i de las restauraciones platónicas, siempre bien acojidas por la pereza vanidosa. No hai tampoco por qué admirarse de que la teoría del derecho natural haya reaparecido en nuestro tiempo, no mediante los jurisconsultos, que desdeñan toda teoría, sino entre nuestros filósofos oficiales, con todo el viejo bagaje del siglo XVII i de J. J. Rousseau, cuyas ideas, no sus pasiones, hijas lejítimas del siglo XVIII, pertenecian a esa misma época.

Nada de sério hai en todo esto, i no merecia, por lo tanto, la atencion de Maine, que se ha limitado a manifestar la introduccion de la idea de un *estado de naturaleza* que ha venido a unirse a la del derecho antiguo i a falsearla. Hubiera, con todo, podido mencionar una tentativa hecha por los fundadores de la economía política, Quesnay i Turgot, por trasformar la teoría del derecho natural i relacionarla con la ciencia moderna. Segun Quesnay i Turgot, que desarrollaban una idea ya invocada en el primer capítulo del *Espíritu de las leyes*, el derecho natural no seria mas que el conjunto de las leyes fisiolójicas que rijen las sociedades i que pueden ser descubiertas por medio de una laboriosa i bien dirijida observacion.

S. Maine, atribuyendo a Bentham el honor de todos los trabajos ejecutados por los pensadores del último siglo, llama *benthamismo* lo que nosotros designamos con el nombre de derecho *ideal, racional* o *científico*. Quesnay, en su opúsculo *Del derecho natural*, i Turgot, en los preámbulos de sus ordenanzas, invocan

este derecho natural, rejuvenecido i no nuevo, poco conocido de los jurisconsultos modernos, i con todo, hijo lejítimo del derecho natural antiguo, del cual no difiere mas que por una concepcion novísima de la naturaleza i de sus leyes.

De este modo, Quesnay i Turgot sostenian que la libertad del trabajo i del préstamo con interes era de derecho natural, ya que no la encontraban escrita en algun artículo del derecho tradicional i ya que una nocion moral, superior a la de los antiguos jurisconsultos, les hacia considerar esta libertad como una condicion indispensable de justicia i de *órden natural*. Seguian así el mismo proceder de los jurisconsultos romanos que sustituyeron en la trasmision de las herencias la cognacion a la agnacion. Si esta doctrina de Quesnay i de Turgot hubiese sido alimentada i sostenida en el parlamento de Paris, ¿quién puede medir lo que con ello habrian ganado la ciencia i la civilizacion? Desgraciadamente en el siglo XVIII, como en el actual, no era de jueces franceses de quienes era lícito esperar la adopcion de una idea cualquiera progresista.

Afirmar la existencia de un estado de naturaleza e imajinar al propio tiempo un derecho natural aplicado a este estado, es cometer visiblemente un mui craso i peligroso error. Pero se hace indispensable encontrar un nombre a este ideal que critica, transforma i mejora el derecho, que es ilustrado i dirijido sin cesar por los estudios históricos, i va a parar siempre a novísimas combinaciones que la historia no menciona: los antiguos llamaron a este ideal *derecho natural*, sin relacionarlo, seguramente, aunestado primitivo del jénero humano; i segun es lícito deducirlo de las nociones que nos suministra la literatura filosófica, epicúrea i estoica, podemos sentar que, en la época de los Antoninos, concebíase el derecho natural poco mas o ménos como lo hicieron Quesnay i Turgot, con la diferencia que no se conocia entónces la esencia i poder del método inductivo.

De aquí ha derivado la vaguedad que se nota en los antiguos que escribieron acerca de esta materia; pero si se aparta la vista de las exajeraciones de Locke, de Rousseau i de otros escritores, puede decirse que la teoría del derecho natural es la mas noble e importante de las concepciones que han contribuido al desarrollo de la civilizacion....

Parece extraño a primera vista encontrar en toda la historia del derecho el *jus naturæ* i el *jus gentium*, siempre unidos, jamas confundidos i de tal modo que nunca se ha podido formular acerca de ellos dos definiciones diversas, ni abarcarlos en una sola. ¿Esto acaso significa otra cosa que la coexistencia de un *ideal* mejor que la realidad, i de la *experiencia*, que, al mezclarse sin cesar con aquél, conservando, empero, su personalidad, lo afirma o lo contraría?

Entre tanto que hombres pensadores, juristas o nó, buscan

lo que se presenta como mas perfecto en los dominios del derecho i atribuyen a la naturaleza sus mejores conceptos; otros, i en mayor número, trabajan i viven en el comercio, fuera de las fronteras en que las leyes civiles imperan. Las costumbres que incesantemente adoptan, determinan reglas que adquieren pronto fuerza de lei merced al sentimiento de la pública utilidad.

Los que buscan un derecho natural superior al civil se inspiran en esta contínua experiencia comercial e introducen poco a poco en la Ciudad sus principios. I véase aquí por que la parte del derecho que se relaciona mas íntimamente con los actos del comercio, la relativa a los contratos, es sin comparacion la mas perfecta. El *jus naturæ* i el *jus gentium* son simplemente las formas de que se revisten el *razonamiento* i la *experiencia* en el dominio especial de los estudios jurídicos. Separado aquél de esta última i de las analojías que le suministra, pierde su direccion i se extravia, en tanto que al unirse con ella es el ajente mas fecundo del progreso.

Colocados en este punto de vista encontramos de la manera mas sencilla cómo el *jus naturæ* i el *jus gentium* han contribuido, como lo ha observado mui bien Summer Maine, a la formacion de ese derecho rudimentario e imperfecto llamado derecho *internacional*.

Las doctrinas cosmopolitas de los economistas i las de los tratados de paz nacieron igualmente de la gran experiencia comercial, cuya importancia naturalmente aumenta segun se multiplican los medios de transporte i todo lo que facilita las comunicaciones de los hombres entre sí.

Volvamos al *Derecho Antiguo* i a su autor.

Es éste un jurisconsulto, pero no de aquellos que son esclavos de un libro i dispuestos siempre a subordinar un texto al servicio de todo interes poderoso: nadie admira i glorifica mas que él el derecho romano; pero bien se guarda de considerarlo como la *razon escrita*. La ciencia del derecho es para él una verdadera ciencia en el sentido moderno de la palabra, una rama tan magnífica como interesante de la historia jeneral. Nos manifiesta las transformaciones del derecho que se desarrollan poco a poco en un corto número de naciones desigualmente progresistas, bajo la influencia de las ideas morales dominantes en cada época, i siguiendo una direccion fácil de conocer, segun es determinada por la redencion de nuevas individualidades e iniciativas, o en otros términos, por el acrecentamiento de la libertad individual.

Hásele reprochado por no haber considerado desde un punto de vista bastante jeneral la historia del derecho primitivo i por haberse limitado al estudio de algunos pueblos cuya herencia hemos recojido, i solamente durante los tiempos, llamados propiamente históricos.

Nosotros, al contrario, dámosle las gracias por haber limitado el campo de sus observaciones, haciendo, de este modo, mas pro-

fundos sus descubrimientos i patentizando ante los jurisconsultos mismos el progreso del derecho. Ciertamente, él no ha dicho la última palabra de la historia del derecho, pero hoi dia ¿quién pretenderia decirla?

No se debe descuidar, sin duda, el estudio del derecho de los pueblos que, o no tienen historia o poseen una, pero imperfecta, i por esto nunca será censurable el proceder de Montesquieu, que quiso dar a este derecho un lugar exajerado en *El Espíritu de las leyes*. Pero es imposible desconocer que, aun despues de las curiosas i sabias investigaciones de sir John Lubbock i de muchos otros laboriosos observadores, no estamos en punto de obtener conclusiones verdaderamente científicas. Ello ofrece un magnífico objeto de estudios, bastante vasto para absorber los esfuerzos de una jeneracion de obreros laboriosos, i de donde, indudablemente, nacerán las mas fecundas verdades; pero falta acumular, durante mucho tiempo, i ordenar los materiales.

Entre tanto, guardaremos profundo reconocimiento a los que, como Sumner Maine, nos señalan el encadenamiento de las instituciones que ligan, mediante la Edad Media, los tiempos de la antigüedad clásica a nuestros dias, i suministran la interpretacion racional de ese gran enigna histórico, el feudalismo, i al propio tiempo un apoyo a las conclusiones de la ciencia moderna.

En estos momentos, S. Maine prosigue sus estudios i nos muestra, en la India i en nuestro tiempo, esa comuna patriarcal, cuya existencia reciente en Alemania e Inglaterra, ha sido probada por escritores de estos dos paises: nos reseña la transformacion en Europa de esta comuna enfitéutica i nos revela una curiosidad histórica i jurídica de primer órden al narrarnos las alteraciones del derecho patriarcal i sacerdotal de la India, mediante el contacto de la civilizacion inglesa. Tememos que, en estos estudios, aun incompletos, cuya unidad no comprendemos bien, se haya doblegado S. Maine ante ciertas preocupaciones jermánicas a las que hasta ahora habia sabido resistir i que no haya extendido suficientemente en esta ocasion el campo de sus investigaciones. Pero, en cambio, desarrolla i rectifica algunas de sus ideas enunciadas en el *Derecho Antiguo*, i el estudio de la India le hace apreciar mejor la importancia del comercio i del derecho que le es propio.

Dejémoslo continuar su laboriosa carrera, acudiéndole con nuestra atencion i nuestros votos. Hoi por hoi contentémonos con proclamarlo ante la opinion como un pensador orijinal i al mismo tiempo como un instruido jurisconsulto, cuyos escritos no pueden ser desdeñados por los que se ocupen sériamente en la ciencia social.

Santiago, 4 de agosto de 1877.

RAFAEL GARMENDIA REYES.

IDEAS SOBRE EL ARTE I LA MORAL.

XXXV.

Molière analiza i *describe* la sociedad; el *Quijote* pinta a la humanidad; Shakespeare descubre al hombre. Como se ve, Cervantes es mas compresivo que Molière, i Shakespeare mas sintétito que ámbos.

XXXVI.

Lo que admiro mas en la *Introduccion a la vida devota* no es la doctrina ni el consejo, es la sencillez invencible de la lójica: cuando se lee a San Francisco, nos vemos comprometidos a ser virtuosos; no hai excusa posible, el maligno santo allana todos los caminos.

XXXVII.

Dos o tres versos de Shakespeare revelan a menudo todo un carácter o explican toda una situacion; a veces resumen el drama. Cito de memoria los ejemplos siguientes:

El príncipe de Gales: *Si alguna vez llego a ser hombre, reconquistaré nuestros antiguos derechos sobre la Francia o bien moriré como soldado despues de haber vivido como rei.*

El duque de Glocester: *Los veranos que deben ser cortos, tienen de ordinario precoces primaveras.*—(Ricardo III, acto 3.°, escena 1.ª)

César (a Antonio): *Dadme hombres que se alimenten bien i duerman bien su noche: Casio tiene una mirada febril i sedienta; piensa demasiado.*— (Julio César, acto 1.°, escena 2.ª)

Otelo: *¿Has hecho tu oracion, Desdémona?*—(El Moro de Venecia, acto 5.°, escena 2.ª)

Hamlet: *Los colores naturales de la resolucion palidecen con el tinte amarillo de la reflexion, i así es cómo empresas de grande importancia varían de curso, i al extraviarse pierden hasta el nombre de accion.*—(Hamlet, acto 2.°, escena 1.ª)

XXXVIII.

El sentimiento del dibujo es mas intelectual que el sentimiento del colorido. Decimos de un individuo: tiene la intelijencia del dibujo, sabe sentir el color.

XXXIX.

La antítesis es la figura predilecta de Víctor Hugo, i la paradoja el fondo de su estilo: lírico en sus dramas, en sus poemas líricos sensibiliza las ideas mas abstractas; busca, sobre todo, el movimiento, la vida exterior i los contrastes propios de la escena.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.

LAS ASOCIACIONES CATOLICAS.

LECTURA DADA EN EL CÍRCULO CATÓLICO.

(Conclusion)

IV.

Francia i Béljica fueran las que, despues de la Alemania, comenzaron a congregar a la juventud católica para adiestrarla en el arte difícil de la palabra i de la pluma i prepararla para la defensa de la relijion en la tribuna i en la prensa.

Penetrados de la inmensa importancia que el arte de hablar i de escribir ha tomado en nuestra época, que ha hecho de las discusiones públicas un instrumento cuotidiano de lucha, de resistencia i de triunfo, algunos católicos eminentes por su caridad i su patriotismo, comprendieron que era urjente establecer, para la juventud católica, asociaciones permanentes que, ademas de pro-

curarles cien otros inestimables bienes, fuesen centros de ilustracion mútua, escuelas prácticas para aprender a manejar con acierto la palabra i la pluma, para adquirir esa facilidad de concepcion i elocucion, sin las cuales no se gana influencia en las asambleas, i defender con eficacia los intereses de la fé i de la sociedad.

Por lo demas, i en presencia del indiferentismo relijioso de la época i de las creces prodijiosas que ha tomado la guerra contra el Cristo i contra su Iglesia, nada era mas conveniente que crear para los laicos estos hogares comunes, que fuesen como la continuacion de la familia cristiana en cuyo seno han pasado la infancia i la niñez; donde pudiesen aplicarse a estudiar la relijion i a defender sus creencias cada vez que la ocasion se ofrece, secundando así al ministerio sacerdotal; donde la afirmacion pública de la fé, la confesion franca i valiente de las creencias relijiosas, retemplase las almas i el valor de los corazones acobardados por el aislamiento i por los gritos de triunfo de los enemigos.

Con este objeto unos diez o doce católicos, entre los cuales se distinguia M. de Beluze, que ha consagrado su vida entera a los pobres i a los jóvenes, fundaron en Paris, en 1850, con el nombre de *Círculo Católico*, una pequeña sociedad, semejante a las asociaciones católicas de Pio IX, en Alemania. Esta sociedad, que funcionó al principio en un pequeño local arrendado, fué creciendo lentamente; pero el año 1864 contaba ya trescientos sesenta miembros, compró un local a propósito, que arregló a todas las necesidades de la asociacion, i en 1870 funcionaba ya con quinientos miembros, frente al jardin del Palacio del Louxemburgo. Una gran sala de conferencias i conciertos para las reuniones jenerales, capilla, salas de lectura, de conversacion, de declamacion, de billares, biblioteca, periódicos, etc., procuraban a los socios todas las condiciones para cultivar entre ellos el espíritu de fraternidad cristiana, el amor al estudio i la fidelidad a sus deberes.

Independientemente de lo que se hace en el interior, el Círculo extiende su accion al exterior por medio de las obras que funda: círculos católicos de obreros, escuelas nocturnas de artesanos, sociedades de caridad i de piedad, obras, en fin, que al mismo tiempo que llevan la ilustracion a los ignorantes, los socorros a los necesitados, la moralidad a las clases mas abyectas, procuran a los mismos socios la inapreciable ventaja de llenar santamente el tiempo que de otra manera habrian consumido talvez en el ocio o las disipaciones con que convidan las grandes ciudades. ¡Qué inmensos i multiplicados beneficios para unos i otros i para la sociedad en jeneral!

El Círculo, ademas, perpetúa los lazos que existen entre sus miembros, aun despues de que éstos se dispersan para recorrer en el mundo las diversas carreras que les depara la fortuna. Vuel-

tos a sus provincias los jóvenes que han pertenecido a la sociedad, continúan de miembros corresponsales de ella, recibiendo sus publicaciones i conservando todas las ventajas que el Círculo les procura cuando vuelven a Paris.

La evidente utilidad que puede producir, tanto para la edad madura como para la juventud, una asociacion en la cual, despues de los trabajos del dia encuentran sus miembros, junto con inocentes pasatiempos i entretenimientos provechosos, una amistad sincera, un apoyo mútuo, ejemplos edificantes, trajo la prosperidad i la propagacion de la obra.

Marsella fué la primera que imitó este ejemplo i en tales términos que lo sobrepujó pronto en todo sentido. Instalado el Círculo en un verdadero palacio, construido de propósito para el objeto, en la calle Oudinot, su salon de sesiones, sus salas de lectura, su capilla, todo es allí espléndido, adecuado i aun suntuoso. La obra moral corre parejas con la obra material. Cuatrocientos socios activos, seiscientos pasivos, ochocientos artesanos agregados al Círculo, constituidos en sociedad dependiente de él, sociedad que celebraba sus sesiones jenerales una vez al mes en el mismo gran salon del Círculo, i otras obras anexas, formaban en 1869 un núcleo de mas de tres mil personas, animadas todas de una misma fé, de unos mismos sentimientos i agrupadas bajo un solo estandarte, el de su santa madre la Iglesia católica. ¡Qué hermoso espectáculo, señores, el de esa gran familia formada para procurarse a sí misma i procurar a los demas el mejoramiento intelectual i moral!

Otras pocas ciudades importantes de Francia han logrado tambien realizar tan laudables instituciones; pero en mui pequeño número por desgracia. Los círculos católicos de las clases letradas han tenido en Francia dificultades gravísimas para nacer i propagarse con la fecundidad i rapidez que las asociaciones alemanas o las congregaciones norte-americanas.

Desde luego, i aparte de la indolencia jeneral, achaque comun a todos los paises, la carencia de toda libertad de asociacion ha sido en Francia un obstáculo insuperable para el nacimiento i desarrollo de estas instituciones. La suspicacia recelosa de gobiernos tan enemigos de la relijion como de la libertad, so pretexto de órden i de salud pública, han mantenido en vigor leyes i trabas odiosas que no han impedido mal alguno i que solo han ahogado i sofocado las nobles inspiraciones del bien; que no han estorbado la multiplicacion de las sociedades subterráneas i destructoras de todo órden social, i únicamente han estorbado el nacimiento de las asociaciones honradas, que desean vivir al aire libre i que están destinadas a moralizar a los pueblos i a salvaguardar a la misma sociedad. Ese ha sido siempre el resultado definitivo de esas leyes opresoras que han violado en los ciudadanos el derecho i la necesidad natural de asociarse: haber sido

barrera insuperable para el bien, i léjos de impedir, han hecho mas violentas las manifestaciones del mal.

Es lo que le ha pasado a la Francia con sus negaciones obstinadas de la libertad de asociacion. Todas las sociedades contrarias a la moral i al órden público han florecido i prosperado a las mil marabillas a la sombra del misterio. El secreto solo ha servido para hacerlas mas cautas, mas precavidas, mas hábiles i mas peligrosas. Miéntras tanto, los buenos ciudadanos, respetuosos de las leyes, que para salvar a la misma sociedad amenazada han querido utilizar el gran poder de la asociacion, a la luz del dia, han hallado siempre cerrado el paso por los tutores oficiales, por las miserables preocupaciones del autoritarismo incorrejible, tan dañino a los pueblos como las sociedades secretas que han trabajado las minas para volarlo.

Si por una parte los católicos franceses han encontrado ese obstáculo para la prosperidad de sus asociaciones, por otra han padecido de otro mal mayor dentro de sus mismas filas: su propia desunion i desconcierto. Intereses políticos de un órden secundario han tenido en ellos, por desgracia, mas eco que los altísimos i supremos intereses de la relijion. En la vida pública no es una sino muchas las banderas que flotan en su campo, con intereses rivales que no cejan ni aun ante el inmenso peligro comun, ni aun ante el abismo abierto a sus plantas i que amenaza tragarse paz, órden, leyes, moral, sociedad, todo, todo. Lejitimistas, orleanistas, bonapartistas i cien otras pequeñas banderas mantienen la discordia en el campo católico i dificultan la union que les daria la fuerza i la victoria.

Hé aquí las causas principales de que las asociaciones católicas en las clases elevadas hayan sido en Francia una obra lenta i difícil. Mucho mas fecundo i rápido ha sido ese movimiento en las clases obreras.

Las sociedades formadas entre los oficiales de un mismo taller o de varios talleres, lo que los franceses llaman *le compagnonnage*, es decir, el compañerismo, sociedades semejantes a las fundadas en Alemania por el insigne canónigo Kolping; sociedades de socorros mútuos; cofradías o sociedades puramente piadosas; sociedades que combinan los medios espirituales o los ejercicios relijiosos con los profanos, como las de San Francisco Javier, en las que los socios se obligan a frecuentar en comun los sacramentos, al mismo tiempo que celebran conferencias literarias e instrucciones sobre las diversas artes i oficios, juntamente con recreos honestos, han ido poco a poco preparando el campo al espíritu de asociacion entre los artesanos católicos.

Para hacer mas provechosa esta accion aislada de tantas diversas sociedades, sus jefes celebraron, por la primera vez en Francia, en 1859, un pequeño congreso, que se reunió en Angers, a imitacion de las asambleas católicas alemanas. Un congreso

mas numeroso se reunió el año siguiente en Paris, hasta que por fin, en 1870, el gran seminario de Versailles dió acojida al sexto congreso jeneral, que echó las bases de la *Union de las asociaciones católicas de obreros*, o lo que se llamó tambien *La Union de Francia*, como la Union Católica alemana i la Union Belga.

Esta union, presidida, estimulada i protejida por el episcopado, comunicó un impulso poderoso a todas las obras, despertó el entusiasmo de las almas jenerosas i dió valor a los ánimos decaidos.

Esta disposicion de los espíritus dió oríjen i fuerza a otras asociaciones mas vastas i mas completas que surjieron en breve a impulsos de catástrofes sociales que llevaron el espanto i la zozobra a todas las almas honradas.

Las locuras de la Comuna en 1871 fueron las que provocaron la fundacion de los círculos católicos de obreros, uno de cuyos mas activos propagadores ha sido el elocuente i animoso conde de Mun. En el brevísimo trascurso de cinco años, esos círculos han llegado al número de *trescientos*, que cuentan en su seno a millares de asociados.

Entre tantos otros males causados en Francia por la revolucion irrelijiosa, debe contarse el haber casi extinguido el espíritu de familia, principalmente en la clase obrera. El obrero no se encuentra a su gusto en su casa, en medio de sus hijos. Todas las noches, cuando el trabajo ha concluido; los domingos, cuando el taller está cerrado, el hastío se apodera del artesano, que no encuentra otro recurso que pasar las horas en el café o en la taberna, donde, ademas del dinero que gasta en detrimento de la familia, pierde rápidamente toda dignidad i toda relijion. Las conversaciones impías o licenciosas que escucha, i en las cuales toma parte; las blasfemias que hieren sin cesar sus oidos, i en fin, los excesos en la bebida o el juego que se permite, acaban por desmoralizarlo por completo i convertirlo en ese tipo espantoso i repugnante que exhibió la Comuna.

Los círculos católicos de obreros se han establecido para remediar, si es posible, tan grave mal. Se alquila o compra una casa en la cual se establecen algunos entretenimientos amables e inocentes. El obrero es buscado i llevado ahí por hombres tan cristianos como hábiles i abnegados, que procuran no solo la mejora material sino la mejora moral de las clases pobres. En cada círculo hai capillas, donde los socios tienen misa, reciben los sacramentos i una instruccion relijiosa del sacerdote, consagrado a la obra i constituido en su capellan. Conferencias instructivas sobre toda materia i especialmente sobre las artes manuales completan la obra.

Hé aquí como se expresaba La Presse de Paris, hace poco, sobre esta obra, que ha adquirido en tan poco tiempo un crecimiento tan consolador.

"Por la influencia de honestas recreaciones i actractivos intelijentes i útiles, los círculos católicos de obreros luchan contra la funesta popularidad del club i de la taberna; ellos quieren instruir al obrero deleitándolo, preservarlo de las malas compañías i de las malas costumbres, por la práctica de las buenas i, en fin, desarmar, por el contacto bienhechor de las clases elevadas e inferiores, esos odios sociales, que, explotados por sofistas sin escrúpulos, hacen explosion periódicamente."

"La obra de los círculos católicos de obreros trabaja la contramina de aquellas minas funestas; va derecho a los centros mas corrompidos, donde fermentan esas levaduras pestilentes de la ignorancia, de la ociosidad i de la envidia, i allí predica prácticamente, mas que con palabras, la reconcilicion de las clases enemigas."

"Uno de los deberes esenciales para las clases favorecidas por la fortuna i la instruccion es el de ejercer en las clases ménos felices, que aspiran a mejorar su suerte, un ministerio fraternal de prevision, de proteccion, de tutela intelectual, de buenos ejemplos."

"Se trata de apartar al obrero de las corrientes desmoralizadoras, de ganarlo para la vida de familia, de convencerlo de las ventajas de la asociacion, de librarlo del reclutamiento de las tabernas, de las lecturas perniciosas i de los espectáculos innobles."

"Un hombre, en quien revive con un juvenil acento de sinceridad i de cordialidad el espíritu jeneroso i elocuente de los Montalembert i los Melum, el conde de Mun, ha animado los trabajos de la obra con una actividad infatigable i con una especie de elocuencia caballeresca i militante, modesta i familiar, mui simpática para el auditorio, i fecunda así esta ajitacion pacífica, esta rejeneracion, por el recreo i la instruccion en comun, de los soldados del trabajo, que son tantas veces los soldados de la revolucion."

"Esta lucha contra el alcoholismo i el socialismo ha dado ya excelentes frutos, que serán mas abundantes aun, si los organizadores de estos lugares de reunion, de instruccion i de recreos, quieren aprovechar un poco del ejemplo de instituciones análogas, tan numerosas i tan perfeccionadas en Inglaterra."

"La obra de los círculos católicos de obreros ha emprendido una mision de paz i de concordia social que nunca se admirará bastante. Ella ha nacido de un movimiento de reaccion jeneral contra las criminales locuras de la Comuna, que ha revelado en los obreros una llaga casi incurable de prevencion, de ignorancia i de odios indescriptibles."

Hé aquí las bendiciones que la simple voz de la razon arranca aun a los hombres que no piden sus inspiraciones a la fé.

Estos círculos que, como dije ántes, han llegado en ménos

de seis años al increible número de trescientos i cuentan ya mas de *cincuenta mil socios*, deben, sin embargo, su sorprendente prosperidad i deberán su duracion i solidez al espíritu que los anima, a esa piedra que desecharon los arquitectos civiles i que ha sido puesta allí como piedra angular del edificio. Un artículo de sus sencillos i admirables reglamentos dice:

"La obra se pone bajo la tutela del Soberano Pontífice i de nuestros obispos: ella es ante todo un acto de fé, de fidelidad i de sumision a Nuestra Santa Madre la Iglesia católica, apostólica i romana, la única que puede dar la vida, la fecundidad, la duracion i la fuerza."

Para robustecer i unificar la obra, los círculos se han confederado, estableciendo en Paris un centro i una direccion jeneral. De esta manera los círculos que cuentan con abundantes recursos pueden favorecer el establecimiento o la mejora de otros en los distritos mas pobres.

¡Benditas sean las almas jenerosas, los corazones desprendidos i abnegados, cuya ardiente fé i desinteresado patriotismo se consagran a rejenerar la sociedad, arrebatando a millares sus víctimas a la impiedad i a la revolucion!

Aparte de estas asociaciones, la Francia, despues de sus últimas desgracias, ha visto nacer muchas otras, si no en una escala tan vasta, no por eso ménos necesarias. Entre ellas mencionaré los *comités* o juntas católicas formadas para mantener i reclamar los derechos i libertades de la Iglesia en el órden político. Compónense jeneralmente de pocos individuos: cuatro o cinco bastan a veces para constituir una comision o junta.

Estas se mantienen en relacion con los diputados católicos del departamento, a quienes informan de todos los sucesos locales. Subvienen a sus gastos por medio de suscriciones módicas pero fijas. En cada departamento se procura crear el mayor número posible de juntas locales, dependientes de una junta o *comité* central.

Estas juntas se han reunido tambien, por medio de delegados, en asambleas jenerales. La primera de éstas tuvo lugar en Paris en 1872. Habia entónces cincuenta *comités*. En abril de 73, en su segunda asamblea, subian ya a *ciento veinte*.

Por medio de estos lazos de union, por medio de estos diversos resortes que producen la fuerza, será como al fin los católicos recobren sus derechos usurpados por minorías bulliciosas, audaces i compactas.

"En este momento, decia no ha mucho el obispo de Autun, sopla un viento que lleva a todas partes los jérmenes fecundos de donde brotan las asociaciones católicas de todo jénero. Es como una esflorescencia de la caridad cristiana, como un desbordamiento del espíritu de amor i de proselitismo, que se derrama para calmar nuestras disensiones, apagar nuestros odios i traer-

nos la paz i la felicidad. Hoi mas que nunca se siente la necesidad de unirse, concertarse, asociarse para oponer a los esfuerzos del error los esfuerzos de la verdad; a los excesos del odio la influencia todopoderosa del amor, a fin de vencer al mal allí mismo donde ha sentado su trono."

V.

La Béljica, mas libre i mas unida que la Francia en sus trabajos de la vida pública, ha visto tambien mas pronto que ella sus esfuerzos coronados por el éxito. En ménos de veinte años de una labor tan activa como intelijente, tan abnegada como infatigable, los católicos belgas han podido al fin recobrar casi por completo el puesto que les pertenecia de derecho en el manejo de los negocios públicos de su pais.

Antes, allí como en todas partes, ser católico era vivir ausente de todos los teatros en que se conquista el imperio de la opinion i donde se deciden los destinos de la sociedad. Olvidando que un buen cristiano debe ser tambien un gran ciudadano i tiene el estricto deber de vijilar activa i enérjicamente por el buen gobierno de la sociedad de que forma parte, los católicos parecian desconocer que despues de asistir a la iglesia, era preciso concurrir al foro.

Los mismos hombres, tan admirables en las obras de piedad i de caridad, habian olvidado la asociacion civil que dicta i reforma las leyes, funda i trastorna los gobiernos. Desdeñando ocuparse de los negocios civiles i políticos de su pais, habian comprometido los intereses de su fé hasta el punto de verificarse esa extraña anomalía i esa irritante injusticia de ver a pueblos católicos gobernados i oprimidos por gobiernos impíos.

Os he mencionado los reproches que el baron de Gerlache i el cardenal Wisseman, como tantos otros personajes ilustres, dirijian a los belgas en el congreso católico de Malinas el año 1863 por su abstencion i aislamiento en el órden de los negocios públicos. Uno de los presidentes de esa misma asamblea, un ilustre publicista, M. Neut, belga él mismo, les decia: "Los católicos se quejan (i con sobrada razon) de los ministros, de los diputados, de las autoridades que hieren sus derechos i sus mas caros intereses; pero, ¿qué es lo que hacen en defensa de esos derechos e intereses, ni en apoyo de sus sostenedores? Pasan su camino como si ello no les importase i a veces algo peor. La mayor parte de ellos querrian cosechar sin sembrar, querrian triunfar sin combatir. ¡I si fuera solo eso! Pero, reparad lo que pasa, por ejemplo, en la prensa. Son ellos mismos los que sostienen, en gran parte, la prensa irrelijiosa i los que paralizan los esfuerzos de los diarios católicos i los condenan a una especie de impotencia.

"Echad una mirada sobre la prensa católica de Béljica: un diario en Bruselas i siete u ocho periódicos en provincia, sostenidos con los mas duros sacrificios, penosamente redactados por hombres de talento, que pasan desconocidos i pobres, obligados a proseguir su ímproba tarea al traves de divisiones, descontentos, ingratitudes i calumnias de todo jénero, ganando cada pulgada de terreno a fuerza de mil amarguras i fatigas, i viviendo a fuerza de paciencia, de desinteres i de una abnegacion sin límites."

"¿Qué extraño es entónces que nuestros derechos, nuestras libertades i nuestros intereses mas sagrados sean incesantemente atacados, vilipendiados i atropellados?"

Hé aquí las lamentaciones que a los soldados mas intrépidos de la fé arrancaban la multitud i la gravedad de los daños irrogados a la Iglesia i a los pueblos por la indolencia de los católicos en la vida pública.

¿Con cuánta mas razon podrian dirijirse esas inculpaciones a otros paises, donde de ordinario reina el silencio mas profundo en el campo desierto de los católicos e imperan sin rival las declamaciones audaces i la propaganda febril de sus adversarios, donde los católicos prescinden i abdican por completo?

¿Cuál de vosotros no ha encontrado en su camino a esos desertores soldados del bien, envueltos en el manto glacial de su egoismo? ¿Cuál de vosotros no ha tropezado con esos ciegos i sordos voluntarios que gozan tranquilos de la hora fujitiva, en medio de los asaltos que sufre i de los peligros que corre la causa que ellos mismos llaman la causa de su Dios i de su patria, la causa de su doble relijion de cristiano i ciudadano? ¿No los habeis contemplado, como yo, lamentando la perversion de las ideas, la corrupcion de las costumbres, la depravacion de las conciencias; pero a media voz i a puerta cerrada, como si temiesen que algun indiscreto recoja sus palabras i les reclame el tributo de valor, de dinero, de sacrificios personales que exije la defensa de todas las causas de este mundo?

¡Verdaderamente fué de éstos de quienes dijo el Señor i de quienes podria decir la patria: Este pueblo con sus labios me honra, pero sus obras muestran que su corazon está muerto!

Pues bien, la Béljica católica era, sin embargo, la que podia mostrar mas títulos para escapar a la justa severidad de estos reproches, porque la Béljica es uno de los paises en que la caridad cristiana se ha mostrado mas intelijente i activa; la Béljica es una de las naciones católicas que mas prisa se ha dado en organizar asociaciones piadosas i benéficas para atender a casi todas las necesidades humanas.

Ella habia fundado en este siglo órdenes relijiosas como los Hermanos i Hermanas de la Misericordia, como los Hermanos de San Francisco Javier, tan universalmente benéficas i tan adecuadas a las necesidades de la sociedad moderna; ella habia estable-

cido i propagado instituciones tan simpáticas como las sociedades de la Santa Familia, de la Infancia Católica, de los aprendices i jóvenes obreros, de San Juan Bautista, de las Madres de familia i tantas otras, de las cuales quiero mencionar especialmente siquiera dos: la Archicofradía de San Francisco Javier para la conversion de los pecadores i la admirable Sociedad de San Vicente de Paul para el socorro de los pobres a domicilio.

La primera, fundada en 1855, se propagó de tal manera, que ha visto nacer en dieziocho años *doscientas dieziocho* asociaciones, las cuales, en 1873, contaban mas de *cincuenta i tres mil miembros:* 49,000 hombres i 4,300 jóvenes i niños.

La segunda contaba, en 1856, con *doscientas setenta i siete* conferencias de San Vicente en toda la Béljica, las cuales habian socorrido *diezisiete mil once* familias, i en 1863 este número se habia casi duplicado.

Las solas provincias de Flandes tenian ese año un consejo central en Gante, 21 consejos particulares, 232 conferencias, 6,439 socios, cerca de 7,000 familias socorridas periódicamente, i 5,513 niños en las escuelas erijidas por la sociedad.

Estas cifras son sin duda consoladoras i honrosísimas para la Béljica. I sin embargo, en ese mismo año de 63, i en el seno de la misma asamblea, el caballero *Van Troyen*, diputado al congreso, exclamaba:

"Señores: nos hemos dormido i es preciso despertar: es urjente oponer un dique a la ola amenazadora de las pasiones i de las doctrinas anticristianas. Es indispensable que asociaciones morales i verdaderamente católicas se opongan por todas partes a esas asociaciones de franc-masones, de libre-pensadores, de solidarios, de emancipados que surjen sin cesar, i cuya accion funesta amenaza trastornar la sociedad. Esas asociaciones profesan las doctrinas mas subersivas de todo órden social i relijioso."

"La mayor parte de ellas tienen por objeto principal el aniquilamiento no solo del catolicismo, sino de toda relijion. Exijen de sus miembros el juramento de rehusar todo sacerdote en el bautismo de sus hijos, en la celebracion de sus matrimonios i en su muerte. El solidario debe renegar de todo culto tributado a Dios i negar a Dios mismo. Así hemos visto a uno de los adeptos mas autorizados de esta secta demoniaca proclamar sobre la fosa de una de sus víctimas que "*la paz del alma se encuentra en la negacion de Dios*" i repetir en su discurso fúnebre esta espantosa blasfemia: "*Dios es el mal.*"

"No basta protestar con nuestra indignacion contra estas doctrinas infernales; debemos unir nuestros esfuerzos i oponer a las malas asociaciones, asociaciones buenas que atraigan al obrero i al aprendiz, al viejo i al jóven, para inculcarles principios de moral i de economía, iniciarles en los deberes de la familia i enseñarles las verdades cristianas."

"Para este efecto es indispensable el concierto simultáneo de todos los católicos, sin distincion de clases i de rangos. Que todos se hagan un honor i un deber de incorporarse a las asociaciones católicas. Es preciso unir el apoyo del número a la fuerza de la idea. En una asociacion cada miembro se apoya en sus colegas; el falso respeto humano pierde su imperio o mejor dicho se transforma en el temor de abandonar a sus compañeros i la deshonra de desertar de su bandera. Somos siempre suceptibles de perfeccion, i nada contribuye mas a ello que la noble emulacion que se produce entre los miembros de un mismo cuerpo. En la asociacion se comunican las ideas i se sostienen mútuamente en la práctica del bien."

"Que los laicos se apresuren, pues, a ser los cooperadores del clero en la tarea de salvar la sociedad por medio del Evanjelio. Los que se apartan de Dios viven prevenidos contra el sacerdote, cuya sola vista les recuerda sus deberes relijiosos olvidados. El concurso activo de los laicos puede i debe servir eficazmente para reanudar estos lazos rotos. El obrero busca la instruccion: llevémosela, formemos su intelijencia, enseñémosle sus deberes de cristiano, probémosle de todas maneras que nos interesamos en su suerte, que lo amamos, que todos nuestros esfuerzos tienden a elevarlo, hacerlo mejor i mas feliz: hagámosnos, en una palabra, maestros de escuela i salvadores de almas. Así lo acercaremos al sacerdote de Dios, quien acabará la obra de redencion que nosotros hayamos comenzado."

"Tal es, señores, el papel que toca a los laicos en las obras i en las asociaciones destinadas a las necesidades relijiosas i morales de la clase mas numerosa de la sociedad."

Las exhortaciones de los oradores, los llamamientos constantes de la prensa i mas que todo el entusiasmo comunicado a las almas por el espectáculo del Congreso Católico, reunido en Malinas en 1863, en 1864 i en 1867, de esa incomparable asamblea compuesta de los católicos mas distinguidos de todas las naciones de Europa, i en número de mas de cuatro mil personas, reunidas para discutir a la faz del mundo las cuestiones sociales que se relacionan con la fé, dieron en Béljica al movimiento católico un impulso vigorosísimo.

Verdad es que la Béljica estaba felizmente preparada para ello. Sus numerosas sociedades piadosas i de caridad, junto con darles a conocer el inmenso poder de la asociacion, venian desde tiempo atras despertando i encendiendo en los corazones la llama de la fé debilitada en unos i casi extinguida en otros. Rejeneradas las almas con los sacramentos, en esas fuentes misteriosas de vida i de salud, la sociedad civil debia recojer el fruto de aquella rehabilitacion moral. El calor de la vida debia salir de la Iglesia al foro, i comunicarse de la vida privada a la vida pública.

Hacia poco, el año 62, que se acababan de fundar sobre las

bases mas humildes los círculos católicos de Gante, de San Nicolas i de Lieja. En Gante, unos pocos jóvenes, de fé ardiente pero escasos de recursos humanos, casi todos estudiantes todavía, deplorando la inaccion de los católicos i los redoblados ataques de las autoridades belgas contra los principios i los intereses de la Iglesia, culpándose a sí mismos del incalificable absurdo de que un pais católico, cuyas instituciones políticas estaban basadas en la soberanía popular, estuviese despotizado por autoridades anticatólicas, se comprometieron a reunirse periódicamente en un lugar fijo, siquiera para conversar de sus intereses relijiosos i políticos, comunicarse sus ideas i alentarse en el camino del bien.

Eran diezisiete. Tardaron tres meses en arbitrarse recursos para alquilar un par de piezas i amueblarlas decentemente. Les faltaba todo; pero su amor por la relijion i por la patria suplió a todo. En un año, luchando con la apatía jeneral, con la falta de recursos i hasta con las prevenciones de sus mismos correlijionarios, los socios se habian triplicado. El ejemplo de las asociaciones de Pio IX en Alemania i de los círculos católicos franceses los alentaba.

Los círculos de San Nicolas i de Lieja sufrian, como el de Gante, las mismas penalidades. Confiando en Dios i trabajando sin descanso, seguian los difíciles pasos del comienzo de todas las obras, en medio de fatigas i de desengaños; pero sin desaliento i sin miedo. Los aplausos i las exhortaciones del congreso católico de Malinas hicieron lo que faltaba, haciendo universal i vigoroso el entusiasmo de unos pocos.

Fundáronse círculos en casi todas las principales ciudades de la Béljica. El de Gante contaba 400 miembros en 1864, 600 en 1867 i en pocos años mas su número pasó de 1,000. El de Lieja, mas afortunado todavía, elevó pronto el número de sus socios a 700, i encontró recursos tan abundantes, que compró la mejor casa de la ciudad, un verdadero palacio, que congrega en su seno a lo mas escojido de la juveniud i de los hombres de fortuna i posicion social.

En 1864, ya los círculos alcanzaban a *veinte*, i en 1867 pasaban de *cuarenta*. Hoi dia son cerca de *sesenta*, extendidos por todo el pais.

Creados los elementos en cada localidad, vino otra union mas vasta a completar la obra. Todos los círculos se confederaron en 1868 para alentarse mútuamente i dar mayor unidad i fuerza a las diversas obras emprendidas por ellos. Cada círculo envia todos los años sus delegados a una asamblea jeneral, que tiene lugar en distintas localidades. Ahí se da cuenta del estado de las obras i se discuten los medios de hacerlas prosperar. Cada asamblea termina por un banquete de despedida, que sirve no poco para reanimar el entusiasmo. Aparte de esta asamblea, funciona

permanentemente en Bruselas o en Lovaina una comision central de la federacion, que es como su poder ejecutivo.

Ya comprendereis, señores, que con una organizacion semejante no se habrán hecho esperar mucho los frutos abundantes. Cada círculo ha fundado a su sombra a lo ménos un círculo católico de obreros; han establecido la *Sociedad de San Cárlos Borromeo* para la difusion de los buenos libros; una asociacion permanente para el sostenimiento i fomento de la prensa católica; *la Liga de la enseñanza Católica i libre* para contrarrestar los esfuerzos de la impía sociedad fundada por la masonería con el nombre de *Liga de la enseñanza;* la *Union* de los antiguos estudiantes de la Universidad de Lovaina, que en cuatro años llegó a contar 700 miembros, i otra multitud de obras destinadas todas a disputar a los enemigos de la fé en la enseñanza, en la prensa, en la tribuna, en los comicios populares el predominio que de derecho correspondia a los católicos.

Los belgas pasaron mas adelante todavía. A semejanza de la federacion de los círculos católicos de las clases letradas, trataron de constituir una federacion de todas las sociedades católicas de obreros. Iniciado el pensamiento en 1857 en Lovaina, pudo realizarse en grande escala en 1872. Constituyóse una comision central que preparase los trabajos. Las asambleas jenerales de delegados debian tener lugar cada seis meses en ciudades diversas, donde se encontrasen los centros mas poderosos de accion. La federacion debia constituirse con el nombre de *Liga nacional belga.*

En el mes de mayo de 1872 tuvo lugar en Bruselas la primera asamblea jeneral de la Liga. M. de Mevius exponia así su objeto i su programa:

"El objeto de la Liga Nacional es combatir la propaganda fatal de la Internacional. Al espíritu cosmopolita de ésta, la Liga opondrá en el corazon del obrero el espíritu nacional i de patriotismo. A su ateismo i materialismo, opondrá la relijion, base esencial de toda sociedad.

"Sí, queremos arrancar del corazon del obrero los sentimientos de rebelion, de codicia mal sana i de odio envidioso que se empeñan par sembrar en él los ajentes de la revolucion social. Queremos hacer que nazcan en él, por el contrario, los sentimientos nobles que enjendra la fé relijiosa; es decir, el amor al hogar de la familia i de la patria; el respeto al derecho, a la autoridad, a las leyes; el gusto al trabajo, a la economía, al órden, a la resignacion cristiana. Queremos, en una palabra, sostituir en el obrero lo que constituye la fuerza, la felicidad i la grandeza del hombre a lo que constituye su debilidad, su abatimiento moral i su infortunio.

"Hé aquí nuestro objeto, lleno de grandeza, digno de todo jénero de esfuerzos i de sacrificios, i cuyas dificultades i obstácu-

los no nos disimulamos. Para alcanzarlo no necesitamos inventar; nos basta seguir el camino trazado por el enemigo.

"Asociacion, prensa, discursos: tales son los medios de la Internacional. Tales serán tambien los nuestros."

La Liga nacional belga se ha puesto ademas en contacto íntimo con las federaciones de la misma clase de Alemania i de Francia para oponer a la *Internacional comunista e irrelijiosa* una *Internacional católica.*

Es verdaderamente grandioso el espectáculo que ofrece la inmensa labor de ese pequeño pueblo belga, que ciertamente puede servir de modelo a todas las naciones católicas. Este será un ejemplo mas de que los pueblos merecen su suerte. El premio es para los que trabajan, como el triunfo para los que combaten. Vosotros conoceis el fruto i la corona alcanzados por la Béljica. El año 70 el triunfo electoral de los católicos ponia en sus manos la direccion de los negocios públicos. Las elecciones de junio del año pasado pusieron de nuevo en peligro la mayoría parlamentaria i el ministerio católico.

Sabeis que allí se renueva la cámara por mitad cada dos años. La mitad que debia cesar en sus funciones era casi en su totalidad católica. Era inminente el peligro de quedar de nuevo en minoría. Pero la ya vigorosa organizacion de los católicos salvó el peligro i les dió un nuevo triunfo. Los dos tercios de los nuevos diputados son católicos, lo que les asegura por cuatro años mas el predominio parlamentario. Hé ahí, señores, el fruto de la asociacion i el premio alcanzado por el trabajo intelijente, activo, paciente i abnegado.

Estos ejemplos de piedad i de civismo comienzan a ser imitados en España e Italia. Hace poco que en Barcelona, en Madrid, en Turin i en algunas otras ciudades se han iniciado, bajo el mismo nombre de círculos católicos, estas asociaciones de laicos, destinadas a unir bajo el estandarte de la fé a los católicos de una misma localidad, a ofrecerles los medios de instruirse sobre sus intereses comunes, mezclando lo útil con lo agradable, por la creacion simultánea de conferencias científicas, literarias i artísticas.

Señores: la necesidad de concluir me urje; no debo abusar por mas tiempo de vuestra benevolencia. En estos lijeros apuntes apénas he alcanzado a daros una escasa noticia de esas asociaciones que han servido de modelo a la nuestra, de los trabajos de organizacion i disciplina emprendidos por los católicos de otros paises para poner un dique al desbordado torrente de las pasiones anticristianas que vienen causando tan hondos males a la relijion i a los pueblos.

Si los católicos estuviesen en su puesto, constituyendo como constituyen la inmensa mayoría, no tendrian que lamentar a cada paso el predominio de hombres, de doctrinas, de intereses que no son los suyos i que califican de funestos al bien público.

Al lado de nuestra mision individual, tenemos una mision social i colectiva que llenar. Si nos debemos a la familia, tambien nos debemos i primordialmente a la Iglesia i a la patria. Solo por medio de la asociacion podremos servir eficazmente a la una i a la otra; porque solo la union da la fuerza i porque ella es la forma natural i necesaria de todas las obras destinadas a durar i a propagarse.

Acercar en cada centro de poblacion a los que profesan nuestra fé; formar una sociedad amable i culta, pero al mismo tiempo séria i cristiana; suministrar a los hombres de toda edad i especialmente a los jóvenes, distracciones honestas i útiles, apartándolos así de otras mas o ménos peligrosas; ofrecer, por el establecimiento de conferencias literarias o científicas, a todos los que tienen amor al estudio, la ocasion de cultivar en comun su intelijencia; agrupar a los hombres de corazon, que sirven a Dios i al pais en las obras de caridad; establecer entre todos ellos relaciones contínuas, un cambio fraternal de servicios, una especie de solidaridad en las penas como en los goces terrestres; formar un hogar comun para los católicos distinguidos en las obras de piedad, de caridad i de abnegacion patriótica, tal es el objeto que se propone el Círculo Católico de Santiago.

Está en el interes de los católicos, como de todos los ciudadanos que aman sinceramente la libertad, sostituir en todo lo que sea posible, a la intervencion i a la omnipotencia del Estado, la enerjía creadora i el principio de expansion del espíritu de asociacion.

Muchas veces el comercio, la industria, los estudios conducen a los jóvenes a la capital o a las ciudades importantes, por un tiempo mas o ménos prolongado, léjos de la casa paterna, léjos de los respetos i frenos que imponen los lazos de familia i las relaciones sociales. La soledad i el aislamiento siembran entónces de peligos su camino.

Si la primera mano que estrecha la suya es honrada i cristiana, puede permanecer fiel a sus deberes; pero si es una mano pérfida i corruptora ¿no corre inmenso riesgo de rodar de abismo en abismo hasta los últimos extremos? Si ese jóven, en vez de encontrar en su camino almas degradadas i pestilentes, encontrase almas puras, ejemplos edificantes, corazones jenerosos que le tendiesen la mano ¿no se afianzaria en el camino del bien? ¿No se salvaria así una alma del contajio del error o del vicio?

Vosotros, hombres de bien; vosotros a quienes brindó la Providencia los dones de la intelijencia o de la fortuna, de una elevada e influyente posicion social; vosotros que no teneis una fé muerta; vosotros todos, en quienes no se ha apagado la voz de la relijion i del patriotismo, con vosotros hablo: venid i haceos salvadores de almas.

¿Quién que tenga un corazon cristiano i patriota permanecerá

ajeno a ese movimiento universal que trata de sacar a los católicos de su aislamiento i apatía, i cuyo efecto cierto será el triunfo de la Iglesia i de todas las libertades cristianas? Si continuamos lamentando los progresos i los estragos de la impiedad, sin emprender nada sério para combatirla; si nos dormimos confiados en quién sabe qué intervencion milagrosa de la Providencia; si nos obstinamos en una falsa seguridad, los síntomas que vemos aparecer no serán mas que el preludio del gran drama de destruccion moral que tendremos que presenciar mas tarde.

Venid, pues, hombres de buena voluntad a realizar estas obras de preservacion i a constituir estos baluartes de defensa comun. Aquí aprenderemos a conocernos para amarnos; aquí aprenderemos a alentarnos mútuamente para el bien. En el seno de este hogar comun es donde adquiere el corazon nuevos brios con el contacto de corazones amigos; el apoyo de los compañeros nos hace mas fuertes i animosos. Aquí es donde debe reanimarse sin cesar esa llama del entusiasmo, que enjendra tantas inspiraciones jenerosas. Semejantes a las vestales de los tiempos antiguos, los miembros de estas sociedades deben aceptar la mision de conservar simpre vivo el fuego sagrado de la fé, que es el alma de las grandes obras.

ABDON CIFUENTES.

AZULES.

Cuando en limpio remanso se contempla
El azul de los cielos,
El agua cariñosa los retrata
Mas puros i mas bellos.

En tu pupila azul cuando se mira
El azul de los cielos,
Entónces, me parece que sonrie
Inmortal i sereno.

Febrero 26 de 1877.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.

ANACOANA.

(NOVELA HISTORICA.)

CAPITULO I.

LAS ESPOSAS CONVERTIDAS EN BRAZALETES.

Por una de las islas del archipiélago que Colon llamó Jardines de la Reina, pasa un rio no mui caudaloso que desemboca en el Océano Atlántico. A orillas de este rio, la naturaleza parece que ha querido desplegar, hasta casi agotar su poder, sus exuberantes galas. Al oriente se levantan grupos desiguales de montañas que cortan el horizonte en curvas irregulares, cuando la nieve no corona sus cimas. Al occidente se extiende un paisaje divino, que nada tendria que envidiar al ponderado golfo de Nápoles.

Procuraremos describirlo.

El rio pasa por lo mas elevado de una meseta cruzada de arroyos i adornada de árboles, arbustos i flores: su superficie parece una inmensa alfombra de esmeralda, cuyos vivos i diversos matices son cortados a trechos por fajas de cristal o por cintas de plata. La meseta va deprimiéndose por muchas leguas en un imperceptible declive, hasta terminar en la playa del mar; i el mar, majestuoso i soberbio, bello e imponente, embravecido unas veces por la tormenta, acariciado otras por el beso de sus brisas, va a confundir léjos, mui léjos, el variado color de sus ondas con el color desvanecido del cielo. Es allí donde uno cree que, levantando un velo trasparente, se puede ver el rostro de Dios ...

A la hora en que el sol se pone es cuando se hace mas interesante este hermoso panorama. Estando el cielo sin nubes, se ve descender i ensancharse poco a poco el disco del sol, como si, no contento con derramar por donde quiera sus rayos, quisiese cobijar ese solo disco el mar i el cielo al llegar a su tumba. El océa-

no a esta hora tiñe sus ondas de púrpura i el sol apaga tras él con pereza sus enrojecidos rayos, como si abdicase con pesar el dominio de este espectáculo.

A esta hora i en aquel lugar pasó la escena que vamos a referir, a mediados de diciembre de 1493.

En la ribera occidental del rio i a la sombra de una robusta encina, se veia un grupo de hombres, armados casi todos, de los cuales dos presentaban las figuras mas interesantes. El uno era de edad ya madura i de fisonomía agradable, imberbe i de un aire tan candoroso, que revelaba una alma de niño en una cabeza de viejo, aun al primer golpe de vista. Miraba con asombro a los que le rodeaban, i parecia causarle mas sorpresa el brillo de una hoja de acero, que los reflejos del mar herido por el sol. Estaba recostado sobre el césped con una indolencia infantil, i no cesaba de hacer las mas pueriles preguntas a los que le acompañaban.

Era el otro un caballero español. Todavía no cumplia cuarenta años, i su aire marcial i digno denotaba bajo aquella edad una alma mucho mas jóven i capaz de pasiones funestas. Sus ojillos redondos i vivos jiraban sin cesar en sus órbitas, i el brillo que despedian tenia la vivacidad de la mirada del águila con algo que revelaba malignidad i astucia. Oprimia los lomos de un caballo andaluz, i se veia obligado a reprimir la impaciencia del fogoso bruto por atender a los nimios caprichos del niño viejo.

Los demas se conocia que eran soldados i oficiales españoles, i casi todos llevaban, como su jefe, una espada de guarnicion dorada pendiente de un ceñidor de cuero.

—¿De veras os gusta mi andaluz? preguntó el caballero español al viejo de quien se ha hablado.

—¡Oh, sí! Daria la mitad de mis riquezas por montar un animal tan hermoso.

—Montarlo nada os cuesta: basta que lo querais.

—¿De veras? preguntó el cacique, que tal era, con una alegría que no pudo encubrir.

—Podeis montar en mi lugar; pero....

—¿Pero qué?

—Os advierto que tendreis que despediros para siempre de vuestra mujer, de vuestra hija i de vuestro pais.

—¿Por qué?.... ¿me mataria?

—Nó, mataros nó, pero este caballo es capaz de saltar el mar, tan ancho como lo veis.

—¡Oh! exclamó el cacique estupefacto. No quiero montarlo; no quiero dejar a Anacoana, ni a Corima, ni a mis súbditos.

I el buen viejo se puso a contemplar alternativamente, ora el caballo famoso, ora el ancho mar.

—Sin embargo ... repuso el español.

—¿Sin embargo qué?

—Se puede evitar eso fácilmente.

—¿I cómo?

—El caballo obedece mi voluntad, como lo veis: refrenándolo se detiene.

—¿I bien?

—Podeis ir al anca, i yo lo dirijo.

Una casualidad hizo que el cacique entónces se fijase en un objeto diferente. Uno de los soldados presentes abrió su balija para arreglarla, i el cacique alcanzó a ver dentro de ella un par de esposas de acero mui bruñido.

—¿Cómo llamais eso? preguntó con un movimiento de irresistible curiosidad.

El español de a caballo, que procuraba sacar partido de la sencillez i de la curiosidad del cacique, se apresuró a contestarle:

—Son los brazaletes con que los reyes de España se adornan en los dias de gala.

—¡Oh! exclamó el buen biejo en un arranque de pueril codicia. Diera yo la mitad de mi cacicazgo por ponerme semejante adorno.

—Nada os cuesta: voi a complaceros.

I el astuto español se apeó de su caballo, tomó las esposas de acero i las convirtió en brazaletes en los desnudos brazos del infeliz cacique, provocando la irrision de unos i el asombro de otros.

—¿Ahora sí, quereis subir al anca de mi caballo?

Mui envanecido con las atenciones del oficioso español, el cacique, aherrojado como estaba, permitió que le alzasen al anca del fogoso andaluz.

El español montó adelante del cacique; e, incando las espuelas en los hijares del paciente bruto:

—¡A Isabela! dijo dando la voz de marcha.

El caballo partió como un rayo i pronto la distancia i las sombras de la noche ocultaron al español, al cacique i a sus compañeros.

Aquel español era el célebre Alonso de Ojeda, que tanto figuró en el descubrimiento del mundo de Colon.

CAPITULO II.

LA FAMILIA DEL CACIQUE.

Una explicacion ántes de proseguir.

Ojeda, hombre audaz i aventurero, habia logrado penetrar hasta los dominios del cacique que ya conocemos. Anacoana, mujer de este cacique, habia inspirado una vivísima pasion a Ojeda; i éste, respetando la presencia del cacique, trató de alejarlo de la mansion de Anacoana, con miras de favorecer sus

pretensiones amorosas. Le habló de la ciudad de Isabela i de las riquezas de los españoles. El flaco del cacique, como se ha visto, era una curiosidad de niño; pero cuando se acordó de su mujer, de su hija i de sus súbditos, de quienes era tan tiernamente amado, casi desistió de sus lisonjeros pensamientos. Ojeda logró que el cacique pasara el rio; pero viendo entónces su resistencia, hubo de recurrir a los medios mas tentadores. Los pretendidos brazaletes i el honor de ir a caballo decidieron al cacique a continuar su marcha, como se ha visto, i le hicieron caer en el lazo que le habia tendido el astuto español.

Trasladémonos ahora a la habitacion de Anacoana.

Las costumbres semicivilizadas de Méjico i el Perú, a tiempo en que Hernan Cortés i los Pizarros conquistaron aquellos paises, parecen ser las mismas que se observaban en casi todas las islas del archipiélago de los Jardines de la Reina; prueba de eso es que Anacoana habitaba un gran palacio de madera, con todas las comodidades que podia apetecer una mujer de su rango. Los habitantes de su comarca tenian creencias como los vasallos de Motezuma, i su gobierno estaba tan bien organizado como el de los mismos incas. Eran sumisos a sus caciques, respetaban el derecho de otro i vivian en una armonía social inalterable. Por lo ménos no se podrá negar que allí, como en la mayor parte de las colonias americanas, los conquistados eran mas civilizados que los conquistadores.

Si hubiésemos penetrado en el palacio de Anacoana algunos dias despues de la partida del cacique, habriamos visto dos lindas mujeres procurando sustraerse del calor de un sol de estío a la sombra de unos naranjos. La de mas eded alcanzaria a treinta años. Talle airoso, ojos negros, húmedos i grandes, mirada abrasadora i capaz de conmover el frio mármol: hé ahí el exterior de aquella mujer admirable. En las palpitaciones de su seno se creia ver saltar un corazon de fuego, i en su erguida i limpia frente reverberaban los rayos de una imajinacion de sibila. Su voz era un canto; su sonrisa era néctar, aroma i luz; su alma debia ser un himno viviente. Se comprendia, al verla, que era poetisa: se veia en ella la inspiracion ántes de oir sus versos.

Tal era Anacoana.

Corima, hija suya, estaba reclinada i dormida en su seno, como una azucena plegada, sobre el regazo de una musa. Esta niña de quince años tenia una belleza mucho mas fresca pero de ninguna manera superior a la de Anacoana. Participaba a un tiempo del candor de su padre i de la viveza de su madre. En extremo mimada por Anacoana, se envanecia con los agasajos que se la prodigaban, i habia adquirido ese orgullo inocente de la palomita que se engrie con la blancura de sus plumas. En su mano tenia un manojo de azahares, i el aroma de estas flores embalsamaba la atmósfera que rodeaba a la madre i a la hija.

Hé aquí los versos que, en aquellas circunstancias, improvisaba i cantaba Anacoana, con los ojos clavados en el rostro de Corima:

Duerme, Corima, i que las auras besen
Tus mejillas teñidas de carmin,
I que las flores que en tu mano tienes
Derramen su perfume sobre tí.

¡Me es tan dulce tenerte en mi regazo,
I verte bella, jóven i feliz....!
¡Oh, si tu padre, si tu amante padre,
Hoi te estuviese contemplando así....!

Duerme, Corima, i que tu sueño sea
Puro cual lo es tu corazon jentil,
Venturoso, benéfico, tranquilo,
Como el dulce soñar del serafin.

¡Oh, cuánto gozo con tu dicha, niña,
Cuando miro tus labios sonreir,
Cuando bebo el aroma de tu aliento,
Cuando contigo siéntome feliz....!

Detenga el sol su rápida carrera,
I sus rayos se posen sobre tí:
¡Nunca será mas vivo su destello
Que el amor que mi pecho hace latir!

Esta atrevida estrofa terminó con un beso que la madre estampó en la frente de su hija.

Pero, al contacto de aquellos labios ardientes como una lágrima de amor, la niña despertó.

Anacoana se sorprendió dolorosamente, i en su mirada se pintó una expresion de despecho.

—¿Por qué te he hecho despertar, mi Corima? se preguntó reconviniéndose.

—Nó, madre mia, no os afaneis. He creido ver pasar junto a mí la sombra de mi padre, i eso me ha despertado.

—¿La sombra de tu padre?

—Sí: ví en sueño su amable faz, i en su mirada habia una expresion triste, como la de una persona que se despide.

—¿Que se despide? Tu vision me contrista, Corima. ¿Qué horrible presentimiento contiene tu sueño?

—¡Yo os lo diré! dijo tras ellas una voz conocida.

I madre e hija se volvieron sorprendidas.

CAPITULO III.

FRANCISCO DE GUEVARA.

Quien habia sorprendido a Anacoana i a Corima era un jóven español de una belleza extraordinaria. Tenia veintiseis años, i en su rostro lo que mas llamaba la atencion eran unos ojos grandes, expresivos, rasgados i garzos como los ojos cautivadores de Abelardo: su mirada era el deleite trasformado en luz. Unas cejas negras i espesas armonizaban perfectamente con los finos cabellos que flotaban en bucles sobre sus hombros. La rosada tez de sus mejillas, las largas pestañas que velaban sus ojos, unos labios rojos i partidos en su mitad por una línea apénas perceptible, una barba negra i bien poblada, i una nariz de delicado perfil, completaban la cabeza de este nuevo Antinoo. En tiempo de las ninfas habria sido tomado por un Apolo humanado.

—¿Teneis algo que decirnos, Francisco? preguntó Anacoana con una mezcla de curiosidad i ternura; de curiosidad, por el asunto de que se trataba; de ternura, porque la voz i la presencia de un español siempre la interesaban.

—Perdonad, mi linda Corima, dijo entónces Francisco volviéndose hácia la hija de Anacoana con una gracia inimitable. Desearia hablar a solas con vuestra madre, si me lo permitiéseis.

Corima, al ver no mas al jóven, se habia sonrojado lijeramente, como un lirio sorprendido por el primer rayo de la aurora. Despues se levantó, i se retiró de allí con el rubor en su frente i una llama en el corazon....

—¿Traeis alguna mala noticia? le preguntó Anacoana.

—Mui apesar mio, respondió el jóven con aire sombrío.

—¡Decídmela, por piedad! pero ocultadla a Corima, si se trata de su padre.

—De él se trata, i por eso la he rogado que nos dejase solos.

—Hablad.... dijo Anacoana con ansiedad.

—Ojeda le llevó a Isabela, como sabeis, i de allí quiso conducirle a España.

—¡Pérfido! ¿I bien?

—Pero en el mar....

—¿En el mar.... qué? ¡decid!

—Se desencadanó una tespestad horrible....

—¡Oh!

—El cielo se cubrió de nubes; los vientos azotaron con furia las olas del océano; éste se irritó con el soplo de la tormenta, i la nave que los conducia...

—¿Encalló en algun banco de arena?....

—Se hizo pedazos contra una roca.

—¡Cielos! ¿I todos perecieron?

—Solo Ojeda i dos pilotos pudieron salvarse, gracias a su destreza en la natacion. Los demas, amedrentados con la violencia de la tempestad i arrojados al mar con el terrible sacudimiento de la nave, perecieron sin duda ahogados i perdidos en la inmensidad del océano.

—¡Dioses! exclamó Anacoana en la vehemencia de su dolor. ¿Es esta la suerte que merecia mi esposo?

—Si me lo permites, yo quedaré en su lugar, señora; i, si no me es posible reemplazarle por su virtud, a lo ménos me concedereis el favor de enjugar vuestras lágrimas.

Este arranque de jenerosidad en el español hizo saltar lágrimas de gratitud a los ojos de Anacoana, quien le tendió la mano con sincera efusion.

—Seré vuestro hijo, si quereis, continuó Guevara arrebatado, i procuraré imitar a vuestro lado las virtudes del infortunado cacique.

Anacoana no tuvo tiempo de responder. La tierna Corima, al oir las dolorosas exclamaciones de su madre, habia vuelto sobresaltada.

—Madre mia, ¿qué sucede?

—Nada, mi querida hija.

—Creí que os hubiesen traido noticias de mi padre....

—Vuestro padre se embarcó para España, hija mia, i ese pais dista mucho de nuestra isla.

—¿I no habrá esperanza de que vuelva?

—Solo el cielo lo sabe.

I Anacoana se llevó el índice a los labios, dirijiendo al jóven español una mirada de intelijencia.

Esta mujer, de una fortaleza admirable de espíritu, habia recobrado, con la presencia de Corima, toda su serenidad. En sus ojos se pintó ese mirada triste i profética que parece rasgar el velo del porvenir, i en sus labios apareció la melancólica sonrisa de la resignacion. Corima creyó ver pasar segunda vez la sombra de su padre por el rostro de Anacoana, i a su mente bajó uno de esos vagos destellos que descubren de repente en un mundo desconocido el santuario de la divinidad. Ella comprendió en la mirada de Ancoana que su padre no podia existir ya sino en el cielo i en el corazon de los que le amaban; pero trató de encubrir el dolor que la causaba esta idea, por no aumentar la afliccion de su querida madre.

—Me conformaré con su ausencia, madre mia, si el cielo así lo dispone.

Tales fueron las palabras de Corima.

—Este jóven, dijo Anacoana, desea ser nuestro compañero en vez de tu padre: ¿qué dices?

Corima se sorprendió a esta declaracion, i bajó los ojos sonrojada, en vez de responder.

Francisco de Guevara, que amaba a Corima con la vehemencia del primer amor, la contemplaba ahora bella, tierna, inocente, abriendo su pecho a las primeras impresiones de un amor purísimo, como una blanca flor desplegando tímidamente su cáliz a los rayos del sol que nace.

—Os amais, hijos mios, dijo Anacoana sorprendiendo la mirada amorosa de ámbos jóvenes. Los dos sereis felices.

CAPITULO IV.

A LA LUZ DE LA LUNA.

La noche estaba serena i ni la mas lijera nube empañaba el azul del cielo. La luna brillaba como un globo de plata suspendido del éter i las estrellas mas luminosas parecian ahogarse en en el océano de su blanca luz. Todo callaba en aquella hora, i hasta las copas de los árboles estaban silenciosas e inmóviles como si ellas tambien se embriagasen en la dulce atmósfera de aquella enmudecida noche.

Corima i Francisco salieron del palacio de Anacoana, impulsados por el amor de la naturaleza, que es mas profundo i se sublima mas en los corazones que aman. Sus sombras se confundian con las sombras de los árboles, proyectadas sobre el verde prado, i sus suspiros iban a mezclarse sin ruido con la dormida brisa: iban mudos, porque bastante hablaba la naturaleza por ellos.

La jóven Corima, apoyada en el brazo de Francisco, iba absorta en su felicidad, i el jóven español, la frente erguida, hinchado el pecho, orgullosa la mirada, parecia desafiar al destino a que le arrebatase su inmensa dicha.

Así, habrian andado horas enteras, si no hubiesen llegado de repente a un punto en que el horizonte se abria por todas partes, como un círculo ensanchado hasta lo infinito i en que la azul esfera les presentó su desnuda inmensidad.

—¡Mira, Corima! exclamó el enamorado jóven deteniéndose i señalando el cielo. Tan inmenso como el espacio es el amor que mi corazon encierra, tan profundo como su azul, tan puro como Dios.... ¡Tú ya lo has comprendido en mis miradas, como yo he leido el tuyo en tus ojos, Corima; pero era necesario venir aquí para mostrarte la imájen de ese amor en el misterioso silencio de la noche, en la imponente soledad del desierto, en el espectáculo sublime de la naturaleza que duerme! ¿Tú me amas así, Corima?

La tierna niña, por única respuesta, enlazó con sus brazos el cuello de Francisco, i algunas lágrimas de suprema felicidad se desprendieron de sus hermosos ojos.

El jóven amante cayó instintivamente de rodillas, como si hu-

biese sentido sobre su cabaza el batir de las alas de un ánjel....

Anacoana, que habia seguido de léjos a los dos amantes, llegó entónces cerca de ellos, i los sorpreneió con estas palabras:

—¡Ya lo veis, hijos mios! La noche i el cielo son los testigos de vuestra felicidad: a mí me toca ser la sacerdotisa que os despose.

Apénas acabó Anacoana de decir estas palabras, cuando seis u ochos hombres armados salieron de un bosque de álamos, i se dirijieron hácia el grupo que ella presidia.

Francisco se adelantó con impasible serenidad.

—¡El es! gritó el que parecia jefe de los armados. ¡Prendedle!

—¿A quién buscais? preguntó el jóven.

—A Francisco de Guevara.

—¿Por órden de quién venis a prenderle?

—Por órden del gobernador de Isabela.

—¿De Roldan?.... repuso el jóven admirado.

—Sí: seguid con nosotros.

—¡Cielos! ¿qué es esto? exclamó Anacoana estupefacta.

—¡Dioses, piedad! gritó Corima corriendo a interponerse entre el jóven Francisco i los jendarmes.

Guevara, sin perder su presencia de ánimo,

—Esperad, dijo a los soldados.

I se volvió al encuentro de Anacoana i Corima.

—Perded cuidado, las dijo en voz baja; estos hombres odian a Roldan, i han venido aquí apesar suyo: yo los compraré. Volveos, ya os alcanzo.

El jóven se acercó entónces a los soldados que habian ido a prenderle; i, como si fuesen conocidos de antemano, habló con ellos a media voz i con la mayor familiaridad del mundo.

Esto debió producir buen éxito, porque acabó por decirles, como si se dirijiese a sus amigos:

—Venid ahora conmigo: mañana iré con vosotros.

CAPITULO V.

ROLDAN.

La ciudad de Isabela, como creemos haber dicho ya, fué fundada por Colon a su vuelta de España en setiembre de 1493. Era allí donde habitaba el gobernador Roldan, quien, envidioso de la influencia que ejercia Francisco de Guevara en la corte de Anacoana, habia resuelto, bajo cualquier pretexto, mandar que le condujesen a la ciudad para ser allí juzgado.

Roldan era un hombre impetuoso i poco culto. Sus maneras vulgares le daban a conocer como hombre de pasiones innobles i no domadas aun. Estando en el poder, era adusto con sus infe-

riores, exijente con sus iguales, adulador con sus superiores. Si álguien llegaba a arrebatarle parte de su poder, concebia por él una envidia encarnizada, i no quedaba satisfecho sino hasta vengarse de quien excitaba su rivalidad.

Esto en cuanto a su carácter. Por lo que hace al hombre físico, casi no merece la pena de pintarlo. Al ver aquel hombre obeso, de facciones toscas i acento lento i marcado se habria tomado por un soldado portugues mas bien que por un español noble.

Eran las ocho de la mañana del dia siguiente al en que pasó la escena referida, i Roldan se paseaba con impaciencia en su habitacion.

—Lo traerán, no hai remedio, decia sosteniendo un monólogo interrumpido a cada paso. No le valdrá su bonita cara, ni el ser amado de Anacoana i de su hija: yo me vengaré de él, reteniéndole preso aquí hasta que haya ocasion de mandarlo a España.—¿Con qué derecho se atreve ese mozo a usurpar parte de mi influencia gubernativa en la corte de esa india enamorada? Nó, señor: él pagará mui cara su pretension.

I el gobernador se acercó a una mesa, tomó una botella que habia sobre ella, echó aguardiente en un vaso i se lo bebió de un trago. Despues volvió a pasearse i a anudar su interrumpido soliloquio.

—¡Cómo voi a reir cuando vea esa linda figura con las manos suplicantes, hincado de rodillas a mis piés e implorando mi perdon!.... ja! ja! ja! será cosa de morirse uno de risa!

I el buen hombre se puso a reir a carcajadas, como todo un cómico en las escenas que requieren mas hilaridad.

—¡I que llore, i que jima, i que me ruegue! ¡Yo no sé como no me moriré de risa! repitió Roldan con un humor admirable.

Cuando hubo reido hasta casi desternillarse, salió de su casa, i se puso a mirar con mucha atencion hácia el lado por donde debia aparecer el prisionero.

Pero nadie parecia aun.

Nuestro hombre se rascó la oreja mostrando mas impaciencia, i entró de nuevo a su habitacion a mitigar su sed de venganza con un segundo trago.

Entónces se puso taciturno, i solo se le oian de cuando en cuando exclamaciones aisladas.

—¡Diablo!.... ¡Debian haber venido ya!.... ¡No sé de qué pueda provenir semejante tardanza!.... ¿Qué habrá sucedido?... ¡En fin, aguardemos!

A poco rato volvió a asomarse. Una sonrisa de feroz triunfo se dibujó en sus labios, i en sus ojos brilló un rayo de júbilo. Hubiera querido saltar de alegría, pero se contentó con frotarse las manos con aire de hinchada satisfaccion.

—¡Ahí vienen! exclamó viendo a lo léjos un grupo de hombres cuyas armas reflejaban los rayos del sol.

Pero no tardó mucho en que Roldan experimentase una reaccion de sorpresa. Los hombres que venian eran mas de los que habia mandado: todos aquellos se habian ido a pié, i ahora uno de éstos, que parecia el jefe, venia a caballo.

I mas se sorprendió cuando reconoció en el que venia a caballo al jóven Francisco de Guevara.

—¡Muchas consideraciones guardan con ese bribon! exclamó despechado. ¡Yo le haré ver quién soi i lo que puedo!

El gobernador continuó aguardando con ansiedad, hasta que, llegados a la plaza de Isabela, los compañeros del jóven Guevara hicieron resonar en la ciudad este unánime grito:

—¡Viva nuestro actual gobernador Francisco de Guevara!

Si la tierra se hubiere abierto de repente bajo sus piés, habria aterrado ménos a Roldan que este grito tan inesperado como terrible. Palideció como un cádaver, i dijo, con los labios trémulos de despecho i de rabia:

—¿Es, pues, una traicion? ¡Oh! ¡Yo castigaré a estos traidores!

CAPITULO VI.

LOS DOS GOBERNADORES.

Roldan, recobrando por último toda su audacia, se acercó a los recien venidos con un aire de majestad ultrajada.

—¿Con que no me reconceis ya por vuestro gobernador? les preguntó con una soberbia insultante.

—¡Viva nuestro gobernador Francisco de Guevara! repitieron por única respuesta los soldados que rodeaban al jóven español.

—¿Pero no ois, dijo Francisco dirijiéndose a sus compañeros con un acento irónico, no ois que Roldan es el gobernador de Isabela?

—¡Sí! ¡Yo soi vuestro gobernador! ¡A mí es a quien teneis que obedecer! rujió Roldan con el rostro encendido de cólera i encaminándose a Guevara con expresion amenazadora. ¡No es contra mí contra quien vosotros podeis conspirar impunemente! ¡Yo os enseñaré a ser mas leales súbditos!

Esta proclama obró un efecto enteramente contrario al que se propusiera su autor: todos los labios acojieron una sonrisa de escarnio. No era para ménos: las órdenes de Roldan se estrellaban con su impopularidad, i su soberbia contrastaba sin duda con su impotencia.

—Apoderaos de ese hombre i conducidlo a la cárcel, dijo Guevara a sus soldados; pero tratadlo con consideraciones i respeto, porque ha sido vuestro gobernador.

Imajínese la rabia de Roldan al oir estas palabras. Por un ins-

tante permaneció silencioso, como el tigre al que la fuerza de la herida no permite rujir sino hasta despues que el hierro mortal ha desgarrado su piel; pero luego prorumpió en mil imprecaciones i denuestos.

No por esto dejaron de cumplirse las órdenes de Guevara. Cuatro de los mas valerosos se apoderaron de Roldan, que opuso una resistencia desesperada, i lo condujeron, mal de su grado, a la habitacion que le habia señalado el nuevo gobernador.

Este, vengado ya completamente de su gratuito enemigo, esperó el resultado de su prision.

No habia trascurrido una hora cuando le llegó un heraldo de parte del preso.

—El ex-gobernador Roldan desea hablaros, le dijo.

—Que me aguarde, contestó Francisco.

I, un momento despues, se dirijió a la prision de su antagonista.

—Debeis estar ya satisfecho, le dijo Roldan haciéndose mucha violencia para aparecer humilde i arrepentido. Confieso que sois mas vivo i mas afortunado que yo: capitulemos.

—Mui bien, contestó el jóven Guevara. ¿Qué proposiciones haceis?

—Ponedme en libertad, i exijid despues lo que querais de mí.

—No os exijiré sino una cosa.

—¿Cuál?

—Que me dejeis vivir tranquilo en casa de Anacoana, i no volvais a atentar contra mi libertad.

—¿Es decir que me restituis al poder? preguntó Roldan con una mezcla indefinible de asombro i de gozo.

—Prometedme ántes lo que os exijo.

—Os lo juró, a fé de caballero: ¿qué mas quereis?

—Nada mas. Quedais de nuevo en el poder. He querido daros esta leccion, para que en adelante conozcais mejor vuestra situacion ántes de atentar contra vuestros iguales.

I, llamando despues a los soldados que le acompañaban,

—Poned en libertad a Roldan, les dijo, i acatadlo de nuevo como a vuestro gobernador.

Los soldados, heridos de admiracion con la jenerosa conducta del jóven español, se miraron unos a otros confusos ántes de cumplir su última órden.

—No os asombreis, repuso Guevara; Roldan está libre i es vuestro gobernador. ¡Daos prisa a libertarlo!

Mal de su grado, los soldados tuvieron que cumplir en esta vez con la órden que se les daba.

—¡Oh! exclamó entónces Roldan crujiendo los dientes de cólera i despecho. ¡Yo me vengaré de esta humillacion!

CAPITULO VII.

OTRA VEZ ROLDAN.

Algunos dias despues, Anacoana, Corima i Francisco se hallaban reunidos en su palacio, disfrutando de la paz doméstica que hacia tan felices a estos tres séres.

—¡Qué contentos viviriamos, exclamaba Corima, si mi padre estuviera con nosotros!

—Tu padre está con nosotros, hija mia, dijo Ancoana, pero la inmortalidad le hace invisible. Cuando el hombre deja el mundo, su espíritu se difunde en muchas parte como el espíritu de Dios, i se convierte en el vehículo de la tierra i el cielo. ¿Quién sabe si el soplo del viento, el perfume de las flores, un rayo de luz, una gota de rocío, no están impregnados del espíritu de tu padre?

—Ese lenguaje me consuela, madre mia, porque sé que puedo sentir tambien a mi padre en el acento de vuestra voz o en la luz de vuestra mirada.

Estas palabras hicieron saltar una lágrima a los ojos de Anacoana, quien se volvió para enjugársela i ocultarla a Corima. En aquella lágrima era donde realmente habia asomado el alma del cacique.

—Esos pensamientos son mui dulces, pero os entristecen, dijo Francisco; procurad desecharlos. ¿Sabeis que Ojeda está de vuelta de España?

—¿Quién os lo dijo? preguntó Anacoana con viva curiosidad, pues su vanidad de mujer se habia lisonjeado cuando se la dijo que era amada por aquel célebre español.

—Me lo dijo un oficialito que salió de Cádiz algunos dias ántes que él.

En aquel momento se oyó en las cercanías de palacio el galope de un caballo.

La llegada de álguien a caballo excitaba siempre la curiosidad de la mujer del cacique; pues, apesar del carácter codicioso i aventurero de los conquistadores, habia concebido por ellos una invencible pasion.

Anacoana, pues, se asomó a ver quien venia, i no tardó en llamar a Guevara.

—Decidme si conoceis al caballero que viene.

El jóven no tardó mucho en reconocerlo.

—¡Roldan! exclamó admirado. ¿Qué asunto le traerá por aquí?

—¿Es el gobernador de Isabela?

—Sí, el mismo.

—¿El que mandó prenderos i queria haceros cargar de cadenas?

—El mismo, pero hacedme el favor, señora, de no mostrarle aversion.

—Pero eso basta para hacérmelo aborrecible.

Roldan, entretanto, se habia acercado sin séquito a palacio.

—¡Bien venido seais, mi gobernador! exclamó Francisco saliendo a su encuentro con los brazos abiertos. Es una dicha para nosotros que vengais a vernos. Dignaos apearos en palacio.

Roldan correspondió a estas atenciones con la mayor cortesanía, i se condujo en la casa de Anacoana como el hombre mas amable del mundo.

Hé aquí el asunto que, segun él, le habia conducido allí.

Deseaba celebrar unas fiestas en absequio de Anacoana i su familia, i deseaba que se hiciese una invitacion a los caciques vecinos i a todos los habitantas de sus dominios. Roldan sabia la admiracion que causaba a los colonos un español a caballo, i queria sorprenderlos con las evoluciones de un escuadron que estaba levantando en Isabela.

Anacoana le agradeció estas proposiciones, i le prometió que haria cuanto estuviese de su parte por complacerlo.

La fiesta quedó aplazada para el 1.° de enero de 1494.

Roldan, habiendo obtenido estas promesas, se despidió lleno de gozo i de esperanza.

¿Cuál era el proyecto de este hombre siniestro?

Esperamos saberlo dentro de poco.

CAPITULO VIII.

EL 1.° DE ENERO.

Los preparativos de la fiesta igualaron a la magnificencia que en ella se iba a desplegar. Desde la víspera empezaron a llegar grupos de jentes de todas edades, como sucede con las grandes romerías de nuestros pueblos. Los caciques vecinos se alojaron en el palacio de Anacoana, i sus vasallos, como en número de cinco mil, establecieron una especie de campamento al rededor del palacio. Era un espectáculo curioso el que presentaba aquella multitud de indios, medio desnudos unos, pintados otros, vestidos de un modo extravagante los demas, i todos adornados con piezas de oro, ajitándose en aquel paraje como una nube de peregrinos de diversos paises, reunidos tan solo para ver algunos españoles a caballo.

Aquellos séres sencillos, invitados de buena fé a una gran fiesta, dejaron a la puerta de sus chozas su carcax i sus flechas, i ni uno solo de tantos habia llegado allí en actitud ofensiva.

—Marchemos a complacer a Anacoana, se dijeron.

I todos se pusieron en camino completamente indefensos.

¿Qué podian temer bajo la proteccion de su sibila?

No sucedió lo mismo con los españoles. Se les vió llegar en sus hermosos caballos blancos, bayos, negros i alazanes, armados todos de lanzas i espadas, como si fuesen a asistir a un combate.

Serian las diez de la mañana cuando Roldan i sus soldados se dirijieron, a pié i de uno en uno, a un bosque apartado; i cuando se hubieron reunido todos, Roldan les dijo:

—¡Soldados! ya veis que la ocasion no puede ser mas propicia. Todo ese oro que pende del cuello i de los brazos de los indios, será bien pronto nuestro rico botin. Confío en el buen éxito de nuestro plan, porque estoi seguro de vuestro valor i vuestra audacia. Ya sabeis la señal: cuando yo lleve la mano a mi espada, vosotros cumplireis con lo que me habeis prometido. ¿No es verdad que lo prometeis tambien ahora?

—¡Lo prometemos! contestaron unánimemente aquellos soldados, deslumbrados sin duda por el brillo del oro que habian visto.

Se sabe que el oro era el único dios de los conquistadores: de ahí la venalidad con que obraban estos soldados i las atrocidades de que fueron capaces.

—I vosotros, dijo Roldan dirijiéndose a cuatro mozos de huraño aspecto que estaban a su lado,—preparad vuestras teas. A la misma señal, ya sabeis lo que debeis hacer.

—Lo sabemos, contestaron los cuatro a una voz.

Dicho esto, salieron del bosque Roldan i sus esbirros, i desfilaron poco a poco en direccion al palacio de Anacoana.

CAPITULO IX.

EL BANQUETE.

En el interior del palacio de Anacoana habia un verjel espacioso, cuyos podados árboles alzaban sus orgullosas copas hasta la altura del techo del palacio, i entrelazaban sus ramas formando un dosel de hojas que interceptaba los rayos del sol. A la sombra de esta enramada fué donde Anacoana preparó el gran banquete con que pensaba obsequiar a sus huéspedes.

En el aislado paraje de una isla del nuevo mundo no podian ofrecerse mas viandas que peces i frutas: esto fué lo que ofreció Anacoana a sus convidados. Guevara ademas ofreció los exquisitos vinos que habia traido de España, i que corrian aquel dia en totumas de coco guarnecidas de oro en sus bordes.

Anacoana i Corima vestian ya a la europa, i sus trajes hacian resaltar mas a los ojos de los españoles la natural belleza de sus encantadores rostros. Tenian los caballos sueltos i echados hácia atras, como una Vénus recien salida del baño, i los sujetaban fajas afiligranadas de carei adornadas con figuritas de oro.

Los españoles asistieron al festin con sus trajes ordinarios, i los caciques vecinos con las insignias distintivas de su poder i rango.

La diferencia de trajes, la diversidad de fisonomías, la animacion de los rostros, el techo de la enramada, la luz del sol, procurando filtrar, por decirlo así, al traves del espeso follaje; todo esto imprimia en aquel banquete un sello particular que no se sabia si era risueño o melancólico, alegre o sombrío, halagüeño o terrible: habia allí algo de la salvaje majestad del desierto, algo de la báquica orjía de los salones, algo de la profanacion sacrílega de la cena de Baltazar. Sí, sacrílega, porque Anacoana debia expiar demasiado pronto el tratar de olvidar, entre el vapor del festin i el goce de sus galas, la memoria de su marido. No habia razon para ultrajar en su mismo palacio las cenizas todavía calientes del infortunado cacique.

—Bebo por la belleza de Anacoana, por la felicidad de su hija, por la prosperidad de nuestro compatriota Guevara i por el risueño porvenir de esta familia, dijo Roldan alzando por la duodécima vez una totuma de coco que rebosaba de vino.

Pero, al decir *porvenir risueño*, Anacoana creyó notar en el acento de Roldan un no sé qué de sarcástico i terrible, como la maligna sonrisa de un mal jenio en la cabecera de un moribundo. Una sombra fria pasó lentamente por la frente de Anacoana; sus ojos despidieron la mirada de fuego de la sibila, i su acento tomó la inspiracion de la profetiza.

—¡Ai de nosotros, exclamó, si los dioses tornasen en duelo nuestra alegría presente! Me ha parecido sentir pasar sobre mi cabeza una mano vengadora. He alzado los ojos i no he visto sino los rayos del sol esforzándose en penetrar por entre las ramas de los árboles. ¿Qué es esto? ¿Es que el astro está ofendido porque hemos buscado un toldo de hojas para sustraernos a su luz? ¡Sol, sol! ¡divinidad que adoro! ¡dime si este volcan que quema mi cabeza es el rayo vengador de tu luz que me abrasa o es solo el ardiente soplo que envias a tu poetisa!

Los españoles no comprendieron estas palabras, seguramente porque ellos no adoraban al sol; pero esos acentos no por eso dejaron de resonar en sus oidos como un canto lúgubre entonado en medio del festin. Talvez aquellos acentos, si hubieran tenido mas dulzura, habrian sido el último canto de aquel cisne agonizante....

Solo Roldan se mostró impresionado al eco de esas palabras, i dijo a sus compañeros:

—Es tiempo de marchar: el sol ya declina.

I, despues de dar las gracias a Anacoana, a Corima i a Francisco, salieron de palacio con el mismo ánimo con que habian entrado.

CAPITULO X.

LA SEÑAL.

Eran ya las cuatro de la tarde. El cielo estaba sereno i el sol bajaba con calma a su ocaso; bien es que la calma es muchas veces el nuncio de la tempestad.

Anacoana, Corima i Francisco estaban ya instalados en el principal i mas elevado mirador del palacio. Los caciques se habian colocado en las azoteas laterales. Al frente del palacio se extendia un mar de cabezas descubiertas, cuyas negras oleadas se iban abriendo en círculo i desplegándose en su centro: se habria dicho que era un circo olímpico formado de movibles murallas humanas.

Un sordo murmullo se percibia en esa multitud, como el rumor lejano de las olas, e iba acallándose a medida que el circo se ensanchaba.

Por fin todo quedó en silencio.

De repente se oyó un ruido de armas i caballos, i todos los ojos se volvieron hácia la parte de donde provenia aquel ruido.

Treinta i dos jinetes desfilaron por en medio de la silenciosa multitud hasta llegar al gran circo preparado como teatro de sus evoluciones. Roldan venia al frente de ellos, montado en un brioso alazan, ricamente enjaezado. Pendia de su cinto una espada con empuñadura de oro, i en la cabeza llevaba, como sus compañeros, un sombrero negro con un penacho flotante de plumas grises. Todos llevaban sobre sus hombros una capita corta de paño azul turquí, i todos tambien, fuera de Roldan, empuñaban lanzas enastadas, cuyo limpio acero reflejaba los oblícuos rayos del sol poniente.

Los caballeros, una vez exhibidos con sus vestidos uniformes a los ojos atónitos de la multitud, empezaron a jirar en distintas direcciones i a describir, ya una gran rueda, ya pequeños círculos, ya elipses, ya, en fin, esa infinidad de vistosas evoluciones que constituia la principal diversion en los juegos de equitacion de aquella época.

Ensayaron despues una especie de justa, espectáculo o desafío mui en boga entre los caballeros españoles de entónces. Formados en cuadro, ocho en cada línea, dos de los que se encontraban en los vértices de los ángulos opuestos, partieron con toda la velocidad de sus caballos en línea diagonal hasta encontrarse en el centro, cambiaron sus lanzas con una rapidez asombrosa, i, sin detenerse, siguió cada uno a ocupar el puesto del otro.

Despues de esto hicieron la misma operacion los de los otros dos puntos diagonales.

Los siete de cada línea en los costados opuestos partieron tam-

bien a encontrarse, cambiar lanzas i trocar puestos con un éxito tan airoso como los anteriores. Otro tanto hicieron los catorce restantes.

Hubo entónces un momento de quietud i silencio, tanto en los actores como en los espectadores de aquella escena. La multitud estaba embelesada, i, si hubiese sido capaz de aplaudir, habria manifestado su admiracion con un frenético trueno de palmadas. Léjos de esto, todos los labios quedaron sellados, todos los ojos fijos, todos los indios pasmados con estúpido asombro i con la boca entreabierta, como los crédulos hebreos creyendo mirar en el cielo visiones aéreas.

Los españoles volvieron a mirar a un tiempo a su jefe como si esperasen de él alguna órden.

Roldan vaciló un momento. La órden que iba a dar debió haber sido dictada por un jenio infernal, puesto que aquel hombre vacilaba....

Por fin, llevó la mano a la guarnicion de su espada.

Aquella era la señal convenida.

CAPITULO XI.

SANGRE I FUEGO.

Los españoles se lanzaron entónces a un tiempo, i lanza en ristre, contra la multitud, como fieras sobre su presa, i la mas sangrienta i espantosa escena tuvo lugar en aquella hora....

Un clamor inmenso, unánime, terrible, seguido de mil clamores mas, se levantó de aquella masa de jentes, no ha mucho inmóviles, silenciosas, estupefactas. Diríase que era el grito universal del jénero humano en su agonía al desplomarse sobre él el firmamento....

¡Horrible espectáculo! Los que estaban al alcance de las armas de los asesinos, caian heridos de muerte i revolcándose en los arroyos de su sangre, miéntras que los otros procuraban huir despavoridos, como si viesen sobre ellos la venganza del cielo.... Era un rebaño de ovejas puestas en confusion al sentir el cercano ahullido del hambriento lobo.

Los gritos de los fujitivos, los ayes de los heridos, el sordo estertor de los moribundos, los regueros de sangre en que el suelo se empapaba, la confusion de las víctimas, la ferocidad de los asesinos.... todo esto daba a aquel cuadro ese tinte siniestro i pavoroso que debe ser el colorido del infierno.

—¿Qué es esto? se habian preguntado Anacoana i Corima, pálidas, trémulas, sobresaltadas i sin poderse dar cuenta del motivo de aquella escena de sangre i de exterminio.

—¿Qué es esto? se habia preguntado tambien Francisco Guevara poniéndose de pié con la indignacion que despierta en las almas jenerosas una burla sangrienta.

E impelido por un noble instinto, se habia arrojado desde su mirador, como a veinte piés de altura, a riesgo de romperse un brazo o una pierna, pero con tal de aplacar la furia de los asesinos. Todo esto tuvo lugar en el breve espacio de un segundo.

Fué vana su esperanza. Las palabras del jóven se perdian entre los clamores de la multitud, i sus expresivos jestos no hacian mas impresion a los asesinos que a los mismos peñascos.

Admira el encarnizamiento de aquellos bárbaros. El vapor espirituoso del vino como que los habia convertido en verdaderas furias; la codicia aumentaba su ferocidad, i su sed de sangre parecia no poder aplacarse sino con sangre.

El jóven Guevara, conociendo que sus esfuerzos eran inútiles para conmover a aquellos desalmados, habia resuelto acudir al socorro de Anacoana i Corima.

I bien necesitaban ellas un urjente socorro.

Se habia puesto fuego al palacio por todos los cuatro lados, i las llamas, avivadas por el soplo de un huracan que la fatalidad hizo se desencadenase entónces con violencia, se elevaban, en partes como una manga roja, en partes como una azulada i trémula espiral.... Algunas porciones de negro i espeso humo se desenvolvian en el aire como fantasmas caprichosas i empañaban i oscurecian el cielo remedando el aliento de un volcan.

Francisco se puso en un instante al lado de la poetisa i de su hija.

Las llamas las rodeaban ya mui de cerca i habian alcanzado a tocar el vestido de Anacoana.

—¡Salvad a mi hija! ¡Salvadnos! fué el grito de la madre al ver al jóven español.

—¡Salvad a mi madre! ¡Salvadnos! fué el grito de la hija.

Francisco se arrojó por en medio de las llamas con intento de salvar a las dos a un tiempo si era posible. Ya tenia agarrada por un brazo a Corima, e iba a asir el de Anacoana, cuando el voraz incendio, que habia penetrado ya en los mas sólidos lienzos del edificio, hizo que se desplomara el tablon en que Anacoana estaba apoyada, i la infeliz cayó envuelta en fuego i humo, sin que pudiese aprovechar el socorro de quien iba a salvarla....

El noble jóven se dió prisa a poner en salvo a Corima, con intencion de volver a arrancar del fuego a la infortunada poetisa.

Todo fué inútil. El incendio se habia propagado en todo el edificio con una increible rapidez, hasta comunicarse a la enramada del verjel, que crujia con horrible estrépito i no habia ya medio de penetrar hasta donde estaba Anacoana. La mayor parte de los caciques asilados en palacio perecieron entre las llamas o sepultados bajo el peso de los desplomados paredones; i los

que se libraron del incendio no pudieron librarse del furor de los asesinos.

Roldan, que habia permanecido sin tomar parte directa en la carnicería feroz de sus soldados, aunque sí se habia gozado como un Neron en ella, se acercó por casualidad al palacio cuando el incendio habia causado ya sus mayores estragos, i alcanzó a oir estos versos como salidos del fondo de los humeantes escombros:

Las llamas ya me cercan.... ¡Terrible es mi martirio!
¡Oh dioses! ¡Mis verdugos se atraen mi maldicion!
Mas, nó; no los maldigo: fué el grito del delirio;
¡Piedad, piedad para ellos! ¡Yo imploro su perdon!....

Esta estrofa llegó a los oidos de Roldan como el lúgubre eco de un adios i como el grito terrible de una maldicion. En esos versos es taba el corazon de Anacoana, i con sus últimas palabras voló su alma....

Anacoana murió cantando, como habia vivido; pero su último canto no fué el acento de la poetisa, sino la queja de la mujer a quien hiere el desengaño.

Roldan, que habia oido aquellas estrofas con una atencion cada vez mayor, debió de experimentar una impresion indefinible, porque se estremeció todo, como al contacto de una pila voltaica, i, al oir la última frase, soltó riendas a su caballo i se fué repitiendo la estrofa en direccion a Isabela.

CAPITULO XII.

EXPIACION.

El sol hundia ya su rojo disco en el lecho de púrpura que le tendia el mar, i un caballero galopaba en un caballo blanco, cuya larga sombra se proyectaba casi indefinidamente hasta perderse en las aguas de un rio sin nombre. A orillas de aquel rio fué donde conocimos al sencillo cacique marido de Anacoana.

A medida que se acercaba al rio, aquel caballero parecia experimentar mayor impaciencia. Como que tenia prisa de llegar a cierto paraje, i jiraba con inquietud sus ojos a todas partes como si temiese que alguna sombra se levantara de repente de aquellos sitios solitarios a interceptarle el paso. Se habria creido que tenia miedo de atravesar solo i a aquella hora ese desierto silencioso.

Al pié de un árbol de alta i frondosa copa, el caballero alcanzó a divisar un bulto blanco.

—¡El es! dijo asustado. ¡El debe ser!.... Ahí se sentó cuando le trajimos a Isabela.

Pero aquel bulto blanco no era sino un banco de piedra.

Entónces el jinete volvió a mirar al anca de su caballo como si álguien se hubiese trepado en ella i se hubiese asido de su cintura.

—¡Maldito fantasma! exclamó con rabia. Donde quiera me sigue, invisible a mis ojos, fijo en mi pensamiento.

Aquel hombre experimentaba algo parecido al remordimiento, i esa era la sombra que por todas partes le seguia.

Habia llegado, entre tanto, a la orilla del rio. El dia anterior habia llovido mucho, i las aguas del rio habian aumentado considerablemente. El caballo se detuvo.

El jinete, impaciente como estaba, lo espoleó con violencia. El bruto bufó i se empinó esta vez, pero no obedeció.

—¡Dejadme pasar! exclamó el caballero como si álguien se hubiese interpuesto entre el rio i su caballo.

I segunda vez hincó su espuela en los hijares de su andaluz.

Entónces el caballo se encabritó i saltó al rio apesar suyo. Por fortuna nadaba mui bien i pudo hender las aguas, no sin ser arrastrado algunas varas por su poderosa corriente.

Jinete i caballo arribaron por fin a la opuesta orilla, aunque empapados i chorreando agua como era consiguiente a tan atrevida sumercion.

Las sombras de la noche iban cubriendo ya el espacio como si fuesen un crespon extendido bajo una cúpula alzada.

Pero, apesar de esto, el caballero prosiguió su camino.

No tardó en ver aparecer a lo léjos algo que se movia en direccion a él. Ese algo fué tomando formas poco a poco, i nuestro caballero, a favor del último rayo crepuscular, pudo distinguir un hombre a caballo.

—¡El es! ¡él es! gritó, prestando esta vez entero crédito a sus mismas palabras. Trae sus brazos aherrojados con las esposas que yo mismo le puse, i el caballo es el mismo en que yo le arrebaté.

I, sin perder su presencia de ánimo, pero enardecido con la violencia de su delirio,—porque era delirio lo que sentia aquel hombre,—léjos de huir, se fué rectamente al encuentro de aquel desconocido, dispuesto a arrostrar los resultados de este encuentro.

No tardaron en hallarse frente a frente.

—¡Anacoana! ¡Anacoana! venia gritando el desconocido.

El que iba tomó este grito por una reconvencion del aparecido cacique.

—¿Anacoana? repitió con la mirada extraviada.

—¡Ojeda! exclamó el primero reconociendo la voz i las facciones de su interlocutor.

I se volvió a toda prisa por el mismo camino que habia traido.

Pero Ojeda, preocupado como estaba por el pensamiento del cacique que él habia arrebatado del lado de Anacoana, no reconoció a quien le habia hablado, i, resuelto como se hallaba a seguir el curso de esta rara aventura, siguió las huellas de su pretendido cacique con el mismo frenesí con que un desesperado marcha al abismo que le abre su destino.

Dos horas despues Ojeda i su guia se detuvieron en un mismo sitio.

Media luna se habia elevado sobre el horizonte, sola i triste como una luz en medio de un desierto, i surcaba melancólicamente el espacio cual una ave de plateadas alas elevándose insensiblemente en el éter.

La luz de aquel astro habia iluminado de repente un horrible cuadro a sus ojos.

A un lado, negros i silenciosos escombros; al rededor de ellos, un campo anegado en sangre i sembrado de cadáveres....

—¿Qué es esto? preguntó Ojeda no queriendo dar crédito a sus ojos i restregándoselos como si fuese presa de una espantosa pesadilla.

Su compañero, por única respuesta, se acercó a los escombros, i mostrando a Ojeda con una mano un esqueleto quemado, cuyo bello i pálido rostro habian respetado las llamas, le repitió con solemne i triste voz esta última estrofa de Anacoana:

Las llamas ya me cercan.... ¡Terrible es mi martirio!
¡Oh dioses! ¡Mis verdugos se atraen mi maldicion!
Mas nó; no los maldigo: fué el grito del delirio;
¡Piedad, piedad para ellos! ¡Yo imploro su perdon!

Ojeda comprendió todo, i solo entónces reconoció a Roldan.

Roldan estaba loco.

Ojeda murmuró para sí:

—Ambos merecemos esta expiacion.

Alonso de Ojeda no pudo vivir en adelante sino viajando por mar i tierra; pero nunca desapareció de su frente, ni con su muerte misma, la sombra del remordimiento que le habia perseguido.

TEMÍSTOCLES AVELLA M.

COMO PASARIAN LAS COSAS.... [1]

17 de agosto.—El jóven escritor dramático don Antonio Espiñeira acaba de obtener un nuevo triunfo de que he de tomar nota en las pájinas de La Estrella de Chile: el eco de los aplausos que hace un momento escuché i a que con entusiasmo me uní no será parte a impedir que trace a vuela pluma los principales incidentes del combate literario a que de asistir acabo.

Desde luego, reciba el señor Espiñeira mis mas sinceros i entusiastas plácemes por la nueva corona que acaba de ceñir a sus sienes. En *Martirios de Amor*, dió a conocer dotes poco comunes para el drama i así se lo manifestó el público llamándole repetidas veces a la escena: en *Cómo pasarian las cosas....* ha lucido una *vis* cómica que producirá, con el estudio i la experiencia, bien sazonados i abundantes frutos. El público del Teatro de Variedades le ha llamado repetidas veces al proscenio despues de reir hasta desternillarse con escenas llenas de salero i atinadamente dispuestas. Mas, debo ser breve, porque tengo sólo una pájina en la excelente Revista que me ofrece jeneroso hospedaje i llego ya al exámen de la pieza estrenada anoche.

Cómo pasarian las cosas.... es una pieza en que el autor se propone ridiculizar la de suyo ridícula manía, poco ha tan en boga entre nosotros, de hacer de cada dama, no ya una marisabidilla, sino una doctora en derecho o en medicina, una injeniera, farmacéutica, etc., etc. Quiere hacer ver que no está bien que la mujer desatienda el puchero para ir al foro a defender pleitos o andar a salto de mata medicinando enfermos. Su puesto está en el hogar, del cual ella debe hacer un eden por medio del perfume de sus virtudes: en el hogar, donde ha de cumplir sus deberes de esposa i de madre, manteniendo vivo el casto amor conyugal, como las antiguas vestales vivo mantenian el sagrado fuego. Llamada a formar las delicias del hombre, se aleja su fin cuando hiere su delicado pié con el contínuo roce del mundo corriendo tras toreos i fatigas que al hombre i no a ella corresponden.

Tal piensa el autor de *Cómo pasarian las cosas....*; i, para sostener i hacer triunfar su tésis, escribió la comedia hoi tan felizmente estrenada. ¿Ha conseguido su objeto? Verálo el cuitado lector que tenga la paciencia de seguirme hasta el remate de estas líneas.

(1) Comedia en tres actos de don Antonio Espiñeira.

Leonor ha casado con Ramiro, jóven de algun caudal i honrado. Mas, Leonor es abogada; i puesto que tenga un hijo con que el cielo quiso bendecir su matrimonio, un esposo que adora en ella i, por ende, un hogar que muchos matrimonios envidiarian, Leonor se lanza por esas calles a defender pleitos, a desenredar madejas ajenas sin cuidarse maldita la cosa de si en su casa va todo como Dios manda. El marido se queda algunos dias sin almorzar, en otros tiene que tomar el niño en sus brazos: ora ha de ver si se ha mandado a la plaza, ora si la lavandera ha entregado la ropa completa. Aquella casa es un pandemonium que no se entiende, i los papeles se han cambiado i sólo falta que Ramiro vista el traje de Leonor miéntras ésta se calza los pantalones para ir a los tribunales.

Esta es la base de la comedia del señor Espiñeira, en que se mezclan episodios bastante cómicos i bien traidos.

Por de contado que no hai enredo, ya que las situaciones dramáticas no faltan, i en éstas está todo el interes de la pieza. No hai que decir que los esfuerzos del autor tienden a mantener el interes del público, ora con la viveza del diálogo, ora con la novedad de los encuentros, ora con la chispeante gracia de los equívocos en los hechos o las palabras.

Principio por señalar los defectos, que es la tarea mas ingrata, para dar rienda suelta a mis aplausos al consignar las bellezas de la comedia, que son muchas, las bastantes por lo ménos, para probar que el señor Espiñeira tiene un talento cómico de primer órden, si bien su gusto literario no parece siempre depurado.

El primer acto tiene poco de notable: sólo despiertan interes las escenas en que Ramiro hace dormir al niño, en que recibe i entrega la ropa de la casa, i otras. Nótase que la *doctora* no se presenta completamente en accion: su carácter aparece un tanto pálido, i uno conoce a la abogada mas por lo que dice hacer, que por situaciones en que obre, se mueva i dé a conocer su carácter verdaderamente perjudicial para el hogar doméstico. Sin ser doctoras, mujeres hai que dejan la casa i descuidan marido e hijos. A Leonor la habria yo querido ver con la fiebre de los pleitos obrando i no diciendo: haciendo un alegato, que habria podido ser de lo mas cómico, i no avisando al público que tenia que hacerlo. Mas colorido necesitaba ese carácter para que a los ojos del espectador llegase en su verdadera repugnante talla: faltóle ese colorido en el grado que yo lo creo necesario i por eso es uno de los caractéres que ménos se sostienen.

Inocencio es un seductor. Mas ¿cómo se ocultó al brillante talento del señor Espiñeira que los seductores, ese tipo infernal i repugnante que Satanás habria pintado con su tizon favorito, todo tienen ménos la traza de Inocencio, tonto de capirote disfrazado de pillo, que es la peor especie del jénero? Quien anda a caza de

buenas piezas i elije para sus conquistas el hogar que abriga a un matrimonio, es por lo ménos un buen mozo, un elegante i un valiente, que no retrocede ante las cuchilladas ni escatima las pesetas; pero Inocencio es mas pobre que Adan, mas feo que Picio i mas cobarde que el mismísimo Héroe por fuerza. Risa, que no cariño, inspirara, no digo a un bella, pero a cualquiera fregona o Maritornes a quien pretenda requebrar de amores. Un Juan Tenorio con la traza, las dotes intelectuales, la poquedad de espíritu i la escasez de pesetas de Inocencio, es cosa que no se ha visto ni en el mundo real ni en el mundo de los bastidores. I si la mujer de Ambrosio le correspondió, o se la levanta un falso testimonio a aquella infeliz, o es cierto que, como ha dicho el poeta, salvo mis variantes,

> Por ciertos gustos que en verdad son malos,
> Se ve que hai gustos que merecen palos.

No encuentro justificada la conducta de Ambrosio en el último acto: la transicion que experimenta es sobre modo extraña. ¡Cómo! ¿No hace un cuarto de hora que, furioso, fuera de sí, trata de acogotar a Inocencio, el seductor de marras, i a las primeras de cambio se contenta con arrojarle puertas a fuera de casa de Ramiro i se queda ¡él, el marido burlado! mui sí señor, sin decir ni por ahí te pudres, contento como el hombre mas feliz, escuchando cómo departen Ramiro i Leonor? Razon tenia Ramiro para darse por satisfecho, que se ha convencido de que su esposa en nada le ha ultrajado; pero Ambrosio....

El señor Espiñeira cita con oportunidad los refranes; mas habria sido conveniente ponerlos en boca de un mismo personaje: en Inocencio, por ejemplo, para que, ademas de la traza, tuviese este otro parecido con Sancho.

La disputa de las sirvientas i la resolucion de Leonor habrian podido economizarse; o, por lo ménos, habria sido conveniente justificarlas mas.

En órden al objeto de la pieza, cierto que el autor lo ha conseguido en parte, pues nos ha mostrado un hogar en que todo andaba trabucado, como quien dice a la diabla, i donde por momentos no quedaba títere con cabeza; pero debilitó el resultado con el desenlace, que produce un efecto contrario al que el autor perseguia. La mujer de Ambrosio no era bachillera ni doctora, i vilmente le hacia traicion: la mujer de Ramiro defendia pleitos; pero guardó a su esposo la fé jurada. ¿No son mejores las doctoras que las Doroteas? Parece ser que sí. El autor habria sido completamente feliz poniendo en el hogar de Ramiro, no el adulterio, que yo condeno de una manera absoluta como recurso dramático, sino desgracias parecidas a las que puso en el hogar de Ambrosio. El cambio habria sido fácil i el éxito de la pieza completo.

En las reyertas entre Leonor i Ramiro, habria sido oportuno i conveniente pintar al vivo la pasion de aquélla por la abogacía. Sólo una vez amenaza a su marido con el divorcio. ¿No habria estado bien una pequeña disertacion legal sobre la materia o sobre los *derechos imprescriptibles* de la mujer, una i otra cosa miradas desde el punto de vista cómico? ¡Qué buena ocasion perdió el señor Espiñeira para lucir la sal de su sátira i los encantos de su a las veces donairoso decir!

Dejo otros pequeños lunares i llego a las bellezas que abundan en *Cómo pasarian las cosas*.... He dicho que hai escenas bellísimas, i una de ellas es la en que riñen Ramiro i Leonor, i aparece en la puerta de entrada don Ambrosio, miéntras el primero se apareja para descargar una silla sobre la cabeza de la segunda. La situacion es imprevista i mui dramática: la transicion que a esto sucede, cuando Ramiro i Leonor rien i tratan de convencer a Ambrosio de que sólo ejecutaban un paso escénico, es de lo mas cómico i picante. El público lo comprendió así i llamó a la escena al señor Espiñeira despues de saludarlo con redobladas salvas de aplausos.

Son mui interesantes tambien la escena en que por primera vez visita Ambrosio a Ramiro; la en que Leonor encuentra sobre su mesa la carta de Dorotea, que el bobo de Inocencio ha perdido i hallado en la calle Ramiro; la en que éste se pone celoso porque en un expediente la abogada habla de "desinteresado amor", i otras.

He de detenerme algo mas en la escena del tercer acto, cuando Inocencio, fiel a una cita que le ha dado Leonor, va a casa de ésta, siéntase a su lado i còmienza a referirle la historia de sus amores con Dorotea, historia que escucha Ramiro para tomar el rábano por las hojas i aplicar a su mujer lo que de la de Ambrosio se refiere. Aquí ya se precipita el desenlace i el público aplaude entre bravos i carcajadas la parte mas hermosa, mas picante i mas cómica sin duda de la pieza; si ya no se ha de tomar en cuenta el final entre Leonor, Ambrosio i Ramiro.

En órden a dichos picantes o retruécanos, recuerdo algunos.

Cuando Inocencio expone los antecedentes de su historia a Leonor, Ramiro cree que la requiebra; i, acercándose al Tenorio por antífrasis, le dice, entre otras cosas, que esa *cara mitad* le puede costar la *mitad de la cara*.

Inocencio habla en secreto con Leonor; i Ramiro, rabioso de celos, se acerca para decirle:

—A mí no me gustan los secretos.

—Por eso no se los digo a Ud., sino a la señorita, contesta Inocencio con cara de Juan Lánas.

Creyendo que hai relaciones amorosas entre Inocencio i Leonor, Ramiro desafía al primero i le pide que elija armas. Inocencio contesta que nos las elije.... porque tiene mui mal gusto.

Se me olvidaba decir que es sobre modo interesante i cómico el parlamento, como dicen los de la profesion, entre Ramiro e Inocencio, cuando éste solicita de aquél su apoyo para lograr lo que persigue. La situacion da lugar a equívocos mui picantes i graciosos, i nos trajo a la memoria reminiscencias de situaciones parecidas en alguna pieza española.

El señor Espiñeira economiza bastante los soliloquios, i habria podido economizarlos mas.

Todos los defectos que he señalado, como se ve, son fáciles de correjir, como que no pasan de ser defectos inherentes a la falta de experiencia. Las bellezas en que la comedia abunda i de las cuales sólo he señalado unas pocas, las que conserva mi mal traida memoria, son hermosísimas prendas de futura opima cosecha. ¡Qué hermoso talento!—"Sobre tu escudo o bajo de él" decia la heroina romana al hijo que partia a combatir. Yo estoi seguro de que el señor Espiñeira cruzará victorioso i sobre su escudo por la halagadora senda que ha elejido. Tiene sus espinas, sí, que mas de una vez le desgarrarán la planta; en cambio, tiene tambien preciosísimas promesas para el fin de la jornada. El señor Espiñeira no se detendrá a medio camino, ya que el sol de la victoria ha principiado a alumbrarle con tan espléndidos rayos.

Los actores, ya que no sabian sus papeles, trabajaron bien. La señora Pantanelli de Gaitan recibió muchos i mui merecidos aplausos.

Otra vez he censurado al señor Germá. Ahora le digo que desempeñó su papel admirablemente, i que fué uno de los que mas aplausos cosecharon.

Lástima es que la compañía no tenga un gracioso. El señor Dalmau tiene algunas piezas; pero deja mucho que desear. No es un gracioso, sino un galan jóven. Tal es la opinion del público. ¿Por qué el señor Jordan no contrataria uno, siquiera fuese para aquellas piezas que el señor Dalmau no puede hacer? Los aficionados a la buena comedia se lo agradecerian.

RÓMULO MANDIOLA.

NOTAS DE MI ARPA.

Circuida está de inmarcesible gloria
La lira de los bardos:
Flota la inspiracion sobre sus cuerdas
Como el vapor sobre el dormido lago:

Si canta al hombre, el hombre la rodea
De triunfadores lauros,
I sus notas dulcísimas ahoga
Con el trueno inmortal de los aplausos.

Ráfaga pasajera de armonía,
Su acorde soberano
Destila embriagadoras ilusiones
Sobre el alma que sueña al escucharlo.

Del porvenir el eco misterioso
Prolongará sus cantos.
Circuida está de inmarcesible gloria
La resonante lira de los bardos.

No así mi flébil arpa, que en las sombras
Se ajita suspirando
Con tembloroso ritmo, i por los cielos
Sus murmullos extiende solitarios;

Puras brisas de amor baten sus cuerdas
Con voluptuoso halago;
La arrulla el bien, i en sus canciones nunca
Bendijo a la virtud en son profano.

Luz, a sus himnos presta, esplendorosa,
De Dios el nombre santo,
I al par con ellos juguetones vuelan
Los radiantes ensueños del pasado.

La voz de mi arpa como incienso sube
Por el azul espacio.
¿Qué importa que los hombres la desdeñen?
Si Dios la escucha, es inmortal mi canto.

Santiago, julio de 1877.

FRANCISCO CONCHA CASTILLO.

LA CARTUJA DE VALLDEMOSA.

(MALLORCA.)

I.

LA TRADICION DEL VALLE.

¡Hermoso valle, valle regalado, valle fresco i riente como una idea de amores!....

Aunque es preciso ver este valle como le ve el peregrino, al despertar del sol.

Dulce i bella es la noche: vanse debilitando i oscureciendo ante los ojos del viajero los mas deliciosos paisajes, los mas dilatados horizontes.

Cerca ya de Valldemosa, el camino se enrisca i trepa casi serpenteador por la estrechura de una garganta.

Se ha ido desarrollando el cuadro mas grande i poético, el espectáculo mas inmenso i sublime que ofrece la naturaleza cuando se duerme.

Siéntese mas bien que no se ve un horizonte vago i profundo. Sin embargo, bien pronto, al extremo de este horizonte, una luz blanca empieza a subir ribeteando con una franja de plata las negras i amontonadas nubes.

De entre ellas sale primero un débil rayo de luz. Es como la cándida mirada de amor que filtra a traves de las sedosas pestañas de una bella, cobijada por el caido párpado.

Despues va lentamente subiendo la luna, saliendo de entre las nubes como de un océano negro, hasta balancear su globo de oro sobre el azul diáfano del terso horizonte.

La luna está pálida.

El caminante se tiende bajo un roble sobre su capa, descansando su cabeza en el sombrero de peregrino.

Duerma, duerma sosegado. Imájenes puras le sonreirán en su sueño, en su sueño que velarán castos los rumores de la arboleda, susurrante la brisa que se rasga en los picos de la sierra, misterioso el silencio, el imponente silencio de la naturaleza en calma.

Cuando el peregrino despierta, las sombras cubren todavía los campos, pero las estrellas empiezan a palidecer.

El sueño en medio de la soledad; la frescura del ambiente en

que parece nadar su cuerpo, deben haberle infundido algo del bienestar i deleite que fuerza al alma a estar pronta a recibir esas castas emociones de descansada holgura que, como invisibles sirenas, tienen sus nidos de amor en lo alto de las sierras para seducir con goces infinitos al viajero.

Detiénese el peregrino en la elevada cumbre, que parece un pedestal dispuesto a subirle al cielo; i, agradablemente adormecido por la dulzura de que allí disfruta, deja que el aire le envuelva en sus olorosos i saludables pliegues, i fija la vista en la masa de sombras que el valle hospeda.

Tambien entónces una luz blanca aparece, i las estrellas se esconden bajo un manto de ópalo.

Todo empieza a tomar forma i las formas se destacan de las sombras.

Dibujando su perfil sobre el fondo de un pálido azul, aparecen primero los montes como águilas monstruosas de desplegadas alas.

Cuando el crepúsculo luce, la naturaleza empieza a tener voz. Todos los ruidos del dia suben entónces hasta el peregrino.

Pero son ruidos suaves, sosegados, dulces como el aleteo de un ave, como el murmurio lejano de un arroyo que se despeña entre guijas, como el murmullo de los labios que hablan de amor bajo el oloroso dosel de una alameda.

Si alguna blanca casa se perfila entre las sombras que luchan con el crepúsculo, el peregrino cree ver una paloma perdida sobre la alfombra verde de un campo.

El alba humedece con lágrimas de alegría las hojas de las flores que en sus pétalos quedan largo tiempo como cristalizadas gotas.

Es la lluvia de diamantes con que las regala el crepúsculo en cambio del aroma virjinal que les roba a su paso.

Las flores, al sentir humedecidos sus cálices con esas lágrimas, balancean coquetamente su cabeza para saludar al alba.

Vése entónces una línea de rojo fuego extenderse en el extremo del horizonte.

Es el primer rayo del sol, peregrino, es ese primer rayo que con bermeja tinta va a herir al otro lado de los mares el cristal de la ventana a que se asomará tu amada para recibir su ardiente beso, ese beso que al mismo tiempo que en sus labios se posa tambien en los tuyos.

Descubre tu frente, oh peregrino, i recibe con relijiosidad ese rayo que se posa como un casto pensamiento en los labios de tu vírjen desposada.

Variados grupos de nubes de blanca i diáfana vestidura,—su *negligé* matinal—se ruborizan i tíñense del mas vivo encarnado i huyen a buscar un refujio en las montañas para ocultarse a las miradas del sol, como haria un grupo de púdicas ninfas si los

ojos de otro imprudente Acteon las sorprendia en el acto de salir del baño.

El sol sale de entre un mar de fuego bordando flores de plata i oro sobre el lejano mar.

En seguida abraza a todo el valle de un solo beso.

El valle se viste de gala i despliega todo su lujo.

Las aguas que en las entrañas de los montes nacen, desarrollan sus diversas cintas de plata.

Inmensos campos de esmeralda brillan a los rayos del sol.

Las acacias hacen ondear sus verdes plumajes dejando caer en el suelo sus odoríferos racimos de blancas flores.

La púdica violeta deja que la brisa al pasar le robe una de sus hojas.

La brillante rosa de separados labios, abierta como boca de una bella para recibir un beso de amor, alfombra el suelo con sus tornasoladas hojas.

El casto lirio junta sus pétalos para protejer a sus pistilos de oro de los lúbricos besos del sol.

Las gleticias bordan en el suelo su caprichoso dibujo.

El aura mueve i balancea las doradas pomas de los naranjos i limoneros.

Las crecidas espigas se columpian en torno de los almendros i los olivos.

El nopal ofrece sus carnosas palas llenas de récias i traidoras puas.

Los árboles en todas partes alzan sus multiformes copas i provocan a la holganza sus incitadoras umbrías.

Los pájaros cruzan veloces el vacío piando alegres i revoltosos, i batiendo sus alas, i sacudiendo sus plumas i ajitando juguetones sus menudos picos.

Todo sonrie, i a toda esta armonía del valle se mezcla la campana, que con su acompasada voz de bronce canta las matinales alabanzas al Señor.

Vuelve tus ojos en busca de la campana que ha herido tus oidos, oh viajero, i mira en la meseta superior de aquel cerro aquellos cipreces que zumban misterios apénas movidos del viento, que parece rejistrar su ramaje con respeto. Mira aquellos grupos de palmeras que encorvan con graciosa pompa sus ramos sobre un esbelto tronco.

Allí dibuja su mole sombría la solitaria Cartuja.

Es como un vestido de luto en el salon de un baile.

Una cuesta a manera de rústica escalinata te conducirá a la puerta de la cartuja de Valldemosa, oh peregrino, a la puerta que sombrea, secular centinela, un venerable roble con su rejuvenecida copa.

Restos de formidables muros, una fuerte i ancha torre cuadrada en que aun sobresalen varias ladroneras, trozos de una anti-

gua barbacana, la maciza puerta del rastrillo, todo comunica al monasterio un tinte feudal que no te será ciertamente ingrato, oh peregrino, si eres artista, si eres poeta, si amas las viejas tradiciones o las caballerescas baladas.

I a propósito, ¿quieres saber, para contársela a tu desposada cuando regreses de tu viaje, la poética tradicion que narran los campesinos?

Oyela tú sin darla crédito—que ninguna vieja crónica vendria a corroborarla—pero cuéntasela a tu amada sin que la despojes de esa cándida vestidura de realidad con que engalana el campesino la fábula.

Antes que don Jaime *el conquistador* se hiciera célebre en la cristiandad con la toma de Mallorca, el moro Muza era el dueño de este valle.

En este valle tenia un palacio i en este palacio guardaba una cautiva.

Era esta cautiva la flor mas bella de las flores del valle. Era la sultana de las flores.

No la amaba el moro Muza con pasion, la adoraba con delirio. Cada tarde venia a arrastrarse a sus piés en entusiasta embriaguez de amor, cada tarde venia, cabalgando en su árabe caballo, a beber a inmensos sorbos la locura que en él producia una mirada de la hermosa cautiva.

Hermosa, sí; valia mas ella sola que todo un serrallo de vírjenes jeorjianas, valia mas que todo un eden de celestiales huríes.

Una tarde, cuando llegó Muza, la puerta del palacio estaba abierta de par en par, i su cautiva no se habia asomado a la oriental azotea para saludarle con la sonrisa de bienvenida.

Muza sintió, sin saber por qué, como un boton de fuego clavarse en su corazon.

Entró en el palacio, no vió a nadie; recorrió las salas, estaban desiertas.

Desiertas las estancias a cuyo alrededor corrian como anchas líneas de sangre las muelles i encarnadas otomanas, desiertas las salas de reposo en que se balanceaban solitarias las hamacas prendidas del techo con cordones de oro, desierto el baño con su marmórea concha i sus dorados grifos, desierto el jardin con sus misteriosas alamedas i sus voluptuosas enramadas.

Allí no habia nadie, allí no habia nada. Servidores, mujeres, eunucos, todo habia desaparecido junto con las joyas, los tesoros inmensos regalados por Muza a la ausente prisionera.

El moro lanzó un rujido tal de dolor, que diz se estremeció al oirlo todo el valle.

Subió Muza a una torre del palacio para abrazar de una ojeada toda la campiña.

Nada vió. Solo por allí, hácia el lado del mar, vió una galera

que se mecia sobre el agua como una paviota i un tropel de jente que a fuerza de remos i en un bote se acercaba a la galera.

Muza volvió a lanzar otro rujido.

Era aquella una galera pirata.

Todo estaba comprendido. Los piratas le habian robado su cautiva, le habian saqueado su palacio.

El moro bajó de la torre.

Ya cabalgaba en su caballo, ya a rienda suelta se precipita como un torbellino, brotando de sus ojos mas fuego que el que arranca de las peñas con los piés de su caballo.

Muza llega a orillas del mar.

Mar adentro, mar adentro se ha ido la galera.

¡Qué le importa al moro! Se apea i se precipita en el agua.

Cuanto mas a prisa rema la galera, mas a prisa nada el valiente Muza. El caudillo infiel es el mas hábil nadador de Mallorca. Si un caballo gana a un ciervo en la carrera, él gana a nado una galera.

El capitan pirata ve que se le acerca aquel hombre, i aunque le ve llegar solo, tiembla, porque aquel hombre es el moro Muza, el que tiene mas fama de valiente i aguerrido entre los moros.

Cuando le ve a cierta distancia, el pirata hace una seña, i una lluvia de saetas silbadoras cae sobre el audaz nadador.

El capitan respira, el moro ha desaparecido.

Es que Muza ha comprendido la intencion, i, hábil i resuelto buzo, se ha sepultado en el seno del mar, cuya agua corta avanzando mas rápidamente cada vez.

El pirata fuma tranquilamente su larga i ensortijada pipa sobre popa, cuando ve asomar una cabeza en un costado del buque. Un hombre, ayudándose de piés i manos, ha saltado sobre cubierta.

Es Muza.

Antes que pueda hacer el capitan el menor movimiento, una puñalada le ha tendido cadáver.

Algunos piratas se precipitan, luchan con el moro, pero, uno a uno, todos caen sin vida a sus piés. Los otros se sobrecojen, se aturden, i aterrados se postran de rodillas ante Muza pidiéndole gracia.

El moro, que es tan magnánimo como valiente, les levanta del suelo i les manda que abran su prision a la cautiva i que remen hácia la playa.

Los piratas obedecen.

Muza se vuelve loco de contento cuando ve a su amada; se tuerce los brazos como un delirante, se arrastra a sus piés como un hombre ébrio.

Deja todos sus tesoros a los piratas. No quiere mas que a su amada.

En la playa le ha ya depositado la galera.

Vuelve Muza a montar en su caballo, hijo del desierto, llevando en brazos a su amada, que para él no pesa mas que una pluma, torna con ella al palacio delicioso, que se eleva en medio del delicioso valle.

Desde aquel mismo dia, Muza mandó que se derribara el palacio, i en su lugar se elevara un fuerte i robusto castillo que protejer pudiera a la joya de la que era tan avaro.

En efecto, poco tiempo despues, un castillo se elevaba en el valle que tomó, dice la tradicion, el nombre de valle de Muza, *Valldemusa*, nombre que se ha ido corrompiendo hasta trocarse en el de *Valldemosa*.

Este castillo fué el que mas tarde se trocó en Cartuja.

Tal es la tradicion.

II.

LA HISTORIA DEL MONASTERIO.

Sin embargo, no es tradicion exacta. Ningun cronista la refiere sino como fabulosa conseja.

Hé ahí solo lo que arroja de sí la crónica.

El rei don Sancho I de Mallorca, obligado por la enfermedad cruel que le aflijia a buscar la sanidad de los montes i la pureza de los aires, tuvo ocasion de conocer casualmente este delicioso valle i experimentar lo apacible de su sitio. Enamoróse, pues, de tan dulce soledad, que prometia largas horas de recreo a su ánimo, i edificó un castillo, verdadero alcázar de placer, en la cima de un pintoresco cerro.

Allí pasó las mas de las temporadas que estuvo en la isla; allí vió transcurrir dias serenos, ricos de dulce holganza, henchidos de tranquilos goces. Todavía muestra hoi el labrador hácia la la cumbre del Teix el lugar donde acostumbraba a sentarse el buen rei para ensimimarse en melancólica meditacion o seguir allá a sus solas el hilo dorado de la madeja de sus ensueños. Muchos siglos han pasado i aquel lugar no ha perdido aun el nombre de *La silla del rei don Sancho*.

El alcázar o castillo que mandó edificar don Sancho estaba ya concluido en 1324; la ejecucion habia sido confiada al autor de los planos, el arquitecto mallorquin Guillen Jordá; i cuando ya elevó terminada su robusta mole, encargóse la custodia al honorable Martin Montaner, su primer alcalde.

La importancia de este palacio no tan solo se deduce de haber sido el punto donde los reyes de Mallorca tenian su alconar, sino tambien de la multitud de reales órdenes que se expidieron para que los representantes del patrimonio de S. M. cuidasen de su conservacion.

En 1399, con privilejio de 15 de junio, otorgado en la Aljafería de Zaragoza, el rei don Martin de Aragon i Mallorca, que era mui aficionado a la órden de los Cartujos, donó este castillo con sus aguas, jardines i bosques al monje profeso de Scala Dei i jurisconsulto Pedro Solanes para que fundara un monasterio.

Inmediatamente se pasó a levantar la casa del Señor sobre la mansion de guerra, i en 8 de mayo de 1446, don Juan de Aranda, obispo de Albania, que a la sazon se hallaba de paso en la isla, pudo ya consagrar la iglesia.

El aumento de la comunidad trajo la necesidad de mayor ensanche en el edificio, i por esto, en 1737, se comenzó la construccion de un nuevo templo, para el cual dió el plano el famoso arquitecto don Antonio Mesquida.

Un ilustre viajero e historiador catalan que escribió sobre esta Cartuja, dice que si bien dió la traza de la iglesia el citado Mesquida, sin embargo, como los trabajos se interrumpieron, otros cuidaron de su conclusion, i el primitivo plan sufrió algunas alteraciones.

Un capuchino i buen matemático, añade el padre Miguel de Petra, la retocó del cornisamento arriba; el escultor italiano Joaquin Coqui la dió los adornos i distintivos del órden compuesto, al mismo tiempo que ejecutó los florones de los arcos i demas relieves; el escultor catalan don José Antonio Folch trabajó los dos medallones, que a una i otra parte de la puerta representan al rei don Martin i al Papa Pio V; i Jovellanos, que, mas que cárcel, encontró en la Cartuja mansion de reposo, quietud i recojimiento, i en los buenos monjes compañeros atentos, compasivos i amorosos, tambien allí, como luego en Bellver, hizo ocupacion i estudio de su mismo encierro, i si no lo ilustró i perpetuó con su pluma, al ménos contribuyó al perfeccionamento de su fábrica, i a sus consejos se debió que la iglesia se cerrase con bóveda de ladrillo.

Si el viajero penetra en la Cartuja, hallará, lo primero, un claustro, que no llamará ciertamente su atencion, como tampoco la iglesia antigua de una reducida nave, en cuyo fondo se alza un altar gótico, miéntras que las paredes se decoran orgullosamente con los escudos de armas de los Pach, Nicolau, Llabrés, Zaforteza i Olesa, antiguas familias bienhechoras del monasterio.

La iglesia moderna fijará por el contrario sus miradas. Elegante es i de órden compuesto con forma de cruz latina. Su fábrica es de buena piedra i su bóveda de hermosa ojiva, cuyos arcos cruzados apoyan sobre repisas en lugar de columnas.

El coro es magnífico i admira por su severidad, majestuosidad i sencillez. Quince grandes cuadros le adornaban ántes, en los que con valentía de dibujo i mucha fuerza de claro i oscuro habia pintado el lego cartujo catalan frai Joaquin Juncosa los misterios de dolor i gozo. A estos correspondian los frescos de la bó-

veda, obra de otro lego cartujo de Fuente-Aragon, frai Manuel Bayeu. Estos i otros frescos que hai en el templo son de pincel maestro.

Se ven en el presbiterio tres grandes piezas de ebanistería, notables bajo muchos conceptos i que sorprendido se para a examinar el viajero. Es la una el frontal del altar i las otras un atril i la silla prioral, que tiene forma de dosel; guarnécenlas ricos i preciosos embutidos que dibujan excelentes arabescos, imájenes i otras combinaciones, nada indignos, segun Piferrer, de ocupar un buen lugar entre las buenas obras de este jénero.

Al entrar en el templo, a la izquierda, hácelas compañía otro atril en que se apuntaban las misas i solemnidades sobre una tabla tambien embutida, no obstante que sus labores no pueden compararse con aquéllas.

El viajero debe visitar la sacristía, digna bajo todos conceptos de ser examinada, i allí contemplar con atencion la silla gótica que, segun fama, perteneciera al rei don Martin i es obra de mérito.

La revolucion dió tambien por huéspedes a la Cartuja la soledad i el abandono. Vivian en este monasterio el 12 de agosto de 1835, dia en que se decretó su supresion, 22 monjes, que empleaban en limosnas todo su crecido patrimonio.

Hablemos ahora de otros recuerdos que inspira el solitario monasterio.

III.

TRES HUÉSPEDES.

El 18 de abril de 1801 rechinaban sobre sus viejos goznes las puertas de la Cartuja para abrir paso a un viajero que de llegar acababa.

Era un desterrado. Allí le enviaba la intriga cortesana, allí le recibia la mas franca hospitalidad.

Todos los monjes, todos aquellos virtuosos solitarios, se agrupaban a su alrededor, i con leales ofertas, con sencillos agasajos, con buenos i afectuosos servicios trataban de borrar de la mente del proscrito las ideas melancólicas que anublar podian su ya demasiado entristecido corazon.

Ministro caido, el proscrito no encontró allí las privaciones ni las amarguras del destierro: endulzóselas la franca i sencilla amistad de los anacoretas.

Algunas veces, dando tregua a sus deliciosos paseos por el valle, a sus instructivas conversaciones con alguno de los monjes, a sus profundos recojimientos filosóficos al pié de un haya centenaria, el desterrado se retiraba a la celda que le habian desti-

nado i allí escribia pájinas que debian un dia ser leidas con admiracion i servir de modelo a las escuelas.

Un año permaneció en esta solitaria Cartuja. Durante este tiempo su vida fué sencilla, tranquila, reposada, repartida entre el estudio de la naturaleza i el estudio de las ciencias, entre la oracion i la amistad.

Al año, los cortesanos, inclementes en su odio, robábanle a la Cartuja para hundirle en un castilllo, para darle por morada a Bellver, a la fortaleza-palacio de don Jaime, que el proscrito debia acabar de hacer para siempre célebre con su pluma, miéntras que mas tarde el ilustre Lacy allí fusilado debia hacerla tristemente famosa con su muerte.

Este desterrado de la Cartuja era *Jovellanos*.

Pocos años despues de la supresion de las órdenes monásticas, la Cartuja recibia a otro huésped.

Proscritos los monjes, ya entónces la Cartuja no era mas que una casa de recreo. Sus celdas, sencilla i modestamente amuebladas, eran del primer viajero que alquilarlas queria.

El huésped de que hablamos tomó una celda, de la cual apénas salia. Llevaba una vida retirada, triste i misteriosa.

De noche abandonaba su habitacion i se le veia vagar por el solitario cementerio de los Cartujos, pasear por bajo los cipreses, sentarse al borde de las huesas que cubrian las zarzas i silvestres plantas, por entre las cuales se alzaba melancólica la modesta cruz de madera.

En estos misteriosos paseos consumia a veces toda la noche. Los rayos purpúreos de la aurora iban muchas veces a encontarle sentado, hundida la frente en las manos, fijos los ojos en la lápida que tenia a sus piés.

Los sencillos labradores, los ignorantes campesinos de Valldemosa, se asombraban de aquel sér extraño, cuyo único goce parecia consistir en pasear por entre los sepulcros a la hora en que la luna les baña con su tibia i melancólica luz; a la hora en que los fuegos fátuos, como almas en penas, danzan fantásticos por encima de la tierra que cubre todo un pueblo de muertos; a la hora, en fin, en que todo duerme i sosiega, los mortales en brazos del sueño, la naturaleza en el seno de Dios.

A veces, el misterioso huésped se llevaba una lámpara consigo en su nocturno paseo, se sentaba bajo uno de aquellos cipreses seculares que sombreaba la tumba de algun justo varon, de algun piadoso anacoreta que del recojimiento del claustro habia pasado al silencio del sepulcro, i a la luz trémula i amortiguada de la lámpara, escribia pájinas febriles i delirantes, pájinas envenenadas i satánicas que debia mas tarde dar a luz en Paris, la Sodoma del dia, con el nombre de *Spiridion*.

Este huésped, o, por mejor decir, esta huéspeda de la Cartu-

ja,—porque era una mujer, aunque con traje i nombre de varon: —era Jorje Sand.

Algunos años despues que la autora de *Lelia*, otro huésped llegaba a la Cartuja.

Su frente pálida, sus ojos hundidos por las vijilias, su rostro enflaquecido por las luchas del espíritu, su mirada encendida por la inspiracion i por el jenio, todo revelaba en él al poeta, al hombre de la meditacion, al esclavo de la conciencia del arte.

El nuevo huésped sintió como que se abrian en su interior todas las fuentes de la poesía al llegar a la Cartuja.

Admiraba los prados de esmeralda, que lucian al sol su coqueta tapicería de verdura; hacíale estremecer el aleteo del ave, que volando cruzaba el valle; interrogaba, como si fueran ecos de una poesía vírjen i desconocida que hablase a su alma, los susurros de los cipreses, los murmullos de las balanceadas palmas, los murmurios del jugueton arroyo; estudiaba las candorosas costumbres de aquel pueblo agrícola, que *afirma en el conocimiento de Dios con la vista de la naturaleza;* buscaba la soledad del templo para inspirarse en la oracion, con el estudio del arte i con el recuerdo de las cosas santas; deletreaba por medio de las viejas ojivas, de los calados de la iglesia, de los graciosos arquitraves i de las labradas cornizas, las memorias de otras épocas; i en fin, se subia a lo alto de los cerros para cantar en su corazon alabanzas al Dios i Señor de todo lo criado.

Este otro huésped era Piferrer.

Hé ahí, pues, como dió asilo la Cartuja, personificadas en sus tres huéspedes, a tres ideas, a tres revoluciones, a tres épocas.

Hé ahí, pues, como vivieron bajo un mismo techo, pero con distinto campo para sus pensamientos, Jovellanos, el poeta-filósofo; Jorje Sand, el poeta-delirante; Piferrer, el poeta-cristiano.

Hé ahí, pues, como, uno tras otro, allí estuvieron con ellos la filosofía, el ateismo i la creencia.

Víctor BALAGUER.

A LA ASUNCION DE MARIA.

De gloria circundada,
Al claro Olimpo dirijió su vuelo
La Vírjen hoi del suelo;
A sus plantas bellísimo lucia
El astro que platea
Las pardas nubes de la noche umbría.

De tal beldad cautivo
Su alada hueste el huracan enfrena,
No con fragor resuena
En torno suyo el pavoroso trueno,
Ni el flamíjero rayo
Vuela rasgando de la mar el seno.

La bóveda azulada
Extiéndese doquiera refuljente:
Cual adalid, al frente
De la célica turba cariñoso
El Hijo baja i sienta
La tierna madre en el dosel hermoso.

En tanto ¡ai, infelice!
Llena de luto i orfandad la tierra,
Sobre su pecho cierra
Las manos, i doliente
Los ojos alza humedecida en llanto,
A la par que suspira
Bajo la carga de mortal quebranto.

FEDERICO C. AGUILAR.

A LA PASIONARIA.

A MI QUERIDA AMIGA DOMITILA OSSA.

De las flores la primera,
Para mí la mas querida,
Entre otras flores nacida,
Yo te ví un dia en boton:
Tus misteriosos encantos
Contemplaba en lontananza
Como una bella esperanza,
Como una dulce ilusion.

I trasplantada del prado
A mi mansion solitaria,
Una triste pasionaria
Va mi mano a cultivar;
I crecerá silenciosa,
Enredada a mi ventana,

I en espléndida mañana
Veré sus flores brotar.

No hacen de tí las hermosas,
En su tímido recato,
De su seno el puro ornato
Cual la viola o el jazmin;
Ni eres tú, flor hechicera,
En la frente pudorosa
De la enamorada esposa
Emblema de amor sin fin.

En tus pálidos colores,
Hai tanta melancolía
Como hai en la selva umbría
A la caida del sol;
Como en los postreros trinos
Que el ave canora exhala
I se oculta bajo su ala
Con el último arrebol.

No es tu esencia la mas rica,
Ni tus pétalos mui bellos;
Mas, no sé que encuentra en ellos
El alma que sabe amar:
Ni tu nombre el mas hermoso
Entre las flores del prado;
Mas, al labio apasionado
Le es mui dulce pronunciar.

En tu existir misterioso,
Poética cual ninguna,
Mas que algun rayo de luna,
Mas que un idilio de amor;
I mas que el blando suspiro
De casta vírjen velada,
Que sorprende la alborada
En su célico fervor.

De esa tu faz macilenta
Me atrae dulzura tanta;
Hai algo que a mí me encanta
I me llega al corazon:
Recordando los pesares
Que han nublado mi existencia,
No sé qué aspiro en tu esencia,
Que yo respiro mejor.

Agosto 15 de 1877.

QUITERIA VARAS MARIN.

LAS MEMORIAS INEDITAS DE SAINT-ARNAUD.

El nombre del ilustre soldado que encabeza estas líneas es bien conocido. Su existencia entera, dedicada al servicio de las armas, es una gloriosa pájina en los fastos de la Francia. Africa, Crimea i el mismo Paris, rindieron mil veces testimonio de la pujanza de su espíritu i de la fuerza de su brazo.

Pero en Saint-Arnaud habia mas que el soldado: habia en él una gran cabeza i un gran corazon.

La humanidad, que fatigosamente marcha a la adquisicion de la verdad, recibe siempre con agradable sorpresa todo aquello que tienda a descorrer el denso velo que la pasion, la mentira i el dañado interes echan sin cesar sobre la historia fidedigna.

En el anecdótico estudio que nos proponemos bosquejar, guíanos un doble objeto: la justa apreciacion de un conspícuo personaje a quien cupo tanta parte en los destinos de su patria, i dar un corto empuje a la piedrecita que desde la cima del monte se precipita hasta llegar a los piés de lodo del ídolo, que los contemporáneos llamaron *Napoleon III;* al cual sin duda las jeneraciones venideras le agregarán un adjetivo: *El Pequeño.*

I.

Saint-Arnaud habia nacido en Paris el 20 de agosto de 1801. Su padre, esclarecido jurisconsulto, sentó durante algun tiempo en los sillones del parlamento, llegando a ocupar poco despues la prefectura de esa ciudad.

Saint-Arnaud perdia a su padre a los cinco años; pero en su buena madre encontró el mas solícito cuidado por atender a su educacion.

Del liceo *Napoleon* pasa a enrolarse entre los guardias de corps. Llega poco despues a subteniente, incorporándose en seguida en el 41 de línea. El año de 1822 le vió combatir por la independen-

cia de los Helenos, hasta que despues de algunas excursiones viajeras se reincorpora en el ejército frances. La insurreccion de la Vendée presencia ínclitos esfuerzos de valor del jóven militar. Encargado de custodiar a la duquesa de Berry en su viaje a Palermo, expídese en esta mision con un tacto exquisito, ganándose la mas completa estimacion de la princesa. Su coraje en el asalto de Constantina (1837) le vale la cruz de la lejion de honor. Despues de haberse distinguido en varios combates, obtuvo el grado de jefe de batallon. Recorre en seguida la escala militar hasta su pináculo, agregando dia a dia nuevos laureles a su glorioso pasado.

La reduccion de las tribus de Kabylie mostró sus talentos militares bajo una faz de la mayor importancia. Mas de veinte combates pusieron de relieve el valor del ejército frances i de su jefe, sometiendo un enemigo constituido en fuente de perpétuas inquietudes i peligros para la colonia. Como recompensa merece ser nombrado jeneral de division; poco despues (1851) ocupaba un puesto en un teatro de mas vastas proporciones: era nombrado comandante de la 2.ª division del ejército de Paris. Luego le vemos nombrado ministro de la guerra, restableciendo la disciplina militar, tan comprometida con las revueltas del 48. Viene finalmente el golpe de Estado, realizado mediante la poderosa influencia de Saint-Arnaud.

Desde ese momento, la campaña de Crimea es el hecho mas culminante de su vida.

Poco tiempo habia trascurrido desde la memorable victoria de Alma, cuando el capitan frances deponia el mando en el jeneral Canrobert. La fuerza de su crónica enfermedad se sobreponia a su espíritu. Desde tal momento, su única i mas elevada inspiracion fué el vivísimo deseo de volver a pisar el suelo natal. ¡Triste desengaño! Solo sus despojos llegaron para recibir el último cuanto sentido homenaje de un pueblo agradecido. No es el bronce el que perpetúa la memoria de los grandes hombres: su apoteósis está en el venerado recuerdo que de ellos conserva la humanidad justiciera.

II.

El dia mismo que las cenizas del mariscal entraban a Paris i eran depositadas en la tumba de los Inválidos, Napoleon escribia a la viuda una carta de pésame, concebida en estos términos: "Nadie como yo, señora, parte con vos el inmenso pesar que os oprime. El mariscal se plegó a mi causa el dia que, abandonando el Africa para tomar la cartera de la guerra, prestaba su concurso para restablecer el órden i la autordad en este pais. Asoció su

nombre a las imarcesibles glorias de la Francia el dia que, despreciando pusilánimes advertencias, puso el pié en Crimea para ganar con lord de Raglan la batalla de Alma i abrir a nuestro ejército el camino de Sebastopol. He perdido en él un amigo probado en trances difíciles, como la Francia ha perdido con su muerte un soldado pronto a rendirle vida i sangre en el momento del peligro."

¿Hasta qué punto esas palabras del César frances eran sinceras? Las inéditas memorias de Saint-Arnaud, que han visto tímidamente la luz despues de la caida del imperio, i cuyo arsenal de revelaciones no tientan aun la codicia de los editores por razones de oportunidad i conveniencia, contienen una pájina curiosa, i cuya relacion hemos escuchado con vivo interes de los labios de una persona altamente honorable.

La expedicion a Crimea, mandada por Saint-Arnaud, desplegaba sus velas el 24 de abril de 1854. El año ántes, es decir, a principios de 1853, el mariscal habia estado postrado en su lecho, experimentando los primeros efectos del terrible mal que dominó desde entónces su organizacion, i que pronto terminó por conducirle al sepulcro.

Napoleon, sabedor del estado de salud de Saint-Arnaud, manifestó estar poseido de una dolorosa impresion, diciendo a las jentes que lo rodeaban que la pérdida de ese *brazo derecho* haria desaparecer uno de los pilares mas sólidos, en los cuales se sustentaba el edificio recientemente construido.

Volvemos a repetirlo: ¿esos sentimientos eran sinceros? Abramos una pájina de esas memorias i descorramos el velo que cubre un dia luctuoso de la historia contemporánea.

Asegura Saint-Arnaud, que ántes de zarpar a la cabeza de la division de Crimea, le vino a mientes cierto dia una idea saludable. Dirijióse hácia la residencia de los Jesuitas, situada en la calle de Sèvres, núm. 36. Habiendo hecho venir a uno de los padres, antiguo amigo suyo, le suplicó le recibiera su confesion. Al concluir, i estando ya para marcharse, Saint-Arnaud se levantó i dirijiéndose al confesor en tono un tanto acre, le dijo:

—Ahora, padre, tengo que confesaros un secreto, de hombre a hombre.

—El que querais, mariscal: estoi a vuestras órdenes, replicóle el jesuita.

—Padre, dijo (sacando cautelosamente un rollo de papeles que llevaba oculto i poniéndolo en manos de su interlocutor) hé aquí mis memorias. Os las confío para que os procureis una persona a cuyo solícito cuidado estén hasta mi muerte. Sí, os digo hasta mi muerte, porque mui presto me pondré a la cabeza de la cohorte que lleva el estandarte de la Francia a flamear sobre los muros de la antigua Bisanzio. I os lo juro, de esa campaña no volveré; si la bala del cosaco me perdona, el puñal del *traidor* me matará.

El jesuita dió parte al superior, el cual le ordenó que en el instante mismo pusiese en otras manos esos papeles. Ellos han permanecido bajo la respetuosa guarda de una honorabilísima familia, vijilando ese tesoro, que habia adquirido un doble valor despues de la temprana muerte de su autor.

Despues de la proclamacion del 4 de setiembre, cuando lo mas oculto en los cofres i armarios de las Tullerías, era la presa ansiada del odio i de la venganza contra el segundo imperio; despues que la imprenta arrojó a millares hasta la revelacion mas íntima e individual de la familia destronada; era bien natural que los sellos se rompiesen en los papeles que podian contener algun dato histórico para hacer luz en el tenebroso e intrincado gobierno de aquel que la posteridad llamará el nuevo Augústulo o sea el último de los Césares.

Las memorias de Saint-Arnaud contienen gran acopio de datos, guia poderosa para escapar del laberinto que mantiene entre espesas sombras la verdad de muchos hechos.

Hemos recordado la enfermedad que sufrió el mariscal a principios del 53. Hemos recordado las sentidas palabras del emperador. Veamos qué pensaba sobre ellas el mismo Saint-Arnaud. El criterio histórico, que marcha a duras etapas a la posesion de la verdad, debe sostener rudas campañas ántes de conseguir su objeto. Pero al fin ese objeto se consigue, la luz se hace, i entónces solo aparece el dedo de Dios rijiendo los destinos de la humanidad.

Hé aquí, mas o ménos, como se expresa el mariscal.

"Napoleon, dice, me odiaba; era yo su fantasma; la figura del rei que me aparecia a ese Hamlet, en el banquete, en el lecho, en el gabinete, en la ciudad, en todas partes. Es cierto que cooperé, mandando las fuerzas de Paris, al golpe de Estado del 2 de diciembre; es cierto, i mui cierto, que ví a ese enano temblar al poner sobre su mesa la órden a los cuarteles, i que firmó teniendo yo apoyada mi pistola contra su pecho. Verdad es igualmente que yo condené ese golpe con la enerjía de mi corazon de soldado, i cedí solo ante el alud de la demagogia que se venia sobre nuestras cabezas. Jamas halagué al aventurero, i la entereza de mi espíritu me enajenó su voluntad i le hizo jurar mi ruina. Penetrado de que ese hombre me necesitaba, siempre creí que mi desgracia no seria vulgar: se jugaba el todo por el todo, i desde ese dia me preparé a una muerte trájica. La marcha de los sucesos ha venido a confirmar mis aprensiones.

"Habiendo caido enfermo a principios del 53, corrió por todo Paris que mi estado era compromitente. Recibí infinitas manifestaciones de aprecio, i entre ellas una visita, que paso a referir. Una tarde, absorto yo en mi lecho con el pensamiento del porvenir de la Francia, mi sirviente me anunció a un mensajero del emperador. En tiempo de Condé, Turenne i Villard, los reyes

honraban con su visita la mansion de los soldados que habian mantenido el honor i la estrella límpida de la monarquía. Richelieu, el gran político, cerraba, puede decirse, los ojos en brazos de Luis XIII. Mazarino daba su último adios a ese déspota intelijente que los siglos llamarán siempre Luis el Grande. En tiempos de *Napoleon el Pequeño*, el vencedor de Alma recibia, en nombre de su amo, a Orfila, decano de la facultad de Paris i autor del mejor tratado de toxicolojía.

"Sabeis lo que esa ciencia enseña ¿no es verdad? Sí: la toxicolojía es la ciencia de los venenos i contra-venenos. El ajente destructor i el reactivo reparador. El asesino alevoso i el salvador oportuno. Pues bien, vuelvo a repetirlo, Orfila venia a informarse de mi salud, ofreciéndome en su nombre, i en el del emperador, sus servicios profesionales.

"Confieso injenuamente que caí en el lazo. Acepté, conmovido por un íntimo sentimiento de gratitud, i aun mas diré, de arrepentimiento, los servicios que me brindaba aquel a quien yo odiaba en el fondo de mi corazon."

Hasta aquí sus palabras. Estractamos, en obsequio a la brevedad, el resto de la relacion.

Saint-Arnaud manifestóse para con Orfila sumamente impresionado. Díjole que aceptando tales servicios, esperaba de sus profundos conocimientos el remedio de sus dolencias, pero que se permitia rogarle le comunicase el diagnóstico que pudiera formar, sin ambajes ni temores. Orfila empeñó su palabra que así lo haria i procedió a hacer el mas minucioso exámen del paciente.

Despues de concluir, el decano sentóse al pié del lecho; luego, fijando una mirada serena en el mariscal i con voz calmosa, dijo:

—Mariscal, con la sinceridad del hombre que desea vuestro bien; que, por otra parte, conoce la magnanimidad de vuestro espíritu, os debo confesar que reputo mui grave vuestro estado. El asiento de la enfermedad está en el hígado; pero, a mi juicio, compromete tambien los riñones. Reputo, injenuamente, que el tratamiento ordinario seria estéril: la enfermedad toma cuerpo i nada conocido contendria su acelerado desarrollo. Sabeis, mi querido mariscal, agregó, que mis estudios en la toxicolojía, labor en la cual he gastado los dos tercios de mi vida, me han dado el secreto de muchas sustancias. Poseo un específico, de cuya virtud no puedo dudar, en atencion al resultado que he adquirido en mil experiencias. ¿Quereis que probemos?

Saint-Arnaud, abatido i como tentando un esfuerzo supremo, aceptó. Orfila entónces se despide, prometiendo al mariscal volver al dia siguiente trayendo el medicamento. No refieren las memorias qué pensamientos lucharon en el corazon de ese hombre, cuya vida se jugaba en una sola carta. Parece que el enfermo nada sospechó, o al ménos ha creido reservar sus sentimientos a este respecto.

Llega el dia siguiente; el reloj da las tres de la tarde, i, dos minutos despues, el camarero anuncia al mariscal la misma visita de la víspera. Era Orfila, llevando en su mano izquierda un pomo que podria contener doscientas gotas de un líquido negruzco. Saint-Arnaud recibió de boca del doctor las indicaciones para el uso del remedio; prometió seguirlas al pié de la letra, i en seguida echóse a charlar sobre asuntos indiferentes. Media hora despues Orfila se despedia, diciendo que haria su tercer visita a las nueve de la mañana siguiente.

—Con que, doctor, exclamó el mariscal, ¿cuatro gotas en una pulgada de agua en un vaso, cada dos horas, verdad?

—Sí, repuso Orfila, pero si la parte anestisiaca que he agregado, produjese en las primeras lociones algun desarreglo, reducid a solo dos gotas.

—Convenido. Adios, doctor; gracias. Espero que vuestra visita de mañana ya cambie vuestra desagradable opinion sobre mi estado.—Orfila se inclinó i salió

—¿Habeis comprendido, Remy?

—¡Señor! sí, replicó el camarero.

III.

Cae la tarde: la nieve cubre con su blanco manto esa *buena* ciudad de Paris. Estamos en uno de los postreros dias de invierno: dias de contento i alegría populares, en que las jornadas del carnaval enloquecen al habitante del Sena, haciéndole olvidar el frio i muchas veces hasta el pan. Todo está en correr tras la procesion de arlequines que, con tímpanos i bulla infernal, acompañan el *Buei Gordo*, preparado para servir de sustancia a los suculentos caldos de *Duval*.

Una tristeza suma se apodera de Saint-Arnaud. Dirije sus demacrados ojos con pálida mirada hácia el específico que desde la salida de Orfila apretaba trémulo entre sus manos. Momentos despues de una duda ajitada, se incorpora i dice: ¡probemos! Coloca algunas gotas en un vaso i bebe.

—Agradable sabor, exclama. Orfila es, sin duda, el rei de la ciencia.

Algunos instantes habian transcurrido i el paciente, bajo la influencia de un suave narcótico, entraba en un sueño apacible i que se prolongó hasta pasadas las nueve de la noche. Al despertar repitó la dósis: los efectos fueron ya diversos. Produjose una descomposicion súbita en el organismo: vahidos a la cabeza i náuseas violentas le sobrevienen. ¿Qué pensar? Miéntras tanto el malestar se desarrolla i una trájica idea, rayo de Dios, cruza su frente.

—¡Remy, Remy! exclama el mariscal.

Acude el camarero i encuentra al enfermo poseido de una exaltacion nerviosa, que podia atribuirse a delirio.

—Remy, repite, ¡¡me han envenenado!!

—Señor, ¡santos cielos! ¿qué decis? ¡No puede ser!

—El plan llevado a cabo, me.... si....

—¡Señor! exclama Remy, despavorido, ¿qué teneis?

Saint-Arnaud enmudece, se recuesta sobre su almohada; pasea su vista por su aposento, con aliento precipitado. Remy quiere llamar, pero su amo le contiene.

Instantáneamente el malestar desaparece i vuelve a su estado natural.

—Me siento mejor, dice; ¿me habria engañado?

—No lo dudeis, señor, exclama Remy con voz un tanto conmovida.

Transcurren algunos minutos. Remy continúa a corta distancia de la cama, esperando algunas palabras de su señor.

—En todo caso, vuelve a decir Saint-Arnaud, la intencion es conocida: sí, no es posible titubear: comprendo cuanto de infame hai en el siniestro proyecto que se ha querido llevar a cabo: Orfila ha pretendido envenenarme, cumpliendo quizás la órden que habia recibido. Pero me ocurre una idea. Mañana a las nueve debe volver el español para informarse de mi salud. Le hareis entrar i una vez dentro cerrareis la puerta. Ahora, agregó, pasadme mis pistolas. ¿Están cargadas?

—Sí, señor, replicó Remy, cumpliendo la órden con cierta confusion.

El respeto al amo sellaba sus labios.

IV.

Excusado parece decir que la visita de la mañana siguiente no se hizo aguardar. La entrada de Orfila al aposento del enfermo coincidia con el golpe de las nueve en el reloj de los Inválidos.

Ofrécese ahora al espectador una escena del mas alto interes. El médico, ántes de saludar al paciente, dirije una mirada penetrante al frasquito que contenia el específico: nota con visible desagrado que el nivel no ha descendido: su rostro se muda i durante el corto intervalo en que estas impresiones se suceden, Saint-Arnaud se encuentra como espectro evocado, teniendo sus dos pistolas apoyadas al corazon de Orfila i con la otra el pomo, que precipitadamente ha tomado del velador.

—Ahora, le dice frenéticamente, a vos os corresponde beber. ¡I si no!....

—Jeneral, replicó el español con inimitable sangre fria i dominio de sí mismo, ¿habeis dudado?.... ¿Habeis creido?....

—Nada, asesino, bebed, bebed.

Orfila coje el pomo, lo mira con diabólica sonrisa, i llevándolo a sus labios, bebe su contenido con estoica entereza.

—Luego, la prueba es convincente, añade. ¿Veis, mariscal, que esa falsa imputacion se vuelve en contra vuestra?

Saint-Arnaud, atónito, presa de los mas violentos impulsos de un corazon, al cual, la idea de la negra venganza ha herido de muerte, se echa sobre su cama i tira con insistencia el cordon de la campanilla.

Aparecen dos sirvientes.

—¡Al señor en la biblioteca, por veinticuatro horas! ¡Que las puertas permanezcan herméticamente cerradas!

Cosa incomprensible: Orfila se deja cojer por el brazo del camarero, sin oponer la mas lijera resistencia.

Permanece encerrado durante veinticuatro horas. Espiradas éstas, sale, paso lento i mesurado, de esa mansion; diríjese a casa de una antigua nodriza que habitaba una bohardilla del barrio Saint-Antoine. Despues de tres dias, abandona ese sitio i diríjese a su hotel.

V.

El 15 de abril de 1853, Napoleon recibia del jeneral Saint-Arnaud un billete, en el cual se leian estas palabras:

"Señor: No puedo ménos de acompañaros en el justo pesar que V. M. experimenta por la muerte del sabio Orfila. Es un duelo para la ciencia i un duelo para V. M., que contaba en él un fiel servidor. Recuerdo aun el dia que vino en vuestro nombre a imponerse de mi estado. ¡Hoi, que ya recobro nuevamente la vida, mi primer acto es dirijirme a V. M., tributándole mis mas rendidas gracias.

"Aceptad, señor, etc."

¿Era Orfila culpable? ¿Hubo por parte de Napoleon el siniestro propósito de hacer desaparecer trájicamente a Saint-Arnaud? El episodio de las alhajas i el duelo de un pintor, que reservamos para otra ocasion, nos dará un grado mas de luz.

Miéntras tanto bien se puede dudar de la autenticidad de un episodio que echa por tierra la reputacion de un sabio. La fama i estimacion que rodean a Orfila, le han merecido un lugar distinguido en el templo de la ciencia. Por eso, volvemos a repetirlo, hacemos mil reservas hasta nuestro próximo estudio.

Por ahora basta decir: *Si non é vero, é ben trovato.*

¡Diójenes! ¡Diójenes! tú, al brillo del sol, te valias de una vela para buscar un hombre: hoi, la verdad histórica no solo se oculta a la humanidad que la enjendra; ¡quisiera tambien huir del ojo de Dios!

Santiago, agosto de 1877.

C. T.

RECUERDOS.

(A MI AMIGO C. M.)

Quiero, amigo, que juntos recordemos
El misterioso tiempo del pasado,
Ese eden de venturas encantado,
De la hermosa, primera juventud.
¡De esa edad, en que llena de inocencia
Contempló nuestra tierna fantasía
La verdad, la belleza i poesía,
El placer, el amor i la virtud!

¿Te acuerdas de esas horas deliciosas,
Cuando íbamos en grata compañía,
Sonrientes de amistad i de alegría,
Del follaje a la sombra a reposar?
¿I allí, en la verde yerba reclinados,
Refrescaba la brisa nuestra frente,
I al arrullo del ave i la corriente
Empezábamos dichas a forjar?

Allá, a lo léjos, las nevadas cimas
Del Andes, siempre majestuoso i bello;
Acá, ese triste, postrimer destello
Del sol, muriendo en el ocaso ya.
Aquí, la alfombra de los verdes campos,
Doquier cubierta de silvestres flores,

De la tarde los lánguidos rumores,
Precursores de muda soledad.

¡Horas benditas, que en el tiempo huyeron,
Dulces recuerdos de perdida calma
A cuyo influjo se estremece el alma
Henchida de placer i de emocion!
¡Todo ese cuadro de infantiles goces
Grabado llevo en la memoria mia
Cual un eco de plácida armonía
Que inunda de delicia el corazon!

¡Ah! yo siempre recuerdo aquellas sombras
De la fresca arboleda deliciosa,
De tu casa paterna venturosa,
Do nuestra infancia se pasó fugaz.
¡Allí, escuchando alborozados trinos,
Unidos por el mismo sentimiento,
Se deslizaron con feliz contento
Nuestras horas mas dulces de amistad!

Allí forjamos ilusiones de oro
Del porvenir en el brillante cielo,
Latiendo el pecho en ardoroso anhelo,
Fija la vista en el espacio azul.
I entre esos sueños de la mente jóven
Quizá entrevimos, de placer radiante,
Una vírjen hermosa, tierna, amante,
Envuelta en albo, vaporoso tul,

Que nos miraba con feliz sonrisa,
Llena de hechizo celestial, divino,
Mostrando a nuestras almas un camino
De dicha i gloria, de inmortal pasion.
Que en nuestras horas de pesar amargo
Cariñosa enjugaba nuestro llanto
Con sus caricias de indecible encanto,
Embriagando de amor al corazon.

¡Ah, tú la viste: tu fugaz ensueño
Se ha convertido en realidad bendita
I ya tu pecho con amor palpita
En puro, tierno, sin igual placer!
Tú la llevaste ante el altar sagrado
I coronaste de azahar su frente,
I has posado en su seno dulcemente
Tu delirante, fatigada sien.

¡Ella, tu amiga i compañera eterna,
Cual un ánjel de célicos amores,
Va esparciendo en tu senda bellas flores
De ternura, de dicha i de virtud!
¡Qué bien así se pasará tu vida
En ese hogar de plácidas delicias,
De placer i de amor entre caricias,
Al dulce arrullo de feliz quietud!

¡I yo entre tanto por el mundo marcho
Con alma triste, con cansados ojos,
Del sendero fatal en los abrojos
Sintiendo el pecho de dolor morir!
Ayer no mas me prometió la tumba,
En su lecho mortal, dulce reposo,
I hoi que sereno el corazon gozoso
Vuelve a la vida ¿qué será de mí?

¡Ah! ¿quién lo sabe? ¡si mi vida amarga
Un cáliz probará de desventura,
O entre sonrisas de una dicha pura
En brazos del amor se adormirá!
Pero ¿qué importa el porvenir oscuro
Si dentro el pecho vigoroso late
El jóven corazon que no se abate
Ante ruda i deshecha tempestad?

¡Pobres viajeros, por igual camino
Enviemos hácia atrás nuestras miradas
De la infancia a las horas encantadas,
Llenas de ensueños de placer i amor;
I en ese eden de las primeras glorias,
Perfumado de paz i de inocencia,
Al recuerdo feliz de su existencia,
Retemplemos la fé del corazon!

JUSTO MOLINA.

IDILIO ALEGORICO.

En el prado florido
Que el Helicon domina,
Cabe una verde encina,
Un tiempo, corderillo, oí tu balido.

Para hacerte propicio
El severo destino
Te ofrecí de contino
De la amistad mas tierna el sacrificio.

El Poder Soberano
Que a los hombres dirije
Sepáranos i exije
Que una víctima ofrezca nuestra mano.

¡Tú, del redil encanto,
Amable corderuelo,
Serás en este suelo
Presa del lobo, objeto de mi llanto!

¡Ai, cuánto yo lo siento!
¿Mas, puedo sin cayado
Al pasto acostumbrado
Llevarte al son del caramillo atento?

Inocente ovejuela,
Feliz puedas tus dias
Sin las caricias mias
Leda pasar; tu dicha me consuela.

La Pastora Divina
Te defienda clemente;
Ella tu riesgo siente,
Ella benigna en tu favor se inclina.

Si te proteje amable
I derrama sus dones
Sobre tí, mis canciones
Su nombre harán mas que el acero estable.

Guatemala, mayo 30 de 1860.

DESPEDIDA A UN AMIGO.

¿Al suelo de Granada
Te vas, mi dulce hermano,
I el alma traspasada
Con un puñal tirano,
En esta tierra mísera
Me dejas? ¡Ai, adios!

Los años venturosos
Que diéramos unidos
A Palas, presurosos
Volaron, i aflijidos
Nuestros pechos las últimas
Prendas se dan de amor.

Tú de mis penas fuiste
Asíduo compañero,
Conmigo tú seguiste
Por el feliz sendero
Que a la morada fúljida
Va recto a terminar.

¡Oh, fuera yo a tu lado,
A la falda florida
Del Tolima nevado,
Donde a los dos la vida
Sus primeros crepúsculos
Nos hizo disfrutar!

Los prados que nos vieron
Compartir nuestras penas,
Los collados que oyeron
En sus cumbres serenas
Nuestras sinceras pláticas
Ya mas no nos verán.

¡Cuán triste i angustiada
Hoi el alma suspira,
I en la mente ofuscada,
Que en soledad se mira,

Cuántas tiernas imájenes
Se agolpan sin cesar!

¿Tu ausencia será eterna,
O volveré algun dia
A dirijirte tierna
Mirada de alegría
Que estreche mas el vínculo
Que la amistad formó?

El sacrificio es duro,
Mas quiero jeneroso
En holocausto puro,
Ante el árbol glorioso
Ofrecerlo del Gólgota,
Donde Jesus murió.

El ara, que bañada
Quedará de mi llanto,
A tu alma traspasada
De tédios i quebranto
Señalará sus mármoles
En prenda de mi amor.

¡Adios, oh tierno amigo!
Parte, pues Dios lo ordena;
Al cielo yo contigo
He de volar sin pena:
En este mundo pérfido
¡Adios, por siempre adios!

Guatemala, mayo 27 de 1860.

FEDERICO C. AGUILAR.

LAS ARPAS MUDAS.

La vírjen poesía,
Huyendo de los hombres,
Se pierde en las profundas
Tinieblas de la noche.
Las arpas enmudecen,
I el eco no responde
Si no a los broncos gritos
De cien revoluciones.

¡Ai, cuando la tormenta
Cierne sus negras alas,
La tímida avecilla
Se oculta i tiembla i calla!
¿Qué valen sus gorjeos
Ante la voz airada
Del trueno que retumba
En valles i en montañas?

¡Qué cambio i qué contraste!
Ayer llenaba el mundo
La inspiracion sublime
De Schiller, Byron i Hugo.
Hoi sobre nuestras almas,
Que envileció el tumulto,
Parece que gravita
La losa de un sepulcro.

Miraban nuestros padres
El despertar de un siglo:
Nosotros, a sus hondas
Angustias asistimos.
En su entusiasmo ardiente
Su cántico era un himno.
El nuestro, ¡oh desventura!
El nuestro es un jemido.

Cuando despues de aquella
Sangrienta sacudida,
Que derribó en el polvo
La sociedad antigua,
Con su potente mano

La santa poesía
Logró sacar ileso
A Dios de entre las ruinas;

Cuando en estéril roca,
Entre el rumor confuso
Del mar, agonizaba
En su aislamiento augusto
El águila altanera,
Tan grande en su infortunio,
Que de sus curvas garras
Tuvo suspenso el mundo;

Entónces, como el jérmen
Oculto que despierta
I rompe vigoroso
La cárcel que lo encierra,
Sobre las viejas ruinas
Brotaron por doquiera
La relijion, la gloria,
La libertad, la ciencia.

¡Siempre el dolor fecunda!
La tierra, nuestra madre,
Sufre el agudo arado
Que sus entrañas abre;
El mar tiene sus roncas
I oscuras tempestades,
Su duda el pensamiento,
La relijion sus mártires;

Todo lo grande surje
De este combate eterno,
Como la luz del choque
Del pedernal i el hierro.
¡Felices nuestros padres,
Que entónces recojieron
La miés ántes regada
Con llanto, sangre i cieno!

¿Es raro que el poeta
Alzase himnos de gloria
A Dios, que renacia
De entre sus aras rotas?
¿Es raro que cantase
La alborozada Europa
Al nuevo sol, naciendo
De la impalpable sombra?

Pero hoi, ¿qué alegre canto
Entonarán las musas?
La llama del incendio
Nuestro camino alumbra.
La libertad, seguida
De alborotadas turbas,
Arrastra por el fango
Sus blancas vestiduras.

El entusiasmo espira
En lecho de dolores:
Atónita i turbada
La fé su venda rompe,
I caen de sus altares,
Bajo insensatos golpes,
La patria, la familia,
Los reyes i los dioses.

¡Todo se anubla, todo
Choca, todo está herido!
Pide, estragado el arte,
Su inspiracion al vicio,
I entre el alegre estruendo
De infames regocijos,
La sociedad oscila
Sobre el oscuro abismo.

¡Poetas! Hasta tanto
Que la borrasca pase,
Colguemos nuestras arpas
De los llorosos sauces.
Talvez cuando la tierra
Nuestros despojos guarde,
El viento las sacuda
I vibren, jiman, canten.

Talvez cuando del tiempo
Se amanse la corriente,
Nuestros felices hijos
Piadosos las descuelguen.
¡Quién sabe! Aunque las densas
Tinieblas nos envuelven,
No eres eterna, ¡oh noche!
¡Dolor, no duras siempre!

Junio de 1873.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

BANQUETE

OFRECIDO A

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

Los numerosos amigos personales de nuestro estimado colega Juan Zorrilla de San Martin, i muchos distinguidos e intelijentes jóvenes literatos de esta capital, entre los cuales estaba por cierto bien representado el grupo de La Estrella de Chile, ofrecieron el 23 del presente en el Gran Hotel un lucidísimo banquete a nuestro colega i amigo para felicitarlo i aplaudirlo por la publicacion de su bellísimo libro *Notas de un Himno*.

Zorrilla, despues de la entusiasta i significativa manifestacion de que fué objeto el juéves, debe con razon sentirse orgulloso; i todos sus amigos i compañeros de tareas estamos, con él i en él, de parabienes. Una manifestacion tan espontánea, tan calorosa, tan desinteresada, hecha a un jóven extranjero que mañana volverá al seno de su patria i quizás no tornaremos a ver, una manifestacion que no ha sido inspirada sino por un sentimiento de justicia, honra sobremanera al que es objeto de ella, i ¿por qué no decirlo? honra tambien a los que la concibieron i realizaron.

I a la verdad que el jóven autor de las *Notas de un Himno* merece de sobra los aplausos que recibió en el banquete del juéves, que ha sido para él, a no dudarlo, uno de los momentos mas felices de su vida.

No es comun, sobretodo en América, que, a un poeta i a un poeta de veinte años, i léjos de su tierra natal, sonria la gloria literaria i que manos entusiastas aplaudan con sinceridad i con entusiasmo, sin interes i sin envidia, i ciñan de laureles la frente del poeta. Eso no es comun en la América Española, donde, apénas surje un talento i comienza a levantarse una reputacion, la indolencia hace el vacío del silencio en torno del talento i la envidia se ase del calcañal del que va subiendo, para que no suba, i si llega a subir, sea llevando a la envidia como pesado lastre. Dar aire, estímulo, aplausos i coronas al talento i sobre todo al talento juvenil, celebrar como una fiesta, con fraternal regocijo, un triunfo literario, es mui poco comun en la América Española, donde apénas si se vé el ejemplo de sociedades de elojios mútuos i baratos en que el compadrazgo político fabrica reputaciones de baraja.

Felizmente, en Chile, vamos reaccionando algun tanto contra

esas mezquindades. I ello nos complace, tanto mas, cuanto que la reaccion ha sido iniciada en el campo católico. Cárlos Walker Martinez, Anjel Custodio Vicuña i Antonio Espiñeira, con motivo de sus estrenos como autores dramáticos, han sido objetos de espléndidas ovaciones. Ahora podemos agregar la que el juéves recibió Juan Zorrilla, con motivo de sus *Notas de un Himno*, i esta última es tanto mas significativa cuanto que Zorrilla ni siquiera es chileno.

***

El señor don José Arrieta, ministro residente de la República Oriental en Chile, que habia sido invitado al banquete, envió la carta que a continuacion insertamos i cuya lectura, hecha por el señor don Ventura Blanco, fué recibida en medio de entusiastas aplausos. Es como sigue:

"Señor don Cárlos Walker Martinez.—Santiago, agosto 23 de 1877.—Mi mui apreciado i simpático amigo: Siento haber recibido la atenta nota de Ud. despues de contraido un compromiso con varias personas que me obliga a permanecer en mi casa para recibirlas, en las mismas horas en que debiera agradablemente asociarme a Uds. en el banquete con que piensan obsequiar hoi a mi aventajado compatriota i amigo el señor Zorrilla de San Martin.

"Sin esta circunstancia, que, repito una i otra vez, me contraría sobremanera, me habria hecho no solo un deber sino un honor en acompañar a Uds.; pues nada me seria mas grato que formar parte de una manifestacion que considero como un galante i merecido obsequio al jóven compatriota i como un poderoso estímulo que, nobles i buenos amigos, le presentan para que continúe en la carrera en que con tanto éxito se ha iniciado.

"Con verdadero orgullo de nacionalidad, he observado las simpatías que, en relacion a otras nacionalidades, ha tenido la fortuna de captarse la pequeña colonia uruguaya, entre la juventud progresista i entusiasta de Santiago. Como representante del Uruguay, i sobre todo, como oriental, estoi altamente agradecido a mis jóvenes compatriotas i a los nobles i jenerosos hijos de Chile, pues ellos son los que contribuyen en primera línea a estrechar los vínculos de simpatía i fraternidad entre ámbas Repúblicas. Las consideraciones i sincero aprecio que mi amigo Zorrilla de San Martin i otros han logrado conquistarse entre la juventud chilena, son eslabones que en el porvenir no podrán ménos que estrechar mui cordialmente las relaciones entre Chile i el Uruguay.

"Voi a deber a Ud. el servicio de que comunique a mi compatriota i amigo el pesar de no haber podido acompañarlo, indicán-

dole que las *Notas de un Himno* dejan entrever los puros i alentados sentimientos del que, siendo hoi una esperanza para mi patria, llegará un dia, en que siendo realidad, produzca grandes bienes a esa jóven República. ¿I en qué mejor ocasion podré pagarle la deuda de gratitud, por sus trabajos en bien de la patria, que publicó en el cuaderno de la Exposicion Internacional, sino en la presente, en la que lo festejan con cordialidad sus amigos? Que reciba por lo tanto, en este dia, mis agradecimientos por ese bello trabajo i mis deseos por su felicidad i por que siempre se encuentre rodeado, como hoi, de amigos i afecciones francas, leales i desinteresadas.

"A Ud., mi buen amigo, le debo tambien agradecimiento por la parte que ha tomado en esta manifestacion a mi apreciado compatriota, i por el móvil que ella tiene; quedando siempre de Ud. mui adicto i S. S.—J. Arrieta."

*
* *

Ya que no podemos dar a nuestros lectores una idea cabal del entusiasmo i de la cordialidad que reinaron en el banquete dedicado a Zorrilla, vamos siquiera a acudir a nuestros recuerdos para reproducir, con la posible fidelidad, algunos de los bellísimos brindis que en él se pronunciaron. Perdónennos sus intelijentes autores si, por la flaqueza de nuestra memoria, hacemos desmerecer las brillantes ideas realzadas por ellos con la belleza de la forma en que las expresaron. Hélos aquí:

El señor Walker Martinez (don Cárlos): Señores: Me he tomado la libertad de invitaros a esta pequeña, pero cariñosa fiesta, en honor del jóven poeta Juan Zorrilla de San Martin, porque pensaba, i no me he engañado, que vosotros aceptaríais benévolos mi invitacion para rendir un tributo de aplausos al brillante talento que ha venido a buscar en nuestra hospitalaria tierra la cuna de la gloria literaria.

¡I bien lo merece el bardo elocuente que ha puesto su númen al servicio de todos los sentimientos jenerosos del alma, cantando, en hermosas estrofas, a Dios, a la virtud i a la patria! ¡I bien lo merecen las inspiradas pájinas arrojadas al viento de la publicidad por nuestro jóven amigo, i de las cuales cada una es un tesoro de armonías!

¡Os invito a beber la primera copa por el autor de las *Notas de un Himno!*

El señor Zapiola (don José): Señores: El jóven amigo a quien hoi estrechamos la mano felicitándolo por su primer triunfo lite-

rario, se ha granjeado entre nosotros una distinguida estimacion, no tan solo por su fecundo talento, sino tambien por sus firmísimas convicciones relijiosas confirmadas por su conducta.

Nuestro amigo regresará en breve al seno de su patria. Yo, desde entónces, no le volveré a ver.... Una copa, señores, por que, cuando alguno de vosotros le vuelva a ver en su patria, pueda estrecharle la mano con la misma efusion que hoi i decirle: ¡Eres el mismo que cuando tenias veinte años!

El señor Blanco Viel (don Ventura): Al subir la escalera del hotel, un amigo, con quien me encontré, me preguntó qué circunstancia me traia aquí. Le dije:—Vengo a una fiesta de amigos para felicitar a Juan Zorrilla de San Martin por sus *Notas de un Himno*.—Las he leido, repuso mi amigo.... Son un precioso ramillete de flores tropicales.

I en efecto, señores: las inspiraciones de Zorrilla tienen toda la ufanía, el gallardo colorido i el perfume de las flores que brotan al calor del sol de los trópicos; todo el encanto de una imajinacion oriental.

Señores: por el jóven poeta que ha enriquecido la literatura sud americana con ese hermoso ramillete.

El señor Gumucio (don Rafael B.): Las *Notas de un Himno* son un motivo de lejítimo orgullo para La Estrella de Chile, en cuyas pájinas se han publicado muchas de las bellísimas poesías de Zorrilla. Por eso espero que mis queridos compañeros del Directorio de La Estrella de Chile no me negarán en este momento su representacion para pedir una copa por nuestro amigo i colega Juan Zorrilla de San Martin, cuyo triunfo literario redunda en honra de La Estrella de Chile i de su Directorio.

El señor Tocornal (don José): Con el mayor placer me asocio a los aplausos de que en este momento es objeto nuestro amigo Zorrilla de San Martin. Su libro *Notas de un Himno*, que he leido con sumo interes, revela un talento distinguido i dotes poéticas de primer órden. Reciba el señor Zorrilla mis mas cordiales felicitaciones.

El señor Walker Martinez (don Joaquin): Voi tambien yo, señores, a formular una idea i a pedir por ella una copa jeneral.

No soi literato i carezco, por consiguiente, de títulos para saludar a nuestro amigo Zorrilla como hombre de letras. Pero, soi hombre de ideas, hombre de escuela, hombre de lucha, i como

tal, admiro en Zorrilla al poeta que canta las ideas que profeso, al discípulo formado en la escuela a que pertenezco, al soldado que defiende la causa que yo amo; i alzo mi copa para pediros un voto de aplauso a nuestro amigo, en su carácter de hombre de ideas, de hombre de escuela, de hombre de lucha.

Zorrilla ha vinculado a su poesía las grandiosas ideas que forman su credo, i las canta para propagarlas i defenderlas. I esas ideas, que son las de todos nosotros, no pertenecen a un partido de Chile o del Uruguay, sino a todos los católicos del universo. Tenemos, pues, sobrada razon para mirar a nuestro amigo como un correlijionario, como un compatriota.

Acompañadme ahora a formular el deseo de que Juan Zorrilla de San Martin vaya a su patria a luchar, con ardor i valentía, por la misma causa que aquí nosotros defendemos, i que él, en mas de una ocasion, nos ha ayudado a sostener con denuedo.

El señor Zorrilla de San Martin (don Juan): No quiero decir, señores, que no merezco la manifestacion de que soi objeto. No diria nada de nuevo. Está en la conciencia de todos, ménos en ese delicado departamento del alma en donde ejerce su imperio absoluto la induljente lei de la amistad.

Solo me toca, por consiguiente, agradecer, de lo íntimo de mi alma, el dadivoso desacierto de mis amigos, que regalan el nombre de *poeta* al oscuro rimador i estrechan la mano al amigo, que nunca se soñó digno de penetrar tan adentro en el santuario de tan jenerosa amistad.

Mañana volveré a la patria. Ni los íntimos afectos de la familia serán bastantes a borrar el recuerdo constante i ardiente hácia esta tierra de los grandes corazones. Yo os lo prometo.

Sé tambien que esta manifestacion es al mismo tiempo que induljente aplauso, la imposicion de un deber; agradezco profundamente el aplauso, i, confirmado en el sentimiento del deber, sabré cumplirlo.

Ahora, yo os aseguro que el sonido de mi copa al chocarse, en señal de afecto, con las vuestras, será la diana que anuncie el dia sin noche de mi gratitud hácia esta mi segunda patria, que guarda, con los años mas felices de mi vida, los mas ardientes afectos de mi alma.

El señor Garmendia Reyes (don Rafael): Señores: Es grato alzar la copa en el banquete de la amistad, en tono de júbilo, por el triunfo del compañero; pero es mas grato alzarla en nombre de un recuerdo querido.

Creo que en este momento, el mejor homenaje que se puede ofrecer al distinguido jóven uruguayo, Juan Zorrilla de San Mar-

tin, objeto de la presente manifestacion, es el recuerdo de un paisano i amigo querido suyo: Cárlos Berro.

Este tambien, como Zorrilla, supo conquistarse un puesto distinguido en la sociedad santiaguina, especialmente entre la juventud que lucha jenerosa por las letras i por la fé. I, como Zorrilla, vióse aplaudido por las excelentes dotes de su espíritu i de su corazon. Por eso, cuando, reclamado por los suyos, se despedia de nosotros, al partir a su hermosa cuanto desgraciada patria, mas de una lágrima brotó de nuestros ojos i el mas hondo pesar atribuló nuestros pechos.

Falta Cárlos Berro.... nadie tenia mejores títulos que él para colocar la corona en las sienes del que es hoi dia vencedor.

Falta.... i por eso el mejor homenaje que se puede tributar a Juan Zorrilla, es el recuerdo de su amigo ausente.

El señor Lira (don Máximo R.): He oido formular muchos i mui sinceros votos por el poeta de inspiraciones elevadas i por el amigo de sentimientos jenerosos; hemos aplaudido con entusiasmo los triunfos del primero i estrechado con emocion afectuosa la mano del segundo; hemos pagado el tributo de nuestra admiracion a un talento robusto, i el de nuestra simpatía a un hermoso corazon.

Ahora, señores, yo voi a formular en este brindis un voto que será particularmente grato a nuestro amigo; voi a brindar por la hermosísima patria de Juan Zorrilla de San Martin.

Señores: una copa por esa simpática República del Uruguay, tan desgraciada i tan digna de ser feliz; por ese hermoso pedazo de tierra americana donde se han reunido todas las bellezas de la creacion para hacer de él una especie de Paraiso encantado.

Una copa tambien por Zorrilla de San Martin, que, vuelto a su patria, cooperará eficazmente a la obra de su rejeneracion, pues para ello tiene las dotes de su hermoso carácter i de su poderosa intelijencia.

El señor Serralta (don Augusto V.): Procuraré no añadir mas elojios a los que ya ha merecido mi compatriota i amigo Zorrilla. ¡Compatriota i amigo! Gracias, señores, por esta manifestacion. No pretendo hacerme objeto de honores que no son para mí; pero me encuentro ligado a Zorrilla por tantos vínculos, que sus triunfos son mis triunfos, i aunque yo para vosotros sea siempre el mismo, os guardo una profunda gratitud.

Me place, pues, el significado de esta manifestacion, i tanto mas, cuanto que me trae a la memoria el recuerdo de mi querida patria, en cuyo porvenir tendrá Zorrilla su parte.

Si es verdad que nuestro pasado es sangriento, no lo es ménos

que él nos ha hecho grandes revelaciones, i ahora sabemos que hai hombres de corazon e intelijencia allí donde todo parecia desquiciarse. El fuego purifica al metal, i no importa que la superficie aparezca cubierta de escoria; la reaccion se verifica.

La juventud de mi patria, que ha sabido recojer las lecciones de nuestra historia, une sus esfuerzos con los de aquellos que se han salvado del naufrajio, i busca, en el estudio de las ciencias i en el cultivo de las letras, no solo una fuente de progreso que la aleje de esa política que ha forjado los ídolos del interes personal, sino tambien la union a que propende toda obra comun.

Quizá se encuentre demasiado exclusivista el brindis que propongo por todos los que han iniciado o contribuyen a una reaccion tan favorable en mi patria; pero os pido que me acompañeis, como americanos, en nombre de la semejanza de sentimientos, de costumbres i de instituciones que nos unen, i hasta en nombre de nuestra propia independencia, que tanto disputaron nuestros padres sin distincion de nacionalidad.

El señor Gumucio (don Rafael B.): La amistad, señores, ha ofrecido sus coronas al jóven poeta, el Directorio de La Estrella de Chile i el Círculo de sus colaboradores han dado sus parabienes al compañero de tareas, se han hecho votos por la prosperidad de la patria de nuestro querido amigo Zorrilla de San Martin; yo me traslado, señores, por un momento, con la imajinacion, a aquellas remotas playas i os pido una copa jeneral i de pié por aquel bondadoso i venerable anciano que allí leerá las pájinas de las *Notas de un Himno*, henchido el pecho de emocion i preñados los ojos de lágrimas de paternal ternura.

El señor Blanco (don Ventura): Hace algunos dias recibí un libro en el momento en que, descansando de las fatigosas i monótonas tareas del dia, nos reuníamos al rededor de la mesa del hogar a continuar las interrumpidas confidencias de la noche en el seno de los mios. Abrí al acaso sus pájinas i mis ojos tropezaron con una composicion titulada "¡Madre mia!" Ese libro eran las *Notas de un Himno*. Cuando concluí la lectura, las personas que me habian escuchado permanecian mudas. La dulce melancolía del poeta se habia adueñado de sus lectores. ¡Habia triunfado!

Hacer sentir, hacer llorar, llevar a las almas una emocion i a las intelijencias una noble idea, eso es poesía.

¡Dichosos los poetas cuando logran arrancar una lágrima de ojos que solo se abren para mirar el bien i sorprenden una palabra misteriosa en labios que jamas han mentido! Emanaciones

de la belleza increada, imájenes de una verdad que se escapa al tocarla, notas de un himno no aprendido, recuerdos de una edad soñada, ¡eso es poesía!

I si eso es poesía, con justicia podemos alzar la copa para saludar a quien, como Zorrilla de San Martin, merece ser contado en el escaso número de sus sacerdotes.

El señor Zorrilla de San Martin (don Juan): He dicho, señores, que sabré llenar los deberes que mi situacion me impone.

Quiero ahora cumplir uno mui sagrado. ¿Creeis que voi a contestar el tierno recuerdo que mi amigo Rafael Gumucio ha hecho de mi anciano padre? ¿Creeis que voi a hacer alusion a las hermosas palabras de Ventura Blanco, que han tocado las fibras mas delicadas de mi alma, en donde se levanta el altar de los recuerdos de una madre adorada? Nó, señores, no me atrevo a tanto. ¡No quisiera que me vieseis llorar!

Voi a pediros un recuerdo i una copa por los hombres grandes i abnegados, en cuya enseñanza se formó mi corazon, que calzaron mis piés para hollar, sin lastimarse, las espinas del camino de la vida, i fortalecieron mi cabeza para aspirar, sin marearme, el perfume de felicidades como la que en este momento me proporcionais.

Son perseguidos, son odiados i no es de extrañarse; cuanto mas alto es el monumento, mas negras i extendidas son las sombras que a su rededor se agrupan i muerden inútilmente su base.

Ya sabeis a quienes se dirije mi brindis. Ayudadme, pues, con vuestro entusiasmo, a alzar la copa tan alto como lo merecen mis maestros, los abnegados hijos de San Ignacio de Loyola.

El señor Aldunate S. (don Cárlos): Amigos: Ayer, no mas, aplaudíamos en *Variedades* el primer triunfo de nuestro compañero Antonio Espiñeira.

Sin acuerdo, sin premeditacion ninguna, llevados por el mas espontáneo impulso, nos encontramos allí reunidos. El anuncio de la representacion de un drama de Espiñeira fué para nosotros el llamamiento de un deber; pero de aquellos deberes que llenan de satisfaccion el alma porque son hijos de los mas nobles i sagrados sentimientos.

Hoi estamos aquí de nuevo elevando la copa del regocijo en celebracion del triunfo de otro de nuestros compañeros, de otro de nuestros amigos: Juan Zorrilla de San Martin.

Es ésta la ocasion de recordar con placer el alto significado que estos triunfos i aplausos encierran.

Ellos son frutos de una grande idea cuya realizacion estamos

felizmente palpando en nuestra querida patria: la idea del agrupamiento i estrecha union en las letras, en las ciencias, en las artes, en todas las manifestaciones de la actividad humana de aquellos que profesan nobles principios i abrigan nobles aspiraciones.

No todos los que aquí estamos somos poetas; pero tenemos de comun con nuestros poetas, con Juan Zorrilla de San Martin, el pensamiento, alma de la poesía.

El pensamiento, la idea relijiosa es lo que ha salvado a La Estrella de Chile del naufrajio en que han perecido tantas publicaciones literarias nacidas al calor del primer entusiasmo de una juventud mas ansiosa de falsa gloria que amante de la belleza i de la verdad.

La uniformidad de creencias i de aspiraciones, el amor al trabajo es lo que nos mantiene unidos a los que formamos el Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile i lo que nos da aliento en la labor, seguros como estamos de encontrar amigos que auxilien nuestros primeros pasos en el escabroso sendero de las letras.

Brindo, señores, por que los triunfos de Zorrilla i Espiñeira sirvan de estímulo a otros que quieran seguir sus huellas i de aliento a ellos mismos para llegar al fin de la jornada.

Brindo por la confraternidad en el trabajo de todos los que piensan como nosotros pensamos, de los que sienten como nosotros sentimos.

El señor Barriga (don Juan Agustin): Agradezco la invitacion que se me hace, tanto mas cuanto que ella me ofrece la oportunidad de hacer votos por la realizacion de una idea, que solo he acariciado en el fondo de mi alma. Celebro que la fiesta del poeta amigo haya sido tambien la ocasion de manifestarla.

He observado, con tristeza profunda, que la amistad de los hombres de letras en la vida contemporánea, es, por lo jeneral, una relacion de miras individuales e intereses de compadrazgo.

Os haria una injuria si tratara de probaros lo que hai de grave e indigno en esta simple circunstancia. Me limitaré sencillamente a pediros una copa porque los amigos de Zorrilla i los amigos nuestros se asocien franca, intelectual i jenerosamente; por que realicen el verdadero ideal de la amistad literaria en el sentido mas noble i hermoso de esta palabra.

El señor Concha Castillo (don Francisco): Señores: Ya que teneis la galantería de invitarme a beber una copa, ésta será por nuestro distinguido i laureado amigo Juan Zorrilla de San Martin.

Yo, que he tenido la fortuna de asistir a cada uno de sus triunfos literarios, i que he sido muchas veces testigo de la jerminacion, permítaseme la palabra, de esas brillantes ideas que despues ha convertido su pluma en raudales de encantadora poesía; yo, señores, he visto que el sentimiento relijioso ha sido siempre el inspirador de sus composiciones mas hermosas, la nota mas ardiente, mas lírica, si así pudiera decirse, de cuántas han resonado en sus himnos.

Cuando ha cantado al amor, al amor, que es la atmósfera en que se ajita siempre la bullidora juventud, lo ha hecho envolviendo este nobilísimo sentimiento en las nubes de lo ideal i dignificándolo de tal suerte que pudiera mui bien pasar como un eco de los cantos de los antiguos bardos cristianos.

Por consiguiente, nosotros, como partidarios que somos de la verdadera doctrina católica, que mira a Dios como el único término de las concepciones artísticas, debemos hacer hoi sinceros votos porque cada dia se vigorize mas en Zorrilla la fibra del verdadero entusiasmo, i porque sus cantares sean siempre como el incienso que ofrece a Dios la poesía en el altar de la fé i de las santas aspiraciones relijiosas.

El señor Serralta (don Augusto V.): Hasta ahora, señores, no habia querido brindar exclusivamente por mi amigo Zorrilla, porque temia ser parcial, i una prueba de ello es mi primer brindis, en el que procuré desligarme de mis sentimientos de amigo; pero vosotros me habeis dado el ejemplo i me haria una gran violencia acallando las palpitaciones del entusiasmo. Seré, pues, parcial, pero mi parcialidad será tan jenerosa i desinteresada que no repugnará a la idea de la justicia.

Evocaré mis recuerdos, para probaros cuánto debo a la amistad de Zorrilla. Cuando abandoné mi patria, dejaba en su seno a mi buena i cariñosa madre, a una hermana, a toda mi familia i amigos, esos séres queridos que hacen amar la patria por ellos mismos, i ¿sabeis cuál era la única esperanza que me sonreia al separarme de ellos? Cuando abracé por primera vez a Zorrilla en Chile, era el mismo que habia conocido en los dias de mi niñez, i mi esperanza se habia realizado.

El me hizo conocer, poco despues, el movimiento literario de esta República, cuyo impulso lo recibe en gran parte de ese Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile, al que he tenido la honra de pertenecer, i donde tuve el gusto de estrechar la mano de amigos sinceros, entre los cuales, se encontraba un compatriota mio, cuyo recuerdo me es grato i del cual, a la par de Zorrilla, puede esperar tanto mi patria; ese amigo que traigo ahora a la memoria, es Cárlos Berro.

Ya comprendereis, vosotros, si está justificado mi brindis por

Zorrilla, exclusivamente por Zorrilla, a quien quiero como me quiero a mí mismo i le debo en este caso, sino la justicia de una razon parcial, la expresion de un sentimiento expontáneo.

Vosotros que conoceis i distinguis a Zorrilla como yo lo distingo, dadme aliento para augurarle un porvenir dichoso, cuyo fundamento serán sus obras, siempre inspiradas por un corazon jeneroso i una intelijencia elevada.

El señor Tocornal (don Cárlos): Aunque no me precio de literato, no soi, sin embargo, extraño al sentimiento artístico i mucho ménos al vivo sentimiento de la amistad.

Conozco, señores, a Zorrilla con la intimidad con que se conocen los que como él i yo viven bajo un mismo techo i están en ese incesante contacto de cada minuto. I puedo aseguraros que nadie mas espiritual, mas entusiasta ni mas cumplidamente caballero que él.

Brindad vosotros, festejad al bardo cristiano, i reservadme el derecho de beber por el colega i el amigo.

El señor Walker Martinez (don Cárlos): ¡Vuelvo a pedir otra copa! ¡Sea a la salud de los intelijentes i simpáticos colaboradores de La Estrella de Chile! ... ¡Qué hermosa mision i qué hermoso destino el de esta brillante hoja literaria! De ella han salido, i a su sombra se han formado casi todos los jóvenes que se hallan aquí presentes: ella ha sido la fuente sagrada de nuestras mas puras i bellas inspiraciones poéticas: casi todas las obras literarias de mas gusto de los últimos años han aparecido en sus columnas. La Estrella de Chile es el primer periódico literario que hemos tenido en nuestro pais, i sus colaboradores los mas valientes soldados de la causa del arte.... Pero del arte, tal como se le concibe en el ideal, puro, noble, desprendido de las pequeñas miserias e inspirado en el sentimiento de lo grande, de lo verdadero i de lo bello....

Yo, señores, no comprendo la singular i fatal teoría del arte por el arte.... El realismo absoluto no es el tipo de la belleza.... i la literatura, que empieza por reducirse a la copia servil de lo que nos rodea, acaba por arrastrarse en el fango de las pasiones innobles. La belleza artística tiende a levantar el espíritu, i si no lo obtiene, le falta su principal condicion para hacerse digna del homenaje del aplauso....

Así lo ha comprendido esa brillante falanje de jóvenes de La Estrella de Chile.... ¡Esa leccion se encierra en sus columnas! Han merecido bien del arte i de la patria: ¡honor a ellos!....

El señor Errázuriz (don Guillermo) pronunció un brillante i caloroso brindis en nombre de sus colegas del Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile, felicitando al señor Zorrilla de San Martin, i agradeció los honrosos conceptos que acerca de La Estrella de Chile i de sus colaboradores habia emitido el señor don Cárlos Walker Martinez. Lamentamos mui de veras no tener recuerdos mas exactos del brindis del señor Errázuriz, que fué uno de los mas bellos i entusiastas que se oyeron en el banquete del juéves.

El señor Valdez (don Avelino F.): Como amigo i compatriota de Juan Zorrilla de San Martin, me siento orgulloso al ver la buena acojida que ha tenido en la sociedad ilustrada de Chile su libro *Notas de un himno*.

Brindo, señores, por el iniciador de este banquete, don Cárlos Walker Martinez, que nos ha proporcionado en este momento la satisfaccion de ver a Zorrilla sorprendiendo las primeras miradas de la gloria, mas bellas aun que los primeros rayos del alba, segun la hermosa expresion de Vauvernagues.

El señor Gumucio (don Rafael B.): Perdonadme que os importune por tercera vez. Zorrilla nos ha dicho que comprende los deberes que este su triunfo le impone. Ya lo sabia yo, señores, i lo habia estampado en las desaliñadas líneas que me cupo la honra de escribir en la portada de las *Notas de un Himno*. Sí: Zorrilla sabe que talento i corazon obligan, i estoi seguro de que la patria de mi amigo i la causa de los buenos no han de quedar defraudadas de lo que por derecho les pertenece. Zorrilla sabrá poner su talento i su corazon al servicio de su patria i de su fé i sabrá trabajar por la felicidad de la patria buscándola donde únicamente se halla: en la fé.

El señor Zorrilla de San Martin (don Juan): Voi a proponeros, señores, una idea que, si obedeciera solo a mi interes, jamás la manifestaria; porque ante ella desaparecen mi personalidad i la de mi pobre libro, como desaparecen las sombras absorbidas por la luz.

Con poca anterioridad al mio, han visto la luz pública tres preciosos libros, que conoceis, como los conocerán todos los que en América se interesen por el incremento de las letras. *Pájinas de un viaje al traves de la América* i el *Dictador Linares*, de don Cárlos Walker Martinez, i *Un libro mas*, de Rafael B. Gumucio.

Es inútil que os recuerde el estudio i el talento que revelan esas obras; seria una redundancia despues de haber nombrado a

sus autores. Es inútil que os diga con cuánto cariño os recuerdo las producciones de esos verdaderos amigos, que son uno de tantos hermosos vínculos que me unirán para siempre a esta jenerosa patria de los hombres leales.

Señores, no quiero manifestar el mundo de ideas que bullen en mi alma al solo nombre de Walker Martinez i de Rafael Gumucio; lo que dijera en su elojio seria pálido en comparacion de lo que ellos merecen, i si mis palabras pretendieran interpretar los sentimientos de mi amistad i mi gratitud hácia ellos, mi misma amistad i mi misma gratitud se avergonzarian de la pequeñez de su intérprete.

Vuelvan, pues, esos sentimientos al fondo de mi alma, que los necesita para vivir, e interpretadlos vosotros, acompañándome a beber por ellos la copa que os propongo.

* * *

Despues de haber leido los bríndis que preceden, ¿necesitará el lector que le digamos que cada uno de ellos fué coronado de aplausos?

Concluimos esta pálida reseña del banquete ofrecido a nuestro querido amigo Zorrilla, enviándole, a nuestro turno, nuestros parabienes: que el banquete del juéves sea para Zorrilla el principio de una no interrumpida série de triunfos literarios i que los aplausos de sus amigos le sean estímulo para trabajar por ser siempre digno de ellos, no desviándose jamas del camino de la fé.

EL EMIGRADO.

Léjos, mui léjos de mí la idea, no ya de escarnecer o ridiculizar el infortunio, mas ni aun de procurar siquiera remotamente disminuir el respeto i la simpatía que a todos debe inspirar la triste suerte de los proscriptos. En todos tiempos la proscripcion se ha considerado como el mas duro de los castigos, despues de la pena de muerte. Apartar a un hombre violentamente del seno de su familia, del suelo siempre querido donde por vez primera se abrieron sus ojos a la luz del sol; desprenderle como un miem-

bro podrido del gran cuerpo nacional, condenarle implícitamente al aislamiento i la miseria, ¿no es, por ventura, un resto de la antigua barbarie? ¿No es este un acto impío i abominable a los ojos de Dios? I cuando se considera que el motivo o el pretexto de este tremendo castigo es, ya un simple error político, ya un exceso talvez de amor patrio, tentaciones dan de ver todavía en las proscripciones modernas, como en el ostracismo de la antigua Grecia, una verdadera expiacion impuesta a la virtud i al jenio por el egoismo i la medianía.

Circunscribiéndonos a nuestra España, es cierto que los hombres que mas la honran en virtud, en letras i en armas, han comido, en alguna época de su vida, el pan amargo del destierro, esa triste i solemne sancion del mérito en estos borrascosos tiempos que alcanzamos.

Esto basta para honrar, digámoslo así, el carácter de *Emigrado;* pero a la sombra de tantas ilustres víctimas del mezquino encono de nuestras pasiones políticas, como cuentan en España todos los partidos, ha llegado a formarse una turba parásita i bastarda de hombres sin vergüenza, que han convertido el infortunio en profesion, la emigracion en industria, i que son a la respetable clase de los verdaderos emigrados, lo que es la moneda falsa o la de buena lei, una plaga para lo que llaman ellos su partido, una deshonra para la patria, que no merecen.

Entre estas dos grandes divisiones fundamentales del ente *emigrado,* que son el *lejítimo* i el *bastardo,* hai una multitud de matices que, aunque someramente, iré describiendo en este cuadro copiado del natural. Desde luego se presentan dos clases, separadas entre sí por una distancia verdaderamente inconmensurable, cuales son el emigrado *rico* i el emigrado *pobre:* estas dos clases apénas tienen entre sí el menor punto de contacto. Las diferencias de instruccion, de talento, de carácter, separan mucho a los hombres; pero las separaciones que establecen son estrechas zanjillas, pequeños surcos, ¿qué digo? verdaderas líneas matemáticas, en comparacion del insondable abismo que abre entre unos i otros la diferencia de caudal. Así el rico discreto, emigrado o no emigrado, se roza sin dificultad con el rico tonto; el pobre instruido, ¿con quién se ha de rozar mas que con otro pobre, aunque sea un asno? Hablo en jeneral: a esta regla hai muchas excepciones, honrosas para los pobres que las forman, mas honrosas todavía para los ricos que las facilitan.

Antes de pasar adelante, establezcamos bien aquí el valor de las palabras.

Las emigraciones, como nadie ignora, se dividen en voluntarias i forzosas. Las primeras, mui frecuentes en los tiempos antiguos, lo son todavía en los modernos mas de lo que jeneralmente se cree. Hai tambien emigraciones *temporales* i emigraciones *perpétuas:* éstas pueden incluirse en la categoría de las for-

zosas; pues rarísima vez deja de motivarlas una absoluta necesidad, como el exceso de la poblacion respectivamente a los recursos del terreno: esta es la causa mas jeneral de las emigraciones: de ellas nos ofrecen contínuos ejemplos la Alsacia en Francia, Inglaterra, Alemania i algunas de nuestras provincias del Norte.

Excusado es decir que no hablo ahora de estas emigraciones. *Emigrado*, en la acepcion en que tomo aquí esta voz, que es en el dia la mas comun, es el hombre que no puede residir en su patria, *bajo la proteccion de la lei comun*, que es lo que jeneralmente se llama el *emigrado político*, único de que por ahora voi a tratar.

Obsérvese bien la expresion que he subrayado, *bajo la proteccion de la lei comun*, porque ella es la que determina el verdadero carácter que distingue al *emigrado* en la gran familia social. La lei comun no alcanza al emigrado: éste está sujeto a la lei excepcional. La lei que rije para el salteador como para el vecino honrado, para el grande como para el pequeño, no rije para el emigrado, por el mero hecho de serlo, i esto es lo que le distingue esencialmente de todos los demas ciudadanos. Expliquemos esto por un ejemplo, pues es necesario penetrarse bien de la índole de esta proposicion para percibir bien la gran diferencia en el fondo, aunque pequeña en la apariencia, que media entre lo que he llamado el emigrado *lejítimo* i el *bastardo*. Supongamos que entran en España i son cojidos por la justicia un hombre que ha cometido un delito o un crimen cualquiera, i por el cual estaba fujitivo, i un emigrado: el primero, por grande que sea el crímen que cometió, será juzgado por un tribunal ordinario, con arreglo a la lei que rije para todos los españoles; el segundo lo será en virtud de una lei excepcional, dictada siempre por la pasion, casi siempre por la injusticia. Esto es lo que hace tan digna de interes la condicion del emigrado, esta es la causa por qué en todos los paises cultos donde no dominan las *pasiones* o la *injusticia* que dictaran la lei de proscripcion, se mira a los emigrados con respeto, i se los acoje como a hermanos; esta es, en fin, la razon por qué conviene tanto no confundir, en la gran masa de los emigrados, la categoría de los que lo son por motivos políticos, con la de los que lo son o lo están por delitos comunes.

A veces es mui difícil distinguirlos: en las emigraciones modernas, resultado casi siempre de las guerras civiles, la línea divisoria entre ámbas categorías suele desaparecer con frecuencia, i se necesita un gran criterio para suplirla; pero estos casos son raros, porque mui raros son los delitos verdaderamente tales, que puede justificar cumplidamente la opinion política del delincuente. Es admirable, sin embargo, ver hasta qué grado se forjan ilusiones en este punto algunos hombres: muchos he conocido yo que de mui buena fé miraban como *emigrado político* al asesino o al ladron fugado que mató o robó, so color de exaltacion en sus

opiniones, como si los actos de robar i de matar dejaran de ser crímenes ordinarios i se convirtiesen en delitos políticos por solo ejercerlos contra personas de distinta opinion. ¡Pues esta casta de emigrados entra por una gran suma en la mayor parte de las emigraciones!

Fuera de esta emigracion, o mas bien *proscripcion*, que pudiéramos llamar *legal*, porque es el triste fruto de una lei, por lo jeneral inícua, hai otra mas triste todavía i no ménos comun en estos tiempos (1), que es aquella que se orijina de los enconos privados, en virtud de los cuales huye una porcion del pueblo de los furores del populacho, siempre dispuesto a ponerse del lado del partido vencedor i a ensangrentar su victoria. Esto motiva que sea todavía mas difícil de definir exactamente al emigrado, i distinguir bien al verdadero del falso; pues hai, en efecto, muchos hombres a quienes no condena lei alguna escrita; i que, sin embargo, no pueden volver a su patria sin arriesgar la vida; justo es, por consiguiente, considerarlos como verdaderos emigrados, i tratarlos con el respeto a los tales debido, aunque por desgracia esta es la clase a cuya sombra pululan mas impostores o falsos emigrados. No todos pueden inventar una lei que los proscriba del suelo patrio; pero todos, con razon o sin ella, pueden asegurar que son el blanco de las iras populares en tal o cual poblacion, i acojerse, por consiguiente, al sagrado carácter de verdaderos emigrados. De aquí resulta que si el populacho no tomara, como acostumbra, parte en las disensiones políticas, haciéndose juez i verdugo de los que ni sabe ni le importa saber si son criminales o inocentes, si tenian razon o no en el punto que dió ocasion a la discordia, las emigraciones serian mucho ménos frecuentes, ménos numerosas, i, por de contado, ménos duraderas. Verdad es que, despues de verificada la emigracion, suele ésta convertirse en destierro, porque el gobierno o el partido que se apodera de él, niega la entrada o cierra las puertas de su pais al que le abandonó *voluntariamente*, i crea un delito especial, que a falta de otro título que justifique la pena, suele llamarse *delito de emigracion*, como si ésta por sí sola pudiese ser jamas un delito. Esta sola consideracion, que no trato ahora de amplificar, daria suficiente materia para un largo tratado de derecho público, i es una de las infinitas pruebas de lo atrasadas que están todavía las ciencias políticas i morales en la culta Europa. La misma consideracion basta para que desde luego resulten tambien patentes dos grandes categorías en la gran masa que forma una emigracion, que son la de los *proscriptos* i la de los simples *emigrados*. Jeneralmente se confunden, i para los resultados vienen a ser ámbas, en efecto, una misma cosa.

Los emigrados se dividen en otras dos clases: la de los que viven en libertad, i la de los que viven en depósitos.

(1) Esto se escribia en 1843.

Nada mas triste i monótono que la vida de los emigrados pobres en los *depósitos*, donde los confina la policía del pais en que van a refujiarse. Estos depósitos son por lo comun lugares de corto vecindario, i por consiguiente de escasísimos recursos. Yo he recorrido de *aficionado* algunos de ellos, i jamás olvidaré la impresion de profundo desconsuelo que casi siempre me dejaba el aspecto de tanta miseria, de tanta incuria, i, siento decirlo, a veces, de tanta degradacion. La razon de esto último es mui óbvia: jeneralmente los emigrados que se resignan a quedarse en los depósitos (pues rara vez se les niega la traslacion a otros puntos a los que lo solicitan, renunciando al socorro que les pasa el gobierno del pais), son aquellos a quienes ha dotado la suerte de ménos recursos naturales i adquiridos, i aquellos tambien para quienes mas atractivos ofrece la holgazanería. Los que poseen algun caudal o alguna instruccion, i tienen buena voluntad de trabajar, pronto consiguen trasladarse a las ciudades, donde, aunque bajo la severísima inspeccion de la policía, viven de su industria con bastante libertad. Los que se sienten con alguna travesura para *sacar el caballo adelante*, como suele decirse, viviendo de la trampa en este pícaro mundo, tambien hallan medio de proporcionarse un campo mas fecundo para ejercer sus habilidades que el que presenta la pobretería de los depósitos: lo que queda en estos es, por lo jeneral, esa masa inerte de inteligencias lánguidas, de cuerpos indolentes i de bolsas vacías, que constituye el gran fondo de toda emigracion, sin que entre la multitud de gansos que suelen formar esta gran masa de individuos falten tambien algunos milanos, cuya mision sobre la tierra es despojar a los primeros de la poca pluma que les ha dejado su mala estrella.

Por miserable que sea el lugar en que le establece el gobierno (sea el frances, sea el ingles, pues de éstos principalmente hablo, como que a Francia i a Inglaterra es a donde van siempre a parar las grandes masas de nuestras emigraciones); por miserable que sea, repito, el lugar donde establece el gobierno un depósito, al instante, como por encanto, se alza en él: 1.° un café con su mesa o mesas de billar; 2.° un garito reservado i tenebroso con abundancia de barajas españolas. Como dice mui bien la Sagrada Escritura, *no solo de pan vive el hombre:* en todas partes se observa la verdad de esta sentencia, i señaladamente en los depósitos, donde faltará acaso el pan alguna vez; pero no hai cuidado de que falten las otras cosas, de que tambien vive el hombre, como son el *mingo*, el *as de oros*, la copa de *aniseta*, etc., etc. En esos nidos de miseria que se llaman depósitos, el juego, con todas sus punzantes emociones, reina cual déspota absoluto, lo mismo, mas aun que en las mas ricas poblaciones, porque allí es la distraccion casi única, i en éstas hai otras muchas: el juego es la lepra que devora el escasísimo socorro que da el gobierno

a los emigrados en depósito. Así es que solo viéndolo, puede uno formarse idea del grado de pobreza a que llegan algunos infelices. Yo he conocido en un depósito, que no quiero nombrar, siete emigrados que no tenian entre todos mas que un roto pantalon i tres chaquetas: cada uno de ellos se vestia alternativamente un dia a la semana, i pasaban los otros seis en la cama. Esto, que me sorprendió, como es natural, era, me dijeron, cosa vulgarísima en los depósitos, siempre chupados, exprimidos hasta el último maravedí por tres o cuatro sanguijuelas, que luego que han hecho su agostillo en un depósito, se van a otro a acabar de llenarse o a vaciarse en Burdeos, Paris o Lóndres, para volver en seguida a las mismas rapiñas en los mismos sitios.

En los depósitos, la vida del emigrado *que se levanta de su cama*, es decir, del hombre acomodado, de aquel de quien todos dicen *que tiene posibles*, viene a ser la siguiente. De su casa, donde una rústica patrona le ha servido el mas frugal de los desayunos presentes, pasados i futuros, va al café a leer o a oir leer el periódico o periódicos que reciben en el pueblo, porque, lo que es esto, tampoco puede faltar en ningun depósito, aunque jamás se haya visto hasta entónces, en todo el distrito, mas papel impreso que las boletas del recaudador de contribuciones: la hora de la llegada de los emigrados al café coincide siempre con la llegada de los periódicos, de suerte que varía en cada punto: por la lectura de las *Nouvelles d'Espagne* dejaria el emigrado español sus mas preciados placeres; lo mismo digo respectivamente de los emigrados de otras naciones, pues cuenta que lo que voi diciendo de nuestros paisanos es aplicable, con levísimas modificaciones, a los polacos, los portugueses i los italianos, únicos pueblos que, con el nuestro, gozan en el dia de alto honor de suministrar a Francia e Inglaterra su contingente de emigrados políticos. En todos los hombres, el amor de la patria aumenta cuando están ausentes de ella, pudiendo aplicarse a este amor la conocida cuanto injeniosa seguidilla popular:

El amor que te tengo
Parece sombra;
Cuanto mas apartado
Mas cuerpo toma.
La ausencia es aire
Que apaga el fuego chico
I enciende el grande.

En el corro que forman los emigrados en el café se comentan i amplifican las noticias de España, sometiendo en este comentario i amplificacion todas las figuras retóricas que reconoce Hermosilla i muchas mas. Allí se explica cómo i por qué, donde el periódico, si es de opinion contraria a la de la emigracion (lo que

rara vez sucede, porque ésta cuida de hacerle trizas si comete tal pecado); donde el periódico, repito, dice *blanco*, debe entenderse que aquello significa *negro*, ironía sutilísima pero lícita. Allí, cuando el periódico amigo dice que un lugar de veinte vecinos se ha pronunciado en favor del partido emigrado, se entiende, i pasa en autoridad de cosa juzgada, que *toda España* se ha levantado como un solo hombre para derrocar la tiranía existente; aplicacion feliz de la figura llamada *sinécdoque*, que consiste en tomar la parte por el todo, o, como decia Larra, en tomar una cosa por otra.

Con estas inocentes ilusiones conforta el emigrado su decaido espíritu i se aferra mas en la opinion que le tiene proscripto. Estas ilusiones, aunque a veces hagan sonreir por lo erróneas, nunca, a mí a lo ménos, nunca dejan de conmover a quien las oye manifestarse de buena fé: la esperanza, esa última áncora de nuestro corazon en las grandes tribulaciones de la vida, esa dulce i hermosa hermana de la fé, es un bien demasiado precioso para que le hagamos nunca objeto de befa o de desprecio. ¡Respetemos las ilusiones del proscripto! ¿Quién sabe si mañana talvez esas ilusiones serán las nuestras? Como Damocles tenia siempre suspendida una espada sobre su cabeza, nosotros, los españoles, de cualquier partido que seamos, tenemos siempre suspendida sobre las nuestras la perspectiva de una emigracion.

Acabada la lectura del periódico, apurados los comentarios, asentado ya como verdad inconcusa que ántes de un mes, i esto lo mismo un dia que otro, cada emigrado habrá vuelto a su casa (se entiende, los que tengan casa), todos con un grado mas por de contado, para los militares, con un empleo mui superior para los cesantes, llenos todos de alegría con tan risueño porvenir, fórmanse unos en cuadro, alrededor del billar, para que decidan las bolas del órden que ha de seguirse en los tacazos de una *guerra* o de un *chapeau;* emprenden otros con el *dominó* entre dos, o tres, o cuatro, robado o no robado; éstos, los que carecen de metálico i de crédito en la plaza, se sientan en los banquillos laterales para representar el desairado papel de mirones, i aquéllos, los Rotschilds del depósito, se encaminan con grave i reposado continente, mui embozados en sus capas, a la casa donde está establecido el monte. ¿A qué describir el local? Aunque es claro que lo que voi refiriendo pasa fuera de España, para mi propósito es lo mismo que si pasara dentro, pues donde quiera que se juntan dos españoles, allí está España, es decir, allí están los hábitos, gustos i carácter de España. El garito en cuestion es, pues, el mismo exactamente que puede verse en la calle de ... en Madrid, o mas bien en cualquier pueblo de provincia donde hai guarnicion: el mismo tapetillo verde, los mismos naipes mugrientos, el mismo humazo pestilente, las mismas caras morenas, enjutas i mui barbadas. A falta de fascinadoras onzas de oro i doblillas

francesas sobre el tapete verde, aparecen i desaparecen en él con suma rapidez puñados de calderilla, tal cual franco, un Napoleon de cuando en cuando, i en fin.... sí, señores, lo digo porque lo he visto, un par de calcetines llenos de puntos, un corbatin raido, un par de botas viejas, i aun tambien, *proh pudor!* una espada que acaso brilló algun dia con gloria en las batallas. Lo que no se juega en un depósito de emigrados, no se juega en ninguna parte, i sabido es que un verdadero jugador pondria su alma sobre la sota de copas contra medio duro. Lo que es su patrona, en caso de no ser excesivamente vieja, fea i dura de corazon, no hai jugador en depósito i sin dinero que no la haya jugado i perdido mas de diez veces. El juego dura hasta la hora de comer, que tambien varía, segun las provincias; lo comun, en los depósitos, es comer temprano, a la española, i todos juntos, a lo pobre. En este punto, el triste emigrado pasa mil trabajos: acostumbrado al buen trato que nos damos en España, donde es refran popular que el *estómago es lo primero*, las patatas inglesas, las judías fatales, el mezquino i ético *bouilli* de los franceses, miserable parodia de nuestro sustancioso puchero, son el constante objeto de las maldiciones del emigrado español, siempre bamboleado entre el hambre i el cólico. Lo jeneral en Francia i en Inglaterra, entre la clase acomodada, es comer a las seis de la tarde; pero la jente que vive del trabajo manual, lo mismo que los lugareños, comen a las doce o la una, método mas racional que el que ya vamos copiando de los extranjeros, en cuanto supone que no se hace del dia noche i *vice-versa*. Claro está que para comer a esa hora es preciso haberse levantado temprano, i haber disfrutado, por consiguiente, de esa hermosa luz del sol que, segun todas las apariencias, hizo Dios para alumbrar nuestra vijilia mas bien que nuestro sueño. El emigrado, pues, como he dicho, come en los depósitos a la hora del pueblo, es decir, alrededor de la una. Luego, fiel a los recuerdos de su patria, duerme la siesta; luego, en virtud de la misma fidelidad, da su paseo corriente; a media tarde vuelve al *gazapon*, i así pasa su vida, lo mismo un dia que otro, qué es lo que llamaria nuestro Mariana, en su enérjico lenguaje, una *holgazanería miserable*. Adviértase que hablo de lo que sucede en jeneral. Esta pintura, harto fiel por desgracia, tiene muchas i mui honrosas excepciones.

Oficiales i aun jenerales emigrados he conocido que emigraron poseyendo por único caudal de conocimientos, la *Ordenanza militar* i el *Tratado de equitacion*, i a quienes son familiares en el dia los mas recientes adelantos hechos en el arte de la guerra. Con decir que algunos ds estos dignos militares han estado o *están* en depósitos, dicho se queda que el cuadro que poco ántes he bosquejado, pinta sí a la mayoría, pero no a la universalidad.

Una regla que no tiene excepcion, digámoslo con orgullo, es

esta: entre todos los emigrados, tanto en Francia como en Inglaterra, los españoles se han distinguido por su resignacion en los trabajos, su obediencia a las leyes i su profunda i sincera gratitud a sus bienhechores. Al paso que los emigrados de otros paises han solido desconocer su situacion hasta el punto de ser un objeto de contínua inquietud para las autoridades, i del descontento mal disimulado de los pueblos; los españoles, lo repito, han sido modelos de sumision i decoro; de suerte que, aun prescindiendo de algunas otras ventajas de que mas adelante hablaré, que han producido entre algunos males, de que tambien haré mencion, las últimas emigraciones políticas han traido para España la de dar a conocer el noble i pundonoroso carácter de sus hijos, bastante desconocido hasta la época actual: así es que los emigrados españoles son mirados en todas partes, entre los demas, con particular predileccion. Muchísimo tienen que agradecer, es verdad, sobre este punto, a la jenerosa conducta observada por el gobierno de Cárlos IV, i por los particulares españoles, señaladamente por el alto clero, con los refujiados franceses durante los furores de su revolucion, porque ha provocado la constante correspondencia del gobierno i del pueblo frances con los nuestros, sin distincion de colores ni de opiniones i sin atender a amigos ni a enemigos. Este es el signo mas visible de una civilizacion adelantada i el propio i verdadero carácter de la nacionalidad bien entendida; pues al paso que se ejerce una virtud internacional, se sacan sin sentir inmensas utilidades i se esparcen grandes riquezas que nada cuestan a los gobiernos ni a los pueblos.

EUJENIO DE OCHOA.

(Concluirá).

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

JULIO.

Durante el presente mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes obras:

SANTIAGO.

Banco de la Alianza. Memoria i balance, etc.—4 pájs. en fólio, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Banco Agrícola. Memoria i balance en julio de 1877.—4 pájs. en fólio, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Banco Mobiliario. Memoria i liquidacion, etc.—4 pájs. en fólio, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

El contratista del ferrocarril de Curicó a Angol, al público.—1 vol. de 117 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Schrebler.*

Cuenta jeneral de las entradas i gastos fiscales de Chile en 1876.—1 vol. de 249 pájs. en fólio, 1877.—Imprenta *Nacional.*

Escuela nocturna de artesanos Abraham Lincoln. Conferencias: 1. ª Discurso del director; 2. ª América indíjena.—1 vol. de 24 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta *Schrebler.*

Exposicion que el que suscribe (Juan C. Ossa) dirije a los accionistas de la Sociedad de Tejidos de Lana de Santiago.—1 vol. de 14 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta del *Correo.*

Estatutos de la sociedad anónima denominada Banco de la Union, etc.—1 vol. de 25 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta *Nacional.*

Informe sobre la Caja del Crédito Hipotecario.—1 vol. de 23 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Nacional.*

Informes a la Comision especial de Beneficencia, por el doctor Murillo.—1 vol. de 62 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Librería Relijiosa i Litúrjica de José María Anrique. Suplemento núm. 1 al catálogo.—1 vol. de 15 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

María, por Jorje Isaacs.—Las 23 primeras entregas, hasta la páj. 358, 1877.—Imprenta *Gutenberg.*

Memoria del Ministro de lo Interior, presentada al Congreso Nacional en sus sesiones ordinarias de 1877.—1 vol. de 456 pájs., fuera de estados, 1877.—Imprenta *Nacional.*

Memoria del Intendente de Santiago, pasada al Gobierno.—1 vol. de 37 pájs. en fólio, 1877.—Imprenta *Nacional.*

Minerales, guano i salitre de Atacama. Medidas oficiales para el fomento de la industria.—1 vol. de 52 pájs. en 4. ° mayor, 1877.—Imprenta *Nacional.*

Pequeño Robertson para el estudio del frances, arreglado para los alumnos de los institutos nocturnos, por Cárlos Gonzalez Ugalde.—1 vol. de 100 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Proyecto de lei orgánica de telégrafos.—1 vol. de 31 pájs. en fólio, 1877.—Imprenta *Nacional.*

Proyecto de la Sociedad de Talleres.—1 vol. de 15 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La República.*

Proyecto de lei presentado a la Cámara de Diputados por don Julio Zegers.—1 vol. de 10 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La República.*

Sociedad Española de Beneficencia. Memoria, etc.—1 vol. de 16 pájs. en 4. °, 1877. —Imprenta de *La Estrella de Chile.*

De Valparaiso a Santiago, por Benjamin Vicuña Mackenna. Guia del ferrocarril central, etc.—1 vol. de 336 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de la Librería del *Mercurio.*

Visitas a la Penitenciaría. Hechos biográficos de Pancho Falcato, etc.—1 vol. de 21 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta *Schrebler.*

VALPARAISO.

Banco de Valparaiso. Memoria i balance del primer semestre de este año.—8 pájs. en fólio, 1877.—Imprenta de *El Mercurio.*

Biblioteca de la Librería de Real i Prado. Tomo 2. ° La casa de campo, juguete cómico en un acto por J. Sanchez Albarran. – 1 vol. de 30 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

El buen sentido del cura Meslier, seguido de su testamento.—Las 6. ª i 7. ª entregas, hasta la página 313, en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Historia de la administracion Errázuriz, etc., por Isidoro Errázuriz.—La primera entrega hasta la página 32, en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Patria.*

James Lewis. Drama en un acto, basado en un hecho recien acaecido en Valparaiso, por Valentin Murillo.—1 vol. de 32 pájs. en 8. °, 1877. –Imprenta de *El Mercurio.*

Mapa del teatro de la guerra de Oriente, publicado por *El Deber*, diario de Valparaiso. – Una hoja, gran fólio, 1877.

Manifiesto del ex-prefecto del departamento del Litoral de Bolivia, Narciso de la Riva, etc.—1 vol. de 59 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Reglamento para el arqueo de los buques de comercio.—1 vol. de 32 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta del *Universo.*

Reglamento interior del Banco Consolidado de Chile.—1 vol. de 13 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta del *Universo.*

Telégrafo Trasandino. Novena memoria del directorio, etc.—1 vol. de 12 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Patria.*

El teniente coronel Fr. Luis Beltran, por Eduardo de la Barra.—1 vol. de 53 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

Vijésima octava memoria sobre el Ferrocarril Urbano de Valparaiso.—1 vol. de 14 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Deber.*

COPIAPÓ.

Anales de la Junta de Mineria de Copiapó. El 2. ° tomo.—1 vol. de 214 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Atacama.*

CHILLAN.

Prontuario del militar, por Nicolas Gonzalez Arteaga.—1 vol. de 60 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Discusion.*

CONCEPCION.

Banco de Concepcion. Memoria, etc.—4 pájs. en fólio, 1877.—Imprenta de *La Revista del Sur.*

REFLEXIONES SOBRE EL ARTE.

Entre las dos escuelas extremas que se disputan el imperio en los campos de la literatura i de las bellas artes, existe una que tiende a la fusion armoniosa de los elementos del arte: lo real i lo ideal. Escuela de observacion, se funda en el estudio de la naturaleza; escuela de ideas, se sirve del individuo para formular el tipo. Prohibe al artista salir del terreno de lo verdadero, pero, dentro de él lo incita a remontarse mas allá de la superficie de las cosas, a la rejion filosófica de la verdad en el tipo. Imita sin servilismo; niega el arte separado de la belleza, i al mismo tiempo fomenta el personalismo dejando libre accion a los elementos propios i característicos del escritor o del artista.

Nunca se podrá encarecer demasiado la importancia de la observacion; mui grande la tiene el estudio, la lectura; pero, el que no sea capaz de ver i de juzgar por sí mismo está condenado a permanecer estacionario en los límites de la medianía. El secreto del artista no se encuentra en los libros ni en los monumentos, obras del hombre; está en la naturaleza, obra divina. Libros i monumentos sirven de guias i proporcionan ciertos medios de llegar a la naturaleza, pero, esta es el único maestro. Por eso, se dice con razon que la observacion es madre del arte. No se estudian los antiguos para imitarlos, sino con el objeto de conocer la manera particular de cada uno, los recursos que han empleado i otros puntos de indisputable utilidad para el que comienza la jornada del arte. Son para el jóven principiante como las luces que de noche se ponen a lo largo de las calles; evitan los tropiezos, señalan el término. Aparentemente, el viajero camina en direccion a ellas, i en realidad se dirije hácia otros términos mas lejanos.

El artista debe pedir sus enseñanzas a lo real; debe vivir en medio de la naturaleza, identificarse con ella i penetrar en sus mas recónditas intimidades. Si de ella se aparta, sus concepciones serán falsas, vulgares, sin vida o monstruos inarmónicos. Al contrario, el que tome sus colores de la realidad encontrará ver-

dad, vida palpitante, luz; i sus caractéres, conservando toda su individualidad, serán tipos universales i duraderos. Ese culto de la naturaleza es uno de los signos del verdadero artista; sabe que es preciso adueñarse de ella, pero que debe acercarse con respeto i relijioso temor. ¿Acaso no es un templo? Ella no revela su íntima esencia a quien la examina por satisfacer los impulsos de una curiosidad vana i estéril. La intelijencia de la naturaleza es el privilejio de mui pocos, i aun los mismos elejidos no la obtienen sino a costa de esfuerzos supremos, infatigable perseverancia i observacion meditada de todos los instantes i de todas las formas en que se manifiesta lo real.

Sin verdad no hai arte. Pero, objeto de éste no es aquella verdad material percibida por el órgano grosero de los sentidos, sino la verdad ideal, latente en el interior de las cosas hasta el momento en que la descubre el espíritu i la fecunda con uno de esos rayos luminosos de la potencia jeneralizadora que en él reside. Verdad que está en la cosa, pero, que no es la cosa misma. En efecto, si bien la naturaleza suministra todos los elementos del arte, menester es tambien que el artista sepa distinguir lo jeneral, lo esencial de lo que es un mero accidente, peculiar del individuo. El artista busca en las cosas su esencia; los accidentes mui rara vez son del dominio del arte, salvo en cuanto medios obligados de manifestacion de los caractéres típicos. El arte no es fotografía servil de lo real. Sirva de explicacion un ejemplo. El estudiante del reino animal observa uno por uno diversos individuos de la misma especie; separa de todos ellos los caractéres jenerales i forma así un tipo científico que no existe en ninguna parte en la naturaleza, de manera que al describirlo no describe ningun individuo determinado. Con igual procedimiento, el artista i el literato se sirven de los modelos que les ofrece la naturaleza para crear tipos jenéricos, ideales. Ello no implica falta de verdad, sino verdad de un órden mas elevado.

Pero, la verdad no coloca por sí sola al artista en los grandes términos del arte: fáltale algo que es solo un privilejio de nacimiento. La orijinalidad, cualidad tanto mas estimada cuanto mas rara, es el atributo característico de los grandes injenios. Es el individualismo artístico en su grado mas alto, principio que da personalidad a cuanto toca, pero, cuya naturaleza se siente mejor que se define. El realismo bien entendido tiende a su pleno desarrollo; pero, es esencialmente espontáneo; resiste a todo esfuerzo; es menester aguardar el momento propicio en que se descubra por sí mismo. Sin embargo, existe en todas las intelijencias en estado de jérmen, puesto que cada hombre tiene un carácter propio i una manera propia i diferente de concebir i de expresar sus sentimientos. Dos pintores, colocados delante del mismo paisaje, i aun haciendo abstraccion de los procedimientos materiales, ejecutarán dos cuadros completamente diferentes.

¿Por qué, siendo el asunto el mismo? Porque cada uno ha visto i ha sentido a su manera. Porque al trasladar al lienzo la impresion material, cada uno ha agregado su propia alma, la ha incorporado, puede decirse, a la realidad de la naturaleza. I la orijinalidad de sus producciones se hallará en exacta proporcion de la libertad con que hayan seguido las inspiraciones de su propio sentimiento.

Pero, esa fuerza oculta no siempre sale del estado de jérmen. En los mas se esteriliza i muere; en otros una falsa ciencia la extravía de la verdadera direccion envuelta en elementos extraños i pegadizos, de modo que apénas se muestra en tímidas vislumbres; en algunos, al contrario, produce un verdadero enviciamiento de la intelijencia que se manifiesta en concepciones monstruosas opuestas al buen sentido i sin armonía artística; en mui pocos, sin perder el principio de su enerjía, se mantiene encerrada en sus justos límites: estas son las verdaderas personalidades literarias o artísticas.

La acentuada personalidad de estos últimos suele ser peligroso escollo contra la orijinalidad de los que vienen despues. Su brillante aureola deslumbra i ofusca a muchos que se dejan absorber hasta que pierden todo criterio propio i solo aciertan a imitar al maestro. A trueque de la mísera satisfaccion de escribir como otros, se convierten en los torturadores de sí mismos i hacen esfuerzos inauditos para amoldar i aprisionar lo que es suyo i mas noble en una especie de autómata amanerado, incapaz de movimientos espontáneos.

¡Que el jóven artista sepa elejir el término verdadero entre las alas de Icaro i un servilismo rastrero! Que al elejir su camino obedezca la tendencia de sus inclinaciones naturales, ilustradas por el estudio o la observacion. En esta materia no se debe imponer la violencia al espíritu; lo único prudente es dejarlo que se refrene por sí mismo, guiado por el buen gusto i la medida de sus fuerzas.

Se debe escribir con arte, pero al mismo tiempo con injenuidad, dando al pensamiento su forma mas natural de expresion. Es necesario sentir lo que se escribe i luego traducir la impresion sin debilitarla con adornos extraños en que la idea se oscurece i evapora. El arte consiste en presentar un objeto en toda su realidad, dando mas que al objeto mismo la principal importancia al sentimiento producido sobre el espíritu. Que la pintura refleje el estado interno del alma en relacion con la escena descrita. Así comprendo el paisaje; así el arte todo. Son sus propios íntimos sentimientos los que debe expresar el artista. Lo demas es pura retórica i declamacion; es reducir la belleza al convencionalismo i a los procedimientos de taller. ¡I el arte tiene por objeto formar escritores i artistas; no retóricos i desbastadores de mármol!

El nacionalismo artístico se presenta como consecuencia natu-

ral de la doctrina expuesta, puesto que no es mas que una de las fórmulas del realismo en cuanto tiende al completo desarrollo de la personalidad.

En efecto, si la naturaleza es la mejor escuela; si todo carácter, todo paisaje debe tomarse de la realidad; si el arte exije la íntima intelijencia de la naturaleza, si el artista debe seguir sus naturales inclinaciones; el arte, salvo cierto principios de aplicacion absoluta, ha de ser nacional. Si el artista ha de tratar los asuntos de que tenga un conocimiento mas cabal i mejor se adapten a la tendencia de su propia índole, en ninguna parte, fuera de su patria, los encontrará que reunan estas condiciones de un modo mas completo.

La patria, ha dicho un escritor, con mayor injenio que verdad, son las montañas. Pero la patria está en las montañas, en los rios, en el bosque, en el valle. La patria es el cielo, es la naturaleza toda. La patria es el hogar, son los amigos, los conciudadanos. La patria son los sentimientos nacionales, las tradiciones trasmitidas de padres a hijos i que nosotros trasmitiremos a las jeneraciones que nazcan en su suelo. ¿Qué campo de horizontes mas vastos i de riqueza mas variada e inagotable para las observaciones del filósofo, del estudiante de costumbres i caractéres, llámese escritor, llámese artista? ¿Dónde descubrirán las miradas del poeta mas noble fuente de inspiracion?

¡Ah! no sabe sentir ni comprender el arte el que pide a paises extraños la inspiracion que no encuentra en su patria. ¿Cómo dar vida a escenas i caractéres que el mismo escritor no ha podido sentir? I ¿cómo trasmitir sentimientos que en realidad no se han experimentado, ni guardan con los nuestros la afinidad que solo puede darles la comunidad de oríjen, usos i tradiciones? Al defender el nacionalismo no se pretende proscribir todo lo que salga de su órbita. Encerrar el arte dentro de un círculo de hierro, seria empresa tan absurda como irrealizable. El nacionalismo representa una tendencia, o si se quiere, un medio de llegar al ideal artístico. Por eso lo propio de los grandes injenios es reunir el mayor carácter de universalidad junto con los rasgos especiales, propios de la nacionalidad. Conciliar ámbas cualidades en la plenitud de su acento, es elevarse a la verdadera creacion artística.

Ahora, si la orijinalidad se funda no solo en cierta singular disposicion del alma, se comprende toda la importancia del nacionalismo. Cada pais tiene su carácter diferente, distinta naturaleza inanimada, distinta manera de sér en los habitantes, rasgos propios que constituyen su fisonomía de nacion. Siendo la observacion individual el fundamento propio de la orijinalidad, no es descaminado afirmar que ésta ha de guardar cierta proporcion con el grado de fidelidad en que se refleje esa fisonomía especial. Ahí está para demostrarlo la historia artística i literaria de todos los paises.

Verdad es tambien que el nacionalismo no tiene igual importancia en todos los jéneros. Ni su aplicacion significa la exclusion de ciertos jéneros independientes por su forma i esencia de todo carácter restrinjido. Como regla jeneral debe servir de base i limitacion a la imajinacion inventiva. Exclusivo en la pintura de costumbres, dominante en la de caractéres, forzoso en el jénero descriptivo, su predominio seria perjudicialísimo en el terreno de la ciencia pura.

Entre las artes lineales, la pintura es la que mas lo exije. Como emplea materias i procedimientos adecuados para obrar mas directamente sobre los sentidos, las ideas que ella expresa son tambien mas concretas, por razon de lo cual tienen que acercarse al espectador i participar de su naturaleza. Entre el color i la palabra hai estrecha analojía, de modo que la regla formulada para el escritor se aplica, con cortas diferencias, al pintor. Esto ahorra su repeticion. No así en la escultura i la arquitectura; artes, en cierto sentido, independientes del color i que no necesitan el lenguaje, pues su medio de expresion es la forma equivalente a la idea misma. Son, artísticamente hablando, ménos humanas; por lo tanto, pueden alejarse del nacionalismo sin perder su carácter.

En puro arte, los héroes del mármol son aquellos hombres superiores que no pertenecen a este ni a aquel pais: síntesis gloriosas de una faz de la humanidad, se elevaron sobre todos los paises i todos los tiempos: el mármol los despoja de su derecho de ciudadanía. ¡Así comprendieron los griegos el arte que los modernos han rebajado tanto! I por esto sus estatuas son divinamente sencillas i privadas de todo accesorio, como para manifestar en toda su claridad el pensamiento del artista: esculpir al hombre universal mas que el griego i el Dios mas que el hombre. El tipo de la concepcion griega es la Vénus de Milo, estatua digna de ser adorada i que ni siquiera es la idea de la mujer, puesto que es la personificacion perfecta e ideal de la belleza soberana. La grandeza del mármol rechaza los asuntos de costumbres que propiamente son del dominio exclusivo de la pintura. La escultura no consiente, por lo jeneral, el colorido local, i de aquí nace una gravísima dificultad para el escultor moderno; el traje de hoi es inadmisible en la escultura; una levita en mármol seria intolerable.

Por lo mismo que la idea arquitectónica es mas indefinida, el nacionalismo tiene ménos cabida en su forma de expresion. Sin embargo, es difícil concebir el nacimiento de los tres grandes órdenes de la Grecia: son la encarnacion completa del sentido artístico helénico. El pueblo, amante de las formas, de la belleza proporcionada, no habria comprendido la arquitectura gótica; arte de expresion, en que el sentimiento domina sobre la idea. A sus ojos habria sido chocante la complicada i significativa trabazon

del templo gótico. Esa masa irregular de líneas verticales, ese conjunto desordenado de columnas, ojivas, agujas, etc., en que todo sube con desprecio de la materia, en que la proporcion es sacrificada al símbolo; todo, en fin, lo que constituye el arte cristiano habria parecido bárbaro al pueblo artista. Esto explica que las proporciones arquitectónicas griegas sean como el desenvolvimiento de las proporciones de la estatuaria; la Vénus de Milo encierra en jérmen las dimensiones admirables de la columna clásica. Así, aunque en materia de arquitectura puede creerse ya dicha la última palabra, queda todavía en ella algun campo al nacionalismo. Puesto que lo tuvo, i mui vasto en el oríjen i formacion del arte, ¿quién podrá señalar el que aun le resta? La historia de la arquitectura arrojaria mucha luz sobre este punto manifestando en cuál grado han influido en su aparicion i progreso las necesidades de la vida moral i material, las costumbres, el carácter, el clima i otras circunstancias especiales de cada pais i de cada época.

El nacionalismo tropieza en su mismo seno con un obstáculo de innegable trascendencia. El arte verdadero, no hablo de cierto realismo grosero, hoi en voga, vive de lo ideal, i nada es tan difícil como idealizar, sin caer en falsedad, lo mismo que nos rodea, aquello que constituye nuestra vida ordinaria, i palpamos todos los dias en su aspecto mas prosaico. Sin embargo, en el fondo de toda realidad existe un elemento esencialmente poético. El talento consiste, i al cabo no todos lo tienen, en sacarlo a luz. Buen gusto, observacion penetrante i delicada, criterio jeneralizador, i, mas que todo eso, instinto natural de lo bello se necesitan para descubrirlo i apartarlo del lado vulgar de las cosas sin quitar a éstas su viviente realidad.

A mui pocos es dado elevarse a las sublimes rejiones del arte; para mui pocos es practicable la senda del nacionalismo. Los jóvenes que se inician en la carrera del arte han menester largos años de porfiada lucha para abrirse camino a traves de los obstáculos sin número que la obstruyen. Llenos de lo que han leido mal en sus libros, sin observaciones propias i positivas exhalan la exuberancia de sus sentimientos en reflexiones vagas i declamatorias, imitando el colorido recargado de alguno de esos poetas que tan perniciosas influencias ejercen sobre la juventud. En justicia no se les puede exijir mas, sobre todo si trabajan con buena voluntad por encontrar el único i verdadero camino.

El arte naciente en Chile está aun mui distante de adquirir un carácter nacional. I ello se explica: nuestras costumbres son heredadas de otras naciones; nuestras tradiciones solo nos pertenecen por el territorio, ya que los hechos que les dieron oríjen son obra de los conquistadores españoles. Desde el principio de su corta vida de nacion Chile se ha encontrado rodeado por otros pueblos mucho mas adelantados i naturalmente ha debido trans-

plantar sus leyes, sus instituciones i hasta sus costumbres. El arte no podia sustraerse a esta influencia, i así no es extraño que fuera de algunas raras excepciones, sus escritores carezcan de rasgos propios i solo tiendan a imitar. Pueblo advenedizo ha tenido que copiar los modales de sus vecinos.

Trascurrirá mucho tiempo ántes que costumbres i tradiciones chilenas formen un carácter propiamente nacional. Miéntras tanto, seria un sueño esperar grandes escritores i artistas en estos jéneros. En cambio, la naturaleza ofrece un campo peculiarísimo i de inagotable variedad. Bosques seculares cuya primavera no conoce la vejez; rios que se despeñan como torrentes arrastrando cuanto se opone a su paso o que deslizan sus imponentes masas de agua con la tranquilidad de un lago; colinas risueñas de verdura; montañas jigantes, que llevarán en sus cimas nunca holladas el nombre i la gloria del que sepa arrancar los secretos de belleza ocultos en sus entrañas. Por el norte el desierto, bello en su monotonía; al sur la sublimidad del estrecho. ¡Todo esto ceñido por la inmensidad del mar i cubierto por un cielo indescriptibles!

¡Yo presiento el dia lejano en que un nuevo arte, una nueva poesía nazcan gloriosamente definidos i exuberantes de vida de esas montañas, ese cielo, ese mar! ¡Aguardemos el nacimiento del arte nacional!

Santiago, agosto 27 de 1877.

RAIMUNDO SALAS E.

EL TRIBUNAL DEL HONOR. [1]

I.

Se ha denunciado hasta el cansancio la situacion verdaderamente curiosa i fenomenal en que, con relacion a los demas jéneros literarios, se encuentra el dramático en nuestro pais.

La audacia de no pocos espíritus ha sido suficiente a derribar las puertas del campo de la ciencia i de las bellas letras; éstas

(1) Drama en tres actos i en prosa de don Daniel Caldera.

han dado a conocer sus tesoros i aquéllos se han hecho eximios en explotarlos.

De esta suerte, el naturalista, el sabio, el historiador i el poeta no se han contentado con los primeros triunfos alcanzados en sus respectivos jéneros sino que mediante constancia, enerjía i valor, condiciones indispensables de toda empresa duradera, han logrado hacerse jefes en el campo de sus conocimientos i ostentar un glorioso pasado a semejanza de esos ilustres veteranos que ven brillar en sus pechos las medallas conquistadas por su valor en mil gloriosos combates. Pero no han pasado así las cosas en el jénero dramático.

Los pocos autores que se han presentado una vez en la escena, exponiendo las producciones de su injenio ante el juicio de las muchedumbres, no han visto suficientemente resguardada su reputacion literaria i temerosos quizas de una derrota han huido de la escena declarándose fanáticos adoradores de la unidad.

¿Han hecho su negocio los que así han procedido? Mui probable es que nó, de seguro que no han hecho el de la literatura.

La atmósfera reinante hasta ahora ha sido en verdad mui poco favorable al cultivo del teatro. La falta de actores, el detestable gusto del público i hasta la carencia de un local conveniente se han conjurado contra él. La desconfianza por otra parte se ha apoderado de los espíritus agravando un mal ya existente.

Se ha creido, por la jeneralidad de las personas ilustradas, empresa sobre modo difícil cuando no imposible salir airoso de los escollos i peligros (peligros reales i efectivos pero en verdad por la imajinacion popular exajerados) que presenta el jénero dramático: de modo que cuando algun audaz se ha presentado en la arena no han faltado voces en extremo compasivas que le gritaran: "¡Desgraciado, caminas a tu perdicion!" Los autores han llegado a la escena medrosos, *mas muertos que vivos*, poseidos de las ideas que de seguro ajitaban a los antiguos gladiadores al presentarse ante un público que solo se complacia en la sangre i en la muerte. I si algunos han salvado ilesos se han dicho para sí que en las tales *calaveradas* no se ganaba para el susto.

Despues de todo, se ha ignorado por éstos que en el órden dramático es donde ejerce su mayor influencia una instruccion paciente i esmerada i que si, pudieron ser desdeñados los primeros pasos por ellos jenerosamente dados, mediante ésta no les acontecerá tal a los que les siguieren i que, mui al contrario, saldrán a su encuentro los aplausos de la opinion. Estas reflexiones eran las que el ilustre i nunca bien alabado Fígaro, explayaba en un artículo sobre el teatro, que él dirijia a sus compatriotas, i que en gran parte podria aplicarse como de molde a nuestro pais. "Hagan los poetas obras de mérito, decia; el público las

aprecia poco al principio; redoblen sus esfuerzos i hagan ostentacion de constancia; mañana las apreciará i pasado mañana no podrá pasar sin ellas." I un poco despues: "Cuando los poetas i la instruccion hayan formado el gusto del público, cuando éste haya formado a los actores, todos juntos formarán a las empresas obligándolas a recompensar, porque entónces el mérito podrá imponerles la lei."

Este ha sido por otra parte el órden en que se han desarrollado los sucesos de todos los tiempos. Los iniciadores de toda empresa grandiosa han sido casi siempre las víctimas destinadas al sacrificio; sus propias jenerosas obras han sido la cruz que ha servido de abrumarlos en el largo camino de congojas por el mezquino egoismo preparado; pero al fin el verdadero mérito siempre ha triunfado.

Podemos, por todo esto, asegurar que si no hubieran desistido de su tarea jenerosa los poquísimos autores dramáticos que se han visto en esta patria, contemplaríamos a estas horas, en vez del desierto casi, un pasado honroso que seria aliento i venero fecundo de provechosa enseñanza.

Si ya no fuese profundamente exacto esto que decimos sobraria para demostrarlo el buen suceso alcanzado por dos dramas estrenados en los últimos dias, hijos ámbos de dos jóvenes autores que, habiéndose ensayado anteriormente en el jénero dramático, han sabido mantenerse firmes en el trabajo, apesar de muchos obstáculos i al fin vencer.

El uno de ellos ha sido ya sometido al crisol de la crítica, que no repugna ni los merecidos aplausos ni las justas censuras. El otro, titulado *El Tribunal del Honor*, por don Daniel Caldera, no ha sido juzgado en todas sus faces i tendencias con la imparcialidad que el asunto requiere.

Propóngome en esta ocasion apuntar algunas observaciones, sujeridas por la primera representacion de *El Tribunal del Honor*.

II.

Allá por los años de 1837, don Juan Martinez, intendente de la provincia de Aconcagua, vivia en la capital de ésta, contento i afortunado al lado de su esposa, la hermosa María. En diez años de matrimonio no habia bendecido el cielo con algun hijo esta union.

La actual esposa habia conocido i amado allá en sus mocedades a un señor oficial llamado don Pedro Rodriguez, al cual le habia dado palabra de casamiento. Esto, no obstante, habíase desposado María, parece que a instancias de sus padres, con don Juan i durante una larga ausencia de don Pedro. Quiso la mala suerte

de aquélla que éste fuese diez años despues de jefe de guarnicion a la ciudad de San Felipe i que el intendente lo recibiera huésped en su propia casa.

Viva aun la antigua llama en el pecho de María; la presencia de don Pedro no podia ménos de acarrearle funestas consecuencias.

Tal aconteció: María atropelló sus mas sagrados deberes i don Pedro obtuvo lo que podria desear el mas exijente i ménos escrupuloso seductor. Don Juan, entretanto, presenciaba con el corazon despedazado por el dolor i la cólera las escenas en que se le arrebataban su felicidad i su honra. En su desesperacion concibió el mas lúgubre i extraño proyecto. Constituyóse él mismo en tribunal, acusó ante él a su esposa, hizo él mismo de defensor. En las cartas de los amantes, por él interceptadas, encontró las pruebas necesarias, i por último, segun el mérito que el proceso arrojaba, condenó a su infeliz esposa i a su ciego amante a la pena de muerte. El ofendido i a un mismo tiempo juez, acusador i defensor, debia de ser tambien el verdugo. En efecto, ejecutó don Juan la sentencia en el momento mismo en que Pedro i María se aprestaban a huir.

Este tema que, segun se dice, es completamente histórico, forma, aparte incidencias, la accion que se desarrolla en *El Tribunal del Honor*. Su autor, como se ve, ha urdido una trama sencillísima, ajena de todos esos acomodaticios resortes dramáticos de que se sirven tantos autores para causar efecto. La exposicion no deja nada que desear i el enredo se va formando de la manera mas natural. Sin embargo, de esa misma sencillez tan laudable deriva quizas uno de los defectos mas graves que afean el drama del señor Caldera, que contiene verdaderas bellezas. Menester es explicar esta idea.

Para despertar interes, la constante preocupacion del poeta dramático, preséntanse dos caminos. De un lado el deseo de complacer a la novelesca muchedumbre, ávida siempre de conmociones sensibles, le convida a explotar esos argumentos, verdadero *maremagnum* de aventuras i de las mas extrañas complicaciones. Se forman de este modo cuadros de la mas detestable falsedad, que no logran nunca llevar la conmocion a esas fibras delicadas del individuo que están siempre fuera del alcance de las vulgaridades. Para lo anterior no se necesita talento, sobran la audacia i una imajinacion un tanto insensata. Por esto la pendiente es resbaladiza i ha conducido al abismo a muchos infelices autores.

De otro lado, la vida humana, reposada i sin tumulto, pobre, si se quiere, de sucesos materiales, pero rica en pensamientos i poesía, es decir, en enseñanza, ofrece al verdadero artista un caudal inagotable de interes dramático, que no puede perecer porque está basado en el conocimiento verdadero del corazon humano.

Esos cuadros particulares, i sin embargo tan verdaderos, que representan a la humanidad entera con sus pesares i su alegría, sus angustias, sus esperanzas i mas nobles aspiraciones, señalan al verdadero talento el único sendero en que se conquista la inmortalidad.

El Tribunal del Honor no pertenece a la primera de las dos categorías que he apuntado: se conoce que su autor hizo cuanto pudo por alejarse de las exajeraciones que en ella se incurre; pero al propio tiempo se advierte que temió por el interes de su obra.

I aquí está el defecto arriba señalado: creyó salvar este inconveniente asociando una accion secundaria, que se ostenta con trazas de mui principal, i que ha hecho desaparecer de una manera lamentable la unidad de accion.

A aquélla pertenecen las escenas en que entran Dolores, sobrina de María, el jóven militar don Luis i el viejo ricachon don Francisco, pretendientes ámbos de la primera.

Para que no se impute a exajeracion esto que decimos, baste exponer que los tres personajes mencionados no tienen punto alguno de contacto necesario con el enredo del drama, ni sospechan siquiera la catástrofe que a su lado se prepara i, excusado es decirlo, no toman parte alguna en ella. Eliminados de aquél, se suprimirian, es verdad, escenas no poco chistosas, pero la trama, fundamento de la obra, no experimentaria notable alteracion. I tan cierto es esto, que los dichos solo aparecen en el primero i segundo acto: Dolores i Luis, en feliz pareja, vanse a fines del segundo de paseo a Santiago, i lo que es don Francisco, cual otro Elias, queda (aunque el público lo ignora) como suspendido entre el cielo i la tierra. Probable es que una chácara, que él mismo se cuida de advertir que posee, le sirviera de asilo en su escapada caprichosa de la escena.

Como se ve, el autor mismo se ha encargado de probar que sus tres personajes son completamente inútiles para el desarrollo de la accion, puesto que los maneja a su antojo i los hace desaparecer cuando es necesario dejar solos a los otros tres.

Teníamos razon entónces al decir que en *El Tribunal del Honor* no se habia ni remotamente respetado la unidad de accion.

El señor Caldera sabe hacerse perdonar este defecto ostentando méritos de mas de una suerte.

Es lójico, i por tanto en sumo grado natural, el desarrollo del asunto, i se hace sin afectacion i libre de esa vana fraseolojía que tanto empañan producciones de verdadero mérito a las veces i el diálogo, sin manifestar esa agudeza de injenio que tan alto colocan algunas obras dramáticas del teatro español, no carece en algunas ocasiones de verdadera gracia, pero en jeneral, fáltale donaire al decir i al lenguaje correccion.

La escena primera del primer acto nos pareceria excelente sin el recuerdo, a nuestro modo de ver inoportuno de Otelo, que trae

a colacion María, empeñada desde un principio en mostrar el estado de su ánimo. Esto, aparte de ser un pobre recurso, nos parece poco artístico, ya que al instante advierte el espectador que se trae, como se dice vulgarmente, por los cabellos, el recuerdo del celoso moro con el exclusivo objeto de proporcionar a don Juan una oportunidad de diseñar su carácter.

"El pobre ama, dice éste refiriéndose a Otelo; se cree engaña-i mata; ¡cualquiera haria lo mismo!"

El carácter de los personajes debe explicarse por el desenvolvimiento espontáneo de los sucesos, nunca mediante recursos semejantes al de que se ha valido en esta ocasion el autor de *El Tribunal del Honor*. I luego, no es natural ese deseo, patentizado aquí, de hacer que el espectador sospeche desde un principio las peripecias que han de conducir al desenlace. Esto, sobre que arrebata por completo la ilusion, es del todo incompatible con esa gradacion lójica de las ideas i acciones, fuente preciosa de interes.

La escena en que Dolores se burla lindamente de don Francisco está ejecutada con maestría, i hai en ella verdadera gracia. Parécenos de buen efecto dramático i mui propio del burlado don Francisco el denuncio que éste, guiado por despecho, hace a don Juan de la nocturna cita propuesta a don Luis por Dolores.

No faltan tampoco los rasgos de verdadera elocuencia en el drama que lijeramente analizamos. Las palabras "El era Dios, yo solo soi un hombre," con que don Juan responde a las súplicas de su mujer en el último acto, no las repugnarian de seguro muchos aplaudidos autores que se han dedicado al teatro.

Pero, ya que debemos ser imparciales, preciso se hace decir que en todo el discurso de *El Tribunal del Honor* resalta el abuso del monólogo i de los diálogos demasiado extensos. La accion, que a las veces debia ser rápida, patética, conmovedora, languidece i se pierde en pormenores del mas escaso interes. Tales son, por ejemplo, la escena VIII del segundo acto, en que tiene lugar la entrevista de don Pedro i María i la escena final del último acto, que por su chocante inverosimilitud es un verdadero lunar.

Los largos discursos a modo de disertaciones, casi siempre desagradan i ¡cuánto mas brillante resultado no produce una expresion breve, pero conmovedora, que revele el alma de los personajes! El "¡Ah!" por ejemplo, que pronuncia el marido ultrajado al presentarse en la escena, despues de haber presenciado la larga entrevista de su esposa con el seductor, ha determinado, segun nuestra humilde opinion, la situacion mas dramática de la obra del señor Caldera. Es ese el grito de dolor i rabia que sale de lo íntimo del pecho. Callan los labios, pero el silencio es mas elocuente que las palabras, porque es en ese momento el lenguaje de todas las pasiones que estallan.

Detengámonos un instante en lijero análisis de los caractéres.

III.

María no es de esas mujeres que delinquen en un momento de vértigo por el fuego de pasiones vehementísimas arrastradas i que se hacen perdonar sus faltas con tanta mas induljencia, segun es mayor la parte que a la irreflexion le cabe en la caida. Nó. Es una esposa que va midiendo palmo por palmo el abismo de sus debilidades, que acostumbra hacer su exámen de conciencia, i que juntamente con el "te amo," pronunciado en brazos del seductor, "soi una criminal," exclama.

Nada, nos parece, aconsejaba semejante proceder. No es ese el lenguaje de una pasion de diez años en el instante mismo de atropellar los mas sagrados e imperiosos vínculos de la relijion i la naturaleza. Las tempestades del amor ciegan como las del odio, ya que tienen el poder especial de perturbar profundamente las facultades del individuo i de seducir con la atraccion irresistible que ejerce sobre la fugaz mariposa la traidora llama. El deber, es verdad, deja siempre oir su voz austera e inflexible, presentándose como campeon en el recinto de nuestra conciencia. Pero la lucha es solo del principio. Es aquél un vencido que calla. La pasion vencedora domina por completo el corazon.

De este modo el crímen es siempre un crímen, pero al ménos no se hacen tan antipáticos i odiosos los personajes que lo cometen.

Hai mas aun. María quiere ser virtuosa. En la escena VII del segundo acto pide al cielo fuerzas para resistir. "¡Santa Vírjen María!" exclama, demandando su auxilio i proteccion contra el impuro amor que se ajitaba en su pecho. I ese cielo no le oyó; i esa Vírjen no vino en su auxilio ¡i María cayó!

Nada mas desconsolador, nada tambien mas falso.

No eran vanas palabras las que pronunciaba la desgraciada esposa, porque en el teatro no se habla por darse el gusto de hablar o de causar cierto efecto. Ellas manifestaban los deseos íntimos de su alma, las tendencias de su naturaleza. María tenia un corazon bien dispuesto, queria ser buena i rezaba; pues bien, cuando el corazon no es perverso, i se traba una lucha razonada entre la fuerza de la virtud i el deleite del pecado, de seguro aquélla vencerá. I por eso, presentar en la escena una esposa que cae, apesar de sus deseos sinceros de huir de la culpa, es complacerse en lo que podria llamarse un desesperante fatalismo. Nó, mil veces nó. La virtud no es tan imposible de conseguir al que con todas veras la ambiciona i el cielo tan injusto que niegue su luz al que de hinojos se la pide. De otro modo, si quisiéramos ser buenos, si a ello estuviese nuestra voluntad firmemente persuadida, i sin embargo, nos hiciéremos reos de una accion

pecaminosa, no nosotros, la naturaleza i Dios tendrian toda la responsabilidad.

Despues de todo, ¿no habria sido mas oportuno suprimir en *El Tribunal del Honor* esa lucha funesta para el bien i representar, ya que se trataba de eso, a la esposa infiel dominada por un amor ardiente, impetuoso, que la hace sucumbir precisamente, porque ésta en su locura no acuerda dirijir sus ojos al que da la enerjía i la fortaleza?

Ello, siendo mas conforme con las reglas de la moral i del arte, habria ahorrado un cruel suplicio al espectador.

No está mal delineada la figura de don Juan, personaje protagonista. Sostiene su carácter i uno llega hasta el fin convencido de que no se dejará arrebatar impunemente su honor; pero, el que es crítico imparcial, encuéntrase indeciso para dar carta de naturaleza en el drama a esa nunca vista humorada, que da el nombre a éste i forma uno de los rasgos principales de aquél.

Se comprende un marido que, combatido por los celos, busca pruebas para proceder; pero es difícil aceptar como posible un marido que, despues de ver patente la verdad, se convierte en juez i forma un verdadero proceso judicial.

Parécenos esto demasiado orijinal.

El teatro debe expresar, ante todo, la verdad, i, "lo verdadero en el teatro, como lo dice Saint-Marc-Girardin, consiste en lo que es jeneral i en lo que todos sienten." Esto así, diga cualquiera si es verdadero, verosímil que un marido se ocupe en llenar cuartillas de papel sellado en tanto que su esposa departe amorosamente con el seductor durante largas horas.

¡Oh! la pasion no obra de esta manera. Ve i ejecuta. Los ojos de la materia ven i el instinto brutal, ciego, irresistible, ejecuta; no interviene en nada el individuo intelijente i libre, que permanece, por tanto, irresponsable, casi diré inocente; eso es lo que por lo comun sucede; pero ver, convencerse i esperar tres largos meses i despues matar a sangre fria, es decir, asesinar, es proceder de un modo verdaderamente excepcional: i ya se sabe si el teatro debe alimentarse de excepciones.

Se alegará que el hecho es histórico: no importa, decimos. La historia se refiere al mundo entero i en éste, al lado de los cuerdos, ocupan su buena porcion los locos i ¿puede acaso, el que quiere describir las tempestades del corazon humano, tomar como tipo a un insensato? No queremos decir que lo obrado por don Juan sea solamente propio de un loco, sino que con el argumento histórico de que se trata pueden llevarse al teatro las mayores aberraciones.

Aparte todo esto, el carácter de don Juan es el de un hombre honrado i caballeresco, que adora hasta el delirio a su esposa. En su misma excesiva bondad encontramos un defecto. Un vicio suyo hubiera en algo atenuado la infidelidad de su esposa.

Don Pedro es un tipo antipático, descrito con vulgaridad: el del seductor de siempre, lijero i sin conciencia.

Don Luis es indefinible, solo se distingue por sus cortedades de jenio i sus enojos, mas curiosos aun que aquéllas.

Dolores i don Francisco son dos tipos copiados al natural, en cuya pintura el autor ha desplegado no poco injenio.

IV.

Podríamos dar aquí remate a estos descosidos renglones si ántes no considerásemos como un deber imperioso, decir siquiera dos palabras acerca del argumento que el señor Caldera escojió para llevarlo a la escena.

Quisiéramos disponer en este punto del tono persuasivo de la elocuencia para censurar, con toda la enerjía de que somos capaces, las deplorables i funestas tendencias que ha desplegado el señor Caldera en su drama, poniendo en accion uno de los vicios mas repugnantes de la, a las veces, miserable humanidad: el adulterio. I presentado, no como se quiera, entre luz i sombra, como huyendo avergonzado de sí propio, sino con la cara descubierta, en su mas torpe realidad, desafiando sin recelos las miradas de la inocencia.

Recuérdese si no aquella escena en que, haciéndose uso de uno de los mas gastados resortes dramáticos, reclama el perdon la madre culpable en nombre del hijo, fruto del crímen....

La esposa habia faltado, el público habia asistido a escenas de impuras caricias, no era bastante: era aun necesario proclamar, con una crudeza por extremo exajerada, ante el marido ultrajado i ante los espectadores.... pero, ¿para qué seguir?

¿Acaso nuestra pluma no se envolveria en una atmósfera, de que queremos a toda costa escapar? Lo declaramos con entera verdad: cuando tales escenas se representaban, vimos coloreada mas de una mejilla inocente i turbados muchos rostros en que se veian impresas las huellas de los años.

Todas las disertaciones i teorías no podrian condenar con mas elocuencia tan aventajadas muestras del mas *exajerado realismo.*

El teatro se convierte, de esta suerte, en escuela de corrupcion; porque indudablemente es corromper, poner ante los ojos crédulos de la inocencia, como el espejo exacto de la humanidad, lo que en ella hai de mas degradante; es corromper, complacerse en describir en el teatro, como si pasaran en la plaza pública, escenas que en la vida real permanecen jeneralmente en el misterio i la oscuridad; es corromper, pintar en el drama solamente la parte animal, la bestia del individuo, cuando en este mismo

existe una fuente inmortal de inspiracion noble i elevada. ¿Se mira acaso impunemente la tela indecente de un pintor? I ¿cómo se quiere que de distinta suerte se contemple, no un cuadro mudo, sino escenas vivas en que se dibujan casi al desnudo las mas torpes pasiones?

No se exija, en buena hora, que el teatro se proponga un fin exclusivamente moral, pero lo que sí se debe establecer como precepto inquebrantable es, como dice acertadamente don Manuel de la Revilla, "que no se proponga un fin contrario, esto es, que no desmoralice, pues, desgraciadamente, el teatro moraliza con gran dificultad, pero desmoraliza con facilidad maravillosa."

El teatro no es, por otra parte, el resultado de un capricho o la satisfaccion de un placer pasajero. Responde a una necesidad interna, i por tanto, constante de nuestro sér. Es como el complemento de la vida ordinaria del hombre.

Quebrantado éste en la lucha desigual de la existencia, burlado en su mas caras aspiraciones, contenido por la materia, busca el olvido de lo presente i en su anhelo de lo infinito, quiere transportarse a rejiones mas altas, mas serenas i extasiarse en la contemplacion invisible de ese ideal, objeto de su mas intenso amor. Este es el hombre de todos los tiempos, el colocado en mas alta jerarquía i el de mas ínfima condicion.

Todos acariciamos un sueño i vamos al teatro a verlo en parte siquiera realizado. ¿Es una ilusion, una fantasía? Pero ¿qué seria de la vida sin esa ilusion, sin esa fantasía?

A éste van, por eso, el poeta, a avivar mas i mas el fuego de divina inspiracion, que arde en su pecho i que el mundo amenaza apagar con su glacial indiferencia; el filósofo, a ver patentizadas en el desenvolvimiento elevado de la accion humana, leyes por él ya advertidas en el silencio del gabinete; el hombre de Estado, a echar en lijera cuenta los cálculos de la ambicion; el opulento, a apagar su sed de riquezas; el desheredado de la fortuna, a ensanchar su pecho léjos de la miseria i las lágrimas: i todos, en jeneral, en busca de algo mejor que la vida ordinaria en que nos fastidiamos i sufrimos.

I ¿podrá conseguirse alguna vez este resultado, mediante la exacta representacion de esta misma, mas aun, por medio del desarrollo exajerado de las mas vulgares i torpes pasiones?

¡Burla cruel!

Nuestro espíritu va en busca de eminencias, de luz i el artista le señala el fango; el artista, que debia tener ante sí perennemente colocadas estas palabras, que pronuncia Diotimo en el libro de *El Banquete:* "Oh, mi querido Sócrates, lo que puede dar precio a esta vida es el espectáculo de la belleza eterna.... Cuál no seria el destino de un mortal a quien fuese dado contemplar sin mistura la belleza, en toda su sencillez i armonía, ya no de carne

i humanos colores revestida, con pasajeros encantos ataviada: a quien fuese dado contemplar faz a faz en su forma única la divina belleza."

Santiago, agosto 27 de 1877.

RAFAEL GARMENDIA REYES.

EL MOISES DE MIGUEL ANJEL.

¿Solo darán las cuerdas de la lira
Notas de triunfo i entusiasmo al viento?
¿Solo el encanto del amor respira
I la dicha i la paz, su noble acento?
¿Dormirán oprimidos,
Por el polvo pesado de los tiempos,
Los jenios atrevidos
Que llevando al cenit el raudo vuelo,
Grabaron en su mente lo divino
Para legarlo a la mansion de duelo?
¡Nó! ¡Mil veces nó! que vuestro canto
Cruce, poetas, el empíreo manto
Venciendo valles i salvando montes,
Descubra entre las sombras del pasado
Los negros horizontes
Que al sol del arte sepultura han dado.

Mecido por la gloria, Prometeo
La chispa arranca de celeste númen,
I en tanto que el Olimpo a horrenda pena
Al semi-Dios condena,
Va la centella errante
De luz, aliento i sér vivificante,
Como espléndida aureola de topacio,
Flotando entre las olas del espacio.

Reflejos leves de su luz radiosa,
Atraviesan el éter impalpable,
Dan vida a Fídias i al celeste Apeles
I el arte nace. Ofrecen las riberas

De la divina fuente de la gloria
Sus eternos laureles,
Con que ciñen las Musas al que aspira
Alzarse donde Apolo el plectro inspira
I corona sus cantos la victoria.
Vuelan los siglos; desgarrado cae
Del paganismo el nebuloso velo,
Mas allá del Olimpo hai otro cielo.
A penetrar no alcanza
Débil mortal en la rejion ignota,
I errante siempre la centella avanza
I en el silencio de los mundos flota.

Despierta el sol de Italia a Miguel Anjel,
Todo su fuego i esplendor le envía,
Abre en su pecho luminoso dia
I le corona con sus rayos de oro.
En fujitivo coro
Mecen las hadas su flotante cuna,
Lo lanza el jenio entre sus ígneas alas,
Atras contempla la callada esfera,
Mira rodar bajo sus piés la luna
I al sol perder sus esplendentes galas.
Sigue en su vuelo; entre las sombras mira
Mundo errante de luz i de hermosura,
La ardiente chispa que en el éter jira,
I entusiasmado, ciego,
Ya la sigue, la alcanza, la encadena,
Graba en el mármol el divino fuego
I el orbe todo con su nombre llena.

¡Allí el Artista! en su rugosa frente,
Que lauros inmortales coronaron
I brisas de Helicon acariciaron,
Tiembla i palpita inspiracion ardiente.
Mudo i absorto, ante su vista cruzan,
I en confuso tropel ruedan lijeras,
Visiones luminosas, con que infunde
Fuego al color, ternura a las pasiones
El arte celestial. Dulces canciones,
Gritos de luchas i combates rudos,
Rayos de sol que con la tarde mueren,
Sentimientos incógnitos i mudos
En cruda tempestad su pecho hieren,
Lo seducen, lo arrastran, lo fascinan
I en su seno, revueltos, indecisos,
Mil deseos fantásticos jerminan.

Ya se deslizan, en aérea danza
I en dulce movimiento,
Entre bosques, las ninfas de la Grecia
Que del aura sensual besa el aliento.
I sus cantos süaves,
Palpitantes de amor i de ternura,
I las notas ya dulces i ya graves,
Que de Apolo la cítara murmura,
Se juntan a la rítmica cadencia
Del baile acompasado,
De amor i dicha i juventud esencia.
Las sigue en pos con blando movimiento
I misteriosa i púdica belleza,
Sobre concha de espumas de los mares,
La diosa de Citeres; sus cantares
Entre flores, amor alado empieza,
Así como al brotar de las tinieblas
En su carro de luz la casta luna,
De las tímidas nieblas
Disipa el tenue i azulejo manto
I alza la tierra su solemne canto.

Súbito desparece: hirviente, horrendo,
Se oye de Marte el belicoso estruendo,
Empapan sombras el sanguíneo campo,
El sol no luce ya; fuljente acero
Resuena i brilla en el combate fiero,
Brota sangre i cadáveres la tierra,
Los carros chocan i las chispas vuelan,
Sombras de muerte los semblantes velan
I el cielo entoldan que el espanto aterra.
¡Feliz el vencedor! ¡Feliz el héroe
Que cae entre los cantos de victoria!
¿No veis? los dioses al Olimpo llevan
Entre perfumes su alma, i en el suelo
Orla su nombre el lampo de la gloria.

Ya cambia la vision: torrentes mira
Despeñarse rujientes sobre el mundo.
Despiértanse i sacuden del profundo
Piélago inmenso las hirvientes olas,
I al estrellarse con el negro muro,
Del horizonte oscuro,
Como estrellas de luz vuela la espuma.
Silencio aterrador duerme en la sombra,
El valle pierde su mullida alfombra,
Su altiva frente el cedro

I sus canas de nieve la montaña....
¡Todo es piélago ya, todo lo baña!
Solo alumbrada por la luz divina,
Fuente de salvacion, dulce esperanza,
Emblema de Jesus i su doctrina
El arca majestuosa i lenta avanza.

¡Qué horrenda confusion! Cuál se atropellan
I se revuelven las ideas locas,
Cuál relampagos súbitos destellan
Que de su noche la tormenta evoca.
¡Mirad! ¡mirad! la piedra se estremece,
Brota en el mármol palpitante vida,
¡El es! Moises entre la sombra crece
I huye la sombra de su luz herida.

Como el volcan, que oprime la montaña
I se estremece i lucha sin aliento,
Halla por fin el resonante acento
I en torrentes de lava bramadora
Esparce sus entrañas por la tierra,
Hecho Titan el hombre
Por la potente impiracion creadora,
Rompe los lazos, las tinieblas quita
I en mundo ignoto con Moises palpita.

¡El mármol!.... ¡El cincel! duro martillo
Fatiga el aire con sus ecos roncos,
Jime la roca i en pedazos vuela
¡I del pueblo de Dios vive el caudillo!
¡Moises! ¡Moises! en su mirada vela
Aquel poder sublime,
Reflejo del Señor, que al israelita
La santa lei al escuchar prescrita
Dejó temblando i arrobado i ciego;
I eran las nubes carro de su gloria
I eran rayos diadema de su frente,
I eco sonoro de su voz de fuego
El trueno pavoroso i estridente.

Triunfó la inspiracion; fantasma leve
El muro fué que la ignorancia alzaba.
Uno es el arte i en su seno ostenta,
Como prisma de espléndidos colores,
La plástica belleza en dulce abrazo
Con el ceño de Marte i sus horrores.

¿La veis? ¿La veis? esplendorosa llama,
Foco de luz en la celeste altura,
Que el orbe con sus vítores aclama?
¡Ella es! ¡Ella es! vírjen divina,
Ella del númen al ferviente ruego
Vibró de Inspiracion el sacro fuego.
En sus cabellos el laurel fulgura,
Rueda a sus plantas célica armonía
Que por los mundos dilatada vuela,
I a su paso de luz, la luz que envia
Rasga el crespon que los espacios vela.
¡Sublime relijion! en sus altares
Al arte redimió, las cuerdas de oro
Hizo latir con arrobantes notas,
Quitó a la tierra avara su tesoro,
Cual diamante escondido,
En polvo de los claustros, del olvido
I ruina universal guardó a la ciencia,
I libre ya, la humana intelijencia
Llevó al poeta al sólio del Eterno
I alumbró con sus cantos el Averno.

El arte es uno. Humanidad contempla
Extática a Moises, en su mirada
Un mar columbra de flotantes olas;
Con un eterno acento
I eterno movimiento
La vasta inmensidad lenta murmura
I allá se pierde en la penumbra oscura.

¡Traed coronas! i adornad las sienes
Sombrías del jigante;
Mas no busqueis el arrayan fragante
Ni rosas ni laurel; ¿quereis que sea
El lauro digno de ceñir sus glorias?
¡Id! que rujiendo el huracan os vea,
Cuando en la noche la tormenta brama,
Arrancar al volcan que insulta al cielo
Su diadema de nubes i de llama,
Que al trueno envuelve en tormentoso velo.
¡Coronad a Moises! su augusta frente
Es emblema del arte i de la gloria;
¡Honor al jenio que lo alzó potente!
¡Gloria i honor del jenio a la victoria!

G. ERRAZURIZ URMENETA.

¡SIEMPRE LAGRIMAS!

Yo he soñado.... Quedaron en mis ojos
Tristes rastros de lágrimas,
I en el alma esa huella relijiosa
Que dejan en el templo las plegarias.

El fresco ambiente de ajitar laureles
Aun por mi frente pasa;
I guardan mis oidos
Ecos de remos al golpear las aguas.

Aun siento leves ráfagas perdidas
De cantos de alboradas,
I ondean, deshaciéndose a lo léjos,
Las ropas, sin color, de la esperanza.

Se han cerrado mis ojos
Para tender mas léjos la mirada;
Calló mi corazon, que sus latidos
El rastro de mis sueños disiparan.

.....

Entre lauros i cantos,
Entre auroras i tímidas plegarias,
¿Quién lleva hasta el sagrado de mis sueños
Lágrimas, siempre lágrimas?

Agosto 27 de 1877.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

LA POESIA.

¡Lleno de luz i vida el vasto dia,
De vaga claridad la noche fria,
El orbe todo de belleza lleno
I el labio inerte sin acentos calla!
¡El palpitante seno
Hinche férvido mar que bulle estrecho
I en su contínuo reluchar no estalla!
Si un grito al ménos su anhelar no halla
Sus ansias rompan el mezquino pecho.

Tienen su voz las yerbas de los prados,
Murmurios las corrientes,
Susurros los insectos dilijentes;
Tiene el jilguero trinos acordados,
El cándido rebaño su balido
I las greyes errantes su mujido.
El bosque enmarañado rumorea,
Asorda la potente catarata,
Rebrama el huracan i por la esfera
La voz de las montañas se dilata.
¿Cómo el hombre tan solo, cómo pudo,
En medio el universo quedar mudo?

Antes, primeros tiempos de la vida,
Ficciones de la mente
De risueño i alegre adolescente
En que al dulce placer todo convida,
En las serenas linfas
Jugueteaban las ninfas,
En las selvas los silfos jugueteaban
I al mortal con sus cantos
Sus fáciles amores enseñaban.
Cual del pecho se eleva entre la bruma
La imájen de un deseo,
Se alzaba de la espuma
La desnuda belleza
Ostentando su gracia i jentileza
Ante el radioso sol; i no suspira
Con ansia vaga a quien su hechizo admira,

Porque su voz le llama cariñosa,
"Ven, le dice, contempla mi hermosura,
La dulce copa del placer apura
Que del dulce placer yo soi la diosa."
I tambien otro dios; sombras evoca
De las hazañas ínclitas que fueron,
La lira da al mortal i "canta," exclama;
Trémula vibra la impotente boca
Que ajita sacra llama,
I en raudal majestuoso
El cántico divino el labio entona,
I la celeste mano
De sus lauros eternos le corona.

Tiempos hermosos, dioses celestiales,
¿En dónde os escondeis, por qué habeis huido?
¡Todo lo ha de borrar el negro olvido!
¡Será negado el canto a los mortales!
Sepulta el sol su disco refuljente
En las oscuras mares de occidente,
I largo espacio aun las cumbres dora
I en rojos tintes de arrebol colora
Su rayo postrimero
Roto cendal de sombras mensajero;
El eco blando de esos dulces cantos
De una edad a otra edad ha resonado
I en la sombra ¡oh dolor! hase apagado.

Silencio i soledad: el labio inerte
Se ajita, tiembla i a cantar no alcanza,
Silencio i soledad: heló la muerte
La gloria i la esperanza.

Mas ¡oh cielos! ¿no veis? mirad la cumbre
De los Andes jigantes!
Del relámpago fúljido a la lumbre
Miradlo cual se eleva
I la alta sien hasta las nubes lleva.
Su cabellera blanca al viento flota,
El torrente a sus plantas se derrumba,
Violento el huracan su frente azota
I el trueno al léjos con fragor retumba.
De pié sobre la roca
Las cuerdas pulsa de la sacra lira;
Febril tropel en derredor evoca,
I en angustia mortal jime i delira.

El es el bardo errante:
Respetad su dolor, dejad que cante.

Mirad, allá en la hondura,
Envuelta en vapor vago,
Como azulado lago,
Se extiende bullidora la llanura.
Aquí tan solo, soledad, vacío,
Campos de eterna nieve
Do su ala el cóndor majestuosa mueve,
Do se ostenta de Dios el poderío.

Canta, poeta, aquí, tu trono es éste:
Son tu escabel las cumbres de los montes,
Tu dosel es la bóveda celeste,
I de ese espacio inmenso,
I de esos infinitos horizontes
Mira cual se alza blanquecina nube,
Como en las aras el quemado incienso
I en vaga espira hasta tu planta sube.

¡Pero es hombre tambien! i cruel le oprime,
¡Mísera humanidad! tu suerte aciaga.
Al polvo unido está, por eso jime;
Es sublime cantor, por eso vaga.
¡Ai del que encierra en la marchita frente
Todo un Dios en su mente!
Sus cantos poderosos se elevaron,
I sus cantos las turbas no entendieron,
Innotas tempestades le ajitaron
I de su extraña angustia befa hicieron.

¿Qué importa el son del hervoroso rio?
¿Qué el temblar de las yerbas i las flores?
¿Qué de las tibias auras los rumores?
¿Qué el púdico desvío
En que envuelve la vírjen sus amores?

Estruendos roncos en redor resuenan,
En negra sombra se confunde el cielo,
Retiembla el monte i en menudas trizas
Las rocas vuelan i el espacio llenan
Negro pavor i cálidas cenizas.
Canta, poeta, dentro el muro estrecho
Se ajitan de tu pecho
Mundos, llamas i lavas confundidas;

Estalla un punto ya, tu voz levanta,
Canta tus ansias, tus dolores canta.

Mas, escuchad: a aquestas soledades
Sube en alas del aura fujitiva
El viviente bullir de las ciudades.
Escuchad, escuchad: ¿no ois al léjos
¡Qué extraña confusion! el vocerío,
El hervir de las turbas? ¡Cuánto anhelo
En variado rumor se eleva al cielo
I flota vagoroso en el vacío!

Mas ¿qué canto resuena
Que de blanda quietud el alma llena,
El sentido suspende
I en grato fuego el corazon enciende?
Su suave melodía
Es misteriosa voz del ansia mia;
A su compas los mundos van rodando,
I los pechos palpitan,
Los jérmenes recónditos se ajitan,
Abre la flor su perfumado broche,
Se alza la yerba tímida temblando,
Descubre sus misterios la alta noche,
Se baña en luz esplendorosa el dia,
Oscilan fulgurosos los arcanos
I el universo todo
Forma sublime, espléndida armonía.

Escuchad, escuchad: esos cantares
Los conoce mi alma; voz sagrada
Que al bardo le fué dada
Para ensalzar la espléndida belleza,
De la verdad augusta
Resplandor misterioso.
Escuchad: majestuoso
Por los espacios ese canto vaga,
Vence el rumor de los errantes mundos
I el ruido terrenal potente apaga.

Yo conozco esa voz: mi alma la siente
Do quiera que un misterio halla la mente,
Do quiera la natura
Ofrece a la mirada su luz pura.
Do un suspiro responde a otro suspiro,
Do jime un corazon en honda pena,

Do un corazon combate,
Do un libre corazon ansioso late
Ese cántico exelso allí resuena.

No ya como solia
En las ciudades de la Grecia un dia
Vibra al compás del lírico instrumento,
En dulce, limpio verso modelado;
No ya cual terso lago se dibuja
Brillante al claro sol, sin leve viento
Que estremezca su espejo plateado,
Que no mancha una bruma pasajera,
En el marco de césped encerrado
Por la línea de luz de su ribera;
No ya sencillo, cadencioso canta
La belleza desnuda
Que de la amarga espuma se levanta
Tan jentil i tan bella cuanto muda.
No es ese clamor, nó, que el aire hiende,
Ronco clamor en que impotente estalla
Un pecho que su anhelo no comprende,
I voz para su anhelo jamás halla.
Ese canto jigante
El ritmo tiene de la griega lira,
En él estalla el alma delirante,
El pecho enamorado en él suspira.

El arpa vibra si la besa el viento,
Vibra naturaleza
Al resbalar por ella el sentimiento;
Su son es la belleza,
¡Dulcísima armonía!
Son sus notas colores i perfumes,
Sonidos i calor i movimiento,
I ese canto inmortal la poesía.

Seguid, seguid los del mirar ardiente
En que volcan opreso centellea;
Seguid, seguid los de la mustia frente,
Que el peso agobia de sublime idea,
I al cielo se levanta
Miéntras el polvo huella vuestra planta;
Seguid, seguid los que escuchais un eco
De esa armonía inmensa,
Atento a los rumores el oido,
Entre abierto i jadeante el labio seco.
Miéntras la turba atónita os contempla,

Se aparta a vuestro paso i os señala,
I el pasmo de su pecho
En clamorosos vítores exhala.

¡Oh! cantad la belleza;
La verdad cantareis que ella es tan solo
El resplandor con que a los ojos brilla;
¡Oh! cantadla i la hirviente muchedumbre
No doblará asombrada la rodilla,
Pues vió la luz suprema,
Ante mezquina i reflejada lumbre.
Cantadla i calmareis la pena fiera,
Que el que suspira por la patria ausente
Breve alivio hallaria, si aun de léjos
Un instante pudiera
Mirar su cielo i respirar su ambiente.
Los hombres vuestro idioma no han oido,
Mas el pecho gozoso lo comprende
I balbucirlo intenta su latido.
Cantad a la belleza
I correrá hácia el bien la turba ansiosa,
I la risueña dicha desde el cielo
Bajará presurosa
A tender sus favores sobre el suelo.

¡Sí! Solo tú, gran Dios, la verdad eres:
Es la belleza tu fulgor divino;
Ciega tu luz mi espíritu mezquino,
I por buscarte el corazon anhela
Cuanto el misterio con su sombra vela.
El bien supremo tiene quien te sigue
I el insacible corazon la dicha,
Si hallarte i reposar en tí consigue.
La luz nace del sol: pues eres uno
Do quiera una armonía
Columbre entre las sombras de mi mente
Tocaré el polvo con la altiva frente,
I unirá su loor la lengua mia
Al himno que del orbe se levanta
I sube tembloroso hasta tu planta.

Agosto 27 de 1877.

R. LARRAIN COVARRUBIAS.

EL EMIGRADO.

(Conclusion.)

Del sombrío cuadro que arriba he bosquejado, pasemos a otro que viene a ser su antípoda. La escena es en Paris; son las doce de la mañana, una de las rigurosas de invierno. En una pieza deliciosamente amueblada del Hotel de Castilla, delante de una chimenea de mármol blanco, cubierta de terciopelo carmesí con rapacejos de seda, todo claveteado de tachuelas que parecen de oro i brillante con una magnífica lumbrada, están sentados cuatro hombres de diferentes edades i cataduras, pero todos vestidos con la última elegancia, alrededor de un veladorcito de laca, sobre el cual se ven todavía los restos de un delicadísimo almuerzo. Llévaselo un mozo, con todas las apariencias de un señor i él mismo trae i pone sobre la mesa una bandeja en que vienen una tetera de metal ingles, lustroso como plata, café, chocolate i tazas adecuadas a cada uno de estos líquidos dijestivos: un cajon de excelentes *vegueros* de la vuelta de abajo, verdadera *basura* habanera, llega en manos del mozo que lo baja de encima de un *secrétaire*, estilo *rocaille* i acaba de llenar el velador. Váse el mozo; elije i enciende cada uno de los convidados su cigarro despues de haber tomado té, café o chocolate, i prosigue entre los cuatro, en nuestra hermosa lengua castellana, una interesante i profunda discusion sobre el mérito respectivo de las españolas i de las francesas. Estos cuatro personajes son ni mas ni ménos que cuatro emigrados, i sin embargo, encima de la chimenea se ven todavía con sus fajas el *Diario de los Debates*, la *Prensa*, el *Siglo* i otros periódicos políticos franceses, igualmente que algunos de los nuestros, el *Heraldo*, la *Posdata*, etc.; solo están desplegados i sin duda leidos el *Diario de los teatros*, un periódico de modas i el mordaz *Charivari*.

Esta indiferencia o desden a la política es el rasgo que mas distingue al emigrado rico del pobre, i la razon es sencilla. No es, ciertamente, porque sean unos o mas o ménos patriotas que otros, sino, porque para el rico la emigracion es un mal mui llevadero, cuyo término no siempre desea con gran vehemencia, al paso que para el pobre es una situacion llena de amarguras: salir pronto de ella es un sueño de todos los dias, de todas las ho-

ras, de todos los minutos. Esta es una prueba mas de la falsedad que envuelve esa supuesta igualdad ante la lei que nos imajinamos haber conseguido i disfrutar como una gran conquista. El mismo castigo impuesto a dos hombres es para uno insignificante, para otro durísimo. Esa decantada igualdad es la mas monstruosa de las desigualdades, i por consiguiente, de las injusticias. Sin manifestarlo con una impaciencia febril de leer las noticias de España, el emigrado rico abriga, no obstante, en su corazon un vivo apego a las cosas de su patria: así vemos a los cuatro felices proscriptos que acaban de desayunarse, salir, acabada su conversacion (i sustituida ya a la elegante bata del anfitrion una levita forrada de ricas pieles), i encaminarse por el *boulevard* a una imajinaria *Puerta del Sol* improvisada en la *Plaza Vendome*, donde encuentran a varios amigos paisanos con quienes forman bullicioso corro. Es la hora a que pasan por aquella hermosa calle muchedumbre de coches i de jinetes que van al bosque de Bolonia i de parejas pedestres que se encaminan al jardin de las Tullerías. No pasa buena moza a quien no se le eche disimuladamente algun requiebro, a la española; allí se fuma, de allí se baja al Prado *(vulgo* las Tullerías); allí se decide a qué restaurador se irá a comer, en qué teatro se empezará la noche, a cuál *soirée* se irá despues.... Porque, digámoslo ya en fin, i me excusaré llevar mas adelante este bosquejo, el emigrado rico en todas partes es perfectamente recibido: en realidad no tiene de emigrado mas que el nombre: su vida es en todo la misma que la del viajero rico de su mismo pais. Ya entra en una categoría aparte, que merece tambien su descripcion especial, porque se diferencia enteramente de la del emigrado, cual es la del *Español fuera de España*. Por eso deben omitirse aquí muchas observaciones críticas que ocurren i que seria injusto aplicar al emigrado, no recayendo sobre cualidades esencialmente propias de esta clase.

El principal carácter del emigrado en jeneral, que es el anhelo por volver a su patria, falta en el emigrado rico; fáltale tambien el aislamiento entre los suyos, la exclusion de todo trato con los representantes del gobierno de su pais i aun con todas las personas de distinta comunion política, que tan altamente caracteriza al emigrado; ¿qué le queda, pues, de tal? Nada mas que el nombre: ningun rasgo propio esencial le distingue de cualquier otro español no emigrado i ausente de su patria, fuera del hecho material de no poder volver a ella. No debo, pues, hablar aquí de él mas que mui de pasada, por mera fórmula de recordacion. Por lo mismo me abstendré de pintar al falso emigrado que hace de su usurpado título un recurso para estafar a sus paisanos: este emigrado no es mas que una variedad del *caballero de industria*, otro de los tipos que tambien merecen pintarse i en el que no renuncio a emplear mi tosco pincel; porque son tantos i tan curio-

sos los que me ha deparado la suerte adversa, que sin mas que apuntar unas cuantas figuras de las que mas impresas se me han quedado, verá el lector cosas que le marabillarán.

Hasta aquí solo he hablado del emigrado soltero, o a lo ménos que no lleve consigo su familia, si la tiene, que es, como naturalmente debe ser, la clase mas numerosa; pero fuerza es decir algo tambien del emigrado con mujer e hijos. Este, si no es rico, en cuyo caso tenemos lo mismo que ántes dije, una familia fuera de las duras condiciones características de la emigracion, es sin disputa el emigrado mas digno de interes i lástima. Rara vez el emigrado de esta especie se fija en un depósito; rara vez tambien deja de añadir al socorro del gobierno el producto de alguna honrada industria: aunque nunca haya sido apto para nada, aunque nunca haya hecho ni creido posible hacer otra cosa mas que cumplir bien o mal con las obligaciones de su destino, la necesidad, que, como todos saben, tiene cara de hereje, le fuerza a trabajar: en esto se distingue esencialmente del emigrado soltero, el cual, por lo comun, se abstiene prudentemente de toda ocupacion que pueda redituarle algun provecho. El trabajo a que mas jeneralmente se dedica el emigrado con familia es a dar lecciones de español o a traducir para los libreros que comercian con nuestras antiguas colonias de América; así están inundadas de traducciones increibles; las hai tan sublimemente desatinadas que merecerian estamparse con letras de oro, para delicia de las personas de buen humor.

La casa del emigrado con familia es el punto de reunion, por las noches, de todos los emigrados del pueblo, o cuando ménos del barrio, si se halla en Paris o en una ciudad grande; allí se forma una verdadera *tertulia*, con su murmuracion, sus amoríos, su poquito de mala música i aun de baile, de cuando en cuando. A estas tertulias suele asistir algun indíjena que aspira a poseer la *especialidad* española, en la literatura de su pais, estudiando la lengua, el *colorido local*, las costumbres de los españoles; pero es preciso que tenga mucha magnanimidad para resignarse a oir con indiferencia las mil pestes que probablemente dirán, de las cosas de Francia, aquellos mismos que tan humana acojida están recibiendo en esta hospitalaria nacion. Solo una docilidad a toda prueba i una grandísima despreocupacion pueden granjear al extranjero el honor de ser visto sin desagrado como individuo, o talvez de ser positivamente excluido de la susodicha tertulia española i emigrada.

Otras variedades hai del tipo *emigrado*, pero mui secundarias i que poco o ningun carácter jeneral presentan al observador; pues los que tienen, le son comunes con el otro tipo arriba indicado del *español fuera de España*, tipo que va bosquejado a continuacion de este.

Terminaré mi cuadro con algunas consideraciones de las que

prometí al principio, sobre las ventajas e inconvenientes de las emigraciones. (1)

Las emigraciones políticas ¿son un bien o un mal para el pais de donde salen i en que se repiten de tiempo en tiempo? Esta es la primera pregunta que se hace a sí mismo el hombre que piensa, sobre todo cuando ya no es emigrado; porque claro está que miéntras dura su emigracion, la tiene de cierto por un mal, sobre todo si escasea el dinero. Mas lo que parece ofrecer poca duda es que si en el mundo no hubiera habido emigraciones, la marcha de la civilizacion habria sido mucho mas lenta i probablemente ménos segura; porque no hai emigrado, por rudo i desaplicado que sea, que no haya hecho voluntariamente o por fuerza una multitud de observaciones i comparaciones que, a su vuelta, aplica o comunica con cierta vanidad a sus amigos i compatriotas. El uno observa el progreso o atraso de las artes mecánicas; el otro, las costumbres domésticas i familiares; este se pone a traducir mal o bien los libros que cree pueden ser útiles o por lo ménos venderse en su patria; algunos estudian los métodos mas aventajados en tal o cual ramo de industria o de la agricultura; no pocos se dedican a enseñar su propia lengua i la estudian al mismo tiempo; otros siguen los cursos de enseñanza establecidos en los pueblos donde la suerte o su situacion particular les permite residir; varios aprenden un oficio a que talvez tenian inclinacion cuando eran jóvenes, o de que poseian ya algunas nociones elementales; quien hace valer las habilidades que aprendió por solo recreo, i enseñándolas se perfecciona en ellas; quien adquiere aplicacion al trabajo, cuando ántes era un haragan de por vida; los mas leen una multitud de libros o periódicos que probablemente no hubieran hojeado jamas si hubiesen permanecido en su pais; todos aprenden bien o mal un idioma que ignoraban la mayor parte de ellos; no hai uno que no adquiera por fuerza el hábito de la economía doméstica i el convencimiento de la inutilidad de muchas que él tenia por necesidades indispensables; i por último, ninguno deja de pensar en su pais a cada cosa buena que ve en el que accidentalmente habita, i que no desee llevar o introducir para bien de su patria, siendo a nuestro entender las emigraciones uno de los verdaderos estímulos al verdadero patriotismo, como en jeneral todo emigrado ama mas a su patria que cuando nunca habia salido de ella.

Verdad es que contra esta última reflexion acostumbran oponer algunos que con la emigracion suele, si no perderse, a lo ménos debilitarse eso que han dado en llamar *nacionalidad*. Pero ántes de decidir esta cuestion, me parece que convendria ponernos

(1) Estas consideraciones están tomadas de un excelente artículo que escribió, a ruego mio, el tan justamente celebrado autor *De las Cartas de un pobrecito holgazan* para una *Revista enciclopédica* que publiqué hace años en Paris con mi amigo don Patricio de la Escosura.

de acuerdo sobre lo que se entiende i debe entenderse por esta palabra, que la mayor parte confunden con el patriotismo. Si por nacionalidad se entiende esa manía de aborrecer a todas las naciones extranjeras, como hicieron los judíos desde que se escaparon de Ejipto i se reunieron por primera vez en cuerpo de nacion, obedeciendo al pié de la letra lo que les decia la lei de Moises, a saber: "Las naciones extranjeras que no adoran al verdero Dios, no son nada para él: vosotros debeis sujetarlas i exterminarlas." Semejante nacionalidad, ni la quiero, ni la deseo para España, ni para ningun otro pueblo del mundo. Si se entiende tambien por esta voz aquella bárbara i grandiosa resolucion que se atribuye a los romanos, casi desde la cuna de su imperio, de dominar a todo el mundo conocido, sin perdonar para ello la violencia, ni la astucia, ni la traicion, arrogándose el derecho de matar o hacer esclavos a los vecinos, i cumpliendo ferozmente el precepto de las doce tablas que dice: "*Adversus hostem (hostis* aquí quiere decir extranjero) *perpetua auctoritas esto.*" Tampoco nos acomoda una nacionalidad que jamás ha producido ni tenido otro oríjen que la injusticia. I por último, si por nacionalidad se entiende lo que hasta ahora han entendido i parece que siguen entendiendo los ingleses i los rusos, es decir, el derecho de valerse de la fuerza para usurpar i hacer suyo todo lo que pueden adquirir sin gran peligro, esa nacionalidad es detestable como el robo i la piratería. Así hemos visto a Inglaterra ejercerla constantemente sobre todo el globo, despojando a casi todas las naciones, mui particularmente a la nuestra, de las posesiones que habiamos adquirido lejítimamente en ámbos hemisferios, i así vemos a Rusia absorber poco a poco lo que ya quedaba de la nacionalidad polaca, al paso que va minando la nacionalidad turca.

No es así como nosotros quisiéramos que se entendiese la nacionalidad española, sino como quiso que se entendiera el espíritu del cristianismo desde su aparicion sobre la tierra, es decir, procurando mirar como hermanos a todos los demas hombres, sin perjuicio de que cada nacion procure tener entre todos los individuos que la componen identidad de ideas i de intereses, así materiales como morales. Cuanto mayor unidad haya en estos caractéres especialmente constitutivos, mas firme, mas compacta i vigorosa será la nacionalidad. Hai jentes tan estrechas en sus ideas o tan mezquinas en sus juicios, que con solo ver que los emigrados, i particularmente aquellos contra quienes están mal prevenidos, vuelven a su patria con distinto traje del que en ella se acostumbra, o prefiriendo esta o la otra manera de comer o de estar en visita, al momento pronuncian el anatema de que el tal o la tal han perdido su nacionalidad, i gracias si no propalan caritativamente que se han desmoralizado del todo. Como si la nacionalidad ni la moralidad consistiesen en la forma de un som-

brero o en comer a las cinco, o a la una de la tarde. Ese modo de calificar las nacionalidades solo probaria que desde que dejamos de usar las anguarinas i las calzas atacadas, hemos perdido el carácter de españoles.

No por eso negaré que ha habido, hai i habrá muchos emigrados i aun simples viajeros, para quienes la estacion mas o ménos prolongada en extraños paises, no es otra cosa que una escuela de imitaciones pueriles o ridículas; un pretexto para despreciar o hacer despreciable su propio pais, i un modelo tal vez de vicio i corrupcion que acaso no hubiera tenido la desgracia de copiar, no habiendo salido de su patria. Admito tambien i veo con harta pena muchos fátuos que desde que un sastre los viste a la francesa o a la inglesa, ponen todo su conato en remedar, no los usos, sino hasta los movimientos, las frases mas o ménos estropeadas, i en jeneral todos los defectos visibles con que les parece que llevan escrita en la frente la noticia de que han viajado por tal o cual pais; que no reparan en traducir malditamente las expresiones mas usuales, haciendo un potaje casi ininteligible de la lengua ajena i de la propia, en términos de no dejar la menor duda al hombre intelijente que los escucha, de que no han aprendido la una i han procurado olvidar la otra. Pero ¿qué especie de jentes son las que se hacen notar por este defecto, i cuántos podrán contarse en cada emigracion? Desde luego me atrevo a asegurar que no hai uno por ciento en quien se eche de ver semejante ridiculez, al paso que podria citar bastantes a quienes ha servido de mucho el conocimiento mas perfecto que han adquirido de un idioma extraño para limar i correjir el suyo, i sobre todo para estimarle mas i mas, en fuerza de la comparacion. Lo que me parece un axioma es que, para saber amar a su patria i para aprender a servirla, es menester haber salido de ella, pero con instruccion anticipada, sin que a esto deje de haber algunas honrosas excepciones....

¡Ojalá que tantas ventajas de las emigraciones no sufriesen una dura compensacion en la masa de numerario que necesariamente obligan a extraer estas peregrinaciones forzadas, a que con tanta frecuencia están dando lugar nuestras discordias políticas i los efímeros triunfos de los partidos!....

¿Pero se inferirá de lo dicho que, pues las emigraciones ocasionan tantas ventajas i solo producen en mi sentir un solo perjuicio, deben los gobiernos promoverlas o cuando ménos no economizarlas? Nó, de ninguna manera, pues a pesar de ser evidentísimo cuanto acabo de exponer, a nadie mas que a los mismos gobiernos interesa evitar las ocasiones de que se repitan semejantes desgracias. Lo primero, porque las emigraciones, léjos de ser un signo de fuerza de la autoridad pública, denuncian, por el contrario, su propia debilidad, i talvez tambien la de las leyes. Lo segundo, porque siempre presuponen una grande injusticia,

como que nadie podrá persuadirse de que un número tan crecido de hombres que a veces llegan o exceden de diez, de quince o de veinte mil, puedan ser todos criminales. Lo tercero, porque ya he repetido dos veces, son una señal infalible de que el gobierno está supeditado por la opinion, no del pueblo, que esto seria jeneralmente un bien, sino por el capricho, la ignorancia i las malas pasiones del populacho, o lo que es lo mismo, de la hez de la sociedad. Lo cuarto, porque se desacredita i pierde su consideracion con las potencias extranjeras, un gobierno cuyos súbditos tienen que huir por no encontrar ni proteccion en los tribunales ni en las leyes de la suya propia. I, por último, porque, lo repito, las emigraciones son un signo de debilidad, así como las amnistías son una señal de fuerza i de confianza en la lei i en el derecho comun.

¡Plegue a Dios que estas lijeras reflexiones sirvan, a lo ménos, para excitar otras mas profundas en los que sepan hacerlas, i, sobre todo, para poner término a la ferocidad de los partidos, ya que todos ellos han sido alternativamente víctimas o verdugos de las opiniones que les eran contrarias!

EUJENIO DE OCHOA.

DON RODRIGO I LA CAVA.

AL SEÑOR DON FRANCISCO GUILLEN ROBLES, DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Voi a referir a Ud., mi buen compañero i amigo, tres historias que, a juicio mio, evidencian cuán desconocidas suelen andar por el mundo la verdad i la fábula, pareciendo ésta, no pocas veces, hasta mas verosímil que aquélla.

I.

Muchos años hace que, profesor yo de literatura e historia en la Universidad de Granada, i contando entre mis discípulos a

jóvenes tan ilustres como Godoi Alcántara, que de mano maestra supo disponer la *Historia crítica de los falsos cronicones*, i a Castro i Serrano, el injenioso autor del *Viaje a Ejipto*, los adestraba en actos públicos, donde asistian las mas discretas damas i bizarros caballeros de la ciudad. En una de tan útiles dominicales, que presidia el rector, ocupando el profesor la cátedra i hallándose colocado al pié de ella el discípulo sustentante, reseñó éste, con mucha claridad i viveza, el reinado de Cárlos II, desde los dias en que menudeaban pasquines, por el estilo de

Niño inocente,
Madre traidora,
Pueblo cobarde,
Grandes sin honra.

Pintó el recelo i temor jeneral de venir los españoles a ser franceses, por no tener hijos, despues de tres lustros de casada con Cárlos II, su primera mujer doña María Luisa de Borbon; a quien otro pasquin decia:

Parid, bella flor de lis,
En afliccion tan extraña:
Si parís, parís a España;
Si no parís, a Paris.

I terminó desarrebozando las calumnias i pérfidos artificios de naciones extranjeras, hidrópicas de postrar, desnaturalizar i destruir a la que era entónces señora de dos mundos. En los labios del discípulo despejado i noble, apareció interesante i simpática la figura del rei.

No lo pudo sufrir uno de los doctores asistentes, patriota barbinegro, cegato i campanudo; i con la venia del rector, puso reparos al discurso, echando por aquella boca sapos i escorpiones. "Basta, dijo, para reconocer quien fué Cárlos II *el Hechizado*, recordar que llevó sobre sus hombros un haz de leña para la hoguera inquisitorial donde pereció su propia hija."

En vano sostuvo el profesor haber sido tal especie invencion dramática de don Antonio Gil i Zárate, por aquello de

pictoribus atque poetis
Quidlibet audendi semper fuit æqua potestas.

El doctor salió de allí, i se pasó un mes clamoreando i manoteando por el cuerpo de guardia, cafés, boticas i tertulias; el vulgo le dió la razon; i a la primer gloriosa que hubo, se separó de la enseñanza al profesor oscurantista i retrógrado; quedando entre aquellos solícitos patriotas ejecutoriado haber sido Cárlos II ver-

dugo de una mísera hija, que no pudo tener. ¿Quién sabe si, trocadas las enseñanzas, lo estimarán tambien verdad inconcusa los historiadores futuros?

Hasta aquí la primer historia.

II.

Pasó algun tiempo desde éste; i me hallé comprometido a escribir, para beneficio del concienzudo pintor escenógrafo don José Llop, un drama, cuyo protagonista debia ser Alonso Cano, gloria granadina i honor preclaro de las bellas artes españolas. Cumplí como bueno; estrenóse el poema en el teatro de Granada, a 5 de febrero de 1842, por el insigne don José Valero, majistralmente representado; no hubo obsequio ni fineza que no me prodigasen aquella noche mis amigos i camaradas; en el Liceo me honraron con poesías excelentes, sobresaliendo las de los señores Cañete i Valera, que ya entónces se conquistaban el digno puesto que hoi ocupan en la Real Academia Española; i el drama halló acojida afectuosa en todos los teatros de España, incluso el de la corte, distincion rara vez otorgada a los estrenos de provincia.

Hube de hacer sujeto de mi *Alonso Cano o la Torre del Oro*, el casamiento del pintor; reservando para una parte segunda la trájica muerte de su infeliz esposa. I como vine a tropezar con la dificultad, insuperable hasta hoi, de ignorarse de todo punto el nombre de esta infortunada i virtuosísima creatura, acudí a la regla de Horacio, ántes citada, i le puse el que imajiné, de pura fantasía, ménos vulgar i mas sonoro. Dejando escrúpulos a un lado, finjí a esta dama hija de César Velli, el secretario en Nápoles del gran duque de Osuna; i de mi propia invencion i gusto i capricho la bauticé con el nombre de *Margarita*. No quise parar mientes en que la mujer del prodijioso pintor debió de haber nacido mucho despues, entre los años de 1618 i 1620; me desentendí, como si tal cosa, de que César Velli murió cinco o seis años ántes del de 1624, en que fijé la accion de la fábula dramática, i le supuse vivo, i le aprisioné cual reo de Estado en la famosa Torre del Oro, de Sevilla. Su libertad, el triunfo sobre sañudos enemigos i la union de dos felices amantes, constituyeron el desenlace del drama; i a darle colorido de lugar i de época, i a discurrir caractéres i situaciones, convertí por entero mi atencion i cuidado, sin inquietarme los pecadillos históricos, puesto que no busqué inspiracion en la verdad sino en la fábula.

A últimos del año siguiente de 1843, Matilde Díez i Julian Romea estrenaron en Madrid otro drama, cuyo protagonista fué tambien Alonso Cano. *Misterios de honra i venganza* era su título; i don Gregorio Romero Larrañaga le compuso, fabulando al pro-

dijioso artífice perseguido, atormentado i condenado al fuego por la Inquisicion, i librado milagrosamente por su mujer: a la cual llama *Elvira*.

Pues mas adelante, señor don Francisco mi amigo, su paisano de Ud., don Rafael San Millan, no se arredró de llevar al teatro con interes e injenio el trájico fin de la que elijió por suya el gran pintor, escultor i arquitecto granadino. Le atribuyó el nombre de *Laura*; i al poema, el de *Infierno i Gloria*.

Hé aquí de qué suerte una persona real i verdadera, cuyo nombre calla la historia, aparece con tres diversos en otros tantos poemas dramáticos, llamándola sucesivamente quién *Margarita*, quién *Elvira* i quién *Laura*. I hé aquí ahora lo mui grave del caso.

Figúrese Ud., señor don Francisco, lo mas prodijioso, inesperado, fenomenal e inverosímil que puede suceder: suponga Ud. que llega a nacer un millonario estudiosísimo, discreto, sabio, i fino i desinteresado amante de las artes i letras. Concédame Ud. que el buen señor ambiciona la gloria de Stirling; i lo que éste con Velazquez, hacer él con Alonso Cano. Reune soberbias fotografías de cuanto dibujó, pintó, grabó, esculpió i trazó el peregrino artífice; i cuida que lo reproduzca el buril en láminas inmortales. Desempolva sin descanso bibliotecas i archivos; i cátate que a deshora, en Granada, Jerez, Lebrija, Sevilla, Córdoba, Toledo, Madrid, Mondragon o Vergara, tropieza con la partida de casamiento de su héroe. ¡Oh dicha! Pero, ¿qué pasa? Vea Ud. a mi hombre confuso, pálido, trémulo, cariacontecido i casi desesperado. La mujer del pintor se llama Jila Zubiaurre, o Mari Perez, o Aldonza Lorenzo. Si es imajinativo e injenioso, que sí lo será, oigámosle el diálogo que entabla con el teniente de la parroquia.

—Este asiento no es lejítimo, señor cura.

—¿Que no lo es?

—Quiero decir que está equivocado. ¡Qué tiempos! Ni los libreros sabian imprimir sin poner ménos palabras que disparates, ni extender los párrocos una partida fidelísima de bautismo, entierro o matrimonio. ¿Qué dice aquí?

—Desposé, por palabras de presente, que hacen.....

—Aquí, aquí.

—Pintor, natural de la ciudad de Granada....

—Nó, aquí.

—Jila Zubiaurre, viuda.

—Margarita Velli ha de ser.

—Jila Zubiaurre.

—Margarita Velli. De la *M* hicieron *Jil*, yerro mui fácil; por *arg* pusieron *azub*, cosa llana; de *ari*....

—Nó, señor, no hai nada de eso, nada, nada.

—Señor cura, la mujer del Miguel Anjel granadino fué Marga-

rita Velli. Su filiacion cabal, haciendo consonancia con otros innumerables datos históricos, verdaderos i exactos, aparece en el primer drama que la sacó a la escena, obra de un compatriota del pintor, que tuvo a su mano los archivos de la ciudad, i que enseñaba historia en la Universidad literaria.

—¿I ese señor, dígame Ud., conocia i visitaba a doña Margarita?

—¡Cómo, si vivió doscientos años despues!

—¡Ya me parecia a mí! ¿I de esta señora habla en historia o comedia?

—En comedia; pero téngala Ud. por historia.

—No la tengo.

—Pues la va Ud. a tener: hai prueba plena, histórica i crítica, decisiva.

—A ella me acomodo.

—Un literato felicísimo, de tanta erudicion como injenio, en la fantasía español i aleman en el juicio i en la sangre, director que fué de la Biblioteca Nacional, don Juan Eujenio Hartzenbusch, lo dice terminante i resueltamente, ilustrando como crítico sagaz e historiador las *Comedias de don Pedro Calderon de la Barca*. I fíjese Ud. mucho en que para nada (pues no habia para qué) se le vinieron a las mientes ni el drama *Alonso Cano o la Torre del Oro*, al cual me referí, ni su autor Fernandez Guerra, mui amigo suyo; i que Hartzenbusch citó el nombre de Margarita Velli como sabido, corriente i vulgar a toda clase de lectores. En fin, tan concienzudo i elegante escritor publicó sus notas a Calderon de la Barca en 1850, ocho años despues de correr el drama por los teatros.

—Mire Ud., señor caballero, si fué en el teatro donde se le puso al doctor crítico entre ceja i ceja ese nombre.

—No hai que pensarlo siquiera. Sus notas crítico-históricas, de sin igual valía, descansan las mas de ellas en relaciones i avisos, redactados a raiz de los sucesos mismos, por cronistas i hombres mui curiosos del siglo XVII. Guardábanse en la biblioteca de nuestros reyes, i pasaron a la de la nacion, hoi a merced del público. Lea Ud. estas hojas, arrancadas al tomo XIV de la *Biblioteca de Autores Españoles*, cuarto de las *Comedias de don Pedro Calderon de la Barca*, i de qué modo, en la pájina 713, ilustra Hartzenbusch *El pintor de su deshonra*.

Copio el siguiente aviso del cronista Pellicer i Tovar, fechado a 28 de julio de 1643:

"Por ahora no se habla sino en esto, i en dos mujeres que han muerto a manos de sus maridos por adúlteras, el uno pintor i el otro bodegonero."

I dice mui bien que tal acontecimiento pudo inspirar a Calderon la idea de su comedia.

Al año siguiente (añade) murió, por causa mui distinta, la esposa de otro pintor, cuyo nombre no omitió Pellicer:

"Avisos de 14 de junio de 1644. Sucedió cuatro dias ha, que Alonso Cano, pintor de gran fama, tenia un pobre que acudia a su casa para copiar de él los cuerpos que pintaba; i estando él fuera de casa, i su mujer en cama, sangrada (virtuosísima criatura), el pobre se quedó cerrado en el obrador, i saliendo al aposento de la mujer la mató con quince puñaladas con un cuchillo pequeño. Escapóse, i a ella la hallaron con matas de los cabellos del pobre en la mano."

Ahora ruégole a Ud. que se fije bien en lo que sigue de Hartzenbusch, i viene al caso presente. "Suponiendo (dice) como las circunstancias lo hacen creer, que la virtuosa *Margarita Velli, mujer de Alonso Cano*, i la doncella asesinada en Ecija, perecieron víctimas de la castidad i pureza, no puede uno ménos de creer que el principio del honor, profundamente arraigado en España por aquellos tiempos, hacia bárbaros a algunos maridos celosos, hacia heroinas sublimes a algunas mujeres, i probablemente honradas a casi todas. Ellas valian mucho mas que ellos." ¿Lo ve Ud., lo ve Ud.? Para Hartzenbusch, escribiendo como historiador i como crítico, era indubitado, cierto, seguro, el nombre de la mujer de Alonso Cano.

—Pero, ¿menciona papel o aviso antiguo en que se lea?

—¿Qué falta hace, señor; qué falta hace?

—Pues, señor mio, no es este pintor el que Ud. busca.

—No lo es.

—A ménos que se casara dos veces con viuda.

—¡Quién sabe! la que pereció al puñal de un lascivo cruel, se decia Margarita Velli. Consta, lo vuelvo a repetir, por dos testigos de mayor excepcion, que deponen en tiempo i lugares diversos, i con propósito diferente cada cual. Ese documento no está bien redactado: le publicaré, no obstante, por curiosidad i cautela; pero negándole crédito. Créame Ud. que la señora se llamaba Margarita Velli.

Hasta aquí el segundo cuento. El tercero i último peina ya canas de once siglos.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA I ORBE.

(Concluirá).

DON RODRIGO I LA CAVA.

(Conclusion.)

III.

En el año de 871 murió el ejipcio Abderráhman ben Abdelháquem, dejando escrita una historia especial de la conquista de Africa i España por los sarracenos. Compúsola recojiendo tradiciones de acá i acullá, cuándo fieles, cuándo fantásticas, i haciendo un sartal de todas ellas. Eso sí, como persona formal i timorata, jamás aventuró especie sin poner al canto el nombre de a quien se la oyó, para que el incrédulo pudiese evacuar la cita. Supo en cierta ocasion por un tocayo suyo, quien lo sabia por dos árabes, i éstos por otros tan veraces como el zancarron de Mahoma, que hubo en Toledo una casa fuerte deshabitada, pero bien encerrojada la puerta, en la que, para que nadie entrase, ponia cada rei visigodo un cerrojo mas. No quiso el antojadizo monarca don Rodrigo seguir el ejemplo de sus antecesores, codiciando ver qué se guardaba en aquel misterioso palacio; i solo, en sus paredes, halló pintadas figuras de árabes, i un letrero que decia: "Cuando se abran los cerrojos de este alcázar, las jentes retratadas aquí se enseñorearán de los confines españoles."

Llegó a saber de otro morazo, cuyo nombre era Ozmin, que subyugada Tánjer, capital de los dominios hispano-visigóticos en Africa, Muza confirió a Táric la prosecucion de la guerra. El cual tuvo la suerte de hacerse apazguado i amigo de Julian, conde de Ceuta, que andaba rostrituerto con su amo el rei de España don Rodrigo, por haberle éste corrompido a una hija. Ciego de vengativo furor el conde, i poseyendo la llave del Estrecho hercúleo gaditano, apresuróse a entregar en rehenes sus dos hijas a Táric, que desconfiaba de él, i le abrió las puertas de España; sin discurrir mejor venganza, ni mas propia ni mas verosímil, que la de amarrar su patria inocente a bárbara cadena.

Hácia el año 936 falleció el renombrado Ahmed Arrazí, a quien los árabes llaman por excelencia El Cronista. Varias i mui útiles obras compuso de historia i topografía de España, inventariando sus montes, rios i caminos, sin olvidar las rejiones, ciudades i puertos, ni los frutos de la tierra, ni los metales mas beneficiados, ni las manufacturas excelentes. De ánimo curioso e indagador, averiguó la patria, nombres i abolengo de los primeros invasores i conquistadores de la Península, el número de soldados que trajo cada uno, la fecha de su venida, la puntual de la batalla de Guadalete i los encuentros parciales que hubo hasta esa rota decisiva.

Hijo del insigne cronista Arrazí fué Isa, a quien nosotros decimos *El moro Rasis;* el cual adicionó i retocó la *Historia de España*, escrita por su padre, dándole la última pincelada en 976. Vino a echar de ménos, en el orijinal heredado, lo fantástico i novelesco del ejipcio Abdelháquem; i no solamente se lo apropió, sino que hubo de presentarlo con nuevos episodios i mayor colorido i viveza. En su pluma, Táric ve a deshora desde su alcázar tanjerino venir por la mar unas galeras de España. Traen a Julian i a dos parientes de Witiza, que le piden ayuda para subir al trono i vengarse de Rodrigo. Cuéntanle ser costumbre de los monarcas visigodos tener por meninos i meninas a los hijos e hijas de los patricios (costumbre, advierte el historiador, que aun hoi guardan,—aludiendo sin duda al palacio leonés de Ramiro III), i que el rei don Rodrigo habia forzado a la hija del conde, la cual era en palacio una de las meninas. Ella se lo ha escrito a su padre, a la vez que le escribe tambien el rei pidiéndole buenos halcones para la caza, a quien contesta que se los enviará tales i tan buenos, como no los haya visto jamás. Los halcones han de ser Táric i sus audaces berberiscos. "Por lo que toca a las proezas de Táric en España (añade Isa), no andan contestes las memorias de los rabíes."

Ya es de imajinar cuál agradaria el bien aderezado cuento rabínico a su prócer en la corte de Alháquem II, a un fastuoso cordobés, a un descendiente de Olemundo, el hijo mayor del rei Witiza, al historiador Ebn Alcótiya, que murió el año de 977. *Ebn Alcótiya*, tanto quiere decir como *El hijo de la Goda*, recordando a Sara, la hija única de Olemundo i heredera de sus pingües posesiones i aldeas, hasta en número de mil, que fueron precio infame de la vil traicion a la patria. Mucho debió lisonjear al historiador hallar poéticamente explicada i cohonestada la maldad execrable de aquel abuelo suyo.

Tampoco desplació el relato novelesco de Isa Arrazí, a Ebn Adzari de Marruecos, i hubo de incluirle en su *Historia de Africa i España (Bayan almogrib)*, escrita poco mas o ménos hácia los años de 980.

Veinte despues, el autor anónimo de la "Coleccion de Tra-

diciones" *(Ajbar machmúa)*, habló de todo ello como sabido i corriente.

Por último, trascurridos seis largos siglos, Almaccari, berberisco de Tremecén, como fuese a Damasco, explicó allí historia i literatura españolas, i de las explicaciones hizo un libro en 1634. Al referir la caida de Rodrigo i las hazañas de Táric, gusta averiguar con exactiud las fechas i circunstancias de muchos sucesos, pero abulta lo fabuloso con nuevos pormenores. Pinta al valeroso Táric dormido, cruzando el Estrecho en su nave capitana, i apareciéndosele sobre las rizadas ondas el falso profeta i los cuatro primeros califas, que le anuncian imperecederos laureles; i en cuanto pisa las playas andaluzas, una viejecilla, mujer de cierto adivino, le grita que se mire bien, i sepa estar llamado a esclavizar a España quien tenga la cabeza gorda i un cerdoso lunar en la paletilla izquierda.

Nuestros cronicones latino-hispanos, dictados por obispos i sacerdotes, en cuyo pecho tenia su morada la verdad, conservárонse, por fortuna, limpios de mentiras i fábulas, desde el año 410 hasta el de 1100; i no cayeron en la tentacion de falsificar al último godo. ¡Cuán bien decia el insigne crítico i humanista sevillano Alfonso García de Matamoros, estar nuestros antiguos cronicones a tanta distancia del esparcimiento i deleite como de la falsedad i la inepcia: *quam a delitiis longe, tam ab ineptiis procul!* Pero, reducidos a pavesas los archivos, al hundirse entre las llamas todas las iglesias visigóticas, durante cuatro siglos de guerra feroz; i desde que, hácia el año 850, los muladíes i los árabes españoles comenzaron a escribir historias en la fastuosa corte de los humeyas cordobeses, leidas con avidez lo mismo a orillas del esclavizado Guadalquivir que en las libres del Nalon i del Arlanza, ¿cómo habrá de sernos extraño que finalizado el siglo XI, el curioso monje de Silos acepte la ya entónces vulgar conseja de don Rodrigo i la Cava? Para darle sitio en su *Cronicon* i hacerla verosímil, le fué necesario descoyuntar la cronolojía, i regalar tres años de reinado al infeliz Rodrigo, en vez de los únicos seis o siete meses que hubo de empuñar el cetro.

Bajo la autoridad de Silense, ya no tuvieron reparo de admitir la fábula nuestros historiadores i cronistas. En 1243 la realzó con severa i galana frase don Rodrigo Jimenez de Rada, arzobispo de Toledo; en seguida el rei don Alfonso X el Sabio (1221–1284); i por último, i con los mas novelescos i preciados atavíos, el Livio español, padre Juan de Mariana (1536–1623).

Entre tanto, noveladores i poetas no se descuidaban en agrandar la bola de nieve. A principios del siglo XV, Pedro del Corral dejó largamente correr su pluma por la caballeresca i fabulosa *Crónica del rei don Rodrigo, con la destruccion de España*, que la imprenta, casi recien nacida, se apresuró a vulgarizar, i que lue-

go reprodujo la de Sevilla, en 1511, 1512, 1526 i 1527; en este mismo año, la de Valladolid; la de Toledo, en 1549; i la de Alcalá, en 1587. Llevan algunos ejemplares de este libro de caballerías grabada al frente la torre que Hércules edificó en Toledo, con valientes cerrojos la puerta i un guerrero armado de tenazas tratando de forzarlos, ante el rei, su dama i acompañamiento. El libro se dice compuesto por los dos moros sabidores Eleástres i Alanzuti.

El romancero añade pronto nuevas galas i primores a la conseja; i frai Luis de Leon, arrebatando a la lira de Horacio sonidos que jamas produjo tan bellos, inmortalizó el frenesí de Rodrigo i el imajinado ultraje de Florinda.

Ahora busquemos la verdad.

Sírvanos de punto de partida el hecho exactísimo de no ser hereditaria entre los visigodos sino colectiva la corona.

A ella optaban como unos cien nobles de los que ceñian áurea diadema i cinturon de oro; a saber: diez duques, puestos al frente de las ocho provincias peninsulares i de las dos narbonense i tinjitana, i cerca de noventa condes o gobernadores de las ciudades cabeza distrito.

Los reyes, para convertir en medio hereditario el cetro, e imitando a los emperadores romanos, que declaraban césares a sus hijos a fin de que llegaran a verse aclamados augustos, discurrieron el arbitrio de compartir el solio con el hijo entrado en años i acepto al ejército, confiándole como a duque el mando de una provincia. Seis de nuestros dieziocho reyes visigodos lo hicieron así. A otros, si lo intentaron, el senado no se lo permitió. De aquí los ambiciosos i resentidos, los inquietos i rebeldes, los traidores i rejicidas.

El décimo-quinto monarca visigodo, Ervijio, postrado en el lecho, designó por rejente al marido de su hija, i moribundo seis dias despues, renunció la corona, suplicando con vehementes ruegos a todos los senadores que la trasmitiesen a su yerno. Obtúvolo; i Ejica fué a los nueve dias consagrado rei en la toledana iglesia de San Pedro i San Pablo, un domingo 24 de noviembre de 687.

A fines de 694, i con permiso del senado, Ejica supo partir el solio con su hijo Witiza. El cual, decrépito el padre, reinó solo, consagrado a 14 de noviembre del año de 700, i murió en los priros dias del 711. "Pravo i lascivo, como caballo i mulo a quien falta el entendimiento, vino a tener muchas mujeres i gran número de concubinas, i fué causa de la ruina i perdicion de España." Con estas palabras, dictadas por el magno príncipe don Alfonso III en 886, hacen consonancia las del monje de Moissac, en 918: "Witiza, dado a las mujeres, enseñó a sacerdotes i pueblo a ser lujuriosos, irritando la ira de Dios. Entónces invaden los sarrace-

nos a España, i los godos elijen por soberano a don Rodrigo." El senado no quiso que ni los indignos hijos ni los hermanos de un indigno monarca dirijiesen el timon del Estado, i negó el trono electivo a Olemundo, Rómulo i Ardabasto, hijos, i a don Oppas i Sisiberto, hermanos del príncipe difunto.

La muerte de Witiza i la tumultuosa, libre e inmediata eleccion de Rodrigo, están deslindadas con tantas i tan puntuales i minuciosas fechas, por el *Cronicon* llamado *Del Pacense*, escrito en Córdoba a principios de 754, que me admiro cómo sobre ello no han dicho una palabra ni críticos ni historiadores. Fija el *Cronicon* ámbos sucesos en aquella parte de tiempo en que coinciden la héjira 92, que empezó el miércoles 29 de octubre de 710; la era 749, que tuvo principio el juéves 1.° de enero de 711; el cuarto año del imperio de Muza en Africa occidental, o sea desde la conquista de Tánjer en 707; i el quinto, bien cumplido, del califato de Alwalid, que sucedió a su padre Abdelmélic, en 9 de octubre de 705. Resulta, pues, no ser otro este tiempo sino el que media entre el dia 1.° de enero de 711, hasta el domingo 26 de julio del mismo año, en que se decidió con la muerte del rei visigodo la batalla de Guadalete.

El prelado insigne del siglo XIII, que extractando muchas i mui interesantes crónicas latinas i árabes escribió una historia de España, afirma que Rodrigo era hijo de Teodofredo i nieto del rei Recesvinto; i asegura que, desterrado Teodofredo a Córdoba, labró aquí un fuerte i magnífico palacio, casó con Recilo, señora de estirpe real, i en ella tuvo al último i desventurado monarca visigodo. Hacen gran mencion del palacio cordobés las memorias arábigas; i de ellas se infiere con certeza que Rodrigo, al tiempo de ser elejido soberano, ejercia el cargo de conde o gobernador de Córdoba. Llámame la atencion ademas que, salvo la rejia Toledo, ninguna ciudad sino la portuguesa Idaña, bata moneda con el nombre de RVDERICVS REX; i que otra lusitana poblacion recoja su cadáver i le dé honrada sepultura. ¿Fueron lusitanos quizá su familia, servidores i amigos leales? Cuando, ciento sesenta años despues, Alfonso III (866–910) hizo suya i pobló la desierta ciudad de Viseo, dice el mismo príncipe que halló en cierta basílica un sepulcro, i en su lápida este letrero:

HIC REQVIESCIT RVDERICVS REX GOTTHORVM.

Digamos del conde Julian. Nobilísimo lo llama el Pacense, lo cual equivale a visigodo; sin que obste el nombre romano que lleva. Los visigodos ponian indistintamente a sus hijos, como se acaba de ver en los tres de Witiza, nombres jermánicos, romanos i griegos. Por noble obtuvo, de Witiza a no dudar, el condado o gobierno de *Abila*, que llamamos Ceuta, al lado allá del Estrecho, en la Mauritania tinjitana. Esta provincia debió el nombre

a *Tinjis* (Tánjer), su capital, residencia del duque; i en lo civil fué siempre de España, durante mas de seis siglos, desde que el emperador Oton, a principios del año 69, la hubo de agregar a la Bética. España, cuando empuñó el cetro Witiza, dilatábase desde Fez hasta el Ródano.

Caen sobre la Tinjitania los árabes acaudillados por Muza, desbaratan a Recila, duque de la provincia, subyugan a Tánjer el año 707 i van oprimiendo uno a uno los condados. Ceuta se defiende con los auxilios de hombres i víveres que a toda hora recibe de España. Pero el conde Julian echa sus cuentas; i halla que ninguna le sale tan buena como entregar las ciudades i castillos de su mando a los alárabes, con provechosas condiciones para él, su familia i amigos; e ir a la parte en las afortunadas empresas i aventuras de los sectarios de Mahoma. Pónelo por obra. Táric, lugarteniente de Muza, exije del conde, para darle crédito, que se declare en abierta rebelion contra Witiza, su amo i su señor natural; i hácia el otoño de 709 atraviesa Julian el Estrecho, lleva la desolacion i la muerte a las comarcas de Aljeciras; i repasa luego el mar con mui rica presa i gran número de cautivos. Animados Táric i Muza, envian, en julio del año siguiente, sobre la que por ello se denominó Tarifa, otra expedicion confiada a Tarif Abú Zara, que vuelve a Ceuta con ópimos despojos.

Muerto Witiza i negado el cetro real a Olemundo, Rómulo i Ardabasto i a sus tios don Oppas i Sisiberto, fian éstos su remedio i esperanza en el conde Julian, como en traidor consumado. I le conocian bien. No han trascurrido tres meses; i Julian con Táric i doce mil aventureros africanos i árabes, arriban a España un mártes 28 de abril de 711.

Entre tanto los revolucionarios han conseguido sublevar a los indómitos vascones i que Rodrigo se alongue hasta el Pirineo i sitie a Pamplona, miéntras van navegando el Estrecho los árabes i fortaleciéndose en la roca de Jibraltar. Contra ellos envía Rodrigo inmediatamente a su sobrino Sancho, que muere en la demanda; i el rei tiene que abandonar la guerra del Norte para acudir a la mas temible del Mediodía. Comete la imprudencia de confiar varios cuerpos del ejército a los pérfidos hijos i hermanos de Witiza: los cuales se pasan a la hueste del invasor, en el decisivo trance de la batalla. Duró ocho sangrientos soles, en las comarcas del Guadalete, desde el domingo 19 al 26 de julio de 711. Táric envió por trofeo la cabeza de Rodrigo a la celebérrima *Carteia* (ruinas i torre llamadas hoi de Cartajena en el centro de la bahía de Jibraltar); i de allí a Tánjer, donde residia Muza, gobernador de Africa.

El favor de los judíos, viboreznos que España incauta abrigó en su regazo, valieron a Táric i al menguado conde victorias increibles. Muza entra en celos de Táric i Julian; deja sus delicias

de Africa, viene con tropas de refresco; i halla en Julian un servidor fiel, un guia solícito, un buen camarada de glorias i fatigas i un consejero sabio en el dia de la contrariedad i castigo: porque Julian discurre siempre lo mas seguro i eficaz para acrecentar las desventuras i servidumbre de su patria. Ni abandonó a Muza, cuando éste fué a rendir cuentas de su administracion ante el califa de Damasco, ni se detuvo en aconsejarle allí que cediera al Príncipe de los Creyentes el fruto de sus rapiñas i bárbaros despojos, a trueque de conservar la vida. No se vuelve a saber del traidor.

A los demas traidores, burlada su esperanza de ocupar el solio, se pagó en posesiones excelentes (dando mil a cada uno) el salario de su infamia i alevosía. I auxiliares los árabes i africanos, quedaron por amos i verdugos de España. No de otra suerte, enconadas las facciones políticas, dividido i enflaquecido el reino, solicitó Polonia el auxilio de Rusia. Con lágrimas de sangre llora i sin término llorará su descamino, en los mortíferos hielos de Siberia.

Señor don Francisco, yo he leido en Humboldt las dos mayores desvergüenzas de la lengua castellana, como nombres de cierto cerro i venta, porque la impaciencia i grosería de un patan soez no quiso dar mejor ni mas decente contestacion a las muchas preguntas del sabio; i he leido en los *Viajes a España*, de Rogerio de Beauvoir i Alejandro Dumas disparates sobre disparates. En obras de mérito verdadero, antiguas i modernas, hallo censurables errores: mas de una vez, de voluntad; de entendimiento, muchas; de memoria, no pocas; i casi siempre, de incuria, alucinacion o lijereza. Los descubro en admirables i sagacísimos injenios. ¿I qué mas? Los veo deslustrando rasgos mios. Sea ejemplo mi *Libro de Santoña*, donde estampé (sin que mi error tenga disculpa) que los cántabros no siguieron la faccion pompeyana, sino la revolucionaria de César; i segun los *Comentarios* del mismo egrejio capitan, fué al revés, precisamente. Yo he visto a una jeneracion creer a pié juntillas en *Cárlos Segundo el Hechizado* i en *Lucrecia Borgia;* renegar de todas nuestras glorias envidiables; hacerse bufon de nuestros mas feroces i tradicionales enemigos; i como loca, desgarrarse las propias entrañas. He palpado que nada aplace tanto al ignorante vulgo, como las palabras oscuras e inintelijibles i las invenciones absurdas; he podido observar que siempre falta valor para combatir los errores entronizados, i que sobra, o malicia para traficar i medrar con ellos, o induljencia para dejarlos pasar; i he concluido por ser mui cauto en esto de recibir de segunda mano cualquiera noticia histórica. Hé aquí por qué, en ocasion solemne, que Ud. me recuerda, menosprecié por fabuloso el cuento de don Rodrigo i la Cava.

Si existió Florinda, si recibió ultraje en su honra; i si el conde Julian, su padre, corrió presuroso a vengarlo, a costa de la patria donde todos habian nacido, entónces la historia, la cronolojía i la crítica de buena lei piden que se tenga por autor del agravio, no a Rodrigo, sino al brutal i lujurioso Witiza.

Pero, yo tengo para mí que jamás hubo tal afrenta; i que respecto del conde, es imposible discurrir disculpa mas absurda ni fábula ménos verosímil: inventada para entretener las noches de invierno, al amor de la lumbre, a vueltas de cuentos de encantamientos i malas fadas, i alternando con retahila de proverbios i refranes. Los traidores lo son por temperamentos; i para hundir la sociedad en espantoso abismo, no han menester que les seduzcan a sus hijas. ¿Cuál hija tuvo que vengar Makaukes el infame, que vende el Ejipto a las huestes sarracenas? ¿I cuál el insensato conde Gregorio, que les abre las puertas de Numidia? La misma que el aborrecible Julian: la bajeza de ánimo, el cobarde miedo a un poderoso enemigo avasallador, la ambicion i soberbia, la hidrópica sed de oro.

Bien podríamos, sin recelo de equivocarnos, suponer que no fueron agravios sino beneficios los que Julian recibió de Witiza. Mas, ¿dónde hai mayor agravio que el beneficio para un corazon perverso? ¡Cuántas veces los príncipes, al contemplar en quien agotaron el favor, los honores i riquezas, habrán exclamado: "Yo te levanté, i condecoré, i encumbré, i enriquecí, i engrandecí; pero no te pude hacer caballero!" ¿Qué mas querrian los desleales i ambiciosos de todos los siglos i naciones, que tener para su disculpa una Florinda?

Léjos de mí pretender que seamos escépticos en historia, ni en nada, sino cautos; ya que el hombre es mentiroso de suyo, como veitinueve siglos hace lo dijo el Rei profeta.

I concluyo trasladando aquí la inscripcion que hubo en Granada, sobre la puerta de la sala de estudio, en el relijioso convento de San Diego, célebre por sus admirables cuadros de Alonso Cano, reducidos a barro i polvo en nuestros dias, poco despues de serlo el cristiano edificio. Así decia la inscripcion:

Audi omnes, paucis crede, cunctos honora:
ora lege, tace, fuge, et quiesces.

Madrid, 24 de mayo de 1877.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA I ORBE.

UN HUERFANO CUENTA SU PROPIA DESGRACIA.

Era una noche nebulosa i fria:
Como en desierto osario,
Todo en silencio sepulcral yacía.
Oscuro estaba el valle i solitario,
I con ala indecisa
Entre las ramas trémula jemia
Leda, nocturna brisa.
Suspiraba la linfa trasparente
Entre las guijas que a su paso hallaba,
I su queja doliente
Al reposo i al sueño convidaba.

Al resplandor de amortiguada lumbre,
Tranquilo me adormia,
Ajeno de inquietud i pesadumbre,
En el rústico hogar donde vivia,
I al dulce abrigo del materno seno
Era mi sueño plácido i sereno.

Mas, un súbito estruendo i sonoroso
De la noche callada
Turbó el sosiego i el feliz reposo.
Se oyó a la puerta de mi hogar querido
El confuso vocear de jente armada,
De afilados puñales el chasquido
I los clamores de amenaza airada.

—¡Bandidos! dice, con ahogado acento,
Saltando de su lecho,
Mas rápido que alíjera saeta
I mas presto que el viento,
Conturbado mi padre. De su pecho
Quisiera hacer incontrastable muro
I de sus brazos un broquel seguro.

Vano su intento fué: la débil puerta
De hacha feroz al golpe desquiciada,
Se abrió i dió paso a turba desalmada.

Mi labio torpe i mudo
Dejó escapar tristísimo jemido

Al ver en nuestro hogar al forajido
Con torva faz i con mirar sañudo,
I armado el brazo de puñal desnudo.

¡Noche fatal i aciaga! tus horrores
Sepulta entre las sombras del olvido....
¡No vengas a golpear a mi memoria
Con el recuerdo horrible, dolorido,
Que en llanto baña mi infelice historia!....

Inerme i solo, mi angustiado padre
Intenta en vano resistir la saña
De osados malhechores;
I cual se dobla la indefensa caña
Al soplo de huracanes bramadores,
Lo ví caer, por el puñal herido,
Lanzando al viendo funeral quejido.

Tinto en su sangre, desplomado en tierra,
Lleva su mano a la profunda herida,
Cual si un instante al ménos
Quisiera detener la instable vida
I sustraer de muerte desastrosa
Las prendas de su amor: hijos i esposa.

Prosternado de hinojos
Ante el verdugo despiadado i fiero,
Inundados en lágrimas sus ojos,
Le dice con acento lastimero:
"Arráncame, si quieres, la existencia;
Acaba con tu víctima espirante;
Mas, respeta, te ruego, la inocencia,
I a mis hijos i esposa
Tiéndeles una mano jenerosa....
¡Ah! si tú eres esposo i si eres padre
No imploraré yo en vano tu clemencia....
I al cortar para siempre aquestos lazos,
Permíteme siquiera
Que los estreche entre mis yertos brazos
Una vez, solo una.... ¡es la postrera!"

Un nuevo golpe del puñal sangriento
Ahogó en su labio el dolorido acento,
I llegó hasta mi oido
Del corazon el último latido.

Mi madre, entónces, ciega i delirante,
Privada de razon, falta de aliento,
Con mirar indeciso i vacilante

I su cabello destrenzado al viento,
Corre, se ajita i torna desalada,
Desgarrando los aires su lamento;
I, al fin, sobre el cadáver desplomada,
Largo tiempo con él queda abrazada....

En vano la llamé.... mil i mil veces
—"¡Madre! ¡madre! la dije, sollozando,
No te duermas, por Dios, yo tengo miedo...."
Nada a mi voz responde, i avanzando
Mis pasos hácia ella, triste i quedo,
Temblando toco la aterida frente
I me arrojo en sus brazos impaciente....
¡Horrible realidad!.... pálida i fria,
Era el eterno sueño el que dormia....
Apagados sus ojos, seco el labio,
Ni una caricia pura
Brindóme ya su maternal ternura;
I la aurora naciente
Fué a alumbrar dos cadáveres helados
Con sus rayos de luz tibia i rïente.

Huérfano triste, solo, abandonado,
En mi cruel desamparo,
Sobre esos frios restos reclinado,
A Dios pedia proteccion i amparo.
El que da al ave su abrigado nido,
El que al sembrado fresca lluvia envia,
I el que guarece de la nieve al lirio,
Placentero escuchó la oracion mia,
Aliviando la cruz de mi martirio.

Su mano protectora
Me condujo a este asilo,
Morada de la paz, de la inocencia,
Donde mi sueño es plácido i tranquilo....
Donde el trabajo, la virtud, la ciencia,
Del huérfano infelice
Son la preciada i venturosa herencia.
Aquí he encontrado un padre cariñoso
Que vela por mi bien siempre amoroso.

¡Bendita seas, caridad divina,
Del desgraciado bienhechora amiga;
Los pasos de este huérfano encamina,
La acerbidad de su dolor mitiga!....

Rodolfo VERGARA ANTUNEZ.

ACTAS DE LA SOCIEDAD PARA EL ESTUDIO DE LAS CIENCIAS POLITICAS.

SESION PREPARATORIA.

El miércoles 6 de junio se reunieron en uno de los salones de la imprenta de El Independiente, para tratar de formar una asociacion para el estudio de las ciencias políticas i sociales, los señores don Zorobabel Rodriguez, don Gabriel René Moreno, don Francisco de Borja Echeverría, don Máximo R. Lira, don Jorje 2.° Rojas, don Joaquin Walker Martinez, don José Víctor Gandarillas, don Cárlos Aldunate Solar, don Cárlos Aguirre Vargas, don Javier Vial Solar, don Juan Zorrilla de San Martin i don José Francisco Vergara Donoso.

El señor Rodriguez expuso el objeto de la reunion: de acuerdo, hacia tiempo, con algunos amigos en el propósito de asociarse a fin de estudiar i difundir las doctrinas de la ciencia política, habia invitado a los señores allí presentes, i a los señores don Ventura Blanco, don Javier Arlegui R., don Raimundo Larrain, don Raimundo Salas i don Juan de Dios Vial, para que se organizara la Sociedad i diera comienzo a sus tareas.

Aceptada unánimente la idea enunciada, se declaró constituida la Sociedad i se aprobaron, con el carácter de provisionales, las siguientes bases propuestas por el señor Rodriguez:

1.ª La Sociedad tiene por objeto el estudio i difusion de las verdaderas doctrinas políticas, económicas i sociales, como tambien el estudio de los problemas de actualidad que se presenten relativos a esas ciencias.

2.ª Los miembros serán activos i correspondientes. Son activos los que residen en Santiago i asisten a las sesiones de la Sociedad; i correspondientes, los que residen en las provincias o en paises extranjeros.

3.ª Las personas que no habiendo sido fundadoras de la asociacion desearen ingresar a ella, deberán hacerse proponer por alguno de los socios, i se considerarán incorporadas si la propuesta fuere aceptada por los dos tercios de los socios presentes a la sesion.

4.ª La Sociedad tendrá un presidente, dos secretarios i un tesorero, que será tambien bibliotecario.

5.ª Todos los socios, tanto activos como correspondientes, contribuirán con la erogacion de un peso mensual para los fines de la asociacion.

6.ª Los procedimientos i medios mas conducentes al logro de esos fines serán acordados por los mismos socios a mayoría de votos.

El señor don Zorobabel Rodriguez fué elejido presidente de la Sociedad.

Para el cargo de secretarios se elijió a los señores don Máximo R. Lira i don José Francisco Vergara Donoso; i para el de tesorero, a don Joaquin Walker Martinez.

Se acordó, por último, que las sesiones se celebraran los viérnes a las 7 P. M. Como materia de discusion para la del viérnes 15 de junio, se fijó la siguiente: Ensayo de una clasificacion de los ramos que se comprenden bajo la denominacion de ciencias sociales, i designar el método que mas convenga adoptar en su estudio.

Se levantó la sesion.

SESION DEL 15 DE JUNIO.

Asistieron los señores Rodriguez, Moreno, Echeverría, Rojas, Aldunate, Aguirre, Vial Solar, Walker, Zorrilla i los secretarios.

Se aprobó el acta de la sesion preparatoria.

Puesto en discusion el tema acordado en la reunion anterior, hicieron sucesivamente uso de la palabra los señores Vergara, Aldunate i Rodriguez.

El señor VERGARA expuso una clasificacion jeneral de las ciencias sociales, que en conversaciones privadas habia oido sostener, pero que, a su juicio, estaba distante de ser satisfactoria.

Partiendo de la definicion de la ciencia, (un sistema o conjunto de leyes), el autor de la clasificacion divide las ciencias segun la naturaleza de los séres que forman su objeto. Todos los séres conocidos se comprenden en dos categorías diversas: séres espirituales i séres materiales. De aquí, pues, una division jeneral de las ciencias segun que traten de los primeros o de los segundos, o de las relaciones entre unos i otros. Las ciencias que tratan de los séres materiales se denominan físicas o naturales: las que estudian la naturaleza de los séres espirituales forman las filosóficas i teolójicas; i, por último, formarán propiamente las ciencias sociales las que investigan las leyes que presiden a las relaciones del sér intelijente con los demas de su especie i con las cosas materiales. De esta diversidad de relaciones nace la subdivision de las ciencies sociales en dos ramas, el Derecho i la Economía política.

La clasificacion expuesta tiene inconvenientes que la hacen inaceptable. Su misma jeneralidad es motivo para que no podamos incluir algunos estudios en una sola de estas grandes divi-

siones, o para que difícilmente encontremos lugar para otros. Las ciencias matemáticas, por ejemplo, no están claramente incluidas en las que estudian la naturaleza del espíritu humano ni en las teolójicas. El estudio de lo que es en sí mismo el gobierno de las sociedades i de sus diversas formas, que constituye un problema capital de la Política, no se funda tan solo en las relaciones que son objeto del Derecho o de la Economía. Aun entre las relaciones que el hombre tiene con sus semejantes hai muchas simplemente éticas, que no caen bajo el imperio del Derecho.

Aquella clasificacion es, por consiguiente, algo defectuosa; lo cual, por lo demas, no solo es un vicio que a ella solamente se puede imputar, sino a todas los que se ensayaren ántes de dominar el campo de los estudios sociales.

El señor ALDUNATE indicó la siguiente base: Para establecer una clasificacion jeneral conviene atender por separado al sujeto i al objeto de la ciencia social: al hombre con los deberes i derechos que la lei natural le señala, i al bien comun de la sociedad. —Los deberes puramente individuales no son tomados en cuenta por la Sociolojía; pero si se trata de los deberes relijiosos, es decir, si se considera al hombre formando parte de una comunion relijiosa, ya pueden ser objeto de la ciencia social por razon del contacto que la sociedad relijiosa tiene con la civil, i de ahí que haya una rama del Derecho que en esa materia se ocupa, el Derecho Canónico. Los deberes propiamente jurídicos son estudiados en los demas ramos del Derecho, que, segun las divisiones comunmente admitidas, forman el Derecho público i el Derecho privado con sus respectivas subdivisiones.—La ciencia que estudia el objeto de la sociedad civil se llama Economía política.

Cuanto al método por seguir en el curso de los trabajos propios de la *Sociedad*, el mas conducente seria el que uniera mejor la parte especulativa con la práctica, dedicándose de preferencia el tiempo a la Historia i Estadística, como que son los medios de observacion a nuestro alcance para comprobar la verdad de las teorías i para adelantar en la investigacion científica.

El señor RODRIGUEZ esforzó la dificultad para adoptar por el pronto una clasificacion jeneral relativamente satisfactoria.

Cierto que nada seria mejor que orientarse fijamente i conocer los lindes propios de cada una de las ciencias materia de nuestro estudio; pero si eso se ha ensayado muchas veces, si se ha tratado de determinar las mútuas relaciones de las ciencias i descubrir su jenealojía, es tambien cierto que se han juzgado infructuosos los esfuerzos hechos, i se ha visto que el resultado será deficiente ántes de dominar los diversos ramos del saber humano.

Limitándose el ensayo de una clasificacion a los estudios sociales, puede decirse que la ciencia social tiene tres ramas principales: la Moral, la Economía política i la Jurisprudencia o el derecho. Los deseos i acciones del hombre, examinados a la luz de

la *idea de virtud*, para declararlos buenos o malos, son el objeto de la Moral.—Esos mismos deseos, considerados como necesidades que exijen satisfaccion, i los procedimientos empleados para satisfacerlos apreciados a la luz del *principio de utilidad*, son materia de la Economía política. La Política es la parte de esta ciencia que estudia la medida i forma en que algunas de esas necesidades, que no pueden ser satisfechas por los particulares, deben ser satisfechas por el gobierno.—El Derecho o Jurisprudencia es la ciencia que estudia las acciones de cada persona en sus relaciones con la libertad de las demas, en cuanto ellas pueden ser objeto de una lei. Tiene dos grandes ramas: ciencia de las leyes establecidas por los hombres, Derecho positivo, i ciencia de los principios inmutables que deben servir de base a la lejislacion, Derecho natural o filosofía del Derecho.

Respecto del método para el estudio de la ciencia social, podria desde luego examinarse la sociedad humana en los elementos que componen su organizacion natural, i a la luz de la Historia ver cuáles han sido las bases de las constituciones sociales i cuál su desarrollo.

El método propuesto por el señor Rodriguez fué aceptado, fijándose, en consecuencia, como materias de estudio para la sesion próxima, la organizacion natural de las sociedades i la historia suscinta de su constitucion. El señor presidente i el secretario señor Vergara quedaron en tratar particularmente una de esas materias.

Por indicacion del señor Rodriguez se acordó suscribirse al periódico The Economist, de Lóndres. El señor Vergara quedó facultado para encargar dicho periódico por medio de una de las librerías, como tambien algunas otras obras que creyere útil para la biblioteca de la Sociedad.

Se levantó la sesion.

SESION DEL 22 DE JUNIO.

Asistieron los señores Rodriguez, Moreno, Aguirre, Aldunate, Rojas, Echeverría, Gandarillas, Walker, Vial Solar i los secretarios.

Fué leida i aprobada el acta de la sesion anterior.

Sobre el tema de estudio "organizacion natural de las sociedades," hablaron los señores Rodriguez i Vergara.

Las principales razones que se apuntaron para probar la existencia de las leyes naturales que rijen el organismo social, fueron las siguientes:

1.ª La analojía. No hai hecho en la naturaleza física, no hai séres que no obedezcan a leyes propias. La Astronomía descu-

bre i estudia las que regulan el movimiento de los astros: la Química encuentra en el exámen de los elementos constitutivos de los cuerpos la norma de su accion recíproca. La analojía no permite, pues, que se haga una excepcion del hecho mas complejo que conozcamos en la naturaleza, de la vida social.

2.ª La constitucion física i moral del hombre manifiesta tendencias, necesidades, aspiraciones, irrealizables fuera de la sociedad, i que dentro de ella no pueden ser sofocadas sin ir contra la naturaleza.

3.ª La complicacion de los fenómenos que constituyen el organismo social es tal, que difícilmente puede uno darse cuenta aproximada de cómo se ejercita su accion. Seria, por consiguiente, absurdo suponerla obra de la inventiva humana.

4.ª La existencia de las leyes naturales se hace patente cada vez que se las viola, siendo incapaz el capricho del hombre de impedir que aquéllas se cumplan i produzcan las consecuencias que de suyo están llamados a producir.

El señor PRESIDENTE habló en seguida sobre el segundo punto acordado en la última sesion, "la historia de las ideas sobre organizacion natural de las sociedades ántes del cristianismo."

Reconocida la existencia de leyes naturales, no hai mejor camino para conseguir el progreso social que el de dejar que aquéllas obren con entera libertad. Pero eso fué lo que se desconoció casi por completo en las sociedades que vivieron en la infancia de la civilizacion. Nacidas esas sociedades del agrupamiento de familias en que el individuo era del todo absorbido, cuando el Estado sostituyó al jefe de la familia, los individuos pertenecieron en cuerpo i alma al Estado. La libertad privada no existió ni fué concebida en las mas adelantadas repúblicas, haciéndose consistir todos los derechos del individuo en la capacidad para ejercer funciones públicas o nombrar sus majistrados, es decir, en sus derechos políticos.

En prueba de ello, leyó el señor Rodriguez un capítulo de la obra de Fustel de Coulanges *La ciudad antigua*, i varios pasajes de las obras políticas de Platon i Aristóteles, en que sostienen la omnipotencia del Estado.

El señor ECHEVERRÍA expuso las ideas jenerales sobre el oríjen i progresos de la civilizacion, que desenvuelve W. Bagehot, en conformidad con el principio darwiniano de la seleccion natural i la lucha por la existencia.

Hicieron tambien uso de la palabra sobre el mismo asunto los señores Aldunate i Aguirre.

Quedaron para ser tratados en la sesion próxima la continuacion de la exposicion histórica durante los cinco primeros siglos del cristianismo, i los principios económicos analizados por Bastiat en el segundo i tercer capítulo de sus *Armonías*.

El señor Walker propuso a don Alejandro Magno Guerra como

miembro de la Sociedad. Se acordó postergar la votacion hasta la sesion siguiente, debiendo considerarse este acuerdo como jeneral para los casos análogos que en adelante ocurrieren.

Se levantó la sesion.

LO CONOCI DE CEREZO.

Entre los árboles que adornaban la plaza del pueblecito de X.... que eran exóticos, porque ya comenzaba a introducirse en él la moda de sustituir los hermosos árboles del pais por los extranjeros, quedaba todavía un antiguo cerezo, conocido de todos los habitantes del lugar i particularmente querido de los muchachos como su tributario en la época en que matizaban sus oscuras i brillantes hojas los negros racimos de su deleitoso fruto. No sabemos si fué ésta la razon porque escapara al hacha inexorable del novador o si ello fué debido a la hermosura i esbeltez de su forma: el hecho es que el cerezo vejetaba entre un centenar de advenedizos a quienes ni por pienso se habria él imajinado haber de hacer compañía alguna vez.

El dia ménos pensado, o como vulgarmente se dice, de la noche a la mañana, el cerezo apareció en el suelo i su robusto i liso cuerpo trozado en varios pedazos.

Nadie en el lugar dejó de sentir el viejo árbol, i los muchachos del pueblo, para quienes la pérdida era irreparable, lo rodearon en silencio como para rendirle el último tributo de su agradecimiento.

El consuelo de la pérdida vino, sin embargo, junto con la noticia de que el cerezo habia sido solicitado por un hábil escultor que juzgaba excelente su madera para servir a una obra que proyectaba obsequiar a la parroquia del lugar: un Santo Cristo.

Habian pasado algunos meses desde que fué cortado i trozado el cerezo i los lugareños solian preguntarse en sus corrillos que qué seria del Santo Cristo prometido por el escultor a la iglesia parroquial. I tenian razon los preguntones; porque ¿quién

ha dicho que en este siglo del vapor pueda demorarse mucho tiempo la ejecucion de una obra, siquiera sea monumental?

Los meses pasaban i el Santo Cristo no salia del taller del escultor. A las veces solian preguntarle los impacientes por el estado de su obra i hubo quien, reprochándole la demora, le dijo: "Que si el cura lo hubiera encargado fuera del pais, lo tendrian tiempo há i de lo mejor."

El escultor se contentó con responderle:

—Trabajando estoi sin perder tiempo; tened aun paciencia.

Cierto dia oyóse mui de alba un repique de campanas en la parroquia del pueblecito de X....; los habitantes de él se levantaron sobresaltados; la cosa no era para ménos. ¿Qué habia motivado tan extraordinario anuncio?

Nada ménos que el esperado Santo Cristo.

El cura, hombre intelijente, que al examinar la obra conoció el mérito artístico de ella, creyó que la nueva valia la pena de ser anunciada con un sonoro repique: sencillo modo de celebrar los sucesos de un pueblo en aquellos tiempos en que la *civilizacion* no habia producido aun la ostentacion i la farsa para procurar el regocijo de los hombres; modo barato de divertir al pueblo en aquellos tiempos en que sin sacrificios inútiles se proporcionaban goces inocentes sin excluir de ellos al mayor número.

Excusado es decir que el pueblo entero acudió en tropel a la parroquia. La noticia del cura de que acababa de entregársele el Santo Cristo i de que era una obra maestra de la escultura, difundió el júbilo entre la multitud.

Todos se apresuraron a acercarse i contemplar la obra, i mui pronto los gritos de alegría resonaron en la plaza del pueblo. Por todas partes se oian palabras de alabanza en honor del artista: la obra era primorosa i acabada.

Hubo una mujer, sin embargo, que, guiada solo por la curiosidad (¿qué mujer no es curiosa?) se acercó a mirarlo. Paseó una mirada estúpida por la escultura i se retiró como se habia acercado, es decir, sin haber adquirido idea de lo que habia visto.

Nada de particular le encontró i volvió a su casa riéndose de la obra, con escándalo de la reverencia debida a la santa imájen.

Este hecho, que habria pasado desapercibido en una gran ciudad, se supo luego, luego en todo el lugar; ¡qué no se sabe en un pueblo corto!

La mujer tenia razon para hacer lo que habia hecho, es decir, tenia razon en cuanto es dable que la tenga quien no sabe apreciar el valor de las cosas, el ignorante. Decia la pobrecilla que el Santo Cristo era Santo Cristo como los demas, lo que no dejaba de ser cierto en parte, pues el nombre i el sér que la figura

representaba son los mismos i todas están en forma de cruz. Para ella no habia diferencia entre un árbol i otro árbol, por ejemplo; todos eran árboles.

Fué en vano que el Trabajo, representado en un gallardo mozo de robustos músculos, le ponderase lo laborioso de la obra.

—Pero si se ha demorado tanto, le respondió ella.

Inútil fué que el Jenio, en la figura de un jóven de frente despejada i ojos inspirados, le encomiase la perfeccion artística del trabajo.

—Cualquiera habria hecho otro tanto, le replicó con desenfado la Ignorancia.

La Justicia ¿le manifestaba la necesidad de rendir a la obra i al artífice el tributo merecido? tiempo perdido.

—Es un pedazo de la madera de un cerezo, fué la contestacion de la presuntuosa.

—Mirad, le dijo la Piedad, que es la imájen de Dios mismo.

—No podré venerarlo nunca, respondió la desdeñosa Ignorancia, pues *lo conocí de cerezo*, agregó en tono de mofa i riéndose estúpidamente.

La Humildad le predicaba diciéndole:

—Deferid siquiera a la opinion de tantos.

—¡Vaya! i ¿quién sabe mas que yo? le contestó, volviéndole las espaldas con aire vanidoso.

Afortunadamente terció en la contienda la Prudencia, diciéndoles:

—No perdais vuestro tiempo en vano. ¿Atenderá a vuestras razones quien es incapaz de comprenderlas?

El silencio que siguió a estas palabras demostró que la Prudencia habia dado en el *quid* de la dificultad.

En efecto, ¿quién ha visto que la ignorancia reconozca alguna vez el mérito?

E. C. G.

¿QUE ES LA POESIA?

En mi aposento encerrado,
Junto a una mesa, sentado
Estaba ayer, tristemente;
Sobre esa mesa mi frente
Posé, de dolor cansado.

Una luz pálida habia,
I en mi mesa una poesía
Que acababa de escribir;
Batió el sueño su ala fria....
¡Soñaba en el porvenir!

—¿Duermes?.... una voz lejana
Al decirme, desperté;
Sentí una mano cercana;
Caricia era de una hermana
Que sonriendo la abracé.

—Dime, hermano, yo querria
Que me hicieses comprender....
—¿Qué cosa, Teresa mia?
—Me digas *¿qué es la poesía?*
Jamas lo pude saber.

—¿Recuerdas que al ir conmigo
No ha mucho una noche oscura
Salió a tu paso un mendigo
I tú, cual a íntimo amigo,
Le diste un *pan* con ternura?

¿Que al ver a tu hijo jugar
Rebosando de contento
Un *beso* le fuiste a dar?
¿Que a tu madre al ver llorar
Tambien *lloraste* al momento?

Sabe, pues, Teresa mia,
Que aquel ternísimo afan
Con que dabas ese dia
Besos, lágrimas i *pan*,
Eso mismo *es la poesía.*

1875. JOAQUIN LEMOINE.

ERASE QUE SE ERA...

El pueblo, que en todas partes es mas poeta que los mismos poetas, reviste siempre las cosas i los hechos de caractéres fantásticos, i da aspectos encantados a las unas, i a los otros el tinte risueño de la leyenda.

Paseándose por los corredores de nuestro convento de San Francisco, que han visto pasar los siglos como nosotros los dias, el hombre sencillo trae a su imajinacion el recuerdo de esos años, personificando a cada uno de ellos en un hecho culminante, i de ordinario marabilloso, que ha oido a sus abuelos, o que, cuando niño, le referia la amiga anciana, dentro de la pajiza alcoba, al amor de la lumbre i al compas del sordo ruido de la lluvia i de los agudos silbos del vendaval.

Todo lo cree en su inocencia, i todo lo recuerda i lo revé cuando pisa los sitios que fueron teatro de esos hechos i que han consagrado el curso de los tiempos i la innata veneracion al silencio i a la virtud.

— Aquí, nos dicen, en donde están ese agujero i esa pila, fué donde se reclinó el "Siervo de Dios," frai Pedro Bardesi, i pasó toda una noche en vela por haberle sorprendido andando el toque de silencio de las nueve de la noche.

—Acá, continúan, debajo de aquella ventana, que da a la calle de San Francisco, pasaba una noche un caballero que iba con malos deseos e intenciones, i, al sentir que en la celda a que aquélla correspondia estaba un padre disciplinándose, "¿es posible, se dijo, que yo vaya a cometer un pecado cuando estos santos varones están castigando su cuerpo inocente?"

Volvió sobre sus pasos el transeunte, pasó muchas horas en la puerta del convento, i, así que abrieron, solicitó hablar con el guardian.

Un rato despues, era uno de los legos de la Comunidad.

Una noche, el hermano encargado de cerrar las puertas de la iglesia, no hizo con toda escrupulosidad el rejistro, i en una de las *tablillas* de un confesonario quedó durmiendo, como en su cama, un devoto, tal vez mas necesitado de sueño que de confesion.

Sucedió, pues, como en todo cuento, que, a eso de las once, despertó, se restregó los ojos i empezó a hacer su composicion de lugar para saber cuál era el en que se hallaba.

Al fin, i merced a los reflejos en las molduras doradas de la lámpara que arde de contínuo ante el Santuario, vino a caer en la cuenta de que estaba en la iglesia de San Francisco i de que no tenia mas remedio que esperar la mañana para poder salir.

No debió nuestro hombre de quedar mui descontento de la cama que se le ofrecia, ni seria tampoco mui miedoso, porque, con mucho despacio, abrió la puerta del confesonario i se arrellanó en el cojin con todo el reposado talante de un padre provincial.

Estaba ya en estado de que se confundian a sus ojos un hilo blanco i un hilo negro, como dicen los orientales, cuando sintió que los serenos de la Alameda cantaban las doce de la noche, i oir estos gritos i abrirse con estrépito la puerta de la sacristía, todo fué uno.

Asomóse nuestro hombre, i vió que un padre, vestido de hábito franciscano, colocó en el altar mayor dos velas i un misal i tornó a la sacristía, de donde salió, pocos momentos despues, revestido convenientemente para decir misa. Colocó en su lugar el cáliz, abrió en el suyo el misal, i bajó hasta las gradas para recitar el *Introibo ad altare Dei*. Pero, apénas vió el padrecito que a su derecha no habia nadie que ayudara a misa, cerró el libro con semblante triste, apagó las velas i se perdió en la oscuridad.

¡Calculen los lectores cómo quedaria el devoto dormilon! Mas, el sueño, que rinde áun las mas fuertes naturalezas, lo rindió, i sólo despertó al sentir los golpes que con un manojo de llaves le daba el hermano que, a las cinco de la madrugada, llegaba a abrir las puertas de la iglesia.

No hai que decir que nuestro hombre se hizo lenguas contando el extraño caso que le habia acontecido, i tanto corrió éste de boca en oreja, que llegó hasta las del padre guardian, quien llamó al espectador de tan rara escena, i, despues de oirle, resolvió averiguar la verdad del hecho, para lo cual ordenó que dos legos se quedaran esa noche en el interior de la iglesia.

Expresar lo que ámbos vieron, fuera repetir punto por punto lo que vió el primero, con lo cual se alarmó toda la comunidad, i los padres graves resolvieron que el de entre ellos que fuera bastante osado ayudara a misa al misterioso celebrante. No se halló ninguno de los de corona que a tanto se atreviera, i un donado fué el único que se comprometió a ser uno de los actores de la nocturna ceremonia.

Fuése, pues, a la sacristía algo ántes de la media noche, i, a poco sintió el restregar de una pajuela, i, a su azuleja luz, vió que un padre alto, amarillo i flaco, encendia una vela. No fué menes-

ter mas para nuestro donado, quien, como perito en el arte, tomó otros dos cirios i un misal i los llevó al altar mayor, de donde se volvió a ayudar a vestirse al aparecido, que con voz cavernosa murmuraba algunas de las preces del Ritual. Minutos despues, iban enfilados hácia el presbiterio el ayudante i el sacerdote, i empezó a celebrarse la misa como otra cualquiera.

Notó, sí, el donado que cuando tomaba el padre el vino, caia éste gota a gota como en el fondo de un cántaro vacío, i que, cuando se volvia al pueblo para decir *Dominus vobiscum* u *Orate fratres*, se sentia un ruido semejante al que producen los huesos descarnados cuando chocan unos con otros.

Ello, la misa concluyó sin mayor novedad, i oficiante i ayudante tornaron a la sacristía.

Desnudóse el padre, i, acercándose al que le habia servido en la misa, le dijo:

—¡Dios se lo pague, hermanito! Yo soi el padre Tal, que morí sin haber dicho una misa que me tenian pagada, i estaba condenado a venir diariamente a este altar para decirla, i a no salir del Purgatorio miéntras no encontrara quien quisiese ayudar a ella. Mas de cien años he pasado en este trajin, hasta que Ud. ha venido a ser mi ánjel de salvacion. Dios se lo ha de pagar, amigo mio.

Dicho esto, desapareció como el humo.

I es fama que, consultados los libros del convento, resultaron ser efectivos el nombre i fecha indicados por el relijioso.

Habia en los comienzos de este siglo, un padre anciano i enfermo que, a causa de sus mismos achaques, padecia de terribles insomnios, i pasaba las mas de las noches en vela, paseándose por los corredores del primer claustro del convento.

En una de tantas, tropezó con un padre de su mismo hábito a quien no pudo ver el rostro, i a quien habia dado la extraña manía de andar rezando el Breviario en toda la oscuridad.

Como este encuentro se repitiera varias veces, trató nuestro desvelado de salir de la curiosidad, e interpeló al que leia sin luz; pero notó que era mas mudo que un alcornoque, i que esquivaba el cuerpo con extrordinaria lijereza.

No fué menor la que puso a la siguiente mañana nuestro anciano enfermo para enterar del hecho a los demas padres de la Casa, quienes aconsejaron al guardian que hablara con el desconocido que rezaba el Oficio de tan raro modo.

Hízolo así el Prelado, i cuéntase que, despues de esta conferencia (que quedó para todos en el misterio), no volvió a verse

mas la vision, i que el Guardian renunció a su cargo i llevó una vida tan retirada i silenciosa, que casi nunca hablaba palabra con sus compañeros.

Un tercer cuento i concluyo.

El R. P. Fr. Manuel Araya, que falleció hace pocos años, rezaba, allá por los de veinticinco o treinta, i siendo áun mui jóven, la Via Crúcis, que era de regla todos los Viérnes en la noche.

Una vez que estaba ocupado en este piadoso ejercicio, sintió el ruido de fuertes pisadas i el sonar de espada i espuelas, lo que le dió a entender que entraba al templo algun oficial.

En efecto, así que concluyó la Via Crúcis, uno se acercó al Padre Araya i le rogó que le oyera en confesion, a lo que aquél accedió gustoso.

Contóle en ella el militar como su vida habia sido borrascosa i relajada, pero, que, en adelante, iba a enmendarla, gracias a un suceso terrible que en la noche anterior le habia ocurrido.

Dirijíase, con una luna hermosísima, por la calle del Rei (o del Estado) a su cuartel, que estaba en donde ahora la iglesia de San Diego, cuando, al atravesar la Alameda, divisó a una dama vestida de negro i con manto, a traves del cual se adivinaban las formas mas esbeltas, con quien se conformaba un garbo extremado en el andar. Siguióla él i apuró el paso ella, hasta *enfrentar* la calle Nueva de San Diego, hácia la cual torció la enlutada. Tomó la recta el galan, i, en la esquina, quedó cara a cara de la hermosa. Echó ésta entónces atras el manto, cayéronse sus vestidos, i, en lugar del lindo i airoso cuerpo, quedó un desnudo i amarillo esqueleto.

Espantado, retrocedió el oficial, i con gran temblor i sudor, llegó a las puertas del cuartel.

Tal fué el motivo de su conversion.

En ese mismo año pereció en uno de los combates de la campaña del sur.

Santiago, 6 de Septiembre de 1877.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

SAN ISIDORO DEL CAMPO.

I.

FUNDACION.

¿Qué es eso? ¿Es un castillo feudal o un alcázar ese edificio que asoma allí entre esas ruinas que un dia se llamaron Itálica i tuvieron para cantarlas un Rioja, i hoi se llaman Santiponce i han tenido para celebrarlas un Larra?

No es sin embargo este edificio otro que San Isidoro del Campo, morada un dia de Bernardos de la órden del Cister, i despues de Jerónimos, segun concesion que se hizo a Lupo de Olmedo, reformador de estos últimos.

Cuesta trabajo al principio convencerse de que no es otra cosa que un monasterio esta suntuosa fábrica, mayormente si se contempla la parte primitiva del edificio, coronada de almenas i defendida por torreones. Mejor que por morada cristiana, se tomaria por una señorial fortaleza.

I no se crea que, sin embargo de no haberlo sido, haya dejado de tener su carácter, nó. El abad de San Isidoro era un señor feudal que disponia de la vida o la muerte de sus vasallos, que tenia imperio *mero mixto de horca i cuchillo.*

Su fundacion nos explicará mejor esta circunstancia.

Varios moradores de Sevilla encontraron un dia el cuerpo de San Isidoro entre las ruinas de un antiguo colejio fundado por dicho santo. Inmediatamente levantaron en el mismo lugar una ermita en su memoria, ermita que gozó bien pronto de mucha fama, i a la cual iban en peregrinacion, atraidos por las virtudes del célebre doctor, muchos caballeros de los mas ilustres de Sevilla.

Entre los que con frecuencia visitaban el santuario, era un don Alonso Perez de Guzman, el defensor renombrado de Tarifa, el héroe que selló con la sangre de su hijo el pacto de su obediencia al soberano i de su amor a la patria, el que debia guardar para el porvenir, para la historia, para la tradicion, para la poesía, el loado i famoso renombre de *El Bueno.*

Guzman *El Bueno,* pues, tan terrible en la batalla como piadoso en el hogar doméstico, juzgó que seria meritorio a los ojos del Señor convertir la ermita en monasterio, *donde el culto fuera servido, Sevilla honrada i su cuerpo i el de sus sucesores sepultado,*

Su idea llevóse a efecto con tanta mayor facilidad, cuanto que Guzman poseia pingües rentas, i pudo dotar de inmensas riquezas a los monjes Bernardos del Cister, que fueron los primeros moradores del monasterio Cedióles heredamientos, olivares, tierras, calmas i mil fanegas *de pan de renta*, anexo todo al pueblo de Santiponce, que les cedió con imperio mero mixto, como en otro párrafo se ha dicho, de horca i cuchillo. Solo les exijió, como condicion especial, que se dijeran por su alma i la de su esposa, doña María Alfonso, diez misas diarias, una de las cuales debia ser cantada por la comunidad entera.

Para dar cima a esta fundacion, adquirió Guzman un privilejio del rei don Fernando IV el Emplazado, expedido en la ciudad de Placencia en 1288, i de cuyo curioso documento no será malo copiar algunas cláusulas, tales como las ha copiado, sacándolas del olvido, el entendido escritor señor Amador de los Rios en un bello artículo que ha dado a luz sobre este monasterio.

Despues de autorizar don Fernando al fundador para que pueda heredar el monasterio en la forma que mejor estime, se encuentra el párrafo siguiente:

"E por facer mas bien et mas merced á este monasterio, por honra de vos, dóles que puedan haber vasallos que labren é moren en sus heredades, é que hayan ganados é todas las otras cosas en todas las partes de mis reinos, así como las mias mesmas é defiendo firmemente que ninguno no sea osado de ir ni de pasar contra esta merced que yo fago á dicho monasterio, ni á ninguna de sus cosas en ningun tiempo por alguna manera; é cualquier que lo ficiere, pechar me ha en pena diez mil maravedís de la moneda nueva é al monasterio ó á quien su poder hobiere el daño que por ende recibiere doblado."

Terminando de esta manera:

"Sobre esto mando al mi consejo de la cibdad de Sevilla é á todos los otros consejos, alcaldes, jueces, justicias, merinos, comendadores, é á todos los aportillados de las villas é de los logares de mis reinos que esta la mi carta vieren, que guarden é fagan guardar al dicho monasterio todas estas mercedes que yo le fago.... é que esto sea firme é non venga en dubda mandé en de dar esta carta sellada con el mio sello de plomo colgado."

Dióse principio a la fábrica, dice el señor Amador de los Rios, en 1301, i terminóse al poco tiempo, quedando establecidas formalmente las condiciones que habian de observarse para en adelante, por medio de una carta de dotacion, fechada en Sevilla en 1339 i otorgada ante Juan Alonso, escribano de aquella capital, i Estéban Fernandez, escribano público. En esta carta decian los fundadores que donaban al monasterio el pueblo de Santiponce con todos sus derechos, segun lo habian comprado a la reina doña María de Molina, i les habia sido ratificado por su hijo don Fernando *con montes, con fuentes, é con pastos, é con divisas, é con*

aguas corrientes, é con prados, é con todas entradas y salidas. Exijian en cambio de concesion tan importante, el que morasen en San Isidoro contínuamente cuarenta monjes, veinte de los cuales habian de ser de misa, elijiendo de entre ellos el abad, a quien debia confiarse su gobierno. Prohibíase el que pudieran los sucesores de Guzman atentar contra los bienes del monasterio, quedándoles, sin embargo, reservado el derecho de patronazgo, i elejíase en la misma carta, para enterramiento de los patrones, el espacio que media entre el coro i el altar mayor, donde todavía existen las cenizas de ámbos esposos, como despues observaremos. El mencionado instrumento concluye de este modo: "E porque esta confirmacion sea firme é valedera para siempre jamás, mandamos ende facer dos cartas, pasadas por A. B. C. á tal la una como la otra, la una que tenga el monasterio, é la otra que finque con musco."

Tal es lo que arrojan de sí los anales del monasterio respecto a su fundacion. Pasemos, pues, ahora a su descripcion.

II.

LA IGLESIA.

Deliciosa es la situacion de *San Isidoro del Campo*, descubriéndose desde allí la ciudad de Sevilla, varios pueblos de sus alrededores i toda la llanura por espacio de algunas leguas.

Las bóvedas de la iglesia tienen el estilo gótico. La primitiva iglesia, es decir, la levantada por Guzman *El Bueno*, constaba de una sola nave, compuesta de cuatro bóvedas de regulares dimensiones, sin interes artístico; pero, mas adelante, deseoso don Bernardino de Zúñiga i Guzman que recibiesen sus restos sepultura en el mismo templo que sus mayores, edificó a sus expensas la segunda bóveda, recibiendo un mayor aspecto de grandiosidad.

Pasemos revista a los principales objetos, muchos de ellos ricas preciosidades artísticas que la iglesia contiene.

El altar mayor es de Juan Martinez Montañez, célebre escultor, cuyas obras le valdrán eterna fama; consta de dos cuerpos i un ático por remate. En el nicho de en medio del primer cuerpo se ve la estatua de San Jerónimo, trabajo artístico de exquisito mérito, que bastaria por sí solo a dar un nombre al autor. Contiene a los lados dos excelentes relieves que representan el *Nacimiento del Señor* i la *Adoracion de los Reyes*, colocados en nichos cuadrados con dos columnas i su frontispicio cada uno, i encima de éstos se representan figuras de niños con tarjetas en las manos: a un lado i a otro están las estatuas de San Juan Bautista i

San Juan Evanjelista. Todo este cuerpo está compartido de cuatro columnas con su arquitrave i demas.

El cuerpo segundo ostenta la estatua de San Isidoro, arzobispo de Sevilla, que en este lugar estuvo sepultado ántes de su traslacion a Leon. Es obra de gran estima por la delicadeza de la ejecucion, especialmente en el ropaje. A los lados hai relieves como los del primer cuerpo, de mucho mérito tambien, representando, el de la derecha, la *Anunciacion*, i el de la izquierda, la *Resurreccion de Cristo*. En el ático se ve la *Asuncion de la Virjen* rodeada de ánjeles i querubines, descansando sobre la cúspide de aquél un *Calvario*, en donde adoran dos bellísimos ánjeles al Salvador del mundo. Sobre el cornisamento se distinguen dos escudos, que deberian contener las armas de los Guzmanes, sostenidos por las cuatro *virtudes cardinales*, representadas por otras tantas jóvenes de notable belleza. Es todo el retablo de mano de Montañez, i uno, dice el escritor citado arriba, de los que mas se prestan al estudio en la capital de Andalucía.

A uno i otro lado del presbiterio se ven en alto dos magníficos sepulcros con estatuas de rodillas, obra primorosa ejecutada en mármol i atribuida por algunos al mismo Montañez. Son los sepulcros de Guzman el Bueno i de su esposa.

Sobre la losa mortuoria del primero, se ve una estatua arrodillada delante de un reclinatorio, sobre un ancho almohadon de gruesas borlas; sus manos están unidas en ademan de rezo, ciñe su espada formidable; viste armadura completa, i encima una túnica o sobrevesta abierta por los lados. A la izquierda de esta figura se ve un escudo de armas que ostenta en campo azul dos calderones colocados verticalmente. En la losa del sepulcro se lee esta inscripcion:

Proprio filio suo non pepercit.
AQUÍ. YACE. DON. ALONSO. PEREZ. DE. GUZMAN. EL. BUENO.
QUE. DIOS. PERDONE. QUE. FUÉ. BIENAVENTURADO. E. QUE.
PUNIÓ. SIEMPRE. EN. SERVIR. A. DIOS. E. A. LOS. REYES.
E. FUÉ. CON. EL. MUY. NOBLE. REY. DON. FERNANDO. EN.
LA. CERCA. DE. ALGECIRA. E. ESTANDO. EL. REY. EN. ESTA.
CERCA. FUÉ. EN. GANAR. A. GIBRALTAR. E. DESPUES. QUE.
LO. GANÓ. ENTRÓ. EN. CABALGADA. EN. LA. SIERRA.
DE. GAUSIN. E. OVO. HI. FACIENDA. CON. LOS.
MOROS. E. MATÁRONLE. EN. ELLA. VIERNES. 19. DE. SEP-
TIEMBRE. ERA. DE. MIL. E. TRESCIENTOS. Y. CUARENTA.
Y. SIETE. QUE. FUÉ. AÑO. DEL. SEÑOR. DE.
MIL. Y. TRESCIENTOS. Y. NUEVE.
H. S. E. 19 SEPTEMBRIS ANNO DOMINI 1609.
300 A DIE SUI OBITUS.

Sobre la losa del sepulcro de doña María existe otra estatua

en la misma actitud que la de don Alonso, la cual representa a aquella esclarecida matrona. Viste un brial de manga boba guarnecida de pieles i sujeto al talle con un rico cinturon de borlas; lleva en la cabeza una toca blanca, i cubre sus hombros un manto de anchos pliegues. Al lado se ve un escudo de armas con cinco cornejas en campo de oro, i en la losa de la urna cineraria se lee este epitafio:

Digna corona de los Coroneles.
AQUÍ. YACE. DOÑA. MARIA. ALFONSO. CORONEL.
QUE. DIOS. PERDONE. MUJER. QUE. FUÉ. DE. DON. ALONSO.
PEREZ. DE. GUZMAN. EL. BUENO.
Y. MADRE. DEL. SÉGUNDO. ISAC. FINÓ.
ERA. DE. MIL. E. TRESCIENTOS. Y. SETENTA. AÑOS.
QUE. FUÉ. DE. XPO.
DE. MIL. E. TRESCIENTOS. Y.
VEINTE. AÑOS.

Al pié de esta inscripcion se leen los siguientes versos, que no son, por cierto, un modelo de versificacion:

Oh ínclita Roma, si de esto supieras
Cuando mandabas al gran universo,
Qué gloria, qué fama, qué prosa, qué verso,
Qué templo vestal a la tal hicieras!

Es inútil decir a lo que aluden estos versos. Nadie ignora, i la historia nos lo patentiza en una bella pájina, el hecho que coloca a doña María Coronel al lado de las Aspasias i Lucrecias.

Es imposible que el viajero permanezca indiferente ante estos dos sepulcros, es imposible que su corazon se mantenga mudo, cuando tan alto debe hablar en él la voz de los gloriosos recuerdos.

Hai toda una época en cada una de estas dos tumbas, así como hai todo un abismo entre aquella época i la nuestra.

¿Qué hombres eran aquéllos, fieles i laureados patricios, que todo lo sacrificaban, hasta los lazos del corazon i la fuerza de la sangre, para defender los muros de la fortaleza que por su rei les habia sido encomendada? ¿I qué mujeres aquéllas que a tan heróico i tan horrible martirio se sujetaban para domar sus rebeldes deseos i guardar intacta la honestidad, hacienda de la mujer i joya del esposo?...

Es verdaderamente una leccion la que dan a la edad presente aquellas dos estatuas de piedra, envueltas en la sublimidad de los recuerdos i en la eternidad del silencio.

La segunda bóveda que comunica con la nave últimamente construida, guarda un retablo churrigueresco, en el que es de no-

tar un Niño Dios por su excelente escultura que revela el maestro pincel de Montañez.

Por lo que toca a las dos bóvedas restantes, contienen el coro, que es sumamente espacioso i rico, de una sillería de mérito, realzada por un cuerpo de arquitectura de órden dórico que se levanta sobre la segunda hilera de asientos.

No puede presentar la segunda nave objetos de tanto precio al artista ni de tanta riqueza al viajero, pero se levantan bajo su majestuoso espacio tres sepulcrales monumentos que reclaman una lágrima al poeta i un recuerdo al historiador.

Vése en el primer sepulcro una estatua tendida, cubierta de todas armas; ninguna inscripcion está grabada en la lápida de la urna, pero allí descansa, sin embargo, don Bernardino de Zúñiga i Guzman, fundador, como se ha dicho, de aquella parte del edificio.

Aparece exornado tambien el segundo sepulcro con una estatua de piedra tendida sobre la losa que lo cubre, i allí, a sus piés, un pequeño busto de mujer. ¿Quién yace allí? ¿quién allí duerme sueño eterno?....

La historia se encarga de decírnoslo.

¿Habeis jamás oido hablar de una mujer, de una leal esposa a quien *el cruel* don Pedro mandó quemar en represalias de su marido? ¿I no os han dicho que al hallarse la altiva matrona en la hoguera, una criada suya, con una intrepidez sin ejemplo, viendo que el fuego levantaba el brial de su señora, se arrojó a las llamas i se abrazó con ella para que no padeciera la honestidad de su ama?

Pues bien, si os lo han dicho, si os lo han contado, si de ello haceis memoria, deteneos ante este monumento fúnebre, que este es el que guarda sus cenizas. La estatua es la de doña Urraca, i el busto el de Leonor Dávalos, su doncella, víctima de su lealtad acrisolada. El epitafio lo cuenta en pocas palabras. Así dice:

AQUÍ REPOSAN LAS CENIZAS DE DOÑA URRACA OSORIO
DE LARA, MUJER DE DON ALONSO PEREZ DE GUZ-
MAN, ILUSTRÍSIMO SEÑOR DE SAN LÚCAR. MURIÓ
QUEMADA EN LA ALAMEDA DE SEVILLA POR ÓRDEN
DEL REY DON PEDRO, EL CRUEL, POR LE QUITAR LOS TESO-
ROS E RIQUEZAS. TAMBIEN SE QUEMÓ CON ELLA
PORQUE NO PELIGRASE SU HONESTIDAD, LEONOR DÁVALOS
LEAL CRIADA SUYA.
AÑO 1367.

El otro sepulcro es el de su esposo, batallador guerrero, digno del nombre que llevaba. Sobre su losa yace una estatua de piedra que muestra su completa armadura bajo una corta dalmática,

viéndose entre sus manos un montante, arma que usaba en preferencia a las otras. La inscripcion mortuoria dice de esta manera:

AQUÍ YACE DON JUAN ALONSO DE GUZMAN, HIJO
DEL GRAN DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN I DE
DOÑA MARÍA ALFONSO CORONEL, ILUSTRÍSIMO SEÑOR
DE SAN LÚCAR, MARIDO DE DOÑA URRACA OSORIO
DE LARA, HIJA DEL CONDE DON ALVARO NUÑEZ
DE OSORIO, GRAN VALIDO DEL REY DON ALFONSO ONCENO;
HALLÓSE EN LA BATALLA DEL SALADO I EN TODAS LAS
BATALLAS DE SU TIEMPO, POR LO CUAL LE LLAMARON
EL GRAN BATALLADOR. MURIÓ EN PAZ ESTANDO EN JEREZ.
AÑO 1351.

En la parte interior del arco que da comunicacion a las dos naves, se encuentra un epitafio latino que es demasiado notable para dejar de trascribirlo aquí. La forma de los caractéres indica que debió escribirse a principios del siglo XVI o a fines del XV. Así a lo ménos lo juzga uno de los ilustres viajeros que han visitado esta morada.

Hic situs est Fœlix Guzmana stirpe Joannis
Spes, et amor fratris, magnanimique ducis.
Ante ortum patri mœror, quia postuma proles,
Gaudia post matris deliciœque fuit.
Heu! heu! sed rapitur tenera lanugine fato,
Cum vitæ impleret bis duo lustra suæ.
Nec doleas scitius, nam quod vocabatur ut esset
Mors hunc e vivis abstulit ante diem.
Quæso, agitur, lector dicas pia verba sepulchro
Terraque felicis contegat ossa levis.

El viajero indicado dice que estos versos latinos han sido bien i cuidadosamente traducidos por don José Toro Palma, último abad de este monasterio i actual cura párroco de Santiponce, modelo de virtud i de mansedumbre, sacerdote instruido i respetable, cuyas mansas i severas costumbres le han traido la veneracion de sus feligreses i son el encanto de cuantos llegan a San Isidoro.

Tal es la discripcion de la iglesia. Baste solo añadir, para completarla, que muchos mármoles de las gradas del monasterio i otros, han sido, segun fama, hallados en las ruinas de Itálica, como tambien fragmentos de escultura e inscripciones colocadas en las paredes i entrada del convento.

En un pilar de la iglesia, al lado del Evanjelio, hai un cuadro firmado de Pascual Cati, que pertenece, por su estilo, a la escuela de Miguel Anjel. Es notable, por su buena arquitectura, un pequeño

altar en la sacristía, donde se venera una antiquísima imájen de Nuestra Señora. El Jesucristo atado a la columna i el Apostolado al rededor de la sala capitular, son bellas copias ejecutadas por los mismos asuntos que hizo orijinales Juan Fernandez Navarrete, llamado *el Mudo*, i están en el Escorial.

No es ménos digno de ser estudiado un San Jerónimo que se conserva en un patio i que todo conduce a creer, tanto por el estilo como por la forma, que debe pertenecer a los tiempos de la fundacion del monasterio o a una época bien inmediata a aquélla a lo ménos.

Algunos frescos, que descreidos viajeros se han gozado en hechar a perder en parte, aparecen aun en la galería que rodea el citado patio. Los trozos que se conservan, i que no dejan de tener su mérito, indican que se remontan a la infancia de la escuela sevillana.

III.

RECUERDOS DE VIAJE.

Aquí se hubiera concluido todo lo que podia decir sobre el famoso monasterio fundado por el héroe de Tarifa, si no me hubiese acudido a la memoria, como un recuerdo vago i débil, que en mi cartera de viaje debia existir algo relativo a San Isidoro del Campo.

Inmediatamente acudí a ella i púseme a hojear los varios papeles i diversos borradores que, de todos tiempos i todas fechas, allí están archivados. No tardé en dar afortunadamente con unos apuntes que cumplian a mi objeto i que me pusieron en camino para hallar lo que sujerido me habia mi memoria.

Todo lo recordé entónces.

Recordé que un dia, camino de Toledo, en ocasion en que iba por vez primera a visitar este monumento de nuestra pasada gloria, trabé familiares relaciones con un viajero de edad avanzada que no parecia español por su exterior i que no lo era en efecto.

Como sucede en viaje, pronto nos hicimos amigos. Era un anciano, frances de oríjen, de nada comun instruccion, que habia venido para recorrer la España en su juventud i que, seducido por nuestro clima i por las bellezas de nuestro suelo, se habia fijado en ella. Habitaba la poética Andalucía desde la edad de diezinueve años i no se habia alejado jamás de su segunda patria, como no fuera para cortas expediciones por negocios a la corte española o a la capital francesa.

No recuerdo precisamente cómo fué, pero es el caso que nuestra conversacion rodó sobre las ruinas de Itálica, pasando de allí

a hablar de San Isidoro del Campo. El anciano me hizo del famoso monasterio una descripcion detallada i minuciosa, tanto mas exacta cuanto que él le habia recorrido en época en que estaba ocupado por los monjes.

—Muchos años han trascurrido, me decia mi compañero de viaje, pero jamás olvidaré las dulces emociones que pasé entónces en aquel sitio delicioso, en aquella suntuosa morada, mansion de la virtud i del recojimiento. Recuerdo, sobre todo, que fuí merecedor de la confianza de un venerable relijioso compatriota mio, el cual no vaciló en depositar en mi seno su historia, bien triste por cierto, que mas tarde escribí.

—¡Ah! ¿la escribió Ud.? le pregunté.

—Sí, para que no se me olvidara jamás. Es una leccion de moral, una bella historia, útil ejemplo que aducir para todo el que intente demostrar a lo que conducen las pasiones cuando llegan a romper su frente. La escribí, sí, pero varié los nombres de los personajes que figuran en ella. Queria guardarla para mi instruccion i la de mis hijos, si alguna vez los tenia.

—Me gustaria ver este manuscrito, me atreví a indicarle.

—Cuando vuelva a Sevilla le enviaré a Ud. una copia. Acaso Ud. pueda utilizarla algun dia.

Dos meses despues, cuando ya no me acordaba ni de mi expedicion a Toledo ni de mi compañero de viaje, recibí por el correo un pliego bastante voluminoso. Era el manuscrito que me habia prometido el anciano.

Fuera ya de la impresion del momento, preciso es confesarlo, la historia no tenia para mí el interés que me habia hecho desear su lectura. Así es que la hojeé con mirada indiferente, i, aun cuando me cautivaron algunas pájinas, la metí en mi cartera, i allí hubiera dormido hasta Dios sabe cuándo, si, como he dicho al principio, un vago recuerdo no me hubiera traido a la memoria mi conversacion pasada.

He buscado, pues, i hallo el manuscrito, lo he leido mejor i mas detenidamente, i, aunque sencilla en su fondo i en su forma, he visto en la historia cierto atractivo, cierto encanto, que mi lectura precipitada no me habia permitido ver la vez primera. Hé ahí por que le doi un lugar preferente en estas pájinas. Al hacer pasar la relacion por el tamiz de mi pobre pluma, he tratado de conservarle su espíritu de sencillez, su aire de naturalidad, su jiro, si así se me permite decir, anticuado. Nada pierde con ello el interés de la historia, i gana mucho el fin altamente moral que se deduce de ella.

Dice así:

EN LA FALTA VA EL CASTIGO.

Despues de haber pasado un año entero recorriendo la España, llegué a Sevilla, i esta bella i seductora ciudad me agradó de

tal manera, que decidí fijar en ella mi residencia. Habitábala ya mucho tiempo hacia, cuando tuve noticia de que una comitiva de jóvenes forasteros, algunos de ellos que me habian sido recomendados, habian decidido visitar el monasterio de San Isidoro del Campo, lugar célebre por los recuerdos que conserva a los ojos del artista i del curioso. Decidí acompañarlos i me uní, al efecto, con ellos, mas bien con el designio de observar los relijiosos, que de estudiar el edificio; porque, en estas comunidades, separadas del resto de los hombres, se halla algunas veces aquel carácter de vida sosegada i tranquila que alimenta el pensamiento convidándole a la contemplacion.

La mayor parte de los monjes apénas llamaban la atencion, pero, entre todos, se distinguia por su figura uno que estaba arrodillado algo léjos de un altar i cerca de una ventana gótica. La luz que penetraba por los vidrios pintados de ésta, iluminaba vivamente la frente del relijioso, i cubria con mui fuerte sombra sus ojos negros i grandes, que despedian marcados destellos de melancolía. ¿Quién no habia de detenerse a contemplar aquel cuadro animado? El monje habia, a mi parecer, fijado involuntariamente los ojos en un crucifijo, i era tan notable la conformidad entre las actitudes, i tan parecida la resignacion del Salvador del mundo i de su adorador, que sorprendidos nos quedamos todos los espectadores.

—Es el padre Casimiro, nos dijo al oido el monje que nos acompañaba, el mas severo consigo mismo de toda la comunidad i el mas induljente con los otros: los infelices, los enfermos i los moribundos, hallan en él socorros i consuelos. Jamás oye la relacion de un infortunio con indiferencia, i jamás se imploran en valde sus buenos servicios. Con todo eso, la austeridad de su vida i sus mortificaciones, superan los preceptos de nuestra regla, i su humanidad sola nos manifiesta la sensibilidad que le domina.

Lo que dijo nuestro monje acompañante me inspiró el mas vivo interes. Así es que me sentí fuertemente decidido a trabar amistad con el padre Casimiro. Lo intenté, i no salieron defraudadas mis esperanzas.

Obligado por mis sinceras demostraciones, atraido por mi exterior, o arrastrado acaso por su propio impulso, lo cierto es que el digno varon me acojió con una bondad paternal.

—Hijo mio, me dijo, es mui extraño que a vuestra edad busqueis una amistad como la mia. Ahora estais en la primavera de vuestra vida, no querais, pues, anticiparos el otoño; los placeres i la alegría os acompañan, no llameis, pues, a la mansion de la tristeza i de la desgracia. Aunque he muerto para todos los placeres, no soi insensible a las dulzuras de la vida. Vuestras injénuas demostraciones me cautivan i deseo corresponder a ellas.

Habiendo advertido despues mi aficion a las letras, me enseñó

algunos manuscritos i libros raros que poseia el monasterio; pero no era esto lo que yo buscaba: la casualidad contribuyó mas que todo a que conociese al padre Casimiro, i con él la historia de sus infortunios i la causa de sus penitencias.

Una mañana, despues de haber llamado inútilmente a la puerta de su celda, abrí, entré, i le ví de rodillas delante de un crucifijo, del cual estaba pendiente un retrato pepueño, que creí al pronto seria de la Vírjen. Incierto de si esperaria que acabase su piadoso ejercicio o me retiraria, me quedé en pié detrás del relijioso. Ocultóse éste el rostro con las manos, i oyendo que sollozaba, la compasion i la curiosidad me detuvieron en la misma postura. Separó el monje precipitadamente las manos de los ojos, como si el dolor se las hubiese hecho retirar: tomó el retrato, lo besó dos veces, le apretó contra su corazon, i comenzó a deshacerse en lágrimas: poco rato despues juntó las manos, levantó los ojos al cielo, pronunció algunas palabras, i dió un hondo suspiro, con que al parecer terminaron por aquel instante sus dolores. Reparó en mí al levantarse, i yo, avergonzado, quise disculparme de haberle distraido involuntariamente de su devocion.

—¡Ai! hijo mio, me dijo, no esteis engañado: mis lágrimas no son nacidas de la piedad, sino de la violencia del remordimiento. La historia de mis penas i de mis errores podrá instruiros. Siendo injénuo i sencillo, como lo pareceis, talvez os vereis expuesto a tentaciones semejantes a las mias, i podreis ser, como yo, víctima de una virtud engañada i de una falsa felicidad.

Oid, pues, mi historia.

Yo me llamé en el siglo San Julian descendiente de una familia antigua i respetable, que habia decaido de su primera opulencia a causa de sus varios reveses de fortuna. Mi padre murió ántes que yo pudiese sentir su pérdida, i la induljencia de mi tierna madre suplió por la atenta vijilancia de los cuidados paternos, sin llenar enteramente su falta. Luego que acabé la carrera de los estudios en la capital de nuestra provincia, me envió a Paris en compañía de otro jóven, de una familia vecina, mas rica que la nuestra, aunque ménos antigua. Mi compañero, que se llamaba Hubert, debia seguir la carrera militar i yo la judicatura, por lo ménos, así lo querian mi madre i mis tutores.

Sobrábanme elementos para confiar en el buen éxito de mis solicitudes, i mi madre estaba en comprarme una plaza en un tribunal cuando me hallase en edad para desempeñarla. Hubert despreciaba altamente todos los destinos, i solo estimaba su profesion: ántes habia procurado inspirarme los mismos sentimientos, i en la capital se fortificaba mas cada dia esta preocupacion. El orgullo de los oficiales jóvenes, i la altiva superioridad que afectaban sobre sus conciudadanos, despertaron mi emulacion i disiparon mi timidez. La naturaleza me habia dotado de un pundonor tan extremado, que no podia sufrir, ni aun de mis inferio-

res, la menor chanza que me hiciese ridículo. El descaro de la ignorancia me subyugaba hasta en las cosas en que yo estaba perfectamente instruido; i apesar de la seguridad de mis principios, cedia algunas veces a sofismas arrogantes o a vicios descarados.

El estado a que me destinaba mi madre exijia reserva, exactitud i decencia, pero las virtudes de una profesion que yo tenia por vergonzoza, me parecian poco recomendables. Sonrojándome de las buenas cualidades con que me habia dotado la naturaleza, procuraba aparentar extravagancias, que interiormente despreciaba; i Hubert, gozoso, triunfaba de mi apostasía. En el colejio me habia granjeado todas las señales de distincion que Hubert habia pretendido inútilmente, pero en Paris era todo al revés: sus riquezas le permitian gastar mas que yo, i su escarapela le infundia una confianza a que yo no podia aspirar. Cada vez mas alentado en la disipacion i corrupcion de costumbres, Hubert me arrastraba tras de sí como a un discípulo a quien formaba en el arte de vivir i a quien destinaba a una completa libertad. La indiscreta condescendencia de mi madre, por otra parte, me suministraba los medios de acompañar a mis amigos en sus placeres, placeres emponzoñados siempre con mis inquietudes, i siempre seguidos de las reprensiones interiores de mi conciencia, cuya voz no podia acallar enteramente. Desinteresado, benéfico i virtuoso a escondidas, muchas veces empleaba bien el tiempo i el dinero, i despues me preciaba con mis peligrosos amigos de haberlos gastado en locos devaneos.

Sin embargo, los vicios con que me iba familiarizando, comenzaban ya poco a poco a doblar mi natural rectitud i a familiarizarme con los excesos, cuando la marcha de Hubert, que tuvo órden de incorporarse con su rejimiento en Dunquerque, me separó de aquella verdadera gavilla de viciosos. Acompañé a mi amigo, porque así lo quiso, hasta la casa de un pariente suyo, en Picardía, donde pensaba detenerse algun tiempo.

—Te presentaré, me dijo con aire burlon, i serás el querido de la casa, porque mi primo Broivillier es tan adusto i tan pedante como tú mismo cuando llegamos a Paris.

Efectivamente, el digno hombre que me pintaba así, poseia todas las virtudes de que me hacia avergonzar Hubert. El trato con esta familia me hizo volver a adquirir el carácter que las malas compañías me habian hecho perder en Paris; i su ejemplo i sus principios despertaron i fortificaron mis primeras inclinaciones morales. Pero, quien mas que todo contribuyó a volverme a la virtud, fué la bella Laura, hija de Broivillier: sus atractivos i su candor le aseguraron bien pronto en mi corazon una superioridad exclusiva sobre las demas personas de su sexo que visitaba en la ciudad. Hubert, al contrario, fastidiado de las que él llamaba insípidas prendas de sus parientes, se despidió de nosotros a

los tres dias, i me ofreció volver a Paris luego que se acabase la mision a que habia sido destinado su rejimiento.

—Esto no es vivir, me dijo abrazándome; solo se vive en Paris.

¡De cuán diversa manera pensaba yo! La presencia de Laura Broivillier era ya mi primera necesidad; ni pensaba mas que en ella ni a otra que ella veia. Su amor formaba mi encanto i mi delicia.

En fin, para abreviar, diré que al poco tiempo Laura me correspondia con igual cariño.

La salud de su padre, que se debilitaba cada dia mas, nos hizo ir a pasar el invierno en Paris, donde, penetrado de las bondades del enfermo, no me apartaba de su cabecera, obligacion que la compañía de Laura me hacia mas dulce. Pero todos nuestros cuidados i la habilidad de los médicos fueron inútiles: Brovillier murió en nuestros brazos, dejando recomendada su hija a mi amistad. Entónces me atreví por la primera vez a esperar ser correspondido: uniendo mis lágrimas a las que vertia Laura sobre la tumba de su padre, le pregunté temblando si me contemplaba digno de consolar su afliccion, i ella, mui cándida para disimular i mui sencilla para mostrar afectacion, me concedió su mano, queriendo así recompensar i afirmar mis virtudes. ¡Ai, hijo mio! Entónces las tenia.

VÍCTOR BALAGUER.

(Concluirá.)

FRATERNIDAD.

POESÍA LEIDA EN LA INAUGURACION DEL LICEO SEVILLANO, CELEBRADA EN 27 DE SETIEMBRE DE 1874.

¿Por qué tiembla mi mano
Cuando las cuerdas de la lira toca?
¿Por qué la voz en vano
Quiero arrancar de mi convulsa boca,
I en humo que se pierde en vario jiro
Convertido el volcan del númen miro?

¿Por qué esta cobardía,
Este bastardo miedo inusitado
Que en mi pecho jamás sentido habia,
I que cuadra tan mal al que ha aspirado
Del viejo Montserrat la aura bravía?

¿Por qué finjir? ¡Oh labio mio, dilo,
Declara la verdad, descorre el velo,
Confiesa que vacilo
Cuando pretendo levantar el vuelo
Debajo de esta bóveda azulada
Que me absorbe, confunde i anonada!

La aroma de estos cármenes floridos
Me es cicuta mortal, embriagadora,
Que adormece la vida en mis sentidos,
I del jenio la llama creadora
Que brilla aquí, conviérteme en vasallo,
I humilde su esplendor contemplo i callo.

Hijo de las montañas catalanas,
Del Llobregat nacido en las riberas,
No justo con las liras sevillanas
Que proclamo del mundo las primeras;
Mi canto tosco i rudo
Nunca vencer ni aun igualarlas pudo.

Mas, toda vez que los contrarios vientos
Del Bétis a la orilla me han traido,
I escucho los acentos,
Vates, de vuestras arpas, embebido:
Juntemos nuestras manos
Con lazo fraternal, con fé sencilla,
I proclamemos desde hoi hermanos
Los bardos de mi patria i de Sevilla.

A MARIA EN MONTSERRAT.

POESÍA PREMIADA CON ACCÉSIT.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera.

(SANTA TERESA DE JESUS.)

¡Ah, si me fuera dado
Romper las ligaduras que me tienen
Sujeto, aherrojado,
I a merced me mantienen
De ese deber, del vulgo abominado!

¡Ah, si tender pudieras
Tus alas hácia el Sol, pobre alma mia,
Cuán pronto las abrieras
I con cuánta alegría,
Saliendo de la noche, la Luz vieras!

Los bosques traspasaras,
El llano, la alta sierra, el ancho rio
Sin descansar cruzaras
En pos del Amor mio,
I hasta besar sus plantas no pararas.

La Luz de mis amores,
Entre quebradas peñas escondida,
Verias, i entre flores
Oculta su guarida
Cabe el nido de amantes ruiseñores.

I vieras su hermosura
Entre los riscos, cual celeste joya:
Como brilla i fulgura,
I la refleja el Noya,
Su imájen arrastrando a la llanura.

Allí, junto a mi Amada,
En piélago de goces viviria,
I su sierra encantada,
Tan llena de poesía,
Seria para mí rejia morada.

Que adios al mundo diera
Al descubrir su templo en mi camino,
I en él, con fé sincera,
Al entrar peregrino,
Mi orgullo i vanidad colgara afuera.

En busca de consuelo
Iria yo subiendo su montaña,
Fuego tornando el hielo
La celeste Ermitaña,
Que con su amor nos va atrayendo al cielo.

Con sus tiernas miradas
Mi pecho en sacro fuego encenderia
I trovas inspiradas
I preces le enviaria
Del profundo del ánima arrancadas.

Bajo su dulce encanto,
Esclavo yo de la Divina Asceta,

¡Cuánto valdria, cuánto!
Fuera mas que poeta;
Fuera.... perdon ¡oh Dios! talvez un santo.

Cual blanca mariposa,
Que en torno de la luz que la consume,
De amor muere dichosa,
Mi existencia en perfume
Arderia a sus plantas venturosa.

Consagrado a tu culto,
VÍRJEN DE MONTSERRAT, en tu palacio
De rocas, yo sepulto,
Pequeño hallara el mar i aun el espacio,
Flotando sobre el mundanal tumulto.

Allí, cerca las nubes
Que te coronan con rizados velos,
Veria a los querubes,
Los esplendentes cielos
Do en la callada noche a veces subes.

Allí recordaria
Nuestras pasadas glorias, i en mi mente
La sombra evocaria
De la esforzada jente
Que libertar logró la patria un dia.

¡Oh Soledad sagrada,
Quién en tus breñas rescatar pudiera
El alma aprisionada!
¡Quién feliz se durmiera
Para siempre en tu sierra venerada!

¡Oh, piénsalo, alma mia!
¡Cuánto placer entre su eterno mayo!
¡Oh Dios, cuánta alegría,
Merced a un tosco sayo,
Poder hasta morir, ver a MARÍA!

EUSEBIO ANGLORA.

ANTECEDENTES HISTORICOS

A LA

VIDA POLITICA DE PORTALES.

(FRAGMENTOS DE UN LIBRO.)

.....

II.

Los años corridos de 1823 a 1830 son el período de la desorganizacion de Chile. El dominio de los *Pipiolos* representa en nuestra corta existencia de pueblo libre una enfermedad social i política que afortunadamente se curó a tiempo: de otra suerte, sin la revolucion del año 29, habríamos llegado al abismo.

Chile, en verdad, como las demas repúblicas de la América Española, no supo al principio aprovechar de los beneficios de la libertad que, a costa de inmensos dolores, alcanzó en los campos de batalla. Rindió tambien a la inexperiencia ese tristísimo tributo de sangre i de muerte que rindieron las otras; pero no es de extrañarlo, si se atiende a la ninguna educacion política que las colonias de América habian recibido durante la dominacion de la madre-patria. Se hallaban en una postracion completa i no tenian ni la mas remota idea de lo que era la vida pública, al contrario de lo que sucedió en las colonias inglesas, que desde luego i sin grandes afanes se constituyeron. No fué la raza, como lo han querido algunos, fué la diferente escuela en que se criaron lo que obró de tan diverso modo sobre unas i otras: las colonias inglesas se gobernaron, durante el período de la dominacion británica, casi con entera independencia de la corona, tuvieron leyes propias, administracion nacional, congresos, i, en

en una palabra, prácticas de libertad; al paso que las españolas, privadas de toda iniciativa, impotentes para darse una sola lei o ejercer un solo acto de autonomía nacional, no alcanzaron a vislumbrar jamas los rayos de la libertad, ni a apreciar en su justo valor ni los derechos, ni los deberes que la vida pública impone. De aquí es que el pasaje de una condicion a otra en aquéllas fué tranquilo i ordenado, al paso que nuestros paises se han ajitado largos años, i aun se ajitan, en rabiosas convulsiones, sin acabar algunas de constituirse medianamente.

El primer fruto de nuestra triste i mala educacion fué el entronizamiento del militarismo, i de consiguiente, las revoluciones contínuas. Los caudillos militares se creyeron los únicos capaces de dirijir, como jefes irresponsables i absolutos, las nuevas repúblicas, i en todas partes se disputaron el poder como presa que de derecho les perteneciera. Aunque Chile no sufrió tanto como sus demas hermanas, porque afortunadamente la mayor parte de nuestros jefes fueron hombres morales e ilustres, sin embargo, lo que es natural que suceda, lo que sucederá donde quiera en iguales circunstancias, cualesquiera que sean los méritos personales de los hombres, sucedió tambien en nuestro pais. No son los soldados, de ordinario, los mejor preparados para la vida pública: fácilmente su gobierno se hace dictadura, pues habituados a mandar con las intransijentes leyes de la ordenanza, descuidan a menudo los principios del derecho constitucional, i su ambicion, cuando se despierta, es tanto mas terrible cuanto disponen de mas medios para satisfacerla, pues con solo seducir a algunos subalternos les es posible trastornar el órden i apoderarse por asalto del mando: déspotas por natural tendencia, fáciles de impresionarse violentamente, demasiado dóciles a los estímulos de las aventuras, esclavos de su consigna, sin suficiente meditacion ni estudio, excesivamente expuestos a los arranques de la emulacion son, si no un mal permanente i positivo, a lo ménos un perpétuo peligro para las libertades públicas.

La confirmacion de estas ideas es nuestra historia durante aquellos años de 1823 a 1830.

La anárquica inquietud de J. Miguel Carrera echó abajo cuatro veces a los gobiernos nombrados en los primeros dias de la revolucion. A favor de un movimiento atrevido se puso al frente de una parte del ejército i dió el primer mal ejemplo entre nosotros de una guerra civil, que afortunadamente duró poco, aunque lo bastante para debilitar las fuerzas nacionales i preparar de esta suerte la segunda dominacion española. Se vió entónces nacer una fatal rivalidad de caudillos: víctimas de ella fueron los desventurados hermanos Carreras en Mendoza i el ilustre Manuel Rodriguez, sacrificado bajo el brazo de un asesino en las soledades de Tiltil.

Con el triunfo de las armas insurjentes, la ambicion, o mas

exacto talvez, el espíritu de insubordinacion de nuestros militares, llegó a ser tan jeneral, que es raro el jefe de cuerpo que no se sublevara alguna vez, sin causar por eso grave escándalo. I tan natural parecia todo esto, que los sublevados eran jeneralmente absueltos de su delito; i así nadie extrañó que al coronel don Pedro Urriola i a los oficiales del batallon Maipú i del rejimiento de Dragones, que se alzaron contra el gobierno de Pinto, se les dejara completamente libres i sin castigo ninguno. ¿Qué es de extrañar que este mismo cuerpo de Dragones volviera a sublevarse un mes mas tarde, si estaba seguro de obtener un nuevo i completo perdon?

Entónces las ideas no se abrian paso en la opinion pública hasta llegar a determinar la marcha política de los gobiernos; eran las espadas las que dirijian los destinos de la nacion. Los políticos sin charreteras figuraban en segundo término, i pareció el poder como una prerogativa de los entorchados de oro de las casacas: los pocos hombres de frac que llegaron hasta él tuvieron que abandonarlo pronto porque carecian de fuerza i de prestijio para sostenerse: el título de jeneral era un pasaporte suficiente para aspirar con derecho a otro título mas alto, el de presidente de la República. Hubo vez, por ejemplo, que un coronel, sin otra razon que la de tener a sus órdenes a un batallon aguerrido, fué elevado al poder supremo por la asamblea de representantes de la provincia de Santiago: afortunadamente, el caudillo no gozó de los halagos del mando mas que el breve término de un dia. I hubo tambien ocasion (1829) en que la franqueza de los sublevados llegó hasta el punto de cruzar tranquilamente las calles de la capital i salir al campo, con su jefe a la cabeza i a banderas desplegadas, ante los ojos mismos del gobierno de la República i en presencia de todo el pueblo, que era testigo de semejante grotesca escena.

En razon directa de la frecuencia de aquellas revueltas militares estaba desgraciadamente la debilidad de aquellos gobiernos.

Desde que O'Higgins, con una abnegacion verdaderamente elevada, hizo renuncia de su puesto de dictador ante el pueblo de Santiago, convocado por sus enemigos políticos en la víspera, parecieron la revolucion armada i las tumultuosas asambleas populares la cosa mas admitida, mas propia de la vida republicana. Cualquiera hubiera dicho que la turbulenta democracia de la antigua Aténas servia de ejemplo al pueblo de Chile para elevar i deponer a su antojo a las primeras autoridades. El edificio del Consulado, donde solian tener lugar estas reuniones insolentes i anárquicas, "se habia convertido, segun la feliz expresion de un escritor nacional, en el monte Aventino de los santiaguinos." (1)

(1) B. Vicuña Mackenna.

Hubo necesidad algunas veces de usar de la fuerza de las bayonetas para disolverlas: pero, jeneralmente, ellas triunfaban de la autoridad, la imponian condiciones i llegó la ocasion en que la destituyeron.

Se puede afirmar con exactísima verdad que las revueltas constituyeron la vida normal de aquellos años. Al principio, desórdenes mas o ménos terribles, ajitaciones mas o ménos borrascosas, fuéronse despues, como sucede siempre en tales casos en que al mal no se le pone atajo oportuno, convirtiendo en revoluciones formales que amenazaron sepultar al pais entre sus ruinas: solo durante el período de la administracion Pinto (de 5 de mayo de 1827 a 17 de julio de 1829) estallaron cinco revoluciones de importancia, fuera de otros muchos i atolondrados pequeños motines de cuartel que no merecieron llamar especialmente la atencion. Una de esas asonadas se atribuyó, no sé si con fundamento, al mismo gobierno para precipitar la caida del ministro don Cárlos Rodriguez. Basta, sin embargo, la sospecha para caracterizar la época.

En tal extremo, hasta se llegó a ver a gobernadores locales de diferentes departamentos hostilizarse entre sí, de igual manera que aquellos antiguos señores feudales que se movian guerra talando sus campos, matando sus vasallos i poniendo sitio a sus castillos. ¿Qué mas? El gobernador de San Felipe, don Pedro Antonio Ramirez, invadió el departamento de los Andes para atacar al intendente de la provincia, el jeneral Calderon, i tuvo que intervenir el Ejecutivo para restablecer el órden i poner paz entre los combatientes.

Se invocaban diversos pretextos para promover revoluciones, unas veces el bien de la patria, palabra elástica que cubre muchos embustes, otras el color político de un jefe de cuartel, no siempre bueno por cierto, muchas solo el nombre de un caudillo, lo que llegaba al límite de la desorganizacion, i siempre la falta de pago del ejército, que era el único móvil cierto i verdadero a que los soldados, hambrientos, haraposos, obedecian con ira i angustia.

El presidente Eyzaguirre cayó por la revolucion del coronel Campino (enero 25 de 1827) quien, a su turno, fué victima de una contra-revolucion, encabezada por Maruri, que le quitó el poder cuatro dias despues; i de esta suerte seguian eslabonándose los anillos de esa fatal cadena, hasta el punto de llegar el escándalo a tocar en los términos del ridículo, pues hubo dia en que las calles de Santiago vieron flotar al viento la bandera de la insurreccion (6 de junio de 1829) levantada por los brazos de los inválidos.... Los infelices pagaron harto cara su temeridad, pues fueron ejecutados cinco de los mas comprometidos: ejemplo de terror que desgraciadamente cayó en ésta, como en otras ocasiones, sobre los mas humildes i nunca sobre los mas eleva-

dos, que eran justamente los mas criminales. Los grandes quedaban impunes o eran premiados: los pequeños siempre eran las víctimas del odio de aquéllos o de la cobarde aplicacion de las leyes.

Contribuye, sobre manera, mas que la misma relacion que vengo haciendo, a dar una idea exacta de la desorganizacion de aquel período la enumeracion de los diferentes gobiernos que tuvo la República en esos siete años.

Cayó O'Higgins el 28 de enero de 1823 i fué en su lugar elejida una junta compuesta de don Agustin Eyzaguirre, don José Miguel Infante i don Fernando Errázuriz. Esta junta duró en sus funciones poco mas de un mes, hasta el 31 de marzo, dia en que fué elejido director supremo el jeneral Freire. Durante el tiempo que este jefe estuvo ausente de Santiago en la primera campaña de Chiloé, lo reemplazó por eleccion del Senado, don Fernando Errázuriz (del 3 de enero al 14 de junio). Freire, vuelto de la campaña, no alcanzó a permanecer mucho tiempo en el mando, pues hizo su renuncia ante el Congreso, i fué sustituido por el jeneral don Manuel Blanco Encalada el 9 de julio de 1826, el que a la vez renunció el 7 de setiembre del mismo año. Don Agustin Eyzaguirre, que le sucedió, no fué mas feliz, porque el movimiento revolucionario de Campino lo hizo bajar el 24 de enero de 1827: en su lugar elijió el Congreso nuevamente, despues de sofocada la revolucion, al jeneral Freire, que fué sustituido, apénas levantado, por el jeneral Pinto el 5 de mayo.

Renuncia éste el 17 de julio de 1829 i le sucede el presidente del Congreso, don Francisco Ramon Vicuña, que a su vez deja el mando al mismo jeneral Pinto. Vuelve luego a sucederle Vicuña, a éste una junta gubernativa, despues un presidente provisorio i en seguida otro, como mas adelante veremos.

I aquí, naturalmente, uno se pregunta la razon histórica de estos cambios. En ese oscuro laberinto ¿cómo explicarse la conducta de esos gobiernos, sus tropiezos, sus caidas, sino buscando la razon filosófica en su debilidad misma? Porque, en fin, por mas que el gobierno quisiese ser fuerte ¿qué podia hacer para detener la corriente poderosa que arrastraba al pais a su ruina, cuando ese mismo desórden daba armas a sus enemigos para hundirlo? ¿Qué podia hacer cuando talvez sus mismos amigos, celosos de su poder, o ambiciosos de conquistarlo para sí propios contribuian a arrancárselo? Sin contar, de esta suerte, con el apoyo de los suyos, rodeados de emulaciones i desnudos de prestijio, la fuerza de los acontecimientos los obligaba a dejarse llevar por la corriente sin poner el brazo vigoroso para atajarla; i si algunas veces el deber les hacia oir su voz en medio de aquel confuso clamor de pasiones encontradas, la propia impotencia hablaba mas alto i venia a ser su escollo primero i su defensa despues. Por eso todos aquellos mandatarios concluian simplemen-

te por renunciar el puesto, que unas veces con intrigas i otras por eleccion de los suyos habian obtenido; pero en el cual nunca habian llegado a afirmarse en nombre de la lei i del derecho. Apénas tocaban de cerca la llaga que consumia al pais desesperaban del remedio: asilados en su nulidad para hacer el bien i evitar el mal, creian mejor (¡tanto estaba ya extraviada su conciencia!) huir, esquivar el combate tranquilo i solemne de los principios, que son los únicos que afianzan la organizacion democrática de un pueblo: las luchas en ese terreno hubieran sido para la patria ¡cuánto mas convenientes que esas retiradas tímidas que traian siempre en pos de sí dias de dolor, heridas profundas i olas de sangre!

Con tales ejemplos, el pueblo no alcanzó a comprender dónde concluye la libertad i empieza la licencia, i se entregó a los excesos, sin que hubiera, entre tantos tribunos i caudillos que se empeñaban en ponerse a su frente, ni una conciencia que lo dominara, ni una voluntad poderosa que lo dirijiera. Aun a aquellos hombres, que por su valor reconocido i probado cien veces en el campo de batalla parecian dar garantías de seguridad i de órden en el poder, se les veia huir al primer asomo de la tormenta: no porque fueran en realidad cobardes, sino porque carecian de ese valor moral que da el hábito de la vida pública i de esa fé republicana, que muchas veces reviste de heróica fortaleza a los caractéres en apariencia débiles. Pero, en el ánimo de todos parecia estar fija esta triste resignacion de esperar el remedio de lo alto sin trabajar mucho para buscarlo en los medios naturales i propios de un pueblo viril i culto; i esa tristísima resignacion, esa desconfianza mísera, esa falta de coraje para afrontar de lleno las dificultades se revelan en todos los documentos públicos que consignan aquellas renuncias que hemos venido recordando.

Freire dice en una ocasion (nota dirijida al Senado el 4 de julio de 1824): "Solo pude decidirme a aceptar el mando supremo para probar si estaba a mis alcances hacer la felicidad de la patria, por cuya independencia he sacrificado mis mejores años. He empleado mis mayores esfuerzos i conatos por proporcionarme el cumplimiento de mis votos, i hoi toco el desengaño viendo que el pais marcha precipitadamente a su disolucion. He procurado rodearme de hombres que creo de probidad i luces, para que me ayudasen a poner en ejecucion la Constitucion del Estado; pero sus esfuerzos i los mios no son bastantes a conseguirlo. Mi conciencia me aconseja renunciar la autoridad suprema en manos de V. E., i me dice que un dia de demora me haria criminal ante Dios i la patria. Quedo esperando su admision para noticiarlo a los pueblos, que en este último paso verán la relijiosidad i respeto con que venero sus instituciones, i el deseo que tengo de que otra administracion, que conozca mejor sus ventajas, haga en ellas la felicidad pública."—

I mas adelante (1827) suplica al Congreso Nacional que "le permita volver a su retiro dejando el espinoso cargo que ejerce a otro ciudadano a quien las tareas del gobierno le sean mas soportables. Despues de algunos años de experiencia en la administracion pública, el presidente que suscribe dejó el supremo mando por haber conocido que su carácter no era el mas aparente para hacer la organizacion del pais en circunstancias tan complicadas. Se creyó responsable a la patria si continuaba ocupando un destino de la primera importancia, que le era imposible llenar cumplidamente, e impulsado por tan sagrado deber, lo dimitió en julio pasado."—

Blanco, (setiembre 7 de 1826) despues de describir el penoso estado del pais i de hacer su renuncia, agrega: "Otro mas feliz o que posea la ciencia i el poder de hacer algo de la nada, podrá suceder a quien solo ha tenido la fatal suerte de tropezar con insuperables inconvenientes, ora luchando contra peligrosas innovaciones, ora contra ideas las mas inexplicables i peregrinas i ora tambien contra las artes de la intriga, i el fervor de pasiones nada elevadas i jenerosas."

I el honrado i pusilánime Eyzaguirre, con una modestia mas propia de un humilde ciudadano que de un alto mandatario, despues de caido, i desde el sosegado retiro de su casa de campo, dice a sus conciudadanos: "No tengo victorias que ofreceros, i al cabo los triunfos son la obra de la fortuna i del valor del soldado: solo os ofrezco i recibo el placer de no haber hecho verter lágrimas a algun chileno."—

Mas adelante veremos cómo el jeneral Pinto, en 1829, encontrándose impotente para resistir a la revolucion que estallaba en Concepcion, elevó repetidas veces su renuncia al Congreso, i cómo tristemente se dejó arrebatar el poder el presidente Vicuña en una violenta asonada que con diez soldados pudo haber sido completamente pulverizada.

III.

Los congresos no corrian mejor fortuna ni hacian mejor papel que los gobiernos; i el ánimo imparcial casi se inclina a disculpar a éstos cuando pone los ojos en aquéllos. Léjos de hacerse la salvaguardia de los intereses nacionales i de mantenerse a la altura de su mision sobre las pasiones mezquinas de secta i bandería, se convertian voluntariamente en la víctima mas inmediata de los extravíos de la multitud, de suerte que los revoltosos, que, como hemos visto, imponian la lei a los mas altos funcionarios i al mismo presidente de la República, la imponian tambien, i de una manera mas insolente todavía, a los representantes del pueblo.

No era con una discusion razonada i tranquila, sino con una violencia terrible de ataques i recriminaciones personales, la manera cómo en su recinto se ventilaban los negocios públicos. La ciega pasion tomaba el lugar del raciocinio i atizaba desde allí el fuego de las discordias civiles, puesta la intelijencia al servicio de la ambicion i la palabra convertida en instrumento de demagojia i revuelta.

Tan poco respeto llegaron a infundir con este modo de proceder, que les fué necesario alguna vez, para verse libres de las dañadas influencias de los bandos políticos i de los atropellados desórdenes de la barra, ir a otra ciudad a celebrar sus sesiones. Así fué cómo la Constitucion de 1828 se discutió en Valparaiso.

Hé aquí cómo un testigo de la época, refiriéndose al Congreso de 1824, dibuja el cuadro que voi bosquejando:

"El espíritu de desórden, dice, la contradiccion i estúpida perplejidad fué tal en aquel cuerpo, que en el término de cerca de cuatro meses, a que llegan mis apuntes, i en la constante reunion de sus individuos, jamás han acordado ni resuelto una sola lei, ni organizado algun negocio, si no es la derogacion de la Constitucion luego que se instalaron. La posteridad se asombrará de esta inaccion, pero deberá creerla por los archivos del Congreso i el testimonio de sus mismos diputados...." "Sus turbulentos odios llegaron al extremo que, no satisfechos de los atroces i groseros insultos con que se ofendian, apelaron a los hechos. Mui ruidosa ha sido la causa del asesinato emprendido por dos diputados contra otros dos, delatados por los asesinos encargados, i acusados solamente por el Gobierno, i aunque no ha sido completamente probado i se supone en parte calumnia de los ministros i de los delatores, pero su mútua odiosidad daba márjen a todo...." (1)

No fueron ménos infecundos que el Congreso del año 24 los siguientes hasta el del 29; sobre todo, el del 26 se hizo famoso por las extravagantes doctrinas que proclamó. Se perdió en discusiones estériles i a menudo enojosas, llegando hasta las mas extrañas puerilidades, i, aunque investido del carácter constituyente, no alcanzó siquiera a formular una constitucion. ¿No habia en ellos hombres hábiles? Léjos de eso: los hubo, i muchos. Lo que faltaban eran ideas, principios, escuela de vida política; i de esta suerte, si no por uno, por otro lado les venia el pretexto para anarquizarse i perder miserablemente el tiempo. Cuando no eran choques en su seno mismo, eran las rivalidades con el Ejecutivo las que tiraban la manzana de la discordia en su ajitado recinto: ellas trajeron la renuncia del jeneral Blanco de la presidencia de la República; por ellas, a consecuencia del rechazo que recibieron las medidas propuestas por el jeneral Pinto para domeñar la re-

(1) Manuscrito de don Juan Egaña, citado por don Domingo Santa-María.

volucion del sur, dejó éste su alto puesto en 1829, i de ellas nació últimamente la misma revolucion de Prieto, con ocasion de las elecciones para presidente i vice-presidente de la República, en cuya resolucion mostraron los miembros de aquel Congreso una falta absoluta de tino político. Pocas pájinas, en verdad, pueden arrancarse a los libros de nuestros lejisladores de aquellos años que merezcan con algun interes ser recojidos por la posteridad. Nada notable, ni siquiera hábitos parlamentarios.

Agréguese a estos antecedentes el cambio violento con que jeneralmente eran los unos sustituidos por los otros, sin elecciones libres ni verdaderamente populares, i se acabará de comprender por qué los Congresos no merecieron nunca el respeto a que en su carácter de cuerpos lejislativos tenian cumplido derecho. Desde la cuna los rodeaba el desprestijio. Sus actos, de ordinario, no desdecian de su oríjen. El pueblo se acostumbró a tenerlos en poco i a no hacer mucho caso de sus resoluciones.

Un buen dia amaneció con el espíritu mas inquieto que de costumbre un jefe de cuerpo de nuestro ejército, juntó a su alrededor algunos soldados, desenvainó la espada, i a la vista i paciencia de todo el mundo llegó a caballo hasta las puertas del Congreso Nacional, entró a la sala de sesiones i en voz alta le intimó disolucion, remedando la accion de Cromwell con el Largo Parlamento: ¿qué pensáramos i qué hiciéramos hoi dia si fuésemos testigos de semejante escena? .... Tamaño escándalo da una idea exacta del desconcierto que reinaba; i para colmo de espanto, si hemos de creer a voces autorizadas de la época, el presidente i algunos miembros de ese mismo Congreso así ultrajado, estuvieron de acuerdo con el coronel Campino, autor de tan incalificable tropelía. ¡Qué ejemplo para un pais nuevo que daba sus primeros pasos en el camino de la libertad!

Lójico es que tales Congresos carecieran de los elementos necesarios para obrar el bien.

I en realidad así fué: porque, ¿qué hicieron? ¿qué obra buena ha quedado de ellos fuera de la letra muerta de unas cuantas constituciones que nunca se pusieron en práctica? Todas esas leyes, esas proclamas, esas públicas manifestaciones de principios exajerados, no han sido sino sistemas mas o ménos curiosos, escritos sobre un papel que el tiempo i el buen juicio del pais han olvidado despues. Un dia liberales, al dia siguiente conservadores, en la víspera federales, nadie tuvo ideas firmes i propias.

Natural es que aquellas constituciones que dictaron no duraran mas que algunos breves dias, no tanto por su valor intrínseco mismo, cuanto por el pecado orijinal de su oríjen. Egaña, autor de una de ellas, fué, no hai duda, un hombre distinguido; Mora, el verdadero creador de la del 28, fué igualmente una notabilidad literaria, i sin embargo, ni la del 23, ni la del 28, pudieron labrar la felicidad del pais. Nadie hoi se acuerda de las utopias del fanáti-

tico Infante, i raro es en el dia el que va a rejistrar los archivos de esa época para saber qué principios sostenian Pinto, Campino, Benavente, Rodriguez, etc., etc.

Inútil es traer a la memoria las escenas de otro jénero que allí se representaban: ¡qué pequeñeces! ¡qué inutilidades! ¡qué ocuparse de cosas nimias e insignificantes! ¡qué abandono de los negocios verdaderamente graves i trascendentales! Se me dirá que en nuestros dias suele suceder lo mismo i que es ese justamente el lado flaco del sistema representativo: convenido. Pero, yo añado una reflexion, i es la siguiente. Los desórdenes, sea en la plaza pública, en las urnas electorales, en los congresos, etc., que presenciamos de vez en cuando en los dias que alcanzamos, son excepciones a nuestro estado normal, a nuestro modo de ser diario, comun; al paso que aquellos errores i extravíos de aquella época en los congresos, en las urnas electorales, en la plaza pública, etc., eran lo ordinario, lo comun, lo normal; i aun mas, era la situacion legal del pais, que tales eran las leyes! Hé ahí la diferencia que media entre el año santo de los liberales, el 28, i los que siguieron del 30 para adelante.

No quisieron ser ménos que los congresos de la capital los pequeños congresos, que con el título de asambleas provinciales, se instalaron en las demas ciudades de la República. Reflejo exacto se hicieron los segundos de los primeros, i la bomba, cuya mecha habia sido prendida aquí, iba a estallar allá de una manera todavía mas violenta; que miéntras mas chico es el mar mas brava es la tempestad que lo sacude. Quedan aun las tradiciones en nuestras provincias de esos ajitadísimos dias i no son por cierto los recuerdos mas gloriosos de nuestra historia. Siguieron el ejemplo de las asambleas provinciales las municipalidades: i a éstas imitaron todos los demas pequeños cuerpos colejiados de la República, formándose una jeneral revuelta desde la escala superior hasta la ínfima, que, a no terminar a tiempo, como felizmente sucedió, llevaba visos de no dejar piedra sobre piedra del edificio social de nuestra pobre patria.

No parecia haber esperanzas de remedio: muchos empezaban a desesperar del éxito: no pocos se retiraban al rincon de sus casas, cansados de la vida pública: i los Congresos con este estado de cosas se iban inutilizando cada vez mas, perdiendo hombres, resolucion i prestijio.

IV.

Igual suerte perseguia a los demas ramos del servicio público.

En el seno de la administracion de justicia habian ido las mal aconsejadas pasiones políticas a sembrar tambien su semilla de

discordia i de odios. Los altos puestos de los tribunales se confiaban a los mas violentos sectarios i todo el personal de este importantísimo ramo del servicio público obedecia al mismo fatal principio de buscar para el empleo la amistad mas que la competencia, entronizándose de esta suerte el mas absurdo favoritismo. Agréguense a estas circunstancias, de por sí solas funestas para una recta i severa administracion de justicia, la aflictiva situacion del erario, que dejaba a nuestros jueces, que ordinariamente no eran hombres de fortuna, sin el pago de sus sueldos por años enteros; i habrá sobrada razon para admirarse de que no llegara la corrupcion hasta la venalidad, i de que sean mui contados los casos en que las sombras de algunas sospechas hayan nublado un instante la rectitud de alguno de nuestros majistrados. Sin embargo, si el mal no habia aun tomado las creces que eran de temer, la pendiente ya era rapidísima i sumo el peligro que se corria de descender a los mas irritantes abusos.

Nuestros tribunales entendieron la aplicacion del sistema republicano del mismo modo que nuestros congresos. Creyeron que era de la esencia de esta forma de gobierno la rivalidad, constante entre todos los poderes públicos, i se juzgaron tanto mas patriotas, tanto mas independientes, cuanto mas dificultades i tropiezos se ponian en su camino los unos a los otros. Llegó el caso que un gobierno fué acusado por la Corte de Apelaciones ante la Corte Suprema como infractor de las garantías constitucionales, i no mucho despues se empeñaba una odiosísima controversia entre la Corte Suprema i el Gobierno, con motivo de una resolucion de aquélla que conmutaba en destierro la última pena impuesta a ciertos reos políticos. Despues de algunas notas amargas que se cambiaron por ámbas partes, terminaba el último con estas impropias i amenazadoras palabras: "que en lo sucesivo no miraria esto con el desprecio usado hasta el presente, sino que usaria de las atribuciones que el art. 83 de la Constitucion le daba," de destituir a los empleados por ineptitud, omision o cualquier otro delito. (1)

Si tales cosas sucedian en la capital, donde la opinion pública tenia alguna influencia siquiera sobre los individuos, i en el seno del mas alto tribunal del pais ¿qué no seria lo que pasaba en las provincias, donde los jueces políticos podian a sus anchas hacer todo el mal que se les ocurriese? Allá era donde se hacian sentir de una manera mas terrible los efectos de la desorganizacion social, i sabido es que no hai plaga mas funesta que el dominio de las pasiones de partido en la administracion de la justicia.

Mal atendidos los juzgados, faltos de enerjía los jueces para proceder en el desempeño de sus cargos, i mas dados a las intrigas de las facciones que al estudio de sus causas i a la correc-

(1) *Chile bajo el imperio de la Constitucion del 28*, por F. Errázuriz.

cion de los criminales, lójico fué el vandalaje que se desarrolló en toda la República de una manera amenazante. La seguridad individual no existia. La policía en las ciudades era inútil para evitar los multiplicados robos. Los campos se veian infectados de salteadores. Se asesinaba impunemente. Los ricos propietarios tenian su vida en sumo peligro i los viajeros no podian ir de un pueblo a otro sin estar expuestos a ser víctimas el momento ménos pensado, al volver del primer camino, pues cada cuesta llegó a ser un lugar de asechanza i cada montaña una guarida de bandidos. ¿Qué mucho que se hicieran teribles i memorables los Cerrillos de Teno, ya por aquellos tiempos de fama antigua, si hasta el camino que media entre Valparaiso i Santiago no podia amenudo ser cruzado sin una escolta respetable i armas de fuego para defenderse? ¿Qué mucho que los famosos Pincheiras, que llegaron a contar hasta tres mil hombres a su servicio, llevaran sus depredaciones a todas las provincias del sur, saqueando a nuestros pueblos, talando nuestros campos, combatiendo en campos de batalla a nuestros ejércitos, si la lenidad de nuestros jueces i la impotencia de nuestros hombres de Estado les permitian engrosar sus filas diariamente con todos los desertores de nuestro ejército i los presidiarios de nuestras cárceles? ¿I qué mucho, en fin, que en aquellas provincias quedaran impunes estos facinerosos, si sucedia lo mismo con las otras muchas gabillas que asolaban al pais en todas direcciones i en los alrededores mismos de nuestra capital?

La tradicion guarda aun vivos los tristes recuerdos de aquellos dias aciagos; i aun recuerdan los hombres que los alcanzaron aquellas asquerosas escenas del pórtico de la cárcel pública de la plaza de armas de Santiago, convertido en la *Morgue* de las desgraciadas víctimas de nuestra inepcia. Amanecian allí todas las mañanas algunos cadáveres de infelices que habian sido asesinados la noche anterior en las calles de la capital o en sus alrededores. ¡Las familias iban a reconocerlos i el pueblo a comprender la pobre nulidad de sus hombres de gobierno!

El canónigo Navarro en plena cámara aseguró que el número de las personas asesinadas en la sola ciudad de Santiago el año de 1828 ascendió a la enorme suma de ochocientos. No hubo una voz que se atreviera a desmentirlo: que tan terriblemente cierta era la aseveracion afirmada.

¿En qué situacion, dados estos antecedentes, se encontraria el comercio interior de la República? Casi en una paralizacion absoluta: pues mal podria existir sin garantías de seguridad i sin caminos. De éstos apénas habia algunos medianamente transitables: excusado es decir que no habia ninguno bueno. "La carretera de Santiago a Valparaiso, principal arteria del comercio interior, se hallaba en un estado tan lastimoso, apesar de los veinte o veintidos mil pesos de rendimiento que dejaba al fisco, que los

fletes de mulas se pagaban tres veces mas caros, i que los de carreteras ántes a dieziseis pesos, costaban entónces cuarenta i siete pesos. El tiempo que empleaban en hacer este viaje era de cinco a seis veces superior al que debian gastar, i a causa de los profundos carriles o baches que con el abandono aumentaban de dia en dia, los carruajes estaban sujetos a frecuentes roturas i otros contratiempos." (1)

Los demas caminos de la República habian desmejorado en idénticas proporciones, con la diferencia que en los del sur los peligros que corrian los viajeros eran mucho mayores, pues allí siendo las lluvias mas frecuentes i considerables, los rios, convertidos en inmensa torrentes en los meses de invierno, sin puentes i amenudo sin balsas para ser cruzados, eran casi segura muerte de los audaces que se atrevian a afrontarlos. Así no era extraño que meses enteros se vieran incomunicadas a unas provincias con las otras.

Al mismo nivel se hallaba todo lo demas: la industria postrada; la educacion pública en lastimoso atraso; el servicio de los correos descuidadísimo; nuestra marina de guerra, que a tan gloriosa altura alcanzara en los dias de Cochrane, completamente abatida, i ménos aun que en mantillas la marina mercante, sin proteccion ni estímulo; la moralidad privada, bajando con tristísima rapidez en la pendiente fatal de las malas costumbres, que iban siguiendo el impulso de la desorganizacion política; los lazos de la familia relajados; el respeto social perdido casi del todo; el pais entero, en fin, privado, abatido, presa de la fiebre de la anarquía i jadeante en la agonía de sus convulsiones de muerte.

I la prensa, entre tanto, ¿qué hacia? Léjos de llenar la mision civilizadora que le cumple, correspondia a la época i recargaba los negros colores del cuadro. En ella encontraban eco las malas pasiones, tribuna de propaganda las falsas doctrinas, publicidad irritante los ódios i las calumnias. A veces privada por completo de toda libertad, a veces entregada a la licencia mas descompuesta, siempre irrespetuosa, atolondrada i procaz, andúvose durante todos aquellos años arrastrando en el fango sin levantar nunca el vuelo a la rejion de los principios puros de la discusion razonada i sensata. Su espíritu, su literatura, su lenguaje, con cortísimas excepciones, fueron de lo mas triste i rastrero que es dado imajinar. El Hambriento, que algunos escritores liberales han intentado presentar como el único desfachatado de aquellos papeles, se quedó a medio camino en comparacion de los otros que veian la luz pública, como El Canalla, El Descamisado, etc., etc.

Para que juzguen los lectores de este libro del tono de aquella prensa, allá van algunos ejemplos recojidos al acaso.

Es el *tribuno* Orjera la víctima de los ataques de un periódico, i recoje esta andanada de versos satíricos:

(1) Gay, *Historia de Chile.*

Decidle que todos
Los que tienen juicio
Le tratan de aleve,
De impostor maldito,
De necio imprudente,
De pérfido amigo,
De feroz esposo
I de un forajido.... etc.

El Verdadero Liberal hace blanco de sus iras a don José Miguel Infante i se vale de estos términos, (número 67, 13 de mayo de 1829):

"Todo es posible en este mundo. El hombre de bien se deja engañar por el pícaro, i muchas veces vemos que un necio manda a un hombre entendido. El hecho siguiente es jeneralmente conocido en Buenos Aires. "La España habia enviado tropas a América (la revolucion, la buena, habia ya empezado). Durante la travesía, un rejimiento se subleva, i obliga al comandante del navío a echar el ancla en Buenos Aires. La tropa sublevada baja a tierra. Su jefe era un tambor mayor, (del rejimiento Cantabria, si no nos engaña la memoria). La jente saluda a los recien venidos, los felicita, i sobre todo al tambor mayor, que una faccion pone en seguida a la cabeza del gobierno. Este buen hombre conservó el poder por espacio de seis dias; despues vino abajo. Luego, todo es posible, i si un tambor mayor fué presidente de la República de Buenos Aires, ¿por qué don J. M. Infante u otro cualquiera de su catadura no podrá serlo de la de Chile."

"Para anunciar la salida de uno de estos periódicos, dice un testigo de vista, (1) se ponia una vez en los lugares públicos un aviso que empezaba así, con referencia a don M. Gandarillas:

"Tuerto, borracho, ladron...."

Rejistrar en nuestros archivos los folletos i las hojas sueltas de aquella misma época es sentirse contristado con la ingrata lectura que ofrecen: rara vez ideas, siempre personalidades e insultos. Parece que aquellas plumas mojaban sus puntos en hiel para tratar de los negocios del Estado, i que aquellas producciones literarias nacian, no del injenio del alma, sino del fuego irracional de los odios de bandería.

A tanto extremo llegaron estas liviandades periodísticas, que el gobierno liberal de 1829 creyó necesario intervenir para ponerles coto, i dictó un decreto por el cual quedó suspendida la libertad de imprenta hasta nueva órden del Gobierno. "En consecuencia, dice el artículo 2.° del decreto, no se imprimirá papel alguno sin la revision del ministro del Interior, bajo la pena de perdimiento de la imprenta si lo contrario se hiciere." Se resistió a darle cum-

(1) José Zapiola. *Recuerdos de Treinta Años.*

plimiento don Ramon Renjifo con notable enerjía, i eso le valió un asalto violento de que fué víctima en las altas horas de la noche, ejecutado por una partida de policía (1) i por órden del Gobierno mismo.

¡Qué escuela para levantar el nivel de la prensa i moralizar al pais!

Consiguiente a este estado de cosas era la situacion en que se hallaban el crédito nacional i la hacienda pública. Las fluctuaciones de la política influyeron de tal modo sobre ellos, que aquél era nulo, i ésta la imájen de la mas estrecha miseria. En el mercado de Lóndres nos miraban como a especuladores de mala fé, i el rendimiento de nuestras aduanas no subia de una ínfima i despreciable escala.

El 31 de enero de 1825 las existencias de la tesorería no pasaban de cincuenta pesos en dinero i 13,309 pesos en pagarés vencidos de difícil cobro. (2) En 1826, cuando la conducta de O'Higgins en el Perú inspiró temores de que intentara un movimiento revolucionario sobre Chiloé, no pudo el gobierno obtener de los capitalistas i comerciantes de toda la República la suma de 300,000 pesos que exijió como empréstito forzoso; i esto que ofrecia subidos intereses e hipotecaba a favor de los acreedores los bienes arrebatados a los regulares dos años ántes.

No se pagaban con regularidad los sueldos de los empleados civiles i militares; i llegó la guarnicion de Santiago a ser acreedora por mas de sesenta mil pesos de atrasos. Mas tarde, el ejército del sur, segun la exactísima expresion del presidente Pinto, se hallaba *en cueros*. Nuestros empleados públicos parecian mendigos, i nuestros soldados, medio desnudos i armados, pandillas de salteadores. "Frescos están los recuerdos de aquellas turbas de empleados, ha dicho un orador nacional, (3) que asediaban diariamente la casa de gobierno, pidiendo, como los Suizos en la Bicoca, dinero, licencia o batalla." Dicen testigos de vista, que era un espectáculo horriblemente triste el ver tanto número de infelices inválidos, esperando un dia i otro dia para conseguir, despues de muchos, sus míseros sueldos, no en dinero efectivo sino en papel que valia un treinta o cuarenta por ciento ménos del valor que representaba.

Hubo ocasion que el Congreso se vió invadido por una poblada de viudas hambrientas que pedian a voces sus pensiones i montepíos.

I, cosa curiosa, al mismo tiempo, la empleomanía era una plaga que empezaba a invadirnos, i la sombra del gobierno era buscada por los politiqueros de oficio para recojer las tristes migajas del presupuesto oficial. Es una observacion digna de nota:

(1) José Zapiola. *Recuerdos de Treinta Años.*
(2) Concha i Toro. *Chile durante los años de* 1824 *a* 1828.
(3) Abdon Cifuentes, agosto de 1867.

al paso que mas pobre es un gobierno i mas míseros los recursos de un pais, mayor es el número que busca en la empleomanía sus medios de subsistencia.

Inútiles fueron las tentativas de algunos de los ministros de hacienda, entre los cuales se contaron hombres competentes, para poner remedio al mal i salvar al pais de esta situasion penosa: todas ellas se estrellaron en el éxito mas desgraciado. La prohibicion que el presidente Eyzaguirre decretó en 1826 de emitir nuevos vales no trajo en definitiva ningun resultado; ménos la creacion del estanco, que, despues de haber sido suprimido i vuelto a crear en años anteriores, quedó definitivamente establecido por lei de 23 de agosto de 1824, i despues de diversas dificultades e inconvenientes, que no es del caso recordar, rescindido dos años mas tarde, el 16 de agosto de 1826.

El dinero obtenido con la venta de las propiedades fiscales i de los bienes de los regulares, se desperdició sin aprovecharse casi nada; i de aquí nació aquella amarga frase de Benavente: "que los dos tercios de lo que la nacion contribuia para los gastos públicos se evaporaban ántes de ingresar en las arcas nacionales."

I ántes de seguir adelante, es el caso de agregar dos palabras sobre este acto del gobierno de los liberales. La lei que arrebató sus bienes a los frailes es de lo mas injusto i atropellado que cabe: ¿de dónde el derecho para tomar lo ajeno? ¿acaso los frailes habian perdido su carácter de dueños? ¿dónde, pues, el título justificativo de esa medida? ¿en la fuerza? ¿en la penuria de las arcas fiscales? La fuerza no es derecho i la escasez no puede aceptarse jamas como justo título para apropiarse violentamente, llámese gobierno, sociedad, pueblo, cualquiera el que sea, de lo que no es suyo. Los gobiernos, como los individuos i las sociedades, están obligados a saber que el delito siempre es indigno i feo, por mas que se le quiera revestir con dorados reflejos o disculpar con falsos raciocinios. Pobreza que recurre al fraude mal abona en favor del que la sufre i mui poco en favor del gobierno que la alega como justificativo de su conducta.

Mas, no solo es lícito hacer por este acto a aquel gobierno el cargo de injusticia; fué, ademas, una gran torpeza política, pues se enajenó desde ese instante la voluntad del clero, siempre influyente en todas partes, de la porcion mas honrada de la sociedad chilena profundamente relijiosa i sensata, i del pais entero, que vió en ello ademas de un ataque a sus sentimientos católicos, una incapacidad vergonzosa para proporcionarse fondos por medios lejítimos. Desde ese dia, el dominio de los *Pipiolos* fué rápidamente a su fin, i esa lei fué una de las causas mas eficaces de su desprestijio: ¡leccion para los gobiernos futuros!

C. WALKER MARTINEZ.

(Concluirá.)

SUEÑOS DE FELICIDAD.

(BARCAROLA.)

Dentro una blanca barca,
Las ondas adormidas,
Bogábamos felices
El rio de la vida.

Cantando iba a su lado
Las horas de la dicha,
Las flores, los perfumes,
La luz i las sonrisas;

I sus serenos ojos
De mi alma desprendian,
Entre celestes sueños,
Canciones nunca oidas.

Soñando como niños,
Las ondas adormidas,
Bogábamos felices
El rio de la vida.

La estrella de la noche
Serena sonreia,
Como un beso del cielo,
Sobre su frente limpia;

I las tranquilas ondas
Mis cantos repetian,
Como un rumor cercano
De brisas fujitivas.

. . . . . .

¡Ai! ¡era un dulce sueño!. . . .
¿Será verdad, mi niña,
Que suelen ser los sueños
Auroras de alegrías?

JAVIER VIAL SOLAR.

COLOMBIA.

(CORRESPONDENCIA LITERARIA PARA "LA ESTRELLA DE CHILE.")

Bogotá, 20 *de julio de* 1877.

Señor Director de LA ESTRELLA DE CHILE.

Es mui natural para mí el suponer que Ud. conoce el nombre de uno de nuestros mas antiguos literatos i decano en el periodismo.

Me refiero al doctor Manuel María Madiedo.

Escritor incansable, con una fecundidad a toda prueba, i que lleva ya muchos años de consagrar diariamente horas enteras a escribir para el público.

Trabajo bien honroso, aun cuando por otra parte estéril en donde las letras i el saber no producen utilidad ninguna; i en donde no es raro que el que se deja llevar de su aficion a la literatura, tenga que arrepentirse un dia u otro, al ver que no es este medio a propósito para ganar la vida.

Mas, ello es verdad que si esta clase de estudios no produce dinero, en cambio da fama i estimacion; una i otra obtenidas por el doctor Madiedo, no solo aquí en su tierra natal, sino tambien en varias naciones del extranjero.

Entre éstas debe tenerse en cuenta, en primer lugar, la República de Venezuela, patria de Bolívar i de don Andrés Bello, la cual ha mostrado siempre decidida preferencia por los colombianos i ha tratado de honrar i distinguir a los hijos mas notables de este pais.

Hace pocos meses, el doctor Madiedo, que sentia su salud quebrantada i débil, a causa quizá del excesivo trabajo mental a que se dedicaba, resolvió hacer un viaje a Carácas; viaje que tenia el doble objeto de recobrar con el aire benéfico del mar el vigor físico, i de dar a la luz pública en aquella ciudad una obra inédita que dedicaba al jeneral Guzman Blanco, presidente entónces de esa República i amigo mui decidido del doctor Madiedo.

En Carácas le recibieron con notables muestras de deferencia i aprecio, i los órganos mas caracterizados de la prensa de aquella capital, entre los cuales se encuentra LA OPINION NACIONAL,

Diario de Avisos, El Demócrata i La Ilustracion, le ofrecieron sus columnas con galantes i lisonjeras frases.

El jeneral Guzman hizo imprimir por su cuenta el libro indicado, que lleva por título: *Una gran revolucion o la razon del hombre juzgada por sí misma;* obra que apareció en elegantes tipos i edicion de todo lujo, formando un grueso volúmen en 4.° mayor, de 506 pájinas, adornadas con el retrato del autor, i con el del mismo jeneral Guzman Blanco.

Tambien salió entónces de las prensas de La Opinion Nacional un folleto nominado *El dedo en la llaga*, el cual tenia escrito su autor desde hacia diez años, i no habia querido publicarlo en Bogotá por tratar en él una cuestion relativa a los partidos en Colombia, tema difícil i delicado hasta para el escritor mas imparcial i justo.

De regreso a Bogotá, i pasada la guerra civil, el doctor Madiedo ha vuelto a continuar sus tareas periodísticas, dando en esta vez lo que él llama *Hojas del Otoño*, una publicacion mensual, consagrada a lo que parece, a la política, i tambien un folleto intitulado *Un bello horizonte o porvenir político del partido conservador*, el que ha merecido fuertes censuras del señor Agustin Núñez, redactor de El Progreso.

La política i las elecciones dan entre nosotros mas material a la prensa que las ciencias i la literatura; es por esto por lo que en épocas de las segundas aumenta el número de publicaciones. Como está ya inmediato el tiempo de elejir presidente de la República, senadores i representantes, i gobernador del Estado de Cundinamarca, natural es que venga una lluvia de hojas volantes en que se nos zarandee con la cosa pública. Por lo pronto, El Elector Popular ha iniciado la temporada exhibiendo, como candidato para gobernador, al jeneral Daniel Delgado, uno de los jefes que tomaron parte activa en la pasada contienda.

Redacta este papel el señor Diójenes A. Arrieta, jóven que escribe con facilidad i con talento.

Se anuncia tambien—aun cuando creo todavía remota la época de su aparicion—una revista literaria dirijida por el señor Adriano Páez, co-redactor en la actualidad del Diario de Cundinamarca.

Don Javier Rocafuerte se llama una novela que publica en estos dias el folletin de La Union Liberal, i de la cual es autor el señor Francisco de P. Matéus.

La claridad en el lenguaje, la marcada tendencia a pintar costumbres nacionales i la amenidad i arte para hacer agradable la narracion, son condiciones en pró que hasta ahora resaltan en ella. Presumible es que a las cualidades apuntadas reuna algo de

trama i de diálogo—este último siquiera sea para darle el sabor indispensable de novela moderna—i tendremos entónces un título mas que añadir al catálogo, bien escaso por cierto, que forman las obras nacionales de este jénero.

La novela, ha dicho álguien, es la que da idea mejor del adelanto i civilizacion de un pueblo. I así debe de ser si en ella se encuentra la pintura fiel de la sociedad i de los elementos buenos o malos que la dirijen.

Bien poco es el esfuerzo que se ha hecho entre nosotros para sostener i producir esta clase de escritos. I probablemente por esto, no pasan de media docena las novelas nacionales que podemos presentar como buenas.

El primero que en Bogotá se atrevió a llevar a cabo la publicacion de un escrito de esta clase, fué el señor José María Anjel Gaitan, jóven mui distinguido por sus talentos, i que murió en edad prematura.

Su novela, *El Doctor Témis*, apareció en el año de 1851, i fué un verdadero acontecimiento para las letras granadinas.

Si por una parte se admiraba el injenio con que estaba escrita, la trama interesente i la verdad absoluta que la distinguia en lo tocante a las costumbres del pais, por otra se consideraba como una *obra de romanos* el haber producido i logrado publicar una novela nacional. Admiracion esta última bien fácil de explicar, si se atiende a la falta de estímulo, a lo caro de la imprenta i a la ninguna utilidad que de la aparicion de su trabajo reportaria a su autor; inconvenientes, por otra parte, capaces de arredrar al mas audaz.

Sea como fuere, el señor Anjel Gaitan hizo con su obra un positivo servicio a la literatura de nuestro pais, i su nombre quedó definitivamente inscrito en la lista de los literatos colombianos.

Al trabajo del señor Gaitan siguieron los esfuerzos no ménos laudables del señor Felipe Perez, que trató de implantar entre nosotros la novela histórica, i que publicó como ensayos *Atahualpa*, *Huaina Capac*, *Jilma* i *Los Pizarros;* i hace poco, en el folletin del Diario de Cundinamarca, *Los Jigantes*, i luego *Carlota*, en que refiere los episodios mas interesantes de la infortunada heroina francesa Carlota Corday. Entre las novelas de costumbres, *El Mudo o Secretos de Bogotá*, mui bien puede figurar al lado de la del señor Anjel Gaitan.

Su autor es el señor Eladio Vergara, escritor que en los primeros años de su juventud produjo bastante, i que hoi se ha retirado en absoluto del campo de las letras. Es hermano del bien renombrado i justamente sentido don José María, el que tambien dejó entre sus obras publicadas una novela corta en extension, pero orijinal i simpática en su forma i desarrollo. *Olivos i aceitunos todos son unos*, tal es el título de ella, la cual debe incluirse tambien entre las que pertenecen a las de costumbres.

A las citadas anteriormente pueden añadirse: *Nuestro siglo XIX*, por el doctor Manuel María Madiedo; *Viene por mí i carga con usted*, del señor Raimundo Bernal O.; *Amores de estudiante*, del señor Próspero Pereira Gamba, i *Las travesuras de un tunante*, del señor Jesus S. Pozo, las que merecen el calificativo de jocosas i epigramáticas, sin que por eso dejen de exhibir costumbres i usos peculiares a estos pueblos.

Don Alvaro i *Martin Flores*, son novelas debidas a la pluma del señor José Caicedo Rojas la primera, i a la del señor José María Samper (1) la segunda; ámbas fueron recibidas con aplauso i leidas con placer en la época de su aparicion.

En libros de este jénero constituyen un verdadero título de honor para las letras colombianas, las dos creaciones orijinales i de mérito de los señores Jorje Isaacs i Eujenio Diaz Castro.

María se llama la del señor Isaacs, i fué publicada por primera vez en 1867.

Pertenece por su estilo, forma, pensamiento, trama i desenlace, a la novela romántica.

Tal parece que el señor Isaacs bebió la inspiracion i la poesía necesarias para su escrito, en fuentes como *Pablo i Virjinia* de Bernardino de Saint-Pierre, o *Espírita*, de Teófilo Gautier.

En su libro hai amor, mucho amor; pero espiritual, bello, sublime. Hace verter lágrimas de sentimiento i deja en el espíritu la grata i poética impresion del primer afecto.

La *Manuela* es digna hermana de *María*.

Su mérito principal estriba en la fiel descripcion de las costumbres de la *tierra caliente*, (2) i en la sencillez i naturalidad del lenguaje, como tambien en la trama injeniosa que desarrolla.

A personas competentes hemos oido expresar el juicio de que si se hubieran de colocar en órden de mérito las novelas colombianas, ocuparia sin duda el primer lugar *El Doctor Témis*, el segundo la *Manuela* i el tercero la *María*.

Valga la opinion de dichos jueces por la que nosotros hubiéramos de emitir en tan difícil cuanto delicado punto.

Para concluir esta carta, séame permitido manifestar a Ud. que hoi es el dia mas memorable i lleno de recuerdos históricos para nuestra nacion.

(1) El publicista señor Samper ha escrito i publicado tambien las novelas: *Una taza de claveles*, *Un drama íntimo* i *Florencio Conde*. La señora Soledad Acosta, esposa del doctor Samper, ha cultivado de preferencia este ramo de la literatura i lleva publicadas en periódicos once novelas cortas.

(2) Lo que puede llamarse entre nosotros *zona templada*, i que se encuentra desde 1,000 hasta 2,000 metros de altura sobre el nivel del mar. Tiene una temperatura media de 20° del termómetro centígrado, la que a veces es mayor por causas accidentales.

El 20 de julio es la fecha clásica de nuestra independencia, i por eso los colombianos todos recuerdan con gratitud a los próceres de aquella heróica revolucion que nos dió patria i libertad, i conmemoran el aniversario de la iniciacion de la lucha con el poder español.

Si Bolívar aparece en el alto pedestal de sus hechos i su fama i como el jenio protector de la libertad de la antigua Colombia, sobran tambien coronas i votos de admiracion para los que a su lado fueron partícipes de sus triunfos: Nariño, Santander, Zea, Ricaurte, Jirardot, Camilo Torres i tantos otros héroes, recibid el canto de gloria que os tributa la posteridad i os rinde agradecido el corazon de la patria.

En años anteriores, i merced a la paz de que habia disfrutado la República, la memoria de los próceres i el hecho grandioso de la independencia eran festejados por el pueblo bogotano con alguna fiesta cívica de importancia o con regocijos i fiestas populares: la alegría, el movimiento i el entusiasmo eran comunes en todos. Se notaba que cada uno hacia lo posible por demostrar del modo que podia la satisfaccion interna i el patriótico interes que en su alma despertaban los recuerdos de la gloriosa independencia.

Las tribunas populares eran levantadas por donde quiera, i desde el orador sério i concienzudo que en elevado estilo referia los hechos de la guerra i enseñaba al pueblo como modelos dignos de imitarse los nombres de Francisco José de Cáldas i de Frutos J. Gutierrez, hasta el jóven estudiante neófito en el arte, pero entusiasta en sentimiento, que ponderaba en altisonantes frases la conducta de Pola Zalavarrieta, ¿quién habia que no consagrase un canto en honor de los héroes de 1810? Hoi ... no ha minorado en nada el sentimiento del amor patrio, ¡pero aun se sienten las violentas sacudidas de la guerra civil, i los campos están mui llenos de tumbas recien abiertas para que los gritos de alegría no sean devueltos por el eco como el ¡ai! desgarrador i lastimero de los huérfanos i de las viudas que han perdido el apoyo de su corazon!

Por eso el gran dia ha pasado casi desapercibido, i solo la bandera colombiana i los pabellones de las naciones amigas han recordado al pueblo la fecha de su libertad.

ISIDORO LAVERDE AMAYA.

AUSENCIA.

¡Adios campo feliz, adios floresta,
Donde pasé dormido
Las calorosas horas de la siesta
Sobre el césped florido!
Donde siempre miraba un cielo puro,
Un extenso horizonte,
Donde veia desde el bosque oscuro
Un enriscado monte.
Donde, a los rayos de la luz primera,
Gozaba la dulzura
De la galana i tierna primavera
En toda su hermosura.
Donde te ví mas bella que la aurora
Mi amada Evanjelina,
Mas pura que en la selva encantadora
La fuente cristalina.
¡Ah! no sabe sufrir el que felice
No lloró en su dolencia
La suerte con que el cielo nos maldice
La desgraciada ausencia.
Ya no me place en tarde deleitosa
La brisa que suspira,
De la aurora sin tí me es enojosa
La regalada lira.
Todo léjos de tí me da tristeza,
El valle i la montaña;
Doquier echo de ménos la belleza
Que estando tú acompaña.
¿No jime el pajarillo si su amada
Abandonó su nido?
¿No canta su querella en la enramada,
Llorando el bien perdido?
Tú puedes, apesar de tu tormento,
En noche solitaria,
Elevar la mirada al firmamento
En cándida plegaria.
I yo vivo tan solo a tu memoria,
Que léjos de su suelo,
Es ¡ai! del hombre la constante historia
Ver empañarse el cielo.

Recordar es la vida del que llora,
I por eso, Eva mia,
Recordaré tu risa bienhechora,
Tu dulce compañía.
Por eso con los prados i las flores,
Do pasa tu existencia,
Te miraré, que acaso sus colores
Aliviarán mi ausencia.
Si no fuera el recuerdo yo muriera,
I solo mi figura
Separada del cuerpo sonrïera
A Evanjelina pura.

RAFAEL UGARTE OVALLE.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

AGOSTO.

Durante el presente mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes obras:

SANTIAGO.

Arte de los metales, en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro i plata por azogue, el modo de fundirlos todos i cómo se han de refinar i apartar unos de otros, compuesto por el licenciado Alvaro Alonso Barba, natural, etc.—1 vol. de 110 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La República*.

Boletin de las Leyes i Decretos del Gobierno. El libro 44 correspondiente al año 1876. —1 vol. de 514 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Nacional*.

Catálogo explicativo del Museo de Cuadros Plásticos, propiedad de França i C. ª, etc. —1 vol. de 51 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta *Schrebler*.

Causas de la propagacion de la viruela en Chile, etc. Memoria de prueba de don Jenaro Contardo.—1 vol. de 21 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Nacional*.

Compendio de Gramática Castellana para las escuelas i colejios, por Ercilia Larenas de Herrera.—1 vol. de 64 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *La República*.

Descripcion jeneral del baile de fantasía dado en la casa de don Claudio Vicuña el 18 de julio de 1877.—1 vol. de 96 pájs. en 8. °—Imprenta *Schrebler*.

Diagnóstico de las lesiones valvulares del corazon, fundado en la auscultacion i el pulso. Memoria de don Rafael Viancos Palanco.—1 vol. de 28 pájs. en 4. °, 1877. —Imprenta *Nacional*.

Dos matrimonios, por V. C. L.—1 vol. de 144 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta del *Correo*.

Ejercicios preparatorios para el estudio del piano, etc., por Ruperto Santa-Cruz, primer cuaderno.—1 vol. en 8. ° prolongado, car., 1877.—Imprenta *Bravo*.

Escritura social de la Compañía de Minas de la Laja.—1 vol. de 8 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Exposicion de los recursos con que cuenta el telégrafo del Estado para cubrir sus gastos.—1 vol. de 20 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Nacional*.

Estudio del ácido salicílico i sus compuestos. Memoria de prueba de don Aurelio Benito Castillo.—1 vol. de 32 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Nacional*.

Hoja de servicios del coronel don Nicolas José Prieto.—1 vol. de 10 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta *Gutenberg*.

La Huérfana. Drama en 3 actos por Pablo Garriga.—1 vol. de 36 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de la Librería del *Mercurio*.

Las indias negras, por Julio Verne. Traduccion para *El Estandarte Católico*.—1 vol. de 334 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Estandarte Católico*.

La inundacion del Mapocho. Relacion en prosa i verso de la avenida del año 1783, etc.—1 vol. 26 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *La República*.

Librería Relijiosa i Litúrjica de José María Anrique. Suplemento núm. 2 al catálogo.—1 vol. de 20 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Memoria del Ministro de Hacienda, don Rafael Sotomayor, de 1877.—1 vol. de 164 pájs. fuera de estados, en 4. ° mayor, 1877.—Imprenta *Nacional*.

Memoria del Ministro de Guerra i Marina, don Belisario Prats, de 1877.—1 vol. de XXV-263 pájs. fuera de estados, en 4. ° mayor, 1877.—Imprenta *Nacional*.

Memoria del Intendente de Arauco, señor Perez de Arce, presentada al Gobierno.—1 vol. de 46 pájs. en 4. °, 1877.—*Imprenta Nacional*.

Memoria presentada al Congreso Nacional por F. de P. Vicuña, pidiendo amparo para su sistema de crédito.—1 vol de 29 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta del *Correo*.

Metalurgie de l'or au Chili en 1877. Réponse a M. Abdon Garin, par Nolf.—1 vol. de 31 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Notas de un Himno. Poesías líricas de Juan Zorrilla de San Martin.—1 vol. de XX-201 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

La novia de un viejo. Novela orijinal por Ramon Pacheco.—1 vol. de 151 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Observaciones sobre el verbo Hacer, seguidas, etc., por Daniel Barros Grez.—1 vol. de 56 pájs. en 8. ° mayor, 1877.—Imprenta de *El Independiente*.

Oraciones que han de recitar las relijiosas de la Visitacion de Santa María.—1 vol. de 55 pájs. en 18. °, 1877.—Imprenta del *Correo*.

Pequeño Robertson para el estudio del frances, arreglado para los alumnos de los institutos nocturnos, por Cárlos Gonzalez Ugalde.—1 vol. de 100 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Plano del Parque Cousiño, con proyectos de ornamentacion, levantado i dibujado por el arquitecto Juan F. Arias.—1 hoja en fólio, 1877.—Imprenta *Cadot*.

Reglamento del Círculo Católico de Santiago.—1 vol. de 8 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Independiente*.

El secreto médico, por Antonio Burr.—1 vol. de 13 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La República*.

El secreto de la felicidad, por Rafael Egaña.—1 vol. de 80 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Independiente*.

Sétima memoria sobre el Ferrocarril Urbano de Santiago.—1 vol. de 37 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Independiente*.

Sociedad de Santo Tomas de Aquino. Novena memoria, etc.—1 vol. de 28 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Independiente*.

Sumario de las indulgencias concedidas a la Visitacion.—1 vol. de 14 pájs. en 18. °, 1877.—Imprenta del *Correo*.

Tratado Elemental de Química Orgánica aplicado a la Farmacia, Medicina e Industria, etc., por Anjel Vazquez, segunda edicion. El primer tomo.—1 vol. de 568 pájs. en 4. ° mayor, 1877.—Imprenta del *Correo*.

El Tribunal del Honor. Drama en 3 actos por Daniel Caldera.—1 vol. de 62 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *La República*.

Visitas a la Penitenciaría. Hechos biográficos de Pancho Falcato, etc. Ultima entrega hasta la páj. 117.—1 vol. en 8. °, 1877.—Imprenta *Schrebler*.

VALPARAISO.

Album del Ejército Chileno, por Luis de la Cuadra.—1 vol. de 450 pájs. en 4. ° 1877.—Imprenta de *El Mercurio*.

Asociacion de los Sagrados Corazones, erejida en Valparaiso.—1 vol. de 48 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Mercurio*.

Biblioteca de El Deber. El rei de oros, por E. Scribe.—1 vol. de 41 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Deber*.

Catálogo de los muebles del señor Agustin Gándara que se rematarán, etc.—vol. de 13 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Mercurio*.

Compañía de las Descubridoras de Caracoles. Décima memoria, etc.—1 vol. en 4. °, 1877.—Imprenta del *Universo*.

Conferencias populares en la escuela Horacio Mann. 3.ª Union i fraternidad de los trabajadores, etc., por Fermin Vivaceta.—1 vol. de 39 pájs. en 12. °, 1877.—Imprenta de *El Deber*.

Constitution and bye-laws of the united working-men's mutual benefit association of Valparaiso.—1 vol. de 16 pájs. en 12. °, 1877.—Imprenta del *Universo*.

Contrato fiscal con la Compañía de Diques Flotantes de Valparaiso.—1 vol. de 8 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Deber*.

Estadística Comercial de Chile, correspondiente al año 1876. Primera parte.—1 vol. de 537 pájs. en 4. ° mayor, 1877.—Imprenta del *Universo*.

Estatutos de la Sociedad Clínica de Valparaiso.—1 vol. de 8 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Deber*.

Ferrocarril de Cerro Blanco. Memoria del primer semestre de 77.—1 vol. de 14 páj. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Deber*.

Ferrocarril de Tongoy. Memoria del primer semestre de 77.—1 vol. de 17 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Mercurio*.

Ferrocarril de Carrizal. Memoria del primer semestre de 77.—1 vol. de 22 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Mercurio*.

Ferrocarril de Coquimbo. Memoria del primer semestre de 77.—1 vol. de 38 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Mercurio*.

Formulario clínico, propuesto a la Sociedad Clínica de Valparaiso, por Francisco Fonck.—1 vol. en 18. °, sin pajinacion ni portada.

Historia Jeneral del Reino de Chile, desde la época aborijene hasta la gran rebelion del siglo XVII, por el P. Diego de Rosales, publicada bajo la direccion de don Benjamin Vicuña Mackenna. Las entregas 1 i 2 del primer tomo.—1 vol. de 32 pájs. en fólio, 1877.—Imprenta de *El Mercurio*.

Historia de la administracion Errázuriz, por Isidoro Errázuriz.—La 2.ª, 3.ª, 4.ª i 5.ª entregas, desde la pájina 33 hasta la 160 en 4. °, 1877.—Imprenta de *La Patria*.

Memoria leida por el presidente de la Sociedad Tipográfica de Valparaiso, etc.—1 vol. de 16 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *La Patria*.

Reglamento del Liceo de Niñas de Valparaiso, fundado, etc.—1 vol. de 15 pájs. en 4. °, 1877.—Imprenta de *El Mercurio*.

Rules and regulations of the junior club.—1 vol. de 16 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta del *Universo*.

Tres meses de lectura, por Némesis.—1 vol. de 14 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Deber*.

Uber febung der statuten, etc., in Osorno.—1 vol. de 15 páj. en 8. °, 1877.—Imprenta del *Universo*.

SAN FERNANDO.

La memoria del Intendente de Colchagua juzgada a la luz de los hechos.—1 vol. de 61 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *El Porvenir*.

CAUQUÉNES.

Elementos de Ortografía Castellana, por Fidel Ojeda.—1 vol. de 25 pájs. en 8. °, 1877.—Imprenta de *La Esperanza*.

SAN ISIDORO DEL CAMPO.

(Conclusion.)

Tanto para disfrutar la luna de miel de nuestro matrimonio, cuanto para poner arreglo en una pequeña heredad que poseia Brovillier en Andalucía, decidimos partir a España i vinimos a Sevilla, cuya ciudad habitamos mas de medio año. Entónces fué cuando visité por vez primera este monasterio, cautivándome su majestad, su posicion, su grandeza, i sobre todo, la vida ejemplar de sus monjes, con quien tuve familiar trato. Dejóme un recuerdo, todo esto, difícil de borrar. Acaso presentia ya mi corazon que esta santa casa debia ser un dia mi retiro.

Terminados los asuntos que en Sevilla me retenian, partí otra vez a Francia con mi esposa i me fijé en una quinta de provincia, donde el mérito de mi Laura igualaba a su felicidad: me atrevo a decirlo así, porque esta memoria es la que mas me remuerde hoi dia. San Julian, despues criminal, era entónces digno de su ternura.

Habia ya mas de un año que vivíamos en un estado tan feliz, cuando Laura se sintió embarazada. En tal situacion, padecia yo las inquietudes de un esposo enamorado, i así, propuse a mi esposa que fuésemos a Paris por algunas semanas, donde hallaria para su estado mas socorros de los que podian esperarse en una pobre aldea, como era la que mas cerca teníamos de nuestra quinta. Laura me opuso diversos motivos, pero concluyó por aprobar mi resolucion. Es verdad que para vencer la resistencia de mi mujer, se agregó que un amigo que acababa de morir en Paris me dejaba por su testamentario. En fin, no pudiendo Laura resistir a mis razones, se resignó, i emprendimos el viaje a la capital.

Las primeras semanas que estuvimos en Paris salí poco de mi cuarto, que era el mismo en que el padre de Laura, al espirar, la habia dejado encargada a mi cuidado. La memoria de estas tiernas escenas daba frecuentemente cierto dulce pero melancólico tinte a nuestras conversaciones. Por lo demas, vivíamos completamente felices, i a nadie admitíamos en la tranquilidad de nuestro hogar doméstico. A menudo padecia mi esposa los tristes presentimientos comunes a las mujeres que están en aquella situacion: i yo empleaba todo mi cuidado i toda mi ternura en combatir sus temores.

—Ya no volveré a ver nuestra quinta, decia mi Laura, pero mi Enrique se acordará de mí cuando esté en el bosque donde tantas veces nos hemos paseado juntos: cerca del arroyo cuyas márjenes nos sirvieron de asilo, i donde sentíamos sin hablar lo que ninguna lengua, a lo ménos la mia, podria decir....

Aquí el triste monje no pudo resistir a las imájenes que se despertaban en su alma: las lágrimas interrumpieron su narracion, i cuando al cabo de un instante la prosiguió, fué con una voz trémula i débil.

—Perdonad, hijo mio, mi llanto... Tendreis acaso compasion de mí.... ¡ai! mis lágrimas no son siempre tan dulces ... las memorias que acabo de renovar suspenden mis penas.... pero yo no merezco este consuelo.... nó; escuchad la confesion de mis remordimientos.

Laura dió felizmente a luz un niño, i esto disipó sus inquietudes: quiso criarle por sí misma, i se contemplaba feliz en poder cumplir con esta obligacion sagrada, excusándose al mismo tiempo con la dificultad de hallar una buena nodriza en Paris. Habíamos pensado volvernos a nuestra casa de campo luego que la salud de mi esposa lo permitiese, i yo empleaba las horas que tenia por mias en finalizar los asuntos que al morir me habia confiado mi amigo; todo con el objeto de que no se retrasase nuestra partida por esta causa.

Un dia, al atravesar las Tullerías, me encontré con mi antiguo compañero Hubert, quien me abrazó con un afecto que me sorprendió, porque hacia mucho tiempo que habíamos roto enteramente toda comunicacion. Me dijo que habiendo sabido por una casualidad que yo estaba en Paris, habia hecho inútilmente mil dilijencias por hallarme.

No podia darse un encuentro mas temible para mí; ya a veces en mi casa de campo habia oido hablar de las extravagancias de Hubert, de quien se contaban aventuras que parecian increibles a las cándidas personas no familiarizadas con los excesos que se cometen en las grandes ciudades, i entónces yo sentia interiormente que mi amigo volvia a tomar sobre mí su antiguo ascendiente; así es que me inclinaba ya a excusarle, ya a creer exajerados sus desórdenes. Despues de haberme hecho varias preguntas sobre mi felicidad, de la que debia sin duda reirse interiormente, me hizo tantas instancias para que le acompañase un rato aquella noche, que no obstante la obligacion que me habia impuesto yo mismo de retirarme temprano, me dió vergüenza confesárselo i acepté el convite.

Encontré con Hubert a dos oficiales, uno de ellos de mas edad que nosotros, caballero de San Luis i con el grado de coronel, hombre sumamente amable. Con esto se disipó en parte la repugnancia que sentia de estar fuera de casa, i tambien desvanecióse la idea de la compañía que esperaba tener, tan diferente de

la que hallé. De este modo mi alma, reprimida al principio por el carácter que suponia en los amigos de Hubert, se elevó i ensanchó, dilatada con la confianza i la alegría. Quedé plenamente complacido del viejo oficial, hombre instruido, profundo i sensible al mismo tiempo: cualidades que no esperaba ciertamente hallar en jentes que estuviesen en relaciones íntimas con Hubert. Nos separamos mui tarde; al despedirnos me convidó el oficial a comer con él al dia siguiente, i yo acepté con mucho gusto el convite. No habia tampoco medio de rehusar.

La compañía se animó con la asistencia de la hermana del coronel, i una de sus amigas viuda i jóven que, sin ser una beldad perfecta, poseia la gracia i los atractivos que seducen mas que la hermosura. Si callaba, descubria un dulce abandono lleno de gracias, i la expresion que al hablar tomaba su fisonomía, la hermoseaba admirablemente. Me tocó por casualidad sentarme junto a ella, i como yo estaba poco acostumbrado al tono de las jentes de mundo, deseaba mas bien que esperaba el parecerle amable: sin embargo, la viuda iba tomando interes en hablar conmigo, cuando apesar nuestro nos hicieron jugar, i se acabó la conversacion, debo confesarlo, con algun sentimiento de mi parte. A ser yo tan rico como Hubert, me hubiera opuesto a que se jugase recio; pero mi compañera i yo ganábamos tanto que llegamos ya a incomodarnos. La señora de Trenville, que así se llamaba la viuda, invitó sonriéndose al coronel a ir el siguiente dia a desquitarse en su casa; i añadió, con el tono de una franqueza modesta, que como yo habia sido su compañero en las ganancias, esperaba que lo seria tambien en los reveses.

Al principio mi esposa estaba contenta con la distraccion que me ofrecian estos amigos; pero cuando mis ausencias fueron mas frecuentes, cuando en mis visitas a la señora de Trenville consumia dias enteros, Laura comenzó a dejar traslucir un descontento secreto; aunque prudente i resignada, no dejaba escapar la menor queja. Yo adiviné sus reconvenciones, las recibí con gusto, i hasta llegué a rehusar un convite para el dia siguiente; pero la compañía de mi mujer perdia insensiblemente para mí el atractivo con que me habia dominado hasta entónces. Estábamos ámbos reflexivos sin comunicarnos nuestros pensamientos; la tristeza se veia pintada en los ojos de Laura, i yo no podia ocultar la mia bajo una alegría finjida.

De allí a pocos dias, vió Hubert a mi esposa por la vez primera, desde que estaba en Paris. Se chanceó conmigo por no haber aceptado su último convite, i me hizo otro nuevo, que acepté a instancias de mi mujer. Su primo aplaudió esta indulgencia chanceándose, i yo la abracé ántes de salir, deseándole que pasase bien la noche: al abrazarla sentí caer una lágrima suya en mi mejilla; i no hubiera salido de casa, si un impulso de falso pundonor no me hubiera obligado a partir. Los amigos notaron

mi tristeza, i el mismo Hubert se divirtió a costa mia: hasta mi amigo el coronel me dirijió algunas chanzas aunque lijeras sobre el himeneo, i esta fué la vez primera que me avergoncé de ser el único hombre casado que habia en aquella reunion.

Jugamos mas recio i por mas tiempo que ántes; pero ocupado enteramente en borrar las sospechas sobre el miedo que me inspiraba mi mujer, dejé subir los envites, perdí una cantidad considerable i volví a casa con el corazon traspasado. Laura no se dejó ver hasta por la mañana: cuando se levantó noté que estaba incomodada; sus ojos reprendian mi conducta, i yo le hice la injusticia de sentir por ello un secreto despecho.

Hubert, que vino para invitarme a que le acompañara a comer, advirtió la alteracion de Laura i la preguntó por su salud.

—Me encuentro algo mala, contestó Laura.

—El campo la restablecerá, dije yo entónces.

—¡Pues qué! ¿dejais a Paris?

—Dentro de pocos dias.

—¡Cómo! ¿quieres alejarte ahora que tienes precisamente tantos motivos para no irte?

—¿I qué motivos son esos?

—La compañía de los amigos, pero, si la amistad es poco para tí, el afecto de una mujer como la señora de Trenville . .

Yo no sé cómo le miraria, pero Hubert mudó de conversacion al instante: acaso me ofendí de su libertad ménos aun de lo que debiera.

Luego que acabamos de comer, fuimos a casa de esta señora, i la hallamos vestida con una elegancia exquisita i mas bella de lo que me habia parecido hasta entónces. La sociedad era tambien mas numerosa i mas animada que los dias anteriores. Se promovió conversacion sobre mi proyectado viaje, i Hubert i sus amigos pusieron en ridículo con mucha gracia i mui buen tono las opiniones, las maneras i las diversiones de las provincias. La de Trenville no tomaba parte en estas chanzas, i sus ojos me daban a entender que el asunto era demasiado sério para echarle a risa. Avergonzado i corrido estaba ya por mi viaje, pero en medio de todo no dejaba de sentir un secreto placer al ver la preferencia con que me distinguia la señora de Trenville.

Tan cobarde en el vicio como en la virtud, imajiné encubrir mi conducta disimulando, i proyecté engañar a mi mujer i ocultarle las visitas que hacia a la de Trenville bajo el pretexto de algunas incidencias sobrevenidas en los encargos que estaban a mi cuidado. Laura, demasiado buena i cándida para tener sospechas ni celos, podia ser engañada hasta por un novicio en el arte de finjir, como lo era yo. Hubert, que habia vuelto a adquirir insensiblemente, i aun en mayor grado, su antiguo ascendiente sobre mí, me servia de auxilio poderoso; en fin, la belleza i las coqueterías de la señora de Trenville acabaron de cegarme.

En estas circunstancias llegó de nuestra provincia un muchacho que traia para Laura carta de recomendacion de una de sus amigas. Este jóven, pintor en miniatura, habia ido a Paris con el objeto de perfeccionarse, i Laura, que adoraba a su hijo, le propuso retratarle durmiendo. El pintor aplaudió la idea, pero le dijo que seria mejor retratarle dormido en los brazos de su madre. Laura me ocultó este proyecto con objeto de procurarme el placer de la sorpresa despues de acabado el retrato; i para que yo les dejase tiempo, me proponia que saliese i me pasease.

¡Cuán léjos estaba de sospechar aquella amable creatura el verdadero motivo de mis salidas! Esclavo del vicio i de una ruinosa prodigalidad, faltaba a la fé que le debia en los brazos de la mujer mas coqueta i mas indigna: disipaba con bribones i jentes sin honor la hacienda con que debia sostener a nuestros hijos; i Hubert i sus asociados cubrian con las apariencias del cariño i de la jenerosidad los lazos, atados con los cuales me arrastraban al precipicio. La señora de Trenville me habia hecho creer que se habia sacrificado por mí; al principio decia que me pagaria mis pérdidas de juego, pero despues interesó mi honor para que la sacase de las desgracias en que se habia abismado, al decir de ella, por causa mia. Luego que perdí cuanto dinero tenia i lo que pude hallar prestado, debí retirarme sin completar mi ruina; pero, no pudiendo soportar la idea de volver pobre i desgraciado a una casa en que habia dejado la felicidad i las conveniencias, solo escuché en este apuro a mi desesperacion, i empeñando los restos de mis bienes, seducido por la ilusion de recobrar lo perdido, se colmó la medida i se desgarró el velo que me cegaba.

Cuando el horror de mi situacion me dió lugar para reflexionar en mi estado, me quejé a la de Trenville; pero como ésta no tenia ya interes en engañarme, me descubrió su falsedad i se me presentó en toda la horrible desnudez del vicio: hícela entónces crudos i severos cargos, pero ella los escuchó con la sangre fria de la impudencia mas audaz i de la mas refinada maldad.

Salí aturdido i errante de su casa, preso por una especie de vértigo, i, sin saber a donde me encaminaba, me hallé a la puerta de la mia. Me detuve allí porque me parecia que la muerte me aguardaba en el umbral: retrocedí, volví a acercarme, i dos veces me esforcé para llamar, pero ámbas en valde: mi corazon se helaba de horror; la noche era oscura i una tranquilidad lúgubre reinaba en torno mio: me dejé caer sobre el umbral de mi puerta, deseando que algun asesino viniese a arrancarme el sentimiento con la vida. En fin, la idea de Laura i de mi hijo se presentó a mi espíritu enajenado, i derramando lágrimas de ternura de mis ojos inflamados, me levanté i llamé a la puerta. Luego que entré, abrí suavemente la alcoba de mi esposa i la ví dormida en la cama, con una luz junto a ella, i a su hijo reclinado en su se-

no i rodeando su cuello con sus bracitos. Laura se sonreia durmiendo, como si la ocupase un sueño lisonjero.

A este espectáculo se me turba de nuevo la cabeza; al pensamiento de la miseria que aguardaba a esta infeliz al despertar, siento nacer en mí una idea horrible. ¿Tendré valor para decirlo?.... Me resolví a dar de puñaladas a mi mujer i a su hijo, para matarme yo mismo despues: i ya tenia alzado el cuchillo contra el pecho de mi esposa, cuando, desasiéndose mi hijo de su madre, me cojió de un dedo. Esta dulce presion penetró hasta mi alma i me sentí enternecido: inundado en lágrimas, pero sin fuerza para confesar mi infortunio, salí de mi casa, i desde una posada que tomé en otro barrio de la ciudad, escribí a mi mujer, en caractéres mal formados, los pocos renglones que bastaban a instruirla de mis desdichas i de mis locuras: le decia mi resolucion de dejar el reino, i de no volver hasta que mi arrepentimiento hubiese expiado mis yerros, i reparado con mi industria la ruina en que la habia envuelto. Acababa recomendándola con mi hijo a la bondad de mi madre i a la proteccion del cielo, a quien jamás habian ofendido.

Despues de haberle remitido mi carta, salí de Paris i anduve muchas millas ántes que viniese el dia. Al salir el sol alcancé un coche en el camino de Bayona; entré en él sin designio fijo, i me senté en un rincon sin hablar palabra a los compañeros. Aquel dia i el siguiente caminé maquinalmente, i sin tomar alimento ni reposo, pero al anochecer del segundo dia, estando ya en territorio español, sentí que mis fuerzas se debilitaban. Inmediatamente que llegué a la posada me dió un desmayo; i, segun creo, me llevaron a la cama, donde estuve mas de una semana aletargado en el sueño de una violenta calentura.

Un caritativo monje de San Isidoro del Campo, del monasterio que tan buenos recuerdos me habia dejado, se hallaba por casualidad en la posada i me asistió i socorrió cuidadosamente. Cuando entré en la convalecencia procuró el buen anciano derramar en mi alma el consuelo de la piedad. Un dia que me hallaba sentado junto a la ventana de mi cuarto, veo pararse a la puerta de la posada el mismo carruaje en que yo habia venido, i apearse de él el pintor, nuestro recomendado. Como yo estaba aun mui débil para sostener esta visita, caí sin sentido; este acontecimiento atrajo a mi cuarto muchos curiosos, entre ellos al pintor. Vuelto en mí, tuve bastante presencia de espíritu para quedarme solo con él; tardé un rato en tranquilizarme; veia el espanto grabado en su fisonomía i no podia resolverse a responderme; pero vencido al fin por la vivacidad de mis instancias, me informó de la deplorable cadena de mis desgracias.

Mi carta habia sido para Laura un golpe mortal: mui débil para soportar los horrores de su situacion, le acometió una calentura ardiente, seguida de un delirio que le quitó la vida: su

desgraciado hijo mamó el jérmen de la muerte en la leche emponzoñada de su madre, i le sobrevivió pocos dias. En un intervalo de razon que precedió a su último instante, hizo Laura que se acercase a su cama el pintor, le entregó el retrato que éste habia trazado, le encargó con labio moribundo que me siguiese, me buscase i me entregase aquel depósito, su último recuerdo, i con su último recuerdo su perdon.

No sé cómo sobreviví a esta narracion i a la vista de este retrato, que regaba con mis abundantes i amargas lágrimas. Sin duda debo la vida al estado de flaqueza a que la enfermedad me habia reducido: mi alma abatida no era ya capaz de desesperacion, porque el largo decaimiento la hacia insensible al último exceso del infortunio. El santo varon que me habia arrancado de los brazos de la muerte me condujo a este monasterio, de donde solo he salido una vez, una vez sola para ir a llorar sobre el sepulcro de Laura i de mi hijo.

Como aquí nadie sabe mi historia, se admiran de mi austeridad, pero ¡ai! esto solo no bastaria a expiar mis pecados; hai otros medios, ademas del arrepentimiento, para desarmar la ira del cielo; i yo espero alcanzar el perdon de mis delitos haciendo obras de caridad i de beneficencia. ¡Dios sea bendito! Tengo ya el consuelo que imploraba de su bondad; un rayo de su misericordia ha derramado su luz celestial sobre mis cansados dias; duermo sobre las tablas de esta tarima, i el sueño me envia ya ilusiones consoladoras; anoche mi Laura me hablaba sonriéndose, i mi tierno hijo, en los brazos de mi esposa, me alargaba tambien los suyos.

Aquí cesó de hablar el buen relijioso, i mirando alternativamente al cielo i al retrato, sus pálidas mejillas se inflamaron; yo quedé enternecido i al mismo tiempo penetrado de terror....

Entónces llamó la campana a vísperas, el monje me cojió la mano i me la estrechó; besé la suya i la regué con mis lágrimas.

—Hijo mio, me dijo, mis desgracias han hecho en vuestra alma una impresion profunda. Si el mundo os seduce, si los atractivos del vicio os encadenan, pensad en el padre Casimiro. Amad la virtud, hijo mio, amadla i sereis feliz....

Tal es el manuscrito que me remitió mi compañero de viaje. La historia del monje de San Isidoro del Campo induce a la meditacion. Puede que sea provechosa su lectura a alguna alma extraviada i presa de la voracidad de las pasiones, i en este caso, ¡feliz, feliz la pluma que haya conseguido tan bello i tan halagador triunfo!

VÍCTOR BALAGUER.

CARTA A LOS REDACTORES.

A continuacion encontrarán nuestros lectores la carta-pregunta que nos dirije el señor don Rufino José Cuervo, escritor tan distinguido en su patria como apreciado entre nosotros; en ella se piden noticias acerca de ciertas voces apuntadas en el *Vocabulista Arábigo* i que parecen olvidadas en España. El autor de la carta abriga la esperanza de que, mediante la circulacion de La Estrella de Chile, su pregunta vaya a dar con quien tenga modo de contestarla.

Al dar lugar en nuestras pájinas a la pregunta del señor Cuervo, no es nuestro ánimo ejecutar un simple acto de cortesía; ántes que eso, cumplimos un deber de confraternidad literaria hácia los escritores de las Repúblicas Americanas. Desearíamos ver establecido un activísimo i simpático comercio entre todos ellos, i por lo tanto tenemos a honra el aprovechar la ocasion mas leve que se nos ofrezca a fin de facilitar i estrechar los vínculos de amistad que ya nos unen.

La Estrella de Chile llama la atencion de sus lectores i de todas las personas que se dedican a este jénero de investigaciones hácia el contenido de la carta-pregunta del señor Cuervo, i a su vez les suplica se sirvan comunicar a su Redaccion las noticias que tuvieren relativas a las voces dichas, para hacerlas llegar por su órgano al autor de la pregunta.

Para concluir, advertiremos que La Estrella de Chile publicará siempre las comunicaciones dirijidas a su Redaccion i que tengan por objeto la planteacion o la resolucion de alguna duda cualquiera sobre materias científicas o literarias.

Bogotá, 17 de julio de 1877.

Señor Redactor de La Estrella de Chile.

Mui señor mio:

Con motivo de haber notado en mis *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* que en Colombia es usual la voz *cazcorvo*, empleada por el padre Pedro de Alcalá en su *Vocabulista arabigo* i olvidada hoi absolutamente en España, me pregunta un amigo mio, residente en Europa i gran cultivador de las letras orientales, si son tambien conocidos en este pais "*flor de nadel, vino,*" "*trasmontaña, yerba*" i "*dexo* (tambien *lexo*) de ballesta," que aparecen en el mismo *Vocabulista*. De estos vocablos no hai por acá noticia alguna, pero no seria imposible que en alguna de las Repúblicas Australes de nuestro continente se hubieran conservado, siquiera fuese en sentido translaticio o en alguno otro. Si acaso hubieren llegado a oidos de Ud., me atrevo a suplicarle me haga el favor de comunicarme lo que sobre ellos supiere, i en todo caso se sirva publicar esta carta-pregunta en su acreditado periódico, cuya extensa circulacion permite esperar que, si por este camino se puede llegar a averiguar el punto, acaso vaya a dar esta pregunta con quien tenga modo de contestarla.

De antemano doi a Ud. las gracias por el perdon que su indulgencia otorgará a ésta, que sin mayor ofensa de la verdad puedo llamar impertinencia, i me suscribo de Ud. atento i obsecuente servidor Q. S. M. B.

Rufino José CUERVO.

ACTAS DE LA SOCIEDAD PARA EL ESTUDIO DE LAS CIENCIAS POLITICAS.

SESION DEL 6 DE JULIO.

Se abrió presidida por el señor Rodriguez, con asistencia de los señores Echeverría, Rojas, Gandarillas, Aguirre, Zorrilla i Vergara.

Fué leida i aprobada el acta de la sesion anterior.

El señor PRESIDENTE habló primeramente sobre el punto histórico en estudio, i manifestó el cambio sobrevenido en las sociedades con la aparicion del Cristianismo sobre la tierra.

El Evanjelio no presentaba un código político que sostituyera las instituciones existentes por otras nuevas. Si la moral que contenia era llamada a inspirar las lejislaciones de los pueblos i a influir en todas las instituciones sociales, no estaba, sin embargo, formulada en preceptos cuyo inmediato cumplimiento trastornara de todo en todo el órden establecido. Por eso fué por lo que el Cristianismo hizo paso a paso sus conquistas i fué renovando poco a poco las sociedades.—Un solo precepto habia en el Evajenlio, claro i terminante: "Dad al César lo que es del César i a Dios lo que es de Dios;" i ese precepto obró, desde el momento mismo de la venida del Cristianismo, una revolucion en órden a la emancipacion de las conciencias. Hasta entónces el soberano, el César, estaba tan alto como Dios, era un dios: despues del Cristianismo, el soberano, representante de Dios en el gobierno temporal de las sociedades, veia subordinada su autoridad a otra mas alta.

Los apolojistas de los primeros siglos de la era cristiana defendieron como sagrado este nuevo principio que arrancaba de manos de los césares una provincia de su imperio, el fuero de las conciencias. Todos los cristianos estaban dispuestos a sostenerlo con su sangre: como con ese principio no se conciliaba el dogma de la soberanía i majestad del pueblo romano, personificado en sus príncipes, los cristianos fueron acusados del delito de lesa-majestad, i fueron mártires.

El señor Rodriguez se limitó, tocante a la exposicion de los primeros capítulos de las *Armonías económicas*, a recordar cómo Bastiat enuncia las nociones elementales de la ciencia para asentar mas tarde sus hermosas teorías sobre el valor i sobre las ideas de propiedad i comunidad.

Temas de estudio para la sesion próxima: 1.° continuacion de

la exposicion histórica durante los siglos medios, i 2.° análisis del cambio.

Fueron elejidos miembros de la sociedad los señores don Alejandro M. Guerra, don Mariano Egaña i don Luis Vial Solar.

Se levantó la sesion.

SESION DEL 20 DE JULIO.

Asistieron los señores Rodriguez don Zorobabel, Aldunate, Moreno, Echeverría, Egaña, Vial Solar don Javier i don Luis, Rodriguez don Pedro Jesus, Walker i Vergara.

Leida el acta de la sesion última, el señor Vergara trató del tema histórico en estudio.

En la Edad Media se presentan muchos hechos que han de examinarse por separado, para poder apreciar en seguida el progreso realizado en esa época en las ideas políticas e instituciones sociales, i ver cuál ha sido la influencia respectiva de los diversos elementos que concurrieron a darle un carácter propio. Si se fija solamente la atencion en las doctrinas proponderantes en la Edad Media sobre los problemas políticos, debe notarse el oríjen de aquellas doctrinas i cómo han resuelto estos problemas los mas autorizados escritores de ese tiempo.

Hubo un primer período, desde el siglo VI al X, en que, fuera de algunos escritos aislados i de polémicas sin mayores consecuencias, no aparece una obra notable que merezca ser tomada en cuenta al hacer una reseña histórica i suscinta. La gran cuestion que mas tarde iba a dividir en dos corrientes diversas las opiniones de los pensadores, la cuestion de la preponderancia de la Iglesia o del Estado, no era todavía tratada en el terreno que lo fué despues.

En el siguiente período, surjieron los dos sistemas diversos sobre la soberanía, que en el período anterior apénas se bosquejaban: el sistema del derecho pontificio i el sistema del derecho imperial. Juristas i canonistas estuvieron divididos para robustecer cada una de las autoridades supremas. El derecho divino de los soberanos, la omnipotencia del Estado fué sostenida como un principio santo por los lejistas, al paso que los canonistas extremaban el poder temporal del Pontífice.—Sobre unos i otros, los maestros de la Escuela fijaron con mas acierto los fundamentos i el límite de la soberanía de los Estados.

El señor VERGARA dió lectura, a este propósito, a diversos pasajes de la obra de un teólogo autorizado, en que se determina el sentido que la Escuela ha atribuido al principio de la soberanía de los reyes. En el pueblo está el oríjen de la autoridad; el prín-

cipe solo la posee en virtud de la delegacion expresa o tácita que el pueblo ha hecho de sus atribuciones; las leyes son la expresion de la voluntad de la multitud; el príncipe puede dictar leyes solo dentro de los límites en que represente a la multitud: tales son las opiniones constantes en la Escuela desde Santo Tomas a Suarez.

El señor Rodriguez don Zorobabel, agregó algunas observaciones sobre el mismo tema, llamando la atencion al modo cómo en esta época se planteaba i resolvia un problema que es fundamental en la ciencia política i que todavía pide una solucion satisfactoria.

Siguíose una lijera discusion sobre esta materia en que tomaron parte casi todos los señores presentes a la sesion.

Por lo avanzado de la hora, se dejó para la sesion próxima el tratar del otro tema en estudio, designado en la anterior i de las doctrinas políticas de Maquiavelo.

El señor don José María Eyzaguirre fué elejido miembro de la sociedad.

Se levantó la sesion.

SESION DE 10 DE AGOSTO.

Se abrió la sesion presidida por el señor don Zorobabel Rodriguez, con asistencia de los señores Echeverría, Vial J., Egaña, Walker Martinez J., Zorrilla, Guerra, Aguirre Vargas V., Rojas Jorje 2.°, Aguirre Vargas C., Vial Luis i Aldunate.

El tema histórico designado para esta sesion, era: "estudio sobre Maquiavelo." Hicieron uso de la palabra los señores Rodriguez i Aldunate.

El primero dió a conocer el espíritu dominante de las obras políticas de Maquiavelo, manifestando tambien el carácter personal del autor.

El Tratado del Príncipe i *Los discursos sobre Tito Livio*, sus dos libros mas notables, tienden a un mismo objeto. Allí desarrolla Maquiavelo los medios, a su juicio, mas conducentes para que un príncipe conserve el predominio en el Estado o para que una nacion llegue al mas alto grado de poder i de grandeza, sin tomar absolutamente en consideracion la moralidad de los actos que él conceptúa necesarios al fin que se propone. De este modo llega a aconsejar, como elementos indispensables de gobierno, la crueldad i la mala fé.

No puede sostenerse que los doctrinas de Maquiavelo hayan contribuido al progreso de la ciencia social. Ellas no encierran ideas verdaderamente orijinales. Por el contrario, los principios llamados maquiavélicos, han existido ántes que el político de es-

te nombre, existen aun i existirán miéntras haya hombres con pasiones sobre la tierra. No son otra cosa que los móviles que siempre impulsan al malvado i al egoista a sacrificarlo todo en obsequio del interes privado i de un finjido interes público que no conduce en realidad al verdadero bienestar de los pueblos. Los apolojistas de Maquiavelo han exajerado la importancia, i sobre todo, la influencia de sus escritos.

Sin embargo, *El Tratado del Príncipe* i *Los discursos sobre Tito Livio* son obras de un indisputable mérito literario. Cualquiera que sea el fundamento de las ideas, están éstas presentadas allí con cierta novedad i atractivo. La popularidad de que por esta causa han gozado aquellas obras, podrá quizá haber ejercido alguna influencia en los acontecimientos políticos posteriores a su publicacion.

Algunos pretenden que *El Tratado del Príncipe* está concebido con la oculta mira de hacer odiosa la tiranía, presentando sus vicios i la miseria del pueblo que de ella proviene, en su mas repugnante desnudez. Tales propósitos no pueden atribuirse a Maquiavelo, porque no eran mui elevados los móviles que lo indujeron a publicar aquel libro. El objeto del Príncipe, como el mismo autor lo enuncia en una carta escrita a su amigo Vettori, es halagar la vanidad de los Médicis a fin de obtener de esos señores un empleo cualquiera. Por esto aplaude las iniquidades de César Borjia i lo propone por modelo a los príncipes que aspiran a ser grandes.

Entre los defensores de Maquiavelo, algunos se han esforzado por echar sobre la época la falta de su doctrina. Lord Macaulay trata de manifestar que el estado moral de la Italia, cuando apareció la obra del Príncipe, era tal, que las doctrinas de este libro correspondian a ideas comunes en aquel tiempo. Cuesta, sin embargo, creer que hasta tal punto estuviera desmoralizada la Italia, porque el libro de Maquiavelo encontró ardientes impugnadores en la misma época en que se escribió.

Recuerda el señor Presidente las obras de varios autores que se han ocupado en impugnar la doctrina de Maquiavelo, i concluye leyendo el juicio que sobre él hace César Cantú en el tomo V de su *Historia Universal*.

El señor ALDUNATE, insistiendo en las ideas vertidas por el señor Rodriguez, llama la atencion sobre el alcance limitado que el mismo Maquiavelo procura dar a sus escritos.

El autor de *El Príncipe* i de *Los discursos sobre Tito Livio* no ha tratado de presentar una doctrina científica. El deja a un lado los principios abstractos i absolutos. No desconoce el mérito de la virtud ni deja de tributar aplauso a las nobles o abnegadas acciones. Pero el objeto de su obra no es manifestar lo que debe ser, sino tomando las cosas como son, dar reglas para asegurar el éxito.

La política para Maquiavelo no es una ciencia, como lo fué en manos de Aristóteles i Santo Tomas; es un arte: el arte de reinar. I un arte de reinar aplicado a la época i a los gobiernos para quienes escribia el autor. Los Estados italianos eran la presa de los audaces i de los criminales. A los príncipes nuevos, que por el puñal o el veneno se han adueñado del poder, es a quienes va principalmente dirijida la obra de Maquiavelo. Un trono basado sobre el crímen no puede mantenerse sino por la astucia i el crímen: los dos medios de buen gobierno que aconseja Maquiavelo.

Ni aquella reserva de principios ni el carácter de actualidad que parece revestir la obra de que tratamos, pueden justificar las detestables máximas que en ella se desarrollan. Sin embargo, todo eso hace descubrir un método especial de tratar los problemas políticos, método esencialmente práctico i sin duda manejado hábilmente por el autor de *El Príncipe*.

Considerando por este aspecto el mérito de sus obras, un autor ha llegado a decir que Maquiavelo ha hecho a la política el mismo servicio que Dante a la poesía: la ha traducido en lengua vulgar. Despues de Maquiavelo, se ha dicho, la política ha salido de las escuelas para llegar hasta el pueblo; a él se debe el método de observacion, el método práctico.

Es de creer que en estas ideas hai exajeracion, i sobre todo al decirse que Maquiavelo ha introducido el método empírico en esta clase de ciencia. No es menester conocer mucho la historia para convencerse de que este método habia sido usado con anterioridad al escritor de que se trata. I en jeneral, la influencia ejercida en el movimiento de las ideas por la obra de Maquiavelo, parece haber sido mas bien perniciosa que favorable. El ejemplo de cinismo que ha dado al poner sus talentos i sus dotes literarias al servicio del crímen, puede alentar aun a los modernos Maquiavelos de los golpes de Estado i de la política de partido.

Despues de haberse hablado algo mas sobre el mismo tema, se acordó continuar el estudio histórico sobre los políticos del siglo XVI.

Quedó fijado para la próxima sesion el mismo tema sobre el análisis del cambio, que debia haberse tratado en la presente.

Se levantó la sesion.

ANTECEDENTES HISTORICOS

A LA

VIDA POLITICA DE PORTALES.

(Conclusion.)

V.

El pais parecia un libro desencuadernado, cuyas desparramadas pájinas no pueden prestarse a la lectura, en medio de este extraño torbellino de desgracias i de abusos. El horizonte cada vez se ennegrecia mas: nadie atinaba a comprender la situacion i ménos a dominarla: el contajio del mal tomaba horribles creces i solo el esfuerzo de una esperanza demasiado enérjica podia sostener a los pocos espíritus que aun no habian perdido por completo su fé en el porvenir de la República. El nivel moral habia descendido de una manera dolorosa sobre todas las clases sociales, i la corrupcion política no habia perdonado nada. Si algunos hombres jenerosos intentaron alguna vez contener el desborde, sus voces se perdieron entre los gritos confusos de la multitud. La escena estaba llena de personajes mediocres, i no habia ni una cabeza bastante alta, ni una voluntad bastante fuerte para dominar a la muchedumbre, imponiéndose sobre las circunstancias fatales del momento. Era, en fin, aquello una plena crisis social i política.

No es dado, sin embargo, acusar de mala fé a la mayoría de aquellos hombres públicos, ni desconocer que algunos de ellos estaban dotados de excelentes cualidades personales: los habia, i mui dignos, i mui honrados, i mui patriotas. Pero, no eran hombres de estado: hé ahí su falta. Si aspiraron al bien de la patria, no tuvieron ni la fortuna ni el vigor suficiente para dar cumplido

término a sus aspiraciones; i para rejir los destinos de un pais no basta tener buenos deseos, que es necesario saberlos realizar. Se necesita ante todo, i sobre todo, carácter, i carecieron de él los hombres del 28. Por eso si sus faltas no los hacen reos de censura personal, los hacen, sí, merecedores de amarga censura respecto de su conducta en la vida pública. Las intenciones honradas disculpan; pero, no justifican: i si en alguna cosa el éxito absuelve o condena con alguna justicia, es en la política, en la cual los resultados se presentan de ordinario como la consecuencia lójica, natural, imprescindible, de los medios que se han puesto en accion para obtenerlos.

Preciso es confesar que el mal venia de mas léjos. Los personajes que figuraron en el escenario del 26 i del 28 eran los mismos que se habian educado en el modo de ser de los años de la colonia. Todos ellos trabajaron bien por la libertad; pero, no educados en ella, no la supieron comprender: la confundieron siempre con la debilidad o la licencia, llegaron hasta creer que el respeto a la soberanía del pueblo consistia en obedecer ciegamente los caprichos de la multitud, i en consecuencia, se hicieron reos de la gran falta de mostrarse siempre débiles, sino cobardes, en las esplosiones de la anarquía. La multitud, a su turno, indócil, ignorante, con el entusiasmo estúpido que de ordinario tiene por las palabras mas que por las cosas mismas que ellas representan, al grito de libertad corria a la plaza a dar pábulo a sus arranques de malas pasiones mas que a representar dignamente el honroso papel que le asignan los dogmas de la democracia moderna. Las elecciones eran tumultos i los *meetings* se convertian en asonadas. Ser ciudadano era tener justo título para conspirar, i ejercer los derechos de tal equivalia a estar constantemente mezclado i tomar armas en todas las revoluciones. Así se entendia nuestra democracia en aquellos dichosos tiempos.

Verdad es que se habian proclamado algunos buenos principios i llevado a cabo algunas empresas importantes, como la conclusion de la guerra de España; pero, quedaba tanto por hacer, tanto por organizar, que la obra revolucionaria del año 10 estaba todavía en estado embrionario. Apénas si habíamos salido de la cuna en nuestro carácter de pueblo libre. El último supremo esfuerzo hecho por los liberales para fijar el rumbo a la nave del Estado e imprimir el sello a nuestra nacionalidad, fué la Constitucion del 28: pero, si sanas fueron las intenciones de los Constituyentes i nobles los móviles a que pudieron obedecer, su obra fué por demas incompleta, i la ménos apropósito para poner término al malestar que aflijia a la República.

Así las cosas i tales las circunstancias, no faltaba mas que la chispa para producir el incendio. Un accidente cualquiera, un arranque de audacia, una de tantas casualidades podia cambiar

las cosas i despertar al pueblo, haciéndole ver el abismo que iba abriéndose a sus piés desde siete años atras. Se necesitaba una ocasion i un hombre, i ellos vinieron; i hé aquí cómo.

El Congreso, que se habia instalado en Valparaiso el 6 de setiembre de 1829, tenia pendiente sobre la carpeta de su discusion una cuestion de altísima importancia: se trataba nada ménos que de hacer el escrutinio i rectificar la eleccion que acababa de tener lugar para los altos puestos de la presidencia i vice-presidencia de la República. Los diversos partidos habian luchado con ardor i el resultado habia sido el siguiente: por el jeneral Pinto 122 votos, por don Francisco Ruiz Tagle 98, por el jeneral Prieto 61, por don Joaquin Vicuña 48, dispersado el resto de los sufrajios entre otras personas. La Constitucion disponia en su art. 71 que el que hubiera obtenido mayoría absoluta seria declarado presidente de la República; i en consecuencia, lo fué el jeneral Pinto, sobre el cual no cabia ninguna duda; pero, respecto a los tres siguientes como ninguno llegaba a la mayoría absoluta, se suscitaron dificultades sérias.

El Congreso, en vez de reducir la votacion a los nombres de Tagle i Prieto, como era su deber, atendida la notable superioridad numérica alcanzada en todo el pais sobre Vicuña, la extendió a este último, violentando audazmente el espíritu de la lei, atropellando con desenfado a la opinion nacional i sin otra razon para disculpar su errado proceder que la de ser el protejido uno de los mas ardientes sectarios del bando dominante. El resultado de la votacion no podia ser dudoso para nadie: todo el mundo conoció de antemano a dónde iba dirijido el golpe: en la conciencia pública quedó desde el principio perfectamente definida la situacion. Don Joaquin Vicuña obtuvo, en efecto, mas votos que Tagle, i por un golpe de mayoría fué proclamado vice-presidente de la República.

En vano algunas voces sensatas se levantaron para manifestar la ilegalidad del acto con la lectura de las disposiciones terminantes de la Constitucion, que ordenaba la eleccion del vice-presidente entre los de la mayoría inmediata a la del presidente: inútilmente se dejaron oir protestas llenas de patriotismo i enerjía contra una interpretacion tan absurda i un abuso tan injustificable del número: cayeron en terreno estéril las observaciones desapasionadas i previsoras de algunos hombres de bien que veian las cosas desde léjos i por consiguiente con mas claridad que los actores de tan tristes acontecimientos: nada valió la circunstancia especial del exiguo número de sufrajios que en el escrutinio de la eleccion jeneral obtuvo Vicuña, notablemente inferior al que alcanzaron Ruiz Tagle i Prieto: toda razon fué inútil, vano todo empeño en obsequio del buen sentido, i nada se respetó, a trueque de obtener el éxito. ¡Tan cierto es que no hai peor consejero que la pasion de partido!

El mismo jeneral Pinto encontró abusivo el proceder del Congreso; i de allí su renuncia.

Mas, no hai que buscar la razon de esta conducta de los liberales en la interpretacion de la lei, ni en su letra, ni en su espíritu. Estaban ellos perfectamente convencidos i penetrados del falso papel que representaban i de la injusticia con que procedian. Justificábanse con otra razon: la de no ser Ruiz Tagle del todo de ellos i haberle sorprendido en relaciones mas o ménos peligrosas con los Pelucones. I en efecto, ministro de Hacienda de Pinto, gozaba de crédito entre los liberales, i al mismo tiempo, relacionado con vínculos de familia i de amistad estrecha a algunos de los personajes mas conspícuos del partido conservador, no era mal recibido por los Pelucones: aprovechándose de esta especial posicion que le daba doble ventaja sobre los que pudieran presentársele como émulos, su candidatura a la vice-presidencia de la República no encontró oposicion ni entre los unos ni entre los otros, logrando en los primeros momentos casi unanimidad en las urnas electorales: todo parecia contribuir al brillante éxito de esta eleccion, cuando en el bando pipiolo entró la desconfianza a su respecto, i se impartieron órdenes perentorias a las provincias para hacerle la guerra mas decidida, i cambiar su nombre por el de don Joaquin Vicuña, intendente a la sazon de Coquimbo: esto explica por qué éste obtuvo solo cuarenta i ocho sufrajios, al paso que aquél alcanzó a noventa i ocho en el escrutinio nacional, i el por qué se cambiaron los papeles en la eleccion verificada por el Congreso, apareciendo Vicuña como el candidato de los Pipiolos, i Ruiz Tagle de los Pelucones.

No fueron, pues, razones filosóficas o legales; fueron móviles de interes personal, de secta, de partido, los que inclinaron el ánimo del Congreso para obrar como lo hizo. Quitados los disfraces i las caretas, ¡qué feos i repugnantes son los rostros de los juglares de la escena! Penetrando en el fondo de la historia, ¡qué pequeños i miserables se ven ante los ojos de la posteridad las intrigas de bastidores de los políticos que no se inspiran en los altos consejos de la justicia!

No necesitaba mas el pais para convulsionarse: la última gota habia hecho derramar el vaso, que ya estaba lleno; i era el mismo Pipiolismo el que con sus propias manos se daba el golpe de gracia.

VI.

Apénas se supo la noticia de lo que habia pasado en el Congreso de Valparaiso, se reunió la Asamblea provincial de Concepcion i suscribió la siguiente acta:

—"En la ciudad de la Concepcion, en cuatro dias del mes de octubre de 1829, reunida la Asamblea en sesion extraordinaria con motivo de la nota dirijida al intendente de la provincia por el ministerio del Interior en 17 de setiembre último, relativa a que se exija de los pueblos de su comprehension el reconocimiento de presidente i vice-presidente de la República: para el primer destino, al señor jeneral don Francisco Antonio Pinto, i para el segundo, el ciudadano don Joaquin Vicuña, segun el escrutinio verificado por el Congreso jeneral, i notando este cuerpo provincial la escandalosa infraccion de la Constitucion sostenida por las Cámaras de Representantes nacionales, que han traicionado abiertamente la voluntad de sus comitentes, en el hecho de excluir a los que la mayoría respectiva llamaba a la vice-presidencia, interpretando arbitrariamente la lei constitucional, para consumar el meditado plan de dar la muerte a la patria: notando otra multitud de actos de absolutismo, así en las citadas cámaras como en el ejecutivo jeneral, que no ha querido aprobar hasta ahora las propuestas legales que ha dirijido esta representacion: desechando asimismo la Cámara de Senadores, los que nombró a pretextos insustanciales e insignificantes; i viendo, por fin, que todo es emanado por un complot para que triunfe una faccion ominosa i desorganizadora que ataca con impudencia los mas sacrosantos derechos. La Asamblea, en consecuencia de sus atribuciones i del deber de sostener a todo trance la gran Carta Constitucional, ha decretado i declarado:—Art. 1.° Que habiendo habido infraccion de Constitucion por la lejislatura nacional, son nulos todos los actos que han emanado de este cuerpo; que no se reconoce por el mismo hecho su autoridad, i que por consiguiente se imparta órden a todos los partidos de la comprehension para que inmediatamente retiren los poderes a sus diputados en Congreso: 2.° Que, consecuente a aquel principio, no se obedece al presidente i vice-presidente, que acaba de declarar por tales el Congreso, pero sí a las autoridades que funcionaban ántes de la lei constitucional: 3.° Que aunque parece lejítima la eleccion del señor jeneral Pinto, sin embargo, se le niega el obedecimiento por exijirlo así el imperio de las circunstancias, la salvacion del pais, i por otros motivos que la moderacion manda callar: 4.° Que el presente decreto se publique por bando en toda la provincia pasándose al efecto copia legalizada al ejecutivo provincial."—

La Asamblea provincial del Maule se unió a la de Concepcion, i el ejército, cuyo jefe era el jeneral Prieto, aceptó con entusiasmo el movimiento revolucionario.

La nueva de estos sucesos cayó como un rayo en medio del partido Pipiolo de la capital, que se sintió víctima del desconcierto mas completo. Atropelladamente se reunió el Congreso el 17; no acertó a tomar medida ninguna de provecho, perdió el tiempo en inútiles discusiones sobre la aceptacion o rechazo de tres

renuncias sucesivas que le presentó el presidente electo; probó, en fin, lo que todo el mundo sabia: que le faltaba la primera condicion para mandar en circunstancias difíciles, el carácter. La última resolucion de Pinto, que cedió al cabo a sus amigos, ciñéndose la banda tricolor, léjos de mejorar la situacion respecto de los Pipiolos, contribuyó a empeorarla, llevando al campo de la publicidad su palabra, que venia a dar la razon a los revolucionarios del sur. Pinto, en realidad, creia ilegal la eleccion del vice-presidente Vicuña, i así lo manifestó repetidas veces. "No insisto en mis enfermedades habituales, decia en su tercera renuncia; no invoco el principio incontestable de que toda grave responsabilidad debe ser voluntariamente contraida. En otras circunstancias hubiera renunciado gustoso este derecho. Motivos de un órden superior me hacen imposible hacerlo. Algunas de las primeras operaciones del Congreso adolecen, en mi concepto, de un vicio de ilegalidad que, extendiéndose necesariamente a la administracion que obrase en virtud de ellas o que pareciere reconocerlas, la harian vacilar desde los primeros pasos i la despojarian de la confianza pública. No me erijo en juez del Congreso. Lo respeto demasiado. La intelijencia que doi a la Carta Constitucional será talvez errónea, pero basta que en un punto de tanta importancia difieran mis opiniones de las del Congreso; basta que entre los principios que le dirijen i los mios, no exista aquella armonía, sin la cual no concibo que ninguna administracion pueda ser útil; basta, sobre todo, la imposibilidad de aceptar la presidencia sin aparecer partícipe en actos que no juzgo conformes a la lei, i de una tendencia perniciosa para que me sea, no solo lícito, sino obligatorio el renunciarle."—

I al dia siguiente de aceptar su alto cargo, consecuente con estas ideas, proponia al Congreso, en nota de 20 de octubre, las siguientes bases de transaccion con la opinion del pais, que los oprimia bajo el peso de su severidad lejítima:—"La separacion espontánea del Congreso, la convocacion de los cuerpos electorales i la renovacion de las elecciones constitucionales para el año venidero en las épocas que la lei fundamental señala, tales son, en la opinion del Gobierno, las solas medidas que pueden salvar de un naufrajio inminente el bajel del Estado."—

La hoja que daba a la publicidad el primero de estos documentos agregaba algunas frases hábil i expresamente calculadas para producir todo el efecto a que se prestaban. "El documento que antecede, decia, no puede ménos que ser honroso a su autor porque en él demuestra que si tuvo la desgracia de errar el camino que debió seguir, conserva todavía bastante rectitud para prestarse al convencimiento i someterse a la voz de la verdad. Constituyéndose el jeneral Pinto órgano de la opinion pública, para hacer saber a las Cámaras sus sentimientos acerca de las operaciones refractarias con que esos cuerpos abrieron su carrera, ha

vindicado su reputacion en el concepto de los hombres sensatos, i ha hecho nacer positivas esperanzas de que los males que amenazan a la República van a tocar su término. Los mismos que por una casualidad dieron la Constitucion, han tenido la osadía de violarla, i han alarmado con su conducta a todos los buenos ciudadanos. Desde un extremo de Chile hasta el otro se ha alzado un grito de indignacion contra los infractores de la lei. Toda la masa de la nacion se ha conmovido i el jeneral Pinto ha manifestado en su resolucion que no se ha sustraido del dominio de los principios, i ha reunido sus votos a los de los amantes del órden. Conozcan los atrevidos que las virtudes de los chilenos no sufren el yugo de los vicios, i que, fieles a sus deberes, saben usar de sus recursos para castigar a los ofensores de sus derechos." (1)

La fraccion de los liberales, que se hallaba dividida en el seno del Congreso, se dividió tambien en la apreciacion de la conducta del presidente. Los ménos aplaudieron; los mas condenándola, no tuvieron, sin embargo, coraje suficiente para dominar francamente la situacion, i la abordaron con miedo. Entre éstos aparece el hermano del vice-presidente Vicuña, i hé aquí un documento que acaba de arrojar completa luz sobre los sucesos de la época:

"S. S.:—El presidente del Senado, hermano del intendente de Coquimbo, coronel don Joaquin Vicuña, ocurre respetuosamente al Congreso poniendo en ejercicio el derecho de peticion que la Constitucion le concede, i por él encarecidamente suplica se le admita la renuncia de la vice-presidencia de la República a que le ha promovido la eleccion del Congreso. La gratitud queda impresa en su corazon. Los motivos que le impelen a ésta es el bien mismo de la nacion: poco importa ésta que una mayoría del Congreso haya dado la preferencia a sus cortos servicios i méritos, si otra porcion considerable queda descontenta con su nombramiento, atacado en el papel público titulado El Sufragante por nula. El ha recorrido los artículos de la Constitucion i encuentra que si la letra de la lei no le excluye, al ménos el espíritu de ella impele a su conciencia i sentido íntimo a no recibir un empleo cuya nulidad o lejitimidad es un problema. Una minoría numerosa, protejida por el poder es una mina fuerte de la opinion sin la cual ningun gobierno puede marchar con seguridad. En esta atencion, espera de la gracia del Congreso acceda a su súplica i peticion.

"Santiago, octubre 24 de 1829.—Francisco R. Vicuña."

La revolucion con estos antecedentes triunfaba sin luchar: no necesitaba disparar un tiro de fusil para sentar sus reales en la misma plaza de armas de Santiago, desde que los mismos cori-

(1) Imprenta de don Ramon Renjifo. Octubre 19 de 1829.

feos de los liberales era los primeros en reconocer la razon de sus derechos.

Entre tanto, los pequeños medios, las intrigas de familia, los influjos de amistad, las concesiones condicionales, las promesas jenerosas, los conciliábulos secretos, los cuchicheos, la chismografía, todo, en fin, cuanto en estas ocasiones se acostumbra, se puso en juego para apartar el peligro de parte de los unos, i de parte de los otros para precipitar el conflicto de la tempestad que ya estaba encima. Se movieron con febril actividad todos los círculos políticos i se cruzaron entre sus jefes innumerables proyectos de alianzas, que, en último resultado, no hicieron otra cosa que enredar mas la desentrañable madeja. Cada faccion queria sacar provecho de la situacion, i a ese objetivo tendian todos sus empeños: los O'Higginistas veian en perspectiva la vuelta a la patria de su ilustre caudillo; los Liberales se hallaban divididos entre sí i buscaban con mas interes acaso que la ruina de sus adversarios, la ruina de sus amigos de la víspera, émulos del momento; los Federales soñaban con plantear su quimérica república sobre los escombros de los caidos; los Estanqueros, que eran los ménos, pero los mas audaces, se unian a los Pelucones, que, con semejante vanguardia, se arrojaban a tambor batiente i marchas forzadas sobre la destrozada fortaleza de los Pipiolos, haciendo ambos grupos causa comun contra el Gobierno, que bamboleaba en sus cimientos. De aquí es que era difícil entender a donde iban a parar aquellos manejos confusos, algunas veces tímidos, francos i valientes otras. Todos los partidos estaban en plena ebullicion de ideas i de pasiones.

Centro de todas estas intrigas era el jeneral Freire i a su alrededor se ajitaban los hombres de la situacion; en él se iban a estrellar todas las seducciones de los ajitadores: su influjo pesaba mucho en la balanza i era prenda de triunfo conquistarlo: era realmente popular, i su popularidad cada cual deseaba explotarla en favor de sus intereses. Freire se mostraba indeciso: por un lado algunas afecciones antiguas en las filas de los Pipiolos; por otra cierta emulacion mal encubierta en contra de Pinto, de quien se quejaba amargamente; de aquí la palabra ardiente, insinuante de Rodriguez Aldea; de allá el justo temor de lanzarse a la revuelta: por do quiera incertidumbre, oscuridad, vacilacion profunda, que no le permitian tomar partido ninguno, resuelto i franco. No tenia entereza de ánimo bastante para decir "nó" a los revolucionarios, ni enerjía suficiente para decirles "sí;" el soldado no comprendia su papel de hombre político.

Así las cosas, vuelve Pinto a renunciar su puesto: se le acepta su renuncia; le sucede el vice-presidente del Senado don Francisco R. Vicuña: se clausura el Congreso.

Una conferencia secreta, pero apasionada, impetuosa, viene a despejar el horizonte en aquellos momentos: muere en ella la in-

decision de Freire, i el derrocador de O'Hinggins promete ser el salvador de la República. Se dice que acabó por decidirlo una carta escrita de puño i letra del jeneral Prieto, cuyo portador fué don José Antonio Alemparte, i que el redactor de la contestacion de Freire fué el mismo Rodriguez Aldea, el alma de todo ese movimiento. Quedó entónces convenido todo lo que se realizó mas tarde, i este es un hecho histórico incuestionable.

Creció con esta adquisicion la audacia de los enemigos del Gobierno, i a los ataques solapados se sucedieron los movimientos sediciosos mas atrevidos i públicos. El 7 de noviembre se celebró un *meeting* en el Consulado, que ha dejado rastros imperecederos en nuestra historia. La concurrencia, compuesta de doscientas personas, despues de una discusion mas o ménos ajitada, dirijida por los personajes mas prominentes de la opinion, llegó a las conclusiones siguientes:

"1.° No reconoce la autoridad del Cabildo, ni de la Asamblea, i la de ningun funcionario cuyo nombramiento haya emanado de alguna de estas corporaciones.

"2.° Declara nulas las elecciones de diputados i senadores de esta ciudad, i por la intervencion que han tenido en las Cámaras, insubsistentes los nombramientos que estos cuerpos hayan hecho en cualesquiera empleados.

"3.° Niega la autoridad al que actualmente obtiene el mando de la República, i a las Cámaras que se han puesto en receso."—

Esto era hacer la revolucion en Santiago mismo bajo los ojos de la autoridad: equivalia a decretarse la victoria ántes de combatir. I así fué en efecto, porque quedó, en lugar del presidente de la República, elejida una junta de gobierno que desde el principio asumió la actitud de verdadero jefe del Estado. La componian Freire, Ruiz Tagle i Alcalde. Su primer paso fué dirijirse a Vicuña, exijirle en su propio palacio su abdicacion i obligarlo a huir a Valparaiso. *Ipso facto* el mando cambió de dueño.

Pero merece notarse, siempre como rasgo caraterístico de la época, el tono que usó el triunvirato revolucionario con el presidente destronado. No lo trató de igual a igual, sino de grande a chico, de jefe a subalterno: que a tal descrédito habian llegado aquellos desgraciados mandatarios. Hé aquí este curioso documento:

"Noviembre 12 de 1829.—La junta nombrada por el pueblo en la reunion del 7 del que rije observa con dolor que este vecindario se halla angustiado por las inquietudes i zozobras que son consiguientes a la dislocacion en que se halla toda la República. Los individuos que componen la junta se decidieron a aceptar este difícil encargo, creyendo que V. E. contribuyese tambien por su parte a restablecer la perdida tranquilidad; mas hemos tenido el sentimiento de no poder corresponder a la confianza que se nos hizo por no habérsenos dado a reconocer. En esta si-

tuacion vemos que se aumentan las inquetudes, porque la resistencia de V. E., infundiendo desconfianza aun contra su misma persona, nos ha imposibilitado para tomar la mas pequeña medida. La manifestacion del sentimiento público es una expresa desobediencia a la autoridad jeneral que se depositó en sus manos i por mas empeños que se hagan para conservarla, solo se conseguirá irritar mas los ánimos, i que se apele a medios que la prudencia del pueblo i la justicia de su causa consideran como indecorosos. Las medidas indiscretas en lugar de conseguir la paz, hacen que ciudadanos se precipiten, i que públicamente burlen a un gobierno que en su concepto no tiene ya dignidad que perder.

"Recomendamos a V. E. que considere un momento el estado del pais, i despues de una madura reflexion, conceptúe si con los elementos que tiene en su mano puede salvarlo del peligro que le amenaza. El pueblo de Santiago no ha hecho mas que seguir el grito de la justicia con que se anticiparon otros, i la resolucion que tomó el dia 7 merece mas acatamiento que el que se le ha dado. Ante él mismo nos hemos hecho responsables de apagar el fuego de la anarquía que las infracciones de la Constitucion encendieron por todo el pais, i para salvar nuestro decoro, es necesario que hoi mismo dé V. E. las órdenes para que se lleve a debida ejecucion la deliberacion del pueblo que se le comunicó por su comision en acta del 7. Su negativa o dilacion hará responsable a V. E. de los males que resulten i de la sangre que pueda derramarse, i la junta cubrirá su responsabilidad publicando esta nota para manifestar a sus comitentes la nulidad a que V. E. la ha reducido.

"Considerando que V. E. no debe desconocer el estado del pueblo por las ocurrencias de estos últimos dias, esperamos que sin dilacion se resuelva a fallar, o sobre la continuacion de los disturbios, o sobre el restablecimiento de la paz.

"Dios guarde a V. E. muchos años.—Santiago, noviembre 11 de 1829.—*Ramon Freire.*—*Francisco Ruiz Tagle.*—*Juan Agustin Alcalde.*—Señor presidente interino, don Francisco Ramon Vicuña." (1)

La mala estrella del anciano presidente lo llevó de Valparaiso, de donde se vió precisado a huir, porque esa plaza cayó en poder de los revolucionarios, a Coquimbo, donde, para colmo de sus desgracias, fué a caer prisionero en poder de sus enemigos que acababan de alzar el estandarte de la rebelion en aquella provincia.

Mas no quedó por eso, sin embargo, la capital de la República en posesion de los ajitadores triunfantes del Consulado. El ejército se mantuvo fiel al Gobierno, i la junta del Consulado, aunque contaba con el pueblo i la opinion, se estrelló en los cuarteles

(1) *Anuncio al Pueblo.* Imprenta de R. Renjifo.

que, si no eran la opinion, eran la fuerza, que en tales casos, aunque sea momentáneamente, triunfa de ordinario. Así sucedió en el caso actual; i Santiago, despues de haber visto, a medio dia, en la plaza pública, arrojado de su palacio al presidente de la República, tuvo el desconsuelo de presenciar la reaccion de las bayonetas a favor de la causa que condenaba i a cuyo abatimiento acababa de contribuir. No es del caso en el rápido bosquejo de estas pájinas referir cómo se desenvolvieron estas escenas de cuartel: basta consignar el hecho.

El jeneral Prieto, entretanto, llegaba a las puertas de Santiago. El jeneral Lastra, jefe de las fuerzas de los Pipiolos, le salió al encuentro. El 14 de diciembre se encontraron frente a frente en los campos de Ochagavía; el cañoneo empezó mui de mañana: el éxito se mantuvo algunas horas indeciso; sin embargo que a medio dia parecia inclinarse del lado de Lastra: i entónces, lo que las armas no obtuvieron, lo obtuvo la diplomacia, terminando la batalla i evitando un inútil derramamiento de sangre. A propuesta de Prieto hubo una breve suspension de armas, i los parlamentarios de uno i otro campo entraron a ajustar un convenio que diera fin a la anarquía, sacrificando en aras de la felicidad pública los encontrados intereses de los partidos políticos en que se encontraba dividida la República: pensamiento altamente patriótico, i cuya realizacion pareció posible en aquellos momentos. Que los conservadores estaban vencidos, se ha dicho, i que por eso buscaron ese camino para salvarse: posible es que así fuera. Pero esta circunstancia no quita que el camino elejido fuera decoroso i noble; i, léjos de ser una acusacion contra los hombres de ese partido que en este negociado intervinieron, es un testimonio rendido en obsequio de su talento para salvar de una manera digna en una situacion difícial, i de su tacto político para salvar su bandera de una derrota que la habria desprestijiado ante la opinion pública. Derrotados o nó, el hecho es que los jefes del ejército revolucionario levantaron bandera de parlamento, i lo obtuvieron.

Resultado de la entrevista entre ámbos jenerales fué un convenio por el cual se acordó poner ámbos ejércitos bajo las órdenes i mando del jeneral Freire, nombrar una comision gubernativa provisoria compuesta de don Francisco Antonio Pinto, don Francisco Ruiz Tagle i don Agustin Eyzaguírre i dar por terminada la guerra civil. Tal es, en resúmen, lo contenido en este convenio.

Las pasiones políticas han querido mas tarde revestir de ciertos colores sombríos este episodio de nuestros anales históricos, inventando patrañas que no tienen fundamento ninguno. Han llegado hasta asegurar que Prieto hizo desarmar violenta i alevosamente a Lastra i a los jefes que lo acompañaban, i que fiados en su buena fé habian ido a su propio campamento a tratar:

esto es profundamente falso. Lo que hubo de verdad fué que cuando los caudillos pipiolos comprendieron cuán crítica era la situacion del ejército del sur en los momentos en que ellos suspendieron el fuego del combate, se sintieron vivamente contrariados; i a falta de humildad para confesar paladinamente su error, echaron manos de otros medios para explicar su conducta i vindicarse ante sus amigos que los habrian podido acusar de candorosos. Su falta de astucia quisieron cubrirla con la antojadiza suposicion de traiciones i celadas ignominiosas que no hubo. Puede ser astucia, ardid de guerra, golpe político, la conducta de Prieto: deslealtad, alevosía, infamia, de ninguna manera.

El convenio, es cierto, fué un verdadero triunfo para los Peluconos i una cruel derrota para los Pipiolos: pero ¿cómo éstos lo aceptaron? La simple aceptacion por su parte de cualquiera de sus artículos ¿no era confesar el derecho i reconocer la justicia de la revolucion de octubre? El hecho mismo de dar el carácter de árbitro al jeneral Freire, poniendo bajo sus órdenes a uno i otro ejército, equivalia por sí solo a entregarse a merced de sus enemigos. Freire habia sido el elejido en el Consulado para reemplazar a Vicuña; sus preferencias en favor de los Peluconos no habian podido ser mas marcadas que lo que lo fueron en aquellos últimos dias: públicas eran sus enojosas prevenciones contra el ex-presidente Pinto, su complicidad en la revolucion del sur, sus compromisos con el jeneral Prieto; esto estaba en la conciencia de todo el pais i con evidencia constaba a los combatientes de Ochagavía.

Con estos antecedentes, no se comprende la aceptacion de ese pacto por parte de los liberales sino bajo el supuesto de lo que hubo en realidad, es a saber, de que, léjos de considerarse Lastra vencedor en el campo de batalla, creyó que o el éxito estaba mui comprometido o que en realidad las fuerzas revolucionarias eran superiores a lo que aparecian. I esto se explica, porque hasta los momentos en que trataron, la caballería de Prieto bajo las órdenes del coronel Búlnes se mantenia intacta i se habia mostrado superior a la del Gobierno: el principio de derrota que parecia pronunciarse en las filas del primero no habia pasado de algunos cuerpos de infantería i aun no habia trascendido al resto del ejército. No alcanzaron a ver con claridad estos hechos los jefes liberales, i de ahí la suspension de armas aceptada.

Que los Peluconos obraran de otra suerte i en un sentido diametralmente opuesto desde luego es de facilísima explicacion: eran revolucionarios, i cualquiera transaccion les equivalia a una victoria arrancada a la debilidad de sus adversarios. Hallándose, como se hallaban, en parte destrozados, unas cuantas horas de tregua les importaba la reorganizacion de sus fuerzas, el mantenimiento de su disciplina, el provecho inmediato i efectivo que podian sacar de su caballería, el gran efecto moral que su acti-

tud de dictar condiciones les alcanzaba en toda la República, sobre todo, impuestas esas condiciones en las puertas mismas de la capital i a los jefes mas distinguidos i de mas nombradía del bando Pipiolo. La designacion de Freire, por su parte, estaba tambien dentro de la lójica: era uno de los suyos, i ellos tenian prendas seguras de su futura conducta: era hasta el candidato en que algunos pensaban como el mas aceptable en aquellas circunstancias.

Pero, sea de ello lo que fuere, mediando estas circunstancias, el convenio de Ochagavía fué, como dejo dicho, un verdadero triunfo para los revolucionarios. No podian esperar ni desear mas. Ardid de guerra, mostró que sus caudillos midieron en un instante i con ojos de águila la situacion tal como era; intriga diplomática, descubrió en los que la idearon i llevaron a efecto sobrada audacia i aventajado talento; juego de partido, nada dejó que desear porque los llevó al poder, apénas puestas las firmas de los jenerales al pié de aquel documento.

Queda todavía que aclarar un punto oscuro, sobre el cual aun no se ha hecho bastante luz en medio de esta tempestad de acontecimientos: la actitud que posteriormente asumió el jeneral Freire. I, sin embargo, no hai cosa mas clara. Gran corazon, dotado de bellas cualidades como soldado, era inconstante, candoroso hasta tocar en la inocencia i no tenia ninguna de las grandes cualidades que necesita un hombre público. Siempre víctima de las intrigas que surjian a su alrededor, nunca supo ni hacerse superior a ellas, ni dominarlas: las pasiones encontradas en que se veia envuelto lo arrastraban en opuestas direcciones i lo aturdian; cambiaba de afecciones i de ideas, segun los influjos que alternativamente lo dominaban, i en vez de principios tenia impresiones; a veces pelucon, a veces pipiolo, no se puede afirmar con certeza lo que era en realidad, i yo, despues de un maduro estudio de su vida i de su carácter, avanzo la opinion de que como soldado siempre fué mucho i como político siempre poco. Por eso lo vemos haciendo en su pais un papel inferior al que le correspondia: juguete de encontradas ambiciones, no pasó de ser un instrumento mas o ménos glorioso i afortunado: honrado i valiente, pero no dotado de aventajadas dotes de injenio, su fama de guerrero vuela a la historia con un rastro de luz inmarcesible, su reputacion de hombre público es ante los ojos de la posteridad una sombra oscura, sin fascinacion, ni reflejos. Brazo fuerte para resistir al choque de las caballerías enemigas en los campos de batalla, pecho débil para contrarestar el empuje del torrente de las pasiones políticas; buen hombre, pero no en la amplitud de la palabra, buen ciudadano, merece tributo de veneracion como uno de los padres de la independencia, pero está léjos de ser digno de colocarse en la primera línea de nuestros majistrados.

El retrato del personaje explica el fenómeno histórico de que

me vengo ocupando. ¿Qué extraño que volviera a figurar en primer término en las filas de los Pipiolos hasta llevarlos al desgraciado desenlace de Lircai, si ántes, en mas de una ocasion, habia estado con ellos, i contra ellos?

VII.

Desgraciadamente los acontecimientos se precipitaron de tal manera que la anarquía pareció reventar de nuevo con esplosion violenta. Desde los primeros dias empezaron a tocarse las sérias dificultades de la situacion. Se suscitaron diversas i pequeñas cuestiones entre el jeneral Freire i la junta gubernativa, que quedó definitivamente compuesta de los señores José Tomas Ovalle, Isidoro Errázuriz i José M. Guzman, este último en reemplazo de don Pedro Trujillo. Aquél se escudaba en su título de jeneral en jefe del ejército, ésta invocaba en su apoyo su carácter de Gobierno de la República. Influencias opuestas se ponian en juego por ámbos lados: los Pelucones apoyaron con calor a la junta, los Pipiolos al jeneral. Con motivo de una solicitud de aquélla para retirar de Valparaiso al teniente coronel Amunátegui, a la cual éste se negó en términos agrios, juzgó oportuno la Junta "explicarse francamente," i en nota de 20 de enero de 1830 le contestó con estas palabras al jeneral Freire:

"Nuestras diferencias, le dice, serán interminables miéntras V. E. esté en la persuacion que es independiente del Gobierno en cuyo territorio reside, porque el ejército i V. E. se titulan nacionales: este es un equívoco que degrada a V. E. i trastorna el Estado entero: degrada a V. E., porque un ejército que no pertenece a Gobierno alguno seria un pirata en tierra; ¿i se honrará V. E. de mandar con este título? Los ejércitos son creados para mantener la tranquilidad interior i defender al Estado de los enemigos exteriores; i si no hai Estado sin gobierno, tampoco puede existir sin él ejército que lo asegure i defienda: ese error trastorna al Estado i trastornaria al universo; si fuera admitido una vez, ¿qué significaria un Gobierno sin fuerza? ¿Qué seria el Gobierno con una soberanía militar dentro del Estado? ¿Cómo concilia V. E. esa libertad, de que se titula defensor, con la soberanía militar i un ejército independiente de todo gobierno dentro de un Estado libre? V. E. invoca la Constitucion, pues lea en ella, si hai un principio que no sea eminentemente popular, ¿i se concilia igual Constitucion con una soberanía militar independiente? Persuádase V. E. que miéntras no se abjure este equívoco, V. E. solo será responsable a la posteridad i a la nacion de los desastres en que va a envolverla."—(1)

(1) Imprenta Republicana.

Como se ve, esta actitud era arrojar resueltamente el guante.

Prieto, entretanto, acuartelado fuera de Santiago, se negaba a entregar todas las fuerzas de que disponia al jeneral Freire, i con pretextos mas o ménos fundados perseguia en realidad dilaciones, incomprensibles para la multitud, perfectamente claras para los que hacian su papel dentro de bastidores. La razon de esta falta aparente del cumplimiento del art. 1.° del convenio de Ochagavía no era otra que el conocimiento que tenian los Pelucones del cambio de frente que habia dado Freire bajo la influencia de los Liberales. El que habian elejido como amigo era ahora su adversario, i no lo aceptaban: pero el cómo sucedió esto pertenece a la crónica de los pequeños medios, de las intrigas de la hora que pasa, de las sospechas infundidas en ocasion oportuna, de la mala fé de la política, en una palabra: la historia no tiene para qué echar la sonda de la verdad sobre el mar de los misterios de círculo, de ambiciones personales, de influjos momentáneos. El hecho histórico, evidente, es la evolucion de Freire en favor de los Pipiolos.

Ante el nuevo peligro redoblaron sus esfuerzos con increible actividad los Pelucones, apuraron el desenlace, multiplicaron sus conciliábulos; i el resultado fué que Prieto hizo su entrada a Santiago al frente de su ejército i puso su brazo a disposicion de la junta gubernativa, que era en verdad el Gobierno lejítimo de la República. Se introdujo entónces el desórden en las filas de los Pipiolos, ganaron en audacia sus émulos, i Freire, a la media noche i el dia ménos pensado, huyó a Valparaiso. ¡Tomaba el mismo camino que meses ántes habia obligado a seguir al anciano Vicuña, bajo circunstancias mui parecidas; i la coincidencia era de mal agüero! (18 de enero de 1830.)

La Junta, con la ausencia de Freire, quedó sin contrapeso en el poder, i nombró jeneral en jefe de las fuerzas militares de Chile al jeneral Prieto.

No mucho despues (12 de febrero) se reunia el Congreso de Plenipotenciarios por eleccion de los pueblos, conforme a lo acordado en el art. 8.° del Pacto de Ochagavía, i nombraba presidente i vice-presidente provisorios de la República. De esta suerte la legalidad se establecia, i pasaban los secuaces del Gobierno caido a ser revolucionarios. Quedaron elejidos don Francisco Ruiz Tagle para el primer cargo i don José Tomas Ovalle para el segundo (17 de febrero). Por renuncia de Tagle (marzo 31) entró a reemplazarle Ovalle.

El drama llegaba en estos momentos a su punto mas crítico: la lejitimidad se asilaba en Santiago con el nuevo Gobierno: Freire en las provincias del sur buscaba los dispersos elementos de los Pipiolos para oponer una resistencia armada al nuevo órden de cosas: los antiguos caudillos de aquel bando que se habian batido en Ochagavía, formaban a su alrededor un brillante esta-

do mayor i ansiaban por volver por su honor eclipsado: todo el pais dividido en facciones que se disputaban la presa del poder con verdadero encarnizamiento: juntos por un lado los Estanqueros, los Pelucones i los O'Higginistas, por el otro los Pipiolos i los amigos de Freire: en todas partes la ajitacion i el desórden consiguiente a este estado de cosas que aumentaban las desgracias de la patria hasta un punto exajeradísimo: los pueblos convertidos en campamentos, los ciudadanos en soldados, los campos sin cultivo, la industria muerta, el comercio paralizado, i los dos principios constitucionales buscándose con las armas en la mano para buscar el predominio en la fuerza de sus armas: hé ahí lo que era Chile a principios del año de 1830.

No habia tiempo que perder, i mas que palabras se necesitaban actos i resoluciones prontas: una debilidad de minutos valia la muerte de la causa: era preciso obrar con enerjía i no discutir: una voluntad única, una sola cabeza convenia; i no muchas voluntades que imponerse, ni muchas voces de mando que hacerse oir: a grandes males grandes remedios, a la anarquía la accion rápida, a la lucha de ataques i defensa a medias el recurso de los golpes extremos; i eso era lo que el pais comprendia i queria. Le faltaba el hombre para el caso, i el pais lo buscaba.

Pero ¿dónde hallarlo, tan lleno de abnegacion, de virilidad, de aliento, como era menester en medio de esa borrasca desencadenada, para hacer brotar la luz de ese caos i reunir los elementos confusos de ese abismo para dar sér, sangre, vida, a ese cuerpo abatido i moribundo? ¿Dónde hallar a ese nuevo Colon, que con el brazo tendido sobre el negro misterio de la noche, mostrara allá a lo léjos en el horizonte invisible el mundo prometido, a cuyas playas debia tocar para reparar sus tablas la destrozada nave del Estado?....

Cuenta la tradicion que en un conciliábulo en el cual se hallaban presentes casi todos los prohombres del partido Conservador se buscaban con ansiedad medios de salvar a la República i dominar la anarquía que la azotaba; se agrega que no se atinaba con ninguno, porque todos los que se proponian se encontraban incompletos, desnudos de toda probabilidad de éxito. Uno de los asistentes propuso como tantos otros el plan que juzgaba oportuno; halláronlo excelente, hábil, acertado, etc., etc., i sin embargo, lo rechazaron; i las razones que tuvieron en vista fueron, poco mas o ménos, del tono de las breves reflexiones escritas en las líneas anteriores. Sostuvo el proponente con cierto calor la opinion manifestada, combatiéndolo otros con igual tezon, hasta que al fin dijo alguno: "Pueden ser mui buenas, pero las medidas propuestas son demasiado enérjicas (se refería, dicen, a la destitucion de los jefes liberales que despues fué llevada a efecto) i yo las rechazo, porque no hai ninguno que sea capaz de realizarlas."

—¿Por qué ninguno? replicó con impaciencia el iniciador de la idea.

—Porque no se atreverá nadie, contestó el impugnador.

—¡Pues yo me atrevo!.... gritó poniéndose de pié el primero....

I el que esto decia era don Diego Portales.

El problema estaba resuelto; i sin necesidad de la linterna de Diójenes se habia encontrado al hombre que la Providencia destinaba al objeto.

C. WALKER MARTINEZ.

FABIOLA.

"Los fundamentos sobre piedra sólida son eternos; así tambien los mandamientos de Dios en el corazon de la mujer santa: amiga del silencio, prudente, comedida, es graciosa i firme como una columna de oro sobre una base de plata."

Eccl. XXVI, 23, 24.

Ninguna inspiracion como la católica. Ella arranca su fuente de Dios. De ahí que sea una, eterna i santa como su autor, que tenga vida propia, que se cierna en las alturas, que se adapte a todos los tiempos i a todos los climas, que mirada sea con amor i respeto por los sabios i los ignorantes, por los poderosos i los débiles, por los grandes i los pequeños, por la mujer i el niño.

La inspiracion católica nació en el oprobio de la cruz, es hija del amor increado, i tiene la excelencia de ser fuerte hasta la muerte.

La inspiracion católica hace suya la obra de un Dios, envuelve siempre por siempre la consoladora idea de la inmortalidad del alma, el dogma tremendo de un juez infinitamente justo, inmutable, que premia la virtud, que anatematiza el vicio.

Bajo la sombra protectora de la inspiracion católica hánse cobijado los jenios mas potentes, mas dulces, mas santos, mas abnegados i mas bienhechores de la humanidad. Oríjenes, San Agustin, San Gregorio VII, Pelayo, Domingo de Guzman, Francisco de Asis, Inocencio III, Alfonso el Sabio, San Luis rei de

Francia, Blanca, Berenguela, Rafael i Miguel Anjel, Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesus, Cervantes, Dante, Camoens, Colon, Bossuet, Descartes, O'Oconnell, Balmes, Montalembert, Chateaubriand, dejaron huellas luminosísimas i profundas, que no las borrará jamas el soplo impuro del libre pensamiento.

Entre esos héroes de la virtud, entre esos jenios creadores, robustecidos por la fé i la caridad de Cristo, cuéntase el ilustre sabio i piadoso cardenal Wiseman, autor del libro que encabeza este nuestso pobre artículo.

El cardenal Wiseman es uno de los hombres mas eminentes i de mas grandes excelencias por sus virtudes, profunda ciencia i maravilloso talento con que honrarse puede nuestro siglo de la luces.

Hijo de una antigua i numerosa familia de Inglaterra, el cardenal Wiseman nació en España, protejida su inocencia por las aguas rejeneradoras del catolicismo i por la enseñanza de una madre piadosa. Sus primeros estudios los recibió en Watterford i terminó sus clases superiores en Roma, donde a la edad de diezisiete años predicó en presencia de Pio VII, augurando así los grandes i portentosos servicios que mas tarde prestara a la causa de la Iglesia en jeneral i mui especialmente a la protestante Inglaterra.

A este jenio benéfico, a este hombre de carácter tan dulce como San Francisco de Sales, como el inmortal Pio IX, solo vamos a seguirlo como amigo i entusiasta protector de la mujer. No tendríamos fuerza ni espacio suficiente para juzgarlo como hombre de ciencia, ni como téologo, ni como filósofo, ni como orador sagrado, ni como publicista, ni como poeta, ni como hábil escritor. Otros se han tomado ya tan noble afan.

Fabiola por el cardenal Wiseman, i el fin que se propuso al escribirla: hé aquí lo que perseguimos con nuestra ruda pluma en beneficio de la mujer.

Fabiola o la Iglesia en las Catacumbas es una novela histórica i de costumbres. Figuran en ella muchos héroes de los primeros tiempos del cristianismo. Las escenas que se nos refieren tienen lugar en el siglo IV.

No hai duda que es interesante la vida de los mártires. Ellos fueron testigos de la fé de nuestros mayores. Esa historia sacude nuestra imajinacion i despierta nuestra fé; como nos concentran en nosotros mismos sus carnes abiertas o maltratadas, su sangre vertida en el circo o fuera de él, su constancia i magnanimidad para el sufrimiento, sus pesadas cadenas, sus inauditas privaciones, su ardiente amor a Jesucristo, su caridad nunca desmentida para con el prójimo.

Ya Chateaubriand en *Los Mártires* pintádonos habia con raudales de tierna i santa poesía las mismas costumbres i las mismas escenas. Sí, con los mismos rasgos de sentimientos, con la

misma fé ardiente, está escrita *Fabiola* que *Los Mártires*. El amor a Dios, el amor a la causa de su santa Iglesia es el principal resorte, tanto del poema como de la novela.

En *Fabiola* hai episodios sublimes. Ellos nos trasportan al mismo teatro de accion, nos hacen experimentar los mismos dolores, los mismos sufrimientos, las mismas angustias, la misma entereza de los héroes, a quienes nada les amedrenta, ni los mayores tormentos, ni aun las hambrientas fieras.

Felices i fuertes con su amor a Dios, a tales héroes no les halagan ni los honores, ni las riquezas, ni la vida misma. Una corona inmarcesible, radiante de gloria, que muchos de ellos vieron con sus ojos mortales, les estaba prometida si perseveraban firmes en la fé.

Entónces, ¡cómo no abandonar, despreciar i aun huir de todo lo terreno!

Así, no era extraño ver hijos que silenciosamente dejaban el hogar paterno i que presurosos i alegres corrian en busca del tirano i del tormento; no era extraño ver esposos que, llenos de placer, abrazaban por última vez a sus esposas; no era extraño ver padres afectuosos que, despues de acariciar a sus tiernos hijos, i en presencia de ellos i de la hoguera, conservaban su rostro plácido i sereno.

Pero lo que mas nos conmueve, lo que mas admiramos en los hechos i vida de los mártires, es la fortaleza i amor de la mujer.

Inés gozándose de su martirio aun ántes de recibirlo; Cecilia conservando la integridad de su cuerpo en el matrimonio i procurando el tormento i la muerte para ella i su esposo; Martina que resiste a horrores inauditos; Agueda que sufre le arranquen sus pechos virjinales con tenazas hechas ascuas; Teófila orando porque Dios le conserve su virjinidad; Sinforosa presenciando el martirio de sus siete hijos con santo júbilo, siendo ella la primera en esforzarlos, son hechos que confunden la razon del filósofo incrédulo, pero que fuertemente despiertan i avivan la fé de todo católico.

La sangre de los mártires fecundó la tierra i afianzó para siempre el estandarte de la cruz.

Los grandes prodijios, aquellos que elevan a la sociedad, son obras del amor.

I, ¡cosa portentosa! Por lo jeneral, la accion que pide sacrificio i fuerte amor, la encomienda Dios a la mujer o a un hombre de sensible corazon, que es fiel trasunto de los sentimientos de una madre piadosa. María, la mujer por excelencia, presenciando el drama mas sangriento que nos apunta la historia, la crucifixion del Hijo del Hombre; Magdalena al pié de la cruz; las Marías al despuntar el alba en el Santo Sepulcro; la mujer despreciando la muerte, vertiendo su sangre inocente por amor i celo de la causa católica; Juana de Arco, tres veces mártir, sepultada en las lla-

mas por salvar a su patria, por conservar el trono de su rei i por amor a su santa relijion; Isabel la Católica vendiendo sus alhajas para descubrir un nuevo mundo donde se adore la cruz de un Dios; las hermanas de la caridad abandonando para siempre hogar i patria por amor a Dios i al prójimo, son hechos, repetimos, que confunden el orgullo de los espíritu-fuertes, pero que en verdad glorifican a Dios i derraman paz i ventura entre los hombres de ardiente corazon i que viven para amar i creer.

Para nosotros, tal es el efecto que debe producir la lectura de *Fabiola*. La mujer, conociendo en Dios i por Dios la fuerza de su amor, como comprendió, agradecida, que habia sido salvada i rejenerada de la corrupcion i del oprobio tan solo por la cruz.

Dada en concreto nuestra opinion sobre *Fabiola*, conviene que nuestra lectora oiga la ilustrada palabra del editor de tal libro:

"Hai en la *Fabiola*, dice el editor, cuadros llenos de uncion i de ternura, que hieren las mas delicadas fibras; los hai dignos i enérjicos, que dejan una impresion fuerte i profunda; los hai sombríos, i los hai tambien tranquilos.

"Hai en todo cierta uniformidad de tono, pero con variedad de expresion i de carácter. Sebastian en la casa de Nicóstrato i en su segundo martirio, Cecilia ciñendo su corona de vírjen, Torcuato perdido en el fondo de las Catacumbas, Pancracio en el anfiteatro, Fabiola acusando a Fulvio al pié del cadáver de Ines, son cuadros trazados con valentía, riqueza de colorido i fuerza de claro-oscuro."

Mas adelante agrega: "Es indudablemente Wiseman un poeta de imajinacion i de sentimiento, que sabe leer en su espíritu i en la historia, en el libro de la naturaleza inanimada i en el corazon del hombre. Si se hubiera mostrado ménos inspirado por circunstancias pasajeras, con mas aspiraciones literarias, con ménos preocupaciones sobre el valor de la novela, forma que ha tomado el poema en nuestra época, i sobre todo con mas tiempo, podria habernos dado una obra completa bajo el punto de vista literario."

Pero ántes de seguir adelante, penetrémonos del valor social que el sabio i piadoso cardenal Wiseman daba a la mujer.

El ilustre Wiseman concurrió al célebre Congreso católico de Malinas. Haciendo uso de su elocuencia i autorizada palabra, que todos ansiaban escuchar con amor i respeto, pues era la voz de un sabio i de un príncipe de la Iglesia, despues de apuntar tan ilustre prelado el estado de la causa católica en Inglaterra, continúa:

"En efecto, recordemos lo que pasó en Inglaterra, cuando sucedió el restablecimiento de la jerarquía. Hubo entónces un gran movimiento contra los conventos. Se tronaba contra los católicos. Las cámaras querian decretar una visita domiciliaria en los conventos; i ni un solo miembro del parlamento se atrevia a protes-

tar, tan opuesto a las costumbres del pais se hallaba el estado monástico. Mas la guerra ha venido, i el gobierno necesitaba asistencia para sus militares. *Mulierem fortem quis inveniet?* decia. ¿Quién me hallará una mujer bastante valiente para arrostrar el Océano i sus olas, las batallas i la muerte? ¿Para dejar su patria e ir al destierro, en medio de pueblos bárbaros i paganos? ¿Para abandonar, i quizás para siempre, la morada pacífica i santa en que ha pasado felices años para trasladarse en medio de una soldadesca dura i a veces brutal? *Mulierem fortem quis inveniet?* La Iglesia le respondió: Yo no busco esa mujer, yo no la hallo; la poseo. Hé aquí una mujer que no abriga mas que un solo temor, el temor de Dios.

"Las Hermanas de la Caridad partieron; hicieron bien su deber, i en vez de arrancar de su frente el velo que la corona, la nacion creyó deber colgar a su pecho la medalla del soldado, para confesar que el valor de la mujer consagrada a Dios en el campo de la caridad no es inferior al valor del soldado en el campo de batalla. Esto no se hizo en el Parlamento; se hizo con el fusil al hombre en presencia de todo el ejército."

Veamos ahora el objeto que se propuso el cardenal Wiseman escribiendo la novela *Fabiola*.

La novela, a no dudarlo, como el drama, como el diario o periódico, ha sido un instrumento poderosísimo para el mal. Hombres de gran talento se han apoderado de esta forma literaria, la mas amena sin disputa, para inculcar ideas i principios que están en pugna no tan solo con la verdad católica, sino tambien con todo sentimiento relijioso. A nuestro juicio la novela ha retardado la verdadera civilizacion del presente siglo, i, bastardeando las costumbres, mas de la mujer que del hombre, ha precipitado a la sociedad en insano delirio.

El corazon de la mujer ha sido el blanco de la novela. El hombre extraviado i corrompido necesitaba un auxiliar, i ningun auxiliar mas poderoso que la mujer.

Nacida la mujer mas para amar i sentir que para razonar i juzgar, en vez de fortalecer su amante corazon buscando i apreciando la verdad, a fin de comprender mejor la altísima mision que el catolisicismo le ha asignado para la salvacion de muchos, la hemos visto correr desdeñosamente tras la mentira, tras falsas aspiraciones. Ha sido tan incauta como criminal, pues no ha querido oir la voz de la Iglesia, ni penetrádose de su sublime destino.

¡A la verdad, sorprende i pasma que la mujer católica acepte alborozada aquello mismo que ha de turbar i manchar su inocente corazon! ¡Que siendo ella la víctima, sea la primera en derramar sus tesoros, sus gracias, sus talentos i su amor en beneficio del hombre, que ha discurrido por arrebatarle su paz i ventura, su honor i su Dios!

En jeneral, ¿quiénes son los hombres que se ocupan en escri-

bir la novela i el drama? Escritores que poco o ningun estudio tienen sobre relijion; escépticos que se forjan un código extravagante de moral, que a ellos tan solo pertenece; espíritu-fuertes que ningua idea elevada tienen del hombre i su destino; filósofos que no tienen mas móvil que el dinero, i que sin conciencia juzgan del bien i del mal moral social i relijioso. Verdaderos embarcadores de papel, son impotentes para crear o fomentar una idea salvadora, o un sentimiento santo, elevado i vivificante.

Wiseman no se propuso acabar con este jénero de literatura. Al contrario, lo creia bueno i conveniente, por lo que en esa misma forma literaria nos dió a *Fabiola*.

Lo que condenó el piadoso cardenal fué el lamentable i triste abuso por la lectura de la novela, el gusto que se arraiga en la mujer por lo que es liviano i frívolo.

No bien se anuncia una novela, en el acto la mujer de cierta edad i condicion, sin ningun discernimiento, sin esperar la opinion o fallo de una persona experimentada e ilustrada, la toma en sus manos, la lee i la devora. Así, sin conciencia, sin quererlo quizás, bebe el veneno que se le presenta en dorada copa; i cuando álguien le advierte el fatal tósigo que ha bebido, ya es tarde, porque está en el corazon.

El hombre, por lo jeneral, hace el aprendizaje de la vida, lo que se llama experiencia, en cabeza propia, mui rara vez en cabeza ajena. Tal enseñanza le cuesta caro, i mui caro. Sí, le malgasta su noble existencia, le roba su mas precioso tiempo, le emponzoña su corazon, le causa muchos insomnios, le arrebata mucha tranquilidad de espíritu, le hace correr grandes riesgos, i en ellos sucumbe miserablemente si no está dotado de un sólido juicio i de una mui fuerte educacion relijiosa.

Miéntras tanto, nunca le será permitido a la mujer, mas que sea para remontarse hasta el tercer cielo, exponer su inocencia, buscando experiencia propia. Porque, penetrémonos bien de esta imájen: lo que es el sol para la naturaleza es la inocencia para el bello sexo; aquél fecunda los senos de la tierra, estotra los senos del corazon de la mujer.

La dicha suprema de la mujer, su único tesoro debe ser la pureza de su alma. Entónces, ¿cómo exponer su inocente i limpio corazon? ¿Cómo aventurar su mas valiosa joya? Aun se oye el lúgubre grito de una mujer sublime por su jenio, pero cuyo corazon, destrozado por los remordimientos, fué el espectro de su conciencia.

Es Jorje Sand quien se expresa así, en un estilo superior a todo elojio, despues de desesperar de no haber dado con la verdad: (1)

(1) Recomendamos a nuestra lectora el juicio crítico que el señor don Zorobabel Rodriguez hizo de esta gran novelista i de Fernan Caballero, o sea doña Cecilia Bohl de Faber. Este juicio crítico se encuentra en El Independiente números 3,869, 3,889 i 3,894.

"¡Oh grandeza mia! ¡oh fuerza mia! ¡habeis pasado como una nube de tempestad i habeis caido sobre la tierra para asolar como el rayo! ¡Habeis herido de muerte i de esterilidad todas las frutas i todas las flores de mi campo! ¡Habeis hecho de él un lugar desierto, i yo me he sentado sola en medio de mis ruinas! ¡Oh grandeza mia, oh fuerza mia! ¿Erais buenos o malos ánjeles?

"¡Oh ciencia mia, orgullo mio! os habeis levantado como los torbellinos abrasadores que el símoum esparce por el desierto; ¡como la arena, como el polvo, habeis sepultado la palmera, habeis turbado i secado las fuentes! ¡I yo he buscado el manantial que apaga la sed i no lo he encontrado; pues el insensato que quiere abrir su camino sobre las orgullosas cimas del Oreb, olvida el humilde sendero que conduce a la fuente sombreada! ¡Oh orgullo mio, oh ciencia mia! ¿Erais los enviados del Señor? ¿Erais espíritus de tinieblas?

"¡Oh relijion mia, oh esperanza mia! vosotras me habeis llevado como frájil i débil nubecilla por mares sin riberas, entre brumas engañosas, vagas ilusiones, ínfimas imájenes de una patria desconocida; i cuando cansada de luchar contra el viento i de jemir inclinada bajo la tempestad, os he preguntado a dónde me conduciais, habeis alumbrado faros sobre los escollos para señalarme lo que era preciso huir i no lo que era preciso alcanzar. ¡Oh relijion mia, oh esperanza mia! ¿Erais el sueño de la locura o la voz misteriosa del Dios vivo?...."

Síguese, pues, que la discreta i relijiosa mujer, la mujer verdaderamente sabia i fuerte, debe hacer a toda costa el aprendizaje de la vida irradiando una senda ya conocida i ya trillada, tomando un ejemplo, imitando a María, Madre del Redentor del mundo. De ese modo no aventurará su intelijencia, ni su corazon, ni sus dones, ni sus gracias, ni su dicha, ni su amor.

I a fé, esto fué lo que deseó i quiso el sabio i piadoso Wiseman para la mujer; lo mismo que han hecho en todo tiempo todas las mujeres que han seguido las pisadas de la mujer católica.

José Sótero FABRES.

¡POBRE MUDO!

Conservo como un tesoro,
Cual a mi amigo mejor,
A un pobre mudo que adoro,
Que goza cuando no lloro,
Que sufre con mi dolor.

Es mi eterno compañero
I la vida de mi sér,
Presiente lo que yo quiero,
I en sentir es el primero
Mis penas o mi placer.

Al ver que lo ha condenado
La suerte a silencio eterno,
Como una tumba, callado,
Llora i sufre resignado
De su existencia el infierno.

Estuvo enfermo.... está inerte,
¿Volverá a su lozanía?...
Tal vez permita la suerte,
Que su silencio de muerte
Se trueque en dulce armonía.

Santuario del sentimiento
Que en la vida me ajitara,
Alma de mi pensamiento,
Si yo muriera.... al momento
Aun a la tumba bajara.

Calla, cual reloj dormido,
Que en su muda oscilacion
Siempre marcar ha podido
O el momento asaz querido
O la hora de la afliccion.

¡Pobre mudo! si es discreta
Tu silenciosa pasion,
No siempre será secreta....
Que es la pasion de un poeta,
I el mudo.... *¡mi corazon!*

1872.

NACE I MUERE....

I.

En la movible cuna nace el niño,
La flor en el jardin,
Nace la aurora en su rosado alcázar,
I aquí en el alma.... ¡tú!

Muere el hombre en su lecho de agonía,
En tus manos la flor,
El sol entre las sombras de la tarde,
¡I yo en tu corazon!

II.

En el nido del bosque nace el ave,
La armonía en las cuerdas del laud,
Bajo las ondas de la mar la perla,
En mis delirios.... ¡tú!

Herida muere el ave en el desierto,
Muere en las auras de mi arpa el son,
La perla en la guirnalda de tu frente,
En tus recuerdos.... ¡yo!

Santiago, setiembre 18 de 1877.

JOAQUIN LEMOINE.

UN LIBRO INEDITO.

I.

La composicion de una obra cualquiera en las presentes circunstancias, cuando la ilustracion científica i literaria se halla difundida hasta las mas remotas localidades, no nos parace un grande acontecimiento, capaz de llevar la admiracion al público, que acoje los esfuerzos del autor como un tributo debido a la participacion del patrimonio comun, i no como un prodijio arrancado al esplendor de intelijencias privilejiadas en una sociedad ignorante, cual sucedia entre nosotros en tiempos todavía no lejanos. La multiplicacion de la prensa ha venido dando alas, por otra parte, a las producciones intelectuales para propagarlas con rapidez asombrosa de uno a otro ámbito, en el volúmen del libro, en la hoja volante de papel, que van a buscar donde quiera el favor i la recompensa de su publicidad, golpeando a las puertas del palacio o escurriéndose hasta por las rendijas de la bohardilla. Difusion de las luces, facilidad de publicacion: hé aquí los dos hechos importantísimos que vienen a establecer un mercado de competencia entre los productos intelectuales, de que ya no es posible salir airoso por el solo producir algo, donde los demas no producen, sino por la superioridad del producto, por el caudal de conocimientos, por la constancia en el trabajo, por las aventajadas dotes del injenio, por todo aquello que en la lid porfiada de la competencia abre camino para las conquistas merecidas del talento en la satisfaccion de un público ilustrado i el lejítimo aplauso de este juez que ha aprendido a discernir sus triunfos en los torneos de la intelijencia.

Respirando, como respiramos, el aliento de una civilizacion pródiga de beneficios, nos hemos habituado a creerla connatural a esta i otras épocas de la historia, cual si la tierra de nuestros abuelos, que fecundó una jeneracion de héroes i preparó una descendencia de hombres libres, jamas hubiera padecido de esterilidad, ni se hubiera visto poblada de esclavos. I ese pensamiento es fácil de explicarse, sin embargo; pues pensamos con nuestras actuales ideas i juzgamos con el criterio que nos imponen los hechos presentes: los mas grandes inventos no dejan traslucir a menudo cuántas fatigas han costado a sus inventores, ni qué camino tan escabroso ha debido recorrer la humanidad para dar cima a su perfeccionamiento; todas las conquistas de la

civilizacion material, todos los adelantos morales, nos parecen un hecho necesario, universal, lójico, vulgar hasta cierto punto, i no podemos formar la idea de que haya habido otros hombres dejados de la mano restauradora de la civilizacion actual, que ha hecho al sér humano rei de la naturaleza e igual a sus semejantes, en el imperio de su intelijencia i en la soberanía de su libertad.

Pero, retrocedamos algunos años en la historia de nuestro pais, i seremos testigos de una era desconocida jeneralmente, era, que la reaccion política tiene marcada con el sello de ignominiosa a la memoria de los chilenos, pero que debe escudriñar el historiador para beber en ella la enseñanza del pasado, para aprender los oríjenes del progreso contemporáneo, para medir la distancia que separara a un siglo de otro, a la época antigua de la nueva época, a la civilizacion colonial de la civilizacion que ha derramado desde sus comienzos la libertad naciente en los primeros dias de la República. Un siglo adelante, i los que vengan a recojer entónces la herencia de la libertad habrán avanzado lo bastante para mirar en ménos los progresos de nuestra época, pero nunca habrán avanzado lo bastante para aventajar en ese espacio los progresos alcanzados desde la abrogacion del antiguo réjimen, en los breves años de la independencia política, que han puesto mas léjos que los siglos pasados la era de la dominacion española.

Mas, no voi a presentar un contraste, recargando las sombras en el cuadro aquel de postracion que distinguidas plumas han trazado para llenar muchas pájinas de la historia chilena. Siento que he venido extraviándome del propósito que anuncian las primeras líneas de este trabajo, destinado solamente a dar a conocer un capítulo de nuestra historia literaria, i vuelvo a las consideraciones que habia apuntado al comenzar.

Si con las facilidades que da la ilustracion para componer una obra cualquiera de ciencia o arte, juntamos las que proporciona la imprenta para darla a luz i hacerla circular, habremos llegado a medir los progresos literarios, verdaderamente asombrosos que se han realizado de pocos años a esta parte. Medio siglo atras la publicacion de una obra entre nosotros era un grande acontecimiento. La ilustracion era entónces un privilejio; la imprenta, fuera de reducida, apénas si daba publicidad a algunos periódicos i uno que otro memorial o folleto, cuya impresion era defectuosa i bastante cara. Sabido es que las primeras prensas fueron introducidas en Chile con los albores de la revolucion, para encarnar ideas nuevas, que la pluma de un revolucionario propagaba con grande audacia en el primer periódico nacional. Antes de esa época memorable las producciones intelectuales del pais se encontraban en la alternativa de quedar soterradas indefinidamente en los archivos públicos o privados, segun su natu-

raleza e importancia, o en la de pasar por algunas aduanas para su exportacion, en viaje a Lima, arsenal de los recursos literarios, o mas probablemente a las playas de la metrópoli, dedonde, obviados los trámites de estilo, podrian volver algun dia en letra de molde para contentamiento de sus autores. La mayor parte de las obras literarias coloniales corrieron la primera suerte, i no han visto la luz muchas de ellas sino a merced de los esfuerzos de la posteridad para conservar los olvidados monumentos de esa época desconocida. Mui pocas, como la del padre Ovalle, pueden comprenderse entre las publicadas fuera del pais, en tiempo de la colonia. Otras se han perdido, sin que reste de ellas mas memoria que las citaciones de los contemporáneos o el hallarse comprendidas en el catálogo de las que han servido a un historiador para la composicion de su obra. Despues de todo, es admirable que muchas se hayan conservado, aunque truncas i dererioradas, i que la solicitud de infatigables bibliófilos haya devuelto a la patria el tesoro de su herencia arrancado, gracias a su incuria, por manos extranjeras.

Faltas de estímulo para entregarse a trabajos literarios, no debe creerse por este solo hecho que las pocas personas ilustradas de la colonia desesperaron por completo de legar con sus obras un nombre a la posteridad. Debió de disminuirse el número de los autores, cegadas como estaban las fuentes de la publicidad; pero, a modo de lo que sucedió en la Edad Media, el amor a las letras, asiladas principalmente en los claustros, logró hacerse superior a todos los obstáculos i vencer todos los desalientos, para entregar en manos de la nueva ciuilizacion la ofrenda de la antigua, el proceso de los tiempos pasados, sobre que debia recaer mas tarde el fallo de la historia.

Dos son los jéneros en que campea nuestra literatura colonial: el histórico i el didáctico-relijioso.

Los memorables acontecimientos de la conquista, gloriosa epopeya del arrojo castellano, llamaron desde el principio la pluma del escritor a la narracion de esas hazañas portentosas de que era testigo un mundo nuevo, i actor una jeneracion audaz de aventureros, trocada como por encanto en una soberbia falanje de héroes. La conquista castellana tuvo sus cantores soldados, que dejaban de empuñar la lanza para manejar la pluma, héroes del combate i adalides de las letras, tan ardorosos soldados como entusiastas cronistas de los hechos de armas en que a ellos tocaba tambien desempeñar un puesto. En Chile, mas que en ninguna otra provincia de la corona española, tuvieron lugar esos hechos de armas i esas hazañas, durante mas largo período: la colonia fué una continuacion de la conquista; las armas no cedieron a la toga; el gobierno era el patrimonio de los guerreros; las glorias europeas venian a eclipsarse ante un puñado de salvajes; la epopeya de Ercilla debió terminar en los comienzos de

esa otra epopeya mas grande todavía, que se llama la revolucion de la independencia.

Nada mas apropiado a la preponderancia de las ideas relijiosas bajo nuestro réjimen colonial, que el cultivo predilecto de ellas en obras de un carácter místico o jurídico. La teolojía i el derecho eran en aquella época considerados como los mas importantes ramos del saber humano. La mayor parte de las obras extranjeras que circulaban entre los colonos, eran las de los ascéticos españoles i de la Escuela, con su respectivo cortejo de comentadores españoles; porque en el sistema de la metrópoli entraba como parte mui principal impedir la propagacion de otras ideas que no fueran las de la Península.

Las armas, la relijion i la toga forman, durante la colonia, la trinidad que preside al imperio de los monarcas españoles. Las letras fueron las voz de las armas en la historia; la voz de la relijion en el claustro; la voz del derecho en la administracion pública.

Considerada la literatura colonial bajo este triple aspecto, conforme a los elementos que constituyen la civilizacion toda de la colonia, pueden dividirse en tres categorías diversas las obras que llenan el repertorio de la historia primitiva de las letras chilenas.

II.

Tengo a la vista un libro manuscrito que lleva en su portada el siguiente epígrafe: LIBERTO PENITENTE, ALIAS, EL PECADOR ARREPENTIDO, *que a imitacion de David implora misericordia por medio de la Penitencia.* FUGA DE EL MUNDO POR EL CAMINO DE EL CIELO. *Pensamientos piadosos de el* PENITENTE REY *que guian a la cumbre de la perfeccion evanjélica por las tres* VIAS, PURGATIVA, ILUMINATIVA Y UNITIVA. GLOSA MORAL DE LA DIVINA PSALMODIA. TOMO I. *Contiene todo lo perteneciente a la primera* VIA *en toda especie de* METROS *castellanos, i el commento de los Psalmos* I, VII, XII, XIX, XXIIII, XXVI, LXXXVII, LXXXIX, XCIV, CXVIII, i los VII *Penitenciales.* SU AUTOR EL P. F. MANUEL OTEYZA, *de la órden de FF. Ermitaños de* N. P. S. AGUSTIN.

Llamóme la atencion desde un principio el dicho libro, cuando llegó a mis manos, i quise imponerme de su contenido, que prometia ser curioso, i mas que curioso, interesante, por ser la obra de un autor conocido de fama en las tradiciones populares, i pertenecer a una época no tan remota cuanto ignorada de la historia colonial. La lectura de aquélla me llevó a buscar algunos datos sobre el autor, i los pocos que he podido obtener, sea en crónicas o en tradiciones, voi a estamparlos en este artículo, ántes de entrar a la descripcion de la obra.

Fr. José Manuel Oteyza, como lo anuncia el título de su obra, era del hábito de los Ermitaños de San Agustin, una de las primeras relijiones que se establecieron en el Reino, i de las primeras asimismo por la ilustracion, celo i santidad de sus miembros. Nació en Santiago de Chile (ignoro en qué año, pero debió de ser entre los 1730 i 1740) i entró a la vida relijiosa en 1757. De injenio extraordinariamente vivo, pronto aventajó a sus compañeros de estudio i se distinguió por su intelijencia precoz. Despues de numerosos i merecidos triunfos, se sometió a severas pruebas para conseguir el título de Maestro en Filosofía, que era de los mas honoríficos i de mayor reputacion en el curso de los estudios conventuales de la época, i obtuvo ese grado con jeneral aplauso.

La oratoria i la poesía fijaron desde luego la inclinacion literaria del agustino. Desde tempranos años se ganó en la catédra sagrada la fama de un predicador distinguido. Sus improvisaciones en verso dejaron traslucir su injenio vivaz i chispeante de gracia. Como el famoso padre Lopez, de la relijion dominicana, cuyos versos mañosamente burlones se han encarnado en la tradicion popular, el padre Oteyza tenia el don del talento festivo, pronto siempre al dicho picante, al elojio que se insinúa, a la sátira i al chiste.

Su carácter lo llevó mas de una vez a extravíos que mas tarde purgó con usura en un austero arrepentimiento. Voi a referir una tradicion que he escuchado de personas ancianas, i que pinta por sí sola un rasgo dominante del carácter del padre Oteyza. Por lo demas, no garantizo la verdad de ella, porque en punto a tradiciones, cuando faltan documentos de otro jénero, es facilísimo que por una causa u otra vayan desnaturalizándose hechos en su fondo exactos, si bien exornados por la fantasía popular.

Segun tengo dicho, el padre Oteyza era en Santiago predicador de gran fama, mimado por el público devoto, i solicitado con afan para las principales solemnidades relijiosas, donde lucía la abundancia de su versacion en las Sagradas Escrituras i Padres de las Iglesia, i la elocuencia de una palabra fácil, elegante i persuasiva.

El Obispo de Santiago le encomendó un año uno de los sermones de tabla de la Catedral, el que debia predicarse en el último dia de la festividad de la Purísima Concepcion, si mis recuerdos no me engañan. El padre Oteyza residia a la sazon en la iglesia conventual de su órden en Melipilla.

Llegado el dia de la fiesta, la concurrencia de fieles que inundaba nuestra vastísima Catedral se estrechaba ansiosísima de oir al famoso orador sagrado. Ocupaban el templo el Obispo, el Presidente i la Audiencia, los dos Cabildos, el eclesiástico i el secular, todas las corporaciones, gran parte del clero, los mas ilustres i nobles vecinos, i un jentío inmenso de todas clases i condiciones,

todo, segun era de estilo en las grandes celebraciones relijiosas de este pueblo de Santiago, esencialmente relijioso.

Con anticipacion envió el Obispo a preguntar por el padre Oteyza al provincial de San Agustin para que se le anunciase que debia ir ese dia a predicar el sermon encomendado de antemano. No fué poca la sorpresa del Obispo al imponerse de que a su recado contestaba el provincial con que Oteyza no habia llegado a Santiago: "Diga Ud. a S. S. Iltma., contestó el provincial, que al padre Oteyza, se le ha mandado llamar de Melipilla, ya tres dias, con recado urjente, i no se ha aparecido todavía."

Era preciso esperar, con todo. A Oteyza se le habia hecho saber la comision de que predicase el sermon de Purísima; i no era concebible que burlase así la órden del diocesano i la espectativa de toda la concurrencia. El Obispo aguardó hasta última hora, desazonado e impaciente por cada minuto de tardanza.

Vino el momento de la predicacion, i el relijioso no llegaba.

Transcurridos algunos minutos, verdaderas horas de ansiedad, subió pausadamente a la cátedra sagrada un fraile agustino de reposado continente, se arrodilló en ella cortos instantes, levantóse en seguida con la frente alzada, cruzóse de brazos, i con aire de gravedad paseó sus miradas desde uno a otro ámbito del templo. Despues quedóse impasible i mudo ante la jeneral espectacion, ante el asombro de muchos i ante la impaciencia del Obispo, como si desafiara, por un capricho inexplicable, la justa indignacion de su prelado i el aparato de aquella imponente solemnidad.

Habrá adivinado el lector que aquel tan impertérrito fraile no era otro que frai José Manuel Oteyza, el famosísimo orador, conocido de todo Santiago, el cual acababa de llegar de Melipilla en aquellos instantes mismos, i sin pasar a su convento, como quien entra a casa propia i al seno de los suyos, se exhibia en el púlpito del mas soberbio de nuestros templos, en aquel dia i delante de tan lucida concurrencia.

Viendo el Obispo que el decantado predicador no se dignaba abrir los labios, sino que continuaba mudo como la estatua de la contemplacion, envió al maestro de ceremonias a que le hiciera entender que si se le habia confiado un sermon, era para que predicase, i que si hasta entónces habia tenido la paciencia de aguardarlo, no era para que se contentase con exhibir su figura ante las primeras autoridades del reino i aquel respetable concurso, como lo hacia, i de que se hallaba corrido i avergonzado.

—¿I qué quiere Su Ilustrísima que haga? contestó con sorna el agustino al maestro de ceremonias.

—¡Que predique Ud.! contestó éste.

—¿I sobre qué? agregó el fraile, con el mismo tono de sorna.

—Sobre la Inmaculada Concepcion de la Vírjen Santísima, que es la fiesta de hoi, replicó incomodado el maestro de ceremonias.

—Dígale a Su Ilustrísima que está bien, que ya voi a predicar, fué la respuesta del empecinado fraile.

Esta escena habia pasado a vista de todos los fieles, que apénas si salian de una sorpresa para caer en otra, con tanta dilacion i tan extraños incidentes; lo que los habia movido a escándalo, cuando no a curiosidad. Unos pocos, los mas cercanos a la cátedra se habian enterado del anterior diálogo; pues el fraile maldito lo que se habia cuidado de no hablar recio.

Por felicidad iba a llegar el desenlace de una situacion tan embarazosa. Aquello no pasó de ser una mala jugada. El predicador hizo la señal de la cruz, pronunció el texto latino de su discurso, i volviéndose al auditorio, derramó, con ademan severo al principio, i tierno i persuasivo despues, los raudales de una elocuencia flexible i conmovedora, llevada en alas de una voz insinuante i robusta, i artísticamente envuelta en frases melodiosas.

El escándalo habia quedado suspenso por cerca de hora i media, en los labios elocuentes del fraile i en el corazon conmovido de los que le escuchaban. Aquel sermon era, a no dudarlo, una pieza maestra, digna de imprimirse, un triunfo mas agregado a los muchos que el insigne predicador se habia conquistado a boca de todos.

Pero ¿i el escándalo? ¿i la burla?

El agustino tomó desde luego sus providencias. Del púlpito pasó al caballo, que por ahí cerca habia dejado; i, cuando se mandó en busca de la persona del predicador, inmediatamente de acabada la fiesta, ya éste no se encontraba ni en su convento, ni en parte alguna, que se supiera. Algunas personas le habian visto salir a caballo, pero nadie sabia a dónde, mucho ménos su prelado, el provincial de San Agustin.

"Motivos que no son del caso mencionar, dice un cronista, le hicieron pasar las cordilleras de los Andes i permanecer de conventual en el convento de su relijion de la ciudad de San Juan de la Frontera. Salvado como por milagro de una fiera que le acometia en una de esas travesías, tan frecuentes en las provincias del Tucuman, principió vida mas severa i se consagró, con ejemplar constancia, al lleno de sus obligaciones relijiosas."

Cuando regresó a Chile el padre Oteyza escribió la obra cuyo título he trascrito al principio de este párrafo.

Dedicado enteramente a la piedad, escribió varios sermones, aun inéditos. Pero desde esa época su predicacion mas elocuente fué la del ejemplo i la práctica constante de las virtudes cristianas.

En el último período de su vida desempeñó el cargo de prior en el convento de San Agustin de Talca. Allí falleció el 31 de enero de 1798. Cuentan que se hizo colocar en el pavimento de la iglesia para recibir los sacramentos i "luego despues, dice el cronista de que tomo estos datos, en el ataud en que habia de ser sepultado."

Fuera del libro parafrástico de los salmos penitenciales, a que he venido refiriéndome, el padre Oteyza ha dejado, entre sus mejores sermones, la oracion fúnebre que en las exequias del Obispo don Manuel Alday pronunció en la ciudad de San Juan.

El señor Valderrama, en su *Bosquejo Histórico de la Poesía Chilena*, solo dedica unas cuantas líneas al padre Oteyza. Voi a trascribirlas aquí:

"El padre Oteyza, dice, era un relijioso agustino dado tambien a la poesía i que gozó en su tiempo de alguna reputacion como improvisador, sin alcanzar a la altura en que supo colocarse el padre Lopez. Escribió mui poco i solo en el jénero burlesco. Apesar de la dilijencia con que hemos tratado de procurarnos algunas de las composiciones de este relijioso, no hemos podido obtener mas que recuerdos de su reputacion, por lo cual nos limitamos a mencionarlo aquí."

Debia de ignorar el señor Valderrama, al escribir las precedentes líneas, que el padre Oteyza dejó el monumento de su reputacion poética, no tanto en las improvisaciones i poesías sueltas, que con verdad son en el dia dificilísimas de rastrear, como en su *Liberto Penitente*, que, aunque no orijinal en su materia, lo es por la forma con que el autor traduce a verso castellano los pensamientos del *Penitente Rei*, parafraseándolos en diversos metros.

Sea lo que fuere, de el *Apéndice* que el señor Valderrama agregó a su *Bosquejo Histórico*, voi a copiar como muestra de las improvisaciones del padre Oteyza, la décima que hizo en el cementerio apropósito de una flor nacida casualmente de la tierra adherida a un cráneo. Es como sigue:

"Flor hermosa i delicada
Entre fealdad espantosa,
Que cuanto tienes de hermosa,
Has de morir de asustada.
¿Dónde irás firme i cortada,
Sin tener infausta muerte?
Cortarte es dolor mui fuerte,
Dejarte es muerte crecida,
Pues dejarte con la vida
Es dejarte con la muerte."

III.

El libro del padre Oteyza forma un tomo en 4.° de muchas pájinas de extension, en letra metida, cuidadosamente copiado. El copista estampó al final de su trabajo un certificado firmado por él, que dice así:

"Es copia de su orijinal, que para su trasunto se me entregó por el M. R. P. M. Fr. Josef Ignacio Aguirre del Rl. i Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced, Visitador Jeneral, Juez de residencia i de Expolios de esta Provincia, siendo Comendador de este Convento de la Concepcion de Chile, a quien devolví uno i otro por mano del R. P. Fr. Diego Reyes, visitando este dicho convento a nombre del expresado R. P. M. Aguirre.—Concepcion i Noviembre 27 de 1802.—*Juan de Dios Mora.*"

El padre Oteyza dedicó su obra, como era de uso en aquellos tiempos para lograr los favores de los grandes, al Excmo. señor doctor don José de Carvajal i Várgas, Lara, etc., caballero profesor de la Orden de Santiago, Jentil hombre de Cámara de su Majestad, con ejercicio, Administrador de la de Alcántara de la Encomienda de Esparragosa de Lares, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos.

La dedicatoria es tan encomiástica como elevada en su lenguaje. Es una pieza que no desmiente del gusto i literatura de quien la escribió, que, por otra parte, eran los que predominaban en la época. Trascribiré de muestra algunos párrafos.

"Señor: (empieza la dedicatoria) Es propio de elevados montes llevar su sombra a dilatadas distancias. *Magnæ descendunt altis de montibus umbræ.* I es natural en los pequeños buscar abrigo en la sombra de héroes grandes: uno i otro ha contribuido a que este libro se acoja a la de Vx^a^. para lograr la luz. Es fruto de estas Américas, mas como (aunque concebido en la mente de un campo frio) no es de aquellos que extrae el afan del corazon de las vísceras o entrañas de la tierra; cree solo hallar estimacion en el aprecio de Vx^a^. que nació pisando los mas preciosos metales. Vx^a^. es forzoso heredero de una grandeza i magnanimidad que tiene por inseparable *conotado* (sic) dispensar favores aun a los ménos dignos, sin que lleven otra recomendacion que buscarlos, i por especial carácter protejer a sus patriotas. Yo me glorío de ser uno de ellos: tuve el honor de que en las solemnes Parentaciones, que se celebraron en esta ciudad de Santiago de Chile a la dulcísima memoria del excelentísimo señor Conde de la Union (que en paz descanse) se me encomendase la oracion fúnebre i relacion de dichas exequias, que dirijí al excelentísimo señor Duque de San Cárlos, padre dignísimo de aquel ilustre finado i augusto abuelo de Vx^a^.; i habiendo entónces mi pluma tomado un vuelo tan superior a sus débiles alcances, que solo el ser compelida por órdenes irresistibles pudo eximir de temeraria la empresa, por haber de avecinarse a una esfera bañada de tantas luces, que sobraban para cegar los mas aquilinos ojos: hoi me ha parecido no ser arrojo consagrar al glorioso nombre de Vx^a^. este primero tomo de mi *Liberto Penitente*, porque miro esta accion como consiguiente a un empeño, que si allí infirió a mi cortedad violencia, tambien dejó para ahora puerta franca a mi ob-

sequiosa libertad. El *Don*, ya se ve, queda mui inferior al relevante mérito de Vx^a.; mas es constante que, cuando lila el afecto sacrificios, en la grandeza misma de la Ara recibe el Thimiama (sic) sus mayores incrementos."

Prosigue el autor enumerando i ensalzando cada vez mas los méritos i hazañas de don José de Carvajal i Várgas i ascendientes de éste. El tono encomiástico va subiendo hasta el ditirambo, hasta agotar la mas sublime apolojía que pudiera brotar de una pluma sabia i erudita, como la del padre Oteyza. Por fin acaba con las siguientes palabras:

"Nada he dicho, señor excelentísimo, que no grite todo el mundo; i de lo mucho que se blasona i llega a trascender estos remotos paises he tomado algo, i lo que me ha parecido bastante, sino para llenar un elojio digno de la grandeza de Vx^a., a lo ménos para que esta Dedicatoria no infiera agravio al distinguido glorioso mérito de Vx^a., a quien rendidamente suplico se sirva admitir bajo su poderosa proteccion una obra, que por salir a hacer guerra a los mayores enemigos de la mejor Jerusalen, que por presentarse en campaña contra las lejiones que militan contra el cielo, necesita salir bajo el auspicio de un caudillo a quien el mismo cielo destinó para serlo de sus soldados. Este es Vx^a., cuya importante Vida Guarde Dios muchos años.—Excmo. señor. —B. S. M. de Vx^a.—Su menor capellan.—*Fr. Manuel Oteyza i Dongo.*"

Tras de la Dedicatoria viene la censura que de la obra hicieron "los MM. RR. PP. LL. Jubilados Fr. Francisco J. Tapia, Ex-definidor, Rejente que fué de la Casa Grande de Nuestra Señora de Gracia i Prior actual de dicho Convento; i Fr. José Echegoyen, Ex-definidor i Rejente actual de Estudios en la misma Casa."

Los informantes, comisionados para ello por el M. R. P. Prior Provincial Fr. Francisco Córdova i Figueroa, tributan grandes elojios a la obra del padre Oteyza.

"Hemos leido, dicen, el primer tomo de el *Liberto Penitente* que escribió i pretende dar a la estampa el R. P. Lector Jubilado Fr. Manuel Oteyza Dongo i Carvajal Campo Frio, Relijioso de nuestra misma Orden. El no haber Imprenta en este Reino pone en la trabajosa necesidad de que vaya este precioso volúmen a correr los peligros de Mar a efecto de imprimirse; i al mismo tiempo ir a una Corte tan distante de este Pais, nos abre márjen para poder, sin nota de apasionados hermanos, decir algo del notorio, jigante mérito del Autor, pues quizá no habrá llegado a aquellas Rejiones su nombre, que en sí solo lleva la mayor recomendacion."

"Mucho tiempo há, agregan los informantes, que en toda especie de letras ha brillado su injenio, haciéndose en las aulas el objeto de los mayores elojios i en los púlpitos de jeneral admira-

cion. Nosotros, los infrascritos, le merecimos nuestro maestro en teolojía, donde nos dictó de memoria las mas árduas materias, como fueron *de pecato originali, de Scriptura Sacra* i varias *de Decreto;* cosa rarísimas veces vista. En la oratoria los labios le veneran maestro, siendo innumerable el concurso de pueblo que concurre a los templos cuando se dice que el padre Oteyza predica, pudiendo éste repetir, i muchas veces, aquello de Horacio: *Gaudeo, quod spectant oculi me mille loquere.* Estos créditos se ha granjeado con una incansable lectura de Escripturas i Padres i ejercitándose, desde que se ordenó de sacerdote, en la cátedra del Espíritu Santo, sin que le impidiesen en su juventud las tareas de la clase el predicar consecutivamente todas las Cuaresmas, todo el año la Santa Escuela de Cristo, i en las principales solemnidades con grande utilidad i provecho de los fieles, que gustosísimos le escuchan con crédito suyo i honor de nuestra relijion."

Entrando los informantes a juzgar la obra, dicen que "el autor ha puesto los altísimos pensamientos i sentimientos devotos del *Penitente Rei* en un término i escrito el mas agradable i deleitoso para que sirvan de modelo a todos los arrepentidos; i a ese efecto los da vertidos en idioma vulgar i almibarados con las melífluas suavidades de el metro."

Continúan los informantes haciendo una erudita i empalagosa disertacion sobre los propósitos del autor i ventajas de su libro con citaciones repetidas de los clásicos latinos, padres de la Iglesia i famosos teólogos, hasta que concluyen expresando que a su parecer puede el provincial conceder la licencia necesaria para la impresion de la obra. El informe está suscrito en el Convento Grande de Nuestra Señora de Gracia i en setiembre 11 de 1795.

En seguida del informe se ha estampado la licencia del prelado, otorgada el 12 del mismo mes i año.

La tabla de los libros i capítulos contenidos en la obra, una advertencia i un extenso i erudito prólogo del autor, llenan a continuacion considerable número de pájinas, en que el padre da idea de lo que contiene su trabajo, del propósito que lo guia, i entra en difusas e interminables explicaciones.

El primer tomo del *Liberto Penitente*, que es el único que alcanzó a componer su autor, está dividido en dos libros: el primero trata de la via purgativa activa, i el segundo de la pasiva. Cada uno de estos libros es subdividido en capítulos, i cada capítulo en párrafos. A las estrofas de cada capítulo precede su argumento expresado prolijamente.

El poeta ha empleado gran diversidad de metros, entre ellos la décima, tan usada por los versificadores de la colonia, i hoi en dia en las trovas populares.

La paráfrasis del primer capítulo está escrita en este metro i segun el artificio mui conocido de nuestro contemporáneo poeta

popular Guajardo: cada uno de los versos de una décima que resume un pensamiento capital i que se coloca en el encabezamiento, sirve como de estribillo al final de las otras. Así está compuesta la primera parte del *Liberto Penitente*, que se titula *Voces al pecador*. Daré una muestra:

Hoi, que tienes tiempo, llora;
Tus culpas a Dios confiesa;
Mira, no tienes certeza
De vivir, ni aun una hora:
Hoi méritos atesora
Antes que la noche llegue;
Cuando el poder se te niegue
Haz cierta tu vocacion,
Antes que tu corazon
Ondas de fuego navegue.

Alma, basta ya de sueño;
Deja de dormir, despierta,
Responde, que está a la puerta
Pulsando tu dulce dueño.
A reparar tu despeño
Viene: tal fineza adora;
No haya en abrirle demora;
No se retire ofendido;
I el haberte ántes perdido,
Hoi, que tienes tiempo, llora.

En la situacion presente
En grave peligro estás,
I de instante a instante vas
Tu ruina haciendo evidente.
Vuélvete a Dios, Penitente,
I por nueva senda empieza
A andar, que te lleva esa
A un eterno suspirar;
I para poderlo olvidar
Tus culpas luego confiesa.

Aparecen tambien en la obra romances endecasílabos. Vayan como ejemplo los siguientes, que tomo al acaso:

¡Con qué alegría el alma, Señor, dice
Que tú su heredad eres, su tesoro!
I al contemplar que logra dicha tanta,
La admiracion la ocupa i el asombro.

¿Qué obstáculo encuentras tú, Dios mio,
Para poder hacerme venturoso?
¿Mis culpas?... Ya las miro; mas no bastan
Si tengo tus piedades en mi abono.

Con tu misericordia se ve lleno
El orbe, desde el uno al otro polo;
Sin ella, ¿qué seria?... Ya no hubiera
Del humano linaje ni uno solo.

Atribulada el alma desfallece.
¡Con qué triste quebranto considera
Cuánto el bien que suspira se dilata,
I cuánto el mal que teme la rodea!

No hai duda que confiada entre palabra
Con firmes esperanzas se alimenta,
I lo agrio del tormento dulcifica
El saber que eres fiel en tus promesas.

El corazon levanta a tí los ojos,
I por mas que constantes perseveran,
Desmayados se rinden, no pudiendo
El cumplimiento ver de lo que esperan.

Es mui frecuente tambien en la obra del padre Oteyza la estrofa usadas en los versos siguientes:

Ya no es, corazon mio,
Aquel tiempo ni aquella
Edad en que adorando
Vivir libre, llevabas mil cadenas.

Cuando de tus pasiones
Tan vil esclavo eras,
Que aun ántes de insinuarse
Ya las obedecias, ¿no te acuerdas?

Solo humillarse supo
Tu siempre altiva testa
Al yugo vergonzoso
I lei que le imponian solas ellas.

¿Te acuerdas cuántas veces,
De engañosas sirenas
Por escuchar el canto,
Todo el bajel humano dió en la tierra?

Han sido, en verdad, crueles las tormentas
Que hasta aquí he padecido,
Mas, la gracia ha podido
Salvar de entre borrascas tan violentas
Mi ajitada barquilla,
Que aun corre mui distante de la orilla.

¿Dónde estoi, alma mia? dime ¿dónde?
Que se me oculta el cielo, se me esconde:
Tinieblas solo encuentro, sombras toco;
I en situacion tan triste, amarga i dura,
Tanto el dolor oprime, tanto apura,
Que para ser mortal le falta poco.

¿A qué rejion me ha traido negra suerte
A sufrir los rigores de la muerte?
Pues conmigo están todos donde moro,
I para hacer mis penas mas fatales,
He quedado tan solo con mis males,
Que nadie me consuela cuando lloro.

Señor, tan arrepentido
Vengo yo de haber pecado,
Que por no haberte ofendido
Daria por bien empleado
Ser sin pecado perdido.

Es tan intenso el dolor
Con que tu clemencia imploro,
Que si pudiera, Señor,
Me olvidara, cuando lloro,
De que arguyes con furor.

Las citaciones que preceden bastan a demostrar la facilidad de versificacion con que juega el autor del *Liberto Penitente*, haciendo lujo de su conocimiento de la métrica castellana; pero, ademas de eso, pondrán al lector en estado de apreciar el talento poético del padre Oteyza, i el jénero de la obra emprendida por él.

El *Liberto Penitente* no es ni con mucho una obra orijinal, en el sentido que debe darse a esta palabra cuando se trata de inspiracion i concepcion artísticas. Didáctica por su fin, ascética por la materia en que se ocupa, viciada mui amenudo en su lenguaje por la detestable plaga del culteranismo, debe considerarse mas bien como un trabajo de erudicion i de paciencia, por lo que respecta a ella misma, i por lo que toca a su autor, como el desahogo de un celo ardentísimo por llamar al extraviado a las vias de la santificacion i, quizá, como la expiacion de pasados deslices

llorados en la austeridad de un claustro, al eco de los cánticos sagrados. El padre Oteyza, mui versado en los libros santos, no hizo mas que traducir a idioma vulgar i a metro castellano los pensamientos del Rei-Profeta. Ahí esta la inspiracion de sus cantos, inspiracion que arranca del convencimiento, que se alienta de la piedad, que vive de la penitencia. El traductor, a fuer de fiel, ha cuidado de poner casi siempre al márjen el texto orijinal de que saca sus traducciones, sin que ello obste, a las veces, para que, encumbrándose con ardoroso brio, se olvide del texto i de las traducciones i ponga algo de su alma enardecida por el misticismo.

Pero, si el *Liberto Penitente*, literariamente juzgado, no es ni orijinal ni de buen gusto artístico, es, en cambio, una preciada reliquia en el repertorio de las pobres letras chilenas en la era de la colonia; sobre todo, al tomar en cuenta lo mezquinas que fueron aquéllas en dar inspiracion a los bardos.

El nombre del padre Oteyza, como escritor i como poeta, ha merecido indudablemente un lugar al lado del de los escasísimos injenios dados a la poesía durante la dominacion española.

¿Por qué no habia la historia de darle a lo ménos al recuerdo de la poesía austera de un ascético, el mismo rango que a esotra, "carnaval permanente del pensamiento," en que vivian, segun la expresion de un escritor, dos de los poetas mas conocidos de entónces?

CÁRLOS AGUIRRE VARGAS.

CHOPIN. [1]

LECTURA HECHA EN UNA REUNION MUSICAL.

Señoras:

El distinguido profesor señor Ducci, que inicia desde hoi esta série de reuniones musicales, dedicadas a la propagacion de las producciones superiores de su arte, ha pensado tambien, i con justicia, que os podria interesar el conocimiento de algunos rasgos biográficos i críticos de los grandes maestros, cuyas obras se continuará ejecutando en vuestra presencia.

Nadie, sin duda, está mejor preparado que él para llenar esta tarea. I, por vuestra parte, de nadie escucharíais con mas atencion i simpatía la descripcion de ese mundo vasto i armonioso de la música, que de aquel que sabe hacéroslo sentir i comprender en todas las formas capaces de afectar la sensibilidad humana.

Pero, al artista que os deleita i os conmueve, no ireis a pedirle que baje de esa rejion del sentimiento en que domina como en su propio campo, para ocuparse de la rama ménos poética i expresiva de su arte. En la música, lo que no se oye no se trasmite; i lo que se oye no puede ser interpretado con igual efecto por la palabra. Su parte, pues, es la mejor.

Comprendiéndolo así, ha buscado un auxilio extraño, que yo no he vacilado en prestar, convencido de la necesidad de alentarlo en su obra de instruccion i propaganda artística, deseoso de contribuir al fomento de los estudios musicales en nuestra sociedad, i esperando, sobre todo, hallar en la distinguida

(1) El autor, al hacer este ensayo crítico i biográfico, ha tenido a la vista los excelentes trabajos de Fétis, Clement i Marmontel.

reunion que me escucha aquella benévola atencion que suple toda deficiencia i excusa toda falta.

La presente lectura está dedicada a Chopin.

*
* *

En un pequeño lugar de Polonia, llamado Zelazowa-Wola, cerca de la ciudad de Varsovia, nació el 8 de febrero de 1810, Fréderic-François Chopin.

En los primeros años de su vida, su salud era tan débil i enfermiza, que mas de una vez hizo temer por su desarrollo. Mas tarde se robusteció un poco. Pero no cabe duda de que la frájil organizacion de este gran maestro, nunca repuesta por completo de sus primeros desfallecimientos, predispuso mas tarde su jenio a esa inclinacion a la tristeza, al romanticismo i a la elejía, que es el rasgo característico de sus obras,

En 1819, i cuando Chopin tenia nueve años, su familia, aunque escasa de recursos, se dispuso a empezar su educacion musical. Al efecto, le colocó bajo la direccion de un profesor bohemio llamado Ziwni, cuyas lecciones recibió durante siete años.

Desde esta época de su vida, Chopin dió muestras de las facultades que mas tarde debian contribuir a hacerle tan célebre. Un carácter dulce i apasionado, un temperamento nervioso de la mas extrema delicadeza, una sensibilidad capaz de afectarse por las impresiones mas fugaces, cierta melancolía natural a una constitucion débil i quebrantada, maneras reservadas i distinguidas, un alma dotada de una imajinacion ardiente i soñadora: tal era en su conjunto el jóven discípulo que el profesor bohemio comenzaba a formar para una carrera mas tarde tan gloriosa.

Miéntras que Chopin hacia sus primeros estudios, contrajo relaciones con la familia de un príncipe polaco, llamado Radziwill, cuya jenerosa proteccion no tardó en captarse, hasta el punto de que le costease su educacion e introdujese con la mayor solicitud en los mejores círculos de la aristocracia de Polonia. En medio de esta sociedad distinguida i formada por personas eminentes en todas los ramos de la ciencia i del arte, trascurria para Chopin el tiempo que le dejaban disponible sus estudios. Aceptado así por círculos que espiaban con el mas vivo interes el desarrollo de su jenio, i viviendo en una atmósfera que debia fomentar constantemente sus ideas artísticas, es natural que su delicado temperamento se haya dejado impresionar profundamente por estas influencias.

A los dieziseis años, Chopin empezó el estudio de la composicion i armonía con el compositor Elsner, de Varsovia. Tres años estuvo bajo la direccion de este notable músico, durante los cuales recorria de cuando en cuando las ciudades de Berlin, Dresde i Praga, con el objeto de oir a los profesores mas afamados que en ellas vivian.

En 1829 Chopin pasó a Viena, donde tomó parte en un gran concierto; i, aunque los diarios de la época aplauden su talento de ejecutante, él mismo parece no haber quedado satisfecho del éxito que obtuvo.

Por fin, en 1832, Chopin llegó a Paris de paso para Lóndres, donde pensaba establecerse, huyendo de la desolacion esparcida en su patria por la conquista rusa. Pero, una vez llegado a la capital de Francia, se detuvo en ella, i permaneció allí hasta pocos años ántes de su muerte.

En Paris volvió a encontrar esa sociedad elegante i distinguida en medio de la cual habia educado i desarrollado su jenio. La flor de la aristocracia polaca habia, como él, sentido la necesidad de abandonar sus hogares, i vivia en la capital del arte formando un núcleo brillante de intelijencia i de gracia. A él se refujió Chopin, concentrando sus afectos en los amigos a quienes debia gratitud, i cantando con ellos en poemas sin palabras, pero impregnados de un sentimiento apasionado de amor i de heroismo, las épicas desgracias de la raza slava i los dolorosos recuerdos de una patria desgarrada.

Hácia esta época fué cuando compuso sus obras mejores i mas orijinales. Inspirado por emociones patrióticas de amargo placer, la melancolía de su alma soñadora se transformó en una pasion mas enérjica i ardiente, vaciada en notas inmortales en sus *polonesas*, *mazurcas* i *baladas*. A veces, la debilidad de su organismo hacia desfallecer su espíritu, sumiéndolo en esa vaga tristeza que lo envolvia, cuya expresion se encuentra en el acento doloroso i profundo de sus *nocturnos*.

Miéntras embriagaba así con su música al distinguido círculo que le rodeaba, Chopin lo instruia en los secretos de su poder: la mayor parte de las damas de la nobleza polaca i algunas de la francesa recibian de él lecciones de piano.

Esta ocupacion, que durante algunos años absorbió por completo la atencion de Chopin, fué de feliz influencia para su carácter; porque al ménos no le dejaba tiempo para abandonarse a la corriente de sus ideas melancólicas.

Al fin, sin embargo, apesar de sus distracciones, triunfó en él la debilidad física, i fué necesario que abandonase esa distinguida colonia de compatriotas, donde tenia su hogar i donde se le tributaba tanta ardiente afeccion i tanta exaltada admiracion, para ir a buscar en una isla del Mediterráneo una atmósfera tibía que pudiera devolverle la salud.

Aquí aparece en la vida de Chopin uno de esos episodios tiernos i conmovedores que demuestran a la vez la profunda simpatía que su carácter i distincion eran capaces de disputar en un alma apasionada, i la influencia decisiva que su jenio podia ejercer sobre un espíritu tan vasto como profundo.

El lugar donde los médicos habian relegado a Chopin era un

verdadero destierro, la isla de Mayorca. Su enfermedad, la tísis, era una de aquellas que ántes de debilitar el cuerpo, quebrantan el espíritu, envolviéndolo en las sombras de una amarga hipocondría. El ilustre paciente debia, pues, abandonar la escena de sus glorias para dirijirse a la soledad de una isla lejana, sin mas compañía que sus tristes presentimientos, su corazon abrumado i su alma aprisionada por el letargo. Ninguna persona de su familia se hallaba cerca de él para velar al lado de su lecho.

En estos momentos supremos en que la amistad se prueba por el infortunio, un corazon jeneroso se ofreció a compartir con él los dolores del sufrimiento i del destierro. Esa heroina de la caridad, esa amiga afectuosa que así se sacrificaba por un nobilísimo sentimiento, era nada ménos que uno de los mas grandes jenios literarios de la Francia, cuya muerte ha sido tan llorada hace apénas algunos meses, Mme. Georges Sand.

Ella nos ha descrito en un libro de confidencias íntimas, en su *Histoire de ma vie*, hasta qué punto tuvo que apelar a su lealtad i abnegacion para resistir al sufrimiento durante los tristes dias i las largas veladas de Mayorca.

Esta relacion es penosa i aun cuando sea la víctima voluntaria quien se ha encargado de hacernos conocer la magnitud del sacrificio, respetemos, sin embargo, el jeneroso impulso que llevó a un grande espíritu al lado del lecho que ocupaba el jenio infortunado.

Vuelto Chopin a Paris con la salud un poco restablecida, continuó por algunos años su vida aristocrática i reservada, componiendo, enseñando a las damas de su amistad, que se disputaban sus lecciones, i encantando a la sociedad que le rodeaba con la majia arrobadora de su música.

En 1845 los síntomas del mal, ocultos algun tiempo ántes, se agravaron de un modo alarmante. La tísis parecia haber minado por completo la constitucion del grande artista. Su enérjica voluntad desfallecia, sus sufrimientos eran mas vivos i prolongados. Su jenio entorpecido no revivia sino a intervalos. Su exquisita sensibilidad trabajaba penosamente bajo el estupor de la fiebre.

Todavía, sin embargo, su alma llena de armonías extrañas, vagas, deliciosas i profundas, se abria paso al traves de su frájil envoltura. En las reuniones de amigos íntimos su temperamento nervioso, estimulado por el entusiasmo i los aplausos de la compañía, le permitia hacer esfuerzos supremos para volver despues a caer como agotado i exánime.

Al fin, fué imposible sobreponerse al mal. A fines de 1848 se vió obligado a dejar nuevamente a Paris, en viaje para las rejiones del norte. Recorrió la Inglaterra i la Escocia, inútilmente para su salud, aunque no para su gloria.

De vuelta a la ciudad de su predileccion, Chopin sintió acercarse su hora.

Su debilidad no le permitió abandonar el lecho. Desde Varsovia vino una hermana a acompañarlo. Las ricas i nobles damas de la aristocracia polaca se disputaban el derecho de velar por el ilustre moribundo. ¡Solicitud conmovedora, pero inútil!

El 17 de octubre de 1849 se extinguió de debilidad, a los 39 años de su edad, uno de los jenios musicales mas orijinales i profundos que han existido.

Sus funerales tuvieron lugar el 30 del mismo mes en la iglesia de la Magdalena, ante una concurrencia escojida, formada por la mas alta aristocracia i los mas distinguidos artistas.

El cadáver, vestido en traje de ceremonía, fué colocado en un sarcófago, cubierto de rosas. Se cantó la misa de *Requiem* de Mozart, una de las composiciones mas sombrías que ha inventado el jenio de la música, i se ejecutó por fin la *Marcha fúnebre*, compuesta por el ilustre difunto. Aun se recuerda hoi dia en Paris el efecto conmovedor producido por esta marcha. "El movimiento persistente del bajo en la primera parte oprimia dolorosamente al corazon; miéntras que la admirable melodía que sigue bajo la forma de trio, hacia olvidar los dolores punzantes de la realidad i soñar con los goces eternos." Tal es la sentida frase en que consagra su recuerdo un testigo de la ceremonia.

*
* *

Aunque Chopin murió a una edad que permite creer que llevó consigo a la tumba sus mejores inspiraciones, sus obras son numerosas i exquisitas.

Entre nosotros no son conocidos sino sus valses, su marcha fúnebre i alguno que otro trozo de sus nocturnos i estudios.

Pero, a mas de la coleccion admirable de sus composiciones de corto aliento, como los valses, mazurcas, polonesas, baladas, estudios, berceuses, barcarolas i otras piezas características, existen tambien algunas sonatas, trios i conciertos que han elevado el nombre de Chopin al mas alto rango entre los compositores musicales.

Uno de los méritos superiores de Chopin es la orijinalidad. Así, ántes ni despues de él, ningun compositor ha sabido imprimir a la música la fluidez, elegancia, vaguedad, riqueza de tonos, profundidad i melancolía que distinguen las producciones de este gran maestro.

Su estilo es propio, i basta estar un poco familiarizado con la música para distinguirlo a los primeros compases.

La constitucion física de Chopin, influyendo en el desarrollo de su carácter, ha entrado tambien por mucho en la formacion de su estilo. Hai en su música tanta exquisita delicadeza, formas tan ideales i vaporosas, un sentimiento tan indescriptible, que es fácil comprender sean la obra de una sensibilidad trabajada hasta la mas rara perfeccion por el debilitamiento físico.

Los que le escucharon cuando por primera vez se presentó en Paris, lo acusaron de romántico i afectado. Pero es que entónces el jénero de composiciones a la moda era un amaneramiento insípido, que felizmente ha cedido despues su lugar a otros estilos. Los méritos del de Chopin son hoi universalmente reconocidos.

Miéntras mas se estudian las obras de este grande artista, mas se reconocen en ellas las cualidades que hemos apuntado. En los estudios, preludios i nocturnos hai un sello de ternura i de gracia incomparables. Cada uno de esos trozos es una triste i dulcísima elejía. Parece que palpita en ellos el alma del autor, llena de aspiraciones no satisfechas i de dolores que no tienen consuelo. Las baladas i polonesas son trozos grandiosos i de grande efecto; pero siempre animados por un colorido poético que nos arrastra a la existencia ideal. Por lo demas, es en estas obras, compuestas sobre temas populares de Polonia, donde su corazon herido ha derramado ese sentimiento de exasperacion i de angustia que debia excitar en él la vista de los terribles desastres de su patria.

Aun en sus valses i mazurcas, composiciones ceñidas a un metro tan rigoroso que apénas dejan lugar al idealismo del compositor, Chopin ha sabido encontrar esa nota melancólica que se hallaba en el fondo mismo de su sér. En todos ellos hai movimientos graciosos i arrebatadores, a veces frenéticos, a veces solo brillantes, combinados con una trasparencia de formas i con melodías que nos sumerjen, como decia el poeta Heyne, en un abismo de dolorosas delicias.

El valse en *la menor*, que esta noche forma parte del programa, es una composicion impregnada de dulcísima melancolía. El primer movimiento i el *sostenuto*, tan admirablemente desarrollado en los dos tonos, mayor i menor, tienen frases de un efecto íntimo i conmovedor, miéntras que el resto se desenvuelve con una elegancia i delicadeza perfectas.

La *Marcha fúnebre*, sacada de la sonata en *si bemol menor*, que tambien será ejecutada en este concierto, es, sin duda, con la sonata de que forma parte, la obra maestra de Chopin. El efecto de la primera parte es grandioso i sombrío. Miéntras que el bajo se repite constantemente con una regularidad exacta, como si quisiera aludir al destino fatal que se acerca implacablemente sin detenerse, la melodía trabaja penosamente por levantarse desde el lamento contenido i quejumbroso con que empieza, hasta el estallido libre i doloroso de la magnífica escala al principio de la segunda frase. La melodía del trio que sigue es un alivio, apesar de su punzante tristeza, despues de las profundas emociones que despierta la primera parte. El último trozo que cierra la marcha es la repeticion del primero.

***

Antes de concluir esta lectura, voi a ofreceros la opinion de un célebre crítico sobre los méritos de Chopin como ejecutante, o, para usar la palabra técnica, como virtuoso del piano.

Esto interesará, sin duda, a los que deseen interpretar la música de este maestro; porque, a la verdad, es imposible tocar con efecto las composiciones de ningun autor sin conocer su sistema de ejecucion i el carácter especial que él sabia imprimir a sus propias producciones.

"Por la igualdad de los dedos, dice ese crítico, la delicadeza, la independencia perfecta de las dos manos, Chopin pertenecia evidentementemente a la escuela de Clementi, maestro a quien tributaba grande admiracion i cuyos excelentes estudios recomendaba. Pero lo que Chopin no debia a nadie, era su arte maravilloso para conducir i modular el sonido, su manera expresiva i melancólica de diversificarlo. Chopin poseia un modo orijinal de atacar el teclado, toques lijeros i muelles, efectos de sonoridad de una fluidez vaporosa, cuyo secreto nadie ha heredado.

"Ningun pianista ántes de él habia empleado los pedales alternativamente o reunidos con tanto tacto i habilidad. La mayor parte de los ejecutantes modernos hacen un uso permanente e inmoderado de los pedales, produciendo así, sobre oidos delicados, efectos de sonoridad que los fatigan o los enervan. Chopin, por el contrario, sirviéndose constantemente del pedal, obtenia armonías arrobadoras i efectos melódicos que asombraban i encantaban. Poeta maravilloso del piano, tenia una manera de comprender, sentir i expresar su pensamiento, que en vano se ha tratado mas tarde de imitar."

*
* *

Concluyo, pues, señoras, repitiéndoos mis excusas por haber ocupado vuestra atencion en momentos tanto mas preciosos cuanto que son dedicados a la música.

La ejecucion de los trozos de Chopin, que forman parte del programa de este concierto, contribuirá sin duda a despertar vuestro gusto por las obras i el estilo de este gran maestro. Si la presente lectura, modesta como es, pudiera auxiliar en algo ese resultado, su autor quedaria mas que indemnizado de su trabajo.

Santiago, setiembre 9 de 1877.

Adolfo CARRASCO ALBANO.

ACTAS DE LA SOCIEDAD PARA EL ESTUDIO DE LAS CIENCIAS POLITICAS.

SESION DEL 24 DE AGOSTO.

Se abrió la sesion presidida por el señor Rodriguez don Zorobabel, con asistencia de los señores Walker Martinez J., Aguirre Vargas C., Vial J., Eyzaguirre, Guerra, Moreno, Egaña, Aguirre Vargas V., Gandarillas, Vial L. i Aldunate.

El señor presidente usó de la palabra para desarrollar el tema histórico sobre los progresos de la ciencia social en el siglo XVI.

Comenzó por manifestar los caractéres de la época. El siglo XVI es el período del renacimiento de grandes luchas relijiosas, de movimiento i trastorno en las ideas. Casi todos los sistemas políticos que han influido en los tiempos modernos para el adelanto de la ciencia social, tuvieron allí su oríjen.

El socialismo i la economía política nacieron en esta fecunda época.

La reforma protestante, iniciada por Lutero en Alemania, hizo nacer varias sectas que, exajerando los principios proclamados por el jefe del protestantismo, llevaron hasta la política las doctrinas relijiosas derivadas del libre exámen.

Entre todas estas sectas, merece particular atencion la de los anabaptistas, verdaderos fundadores del comunismo moderno.

Estos sectarios comenzaron por predicar sobre la necesidad de un segundo bautismo para los adultos, pues que era inútil el bautismo de los niños, de donde les viene el nombre de anabaptistas, rebaptizadores.

Tomas Munzer, uno de sus primeros jefes, transformó luego, deduciendo exajeradas consecuencias, una opinion relijiosa en doctrina social i política, i se hizo apóstol del mas desenfrenado comunismo. Sus ideas prendieron fácilmente entre los labriegos de Suabia, Turinjia i Franconia; que sufrian impacientes el yugo de los príncipes i de los prelados. Un levantamiento se operó a la voz de los reformadores: los campesinos redactaron doce peticiones, éstas fueron rechazadas por los nobles, i de aquí nació la encarnizada guerra de los campesinos, que, despues de haber asolado muchos conventos i castillos, terminó con la derrota de los anabaptistas i la muerte de su caudillo.

Mas tarde reaparecieron éstos en Suiza, pero el segundo período de su existencia no se señala con guerras i trastornos como el anterior.

En 1535 redactaron su profesion de fé en Zolicona proclamando las ideas comunistas mas exajeradas. Llegaban a admitir la comunidad de mujeres.

Proscritos i expulsados de todas partes, los anabaptistas se dividieron en numerosas sectas. Algunas, sin embargo, consiguieron organizarse de una manera estable, i, dirijidas por Hutter, fundaron las célebres comunidades de Moravia.

Estas comunidades sumininistran una buena leccion histórica, porque con ellas se ha demostrado prácticamente la falsedad del sistema comunista. Apesar de la proteccion de algunos príncipes i de toda las circunstancias favorables a sus planes con que se veian rodeados, los hutteristas vieron perecer la comunidad, víctimas de su propia relajacion.

Al mismo tiempo que las comunidades de Moravia parecian realizar el ideal de la secta, los anabaptistas de la Alemania i de la Holanda intentaron establecer nuevas repúblicas en que poder implantar mas estrictamente sus doctrinas, independizándose por completo del poder civil.

Mathias i Juan de Leyden fundaron la comunidad en Munster, i en la ciudad de Amsterdam hubo movimientos revolucionarios que pronto fueron sofocados.

En Munster dejeneró completamente la secta. Las comunidades anabaptistas se convirtieron en teatro de desórdenes i de libertinaje. Juan de Leyden fué proclamado rei i ejerció el papel de un tirano.

Ya en 1535 se puede decir que concluye el desenvolvimiento de esta secta que durante catorce años se esforzó por implantar en Europa doctrinas que corresponden exactamente a las de los comunistas modernos, sin conseguir otra cosa que el completo descrédito de su causa.

Miéntras el comunismo se desarrollaba de esta manera en Alemania, la Italia veia nacer en su seno una ciencia llamada a prestar importantes servicios a la sociedad moderna: la Economía política.

Se habia jeneralizado bastante entre los reyes i príncipes de aquella época el abuso de adulterar la moneda. Los poderosos se enriquecian de este modo a costa de la nacion; i a tal grado llevaron el abuso, que el Papa Inocencio III trató de impedirlo condenando a los falsificadores con la pena de excomunion.

A este desórden se deben las primeras obras de Economía que aparecieron en Italia, i aun en España.

El primer italiano que escribió sobre esta ciencia fué Gaspar Scaruffi. Su obra se titula *Discursos sobre las monedas i de la verdadera proporcion entre el oro i la plata.*

A éste, siguió el florentino Bernardo Davanzati, quien escribió tambien contra la adulteracion de la moneda, emitiendo algunas ideas mui avanzadas sobre la materia.

El economista mas notable que apareció en Italia por aquel tiempo es Antonio Serra. Compuso un pequeño tratado sobre las causas que pueden hacer abundar el oro i la plata en los reinos.

Aunque mui adelantado para su época, el autor acepta el falso principio de que la riqueza de las naciones depende de la cantidad de metales preciosos que poseen, principio que ha dado márjen a notables errores económicos.

Despues de haber tratado el señor Rodriguez sobre los oríjenes de la Economía política en Italia, indicó la conveniencia de fijar el mismo tema de estudio histórico para la próxima sesion a fin de ocuparse mas detenidamente sobre otros escritores del mismo siglo XVI. Quedó así acordado.

En seguida el señor don Luis Vial hizo una exposicion de las ideas emitidas por Bastiat en el capítulo de sus *Armonías Económicas* que lleva por título *El Cambio.*

En la próxima sesion se tratará acerca del valor.

Con esto se levantó la sesion.

SESION DEL 31 DE AGOSTO.

Asistieron los señores Rodriguez don Zorobabel, Gandarillas, Eyzaguirre, Egaña, Guerra, Aldunate, Aguirre don Cárlos, Vial don Javier i don Luis, Walker i los secretarios.

Leidas i aprobadas las actas de las tres últimas sesiones, se celebraron los siguientes acuerdos:

1.° Fijar los sábados, en vez de los viérnes, para las reuniones de la sociedad.

2.° Publicar las actas de las sesiones en el periódico LA ESTRELLA DE CHILE.

El señor Eyzaguirre propuso como miembro de la sociedad al señor don Francisco Gonzalez Errázuriz.

Sobre los temas en estudio, habló primeramente el señor Aldunate para hacer una exposicion de los principios políticos de Bodin.

En el siglo XVI, si se exceptúa a Nicolas Maquiavelo, no aparece un escritor político tan notable como Juan Bodin. Dotado del saber enciclopédico, cualidad característica de los escritores mas celebrados de aquel siglo, se señaló en mas de un ramo de la ciencia. Hijo de un jurisconsulto eminente, poseia bastantemente él mismo los conocimientos de la profesion, aun cuando no quisiera ejercerla. De jóven, se ensayó en materias económicas con un acierto raro para su época. Escribió volúmenes sobre metafísica, i entró aun en el campo de la teolojía. Las ciencias ocultas llamaron especialmente su atencion, i publicó su

Demonolojía para descubrir los procedimientos de los que se daban a la majia. Pero la obra que constituye su principal título de gloria, es la *República*, su tratado sobre el Estado.

Bodin considera como elementos constitutivos de la República o de un Estado, las familias asociadas en vista de un interes comun, i la soberanía, que no es sino la voluntad de las familias i que se delega en algunos para formar un gobierno.

La familia es la imájen del Estado, i su jefe es en ella el verdadero soberano. El marido tiene poder supremo sobre sus hijos i sobre su mujer. Se le deberia conceder aun el derecho de vida i muerte. Este poder ejercido en Roma, fué, segun Bodin, la causa principal de su esplendor. I por eso a medida que vemos relajarse esa autoridad del padre, que el antiguo derecho consagraba, vemos decaer al mismo tiempo a la República.

Se distingue la familia del Estado en que éste administra intereses comunes, miéntras aquélla administra intereses propios. La propiedad es base del gobierno de la familia, i sosteniéndola critica Bodin las teorías de Platon, de los Anabaptistas i de Tomas Moro sobre la comunidad de los bienes.

Por exajeradas que fueran las ideas de Bodin sobre la patria potestad, de acuerdo en esto con las antiguas lejislaciones, no aceptaba, sin embargo, como éstas, la institucion de la esclavitud: fué, mui al contrario, uno de sus primeros adversarios.

La soberanía, el otro elemento constitutivo de un Estado, aunque nace de una delegacion de la voluntad de las familias asociadas, es un poder absoluto i permanente: el soberano dicta leyes sin el consentimiento de sus súbditos i no tiene mas límites que la justicia natural.

Cuanto a las formas de gobierno, distingue Bodin tres: la monarquía, la aristocracia i la democracia, segun que uno solo, una parte del pueblo o todo el pueblo sea el soberano. Cada una de estas formas de gobierno tiene sus ventajas e inconvenientes especiales; nuestro escritor se inclina a creer mas aceptable la monarquía.

En el tratado de la *República*, como en la *Política* de Aristóteles, se consagra un libro al análisis de las revoluciones; pero no ha agregado un principio importante a los del modelo.

Por fin, son de notar en las obras de Bodin, sus opiniones tolerantes en materia de relijion, i su teoría sobre la importancia del clima en los progresos de un pueblo, teoría que mas tarde fué desarrollada por Montesquieu.

El señor PRESIDENTE trató en seguida de la materia que habia comenzado a exponer en la sesion anterior, de los principales hechos que influyeron en el movimiento económico i social en el siglo XVI.

Uno de estos hechos ya señalados, fué el de la universal adulteracion de las monedas: otro, i mui de tomarse en cuenta, fué el

auje i preponderancia que alcanzaron en esta época los gremios i corporaciones.

Estas instituciones, que surjieron en los tiempos del imperio del feudalismo, hicieron en un principio servicios estimables a los pueblos en cuyo seno se desarrollaron. Nacidas al calor de la independencia individual, se formaron para contrapesar el poder de los señores feudales. Colocándose bajo la proteccion de un santo, adoptaban banderas sagradas, estandartes de su independencia, i defendian los derechos de cualquiera de sus miembros.

Pero mas tarde, sujetas a los reglamentos que el soberano les imponia, vinieron a ejercer un funesto monopolio: el impuesto a que se les sometió, les dió en cambio un privilejio odiosísimo i en extremo perjudicial a la libertad del trabajo. De ahí la decadencia que, en la época de mayor influencia de los gremios, comenzaron a experimentar los Estados. Fijándonos solo en España, desde los reyes católicos se ve bien claro que la nacion principia a descender: en esa época las corporaciones principiaban a hacer uso de todos sus privilejios. Talvez se debió principalmente a este hecho la decadencia progresiva que España sufrió bajo el gobierno de la casa de Austria.

El sistema mercantil es otro hecho que aparece el siglo XVI. Hai quienes imputen a España el pecado de haberle dado oríjen; pero es de data mas antigua: nace con el establecimiento de la liga anseática, i alcanza todo su desarrollo despues del descubrimiento del Nuevo Mundo.

El señor PRESIDENTE habló asimismo sobre el punto de economía política en estudio, reasumiendo en pocas palabras las ideas de Bastiat acerca de la nocion del valor.

Quedaron para ser tratados en la próxima sesion los siguientes temas: 1.° análisis del valor; 2.° consecuencias políticas i económicas del descubrimiento de América; 3.° exposicion de las ideas políticas i económicas de Bacon.

Se levantó la sesion.

LA LAMPARA DEL SANTUARIO.

Cuando la noche lóbrega
Envuelve en un sudario
De sombras, el santuario
I el despoblado altar,
Tú, despidiendo pálida,
Ténue luz amarilla,
Disipas, lamparilla,
La negra oscuridad.

Cuando las almas tímidas
Se van, i solitario,
Como desierto osario
Dejan el sacro altar,
Tú eres del Altísimo
La compañera amante
Que velas incesante
Su triste soledad.

Cuando en las altas bóvedas
Silencio i paz domina
I el hombre se imajina
En un sepulcro estar,
Es de tu llama vívida
El áspero chirrido
El único jemido
De amor que al cielo va.

Cuando enmudece el órgano
I la plegaria cesa
I a dominar empieza
La calma en derredor,
Entónces tu luz trémula,
Batida por el viento,
Remeda en su lamento
Los ayes del dolor.

Cuando en la aérea cúpula
No se oye ya el tañido
Del esquilon herido
Que al hombre llama a orar,

Con llama siempre fúljida,
Esperas encendida
Que el alma dolorida
La paz vaya a buscar.

Cuando en celestes ámbitos
Fulguran mil estrellas,
Como las gotas bellas
Que anida un lirio azul,
En medio sombras lúgubres,
Como un astro oscilante,
Semejas tú un diamante
Envuelto en negro tul.

Mecida por el céfiro,
Eres la estrella sola
Que formas la aureóla
De la enlutada cruz;
I el que en la inmensa bóveda
El sol colgara un dia,
No halla mas compañía
Que tu doliente luz.

I tú, centella lívida,
Alumbras la morada
Del que pobló la nada
I luz al cielo dió.
I miéntras riela plácida
La luna en la alta esfera,
Tú eres la lumbrera
Del templo del Señor.

Mas ¡ah! yo envidio ¡oh lámpara!
Tus horas venturosas;
Horas que en paz reposas
Cabe mi dulce amor.
Lleva en tus alas diáfanas
La ardiente oracion mia,
Como en alas del dia
Su aroma alza la flor.

Dile a mi amado, ruégote,
Dile que yo lo amo
I que por El derramo
Mil lágrimas de amor;
Dile que mi alma lánguida
Léjos de El desfallece,

Que el mundo solo ofrece
Abrojos i afliccion.

Mira que en nave mísera
Cruzo el mar de la vida,
Del ábrego batida,
Sin járcias ni timon.
Sé tú para este náufrago
Siempre encendido faro,
I en ese puerto amparo
Halle contra el dolor.

Testigo de mis lágrimas,
Amiga de mis penas,
Préstame tus cadenas
Para vivir, cual tú,
Siendo en la cárcel lóbrega
Del prisionero amante
De amor llama incesante,
Inextinguible luz.

RODOLFO VERGARA ANTUNEZ.

APOSTROFE A LA MUERTE.

¿Lo veis?... ¡Horrible espectro! que bañado
Por el reflejo pálido del dia,
O en actitud siniestra va callado
Entre las sombras de la noche umbría....,
Ciñen eternamente
Secas espinas i marchitas flores
Su descarnada frente:
Plástica forma del destino humano,
¿Quién será aquél que pálido no vea
La sangrienta guadaña
Que estrechas en la mano
De la que sangre sin cesar chorrea?...

Cuando el Jenio del mal a tí te invoca,
De súbito apareces
Como sombra, entre sombras de cipreses,
¡I sin lábios tu boca

I de sarcasmo llena,
Con tu risa epiléptica i eterna,
Con tu mortal aliento que envenena!

¡Rei de la destruccion! ¿qué no devora
¡Ai! tu furia infernal?
¡Ries del hombre cuando el hombre llora!
Mudo i sin exhalar ni un alarido
Con magras manos sin cesar abiertas
Andas i buscas al dolor dormido,
Sacudiendo al dolor.... ¡tú le despiertas!

¡Oh! huésped incesante
Del marmóreo palacio en las ciudades,
De la choza pajiza,
¡Oh! viajero errante
Sin patria i sin hogar,
Si a cada paso tuyo se levanta
Un enlutado altar,
Si has sido siempre de la especie humana
El mortal enemigo,
Huye espectro de mí.... ¡yo te maldigo!

Madre infeliz, en tus huesosos brazos
Ha espirado el momento en que la aquejas,
I en tí los ojos fijos
Abren i cierran sin cesar los brazos
Sus desolados hijos,
Entre sollozos, lágrimas i quejas.
Así apareces tú ... ¡i te deslizas
Pisoteando del hombre los despojos,
Dos órbitas oscuras son tus ojos,
Tus huellas son cenizas!
¡A aquella pobre esposa, amante i bella,
Le arrebataste cruel a su adorado
Del trono de su amor, su hogar amado,
Dejándola transida de afliccion,
Con negro traje i viudo el corazon!
¡Desgraciado el enfermo que en el lecho,
I en su frente sintiera
Tu helada mano: al ataud cayera!
Pobre hueste guerrera
Si recorres el campo de batalla,
Sirviéndote del hierro i la metralla;
Ese campo nublado
Con nubes de humo de la lucha impía,
Dejáras de cadáveres sembrado,

Cadáveres calientes todavía;
¡I miéntras tú te encuentres ahí presente
De sangre humana correrá un torrente!

¿Quién a tí no te encuentra en su camino?
I ¿dónde no estás tú?... ¿si aun revestido
Con tus cenizas frias
Te reserva el Destino
Asiento misterioso
En el festin de locas alegrías?...

¡Tus únicas hazañas
Son convertir en noche la alborada
I dormir en la tumba, tu morada!
De esa tumba a las lóbregas entrañas
No vas sola jamas:
Al sepultarte en sus oscuros senos,
¡En este mundo habrá
Una víctima mas.... un hombre ménos!
¡Entre tus dientes de caiman la víctima
Tú la conduces a la tumba helada,
Lamiendo ¡ai Dios! tu garra ensangrentada!

¡Ai!... ¡todos van allí!... ¡horrible arcano!
Todos marchan contigo:
El niño, i el anciano,
Los reyes, i el mendigo,
¡Ai! ¡todos van allí!
¡El libertino que en alegre orjía
Noche por noche se burló de tí....
I el monje, que a la luz de blancos cirios,
Allá en celda sombría
Te acaricia en sus místicos delirios!

¡Sí! en el mar de la vida se levantan
Las oleadas humanas,
En calma ayer, en tempestad mañana;
Se juntan como hermanas
I férvidas se abrazan,
O braman tumultuosas
En las sangrientas guerras,
I en su voraz crueldad se despedazan;
Pero jimiendo hácia el morir van todas
De la muerte en las fríjidas riberas,
¡Lo mismo que las olas!....

1876.

JOAQUIN LEMOINE.

IDEAS POLITICAS DE CHANNING.[1]

(Orijinal de R. Lavollée.)

Las obras del ilustre autor americano, Guillermo Channing, forman tres volúmenes compactos: comprenden mas de setenta opúsculos, sin contar un gran número de cartas, notas i pensamientos aislados. Esta fecundidad no perjudica en nada a la unidad moral de sus obras. Todo lo que ha escrito se refiere, en efecto, a uno de estos grandes problemas: la existencia de Dios i sus relaciones con el hombre, la organizacion política de las sociedades, la economía social. De aquí tres partes diversas, tres órdenes de ideas que deben estudiarse separadamente: su fé relijiosa, sus convicciones políticas, sus ideas sobre la solucion de las cuestiones sociales.

Vamos a detenernos un momento en el estudio de la parte política.

Channing no creyó jamas en el supuesto antagonismo entre el cristianismo i la razon: no admite tampoco que la relijion permanezca extraña de la política, ni que sea aquélla incompatible con la libertad. Para él, la fé relijiosa no es una aspiracion vaga de nuestra debilidad hácia la omnipotencia divina, una especie de conviccion platónica encerrada dentro de los límites del fuero interno i que no liga al hombre con obligaciones ni deberes. Por el contrario, ve en la relijion un sentimiento determinado, una lei moral inflexible que nos impone reglas fijas, que señorea las conciencias i cuya influencia se extiende a todos nuestros actos, públicos o privados. No hai otra fé verdadera que la fé militante, animosa, que se revela en los actos i aspira a esparcir su luz en el mundo.

En política como en relijion, Channing no obedece jamas a las pasiones ciegas de los sectarios; pero no por eso es del todo indiferente. Nadie ha sido mas hostil que él a cualquiera tendencia teocrática: nadie tampoco ha combatido con mas enerjía la teoría de la lei atea i del escepticismo político. La relijion es la

(1) Artículo tomado del *Estudio sobre la vida i doctrina de Channing.*

regla i el juez indispensable de la política, no de esa política estrecha i violenta que enciende las ambiciones mezquinas i las miserables pasiones de partido, sino de la política elevada i liberal que mira como su objeto el fijar principios fundamentales, universales e inmutables sobre los que reposen la seguridad, el bienestar, la existencia misma de los Estados.

La relijion debe inspirar al gobierno temporal de las sociedades sin tomar jamas en él una participacion directa. Su autoridad, en efecto, no es de este mundo: no sabria dominar en la tierra sin abatirse, porque no ha nacido de la tierra. Ella viene de lugar mas alto i mira hácia mas arriba: el cetro es una arma funesta en sus manos consagradas a orar i bendecir; pero no debe perder de vista que ha recibido el depósito de la lei del Cristo, aplicable a los imperios como a los simples ciudadanos.

Expresion suprema de los instintos morales de la humanidad, la relijion está colocada, por su esencia i por la voluntad de su divino fundador, a la altura en que los odios de los partidos políticos, los antagonismos de raza i nacionalidad se borran i desaparecen en la espléndida unidad de la justicia i la caridad universales; pero por lo mismo está mas estrechamente obligada a combatir sin tregua por el reinado de la lei divina sobre la tierra. El choque terrible de las revoluciones i de las guerras habrá de encontrarla induljente sin debilidad i desinteresada sin indiferencia. Es necesario que ignore o, al ménos, olvide siempre hasta el nombre de los partidos; pero que no ignore ni disfrace jamas lo justo i lo verdadero. Si se mezcla en el combate de las opiniones i en la lucha de las facciones rivales, sea para imponer a todos el respeto de los principios de moderacion i lealtad, sin los cuales no hai discusion posible; si se ocupa en las relaciones de los ciudadanos con la autoridad, sea a fin de predicar a los unos la obediencia a la lei i el amor a su pais, i a fin de sostener, contra las usurpaciones i las cóleras de la autoridad, los derechos inviolables del sér humano; si se presenta en los campos de batalla, muéstrese como el pacificador que, con la elocuencia muda de su sublime protesta, condena todo acto de violencia, toda agresion injusta, i que se entregaria aun a la muerte para detener la efusion de sangre.

Tal ha sido la doctrina constante de Channing cuanto al papel de la relijion en la política. Por lo demas, es de notar la analojía de sus opiniones políticas con sus creencias relijiosas. En el Estado, como en los templos, la formas externas no tienen, para Channing, sino una importancia secundaria: lo que importa es el espíritu que anima las instituciones, las ideas de que son manifestacion visible. Lo que espera de la política como de la relijion, no es tanto la propagacion de tal o cual doctrina, como el desenvolvimiento de los instintos morales del fiel i del ciudadano: de ahí que les pida que abran a uno i a otro el camino en que ellos

habrán de buscar el reino de la verdad, de la justicia i de la libertad sobre la tierra. En esta empresa sublime, la lei relijiosa i la política tienen de comun el que no constituyen por sí el fin asignado a nuestros esfuerzos, sino tan solo un medio para alcanzarlo. Tal creencia relijiosa será mas favorable que cualquiera otra a los progresos de la virtud: cual constitucion política ejercerá, con ventaja, una feliz influencia en el estado moral de la nacion, pero ni una ni otra tendrá el don de crear la virtud, el poderío o la libertad. Virtud, poderío i libertad dependen exclusivamente de la accion personal, del progreso individual, del trabajo moral de cada ciudadano sobre sí mismo.

El Estado no puede tener jamás, segun Channing, la importancia exclusiva ni el poder extremado que de grado le atribuyen los teóricos de la escuela autoritaria. Como lo dice M. de Rémusat, "la libertad i el progreso son, para Channing, independientes de la constitucion política del Estado.... Channing pide una sola cosa al Gobierno; que haga respetar igualmente las leyes por todos i para todos; i no reconoce otros méritos i derechos en el Estado que el de asegurar el libre i perfecto desenvolvimiento de las facultades humanas."

Esta idea del papel del Estado es comun a casi toda la raza anglo-sajona, i, entre nosotros, mas de un pensador eminente está dispuesto a aceptarla; no por eso, sin embargo, es ménos antipática al espíritu absolutista de la raza latina, amoldada de antiguo a la unidad política por Roma imperial, i a la unidad relijiosa por Roma cristiana. Es, pues, necesario insistir un momento sobre las teorías políticas de Channing i examinar si deberán tomarse en cuenta las objeciones que le oponen a él, como a todos los partidarios de la iniciativa individual, los defensores de la soberanía absoluta del Estado.

En política, dos grandes escuelas luchan por el triunfo de sus encontradas opiniones: la primera hija del renacimiento, i la segunda de la edad media,—la una romana i la otra nacional,—la una que habla en nombre del derecho divino o en nombre del dogma de la soberanía nacional; la otra que reivindica los derechos imprescriptibles que cada hombre tiene por su razon, por su naturaleza, i que traen su primer oríjen de Dios. Para esta escuela, el jefe del Gobierno no es mas que el mandatario de la asociacion nacional, encargado especialmente de mantener la paz pública i defender la integridad del pais contra ataques extraños; para aquélla, por el contrario, el jefe del Gobierno es un padre de familia, omnipotente, que vela sobre la conducta de todos los ciudadanos, encargado, no solo de garantir el pleno goce de sus derechos, sino tambien el empleo mas útil de su actividad, único responsable del bienestar o malestar del pais, de su decadencia o prosperidad, perversion o moralidad, i que deriva de sus propios deberes la facultad de disponer de todas las fuerzas so-

ciales i vijilar para que estas fuerzas se apliquen convenientemente en mil modos diversos.

Los partidarios de este último sistema no admiten que se pueda limitar la accion del Estado a la defensa del órden público, i quede así extraño a los intereses políticos, sin que se rebaje singularmente el papel propio del Estado. Con la historia en la mano, prueban que el desórden material es siempre el síntoma o la consecuencia de un desórden moral, mucho mas peligroso que el primero para la tranquilidad de los ciudadanos i para la vida misma de las naciones. Hoi mas que nunca, dicen, la idea es soberana del mundo: el hombre no es sino su instrumento, la historia no es más que su desenvolvimiento a traves de los siglos. Así vemos en estos tiempos que no tanto peligra la existencia de las sociedades por la violencia material como por la perversion de las ideas i por la difusion de las doctrinas erróneas. Ante este peligro, el Estado, sin faltar a su deber, no podria encerrarse en una especie de abstraccion platónica e indiferencia sistemática respecto de las opiniones contrarias a su credo político i moral. Tiene, en efecto, el Estado el deber de representar un sistema completo i definido, de combatir sin cesar por la defensa del principio en cuya virtud existe, de concentrar para esta lucha todas las fuerzas de la nacion, de ejercer una suprema vijilancia sobre ellas, no dejando a la libre iniciativa de los individuos o de las asociaciones sino los actos que escapan por su naturaleza a la reglamentacion. Una conducta distinta reduciria al Estado a la impotencia, dejaria sin defensa a la sociedad i la precipitaria al abismo. En vano el ejército cubriria las fronteras i en vano velaria la policía i daria sus fallos la justicia: el enemigo inutilizaria las obras de defensa i penetraria en la plaza. Apesar del ejército, de la policía i de la majistratura, proseguiria aquél su trabajo subterráneo hasta minar la base de la autoridad, de la justicia, de la sociedad, i hasta que la nacion, dividida i desorganizada por un falso liberalismo, rodara en el abismo a que sus jefes la habian imprudentemente encaminado. Es de necesidad absoluta que el Estado haga ver tamaño peligro a las ciudadanos, aparte de sus labios el veneno que se les ofrece, prevenga la invasion del mal i descienda, armado de todas armas, al campo en que se debaten, junto con los destinos del Estado, los de la patria i de la civilizacion.

No se puede negar la lójica i la grandeza de este sistema que tiende a convertir al Estado en Providencia terrestre. Pero una sola reflexion debe detenernos en esa pendiente que ha llevado hasta justificar el despotismo a los imprudentes que por ella se han aventurado. La teoría política que hemos resumido tiene dos gravísimos defectos: no acepta el libre albedrío en el individuo, i supone infalible a la autoridad. Pero la libertad es un atributo propio de todo sér humano, así como la falibilidad es consecuen-

cia de la libertad. Atentar contra el libre albedrío es minar los fundamentos de la moralidad; porque, si la idea de mérito i demérito va unida a cada uno de nuestros actos, es en virtud del libre albedrío, i, en este sentido, es verdad que él constituye la nobleza moral de la raza humana i contribuye casi a la gloria del mismo Dios, asegurando al Creador la adoracion racional i espontánea de su creatura.

Mas vale aceptar los errores i faltas inseparables del ejercicio de la libertad, que pretender mutilar, en cierta manera, la naturaleza moral del hombre, quitándole la facultad de errar. Que se advierta a los que yerran i se procure separarlos del mal camino, nada es mas lejítimo i necesario: que se repriman sus extravíos si violan el derecho ajeno, ello es lei de justicia i deber estricto de la autoridad; pero ir mas allá i recurrir al sistema preventivo, es considerar al hombre como un niño ignorante i que no tiene conciencia de sus actos, es privar, de antemano, a su conducta de todo valor. Por lo demas, de parte de la autoridad hai, en semejante proceder, una verdadera usurpacion; porque el poder absoluto no es lejítimo si no es al mismo tiempo infalible. Se concibe ya que la Iglesia Católica, que obra a nombre de Dios en una esfera sobrenatural, se haya proclamado desde su oríjen soberana absoluta de las almas; porque, por confesion de los fieles, ha sido dotada por Dios mismo de la infalibilidad en materia de fé; pero atribuida a hombres, sin intervencion divina i para el ejercicio de un poder exclusivamente temporal, la infalibilidad seria una pretension tan impía como insensata, una verdadera blasfemia a que la mofa del público haria pronta justicia.

Desde el momento en que el poder soberano no deriva de su propia infalibilidad el derecho de imponer sus doctrinas a los ciudadanos i de prevenir los errores de éstos, debe ser considerado, no como una autoridad *docente* por propia virtud, sino tan solo como una autoridad *administrativa* nacida del consentimiento expreso o tácito de los administrados, que a éstos únicamente debe su existencia i que está obligada a ceñirse, como todo mandatario, a los límites de su mandato. Así, a la inversa de muchos lejisladores antiguos i de la mayor parte de los discípulos pasados o presentes del Terror, debe tomarse al hombre aislado por punto de partida de cualquier sistema de gobierno, i subir por grados del individuo a la familia, al distrito, a la provincia i al Estado, en vez de considerar al capricho del Estado i de las autoridades subalternas como fuente de los derechos del ciudadano. Como base de toda vida social, la vida individual i la de familia que es su complemento; fuente de toda lejislacion, el concurso de las voluntales individuales; oríjen de todo poder público, la iniciativa del ciudadano en la plenitud de su independencia: tal es, resumida en pocas palabras, la fórmula guberna-

mental que tiende, de dia en dia, a prevalecer en las escuelas de la ciencia moderna como en las constituciones de los Estados, i cuya aplicacion llevaria a las civilizaciones mas avanzadas a una especie de estado de naturaleza perfeccionado que reposara, no, como en los siglos de barbarie, en el dominio de la fuerza bruta, sino en el pleno desarrollo de la libertad individual garantido por la lei.

Segun estos principios, el simple ciudadano, de quien todo deriva i a quien todo se relaciona, no confiere a las autoridades públicas, sus mandatarios, mas que los poderes indispensables para asegurar contra los enemigos exteriores o interiores del pais, la proteccion constante i eficaz de sus vidas, de sus bienes, de su libertad. Otra consecuencia resulta de la misma dactrina: el ciudadano no solo restrinje, en cuanto fuere posible, la extension de las prerogativas que delega, sino que tambien se reserva el derecho de exijir que los poderes públicos funcionen, por decirlo así, a su vista, i que sirvan unos a otros de contrapeso, colocando el frecuente ejercicio del derecho electoral, en manos de los ciudadanos, los medios de censurar a sus mandatarios. En fin, hai ciertos derechos primordiales, esenciales, inherentes a la naturaleza humana, que jamas pueden ser limitados, salvo el caso de un peligro público extremo i solo por corto tiempo. Entre entre esos derechos esenciales, que tan bien llevan el nombre de *libertades necesarias*, deben contarse en primer lugar la libertad individual, la libertad relijiosa, la libertad de la prensa, la libertad de reunion o de asociacion, i la libertad de enseñanza, que habria debido enunciarse talvez ántes que todas.

Libertad protejida por la lei: tal es la divisa del partido del progreso, en todos los paises en que el pueblo escucha a los verdaderos patriotas ántes que a los declamadores, a sus amigos mas bien que a sus aduladores. Tal fué tambien la máxima fundamental i la regla política de Channing durante toda su vida....

Channing tiene una confianza mui limitada en las luces del pueblo. Si acepta la soberanía popular, no es, en manera alguna, con el entusiasmo sencillo o hipócrita que manifiestan los republicanos de Europa. El es el primero en confesar los defectos del pueblo, los inconvenientes del sistema parlamentario, los peligros de la libertad; pero mayores son los males del gobierno absoluto. En la república descubre una ventaja que no presentan las monarquías ni aristocracias: la de favorecer la educacion política del pueblo i enseñarle, por medio de la experiencia, a discernir sus verdaderos intereses. Admite, sin embargo, que esta preferencia, mui fundada por lo que hace a los Estados Unidos, no se entienda de un modo absoluto respecto de los otros paises. Channing no es de aquellos utopistas o sectarios que se imajinan haber encontrado o trabajan por encontrar una pana-

cea política. Como muchas veces lo repite con profunda verdad, el bienestar, el poderío i buen nombre de un pueblo no dependen exclusivamente, ni principalmente, de su forma de gobierno, sino de su sabiduría i moralidad, de él mismo, en una palabra. Republicano mas sincero i experimentado que los de Europa, nada creia mas perjudicial a la verdad, a la razon, a la república, que las exajeraciones de los sectarios políticos que la declaran única forma de gobierno compatible con la libertad. Channing tiene para calificar esta doctrina una palabra profundamente justa: es, decia, la "santurronería del republicanismo."

"Con disgusto leo en vuestras observaciones, escribia el 27 de mayo de 1825, la opinion de que la libertad no puede existir con otras instituciones que las nuestras, i la propension a mirar como hostil una constitucion diversa de la que tenemos. Ese es un error tan comun, que mereceria figurar en el catálogo de los *ídolos* de Bacon; ese error consiste en confundir los medios con el fin.... ¿Por qué no enseñar a los ciudadanos que mas seguramente mejorarian su condicion i extenderian su poder, si en vez de implantar reformas tomadas de paises extranjeros con que no tienen comunidad de sentimientos, se esforzaran por perfeccionar lo que hai de bueno en sus propias instituciones, edificando sobre cimientos antiguos; si procedieran de un modo progresivo mas bien que por medio de revoluciones; si se contentaran con los cambios que ligaran su porvenir con el pasado, i con instituciones conformes con el carácter nacional; si, por fin, hicieran esfuerzos perseverantes para crecer en ciencia, en industria i, sobre todo, en virtud?"

Toda la política de Channing se encierra en estas líneas. Al trazarlas ¿pensaba en Inglaterra, cuya Constitucion monárquica sostenia contra los ataques inconsiderados de su corresponsal, o en Francia que, por desgracia, ha hecho tan poco caso de sus consejos? Parece que sus palabras fueran dirijidas directamente a nosotros, i que contaran nuestra propia historia. Impacientes, propensos a recibir toda clase de impresiones, absolutistas, somos, en verdad, el pueblo adorador de los ídolos políticos de que habla Channing. Para nosotros, la forma exterior del gobierno es todo: parece que el nombre importa mas que el carácter real. Las palabras nos arrastran; las teorías mas vagas nos seducen; juzgamos siempre por los rótulos; nos contentamos con fórmulas huecas i frases sonoras. Tenemos el grave defecto que señala Channing: el de querer, cuando se presenta la ocasion, romper con el pasado, inaugurar una era nueva. Esta tendencia funesta nos trae, desde hace un siglo, de crísis en crísis, de revolucion en revolucion, sin que todavía podamos asentar el pié sobre el terreno firme de la legalidad. Mas pacientes que hábiles, mas respetuosos del derecho que celosos de sus verdaderos intereses, todas las pruebas realmente libres i dignos de la libertad, han

seguido un camino opuesto. Los ingleses como los belgas, los suizos i los holandeses, Suecia como Hungría, han trabajado constantemente en hacer surjir de sus antiguas instituciones el jérmen de libertad que contenian, han reivindicado franquicias seculares i nó tales o cuales derechos naturales, mas o ménos arbitrarios, nacidos de las concepciones de los oradores i publicistas ...

Channing no cree tampoco en la excelencia absoluta del sufrajio universal, así como no admite la eficacia absoluta de la República. No quiere decir esto que en principio sea enemigo del Gobierno popular ni de la intervencion de todos los ciudadanos en la jestion de los poderes públicos: piensa, por el contrario, que esa intervencion constituye un derecho inherente a la naturaleza del hombre i a sú título de ciudadano; pero no lleva las consecuencias a los extremos que se llevan en Francia. No admite que este derecho deba ser necesariamente ejercido: si bien el derecho de sufrajio está basado en el interes personal i directo que tiene cada ciudadano en la buena jestion de los negocios públicos, constituye al mismo tiempo un privilejio considerable, ya que se delega a quien se atribuye aquel derecho una parte de la soberanía i una accion limitada pero real, sobre los intereses mas preciados de sus compatriotas. Importa, pues, que ántes de concederse a los ciudadanos un privilejio semejante, se tengan garantías de que comprenden su importancia i de que son capaces de ejercerlo a conciencia. Así Channing deplora la lijereza con que se ha conferido a millones de hombres un poder cuyo uso puede traer terribles consecuencias. Sin dar claramente su opinion, parece que encuentra mui numeroso el cuerpo electoral americano. A este respecto nada dice de Francia, lo que se explica por la fecha de su muerte, acaecida seis años ántes de la revolucion de 1848. En cuanto a la ajitacion cartista de Inglaterra, la censura con enerjía: la considera prematura i piensa que los autores del movimiento habrian debido limitarse a recordar la vocacion natural del hombre al derecho de sufrajio, i a reclamar del Gobierno británico la adopcion de las medidas conducentes a poner a sus súbditos en aptitud de ejercer este derecho. Los cartistas tenian otro pecado; habian recurrido a la violencia o, a lo ménos, a las amenazas: en lugar de pedir la reforma al progreso de las costumbres i a la accion lenta, pero segura, de la persuasion, pretendian imponer sus propósitos al Gobierno i arrancarle lo que de grado no podian obtener. Como todos los sediciosos, ellos eran los peores enemigos de la libertad que deseaban ver establecida, los mas peligrosos adversarios del pueblo a quien pretendian servir. Channing, verdadero republicano, hombre sinceramente liberal, no cesó de protestar con la palabra i, lo que es mas raro, con el ejemplo, contra la intervencion de la fuerza en el Gobierno. En todas las oportunidades, insiste sobre

este punto esencial con tal ardor de conviccion i con expresiones tan felices, que no es fácil encontrar esas dotes en otro escritor.

"Las instituciones libres, dice, descansan en dos grandes virtudes políticas: el amor a la libertad i el amor al órden. El amor a la libertad no consiste en rechazar con indignacion el yugo a que se querria someternos: eso hace el salvaje i las bestias feroces. Es un sentimiento moral, es la voluntad de que a los demas, como a nosotros mismos, se defienda de cualquier ultraje, de toda carga injusta.... Todos los amigos de la libertad, los hombres de bien deben protestar contra la sedicion. La sedicion es quien allana el camino a la tiranía: no puede vivir juntamente con la libertad. El lenguaje que usamos es defectuoso: el populacho amotinado se llama pueblo, cuando en realidad ataca la soberanía del pueblo, cuando se hace culpable del crímen de usurpacion i sublevacion contra el pueblo.... La diferencia que existe entre la sedicion i el tirano consiste en que la usurpacion del tirano puede durar, lo cual no es propio de los tumultos populares. Es una diferencia considerable. Por eso no se atribuye grande importancia a los movimientos del populacho, ya que bien pronto cesan. Pero es cosa distinta cuando el populacho está organizado, como en la revolucion francesa, o cuando se lo subleva para derrocar a un partido odioso. Entónces es una conspiracion contra la soberanía del pueblo, i es necesario ahogarla como uno de los mayores peligros para el Estado.... Jamas un pueblo recibe mayor insulto que cuando la sedicion toma su nombre.... Hai para la libertad grandes peligros en las pasiones i egoismo de los hombres: los hai aun en las repúblicas, i de todos los partidos, el mas peligroso es con frecuencia aquel que se llama el partido popular. La razon es clara: ese partido ha tomado la mala costumbre de llamarse el pueblo, i se forja la ilusion hasta el punto de creer que, siendo el pueblo, puede pasar por sobre la Constitucion i usar de la fuerza sin medida. Esta ilusion es lo que causa el peligro de las sediciones para la libertad; las sediciones se intitulan siempre *el pueblo*."

Esta palabra vaga i sonora, el supremo argumento de todos los revolucionarios, no seduce ni persuade a Channing. Ménos se deja engañar por la otra fórmula, igualmente solemne, que ha servido de pasaporte a todas las tiranías: *la salud pública, el interes jeneral*. "Importa mucho, dice, a la moral pública i privada, a la libertad, a la duracion de las instituciones, que se defina con claridad este *interes jeneral*. En las monarquías, el derecho divino de los reyes absorbia los demos derechos: en las repúblicas el interes jeneral nos amenaza con peligros análogos. Es una palabra que oculta los abusos i usurpaciones del gobierno, la corrupcion de los hombres de Estado, los vicios de los partidos, los crímenes de la esclavitud."

El remedio para el mal, el preservativo contra el peligro no es-

tá en tal o cual forma de gobierno: "un gobierno representativo puede ser tan despótico como una monarquía absoluta." Ménos aún se ha de buscar un remedio en una especie de dictadura conferida al soberano o al majistrado supremo del Estado. Semejante pensamiento no podia presentarse a un americano, a Channing ménos que a nadie. Rindiendo el homenaje mas completo al carácter de Washington, el gran ciudadano "cuyo nombre no se puede pronunciar sin veneración, aun en el templo de Dios," rechazaba de una manera absoluta, la idea de que un pueblo confiara enteramente sus destinos a un solo hombre. Celebraba, por el contrario, los límites estrechos asignados al poder presidencial por la constitucion americana, i la tendencia señalada a disminuir mas las atribuciones del poder ejecutivo. Se complacia en ver "la influencia oficial restrinjida de tal suerte que el pueblo no es ya el eco de una sola voz, que nadie puede gobernar a su antojo a sus conciudadanos i que se forma una opinion pública capaz de modificar, i de neutralizar con frecuencia, la voluntad del mas encumbrado funcionario de la Union."

Por excelente que fuera una idea, Channing no la admitia si ella no podia abrirse paso por sus propias fuerzas. Ni el imperio de un hombre bajo la forma de dictadura, ni el imperio del populacho en virtud de la sedicion le parecian útiles a las justicia i a la verdad. "Hai un principio, decia, que debemos respetar como absolutamente inmutable, i es que si una obra útil no puede realizarse con la tranquilidad, prudencia i caridad del espíritu cristiano, todavía no ha llegado su hora. Dios no pide la cooperacion de nuestros vicios: puede hacerlos servir al bien jeneral, pero no son los instrumentos que elije para hacer la felicidad del hombre.... Ante todo, debemos preguntar, no cuáles son los medios mas eficaces, sino cuáles los que sancionan la lei moral i la caridad cristiana. Debemos desear la virtud mas que el buen suceso... La moral es el primer interes de un pueblo."

Estas palabras, sublimes en su sencillez, nos dan el resúmen, la esencia de la doctrina de Channing sobre los medios de realizar las reformas políticas i el progreso social. Danton decia: "Audacia, audacia, i siempre audacia." Channing contesta: "Justicia, justicia, i siempre justicia," aun cuando haya de ser comprada con la desgracia, con los reveses pasajeros que ponen a prueba las convicciones i preparan felices resultados para lo porvenir.

Channing ha hecho mas que formular este principio, verdadera base política de toda sociedad cristiana i civilizada: ha conformado con él su conducta. En su vida política como en la relijiosa, se vió envuelto en controversias animadas, en luchas violentas que excitaban en alto grado las pasiones mas ardientes; se encontró en presencia de los intereses i de egoismos mas cínicos; atacó errores o crímenes cuyo nombre despierta una justa cólera. I Channing aceptó la lucha sin trepidar, i combatió con

mas vigor i enerjía que nadie; pero, i este es su mejor título de gloria, jamás ha olvidado el espíritu de paciencia i dulzura que habia aprendido en el Evanjelio, en la escuela de Jesucristo: en lo mas reñido de la lid solo se ha dirijido a la razon i no a las pasiones, respetando siempre a las personas, i sin usar otros medios que los aconsejados por la estricta justicia i la moral mas severa.

Si se examinan los discursos i escritos de Channing sobre las tres grandes cuestiones que en su época ajitaron al público americano, la guerra, la estabilidad de la Union i la esclavitud, no se verá una línea que no indique la mas profunda conviccion i una moderacion irreprochable en el fondo como en la expresion de las ideas.

La cuestion de la guerra, en los momentos en que Channing fué llamado a tratarla, no era de ningun modo teórica. Cuando habló por primera vez en 1816, Inglaterra i Estados i Unidos acababan de romper a causa de la cuestion de la libertad de los mares: la sangre habia corrido, el suelo de la Union habia sido hollado por los invasores, i la misma ciudad en que Channing predicaba, Boston, estaba en peligro de volver al poder de sus antiguos soberanos. En 1835, cuando volvió a discutir tan árdua materia, la imprudencia del presidente Jackson hacia peligrar la paz entre Estados Unidos i Francia. En fin, en 1833, cuando su tercer discurso, los Estados Unidos hacia poco que habian acordado postergar sus proyectos de conquista de Tejas, ese crímen que, segun las palabras de Channing, "alcanzaba casi a lo sublime a causa de su misma enormidad," i que debia desencadenar la guerra para extender la esclavitud.

Se comprende cuánto se prestaba en semejantes circunstancias el tema de la guerra para la declamacion fogosa i la elocuencia incendiaria. Channing supo ser dueño de sí mismo i no separarse del terreno de los principios. Conducta tanto mas meritoria cuanto que, en los tres casos, era él adversario declarado de la política seguida por el gabinete de Washington; pero comprendió que delante del enemigo, en momentos de angustia para el pais, cualquier ataque al gobierno americano era, por lo ménos, extemporáneo. Quizás en sus primeros discursos ha abusado de los lugares comunes: parece que insistió demasiado en el cuadro de las consecuencias materiales de la guerra, en vez de concentrar su atencion en sus resultados morales. La descripcion de los campos de batalla, de los horrores de un saqueo, de las ciudades incendiadas i pueblos devastados, es tan vieja como la guerra, i no ha impedido un solo combate. Channing habria debido, pues, ser mas parco en esta pintura desoladora; pero talvez tendria en cuenta las disposiciones del público americano, que se deja persuadir por el lenguaje de los sentidos, i que es mas que otros, ávido de emociones violentas i de sangrientos espectáculos. Pero, apar-

te de esto, es de alabar la sagacidad con que Channing sube a los oríjenes del azote de la guerra, señala sus dolorosas consecuencias e indica sus remedios. Piensa con justicia que los principales males de una guerra son los males morales: paralizando la industria, agotando las fuentes de la riqueza pública, la guerra desarrolla la inmoralidad i el crímen, falsea la opinion de las masas acerca de los caractéres de la verdadera grandeza, da al poder un instrumento formidable de despotismo, i, por fin, deja tras de sí el jérmen de nuevas luchas, mas encarnizadas i sangrientas.

Para curar un mal que tiene su fuente en una série de hechos del órden moral, en el falso patriotismo, en una mala educacion, en el amor de las empresas aventuradas i, sobre todo, en el odio que fermenta en el fondo del corazon humano, es necesario recurrir a remedios de una naturaleza esencialmente moral. No hai que alimentar la ilusion de que las leyes o los tratados pondrán fin a las guerras: solo la propaganda cristiana i el progreso moral las harán mas raras. Es necesario enderezar, desde la infancia, las ideas del hombre sobre el carácter de la verdadera grandeza i del valor real; es preciso definir exactamente el valor nacional, que consiste, no en el número de los cañones o estandartes arrebatados al enemigo, sino en el imperio de la justicia, en el desarrollo del sentimiento de humanidad, en la existencia de instituciones propias para educar a todos los ciudadanos; deben predicarse los preceptos evanjélicos que condenan la guerra; es necesario guardarse de incurrir en la exajeracion, que compromete el resultado. Si se condena la guerra de ambicion i de conquista, la agresion injusta del conquistador, no solo se ha de absolver sino tambien honrar al pueblo inicuamente atacado, que derrama su sangre por la defensa del hogar, que lucha por la independencia, o sucumbe por la causa del derecho.

Con la misma moderacion i justicia, con iguales sentimientos de noble moralidad trata Channing de la grave i dolorosa cuestion de la esclavitud. Sobre ella escribió un libro, en los últimos años de su vida, en los momentos en que las pasiones excitadas por las violencias de los bandos contrarios amenazaban a los Estados Unidos con las mas terribles convulsiones. Channing supo elevarse sobre la multitud, sobre las pasiones ciegas o mezquinas de los partidos, i hacer oir la voz de la razon i de la humanidad. Mas bien inspirado que en sus discursos sobre la guerra, se abstuvo de recargar el cuadro de las miserias físicas de la esclavitud. Lo que exhibió en toda su desnudez fué la iniquidad en que se funda la esclavitud i la degradacion moral que enjendra. Si la esclavitud era odiosa, i si debia considerarse como un tumor que hai que extirpar lo mas pronto posible, no era por cierto por culpa de los amos; porque, por interes si no por bondad, los propietarios de esclavos los trataban con humanidad: no era tampoco a causa del trabajo insoportable que hubiera pesa-

do sobre los esclavos, ya que los negros trabajaban, en jeneral, ménos que los hombres libres. Pero la esclavitud rebajaba al hombre al nivel de los brutos, lo privaba de la facultad de querer, lo degradaba, en una palabra, i, por contajio, degradaba tambien al amo. La esclavitud mataba, en cierto modo, el alma de su víctima; ese era el verdadero crímen, el motivo imperioso para su abolicion. Como ciudadano americano i como ministro del Evanjelio, Channing insiste en esta conclusion con gran copia de argumentos, con rara enerjía de lenguaje; pero a un mal moral quiere que se opongan remedios morales. La abolicion inmediata i violenta le parece un expediente mas bien que una solucion. Para que la abolicion sea eficaz i definitiva, es necesario, a su juicio, que sea el resultado de la persuasion i la obra voluntaria de los amos, que la libertad no sea manchada por la violencia, en su propia cuna.

La experiencia ha probado que Channing se forjaba una ilusion sobre la eficacia de la predicacion moral, respecto de los propietarios del sur. Ha sido preciso recurrir a la fuerza, i la libertad de los negros así conquistada no por eso está ménos asegurada. Sin embargo, ¿no tenia razon Channing, desde otro punto de vista, cuando, tratando de moderar el órden de los abolicionistas, les recomendaba que no se preocuparan tanto de la fecha de la emancipacion como de lo que vendria al dia siguiente de la emancipacion? La verdadera dificultad, a su juicio, no era proclamar la libertad de los negros, sino hacerlos dignos de la libertad. Channing preveia que la emancipacion moral seria lenta, difícil, i, por ende, exhortaba a sus conciudadanos a fin de que trabajaran sin descanso para conseguirla, desenvolviendo, por medio de la predicacion, el sentimiento moral i la fé cristiana en el alma de los negros; sin esta precaucion, temia que una catástrofe siguiera a la abolicion de la esclavitud. Estos temores pueden parecer exajerados, ya que no ha venido el trastorno que se preveia; pero es fácil de reconocer, si se consideran algunos síntomas, que Channing no iba errado al inquietarse, ante todo, por el estado moral en que la emancipacion encontraria a los negros. Desde el fin de la guerra de Secesion, nos llegan de América noticias que muestran cuán incierta es aun la situacion de los Estados del sur. La superioridad numérica en muchos puntos da el poder a los negros; pero llamados prematuramente al ejercicio de los derechos de ciudadano, parece que no conocen todavía el uso que de ellos deban hacer. Ignorantes, i, por lo tanto, crédulos, apasionados i vanidosos, los negros creen que no habrá para ellos verdadera libertad miéntras no ocupen el lugar de sus antiguos amos. Sus odios de raza, alimentados largo tiempo en el silencio de la servidumbre, se despiertan hoi con mas violencia, i si todavía no se descubren en sus actos, se revelan lo bastante para inspirar sérias alarmas al Gobierno americano.

Por la educacion queria Channing combatir la preocupacion de la guerra i desarraigar la esclavitud: por medio de la educacion pretendia tambien prevenir los peligros por que se veia amenazada la estabilidad de la Union desde 1828. En esta época, la causa de la secesion no habria sido la esclavitud, sino una guerra de tarifas entre el norte industrial i proteccionista i el sur agricultor i librecambista. Sin temer mucho una ruptura, Channing no creyó inútil hacer un llamamiento a la prudencia de sus conciudadanos i recordarles los beneficios que debian a la Union, los desastres a que se expondrian rompiendo por causas que relativamente tenian una importancia secundaria. Channing hablaba con tanta mayor autoridad cuanto que, apesar de su oríjen septentrional i de los lazos que lo ligaban al Estado proteccionista de Massachussetts, no vacilaba en declararse adversario de toda restriccion comercial. Bien que colocado en un punto de vista diferente, se encontraba a este propósito, en completo acuerdo con el sur. Pensaba, con razon, que la proteccion comercial era, con frecuencia ilusoria i desigual, mantenia la rivalidad i el odio entre los diversos Estado de la Union, i en fin, era contraria a las ideas de libertad i fraternidad entre los pueblos, cuya causa estaba llamada a sostener la América; pero para destruir las barreras de la aduana, no podia admitir se ocurriera a medios tan ilegales, tan violentos, tan funestos, como la ruptura de la Union. Sobre este punto como sobre otro cualquiera, protestaba con enerjía contra el uso de la fuerza; él no queria emplear otra arma que el convencimiento, puesto que tenia fé en el triunfo final de la verdad demostrada por la libre discusion i difundida por la instruccion.

José Francisco VERGARA DONOSO.

DESALIENTO.

Como las hojas tiemblan i susurran
Al sentir a lo léjos,
Mecido en orlas de flotantes nubes,
El soplo del invierno;

Como se esconde tímido en las ramas
El volador insecto,
Cuando abrazan al sol nubes sombrías,
I huye temblando el eco,

Mi espíritu se oculta solitario,
Se repliega en su seno,
Yerto cadáver que escondido yace
En el sombrío féretro.

¡Qué negras son las sombras que lo envuelven!
¡Qué profundo el silencio!
Ya no baten sus alas los suspiros,
Dolientes compañeros.

Lágrimas, risas, llanto i esperanzas,
Todos juntos huyeron,
Crepúsculo sin luz su manto extiende
De sombras i de espectros.

¡Ah! ¡qué triste es la vida del pantano,
Sin luz ni movimiento!
Esperando que el aire gota a gota
Evapore su seno....

¡Quién pudiera rodar como los rios,
I en ímpetu violento,
Despedazado entre las duras peñas,
Hundirse en el Océano!

WENCESLAO SMITH.

INDICE DEL TOMO XIII.

DESDE EL 6 DE ABRIL HASTA EL 6 DE OCTUBRE DE 1877.

AGUILAR, Federico C.

A la Asuncion de María, poesía 798
Idilio alegórico, poesía 812
Despedida a un amigo, poesía 813

AGUIRRE VARGAS, Cárlos.

La hija del molinero 503
Un libro inédito 986

AGUIRRE VARGAS, Vicente.

Por sospechas 193

ALCALÁ GALIANO, José.

Canto nocturno de un pastor errante del Asia, poesía 222

ALDUNATE S., Cárlos.

De algunas facultades de los jueces compromisarios 490

ALLENDES A., Nicolas.

Al dulce Nombre de María, poesía 159

ANGLORA, Eusebio.

Fraternidad, poesía 917
A María en Monserrat, poesía 918

ANÓNIMOS.

Felicitacion 713
Banquete ofrecido a Juan Zorrilla de San Martin 818
Actas de la Sociedad para el Estudio de las Ciencias Políticas 892
Id. id. id. id. 956
Id. id. id. id. 1008

AUERBACH, Berthold.

De guardia 545

AVELLA M., Temístocles.

Anacoana 761

BALAGUER, Víctor.

La Cartuja de Valldemosa 789
San Isidoro del Campo 905
Id. id. (conclusion) 947

BARRIGA, Juan Agustin.

Lo que dice el grillo, poesía 319
Ideas sobre el arte i la moral 496
Id. id. id. 744
Azules, poesía 760

BLANCO, Ventura.

Dos libros sobre Bolivia 96

BRISEÑO, Ramon.

Barba i su libro, bibliografía 585

BUSTAMANTE de BAEZA, Hortencia.

Corona de azahares trocada en corona de siemprevivas 304
La florista, poesía 655

CABALLERO, Adolfo.

Tipos sueltos i al destajo 414

CABEZON i VILLARINO, Ana.

Poesías 109

CAÑAS VERGARA, Andres R.

Confidencia, poesía 26
Una avenida del Mapocho 386
Vivir muriendo, poesía 494

CARRASCO ALBANO, Adolfo.

Chopin 1001

CARRASCO, Rosendo.

La flor de la caña, poesía 279
La confesion, poesía 312
Ten ven las aves...., poesía 393
Ultimo canto, poesía 400

CIFUENTES, Abdon.

La libertad i la irresponsabilidad de la prensa..... 41
Las asociaciones católicas, lectura dada en el Círculo Católico..... 641
Id. id. id. id. (conclusion)... 745

CONCHA CASTILLO, Francisco.

De la mano a la boca se pierde la sopa..... 161
Alborada, poesía..... 275
Id. id. 320
La despedida de los marineros, poesía..... 612
Alborada, poesía..... 614
El canto de la víspera, poesía..... 650
Notas de mi arpa, poesía..... 788

CRUZ, Pedro N.

Habladores i pedantes..... 19
El primer artículo..... 104
Hércules i Deyanira..... 134
Leyendas del Rhin..... 148
El niño..... 201
De vuelta de Europa..... 394
Un dia de lluvia..... 450

C. T.

† Las memorias inéditas de Saint-Arnaud..... 801

CUERVO, Rufino José.

† Carta a los Redactores..... 954

E. C. G.

Lo conocí de cerezo..... 897

ECHENIQUE, José Miguel.

¿Hai poesía?, poesía..... 317

ECHEVERRÍA, Francisco de B.

Algunos datos sobre la cuestion de Oriente..... 687

E. L. A.

Constancia..... 180

ENCISO, Julio.

¡Ai!..... 235

ERRÁZURIZ URMENETA, G.

La inspiracion al Poeta, poesía..... 662
El estudiante del Guaire..... 693
El *Moises* de Miguel Anjel, poesía..... 857

FABRES, José Sótero.

Madama de Caylus 732
Fabiola 977

FERNANDEZ-GUERRA I ORBE, Aureliano.

Don Rodrigo i la Cava 875
Id. id. (conclusion) 881

FESÉ, Julio.

Como he encontrado el San Sebastian de Fra Bartolommeo 401
O'Conell i la Cámara de los Lores 499

GARMENDIA REYES, Alfredo.

Berta 601

GARMENDIA REYES, Rafael.

Lijeras consideraciones sobre la vida de Blas Pascal 423
Id. id. id. id. (conclusion) 466
El Derecho Antiguo, por Sumner Maine 714
Id. id. id. (conclusion) 740
El Tribunal del Honor, drama en tres actos i en prosa de don Daniel Caldera, bibliografía 847

GRASSI, Anjela.

La puerta de Arenas 459

GUMUCIO, Rafael B.

El cristianismo es eterno 321
Manos vivas i manos muertas 576
Notas de un Himno. Poesías Líricas de Juan Zorrilla de San Martin. Este libro i su autor 721

J. A.

Cuento maternal, poesía 640

J. A. B.

Los Cuadernos de Sainte-Beuve 38

LA REDACCION.

El señor don Ventura Marin 77
Cárlos A. Berro 281
Don Francisco Gonzalez Errázuriz 681

LARRAIN C., R.

Rosas i jazmines, poesía 172
Pensamiento nocturno, poesía 247
Juventud, poesía 282
Nocturno, poesía 431
Canto de juventud, poesía 433
¡Volar!, poesía 692
La Poesía, poesía 863

LARRAZA, Augusto.

Dos fragmentos literarios 657

LAVERDE A., Isidoro.

Escritores colombianos 120
Colombia 521
Id. 682
Id. 938

LEMOINE, Joaquin.

Imitaciones de Gœthe, poesías 40
Las nubes...., poesía 155
El Postillon 435
¿Qué es la poesía?, poesía 900
¡Pobre mudo!, poesía 984
Nace i muere...., poesía 985
Apóstrofe a la Muerte, poesía 1015

LIRA, José Antonio.

Caminos para las minas 314

LIRA, José Bernardo.

Algunas consideraciones sobre una disposicion de la Lei de Organizacion i Atribuciones de los Tribunales 241

LLANOS I ALCARAZ, Adolfo.

La niña, la adolescente i la novia 207
Orgullo i modestia 226

MANDIOLA GANA, B.

La muerte de un amigo, poesía 155

MANDIOLA, Rómulo.

Martirios de Amor, drama histórico en cinco actos de don Antonio Espiñeira, bibliografía 706
Cómo pasarian las cosas...., comedia en tres actos de don Antonio Espiñeira, bibliografía 783

MANTELI, S.

José-Chiqui 230

MANTEROLA, J.

La abuela 276

MARCHANT PEREIRA, Ruperto.

Vida de la Santisima Virjen, (continuacion) 5
Id. id. id. 57
Id. id. id. (conclusion) 81
¡Silencio! 308

MARIN, VENTURA.

La Providencia, discurso inédito 325
Id. id. (conclusion) 361

MOLINA, JUSTO.

La *Gaceta del Supremo Gobierno de Chile* 293
La Gaceta de Santiago o *Gaceta Ministerial* 441
Id. id. id. (conclusion) 481
Recuerdos, poesía 809

MUÑOZ DONOSO, ESTÉVAN.

Vision de Elías, poesía 528

NERCASSEAU MORAN, ENRIQUE.

Erase que se era 901

NUÑEZ DE ARCE, GASPAR.

Las arpas mudas, poesía 815

OCHOA, EUJENIO DE.

Variedades 116
Necrópolis 561
Hilda 616
El emigrado 830
Id. (conclusion) 869

OLIMPIO.

Apuntes literarios 588

PALMA, RICARDO.

El resucitado 455
Iglesia me llamo 517

PEREZ ECHEVARRIA, FRANCISCO.

La ilusion, poesía 680

REVISTAS BIBLIOGRAFICAS.

Marzo de 1877 239
Abril 311
Mayo 559
Junio 599
Julio 839
Agosto 944

RISOPATRON, CÁRLOS.

El Congreso deicida 29

RODRIGUEZ, ZOROBABEL.

Sobre la lectura de los clásicos 121
Un libro sobre García Moreno 298

SALAS E., JUAN R.

Cath-loda..... 67
Comala..... 175
Carric-thura..... 377

SALAS E., RAIMUNDO.

La estrella: sueño de un niño..... 15
El sueño de Jack Martin narrado por su sobrino..... 664
Reflexiones sobre el arte..... 841

SALVANY, JUAN TOMAS.

A Cervantes, poesía..... 596
¡Once años!, poesía..... 597
Ayes perdidos, poesía..... 630

SERRALTA, AUGUSTO V.

¡Recuerdos!..... 264

SINUES, MARÍA DEL PILAR.

Miscelánea..... 530

SMITH, WENCESLAO.

El ramo de cintas verdes, poesía..... 419
Sol de otoño, poesía..... 639
Traed flores, poesía..... 653
Desaliento, poesía..... 1032

SOLAR, ENRIQUE DEL.

Hojas sueltas, poesías..... 66
Id. id. id. 221
Id. id. id. 449
Id. id. id. 627

SOTO GLEN, CELIA.

A la amistad, poesía..... 153
¿Olvidas esa flor?, poesía..... 191

SOTOMAYOR VALDES, RAMON.

Algo sobre sociedades hipotecarias..... 339

UGARTE OVALLE, RAFAEL.

Ausencia, poesía..... 943

VARAS MARIN, QUITERIA.

A la pasionaria, poesía..... 799

VARGAS FONTECILLA, ANTONIO.

El alma de los brutos..... 249
Id. id. (conclusion.)..... 284

V. DE PLASENCIA, MANUELA.

Guirnalda de la vida, poesía 594

VELASCO CASTILLO, J. M.

En la noche, poesía 479

VERGARA ANTUNEZ, RODOLFO.

Un huérfano cuenta su propia desgracia, poesía 889
La lámpara del santuario, poesía 1013

VERGARA DONOSO, JOSÉ FRANCISCO.

Ideas políticas de Channing 1018

VIAL SOLAR, JAVIER.

Los recuerdos, poesía 206
Rimas, poesía 263
Id. poesías 434
Id. id. 448
Balada, poesía 496
Rimas, poesía 661
Sueños de felicidad, poesía 937

VICUÑA SOLAR, BENJAMIN.

A la temprana muerte de la señorita Elcira Zorrilla, poesía 79

WALKER MARTINEZ, CÁRLOS.

Antecedentes históricos a la vida política de Portales 921
Id. id. id. id. id. (conclusion) 961

ZAPIOLA, JOSÉ.

Una duda histórica 54

ZORRILLA DE SAN MARTIN, JUAN.

Bellini, poesía 399
Buscad al ánjel..., poesía 516
El himno del cielo, poesía 558
El poema de las hojas, poesía 581
¡Siempre lágrimas!, poesía 862

FIN DEL TOMO XIII.